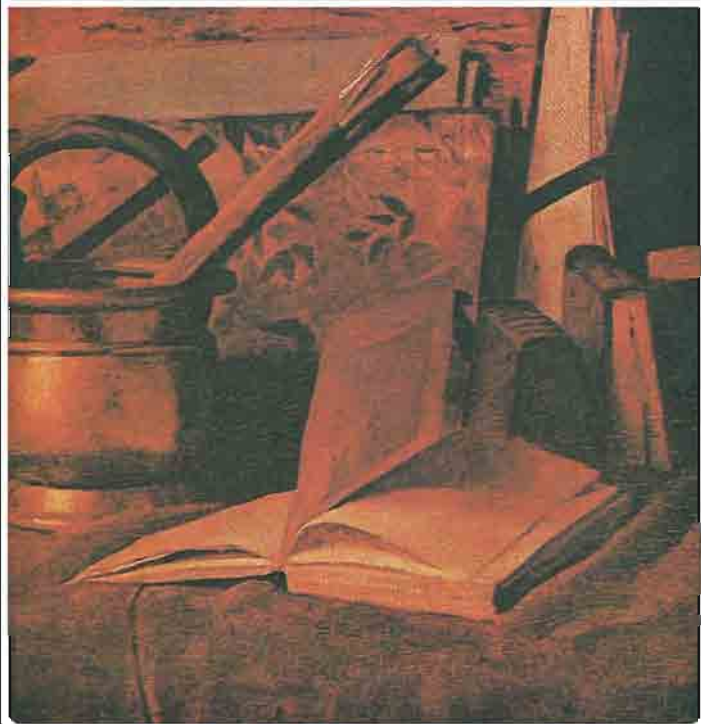


**PENSAMIENTO
POSITIVISTA
LATINOAMERICANO**



EL POSITIVISMO

I

1. LATINOAMERICA COMO CONFLICTO

EN 1852, el argentino Juan Bautista Alberdi (1810-1884), al referirse al sistema educativo propio para pueblos como los latinoamericanos, que tratan de rebasar hábitos y costumbres impuestos por un largo dominio colonial, escribe: "En nuestros planes de instrucción debemos huir de los sofistas, que hacen demagogos, y del monarquismo, que hace esclavos y caracteres disimulados. Que el clero se eduque a sí mismo, pero no se encargue de formar a nuestros abogados y estadistas, a nuestros negociantes, marineros y guerreros. ¿Podrá el clero dar a nuestra juventud los instintos mercantiles e industriales que deben distinguir al hombre de Sudamérica? ¿Sacará de sus manos esa fiebre de actividad y de empresa que lo haga ser el *yankee hispanoamericano*?"¹ Medio siglo después, en 1902 al otro extremo de esta América, el mexicano Justo Sierra (1848-1912), se refería también a la necesidad de formar a los mexicanos dentro de una educación que los preparase a resistir las nuevas formas de colonialismo. "México ha tenido dos revoluciones —decía—: la de independencia y la de reforma". "Esta segunda revolución fue determinada por la invasión americana que demostró la impotencia de las clases privilegiadas para salvar a la patria y la inconsistencia de un organismo que apenas si podía llamarse nación. En el fondo de la historia ambas revoluciones no son sino dos manifestaciones de un mismo trabajo social: emanciparse de España fue lo primero; lo segundo fue emanciparse del régimen colonial: dos etapas de una misma obra de creación en una persona nacional dueña de sí misma".²

¹ Juan Bautista Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, Buenos Aires, 1852.

² Justo Sierra, *La evolución política del pueblo mexicano*, México, 1900. Última Edición por la Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977.

El argentino, como sus pares a lo largo de la América Latina de acuerdo con lo expresado por el mexicano José María Luis Mora (1794-1850), se empeñaba en alcanzar lo que éste llamaba “emancipación mental”. Lograda la emancipación frente al poder político de la Colonia, necesario era dar el segundo paso, la emancipación del espíritu, frente a hábitos y costumbres que ésta había impuesto a los americanos. Los mexicanos, al lado de un poderoso vecino, los Estados Unidos, sabían ya lo que se puede esperar de él: la nación mexicana, en 1847, había ya sido despojada de más de la mitad de su territorio y estaba, por la misma debilidad que le había conducido a la derrota, expuesta a ser nuevamente objeto de un mayor despojo; expuesta a ser absorbida en su totalidad. Alberdi, por su lado, hablaba de la necesidad de alcanzar el progreso, de ingresar a la civilización de la que la América del Sur había quedado marginada por obra de la colonización española. Movido por una mayor urgencia, José María Luis Mora hablaba de la necesidad de pasar del retroceso al progreso. Mora había sido testigo de los desastrosos resultados de la guerra con el vecino del norte. Era menester fortalecer a la débil nación; fortaleciéndola, en primer lugar, mediante una educación que permitiese a los mexicanos ser tan fuertes como sus poderosos vecinos, semejarse a ellos. Sólo semejándose a ellos, podría resistir cualquier nuevo embate. “Colonización, brazos y capitales para explotar nuestra riqueza —dirá décadas más tarde Sierra—, vías de comunicación para hacerla circular, tal era el desiderátum social; se trataba de que la República... pasase de la *era militar* a la *era industrial*”. Y todo con urgencia, “que pasase aceleradamente, porque el gigante que crecía a nuestro lado y que cada vez se aproximaba más a nosotros a consecuencia del auge fabril y agrícola de sus estados fronterizos y al incremento de sus vías férreas, tendía a absorbernos y disolvernos si nos encontraba débiles”.³ Se trataba, como lo había dicho Alberdi, de hacer de los hispanoamericanos los yankees del Sur.

Otro argentino, Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) propondrá este mismo proyecto, mediante el cual los hombres de esta América pudiesen incorporarse al progreso como agentes activos de la civilización. Habrá que ser como la poderosa nación al norte de la América, ser como los Estados Unidos. “Llamados —escribió en 1850— los ESTADOS UNIDOS DE LA AMERICA DEL SUR, y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes”.⁴ Y en 1883 volverá a insistir: “La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos”.⁵

³ Justo Sierra, *Opus cit.*

⁴ Domingo F. Sarmiento, *Argirópolis*, Buenos Aires, 1850. Cf. esta Antología.

⁵ Domingo F. Sarmiento, *Conflictos y armonías de las razas en América*, Buenos Aires, 1883. Cf. esta Antología.

México había sido vencido por la debilidad de sus razas y la cultura que le había sido impuesta en la Colonia. "El conflicto de las razas en México —dice Sarmiento— le hizo perder a California, Tejas, Nuevo México, los Pueblos, Arizona, Nevada, Colorado, Idaho, que son ahora estados florecientes de los Estados Unidos".⁶ Habrá que cambiar todo esto, habrá que recolonizarse, dice Alberdi; esto es, adelantarse a la ambición de otras naciones ante el vacío de poder de una América sin instituciones firmes, sin pasado propio, salvo el servil, sin una educación que permitiese a sus hombres hacer lo que otros habían ya hecho en Europa y Norteamérica. Sarmiento y Alberdi no tienen la experiencia de los mexicanos, pero sí la misma preocupación cuando el primero escribe: "¿Sintiéndose varias naciones preocupadas por la necesidad de expansión, no les ocurrirá la idea de recolonizar esta retardataria América en su provecho, aunque la humanidad de allá y los americanos de aquí duden un poco de la eficacia del remedio?".⁷ Alberdi, por su parte, considera que la América toda no es sino fruto de la colonización europea, tanto los Estados Unidos, como la América al Sur. Salvo que la iniciativa la tienen ya los pueblos sajones, los cuales han hecho la grandeza de la América del Norte. "Con la revolución americana —dice— acabó la acción de la Europa española en este continente; pero tomó su lugar la acción de la Europa anglosajona y francesa. Los americanos de hoy somos europeos que han cambiado de maestros: a la iniciativa española ha sucedido la inglesa y la francesa. Pero siempre es Europa la obrera de nuestra civilización". "La Europa de estos días no hace otra cosa en América que completar la obra de la Europa de la Edad Media. . . Su medio actual de influencia no será la espada, no será la conquista". Europa no puede ser conquistada por la misma Europa. Europa sólo se realiza a sí misma. "Nosotros europeos de raza y civilización somos dueños de América".⁸ Por ello el conflicto que se plantea a los mexicanos no se planteará a los americanos del sur. No se trata como en México de ser como los Estados Unidos para resistir su expansión, sino ser, simplemente, los Estados Unidos, tal y como los Estados Unidos son Europa, la Europa de la cual España es ya una etapa superada de su desarrollo: es la Europa feudal convertida en la Europa de la civilización; tal y como los Estados Unidos son ya la civilización europea llevada a su máxima expresión en América. La América Latina, si ha de ser parte de la civilización, tendrá que ser deslatinizada, tendrá que adquirir la sangre y la mente de la Europa que encarna esta civilización.

Así, por caminos paralelos, distintos entre sí, pero orientados hacia la misma meta, los latinoamericanos del norte, los mexicanos, y los latinoamericanos del sur, como los argentinos, intentarán una especie de entrega de sí mismos al sistema encarnado en los pueblos sajones, en los pueblos

⁶ D. F. Sarmiento, *Opus cit.*

⁷ D. F. Sarmiento, *Opus cit.*

⁸ J. B. Alberdi, *Opus cit.*

que han dado origen a la civilización. Se propondrá así la deslatinización, criticada más tarde por José Enrique Rodó, y con ello la sajonización de Latinoamérica. Los mexicanos, para resistir al invasor le entregan su alma confundiendo con él; los americanos del sur, queriendo cortar los últimos lazos de la colonización hispana aceptan el tutelaje mental, cultural, político y económico de la Europa moderna y su expresión en América. En uno y otro caso la colonización que ha originado la supuesta debilidad de los latinoamericanos permitiendo su derrota y su atraso en la incorporación a la civilización, es substituida por otra colonización. Una colonización que no será ya impuesta, sino aceptada libremente. Ser como los yankees para no ser dominados por ellos o ser, simplemente, los yankees del sur para poder así ser parte del mundo que estos, con su acción, han creado. El instrumento de que se valdrán los latinoamericanos para realizar este cambio será el positivismo. Esta es la filosofía en la que ha encarnado el espíritu de los hombres que han hecho posible la civilización, la filosofía que ha dado sentido al progreso logrado por la Europa occidental y los Estados Unidos. Habrá que hacerse de esta filosofía, que apropiarse de su sentido, tal será la expresión del positivismo en esta nuestra América. En un audaz y tremendo esfuerzo los latinoamericanos intentarán deshacerse de sí mismos, de lo que han llegado a ser a lo largo de una historia que no consideraban propia, de la historia que la colonización ibera les había impuesto para ser distintos. Esfuerzo extraordinario por arrancarse un alma que consideran extraña, por hacer suyo un espíritu que les era, simplemente, ajeno. Ajeno a sus propias experiencias, extraño a lo que habían sido y no querían seguir siendo. Extraño siempre y, por ello, yuxtapuesto a una realidad que, quiérase o no, era la única realidad con la que podría contarse para edificar sobre ella el mundo que se quería construir.

2. CONCIENCIA Y EXCLUSION DE LA REALIDAD

Ser como otros, para poder dejar de ser lo que se había sido y se era, va a ser el problema que los latinoamericanos se planteen en los mismos inicios de su independencia. Independencia que implicará emanciparse, no sólo de los avíos políticos impuestos por la colonización sino de todo el espíritu que la imposición de los mismos había implicado. La colonización había dado origen a una realidad que los hombres de esta América considerarán como extraña, impropia. Realidad servil impuesta por un imperio que sólo quería servidores. Porque nada quería saber este imperio de la participación de los hombres de sus colonias en la conducción del mismo. Las guerras de independencia en esta América, que empiezan por ser actos de desconocimiento de la autoridad que la Francia de Napoleón ha impuesto a España, acaban por convertirse en actos de rebeldía frente a la

misma España que se niega a aceptar que los americanos participen, en un plano de igualdad, con los metropolitanos, en la lucha contra el invasor. Cualquiera que fuese la situación en la Península, los americanos deberán aceptarla sumisamente.⁹ El Libertador, Simón Bolívar (1783-1830), se refiere a esta situación cuando escribe: "Los americanos en el sistema español que está en vigor y quizás con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores".¹⁰ Los americanos sólo han sido educados para la servidumbre. Nada saben los americanos del gobierno, la milicia, las finanzas, el comercio, la cultura. Todo lo que saben es cómo actuar servilmente en todos estos campos. Libres, los americanos, no tienen otra posibilidad que la de improvisar. La de improvisar en tareas para las cuales carecen de experiencia. Improvisar tanto en el arte de gobernar como en el de mantener relaciones con otros pueblos; en el de defenderse de la agresión, de explotar sus propias riquezas, exportarlas y venderlas. Improvisación que implicará intentar recuperar en años lo que ha sido perdido en siglos. Pasar de la servidumbre a la libertad, un paso que la Europa ha dado a lo largo de varios siglos, ha de ser dado en América en días, semanas, meses, y cuando más en años.

A Bolívar se le plantea un problema que se planteará después a los civilizadores, los "emancipadores mentales" y los positivistas latinoamericanos, ¿cómo improvisar? Esto es, ¿cómo partir de experiencias que no sean ya las de la servidumbre? ¿Sobre qué habrá que apoyarse para dejar de ser lo que se ha sido, y así dar origen a una realidad que no sea ya la que creó el coloniaje? El Imperio Romano al desbaratarse originó al conjunto de pueblos que forman Europa; el Imperio Ibero, al desbaratarse sólo dará origen a pueblos incapaces de formar naciones, a pueblos divididos, internamente, en conflicto. Dice Bolívar: "Al desprenderse la América de la Monarquía española, se ha encontrado semejante al Imperio Romano, cuando aquella enorme masa cayó dispersa en medio del antiguo mundo. Cada desmembración, formó entonces una nación independiente conforme a su situación e intereses". Los americanos no; mientras los pueblos bajo el Imperio romano "volvían a restablecer sus primeras asociaciones. Nosotros ni aún conservamos los vestigios de lo que fue en otro tiempo: no somos europeos, no somos indios, una especie media entre los aborígenes y los españoles". Razas diversas y encontradas, en conflicto, como dirá más tarde Sarmiento. Y por ello sin amalgama posible. A este conflicto se refiere Bolívar cuando agrega: "Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores: así nuestro caso es el más

⁹ Cf. mi libro, *Filosofía de la Historia Americana*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

¹⁰ Simón Bolívar. "Carta de Jamaica", Kingston 6 de septiembre de 1815. *La Doctrina del Libertador*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976.

extraordinario y complicado".¹¹ Roma mestizó razas y culturas; el Imperio Ibero no hizo sino dominar sin asimilar. El criollo no es el conquistador, pero frente a las razas autóctonas conquistadas no es sino la prolongación del conquistador. El mestizo, a su vez, se sabe rechazado por el padre ibero sin ser parte del gentío materno que lo ve como parte del usurpador; es el castigador de la raza materna porque así cree semejarse al padre europeo. Sobre una tan encontrada realidad étnica y cultural difícil será levantar no sólo un pueblo sino construir nación alguna.¹²

"¿Qué somos?", volverá a preguntarse décadas más tarde Sarmiento. "¿Somos europeos? —¡Tantas caras cobrizas nos desmienten! ¿Somos indígenas? —Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Mixtos? —Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos Nación? —¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientó? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello".¹³ Alberdi, a su vez, establecerá una tajante división entre las razas que forman esta América. Para él sólo hay europeos e indios, conquistadores y conquistados. "Lo que llamamos América independiente —dice— no es más que Europa establecida en América, y nuestra revolución no es otra cosa que la desmembración de un poder europeo en dos mitades, que hoy se manejan por sí mismas". Y agrega: "En América todo lo que no es europeo es bárbaro: no hay más división que ésta: 1) el indígena, es decir, el salvaje; 2) el europeo, es decir, nosotros, los que hemos nacido en América y hablamos español, los que creemos en Cristo y no en Pillán (dios de los indígenas)".¹⁴ Sarmiento, radicalizando este punto de vista, expresa que la barbarie está formada en América por el indígena, el negro, el español y el mestizo que resulta de tan encontradas razas. Razas cuyos defectos se unen y dan lugar al hombre americano, hombre fuera de la civilización, ajeno al progreso. Los positivistas latinoamericanos pondrán precisamente el acento en este conflicto; conflicto que origina la realidad que habrá de ser transformada.

Los mexicanos, sin embargo, aceptando la diversidad de las razas que forman la realidad, consideran que ha sido su fusión, su mezcla, la que está dando solución al problema. El indígena, es también visto como un elemento negativo, pero cuya sangre se convierte en factor positivo al mezclarse con una raza superior, potenciando a la misma. El indio, sin mezcla, dice Justo Sierra, "puede ser un buen sufridor, que es por donde el hombre se acerca al animal doméstico; pero jamás... un agente activo de la civilización". En cuanto a los criollos, a su vez, son retrógrados, conservadores, tan sólo preocupados por mantener intocados sus privilegios.

¹¹ Simón Bolívar, "Discurso ante el Congreso de Angostura", el 15 de febrero de 1819, en *Opus cit.*

¹² Cf. mi libro citado.

¹³ D. F. Sarmiento, *Conflicto...*

¹⁴ J. B. Alberdi, *Opus cit.*

Todo lo contrario es el mestizo, que ha resultado de la mezcla de indios y criollos; este "ha constituido el factor *dinámico* de nuestra historia". La familia mestiza, sigue Sierra, "revolucionando unas veces y organizando otras, ha movido o comenzado a mover riquezas estancadas de nuestro suelo; ha quebrantado el poder de las castas privilegiadas".¹⁵ Los sudamericanos hablarán de la necesidad de un cambio de sangre, de la necesidad de eliminar la sangre de razas que en América se han mostrado incapaces para el progreso. Transfusión de sangre y lavado de cerebro. La inmigración por un lado, la educación positivista por el otro. Alcides Arguedas (1879-1946) se dolerá del espesor de la raza indígena que impide a Bolivia, a esta parte de América, incorporarse a la civilización. Otros positivistas tratarán, mediante la educación, apoyada en el positivismo, de transformar la índole de pueblos que parecían nacidos para perder.

Bolívar también se ha planteado el problema que implica partir de un vacío de experiencias positivas, de una realidad que no puede ser aceptada porque tal aceptación implicará la aceptación de la situación que le dio origen, la servidumbre. Habrá que partir de cero, pretender ser algo que nunca se ha sido, algo que no se es. Sin embargo, este pretender llegar a ser lo que no se es, no puede ser un puro vacío. Algo ha de existir, aunque este algo sea extraño a quienes se han propuesto apropiárselo. Algo que está fuera de la historia y la realidad del hombre de la América colonizada por el imperialismo ibero. Habrá que ser como alguien distinto si no se quiere seguir siendo lo que se es. Bolívar, un ilustrado, piensa en el modelo propio de la Ilustración. Expresiones realizadas de este modelo son los Estados Unidos y Europa. Pero Bolívar, más realista de lo que fueran los emancipadores mentales y los positivistas, considera que ambos modelos están fuera del alcance de los hombres de esta su América. Fuera de esa extraña y conflictiva realidad en la que han sido formados los americanos, lo cual les impide ser como ellos. Habrá que contar con la propia realidad y construir con ella. Es la razón lo que ha de poder conformar la nueva realidad haciendo de la vieja su materia y amasijo. Es la razón lo que ha permitido que Europa y los Estados Unidos, que la prolongan, lleguen a ser lo que son. Bolívar, encarnación de esta razón en América sabe que, como en Europa, ha de ser por la fuerza de la misma que se alcance el cambio; como lo proponían los déspotas ilustrados. Bolívar pretende cambiar la realidad imponiendo la razón. Es el despotismo ilustrado, el cesarismo del que más tarde hablará Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936). Sobre la nada no se puede construir nada. La razón ha de actuar sobre la realidad. La realidad que ha sido heredada, pero haciendo de ella otra cosa, lo que señale la razón.

No es posible ser —como lo pretenderán después los civilizadores, emancipadores mentales y positivistas— como Europa o los Estados Uni-

¹⁵ Justo Sierra, "México Social y Político", en *Opus cit.* Cf. mi libro *El positivismo en México*, Fondo de Cultura Económica. México, 1975.

dos. En esta América se han dado combinaciones raciales y culturales que lo impiden. La realidad de esta América es algo excepcional, extraordinario y complicado. “Tengamos presente —dice Bolívar— que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma, deja de ser la Europa por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad, a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo”. Mestizaje, pero un mestizaje diverso del que dio origen a Europa, mestizaje en el que sus componentes permanecen irreconciliables, sin alcanzar la integración que hizo posible a Europa y sus expresiones. Por ello, los frutos de la cultura europea, por extraordinarios que sean, no pueden ser propios de los americanos. Lo que estos realicen si salvan sus conflictos, ha de ser distinto. La Constitución de los Estados Unidos, que todos los pueblos libres de la América Latina quieren imitar, es extraña a los mismos, al igual que el espíritu que la hizo posible; refiriéndose a la Constitución de los Estados Unidos, dice Bolívar, “. . . es un prodigio que subsista tan prósperamente y no se trastorne al aspecto del primer embarazo o peligro”.¹⁶ Se trata de un modelo singular, propio de un “Pueblo único en la historia del género humano”, pero ajeno a los hombres que no tienen experiencia de la libertad. “Se quiere imitar a los Estados Unidos —agrega— sin considerar la diferencia de elementos, de hombres, de cosas. . . nuestra constitución es muy diferente a la de aquella nación, cuya existencia puede contarse entre las maravillas que de siglo en siglo produce la política. Nosotros no podemos vivir sino de la unión”.¹⁷ “Yo pienso —dice en otro lugar— que mejor sería para la América adoptar el Corán que el gobierno de los Estados Unidos, aunque es el mejor del mundo”.¹⁸ Y lo mismo sucede con Europa. Las instituciones inglesas, por derivarse de una práctica cotidiana pueden ser, según Bolívar, buenos modelos si se mantiene ese mismo espíritu, haciendo de la costumbre, de la realidad en marcha, el instrumento de posibilidad de instituciones siempre readaptables. Siempre la encontrada realidad de esta América determinando las posibilidades de todo cambio. Una realidad que sólo la razón que pretendió imponer Bolívar, podría transformar.

La razón bolivariana, sin embargo, como una utopía más, fracasará en su intento por aglutinar, por unificar razas y culturas en conflicto. “La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: —decía— mezclémosla para

¹⁶ Simón Bolívar, “Discurso de Angostura”, *Opus cit.*

¹⁷ Simón Bolívar, “Carta al general Antonio Gutiérrez de la Fuente”, Caracas, 16 de enero de 1827, en *Obras Completas*, Vol. II, *Lex*, Habana, 1947.

¹⁸ “Cartas al general Daniel F. O’Leary”, Guayaquil, 13 de septiembre de 1829, en *Opus cit.*

unirla". "Unidad, unidad, unidad debe ser nuestra divisa". Pero habrá que acertar, porque si no se acierta "la esclavitud será el término de nuestra transformación". Habrá otros amos, otros señores, y la libertad será sólo una palabra vana. El mal está en los mismos pueblos, en lo que se ha hecho de ellos y que sólo una razón fuerte, despótica, puede transformar. Porque son los "pueblos más bien que los gobiernos —dice Bolívar—, los que arrastran tras de sí la tiranía. El hábito de la dominación les hace insensibles a los encantos del honor y de la prosperidad nacional y miran con indolencia la gloria de vivir en el movimiento de la libertad, bajo tutela de leyes, dictadas por su propia voluntad".¹⁹ Bolívar verá cómo su férrea razón y voluntad se estrellarán ante una realidad que mantendrá sus conflictos y que en vez de unirse saltará explosivamente en múltiples pedazos. La unidad posible bajo el rudo coloniaje se transformará en anarquía. El siervo que obedecía a látigo, se negará a obedecer a la razón. Este se vuelve contra sus libertadores clamando por nuevas cadenas o tratando de imponérselas a otros. "La situación de América —escribe Bolívar poco antes de su muerte— es tan singular y tan horrible, que no es posible que ningún hombre se lisonjee de conservar el orden largo tiempo ni siquiera en una ciudad. Creo más, que la Europa entera no podría hacer este milagro sino después de haber extinguido la raza de los americanos, o por lo menos la parte agente del pueblo, sin quedarse más que con los seres pasivos. Nunca he considerado un peligro tan universal como el que ahora amenaza a los americanos. . . la posteridad no vio jamás un cuadro tan espantoso como el que ahora ofrece la América. . . , porque ¿dónde se ha imaginado nadie que un mundo entero cayera en frenesí y devorase su propia raza como antropófagos?".²⁰ La víspera de su muerte escribe: "Primero, la América es ingobernable para nosotros; segundo, el que sirve a una revolución ara en el mar; tercero, la única cosa que puede hacerse en América es emigrar; cuarta, este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas; quinto, devorados por todos los crímenes y extinguidos por la ferocidad, los europeos no se dignarán conquistarnos; sexto, si fuera posible que esta parte del mundo volviera al caos primitivo, este sería el último período de América".²¹

Los emancipadores mentales, en un esfuerzo por hacer posible aquello en que los libertadores habían fracasado, partirán de la misma visión pesimista de una realidad ingobernable, de razas en conflicto, desunidas de gente, de pueblo, de realidades negativas de las que habrá que limpiar esta América para que ésta pueda salvarse. Es el proyecto civilizador, pro-

¹⁹ Cartas diversas escritas por Bolívar poco antes de su muerte. *Opus cit.* Cf. mi libro *Filosofía de la Historia Americana*.

²⁰ Simón Bolívar, "Carta al general Rafael Urdaneta", Soledad, 16 de octubre de 1830, *Obras Completas*, II.

²¹ "Carta al general Juan José Flores", Barranquilla, 9 de noviembre de 1930. *Opus cit.*

pio de los emancipadores mentales y de los positivistas, que buscará, por todos los medios a su alcance, la transformación de esta difícil realidad. La transformación por la vía de su anulación o yuxtaponiendo a la misma otra realidad, la de otros hombres, de otras mentes. Entregándose, en este proyecto, a los hombres que ya habían hecho posible la civilización sobre la barbarie en Europa y en la América del Norte y la estaba posibilitando en diversas partes del planeta. No se buscará un nuevo mestizaje, sino la anulación del nefasto mestizaje de la colonia a través de una poderosa transfusión de sangre y un no menos poderoso lavado de cerebro. El proyecto ilustrado de Bolívar se transforma en civilizador; proyecto que llevará a su máxima expresión el positivismo.

3. CRITICA DE LA REALIDAD HEREDADA

Violentas críticas, y más que críticas, diatribas, serán las que los “emancipadores mentales”, lancen contra esa realidad ingobernable a la que ya se refiriera Bolívar en su lecho de muerte. Pero, ¿dónde estaba el mal? En el pasado impuesto por la colonización española, contestan. Pero en este mismo campo, los brasileños, por un conjunto de situaciones históricas diversas, como el hecho de que Juan VI, Rey de Portugal escape a la intervención napoleónica y se asile en el Brasil, haciendo de esta tierra prolongación de su propio reino, impide un enfrentamiento semejante. El rey portugués, por la situación expuesta otorgará a la nueva metrópoli en ultramar los derechos que en vano reclamará Hispanoamérica a su rey, prisionero de los franceses, y al gobierno que resiste la invasión napoleónica en España. En Brasil, la nación que surgirá en 1823 no rompe sus lazos con la metrópoli, sino pacíficamente; el propio hijo de Juan VI de Portugal, regirá los destinos de la nueva nación que se ha declarado independiente. Se creó el primer Imperio de esta América, regido por Pedro I. En Hispanoamérica la arrogancia española, su terca negativa a considerar a las colonias de ultramar en el plano en que consideraba a sus provincias, los antiguos reinos, en la metrópoli, conducirán a la violenta separación. Separación, partiendo de la conciencia ya expresa en Bolívar de que los hombres y pueblos de esta América no podían ser, bajo el sistema español, sino siervos²².

De una colonización tan sólo destinada a formar siervos al servicio del imperio no podía derivarse sino esa realidad que, al alcanzar los americanos la independencia, les iba a impedir formar parte del conjunto de las nuevas naciones, incorporarse a la modernidad, la civilización y el progreso, de los que le había marginado la propia España, oponiéndose a los mismos, manteniendo la política de aislamiento que desde Felipe II se

²² Cf. *Filosofía de la Historia Americana*.

propusiera España en una supuesta defensa de la cristiandad en retirada, del catolicismo, y que ante el impacto de la Modernidad le ponía cercos a ésta, extendiendo dichos cercos a las colonias en Ultramar. Una pléyade de hispanoamericanos se enfrentará críticamente a las expresiones de la realidad originada en esa actitud impuesta y heredada a los pueblos de esta América. Una generación de críticos en los que se adelantará, en muchos sentidos, la interpretación que harán suya, años después, los positivistas latinoamericanos, incluyendo ya a los brasileños. Varios de los miembros de esta generación crítica encontrarán posteriormente, en el positivismo, la justificación filosófica de sus interpretaciones. Prepositivistas, positivistas sin saberlo; pero claros antecedentes de una actitud que intentará llevar a su plena realización el proyecto civilizador que les será común con los positivistas. Expresión de estas críticas al pasado colonial impuesto, lo serán entre otras la Memoria del chileno José Victorino Lastarria (1817-1888) presentada en 1843, bajo el título de *Investigación sobre la influencia de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. La obra del mexicano José María Luis Mora, publicada en 1837, titulada *Revista política de las diversas administraciones que la República Mexicana ha tenido hasta 1837*. La obra del argentino Domingo Faustino Sarmiento, publicada en 1845, *Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga. Y aspecto físico, costumbres y hábitos de la República Argentina*. La obra de otro argentino, Juan Bautista Alberdi, publicada en 1852, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. La del chileno Francisco Bilbao, *Sociabilidad Chilena* publicada en 1844. La del cubano José Antonio Saco, (1797-1879) *Memoria sobre la vagancia en la Isla de Cuba*. Más tarde, en 1883, Sarmiento recogerá ya las ideas de muchas de las expresiones del positivismo, en el libro *Conflictos y armonías de las razas en América*. Igualmente, José Victorino Lastarria, que en 1875 publica sus *Lecciones de Política Positiva* cuyo título hace expresa la incorporación del maestro chileno al positivismo, manteniendo su crítica a la realidad de esta América a partir de la doctrina positiva.

José María Luis Mora se enfrenta a la herencia dejada por el colonialismo hispano. En esta herencia se encuentran los que llama intereses de cuerpo. Los intereses formados por los cuerpos encargados del orden en la colonia: el clero y la milicia. Sobre ellos fundará su poder la lejana España. Poder en el que, al alcanzarse la emancipación de esta América, se mantendrá el mismo espíritu de los intereses de cuerpo. Cuerpos de intereses que ocuparán el vacío de poder que dejará la metrópoli al verse obligada ésta a abandonar sus dominios. La emancipación no dará origen a nuevas naciones; Mora hace expresa la situación que seguirá a la independencia, diciendo: "Si la independencia se hubiera efectuado hace cuarenta años, un hombre nacido o radicado en el territorio en nada habría estimado el título de *mexicano*, y se habría considerado solo y aislado en el mundo si no contaba sino con él. Para un tal hombre el título de *oidor*, de *canónigo* y hasta de *cofrade* habría sido más apreciable; y es necesario convenir

en que habría tenido razón, puesto que significaba una cosa más positiva; entrar en materia con él sobre los *intereses nacionales* habría sido hablarle en hebreo; él no conocía ni podía conocer otros que los del *cuerpo* o *cuerpos* a que pertenecía, y habría sacrificado por sostenerlos los del resto de la sociedad". "Si entonces se hubiera reunido un Congreso, ¿quién duda que los diputados habrían sido nombrados por los *cuerpos* y no por las juntas electorales, que cada uno se habría considerado como representante de ellos y no de la nación...?". "¿No vemos mucho de esto hoy, a pesar de que las elecciones se hacen de otra manera y se repite sin cesar que los diputados *representan a la nación*? He aquí el *espíritu de cuerpo* destruyendo al espíritu público"²³. Cuerpos que deberían servir a la nación, sólo se valen de ella para satisfacer sus intereses.

Tal es el orden social heredado, contrario a cualquier intento de formar una nación. Igualmente negativa ha sido la colonización, por lo que respecta a los grupos raciales que la formaron y se mezclaron. Grupos raciales que no han logrado integrarse, que no han acertado a mestizarse sin originar mezclas negativas, aún más negativas que los elementos que la integraron. España, preocupada por mantener sus intereses en las colonias, sólo se interesó por mantener su dominio sobre razas que consideraba esclavas, haciendo descansar sobre ellas la explotación de la riqueza de sus suelos. Todo al revés de la colonización sajona en Norteamérica, la cual puso de lado cualquier raza considerada esclava, evitando al mismo tiempo cualquier contaminación, haciendo que fueran los propios colonizadores los que se entregasen a la tarea de explotar las riquezas de los suelos descubiertos y conquistados²⁴. La española sólo trató de evitar la contaminación con cualquier trabajo material, por considerarlo inferior a la idea de un supuesto señorío heredado de la metrópoli. El trabajo material que le hubiera permitido la explotación de sus riquezas, como lo había permitido a los colonizadores sajones, quedaba en manos serviles que no podrían tener interés alguno en alcanzar logros que no les beneficiaban, como los indios, y cuando estos se mostraron débiles, recayó en esclavos arrancados del Africa. El hombre de la colonia no aceptaba sino vegetar en la burocracia, en la empleomanía de que hablaría Mora. Cualquier puesto, inclusive de conserje; siempre que no implicase trabajo servil, situación que le resultaría de su liga con este o aquel cuerpo de intereses. Es en este sentido que se enfoca la obra del cubano Saco. Sobre la inferioridad del coloniaje hispano escribirán los argentinos Sarmiento y Alberdi. Para empezar, un coloniaje realizado por hombres, los españoles, que estaban ya fuera de la historia en su pugna con los pueblos sajones. Colonización impuesta a los pueblos salvajes de la América, a los que se sumó la importación del salvajismo africano, para así completar y mejorar la tarea servil en la que

²³ José María Luis Mora, *Revista política de las diversas administraciones que la República mexicana ha tenido hasta 1837*. México, 1838. Cf. esta Antología.

²⁴ Cf. Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1976.

no querían involucrarse señores que si bien sabían manchar la espada nada querían saber del manejo de azadones, hoces y martillos. "Nuestro pasado es la España. La España es la Edad Media —dice Bilbao—. La Edad Media se componía en alma y cuerpo del catolicismo y de la feudalidad". "¡Esclavitud, degradación... He aquí el pasado!". Indios, negros, mestizos, dice Lastarria, estaban condenados a lo que era visto como degradación, la industria fabril. El trabajo convertido en algo degradante, tal es "la causa —dice— que ha perpetuado hasta nosotros la costumbre inmoral y perniciosa de despreciar a todos los que se consagran a las labores de la industria"²⁵.

"Los americanos del norte —dice Alberdi— no cantan la libertad pero la practican en silencio. La libertad para ellos no es una deidad, es una herramienta ordinaria, como la barreta o el martillo"²⁶. A lo que agrega Sarmiento: "La civilización yanqui fue la obra del arado y de la cartilla; la sudamericana la destruyeron la cruz y la España. Allí se aprendió a trabajar y a leer, aquí a holgar y a rezar". "Allá la raza conquistadora introdujo la virtud del trabajo; aquí se limitó a vegetar en la burocracia y el parasitismo"²⁷. "Los anglosajones —dice Sarmiento en otro lugar— no admitieron a las razas indígenas ni como socios, ni como siervos en su constitución social". En cambio España hizo "un monopolio de su propia raza, que aún no salía de la Edad Media al trasladarse a América... y absorbió en su sangre una raza prehistórica servil"²⁸. Respecto a la servidumbre que resultara de la combinación de razas en la América colonizada por España, agrega Sarmiento: "Iba a verse lo que produce una mezcla de españoles puros, por elementos europeos, con una fuerte aspersión de raza negra, diluido el todo en una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia y casi los tres elementos sin práctica de las libertades políticas que constituyen el gobierno moderno". Bárbaros los indígenas y negros, pero no menos bárbaro era el español por su reducida inteligencia; su cerebro, dice, ha quedado "atrofiado por falta prolongada de uso". "Es de temer —agrega— que el pueblo criollo americano en general lo tenga más reducido que los españoles peninsulares a causa de la mezcla con razas que lo tienen conocidamente más pequeño que las razas europeas"²⁹.

4. ENCUENTRO CON EL POSITIVISMO

¿Cómo resolver el arduo problema que se planteaba a sociedades formadas por la colonización española? José María Luis Mora contesta que este

²⁵ Cf. mi libro, *El pensamiento latinoamericano*, Ariel, Barcelona, 1977, Edición corregida y ampliada de *Dos Etapas del Pensamiento hispanoamericano*.

²⁶ Juan B. Alberdi, *La omnipotencia del estado es la negación de la libertad individual*, Buenos Aires, 1880.

²⁷ D. F. Sarmiento, *Conflictos y Armonías...*

²⁸ *Opus cit.*

²⁹ *Opus cit.*

problema podrá ser resuelto mediante lo que llama revoluciones mentales. "Es preciso —dice—, para la estabilidad de una reforma, que sea gradual y caracterizada por *revoluciones mentales* que se extiendan a la sociedad, y modifiquen no sólo las opiniones de determinadas personas, sino las de toda la masa del pueblo"³⁰. Revolución que expresará en los términos en que la harán los positivistas, como tránsito hacia el progreso. Paso que darían los que Mora llama hombres positivos. Los "hombres *positivos* —dice—, fueron llamados a ejecutar las reformas, especialmente de educación", porque la educación colonial solamente "falsea y destruye de raíz todas las convicciones que constituyen a un *hombre positivo*"³¹. Tal hombre tendría que proponerse como principio la anulación de la herencia colonial, la desespañolización, por lo que lo español representaba para el mantenimiento de un orden ajeno al hombre de esta América, ya que dentro de él, sólo tenía una función servil. Función para la que había sido educado. "Aunque el fondo del carácter mexicano es todo español —dice Mora—, pues no ha podido ser otra cosa, los motivos mutuos de encono que... se han fomentado entre ambos pueblos por la barbarie y la prolongación de la lucha de independencia, ha hecho que los mexicanos en nada manifiesten más empeño que en renunciar a todo lo que es español, pues no se reputan bastante independientes si después de haber sacudido el yugo político se hallan sujetos al de los usos y costumbres de la antigua metrópoli"³².

Frente a este esfuerzo están hombres empeñados en mantener el viejo orden de cosas que nada quieren saber de cambios. Representantes del retroceso, les llama Mora, opuestos a los hombres positivos que luchan por alcanzar el progreso. Dos grupos, dos partidos, el "partido de los cambios y el de la inmovilidad". "...el primero hablaba de *libertad y progreso*, el segundo de *orden público y religión*". A fines de 1826, dice, "el progreso estaba en lo general representado por los gobiernos de los estados, el *retroceso* o *statu quo* por el clero y la milicia". Pero ni los hombres del progreso "ni los del *retroceso* tenían todavía un programa". No sabían aún cómo obrar encontrándose discordes entre sí, pero "el retroceso se organizó bien pronto bajo el nombre de partido del *orden*, y entraron a componerlo como principales elementos los hombres del *clero* y de la *milicia*, que se llamaron a sí mismos *gentes decentes* y *hombres de bien*, y por contraposición dieron el nombre de *anarquistas* y *canallas* a los que no estaban dispuestos a caminar con ellos"³³. Mora describe cómo se forman los dos grupos y los partidos que los originan para entablar la larga lucha que sólo caminará con el triunfo de los hombres positivos. Anticipándose a los positivistas hablará Mora del paso del retroceso al progreso así como de la lucha y triunfo de los hombres positivos.

30 José María Luis Mora, *Opus cit.*

31 *Opus cit.*

32 *Opus cit.* Cf. mi *Positivismo en México*.

33 *Opus cit.*

“Había —dice Sarmiento— antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales e incompatibles: dos civilizaciones diversas: la española, *europaea*, civilizada, y la otra bárbara, americana, casi indígena; la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras de ser de un pueblo se opusiesen en presencia una de otra, se acometiesen, y después de largos años de lucha la una absorbiese a la otra”. Barbarie, civilización, va a ser la dicotomía conflictiva, enfrentamiento necesario para el urgente cambio de los pueblos de esta América si no se quería que los mismos quedasen fuera del nuevo orden que regía al mundo y del cual había quedado fuera España. Expresiones de esa necesaria lucha serán los “dos partidos, retrógrado y revolucionario, conservador y progresista, representados altamente cada uno por una ciudad civilizada de diverso modo, alimentándose cada una de ideas extraídas de fuentes distintas”³⁴.

Tanto el mexicano como el argentino conciben el paso del retroceso al progreso, de la barbarie a la civilización, a partir de un cambio de mentalidad; cambio del cual habrá de surgir la acción que permita a esta América hacer suyos los bienes de un mundo que tenía sus grandes abanderados en la Europa Occidental y en los Estados Unidos de Norteamérica. La técnica, las vías de comunicación, las fábricas habían por esta América lo que ya estaban haciendo por esos grandes pueblos. Y si bien la herencia colonial española obstaculizaba esta posibilidad, los hombres de esta América, los progresistas, los positivos, los civilizados y civilizadores podrían pugnar para facilitar la presencia física de hombres provenientes de esos mismos pueblos con su presencia física y cultural, para que hiciesen por esta América lo que ya habían hecho por sus naciones. “¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y los Estados Unidos?”, pregunta Alberdi. “Traigamos —contesta— pedazos vivos de ellos en las costumbres de sus habitantes y radiquémoslos aquí”. Pues si los hombres de esta América son incapaces de dar el paso del retroceso al progreso, de la barbarie a la civilización, dejemos, entonces, que sean estos hombres los que lo hagan posible entregándoles la riqueza propia y el trabajo de sus hombres que, de otra forma, no sabrán qué hacer con tales riquezas. “No temáis enajenar el porvenir remoto de nuestra industria a la civilización —dice Alberdi—, si hay riesgo de que le arrebaten la barbarie o la tiranía anteriores”. Proteged a las empresas extranjeras, a sus inversionistas, colmadlos “de ventajas, de privilegios, de todo favor imaginable, sin deteneros en medios”. “¿Son insuficientes nuestros capitales para esas empresas?”. “Entregadlas entonces a capitales extranjeros. Dejad que los tesoros de fuera como los hombres se domicilien en nuestro suelo”. “Rodead de inmunidad y de privilegios el tesoro extranjero, para que se naturalice entre nosotros”³⁵.

³⁴ D. F. Sarmiento, *Facundo o civilización y barbarie*, 1845. Editado por Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1977.

³⁵ Juan B. Alberdi, *Opus cit.*

La América del Sur aún con más energía que México pedirá sangre nueva, inmigrantes que completen la tarea civilizadora que parecía estar negada a los hombres formados por la colonización ibera.

Y, en un esfuerzo por cambiar los hábitos y costumbres formados por el largo dominio ibero, una doctrina, una filosofía que, reeducando a los americanos, les permitirá realizar por sí mismos el includible paso del retroceso al progreso. Una filosofía que hiciese de los hombres de esta América, hombres prácticos, positivos; hombres que hiciesen por esta parte del mundo lo que otros, con esta mentalidad, la que les es propia, han hecho ya. En este sentido es importante la conferencia de Juan Bautista Alberdi, titulada *Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea*, leída en 1840, en el Colegio de Humanidades de Montevideo. En esta disertación Alberdi, a partir de las expresiones de la filosofía europea contemporánea, de las cuales se derivará el positivismo, y el pragmatismo estadounidense, expone la filosofía que considera ha de ser propia de esta nuestra América; una filosofía para la solución de los problemas de la misma. En este sentido, una filosofía de lo concreto, de los problemas concretos de los hombres de esta América, como toda auténtica filosofía, la misma filosofía que se viene haciendo en Europa y los Estados Unidos. Filosofías prácticas, encaminadas todas a resolver los problemas de sus pueblos y a transformar su realidad. La transformación a partir de la cual pueden encabezar la marcha del progreso y la civilización. “La filosofía —dice— se localiza por el carácter instantáneo y local de los problemas que importan especialmente a una nación, a los cuales presta las formas de sus soluciones. La filosofía de una nación es la serie de soluciones que se han dado a los problemas que interesan a los destinos generales. Nuestra filosofía será, pues, una serie de soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales”. ¿Cuál ha de ser, entonces, esta filosofía? “una filosofía del siglo que vivimos, y sobre todo, del continente que habitamos”³⁶.

En este mismo sentido se forjarán otras expresiones de tal filosofía que serán, por ello paradójicamente originales, punto de partida para la elaboración de una filosofía que pueda considerarse propia de esta nuestra América; punto de partida, también, de la anhelada descolonización, de la desenajenación, que parecía ser ajena a hombres formados en una filosofía para la servidumbre. Filosofía que, al convertirse en auto-reflexión, acabará negando la deshumanizada tarea a la que los mismos civilizadores latino-americanos se entregarán; al intento de tratar de ser otros que ellos mismos para supuestamente poner término a la enajenación impuesta por el coloniaje; lo cual sólo conduciría a otra forma de enajenación de coloniaje, ante los modelos adoptados y sus creadores. En lugar de destruir la realidad heredada habría que hacer de ella materia para la creación de otra realidad. Era esta, también, la enseñanza europea que Alberdi captaría al

³⁶ Juan Bautista Alberdi, Cf. esta Antología.

preguntarse por el espíritu que la animaba y que debería, igualmente, ser parte de la elaboración de una filosofía de esta América y para esta América. En esta misma actitud y adelantándose a las expresiones del positivismo, el panameño Justo Arosemena publicará en 1840 el trabajo titulado *Apuntes para la introducción a las ciencias morales y políticas*³⁷. Búsqueda de una moral cívica propia para la acción social del hombre de esta América enfrentado a problemas que le eran propios y que sólo a partir de su enfrentamiento podrían ser resueltos por él mismo y por nadie más. Un filosofar que, en muchas formas, se anticipa al positivismo, como el de los “emancipadores mentales”, y civilizadores latinoamericanos.

Reflexionando sobre la realidad que les ha tocado en suerte —varios años antes de que se expresase la filosofía positivista, a la que se adhieren otros latinoamericanos—, los emancipadores y civilizadores encontrarán inspiración en expresiones de la filosofía europea que antecedieron y prepararon el positivismo. La ideología, el tradicionalismo francés, el eclecticismo, el utilitarismo, la escuela escocesa y el socialismo romántico de Saint Simón, Bentham, James Mill, Benjamín Constant, Cabanis, Lammenais, Quinet, Michelet, Lerménier, Condillac, Víctor Cousin, Jouffroy, de Bonald y otros muchos en los que se apoyaron Stuart Mill, Comte y Spencer. Varios de los emancipadores y civilizadores al encontrarse con el positivismo declararon que andaban, antes de conocerlo, con él, que preparaban su adopción, anticipándolo. En 1883, escribía Sarmiento a Francisco P. Moreno, en este sentido, reconociendo la relación de su pensamiento con el de Spencer. “Bien rastrea usted las ideas evolucionistas de Spencer que he proclamado abiertamente en materia social —decía— dejando a usted y a Ameghino las darwinistas, si de ello los convence el andar tras de su ilustre huella”. Por mi parte, “yo no tengo ni la pretensión ni el derecho de serlo; con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino”³⁸.

Lastarria, por su lado, en 1878, dice que su interpretación sobre la *Influencia social de la conquista* estaba ya animada por el mismo espíritu que animó a Augusto Comte en su filosofía de la historia. “El fracaso de 1844 —recuerda Lastarria—, lo confesamos, nos sobrecogió. No conocíamos, en efecto, escritor alguno que hubiese pensado como nosotros; y aunque en esos mismos momentos Augusto Comte terminaba la publicación de su *Cours de Philosophie Positive*, no teníamos ni la más remota noticia del nombre del ilustre filósofo ni de su libro, ni de su sistema sobre la historia, *que era el nuestro*”. Sin embargo, un redactor de *El Mercurio* nos daba entonces un consejo que sería una especie de presentimiento al decirnos, “siga en el giro *positivo* que ha sabido dar a sus estudios, no se deje arredrar por el desconuelo”. “Nosotros —agrega Lastarria— no pudimos conocer la *Filosofía positiva* de Augusto Comte hasta 1868”. Antes de llegar a él conocieron la obra de Littré sobre el filósofo francés. “En esta lectura marchábamos de sorpresa en sorpresa: era una revelación

³⁷ Cf. esta Antología.

³⁸ José Victorino Lastarria, *Recuerdos Literarios*, Santiago de Chile, 1878.

para nosotros". "¿No habíamos partido nosotros, precisamente en los mismos momentos en que Augusto Comte hacía su curso . . . , no habíamos partido de idénticas concepciones para fundar en América la filosofía de la historia?"³⁹.

El positivismo en sus diversas expresiones llegaría a los latinoamericanos empeñados en reconstruir una historia que pudiesen llamar propia. Una historia que encontraría en el positivismo la justificación del empeño para el cambio, que se pretendía total, de estructuras que les habían sido impuestas. El cambio de una realidad que los libertadores encontraban ya irredenta. Una realidad que la filosofía de la historia positivista mostraría como una etapa que necesariamente tendría que ser rebasada. El cambio y con él la posibilidad de un nuevo orden que no fuese impuesto en la larga colonización sobre esta América. Interpretación de la historia que ya se anticipaba en el Libertador, Simón Bolívar, cuando hablaba de la pugna que iba a conducir a su América al caos, la lucha entre los reaccionarios godos y los exaltados jacobinos. Expresión ambas de ideologías extrañas a esta América y en nombre de las cuales se iban a degollar los americanos: "Los jóvenes demagogos —decía— van a imitar la conducta sanguinaria de los godos o de los jacobinos para hacerse temer y seguir por toda la canalla"⁴⁰. Lucha que en la concepción de la historia positivista se mostrará como pasos que la humanidad va siguiendo para luego rebasarlos y alcanzar el orden propio de esta humanidad, el de la conciliación de los contrarios, el orden positivo. Por ello el positivismo se presentará a los latinoamericanos como tabla de salvación en la violenta tempestad que siguiera al logro de la emancipación política alcanzada frente a la colonización ibera. En este sentido es interesante el *Diario Intimo* del positivista chileno Jorge Lagarrigue (1854-1894) que se inicia en 1874 y termina en 1883, quien con sus hermanos Juan Enrique y Luis y los brasileños formaron parte de la ortodoxia del positivismo en esta América. Documento importante porque relata tanto su encuentro con el positivismo, como el de otros muchos pensadores de esta América. Encuentro y cruce de todos ellos, animados como están por los mismos afanes, los de rebasar una realidad que el positivismo mostraba era sólo circunstancial y transitoria. Frente a la decepción, producto de la anarquía, la guerra fratricida, se abría una esperanza, una esperanza que encontraba su justificación en la idea que sobre la historia tenían, tanto Comte, como Stuart Mill y Spencer.

5. EL POSITIVISMO Y LA FILOSOFIA DE LA HISTORIA LATINOAMERICANA

La filosofía de la historia del positivismo, en sus diversas expresiones, presenta la historia de la humanidad dentro de un movimiento dialéctico,

³⁹ Simón Bolívar, "Carta al general Rafael Urdaneta", Soledad, 15 de octubre de 1830, *Obras Completas*, II.

⁴⁰ Justo Sierra, "El programa de la Libertad", en *La libertad*, México, 1879.

que tiene su más grande antecedente en Hegel, lo cual le permite rebasar situaciones que resultan ser transitorias aunque necesarias, para el logro de la situación en la que se cumplan los más altos designios de esa humanidad. John Stuart Mill presenta este paso o cambio como expresión de lo que sucede en la misma naturaleza, donde lo múltiple, lo disperso se organiza dando origen a nuevas formas que de esta manera se realizan; se pasa de la anarquía al orden y del orden a la auténtica libertad. En cuanto a Spencer, es el mismo Justo Sierra el que lo expone como una filosofía que justifica la esperanza de la anhelada regeneración social. "Es para mí fuera de duda —escribe— que la sociedad es un organismo, que aunque distinto de los demás, por lo que Spencer llama un *superorganismo*, tiene sus analogías innegables con todos los organismos vivos... y es que la sociedad como todo organismo, está sujeta a las leyes necesarias de la evolución; que estas en su parte esencial consisten en un doble movimiento de integración y de diferenciación, en una marcha de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo incoherente a lo coherente, de lo indefinido a lo definido. Es decir, que en todo cuerpo, que en todo organismo, a medida que se unifica o se integra más, sus partes más se diferencian, más se especializan, y en este doble movimiento consiste el perfeccionamiento del organismo, lo que en las sociedades se llama progreso"⁴¹. Para el logro de esa meta los positivistas de esta América se entregarían a la tarea de reorganizar sus sociedades buscando su integración; la integración de la cual habría de derivarse la anhelada libertad. Pero no ya la anarquía, sino la libertad propia del orden en que había de realizarse, con plenitud, la humanidad. La libertad para el progreso, esto es, una libertad conducida, ordenada, dirigida. Un nuevo orden que pusiese fin al viejo orden colonial, permitiendo, al mismo tiempo, una sociedad de hombres libres y comprometidos con la libertad de los demás, y al estarlo, asegurando las posibilidades de la propia. Por ello, para poner fin al caos, a la anarquía, los positivistas mexicanos no titubearán en proponer una "tiranía honrada", la del orden para la libertad. Siguiendo a Spencer en su interpretación de la historia, decía Sierra: "Colonización, brazos y capitales para explotar nuestra gran riqueza, vías de comunicación para hacerla circular, tal era el desiderátum social; se trataba de que la República... pasase de la *era militar* a la *era industrial*"⁴². Las mismas demandas que ya hicieron los civilizadores de esta nuestra América.

Los brasileños, por las situaciones ya expuestas, no tuvieron que recurrir a la violencia para alcanzar la emancipación frente al dominio colonial lusitano; sin embargo, consideran que es por la herencia de esa colonización que se encuentran, como los hispanoamericanos, fuera de la historia que otras naciones vienen ya haciendo. Su sociedad es todavía una sociedad rural que descansa en el latifundio y en la explotación de mano esclava.

⁴¹ Justo Sierra, *Evolución política...*

⁴² Luis Pereira Barreto, *As tres filosofías*, Rio de Janeiro, 1877.

El Brasil necesitaba, también, pasar del orden colonial heredado, al orden industrial o positivo. Algunas ciudades del inmenso Imperio, estimuladas por la presencia e inversiones europeas, en especial inglesas, están originando centros industriales de los cuales ha de derivarse el cambio de esta su sociedad y, con ello, su incorporación al progreso encarnado en la Europa occidental y los Estados Unidos de Norteamérica. Los brasileños han sido ya testigos del término de la vieja pugna en los propios Estados Unidos entre el viejo orden colonial esclavista del Sur y el orden industrial del Norte, con el triunfo final de este último y la abolición de la esclavitud propia de la colonización isabelina del siglo XVI en las tierras de Virginia.

El Brasil, como Hispanoamérica, sufría también, aunque sin su violencia, de la lucha entre dos extremos, el propio de los partidarios del orden colonial y el de quienes trataban de destruirlo pero sin proponerse aún meta concreta alguna. Es la lucha entre la Iglesia y la masonería, lucha que podría conducir a los excesos que se presentaron en Hispanoamérica. Luis Pereira Barreto (1840-1923) se enfrentará a esos extremismos; apoyado en el positivismo se opondrá tanto al "vigor agresivo de las pretensiones ultramontañas", como a quienes partían de "la suposición de que con una palabra mágica, con una simple mudanza de gobierno sería resuelto el problema social y garantizado el triunfo del progreso"⁴³. Se enfrentan tres filosofías, dice siguiendo a Comte, la teológica, la metafísica y la positiva. La última habrá de conciliar las dos primeras poniendo fin a una lucha para que la sociedad no caiga en el abismo. Comte ha mostrado ya cómo puede rebasar el conflicto y la anarquía para el logro de una sociedad en la que la humanidad encuentre plena satisfacción. Será en este sentido que se enfoquen también, las *Lecciones de Política Positiva* del chileno Lastarria que, al fin, se ha encontrado con Augusto Comte. El viejo orden colonial y la anarquía a que su destrucción dio origen, deberán ahora cristalizar en un nuevo orden, el de la sociedad en que soñaran tantos latinoamericanos.

Es el mexicano Gabino Barreda (1818-1881), el que expone el sentido propio de la historia de México, que también lo será de la historia de la América Latina, partiendo de la interpretación de la filosofía de la historia comtiana. Interpretación que va a coincidir también con la de los emancipadores mentales y civilizadores, que partieron de otras categorías filosóficas, aunque semejantes ideológicamente. Tal interpretación se hace expresa en la *Oración Cívica* que pronuncia en 1867, al triunfo del liberalismo sobre el conservadurismo, el cual culmina con el fusilamiento del Emperador Maximiliano de Austria, impuesto por los conservadores mexicanos y los invasores franceses. Gabino Barreda ha conocido el positivismo directamente de su creador Augusto Comte, con el que siguió un curso entre los años de 1849 y 1851. Pero cambia la divisa Amor, Orden y Progreso, por

⁴³ Gabino Barreda, *Oración Cívica*, Cf. esta Antología.

la de Libertad, Orden y Progreso. Con ello hace una concesión al liberalismo triunfante encabezado por Benito Juárez. Pero en la aplicación que hace de la interpretación de la historia comtiana a la historia mexicana, el liberalismo es presentado como una etapa, necesaria, aunque circunstancial de esta historia, lo cual ha de culminar en el estadio llamado positivo. Sin embargo, esta historia, la de México, va a ser expresión concreta de la historia de la humanidad. Expresión de la acción del espíritu de esta humanidad en este lugar de América, expresión de una lucha, que se considera decisiva, mediante la cual la humanidad vence los obstáculos que le impiden alcanzar su etapa positiva. Triunfo que es alcanzado por México, para la América y para el mundo, derrotando al conservadurismo mexicano y a las fuerzas negativas y externas que lo apoyaron. Expresión también este triunfo, de la lenta pero permanente acción del espíritu positivo, encaminada a lo que llama Barreda "emancipación mental". "La ciencia —dice—, progresando y creciendo como un débil niño, debía primero ensayar y acrecentar sus fuerzas... hasta que poco a poco, a medida que ellas iban aumentando, fuese sucesivamente entrando en combate con las preocupaciones y con la superstición". Conciencia positiva que penetrará en las mismas expresiones de la colonia hasta disolverlas. Conciencia emancipadora que acabó prendiendo la chispa del fuego que pondría fuera de combate al espíritu teológico de la colonia. Dos partidos se enfrentaron, el liberal y el conservador. El primero, dice Barreda, "el partido a quien el conjunto de las leyes reales de la civilización llamaba a predominar, era entonces el más débil"; pese a ello se sintió con fuerzas "para emprender y sostener la lucha, y esta debería continuar encarnizada y a muerte". Este grupo activo, progresista y luchador, encarnará en el que Comte llamará espíritu metafísico. "Por una parte el clero y el ejército, como restos del pasado régimen y por la otra, las inteligencias emancipadas e impacientes por acelerar el porvenir, entraron en una lucha terrible, que ha durado 47 años". Y el triunfo final ha sido del liberalismo, permitiendo la que habrá de ser la última etapa, o estadio, de esta historia, la positiva. Tal es el sentido del triunfo juarista y la misma presencia de Gabino Barreda en el Ministerio de Educación por encargo de Juárez.

Los positivistas mexicanos, se enfrentarán, después del triunfo, a los mismos liberales triunfantes, que ya sólo representan etapa necesaria, pero ya cumplida, de una historia que ahora ha de seguir otros caminos, los de la organización, los del orden positivo que ocupe el lugar del orden impuesto por la colonia. Vencido el espíritu teológico por la acción del espíritu metafísico, el papel constructor y regenerador corresponde ahora al espíritu positivo. El espíritu en que encarna la acción combativa del espíritu metafísico o liberal, que es a su vez, encarnación de la humanidad en sus esfuerzos por alcanzar el más alto de sus estadios. Es la América liberal y positiva la que ha triunfado sobre el retroceso europeo encarnado en Napoleón III. "En este conflicto entre el retroceso europeo y la civilización americana; en esta lucha del principio monárquico contra el prin-

cipio republicano —dice Barreda—, en este último esfuerzo del fanatismo contra la emancipación, los republicanos de México se encontraban solos contra el orbe entero”. Pese a todo se enfrentaron a la cruzada del retroceso. “. . . los soldados de la República en Puebla —agrega refiriéndose a la batalla del 5 de mayo ganada a las tropas francesas invasoras—, salvaron como los de Grecia en Salamina, el porvenir del mundo al salvar el principio republicano, que es la enseña moderna de la humanidad”. “Mas hoy esta labor está concluida, todos los elementos de la reconstrucción social están reunidos; todos los obstáculos se encuentran allanados; todas las fuerzas morales, intelectuales o políticas que deben concurrir con su cooperación han surgido ya”. “Hoy la paz y el orden, conservados por algún tiempo, harán por sí solos todo lo que resta”. Porque “. . . el 5 de mayo de 1862, aseguró el porvenir de América y del mundo, salvando las instituciones republicanas”⁴⁴.

La realidad, la sociedad, la cultura y la historia de la América Latina serán, así, interpretadas a partir de las diversas expresiones del positivismo, incluyendo el darwinismo. A lo largo de esta América surgirán diversas interpretaciones de esta historia, de su sociedad y cultura; igualmente, interpretaciones del propio positivismo desde el punto de vista de los mismos latinoamericanos. Llegándose, inclusive, como los brasileños, a sostener la ortodoxia positivista frente a los que se considerarán desvíos de los positivistas europeos pese a que se consideraban herederos de Comte. Se mestizará, como lo hará Juan B. Justo de la Argentina, a Spencer con Marx, dando así origen a otra interpretación de la historia y, con ella, a un socialismo especial y característico de esta parte de América. El pesimismo y el optimismo de los intérpretes y teóricos del positivismo, se entrecruzarán formando una rica bibliografía. Frente a estas interpretaciones los europeos quedarán pasmados, sorprendidos, negándose a reconocer como propias esas expresiones e interpretaciones, que consideran ajenas al auténtico positivismo; fuera del ámbito de lo que era para sus creadores en Europa; expresiones vistas como “malas copias” del original. “Malas copias” que no serán sino expresión de la innata originalidad latinoamericana. Aquella originalidad reclamada por Bolívar para resolver auténticamente los problemas que el colonialismo había originado en América. Problemas que debían ser resueltos a partir de su conciencia de la necesidad de su superación. La realidad latinoamericana se haría así expresa tanto en quienes pretendieron tan sólo teorizar sobre el positivismo, como entre quienes hicieron de él un instrumento para comprensión de esta realidad, de su historia, de la cual se derivaban las metas a que esa misma historia apuntaba.

⁴⁴ Cf. mi libro *El pensamiento latinoamericano*, Editorial Ariel, Barcelona, 1976.

II

1. DEL LIBERALISMO AL POSITIVISMO

El problema para los positivistas latinoamericanos, como ya lo fuera para los libertadores y los emancipadores mentales, será la realidad a la que se enfrentan al encontrarse inconformes con ella. Una realidad que ha de ser, no sólo transformada, sino de ser posible cambiada por otra distinta. La adopción de la filosofía positiva será expresión de este intento. Se adopta, precisamente, la filosofía que se considera ha dado origen al mundo del que se quisiera formar parte. Hombres positivos, prácticos, se piensa, son los que han hecho posible este mundo. Hombres animados por una cierta actitud que ante el mundo se considera ha originado a las naciones cuyo modelo tratarán de hacer suyo los latinoamericanos para imponerlo sobre la realidad que les ha tocado en suerte. Una filosofía, consideran, que sabe conciliar la libertad con el orden que la garantice. Se habla de un nuevo orden, de un orden distinto del impuesto por la colonización; de un orden para la libertad y, como tal, surgido del afán de libertad de quienes anhelan su realización. Un orden que será adoptado y aceptado libremente y con el cual ha de substituirse el orden impuesto por el coloniaje.

El positivista latinoamericano se considera continuador de la acción que para poner fin al coloniaje ha realizado el liberalismo. Los positivistas son, también, liberales, pero realistas. La libertad no puede confundirse con la anarquía. La libertad es expresión de la acción creadora del hombre que la anhela y la hace posible. Para posibilitar el nuevo orden para la libertad había necesidad de destruir el orden colonial impuesto. Tal fue la tarea de los liberales; pero que, una vez cumplida, debería transformarse en acción constructiva. El jacobinismo había destruido el orden godo, pero no era ya mediante la destrucción que se iba a crear el nuevo orden. La tarea del positivismo sería la de crear el orden que substituyese al destruido por el jacobinismo. Puesta de orden que no implicaba la negación de la libertad que reclamara el jacobinismo. Todo lo contrario, de lo que se trataba era de crear un orden que garantizase la existencia de la libertad, así como el viejo orden había garantizado la permanencia de la dominación.

Los positivistas tenían ante sí la visión de una larga guerra civil, de una larga anarquía, la lucha entre los partidarios del viejo orden y los que anhelaban un orden aceptado libremente como instrumento de realización de metas que debían ser propias y no extrañas. Tenían ante sí una realidad hecha pedazos por la doble y encontrada acción de los propios americanos. Al viejo orden sólo había sucedido la anarquía, a la integración bajo la dominación había sucedido la desintegración en nombre de la libertad. Nada habían podido hacer los viejos liberales que no fuese destruir, crear la anarquía. Sus continuadores eran también liberales pero conscientes de los efectos de la libertad por la libertad; por ello se empe-

ñaban en crear un nuevo orden. Pero no era imitando otros órdenes, por extraordinarios que fuesen, que se podría crear el nuevo orden. No era copiando instituciones de las naciones que encarnaban la civilización y el progreso, que se iba a ser como ellas. No era adoptando la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica que los latinoamericanos iban a transformar el orden colonial en un orden democrático. Nada querían saber los positivistas latinoamericanos del orden colonial, pero tampoco, nada de un liberalismo que creía en la magia de las palabras, que pensaba que bastaba declararse liberal y demócrata para convertir a sus pueblos en democracias liberales semejantes a las que surgieron en Europa y los Estados Unidos.

Se trataba de ir más allá de la lucha entre liberales y conservadores, entre partidarios del progreso y partidarios del retroceso; de la lucha entre pipiolos y pelucones, entre unitarios y federales. De lo que se trata es de posibilitar la libertad, pero también el orden que la garantizase. Se trataba, como lo exponía Simón Bolívar, de ir más allá de la lucha entre godos y jacobinos. Lucha que no beneficiaba a ninguno, sumiendo en la anarquía y miseria a sus pueblos. Es esta anarquía la que está presente en las mentes de los positivistas mexicanos. La misma anarquía consciente en el triunfante liberalismo de los civilizadores en la Argentina, los Sarmiento y los Alberdi. De lo que se trataba ahora era de crear un orden que fuese más allá de la lucha que estos mismos hombres tuvieron que sostener contra los herederos del colonialismo. En México, vencido el conservadurismo y ejecutado el representante del oscurantismo europeo, sería necesario apuntalar un orden para la libertad. En Chile, el liberalismo que paso a paso se ha ido imponiendo al orden sin España, creado por el conservadurismo de Portales, se plantea la necesidad de un nuevo orden liberal. Bolivia y el Perú, desgarrados por largas luchas intestinas, hablan también, de la necesidad de un orden que diese perfiles de nación a sus diezmados pueblos. Y lo mismo sucede en el Ecuador, Colombia, Venezuela, naciones en las que se ha desgarrado el sueño bolivariano de la Gran Colombia. El Uruguay, separado del orden propio de la región del Río de la Plata, buscará anhelante una nueva forma de organización. El Brasil, en donde la anarquía, por razones del desarrollo propio de su historia, no ha puesto pie, busca, sin embargo, el incorporarse al nuevo orden internacional que no era ya el que sostenía el Imperio surgido del acuerdo entre la metrópoli portuguesa y el deseo de la colonia brasileña. En el Caribe, los pueblos que aún quedan bajo el colonaje español, luchan por romper estas cadenas, aprendiendo, al mismo tiempo, en lo que sucede con los pueblos del Continente. En todos estos pueblos, de una forma u otra, se les ha presentado el positivismo como el más adecuado instrumento para enfrentar una realidad que consideran ha de ser cambiada.

La historia, propia de cada uno de los pueblos, en que se ha dividido el mundo bajo dominio ibero, va a ser enfocada en función con las ideas que sobre la sociedad, la cultura, la educación y la política tiene el posi-

tivismo en sus diversas expresiones. Las sociedades latinoamericanas serán analizadas desde el ángulo circunstancial de sus observadores, armados del instrumental de comprensión del positivismo. A partir de estos puntos de vista propondrán políticas que suponen permitirán la estabilidad de sus pueblos, a partir de la cual puedan establecer auténticas naciones. De acuerdo con la preocupación liberal y civilizadora de emancipar la mente de los americanos, de liberarlos de hábitos y costumbres que les fueran impuestos para hacer más eficaz su servidumbre, los latinoamericanos encontrarán también en el positivismo el instrumento para crear nuevos sistemas educativos, que permitan que en un futuro que se espera próximo, surjan los hombres que en esta América hagan por sus pueblos, lo que los creadores del positivismo hicieron ya por sus pueblos en Europa y en Norteamérica. En la guerra que sostendrán el Perú y Bolivia contra Chile, los vencidos buscarán en el positivismo el bálsamo que cure sus ideas y les permita reconstruirse, mientras los vencedores se prepararán a frenar el despotismo que, como consecuencia del triunfo, ven surgir. Comte, Mill, Spencer, Darwin y otros filósofos son utilizados de diversa forma por sus seguidores en Latinoamérica. Se les mezcla o se les depura o se les relaciona con otras filosofías sociales como el marxismo ^{44a}.

El despotismo ilustrado, en el que en alguna forma pensaron los libertadores de esta nuestra América, será substituído por un despotismo positivista. De acuerdo con el positivismo inglés, había que posibilitar el orden del que habría de derivarse la libertad. De acuerdo con Comte, el orden de la naturaleza daba origen a la única forma de libertad, la que se hace expresa en las diversas expresiones de esta naturaleza, partiendo de sus expresiones más simples hasta las más complejas como lo son las sociedades humanas. La libertad la entendía Gabino Barreda de la siguiente forma: "Representátese comúnmente la libertad como una facultad de hacer y querer cualquier cosa sin sujeción a la ley o fuerza alguna que la dirija", pero la libertad auténtica es la que *libremente* sigue el orden que le es propio. En la naturaleza todos los objetos son libres si siguen las leyes que les son propias. Cuando se dice que un cuerpo cae *libremente*, dice Barreda, no se está hablando de un cuerpo que cae donde quiere, sino que cae siguiendo las leyes de gravedad. En cambio, cuando se dice que este cuerpo no cae libremente, se quiere decir que encuentra obstáculos que le desvían en su caída. Esta es la verdadera libertad: el hombre está limitado por la sociedad que le da sus leyes, y su libertad consiste en actuar de acuerdo con ellas ⁴⁵. De lo que se trataba entonces era de garantizar este orden; de impedir que nada interfiriese en la realización de la libertad de acuerdo con sus propias leyes. Despotismo positivista, liberalismo dentro del orden o la ley, esta será la justificación que se darán los grupos de poder que

^{44a} Cf. mi libro *El pensamiento latinoamericano*, Editorial Ariel, Barcelona, 1976.

⁴⁵ Gabino Barreda, *Opúsculos, discusiones y discursos*, Imprenta del Comercio, México, 1877. Cf. mi libro *El Positivismo en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975.

en esta América pretenderán incorporarla a la civilización y el progreso. Así surgirán múltiples oligarquías a lo largo de esta América: en México, con el Porfiriato y en el extremo Sur, como la Argentina, con grupos igualmente oligárquicos. Los políticos seguidores del orden en México, serán designados significativamente por quienes lo sufrían como los "científicos". Eran estos los guardianes del orden que convenía a los intereses de la clase que había adoptado el positivismo, de la burguesía, o seudoburguesía, que soñaba, como ayer soñaran los liberales, en convertir a estos sus pueblos en naciones semejantes a las construidas por las burguesías de Europa y Norteamérica, aunque para lograrlo, tuviesen que aceptar la conducción de los mismos, había que unirse al carro del progreso, aunque fuese como furgón de cola del mismo.

2. EVOLUCION FRENTE A REVOLUCION

Los mexicanos se enfrentarán a la dolorosa experiencia de la guerra de 1847 contra los Estados Unidos, que había originado la pérdida de gran parte de su territorio, junto con la experiencia de la larga guerra civil que había culminado con la intervención francesa en 1861, a favor de los grupos conservadores y la imposición de un emperador extranjero. Pero al fin triunfaría el liberalismo de 1867 en su larga lucha contra el conservadurismo, pero empezaban las disputas que el liberalismo triunfante provocaría al pretender cambiar la realidad mediante decretos, leyes y constituciones imitadas, junto con instituciones extrañas a la realidad mexicana. Los positivistas, fruto de la reforma educativa que fuera encargada a Barreda, se lanzarán contra el liberalismo por utópico; contra el liberalismo cuya misión destructiva se había cumplido al vencer al conservadurismo y sus aliados en el exterior. Los positivistas no creen en la revolución, sino en la evolución de las sociedades, por lo que consideran que los liberales, al pretender conducir a la nación con leyes que no estaban al nivel de su evolución, lo que habían hecho era forzar la realidad conduciéndola hacia el fracaso. "Quieren los revolucionarios —dice Justo Sierra— hacer el progreso a hachazos, imponiéndolo por la violencia, sin comprender que el progreso no está a merced de los señadores, no se fabrica por medio de códigos políticos, sino que se efectúa lenta y trabajosamente"⁴⁶. De allí la inutilidad de la Constitución de 1857 promulgada por los forjadores liberales de la Reforma Mexicana. Las leyes de esta Constitución "flotan en la superficie de sociedades como las plantas acuáticas sobre las corrientes, sin tocar con sus raíces el fondo". Esta Constitución no salvó a México del desorden, no logró imponer el orden que tan necesario era

⁴⁶ Justo Sierra, "Algunas palabras al Monitor", en *La Libertad*, Diario, México, 1878. Cf. *Mi Opus cit.*

para que los mexicanos se curasen las heridas de sus largas guerras intestinas.

Lo importante para los positivistas mexicanos sería el orden bien cuidado y orientado porque de él se originaría después la anhelada libertad. La Constitución del 57, insiste Sierra, es sólo obra de idealistas sin valor alguno en la realidad, producto de filosofías que el positivismo ha desmoronado; tanto los filósofos ingleses, como "la escuela organizada por Comte" la han "hecho desvanecer como el humo". Porque México debe marchar, pero sin saltos, de acuerdo con su propia evolución, la propia de todos los organismos vivos. El retroceso no puede ya recuperar el poder, pero los liberales que lo han alcanzado se dividen ahora y combaten entre sí. Enfrentamientos que se dan ya, durante el gobierno del vencedor Juárez. Los vencedores luchan entre sí. Uno de los caudillos del dividido liberalismo, un fuerte militar, habrá de encontrar la adhesión de los partidarios del progreso, los positivistas, los cuales consideran que el liberalismo ha terminado su función; este caudillo es el general Porfirio Díaz. El hombre fuerte que hará posible la principal condición de la evolución de las sociedades hacia la libertad, el orden. Díaz será el "tirano honrado" que necesitaba la sociedad mexicana, el hombre que, con la aceptación de la sociedad mexicana, será ungido con todo el poder que se necesite para dar el último gran paso, el paso hacia una sociedad regida por sus propias leyes, las propias de la ciencia que los descubre tanto en el orden natural como en el social. El orden propio de las sociedades que no es sino el mismo orden natural en la más complicada de sus expresiones.

Los chilenos, por su lado, han sido testigos de cómo la anarquía, que en otros lugares de esta América los ha llenado de miseria, ha sido frenada gracias a la política de ese gran conservador que fuera Diego Portales, empeñado en mantener lo que llamaba, el "peso de la noche" colonial sobre Chile, el orden colonial español, pero sin España. Hazaña que si bien había impedido nuevas guerras civiles, mantenía a la nación fuera del orbe del nuevo orden mundial. En cambiar esta situación se empeñarán liberales como Lastarria y Bilbao. Lastarria, que un día se encontrará con el positivismo reconociéndose a sí mismo como positivista. Salvo que será su positivismo un pensar empeñado en alcanzar metas distintas de las que se propusiera en Comte, el conservadurismo científico, como lo intentaran los mexicanos. Lastarria no quiere cambiar el orden conservador de Portales, por un orden igualmente conservador del positivismo comtiano. Lastarria está, tanto contra las tiranías para la libertad, como contra las tiranías por el orden mismo. No está por ello con el Comte que hacía la apología del golpe de Estado de Napoleón III, y el que consideraba al Zar de las Rusias como el hombre de estado de la cristiandad por excelencia. Lastarria, en sus *Lecciones de política positiva*, considera a la libertad como la finalidad de toda sociedad. Pero una libertad que no ha de surgir del orden tiránico, por bien intencionado que éste sea. La misión del Estado, dice, "es la de representar el principio del derecho en la

sociedad, tanto en sus relaciones exteriores, empleando la fuerza, cuando sea necesario defender ese derecho, como en lo interior, para facilitar a la sociedad y a cada uno de sus miembros las condiciones de existencia y desarrollo"; guardianes de la libertad, pero no forjadores de ella mediante el orden represivo. Se opone a la existencia de un poder absoluto en nombre de la libertad y la independencia nacional. "¿Acaso —pregunta— no se han sacrificado siempre todos los derechos individuales, todas las facultades activas de la sociedad para construir un poder fuerte que pueda conservar y defender aquellos dos fines supremos?". Se opone, también, a la tesis de Mill, el cual si bien acepta que el individuo es dueño de su cuerpo y su alma, considera necesaria la intervención del estado en nombre de la coexistencia de este individuo con otros en la sociedad, haciendo del estado el poder que ha de decidir sobre las relaciones de los individuos. "Tal concepción de la libertad —dice— es tan falsa que en América no hay quien no reconozca su absurdo".

Lastarria no considera que la anarquía que siguió a las guerras de independencia sea expresión de la incapacidad de los pueblos de esta América para crear un nuevo orden sin sacrificio de sus libertades. Lastarria cree, y en esto sí sigue al positivismo, que esa anarquía no es sino expresión de la evolución propia de todos los pueblos; un paso necesario en la destrucción de formas de orden contrarias a la libertad. Destrucción que ha de posibilitar la libertad. Porque no bastaba vencer a los ejércitos represivos, era también menester "vencer a la sociedad vieja para crear luego la nueva"⁴⁷. Tal es, precisamente, lo que se proponen Lastarria y los positivistas que le acompañan en su crítica. El orden colonial, sin España, sigue aún vivo, pero no será por nuevas violencias que habrá que anularlo, sino utilizando las mismas vías institucionales que el conservadurismo, al organizarse legalmente, ha originado. Limitar, poco a poco, al Poder Ejecutivo, que ahora tiene el lugar que antes tenía la lejana Corona en la Colonia. Potenciar el poder legislativo y limitar el del Ejecutivo será la preocupación de Lastarria y los positivistas chilenos. Anular, paso a paso, el orden constitucional inspirado por Portales.

El positivismo, sin embargo, va a ser asimilado también en forma más ortodoxa, de donde se derivarán dos grupos: el ortodoxo comtiano, de los hermanos Lagarrigue y el heterodoxo, representado entre otros, por Valentín Letelier (1852-1919). El viejo maestro, Lastarria, se encontraba enroldado en este último grupo, oponiéndose a las tesis del orden para la libertad del positivismo europeo. Tesis que los Lagarrigue aceptarán como algo necesario para el logro de una sociedad civilizada y creadora de progreso y, por ello, libre. La historia, muy pronto, iba a dar ocasión para que se dirimiesen los dos puntos de vista.

En la Guerra del Pacífico en que se enfrentarán en 1879 Perú y Bolivia por un lado, contra Chile por el otro, el triunfo sería del segundo.

⁴⁷ José Victorino Lastarria, *Recuerdos Literarios*, Librería de M. Servat, Santiago de Chile, 1885.

Triunfo que, a su vez, fortalecerá al Poder ejecutivo entonces bajo la presidencia de José Manuel Balmaceda. Valentín Letelier escribe que, aparentemente, esta guerra no alteró el orden constitucional. "Pero aunque jurídicamente no hubo cambio alguno en el orden legal, de hecho se operó por la fuerza de las cosas una gran concentración de poder en manos del ejecutivo"⁴⁸. Lejos de progresarse hacia el liberalismo propugnado por Lastarria, lejos de darse el paso de que hablaba Spencer, del orden militar al orden industrial, la guerra había inclinado la balanza hacia el orden que la victoria militar representaba. El resultado no se habría de hacer esperar en 1891, cuando se inicia violenta pugna entre el poder ejecutivo y las cámaras que el presidente Balmaceda cree terminar disolviendo el Congreso. Letelier y quienes pensaban como él, se opondrán a este acto que hacía retroceder la historia por la que se venía encaminando la República de Chile. Se desata la lucha armada. El Congreso desconoce al gobierno y hace armas contra él. El gobierno, por su lado, declara al Congreso en rebeldía. El ejército se pone de lado del Presidente, la marina del lado del Congreso. Ocho meses después renuncia el presidente Balmaceda y se suicida. El espíritu liberal triunfaba definitivamente. Lastarria vencía a Portales. En esta pugna Letelier había estado con el Congreso, no así Juan Enrique Lagarrigue que, fiel a la ortodoxia positivista, estaba con un orden que tuviese como base un poder ejecutivo fuerte. En 1890 había escrito una *Propuesta de solución para la actual crisis política*. "Para la crisis actual —decía— no hay en nuestro sentir más que una solución digna y que asegure el glorioso porvenir de Chile, y es que el *gobierno*, encarnación hoy del orden, prevalezca sobre el *Congreso*, viva encarnación del desorden", y agregaba: "Por más que se declare ignorantemente contra la dictadura republicana, ella constituye el mejor de los gobiernos, como el régimen parlamentario el peor de todos". Ya antes había escrito: "Augusto Comte es el primer republicano que ha puesto en plena evidencia el absurdo y la inmoralidad del régimen parlamentario"⁴⁹, declarándose a favor de un régimen fuerte y de orden como el de Napoleón III.

3. REFORMA MENTAL

En la Argentina, vencido Juan Manuel de Rosas después de la batalla de Caseros (1852), los civilizadores se entregarán a la tarea de regenerar una realidad negativa, la realidad descrita por Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y su generación. Sarmiento, al llegar a la presidencia de la República Argentina en 1848 se empeñará en realizar las dos propuestas de regeneración: la inmigración que permita una transfusión de sangre

⁴⁸ Valentín Letelier, *La tiranía y la revolución*, Santiago de Chile, 1891.

⁴⁹ Juan Enrique Lagarrigue, *Propuesta de solución para la actual crisis política*, Santiago de Chile, 1890.

y la educación que permita un cambio de mentalidad para que los hombres de esta América puedan hacer suyos los instrumentos del progreso. Desde la Escuela Normal de Paraná, fundada en 1870, se va a intentar poner en marcha el proyecto educativo, el de la educación para la libertad y el progreso. Las ideas de Augusto Comte serán adaptadas al servicio de esta meta. Adaptadas a las necesidades propias de una realidad como la argentina que no era, por supuesto, la del filósofo francés. Vencido Rosas era menester crear un orden en el que la libertad pudiese ser una realidad: educar para la libertad. Pero para una libertad que tuviese su asiento en la misma voluntad del individuo, tal sería el proyecto a realizar por la Escuela fundada por Sarmiento. De esta escuela surgirían los educadores que preparasen a los argentinos para el uso de sus libertades. A la Escuela se incorporaría un profesor italiano, Pedro Scalabrini (1848-1916) cuyas enseñanzas tenderán a estimular la iniciativa del educando; iniciativa de la cual había de derivarse el uso de las tan anheladas libertades. "Sus discípulos fueron muchos... no dentro del formulismo cerrado —se nos dice— con que comúnmente se matan las grandes concepciones sino dentro de la libertad interpretativa, con que los había acostumbrado el maestro"⁵⁰. En este lugar se formará la escuela positivista argentina, cuyo líder, J. Alfredo Ferreira (1863-1935), discípulo de Scalabrini, hará suya esta concepción liberal en su interpretación del positivismo. A esta preocupación se agregarán también, la de varios de los maestros estadounidenses contratados por Sarmiento para realizar la reforma educativa que se había propuesto.

Ferreira se opondrá a la uniformación de la enseñanza; para él, como para su maestro Scalabrini, lo importante era el enseñar el uso libre de la razón. "La libertad de discusión, —decía— no tiene peligro; sólo la esclavitud es temible". Por ello la adopción del positivismo tendría que hacerse de acuerdo con esta preocupación. "La inmensa construcción de Comte... debe adaptarse y no inmovilizarse al nacer y crecer. El lo dijo: el único principio absoluto es que todo es relativo". La uniformidad impuesta por el gobierno, o cualquier otro poder, era contraria al auténtico positivismo. Por ello, agregaba: "El poder temporal debe renunciar a todo monopolio didáctico. El estado debe renunciar a todo sistema completo de educación general"; todo ello deducido del propio Comte.

Una interpretación distinta de la sostenida por los mexicanos, empeñados en formar un "fondo común" de verdades que consideraban necesarias para la convivencia social, haciéndose de lado, en este campo, las consideradas como opiniones y creencias personales de cada mexicano. Era esta la preocupación educativa de Barreda, partiendo también de Comte, en la interpretación que, desde otro punto de vista se hará del mismo. Educar, no ya para la libertad, sino para el orden que algún día la posi-

⁵⁰ Víctor Mercante, "El educacionalista Pedro Scalabrini", en *Revista de Filosofía*, Buenos Aires, 1917.

bilitase. Para el orden que sustituyese el viejo orden colonial destruido por el liberalismo. La larga guerra civil mostraba la urgencia de encontrar un terreno común de creencias de los mexicanos, con independencia de lo que en lo particular, lo interno, pensasen o creyesen. Tal sería el sentido de la reforma educativa que, por encargo del presidente Benito Juárez, pondría en marcha Barreda. Sentido que resume en la Carta que envía al Gobernador del Estado de México, Mariano Riva Palacio, el 10 de octubre de 1870. El propuesto fondo común de verdades lo impondría la Escuela Nacional Preparatoria organizada de acuerdo con el sistema comtiano. Era menester, decía, poner fin a la "anarquía que reina actualmente en los espíritus y en las ideas, y que se hace sentir incesantemente en la conducta práctica de todos". Pero no se trata de imponer esta o aquella idea, de aterrorizar o halagar, sino de enseñar a los mexicanos que podían tener algo de común entre sí, algo en que podían ponerse de acuerdo como miembros de una misma sociedad. "Para que la conducta práctica sea en cuanto cabe, suficientemente armónica con las necesidades reales de la sociedad, es preciso que haya un fondo común de verdades del que todos partamos, más o menos deliberadamente, pero de una manera constante. Este fondo común de verdades que nos han de servir de punto de partida, debe presentar un carácter general y enciclopédico, para que ni un solo hecho de importancia se haya inculcado en nuestro espíritu, sin haber sido antes sometido a una discusión, aunque somera, suficiente para darnos a conocer sus verdaderos fundamentos".⁵¹ En tal sentido se enfocará la reforma teniendo como instrumentos la Escuela Nacional Preparatoria que mostrará ese carácter general y enciclopédico que había desarrollado el comtismo.

La caída de Juan Manuel de Rosas en la Argentina, afectará también la situación política del Uruguay, cayendo Manuel Oribe que había encontrado el apoyo del dictador argentino. Como los argentinos, y por la influencia de desterrados ilustres como Juan Bautista Alberdi, el Uruguay se dispondrá a incorporarse a la civilización. La anarquía, sin embargo, continúa; la guerra, que el Uruguay, aliado a la Argentina y Brasil hacen al Paraguay, (1865-1866) no cambia la situación, sucediéndose presidentes y revoluciones. En 1873 asume el poder José Ellauri y con él llegan a las cámaras una pléyade de universitarios que se hacen llamar los "Girondinos del 73". Sin embargo, en 1875 el coronel Lorenzo Latorre se alza en armas y toma el poder. Entre 1875 y 1877 la dictadura militar se presenta como la única salida a la anarquía. Al interrogante de por qué habían sido vencidos los girondinos, la élite intelectual se contestará que porque estos habían actuado de espaldas a la realidad. Nada tenían que ver las ideas por ellos sostenidas con la realidad propia del Uruguay. Estos no se propusieron crear un gobierno, sino una academia. En 1880, partiendo de estos interrogantes, surge otra generación que, tomando en

⁵¹ Cf. esta Antología.

cuenta la experiencia adquirida, trató de enfrentarse al cuartel. El Ateneo del Uruguay será la sede de este movimiento de enfoque realista. Se tratará de apartarse, antes que nada, del verbalismo inocuo, reflexionándose directamente sobre la realidad y, a partir de la reflexión, intentar transformarla. El positivismo, como en otros lugares de esta nuestra América, ofrecerá el arsenal de ideas e ideológico para este nuevo enfoque.

Pero, ¿cómo vencer al cuartel? Infiltrándose, buscando convencer a los militares de la necesidad de la regeneración racional, que realice lo mismo que ellos pretenden realizar por la fuerza de las armas. Es esto lo que se propone José Pedro Varela (1845-1879). Varela es un ferviente admirador de los Estados Unidos que ha visitado estudiando sus métodos educativos. José Pedro Varela enviará al dictador Lorenzo Latorre su libro, titulado *De la legislación escolar*, en el que expone las reformas que consideraba era necesario realizar en el campo educativo para que por esta vía, se pudiese acabar con cualquier expresión de la anarquía. La experiencia en los Estados Unidos, el pragmatismo y varias expresiones del positivismo estarán expresadas en este trabajo que será recibido con entusiasmo por el dictador, pidiéndole se encargase de la Reforma Educativa. Esta reforma bajo el nombre de Ley de Educación Común, es promulgada en 1877. Los intelectuales uruguayos protestarán contra lo que considerarán una traición de Varela; el cual contesta a las críticas diciendo: "La tiranía no es un hecho de Latorre: es fruto espontáneo del estado social de mi patria. No se puede combatir con más seguridad la dictadura que transformando las condiciones intelectuales y morales del pueblo... por la escuela". "No exterminaré la dictadura hoy; pero sí concluiré con las dictaduras del porvenir". Será esta reforma la que fortalezca y haga posible el esfuerzo que, a nivel nacional, emprenderá el Ateneo para cambiar la actitud del pueblo, para transformar la moral de la que se habían derivado anarquías y tiranías. El positivismo será el arma filosófica con la que los ateneístas se enfrentarán a los espiritualistas, los cuales insistían en sostener una actitud idealista, de espaldas a la realidad. Se acusará al positivismo de inmoral, a lo cual se contestará diciendo que lejos de ser inmoral el conocimiento científico de la realidad, éste permite su transformación ayudando al hombre a alcanzar la verdadera libertad. El positivismo, decía entre otros Angel Floro Costa, (1858-1906) ha quemado las naves de la metafísica, obligándonos a enfrentarnos a la realidad. "¡Era tan bello soñar con la inmortalidad, con la supremacía absoluta del espíritu sobre la materia!". Con el positivismo ya no se podía hacer esto; el hombre era ahora el único responsable de lo que se hiciese o se dejase de hacer; de lo que la realidad circundante pudiese o no ser. "Yo dejé de ser frívolo cuando empecé a instruirme, yo deje de reírme de los demás, cuando empecé a cultivar algo las ciencias positivas, dice Costa, ... Comprendí entonces el descarrío de nuestras novedades, comprendí entonces el secreto de nuestra feroz intolerancia,

y me di cuenta del triunfo apetitoso y perdurable de nuestra barbarie".⁵²

En Colombia el problema a resolver será también la anarquía. La anarquía que no parecía tener otra solución que el orden armado. El autor de la reforma regeneradora por la educación, lo será aquí Rafael Núñez (1823-1894). Núñez ocupará, él mismo, la Presidencia de la República en tres ocasiones (1880-82, 1884-86 y 1887-88). Para él la política era la "del orden y la libertad fundada en la justicia". "El país —había dicho en 1868, antes de ser presidente— ha llegado a tal punto de decadencia, fruto de la intranquilidad... que es preciso empezar la grande obra de su regeneración". El positivismo, en sus diversas expresiones, era conocido por Núñez y será utilizado en la tarea regenerativa que se había propuesto realizar. En discurso hecho en la Universidad Nacional en 1880, hablaría de la necesidad de adoptar la "lógica de Stuart Mill e imponer la sociología como el primer curso de educación política, en especial Spencer", pero alejándose de Comte por su preocupación religiosa. De acuerdo con Spencer, decía que uno de los objetivos de su gobierno sería el de "poner en evidencia la importancia vital de la armonía y sucesión de las reglas del movimiento, como también la salvadora necesidad del orden jerárquico para toda existencia compleja y todo progreso". De acuerdo, también, con el mismo Spencer, interpretaba la historia de Colombia; marchaba hacia su regeneración, venciendo la heterogeneidad expresada en la anarquía para así realizarse en la homogeneidad propia de toda auténtica sociedad. Había que gobernar educando, para preparar así a los colombianos en el ineludible cambio social, al ineludible progreso; tal será la preocupación central de Rafael Núñez.⁵³

4. DEGENERACION Y REGENERACION SOCIAL

Perú y Bolivia, perdedores en la guerra contra Chile en 1879, volverán los ojos sobre sí mismas tratando de encontrar las causas de sus males, la causa de la derrota sufrida. Su historia, como la de los pueblos herederos de los hábitos y costumbres impuestos por el coloniaje hispano, es también una historia que pendula entre la anarquía y la tiranía. Pero un pendular que su rival, Chile, había sabido eludir a partir de la reforma institucional impuesta por Diego Portales, haciendo posible la lucha cívica institucional y no ya armada. Manuel González Prada (1848-1918) recordará, diez años después de la guerra, esta diferencia con Chile diciendo: "Cuando el más obscuro soldado del ejército invasor no tenía

⁵² Angel Floro Costa, *La Metafísica y la ciencia*, Montevideo, 1879.

⁵³ Cf. Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, Editorial Temis, Bogotá, 1964. Javier Ocampo López, "El positivismo y el movimiento de 'Regeneración' en Colombia", *Latinoamérica*, Anuario de Estudios Latinoamericanos, Imprenta Universitaria, México, 1968.

en sus labios más nombre que Chile, nosotros, desde el primer general hasta el último recluta, repetíamos el nombre de un caudillo; éramos siervos de la Edad Media, que invocábamos al señor feudal". ¿Cómo remediar entonces esta situación?, ¿cómo rebasar el colonialismo? "Si la ignorancia de los gobernantes y la servidumbre de los gobernados fueron nuestros vencedores, —contesta— acudamos a la *ciencia*, ese redentor que nos enseña a suavizar la tiranía de la naturaleza". Pero no habló de ciencia momificada, sino "de la *ciencia positiva* que en un siglo de aplicaciones industriales ha producido más bienes a la humanidad que milenios de teología y metafísica".⁵⁴ Mostrar la realidad, enfrentarla científica, positivamente, será la forma de dominarla como se domina a la misma naturaleza. Será a partir del conocimiento de la realidad que se posibilite su regeneración. Comte, Spencer, Mill y Darwin forman el bagaje positivista de Manuel González Prada cuando se enfrenta a la realidad peruana para regenerarla.

El positivismo será también como un buen instrumental para hacer consciente la nacionalidad peruana, una idea de la que había carecido el Perú al enfrentarse a Chile. Spencer será también aquí, el preferido por el carácter más liberal de sus doctrinas. Mariano Cornejo (1866-1942), Javier Prado y Ugarteche (1871-1921) y Manuel Vicente Villarán (1873-1958), desde los ángulos diplomático, político y educativo analizan la realidad peruana apoyados en el positivismo. La guerra con Chile, decía Cornejo, ha demostrado la necesidad de actuar desde un punto de vista positivista. "... todos reconocen la fuerza del derecho —dice refiriéndose al plebiscito de Tacna y Arica—, también es cierto que este siglo es positivo por esencia y que para llevar a la realidad estos principios y encarnarlos en ella, es preciso usar de medios precisos, de pactos concretos y garantías ineludibles". Pues así como en el sistema de Darwin la "selección natural y artificial acomodan los organismos con sus fines en el planeta, en la historia la selección social acomoda los continentes a sus destinos". En esta parte de América la misma herencia étnica, había dado origen a situaciones negativas. "Hemos heredado la timidez de carácter de la raza aborigen; raza esencialmente débil de ánimo... Yo profeso las teorías de Lyell y de Darwin. Yo creo en la evolución... en la selección natural y artificial. Y yo no sé cómo en siete siglos de tanto inclinarnos no nos hemos ganado el distintivo de la joroba".⁵⁵

Javier Prado se referirá también a la raza heredada de la colonización y que era menester modificar. Será menester, decía, "remozar nuestra sangre y nuestra herencia por el cruzamiento de otras razas; es preciso aumentar el número de nuestra población, y lo que es más, cambiar su

⁵⁴ Manuel González Prada, *Páginas libres. Horas de lucha*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976.

⁵⁵ Mariano H. Cornejo, *Discursos parlamentarios y políticos*, Lima, 1902. Cf. esta Antología.

condición, en sentido ventajoso a la causa del progreso". Al igual que los argentinos, pide una fuerte inmigración que limpie el Perú de una raza dormida y envilecida. "Opongámonos —agrega— a la inmigración de razas inferiores".⁵⁶ Tesis racista opuesta a la de González Prada, que decía que no había razas inferiores sino razas que habían sido sometidas a la esclavitud, grupos de hombres a los que se había negado humanidad. "Al indio —decía— no se le predique humildad y resignación, sino orgullo y rebeldía". "Cómoda invención, agregaba, es hablar de razas superiores e inferiores, con que sólo se justifica la supremacía de una raza con la humillación y destrucción de las otras".⁵⁷ Al indio no había que eliminarlo, sino incorporarlo, esto es, hacerlo formar parte de la patria, la nación, parte activa y consciente, ya que, de todas formas ya lo había sido en calidad de explotado. La educación era el medio. Por la educación el indio muestra su semejanza con el blanco, muestra que es un hombre entre otros. Sin embargo, agregaba, la redención del indio tendría que partir de él mismo, ya que nada puede esperar de redentores extraños que sólo lo aprovecharon en su beneficio.

Villarán por su lado, veía en el pasado colonial el origen de todos los males del Perú; pero males, que en su opinión, podrían ser rebasados por medio de la educación. Educar era redimir, era salvar circunstancias, las cuales no tienen por qué ser vistas como negativas. Aún mantenemos, decía, "el mismo régimen de educación decorativa y literaria que los gobernadores españoles implantaron con fines políticos en Sudamérica". Por ello sólo nos interesa la burocracia y no la industria. Y todo esto estimulado por la división de razas, de castas, implantados por la Colonia, impidiendo se formase la nacionalidad. Por ello "tenemos, pues, por raza y nacimiento, el desdén al trabajo, el amor a la adquisición del dinero sin esfuerzo propio, la afición a la ociosidad agradable, el gusto a las fiestas y la tendencia al derroche". Pero habrá que cambiar todo esto mediante la educación, "a fin de producir hombres prácticos, industriosos y enérgicos, porque ellos son los que necesita la patria para hacerse rica y por lo mismo fuerte". Respecto al indígena concuerda con González Prada. El indígena es una realidad con la cual hay que contar; de su regeneración, esto es, de la capacidad para incorporarlo en una tarea común, depende esta posibilidad. Considera que no es el camino de los Estados Unidos y la Argentina el más adecuado al Perú, un país que tiene una gran población indígena, sobre la que ha descansado la larga etapa de la sociedad colonial. Una economía de siglos se alzó sobre las espaldas del indio, lo cual indica que no era el ente negativo de que se habla. Si la explotación resultó al final un mal negocio, no es culpa del indio, sino de quienes lo explotaron. Al indio había que incorporarlo, que hacerle participar en el logro del pro-

⁵⁶ Javier Prado, *El estado social del Perú durante la dominación española*, Lima, 1894. Cf. esta Antología.

⁵⁷ Manuel González Prada, *Páginas Libres. Horas de Lucha*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, 1976.

greso, del que también ha de obtener los beneficios que merezca. "Si conseguimos darle facilidades —dice— para que pueda enriquecerse y educarse, el porvenir nos reserva, podemos estar ciertos, cambios inesperados".⁵⁸ Mariano Cornejo, por un lado, también se inclinará a esta incorporación del indígena visto como el mejor de los signos positivos. El indígena no trabaja con ahínco, porque nada espera para sí, nada de un trabajo que ha sido, hasta hoy, de esclavo; cambiar esta situación, será cambiar su índole.

Bolivia, la ahijada del Libertador Simón Bolívar, sufre también la derrota frente a Chile, lo cual estrangulará sus posibilidades de desarrollo al cortársele la salida al mar. La derrota, como al Perú, le llevará también a buscar en sí misma las causas que la originaron. La brutal realidad le apartaba ahora de los sueños idealistas de la república, cuyo orden le había sido dictado por su menos idealista Libertador. La vuelta a la realidad será también la demanda frente a la desilusión sufrida. El positivismo será igualmente el arsenal ideológico con el cual toda una generación se enfrentará a la derrota enfrentándola como realidad. En 1876 se forma un Círculo Literario y en 1877 una revista en la que ya se habla del positivismo y de la forma como el mismo puede ser utilizado. Conocimiento de la realidad, a partir de la geografía y de aquí pasar a la sociedad. Augusto Comte, Spencer e, insistentemente Darwin, ofrecen la doctrina. El boliviano Nicomedes Antelo, desde Buenos Aires, e influido por las ideas que aquí sostienen los civilizadores, se refiere a la raza y a los problemas que se originan de la misma. Dice estar conforme con ser latino, pero que hubiera preferido ser sajón. Antelo se preguntará si alguna vez se extinguirá el indio, ante el empuje de la raza blanca. "Si la extinción de los inferiores es una de las condiciones del progreso universal —agregaba— . . . la consecuencia, señores es irrevocable. . . Es una amputación que duele, pero que cura la gangrena y salva de la muerte". "El indio no sirve para nada. Pero sí representa en Bolivia una fuerza viviente, una masa de resistencia pasiva, una induración concreta en las vísceras del organismo social". Pero también, había que eliminar al mestizo, que "con el indio", impiden el progreso, "Dos agentes arcaicos, incásico uno y colonial el otro", que es menester "se extingan bajo la planta de inmigración europea".⁵⁹

Siguiendo esta línea Alcides Arguedas (1879-1946) escribe su *Pueblo Enfermo*, apoyándose en Nicomedes Antelo y en René Moreno, que glosaba y sostenía las teorías del primero. Las desoladas llanuras de Bolivia y el hombre que las habita son expresión de su dura realidad. Aquí, dice Arguedas: "No existe sino el dolor y la lucha. Todo lo que nace del hombre es pura ficción. La condición natural de éste es ser malo y también la naturaleza. Dios es inclemente y vengativo; se complace en enviar toda

⁵⁸ Manuel Vicente Villarán, *Las profesiones liberales en el Perú*, Lima, 1900.

⁵⁹ En Gabriel René Moreno, "Nicomedes Antelo", *Notas Biográficas y bibliográficas*, Santiago de Chile, 1901.

suerte de calamidades y desgracias”. Allí la raza indígena, por su geografía y cultura no es sino negación del hombre, en general es poco atrayente y no acusa ni inteligencia ni bondad”. “Le falta voluntad, persistencia de ánimo y siente profundo aborrecimiento por todo lo que se le diferencia”. Por ello, ha sido fácil instrumento de explotación. A su vez, las otras razas, el blanco y el mestizo, han degenerado porque simplemente satisficieron sus necesidades sirviéndose de otros hombres. “De no haber predominio de sangre indígena —agrega— el país estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes migratorias venidas del viejo continente”.⁶⁰ Esto impide que las soluciones propuestas por la Argentina sean casi imposibles en esa castigada tierra.

Respecto a la solución educativa, apoyado en el positivismo, nos relata Ignacio Prudencio Bustillo (1895-1928) que intenta un nuevo enfoque de esta filosofía para regenerar la realidad; el positivismo sólo sirvió para formar anticlericales y hacer gala de una falsa actitud práctica, la cual se reducía al supuesto conocimiento de técnicas para las cuales el país no estaba preparado. “Si se recuerda la campaña que coincidió con la introducción de Heriberto Spencer en la enseñanza —dice— notaremos que las generaciones positivistas se lanzaron al asalto de la milenaria fortaleza —la religión— sin pleno conocimiento, sin estudios previos. Por singular incomprensión, nuestros positivistas de aldea no se volvieron a la investigación científica, sino hacia la ramplonería de la irreligiosidad”. Bustillo revisa el positivismo, a partir del cual se realice una vuelta auténtica a la realidad. El positivismo mostraba nuevas posibilidades, más allá de las presentadas por Comte y Spencer, posibilidades que dedujeran de la misma realidad un Bergson en Francia y un James en los Estados Unidos. La intuición formaba ya parte de los instrumentos con los cuales el hombre podría comprender su realidad y, a partir de ella, cambiarla. Por ello Bustillo propone “un método ecléctico, mitad inductivo y mitad deductivo”.⁶¹ A partir de este método, la dura realidad boliviana podría ser comprendida mejor, y a partir de esta comprensión, superar el pesimismo comtiano, spenceriano y darwiniano, expreso en Atelo, René Moreno y Arguedas.

5. ORTODOXIA Y REFORMISMO

Brasil en su historia va a seguir distintos caminos de los de las repúblicas hispanoamericanas. Situaciones a las que ya hicimos referencia, facilitaron la independencia de la metrópoli evitando el derramamiento de sangre que

⁶⁰ Alcides Arguedas, “Pueblo Enfermo”, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1960.

⁶¹ Ignacio Prudencio Bustillo, *Ensayo de una filosofía jurídica*, Sucre, 1923. Cf. Guillermo Francovich, *El pensamiento boliviano en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

costó a la América bajo dominio español. La colonia se transforma en Imperio en 1822 y en 1850, éste se constitucionaliza bajo Pedro II. La guerra contra el Paraguay (1865-1870) pone en contacto a los brasileños con tropas uruguayas y argentinas en su lucha contra el Paraguay; de esta forma conocen otras mentalidades políticas, diversas de la suya. A su vez, el gobierno entra en controversia con las pretensiones del clero que obstaculizan el desarrollo institucional del Imperio. Es en esta época que aparecen las primeras expresiones del positivismo. En el exterior, la caída del imperio francés en 1871 y la proclamación de la Tercera República, influirán en los futuros sucesos políticos del Brasil. Tomará cuerpo la corriente republicana. Todo lo cual se complementa con la guerra de Secesión (1861-65) en los Estados Unidos y la abolición de la esclavitud. Tobias Barreto establece en Recife la escuela que denomina "el germanismo", pero detrás vendrá el positivismo que dará sentido a los cambios que se darán a continuación en el Brasil: la abolición de la esclavitud y la República. Jackson de Figueireiro ha resumido la importancia del populismo en la evolución histórica del Brasil, diciendo: "Si en vez del positivismo hubiera sido otro el espíritu filosófico que hubiera animado a los fundadores de la república ¿a dónde nos hubiera llevado el entusiasmo demagógico? Como brasileño, al contrario de mucha gente, veo con buenos ojos la influencia más o menos eficaz del positivismo en nuestros años de vida republicana. El positivismo sabe lo que quiere en medio de la confusión de ideas y de sentimientos egoístas".⁶² Luis Pereira Barreto, lo hemos expuesto, dio el primer gran impulso a la interpretación positivista de la realidad brasileña.

Será en la Escuela Militar de Río donde el positivismo estimule los hechos históricos a que hicimos referencia. Benjamín Constant (1836-1891) profesor de matemática en esa escuela, se encargará de difundir el positivismo dándole sentido político. El paso previo lo será la abolición de la esclavitud en 1888. Paso necesario en la transformación de una nación que aspiraba a incorporarse al progreso, mediante la industrialización, lo cual hacía innecesaria la esclavitud. En 1889 el segundo paso se da con la proclamación de la República. Es desde la Escuela Militar de Río desde donde se da este nuevo paso. En la bandera adoptada para la República se hará expresa la influencia positivista en la divisa "Orden y Progreso". Se proponen también algunas constituciones inspiradas en el positivismo, imponiéndose la que ha de regir a la nueva República. Se separa la Iglesia y el Estado. Del positivismo, sin embargo, se rechaza la "dictadura republicana" que proponían los seguidores ortodoxos de Comte. Se quiere el cambio pero dentro de la evolución, sin violencia; tal va a ser lo que caracterice a los brasileños con respecto a los hispanoamericanos.

⁶² Cf. Guillermo Francovich, *Filósofos brasileños*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1943.

Muy importante, en esta historia, será la participación de la Ortodoxia positivista brasileña, encarnada en Miguel Lemos (1854-1916) y Raimundo Teixeira Mendes (1855-1927) que, junto con los hermanos Lagarrigue en Chile, tratan de imponer el positivismo comtiano en todas sus expresiones, incluyendo la Religión de la Humanidad. De ellos partirá la propuesta para el establecimiento de una "dictadura republicana" como lo expusiera Comte. "Nuestra constitución —proponen— debería combinar el principio de la más absoluta libertad con el principio de autoridad. Tal combinación quedaría asegurada del modo siguiente: a) perpetuidad de la función dictatorial, acumulación del poder ejecutivo, comprendiendo en éste el poder judicial, con el legislativo y transmisión del poder a un sucesor libremente elegido por el dictador, bajo la sanción de la opinión pública convenientemente consultada; b) separación de la Iglesia y el Estado; supresión de la enseñanza oficial, salvo la instrucción primaria; plena libertad de reunión y discusión, bajo la única condición de la firma de los escritores y completa libertad profesional, mediante la abolición de todos los privilegios científicos, técnicos e industriales; c) una única asamblea, elegida a claras, poco numerosa y exclusivamente destinada a votar el impuesto y fiscalizar los gastos".⁶³ Respecto a la educación y siguiendo también a Comte, consideran que sería incongruente con el espíritu altruista del positivismo la creación de la Universidad. La Universidad, consideran, es elitista y por ello contraria a los cambios del progreso. La Universidad, agrega, consumirá un capital que bien puede servir para elevar la situación de los proletarios; además, dificultará la propagación de la doctrina regeneradora, porque ataca la libertad de pensamiento y porque sólo aumentará el parasitismo burgués.⁶⁴ En su mente estaba una especie de socialismo sui géneris, lo opuesto a aquello a que aspiraban los grupos sociales que habían abolido la esclavitud y proclamado la República, que era el transformar, precisamente, al Brasil, en una sociedad burguesa, de acuerdo con los grandes modelos de la Europa Occidental y los Estados Unidos.

Apegados a la letra del maestro francés Augusto Comte, Miguel Lemos y Teixeira Mendes llevan su ortodoxia hasta condenar y romper con el heredero de Comte en Francia, Pierre Lafitte. En la polémica que abren contra el "sofista", como le llaman, serán secundados por los Lagarrigue en Chile. Lafitte, consideran, se había apartado de la ortodoxia comtiana al no ratificar la expulsión que decretan los positivistas brasileños contra uno de sus miembros porque no respetaba las ideas de Comte contrarias a la esclavitud. Consultado Lafitte, este indicó que la expulsión era una medida drástica, a partir de algo que Comte sólo recomendaba, al referirse a la esclavitud y que no tenía que ser tomado a la letra dentro de circunstancias como la brasileña. Los del Apostolado en el Brasil romperán con Lafitte manteniendo lo que consideraban la ortodoxia. Sin embargo,

⁶³ Miguel Lemos "Ao povo e ao Governo da República", *Circular Anual do Apostolado Positivista*, Rio de Janeiro, 1891. Cf. esta Antología.

⁶⁴ Cf. véase fragmento de este documento incorporado aquí.

del positivismo, los republicanos sólo aceptarán lo que desde el punto de vista político conviniese mejor al paso de la nueva nación a una situación progresista. Como las otras naciones latinoamericanas, sólo aspiraban a industrializarse, a ser una más entre las naciones que encabezaban la marcha del progreso en el mundo.

Meta en que iban a coincidir las naciones que, a lo largo de la América hispana, se estaban formando. Sería esta la preocupación última de los positivistas mexicanos justificando la tiranía honrada de Porfirio Díaz. La de los chilenos, venciendo la larga noche de la colonia al triunfar el poder legislativo sobre el ejecutivo; la del Uruguay en el que una moral inspirada en el espíritu positivista, moral pragmática, conduciría a la nación hacia una forma republicana que sería ejemplar. En la Argentina surgiría una oligarquía apoyada en las ideas liberales y positivistas difundidas por la educación sarmientiana y la inmigración propuesta por los civilizadores, que conducía a la República por el mismo camino. Aquí Juan B. Justo y José Ingenieros, encontrarán en el positivismo el instrumental para defender, a su vez, un socialismo sui generis frente a los spencerianos como Juan Agustín García, José Ramos Mejía y otros partidarios de la civilización. Grupo, este último, que expresará las ideas de una oligarquía que, en alguna forma, se identificará con la de los científicos en México.

Regeneración de la realidad, esto es, su cambio por otra realidad más acorde con los tiempos, la cual se va a expresar en la adopción que se hace del positivismo, visto como la filosofía que ha de dar sentido a tal preocupación. Preocupación, en general, conservadora, a pesar de cierto liberalismo, por lo que respecta a un nuevo orden que ha de sustituir al impuesto por la colonia. Es el paso del orden teológico al orden positivo, del militarismo al industrialismo. Aspiración que se expresa en la necesidad de formar una clase social, una burguesía, que haga por estas naciones lo que sus modelos han hecho ya por Europa y los Estados Unidos de Norteamérica.

En Venezuela tal preocupación se expresa en la Universidad de Caracas entre 1863 y 1866, siendo sus primeros exponentes Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio. Comte y Spencer se disputan también aquí la atención, expresando dos actitudes, una estática, otra dinámica, pero buscando ambas la conducción de la República, a través de un despotismo positivista, o científico, pero un despotismo siempre. También se hacen análisis de la realidad para su crítica y la búsqueda de su cambio. Críticas a la realidad, como las de Cecilio Acosta y César Zumeta, o análisis sobre el cesarismo como el de Laureano Vallenilla Lanz, visto como expresión política propio de nuestra América. En el Ecuador, con cierto retardo y buscando ya inspiración en interpretaciones como las argentinas, se buscará como siempre,

la fórmula para un orden que permita, como toda nación latinoamericana, su regeneración.⁶⁵

6. POSITIVISMO PARA LA LIBERTAD

En el Caribe, al terminar el siglo XIX, quedaban aún grandes trozos de tierra americana y grupos de hombres que ni se habían podido sacudir el coloniaje hispano; un largo coloniaje del ya agonizante imperio del que se habían librado las naciones del Continente. Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico están aún, al término del XIX, bajo este dominio. Pueblos que al no librarse, como lo hicieron sus hermanas en tierra firme, aprenden sin embargo en la experiencia de éstas, aquello que pueda ser útil para su propia liberación en el momento en que se presente la oportunidad de seguirlos. En espera de que tal oportunidad se presente, maestros como José Agustín Caballero (1765-1835), Félix Varela (1788-1853), José Antonio Saco (1797-1879) y José de la Luz y Caballero (1800-1862) preparan a los cubanos para una libertad que saben ha de llegar. Pese al cerco mental de la colonia, diversas corrientes filosóficas son por ellos recibidas. Doctrinas y filosofías que son analizadas, pero también seleccionadas, preparan antes de la independencia política, la emancipación mental, la cual ha de hacer posible la liberación final. Eclecticismo, antes que un espiritualismo abstracto; una filosofía de lo concreto antes que idealismo a la hegeliana. En 1898, se perfila por fin, el logro de la esperada independencia, aunque ya se hace presente otra forma de dominación, la del pueblo que fuera modelo de libertades y democracias, los Estados Unidos, que se preparan a ocupar el vacío de poder que dejará el imperialismo español.

Herederos de los grandes maestros que se empeñaron en la emancipación mental de los cubanos, como preparación de la emancipación política, lo será Enrique José Varona (1849-1933). El también, prepara a los cubanos para el ineludible paso de la emancipación política. En esta preparación para la libertad se harán presentes las experiencias de las repúblicas que ya han alcanzado su independencia en Hispanoamérica. Presente la experiencia de pueblos que ya liberados de España seguían aún luchando por desembarazarse del espíritu que la misma colonización les había impuesto. Luchando contra cadenas más poderosas que las políticas y que mantenían a la América hispana en una sangrienta batalla que parecía no tener fin. Cuba debería antes que nada desembarazarse de las cadenas mentales, en espera y como condición de las que le permitirán desembarazarse de las políticas. Para "comprender las grandes sacudidas que constituyen las revoluciones hispanoamericanas —dice Varona— y apreciar sus conse-

⁶⁵ Cf. Arturo Andrés Roig, *Esquemas para una historia de la filosofía ecuatoriana*, Ediciones de la Universidad Católica, Quito, 1977. Se incluye aquí trabajo de Julio Endara (1899-1969).

cuencias próximas, no debemos perder de vista que fue una revolución esencialmente política, concebida, pensada y proyectada por una sola clase de la población, en países donde se encontraba radicalmente dividida, para conquistar en su provecho la soberanía". La oligarquía tomaba por ello el lugar de la impuesta por España. "Las funestas simientes sembradas por España daban sus venenosos frutos". Nada cambia en estos pueblos: "La mano servil continúa en la servidumbre, en la miseria, en la abyección. Los mismos instrumentos de opresión siguen aplastándola".⁶⁶

Es esta experiencia la que ha de ser evitada; habrá que razonar hondamente sobre ella para que no se repita en Cuba. Enrique José Varona encontrará en el positivismo un instrumento adecuado para los análisis que se va a proponer y para afrontar filosofías que pudieran retardar la anhelada emancipación mental de los cubanos que ha de anteceder a la política. Pero no se recurrirá a cualquier expresión del positivismo, sino tan sólo a aquella que mejor sirva a estos fines. Como los maestros que le antecedieron, se resistirá a aceptar cualquier filosofía que lejos de ayudar a los cubanos a emanciparse justifique su dominación. Por ello elige el evolucionismo de Spencer, aunque rechaza su cosmología; igualmente rechaza otras expresiones del positivismo, como el comtiano, por lo que éste tiene de justificación del despotismo. El positivismo de Spencer, dice Varona, se encuentra "libre de todo dogmatismo, en plena evolución que no pretende imponer límites al anhelo y necesidad de investigar". Comte, por el contrario, encierra las facultades humanas en "el círculo de hierro de una doble tiranía". Para seguir a Comte "era necesario retroceder nuestra civilización, nuestra organización política y social, a aquella edad modelo; era necesario sacrificar todo, hasta el más noble atributo del hombre de nuestro siglo, la *libertad de conciencia*, a aquella maravillosa conformidad de creencias que hacía palpar al unísono nuestros corazones".⁶⁷ Nada querrá saber Varona con un fondo común de verdades que sacrificaba la libertad. Evolución sí, abstraccionismo despótico no.

Desde el punto de vista político, la postura de Varona será opuesta a la que sostendrá el movimiento autonomista cubano, cuyo conductor era Rafael Montoro (1852-1933). Este, vencida la revolución encabezada por Carlos Manuel de Céspedes, se empeñará en avanzar, por vía no revolucionaria, la autonomía a España; lo cual no implicará ruptura con la metrópoli; Montoro había encontrado apoyo filosófico en Hegel. El mismo Hegel al que ya había rechazado José de la Luz y Caballero porque apartaba a los cubanos de su lucha por el logro de la independencia. Montoro teme que los cubanos logren la independencia antes de que se hayan capacitado para su uso. La libertad llegará, como llegó al esclavo del que hablaba Hegel en su fenomenología, no antes.⁶⁸

⁶⁶ Enrique José Varona, *En voz alta*, La Habana, 1916. Cf. esta Antología.

⁶⁷ Enrique José Varona, "El positivismo", *Revista de Cuba*, La Habana, 1880.

⁶⁸ Cf. mi libro *El pensamiento latinoamericano*.

Enrique José Varona opone al autonomismo el separatismo. Montoro es un idealista, Varona un realista. Porque habrá que ser realista, ya nada podrá Cuba por la vía legal, nada por otra vía que no sea la de la revolución. La guerra de los Diez Años no había enseñado nada al colonizador, empeñado tan sólo en mantener su dominio, cualquiera que fuera el costo. La revolución para Varona, siguiendo a Spencer, no es sino la acumulación de energía que un día explota. La Revolución no niega la evolución, sino la confirma. Es la misma evolución que explota cuando se pretende frenarla. "Las ideas de reforma comienzan a abrirse paso, y cuando han llegado a apoderarse de las inteligencias de una minoría apasionada y activa... no tardan en tomar cuerpo y realizarse por medios *pacíficos o violentos*".⁶⁹ La revolución no es una forma radical de romper con el pasado, sino una forma de facilitar la adaptación de éste al futuro. Hecha la revolución, el país vuelve a tomar su equilibrio, vuelve a continuar su marcha evolutiva. Es de esta forma que se adapta el positivismo al proyecto liberador de Cuba.

Eugenio María de Hostos (1839-1903), puertorriqueño, ideólogo reconocido de Puerto Rico y Santo Domingo, se enfrentará, también, al colonialismo español que aún mantenía sus garras en esa parte de América; también para él, habrá que partir de la experiencia hispanoamericana. Su pensamiento liberal encuentra también inspiración en el positivismo inglés, en lo que éste tiene de preocupación liberal para pueblos que han de alcanzar su emancipación frente a la colonia. Su magisterio, en esta parte de América, estará animado por el afán de su liberación; liberación que ha de iniciarse en la misma mente de los educandos. La América Latina en general es objeto de sus preocupaciones, buscando en las experiencias de sus pueblos los elementos que puedan permitir a las Antillas salvar sus amargas experiencias y alcanzar, sin obstáculos, la libertad mental y política. Se opondrá a los antillanos, que creen que la solución es la anexión de estas tierras al nuevo colonialismo, a los Estados Unidos. Por el contrario, se enfrenta a este peligro y lucha contra su presencia en estas mismas tierras, una vez que éstas al fin se han liberado de España.

Del positivismo tomará ese su empeño por conocer la realidad, la propia de esta América, para transformarla. Pero no para encadenarla a otro colonialismo por bueno que éste pueda parecer para estas tierras. La independencia de las Antillas españolas ha de ser total, y para su beneficio, frente a cualquier poder dispuesto a ocupar el vacío de poder del coloniaje hispano. Encuentra que los Estados Unidos, modelo de libertades para pueblos como los de esta América, se niegan a sí mismos, cuando se precipitan sobre las que fueran colonias españolas para imponerles nuevo yugo. "En los Estados Unidos —dice— no hay autoridad ni fuerza, ni poder, ni voluntad que sea capaz de imponer a un pueblo la vergüenza de la anexión llevada a cabo por la fuerza de las armas, sin que conspire contra la

⁶⁹ Enrique José Varona, "La moral en evolución", *Revista de Cuba*, La Habana, 1878.

civilización más completa que hay actualmente entre los hombres, la ignominia de emplear la conquista para domeñar las armas".⁷⁰ El anexionismo impuesto por los Estados Unidos a Puerto Rico implicará, precisamente, la negación de aquellas ideas del positivismo latinoamericano que se había empeñado en hacer de sus pueblos naciones semejantes al modelo del Norte. Porque nada quisieron saber los anexionistas estadounidenses en Puerto Rico, de una educación que los preparase para esa meta, impidiendo que el propio maestro puertorriqueño, Hostos, pusiese en marcha una forma de educación progresista, encaminada a preparar a sus compatriotas para entrar en el sistema que era propio de la poderosa nación, en otra relación que no fuese la de dependencia que le había sido asignada.

LEOPOLDO ZEA

⁷⁰ Eugenio María de Hostos, véase esta Antología.

CRITERIO DE ESTA EDICION

No es tarea fácil, más aún en nuestros días, el reunir el material para una antología, como la presente. Días en los que las comunicaciones con los estudiosos de esta nuestra América, posibles en el pasado, han quedado prácticamente rotas. La mayoría de ellos son ahora parte de esa gigantesca diáspora que, si bien está dando origen a una gran conciencia latinoamericana, implica un tremendo sacrificio. Diáspora por la que se ha obligado a muchos de estos estudiosos a abandonar tanto sus materiales de investigación como la posibilidad de rehacerlos. Mis libros sobre *El positivismo en México* y *Dos Etapas del Pensamiento Hispanoamericano*, transformados después en *El Pensamiento Latinoamericano*, me pusieron en contacto con un rico material recogido tanto en México como en bibliotecas de los Estados Unidos y de cada uno de los países de esta América Latina. Además, entré en contacto con personas que conocían este movimiento y que inclusive participaron en el mismo, y me ofrecieron informes y materiales. Sin embargo, mucho de este material, una vez trabajado, quedó en los lugares de consulta. Para esta antología fue necesario agregar material que en mis libros no fue considerado pero que era necesario incluir. Pese a estas dificultades obtuve la ayuda de varias personas e instituciones a las que ofrezco mi agradecimiento al final de esta nota. Considero que ha sido lograda una antología en la que se expresa una rica etapa de la historia de nuestras ideas, la del positivismo.

Respecto a la presentación de la antología, he rechazado el criterio de hacerla por naciones; he preferido que sea temática y cronológica, para que el todo se vea formando parte de una sola unidad, la de la América Latina. Además, he adherido al criterio seguido en los libros por mí publicados y a los cuales me he referido; por ello esta temática se inicia por la parte que titulo *Los precursores*. Nuestros positivistas, en relación con las circunstancias sociales, culturales y políticas a las que me refiero en el prólogo, fueron antecidos por un grupo de pensadores a lo largo de esta nuestra América. En ellos se expresan muchas de las ideas respecto al cambio y la regeneración de la realidad latinoamericana en los cuales se empeñarán tanto los positivistas latinoamericanos. Emancipadores mentales y civilizadores llamo a estos adelantados. De ellos selecciono a un pequeño grupo, el que me parece el más representativo, incluyendo a los que a sí mismos se encontraron pensando como positivistas sin tener previa información de esta filosofía, aunque sí nutridos por las mismas fuentes filosóficas que antecidieron al positivismo europeo.

La segunda parte es la que denomino *Testimonios* y está formada por textos en los que se hace directa referencia a la adaptación de esta filosofía, así como a los antecedentes históricos e, inclusive, biográficos que dieron origen en esta América a la adopción del positivismo. Igualmente me refiero a la relación que guardaron expresiones de nuestro positivismo, como el brasileño respecto al modelo europeo. Además hay textos que exponen la conciencia del estancamiento de esta doctrina y la postrer defensa de la misma ante los embates de nuevas corrientes filosóficas que surgen y que parecen más adecuadas a la problemática que se presentará ya a otras generaciones de pensadores latinoamericanos en la segunda década del XX.

La tercera parte está formada por lo que llamo *Interpretación de la Realidad*, la que expone el uso que se hizo de esta filosofía en la interpretación de la historia y realidad propia de los pueblos de esta nuestra América. Interpretación o filosofía de su historia, así como sociología de la misma realidad expresada en algunos documentos que me parecieron ejemplares. Una cuarta parte la forma lo que llamo la *Teoría*, estos, la interpretación teórica que sobre el mismo positivismo hicieron algunos de sus seguidores latinoamericanos, la cual, en parte, explica el porqué de la adopción de esta filosofía en Latinoamérica.

La quinta parte presenta textos en los que se hace expresa la forma cómo los positivistas latinoamericanos trataron de cambiar o regenerar la realidad a la que se enfrentaban, por medio de la educación. Esto es, transmitiendo a través de ella, concepciones del mundo y de la vida que a otros hombres, a los creadores del positivismo, les había permitido hacer de sus pueblos en Europa y el Norte de América, las grandes naciones que ahora están presidiendo la marcha del progreso y la civilización. Educar en el positivismo era formar a los hombres que pudieron hacer en esta América lo que otros hombres habían ya hecho por Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. La sexta parte contiene textos sobre cómo el positivismo fue utilizado en las contiendas políticas de esta América. Su aplicación a los problemas políticos y sociales que esta realidad les planteaba. Problemas que se quisieron resolver mediante el criterio ya indicado, el de la asimilación de la filosofía positiva y su aplicación a los mismos.

La séptima parte recoge textos sobre diversos aspectos de su historia vistos desde el ángulo de la problemática positivista. Con referencia tanto a situaciones económicas, como culturales y políticas expresas en esta historia y como parte de la misma. La última parte se refiere a la relación que, dentro de ella, guardaran la América Latina y los Estados Unidos. Relación que se plantea a esta nuestra América inmediatamente después de que la casi totalidad de sus pueblos alcanzan su independencia. Relación, frente al fuerte vecino del norte que se hace más dramática cuando la poderosa nación da inicio a su expansión sobre el Caribe y el Sur de América. El enfoque, a partir de la adopción del positivismo, se hace también expreso en varios de estos textos.

Se incorporan aquí, tanto textos completos como trozos, o selecciones hechas en relación con la importancia de los mismos. Considero que algunos de los libros de los cuales se selecciona algún trozo formatán algún día parte de esta Biblioteca, pero por ahora ayudarán a dar una visión, dentro de un contexto latinoamericano, de la problemática que dio sentido a la adopción del positivismo en la América Latina. Algunos autores son presentados en diversas temáticas porque se consideró que su presentación era ejemplar. Tal ha sido el criterio seguido en la elaboración de esta antología sobre el positivismo latinoamericano. Elaboración cuyo sentido queda explícito en el prólogo que le acompaña.

Para terminar quiero hacer expreso mi agradecimiento a las personas que con su ayuda posibilitaron la hechura de esta antología, proporcionándome materiales personales o el de centros bibliotecarios a su cargo, así como me ayudaron a seleccionarlo dentro de los mismos. Mi gratitud para Carlos Real de Azúa, cuyo fallecimiento lamentaremos siempre los estudiosos de esta América, a João Cruz Costa, Arturo Ardao, Arturo Andrés Roig, Elías Pino Iturrieta y María Elena Rodríguez de Magis. Mis gracias, muy especiales, a Georgette Magassy Dorn de la Spanish Division de la Biblioteca del Congreso en Washington y a Nettie Lee Benson de la Biblioteca de la Universidad de Texas en Austin.

L. Z.

I. LOS PRECURSORES

JOSE MARIA LUIS MORA
(México)

REVISTA POLITICA DE LAS DIVERSAS ADMINISTRACIONES
QUE LA REPUBLICA MEXICANA HA TENIDO HASTA 1837
(Fragmentos) *

I

EL RETROCESO Y EL PROGRESO

DESDE que apareció por segunda vez la Constitución española en México, a mediados de 1820, se empezó a percibir en esta república, entonces colonia, un sentimiento vago de cambios sociales, el cual no tardó en hacer prosélitos más por moda y espíritu de novedad que por una convicción íntima de sus ventajas, que no se podían conocer, ni de sus resultados, que tampoco era posible apreciar. Este sentimiento, débil en sus principios, empezó a ser contrariado por una resistencia bien poderosa en aquella época, que, combinada con otras causas, produjo la independencia. Efectuada ésta, nada se omitió para contener el movimiento social y la tendencia a los cambios políticos que empezaba a ser más viva, pero que no salía todavía de la esfera de un *deseo*. Se quiso comprometer en el partido de la *resistencia* al general Iturbide, pero nada o muy poca cosa se logró en esto, a pesar de que el partido escocés que derribó el trono era el núcleo de semejantes *deseos*. La voz *república* vino a sustituir a la de *imperio* en la denominación del país; pero una y otra eran poco adecuadas para representar, mientras se mantuviesen las mismas instituciones, una sociedad que no era realmente sino el *virreinato* de Nueva España con algunos deseos vagos de que aquello fuese otra cosa.

A la voz *república* se añadió la palabra *federal*, y esto ya empezó a ser algo; pero este *algo* estaba tan envuelto en dificultades, tan rodeado de resistencias y tan en oposición con todo lo que se quería mantener, que no necesitaba mucha perspicacia para prever la lucha no muy remota entre el *progreso* y el *retroceso* y la ruina de una Constitución que sancionaba los principios de ambos. El empeño irracional de *amalgama* entre elementos

* Publicado en 1838.

refractarios pasó del Congreso al gobierno: de don Miguel Ramos Arizpe el presidente Victoria.

El primero pretendió unir en un solo cuerpo de leyes la libertad del pensamiento y de la imprenta con la intolerancia religiosa, la igualdad legal con los fueros de las clases privilegiadas, clero y milicia; el segundo estableció por regla de gobierno repartir por partes iguales los ministerios entre los dos grandes partidos que contendían por la posesión del poder. ¿Qué resultó de un tal estado de cosas? Un sistema de *estira y afloja* que pudo mantenerse por algún tiempo, pero que no podía ser duradero. Los estados, instalados apenas, entraron en disputa con las clases privilegiadas, especialmente con el clero. El Congreso general decidía la cuestión con arreglo a las *circunstancias*, es decir, arbitrariamente. Ni podía ser otra cosa, pues no había precedente para el caso, y la decisión era determinada casi siempre por la relación que el *pro* y el *contra* podría tener con la tranquilidad pública, según las aprensiones de los miembros del Congreso.

Otro tanto sucedía en el gabinete: los ministros, sin principios fijos que reglasen anticipadamente su marcha en algún sentido, exponían su opinión al Presidente sobre las ocurrencias del momento; éste resolvía lo que debía hacerse, y no dejaba de ser común que estos funcionarios después autorizasen con su firma una resolución contraria a la opinión que habían explicado y mantenían. Así se mantuvo hasta fines de 1826 el gabinete; no representando ningún principio político, tampoco era formado ni destituido de una vez. Como en el plan del Presidente no entraba que los que componían el gabinete se hallasen acordes en la marcha administrativa, los ministros eran reemplazados sucesivamente, y a proporción que se retiraban, como cualquier empleado público, sin consulta y aun con repugnancia de los que quedaban. Entre tanto, el partido de los *cambios* y el de la *inmovilidad* por sólo la fuerza de las cosas se iban regularizando; pero ni el primero tenía un sistema arreglado para avanzar, ni el segundo conocía todavía bien los medios de mantenerse; el primero hablaba de *libertad* y *progreso*, el segundo de *orden público* y *religión*; estas voces vagas eran entendidas de diversa manera por cada uno de los afiliados en ambos lados, que no cuidaban mucho de darles un sentido preciso, en razón de que las *cosas* por entonces eran de una importancia secundaria con respecto de las *personas*.

La misma falta de plan en el cuerpo legislativo y el gobierno, y aun la versatilidad con que a la vez apoyaban o contrariaban el ataque o la resistencia, que tampoco versaban sobre puntos capitales, contribuyeron a mantener la paz. El partido que se veía desairado una vez, conservaba la esperanza de ser apoyado en otra, y esto lo obligaba a ser más cauto y a combinar mejor los medios de adelantar su *marcha* o apoyar su *resistencia*.

A fines de 1826, el *progreso* estaba en lo general representado por los gobiernos de los estados, el *retroceso* o *statu quo* por el clero y la milicia, y el gobierno general era un poder sin *sistema* que, por su fuerza muy superior, fijaba el triunfo del lado donde se cargaba en las luchas

que, sin haberlas previsto ni calculado, encontraba al paso empeñadas entre el *progreso* y el *retroceso*; o lo que es lo mismo, entre los estados, por un lado, y los obispos, cabildos y comandantes por el otro. Sin embargo, es necesario hacer al gobierno supremo la justicia de confesar que, a pesar de su falta de principios, en las ocurrencias del momento, que era llamado a decidir, se declaraba casi siempre por el *progreso*. La materia sobre que versaban las cuestiones era determinada por la naturaleza de la marcha política.

Cuando los estados empezaron a organizar sus poderes constitucionales encontraban al paso una multitud de puntos en cuyo arreglo tropezaban sin cesar con las pretensiones del clero y de la milicia; las legislaturas expedían sus leyes, pero las clases privilegiadas se dispensaban de cumplirlas, eludiéndolas unas veces, y otras representando contra ellas a los poderes supremos; en aquella época, la resistencia que se oponía a los estados procedía casi exclusivamente del clero; los militares se habrían *entonces* avergonzado de hacer causa común con el sacerdocio, y aunque éste obtenía algunas decisiones favorables de los poderes supremos, las más de ellas le eran adversas. Una lucha prolongada entre fuerzas políticas que se hallan en conflicto natural por su origen y por la oposición de sus tendencias no puede mantenerse indefinidamente; ella ha de terminar más tarde o más temprano por la destrucción de una o de otra; la *Constitución*, pues, que había creado una de estas fuerzas y querido mantener la otra, no podía quedar como estaba, y debía acabar por sufrir una reforma fundamental. Ésta era la opinión general entre los hombres de Estado, que en aquella época no abundaban, y tampoco se dudaba que la expresada reforma, supuesta la marcha de las cosas, debía ser en sentido del *progreso*.

Sin embargo, ni los hombres de este partido ni los del *retroceso* tenían todavía un *programa* que abrazase medidas fijas y cardinales; la imprenta periódica tampoco lo presentaba, y el resultado de esta falta era que los que se filiaban por ambos lados no sabían fijamente a qué atenerse, y se encontraban frecuentemente discordes en el momento de obrar.

El *retroceso* se organizó bien pronto bajo el nombre de partido del *orden*, y entraron a componerlo como principales elementos los hombres del *clero* y de la milicia, que se llamaron a sí mismos *gentes decentes* y *hombres de bien*, y por contraposición dieron el nombre de *anarquistas* y *canallas* a los que no estaban o estuviesen dispuestos a caminar con ellos o a lo menos a no contrariar su marcha. El partido del *progreso* o de los *cambios* no se pudo organizar tan pronto; muchos de los que pertenecían a él no veían en los esfuerzos para derribar a Guerrero otra cosa que un cambio de administración y una satisfacción dada al mundo civilizado contra los excesos cometidos en la *Acordada*; pero no sospecharon que se tratase de volver atrás en la marcha política, a lo cual contribuyó la cautela con que se manejaron los directores del partido *retrogrado*. Don Valentín Gómez Farías hizo inútiles esfuerzos para producir en los de-

más la convicción en que se hallaba él mismo, y con justicia, de que el cambio que se preparaba no era sólo para deponer a Guerrero, sino para consolidar el poder de las *clases privilegiadas*. Sin embargo, los elementos del *progreso* eran bastante fuertes y consistían como antes en los estados y en la forma de gobierno.

A fines de diciembre de 1829 fue lanzado de la silla presidencial el general don Vicente Guerrero por dos solas sublevaciones de fuerza armada perfectamente combinadas, a saber: la del *ejército de reserva*, acaudillado por el vicepresidente don Anastasio Bustamante, y la de la guarnición de México, cuyo caudillo ostensible fue el general don Luis Quintanar. El 1º de enero de 1830 el general Bustamante tomó posesión del puesto conquistado y el ministerio quedó constituido a muy pocos días. El jefe ostensible de su política fue el primer Secretario de Estado y de Relaciones Interiores y Exteriores, don Lucas Alamán. Grandes obstáculos tuvo esta administración para ser reconocida por la Cámara de Diputados del Congreso general y por las legislaturas y gobiernos de los estados, entre otras causas porque el senador Gómez Farías había difundido la alarma contra ella en el interior de la República, haciendo conocer los principios de su *programa político* tal como la misma administración lo desarrolló más adelante. Don Lucas Alamán, fundado en el principio ciertísimo de que *las revoluciones no se hacen con leyes*, impulsó o dejó obrar a los poderosos agentes de su administración, el *clero* y la *milicia*, los cuales comprendieron bien pronto de lo que se trataba y lo que debían hacer. Los dos grandes agentes del hombre son el *pensamiento*, que dispone, y la *acción*, que ejecuta; el clero se encargó de dirigir el primero, y la milicia de reglar la segunda; pero como no bastaba persuadir y obrar en sentido del *retroceso*, sino que era igualmente necesario que otros no persuadiesen ni obrasen en sentido de *progreso*, al clero tocó señalar los que no pensaban bien y a la milicia el perseguirlos.

Entre tanto, la administración no perdía tiempo en apresurar la marcha *retrograda*, y era poderosa y eficazmente auxiliada por el *clero* y la *milicia*: todas las medidas que se tomaban tenían una tendencia bien marcada a consolidar el poder de estas dos clases y a reponerlas de las pérdidas que habían sufrido los años anteriores.

Los amigos del *progreso*, que hasta entonces no habían podido entenderse en razón de sus antipatías personales, empezaron entonces a trabajar sin combinación, pero unísonos en el designio de contener la *retrogradación* de la marcha administrativa. El Estado de Zacatecas, rico, bien gobernado y sin partidos extremados que hubiesen, como en los otros, trastornado el orden legal, se hallaba dirigido por dos hombres de una probidad intachable, de reputación bien sentada, de firmeza en sus designios y perfectamente de acuerdo en la marcha de *progreso*. Estos dos ilustres ciudadanos eran don Francisco García, gobernador del Estado, y don Valentín Gómez Farías, diputado en la legislatura del mismo, que,

además de la conformidad de opiniones y deseos, se hallaban unidos por el vínculo de una antigua y estrecha amistad.

Administración de 1833 a 1834

Desde que la administración de 1833 quedó constituida se empezó a notar entre los vencedores dos tendencias absolutamente opuestas, provenientes de los diferentes objetos que se propusieron los que trabajaron de concierto en derribar la administración anterior. La *parte militar* propendía evidentemente a la *dictadura* y al poder absoluto de que se pretendía investir al nuevo Presidente, Santa Anna; la *parte civil* explica sin embozo su deseo de abolir *corporaciones, fueros y privilegios* con cuanto había sido el objeto predilecto de la marcha *retrograda* de la administración Alamán; estas tendencias estaban personificadas en el vicepresidente don Valentín Gómez Farías; se hallaban sólidamente apoyadas en las Cámaras de la Unión y eran ardientemente deseadas por las legislaturas de los estados.

Los militares vencedores y vencidos hicieron desde entonces causa común para defender los *fueros* de su clase y los del clero contra los conatos de la nueva administración, que tendían visiblemente a lo contrario.

Se ha explicado ya que la nación, desde antes de la independencia, se halla dividida en dos grandes partidos, que, por razón de sus convicciones, deseos y tendencias políticas, se denominan de *progreso* y *retroceso*; se ha explicado igualmente que los hombres de cada uno de estos partidos se han hecho la guerra entre sí no pocas veces por motivos personales que han prevalecido sobre las ideas políticas; por último, se ha visto que a la muerte del general Terán, y sobre todo cuando el triunfo de la revolución de 32 fue consumado, el partido del progreso se dividió en dos, de *ardientes* y *moderados*, y que estos últimos, por las causas ya expuestas igualmente, se adhirieron al partido del *retroceso* sin adoptar sus principios. De este orden, o mejor dicho, de este desarreglo de cosas resultó que cada una de las masas contendientes se agrupase alrededor del hombre cuyas ideas presumía estar en armonía con los deseos que momentáneamente la ocupaban.

Los que se mantuvieron firmes en sus ideas de *retroceso*, sin más antecedentes que el conocimiento de la persona y un cierto sentimiento de servilidad y bajeza, reconocieron por su jefe al general Santa Anna, sin cuidarse de explorar su voluntad, cuyos actos de desdén no fueron bastantes a destruir en ellos el instinto por el cual esperaban de aquel jefe su alianza y conservación.

Los sectarios del *progreso* moderado, a pesar suyo, y no pudiendo hacer otra cosa, se declararon por el mismo general, aunque con mil reservas, reticencias y protestas que manifestaban su disgusto y la violencia que hacían a sus inclinaciones al efectuarlo. Los hombres *ardientes* de

progreso y algunos moderados se confiaron al vicepresidente don Valentín Gómez Farías, que aceptó el peso enorme que se le echaba sobre los hombros, y la empresa gloriosa, a la par que llena de riesgos, de formar una nación libre y rica con los elementos de servidumbre y de miseria que se ponían en sus manos. Esta ha sido la primera vez que en la República se trató seriamente de arrancar de raíz el origen de sus males, de curar con empeño sus heridas y de sentar las bases de la prosperidad pública de un modo sólido y duradero.

Bien merece ser conocido el ilustre ciudadano que apareció al frente de empresa tan gloriosa. Don Valentín Gómez Farías es uno de los hombres que llaman y fijan la atención del público, aun entre las notabilidades mismas del país: la inflexibilidad de su carácter, la severidad de su moral, la pureza de su conducta y lo ardiente de sus deseos de mejoras, marcan y fijan desde luego la opinión que se debe formar de él. Nacido en la ciudad de Guadalajara, hizo una carrera literaria brillante, y su deseo insaciable de saber y de adelantarse manifestó desde luego por un estudio asiduo, no sólo en los ramos de su profesión, sino en todos aquellos que pueden perfeccionar las facultades mentales y disponer a un hombre para el ejercicio de las funciones públicas. Farías entró en ellas cuando la Constitución española se restableció en el país, y desde entonces hasta mediados de 1834 no ha ocurrido suceso de alguna importancia, chico ni grande, en la República, en que no aparezca su nombre o haya dejado de estar sometido más o menos a su influencia: la *Independencia* le debió servicios importantes; el *Imperio* y la *Federación* han sido en mucha parte obra suya; contribuyó, como uno de los primeros, a la *libertad* y a la *elección de Victoria*; a él y a García se debió la de *Pedraza*; y la impulsión y energía de las grandes reformas políticas efectuadas de 1833 a 1834, cuyos rastros aún no han podido borrarse, es *exclusivamente* obra suya. Sus principios han sido en *todas ocasiones* los del *progreso rápido y radical*, únicos capaces de conformarse con el valor de su imaginación y con el temple enérgico de su alma, pero entre los medios de obtener este fin *jamás* ha entrado en su plan el *derramamiento de sangre*.

Farías es uno de los hombres que ven más claro en lo futuro y que mejor se encargan de los riesgos de una empresa; éstos, lejos de desalentarlo, lo animan y le dan una energía de que hasta ahora nadie ha dado pruebas iguales en México; ella, sin embargo, no le hace traspasar los principios de la moral pública y privada, que es una barrera impenetrable para él, delante de la cual desaparece la fuerza indomable de su carácter. Dentro de los *límites legales*, y por los medios que ellos autorizan, promueve incansablemente y con una perseverancia de que no hay ejemplo en el país cuanto conduce a realizar sus ideas favoritas de *progreso*; pero trátase de violar una ley, de faltar al derecho de otro o de hollar ciertos deberes de moral privada, cuya observancia constituye un hombre decente, y Farías renuncia a las esperanzas más lisonjeras y a los deseos más ardientes.

Acaso no hay hombre que haga más justicia a sus enemigos o contrarios ni que esté más dispuesto a emplear útilmente las *capacidades* del país en el servicio público; reconoce, confiesa y respeta el mérito en cualquiera parte que se halle, y sus enemigos nada tienen que reprenderle sobre esto. Farías no conoce el deseo de honores, distinciones ni riquezas, ni tampoco la afectación de renunciar a estos goces; moderado en su porte, en sus placeres, y absolutamente ajeno de pretensiones, nada ha solicitado ni rehusado, y con el mismo empeño y eficacia se encarga de las funciones de alcalde de un pueblo que de las de primer magistrado de la nación, pasando de los puestos más distinguidos a los más modestos, o a la clase de ciudadano particular, sin violencia ni disgusto; su ambición es la de influencia, reputación y concepto, la de hacer *progresar* a la nación por el camino más corto y la de adquirir por este medio la estimación y aprecio, y no la servil sumisión de sus conciudadanos.

De todas estas virtudes dio pruebas nada equívocas en el período de su gobierno, corto en duración y fecundo en riesgos y sucesos importantes. En medio de una rebelión que se introdujo hasta el recinto del Palacio, abandonado de todo el mundo, rodeado de sublevados y conspiradores hasta en su mismo despacho, sin soldados, sin dinero y sin prestigio, sacó la Constitución a puerto de salvamento; a las clases privilegiadas que la atacaban dio golpes vigorosos de que aún no han podido repararse; acabó con la rebelión derrotándola en más de cuarenta batallas, ataques y encuentros; estableció la superioridad del poder civil sobre la fuerza militar; sentó las bases del crédito nacional; sistematizó la educación pública, creando de nuevo todos sus establecimientos; comprimó las tentativas de los tejanos para separarse de México; fundó en la Nueva California una respetable colonia; suavizó la suerte de muchos de los que habían sido desterrados por la ley y por el presidente Santa Anna, y estableció, como regla invariable de su administración, que por delitos políticos no se había de derramar sangre. Diez meses fueron bastantes a Farías para atravesar esta senda obstruida de obstáculos y rodeada de precipicios, y dejar en ella rastros indelebles del poder de acción y de la fuerza de voluntad, para dar un impulso vigoroso a las reformas y comprimir con mano de fierro poderosas resistencias.

Nada hubo de personal en este esfuerzo generoso, nada que no pueda ponerse a la vista del público o de que Farías deba avergonzarse: investido del peligroso poder dictatorial y en la tormenta más deshecha, él salió con las manos vacías de dinero y limpias de la sangre de sus conciudadanos; *ninguno* de los que han gobernado el país podrá decir otro tanto.

Programa de los principios políticos que en México ha profesado el partido del progreso y de la manera con que una sección de este partido pretendió hacerlos valer en la administración de 1833 a 1834

Cuanto se ha intentado, comenzado o concluido en la administración de 1833 a 1834 ha sido obra de convicciones íntimas y profundas de las

necesidades del país y de un plan arreglado para satisfacerlas en todas sus partes. El programa de la *administración Farías* es el que abraza los principios siguientes:

1º Libertad absoluta de opiniones y supresión de las leyes represivas de la prensa.

2º Abolición de los privilegios del clero y la milicia.

3º Supresión de las instituciones monásticas y de todas las leyes que atribuyen al clero el conocimiento de negocios civiles, como el contrato del matrimonio, etcétera.

4º Reconocimiento, clasificación y consolidación de la deuda pública, designación de fondos para pagar, desde luego, su renta y de hipotecas para amortizarla más adelante.

5º Medidas para hacer cesar y reparar la bancarrota de la propiedad territorial, para aumentar el número de propietarios territoriales, fomentar la circulación de este ramo de la riqueza pública y facilitar medios de subsistir y adelantar a las clases indigentes, sin ofender ni tocar en nada el derecho de los particulares.

6º Mejora del estado moral de las clases populares por la destrucción del monopolio del clero en la educación pública, por la difusión de los medios de aprender y la inculcación de los deberes sociales, por la formación de museos, conservatorios de artes y bibliotecas públicas, y por la creación de establecimientos de enseñanza para la literatura clásica, de las ciencias y la moral.

7º Abolición de la pena capital para todos los delitos políticos y aquellos que no tuviesen el carácter de un asesinato de hecho pensado.

8º Garantía de la integridad del territorio por la creación de colonias que tuviesen por base el idioma, usos y costumbres mexicanos.

Estos principios son los que constituyen en México el *símbolo político* de todos los hombres que profesan el *progreso*, ardientes o moderados; sólo resta que hacer patente contra los hombres del *retroceso* la *necesidad* de adoptarlos, y contra los *moderados*, la de hacerlo por *medidas prontas y enérgicas*, como se practicó de 1833 a 1834.

II

ABOLICION DE LOS PRIVILEGIOS DEL CLERO Y LA MILICIA

La *abolición* de los *privilegios del clero* y de la *milicia* era entonces, como es hoy, una *necesidad real, ejecutiva y urgente*, derivada del sistema adoptado en sus *formas y principios*, de los *intereses que éste creó* y que lejos de disminuirse o debilitarse se han difundido y fortificado, y del último

de los *hechos ocurridos* en aquellos días, por el cual constaba que estas dos clases se hallaban resueltas a poner en acción todo su poder no sólo para la abolición de las *formas federales*, sino para hacer desapareciesen con ellas las *bases del sistema representativo*. Este sistema había sido adoptado en México bajo la forma federal, y no era justo, útil ni racional renunciar a él; así porque hoy ya no es materia de duda que es el único que conviene a las naciones civilizadas y concilia de la manera más perfecta los intereses y goces sociales con el orden y seguridad pública, como porque siendo la moda del siglo y hallándose ya *medio establecido* en México, no podría hacerse desaparecer sin grandes trastornos, que nada dejarían establecido en contrario de sólido y duradero, y tendrían un resultado puramente *dilatorio*.

Estas son verdades conocidas de todo el mundo, confirmadas por la experiencia y que no necesitan demostrarse. ¿De qué han servido las resistencias que a su establecimiento han opuesto en Europa las clases privilegiadas? ¿De qué las proscripciones de Fernando VII en España y de don Miguel en Portugal? De nada, ciertamente, sino de enardecer los ánimos, de que se empeñe una lucha desastrosa, que al fin y en último resultado no viene a terminar sino por el triunfo de la *causa detestada*, y de que los resultados sangrientos vengan a establecer, aunque tarde, la convicción de la ineficacia de los esfuerzos opuestos por la *resistencia*.

De todos los pueblos que han emprendido establecer el *sistema representativo* se ha dicho que no estaban dispuestos para recibirlo, que sus hábitos modelados a antiguas instituciones no podían conformarse con las nuevas, que era necesario dejar los cambios al tiempo, que la masa no los deseaba ni conocía sus ventajas, y otras cosas por este estilo; éste es *textualmente* el lenguaje de las *resistencias* que han aparecido en cada pueblo a las épocas mencionadas; y ¿qué ha sucedido? Echese una ojeada sobre la Europa y América, considérense los cambios ocurridos en una y otra de medio siglo a esta parte, y dígase de buena fe si han acertado los que se expresaban de la manera dicha o los que, aunque en confuso, pronosticaban los sucesos ocurridos y que han venido a quedar en la clase de perfectos, completos y acabados.

Estas consideraciones afirmaban en los hombres de 33 la resolución de mantener a toda costa el *sistema representativo* y la *forma federal*, sin disimularse las dificultades con que tenían que luchar y que consistían en los hábitos creados por la antigua constitución del país. Entre éstos figuraba y ha figurado como uno de los principales el *espíritu de cuerpo* difundido por todas las clases de la sociedad y que debilita notablemente o destruye el *espíritu nacional*. Sea designio premeditado, o sea el resultado imprevisto de causas desconocidas y puestas en acción, en el estado civil de la antigua España había una tendencia marcada a crear corporaciones, a acumular sobre ellas privilegios y exenciones del fuero común, a enriquecerlas por donaciones entre vivos o legados testamentarios, a acordarles, en fin, cuanto puede conducir a formar un cuerpo perfecto en su espíritu, completo

en su organización e independiente en su fuero privilegiado, y por los medios de subsistir que se le asignaban y ponían a su disposición. En esto había más o menos; no todos los *cuerpos* contaban con iguales privilegios, pero muy raro era el que no tenía los suficientes para bastarse a sí mismo. No sólo el *clero* y la *milicia* tenían fueros generales, que se subdividían en los de frailes y monjas en el primero, y en los de artillería, ingenieros y marina en el segundo: la Inquisición, la Universidad, la Casa de Moneda, el Marquesado del Valle, los mayorazgos, las cofradías y hasta los gremios tenían sus privilegios y sus bienes, en una palabra, su existencia separada.

Los resultados de esta complicación eran muchos, y todos fatales al espíritu nacional, a la moral pública, a la independencia y libertad personal, al orden judicial y gubernativo, a la riqueza y prosperidad nacional y a la tranquilidad pública.

Si la independencia se hubiera efectuado hace cuarenta años, un hombre nacido o radicado en el territorio en nada habría estimado el título de *mexicano*, y se habría considerado solo y aislado en el mundo si no contaba sino con él. Para un tal hombre el título de *oidor*, de *canónigo* y hasta el de *cofrade* habría sido más apreciable; y es necesario convenir en que habría tenido razón, puesto que significaba una cosa más positiva; entrar en materia con él sobre los *intereses nacionales* habría sido hablarle en hebreo; él no conocía ni podía conocer otros que los del *cuerpo* o *cuerpos* a que pertenecía, y habría sacrificado por sostenerlos los del resto de la sociedad, aunque más numerosos e importantes; habría hecho lo que hoy hacen los clérigos y militares: rebelarse contra el gobierno o contra las leyes que no están en armonía con las tendencias e *intereses de su clase*, por más que el uno y las otras estén conformes con los *intereses sociales*. Si entonces se hubiera reunido un Congreso, ¿quién duda que los diputados habrían sido nombrados por los *cuerpos* y no por las juntas electorales, que cada uno se habría considerado como representante de ellos y no de la nación, y que habría habido cien mil disputas sobre fueros, privilegios, etc., y nadie se habría ocupado de lo que podía interesar a la masa? ¿No vemos mucho de esto hoy, a pesar de que las elecciones se hacen de otra manera y se repite sin cesar que los diputados *representan a la nación*? He aquí el *espíritu de cuerpo* destruyendo al *espíritu público*.

Nada más inmoral que ocultar, paliar, disculpar, dejar impunes y defender contra los esfuerzos de la autoridad pública los delincuentes y perpetradores de crímenes o delitos comunes, y perseguir como criminales a los que sólo faltan a obligaciones creadas por los reglamentos de las *corporaciones*. La razón de esto es muy clara: la sociedad no puede estar segura sin el castigo de un delincuente ordinario que ataca las bases fundamentales del orden público, y no queda ni es ofendida por la infracción de reglamentos de cuerpos que a lo más interesan a ellos solos, y sin los cuales puede pasarse. Sin embargo, el *espíritu de cuerpo* produce y sostiene esta inversión de principios a la cual no se sabe qué nombre dar; el cuerpo se cree ofendido y deshonrado cuando uno de sus miembros aparece delin-

cuenta, y de aquí el empeño en ocultar el delito o salvar al reo, en sustraerlo de las manos de la autoridad o en impedir su castigo. Pero falte el miembro a las obligaciones peculiares de su clase, y aunque éstas no interesen poco ni mucho a la sociedad, se levanta una polvareda que muchas veces la autoridad pública no puede disipar. ¿Cuántas de estas cosas no se han visto en las corporaciones ya extinguidas? ¿Cuántas no se ven en las que todavía existen? ¿No es cosa tan extraña como absurda que se cierren los ojos sobre faltas graves, algunas de ellas vergonzosas, cometidas por los individuos del clero, y se esté pendiente de que porten el hábito clerical? ¿Que se toleren todos los excesos a que se entrega el soldado con el paisano desarmado, y los abusos de poder que contra los funcionarios civiles cometen los oficiales y comandantes generales o particulares, y se les castigue severamente porque faltaron a la revista, porque profirieron una expresión menos comedida contra algún jefe y otras cosas por este estilo? ¿Y quién que haya visto a México podrá disimularse que así se hace y se ha hecho siempre? Esto ha pervertido completamente los principios de la moral pública, creando obligaciones que no debían existir, dándoles la importancia que no les corresponde y desconociendo en muchos casos, con demasiada frecuencia, y respecto de determinadas personas, las que por su naturaleza son esenciales e indispensables a toda sociedad humana. He aquí de nuevo el *espíritu de cuerpo* desvirtuando la moral pública y extraviando las ideas que de ella deben tenerse.

Que todo hombre deba ser libre de toda violencia en el ejercicio de su razón para examinar los objetos y formar juicio de ellos, que pueda explicar este juicio sin temor de ser molestado, y que pueda obrar con arreglo a él en todo aquello que no ofenda el interés de tercero ni turbe el orden público, son otros tantos principios de derecho social y de sistema representativo de muy difícil combinación con el *espíritu de cuerpo*. Los *cuerpos* ejercen una especie de tiranía mental y de acción sobre sus miembros, y tienen tendencias bien marcadas a monopolizar el influjo y la opinión, por el símbolo de doctrina que profesan, por los compromisos que exigen y por las obligaciones que imponen. Esto hace que los hombres filiados en semejantes instituciones adquieran ciertos errores que en ellas se inspiran, carezcan, cuando los reconocen, de la libertad suficiente para pedir sean removidas las causas que los producen, o se vean impedidos ellos mismos para reformar ciertos abusos cuando las circunstancias los pongan en el caso de hacerlo.

Ningún cuerpo perdona a sus miembros la censura de sus faltas o los esfuerzos que haga para su reforma; se dice y se repite hasta el fastidio que es un mal eclesiástico, un mal militar, un mal canónico, un mal doctor, un mal abogado, un mal cofrade, el que pide y solicita la reforma del clero, de la milicia, del cabildo eclesiástico, de la Universidad, del Colegio de Abogados o de la Cofradía; y se le hace un cargo de que en el ejercicio de las funciones públicas abandone los *intereses de su cuerpo* por lo que es o él entiende ser un servicio al bien público. Supóngase a la nación divi-

dida, como lo está, en una multitud de *cuerpos* y a los ciudadanos filiados más o menos en uno o muchos de ellos; supóngase también, lo que es bastante frecuente, que estos *cuerpos* inmóviles e inmortales, en el transcurso de los siglos, por las revoluciones de los tiempos que se han obrado alrededor de ellos sin afectarlos, vienen a hallarse en oposición con los intereses nuevamente creados y que afectan a la masa de la nación; en semejante caso no es dudoso el partido que debe adoptarse: el de sacrificar los *cuerpos* a la *nación*. ¿Por qué, pues, no se hace? ¿Por qué para lograrlo se necesitan muchas veces revoluciones sangrientas? Porque los hombres de los *cuerpos* se identifican con los intereses que les son peculiares y con los dogmas de su símbolo particular; porque aun cuando lleguen a formar una opinión que sea contraria a los unos y a los otros, temen hacerla pública y exponer su tranquilidad al espíritu tracasero y calumniador de estas asociaciones; porque en el puesto que ocupan, si las circunstancias los obligan a tomar un partido, no pueden declararse contra los cuerpos a que pertenecen sin provocar su indignación y quedar desde entonces expuestos a ser el blanco de sus persecuciones: en una palabra, porque los *cuerpos* ejercen sobre sus miembros una verdadera tiranía, que hace ilusoria la *libertad civil* y la *independencia personal* que a sus miembros corresponden como ciudadanos.

La existencia y la multiplicidad de los *cuerpos* es un embarazo perpetuo al curso de la justicia. La diferencia de los fueros, las leyes que los constituyen y las personas que los gozan producen una multitud de intereses ficticios sin los cuales la sociedad podría pasar, y ocupan el tiempo y el estudio de los jueces en deslindarlos, definirlos y ponerlos de acuerdo; tiempo y estudio que deberían estar empleados en cosas de una importancia real y de resultados sociales positivos. Todavía, si en el *orden judicial* los *cuerpos* no tuviesen otro inconveniente, podría pasarse por el que va expuesto; pero está muy lejos de ser así. Las competencias de jurisdicción, la ineficacia de las leyes criminales y la falta de respeto a los tribunales civiles ordinarios, que son las fuentes de la justicia nacional, son consecuencias precisas del *espíritu de cuerpo*. Cuando éste domina, lo menos en que se piensa es en la conservación y seguridad de los derechos comunes; el empeño principal es sacar airoso al *cuerpo*, establecer su jurisdicción exclusiva y deprimir a la autoridad civil; si estos fines se pueden conciliar con el castigo del delincuente y con la observancia de las leyes criminales y penales, no se pone obstáculo a lo uno ni a lo otro; pero si, como es más frecuente, el curso de la justicia está o se cree estar en oposición con los intereses del cuerpo, aquél será sacrificado irremisiblemente a éstos; y esta inversión de medios y fines, ¿quién podrá desconocer que es un mal gravísimo en la sociedad? Además, la jurisdicción ordinaria, o lo que es lo mismo, la nacional, pierde de su consideración y aprecio desde que se segregan de su conocimiento los negocios contenciosos, que por su número y calidad deben influir de un modo poderoso en las transacciones sociales y en la suerte de las familias; como sucede y sucederá siempre por

la multiplicidad de fueros a que aspira de una manera irresistible el *espíritu de cuerpo*. Entonces se invierte todo el orden judicial, y aunque los nombres de las instituciones se conserven los mismos, la jurisdicción ordinaria se convierte en excepcional y la excepcional en ordinaria. Mientras los *cuerpos* existan han de tener tendencias marcadas a producir estos desórdenes a que son irresistiblemente arrastrados por su propia constitución, y la autoridad civil y ordinaria ha de mantener con ellos una lucha perpetua que embarazará más o menos su marcha. ¿A qué viene, pues, mantener resistencias provenientes de *asociaciones* que, por otra parte, no interesan poco ni mucho al estado social y que lejos de mejorar empeoran la suerte de los particulares?

Los mismos inconvenientes, y aun mayores si puede haberlos, se advierten en el *espíritu de cuerpo* con relación al *orden administrativo*. Las leyes no pueden poner de acuerdo intereses de difícil y muchas veces de imposible combinación. Lo que a un *cuerpo* conviene, al otro le perjudica; lo que uno pide con instancia, el otro lo rehúsa con energía; todavía, si alguno de los extremos en cuestión fuese favorable a la masa, ésta podría ser una circunstancia que determinase la elección; pero sucede no pocas veces que estas exigencias encontradas entre sí lo están todavía más con los intereses de la comunidad, y entonces vienen a aumentarse las dificultades de un cuerpo social enfermizo y cargado de tumores que se absorben los jugos destinados a nutrirlo. El gobierno, falto de leyes nacionales y sobrado de las que organizan a los cuerpos, no sabe cómo marchar; se le pone en las manos una *Constitución* atestada de declaraciones y principios que favorecen a la *masa*; se le dan funcionarios públicos y poderes organizados para obtener este objeto; pero se le mandan observar leyes que están en oposición con él y respetar las tendencias que lo destruyen. ¿Qué ha de resultar de allí? Reclamos de pronto, disgustos más adelante, y al último revoluciones sangrientas impulsadas, sostenidas y apoyadas por el *espíritu de cuerpo*.

El mayor obstáculo contra el que tiene que luchar la prosperidad pública de las naciones es la tendencia a estancar, acumular y reunir eternamente las tierras y capitales. Desde que en la sociedad se puede aumentar indefinidamente una fortuna dada, sin que llegue la necesidad de repartirla, es claro que no se necesita más que el transcurso de algunos siglos para que los medios de subsistir vengan a ser muy difíciles o absolutamente imposibles en la masa. Este resultado es único y exclusivo de los *cuerpos* políticos, y una nación en que éstos llegan a multiplicarse, o, aunque sean cortos en número, se hallan muy difundidos en la sociedad, ha abierto ya el abismo donde ha de sumergirse su fortuna pública. Los *cuerpos* por sí mismos tienden a emanciparse, a subsistir y a llenar su objeto; para todo les es necesaria la acumulación de bienes y generalmente prefieren los fondos territoriales. Inútil es cuanto pueda hacerse para impedirles su adquisición, y si de esto no hubiera otra prueba que los códigos españoles, ella sería bastante para demostrarlo: desde los siglos más remotos hasta

el presente, y desde el Fuero Juzgo hasta la Novísima Recopilación, se ha hecho, repetido y ratificado la prohibición de adquirir a las *manos muertas*, y desde entonces hasta ahora, semejante prohibición ha sido eludida y quedado sin efecto. ¿Por qué así? Porque no se ha extinguido en su fuente el origen de estos deseos, siempre más activos y eficaces que las disposiciones de las leyes; porque se ha querido que cesen las resistencias dejando en actividad las causas que las producen. Desde que éstas han desaparecido en Europa, las otras han cesado, las leyes han recobrado su vigor y la prosperidad pública ha progresado sin obstáculo.

Estas son las tendencias, la marcha y los efectos sociales y resultados más visibles del *espíritu de cuerpo* que contrarían, entorpecen y vienen por fin a hacer ilusorios los efectos que promete el *sistema representativo* y los resultados que por su establecimiento se buscan e intentan en el orden social. La experiencia de cincuenta años de revoluciones en Europa y los tristes desengaños adquiridos en México en el período transcurrido de la Independencia a fines de 1836 no dejan la menor duda sobre la imposibilidad de hacer marchar a la vez y en armonía el orden de cosas que resulta de uno y de otro. Esta imposibilidad era conocida en 1833 por todos los hombres de *progreso*, y la parte de ellos a quienes tocó la dirección de los negocios, hallándose en la necesidad de elegir entre el *sistema representativo federal* establecido en la Constitución del país y el antiguo régimen basado en el *espíritu de cuerpo*, no vaciló en preferir el primero al segundo, y aplicó toda su fuerza y actividad para desvirtuar éste y robustecer aquél. Ya el gobierno español había sentido todos los inconvenientes y obstáculos que oponen a la marcha social las clases privilegiadas y los cuerpos políticos, y todas sus medidas después de setenta años estaban calculadas para disminuir su número y debilitar su fuerza. Todos los días se veía desaparecer alguna corporación o restringir y estrechar los privilegios de alguna clase, pero hasta 1812 quedaban todavía los bastantes para complicar el curso de los negocios. La Constitución que se publicó en este año abolió todos los fueros, con excepción del *eclesiástico* y *militar*, y ella tuvo en esta parte todo su efecto desde 1820, segunda época de su proclamación en México. Desde entonces la fuerza del *espíritu de cuerpo* bajó muchos grados de lo que antes había sido, pero los *fueros* conservados y los hábitos nacidos de la antigua Constitución bajo el poder absoluto dejaron subsistir dos clases poderosas separadas del resto de la sociedad y pequeños cuerpos que, aunque sin fueros ni privilegios, contribúan a mantener la oposición a los principios y consecuencias del sistema adoptado. Desaparecieron, es verdad, los gremios, las comunidades de indios, las asociaciones privilegiadas de diversas profesiones como abogados, comerciantes, etc., los mayorazgos y la multitud innumerable de fueros concedidos a ciertas profesiones, personas, corporaciones y oficinas; pero quedaron todavía el *clero* y la *milicia* con los fueros que gozaban, y las universidades, los colegios, las cofradías y otras corporaciones que, aunque ya sin privilegios, conservaban la planta de su antigua organiza-

ción, de la cual son consecuencia forzosa las tendencias a destruir o desvirtuar el nuevo orden de cosas. Una simple ojeada sobre la constitución, aspiraciones y tendencias de estas *clases y cuerpos* bastará para hacer patente la oposición en que se hallan sus principios con los del *sistema representativo* y más aún con el *federal*.

El *clero* es en su mayor parte compuesto de hombres que sólo se hallan materialmente en la sociedad y en coexistencia accidental con el resto de los ciudadanos. Por su educación sólo pueden tener para él importancia los *intereses del cielo*, que hace consistir no precisamente en la creencia religiosa y en el ejercicio de las virtudes evangélicas, sino en la supremacía e independencia de su cuerpo, en la posesión de los bienes que se le han dado, en la resistencia a someter las acciones civiles y las causas criminales de sus miembros al poder social, a sus leyes, a sus autoridades gubernativas y judiciales; por su fuero no reconoce más autoridades que las de su clase, únicas de quienes tiene que esperar y temer, y a las que se halla sometido mucho más de lo que puede estarlo cualquier ciudadano al poder civil; por el celibato se halla enteramente libre y aislado de los lazos de familia, primero y principal vínculo del hombre con la sociedad; finalmente, por la clase de sus ocupaciones y por sus leyes particulares debe renunciar a toda empresa lucrativa, y se halla en él extinguido del todo el amor al trabajo y a los adelantos de fortuna que son consecuencia precisa de la industria personal y establecen en segunda línea los vínculos del hombre con la sociedad. El *clero* siente una repugnancia invencible por la *tolerancia de cultos, la libertad del pensamiento y de la prensa*, porque estos principios y las instituciones que de ellos emanan son tales que destruyen o debilitan su imperio sobre las conciencias; detesta la *igualdad legal*, que hace desaparecer los fueros y jerarquías, y acaba con el poder y consideración que éstos y aquéllas proporcionan a su clase; resiste el *arreglo del estado civil de los ciudadanos*, que le quita la influencia sobre los principales actos de la vida y sobre la suerte de las familias en nacimientos, casamientos y entierros.

El *clero* es un obstáculo permanente al *aumento de la población*, porque receloso de todo establecimiento de extranjeros, que por su naturaleza tiende a la libertad religiosa, emplea toda su influencia para resistir o poner trabas que hagan ilusoria la colonización. Para lograrlo fomenta la aversión del pueblo hacia los extranjeros, disculpa los atentados y violencias que contra ellos se cometen, amenaza e intimida a la autoridad y mina sordamente cuantas disposiciones se dictan en contrario. Los resultados de estos manejos son: que centenares de leguas de tierras permanezcan incultas e inhabitadas y sean presa de la potencia más vecina, como lo son ya de los Estados Unidos y la Rusia; que el valor de dichas tierras sea perdido para la riqueza pública; que los capitales extranjeros de que en México hay tanta necesidad no puedan naturalizarse en la República, y que los que en él existen busquen destino en otra parte, porque sus dueños no quieren ir a un país ni permanecer en él para hacer profesiones

de fe ni ser vejados por los que creen que todo es lícito contra hombres que profesan otro culto. Resultado es también de estas repugnancias el atraso de la *industria*, que no se aclimata por fabricantes pagados cuyos servicios siempre son faltos e incompletos por falta de estímulo, sino por hombres que se establezcan por su cuenta y enseñen prácticamente, introduciendo los métodos y haciendo conocer las máquinas e instrumentos perfeccionados en Europa para el ejercicio de las artes industriales. Estos hombres, de los cuales hay una abundancia excesiva en las naciones más adelantadas de este continente, y que en razón de ella misma no pueden hacer fortuna en su patria, lo que desean es migrar a países nuevos y llevar su industria a donde pueda ser pagada, sin otras condiciones que la libertad de establecerse y la seguridad de disponer de sus productos. ¿Por qué, pues, no van a México o si lo hacen es en muy corto número y regresan a poco tiempo? Porque las autoridades, influenciadas por el clero, desconocen las ventajas de su establecimiento, y no quieren protegerlos contra las masas que les son hostiles por influjo del clero mismo. Sin embargo, es cierto que el medio más rápido y seguro de poblar, hacer rico e industrial un país pobre, atrasado y de grandes capacidades, es naturalizar en él cuanto sobra en otra parte y pertenece a estos ramos, abriendo la puerta y sosteniendo contra todas las repugnancias nacidas de la preocupación religiosa a los que con sus brazos, industria y capitales van a fecundar los gérmenes de un suelo virgen y nuevo. Los Estados Unidos y la Rusia, naciones nuevas ambas y de sistemas políticos opuestísimos, en poco menos de un siglo han logrado ponerse al nivel de las primeras potencias y hacerse ricas, industriosas y respetables por sólo el establecimiento de extranjeros, querido verdaderamente y sostenido con firmeza contra las preocupaciones populares explotadas por las creencias religiosas. Al contrario, la España, nación poderosa y rica, dueña de un mundo entero y de sus riquísimos frutos, desde el siglo XVI empezó a decaer hasta el estado en que hoy la vemos, porque su clero, el más intolerante de Europa, y padre del de México, convirtió en un sentimiento popular el odio a los que habían nacido en otra parte y profesaban diverso culto.

Las tendencias del clero son perniciosas a la *educación pública* e impiden su *difusión* y *mejoras*, porque las masas mejor educadas tienden visiblemente a emanciparse del dominio sacerdotal en que han estado por tres siglos, y esta emancipación disminuye el poder que sobre ellas se ha ejercido y aún no acaba de perderse. Se quiere que la educación nacional sea la propiedad exclusiva de los ministros del culto y que esté toda basada sobre las reglas monásticas en trajes, usos y hábitos; se quiere que las materias de enseñanza sean las de los claustros, disputas teológicas y escolásticas que han pasado de moda hace medio siglo y de las cuales hoy nadie se ocupa, y se rehúsa la enseñanza de los ramos antes desconocidos y de utilidad práctica, enseñanza sobre la cual deben formarse los hombres públicos de que hay tanta y tan grande falta en el país. Enhorabuena que México, colonia de España, haya podido pasar sin ellos; esto

se entiende, pero ¿cómo podrá sostenerse lo mismo de México nación independiente, que debe gobernarse a sí misma y mantener relaciones con todas las potencias extranjeras que forman el mundo civilizado?

Si el *clero* es un obstáculo para la educación que se da en los establecimientos públicos, no lo es menos para la que se recibe en los establecimientos particulares y privados que pudiera suplir a la otra; se embaraza cuanto se puede el que tengan efecto, poniendo a los empresarios, especialmente extranjeros, que son los más útiles, trabas y condiciones que no pueden superar y a que no es posible se sometan sino muy pocos; se juega el arma del descrédito y la calumnia con un aire de celo y devoción que surte casi siempre el efecto que se desea, porque los hombres sencillos, haciendo justicia a la buena fe con que se propagan estas especies, persuadidos por otra parte de que los ministros del culto son infalibles, y acostumbrados a someter a ellos la dirección de su conducta, no pueden sobreponerse a su influencia en materia que justamente reputan muy delicada.

La educación, entorpecida en su marcha, mutilada en sus ramos y restringida en su extensión por los temores y resistencias sacerdotales, lo es todavía más en los *medios* de saber que obstruyen y paralizan los mismos. La introducción de los libros y su circulación sufren una persecución sorda, pero constante y eficaz, que hace disminuir el número de lectores y compradores; el librero extranjero y el nacional ven arruinarse sus empresas, aunque ellas versen sobre artículos no prohibidos por las leyes, porque las prohibiciones eclesiásticas retraen a los compradores y alarman o disminuyen la reputación del vendedor, que tiene que valerse de un tercero para expender de una manera casi clandestina. No pocas veces pierde el librero su mercancía porque los administradores de aduanas en un país en que hay leyes para todo, que se admiten o desechan a voluntad de quien las ha de aplicar, se toman la libertad de declarar vigentes las de la época de la Inquisición y retienen todos los libros que les parece. Los obispos hacen otro tanto para sus prohibiciones, pues ni las limitan, como debía ser, a sólo los libros que atacan los dogmas y la moral de la creencia católica, ni se contentan con expedir edictos, sino que se propasan algunas veces a recoger los libros por sí mismos. Los libreros e impresores, hostigados y vejados, no imprimen ni ponen en venta una multitud de obras inocentes a la par que útiles y necesarias, y el público se priva de lo que en ellas podría y debería aprender, porque no las hay, o son muy escasas y se venden a precio muy alto.

El influjo del *clero* compromete la paz y armonía que debe reinar entre México y las naciones extranjeras que han celebrado tratados con la República. El odio a extranjeros y las vejaciones que éstos sufren en consecuencia por los particulares y los funcionarios públicos mexicanos, como ya se ha probado, son en mucha parte originadas y sostenidas por el influjo del *clero*. Estas vejaciones, si fueran obra de accidentes imprevistos, siempre producirían reclamos y causarían embarazos al gobierno; pero siendo,

como son, el resultado del odio a extranjeros que ha erigido en principio una clase influyente y poderosa que no se cuida de disimularlo, la *nacionalidad* de las potencias a que pertenecen los que las sufren aparece formalmente ofendida; y esto produce no reclamos sencillos, sino hostiles a que por el mismo principio se rehúsa satisfacer. He aquí los preliminares de guerras desastrosas, y he aquí cómo México se ve hoy comprometido con la Inglaterra, la Francia y los Estados Unidos por una serie de causas en que los súbditos de estas potencias son nada menos que inocentes, pero entre las cuales figura como muy principal el influjo hostil del *clero* contra extranjeros y sus consecuencias desastrosas.

La educación, pues, del *clero*, sus principios y su constitución misma, se hallan en abierta y diametral oposición con los principios, organización y resultados sociales que se buscan y procuran por el sistema representativo, con los progresos de la población y de la riqueza pública, con la educación nacional, con los medios de saber y con la armonía respecto de las potencias extranjeras, que produce la paz exterior. Excepciones honorosas de estas tendencias se ven en muchos de sus miembros, y el mal no es de las *personas*, sino de las *cosas* mismas; es del *cuerpo* y no de los particulares que lo constituyen, y obrarían de muy diferente manera en diversa atmósfera y sometidas a otras influencias.

En los países en que el *clero* no sea un poder fuerte, capaz de luchar con el de la sociedad, está bien que se toleren las tendencias emanadas de su viciosa constitución; ellas serán reprimidas por el poder del gobierno y de la sociedad toda, y no podrán tener resultados efectivos y funestos que turben la marcha social o pongan obstáculo al ejercicio de los derechos privados; pero ¿es éste el caso en que se halla México? He aquí la cuestión de la cual el espíritu rebelde del *clero*, explicado de mil maneras en 1833, forzaba a ocuparse todas las horas del día al gobierno de aquella época. Sería imposible enumerar en una revista como la presente las intrigas de cuartel y sacristía que se hicieron jugar entonces; esta relación pertenece a la historia y de ella nos ocuparemos a su tiempo; para el asunto presente basta saber que ellas existieron, cosa en que nadie ha puesto la menor duda.

Para saber si el *clero* de México es un poder capaz de luchar con el de la República bastará cotejar el del uno con el de la otra y ver los medios de acción que se hallan a disposición de ambos. El *clero* es una corporación coetánea a la fundación de la colonia y profundamente arraigada en ella: todos los ramos de la administración pública y los actos civiles de la vida han estado y están todavía más o menos sometidos a su influencia. El ha dictado en parte las leyes de Indias y ha tenido bajo su dirección el gobierno de los indios y de las castas que hasta la Independencia han sido sus fieles servidores, a pesar de los esfuerzos del gobierno civil para emanciparlos. Los españoles y sus descendientes tampoco han escapado a sus redes tendidas en la educación y en la dirección de las conciencias. Cuanto en México se sabía, o era enseñado por el ministerio del clero o

estaba sometido a su censura; la Inquisición, los obispos y los curas ejercían sobre la imprenta, la lectura y la enseñanza el imperio más absoluto; la dirección de las conciencias no se ha limitado a los deberes religiosos, sino que ha extendido su imperio a los sociales, conyugales y domésticos, a los trajes y a las diversiones públicas. Los virreyes, los magistrados, los jueces, los administradores de rentas, en una palabra, todos los hombres de gobierno, han sometido por muchos años el ejercicio de las funciones públicas al dictamen de un confesor, que hoy todavía se hace escuchar e influye de una manera eficaz en los actos de la soberanía y en las personas que bajo su tutela los ejercen, actos que los eclesiásticos procuran queden en último análisis reducidos al *deber religioso*.

Sobre el poder que el *clero* recibe de estos medios morales que los hábitos del país y su Constitución originaria hacen tan eficaces, viene el que las leyes le dan para el arreglo exclusivo de ciertos ramos importantísimos a la vida social. El nacimiento, el matrimonio y el entierro se hacen todos por arreglos, leyes y documentos eclesiásticos, que deciden de la legitimidad de la prole y de consiguiente de los derechos de sucesión, de la validez o nulidad del matrimonio, de los grados de parentesco, de las causas, ocasión y legalidad del divorcio, de la sepultura de los cadáveres y de las cuestiones de salubridad y buen nombre adictas y dependientes de ella. A este poder legal debe añadirse el que el *clero* disfruta por su riqueza, su organización e independencia, y por la inamovilidad personal y rentas cuantiosísimas que gozan sus jefes natos los obispos y canónigos.

La riqueza del *clero* mexicano, como todos los ramos eclesiásticos del país, es todavía un arcano para el público; cuantas apreciaciones se han hecho de ella han sido y son necesariamente incompletas. Sin embargo, el estado que va en este tomo¹, aunque falto y diminuto, da, por lo que en él consta, alguna idea de lo que ellas podrán ser. Más de ciento setenta y nueve millones de pesos de capitales y siete y medio millones de renta para un *clero* que no llega a tres mil personas, y del cual los nueve décimos no perciben sino de ciento cincuenta a trescientos pesos anuales, suponen en una parte del *clero* el imperio y el dominio, y en la otra la obediencia y sumisión. Este estado de cosas forma del sacerdocio mexicano un cuerpo compacto que se robustece por el fuero y por la absoluta dependencia y subordinación graduada que existe desde el último acólito hasta el arzobispo metropolitano. Este cuerpo tiene sus leyes, gobierno y magistrados independientes de la autoridad temporal, y que lo rigen no sólo en el orden religioso, sino también en el *civil*; así, pues, su organización lo constituye un poder público, cabal, completo, distinto de la sociedad en que se halla implantado e independiente de ella por consecuencia forzosa. Cuanto en las leyes se dice de sumisión del *clero* a la autoridad pública es vano e ilusorio, porque los cuerpos no se pueden someter, y la acción de los

¹ Se refiere al tomo I de *Obras sueltas*.

magistrados sólo es eficaz respecto de los particulares, únicos capaces de sufrir el apremio y el castigo. ¿De qué sirve, pues, que las leyes proclamen una sumisión que ellas mismas hacen imposible, renunciando a los medios de realizarla? De nada, sino de crearse obstáculos con qué luchar perpetuamente, como sucede y sucederá con el *clero*.

En efecto, ¿qué poder puede tener la República contra un cuerpo más antiguo que ella en el país, mandado por los obispos, sus jefes perpetuos absolutos e irresponsables, con renta cuyo *máximum* y *mínimum* son de quince a ciento veinte mil pesos y que tienen a su disposición un capital de cerca de ciento ochenta millones de pesos, cuya parte productiva reditúa siete millones y medio? Una república que nació ayer, en la que todos los ramos de la administración pública se hallan fuera de sus quicios y los hábitos de subordinación enteramente perdidos; una república cuyos fondos públicos no rinden sino el doble de los del clero, y no alcanzan ni con mucho a cubrir sus presupuestos; una república, en fin, en la que todo es debilidad, desorden y desconcierto, ¿podrá sostenerse contra un cuerpo que tiene la *voluntad* y el *poder* de destruir su Constitución, de enervar sus leyes y de rebelar contra ella las masas?

No lo creyó así la administración de 1833-1834; por eso se decidió a destruir el poder de este *cuerpo político* y conservar al país, por este medio tan único como eficaz, sus principios e instituciones. Desgraciadamente los medios que se adoptaron fueron derivados de dos principios opuestos e incompatibles entre sí, y esto produjo consecuencias desagradables que no han sido indiferentes para frustrar el resultado que se pretendía obtener².

La segunda clase privilegiada que su metrópoli ha legado a la República mexicana es la *milicia*, tan incompatible con el sistema representativo como con la forma federal, y por lo mismo en oposición abierta, como el *clero*, con la Constitución de la República. Sujeta a las tendencias inevitables de todos los *cuerpos*, que van ya expuestas, con pretensiones como el *clero* de superioridad e independencia respecto de las autoridades creadas por las nuevas instituciones, la *milicia* deriva su poder especial del ejercicio de la fuerza brutal en veintiséis años de guerras civiles, durante los cuales ha ejercido el imperio más absoluto. Leyes, magistratura, gobierno, personas y cosas, fondos públicos y particulares, todo ha estado más o menos, pero realmente, sometido al poder militar, ejercido bajo diversas denominaciones y formas. La *milicia*, bien sea que ataque al gobierno, bien parezca que lo defiende, es y se considera a sí misma como un cuerpo independiente, que no vive en la sociedad sino para dominarla y hacerla cambiar de formas administrativas y principios políticos cuando las unas o los otros sean o se entiendan ser opuestos a los principios constitutivos de esta clase privilegiada.

² En este punto inserta el doctor Mora una extensa nota que contiene el presupuesto del clero francés para 1829 y 1838, como evidencia de "las reducciones y economías que, sin perjuicio de la religión, pueden hacerse".

Nada parece más natural al militar mexicano que sublevarse contra una Constitución y deponer a un gobierno que trata de someter la clase a que pertenece, ya sea sujetándola a las leyes que le son peculiares o ya sea reformando éstas en todo o en parte; los hombres de esta clase se creen con derecho exclusivo, o a lo menos preferente, a ocupar todos los puestos públicos y a consumir las rentas nacionales. Así se les ve quejarse, con un aire de sinceridad que denota la más profunda convicción, ya de que se pretende abolir su fuero, ya de que se les destina a tal o cual punto que no les acomoda; unas veces levantan el grito contra los cuerpos electorales porque nombran un Presidente que no es soldado; otras porque las instituciones civiles, como lo eran los poderes de los estados, consumen una parte de las rentas públicas, y no pocas por las cantidades que se destinan a pagar la milicia, que sin ser privilegiada, sostiene al gobierno contra la que lo es y se halla rebelada, como sucedió en 1833.

Estas convicciones erróneas de supremacía social de la clase militar privilegiada dependen de la debilidad unas veces, y otras de la connivencia del gobierno. Los jefes militares que han ocupado el puesto supremo a virtud de las revoluciones de soldados que ellos mismos han acaudillado participan de los errores de esta clase, la temen porque conocen su poder y le están reconocidos porque creen debérselo todo; por este triple motivo todo se lo sacrifican. Además, las revoluciones que en veintiséis años han derribado los gobiernos más de diez veces, y sustituyéndoles otros, se han terminado todas de una manera militar; y el pueblo, incapaz de conocer el influjo que en ellas han tenido las causas morales, las ha adjudicado exclusivamente a la fuerza material que aparecía en ellas de una manera más visible³.

El error de la multitud ha pasado a la *milicia*, que lo ha acogido con entusiasmo, y desde entonces se ha gritado y sostenido casi sin oposición que al Ejército se debe la independencia, la libertad, la federación y quién sabe cuántas cosas. No ha parado en esto el mal, sino que se ha pretendido hacer extensiva y vincular en la *clase* una gratitud que debería ser *individual* y terminarse en las personas que han hecho al país estos importantes servicios; así es como jefes oscuros y despreciables pretenden recoger la herencia de honor y gloria, y sobre todo la de poder, que apenas sería tolerable acordar a los que los prestaron. Lo absurdo de semejantes vinculaciones sólo puede escapar a la falta de reflexión y al hábito que contraen los pueblos de reconocer como un derecho el resultado de hechos repetidos, aunque éstos no reposen sobre un principio justo y racional.

De estos errores erigidos en principio, de la falsa aplicación que se ha hecho de ellos, y de los hechos mal apreciados en las revoluciones del país en orden al influjo ejercido sobre ellos por la fuerza militar, ha resultado

³ Hace aquí el autor una llamada al calce, donde copia un testimonio del general José Antonio Facio, partidario de los fueros militares, y en que, sin embargo, critica duramente el estado de la milicia y su organización, que "se presta a los manejos del primer aventurero con influjo en algunos cuerpos".

que los gobiernos no han creído poderse pasar de esta clase privilegiada; y como, por otra parte, no han podido someterla, han quedado enteramente a su dirección. Desde que esto sucede en un pueblo, es decir, desde que la *milicia*, en lugar de ser obediente y sumisa, se convierte en dominadora y directriz, ya no hay que pensar en que haya orden y concierto. La fuerza material en todas partes ha sido y es ciega y anárquica por su propia naturaleza; si ella, pues, no es dirigida por una mano vigorosa que sea bastante a contenerla y darla regularidad, caerá al azar sobre los pueblos, y los vestigios de su paso no serán reconocidos sino por los rastros de sangre, de ruina y desolación que habrá dejado tras sí. ¿Quién no ve en estos rasgos el cuadro de la anarquía militar que desde 1810 ha asolado a la República? Esta fuerza brutal, creada por las circunstancias y robustecida por ellas mismas, lejos de ser reprimida en su impulso ciego y desordenado por la autoridad pública, ha sido lanzada contra las leyes y los pueblos, y no pocas veces en su reacción ha derribado el poder que la dio impulso, pulverizando hasta sus bases.

Sin embargo, la *milicia* no podría ser temible sino por el *fuero* que no acababa de abolirse; los ataques materiales al gobierno quedaban sin efecto en presencia de una fuerza superior que lo apoyaba y era *cívica*; y como, por otra parte, era indefectible que tales sublevaciones habían de repetirse y terminar por nuevas derrotas, claro es que esta *clase*, en el estado en que se hallaba, no podía inspirar grandes temores. Las operaciones del gobierno mexicano para acabar con la milicia, nada exigen de positivo sino la abolición del *fuero*; lo demás todo es negativo: no reclutarla, no pagarla, no emplearla, no castigar las deserciones; esto y no más que esto es lo que basta, y la administración de 1833 no hizo otra cosa, reservando lo del *fuero* para un tiempo que no llegó.

En cuanto al *clero*, fue necesario proceder de otra manera; ya que no se quiso darle el golpe mortal, se convino en un plan por el cual debía quitársele cuanto en el orden civil constituye su poder: los bienes raíces y capitales impuestos; la educación pública; el apremio para la exacción de los diezmos y para el cumplimiento de los votos monásticos; los registros de nacimientos, matrimonios y entierros; la intervención en el arreglo del *contrato civil* del matrimonio, y en el conocimiento también *civil* de las causas del divorcio; además se resolvió la supresión de los regulares de ambos sexos.

Todo esto se intentó, algo se hizo, y lo más quedó en proyecto. Tratándose de privar a esta *clase privilegiada* del poder que recibía de la sociedad misma, lo natural era empezar por los *bienes*, que son los principios constitutivos de su fuerza e independencia.

El principio y regla de conducta que se propusieron los hombres públicos de aquella época en orden al *clero* fue reducido a su simple misión espiritual, dejándolo en ella absolutamente libre, pero sustrayéndole al mismo tiempo todo el poder civil de que gozaba por concesiones sociales. El poder eclesiástico, reducido a los fines de su institución, obrando en

la órbita puramente espiritual y por medios del mismo orden, es un elemento benéfico, necesario a la naturaleza humana y del cual no se puede pasar a la sociedad; las creencias religiosas y los principios de conciencia son la propiedad más sagrada del hombre considerado como individuo, y la autoridad pública no puede, no debe prescribirlos ni atacarlos mientras no tomen otro carácter. Pero si el principio religioso se convierte en un poder político y, saliendo de las vías de la convicción que le son propias, pretende ejercer sobre los ciudadanos una fuerza coercitiva, tener rentas, imponer contribuciones, gozar de un foro exterior y aplicar penas temporales, su degeneración es completa, y en lugar de auxiliar al poder soberano en el orden directivo, se convierte en su rival en la parte administrativa. No se debe permitir que llegue este caso; pero si el curso de las cosas, en una mala administración, las hubiese llevado allá, necesario es restablecerlas al estado primitivo, y el medio más seguro de lograrlo sin ofender las conciencias es, no de imponer preceptos al poder eclesiástico, sino de rehusarle la sanción soberana y la cooperación civil. Este fue el principio político de la administración de 33, y ojalá las Cámaras no se hubieran separado de él, como lo hicieron en la ley de provisión de curatos. A virtud de este principio, la percepción del diezmo, cuyos inconvenientes son confesados, y reconocidos por un sabio obispo⁴ y han sido demostrados en la disertación sobre rentas eclesiásticas, dejó de ser una obligación civil; a virtud del mismo se hizo igualmente cesar la coacción que sufrían los regulares para la profesión monástica, coacción que fue sólidamente combatida por el señor Espinosa de los Monteros y cuyos inconvenientes morales y políticos se hallan enumerados en la obra titulada *Méjico y sus revoluciones* (tomo I, página 278 y siguientes).

Estas medidas indirectas, unidas a la ocupación de los bienes del clero y a la reducción o supresión de monasterios, medida consiguiente al cortísimo número de regulares y prevenida en las antiguas leyes españolas, eran, como se verá más adelante, una necesidad política, moral y económica.

⁴ El obispo Abad y Queipo, en su *Representación*, que se transcribe en la segunda sección del mismo tomo I de *Obras sueltas*, y en que dicho prelado dice: "El diezmo y la alcabala, que se pagan sin deducir costo alguno de todos los productos de la agricultura, son dos cargas pesadísimas que no dejan respirar al labrador", pág. 88.

JUSTO AROSEMENA
(Panamá)

APUNTAMIENTOS PARA LA INTRODUCCION
A LAS CIENCIAS MORALES Y POLITICAS
(Fragmento)*

PROLOGO

Varios pueden ser los motivos que determinen a un escritor a componer y publicar una obra: unas veces el deseo de lucrar, la ambición de crédito literario otras, y aun a ocasiones, la sola inspiración del genio. Al disponer yo la presente, mi único objeto ha sido consignar en un volumen aquellos principios generales, aquellas ideas comunes a todas las ciencias morales y políticas, cuyo conocimiento previo al estudio de cada una es indispensable para penetrarse de la verdadera índole de estas ciencias, y por consiguiente para un mejor éxito en su cultivo.

A poco de haber yo emprendido la carrera de las letras, que abracé por elección, noté la falta de una obra que contuviese la exposición analítica de los hechos correspondientes a la ciencia del gobierno, o sea la política. De aquí fue que desde que tuve oportunidad para ello me consagré a su redacción, penetrado de que todo ensayo en cualquier materia es luego seguido por otros y otros trabajos, hasta que al fin se llega a obtener la perfección en el ramo antes poco conocido. Pensé pues que mi libro fuese como el toque de llamada que hiciese despertar la idea de sobrepujarle, cosa que habría sucedido en breve, pero que también habría satisfecho mi deseo de ver llenada la falta de una buena obra de política.

Había yo avanzado ya algo en mi tarea, cuando observé que las ideas y principios que por vía de introducción precedían a la obra en planta, eran comunes a todas las ciencias que vulgarmente se denominan *morales y políticas*, y que además los había yo expuesto muy diminutamente. Ocurríeme a esto dar de mano a la obra comenzada, y dedicarme exclusivamente por entonces a amplificar la referida introducción, imprimiéndole su verdadero carácter, esto es, de común a todas las ciencias morales y políticas. Terminado que fue mi trabajo, y consistiendo en un regular opúsculo, pensé que convendría darle a la luz para contribuir yo de algún modo, si era posible, al adelanto de las importantes ciencias de que él se ocupa. He aquí el origen e historia de esta obrita.

En ella más que ninguna otra cosa, he procurado ser exacto, claro y conciso. El estilo es tan poco exornado, que no dudo se encuentre a veces demasiado duro y desabrido. Pero este inconveniente es inseparable de

*Publicado en Nueva York en 1840 bajo el seudónimo de "un joven americano".

las obras científicas, si es que han de ser rigurosamente exactas, pues para mí tengo como punto de fe, que no es posible conciliar las flores y demás adornos del lenguaje con una dicción rígida y una expresión ajustada. En efecto, el escritor que quiere ser exacto se ve obligado a emplear siempre para la misma idea la misma palabra; no puede escoger a su sabor las frases más galanas e insinuantes, que son las que constituyen lo que se llama elegancia y elocuencia, sino que tiene que adoptar las que expresen bien su concepción, y ninguna otra; todo lo cual como se palpa, es incompatible con la hermosura y brillantez del estilo.

Por lo mismo, la simple declamación está desterrada de este libro: ella no es hermana con la exactitud y concisión, y sólo puede halagar a las almas superficiales. Su efecto es sin duda el más feliz cuando se dirige a mover el corazón, que es su blanco favorito; pero enderezada al ánimo, la declamación no produce ningún buen resultado, como que el ánimo se convence con razones, y el lenguaje sentimental no contiene más que palabras, si bien artificiosamente combinadas y dispuestas. Para los que se proponen llenar más y más volúmenes, y creen que el mérito de una obra se mide por su tamaño, el habla del corazón es una fecunda mina, que se puede explotar sin ningún temor de que se agote; del mismo modo que los aspirantes al epíteto de profundos, hallan su mejor recurso en la complicación y oscuridad.

Otra circunstancia concurre en las obras de la naturaleza de ésta, que perjudica inmensamente a la armonía, suavidad y cadencia del estilo, como también que choca por su novedad y aspereza: hablo de las voces técnicas que uno se halla precisado a inventar por carecer los idiomas usuales de las propias para expresar la idea que se quiere transmitir. Las lenguas son hijas de la necesidad de emitir los hombres sus conceptos, y es muy claro que cada nuevo concepto requiere una nueva palabra que lo exprese. De aquí proviene que a medida que las ciencias y las artes progresan, no bastando las voces de cada idioma para designar las nuevas ideas correspondientes a dichas ciencias y artes, cree aquél, y se enriquece con vocablos enteramente nuevos, o formados de otras palabras, que es lo más frecuente y expeditivo. De tales voces, pues, recién inventadas, se verán algunas en esta obra por la necesidad que de ellas se ha experimentado. Podrán parecer duras, y si se quiere extravagantes; pero ellas, andando el tiempo, irán pareciéndolo cada vez menos, y al fin, como todo lo útil, serán probablemente bien recibidas en general.

Los pretendidos puristas criticarán mi lenguaje como refractario de las reglas del buen decir: pero yo nunca he mirado la autoridad de ninguno como un faro de costa, que evite con su luz el estrellarse contra los arrecifes. Aquellos señores han sido siempre para mí poco menos que unos *bonrados* majaderos; porque si uno hubiera de seguir sus consejos, el idioma jamás pasaría del estado en que lo dejaron Garcilaso y Cervantes, como si el curso de los tiempos y de los asuntos no fuese exigiendo nuevas frases y

palabras, bien sean ellas tomadas de otros idiomas, o del mismo español transformadas, o en fin sacadas por analogía.

Acerca del mérito de esta obra que ofrezco al público, no soy yo sino él quien debe juzgarlo. Allá va ella al tribunal de la opinión, el más imparcial de todos los tribunales, a sufrir su censura, y a colocarse en el lugar que él le designe. Sólo diré al caso, que los primeros ensayos como el presente, necesitan auxilio y protección para que no desmayen sus autores; pero tan lejos estoy yo de considerarlo completo, que justamente porque no lo estimo tal es que le he dado el título de *Apuntamientos, etc.* Únicamente pues como primer ensayo es que pido para estas páginas alguna indulgencia; mas si a pesar de todo no la llegasen a obtener, me consolará la idea de que ellas no son sino el fruto de una corta edad en pocos meses.

Puede ser que se eche aquí de menos por algunos la historia de las ciencias morales y políticas, y la bibliografía de las obras consagradas a tratarlas: ya he dicho que este opúsculo dista mucho de ser completo; pero además de eso, conceptúo aquellos trabajos más propios de los tratados particulares de las tales ciencias, donde teniéndose a la vista un solo objeto, puede desempeñarse mejor la tarea. Esta también absorbería una gran parte del presente volumen, que no tiene toda la extensión necesaria para comprender todos los capítulos relacionados con la materia sobre que versa.

I

FACTOLOGIA *

Sección I

De los Hechos en General

El hombre siente. Los objetos y acontecimientos que hay o pasan en el Universo afectan su sensibilidad de muy diversos modos. Tales afecciones pueden serle agradables o penosas, que es decir, hacen su felicidad o su desgracia. Le importa pues sobremanera conocer aquellos objetos y acontecimientos, que tanta influencia tienen sobre su suerte. Debe estudiar los *hechos*, esto es, *la existencia o suceso ** de las cosas*. La inmensa variedad de ellos exige que para su conocimiento se les clasifique según su analogía; de manera que cada grupo encierra aquellos que tienen entre sí la mayor relación. Semejante tarea es propia de los hombres que tienen el tiempo,

* Esta palabra se ha formado según la índole del idioma castellano de *factos*, hecho en latín, y *logos*, discurso o doctrina en griego. Significa pues "doctrina acerca de los hechos".

** Esta expresión se toma aquí como sustantivo de suceder, acontecer, tener lugar.

el talento y comodidades bastantes para consagrarse a observar lo que hay o pasa a su rededor.

Pero ¿podremos confiar en nuestros sentidos cuando nos dicen que hay o pasa alguna cosa alrededor nuestro? En otros términos; los hechos ¿son una cosa real, o son una mera creación de nuestra fantasía? Se ha disputado en todo tiempo, pero especialmente por los filósofos antiguos, sobre esta materia, queriéndose sacar en claro si nosotros vivimos en una perpetua ilusión, o si positivamente existe lo que juzgamos existir.

Pirrón concibió la idea de que la verdad estaba oculta en un abismo insondable, y que la filosofía debía reducirse a dudar de todo y no afirmar ni creer nada. Tenía tan poca confianza en las impresiones de los sentidos, que andaba siempre en línea recta, sin que le detuviesen los obstáculos que hallaba en el camino, y muchas veces le hubieran atropellado los carros, si no hubiese sido por sus amigos que le seguían por todas partes, y cuidaban de evitar las desgracias que pudiera acarrearle su sistema de filosofía. Este modo de pensar, sin embargo, no impidió que rechazase a un perro que se arrojó un día a morderle, cuyo hecho, reprendido que le fue como opuesto a sus principios, pretendió disculpar, diciendo: "¡Cuán difícil es desarraigar las preocupaciones antiguas!" Pero él prueba verdaderamente que aquel sistema era más afectado que sincero. Se llama *scepticismo*, y Arcesilas lo llevó a tal extremo, que dudaba aun de su propia existencia.

A estas opiniones es opuesta la de Protágoras, que nada tenía por falso, sino que antes bien juzgaba ser verdaderas todas las cosas conforme a cada uno se le presentan. La de Epicuro es semejante; pues cree que los hombres deben seguir el testimonio de los sentidos en la investigación de la verdad, como que son los únicos instrumentos que nos hacen distinguir lo verdadero de lo falso. El entendimiento viene al mundo sin ideas; cuando los órganos corporales se han formado, le transmiten impresiones, que son el origen de todos los conocimientos. El olor (continuaba), el color, los sonidos, la luz, y las otras cualidades sensibles, no son meras percepciones del espíritu, sino que existen fuera de nosotros como las sentimos, no siendo otra cosa que cierta cantidad de materia figurada y movida de cierto modo; y que por consiguiente debe hacer cierta impresión en los órganos del hombre.

No obstante todas estas opiniones y los argumentos con que se han sostenido, creo que la cuestión no se ha llegado a presentar en su verdadero punto de vista, ni menos se ha herido la dificultad. Es indudable que nuestros sentidos nos engañan frecuentemente; que ahora vemos de distinto modo que antes; que creíamos oír lo que no ha podido ser; que sentimos un olor de cosa que no está al alcance de nuestro olfato, etc. ¿Quién no podrá contar mil anécdotas de sí mismo sobre errores de los sentidos verdaderamente asombrosos? Los espantos, en especial, ofrecen multitud de ejemplares en que el miedo ha obrado fenómenos extraordinarios. El hace abocarse con nosotros a los muertos; nos hace ver seres

imaginarios para la verdad y la filosofía, pero muy reales para un alma supersticiosa, como las brujas y los duendes. Y los ensueños mismos, ¿qué otra cosa son sino dramas, que en el acto de sentirse tienen todo el carácter de la realidad, y no lo pierden hasta que vuelve el estado de vigilia? Mas ¿deberemos pensar, en vista de esto, que carecemos de medios para saber si en el Universo hay o no algo de cierto?

Obsérvese que la existencia * es una cosa relativa a la sensibilidad que la percibe. Cuando decimos tal objeto existe no queremos significar sino que nosotros lo sentimos así, y cuando más, que las demostraciones de los demás hombres nos indican que ellos también lo sienten. Y cuando afirmamos que tal otro no existe damos a entender que así lo sienten todos los hombres, o por lo menos nosotros. ¿Por qué aseguro yo que el Sol existe? Es porque me afecta, y las demostraciones que veo en los demás, también me manifiestan que ellos son afectados como yo. Si alguno dijese que el Sol no existe y que estamos engañados en pensarlo, no diría, en realidad, con esto sino que hay algún orden de seres que no es afectado por aquel astro, y para el cual, por tanto, no existe; pero que nosotros no lo somos, y que para nosotros no existe, de ninguna manera. Cuando una vieja dice a un niño que hay duendes, no quiere expresarles sino que alguno percibe su existencia, a pesar de que no sea el niño quien tal sienta. Pero si esta mujer dijese, los duendes existen pero nadie los ve, ni los oye, ni los toca, ni recibe ninguna clase de sensaciones de parte de ellos, ¿no pronunciaría una enorme contradicción? Los que creen en la existencia sublunar del Diablo, no es sino porque han oído diversos cuentones sobre él, ya de tratos con los hombres, ya de sustos que les ha hecho pasar, etc.; pero siempre se le representa afectando a los mortales; porque de otro modo no podría concebirse su existencia.

Fuera es pues de toda duda, que la idea de la existencia es relativa a alguna sensibilidad; que una cosa que se siente, existe para alguno, y que lo que nadie siente, para nadie existe. Tampoco se necesita sentir uno mismo para confesar la existencia de alguna cosa; basta que veamos en los demás seres animados signos de afección. Un ciego de nacimiento no debe negar la existencia de los colores por más que para él sean nulos, y al confesar que existen, no significa que tal existencia sea absoluta, sino sólo relativa a los que gozan de su vista.

Si esto es así, ¿por qué negamos la existencia de un objeto, cuando estamos seguros de que él no puede existir como se nos presenta, sin embargo de decirnos alguno de nuestros sentidos que él existe? Un individuo en la oscuridad de la noche cree ver una persona, en tanto que su razón le persuade de que no puede hallarse allí aquella persona. Puesto que él lo siente, ¿existirá para él el objeto? No puede ser, ya que está penetrado de lo contrario. Entonces el individuo es afectado en dos sensibilidades distintas, si puedo explicarme así: la una de sus ojos, que afir-

* Y lo que diga en esta discusión de la existencia, debe entenderse también de los sucesos.

man la existencia: la otra de todos los demás sentidos, que se la niegan. El da más crédito a los cuatro que al uno; por lo cual concluye desechando todo género de duda, y persuadiéndose completamente de la no existencia.

Si se consideran separadamente dos sensibilidades que están diferentemente afectadas, para la una existirá lo que siente, y para la otra no existirá lo que no siente. Pero si hubiese que tomar en consideración las dos sensibilidades a la vez y como formando un todo, entonces debemos atenernos a la percepción de la sensibilidad más cuantiosa. En un individuo, por ejemplo, podemos ver sus sentidos como otras tantas sensibilidades, que pueden estar encontradas en sus afecciones; pero desde que tenemos que contemplar todos los sentidos como componiendo un todo en el sujeto, es decir, su masa de sensibilidad, daremos más crédito a varios sentidos que a uno solo. Otro tanto sucede cuando se examinan los hombres como individuos aislados y como componentes de la sociedad. En el primer caso, uno podría sentir la existencia de una cosa, mientras otro no la sintiese; y entonces la tal existencia sólo sería real para aquél, mientras sería nula para éste. Mas en el segundo caso, nuestro criterio descansará en el testimonio de la mayoría de los hombres. Así para un ciego, considerado aisladamente, no existen los colores; pero para el género humano sí existen, puesto que los siente su mayoría. Por la misma razón se niega la existencia de las brujas en términos generales y absolutos; no obstante que algunos la creen firmemente, y aun se juzgan afectados por ellas.

Si se ha entendido la explicación que precede, parece que deberá confesarse que la cuestión sobre la realidad de los hechos queda ya enteramente resuelta. En efecto, de los principios que se han establecido, y a mi ver demostrado, resulta que para un individuo existe positivamente una cosa, siempre que lo sienta así la mayoría de los sentidos, debiendo advertirse que el tacto es el sentido menos sujeto a error, según nos lo enseña la experiencia, y que por tanto deberemos descansar siempre en él, aunque hable solo, cuando su testimonio se opone al de los otros, por lo cual en último resultado, él es el que decide sobre la existencia de los seres que están fuera de nosotros. * Pero si un solo sentido nos revela es que para el género humano existe todo aquello que siente la mayoría de él. Por lo demás, no se trata de un sentimiento parcial, aislado o rústico, sino de uno constante y uniforme, uno que resista a la acción del tiempo y de la ilustración, y que ésta, lejos de desmentirlo, lo confirme. Por falta del último requisito, el sentimiento de la mayoría ignorante, y en un tiempo general en el género humano, de que el Sol recorre en el espacio de doce horas la bóveda del cielo, no prueba un hecho real, a

* El orden de los sentidos en cuanto a su seguridad me parece ser éste: tacto, visto, gusto, olfato y oído. Mucho he dudado si el olfato sería o no más seguro que el oído; pero una razón de congruencia me ha decidido a ponerle como más, a saber, que tiene mucha analogía con el del gusto, el cual tengo por indudable que es menos engañoso que el oído.

pesar de tenerlo la mayoría de los hombres, por cuanto las luces han venido a hacer sentir a la parte comparativamente pequeña que las posee, que aquel lumínar permanece fijo, mientras que la Tierra es la que se mueve en torno suyo. Todos los errores universalmente admitidos hasta cierta época, y aun en el día por la mayoría ignorante de la especie humana, se hallan en el mismo caso que el que he tomado por ejemplo.

Sección II

De las Ciencias y sus Instrumentos

Los hechos son el material de las ciencias, pero esta voz se emplea en tres sentidos diferentes: como la exposición de un cierto género de hechos abstraídos del gran cúmulo general de ellos; como el conocimiento de tales hechos; y como su conjunto. En la primera acepción se toma cuando se dice "un libro de moral", esto es, un libro en que se exponen los hechos del dominio de la ciencia así llamada. Cuando se dice un sujeto de ciencia, o científico, la palabra se toma en su segunda significación. Por último, se tiene presente la tercera acepción, cuando se habla de los límites de las ciencias. Según la etimología latina, ciencia (de *scientia*) expresa conocimiento y doctrina. Como quiera, todas las acepciones muestran en la cosa una cierta circunstancia en que parece están de acuerdo, a saber, la de ser un cuerpo de doctrina o instrucción, que consta de hechos ligados por un vínculo de analogía, que los hace considerar separadamente de los demás hechos que tienen lugar en el Universo.

La diferencia en la naturaleza de los hechos que constituyen las ciencias, induce la separación de éstas en diversas clases, de las cuales, por otra parte, no se trata aquí de hacer todas las subdivisiones, ni se necesita para llenar el objeto de la presente obra. Las dos clases principales son las que se forman por la distinción primera que hay entre los hechos. Unos son de *existencia* y otros de suceso, según que se trate de la existencia o suceso de las cosas. Los primeros sólo se refieren a un momento dado, no suponen nada de duración, y son el caudal de las ciencias llamadas *descriptivas*. Los segundos suponen alguna duración, cual se requiere para que acontezca una cosa, y componen las ciencias *experimentales*.

Las ciencias descriptivas, como se ve, enseñan que las cosas *son*, y *cómo son*. Las experimentales dan a conocer que *sucedan*, y *cómo sucedan*. Aquéllas tienen por instrumento principal la observación, que es la que sirve para descubrir sus hechos. Así, por ejemplo, la observación nos proporciona conocer que en un árbol está prendida una flor, como también impresionarnos de su tamaño, color, olor y demás circunstancias. La misma nos ofrece instrucción sobre la tierra, su magnitud, figura y objetos

que contiene en general. Por la cual la observación ha servido para el cultivo de la botánica y de la geografía propiamente dicha, como igualmente para el de todas las demás ciencias descriptivas.

La experiencia, por su parte, es el principal instrumento de las ciencias experimentales. Vemos que a la aparición del Sol se sigue la de la luz; que un tósigo causa la muerte; que una injuria irrita al que la recibe; he aquí que la experiencia nos ha hecho percibir todo esto, sin movimiento quizás de nuestra parte, y sin que podamos impedirlo.

Nos servimos también de la observación cuando hacemos por penetrarnos de los hechos del suceso. Si me propongo descubrir cómo se efectúa el fenómeno de las mareas, y fijo mi atención en la manera de obrar la Luna sobre la Tierra, no cabe duda que en semejante caso *observo*. Se verifica otro tanto en los demás casos semejantes.

Al principio sólo conocemos un corto número de hechos. Después que la observación y la experiencia han sido continuadas, el número de los hechos es considerable; y al fin son ellos bastante numerosos para percibir su enlace, clasificarlos y exponerlos, dando así nacimiento a las ciencias.

No hay ciencia que no tenga parte descriptiva y parte experimental; pero según la que predomina, así llevan su calificativo. La historia natural, al mismo tiempo que describe y clasifica los animales dando a conocer todas sus especies y variedades, enseña sus costumbres e instintos. En la medicina, la fisiología o exposición de las funciones de los órganos del cuerpo humano, es inseparable de la anatomía o descripción de dichos órganos; y en la política, todas las consideraciones sobre el gobierno suponen la existencia de la sociedad con todas sus circunstancias. Por cuyos dos últimos ejemplos se ve, que las ciencias experimentales tienen por base hechos de existencia que son su parte descriptiva, y que le vienen a servir como de punto de partida en sus subsecuentes investigaciones.

El suceso de las cosas supone procedencia y término, o en otras palabras, *causa y efecto*: aquélla es un hecho producente, éste un hecho producido. Por manera que las causas y efectos son los verdaderos materiales de las ciencias experimentales, cuyo carácter tienen las morales y políticas, de cuyos prolegómenos me ocupo en este ensayo.

Antes de proceder a ningún otro examen ulterior, creo oportuna y conveniente establecer la distinción entre las ciencias y las artes, que tan frecuentemente se confunden, tomándose unas por otras y viceversa, lo cual no puede menos que traer consigo errores quizá peligrosos. Las ciencias, según se ha visto, constan de hechos, de existencias y sucesos que tienen lugar independientemente de nuestra voluntad, y no pocas veces a nuestro pesar. Pero estos hechos, como también se ha indicado, influyen en nuestra suerte; así que nos importa procurarlos o evitarlos, según que nos den placer o pena. Y este es justamente el objeto de las artes, que no consisten sino en la disposición que hacemos de las causas para lograr los efectos apetecidos. Sé que el fuego ablanda los metales. Este es un hecho

trasmitido a mi conocimiento por la experiencia, un hecho de una ciencia experimental, cual es la metalurgia. Mas supongamos que yo necesito ablandar un metal para un uso cualquiera; bien claro es que me valdré del fuego al efecto. Lo dispongo pues de manera que produzca el efecto que deseo. He aquí una operación artística, la cual junto con las demás de su naturaleza, compondrán el arte de la metalurgia.

Ha llegado a convencerse por la experiencia un legislador de que el hurto es una acción perniciosa, y que por tanto la sociedad se interesa particularmente en su omisión. Sabe que no se ejecuta jamás una acción sino por el bien que se proporciona con ello el individuo que obra, y está al cabo por otra parte de que se abstendrá de cometerla, tan luego como perciba un mal resultante para sí, mayor que el provecho del hurto. Todos estos hechos son del patrimonio de la ciencia llamada legislación, y se sirve de ellos del modo siguiente. Prescribe que todo el que ejecute la acción que constituye el hurto, quedará sujeto a una pena que señala, pena superior al placer del hurto. De este modo la acción se evitará, lo cual puede ser totalmente, si se emplean todos los medios que la experiencia nos presenta como productivos de aquel resultado. Este arte que abraza una tal regla de procedimiento, es el arte de la legislación, muy diverso, como es manifiesto, de la ciencia del mismo nombre.

Será fácil persuadirse en vista de esta explicación, de que todo arte se deriva de una ciencia, como igualmente de que no hay ciencia (experimental) que no tenga su arte correlativo, supuesto que no hay hecho de suceso (cuyas causas esté en nuestro arbitrio crear) que no podamos producir forzando a la naturaleza, según nuestros deseos, a que haga lo que apetecemos, y no hace a contentamiento de nuestra voluntad en el cuánto o en el cómo.

Sabido que la observación y la experiencia son los vehículos que nos transmiten el conocimiento de la naturaleza de las cosas, es decir, la manera como son o pasan ellas, debemos ocuparnos de los métodos que se emplean para llegar a aquel resultado.

Sección III

De la Investigación de la Verdad

Jamás la naturaleza nos presenta un hecho de existencia que no contenga innumerables circunstancias, las cuales son otros tantos hechos, y vienen a ser como los elementos del hecho principal. Yo veo una piedra que está inmóvil en el suelo. La existencia de esa piedra es un hecho, y parece a primera vista que es de los más insignificantes y pobres de circunstancias; sin embargo, la piedra tiene un tamaño, color, dureza, porosidad, etc., y ocupa un determinado lugar, todo lo cual constituye una gran va-

riedad de hechos elementales, que forman el hecho colectivo de la existencia de la piedra. Si tratándose de averiguar los hechos elementales de un hecho colectivo, se empieza por examinar cuidadosamente este último en su conjunto, y luego paulatinamente vamos descomponiéndolo por las impresiones que él nos hace, y las cuales indican tales o cuales circunstancias en él, procederemos en nuestra investigación por el método que se llama *analítico* o de descomposición; pero si nos persuadimos desde luego, de que un hecho colectivo está compuesto de tales o cuales hechos elementales, y en virtud de esta persuasión se los asignamos, desentendiéndonos enteramente de las indicaciones que nos hagan las impresiones que él cause, entonces usamos del método sintético o de composición.

En este segundo caso nuestra creencia en tales o cuales hechos elementales no nos la produce otra cosa que la simpatía, o la preocupación; porque de otro modo, ¿cómo podríamos averiguar los dichos elementos? ¿Acaso nos podrán ser revelados? Es imposible concebir que los simples que forman un compuesto puedan conocerse de otro modo que por las impresiones que éste nos cause. Así es que la química no ha llegado a perfeccionarse, sino después que abandonados los sistemas imaginarios, se recurrió al procedimiento analítico que hoy se practica en ella, hasta que se ha seguido el rastro de los principios constitutivos por las propiedades de los cuerpos, que es decir, por las impresiones que ellos nos hacen. La excelencia pues del método analítico para el exacto conocimiento de los hechos de existencia, está fuera de toda controversia. El sintético no tiene utilidad sino en la clasificación de los hechos; porque esta operación consiste en amontonar con la imaginación aquellos entre los que descubrimos analogía, y es por tanto una mera creación de nuestra mente, una verdadera composición hecha por nuestro intelecto con elementos que la naturaleza nos presenta dispersos. Mas, aun para esto mismo se requiere la ayuda del método analítico; porque este es el que da a conocer la naturaleza intrínseca de las cosas, y por tanto sus analogías: conocimiento que es la clave de toda buena clasificación, como ha podido traslucirse. La regla de Platón, de que el hombre no puede conocer la verdad en el estudio de la naturaleza, y que debe limitarse a buscar la verosimilitud, siendo la más segura en cuanto a la clasificación de los seres la división de todo lo que existe en espíritu y cuerpo, se resiente de una rigurosa síntesis.

En materia de hechos de suceso, el método analítico es el que nos eleva de los efectos hacia las causas, de la misma manera que recorremos el hilo desde su punta para encontrar el ovillo. Nada se supone, nada se imagina: la observación y la experiencia, bien casualmente, o a virtud de nuestra atención, nos van guiando en el descubrimiento de las causas, con tal sólo que renunciemos a toda simpatía y preocupación y nos persuadamos de que nada sabemos, y que vamos en solicitud de la verdad. Entonces no nos será tan dificultoso conocer la causa de un hecho; porque le asignaremos como tal aquel que le preceda de una manera cons-

tante y soberana. Yo veo descender un cuerpo: suponiendo que yo no sepa cuál es la causa inmediata de este fenómeno, me bastará fijar medianamente la atención para percibir que siempre precede a la caída la cesación de una fuerza que sostenía al cuerpo, y le impedía el descenso. Prosiguiendo a investigar por qué cesando aquella fuerza se verifica la caída, observaré que ella se efectúa en todos los lugares de la superficie de la Tierra, y que donde quiera se dirige hacia un mismo punto: al centro de aquélla. Veré más, que en el polo, cuya distancia hacia el centro de la Tierra es menor que en el ecuador, el descenso a una misma altura de la superficie es más veloz. Con que yo no podré menos que reconocer, en vista de estas circunstancias y otras muchas que se omiten por abreviar, que el descenso de los cuerpos se obra en virtud de una atracción ejercida sobre ellos por el centro de la Tierra; pero que no caen precisamente, sino cuando los abandona una fuerza que, equilibrando la de la atracción, los mantenía suspendidos.

Si yo hubiese de haber indagado la causa del descenso de los cuerpos por otro procedimiento que el analítico ¿qué habría hecho? ¿Acaso imaginarme que él provenía de cierto empuje impreso en ellos por un fluido etéreo, como se ha supuesto por algunos antes de Newton? ¿O qué otra causa me vendría a las mientes atribuirle? Es evidente que cualquiera que no fuese la suya propia; porque la verdad no es más que una, y las probabilidades de no encontrarla cuando se la busca a tientas, están en la proporción del número de todos los errores al único del acierto.

Es digno de observarse que los mismos hechos que producen otros, son también producidos por hechos anteriores; o en términos más cortos, toda causa es efecto a su vez; y así no conoceríamos más que imperfectamente la procedencia de un hecho, si nos contentásemos con saber de la causa inmediata suya. Por razón de esta circunstancia, que es de la más alta importancia, todos los hechos en el Universo vienen a formar multitud de cadenas inmensas, que llegan a tocarse en un punto, donde se pierden ya de nuestra vista los hechos generantes. Bajo de tal aspecto, aun los hechos mismos que hemos llamado de existencia, son verdaderos efectos que han tenido sus causas, y su diferencia de los de suceso no es otra, sino que la procreación de éstos se repite a menudo, mientras que la de los otros es menos frecuente. Se necesita un conocimiento muy profundo en cada ciencia, para poder seguir paso a paso los hechos de ella hasta llegar a la primera causa, después de haber tocado con todas las intermedias. Y aun la primera causa nos es siempre desconocida; o para decirlo más claramente, hay un punto en el cual nos quedamos parados sin poder avanzar hacia adelante, como si la naturaleza hubiera querido castigar nuestra osadía de pedirle cuenta aun de sus últimas operaciones. Un río se forma de muchos arroyos que se le incorporan durante su curso, y cuyas aguas provienen de los grandes depósitos hechos en el interior de la tierra por las lluvias, etc. Estas lluvias emanan de los vapores del mar levantados por el calórico a la altura en que los vemos en forma de

nubes. De este punto ya no podemos pasar con seguridad, porque no es una cosa fuera de toda duda la procedencia del mar, lo mismo que la de los demás objetos que componen el Universo. Para un hombre religioso será un dogma que todo esto se hizo por un ser a quien llama Dios o Creador; pero un filósofo que quiera prescindir por un momento de la religión, se verá muy embarazado para resolver la cuestión. El no admite efecto sin causa; por cuya razón ha subido en busca de causas hasta el punto donde le hemos supuesto; mas justamente por seguir este principio, no puede concebir que el Creador de todo lo que vemos no sea a su turno criatura, o efecto de otra causa, y pasando así de una en otra hasta lo infinito, tendrá que convenir en que no hay ninguna causa primera: cosa que aunque difícil de concebir, lo es menos que la idea de un objeto no creado, un efecto sin causa; a la manera que la infinidad del espacio es también más concebible que su limitación; porque ¿qué límite le señalaremos? ¿Qué valla será la que no ocupe algún espacio?; y aún más allá de la valla ¿qué habrá sino espacio? Véase pues, según esto, lo que deberemos pensar del *caos* del paganismo, del *fuego* de Heráclito, de los *átomos* de Epicuro, del *movimiento* de Holbach, y en fin, de todo lo que se ha asignado por causa primera de las cosas.

Se peca también contra la verdad, faltando al análisis cuando pretendemos asignar a un hecho tales o cuales consecuencias por simpatía, o preocupación. Parecerá quizá a primera vista una calumnia el suponer que haya hombres que procedan de semejante modo; pero la experiencia de todos los días nos lo atestigua, y aun respecto de muchos de talento y de luces. La mayor parte de las ideas supersticiosas son de esta clase. La atribución imaginaria de propiedades a algunos objetos, lo que se ve en grande extensión en el sistema médico de los empíricos y de las viejas recetadoras, no es más que un error debido a la falta de análisis.

El silogismo de los peripatéticos, y que tanta boga ha conservado hasta estos últimos tiempos, adolece principalmente del vicio de consultar el método sintético más que otra cosa. Esta argumentación empieza por una proposición general, cuya verdad se supone incuestionable, y con la cual han de convenir todas las demás para que sean exactas. Pero ¿por qué no se ha de poner en duda la exactitud de la primera? Es, dicen, porque es un principio, y sobre los principios no se debe disputar. Los más modestos dicen que no se pueden demostrar. ¿Por qué, repito? ¿Deberemos acaso pasar por la proposición que bajo el nombre de principio se antoje a cada cual sentar como base de su raciocinio, y tragárnosla sin respirar? Si uno se propusiese demostrar que los animales que llamamos irracionales no gozan de la facultad del pensamiento, fundándose en que una cierta cosa llamada alma posee exclusivamente aquella cualidad, y que los tales animales carecen de ella, correría un gran peligro de equivocación, por cuanto necesitaba hacer ver previamente, y por otros medios que no fuese repitiendo la misma proposición cuestionada de diferentes modos, que no es posible pensar sino teniendo aquella cosa, y dispuesta como en el hom-

bre. El partidario del análisis investigaría la verdad en el caso propuesto, observando si aquellas demostraciones o efectos que en el hombre nos indican ese principio o causa que se denomina pensamiento, se veían también o no en los otros animales. Este es el único medio de despejar la incógnita.

Según los silogistas, la verdad de la consecuencia depende de la conformidad de ésta con la primera premisa, cuando no es sino al contrario, que la verdad de ésta estriba precisamente en la segunda premisa, y en la proposición que ellos sientan por consecuencia.

Todos los hombres piensan; yo soy hombre: luego yo pienso. ¿Cómo sé yo que todos los hombres piensan? viendo que cada uno de ellos, entre los cuales me cuento yo mismo, goza de esta facultad. La proposición pues de que todos los hombres piensan, deriva su exactitud de estas otras: “yo, tú, Jaime, Guillermo, etc., que somos hombres, pensamos”; y de aquí es que deduzco que todos los hombres piensan.

Por lo dicho se ve que el sectario del método sintético procede como el abogado que sin *curarse* de la justicia de su causa, la defiende por cuantos medios le sugiere su fecundo ingenio; mientras que el que usa del método analítico se conduce como el juez recto, que sustrayéndose a todas las influencias que pudieran extravíarle, escudriña imparcialmente la verdad, y después de asegurado del acierto, en cuanto es posible, da su juicio.

Según el lenguaje común, hay otro medio de instrucción distinto de la observación y la experiencia: el raciocinio; y se le tiene ya por opuesto, ya por conforme con ella. Pero esto es un error. Cuando el raciocinio nos hace sacar una consecuencia contraria a lo que vemos que sucede, el raciocinio es falso, aunque no lo percibamos. ¿Cuáles son los datos sobre que juega el raciocinio? Los hechos. Si tomamos por premisa un hecho, que sólo existe en nuestra cabeza, o que siendo positivo lo apreciamos mal, la consecuencia será falsa. Si no se percibe el enlace verdadero de las causas y efectos, se obtendrá también una falsa deducción. De cualquier modo, en suma, que nos equivoquemos acerca de los hechos, llegaremos a conclusiones desmentidas por la experiencia, y entonces decimos que a ésta es contrario el raciocinio; porque desconociendo uno su error, tiene la firme persuasión de que ha usado de una buena lógica, y no siendo así en la realidad, ha de notar oposición entre sus conclusiones y la experiencia. Ella cesará, por tanto, si empleada más rigurosamente la observación, llegamos a ver con más exactitud lo que existe o sucede. Por lo mismo, no se puede calcular efecto ninguno que no ha tenido lugar todavía, sino es por inducción, esto es en vista de otros hechos que conocemos. Al votar, por ejemplo, la cuestión de la poliandria, o sea la multiplicidad de maridos para una sola mujer, si se tienen en cuenta la fuerte pasión del egoísmo en el corazón humano, y lo insostenible de la idea de no ser sólo la dificultad de criar unos hijos de padre incierto, y en fin, otras muchas circunstancias que tienden al mismo resultado, fácilmente se convendrá en que la tal institución sería funesta donde quiera que se plantase, y esto aun cuando no se tenga

noticia de haberlo sido en alguna parte, y de haber producido malas consecuencias.

Verdad es que muy difícilmente se pueden calcular los resultados de lo que nunca ha sucedido, y por eso no hay seguridad las más veces en semejantes cálculos; pero algunas es posible, como queda observado. Es necesario sin embargo cuidar mucho de no dejarse alucinar de esta idea, porque el medio de que hablo es sumamente engañoso, y se requiere un tacto muy fino, y sobre todo un hábito muy grande de observación, para no incurrir en gravísimas equivocaciones, creyendo haber alcanzado a entrever efectos lejanos e ignorados, al través de un vasto enjambre de hechos heterogéneos y falaces. Más de la mitad de los errores que envueltos en pomposas declamaciones nos quieren hacer pasar con la mayor buena fe los escritores de moral, legislación y política, son debidos a la manía calculadora. Desgraciadamente se lleva el abuso hasta el término de desentenderse de la experiencia en muchos casos que ella pudiera guiar; bien que es más expeditivo y más halagüeño al amor propio echarla de profeta y previsor, que ceñirse a la condición penosa y humillante de simple observador. “De esto o lo otro resultarán males inmensos, la inquietud, la desconfianza, la guerra civil, cuando no la anarquía y disolución de la sociedad, como lo persuade la razón, y el cálculo de las probabilidades”. Estas y otras frases semejantes profieren con énfasis y entusiasmo los sempiternos declamadores, sectarios del sistema engañador del raciocinio, que no se toman el trabajo de analizar, sino que recalcan sin cesar sobre hechos mal observados y peor expuestos.

Una doctrina deducida sólo del raciocinio es lo que se llama *teoría*, cuando se dice de ésta que es conforme o contraria a la *práctica*. La teoría es pues lo que se piensa que es o sucede en virtud de razonamientos que nos elevan del terreno de la observación y la experiencia, y nos los hacen echar de lado; en tanto que por práctica se entiende lo que realmente es o sucede, según nos lo enseña la observación o la experiencia.

Manifiesto es, por tanto, que una buena teoría, esto es, una teoría fundada en lo que debe fundarse, la observación o la experiencia, no puede ser nunca contraria a la práctica, a menos que las cosas sean y no sean, suceden y no suceden al mismo tiempo, lo cual es absurdo aun indicarlo.

Sección IV

De la Imperfección en el Análisis

Por más que se haya ensalzado el método analítico, y se le haya proclamado el más seguro en la investigación de la verdad, no ha de creerse que su eficacia se extienda hasta producir su efecto usando de él como quiera, y sea de tal modo, que siempre y por siempre nos traiga el acierto. Se requiere para el buen suceso en el manejo del análisis que él sea cabal,

y penetre por todos los hechos y todas las circunstancias; pues de otro modo los resultados serán adversos, y tanto más engañosos, cuanto que se llevaba en su inquisición la presunción de acierto que arrastra consigo aquel procedimiento: el medio que se ha recomendado como el más conducente a darnos a conocer con exactitud los hechos de existencia, consiste en el examen cuidadoso de las propiedades de las cosas, según las impresiones que hacen en nosotros. Mas si por precipitación u otra cualquiera causa no percibimos todas las circunstancias de la cosa examinada, o si dejándonos llevar de meras apariencias, las apreciamos mal, nuestras ideas no pueden menos que ser erróneas. Encuéntrase un muchacho una piedra preciosa, cuyo color, corte y brillo le persuaden de que tiene un diamante. Un buen lapidario la examina, y descubre que carece de la dureza, y aun diafanidad propia del diamante. He aquí un error proveniente de la ignorancia de ciertas circunstancias en el hecho de existencia que hemos tomado por ejemplo. Mas supongamos ahora, que un artífice, hábil imitador, a virtud de ciertas preparaciones da a un objeto todas las circunstancias aparentemente características del diamante. En este caso el error de un inteligente que viese aquella piedra falsa consistiría, no en desconocer las cualidades propias del diamante, sino en haber apreciado como tales las que ha distinguido en el cuerpo examinado.

La exposición de las diferentes formas bajo que puede hallarse el error, aun procediendo analíticamente, con relación a los hechos de suceso, no es tan sencilla y fácil como la que procede sobre los hechos de existencia. Por el contrario, su dificultad es mucha, más que todo por la gran variedad de los casos. Dijimos en la sección correspondiente que los hechos de suceso suponen causa y efecto; así que bajo este doble aspecto tenemos que examinarlos para especificar todos los modos de caer fuera del carril de la verdad, cuando dirigimos nuestras investigaciones hacia hechos de aquella clase. Contraigámonos primeramente a las causas. Nada es más frecuente, y al mismo tiempo más perjudicial, que el asignar a un hecho causas que no son las suyas, y aun cuando esto no sea resultado de preocupación o capricho, pues entonces el método de escrutinio no sería un análisis imperfecto, sino la ausencia de todo análisis. Varios pueden ser los casos de error por no atribuir a un hecho sus verdaderas causas; mas debemos contentarnos aquí con la enumeración de los principales, porque una exposición extensa sobre la materia nos llevaría a un tratado completo de lógica, que no es por cierto nuestro ánimo formar ahora.

1.—Hay hechos que pueden muy bien ser producidos por diferentes causas, lo cual hace que no sea fácil conocer cuál es la eficiente. Cuando nos toca rastrear las causas de uno de tales hechos, no debemos apresurarnos a asignarle éstas o aquéllas, mientras no tengamos una plena seguridad de que son esas las que engendran el hecho, cuya progenie se indaga; porque cualquier ligereza en materia grave acarrearía equivocación. Cayó una piedra de la atmósfera en tiempo de Anaxágoras, de lo que este filósofo infirió que el cielo era de piedras. Hasta ahora no parece que se haya

descubierto la verdadera causa de los aerolitos, precisamente porque pueden ser muy varias, y en este conflicto no se sabe qué pensar. Algunos creen que son materiales arrojados de los volcanes de la Luna; otros que concreciones pétreas de sustancias esparcidas en la atmósfera; y así los demás físicos. Pero esta misma perplejidad es suficiente razón para no precipitarnos a proclamar una de estas causas, sin todos los datos de que no pueden ser las otras, y sí sólo la señalada.

2.—Nadie habrá dejado de observar que muchos hechos son efectivamente producidos, unas veces por unas causas y otras por otras, y es bien claro que en el caso de haber de inquirir la ascendencia de un hecho de tal clase, nos hemos de abstener de asignarle esta o aquella causa, hasta tanto que una rígida observación nos haya atestiguado que es la de entonces tal o cual. Se sabe que la irritación producida en una parte del cuerpo animal, puede eliminarse de dos modos; o directamente desapareciendo del todo, o produciéndose otra en otro lugar, en cuyo caso atrae a la primera y la desaloja del que ocupaba. Pues bien, penetrarse en cada ocurrencia del modo como se ha obrado o ha de obrarse la eliminación no es cosa indiferente sino en extremo importante para no incidir en gravísimos errores, de tanta mayor magnitud, cuanto que se interesan la salud y la vida. Por falta de nociones correctas sobre este punto de patología se han mandado sin duda al sepulcro muchas víctimas del empirismo. El curandero que ha visto sanar un enfermo de afección cerebral con sinapismos en las partes distantes del foco del mal, se persuade de que el efecto se ha producido en virtud de una propiedad de la mostaza para extirpar la irritación, y que por tanto aplicada en la misma parte que adolece, la curación será más rápida y segura. ¿Cuán funesta no sería la consecuencia de tal equivocación?, ¿y de cuánto interés no será conocer que el medicamento no obró la primera vez, sino arrastrando la irritación a una parte en que perjudicaba menos? Sin embargo, la emergencia era una misma, a saber, la desaparición del mal.

No obstante lo dicho, parece que las causas remotas son las que únicamente pueden ser varias con respecto a un mismo efecto, y que las próximas siempre son iguales; de tal modo, que es imposible que un mismo hecho tenga una vez por causa próxima un hecho, y otra una distinta. Volvamos a tomar el ejemplo anterior. Las causas remotas de la curación de la enfermedad fueron la huida a otro lugar de la irritación en un caso, y la extinción completa de ella en el otro; pero la causa inmediata fue en ambos casos la ausencia de la irritación: causa que fue la que real y positivamente efectuó la curación; porque es evidente que si el mal consistía con la alteración de las funciones orgánicas ocasionada por la presencia de la irritación, la ausencia de ésta fue lo que lo hizo cesar.

3.—La simple sucesión de un hecho a otro no es circunstancia bastante para inferir que el hecho precedente es la causa del hecho subsecuente. Un día en que los vientos etesianos soplaban con mucha fuerza, lo cual era perjudicial en sumo grado a las cosechas, dicen que Empédocles mandó

desollar unos asnos, hacer con los pellejos unas odres, y colocarlas sobre los montes, con lo que aseguran que los vientos calmaron inmediatamente. Si esto no es una mera fábula, debe convenirse a lo menos en que la cesación de los vientos no pudo ser causada por las odres, aun cuando hubiese acaecido inmediatamente después de su colocación sobre los montes. ¿Qué poder tuvieron nunca los sacos de cuero para apaciguar los vientos? ¿Y por qué no conservan aún esa virtud? Clarísimo es pues hasta el extremo, que si aconteció el hecho que se anuncia, sería en virtud de otras causas desconocidas de los agricultores, y aun seguramente del mismo Empédocles, que por una incidencia singular obraron su efecto al tiempo mismo de ponerse por obra el consejo de aquel filósofo.

4.—Sucede también a menudo que al indagar la causa de un hecho, le asignamos por tal otro hecho que vemos a su lado, sólo por esta circunstancia, y sin todos los datos suficientes de que no será otra la causa. Este es un engaño que sobreviene por nuestra pereza y credulidad; porque si tuviéramos toda la actividad y escepticismo bastante para no dejarnos llevar de aquella impresión que nos ataca en el primer paso del análisis, y nos entretiene sin permitirnos pasar adelante, el resultado de nuestras pesquisas sería más cónsono con la verdad, y más provechoso por consiguiente. Así, viendo el filósofo Thales que las inundaciones del Nilo ocurrían cuando soplaban los vientos etesios, llegó a creer que esta era la causa de aquel fenómeno, por cuanto corriendo el río de Sur a Norte, y los vientos en contrario, juzgaba que la fuerza de éstos retardaba las aguas de aquél y las obligaba a derramarse. Pero Thales debió observar que si esto fuese así, todos los ríos en general cuyo curso es opuesto al de un viento fuerte, deberían salirse de madre: cosa que está muy distante de suceder. Fuera de eso el medio de descubrir la causa que buscaba, era averiguar primeramente de dónde proviene el agua de los ríos, y después si en la estación de las inundaciones del Nilo aquella causa tenía algún incremento particular. Entonces habría deducido quizás lo mismo que Anaxágoras, a saber, que la licuación de las nieves de Etiopía era el origen de aquellas inundaciones.

Para poder afirmar que de dos hechos existentes uno es la causa del otro, o que el que precede a otro es su causa, se requiere que aquella coexistencia o sucesión sea constante, y que no provenga de algún vínculo entre el hecho que tenemos por causa y otro oculto que sea la verdadera. También convendrá escudriñar si sólo aquella puede ser la causa, o si al contrario no es sino un estorbo que contraría la tendencia de la causa real. Por no haber seguido estas reglas enseñadas por la experiencia y recogidas por el observador, han sostenido ahincada aunque sinceramente algunos, que las medidas prohibitivas eran favorables a la industria, aduciendo por ejemplo a la Inglaterra, en donde al paso que abundaban las prohibiciones, crecía ampliamente la riqueza. Pero, como observa Say, los progresos de la industria en Inglaterra eran debidos a otras causas, que obraban su efecto a pesar de las trabas, y que lo hubieran surtido en mucha mayor extensión si no hubiesen existido aquéllas. El hace ver, que aunque

por un lado se encadenaban las operaciones, por otro se las libertaba; y que el descubrimiento de América y otros acontecimientos notables eran suficientes para contrapesar ventajosamente las resultas de las restricciones. Bastaría sobre todo reparar, que en otras naciones donde no han existido las circunstancias favorables de Inglaterra (entre las cuales debe mencionarse como la principal la grande actividad de sus habitantes), la decadencia de la industria, y con ella de la riqueza, ha sido el resultado de los reglamentos y prohibiciones: tales han sido la España, la Italia y en algunas épocas la Francia. Por el contrario, allí donde la libertad industrial ha llegado casi a ser un sistema, las creces de la riqueza pública y privada ostentan sus facciones gigantes: tal es la feliz situación de los Estados Unidos de Norte América.

Para terminar el examen de las diferentes maneras de caer en error por lo que respecta a las causas de un hecho, resta sólo exponer las que consisten en no atribuirle el número verdadero de causas, sino más o menos. Porque es sabido que un hecho es a menudo el resultado de un cierto número de causas que obran en concurso, y que faltando o aumentándose alguna, ya no se obtiene el mismo efecto. En esta vez nos servirá de ejemplo la policía. Uno y el principal de los objetos de esta rama del gobierno, es proveer a la seguridad de los ciudadanos. Si pues los encargados de administrar una nación, por excesivos miramientos a la libertad, o por otras razones, no pusiesen en planta cuantos medios enseña el refinamiento de la civilización que son conducentes a lograr el precitado fin, jamás lo alcanzarían en la plenitud posible y necesaria, y su error provendría justamente de no haber percibido que el efecto propuesto no puede obtenerse sino a virtud de un concurso mayor de causas que las empleadas. Mas si al contrario pensasen los gobernantes que era de desplegarse un celo tan grande en las operaciones de la policía, que aun llegase a degenerar en inquieta y suspicaz, estorbando aun respirar libremente a los súbditos, el efecto resultante sería bien distinto del apetecido; pues en vez de confianza no habría sino zozobra, y el lugar de la seguridad lo ocuparía la alarma. Porque ha de saberse, que en todos los casos de estos, a más de ser redundantes con relación al efecto las causas que obran, el exceso, o sea aquellas que sobran sobre las necesarias, engendran por su parte resultas, que casi siempre perjudican a las de las causas precisas. Las ocasiones de error en cuanto a los hechos-efectos son en el mismo número que las relativas a los hechos-causa, y análoga a ellas. Expondremos como antes las principales a continuación:

1.—Las consecuencias de un hecho no puede ser previstas sino es después que la experiencia nos las ha dado a conocer ya de antemano, y siendo por tanto susceptibles de consistir en hechos muy diversos, a menos de correr un gran peligro de error, no es cordura asignarle éstas o aquéllas. Preciso es, al contrario, suspender todo juicio hasta tanto que la experiencia nos diga lo que hay de verdad. En nada puede ser de una más funesta trascendencia la falta de esta precaución que en medicina, donde las sustancias que se aplican son aptas para producir la salud o la muerte, según

sus propiedades; y en política, donde las operaciones de los gobernantes pueden acarrear la mayor infelicidad o la más completa dicha de los asociados.

2.—Las mismas causas, se dice, producen siempre los mismos efectos. Todo hecho es el resultado de un cierto concurso de causas, que si se mudaran, inducirían también una mudanza en los efectos. Pero es casi imposible obtener otra vez más tal concurso en la misma forma que la primera porque siendo siempre las causas en gran número, hay también siempre variación en alguna, y por ligera que sea esta variación, se hace sentir en las consecuencias. De aquí es que nunca se obtienen en la práctica resultados perfectamente iguales de los hechos-causas que se ponen en acción, aunque a veces sea la diferencia tan pequeña que se hace imperceptible. Así es que las instituciones de un país donde hacen la felicidad de los gobernados, trasladadas fielmente a otro país sujeto a circunstancias algo distintas, es posible que traigan a él la desdicha general. En semejante caso las causas que consistían en las instituciones consideradas aisladamente, han sido alteradas por las circunstancias del pueblo a que se dieron, las cuales no son también otra cosa que causas que funcionaron en concomitancia con aquellas otras, así como también lo habían sido a su vez las circunstancias del primer país supuesto.

3.—La simple sucesión de un hecho a otro no prueba que aquél sea una consecuencia de éste, sino antes bien puede ser que provenga de otra causa que obró casualmente al tiempo mismo que la supuesta.

4.—Del mismo modo la coexistencia de dos hechos tampoco es suficiente indicio de que el uno emane precisamente del otro, como se ha hecho ver antes hablando de las causas; ni aun es extraño que en este caso (y digo otro tanto del que precede) los dos hechos sean efectos ambos de un tercero, causa común. En los números 3º y 4º de la parte de esta sección relativa a las causas, se manifestó cuándo era que la sucesión y coexistencia de los hechos probaba bastantemente la filiación de ellos, y los ejemplos allí presentados para ilustración de las doctrinas, son así mismo aplicables a éste y al anterior respectivamente.

Los casos de error por no atribuir a un hecho los mismos efectos en cantidad (supuesta ya la calidad) que realmente produce, son sólo dos, así como lo vimos de las causas: el de exceso y el de defecto, en ellos. El juicio que algunos se han formado de la economía es erróneo bajo de ambos aspectos. Primeramente, a sus inconvenientes se ha dado mucha mayor extensión que la que tienen, puesto que además de las privaciones que se impone el que la ejerce, se le señala también por resulta una decadencia en la industria proveniente de la falta de pedido de los productos que dejan de consumirse; sin atender a que el económico, si bien por una parte deja de consumir improductivamente ciertos artículos, por otra ensancha sus consumos productivos de los artículos, sobre que se versa su industria, y por consiguiente el pedido de ellos: de donde se deduce, que el pedido general, cuando menos, queda invariable. Y por la inversa, las

consecuencias útiles de la economía no se han visto en su totalidad, porque al confesarse la tendencia de ella a incrementar la fortuna particular del poseedor de aquella virtud, no se ha percibido a la vez su influjo en el progreso de la industria y riqueza generales; y es efectivo que siendo los resultados inmediatos el ahorro y la acumulación de valores positivamente nuevos, éstos aumentan el capital productivo de la sociedad, no sólo en beneficio de su dueño privado, mas también en el de todos aquellos, cuyos fondos productivos hace emplear con su auxilio, tanto de la clase de los simples industriosos, como de la de los propietarios de tierras y demás agentes naturales.

En conclusión, se incurre en error por mal análisis tomando por causa lo que no es sino efecto, o al contrario. Cuando los marinos ignorantes suponen que el meteoro llamado *Santelmo* es origen de la tempestad, sufren la equivocación de tener por causa lo que no es justamente sino consecuencia del mal tiempo, es decir, de la abundancia de electricidad en la atmósfera. En el cuerpo animal la muerte se considera vulgarmente como la causa de la cesación de las funciones orgánicas cuando no es sino el resultado de la paralización de ellas: se toma por tanto un efecto por causa, y en ello se padece una enorme equivocación.

He aquí expuestas compendiosamente, según creo, las principales nociones factológicas. Este epítome era indispensable para romper la marcha que nos hemos trazado, y lo es en general su conocimiento para el mejor suceso de cualquier estudio que se emprenda. La doctrina de este capítulo viene a ser en realidad los elementos de la lógica práctica, de aquélla que puede guiarnos con facilidad y acierto en todas nuestras investigaciones para el descubrimiento de la verdad, bien distinta por cierto de ese enmarañado sistema de sutilezas y estrepitosa fraseología, así llamado hasta estos últimos tiempos, que más estorba que ayuda en la adquisición de una instrucción sólida. De aquí es que aunque áridas, e independientes de la materia que vamos a tratar, las observaciones hasta ahora emitidas son como un discurso preliminar, muy conducente a hacer sacar el mayor provecho posible del estudio de las ciencias, cuyos más generales principios nos hemos propuesto emitir.

CAPITULO II

DE LOS PRINCIPIOS EN LAS CIENCIAS MORALES Y POLITICAS

Casi no pronuncian o escriben una palabra los oradores o escritores sobre ciencias morales y políticas sin invocar *los principios*. Se dice que tal o cual cosa, opinión, acción, providencia, es opuesta o conforme a los principios. Nada se tiene por útil o exacto, si no está fundado en principios. Un hombre sin principios es considerado como vacilante en sus ideas, o

de no, se reputan ellas como destituidas de toda solidez... Nosotros queremos averiguar si esta voz tiene algún sentido, y en tal caso, qué valor merezca, y de qué uso pueda ser.

Desde luego, si por principio se entiende una máxima o regla, a la cual se pretende que han de estar conformes nuestros juicios sobre todas las partes de una ciencia para que ellos sean exactos, semejante pretensión es del todo vana. Ya vimos en el capítulo anterior que las reglas no provienen sino de los hechos que nos ha dado a conocer la experiencia, y por tanto, no pueden derivar su exactitud de aquéllas, sino antes bien, al contrario, las máximas o reglas no son exactas sino cuando tienden a producir lo que realmente sucede, cuando nos encaminan a aquellos resultados que la experiencia nos ha hecho apreciar.

Establecer principios ante todo racionio para instruir sobre cualquier materia, no es más que hacer uso del silogismo con todos sus vicios. Así, si un escritor de política empezase una disertación sobre las mejores instituciones posibles, sentando por base que ellas para merecer tal calificación habían de conformarse con el sistema monárquico, no haría más que comenzar por donde debería concluir, recalcando sobre el sofisma conocido con el nombre de petición de principio.

Si la palabra principio significa algo, no creo que sea otra cosa sino un primer juicio que nos sirve de fundamento en nuestras ulteriores investigaciones. Los hechos de las ciencias tienen entre sí un grande enlace, de tal modo, que unos nacen de los otros o los producen, formando así una cadena inmensa. Considerándolos todos a la vez, no se les podría estudiar con provecho, porque su multiplicidad atraería confusión, y no sería tampoco posible llevar nuestra observación al mismo tiempo sobre todo al ámbito que ocupan. Es por tanto muy conducente al mejor suceso de nuestro estudio, pasar sucesivamente de unos hechos a otros, pero no como quiera, sino según su ilación. Cuando he considerado pues un hecho, del cual se derivan o pueden derivar algunos otros, digo que aquél es un principio de éstos. De donde se ve, que los principios no son fundamento de las ciencias, sino hechos de ellas que lo son de otros: una parte es base de otra parte.

Pero dijimos que los principios son juicios, porque los hechos para nuestra mente no puede ser otra cosa. Cuando yo expreso que la sangre circula, no hago sino emitir el juicio que tengo formado sobre esta materia. El llamar a los principios juicios, y no hechos fundamentales, proviene de la falibilidad de nuestros sentidos, que hemos hecho ver en el anterior capítulo. Porque nadie está cierto de que lo que tiene por un hecho lo sea, mas sí de que lo que juzga lo siente. Los principios, por tanto, no son otra cosa que hechos que se presentan a nuestra vista como tales, pero de cuya realidad no podemos estar seguros. Esto es sobre todo cierto en las ciencias morales y políticas, donde no pudiendo sujetarse los hechos al testimonio del tacto, que es el más seguro de nuestros sentidos, carecen muy a menudo de una evidencia absoluta. Los principios, según eso, pueden ser exactos

o falsos, según que juzgamos con exactitud o falsedad acerca de los hechos fundamentales. Un cúmulo de principios enlazados se llama *sistema*, que será exacto o falso como los juicios de que consta. Benjamín Constant llama simplemente principio lo que yo considero como principio exacto; de manera que para él no hay principios falsos. Carlos Comte y Juan B. Say entienden por sistema lo que yo por sistema falso; así que según aquella inteligencia, no hay ninguno exacto. Pero yo pienso que tanto los principios como los sistemas pueden ser exactos o falsos, lo que no podrá menos que confesarse, si la definición que de tales voces he dado no es arbitraria, esto es, si se conforma con la general inteligencia de ellas.

Supuesto lo que tenemos explicado antes de ahora, un principio será falso (como que es juicio de hecho): 1.—Si se cree que existen las cosas como no son realmente. 2.—Si se cree que suceden como no suceden. Esta última clase de falsedad admite dos especies, pues que los hechos de suceso pueden ser causas o efectos. Primeramente, pues, será falso el principio si se atribuyen a una causa otros efectos, o más o menos efectos que los que produce; y en segundo lugar si se asignan a un efecto otras causas, o más o menos causas que las producentes de él. ¿Conviene conocer los principios y sistemas falsos? ¿Hacen ellos una parte de la ciencia en que se han sentado? Los sistemas, como observa muy bien Comte, que no han producido ni pueden producir ningún efecto, son ajenos de la ciencia, ni aun es menester conocerlos, a lo menos mentarlos; pero los que se abrazaron ya por naciones, ya por gobiernos, salen del patrimonio de las opiniones; vuelven a entrar en el número de los hechos cuya calidad es menester determinar, indagando sus causas, y siguiendo sus consecuencias, y aun semejantes hechos tuvieron a veces resultas de importancia.

Debemos pues examinar aquellos principios y sistemas falsos proclamados en las ciencias morales y políticas, que más séquito tuvieron, y que más se hicieron valer por escritores y estadistas célebres, puesto que por esta misma razón será más fácil que sean admitidos por los investigadores superficiales y crédulos. Aún más: únicamente tomaré en cuenta aquellos que tengan cabida en todas o en más de una de las ciencias morales y políticas; porque los que no pertenecen sino a una sola de ellas es más propio sean mencionados por los que la traten expresa y exclusivamente. Sobre todo lo que importa es, que se conozca el procedimiento adecuado para descubrir la falsedad de los principios y sistemas que adolezcan de ella, que entonces su ejecución puede confiarse a cada cual.

Los soberanos, apoyados en la fuerza material las más veces, han desdenado la suerte de sus súbditos, y con un egoísmo insensato han creído que la dicha de éstos era incompatible con la suya; y han obrado de acuerdo con semejante creencia, sacrificándolo todo a un bienestar fundado en placeres, que no se lograban sino por medio de vejaciones para los sometidos; no porque realmente la dicha del mandatario sea opuesta a la de los gobernados, sino porque así se representan las cosas en el alma pequeña de los tiranos. He aquí pues un principio de legislación política

y civil, que ha dado forma a las instituciones de casi todas las naciones de la antigüedad y a muchas de las modernas; y que en ninguna ha dejado de reinar en alguna época. Este es el que han profesado los Faraones, los Pisístratos, los Calígulas y Nerones, Cromwells y Robespierres, y toda esa multitud de monstruos coronados que se han cebado en las miserias de la humanidad.

Un principio enteramente opuesto al anterior ha causado quizás tantos males como él: hablo de la *libertad*. Por huir de la esclavitud se ha incidido en la anarquía. Los hombres se han llegado a persuadir que era un gran mérito atacar, so pretexto de tiranía, cuantos gobiernos desacordaban con sus ideas fantásticas de libertad, y han pretendido casi que se deje a la sociedad abandonada a sí misma, sin cabeza y sin dirección. Es verdad que no han concebido sus pretensiones en estos mismos términos; pero han exigido tal estado de cosas, que virtualmente no era sino acefalía; pues así debe considerarse la falta de restricción en las acciones de los hombres, las cuales no siendo siempre capaces de producir la dicha de la sociedad, de precisión tienen que ser coartadas. Los franceses en su espantosa revolución nos dan el ejemplo más cabal de lo desastrosa que es la profesión del principio de libertad mal entendida. Cuantas calamidades pueden sobrevenir a un pueblo sufrió la Francia por consecuencia de la exaltación de aquel principio devastador que hizo caer la cabeza de Luis XVI. No defenderé que éste fuese o no un tirano; pero sí que no fue su muerte una pena decretada después de un juicio imparcial y maduro, como el medio de libertarse de su tiranía, y de intimidar a cuantos quisiesen imitarle: fue el resultado de un loco frenesí, de un odio implacable por todo lo que era *real*. Así es que perecieron a manos del desenfrenado populacho, a más del supuesto culpable, su inocente familia, y tantas otras víctimas ilustres que cedieron al golpe de la fatal guillotina. La Francia parece haber sido el pueblo más propenso a esta enfermedad; pero sus tentativas no han tenido jamás el éxito deseado, pues ha caído siempre en la anarquía o en las garras de otros tiranos. No hay cosa más peligrosa que las palabras apasionadas.

La palabra *esclavitud* envuelve una idea de reprobación: la *libertad* una de aprobación. Si se reservase la primera para designar siempre un estado de infelicidad, y la otra para uno de dicha, poco importaría lo demás. Pero califica un hombre de libertad o de esclavitud lo que le parece, y ya se decide enteramente por lo primero y se declara contra lo segundo. El papel que las tales expresiones han hecho, tanto en los negocios públicos como en los libros de política, es tan considerable, que no será inútil el trabajo que se emplee en determinar a punto fijo su aceptación, y hasta dónde son o no apetecibles los estados que indican.

Hablando en todo rigor, la palabra libertad es vacía de sentido, o denota una cosa que no ha existido jamás. Con ella se quiere expresar una facultad de obras sin que nuestras acciones sean determinadas por influencias irresistibles. Pero es patente que esto equivaldría a obrar sin motivo

alguno, lo que es ajeno del corazón humano. El hombre no mueve un solo dedo sino buscando el placer, o huyendo del dolor, aunque no lo percibamos siempre por lo tenue de las sensaciones, o por otras causas. Siendo esto así, la acción sin influencia, esto es, no excitada por algún motivo, es una pura quimera, y como los motivos no dependen de nosotros, es claro que también es quimérico el estado de libertad absoluta. Para que designe algo la voz, no puede pues llamarse con ella sino la facultad de obrar según nuestros *propios* deseos: y por propios entiendo aquellos que tendríamos, si no hubiese una causa artificial con tendencia a sofocarlos. Yo deseo obrar en cierto sentido, y otro hombre me obliga a encaminar de diverso modo mi conducta por medio de una amenaza. El primer deseo es el que he llamado *propio*, para indicar que no es el de otra persona que me fuerce a dirigirme de acuerdo con él; que no ha sido producido por hechos ajenos dispuestos con tal fin. El deseo que luego me nace por razón de la amenaza de conducirme de una manera distinta de como había querido al principio, lo llamo *artificial*, porque lo ha empleado el arte de mi amenazador. Todas las penas y recompensas legales no son otra cosa que motivos artificiales producidos en los individuos para que obren como el legislador tiene por conveniente, y no como los determinarían a obrar los motivos que el curso ordinario de la naturaleza proporciona, y que llevan muchas veces a malas acciones.

Explicada así la libertad, conoceremos que no es conforme con el interés de la sociedad dejar que los hombres obren como bucnamente quieran, pues que sus acciones son perjudiciales con mucha frecuencia para los demás y aun para ellos mismos. ¿Cuándo será útil pues dejar a los hombres en libertad? Sólo cuando las acciones que ellos quieran ejecutar sean buenas, indiferentes*; o inevitables. Hasta este punto sólo es buena la libertad; pero debe confesarse que se ha exigido mucho más por los que se apellidan liberales, patriotas, etc., y que el tiempo que se pierde en declamar a favor de instituciones *libres* y contra las medidas que se dicen *tiránicas*, debería emplearse en demostrar que las acciones injustamente prohibidas no se oponen a la felicidad, o que no pueden convenientemente evitarse.

El principio de la *igualdad* ha tenido también una parte inmensa en las revoluciones que los individuos del bando llamado popular han ejecutado en estos últimos tiempos en los gobiernos de algunas naciones de Europa y América, y aún mete constantemente mucha bulla en los negocios públicos de aquellas naciones que se dicen civilizadas. No es él sin embargo, más sólido que el de libertad, ni es menos importante analizarlo imparcialmente.

Entendemos por *igualdad* la circunstancia de no haber diferencia entre dos o más cosas comparadas. Se pretende, pues, que los individuos de cada Estado gocen de igualdad en sus derechos civiles y políticos, y es clara

* En último análisis no hay ninguna acción indiferente: la que más lo parece siempre produce algún ligero bien o mal, cuya misma ligereza lo hace imperceptible. Pero se ha convenido en considerar así todas aquellas acciones cuyas consecuencias son casi inapreciables.

que no se puede calificar de buena o mala semejante igualdad, sin examinar sus resultados en la dicha de las naciones, que es el único bien absoluto y soberano. Para ello observemos si todo miembro de la sociedad ejercería convenientemente cualesquiera derechos, y sin gran trabajo se conoce que no sería así. La causa es la desigualdad que la naturaleza ha establecido entre los hombres, pues que unos son fuertes y otros débiles, unos inteligentes y otros estúpidos, etc. Esta desigualdad no sólo es real, sino incorregible las más veces, e influye infinito en el buen o mal ejercicio de los derechos sociales. Efectivamente, un hombre ignorante o ímprobo no manejará los negocios públicos tan ventajosamente para los asociados como uno ilustrado y pródigo. ¿Podrá, según eso, conferirse a uno u otro indistintamente la administración de la cosa pública? Mientras sería acertado autorizar para ello al segundo, sería insensato facultar igualmente al primero. Se deduce, pues, que la igualdad política absoluta es tan absurda como la libertad.

¿Cuál es, entonces, la única igualdad compatible con los intereses de la comunidad? Es la disminución de toda desigualdad innecesaria, la cual por el mismo hecho es perjudicial. Si dos hombres pueden igualmente hacer una buena elección del funcionario que los ha de gobernar, la concesión a uno y la denegación a otro del derecho de elegir es una desigualdad, no sólo innecesaria, sino perjudicial; puesto que los dos juntos harán una mejor elección que uno solo de ellos.

Los *derechos del hombre* han sido y son un foco de declamaciones para los políticos *humanos* y *filántropos*. Aquella frase nebulosa, que jamás se define, pero de cuya exactitud tampoco jamás se duda, es considerada como si contuviese el descubrimiento más asombroso que ha hecho la edad moderna, no siendo otra cosa que una eterna petición de principio, que en vez de aclarar las cuestiones, las decide magistralmente. Pero la demostración de tal aserto podrá entenderse más fácilmente después de ventilada la cuestión de que paso a ocuparme.

Entre los falsos sistemas que se han adoptado como base de las ciencias morales y políticas, el del derecho *natural* es uno de los que más se han hecho valer. *Derecho* es colección de leyes, o facultad legal; de manera que todo derecho supone leyes. Esta palabra *ley* es una de las que más variada y arbitrariamente han sido definidas, pero es muy esencial fijar su sentido. Definir una palabra o frase es dar a conocer el sentido en que se toma generalmente por la parte ilustrada de la sociedad. Según eso, la palabra *ley* se usa como significando sustancialmente una regla forzosa de conducta dictada por una autoridad, y así se emplea por la primera vez en la historia del pueblo más antiguo para los cristianos: el israelita. "Guarda este mandato (dice Moisés), que ha de ser *como una ley* para tí, y para tus hijos, por siempre jamás" *.

Para demostrar la existencia de unas leyes naturales, fundamento necesario de todas las demás leyes, raciocina de esta manera Burlamaqui: "Es

* *Exodo*, cap. 12, v. 24.

incontestable que Dios ha criado a los hombres para la felicidad, y que por consiguiente se puede decir que Dios quiere que los hombres sean felices. Pero como es imposible que los hombres puedan lograr el fin para que Dios los ha criado, si no siguen constantemente ciertas reglas de conducta, es también una consecuencia necesaria que Dios quiere que observen estas reglas, o lo que es lo mismo, que les impone leyes; porque un ser sabio que quiere un determinado fin, quiere por consiguiente los medios. Y esto basta para probar la realidad de las leyes naturales”.

Es preciso confesar que Burlamaqui ha sido quizás el escritor que con más profundidad y análisis ha tratado esta controvertida materia de los que sostienen el pro de la cuestión; pero su demostración está sujeta a muchas objeciones. No es incontestable, en primer lugar, que Dios ha creado a los hombres para la felicidad, y que por consiguiente se puede decir que Dios quiere que los hombres sean felices, sino muy controvertible.

Por doquiera que se tienda la vista, observaremos males infinitos. De éstos unos son resultados de nuestras acciones que nos los acarrearán, los cuales se sostiene que es muy sabio que los haya, porque de esta manera nuestra conducta podrá ser meritoria. Pero se desconoce que lo que se llama mérito en la conducta supone ya el mal, porque es muy claro que si no lo hubiera, no habría tampoco mérito ni demérito: las acciones todas serían iguales, todas serían buenas, y no habría vicio ni delito, puesto que nada podía tener malas consecuencias. ¿Y qué estado más perfecto que el de pura virtud, el de absoluta inocencia? ¿No es este el que nos estaba preparado por su misma perfección, y de que el diabólico engaño de Eva nos privó?

Pero hay más, que muchísimos males de los que aquejan a la humanidad nada tienen que ver con nuestra conducta, y aun multitud de ellos son tan imposibles de evitar, que no bastarían a ello los mayores esfuerzos benéficos. ¿Cómo eludir las tempestades, las epidemias, los terremotos, y toda esa inmensidad de calamidades, ya generales, ya parciales, ora públicas, ora privadas, de que somos tristes espectadores cada día que el Sol sale y se pone?

Se arguye aun que el bien no es completo, que no hace todo su efecto en nosotros sino por su resalte con el mal. Es cierto que se goza más cuando hemos sufrido, porque los placeres aumentan en intensidad con la consideración del mal que no se tiene, y mientras más grande se presenta éste a la vista del que compara, la viveza del placer es mayor. Pues bien, si no hubiese mal, el placer sería menor de lo que es: el mal da nuevos quilates a la dicha. Esto no es más que un sofisma. La suposición de que no haya mal envuelve consigo la de que el bien sea sin aquél tan considerable como lo puede ser hoy. ¿Por qué se niega al Creador el poder de hacerlo? ¿El que hizo el bien y el mal no podría dar a aquél toda la fuerza que hoy sea susceptible de tener sin necesidad de asignarle un auxiliar tan adverso como éste? Aun cuando por otra parte se le suponga impotente para esto, es fuera de controversia que los hombres estarían

mejor sólo con el bien que lo que están hoy con la existencia del mal, aunque aquél por la ausencia de éste perdiese algo de sus quilates. La suerte del género humano es hoy la misma que sería la de un individuo suyo, que por comer una vianda exquisita, la sazónase con una sustancia venenosa aunque agradable al paladar.

Si pues querer el mal y querer la felicidad son cosas contradictorias, debemos pensar que el que ha querido aquél no ha querido ésta. Pero el Hacedor del Universo ha querido aquél, supuesto que lo ha creado, y que para obrar en cualquier sentido se requiere, además del poder, voluntad. Tampoco podemos suponer coacción inferida en él; porque ¿quién había de causársela? Con qué no hay datos ningunos para afirmar, como lo hace Burlamaqui con el carácter de axioma, que Dios quiere que los hombres sean felices. ¿Pero podremos sentar la proposición contraria de que El quiere que seamos desgraciados? Tampoco; pues que realmente el hombre disfruta de muchos goces, y aun el número de éstos es seguramente en el mundo mayor que el de las penas.

¿Qué se deduce pues de lo expuesto? Que nosotros nada sabemos sobre nuestro origen y nuestro fin; que vagamos por la tierra como los demás seres sensibles sufriendo y gozando, sin advertir en ello ningún plan ni sistema de parte del Creador de la sensibilidad; y que no constándonos absolutamente la voluntad de éste en ningún sentido, no nos es lícito aseverar cuál sea ella sobre nuestra conducta. Por tanto, la segunda proposición de Burlamaqui de que Dios quiere que observemos las reglas que conducen a la felicidad, es tan difícil de demostrar como la primera.

Mas supongamos que todo esto sea como pretende el dicho escritor. ¿Será una consecuencia de sus premisas que las reglas de conducta que nos llevan a la dicha sean leyes para nosotros? Para que una regla pueda tener el carácter de ley se requiere que sea forzosa, como lo dejamos observado antes, es decir, que *haga fuerza* a los individuos sometidos a ella para que anden por la vía que traza. Esta fuerza es lo que se llama *sanción*, y consiste en la pena o recompensa, que es resultado de su infracción u observancia. De aquí es que las leyes son penales o remuneratorias. Las primeras no imponen castigo sino a acciones reputadas por malas, y las segundas no dan premio más que a actos que se tienen por buenos. Se ve pues que independientemente del mal del castigo hay el mal del delito, o sea el quebrantamiento de la ley; y que fuera del bien del galardón, hay el bien de la acción buena premiada. Mas: solamente por el mal que estorba, o el bien que produce, es justificable un castigo o un premio.

Pero en las pretendidas leyes naturales no se ve más que un mal o un bien como término de la acción. Si yo pongo mi mano en el fuego y me quemo, se dice que he infringido una ley natural, y que he llevado el correspondiente castigo. Pero ¿en qué consiste el delito, cuál es el mal resultado de poner la mano en el fuego, que no sea el mismo que hace de

castigo; y qué podrá justificar este castigo? Se dirá que la quemadura es el mal resultante de la acción; que es el delito; por cuanto proviene inmediata y directamente de aquélla. No es por tanto castigo porque éste supone otra acción mala sobre qué recaer, y porque no se le impone al individuo *por haber ejecutado la acción*, sino que se deriva de la acción misma. Esto es más racional. Pero entonces. ¿Dónde está la sanción de las leyes naturales, dónde su fuerza? Y si esto les falta, ¿cómo podrá pretenderse para ellas el dictado de leyes?

Verdaderamente hay muchas acciones que, a partir de los bienes o males que resultan de ellas para el principal ofendido, producen para el individuo que obra goces o penas, que muy bien podrían pretender el título de premios o castigos, o en una palabra, de sanciones. El criminal que siente el dolor del arrepentimiento de su crimen, o de la compasión del mal que ha hecho, sufre un verdadero castigo. El bienhechor que socorre a un necesitado, experimenta con su acción un placer de benevolencia, que es un verdadero premio. Las reglas de conducta de esta naturaleza son indudablemente *forzosas*; pero también son diferentes de las que habla Burlamaqui, porque él sólo trata de aquellas cuyas resultas recaen directa e inmediatamente sobre el mismo individuo que las ejecuta, mientras que las que nos ocupamos producen sus consecuencias principalmente para otra persona, que es el objeto de la acción. De cualquier modo, ¿asumirán completamente el carácter de leyes dichas reglas de conducta, puesto que son forzosas? No, que aun están privadas del último requisito en la definición, esto es, el ser *dictadas* por una autoridad. Por supuesto que aquí se hace abstracción de las leyes dadas por Dios al pueblo de Israel, por Sí o por medio de Moisés, entre las cuales son las principales aquellas que se contienen en el Decálogo; pues éstas son leyes civiles unas, en nada distintas de las que abrazan los códigos de todas las naciones, y otras religiosas pero positivas. Fuera de éstos, ¿qué otros preceptos ha dado Dios a los hombres, qué reglas de conducta les ha dictado? Y si ha dictado algunas otras, ¿dónde ha sido, cómo y cuándo? Por lo que a mí hace, ignoro todo esto.

La expresión *ley de la naturaleza* se toma también en otro sentido, aun por los mismos que no la admiten en el que queda refutado. Llamará así la producción constante de un efecto por una causa. Tal manera de hablar es entonces figurada, pero al mismo tiempo muy violenta; porque las cosas inanimadas no son capaces propiamente de conducta, y así no admiten reglas de ella, que es lo que constituye las leyes. No se puede, por ejemplo, sin mucha impropiedad, decir es una ley de la naturaleza que los líquidos ascienden en los tubos capilares; porque el que una cosa suceda no es razón para proferir que es en virtud de ley ni mandato alguno: sucede porque así están las cosas organizadas, y no hay más que tratar. Pero ¿a qué vienen aquí los preceptos?... ¿se trata acaso de dar órdenes a seres capaces de entenderlas y seguirlas?

La imposibilidad de conocer las leyes naturales es otra prueba insuperable contra su existencia. No piensa así Burlamaqui cuando dice: "Parece pues que la ley natural está notificada suficientemente a los hombres, puesto que pueden llegar fácilmente a conocerla *haciendo uso de la razón*, y esto es lo que queremos expresar cuando decimos que está naturalmente grabada en el corazón del hombre". Usando de la razón, pues, es como se conoce la ley natural, según el profesor; pero ¿qué es la razón? ¡Extraña pregunta! ¿No sabe todo el mundo lo que es la razón? Por no definir las palabras de alguna importancia se eternizan las disputas: cada cual las toma como le parece, y no hay lugar a convenio. La razón es una facultad del pensamiento, que no puede reducirse sino a la del juicio, * una de aquellas que los ideologistas modernos han hallado que ejerce el intelecto humano. Pero el juicio, como se ve, no es ningún instrumento como un antejo que hace percibir los objetos de un mismo modo para todos, sino una facultad como las demás, que varía mucho de un individuo a otro. Tal hombre puede juzgar acertadamente sobre una cosa, y cada cual con error. ¿Quién, es, pues, el árbitro en esta oposición de juicios y de percepciones? Si cada uno dice yo soy el que juzgo bien, ¿en quién descansaremos? ¿Y entre tanto, dónde están las leyes naturales? Que, ¿una cosa que es nada menos que una regla de conducta ha de estar dependiente de tantos ojos, unos empañados y otros hasta ciegos? No es de extrañarse pues, que faltando la uniformidad en los juicios de los hombres, se observe tanta discrepancia en los escritores de derecho natural. Cuestionan sobre el número de sus leyes, hasta el término de que unos las consideran infinitas, y otros las reducen a menos de una decena. Cuestionan sobre la definición del derecho y las leyes; y en fin, cuestionan hasta sobre el origen de tan peregrina legislación.

En vez de disputar inútilmente sobre ficciones, deberían los hombres aplicarse a observar lo que pasa. Entonces verían que aquellas reglas de conducta que nos traen un residuo de bien, nos interesa seguirlas; que la prudencia nos lo aconseja; y que al contrario, nos importa sobre manera precavernos de aquellas cuyo término ha de ser un ascendente de mal, y que así nos lo avisa la prudencia. He aquí una cosa bien sencilla, y que es cuanto tiene que saber el hombre. Pero ¿para qué intentar persuadir que lo obligue ley alguna a obrar en este o en aquel sentido, sino es la ley civil de la sociedad en que vive? Mas se insistirá en que nada importan las palabras, y que convenidos en los hechos, ¿qué se pierde con llamar leyes a las propensiones, a los sucesos y demás de la naturaleza?

* El juicio es aquella facultad por la cual vemos una idea en otra. Si percibimos que un caballo es blanco, tenemos dos ideas, la del animal y la de su color; en la primera está encerrada la segunda, porque en la idea del caballo se contiene la de ser blanco; aquélla es la principal y ésta la accesoria, porque así como es blanco podía ser negro. También se llama juicio el hecho mismo de percibir las dos ideas.

Si estos fueran unos errores inocentes, no habría para qué tomarse el trabajo de impugnarlos; pero no hay nada de esto, como Bentham nos lo demuestra, cuando después de haber sentado el mismo pensamiento se expresa de este modo: "Pero para que no se me acuse de atribuir gratuitamente máximas sediciosas a esta especie de inspirados políticos, citaré un pasaje positivo de Blackstone; y elijo a Blackstone, porque entre todos los escritores éste es el que ha mostrado un respeto más profundo a la autoridad de los gobiernos. Hablando de las supuestas leyes de la naturaleza y de las leyes de la revelación: 'no se debe permitir (dice) que las leyes humanas se opongan a éstas, y si una ley humana nos ordena una cosa prohibida por las leyes naturales o divinas, estamos obligados a violar esta ley humana, etc.' ¿No es esto poner las armas en las manos de todos los fanáticos contra todos los gobiernos? En la inmensa variedad de ideas sobre la ley natural y la ley divina, ¿no hallará cada uno alguna razón para resistir a todas las leyes humanas? ¿Hay un solo Estado que pudiera mantenerse un día, si cada uno se creyera obligado en conciencia a resistir a las leyes que no fuesen conformes a sus ideas particulares sobre la ley natural o la ley revelada? ¡Qué guerra sangrienta y horrible entre todos los intérpretes del código de la naturaleza y todas las sectas religiosas!"

Si no existe, pues, lo que se ha llamado ley natural, tampoco habrá derecho natural por conjunto de estas leyes, y por facultad de obrar en virtud de ellas; ni obligación natural, o necesidad de obrar de acuerdo con tales leyes. Siendo esto así, *los derechos* del hombre, que se alegan como fundamento de las leyes civiles y políticas, carecen de él absolutamente; porque no puede haber derechos donde no hay leyes, y no siendo naturales, porque éstas son del todo fantásticas, ni de ninguna otra clase, porque en el hecho mismo de citarse como base de las leyes que se trata de dar, se manifiesta que no existen estas leyes, está fuera de duda que los tales derechos nada significan, y que el invocarlos sólo puede perdonarse a la poesía.

Por la misma razón los *deberes*, cuando no se refieren a las leyes positivas, nada significan. De la palabra deber y sus derivados se ha hecho un abuso grandísimo. Vos debéis hacer tal cosa, nosotros debemos hacer cual otra, son frases muy comunes y muy bien recibidas, aunque nada se trate de obligaciones positivas impuestas por leyes del mismo género. En tales casos, la palabra deber no puede significar otra cosa que conveniencia, o bien necesidad de obrar de acuerdo con alguna línea de conducta trazada por una sanción cualquiera. Así se dice: "el hombre debe abstenerse de los vicios", con lo cual se da a entender que conviene que el hombre se abstenga de los vicios, o que de no abstenerse sufrirá el peso de las sanciones natural, popular y religiosa. El verbo deber se emplea en muchas otras acepciones en que no es sinónimo de estar obligado, y entonces no es peligroso su uso, aunque sí equívoco.

La *justicia* se tiene también por fundamento de las leyes y de la moral. La justicia se define "la operación que da a cada uno lo que le pertenece". Esta definición no es tachable cuando la justicia se toma por conformidad *con las leyes establecidas*; pero al tomarse como fundamento de estas mismas leyes, esto es, prescindiendo de sus disposiciones, y por decirlo así de una manera *extra-legal*, entonces no significa, según el uso común, sino concesión de lo que no conviene denegar, o denegación de lo que no conviene conceder. La justicia en materia civil (extra-legalmente hablando) consiste principalmente en evitar las penas de la contrariedad, o la esperanza burlada, y en lo criminal en declarar punible al culpable e impunible al inocente. La justicia, según este sistema, no es más que la conveniencia, y no hay para qué servirse de palabras ambiguas, oscuras y cuestionables, cuando hay otras inequívocas, claras y decisivas.

La *equidad*, cuando se emplea en el sentido de justicia, admite las mismas explicaciones que ésta. También se usa en su acepción literal de igualdad, en cuyo caso cuanto hemos dicho de ésta en su lugar correspondiente, debe entenderse repetido de aquélla. Nada es más frecuente que oír, "así lo exige la equidad, los hombres deben ser equitativos", aun de boca de hombres que se precian de ilustrados. Sin embargo las más veces esto no significa sino un sentimiento de aprobación, que no se sabe en qué se funda, y a qué se le traen por apoyo palabras indefinidas, o mal aplicadas. En efecto, ¿qué se pretende al enunciar que los hombres deben ser equitativos? ¿Será que estén siempre dispuestos a procurar la igualdad de condición entre ellos? Pero entonces deberá autorizarse a los niños para que se conduzcan como grandes, sin subordinación a ninguna autoridad doméstica; deberá despojarse a los ricos para dar a los pobres e igualarlos con aquéllos. ¿Y quién no ve que estos son unos absurdos? Luego la pretendida equidad no siempre es buena, y aun en casos que lo es, requiere para ello ciertas condiciones.

La *conciencia* es otra cosa sobre que se ha querido con empeño hacer estríbir las ciencias morales y políticas. Se pretende que ella es un medio eficaz de distinguir lo bueno y lo malo. Si un hombre se conduce extraviadamente, él viola su conciencia, él la desobedece. ¿Qué habremos de pensar de esta manera de ver las cosas? La conciencia se define: el conocimiento de lo que pasa por nosotros. Así se dice: el hombre tiene la conciencia de que existe. Esta aceptación es muy conforme con la etimología; por tanto, nos valdremos de ella. Si un hombre después que conoce que una acción es mala, se abalanza a ejecutarla, este tal, se dice, obra contra su conciencia; pero yo diría que obra con conciencia, esto es, con la conciencia de que es malo su manejo, así como no diremos que un hombre procede contra sus deseos porque éstos le arrastren a un término que él sabe que es malo. Aún más inexacto es todavía que la conciencia sea un medio de conocer la moralidad de las acciones, instituciones y demás. ¿El conocimiento podrá servir para adquirir el conocimiento? ¿El medio y el fin son aquí una misma y sola cosa? El conocimiento no puede propor-

cionarlo sino la observación y la experiencia en los términos que se expuso en el anterior capítulo.

Pero ¿no podrá exigirse de un hombre otra cosa, sino que consulte su conciencia? ¿Podrá confiarse en ello enteramente, suponiendo que se obre de buena fe? La conciencia no es más que juicio, y por tanto está sujeta como éste a ser o no exacta. Una conciencia ilustrada producirá para su poseedor una instrucción, las más veces exacta, de la moralidad de las cosas; mas la de un hombre ignorante no puede serle una segura guía: él verá a menudo lo que no es, o de otro modo de cómo es; acciones inocentes reputará por nocivas, buenas por indiferentes, malas por buenas, etc. Mas, ¿cómo sin más luz que su conciencia estiman justamente las acciones e instituciones principales aun los hombres más estúpidos? ¿Dejará alguno de considerar el hurto, la falsedad, el homicidio, como acciones perjudiciales; o la caridad, la gratitud, la probidad como benéficas? Afortunadamente la mayor parte de las acciones e instituciones, cuya influencia es la más grande en la suerte de los hombres, son las que más fácilmente se prestan a ser conocidas en sus resultados, es decir, en dicha influencia; y es por tal razón que aun los menos avisados se penetran de ella. Los hechos son más abultados, más palpables; de manera que se ocultan menos a la vista de los negados o incultos. Tan cierto es lo que acabamos de decir, que tales hombres no podrán formar juicio ninguno, o a lo menos correcto, sobre todo lo que no tenga efectos muy marcados y de fácil investigación. El talión parecerá muy justo a la simpatía irreflexiva e ignorante, y ominosa la libertad del interés del dinero o los ánimos poco familiarizados con los hechos económicos.

Lo mismo que la conciencia significan el *sentido íntimo, común o moral*. Todas estas veces, y cuantas se empleen en lugar de ellas, además de lo expuesto, no indican muchas veces otra cosa que el juicio de aprobación o reprobación de la persona que habla. Este juicio prematuro, y fundado sólo en la primera impresión que hacen las cosas, es lo que se llama *sentimentalismo*. Nadie confiesa que obra o decide por sentimentalismo, pero él se oculta en muchas frases pomposas, como son las que dejamos enunciadas, de donde es necesario sacarlo y exponerlo limpio a las miradas de todos. El sentimentalismo perjudica inmensamente al que se deja apoderar de él; le fascina, y le impide que observe los hechos y forme de acuerdo con ellos sus opiniones. El puede guiarse a la verdad, pero su acierto es puramente casual, y por consiguiente raro y expuesto. El es muy cómodo para la pereza, pero no de él, sino de la observación, puede sacar provecho la diligencia en favor de las ciencias. El sentimentalista no razona: él emite su impresión bajo la salvaguardia de ciertas palabras sacramentales, que nunca define, y a que da por otra parte un sentido arbitrario. Mientras no se le desmascara, puede alucinar a los superficiales, y lograr sus miras con su tono dogmático. El sentimentalismo, además, se presta mucho a las flores y adornos del estilo: es un campo bellísimo para la elocuencia. El análisis, por el contrario, siempre riguroso, y siempre

árido, no cuenta en su favor más que con la exactitud. El no aguarda ser favorecido de los declamadores, sino sólo, pero esto le basta, de los hombres sensatos y verdaderos filósofos.

El sistema del *contrato social* sobre que Rousseau, primero, y después sus ciegos admiradores, intentaron fundar las ciencias morales y políticas en el hecho de presentarlo por base de la sociedad, será examinado en el siguiente capítulo con alguna detención.

Todos los principios y sistemas que llevamos pasados por el crisol del análisis, son, aparte de su falsedad, censurables como todo principio y sistema sobre que se pretenda hacer estribar una ciencia. Los que tal intentan se imaginan que las ciencias son algunos edificios con sus cimientos, columnatas, etc., pero no hay nada de esto. Las ciencias no son sino descripciones de lo que es o pasa, según lo tenemos repetido, y es por tanto la más vana idea intentar que ellas descansen sobre ninguna cosa, llámese principio, sistema o como quiera.

Por esta razón ni aun aquel principio, que no es por otra parte sino la emisión de un juicio exacto, y que ha sido proclamado con exclusión de todo otro por algunos hombres sabios como Bentham y Dumont, ni aun eso, digo, puede ser lo que se quiere que sea: base de las ciencias morales y políticas. Hablo del principio de la *utilidad*, o sea el juicio de que las acciones y las instituciones no son buenas y apetecibles, sino cuando resulta de ellas un residuo de bien, después de comparados bienes y males.

Lo que aquí se censura no es el juicio, sino el que los escritores que se han ocupado de definirlo, explicarlo y ensalzarlo, a guisa de oficinistas de ensaye, lo hayan empleado como piedra de toque, con la cual se aseguraban de la moralidad de la acción o institución sometida a examen, y poniendo a cada cual su sello de aprobación y reprobación, las presentasen en tal estado a la vista de los pueblos y de los gobiernos, diciéndoles: todo lo que esté señalado como malo os abstendréis de tocarlo, porque así lo exige vuestro primer deber; y todo lo que llevase la marca de bueno, habéis de apresurarnos a recibirlo, extenderlo y prodigarlo entre los hombres, para que no estén por más tiempo privados de tamaña ventura.

Este lenguaje, propio del legislador, no lo es de los sabios que se dedican a tratar las ciencias. Aquél, después que se ha convencido de la bondad de una acción o institución, se apresura a hacerla practicar, y así que conoce la nocividad de tal otra, se esfuerza en extirparla. Pero no hay para qué exhortarlo, como tampoco a los hombres, a que obren en tal sentido. El científico cumple con enseñar la naturaleza, causas y efectos de las cosas; que los individuos y los gobiernos tendrán buen cuidado de acoger lo que sea conveniente, y desechar lo perjudicial. Si no lo hacen, no será porque ignoren el camino que conduce a la dicha, sino porque algunas pasiones, o intereses opuestos a los de la comunidad, los inciten a hacer lo que hacen. Pero entonces, como es muy palpable, nada valdrían tampoco todos los consejos ni todas las exhortaciones. El ejemplo lo tenemos en los tiranos, para quienes no son eficaces todos los medios de

ilustración que el patriotismo conciba y emplee, porque no proceden de ignorancia, sino de la más refinada malicia.

¿Qué diríamos de un viajero que después de habernos pintado prolijamente un paisaje, sus sitios amenos y deliciosos, y los despeñaderos y precipicios, se empeñase luego en persuadirnos que si hubiésemos de habitar en él, escogiésemos los primeros lugares con preferencia a los últimos? Pues esta es justamente la misión del tratadista de ciencias: él pinta con exactitud escrupulosa lo que ha observado, se empeña en que no se confunda lo malo con lo bueno, para lo cual tiene especial cuidado de analizarlo todo, y darlo a conocer con el carácter que a él se le presenta; pero ahincar para la adopción de esto o la repulsión de aquello, convertirse en un predicador de cuaresma incitando a la práctica de las buenas acciones, y a la omisión de las malas, no es absolutamente de su incumbencia.

De todos modos, es de rigurosa necesidad formarse ideas cabales del bien y del mal, de lo bueno y de lo malo, y en fin, de toda la fraseología que expresa la del hombre; porque ésta, y no otra, es la materia de moralidad de las cosas, o sea su influjo sobre la suerte de las ciencias morales y políticas, y se corre un gran peligro de error, si las ideas no son correctas, o las palabras no se definen con propiedad. Por lo que hace a nosotros, en un capítulo separado se expondrá todo lo relativo al bien y al mal. Por ahora no nos resta sino examinar el principio de utilidad de Bentham, y la nomenclatura que más adecuadamente le corresponde.

Bentham ha llamado *utilidad* la supremacía del bien en sus *Tratados de Legislación Universal Civil y Penal*, y esta denominación le concitó la guerra más cruda. Esto ha consistido en que en el sentido vulgar la palabra utilidad tiene una aceptación muy limitada, o mejor dicho, una acepción relativa, de manera que para no despertar con ella ideas equivocadas, es necesario añadir algún calificativo, como general, pública, etc., pues que puede ser también individual, privada, etc. No cabe duda de que Bentham empleó la voz *utilidad* para designar la utilidad general, como lo expresa en el principio de su obra, cuando dice: "La *utilidad* general es el principio del razonamiento en legislación". Según esto, faltan absolutamente a la verdad y a la justicia los que afirman que el jurisconsulto inglés ha sentado en su obra, como el principio de la moral y de la legislación, la utilidad de cada uno, y que ha llamado bueno lo que se conforma con semejante utilidad.

Pero también es verdad, en mi concepto, que aun la expresión "utilidad general" no explica bien la idea que él se propuso declarar, porque puede ser conforme a la utilidad general, esto es del mayor número, una cosa más productiva de males que de bienes, pero cuyos males caen sobre la minoría de la sociedad. Supongamos la confiscación de las riquezas pertenecientes a una clase reducida de la sociedad, como la que han sufrido los judíos en algunas partes. He aquí una operación conforme a la utilidad del mayor número (suponiendo que por esto reciban alivio los contribuyentes al fisco), pero verdaderamente desastrosa para los despojados, y

cuyos males exceden con mucho a los bienes, sin embargo de que aquéllos caen sobre una insignificante minoría, y éstos son experimentados por la gran mayoría nacional. No es buena en último resultado.

A las mismas objeciones está sujeto el principio contenido en esta fórmula de que usó Bentham en su Deontología: "La mayor dicha del mayor número". Pero él mismo lo conoció, y así es que al fin se pronunció contra ella. Nos proporciona un ejemplo concluyente de lo erróneo de tal principio cuando dice: "En la Gran Bretaña tomad todos los católicos, hacedlos esclavos, y divididlos en una proporción cualquiera a ellos y a sus familias entre el cuerpo entero de los protestantes. En Irlanda tomad todos los protestantes, y repartidlos del mismo modo entre el cuerpo de los católicos". Y efectivamente, ¿no es visible que en uno y otro caso la operación sería conforme a la mayor dicha del mayor número, y sin embargo preponderante en males? El mayor * número obtiene la mayor ** dicha, pero el menor sufre una desgracia infinitamente más considerable.

Tampoco juzgo exacta la nomenclatura *maximización de la dicha*, que domina en toda la obra de la Deontología; porque supone que las cosas, acciones, etc., conformes a ella pueden producir la mayor dicha posible, que es lo único que puede llamarse máximo de la dicha. Pero el máximo de la dicha social depende de una multitud de cosas, acciones, instituciones, hábitos, existentes con simultaneidad; y así sería inexacto decir: tal cosa es conforme con el principio de la maximización de la dicha; porque, la tal cosa, si bien puede exceder en bienes, no puede por sí sola alcanzar el máximo de la dicha.

La voz necesaria es visiblemente una que exprese la preponderancia del bien sobre el mal, y que la exprese de un modo tan claro y perceptible, que no deje la más pequeña duda en el ánimo de nadie. Este será el modo único de evitar cuestiones de palabras, que con mucha frecuencia son las que más embarazan en la discusión de materias importantes. Yo pienso que pudiera adoptarse la voz *bonopreponderismo*, o sea preponderancia del bien (se entiende sobre el mal), compuesta de la latina *bonum* (bien) y de otra derivada del verbo *prepondero* (pesar más), a saber *preponderismo* (preponderancia). El *bonopreponderismo* es pues la preponderancia en una cosa, acción, institución, etc., del bien sobre el mal, y *bonopreponderística* será el adjetivo que se aplique a una tal cosa, acción o institución. Para el mal puede formarse las mismas expresiones: *malopreponderismo*, *malopreponderístico*.

* Comparativo.
** Superlativo.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

(Argentina)

IDEAS PARA PRESIDIR A LA CONFECCION
DEL CURSO DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA *

La primera dificultad que se presenta al ocuparse de la filosofía, es no solamente la falta de un texto, la falta de un cuerpo completo de doctrina filosófica, sino la falta de una definición misma, de una noción de la ciencia filosófica: esta observación ha sido hecha por Jouffroy.

Cada escuela famosa la ha definido a su modo, como la ha comprendido y formulado a su modo.

Esta divergencia es peculiar a las primeras épocas de la filosofía como a sus actuales días.

No obstante, si queremos darnos cuenta de lo que han hecho Platón y Aristóteles, Descartes y Bacon, Kant y Cousin, cada vez que han filosofado, veremos que no han hecho otra cosa que tentar la solución del problema del origen, naturaleza y destinos de las cosas. Así, la filosofía ha podido tomarse como la *totalidad de la ciencia humana*.

Sin embargo, aquellos ramos de la filosofía que se han consagrado al estudio de las cosas más exteriores al hombre, de las físicas y materiales, han tomado la denominación de *ciencias naturales y físicas*. Y se han reservado como por antonomasia el nombre de ciencias filosóficas aquellos ramos del saber que se han dedicado al estudio de los fenómenos del espíritu humano. Es así como lo *bello, lo bueno, lo justo, lo verdadero, lo santo, el alma, Dios*, han sido y son las cosas que han absorbido casi exclusivamente la atención de lo que se ha llamado filosofía.

¿Qué son estas cosas en su naturaleza; por qué son como son; qué leyes las gobiernan; qué destinos las rigen en el mecanismo de lo criado; qué medios posee el hombre para conocerlas; qué conquistas cuenta en la carrera de sus investigaciones? He aquí lo que la filosofía se agita por resolver desde tres mil años; y sobre lo que no ha conseguido apenas sino fijar las cuestiones. La filosofía, pues, como ha dicho el filósofo más contemporáneo, Mr. Jouffroy, está por nacer.

No hay, pues, una filosofía universal, porque no hay una solución universal de las cuestiones que la constituyen en el fondo. Cada país, cada época, cada filósofo ha tenido su filosofía peculiar, que ha cundido más o menos, que ha durado más o menos, porque cada país, cada época y cada escuela han dado soluciones distintas de los problemas del espíritu humano.

* Leído en el Colegio de Humanidades de Montevideo en 1842.

La filosofía de cada época y de cada país ha sido por lo común la razón, el principio, o el sentimiento más dominante y más general que ha gobernado los actos de su vida y de su conducta. Y esa razón ha emanado de las necesidades más imperiosas de cada período y de cada país. Es así como ha existido una filosofía oriental, una filosofía griega, una filosofía romana, una filosofía alemana, una filosofía inglesa, una filosofía francesa y como es necesario que exista una filosofía americana. Así es como se ha visto una filosofía de Platón, una de Zenón, una de Descartes, otra de Bacon, otra de Locke, otra de Kant, otra de Hegel, filosofía del Renacimiento, filosofía del siglo 18, filosofía del siglo 19.

No hay, pues, una filosofía en este siglo; no hay sino sistemas de filosofía: esto es, tentativas más o menos parciales de una filosofía definitiva. La filosofía de este siglo se puede concebir como un conjunto de sistemas especiales más o menos contradictorios entre sí. ¿Qué es conocer la filosofía de este siglo? Conocer a Fichte, a Hegel, a Stuart, a Kant, a Cousin, a Jouffroy, a Leroux, etc. Hay filósofos, pero no filosofía; sistemas, no ciencia. Si fuese preciso determinar el carácter más general de la filosofía de este siglo diríamos que ese carácter consiste en su situación negativa. La filosofía del día es la negación de una filosofía completa existente, no de una filosofía completa posible, porque de otro modo la filosofía del día sería el escepticismo, sin excluir el eclecticismo mismo, porque de lo contrario sería reconocer una filosofía. ¿Qué utilidad puede tener una filosofía semejante? La de sustraernos de la dominación de un orden de principios, que pudiésemos considerar como la verdadera filosofía, sin ser otra cosa que un sistema; la de sustraernos de la influencia exclusiva de un sistema, librándonos así de la guerra con los sistemas rivales a quienes debemos paz y tolerancia. La regla de nuestro siglo es, no hacerse matar por sistema alguno: en filosofía, la tolerancia es la ley de nuestro tiempo.

En el deber de ser incompletos, a fin de ser útiles, nosotros nos ocuparemos sólo de la filosofía del siglo 19; y de esta filosofía misma excluirémos todo aquello que sea menos contemporáneo y menos aplicable a las necesidades sociales de nuestros países, cuyos medios de satisfacción deben suministrarnos la materia de nuestra filosofía.

Para nosotros la filosofía del siglo 19 en Europa, se compondrá de los distintos sistemas que en Alemania, Escocia y Francia han sido formulados por Kant, Hegel, Stuart, Cousin, Jouffroy, etc.

Nos acercaremos directamente a la Alemania y a la Escocia lo menos que nos sea posible: nada menos propio que el espíritu y las formas del pensamiento del Norte de Europa, para iniciar en los problemas de la filosofía a las inteligencias tiernas de la América del Sur.

El pueblo de Europa que por las formas de su inteligencia y de su carácter está destinado a presidir la educación de estos países es sin contradicción la Francia: el mediodía mismo de la Europa le pertenece bajo este

aspecto; y nosotros también meridionales de origen y de situación, pertenecemos de derecho a su iniciativa inteligente.

Por fortuna en la actual filosofía francesa se encuentran refundidas las consecuencias más importantes de la filosofía de Escocia y de Alemania; de modo que habiendo conseguido orientarnos de la presente situación de la filosofía en Francia, podremos estar ciertos de que no quedamos lejos de las ideas escocesas y germánicas.

Tres grandes escuelas filosóficas se han dejado conocer en Francia en este siglo: la escuela *sensualista*, tradición del siglo pasado, la escuela *mística* y la escuela *ecléctica*.

A estas escuelas se agregan otras menos importantes y menos famosas, y que han nacido después de la revolución de Julio.

La escuela *sensualista* que cuenta por sus representantes más modernos a Cabanis, no obstante pertenezca al siglo pasado, a Desttut de Tracy, Volney, Garat, Lancelín, Broussais, Gall y Asais, será representada en nuestra enseñanza por aquel de éstos que por la extensión de sus vistas, haya comprendido a todos los de su familia.

La escuela *mística* representada por de Maistre, Lamennais, Bonald, d'Eckstein, Ballanche y Saint Martín, será estudiada en el representante más ruidoso y más pronunciado.

La escuela *ecléctica* que cuenta por órganos a Berardi, a Nirvey, Kretry, Messias, Dron, de Gerando, Bonstitten, Ansillon, La Moriguieri, Main de Biran, Roger-Collard, Cousin y Jouffroy, nos será conocida en su expositor más afamado.

Y la escuela que podríamos denominar de Julio, que ha sido representada por Lerroix, Carnot, Lermínier, etc., será también estudiada en su propagador más elocuente.

Una revista rápida de estos sistemas nos pondrá en estado de determinar los grandes rasgos que deben caracterizar a la filosofía más adecuada a la América del Sur. Trataremos de señalar las grandes exigencias de la sociedad americana; nos ocuparemos del problema de los destinos de este continente en el drama general de la civilización, principiando por tocar el problema de los destinos humanos que es la más alta fórmula de filosofía, no siendo las demás ciencias humanas sino los términos sueltos de este problema.

La filosofía ha dividido este problema para resolverle. De ahí la *moral* que investiga el destino del hombre en la tierra: la *religión*, que busca su destino antes y después de la vida: la *filosofía de la historia* que estudia el destino de la especie humana: la cosmología, el origen y las leyes del universo: la teología, la naturaleza del Dios y sus relaciones con el hombre y con la creación; de ahí, en fin, el *derecho natural*, el *derecho político*, el *derecho de gentes*, etc., que no son sino ramos subalternos del estudio de los destinos humanos.

Aplicaremos a la solución de las grandes cuestiones que interesan a la vida y destinos actuales de los pueblos americanos la filosofía que habre-

mos declarado predilecta. Si en esta aplicación somos incompletos, como es de necesidad que seamos, nos habrá servido ella, a lo menos, para darnos la habitud de encaminar nuestros estudios hacia nuestras necesidades especiales y positivas.

Esto nos lleva a un examen crítico de los publicistas y filósofos sociales europeos, tales como Bentham, Rousseau, Guizot, Constant, Montesquieu y otros muchos. Será la oportunidad de explicar y refutar a Donoso Cortés, que por su elocuencia promete en sus ideas un ascendiente entre nosotros, siendo inaplicables en estos países de democracia, aunque adaptables a las exigencias monárquicas de la España.

Así la discusión de nuestros estudios será más que en el sentido de la filosofía especulativa, de la filosofía en sí; en el de la filosofía de aplicación, de la filosofía positiva y real, de la filosofía aplicada a los intereses sociales, políticos, religiosos y morales de estos países. En el terreno de la filosofía favorita de este siglo: la *sociabilidad* y la *política*. Tal ha sido la filosofía como lo ha notado Damiron en manos de Lamennais, Lerminier, Tocqueville, Jouffroy, etc. De día en día la filosofía se hace estadista, positiva, financiera, histórica, industrial, literaria en vez de ideológica y psicológica: ha sido definida por una alta celebridad del pensamiento nuevo, la *ciencia de las generalidades*.

Tocaremos, pues, de paso la metafísica del individuo para ocuparnos de la *metafísica del pueblo*. El pueblo será el grande ente, cuyas impresiones, cuyas leyes de vida y de movimiento, de pensamiento y progreso trataremos de estudiar y de determinar de acuerdo con las opiniones más recibidas entre los pensadores más liberales de nuestro siglo, y con las necesidades más urgentes del progreso de estos países.

Y desde luego participando según esto de las necesidades más fundamentales y sociales de nuestros países en la hora en que vivimos, los objetos de estudio que absorban nuestra atención, serán:—1º. La organización social cuya expresión más positiva es la *política constitucional y financiera*. 2º. Las costumbres y usos cuya manifestación más alta es la *literatura*.—3º. Los hechos de conciencia, los sentimientos íntimos, cuyo doble reflejo es la *moral y religión*.—4º. La concepción del camino y de los destinos que la providencia y que el siglo señalan a nuestros nuevos estados, cuya revelación pediremos a la *filosofía de nuestra historia* y a la *filosofía de la historia* general. Así, pues, derecho público y finanzas, literatura, moral, religión e historia: he aquí los objetos de que nos ocuparemos en los seis meses de este curso. Pero el derecho público, las finanzas, la literatura, la religión, la historia en sus leyes más filosóficas y más generales, en su razón de conducta y de desarrollo, digámoslo así; y no en su forma más material y positiva. De otro modo no se diría que hacíamos un curso de filosofía. Vamos a estudiar la filosofía evidentemente: pero a fin de que este estudio, por lo común tan estéril, nos traiga alguna ventaja positiva, vamos a estudiar, como hemos dicho, no la filosofía en sí, no la filosofía aplicada al mecanismo de las sensaciones, no la filosofía aplicada a la teoría

de las ciencias humanas, sino la filosofía aplicada a los objetos de un interés más inmediato para nosotros; en una palabra, la filosofía política, la filosofía de nuestra industria y riqueza, la filosofía de nuestra literatura, la filosofía de nuestra religión y nuestra historia. Decimos de *nuestra política*, de *nuestra industria*, en fin, de todas aquellas cosas que son nuestras, porque lo que precisamente forma el carácter y el interés de la enseñanza que ofrecemos es que ella se aplica a investigar la razón de conducta y de progreso de estas cosas entre nosotros.

El estudio del hombre comienza a descender de su boga en nuestro siglo, a la par del análisis que cede sucesivamente su lugar a la síntesis. El hombre exterior, el hombre en presencia de sus destinos, de sus deberes y derechos sobre la tierra: he aquí el campo de la filosofía más contemporánea: ha sido y es el fin de todos los filósofos y de todas las filosofías. Platón, Aristóteles, Cicerón, Bacon, Leibniz, Locke, Kant, Condillac, Jouffroy, han concluido por ocuparse de la política y de la legislación: tal es el curso más reciente de la filosofía en Alemania y en Francia, como lo nota Sainte-Beuve.

En América no es admisible la filosofía en otro carácter. Si es posible decirlo, la América practica lo que piensa la Europa.

Se deja ver bien claramente, que el rol de la América en los trabajos actuales de la civilización del mundo, es del todo positivo y de aplicación. La abstracción pura, la metafísica en sí, no echará raíces en América. Y los Estados Unidos del Norte han hecho ver que no es verdad que sea indispensable de anterioridad de un desenvolvimiento filosófico, para conseguir un desenvolvimiento político y social.

Ellos han hecho un orden social nuevo y no lo han debido a la metafísica. No hay pueblo menos metafísico en el mundo, que los Estados Unidos, y que más materiales de especulación sugiera a los pueblos filosóficos con sus admirables adelantos prácticos.

Así nosotros, partiendo de las manifestaciones más enérgicas y más evidentes de nuestra constitución externa, escuchando el grito salido del hombre, que por todas partes dice: *soy personal, soy idéntico, sensible, activo, inteligente y libre*, y debo marchar eternamente en el progreso de estos grandes atributos, trataremos según esta ley de nuestra naturaleza que se nos da a conocer por intuición y por sentimiento de explicar las condiciones más simples de un movimiento social, político, industrial y literario, el más propio para llegar a la satisfacción de las necesidades más generales de estos países en estas materias.

Nuestra filosofía, pues, ha de salir de nuestras necesidades. Pues según estas necesidades, ¿cuáles son los problemas que la América está llamada a establecer y resolver en estos momentos? — Son los de la libertad, de los derechos y goces sociales de que el hombre puede disfrutar en el más alto grado en el orden social y político; son los de la organización pública más adecuada a las exigencias de la naturaleza perfectible del hombre, en el suelo americano.

De aquí es que la filosofía americana debe ser esencialmente política y social en su objeto, ardiente y profética en sus instintos, sintética y orgánica en su método, positiva y realista en sus procedimientos, republicana en su espíritu y destinos.

Hemos nombrado la filosofía americana, y es preciso que hagamos ver que ella puede existir. Una filosofía completa es la que resuelve los problemas que interesan a la humanidad. Una filosofía contemporánea es la que resuelve los problemas que interesan por el momento. Americana será la que resuelva el problema de los destinos americanos. La filosofía, pues, una en sus elementos fundamentales como la humanidad, es varia en sus aplicaciones nacionales y temporales. Y es bajo esta última forma que interesa más especialmente a los pueblos. Lo que interesa a cada pueblo es conocer su razón de ser, su razón de progreso y de felicidad, y no es sino porque su felicidad individual se encuentra ligada a la felicidad del género humano. Pero su punto de partida y de progreso es siempre su nacionalidad.

Nos importa, ante todo, darnos cuenta de las primeras consideraciones necesarias a la formación de una filosofía nacional. La filosofía, como se ha dicho, no se nacionaliza por la naturaleza de sus objetos, procedimientos, medios y fines. La naturaleza de esos objetos, procedimientos, etc., es la misma en todas partes. ¿Qué se hace en todas partes cuando se filosofa? Se observa, se concibe, se razona, se induce, se concluye. En este sentido, pues, no hay más que una filosofía. La filosofía se localiza por sus aplicaciones especiales a las necesidades propias de cada país y de cada momento. La filosofía se localiza por el carácter instantáneo y local de los problemas que importan especialmente a una nación, a los cuales presta la forma de sus soluciones. Así, la filosofía de una nación proporciona la serie de soluciones que se han dado a los problemas que interesan a sus destinos generales. Nuestra filosofía será, pues, una serie de soluciones dadas a los problemas que interesan a los destinos nacionales; o bien, la razón general de nuestros progresos y mejoras, la razón de nuestra civilización; o bien la explicación de las leyes, por las cuales debe ejecutarse el desenvolvimiento de nuestra nación; las leyes por las cuales debemos llegar a nuestro fin, es decir, a nuestra civilización, porque la civilización no es sino el desarrollo de nuestra naturaleza, es decir, el cumplimiento de nuestro fin (definición dada por Guizot). Civilizarnos, mejorarnos, perfeccionarnos, según nuestras necesidades y nuestros medios: he aquí nuestros destinos nacionales que se resumen en esta fórmula: —Progreso...

¿Qué tenemos, pues, que hacer, para resolver el problema de nuestra civilización? Descomponerlo, dividirlo; y resolverlo en cada uno de los problemas accesorios. ¿Cuáles son éstos? — He aquí los elementos de toda civilización.

Según esto, ¿qué filosofía es la que puede convenir a nuestra juventud? Una filosofía que por la forma de su enseñanza breve y corta, no la quite un tiempo que pudiera emplear con provecho en estudios de una aplicación

productiva y útil, y que por su fondo sirve sólo para iniciarla en el espíritu y tendencia que preside al desarrollo de las instituciones y gobiernos del siglo en que vivimos, y sobre todo del continente que habitamos.

Tal es nuestra misión respecto a la enseñanza que vamos a desempeñar en este establecimiento. Destinado este colegio en sus estudios preparatorios para formar los jóvenes para la vida social, es indispensable instruirlos en los principios que residen en la conciencia de nuestras sociedades. Estos principios están dados, son conocidos; no son otros que los que han sido propagados por la revolución y están consignados en las leyes fundamentales de estos países. Son varios, pero susceptibles de reducirse en sólo dos principales: la *libertad del hombre* y la *soberanía del pueblo*. Aún podrían estos dos reducirse a uno: la libertad del hombre.

La libertad del hombre es el manantial de toda nuestra sociabilidad. A causa de que todos los hombres son *libres*, es que todos son *iguales*, y a causa de que todos tienen derecho a su dirección colectiva, es decir, todos tienen parte en la *soberanía del pueblo*.

Así, pues, *libertad, igualdad, asociación*, he aquí los grandes fundamentos de nuestra filosofía moral. Principios proclamados por los pueblos en América, por los cuales no necesitamos interrogar a la psicología, porque se tendría por un desacato el simple hecho de ponerlo en cuestión.

Se ve, pues, que nuestra filosofía por sus tendencias, aspira colocarse a la par de los pueblos de Sur América. Por sus miras será la expresión inteligente de las necesidades más vitales y más altas de estos países, será antirrevolucionaria en su espíritu, en el sentido que ella camina a sacarnos de la crisis en que vivimos; orgánica, en el sentido que se encaminará a la investigación de las condiciones del orden venidero; por último, vendrá a ser para la enumeración de los problemas y soluciones, un caudal de nociones de la primera importancia para el joven de las generaciones que están llamadas a realizar estas necesidades. De este modo la filosofía dejará de ser una estéril chicana, será lo que quieren que sea para la Francia, Jouffroy, Lerroux, Carnot, Lermínier y los más recientes órganos de la filosofía europea.

“Repitémoslo, para dar fin, dice Jouffroy; no comprendemos cómo tantas gentes de conciencia se arrojan en los negocios políticos y empujan y arrastran el carro de nuestra fortuna en un sentido y otro, no digo solamente antes de haber pensado en proponerse estas cuestiones, sino aun antes de haberlas agitado en sí mismas, y examinándolas con la madurez conveniente! . . .”

Es un deber de todo hombre de bien que por su posición o capacidad pueda influir sobre los asuntos de su país, de mezclarse en ellos; y es el deber de todos aquellos que toman una parte de ilustrarse sobre el sentido en que deben dirigir sus esfuerzos. Pero no se puede llegar a esto sino por el medio que hemos indicado, es decir, averiguando dónde está el país y dónde va; y examinando para descubrirlo, dónde va el mundo, y lo que puede el país en el destino de la humanidad.

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

(Argentina)

ARGIROPOLIS O LA CAPITAL DE LOS ESTADOS
CONFEDERADOS DEL RIO DE LA PLATA

(Fragmento) *

DEL PODER NACIONAL

Hay condiciones especiales para los gobiernos de la América del Sur que, por no haber sido comprendidas hasta hoy, en unos países se mantiene el atraso por el conato de legislar sobre lo que existe, imitando en esto a los gobiernos antiguos de Europa, o se destruye todo por espíritu de antipatía a lo europeo, por americanismo. Lo primero conduce al quietismo, lo segundo a la barbarie. La América del Sur se encontraba en 1810 bajo condiciones únicas en la historia de los pueblos civilizados o cristianos.

Con un continente inmenso y una población escasa; con ríos navegables, sin naves, ni el hábito de navegarlos; con una tierra fértil y sin ciencia para cultivarla; con ciudades en el interior sin comunicación fácil con los puertos; con un pueblo habituado a los usos y necesidades de la vida civilizada, y sin industria, para satisfacerlos. Dados estos antecedentes, cuya verdad nadie pone en duda, el tiempo por sí solo no puede producir una mejora de situación sensible; porque no hay progreso sino donde hay rudimentos que desenvolver, como ciencia, industria, etc. La independencia conquistada no podía ser un bien sino a condición de darnos libertad para corregir los defectos que había negado la colonización; la independencia, para perpetuar el mal existente, podría traer por consecuencia la destrucción de lo que existía, por la pereza y las pasiones desencadenadas.

Estos principios sencillos, pero de una aplicación muy general, los limitaremos aquí a unos cuantos casos de una experiencia práctica. La República Argentina, por ejemplo, es un país despoblado desde el Estrecho de Magallanes hasta más allá del Chaco. En el interior hay una población reducida en número y nula en cuanto a capacidad industrial, porque no ha heredado de sus padres ni las artes mecánicas, ni las máquinas que las auxilian, ni el conocimiento de las ciencias que las dirigen y varían. Los gobiernos americanos nacidos de la independencia debían, pues, ocuparse exclusivamente en hacer de esta inmensa extensión del país un Estado; de los ríos, medios de comunicación y exportación; de la población tan reducida, una nación.

Pero si hubiese un gobierno de esperar que el tiempo le trajese estos resultados, para que la población actual, reproduciéndose, pueda llegar a

* Publicado en 1850, después de la victoria de Caseros, anticipa ideas de *Conflictos...*

componer una nación de millones de hombres, dos serían los resultados: primero, que se necesitarían quinientos años para obtenerlo, y segundo, que se reproducirían los mismos hombres con su escasez actual de conocimientos, su falta de nociones industriales, etcétera. Esto es lo que sucedió hasta ahora poco en la España europea; se continúa así en Marruecos, en Africa y otros países. La población crece después de siglos; pero la civilización de los habitantes no está hoy más avanzada que lo que estaba quinientos años antes. ¿Por medio de qué prodigio, pues, podría un gobierno acelerar la obra del tiempo y mejorar a la vez la condición inteligente, industrial y productiva de la población actual?

La emigración europea responde a todas estas cuestiones. Hágase de la República Argentina la patria de todos los hombres que vengan de Europa; déjeles en libertad de obrar y mezclarse con nuestra población, tomando parte en nuestros trabajos, disfrutando de nuestras ventajas. Esto es lo que sucede hoy en Norteamérica, que tenía tres millones de habitantes cuando se hizo independiente y cuenta hoy veinticinco; que se componía sólo de trece Estados, y hoy se compone de veintiocho, entre los cuales hay muchos poblados casi exclusivamente por los emigrantes. De la Inglaterra han emigrado en 10 años medio millón de hombres, y de Europa entera emigran por año igual número de almas, de las cuales la mitad se dirige a los Estados Unidos y la otra se dispersa por todos los países nuevos del mundo, llevando a todas partes industria, medios nuevos de adquirir y con frecuencia fortunas hechas.

He aquí una estadística de los emigrados que han desembarcado en Nueva York, en 1849:

Procedentes de Irlanda	112.591
de Alemania	55.705
de Inglaterra	28.321
de Escocia	8.890
de Noruega	3.830
de Francia	2.683
de Holanda	2.447
del País de Gales	1.782
de Suiza	1.405
de Suecia	1.007
de Italia	602
de las Indias Occidentales	449
de Portugal	287
de España	214
de Cerdeña	172
de Dinamarca	150
de la Nueva Escocia	141

de Polonia	133
de Bélgica	118
del Canadá	59
de Rusia	38

Figuran en este estado otros países por corto número de emigrados, hasta componer un total de 220.603.

Donde esta masa de población se reúne, se devastan campos incultos, se levantan ciudades, se pueblan de navegantes los ríos, se recargan los mercados de productos, porque el europeo trae consigo una parte de la ciencia, de la industria y de los medios mecánicos de producir de las naciones civilizadas; de donde resulta que cuantos más europeos acudan a un país, más se irá pareciendo ese país a la Europa, hasta que llegue un día en que le sea superior en riqueza, en población y en industria, cosa que ya sucede hoy en los Estados Unidos.

¿Han obrado en vista de este resultado nuestros gobiernos? Nuestra triste historia está ahí para responder. Veinte años nos hemos ocupado en saber si seríamos federales o unitarios. ¿Pero qué organización es posible dar a un país despoblado, a un millón de hombres derramados sobre una extensión sin límites? Y como para hacer unitarios o federales era necesario que los unos matasen a los otros, los persiguiesen y expatriasen, en lugar de doblar el país ha disminuido la población; en lugar de adelantar en saber, se ha tenido cuidado de perseguir a los más instruidos.

Se necesitaba atraer población de otros países para que aumentase nuestro número y riqueza e introdujese el conocimiento de las artes y de las ciencias que nos faltan, y en veinte años no hemos hecho más que gritar contra los extranjeros, e intimidar a los que se dispondrían en Europa a venir con sus familias y su industria a establecerse entre nosotros; y como estas antipatías originan guerras, bloqueos, y que para resistirlos se necesita dinero y ejércitos, mientras nos defendíamos en el Río de la Plata, los indios salvajes despoblaban con sus depredaciones el interior, y reducían aún más que lo que estaba antes la parte ocupada por los cristianos.

Así vamos cada día de mal en peor, y continuará el mal en adelante, mientras no organicemos un gobierno nacional que se proponga por objeto único de sus esfuerzos poblar el país y crear riquezas. Este propósito, seguido con tesón por una serie de años, acelerará de un modo prodigioso nuestro desenvolvimiento, pero para llevarlo a cabo se requiere otra organización dada al país, y otro espíritu que el que ha aconsejado y dirigido la política de la nación. ¿Qué hacen, por ejemplo, esos enviados, que ganan diez mil pesos anuales, en Washington, Río de Janeiro, Londres, París? Arrastrarse ante gobiernos que no hacen caso de ellos, o confundirse entre la turba de diplomáticos haraganes, dándose aire de grandes señores y dándose buena vida con nuestras rentas.

Estos enviados debían ser hombres laboriosos, ocupados exclusivamente de estudiar los medios que aquellas naciones emplean para enriquecerse; de ponerse en contacto con los hombres que por su ciencia, su industria, nos convendría hacer venir a nuestro país. Nuestras embajadas en Europa deberían ser oficinas públicas, para procurarnos y enviarnos millares de emigrantes laboriosos, para seducir hombres eminentes, para predisponer por la prensa la opinión de la Europa en favor de nuestros países, poco conocidos hasta hoy, si no es por sus guerras y sus desórdenes. Oficinas de este género establecidas en Burdeos, Havre, Cádiz, Génova, Rotterdam, Hamburgo, nos enviarían cien mil emigrantes por año, que en uno solo, cubrirían de mieses los campos y de ciudades todo el bello territorio de Entre Ríos.

Tenemos un ejército y las disposiciones guerreras de los argentinos los hacen aptos para la vida militar. ¿Qué hemos hecho en diez años con nuestro ejército? Acamparlo en el Cerrito de Montevideo para que destruya ganados y mate hombres extraviados, porque, o no hemos podido, o no hemos querido tomar la plaza; pero en uno y otro caso no hay gloria ni provecho. Y el ejército tiene una grande y larga tarea que desempeñar entre nosotros. Cada diez años se hacen entradas a los indios; los indios se retiran al Sur a la aproximación de nuestras fuerzas, y en cambio de los cien mil pesos que ha costado la expedición, nuestros expedicionarios vuelven con algunos centenares de ovejas tomadas a los indios y algunos individuos de chusma por trofeos; concluido lo cual, los indios reaparecen en nuestras campañas y siguen sus depredaciones. Un gobierno previsora debe obrar de otra manera. Desde Bahía Blanca hasta la cordillera de los Andes, apoyándose en la margen del río Colorado, debe de diez en diez leguas erigirse un fuerte permanente, y dispuesto de modo que sirva de núcleo a una ciudad. Esto no haría más que quince o veinte fuertes, los cuales formarían una línea final a la República por el Sur. Las tribus salvajes que quedasen cortadas por esta línea de puestos avanzados no resistirían largo tiempo a la amenaza de ser aniquiladas, cogidas entre dos fuerzas y diezmadas.

Dos vaporcitos echados en el Colorado, telégrafos de brazos elevados sobre los fuertes para dar desde cada uno de ellos la señal de la alarma a los dos contiguos, son suficientes modos de mantener la seguridad y las comunicaciones de la frontera. La guarnición de estos puntos se haría con colonos militares, a quienes se distribuiría el terreno adyacente para estancias de ganados, proveyéndolos de animales, plantas, etc. La Rusia ha poblado por este sistema sus fronteras asiáticas, y la Francia no se posesionó de la Argelia sino el día que acantonó sus ejércitos en el Tell, dejando tras sí las poblaciones árabes sometidas y arrollando por delante a las que resistían a su poder. *

* El autor se muestra al parecer un poco atrasado, o los hechos han negado el plan de ejecución treinta años después; pero podemos suministrar instrucciones del origen de las diferencias. En 1845, visitó la colonia de Rajal, y recibió del mariscal

La pacificación de la frontera no se terminará, aun así, dentro de cincuenta años: pero establecidos estos puntos de ocupación, al Sur, los caminos dejarán en breve de ser infestados por los salvajes, y las provincias de Córdoba, San Luis y Mendoza avanzarán sus fronteras, su población y ganados cien leguas al Sur. La fortificación de algunos estrechos desfiladeros por donde pasan la cordillera los indios de Boroa a hacer malones en la sierra de la Ventana, y las de San Luis y Córdoba, completarán este sistema simple pero efectivo, de pacificación interna. Al Norte otro ejército, otro sistema de colonias fortificadas, la población, la ganadería, la agricultura extendidas hasta allá para su sostén, continuarán la obra de los españoles bajo un plan inteligente y seguido. Los trabajos de Archales, el viaje de Cruz desde Antuco a Buenos Aires, y otras exploraciones no menos importantes están revelando lo que debe hacerse, si no se quiere que las poblaciones del interior sean aniquiladas.

En el extremo Sur de la sierra del Alumbre o de Santa Bárbara, en la provincia de Salta, existe el fuerte de San Fernando, establecido por el gobierno español en 1750. Desde allí al Sur, hay camino transitado hasta el fuerte y reducción de Miraflores, a orillas del Salado, que viene de Santiago y continúa al poblado por ambas márgenes hasta que, cambiando su nombre en Tomé, desemboca en el Paraná, en las puertas de la ciudad de Santa Fe. El Salado es el límite de las poblaciones cristianas al Oeste de Córdoba, poblaciones detenidas en su crecimiento o arruinadas por los salvajes en estos últimos años.

Entre este río al Sur, el Paraná al Este, y el Bermejo al Norte, media una extensión de país de más de cuatro mil seiscientas leguas cuadradas que no ha sido aún ocupada, y aunque este país sea inundable en mucha extensión, seco en otra, el Estado necesita ocuparlo, para arrojar a los bárbaros a la orilla Norte del Bermejo, para despejar esta línea de comunicación entre Jujuy, Salta, Tucumán y Santiago del Estero con Corrientes, Paraguay y Entre Ríos. La circunstancia de ser habitado por los indios, muestra que la población cristiana puede medrar allí, sin que deba excluirse la presunción de que las inundaciones mismas puedan suministrar alimento

Bugeaud la explicación del cambio que él había introducido en la estrategia de la conquista que consistía, en lugar de defender lo poblado, avanzar el ejército a retaguardia de las tribus, lo que presenció en efecto, trasladándose al Jil, provincia de Orán.

La elección por entonces del Colorado, en lugar del río Negro, que en seguida propone como segunda línea la indujo el sabio d'Orbigny, diciéndole que el espacio que media entre el Colorado y el Negro, que él había recorrido, era un desierto de arena inhabitable y apenas transitable por falta de agua, por lo que creía que no podía servir el río Negro de línea de operaciones hacia el interior de la pampa, por lo que debían estar en contacto los fuertes.

Aun la elección de telégrafos de brazos (ya desaparecidos) era calculada, no obstante venir de los Estados Unidos, donde eran vulgares los telégrafos eléctricos; pero no creía que pudiesen ponerse postes y alambres en país desierto y amenazado por los salvajes. Los telégrafos de brazos, o de señales, harían, pues, el papel que han hecho ahora los cañonazos de aviso. (Nota del autor, escrita en 1878).

a la agricultura, como sucede en el Egipto, que aniega el Nilo periódicamente todos los años. *

Esta colonización militar al Norte y la que hemos propuesto al Sur, encerrarían el espacio de país comprendido entre los 23° y 40° de latitud, la cordillera de los Andes y los ríos a cubierto de invasiones de los salvajes, a fin de que la colonización pacífica se extienda a sus anchas y pueble tan vasto territorio. A medida que aquellas líneas fuertes se consoliden y pueblen, nuevos ejércitos de colonos militares avanzarían al Sur y al Norte a formar nuevas trincheras, ocupar y poblar nuevos países, apoyándose al Sur en las márgenes del río Negro, ** navegable hasta la cordillera según la relación de Villarino, y al Norte sobre el Pilcomayo, navegable en partes, pero siempre una barrera para los salvajes y una vía para los productos. ***

Cualquiera que la magnitud de estos trabajos sea, la República Argentina tiene que llegar al Estrecho de Magallanes al Sur, y a los extremos de Bolivia y Brasil al Norte.

Nuestros padres nos han dejado una inmensa herencia desierta, y una inmensa tarea que llenar para desempeñar nuestro papel de nación y de parte constituyente del mundo. Esta es la obra de siglos, y desde ahora se han de echar bases adecuadas a obra tan extensa. Más difícil ha sido para los holandeses poner coto al océano; más grande empresa ha acometido la Francia para someter a los árabes. Nuestras expedicioncillas a los indios, para volver con historias y paparruchas, son *especulaciones* ruines de gobernantes para arrancar contribuciones y enriquecerse, o para preparar con ellas medios de engrandecimiento personal. No son los indios los que quedan cautivos, son los pobres pueblos, que suministraron soldados y dinero.

Existe todavía en Buenos Aires una de las más bellas instituciones de otros tiempos, aunque hoy no se haga sentir por trabajo alguno de consecuencia. El Departamento Topográfico, hecho nacional, debiera ser el foco de donde partiesen y a donde volvieran todos los trabajos de reconocimiento, mensuración y demás. Nuestro principal elemento de prosperidad son los terrenos baldíos, improductivos hoy, pero que pueden valer millones desde el momento que se emprenda distribuirlos a los colonos por un precio determinado. Una vez aseguradas las fronteras por el sistema que hemos indicado, el interior de la República debe ser objeto de trabajos en grande escala. En los Estados Unidos, el gobierno de Washington pone en

* La obra importantísima de Archales, nuestro célebre ingeniero geógrafo, sobre el Chaco suministra datos preciosos sobre esta parte de la República.

** La relación de Villarino, a que se refiere el autor, es exagerada en cuanto a la fácil navegación del río Negro. La expedición mandada por la administración Sarmiento, bajo las órdenes del comandante Guerrico, para verificar aquellos datos, remontó hasta un poco más arriba de Choele-Choele, y desde allí aunque encontraba agua, era demasiada la corriente y estrecho el canal para avanzar hacia arriba, teniendo que llevar por tierra una lancha (Nota del autor, escrita en 1878).

*** El Gobierno de Chile envió hace cuatro meses al comandante de corbeta Muñoz Gamero a comprobar el rumor muy acreditado de que el río Negro tenía un origen en Chile, y podía por tanto ofrecer una línea de comercio y comunicación entre el Atlántico y el Pacífico. El resultado no correspondió a la esperanza: la cordillera se interpone entre los dos países.

venta todos los años una porción de las tierras federales que han sido medidas y deslindadas de antemano por los ingenieros. De este modo entran por año en caja doscientos mil pesos, y se echan los cimientos a nuevas poblaciones y Estados. Correspondería al Departamento Topográfico Nacional proceder a la mensura y enajenación de las tierras baldías cultivables en diversos puntos de la República, a fin de que los emigrantes que lleguen de Europa sepan a dónde dirigirse y no se acumulen en las costas por la incertidumbre y el temor de aventurarse a ciegas en un país desconocido. El interior debe hacerse viable para la inmigración y una cadena de casas de posta desde Buenos Aires a Mendoza y Tucumán asegurar el tránsito de los caminantes a pie. En Bolivia, país que reputamos más atrasado que el nuestro, el viajero marcha por los desiertos, durmiendo de noche en edificios decentes, construidos por el gobierno. ¿Quién que haya atravesado de Buenos Aires a San Luis, no recuerda con horror aquellas pocilgas que llevan el nombre de postas y que revelan el atraso de que no se ve ejemplo en las llanuras del Asia, donde de tiempo inmemorial existen caravanserrallos para comodidad y abrigo de los traficantes? No hay dificultades invencibles para la voluntad, ni inconvenientes que no haya remediado la experiencia. Los pozos artesianos, cuya construcción se ha simplificado en estos últimos años, aseguran la provisión de agua. Los ganados que se transportan de Buenos Aires al interior, se desbandan en los campos al menor ruido que los asuste, por falta de apriscos de distancia en distancia, donde pasen la noche seguros. Una posta de la pampa debiera ser en realidad una posta para el relevo de diligencias regulares que hagan la travesía periódicamente, una fortaleza, un aprisco para los ganados, una posada para emigrantes, un telégrafo (de brazos) para transmitir noticias, y un centro para que en los lugares adecuados se aglomere población. El comercio de Chile y el de Bolivia deben ser fomentados por estos medios y otros que están a nuestro alcance. En la pampa, una casa blanca y de regular elevación se divisa a diez leguas a la redonda, y de un minarete se descubren quince leguas, lo bastante para ponerse a cubierto de sorpresas de los bárbaros durante el día.

El Departamento Topográfico debiera promover un sistema seguido de trabajos de exploración en los ríos, para asegurarse de los que son navegables y de los que pueden ser canalizados. ¿Qué sabemos hoy del Negro, del Colorado, del Bermejo, del Pilcomayo, de los lagos de Guanacache, el Tercero, y otras vías de transporte, sino lo que nos han dejado los jesuitas y algunos exploradores mandados por la corona española? ¿Ni quién puede emprender este cúmulo de trabajos, sino un gobierno nacional interesado en el desarrollo de todas las partes del territorio, sin preocupación por favorecer los intereses de una provincia en perjuicio de otra, y con fondos nacionales cuyo empleo deba hacerse en pro común?

Bonpland, Parchappe, d'Orbigny han visitado las riberas del Plata y enriquecido la ciencia europea con datos preciosísimos. ¿Qué hemos sacado nosotros del contacto de tan ilustres huéspedes? Y entre nosotros todo

está por hacerse en materia de conocer el país en que vivimos y la naturaleza que nos rodea. Estudios no menos vastos deben emprenderse sobre la constitución geológica de países tan extensos. ¿Quién puede imaginarse las inexploradas riquezas que esconde en sus entrañas la sierra de Córdoba, cuyos sitios risueños y vistas pintorescas recuerdan los Alpes de la Suiza? Viajeros europeos han encontrado en ella siete especies de mármoles y jaspes de una rara beldad; el hierro abunda; la plata y el oro han sido explotados, y mil elementos de riqueza están esparcidos por doquier, esperando que la industria venga a aprovecharlos. La provincia de Córdoba, como centro de la República, debe ser el depósito general de todos los medios de mejora que hayan de ponerse en práctica para acelerar la población del interior. Córdoba reúne las dos grandes vías comerciales de Chile y Perú; desde Córdoba puede canalizarse el Tercero para ligarlo al gran sistema de ríos. A Córdoba debe empujarse la emigración europea, para que pueble las campañas y eche las bases de una industria fabril, a que predisponen las costumbres hacendosas de los habitantes y las materias textiles que se producen en cantidades enormes, un jardín de las plantas de Córdoba, para enriquecer el interior de nuevas materias de cultura, *haras*, para la mejora de las razas de animales domésticos, e introducción de otras nuevas, como caballos de tiro normandos, como vacas y caballos de raza inglesa.

El vulgo desdeña estas innovaciones, creyéndolas superfluidades, hijas de un espíritu de novedad. Téngase presente, sin embargo, que el primer carnero merino introducido en Buenos Aires fue por la solicitud de un gobierno ilustrado, y que veinticinco años después Buenos Aires ha contado por millones el producto de sus lanas refinadas. Hasta la aclimatación de camellos para la travesía de los desiertos del interior debe ser materia de la solicitud de un gobierno. Los hay en Pisa, en Italia, y el clima de Argel y de Marruecos, donde son el único vehículo de transporte, no es más ardiente ni la tierra es más árida que en la provincia de La Rioja. He aquí los objetos de primera atención para un gobierno nacional: atraer rápidamente la emigración europea, que por el miedo que les inspiramos pasa a establecerse en países más remotos; solicitarla, promoverla, alentarla, hasta que se establezca una corriente natural y espontánea, hasta que desde los puertos de Europa hasta las márgenes del Plata pueda verse una línea no interrumpida de embarcaciones. Esto no es imposible ni lejano.

A Nueva York han llegado 14.000 emigrantes en un solo día, y en Norte América cada día se hace más contingente y precaria la condición de los emigrantes. Las tierras baldías están ahora a más de 400 leguas de las costas, y los emigrantes, sin auxilio del gobierno, explotados por los especuladores, agotan sus fuerzas y sus energías antes de haberse establecido.

Es más posible ahora que la Europa se conmueva por sus cimientos, y son millones de hombres cuya posición es desgraciada. ¿Qué habría sido

del país americano que por una buena inspiración de la Providencia se hubiese hallado en aptitud de recoger a bordo de sus naves en Europa para hospedarlos en América, los republicanos romanos vencidos en Roma, los señores magyares que se han asilado en Turquía, los sabios franceses perseguidos, los patriotas alemanes pisoteados en Francfort? La libertad, la grandeza y la civilización de los Estados Unidos la han fundado para gloria eterna del pensamiento humano, algunos centenares de puritanos proscriptos de Inglaterra, perseguidos allá por revoltosos y turbulentos, y que reunidos en un país virgen afianzaron para siempre la libertad y la igualdad.

¡Cuántos trabajos tiene que emprender aún la bella y favorecida provincia de Buenos Aires! Sus campañas son eriales, tales como han salido de las manos de la naturaleza; sus habitantes, ganados más bien que hombres, y sus producciones hasta hoy tan pingües empiezan a desmerecer en los mercados europeos, por la revolución que en la industria ha introducido el uso del hierro, del cobre, del plomo, que han reemplazado al cuero en los implementos mecánicos. Los almacenes de Buenos Aires se recargan de mercaderías, y el comercio se estaciona por falta de población que las consuma.

La leña y las maderas de construcción han de venirle de afuera, porque aún no se ha pensado en cubrir de bosque el terreno, y la agricultura es hasta hoy, bajo el clima más propicio, materia de jardinería y de provisión del mercado, más bien que asunto de exportación. La Bahía Blanca pudiera convertirse sobre ambas márgenes del Colorado en un centro de colonización que extendiendo sus conquistas al Este y al Noroeste, se pusiese en contacto con la población del Sur de la provincia.

La campaña habitada de Buenos Aires daría espacio para la residencia de dos millones de labradores, sin que para ello fuese necesario disminuir la crianza de ganados. La Francia, no más grande que aquella provincia, contiene treinta y seis millones de habitantes, y mayor número de ganados que en Buenos Aires. ¿Cuáles son, sin embargo, los progresos que la industria hace en aquel país, aun en su estado de barbarie? Según el mensaje del gobernador de aquella provincia, resulta que de diez años a esta parte la mayor parte de los ganados están alzados, cual si vivieran en el estado de naturaleza.

La provincia ha pedido a su gobierno que a trueque de continuar gobernándola deje sin despachar los asuntos que no sean de interés nacional. Nosotros aplaudimos el heroísmo de un pueblo que pide a su gobernante que descuide todo lo que a su propia administración y adelanto interesa, por cuidar de los asuntos de interés nacional; mas nosotros desearíamos por el contrario que contrajese a su provincia sus desvelos, dejando al congreso nacional la incumbencia de velar por los intereses de todos.

Réstanos anticiparnos a la más vulgar de las objeciones que se oponen a la realización de estos *sueños*; sueños, sin embargo, que se realizan hoy a nuestra vista, en los Estados Unidos, en California, por los mismos

medios que proponemos para nuestro país. Una comparación. Buenos Aires es el puerto único de la Confederación, la residencia del encargado de las relaciones exteriores, el gobernador con la suma del poder público: Buenos Aires, la poderosa Buenos Aires, no tiene un muelle que facilite el movimiento de las mercaderías, que ahorre el ridículo expediente de cargar a hombros los pasajeros o entrar carretas al río a recibir las mercaderías.

San Francisco de California tiene en sólo dos años doce muelles de desembarco, y uno de ellos produce al día cuarenta mil pesos. Opónese a toda idea de progreso entre nosotros la falta de dinero para obras al parecer tan colosales.

Pero suponiendo que a las rentas se les hubiera de dar un destino útil en estos últimos doce años, es claro que por lo menos cuarenta millones de pesos hubieran podido emplearse en muelles, caminos, canales, postas, colonias militares y trabajos de exploración y conmesuración. Pero no puede restaurarse ya ni el tiempo ni las fortunas perdidas. Harto hará Buenos Aires, en un siglo, si una bancarrota no pone término a todo, en amortizar en un siglo los cien millones de moneda ficticia con que ha gravado su porvenir. ¿Valía, ¡Dios mío! la pena de sacrificios tan espantosos, de calamidades tan irreparables el empeño de que Oribe o Rivera gobernasen en Montevideo?

No desesperemos, sin embargo, del porvenir. Haya tranquilidad fundada en bases estables, vuelva la autoridad provisoria de la Confederación a su centro legítimo que es el congreso, y restableciéndose la tranquilidad y la confianza los capitales abundarán. Los tres cuartos de los canales y caminos de hierro de los Estados Unidos se han ejecutado con capitales ingleses. En Europa el dinero no tiene otro interés que el tres por ciento, y aun el dos; el capital calcula los riesgos, y no hay empresa por lejana o problemática a la que un buen interés no provoque capitales. Cuando se nos vea trabajar, cuando desaparezcan esos gobiernos voluntariosos y esas guerras obstinadas, los capitales, los brazos, la industria europea vendrán de suyo a buscar, bajo la salvaguardia de nuestras leyes, ocupación lucrativa. Dos líneas de poblaciones fuertes al Sur y al Norte de la República, aumentan de millones el valor de los millares de leguas aseguradas entre ellas. He aquí ya un capital adquirido: un sistema de postas, telégrafos y posadas que atravesase el interior en dos o tres direcciones, para que los inmigrantes de todas edades y sexos puedan penetrar a beneficiar tierras baldías, constituye por sí solo valores de millones; la navegación de los ríos promovida, facilitada, ensanchada, importa millones; y la confianza que un gobierno constituido inspira en los ánimos para aventurarse en empresas que requieren años para su realización, vale millones de millones. No hagamos depender los acontecimientos públicos, la guerra o la paz, la libertad o la clausura de los ríos, el comercio por esta o la otra vía, de la voluntad de un hombre; porque es muy miserable la condición humana para no extraviarse en la apreciación de los hechos. Que la razón

pública presida a todos los actos de gobierno, como el interés general, tal como entienden los gobiernos y o como lo cree un gobernante, debe ser el objeto y el fin de sus actos.

Todavía otra objeción. ¿Cuál será la constitución que habrá de darse a la nueva federación o a la actual, si no se logra el fin deseado? Pero esta cuestión es más fácil de resolver que las demás. La naturaleza del país, y la colocación recíproca de las provincias indica cuáles deben ser sus relaciones. La voluntad nacional, la violencia, los hechos han dado al Estado la forma federal. Las constituciones no son más que la proclamación de los derechos y obligaciones del hombre en la sociedad. En este punto todas las constituciones del mundo pueden reducirse a una sola. En materia de garantías, seguridad, libertad, igualdad, basta declarar vigentes todas las disposiciones de nuestras constituciones antiguas, la del año 12, la del 18 y la de 1826.

En cuanto al mecanismo federal, no hay otra regla que seguir por ahora que la constitución de los Estados Unidos. ¿Queremos ser federales? Seámoslo al menos como lo son los únicos pueblos que tienen esta forma de gobierno. ¿Queríamos, acaso, inventar otra forma federal desconocida hasta hoy en la tierra? Entremos en un régimen cualquiera que salga de lo arbitrario, de lo provisorio, de lo inconstituido, y el tiempo, la tranquilidad, la experiencia, irán señalando los escollos y apuntando el remedio. Todos los pueblos marchan en esta vía. El elemento de orden de un país no es la coerción ni la comprensión del gobierno. Son los intereses comprendidos. La despoblación y la falta de industria prohíjan las revueltas: poblad y cread intereses. Haced que el comercio penetre por todas partes, que mil empresas se inicien, que millones de capitales estén esperando sus productos, y crearéis un millón de sostenedores del orden; establecido así este orden, no es tan absurdo que los hombres de bien deseen en secreto verlo desaparecer. Cambiad el rumbo a las ideas, y en lugar de aspiraciones de partido, abridles un nuevo teatro de acción y fomentad nuevas esperanzas. Las preocupaciones populares pueden ser modificadas y dirigidas. Los romanos habían mamado con la leche la idea de que estaban destinados a dominar el mundo, y lo consiguieron. Los franceses hace un siglo que se creen llamados a presidir la civilización moderna, y los esfuerzos de sus sabios parecen justificar estas pretensiones.

Infundid a los pueblos del Río de la Plata que están destinados a ser una grande nación, que es argentino el hombre que llega a sus playas, que su patria es de todos los hombres de la tierra, que un porvenir próximo va a cambiar su suerte actual, y a merced de estas ideas, esos pueblos marcharán gustosos por la vía que se les señale, y doscientos mil inmigrantes introducidos en el país y algunos trabajos preparatorios, darán asidero en pocos años a tan risueñas esperanzas. Llamaos los *Estados Unidos de la América del Sur*, y el sentimiento de la dignidad humana y una noble emulación conspirarán en no hacer un baldón del nombre a que se asocian ideas grandes.

JUAN BAUTISTA ALBERDI

(Argentina)

BASES Y PUNTOS DE PARTIDA PARA LA ORGANIZACION
POLITICA DE LA REPUBLICA ARGENTINA

(Fragmento) *

Las Repúblicas de la América del Sur son producto y testimonio vivo de la acción de Europa en América. Lo que llamamos América independiente no es más que Europa establecida en América; y nuestra revolución no es otra cosa que la desmembración de un poder europeo en dos mitades, que hoy se manejan por sí mismas.

Todo en la civilización de nuestro suelo es europeo; la América misma es un descubrimiento europeo. La sacó a luz un navegante genovés, y fomentó el descubrimiento una soberana de España. Cortés, Pizarro, Mendoza, Valdivia, que no nacieron en América, la poblaron de la gente que hoy la posee, que ciertamente no es indígena.

No tenemos una sola ciudad importante que no haya sido fundada por europeos. Santiago fue fundada por un extranjero llamado Pedro Valdivia y Buenos Aires, por otro extranjero que se llamó Pedro de Mendoza.

Todas nuestras ciudades importantes recibieron nombres europeos de sus fundadores extranjeros. El nombre mismo de *América* fue tomado de uno de esos descubridores extranjeros: Américo Vespucio, de Florencia.

Hoy mismo, bajo la independencia, el indígena no figura ni compone mundo en nuestra sociedad política y civil.

Nosotros, los que nos llamamos americanos, no somos otra cosa que europeos nacidos en América. Cráneo, sangre, color, todo es de fuera.

El indígena nos hace justicia, nos llama *españoles* hasta el día. No conozco persona distinguida de nuestra sociedad que lleve apellido *pebuenche* o *araucano*. El idioma que hablamos es de Europa. Para humillación de los que reniegan de su influencia, tienen que maldecirla en lengua extranjera. El idioma español lleva su nombre consigo.

Nuestra religión cristiana ha sido traída a América por los extranjeros. A no ser por Europa, hoy América estaría adorando al sol, a los árboles, a las bestias, quemando hombres en sacrificio, y no conocería el matrimonio. La mano de Europa plantó la cruz de Jesucristo en la América antes gentil. ¡Bendita sea por esto solo la mano de Europa!

Nuestras leyes antiguas y vigentes fueron dadas por reyes extranjeros, y al favor de ellos tenemos hasta hoy códigos civiles, de comercio y criminales. Nuestras leyes patrias son copias de leyes extranjeras.

* Publicado en 1852 una vez vencido Juan Manuel de Rosas, influyó en la elaboración de la Constitución Argentina en 1853.

Nuestro régimen administrativo en hacienda, impuestos, rentas, etc., es casi hoy la obra de Europa. ¿Y qué son nuestras constituciones políticas sino adopción de sistemas europeos de gobierno? ¿Qué es nuestra gran revolución, en cuanto a ideas, sino una faz de la Revolución de Francia?

Entrad en nuestras universidades y dadme ciencia que no sea europea; en nuestras bibliotecas, y dadme un libro útil que no sea extranjero.

Reparad en el traje que lleváis, de pies a cabeza, y será raro que la suela de vuestro calzado sea americana. ¿Qué llamamos buen tono, sino lo que es europeo? ¿Quién lleva la soberanía de nuestras modas, usos elegantes y cómodos? Cuando decimos *confortable*, conveniente, *bien*, *comme il faut*, ¿aludimos a cosas de los araucanos?

¿Quién conoce caballero entre nosotros que haga alarde de ser indio neto? ¿Quién casaría a su hermana o a su hija con un infanzón de la Araucanía, y no mil veces con un zapatero inglés?

En América todo lo que no es europeo es bárbaro: no hay más división que ésta: 1º, el indígena, es decir, el salvaje; 2º, el europeo, es decir, nosotros los que hemos nacido en América y hablamos español, los que creemos en Jesucristo y no en Pillán (dios de los indígenas).

No hay otra división del hombre americano. La división en hombre de la ciudad y hombre de las campañas es falsa, no existe; es reminiscencia de los estudios de Niebuhr sobre la historia primitiva de Roma. Rosas no ha dominado con gauchos, sino con la ciudad. Los principales *unitarios* fueron hombres del campo, tales como Martín Rodríguez, los Ramos, los Míguens, los Díaz Vélez; por el contrario, los hombres de Rosas, los Anchorena, los Modrano, los Dorrego, los Arana, fueron educados en las ciudades. La *mazorca* no se componía de *gauchos*.

La única subdivisión que admite el hombre americano español es en *hombre del litoral* y *hombre de tierra adentro* o *mediterráneo*. Esta división es real y profunda. El primero es fruto de la acción civilizadora de la Europa de este siglo que se ejerce por el comercio y por la inmigración en los pueblos de la costa. El otro es obra de la Europa del siglo XVI, de la Europa del tiempo de la conquista, que se conserva intacto como en un recipiente, en los pueblos interiores de nuestro continente, donde lo colocó España, con el objeto de que se conservase así.

De Chuquisaca a Valparaíso hay tres siglos de distancia, y no es el instituto de Santiago el que ha creado esta diferencia en favor de esta ciudad. No son nuestros pobres colegios los que han puesto el litoral en Sud América trescientos años más adelante que las ciudades mediterráneas. Justamente carece de universidades el litoral. A la acción viva de la Europa actual, ejercida por medio del comercio libre, por la inmigración y por la industria en los pueblos de la margen, se debe su inmenso progreso respecto de los otros.

En Chile no han salido del Instituto los Portales, los Rengifo y los Urmeneta, hombres de Estado que han ejercido alto influjo. Los dos Egaña,

organizadores ilustres de Chile, se inspiraron en Europa de sus fecundos trabajos. Más de una vez los jefes y los profesores del Instituto han tomado de Valparaíso sus más brillantes y útiles inspiraciones del gobierno.

Desde el siglo XVI hasta hoy no ha cesado Europa un solo día de ser el manantial y origen de la civilización de este continente. Bajo el antiguo régimen, Europa desempeñó ese papel por conducto de España. Esta nación nos trajo la última expresión de la Edad Media, y el principio del Renacimiento de la civilización en Europa.

Con la revolución americana acabó la acción de la Europa española en este continente; pero tomó su lugar la acción de la Europa anglosajona y francesa. Los americanos de hoy somos europeos que hemos cambiado de maestros: a la iniciativa española ha sucedido la inglesa y francesa. Pero siempre es Europa la obrera de nuestra civilización. El medio de acción ha cambiado, pero el producto es el mismo. A la acción oficial o gubernamental ha sucedido la acción social, de pueblo, de raza. La Europa de estos días no hace otra cosa en América que completar la obra de la Europa de la Edad Media, que se mantiene embrionaria, en la mitad de su formación. Su medio actual de influencia no será la espada, no será la conquista. Ya América está conquistada; es europea y por lo mismo inconquistable. La guerra de conquista supone civilizaciones rivales. Estados opuestos: el salvaje y el europeo, v. gr. Este antagonismo no existe; el salvaje está vencido: en América no tiene dominio ni señorío. Nosotros, europeos de raza y de civilización, somos los dueños de América.

Es tiempo de reconocer esta ley de nuestro progreso americano, y volver a llamar en socorro de nuestra cultura incompleta a esa Europa, que hemos combatido y vencido por las armas en los campos de batalla, pero que estamos lejos de vencer en los campos del pensamiento y de la industria.

Alimentando rencores de circunstancias todavía hay quienes se alarmen con el solo nombre de Europa; todavía hay quienes abriguen temores de perdición y esclavitud.

Tales sentimientos constituyen un estado de enfermedad en nuestros espíritus sudamericanos, sumamente aciago a nuestra prosperidad, y digno por lo mismo de estudiarse.

Los reyes de España nos enseñaron a odiar bajo el nombre de *extranjero* a todo el que no era *español*. Los libertadores de 1810, a su vez, nos enseñaron a detestar bajo el nombre de *europeo* a todo el que no había nacido en América. España misma fue comprendida en este odio. La cuestión de guerra se estableció en estos términos: *Europa* y *América*, el viejo mundo y el mundo de Colón. Aquel odio se llamó *lealtad* y éste *patriotismo*. En su tiempo esos odios fueron resortes útiles y oportunos; hoy son preocupaciones aciagas a la prosperidad de estos países.

La prensa, la instrucción, la historia, preparadas para el pueblo, deben trabajar para destruir las preocupaciones contra el extranjerismo, por ser

obstáculo que lucha de frente con el progreso de este continente. La aversión al extranjero es barbarie en otras naciones; en las de América del Sur es algo más: es causa de ruinas, de disolución de la sociedad de tipo español. Se debe combatir esa tendencia ruinoso con las armas de la credulidad misma y de la verdad grosera que están al alcance de nuestras masas. La prensa de iniciación y propaganda del verdadero espíritu de progreso debe preguntar a los hombres de nuestro pueblo si se consideran de raza indígena, si se tienen por indios *pampas* o *pehuenches* de origen, si se creen descendientes de salvajes y gentiles, y no de las razas extranjeras que trajeron la religión de Jesucristo y la civilización de Europa a este continente, en otro tiempo patria de gentiles.

Nuestro apostolado de civilización debe poner de bulto y en toda su desnudez material, a los ojos de nuestros buenos pueblos envenenados de prevención contra lo que constituye su vida y progreso, los siguientes hechos de evidencia histórica. Nuestro Santo Papa: Pío IX, actual jefe de la Iglesia Católica, es un extranjero, un italiano, como han sido extranjeros cuantos papas le han precedido, y lo serán cuantos le sucedan en la santa silla. Extranjeros son los santos que están en nuestros altares, y nuestro pueblo creyente, se arrodilla todos los días ante esos beneméritos santos extranjeros que nunca pisaron el suelo de América, ni hablaron castellano los más.

San Eduardo, Santo Tomás, San Galo, Santa Ursula, Santa Margarita y muchos otros santos católicos, eran ingleses, eran extranjeros a nuestra nación y a nuestra lengua. Nuestro pueblo no los entendería si los oyese hablar en inglés, que era su lengua, y los llamaría *gringos*, tal vez.

San Ramón Nonato era catalán, San Lorenzo, San Felipe Benicio, San Anselmo, San Silvestre, eran italianos, iguales en origen a esos extranjeros que nuestro pueblo apellida *carcamanes* en nuestros altares. San Nicolás, era un suizo, y San Casimiro era húngaro.

Por fin, el Hombre-Dios, Nuestro Señor Jesucristo, no nació en América, sino en Asia, en Belén, ciudad pequeña de Judá, país dos veces más distante y extranjero de nosotros que Europa. Nuestro pueblo, escuchando su divina palabra no le habría entendido, porque no hablaba castellano; le habría llamado extranjero, porque lo era en efecto; pero ese divino extranjero, que ha suprimido las fronteras y hecho de todos los pueblos de la tierra una familia de hermanos, ¿no consagra y ennoblece, por decirlo así, la condición del extranjero por el hecho de ser la suya misma?

Recordemos a nuestro pueblo que la patria no es el suelo. Tenemos suelo hace tres siglos, y sólo tenemos patria desde 1810. La patria es la libertad, es el orden, la riqueza, la civilización organizados en el suelo nativo, bajo su enseña y en su nombre. Pues bien: esto se nos ha traído por Europa, es decir, Europa nos ha traído la noción del orden, la ciencia de la libertad, el arte de la riqueza, los principios de la civilización cristiana. Europa, pues, nos ha traído la patria, si agregamos que nos trajo hasta la población que constituye el personal y el cuerpo de la patria.

Nuestros patriotas de la primera época no son los que poseen ideas más acertadas del modo de hacer prosperar esta América que con tanto acierto supieron abstraer al poder español. Las nociones del patriotismo, el artificio de una causa puramente americana de que se valieron como medio de guerra conveniente a aquel tiempo, los dominan y poseen todavía. Así hemos visto a Bolívar hasta 1826 provocar ligas para contener a Europa que nada pretendía, y al general San Martín aplaudir en 1844 la resistencia de Rosas a reclamaciones accidentales de algunos Estados europeos. Después de haber representado una necesidad real y grande de la América de aquel tiempo, desconocen hoy hasta cierto punto las nuevas exigencias de este continente. La gloria militar que absorbió su vida los preocupa todavía más que el progreso.

Sin embargo, a la necesidad de gloria ha sucedido la necesidad de provecho y de comodidad, y el heroísmo guerrero no es ya el órgano competente de las necesidades prosaicas del comercio y de la industria, que constituyen la vida actual de estos países.

Enamorados de su obra, los patriotas de la primera época se asustan de todo lo que creen comprometerla.

Pero nosotros, más fijos en la obra de la civilización que en la del patriotismo de cierta época, vemos venir sin pavor todo cuanto la América puede producir en acontecimientos grandes. Penetrados de que su situación actual es de transición, de que sus destinos futuros son tan grandes como desconocidos, nada nos asusta y en todo fundamos sublimes esperanzas, de mejora. Ella no está bien; está desierta, solitaria, pobre. Pide población, prosperidad.

¿De dónde le vendrá esto en el futuro? Del mismo origen del que vino antes de ahora: de la Europa.

¿Cómo, en qué forma vendrá en lo futuro el espíritu vivificante de la civilización europea a nuestro suelo? Como vino en todas las épocas: Europa nos traerá su espíritu nuevo, sus hábitos de industria, sus prácticas de civilización, en las inmigraciones que nos envíe.

Cada europeo que viene a nuestras playas nos trae más civilización en sus hábitos que luego comunica a nuestros habitantes, que muchos libros de filosofía. Se comprende mal la perfección que no se ve, toca ni palpa. Un hombre laborioso es el catecismo más edificante.

¿Queremos plantar y aclimatar en América la libertad inglesa, la cultura francesa, la laboriosidad del hombre de Europa y de Estados Unidos? Traigamos pedazos vivos de ellas en las costumbres de sus habitantes y radiquémosla aquí.

¿Queremos que los hábitos de orden, de disciplina y de industria prevalezcan en nuestra América? Llenémosla de gente que posea hondamente esos hábitos. Ellos son comunicativos; al lado del industrial europeo

pronto se forma el industrial americano. La planta de la civilización no se propaga de semilla. Es como la viña: prende de gajo.

Este es el medio único de que América, hoy desierta, llegue a ser un mundo opulento en poco tiempo. La reproducción por sí sola es medio lentísimo.

Si queremos ver agrandados nuestros Estados en poco tiempo, traigamos de fuera sus elementos ya formados y preparados.

Sin grandes poblaciones no hay desarrollo de cultura, no hay progreso considerable; todo es mezquino y pequeño. Naciones de medio millón de habitantes, pueden serlo por su territorio; por su población serán provincias, aldeas; y todas sus cosas llevarán siempre el sello mezquino de provincia.

Aviso importante a los hombres de Estado sudamericanos: las escuelas primarias, los liceos, las universidades, son, por sí solos, pobrísimos medios de adelanto en las grandes empresas de producción hijas de las grandes porciones de hombres.

La población —necesidad sudamericana que representa todas las demás— es la medida exacta de la capacidad de nuestros gobiernos. El ministro de Estado que no duplica el censo de estos pueblos cada diez años, ha perdido su tiempo en bagatelas y nimiedades.

Haced pasar el *roto*, el *gaucho*, el *cholo*, unidad elemental de nuestras masas populares, por todas las transformaciones del mejor sistema de instrucción: en cien años no haréis de él un obrero inglés, que trabaja, consume, vive digna y confortablemente. Poned el millón de habitantes, que forman la población media de estas Repúblicas, en el mejor pie de educación posible, tan instruido como el cantón de Ginebra en Suiza, como la más culta provincia de Francia: ¿tendréis con eso un grande y floreciente Estado? Ciertamente que no: un millón de hombres en territorio cómodo para 50 millones, ¿es otra cosa que una miserable población?

Se hace este argumento: educando nuestras masas, tendremos orden; teniendo orden vendrá la población de fuera.

Os diré que invertís el verdadero método de progreso. No tenéis orden ni educación popular, sino por el influjo de masas introducidas con hábitos arraigados de ese orden y buena educación.

Multiplicad la población seria, y veréis a los vanos agitadores, desairados y solos, con sus planes de revueltas frívolas, en medio de un mundo absorbido por ocupaciones graves.

¿Cómo conseguir todo esto? Más fácilmente que gastando millones en tentativas mezquinas de mejoras interminables.

Tratados extranjeros.— Firmad tratados con el extranjero en que deis garantías de que sus derechos naturales de propiedad, de libertad civil, de seguridad, de adquisición y de tránsito, les serán respetados. . .

Los tratados de amistad y comercio son el medio honorable de colocar la civilización sudamericana bajo el protectorado de la civilización del mun-

do. ¿Queréis, en efecto, que nuestras constituciones y todas las garantías de industria, de propiedad y libertad civil, consagradas por ellas, vivan inviolables bajo el protectorado del cañón de todos los pueblos, sin mengua de nuestra nacionalidad? Consignad los derechos y garantías civiles, que ellas otorgan a sus habitantes, en tratados de amistad, de comercio y de navegación con el extranjero. Manteniendo, haciendo él mantener los tratados, no hará sino mantener nuestra Constitución. Cuantas más garantías deis al extranjero, mayores derechos asegurados tendréis en vuestro país.

.....

Plan de inmigración.— La inmigración espontánea es la verdadera y grande inmigración. Nuestros gobiernos deben provocarla, no haciéndose ellos empresarios, no por mezquinas concesiones de terrenos habitables por osos, en contratos falaces y usurarios, más dañinos a la población que al poblador, no por puñaditos de hombres, por arreglillos propios para hacer el negocio de algún especulador influyente, eso es la mentira, la farsa de la inmigración fecunda; sino por el sistema grande, largo y desinteresado, que ha hecho nacer a California en cuatro años por la libertad prodigada por franquicias que hagan olvidar su condición al extranjero, persuadiéndole de que habita su patria; facilitando, sin medida ni regla, todas las miras legítimas, todas las tendencias útiles.

.....

Tolerancia religiosa.— Si queréis pobladores morales y religiosos, no fomentéis el ateísmo. Si queréis familias que formen las costumbres privadas, respetad su altar a cada creencia. La América española, reducida al catolicismo con exclusión de otro culto, representa un solitario y silencioso convento de monjes. El dilema es fatal: o católica exclusivamente y despoblada; o poblada y próspera, y tolerante en materia de religión. Llamar la raza anglosajona y las poblaciones de Alemania, de Suecia, de Suiza, y negarles el ejercicio de su culto, es lo mismo que no llamarlas, sino por ceremonia, por hipocresía de liberalismo.

Esto es verdadero a la letra: excluir los cultos disidentes de la América del Sur, es excluir a los ingleses, a los alemanes, a los suizos, a los norteamericanos, que no son católicos; es decir, a los pobladores de que más necesita este continente. Traerlos sin su culto, es traerlos sin el agente que les hace ser lo que son; a que vivan sin religión, a que se hagan ateos.

Hay pretensiones que carecen de sentido común, y es una de ellas querer población, familias, costumbres y al mismo tiempo rodear de obstáculos el matrimonio del poblador disidente: es pretender aliar la moral y la prostitución. Si no podéis destruir la afinidad invencible de los sexos, ¿qué hacéis con arrebatarse la legitimidad a las uniones naturales? Multiplicar las concubinas en vez de las esposas; destinar a nuestras mujeres americanas a ser escarnio de los extranjeros; hacer que los nacimientos nazcan manchados; llenar toda nuestra América de gauchos, de prostitutas,

de enfermedades, de impiedad, en una palabra. Eso no se puede pretender en nombre del catolicismo sin insulto a la magnificencia de esta noble Iglesia, tan capaz de asociarse a todos los progresos humanos.

Querer el fomento de la moral en los usos de la vida, y perseguir iglesias que enseñan la doctrina de Jesucristo, ¿es cosa que tenga sentido común?

.....
Inmigración mediterránea.— Hasta aquí la inmigración europea ha quedado en los pueblos de la costa y de ahí la superioridad del litoral de América, en cultura, sobre los pueblos de tierra adentro.

.....
Pero el medio más eficaz de elevar la capacidad y cultura de nuestros pueblos de situación mediterránea a la altura y capacidad de las ciudades marítimas es aproximarlos a la costa, por decirlo así, mediante un sistema de vías de transporte grande y liberal, que los ponga al alcance de la acción civilizadora de Europa.

Los grandes medios de introducir la Europa en los países interiores de nuestro continente en escala y proporciones bastante poderosos para obrar un cambio portentoso en pocos años, son el ferrocarril, la libre navegación interior y la libertad comercial.

.....
No temáis tampoco que la nacionalidad se comprometa por la acumulación de extranjeros, ni que desaparezca el tipo nacional. Este temor es estrecho y preocupado. Mucha sangre extranjera ha corrido en defensa de la independencia americana.

Montevideo, defendido por extranjeros, ha merecido el nombre de Nueva Troya. Valparaíso, compuesto de extranjeros, es el lujo de la nacionalidad chilena. El pueblo inglés ha sido el pueblo más conquistado de cuantos existen; todas las naciones han pisado su suelo y mezclado a él su sangre y su raza. Es producto de un cruzamiento infinito de castas; por eso justamente el inglés es el más perfecto de los hombres, y su nacionalidad tan pronunciada que hace creer al vulgo que su raza es sin mezcla.

No temáis, pues, la confusión de razas y de lenguas. De la Babel, del caos, saldrá algún día brillante y nítida la nacionalidad sudamericana. El pueblo prohija a los hombres, los arrastra, se los asimila y hace suyos. El emigrado es como el colono: deja la madre patria por la patria de su adopción. Hace dos mil años que se dijo esta palabra que forma la divisa de este siglo: *Ubi bene, ibi patria.*

Y ante los reclamos europeos por inobservancia de los tratados que firméis, no corráis a la espada ni gritéis: *¡Conquista!* No va bien tanta susceptibilidad a pueblos nuevos, que para prosperar necesitan de todo el mundo. Cada edad tiene su honor peculiar. Comprendamos el que nos corresponde. Mirémonos mucho antes de desnudar la espada: no porque seamos débiles, sino porque nuestra inexperiencia y desorden normales

nos dan la presunción de culpabilidad ante el mundo de nuestros conflictos externos; y sobre todo, porque la paz nos vale el doble que la gloria.

La victoria nos dará laureles; pero el laurel es planta estéril para América. Vale más la espiga de la paz, que es de oro, no en la lengua del poeta, sino en la lengua del economista.

Ha pasado la época de los héroes; entramos hoy en la edad del buen sentido. El tipo de la grandeza americana no es Napoleón, es Washington, y Washington no representa triunfos militares, sino prosperidad, engrandecimiento, organización y paz. Es el héroe del orden en la libertad por excelencia.

Por sólo sus triunfos guerreros hoy estaría Washington sepultado en el olvido de su país y del mundo. La América española tiene generales infinitos que representan hechos de armas más brillantes y numerosos que los del general Washington. Su título a la inmortalidad reside en la constitución admirable que ha hecho de su país el modelo del universo, y que Washington selló con su nombre. Rosas tuvo en su mano cómo hacer eso en la República Argentina, y su mayor crimen es haber malogrado esa oportunidad.

Reducir en dos horas una gran masa de hombres a su octava parte por la acción del cañón: he ahí el heroísmo antiguo y pasado.

Por el contrario multiplicar en pocos días una población pequeña, es el heroísmo del estadista moderno: la grandeza de creación, en lugar de la grandeza del exterminio.

El censo de la población es la regla de la capacidad de los ministros americanos.

Desde la mitad del siglo XVI la América interior y mediterránea ha sido un sagrario impenetrable para la Eutopa no peninsular. Han llegado los tiempos de su franquicia absoluta y general. En trescientos años no ha ocurrido período más solemne para el mundo de Colón.

.....

JOSE VICTORINO LASTARRIA
(Chile)

LECCIONES DE POLITICA POSITIVA
(Fragmentos) *

I

SISTEMA DE LA FUERZA Y SISTEMA LIBERAL.
ERRORES MORALES Y POLITICOS

El modo de pensar, teológico, el metafísico y el positivo han dado origen a dos sistemas en su aplicación a la dirección y gobierno de las sociedades, sistemas que no han sido bien caracterizados y definidos sino en el presente siglo: el sistema de la *fuerza* y el sistema *liberal*. El modo de pensar teológico, elevando a dogmas todas las concepciones del espíritu acerca del universo y de los fenómenos humanos, ha aplicado la fuerza física y moral al gobierno absoluto de las sociedades; y la metafísica desde Platón y Aristóteles, lo ha auxiliado poderosamente para establecer el *imperium unum*, el gobierno omnímodo, absoluto y general sobre todas las manifestaciones de la vida individual y social; esto es, la esclavitud completa del espíritu humano. Entre tanto, el modo de pensar positivo, buscando, por medio de la observación y de la experiencia, la explicación genuina y racional de los fenómenos, y auxiliándose a su vez de las abstracciones metafísicas, ha pugnado desde el principio por hacer prevalecer un sistema contrario, el sistema liberal fundado en la libertad humana, y que en nuestros días ha llegado a invadir todas las esferas de la actividad social.

“El sistema de la fuerza, repetíamos con Ahrens hace largos años, que ha sido adoptado en el orden civil y político, tanto como en el religioso, moral e intelectual, es el más vicioso, porque contraría la naturaleza moral del hombre y ha detenido siempre el desarrollo social. La historia nos demuestra que el progreso que se ha hecho en las instituciones civiles ha tenido que luchar con los obstáculos insuperables que le han puesto las autoridades que se atribuyen la misión de dirigir la vida social, sin hacer otra cosa que atizar las discordias intestinas y las guerras exteriores por medio de la fuerza empleada para mantener en la servidumbre a las sociedades. Pero este sistema de fuerza, que ha mantenido el yugo moral y material que pesa sobre los pueblos, paralizando todas las facultades, todas las tendencias progresivas de la sociedad, está ya casi vencido por el espíritu de la verdad, que ha hecho rápidos progresos en todas las esferas

* El crítico liberal de la colonización española asimila el positivismo en este análisis político que publica en 1875.

de la actividad social. Las instituciones antiguas se mantienen hoy en día como una especie de ruina que recuerda a los hombres que se trata de edificar después de haber destruido, que se trata de reunir en un solo cuerpo de doctrina todas las verdades que han triunfado y que deben de trazar a la humanidad el camino de un progreso pacífico y de una felicidad más general. Tan ciertos son estos hechos, que los partidarios mismos de la política no se atreven a profesarlo abiertamente en política, y aún se valen de la libertad para disfrazar sus miras y reconquistar su poder perdido, lo cual es un verdadero homenaje al espíritu nuevo”.

Mas si el sistema de la fuerza está bien definido y conocido, si los ataques que ha sufrido desde la reforma y desde las revoluciones de Inglaterra y de Francia, consumadas en favor de la emancipación del espíritu y de la sociedad, han desacreditado su poder y han mostrado su falsedad; el sistema liberal no está aún bien comprendido, ni su capacidad y sus fuerzas para dirigir la sociedad están comprobadas en Europa, y de aquí la anarquía de la situación.

Ya hemos demostrado en nuestra *América* los profundos errores de las teorías morales y políticas de los principales escritores contemporáneos de Europa. Ahora podemos agregar el testimonio de Comte cuya opinión sobre los errores predominantes expone y explica Stuart Mill de esta manera:

“Comte mira a todos los que profesan opiniones políticas, divididos hasta hoy entre los que adhieren al modo teológico y los que adhieren al modo metafísico de pensar: los primeros deduciendo todas las doctrinas de las ordenanzas divinas y los últimos de las abstracciones. Sin embargo, las concepciones teológicas y las metafísicas, en su aplicación a la sociología, se refieren, no a la producción de los fenómenos sino a la regla del deber y a la conducta durante la vida. Esto es lo que se funda en una voluntad divina o en concepciones mentales abstractas, que, por una ilusión, han sido revestidas de un valor objetivo. Por una parte, las reglas de la moral se refieren por todos lados a un origen divino. En el mayor número de los países, la ley civil y criminal entera fue mirada como revelada de lo alto; y solo a las pequeñas comunidades militares, que escaparon de este error, se debe que el hombre sea hoy un ser progresivo. Se creyó casi por todas partes que las instituciones del Estado habían sido establecidas de una manera divina. El derecho divino de gobernar de ciertas razas de reyes, y aun de gobernar de una manera absoluta, era todavía hace poco, el dogma del partido dominante en la mayor parte de los países de Europa, mientras que el derecho divino de los papas y de los obispos para dictar las creencias de los hombres, no solo en lo que concierne al mundo invisible, hace esfuerzos todavía para regir al género humano, bien que a través de dificultades considerables. Cuando estas opiniones comenzaron a perder su valor, una teoría social se presentó a ocupar su lugar. Es verdad que hubo mucho de estas teorías, y hay algunas a las cuales no se puede aplicar con justicia la calificación de metafísicas en el sentido en que lo

hace Comte. Todas las teorías que han hecho de la felicidad del género humano el fin de las instituciones, así como el de las reglas de acción, y que han tomado por guía la observación y la experiencia, tienen derecho al nombre de positivas, cualquiera que sea su imperfección bajo otros aspectos. Pero esto no ha formado sino una pequeña minoría. Comte tenía razón de asegurar que las escuelas predominantes de especulación moral y política eran metafísicas, cuando no eran teológicas. Ellas afirmaban que las reglas morales y aun las instituciones políticas eran, no medios de llegar a un fin, al bien general, sino corolarios que se deducen de la concepción de los derechos naturales. Ese fue el caso especialmente en todos los países en que las ideas de los publicistas derivaban de la ley romana. Los que reglaban la opinión en estas materias, eran hombres de ley, cuando no eran teólogos, y los legistas del continente siguieron a los juristas romanos, los cuales seguían a los metafísicos griegos, reconociendo como la última fuente de lo justo, en la moral, y por consiguiente en las instituciones, la ley imaginaria del ser imaginario Naturaleza. Los primeros que han sistematizado la moral en la Europa cristiana, dándole una base que no es la de la teología pura, aquellos que han escrito sobre la ley internacional, razonaban enteramente según esas premisas y las han transmitido a una larga línea de sucesores. Este modo de pensar alcanzó su punto culminante en Rousseau, en cuyas manos vino a ser un instrumento tan poderoso para destruir lo pasado, como impotente para dirigir el porvenir. La victoria completa que esta filosofía alcanzó en el campo de la especulación, sobre las viejas doctrinas, fue temporalmente seguida de un triunfo igualmente completo en la práctica en la revolución francesa; donde, habiendo encontrado por primera vez una amplia ocasión de desarrollar sus tendencias y de demostrar lo que ella era capaz de realizar, fracasó de una manera bastante manifiesta, para producir una reacción parcial en favor de las doctrinas del feudalismo y del catolicismo. Entre estos últimos y la metafísica política de la revolución, la sociedad ha vacilado desde entonces, provocando en este movimiento la aparición de un partido híbrido e intermedio, llamado *Conservador* o partido del *orden*, que no tiene ninguna doctrina que le pertenezca en propiedad, pero que procura mantener la balanza entre los otros dos partidos, adoptando alternativamente los argumentos de cada uno, para servirse de ellos como de armas contra aquél de los dos que, en un momento dado, parece tener la suerte de prevalecer”.

Mill agrega con razón que si es exacta esta descripción del estado actual de la opinión pública en Francia y en los demás países que obedecen al impulso francés, no es justa respecto a Inglaterra y de las comunidades de origen inglés; en estos países en que el derecho divino murió con los partidarios de Jacobo II, ni las ideas teológicas ni las metafísicas han encontrado favor jamás, ni aun entre los hombres del partido popular extremo, que han preferido fundar sus reclamaciones, no en los derechos naturales sino en las tradiciones históricas de su propio país y en la conveniencia general. “En Inglaterra, dice, la preferencia que se da a una forma

de gobierno sobre otra, dependen rara vez de otra cosa que de las conveniencias prácticas que ella produce o que de ella se esperan.

“Ese espíritu positivo es en verdad el que ha salvado a los países ingleses del naufragio general, y el que ha preparado y realizado el triunfo de la semocracia o del gobierno de sí mismo en los Estados Unidos. Si las repúblicas americanas hubieran podido imitarlo, su progreso moral y político habría sido más efectivo en los cincuenta años que han atravesado de vida independiente: pero no pudo ser así, porque la analogía de sus creencias, sus tradiciones y sus hábitos y aun la analogía de idioma las han llevado naturalmente a recibir las influencias de la Francia, y por consiguiente a desaprovechar y contrariar su revolución, como la Francia ha contrariado la suya.

“Así es que los pueblos hispano-americanos se hallan hoy en la dolorosa y anárquica transición en que se ven todos los pueblos europeos que reciben el impulso francés. Si los hombres de luces o los que aspiran a influir en los destinos de estos pueblos se hallan tan desorientados, tan divididos y tan imbuidos en los errores tradicionales del espíritu teológico y del modo metafísico, no es de extrañar que las sociedades estén hoy sin ideas, sin brújula, y dominadas por una aspiración vaga, en que no puede resolverse ni se resuelve sino en un escepticismo estéril que extravía y hace más dolorosa la transición. La sociedad europea y americana, con excepción de los pueblos ingleses, se halla hoy en una situación análoga a la del imperio romano en la época de la transición del politeísmo al monoteísmo.

“Un gran desorden intelectual y moral invadió al mundo romano, cuando por una parte, su período militar estaba cumplido, y no quedaban más que riquezas especialmente acumuladas en ciertas clases, o en familias numerosas, ociosas, sin creencias y sin freno, y cuando, por otro lado, los hábitos griegos, dando a las abstracciones teóricas un valor exagerado sobre los resultados prácticos, a las utopías sobre las realidades, a la palabrería sobre la reflexión, hicieron pulular en Roma a los espíritus inciertos, desalentados, sin costumbres, y produjeron ese estado de malestar en que se hace necesario una reacción. Esta disposición intelectual se prolongó hasta el momento en que la síntesis monoteísta pudo encadenar las fuerzas virtuales de la inteligencia, que estaban dispersas por todas partes; y aún fue necesario esperar también la agregación completa a la gran ciudad de las poblaciones que permanecían resistentes a la nueva transformación. En fin, para arribar al nacimiento del monoteísmo, llegaban a ser urgentes la emancipación doméstica y la libertad de los esclavos, únicos instrumentos del trabajo útil, porque ellas eran la consecuencia de un régimen que consagra el sentimiento y los impulsos del corazón”.

¿No es más o menos esta la pintura de la situación actual de nuestra época de transición? Se necesita llegar a la síntesis democrática, que consiste en el triunfo completo de la libertad, en la semocracia, porque esta es la única potencia que puede encuadernar las fuerzas de la inteligencia

dispersas, y dar una base positiva a la sociedad y al hombre. Entre tanto, la anarquía de las ideas, el escepticismo, la hipocresía, el desaliento y la falsedad de las costumbres, son otros tantos elementos poderosos de que se valen para mantenerse y dominar el error, las preocupaciones, la ambición egoísta, y los vicios y los sórdidos intereses que han vivido y que hanse hecho fuertes en la civilización y en los gobiernos que nos ha legado la Edad Media, y cuyo imperio aún pesa sobre la edad moderna.

Ved si no lo que pasa. El sistema de la fuerza, aplicado al gobierno de la sociedad y a la dirección del individuo, ha sentido ya la impotencia de sus medios de dominación para luchar con el principio liberal. A lo menos en Inglaterra se ha declarado vencido, pues ha dejado ya de llorar con lord Eldon sobre las ruinas de su poder, y ha perdido toda fe en los razonamientos falsos y triviales con que antes se defendía. Su táctica consiste ahora en ir adelante para mantener sus últimos baluartes, en *oponer a sus adversarios*, como decía lord Palmerston, *reformas tales, que impidan las revoluciones*. Todas las grandes reformas se han acometido allí y se han realizado con lealtad en estos últimos años: todas las necesidades, todos los derechos de aquella sociedad, que adelanta con una rapidez creciente, han sido satisfechos: la corona y la aristocracia, estos dos centros de despotismo y de atraso en el centro de la Europa, han compartido en Inglaterra su poder con el pueblo, y haciéndose reformistas, han podido y podrán sostenerse por mucho tiempo, a pesar de las tendencias democráticas del progreso moral y político.

Este es un triunfo del espíritu positivo. El pueblo inglés es pueblo práctico. No así el continente europeo.

Con todo solamente se muestra recalcitrante el sistema de la fuerza en la curia de Roma, donde cree que aferrándose con impudencia a sus antiguos absurdos, y anatematizando todas las conquistas del progreso humano, puede todavía mantener su dominación y conservar el poder que se le escapa.

Mas en Francia y en todos los pueblos que obedecen su impulso, el espíritu retrógrado ha recurrido a la mentira y a la hipocresía para triunfar. Encarnado allí el sistema de la fuerza en las instituciones, y apoyado en el sentimiento y en los intereses egoístas de la sociedad, ha adoptado el arbitrio de fingir que acepta todas las influencias que la verdad y la justicia han conquistado en el desarrollo de la civilización moderna. Ya no proclama ni la esclavitud del espíritu ni la dominación del hombre y de la sociedad, como en España y en Roma. Sus partidarios, los retrógrados, se disfrazan en Francia con todos los atavíos del progreso moral; y a nombre del derecho y de la democracia, pretenden defender su poder y sus medios de dominación.

Ellos alteran el sentido de la libertad y todas sus condiciones, para invocarla en defensa de sus errores y falsedades, de su poder y de su dominación en la moral y en la política, en la organización de la familia y en la sociedad, en la ciencia y en la filosofía, en la educación y en la

enseñanza, en la industria y en el trabajo. Ya no hay retrógrado que no combata a nombre de la libertad: eso sí, ellos se dicen los depositarios de la verdad absoluta y sólo quieren libertad para la verdad que ellos dictan, y para los que la creen. Ya no hay absolutista que no invoque el derecho, que no invoque la democracia, la soberanía popular para conservar su poder y mantener la esclavitud del espíritu, porque, como delegados del pueblo, se creen más absolutos que un emperador romano.

Libertad, derecho y democracia no son en su boca sino vanas palabras sin sentido fijo, que ellos adaptan a sus aspiraciones e intereses: la libertad, y por consiguiente los derechos que la constituyen, no son el patrimonio del hombre, sino los atributos del poder absoluto, que es el único que puede trazar al hombre la esfera de su pensamiento y de su acción. La democracia no es el gobierno del pueblo por sí mismo sino la fingida igualdad y la satisfacción del hambre y de las necesidades de los proletarios: por eso se consagran los retrógrados a realizar las más bellas ilusiones de los socialistas y comunistas, organizando la caridad y la beneficencia oficialmente para reemplazar el derecho por la holganza y la verdad por el pan.

Este procedimiento embustero e hipócrita, y otros de igual carácter han introducido en la sociedad francesa una espantosa confusión en las ideas, una verdadera anarquía en los espíritus, y han formado el caos alrededor de todos los problemas sociales y políticos, de modo que nadie tiene un concepto fijo del progreso moral. Por eso es que la situación de aquella nación y de todas las que reciben las influencias de su espíritu, es realmente tenebrosa, y apenas se distingue allá el triunfo de la fuerza sobre la razón y el derecho.

De allí nos viene la moda, y los retrógrados de América se apresuran a seguir la senda de los de Francia, para producir también en nuestras nacientes sociedades el caos alrededor del progreso moral, y extraviar en su provecho las conquistas de la verdad. Aquí también se invoca la libertad para destruir la libertad; se apellida el derecho para favorecer el imperio absoluto sobre la razón y el derecho, se aclama la democracia para desviar a nuestras repúblicas del gobierno de sí mismas. Así peligró el progreso moral, así se retarda el triunfo de la verdad y de la justicia en estos pueblos adolescentes, que tan heroicos sacrificios han hecho para convertirlas en base de su sociabilidad.

Entre los ensayos prácticos que se han hecho en este siglo para evitar la reforma radical y el triunfo completo del progreso moral, figura en primer término, el de las monarquías constitucionales, forma de gobierno en que se ha procurado realizar una alianza entre el pasado y el porvenir, hacer una transacción entre el poder absoluto y las conquistas democráticas, entre el espíritu teológico y el espíritu positivo. La metafísica ha ayudado maravillosamente a esta transacción, procurando justificarla filosóficamente y hacerla definitiva y perdurable: de aquí ha nacido la invención de la centralización administrativa y la organización burocrática, es decir,

la disciplina del poder y de las influencias de las oficinas y de los agentes del gobierno para ahogar los derechos del hombre y de la sociedad: de aquí la invención de peregrinos principios, como el del *rei reina i no gobierna*; de falsas teorías, como la del predominio de la clase media, la de la organización de trabajo, la del destino de las razas humanas, que inventa una raza latina, a la cual se da la misión de estorbar el progreso moral, fortificando el imperio de las tradiciones teológicas y metafísicas; de aquí la nueva forma de la monarquía constitucional que, bajo el título de gobierno parlamentario, ha ensayado la Francia colocando el poder absoluto que falsamente se atribuye a la soberanía nacional, en manos de un emperador que solamente admitía al pueblo a deliberar por medio de sus representantes y a votar las leyes, mas no a representar sus derechos políticos; de aquí, en fin, esa multitud de teorías sofísticas de instituciones metafísicas y de formas ambiguas, que tan exactamente representan hoy en Europa y América la anarquía de las ideas, la vaguedad de las aspiraciones, la fluctuación en los deseos, y el escepticismo que destruye las creencias y pervierte las costumbres. Nuestras nuevas repúblicas han pretendido modelarse por ese ensayo de transacción que tanto ha contribuido en Europa a hacer más confuso el progreso moral de nuestra época.

II

FILIACION DE LAS IDEAS Y CAUSAS DE SU ACTUAL ANARQUIA

Tal es la situación, y tal es el estado en que el progreso moral se encuentra pervertido, paralogizado, extraviado y sin rumbo fijo. Para apresurar el momento en que debe terminar tal situación, a lo menos en América, donde es infinitamente más fácil la tarea que en Europa, porque son menos resistentes los vicios y menos poderosos los intereses que la mantienen, no basta estudiar la manera como han salido de ella los pueblos ingleses: es necesario además comprender los antecedentes, formándose un concepto preciso de la filiación de las ideas en Francia y del modo que ellas vinieron a traducirse en ese gran acontecimiento que se llama la revolución de 89, y en los que han sido su consecuencia.

La Revolución Francesa fue desgraciada, y no sólo no se consumó, sino que fracasó, precisamente porque le faltaron un pueblo y hombres de genio que la comprendieran y que fueran capaces de realizar el progreso social, a cuya ley obedecía, y en la cual tuvo su origen. Su programa consistía en los derechos del hombre cuya posesión y uso constituyen la libertad; pero la Francia, con Rousseau, entendió la libertad a la romana, creyendo que consistía, no en la posesión de los derechos del hombre, sino en la soberanía del pueblo, y sólo aspiró a traspasar el poder absoluto de manos de sus monarcas a las del pueblo, creyendo que con la soberanía popular en ejercicio, y con la igualdad que era una consecuencia de la

soberanía, ya era libre, aunque el poder absoluto del nuevo soberano negase y violase la posesión de todos aquellos derechos que proclamaba. Bajo la influencia de este doble parallogismo, la revolución se consagró entonces a destruir con furia todas las trabas, todas las restricciones que la civilización teológica y metafísica de la Edad Media ponía al desarrollo humano, civilización que debía terminar con la libertad.

Con todo, la regeneración social se realizaba, y aquel inmenso poder que se ponía a su servicio se alejaba más y más por su propio absolutismo de la verdadera forma del poder republicano que a la sazón se ensayaba prácticamente en Norte América, resolviendo de un modo positivo todas las grandes cuestiones del nuevo derecho público. Libertad para el individuo, libertad para la sociedad, o, en otros términos, goce completo de todos los derechos: tales eran los elementos de la nueva síntesis revolucionaria; pero ni se comprendía que esos derechos eran la libertad, ni se sabía que su fórmula precisa estaba en la democracia representativa, en el gobierno de sí propio, limitado por el derecho mismo; en el gobierno del pueblo por el pueblo, fundado en el goce cabal de los derechos individuales y sociales, y no en un poder absoluto que lo destruyera, trazando a su arbitrio las creencias, las concepciones y los actos de los gobernados.

Esta aserción, que parece temeraria, se halla comprobada en la mirada filosófica que sobre aquella época echa Comte, y que resume y completa Bourdet, en estas pocas palabras: "Hemos dicho que tres jefes de la escuela revolucionaria, Diderot, Voltaire y Rousseau, se habían dividido el espíritu moderno. Diderot, menos conocido e incompleto por otra parte en sus teorías orgánicas, pero tan útil a la revolución por su fundación enciclopédica, tuvo en Condorcet y Dantón dos descendientes directos de sus ideas. Sin embargo, el sentimiento público se dividió al momento de adoptar una teoría revolucionaria entre Voltaire y Rousseau. Voltaire, con su sangre fría, su razón y un sentido crítico inexorablemente justo, proclamó la libertad, a pesar de que profesaba un penoso escepticismo social. Rousseau, con su pasión por la paradoja y un amor a la humanidad más instintivo que explícito, fue el apóstol de la igualdad, y suministró en su *Contrato social*, un programa momentáneamente aclamado por los teóricos del movimiento.

"Sin embargo, no emanando nada de práctico ni del uno ni del otro, se imita, por vía de ensayo, el régimen parlamentario adoptado en Inglaterra desde más de un siglo antes: este régimen elogiado por Montesquieu, como el tipo supremo de gobierno, bien que insuficiente en todos los países, mirado en sus más remotas consecuencias, no podía casi convenir a Francia, en razón de su diferencia con Inglaterra. Descomponiéndose allí la Edad Media, había acumulado todos los poderes en manos de una aristocracia vigorosa y consistente que manejaba los recursos temporales y espirituales, no teniendo sobre sí al rey sino de un modo nominal. Sería un error considerar como completo este régimen parlamentario que

imponc, como muestra del buen resultado, un contrapeso imposible entre autoridades rivales, contrapeso que si fuera real, no llegaría a ser más que un equilibrio sin movimiento progresivo.

“Para importarlo en Francia, habría sido necesario instituir algo análogo a esa aristocracia inglesa, cuya instalación no soportarían las costumbres igualitarias y las tendencias liberales. Duró, pues, muy poco y fue eliminado por los nuevos instintos republicanos, que comprendían que el poder sólo llegaría a ser fuerte bajo una dictadura exclusivamente democrática. Esta forma republicana fue la de los discípulos de Diderot y se encarnó en Dantón. Desgraciadamente el dcísta Robespierre, que proscribió a la nobleza y al ateísmo, para reasumir poco a poco la jerarquía de los antiguos poderes con su culto del Ser Supremo, Robespierre, en vez de ligar simplemente por leyes positivas, exentas de metafísica y de teología, las aspiraciones, los sentimientos, los pensamientos y las necesidades de los franceses, se mostró despóticamente sanguinario, sistemáticamente cruel, e hizo abortar y desnaturalizó esa forma republicana, mejor comprendida por los que fueron sus víctimas.

“Un segundo ensayo de gobierno parlamentario se intentó para hacer cesar la anarquía por la caída del régimen convencional; pero este segundo ensayo no fue más dichoso, pues no era legítimo, y una dictadura militar surgió con todas sus consecuencias retrógradas: guerras sin fin y sin provecho, resurrecciones nobiliarias y teocráticas, compresión en el interior e insolente despotismo en el extranjero. Si el héroe del drama imperial, traicionado por las armas, tiene aún hoy simpatías retrospectivas, no las debe sino a la desgraciada intervención de los Gobiernos de Europa, que se entrometieron en nuestros negocios íntimos, y transformaron por error en representante de la revolución al hombre que sirvió siempre a la causa de los reyes, y que aprovechó la crisis popular para la satisfacción de su orgullo. Una tercera revuelta a las formas parlamentarias siguió al imperio para formar el fondo aristocrático necesario, se amalgamó a la reciente y antigua nobleza: la prueba duró un poco más, pero su caída en 1848 tiende a demostrar que semejante régimen es un error político, en Francia sobre todo, donde la monarquía tiene desde mucho tiempo atrás el hábito de sacudir toda sujeción impuesta por asambleas que suministran a la corona ministros que representan al poder rival. El gran movimiento de 1848 no llegó a cabo porque trajo muy rápidamente una gran confusión de ideas sociales y políticas y de teorías contradictorias. Los socialistas de esa época, así como los reaccionarios, partían de un mismo punto cuasi teológico, invocando los unos y los otros la soberanía popular, como una voz de Dios: los primeros recurriendo a un comunismo igualitario, anárquico, desarrollaban y sembraban la envidia, y hablaban al mismo tiempo de fraternidad evangélica: los segundos renunciaban erróneamente a la incorporación del proletario en el régimen de la sociedad moderna, para defender los derechos de una autoridad cualquiera, y con el pretexto de una radical incompatibilidad entre los trabajadores y capitalistas”.

Del vértigo de tantos absurdos, de tantos errores, de tanta ignorancia de las nociones más obvias del derecho y del progreso moral; de ese vértigo en que no aparecía otra cosa clara que la deplorable confusión de la libertad con la soberanía popular, nació, consagrado por ésta, el nuevo imperio, que restableció el antiguo régimen, tratando de realizar en los tiempos modernos la unidad absoluta de la edad teocrática, apoyándose por un lado en la fuerza de las armas, y por el otro en un parlamentarismo enfermizo, que mediante la metafísica y las ficciones de una falsa filosofía, trata de convertir en doctrina semejante embrión.

Esta es la genealogía de la desgraciada anarquía en las ideas y de la consiguiente perturbación en que se halla hoy el progreso moral en *todos los países* que recibieron el primer impulso de la revolución. Pero el progreso moral no ha muerto, solamente se halla embarazado en su desarrollo. Quinet pinta con mucha veracidad estos parasismos de las revoluciones, hablando de la Francia: "Cuando por efecto, dice, de una celada bien tendida, o por el cansancio que se apodera de los mejores, o porque entre sí se hayan matado, desaparecen aquellos que conducían al pueblo, el sorprendente espectáculo que se presenta es el fin de la revolución. Privados de aquellos que les daban el impulso de vida, los pueblos desencadenados, para quienes la tierra parecía pequeña, se detienen. Ese es un río privado de sus fuentes, se agota pronto. Una desesperación súbita se apodera de la multitud. Como si los pueblos no hubieran recibido más que una vida prestada, la pierden, perdiendo a sus antiguos jefes. Esta materia incandescente se resfría poco a poco desde que no recibe diariamente la irradiación de las grandes almas que ha dejado perecer. Por grados, ella decae en el estado de inercia de que había salido. En esos momentos, podéis hacer cuanto queráis de esa materia resfriada. Parece que el alma la ha abandonado, parece muerta. En efecto, ella sufre todas las consecuencias de este estado, hasta que surgen nuevos individuos que por su propia energía le comunican nueva vitalidad. Sin embargo, no creáis que esas masas, aunque hayan caído en la inercia, recaen en el estado antiguo en que las había encontrado la revolución. Aquel largo y sangriento trabajo no ha sido inútil; ellas han sufrido su impresión, y han recibido multitud de gérmenes por ahora invisibles, que esperan la ocasión de aparecer. En una palabra, aunque semejantes en apariencia a lo que eran, las masas del pueblo son bajo muchos respectos todo lo contrario. Han sido arrojadas a un molde nuevo y de éste saldrá una nueva sociedad. Así es como en las revoluciones del globo, hay algunas masas que parecen sepultadas. Casi todas las organizaciones vivientes que producían han perecido, y sólo queda, en apariencia, un vasto sepulcro.

"Mas aquellas épocas, al parecer, han dejado en sus ruinas ciertos gérmenes de vida, y han sobrevivido los individuos más poderosos o más favorecidos. Al primer impulso de la naturaleza viviente, reaparecen nuevos tipos de organización y faunas nuevas. En este mundo que surge, están

los representantes y los análogos de las organizaciones anteriores. Todo se liga al pasado, y sin embargo casi todo es nuevo. En las revoluciones humanas, tales como la Revolución Francesa, no se desarrollan de otra manera las maravillas de la vida social. Después del trabajo de las pasiones y de las cosas la inercia, el sueño, la esclavitud. Al primer aspecto, los hombres pueden creerse revaciados en el antiguo molde, pero éste ha sido quebrado por una mano poderosa y nadie puede rehacerlo. De aquí las formas imprevistas, los espíritus que parecen sin antepasados, las organizaciones sociales, las obras sin tradición, como sin precedentes, si pudiera decirse, una fauna humana casi enteramente nueva.

“Después de la caída de la revolución, 18 brumario, es verdad que se ven los análogos y los representantes de todo el pasado. ¡Parece que se ha vuelto al punto de partida anterior, a 89! Nobleza de espada, jerarquía, centralización, intendentes bajo el nombre de prefectos, poder absoluto bajo el nombre de dictadura perpetua. Las viejas formas sociales y políticas reaparecen las unas después de las otras; muchos imaginan, esperan, temen una vuelta ciega al molde del pasado. Pero eso es una ilusión del espíritu. Una vez quebrado el molde de las cosas humanas, se rehacen en una forma diversa, y nadie puede oponerse a que así sea. Las organizaciones que han desaparecido una vez, no reaparecen jamás. De la monarquía de Luis XIV a la monarquía de Napoleón, hay tanta distancia como del elefante velludo de la Siberia al elefante de nuestros días. Entre unos y otros hay un diluvio. Esos organismos están separados por una revolución, que ha cambiado las condiciones de la vida, descendiendo hasta las entrañas del globo. No depende del hombre el extirparla, por más que haga. Así cuando ha desaparecido la esperanza del corazón del hombre, ella salta de nuevo del más profundo seno de la tierra”.

Y eso es porque el progreso moral no perece, aunque las ciegas y torpes reacciones que lo contrarían lleguen al parecer a sofocarlo. No, debajo de esas inmensas moles, la planta conserva su savia, y se desarrolla porfiadamente hasta que logra hacer aparecer sus brotes a la luz.

III

SITUACION DE LA REVOLUCION HISPANOAMERICANA

La revolución hispanoamericana ha seguido un rumbo análogo. Empezado ese movimiento para independizar a las colonias de la Metrópoli, su resultado práctico y positivo no pudo ser otro que la reacción contra la civilización de la Edad Media, que se conservaba en todo su vigor en América, mediante el sistema colonial. Pero esa reacción no podía tener otro impulso que el que le imprimían las mismas ideas positivas del progreso moral, y siendo en general poco definidas y aun problemáticas tales ideas, su impulso ha debido ser también vacilante y desigual.

Por una parte han contribuido a esa indecisión en las nuevas ideas la tradición de las ideas teológicas y metafísicas, que constituían la base fundamental de la civilización de la Edad Media y del sistema colonial; y por otra la imitación de la Francia, poderosamente auxiliada por la influencia de las doctrinas de los escritores y de los gobiernos de esta nación. Así es que ha faltado una dirección certera y enérgica, en tanto que ha existido de un modo muy efectivo la fuerza motriz, que empujaba por sí sola la regeneración, a veces sin rumbo fijo, y en ocasiones haciendo una marcha circular, curva o truncada, como la haría, según la comparación de Stuart Mill, una nave de vapor entregada al acaso.

Esa fuerza motriz ha consistido en una fuerte aspiración a lo nuevo, a la regeneración social y política, que ha dominado en los pueblos americanos. Las ideas viejas estaban por lo general desacreditadas y prevalecía respecto de ellas y de su verdad aquel escepticismo en que tuvo origen la Revolución Francesa y que ella ha contribuido a propagar en todo el mundo civilizado. Por eso es que las ideas teológicas y metafísicas de las colonias apenas conservaban un débil apoyo en el sentimiento. Este se adhería más que a ellas a los hechos prácticos que ellas habían producido, a los vicios de la administración colonial, a los hábitos, a las perversiones del buen sentido, a los intereses que formaban la vida pasada; pero como tales vicios, tales hechos, estaban también en descrédito y puestos casi en ridículo, la adhesión del sentimiento a ellos no era incontestable ni aun era fuerte: de la debilidad del sentimiento en favor del pasado, sacaba, pues, su vigor aquella aspiración, que desde el principio adoptó como fin el establecimiento de las formas republicanas, lanzándose en la vía de los ensayos y de las utopías.

A la revolución americana le faltaron también hombres y pueblos que la comprendieran, y ha sido necesario que aquella vaga aspiración haya tenido una fuerza de expansión muy prodigiosa, para que haya alcanzado a realizar algo, sobre todo desde que han contribuido a su dirección los ejemplos y las doctrinas positivas de Inglaterra y principalmente de los Estados Unidos del Norte.

En esta marcha progresiva se hallan a la vanguardia México, Colombia y Buenos Aires, en cuyos pueblos han dejado de tener la dirección de la moral y de la política las ideas de la Edad Media, y se han adoptado, con inmensos sacrificios, instituciones positivas, que consagran la práctica de los derechos humanos y que la ensayan todavía en medio de serias fluctuaciones. Entre tanto, en las demás repúblicas aún predominan en la vida social las ideas teológicas y metafísicas de la civilización de la Edad Media, y en Chile, más que en ninguna de las otras, han logrado ellas reconstituirse en un cuerpo completo de instituciones, formadas bajo la inspiración y el modelo de las doctrinas de transacción de la Francia monárquica.

En verdad que no se puede acusar a las nuevas repúblicas de que en cincuenta años no hayan operado todavía una reforma radical, planteando la nueva forma del progreso, la semecracia, el gobierno de sí mismo. La transición de un período a otro no es obra fácil, ni de poco tiempo; da por sí sola tarea para muchas generaciones. ¿Cómo cambiar en cincuenta años, ni en un siglo, las ideas sobre las que ha descansado la sociedad durante la vida de muchas generaciones? ¿Cómo desarraigar los intereses y los malos hábitos que se han identificado con el sentimiento, si no es modificándolo por medio de las conquistas de la inteligencia y venciendo las preocupaciones con la demostración de la verdad? Estas ideas, estos intereses y estas preocupaciones pueden perder su prestigio, pueden desacreditarse por medio de una filosofía negativa, como ha sucedido en Francia y en las Repúblicas americanas; pero no hay cómo reemplazarlas. Las nuevas ideas pueden ser puestas en duda y entonces la sociedad desalentada vuelve a lo conocido, a lo probado ya de antemano, y se contenta con modificaciones, con reformas parciales, que al fin acaban por rehabilitar el prestigio del pasado y restablecer su imperio. Pero ya entonces éste es poco duradero, su descrédito vuelve, y las dudas amargas, el escepticismo agostador, los desengaños violentos aparecen otra vez y hacen más dolorosa la situación.

Eso es lo que ha sucedido en nuestras sociedades. ¿Quién ha tenido en ellas ideas fijas sobre el desarrollo del progreso moral y político? Grandes estadistas lo han adivinado, eminentes escritores lo han servido, pero sin plan ni sistema, sin fe, y aun sin certidumbre de la verdad nueva.

No hay escritor alguno americano que nos presente en un cuerpo de doctrina ideas precisas sobre el progreso moral, ni principios positivos a qué ajustar los arreglos sociales, ni nociones exactas que sirvan de criterio a las concepciones de detalle que el espíritu debe formar sobre los hechos de la vida práctica. Los unos han ilustrado las cuestiones morales y políticas, debiendo sus inspiraciones a la escuela metafísica francesa, presentándonos entidades o ficciones en lugar de nociones prácticas y claras; los otros han pretendido aliar esas aspiraciones con los dogmas teológicos, o con las doctrinas de transacción inventadas por los filósofos eclécticos del pretendido justo medio y por los publicistas parlamentarios, que han creído hallar en la monarquía constitucional la última expresión del progreso. Al lado de todos han aparecido ciertos escritores positivos que hallan la fórmula del progreso en el desarrollo material, y los que la encuentran en el predominio del principio de autoridad, o que la buscan en la alianza del orden con la libertad, mediante una autoridad fuerte que se constituya en el médico del enfermo que se llama pueblo para ir administrándole la libertad por dosis, por gotas; o que se constituya en el tutor del menor que se llama sociedad, para concederle los derechos poco a poco, para hacerle concesiones que aquella autoridad sola sabe medir, que ella sola sabe hacer con oportunidad. Otros escritores positivos, hallando sin verdad lo pasado, se han adherido ardientemente a la justicia sin definirla, han proclamado prin-

cipios nuevos sin demostrar su verdad, han puesto su confianza en el porvenir sin descifrarlo ni señalarlo; y entre éstos hay filósofos que comprendiendo que el modo de pensar teológico no puede en la época moderna darnos el criterio y la solución de las cuestiones sociales, se han ensañado contra los dogmas religiosos y han tratado de destruir el sentimiento religioso, sin darse cuenta de que la religión puede existir sin que sea necesario, para su existencia, que las cuestiones políticas y morales, que la ciencia, las artes y la enseñanza social, que la industria y el comercio sean regidos y encaminados por las ideas teológicas: el sentimiento religioso y la idea fundamental de la religión constituyen una de las esferas de la actividad del espíritu, que no puede aniquilarse; y si el progreso tiende a que ella no domine a las demás ideas fundamentales, a que ella no aspire a tomar la dirección completa del hombre y de la sociedad, no por eso debe negarle su libertad, esto es, su derecho de constituirse y de desarrollarse como todos los demás fines de la humanidad. Tal es la verdad que no han comprendido estos filósofos, bien que tal vez si la hubieran comprendido habrían aspirado, como otros en Europa, a inventar una nueva religión que reemplace a las conocidas, que ellos han creído imperfectas.

Las erróneas pretensiones de estos y de aquellos filósofos no han contribuido poco a sublevar los intereses religiosos contra el progreso y a extraviar a los hombres religiosos en una lucha en que la religión deja de ser la unión del alma con Dios, para ser una cuestión de intereses temporales. De esta espantosa confusión de teorías y de doctrinas teológicas y metafísicas sólo han sacado partido en América, como en Europa, los especuladores, esos a quienes llaman en Francia los *hábiles*.

He aquí un hecho que justifica a las repúblicas americanas. Si ha habido tal indecisión en las ideas, tal incertidumbre en los principios y en las fórmulas del progreso intelectual, era lógico que fuese también incierta y fluctuante la dirección que se ha dado a la poderosa aspiración, a la regeneración social y política que no sólo ha existido en el espíritu, sino que ha sido también apoyada por el sentimiento y que a fuerza de desengaños y de desencantos se ha fatigado casi en todas partes, contentándose con descansar sobre fórmulas dudosas e instituciones pasajeras.

Con todo, no abona esa excusa a todas las repúblicas. Señalando las leyes del progreso, hemos visto que él es obra de la libertad, y no de un desarrollo fatal y necesario, ni de una predestinación divina, que no podría conciliarse con la naturaleza humana, cuyo carácter distintivo es la libertad. De aquí hemos deducido la responsabilidad de las generaciones, estableciendo, con A. Comte, que cada edad es en los momentos de su duración el punto de partida y el punto de apoyo de la edad siguiente, y que, por tanto, tiene el deber de rectificar el pasado y de preparar el porvenir, comprendiéndolos ambos en una solidaridad hereditaria.

Ahora bien, no todas las repúblicas americanas han comprendido y cumplido ese doble deber, como aquellas que han satisfecho la aspiración

de la revolución, dirigiéndola siempre bien o mal, pero sin contrariarla jamás sistemáticamente. No tomamos en cuenta para este juicio los accidentes pasajeros, los errores sangrientos, las dictaduras efímeras, las ambiciones estúpidas que han surgido para desaparecer. No hablamos tampoco del Paraguay en que la revolución apenas estalló para continuar la vida colonial bajo un nuevo poder que no hizo lugar a una nueva era. Hablamos de las repúblicas en que la revolución, después de haber recibido un desarrollo casi completo, fue enfrenada por una organización que la hizo abortar y retroceder al pasado, como en Centroamérica, como en el Ecuador, y principalmente como en Chile, donde esa organización ha sido completa y tan duradera, que ha podido educar a una generación; y modificar a la sociedad en un sentido contrarrevolucionario. Aquí se ha contrariado el progreso moral, aquí no se ha corregido el pasado ni preparado el porvenir, sino que se ha rehabilitado el pasado, dándole nueva vida, nuevo vigor, bajo distintas formas, en un molde diferente.

El hecho es que la revolución aspiraba a una reforma completa, no sabía cómo, ni de qué modo, pero desde luego pretendía establecer un gobierno que en sí fuera todo lo contrario de lo que era la monarquía que se destruía, que no fuera absoluto, absorbente, ni despótico, que no asumiese la dirección única, exclusiva, omnímoda de todas las creencias, de todos los intereses, de todos los derechos, como el gobierno colonial.

Este era un objeto preciso, claro, definido, que no se ocultaba a nadie: había dificultad para alcanzarlo, había que hacer ensayos terribles, que pasar por pruebas dolorosas; pero la lógica de la revolución y la ley del desarrollo imponían a la generación presente el deber de trabajar por alcanzarlo. Faltar a ese deber era una traición a la revolución: ahora, idear y plantear un sistema no sólo ya para faltar a ese deber, sino para organizar un gobierno contrario a la aspiración, un gobierno absoluto como el de la colonia bajo formas hipócritas que salvaran las apariencias, mintiendo y remedando las formas y las garantías de la república, eso era un crimen, y tal es el crimen de la edad presente de Chile.

¡Sí, la revolución ha dejado de vivir en Chile, y sobre sus cenizas se ha organizado la contrarrevolución reaccionaria! La contrarrevolución está organizada, está fortificada en nuestra constitución política y en las leyes represivas que en este código hallan su base y su punto de partida.

La revolución de la independencia debía traer como resultados necesarios, más tarde o más temprano, la emancipación del espíritu y el triunfo de los derechos del hombre de esos derechos que se llaman libertad industrial, libertad comunal, libertad electoral, libertad individual, en fin, bajo todas sus formas de libertad del pensamiento, de libertad de creencias y de cultos, de libertad de la palabra escrita y hablada, libertad de enseñanza, libertad de asociación y de reunión. La revolución debió llevarnos, en una palabra, a la posesión completa de la república democrática, que es la vida de la sociedad moderna, y no su muerte que es la vida y el desarrollo de todas las ideas fundamentales sobre las que des-

cansa la sociedad, que es el triunfo de los derechos de todos, y no la ruina de interés legítimo alguno.

Y sin embargo, ¿cuál de esos derechos no se halla negado, o por lo menos limitado y torturado en las leyes de Chile? ¿Cuál de ellos no se ve contrariado y protestado en nuestras prácticas políticas? ¿De cuál de ellos estamos en posesión si no es a medias y por gracia y beneplácito del poder? ¡Ah! Es porque esas leyes y esas prácticas son las que han venido a reconstituir el antiguo poder colonial que habíamos querido derribar: la colonia española se ha disfrazado a la moderna, y se ha rehabilitado, poniendo a su servicio el poder de la soberanía conquistado con la independencia.

Casi en todas las repúblicas americanas la revolución ha marchado. Casi en todas ha seguido su desarrollo natural, sin que la ley haya venido a atajarlo, a pesar de los extravíos del militarismo en unas; a pesar de los intereses antagonistas de las poblaciones en otras; a pesar de los estímulos de las ambiciones innobles, en éstas; a pesar de los antecedentes coloniales, de los errores y de la ignorancia política en todas.

Pero en Chile, ¡no! A pesar de que somos un pueblo sobrio y activo, como pueblo industrioso por necesidad; a pesar de la nobleza de los soldados de la independencia que sacrificaron siempre sus ambiciones en aras de la patria, a pesar de la ausencia de intereses sociales antagonistas y de la inconsistencia y debilidad relativa de los vicios coloniales, la revolución no sólo ha sido aquí contenida, contrariada, sino que ha sido reducida a la impotencia; y la contrarrevolución se halla hoy vigorosamente organizada, en las instituciones, a los sesenta años de emancipación. . .

¡Sí, la revolución de 1810 es un nuevo Prometeo, que el poder de la ley ha enclavado en la roca, y que devoran con furia salvaje los buitres que se amadriegan en las tinieblas del pasado! ¡He aquí la verdad tremenda que espanta, y que no puede ocultarse, ni aun a los ojos de los más satisfechos con la situación!

Ese crimen de la edad presente va a tener consecuencias desastrosas en lo futuro, porque va a traer una reacción tanto o más violenta que fue la de la revolución en su primera época. En las demás repúblicas que han servido al progreso moral y político, que no han contrariado y atajado el desarrollo de la revolución con una organización reaccionaria vigorosa, la senda está expedita, y las conmociones no pueden ser sociales ni profundas, si ellas aparecen, sino que serán políticas y limitadas, a la esfera de los intereses más o menos nobles, más o menos mezquinos que las produzcan.

IV

LA SITUACION ACTUAL DEL PROGRESO EXIGE LA RECTIFICACION DE LAS IDEAS. CRITERIO DE LA VERDAD

Para hacer menos dolorosa la transición y más fácil la regeneración; para apresurar el advenimiento de la nueva era, para asegurar la realización de la nueva síntesis, es indispensable rectificar las ideas. Esta obra en la América española es infinitamente más llana y factible que en Europa, porque si bien en ambos continentes las ideas viejas han caído en descrédito y ceden su lugar a la verdad, no sucede así con los vicios y los abusos que arrancan de aquellas ideas su origen y que con ellas se han fortificado: esos vicios y esos abusos no tienen en América hondas raíces, no tienen instituciones seculares, como la monarquía, que los amparen, ni dogmas y doctrinas que los santifiquen: ellos cederán como han cedido hasta ahora, al primer impulso. La obra es grande, pero fácil, y está encomendada en primera línea a los maestros de escuela y a todos los encargados de la educación de la juventud, pues la generación que se levanta es la que debe llevar el germen de la verdad, la que debe recibir como herencia de su antecesora de las ideas del pasado rectificadas y la preparación necesaria para realizar sin dificultad su porvenir: por esto hemos dicho en otra parte y repetimos *que no basta saber leer y escribir*, porque la instrucción primaria no es completa, no es social, si no comprende la educación moral del individuo, aunque no sea más que en sus elementos, habilitándole para adquirirla mejor y en mayor escala en el mundo, para que pueda dirigirse y dirigir a los suyos en el camino de la vida, práctica, individual y colectiva.

Es preciso emancipar el espíritu, dándole la verdad fundada en la observación, tanto respecto de los fenómenos del universo, como respecto de los fenómenos sociales; pues es innegable que las ideas que el hombre concibe sobre todos esos fenómenos comunican necesariamente su carácter a todas las concepciones de detalle que determinan sus hábitos y sus costumbres. Ya sabemos que el progreso social consiste en que nuestros atributos humanos se ensanchen y desarrollen de modo que la inteligencia tenga el predominio de nuestra animalidad, es decir, de nuestros instintos, de nuestras pasiones: esto es lo que se llama *civilización*; y si es evidente que ello no se consigue sino con el desarrollo intelectual, el cual es el principal agente del progreso porque es su fuerza directiva, debemos también reconocer que la primera ley de la educación social es la rectificación de las ideas.

Esta tarea compleja, pero no difícil, no debe tener otro objeto que el triunfo de la verdad, porque la posesión de la verdad es lo único que puede facilitarnos la posesión del gran instrumento del progreso, que es la *asociación*, pues la verdad tiene el poder de asociar a los hombres.

La asociación es el modo verdadero y completo de realizar todos los fines del progreso social, es la palanca de la actividad humana, el medio de combinar todas las fuerzas, todos los elementos que se hallan separados y que deben entrar a formar el equilibrio social. "Todo tiende al equilibrio en el mundo moral, como en el mundo físico: la virtud es el equilibrio de las afecciones, la razón es el equilibrio de las facultades, el orden es el equilibrio de las fuerzas". Es, pues, necesario crear el equilibrio social por medio de la asociación, y para poder utilizar esta palanca poderosa, es indispensable buscarle su punto de apoyo en la verdad. La asociación para todos los fines intelectuales, morales y materiales de la vida no puede existir sin la verdad. Por eso es que la educación no se inicia con solo enseñar a leer y escribir, sino que es necesario también rectificar las ideas.

Respecto de los fenómenos del universo, es indispensable, para ponerse al abrigo de muchos errores, observar esta regla: "No tomar por base del razonamiento sino los hechos probados por la ciencia, probados de un modo positivo, y no por la alegación de la no existencia ni de la imposibilidad; es decir, apoyar siempre el razonamiento sobre pruebas positivas, y jamás sobre pruebas negativas, o sobre una demostración de imposibilidad que pueda ser defectuosa".

En cuanto a los fenómenos sociales, la regla es que no se deben tomar por base del razonamiento, sino los hechos fundados en la naturaleza humana y revelados por todas las manifestaciones de esta naturaleza; es decir que se debe apoyar siempre el razonamiento en las pruebas positivas que nos da el examen y la observación atenta de la naturaleza del hombre, revelándonos que éste es un ser dotado de facultades intelectuales, de instintos o facultades afectivas y de facultades activas. Todas estas facultades en su conjunto y en su ejercicio, nos revelan una *tendencia* y una *fuerza* primordiales. La *tendencia* es hacia el incremento, al desarrollo de todas ellas, porque sólo en este desarrollo se halla el complemento de la vida; de lo cual hemos deducido que el fin del hombre, esto es, la intensidad de la vida, consiste en el desarrollo íntegro de todas sus facultades, conforme al orden general del universo y conforme al orden de cada cosa y de cada ser en ese orden general, de modo que se mantenga el equilibrio universal. La *fuerza* que nace del conjunto y del ejercicio de la inteligencia y del sentimiento, es la libertad, ese poder de elegir y de emplear en todos los actos de la vida las condiciones de aquel desarrollo completo, poder que tiene su impulso en los instintos y que es dirigido por la inteligencia.

Ahora bien, la piedra de toque que debe servirnos para verificar si tienen o no un carácter positivo los hechos que sirven de base al razonamiento sobre los fenómenos sociales está en esa ley: si el hecho es conforme a ella, es positivo, y la idea que de él nos formamos es positiva; si por el contrario, el hecho es contrario al desarrollo del hombre y a su libertad, es inexacto, y la idea que en él se funda es ficticia o metafísica,

es una ilusión. Este criterio general nos guiará de un modo seguro en la comprobación de toda conclusión inductiva que establezcamos para deducir consecuencias; y al mismo tiempo nos servirá para rectificar experimentalmente estas deducciones, de manera que ellas no solamente conserven la lógica de su antecedente sino que también sean ciertas en la experiencia.

De consiguiente, los educadores de la juventud, los escritores, los filósofos y publicistas, todos aquellos en fin que consagran sus vigilias a servir al progreso moral, tienen como primer deber el de definir, con toda verdad y claridad, las ideas y los principios, y de fijar con precisión y exactitud, el sentido de las palabras de lenguaje moderno que representan aquellas ideas y aquellos principios. Este es el método que se debe emplear para apartar los errores, las ficciones, las entidades metafísicas, las falsas doctrinas de la concepción de principios sobre que la época moderna quiere fundar la ciencia política. Se habla de progreso, de soberanía del pueblo, de sufragio universal, de libertades, de derechos, de justicia, de igualdad y de otras muchas cosas que, como éstas, no son, en general, bien comprendidas, ni bien definidas, ni mejor expresadas; y semejante indecisión e incertidumbre ha dado ocasión a errores funestos y sangrientos, a doctrinas falsas y caprichosas. Es preciso definir, es preciso acrisolar todas esas nuevas ideas, por medio de las pruebas positivas sacadas de la naturaleza humana, del conocimiento de sus leyes de desarrollo y libertad, del conocimiento de su historia, esto es, de la historia de sus creencias, así como de la de su inteligencia, que ha sido siempre, como dice Comte, y como lo hemos enseñado nosotros, el elemento principal de la historia del género humano, porque la sociedad reposa sobre un sistema de creencias fundamentales, que solamente la facultad especulativa puede suministrar.

7

DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
(Argentina)

CONFLICTOS Y ARMONIAS DE LAS RAZAS EN AMERICA
(Fragmentos) *

PROLOGO — DEDICATORIA

A MRS. HORACE MANN:

Good Christmas Day and Happy New Year 1883

Sea de buen augurio para usted y para mí llegar al umbral del año nuevo con el perfecto uso de nuestras facultades mentales, como de usted me lo

* Publicado en 1883, año de su muerte.

escribe su estimable hijo, aunque los años vayan arrastrando a su paso las hojas que cada invierno arranca a las añosas encinas. Acompaño a ésta que le dirijo impresa, cuatrocientas páginas consagradas al examen de una fisonomía de nuestros pueblos sudamericanos. Encontrará usted ya presunciones vagas en *Civilización y Barbarie*, que estimó flor de la época juvenil y llamó *Life in the Argentine Republic*, traducida al inglés, y recomendada por el nombre ilustre que guarda usted en memoria de su ilustre esposo.

Muéveme a dedicárselo, honrarme con el nombre de Horacio Mann, cuyos consejos me guiarán en la juventud para traer a esta América la educación común que él había difundido con tan buen éxito en aquélla. La *Vida de Lincoln*, las *Escuelas de los Estados Unidos*, escritos en aquel país para trasmitir a éste las lecciones que contienen, son libros que respiran la vida de la Nueva Inglaterra o de Washington donde fueron escritos. Este mi último trabajo, para mostrar por qué no presento, después de cuarenta años, cosecha tan abundante como la que Mann, Emerson (de Boston), Barnard, Wickersham, obtuvieron, abraza en un mismo cuadro los efectos de la colonización de la América, según los elementos que a ella concurren, de donde le viene el título de *Conflictos y armonías de las razas en América*, no en esta América sólo, sino en una y otra América, según el plan y la idea que los guió; y cuento con su indulgencia si abro juicio sobre la suprema influencia de los Puritanos, Quákeros y Caballeros de Virginia para echar los cimientos de la obra imperecedera que Washington debía presentar concluida a la admiración del mundo, ya que al leer mi introducción a la *Vida de Lincoln* usted me reconoció cierto *insight*, o penetración en los móviles y causas de la secesión insensata.

En *Civilización y Barbarie* limitaba mis observaciones a mi propio país; pero la persistencia con que reaparecen los males que creímos conjurados al adoptar la Constitución federal, y la generalidad y semejanza de los hechos que ocurren en toda la América española, me hizo sospechar que la raíz del mal estaba a mayor profundidad que lo que accidentes exteriores del suelo lo dejaban creer. Usted conoce lo que pasa en el Pacífico desde Chile hasta el Ecuador, penetrando hasta Bolivia, y tiene más cerca el espectáculo que presentan México y Venezuela, en cuanto a realidad de sus proclamadas instituciones, y necesito darle una ligera idea, por estar más distante de lo que pasa por acá y motiva estos estudios.

La experiencia y la fatalidad han segregado felizmente a nuestros hombres públicos y a los partidos vencidos de aquella escuela que el ilustre orador Webster llamó, contra la tentativa de insurrección de Rhode Island: "¡libertad south-americana! ¡libertad tumultuaria, 'tempestuosa!', libertad sin poder, salvo en sus arrebatos: ¡libertad en las borrascas, sostenida hoy por 'las armas, abatida mañana a sablazos!...'".

Desde que regresé de ese país, hemos hecho bastante camino, dejando por lo menos de estar inmóviles como muchas otras secciones americanas, sin retroceder como algunas a los tiempos coloniales. Nuestros progresos,

sin embargo, carecen de unidad y de consistencia. Tenemos productos agrícolas y campiñas revestidas de mieses doradas cubriendo provincias enteras; nuevas industrias se han aclimatado, y ferrocarriles, vapores y telégrafos llevan la vida a las entrañas del país o la exhalan fuera de sus límites. El gobierno, que es el constructor de estas vías, las empuja hasta donde el presente no las reclama, anticipándose al porvenir. El crédito es el mayor de esta América, puesto que ninguna sección lo tiene empeñado en cifras tan respetables; pero cuán abundantes sean las cosechas, la proporción de aumento de un año a otro no es geométrica siquiera. Tenemos este año la renta de 1873. La educación común ha decrecido; y la inmigración es hoy de la mitad de la cifra que alcanzó entonces. El ejército ha doblado, y tenemos una escuadra que hace necesaria quizás los armamentos chilenos y la armada brasileña. Para nuestro común atraso sudamericano avanzamos ciertamente; pero para el mundo civilizado que marcha, nos quedamos atrás.

Nada hay de intolerable, y, sin embargo, nada se siente estable y seguro. Hanse acumulado riquezas en proporción a dos millones de habitantes; lo que hace la ciudad de Nueva York diluida en cien mil millas de territorio, tocándole un habitante por cada dos kilómetros; y como la emigración viene del Oriente en busca de terreno, no está en proporción el que ofrecen medido los Estados Unidos, y el que damos sin tasa ni medida nosotros. ¿Por qué van al Norte un millón y se dirigen al Sur sólo ocho, veinte, cuarenta mil cuando más, después que alcanzaron a setenta mil hace diez años?

Esta es nuestra situación material que no es mala. Es la situación política lo que da que pensar. Parece que volvemos atrás, como si la generación presente, creada en seguridad perfecta, perdiera el camino. El Ejecutivo manda de su propio *motu* construir palacios, los termina y pide después los fondos al Congreso, dándole cuenta del hecho, y pidiendo autorización *pro forma*. La tempestad religiosa vino de la construcción de San Pedro en Roma: la que barrió la Francia salió de los "feéricos" jardines construidos en Versailles. Hoy hay un partido en Francia que tiene por su Redentor a la Dinamita que suprime palacios. Hemos educado cuatro mil doctores en leyes desde 1853, en que se reorganizaron las universidades. En 1845 tenían ustedes estudiando en "Law Schools", menos de quinientos alumnos, para veinte y tantos millones. Nosotros educamos uno para cada quinientos, y, sin embargo, en las Cámaras y Congresos, en los consejos y ministerios cada vez ignórase más el derecho. Legisladores y ejecutivos violan a más y mejor, los preceptos que eran sacramentales ahora treinta años. Los misioneros ingleses educan en la India a los hijos de rajaes, bramines e hindúes, en todas las ideas europeas, incluso las doctrinas teológicas de las sectas. Interrogado en los exámenes un hindú, responde como un teólogo sobre puntos de creencia. Si se le pregunta en

seguida: —¿Es usted cristiano? —No. —¿Quisiera serlo? —No. Todos contestan lo mismo.

Este es el estado de nuestras gentes, duchos en la discusión, rebeldes en la práctica. Y ¡vive Dios! que en toda la América española y en gran parte de Europa, no se ha hecho para rescatar a un pueblo de su pasada servidumbre, con mayor prodigalidad, gasto más grande de abnegación, de virtudes, de talentos, de saber profundo, de conocimientos prácticos y teóricos. Escuelas, Colegios, Universidades, Códigos, letras, legislación, ferrocarriles, telégrafos, libre pensar, prensa en actividad, diarios más que en Norte América, nombres ilustres. . . todo en treinta años, y todo fructífero en riqueza, población, prodigios de transformación a punto de no saberse en Buenos Aires si estamos en Europa o en América. No exagero cosas pequeñas, con la hipóbole de nuestra raza. Uno de nuestros Códigos se traduce en Francia por orden del gobierno, como materia digna de estudio, por ser el último y más completo de su género y obra de un jurisconsulto célebre nuestro. El tratado de Derecho de Gentes, es el más citado, o tan citado como el que más, pertenece a nuestros antecedentes. Baste esto para asegurar que no luchamos treinta años en vano contra un tirano hasta hundirlo bajo la masa de materiales que el estudio, los viajes, el valor, la ciencia, la literatura acumulaban en torno suyo, como se amontona paja para hacer humo al lado de las vizcacheras y hacer salir el animal dañino, si no se lo puede ahogar en su guarida.

El resultado de este largo trabajo léalo usted veinte años después, en un trocito que en letra bastardilla pone un diario, saludando al joven General Presidente que visita una ciudad del interior. Llámase *El Oasis* el diario que nos sorprende con que “el Presidente tiene lo que muy pocos, o mejor dicho, lo que a él solo, a fuerza de virtudes, le ha sido dado alcanzar: Un altar en cada corazón”.

Lo que es la virtud anda a caballo en nuestros países; y sin duda de verla en ferrocarril se han admirado en San Luis, donde de paso diré a usted que está destacado un hermano del Presidente virtuoso, con un batallón de líneas, para mantener el entusiasmo. En cuanto a altares, en San Luis se hace uso escaso de mármol ni aun de ladrillo quemado, siendo las construcciones de adobe, que es barro.

La Opinión Nacional, de Caracas, otro Oasis de Venezuela, la patria de Bolívar, de Páez, de Andrés Bello, el publicista miembro de la Academia de la lengua, celebraba el 12 de abril del pasado año, el duodécimo Consulado, la duodécima Questura y el décimo quinto Tribunado del Presidente actual y pasado de Venezuela, apellidado “el ilustre Americano”, y a quien acaba de decretar el Senado una nueva estatua ecuestre a más de las varias que injertan todas las plazas.

El 12 de abril hizo su más fácil fechoría y que es la más celebrada. *El Oasis* de ese día trae en editoriales: “¡Guzmán Blanco y su tiempo! — El Caudillo de Abril — Guzmán Blanco, orador y literato — Guzmán

Blanco, administrador, guerrero y estadista — Carácter frenológico de Guzmán Blanco”.

En honor a una condecoración por él creada, “El Retrato del Libertador”, el diario encomiástico añade un comentario benévolo, y es que el “número de los condecorados ese día anduvo frizando con el de los generales, que pasan de doscientos. Pobres de ustedes que no tienen veinte para cincuenta millones de habitantes, con mil leguas de frontera. En cambio en Venezuela no hubo jamás frontera ni indios que perseguir, sino en las universidades, en el foro, en la tribuna, en la prensa.

Veintemilla, del Ecuador, acaba de dar azotes a un escritor. Valverde que ha querido suicidarse por tal afrenta: ¿sabe usted quién es Veintemilla?

Luego, me he dicho, no es en la República Argentina ni en los Oasis de San Luis donde debemos buscar la fuente, diría, si no fuese mejor decir el hormiguero, que destruye así la labor de los siglos.

Remontando nuestra historia, llego hasta sus comienzos y leo la proclamación que en 1819 dirigía O’Higgins desde Chile a los peruanos en quechua, aimará y castellano, anunciándoles la buena nueva de su próximo llamamiento a la vida por la libertad y el trabajo.

...“Buenos Aires y Chile, decía, considerados por las naciones del Universo, recibirán el producto de su industria, sus luces, sus armas, aun sus brazos, dando valor a nuestros frutos, desarrollando nuestros talentos!”

Para explicar la narración genesiaca, suponen ciertos teólogos racionalistas, o racionales, que el Creador dejó ver a Moisés, por “visiones”, a guisa de kaleidoscopio, seis vistas de seis épocas distintas de la Creación, sin las intermediarias transformaciones, lo que reconcilia el Génesis según ello con los vestigios geológicos. — O’Higgins, iluminado por un rayo de luz que se escapa del porvenir, pinta a los quechuas peruanos con colores vivos, en cuadro que hace de tiempo presente, la realidad por primera vez en toda su plenitud, realizada en esta América en el año de gracia de 1873, cuando la Aduana argentina cobró veinte y tres millones de duros sobre la enorme masa de “los productos de la industria del universo”. En las alturas de la Nueva Córdoba, el “Observatorio astronómico” hacía descender sobre nuestras cabezas “la luz de la ciencia”; naves, Remingtons y cañones Armstrong y Krupp, en proporciones modestas, llenaban por la primera vez de armas de precisión nuestros arsenales; y “aun los brazos” de Europa en número de setenta mil hombres, vinieron a dar valor a nuestros frutos, amén de vías férreas, telégrafos y vapores que no vio O’Higgins o viéndolos no pudo enumerarlos, por no comprender lo que veía, o no tener aún la lengua nombre para llamarlos, como “a las bestias y plantas según su género”.

Esto, sin embargo, lo hemos obtenido después de sesenta años de vagar en el Desierto, y sólo por cuanto asegura el pan y los progresos materiales que nos invaden a nuestro pesar, como al Japón, como a la India, como al Africa, donde están colocando los rieles de un ferrocarril

que parte del caudaloso Níger, y se interna a través de las selvas de cocoteros.

Estos mismos progresos realizados en la embocadura del Río de la Plata, iniciándose en vías férreas y colonias de emigración en Méjico este año, después de setenta de estar resistiendo al progreso que lo invade, ocurren, mientras el Perú, Bolivia, el Paraguay, el Ecuador retroceden o se esconden en la penumbra que señala el límite de la luz y de la sombra, lo que muestra que una causa subsiste y opone resistencia en todas partes.

Vea usted la serie de datos y estudios que lo prueban. Ha oído al general O'Higgins, Presidente de Chile en 1839. Oiga usted ahora a Mr. Mac Gregor, funcionario en el gobierno de Inglaterra y que emite su juicio sobre las impresiones que deja la América del Sur, después de treinta años de emancipada. Yo encontré en los Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra, hasta 1868 (que frecuenté a los sabios, a algunos hombres de estado, por fortuna no pocos), en todas partes arraigado este juicio, que aun en el grado de simple preocupación hace un mal inmenso. Lo reproduzco aquí temeroso de que usted no lo conozca, o los lectores sudamericanos, en la soberbia de sus afectadas nacionalidades, hayan dejado pasarlo inapercibido.

“Cuando los virreinos de España en América se sublevaron contra la corona, los hombres justos y virtuosos y las almas inteligentes de Europa y de Norte América abrazaron su causa del mismo modo que la de todos los pueblos que luchan por su libertad, contando desde luego con las más ardientes esperanzas y las más generosas simpatías. Veían a los colonos españoles determinados a rivalizar con los angloamericanos en su osada y afortunada resistencia a la dominación extraña, la cual, aunque severa e injusta muchas veces, era paternal, si se la comparaba a la absolutista y jerárquica cadena de la corona y de la Iglesia española que coartaba la libertad civil y religiosa.

“El mundo no conocía, sin embargo, la educación política, social y moral del pueblo que habitaba las colonias españolas. La Europa, y principalmente la Inglaterra, la Francia, la Holanda, miraban los progresos de la revolución de la América del Sur, en México y en la América Central, como gloriosos esfuerzos que iban a librarlos de la tiranía de los reyes españoles y de la Iglesia, y que se alzarían naciones rejuvenecidas, fuertes e independientes. Esperaban que una vez libres de la dominación de Fernando VII, sus nuevos gobiernos fuesen reconocidos por la Inglaterra, Francia, Holanda y Estados Unidos. Las Repúblicas hispanoamericanas, animadas por los progresos e instruidas por el ejemplo de la gran República anglosajona, habrían avanzado sin tropiezo en la marcha de la civilización, en la libertad política y religiosa, en la útil educación del pueblo, en explotar provechosamente los grandes recursos que sus vastos y fértiles territorios encierran para la agricultura, la minería, la construcción y el comercio.

“Pero los habitantes de los países libres no habían estudiado, y en verdad que no habían podido hacerlo, las condiciones físicas y morales de la raza española en las colonias. De aquí nace el desencanto que sobre el

progreso de Sur América y México ha sobrevenido; y si hubiese vivido, ningún hombre habría sido más terriblemente mortificado, al ver la presente condición y deplorable perspectiva de aquellos Estados, que Jorge Canning, el ministro inglés que fue el primero en anunciar que la Inglaterra había reconocido y añadido más naciones libres e independientes a los Estados constituidos del mundo.

“En nuestro examen de los progresos de la revolución en la América española, no hemos descubierto formidables obstáculos opuestos al final triunfo de aquellas sublevaciones contra la corona y dominación de España. Pero es un hecho extraordinario en la historia de un pueblo en otro tiempo tan formidable, que en el momento presente (1846), en parte alguna del mundo donde se hable la lengua española, haya libertad civil y religiosa, en donde no exista el espíritu de anarquía, y donde haya confianza o seguridad en el Gobierno.

“Chile forma en algunos respectos una excepción; pero los disturbios en Sudamérica han sido tan frecuentes, que el mundo no tiene confianza ni aun en este Estado. Venezuela se ha hallado por algún tiempo en comparativa tranquilidad, pero el orden y la paz han sido tantas veces interrumpidos para que consideremos aquel Estado como una seguridad para lo futuro. Todos los Estados argentinos han permanecido por largo tiempo entregados a la guerra o a la anarquía; los anales de Centroamérica sólo recapitulan guerra y matanzas, y por algunos años un hombre sin educación y de raza indígena llamado Herrera, ha dominado a Guatemala. La condición de México es sin esperanzas según aparecerá detallado en el cuarto volumen de esta obra. La ignorancia, el fanatismo del sacerdocio, la tenacidad con que la raza que habla el idioma español adhiere a todos los vicios y olvida las virtudes de sus antepasados, el mantenimiento demasiado general en la práctica de la viciosa legislación comercial y fiscal de la antigua España, la absoluta disminución, en unas partes, o el poco sensible aumento de la población en otras, la falta de espíritu de empresa, la prevalente indolencia, la agricultura rutinera, la falta de hábitos comerciales, son más que suficientes causas para explicar la impotente y nula condición de las repúblicas hispanoamericanas. Es un hecho deplorable que aquellas repúblicas estén en condición menos próspera que las colonias que tienen esclavos como Cuba y Puerto Rico; sin que consideremos que la paz en Cuba sea un hecho permanente, pues que estamos persuadidos que si el tráfico de esclavos no es definitivamente abolido, aquella isla está expuesta a experimentar la suerte de Haití, cuya condición actual hemos descrito en esta obra.

“El extraordinario poder, riqueza y prosperidad de los angloamericanos, son debidos a causas enteramente diferentes —a una población que ha crecido en número con una prosperidad sin ejemplo, poseyendo abundante empleo e incansable energía, industria y confianza en sí misma, animada en todo tiempo por un infatigable espíritu comercial y marítimo, con extraordinaria inteligencia en todas las materias que tienen relación con los

negocios activos del globo, y una indomable perseverancia en busca de aventuras, animadas del espíritu de adquirir; todo esto mantenido por el sentimiento de la independencia de acción que la libertad civil y religiosa inspiran. Por muchas que sean las imperfecciones de la naturaleza humana y especialmente las de la esclavitud en los Estados del Sur, que no puede aprobarse en los angloamericanos, el destino de sus progresos en el mundo occidental, aunque en lo sucesivo puedan dividirse en gobiernos separados, será fatalmente creciente”.

Esto lo decía Mac Gregor en 1843: ¿conoce usted a Mr. Bishop, autor de un viaje en México, el año pasado? Es un caballero de Boston que salido del colegio Harvard, de 19 años de edad, se concertó marinero para viajar ganando un pobre salario, antes que gastar su dinerillo. Llegado a Buenos Aires se asoció con una tropa de carretas para atravesar la Pampa, cazando de día y acogiéndose de noche al fuego de los carreteros santiagueños. Llegado a San Juan, M. Guillermo Bonaparte, a quien encontré “robinsonando” en la isla más afuera de Juan Fernández, lo llevó a casa, donde le dieron un ejemplar del *Facundo*, de cuya historia se apasionó, tocándole al historiador una buena parte de su interés y simpatía. Escribíome desde Cantón en la China, donde aprendía chino para servir de intérprete, cómo había sido marinero para hacer un viaje, y me mandó un mapa chino de Cantón con sus raros y nacionales signos y letras. A los años me escribió desde los Estados Unidos, y cuando yo había regresado a este mi país y él vuelto al suyo. Ahora, encuentro su nombre en el *Harper's Magazine* al pie de una narración de viaje interesantísima. Estaba, pues de Dios que había de ayudarme Mr. Bishop, con algunas pinceladas a la segunda edición de su favorito libro de *Civilización y Barbarie* corroborando los datos que sirven de base a este trabajo.

Tomo de dicho viaje, lo que conviene a mi propósito.

“Están cansados los mexicanos de pelear. Es un dicho muy en boga que un mal gobierno, es mejor que una buena revolución”.

“Empieza a crecer también el temor de lo que las naciones extranjeras puedan estar dispuestas a hacer en el caso de tomar las cosas en sus manos, si el país hubiese de caer de nuevo en poder “de expoliadores”.

“Hay grandes abusos administrativos.

“El servicio civil es notoriamente corrupto.

“No es el patriotismo el que obtiene las concesiones de ferrocarriles”.

“Ocurren casos de espantosa opresión de parte de los gobiernos de estado y nacional” y lo que establece fuente más ominosa y segura de peligro es la imposibilidad de obtener remedio por las elecciones.

“Preséntase aquí la anomalía de una que se llama República, donde no hay censo, o registro de votos. El escrutinio es hecho por un partido, el que ya está en el poder. . .”

“El gobierno —el nacional influyendo sobre los Estados y el de éstos sobre la comunidad— sostiene y cuentan en ellos “cuantos candidatos les place”.

“Cuando se tiene conocimiento de todo esto se explica uno todo lo que ha sucedido antes.

“No hay más remedio para un gobierno “opresivo” que la rebelión. Con la más quieta disposición y la mayor paciencia, han de llegar momentos en que lo que ha sucedido ya, ha de volver a suceder!

“Si alguna noción de gobierno queda en México, dará nacimiento a algún campeón que acometa la empresa de instruir las masas en sus derechos políticos, enumerarlas y asegurarles el más simple fundamento libre —un sufragio honrado”.

Aun en la observación que hace en otra parte de que la edición a mil ejemplares de un libro popular es demasiado para un país de doce millones de habitantes, nos constituye mexicanos. Seis ferrocarriles se dirigen hoy de todos los extremos a la ciudad capital; movimiento reciente posterior al de Chile y al nuestro de treinta años; no teniendo antes ni caminos, ni ríos navegables y casi ni puertos.

Cada Estado cobra derechos en sus fronteras como Santa Fe y Córdoba cobraron hasta 1853. Hace dos años se han fundado dos colonias italianas, primer ensayo de inmigración europea. Con diez millones de habitantes sólo consume y produce 400 millones de francos, a 40 por persona, mientras que el Río de la Plata, con millón ochocientos mil habitantes, consume y produce 502.815.000 francos, a 177 ½ por persona.

Tantas analogías y tan grandes disparidades, pues por todo hemos pasado nosotros y de todo lo que allá pasa también estamos amenazados, me han hecho de tiempo atrás sospechar que hay otra cosa que meros errores de los gobernantes, y ambiciones desenfrenadas, sino como una tendencia general de los hechos a tomar una misma dirección en la española América, a causa de la conciencia política de los habitantes, como a causa de una inclinación Sur-este del vasto territorio que forma la Pampa, corren todos los ríos argentinos en esa dirección.

¿Comprende usted ahora el objeto de mi libro sobre el conflicto de las razas en América?

El conflicto de las razas en México, le hizo perder a California, Tejas, Nuevo México, Los Pueblos, Arizona, Nevada, Colorado, Idaho, que son ahora Estados florecientes de los Estados Unidos, y la Francia, con su gobierno de militares alzados como el descreído de Luis Napoleón, perdió la Alsacia y la Lorena, en castigo de su despotismo.

Nosotros hemos perdido ya como México, por conflicto de raza, la Banda Oriental y el Paraguay por alzamientos guaraníes, el Alto Perú por la servidumbre de los quechuas, y perderemos todavía nuestra Alsacia y nuestra Lorena codiciadas de extraños por las demasías del poder como la Francia.

Lea usted “Vida del Chacho” que corre impresa en la edición “Appleton” de Nueva York al fin de *Civilización y Barbarie*, y encontrará usted los primeros barruntos de la idea que he desenvuelto en este libro generalizando a toda la América lo que aquí trascibo:

“Las lagunas de Huanacache están escasamente pobladas por los descendientes de la antigua tribu indígena de los huarpes. Los apellidos Chirínca, Juaquinchai, Chapanai, están acusando el origen de la lengua primitiva de los habitantes. El pescado, que allí es abundante, debió ofrecer seguridades de existencia a las tribus errantes. En los Berros, Acequion y otros grupos de población en las más bajas ramificaciones de la Cordillera, están los restos de la encomienda del Capitán Guardia que recibió de la corona aquellas escasas tierras. En Angaco descubre el viento que hace cambiar de lugar los médanos, restos de rancherías de indios de que fue cacique el padre de la esposa de Mallea, uno de los conquistadores. Entre Jachal y Valle-Fértil hay también restos de los indios de Mogna, cuyo último cacique vivía ahora cuarenta años”.

¿Cómo explicaría, sin estos antecedentes, la especial y espontánea parte que en el levantamiento del Chacho tomaron no sólo los Llanos y los Pueblos de la Rioja, sino los laguneros de Huanacache y Valle-Fértil y todos los habitantes de San Juan diseminados?

Eran éstas, demasiado parecidas semblanzas, para no sospechar que nos ligase a México algún vínculo que no es sin duda el istmo de Panamá.

Es no poca ventaja para un sudamericano haber, como yo, cambiado de lugar tantas veces, a fin de poder contemplar su propio país bajo diversos puntos de vista. Sorprendióle a usted al leer mi introducción a la *Vida de Lincoln* el encontrarme apenas llegado a los Estados Unidos, con suficiente *insight*, como usted me decía, en la vida íntima de su país. Tocqueville y Holst recientemente han mostrado que es fácil al observador extranjero penetrar en la vida del país que representa la última faz de la humanidad. Le recomiendo preste atención a mi juicio del papel que han desempeñado los puritanos en el desarrollo de las instituciones republicanas, aunque usted no me perdonase la buena broma de atribuir a la rigidez y austeridad del puritanismo el uso y abuso del whisky en los Estados Unidos, para proporcionarse en imaginación, irritando el cerebro, los goces de que se priva en la práctica el puritano, a quien le está vedado, dicen, besar castamente a su mujer en día sábado. Pero es mayor ventaja todavía perder el hábito de pensar de cierto modo impuesto por la tradición patria, lo que llamaré el sentido común, y que es sólo el modo general de sentir del país en donde se vive. Fue recibida en Buenos Aires con gran desfavor la idea de cercar las estancias, que son una extensión de dos leguas cuadradas, a veces diez, que posee un solo criador en la Pampa, que es una extensión de diez mil leguas cuadradas, planas y lisas como la palma de la mano.

El sentido común local rechazaba en abstracto la idea de la división, aun con alambrados; mientras que el que lo proponía obedecía acaso a las sugerencias del sentido común del agricultor, que no concibe propiedad sin cercado.

Puedo, pues, decir que tengo todos los sentidos comunes de los países, bajo cuyas instituciones he vivido, sin excluir los Estados Unidos, de cuya naturaleza participo.

Pero fue en San Juan, como lo anuncia la "Vida del Chacho", donde empecé a fijarme en la influencia de las razas en la América del Sur, y en el espíritu distinto que las caracteriza; y tomando cada día más cuerpo e intensidad esta preocupación, me ocurrió que debía releer la historia, y aun la redacción verbal de los sucesos, para ver las substituciones y cambios, esclarecimientos y reflejos que ofrecería, mirándola a la luz de esta nueva antorcha.

Desde entonces pudiera decir que se venía redactando en mi espíritu el esbozo que presento de una nueva Historia de la América del Sur como la que ha escrito Wilson de México, llamándola después de la tan grave, de Prescott, *Nueva Historia de México*. Es digno de notar que, citando tantos autores antiguos sobre tiempos coloniales como cito, no haya buscado ni solicitado, sino rarísimos libros al poner por escrito el que le envío.

Desde los Estados Unidos recogí gran parte que abundan en las buquerías de viejo, y a medida que en adelante he encontrado un autor que corroborase mi juicio o me suministrase nuevos datos, lo agregaba a mi colección, sabiendo por qué me interesaba su posesión, y señalando la página acaso única que servía a mi propósito.

Y sea ésta la ocasión de decir algo del sistema seguido. Si no es cuando de principios constitucionales se trata, que los tengo por históricos como ustedes los ingleses, y no sólo deducidos lógicamente, pocas veces se me ocurre citar autoridades. Buckle, en su admirable *Historia de la Civilización*, y del estado de la inteligencia en ciertas naciones, emite su pensamiento en tono afirmativo, poniendo al pie el autor que sigue en sus asertos, repitiendo aun sus propias palabras. Yo he seguido un sistema más necesario en esta América todavía, como lo fue antes en la otra. Vituperan hoy con razón los americanos a un inglés haber preguntado: "¿quién ha leído un libro norteamericano?" A nuestros suramericanos les pasa lo mismo con los que sus compatriotas escriben, pudiendo cualquiera estudiantillo de primer año, preguntar lo mismo a uno de segundo: quien lee a uno que no sea de Francia, porque de España empiezan a persuadirse que han salido parecidos a nosotros.

Cuando emito, pues, un pensamiento sobre apreciaciones abstractas, me pongo detrás de algún nombre de autor acatado que da autoridad a la idea, revestida con sus propias palabras, y si de hechos se trata, copio la narración original que le da el carácter de verdad. Mía es sólo la idea que campea en este primer volumen, y cuyas consecuencias serán la materia del segundo.

Ya en el contexto de este primero, verá usted cómo se confunden en un solo cuerpo ambas Américas políticamente, porque la forma política de una época no está vinculada ni a una lengua, ni a la historia del país

en que se formó. Corintias o dóricas son de ordinario las columnas que adornan monumentos y templos, no importa el país culto donde se erijan, porque esas son las formas consagradas por el arte. Pero la América tiene otros vínculos que la llevan a un común destino, acelerando su paso los retardatarios a fin de que la América de uno y otro lado del suprimido istmo sea una facción nueva de la humanidad.

La historia empieza a ser revisada, no para corregir sus errores, sino para restablecer los hechos al color de la realidad que no admite alíño. Mr. Wilson, que ha rehecho la historia de Prescott, me ha servido en lo que hace a civilización de indios, como Taine al juzgar de los jacobinos que realizaron en la práctica los principios conquistados por la razón. El Dr. Berra, D. Andrés Lamas, me han suministrado aquí excelentes datos y sugerencias sobre los comienzos de la Revolución, y cuando necesito del auxilio de las ciencias naturales, acudo a mi médico y primo el doctor Lloveras, que si no puede curarme de la enfermedad crónica de que vengo sufriendo hace setenta y dos años y se agrava cada día, me sirve con sus conocimientos teóricos y autores modernos.

Es cuanto puedo decirle, que no se le alcance leyendo las páginas que siguen, y concluiré lamentando que no pueda usted, por sus achaques, leerlas, si algunas de ellas se aproximasen a las que leía usted en *Recuerdos de Provincia* a un círculo de profesores de Harvard College, en circunstancias que yo entraba, y me hicieron parte de sus observaciones. Uno de ellos, moralizando sobre el caso, decía: "Mr. Sarmiento debió estorbar que cortasen la higuera, a sugestión de sus hermanas".

Pero nos faltan Longfellow el gran poeta, que me enviaba con Mrs. Gould sus últimas poesías; Mr. Emerson, el filósofo norteamericano que me decía en su casa delante de usted en Concord: "La nieve contiene mucha enseñanza"; doctor Hill, el impresor, llegado después a Rector de la Universidad de Cambridge, que desde Montevideo, acompañando a Agassiz, me escribía deplorando no poder atravesar el Río, para verme de paso Presidente, y llegar a Córdoba y abrazar a Gould, y volver a hacer los sondeos del fondo del Océano.

De todos estos contertulios quedamos usted, Miss Peabody con su kindergarten, Gould con su telescopio, y yo, que todavía ofrezco mis humildes servicios de historiógrafo.

Al cerrar esta carta me llega la noticia de la muerte de Mr. Quincey, padre de nuestra excelente amiga la señora de Gould, de quien hago honrosa mención en el libro.

Con felicitaciones por el año nuevo, quedo su afectísimo amigo.

Buenos Aires, diciembre 24 de 1882.

PROLEGOMENOS

¿QUE ES LA AMERICA? — ¿QUE SOMOS NOSOTROS? — NOSCE TE IPSUM — LA ATLANTIDA — POBLADORES PRIMITIVOS — CIVILIZACION DEL MAIZ

Es acaso ésta la vez primera que vamos a preguntarnos quiénes éramos cuando nos llamaron americanos, y quiénes somos cuando argentinos nos llamamos.

¿Somos europeos? — ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten!

¿Somos indígenas? — Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta.

¿Mixtos? — Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados.

¿Somos Nación? — Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimientó?

¿Argentinos? — Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello.

Ejerce tan poderosa influencia el medio en que vivimos los seres animados, que a la aptitud misma para soportarlo se atribuyen las variaciones de razas, de especies y aun de género.

Es nuestro ánimo descender a las profundidades de la composición social de nuestras poblaciones; y si por medio del examen hallásemos que procedemos de distintos orígenes, apenas confundidos en una masa común subiríamos hacia las alturas lejanas de donde estas corrientes bajaron, para estimar su fuerza de impulsión, o la salubridad de las aguas que las forman, o los sedimentos que arrastran consigo.

Nuestro país ocupa el extremo Sur del doble continente que bañan por el otro extremo los mares árticos. Varias razas lo habitaron de antiguo; otras razas lo han invadido va para cuatro siglos, y han de ser sus destinos, no obstante variantes accidentales, como el paso en las marchas forzadas, que es más lento de parte de los débiles, pero que alcanzarán la cabeza de la columna al fin, si no están destinados a perecer en el tránsito. Seremos la América.

Principiemos por el *nosce te ipsum* del sabio. Conozcámonos; y para ello reunamos tras poéticas tradiciones de la antigüedad, las nociones de la ciencia contemporánea.

Platon, que soñó la República ideal, nos ha transmitido la substancia de una conferencia de Solón con los sacerdotes egipcios.

—“Un día que este grande hombre conferenciaba con los sacerdotes de Sais sobre la historia de otros tiempos, uno de ellos dijo: ¡Solón! ¡Solón! Todavía sois vosotros unos niños, vosotros los griegos. Sólo hay uno entre vosotros que no sea novicio en las cosas de la antigüedad. Vosotros ignoráis lo que fue la generación de los héroes, cuya debilitada

posteridad formáis. Escuchadme, quiero instruiros sobre las hazañas de vuestros antepasados; y lo hago en honor de la diosa, que como a nosotros, nos *ha formado de tierra y fuego*. Todo lo que ha ocurrido en la monarquía egipciaca, de ocho mil años a esta parte, está inscripto en nuestros libros sagrados... Pero lo que voy a contaros de vuestras leyes primitivas, de vuestros reyes, de vuestras costumbres y de las *revoluciones* de vuestros padres, remonta a 9.000 años.

“...Nuestros fastos refieren cómo resistió vuestra República a los esfuerzos de una gran potencia salida del mar Atlántico que había invadido la Europa y el Asia; porque entonces ese mar era transitable. Sobre las orillas había una grande isla, enfrente de lo que vosotros llamáis las “columnas de Hércules” (Gibraltar hoy). Esta isla era más extensa que la Libia (Africa) y el Asia juntas. Desde allí, los viajeros podían pasar a otras islas, desde donde les era fácil volver al continente...”

Y Snider se apoya en el sentir de Platon, Aristóteles, Strabon, Eudasio, Diodoro, Amiano y hasta Plinio, que creyeron en la existencia de la Atlántida.

¿Qué habrá de cierto en todo este como proscenio de la futura América, cuyo descubrimiento estaba anunciado en los tan repetidos versos de Séneca?

*Veniens annis soecula seris
Quibus oceanis vincula orbes
Thetisque non deteges orbes
Nec sit terra ultima Thule.*

¿Serán aquellas tradiciones como reminiscencias confusas que nos vienen en la vejez de voces, de rumores, o de narraciones que creemos haber oído, cuando apenas conocíamos los rudimentos del lenguaje que hablaban los adultos?

¿Será aquella la oleada que levanta, en los mares de Australia, un volcán submarino al estallar, y viaja y viaja hasta llegar a las costas del Perú, y avanza sobre tierra, y sepulta ciudades, como desborda el agua contenida en una ancha taza cuando ha perdido el equilibrio?

¿Sería la larga guerra entre Minerva y Neptuno por la posesión del Ática, un simple recuerdo de las antiguas emersiones e inmersiones de la costa, como vemos en Puzzoles anegadas hasta el zócalo las columnas del Serapeum, cuyos capiteles retienen aún pegados caracoles, lo que muestra que el frontis del templo viene saliendo de una pasada inmersión?

Las Quimeras, la serpiente Pithon o de Lerna, la Esfinge, los Grifos extirpados por los héroes, ¿no serán los últimos iguanodontes, pterodáctilos y demás monstruos primitivos que se habrían extinguido ya cuando el hombre apareció? ¿No será la Hidra de siete cabezas, algún animal difícil de extirpar a causa de su prodigioso número, como los tigres de la India que devoran millares de hombres al año?

El león nemeo, ¿no será el carnicero fósil de Grecia con cuchillas en la boca para hacer tasajo de la presa, cuyos huesos han roto robustos colmillos y dientes?

El Dios Baco, venido a la Grecia de la India, ¿no será el recuerdo que quedaba a los pueblos arios del común origen de sus dioses, pues que Júpiter es Dju padre, el deus, dians? Aurora es el brillo del oro y Prometeo es en sánscrito el palo con que se saca fuego hasta hoy por fricción.

¿Sería así la Atlántida, como lo pretende Snider, esta misma América desprendida de Europa y Africa, por el desgarramiento y separación, en dos partes, de un viejo continente común, puesto que aproximando en espíritu aquellas dos hojas se haría fácilmente convenir la parte convexa del Africa con la cóncava de la América?

“Basta observar, dice, el vientre o hinchazón enorme de Africa desde el Cabo Verde hasta el Sur de Liberia: esta hinchazón entraría perfectamente en el mar de las Antillas y el golfo de Méjico, que han quedado enfrente en América, sin más que esta parte del continente americano ha perdido fragmentos que son las islas del Cabo Verde, las Azores, las Antillas, que han sido muchas veces levantadas y hundidas”.¹

No pudiendo entrar los orígenes de la tierra en los límites de la ciencia positiva que nuestro Burmeister, para nuestra inteligencia, nos ha dado en la *Historia de la Creación*, gustamos introducir aquí la idea que se ha formado nuestro joven amigo Francisco Moreno de la fisonomía de la tierra al aparecer el hombre sociable, y lo que nos ha comunicado recientemente en un discurso ante la Sociedad Científica.

“La América del Norte y la del Sur, dijo, tenían un relieve bastante distinto del de hoy. El Brasil era una isla. Venezuela otra, los Andes no tenían sus majestuosas proporciones; la República Argentina era compuesta de islotes, lo mismo que una región pequeña de la Tierra del Fuego y Patagonia. Con pocas excepciones, todo lo demás era mar. . .

“Una de las grandes contracciones del planeta que se enfriaba, produjo, al final de esa época, nuevos levantamientos de unas tierras y hundimientos de otras, sobreviniendo en todo el globo grandes erupciones volcánicas. Las lavas basálticas de Patagonia y del Rhin, me parecen contemporáneas. La Europa cambió de fisonomía y se convirtió en isla, el hielo la cubrió en gran parte y los animales del Norte emigraron al Sur. Así nos explicamos cómo los que se consideran terciarios para esas tierras, sean reputados cuaternarios en estas regiones americanas, y que el elefante haya llegado entonces a nuestras pampas. Eso sucedía probablemente cuando el hombre, aunque ya dueño del lenguaje, vivía en el hemisferio del Norte, en peores condiciones que el Patagón o el Esquimal del día (en nuestro hemisferio donde la vida era probablemente más cómoda), pero ya formaba tribus, impelido por la lucha por la vida; hasta entonces había tenido el mismo

¹ *La création et ses mystères dévoilés — sur l'origine de l'Amérique*, par Snider, pág. 322.

género de sociabilidad que los animales inferiores a él. En el hemisferio Sur, un movimiento de báscula hizo surgir tierras en pleno Océano Pacífico; al Este de Nueva Zelanda aparecieron nuevas regiones que han desaparecido más tarde y cuyas rocas se transportaban, aun por los témpanos, durante el período actual, hasta esa gran isla que continúa su movimiento de emersión; la isla de Pascua es quizá el resto de esas tierras. La Patagonia se elevó sobre las aguas y la América del Sur adquirió otros contornos; los Andes tenían indudablemente al Oeste más tierras que en el día. Las contracciones desiguales de la costa terrestre, manifestaciones externas del trabajo interno, continúan obrando desde entonces, en movimientos rápidos locales, o imperceptibles en grandes extensiones, pero cada vez menos sensibles.

“Siguiendo cierto grado de desarrollo lento en la infancia de la humanidad, lo mismo que en la de los seres inferiores, sea en sus condiciones físicas como en las morales, esa época fue larga, dando tiempo a que algunas razas emigrasen, buscando los medios más aparentes para su desarrollo, según el carácter de cada una de ellas. El hombre primitivo ha sido nómada por excelencia, y el ejemplo aún lo tenemos en nuestro país; el Patagón hace con frecuencia viajes de 500 leguas, sin que la necesidad lo fuerce a hacer grandes emigraciones; es, sin duda, un ejemplo de atavismo.

“Como medios de verificación de ciertos hechos etnográficos, dos museos posee la provincia de Buenos Aires; el Museo Público, fundado por Rivadavia, y el Museo Antropológico y Arqueológico, de reciente formación. En ambos, las piedras, las plantas, los animales embalsamados, los huesos y los utensilios del hombre, objetos sin vista agradable muchas veces, cuentan a quien lo desea, lo que fue o lo que es la vida de los mares, los ríos, las selvas, las llanuras y las montañas argentinas. El primero ha sido dado a conocer en estos tiempos, por los importantes trabajos de su Director el Dr. Burmeister, y a nosotros nos toca, como Director del segundo, hacer que nuestro público sepa lo que guarda en sus armarios el salón alto del edificio anexo al teatro Colón”.

En el Museo Antropológico poseemos la más completa colección de cráneos americanos, los que parecen abrazar la historia entera del hombre, desde su primitiva aparición en tan vasto continente; pero no entrando en nuestro objeto sino la última forma, según lo encontraron los españoles, a la época que principia a llamarse colombiana, seguiremos la apreciación de Ameghino, uno de nuestros jóvenes estudiosos, en cuanto a sus armas y estado de civilización.

“Al trazaros, dice, este rápido bosquejo de los resultados obtenidos sobre la antigüedad del hombre, no quiero que creáis que os hablo en calidad de aficionado por lo que he leído y oído.

“Yo mismo he encontrado los vestigios de todas esas épocas, y aunque joven aún, he tenido la buena suerte de tomar una parte activa en uno y otro continente, en los trabajos tendientes a probar la antigüedad del

hombre en nuestro planeta. Mis investigaciones, o quizá la casualidad, han puesto en mis manos los materiales con que he probado que el hombre vivió en los terrenos de nuestra pampa que pertenecen al terciario superior, conjuntamente con el megaterio, el mastodonte, el toxodonte y otros colosos de la misma época. Y en Europa, después de un año de continuas investigaciones en un antiguo yacimiento de las orillas del Marne, en Chelles, en el que hice colecciones numerosas, he tenido la satisfacción de ver aceptada mi demostración de que el hombre fue contemporáneo, y en épocas distintas, del elefante *anticus*, y del rinoceronte de Merck, animales característicos de los terrenos de transición entre el terciario superior y el cuaternario inferior.

“El hombre, más o menos distinto del actual, y su precursor directo remonta a una época tan alejada de nosotros, que aún no había aparecido ninguno de los mamíferos actuales, y los continentes y los mares no eran entonces lo que son en el día”.²

No hace mucho más de diez años que ha descendido a noción vulgar la idea de que el mundo ha estado en tiempos muy anteriores a la historia, habitado por razas de hombres salvajes, y que han dejado cubierta la superficie de la tierra, hasta cierta profundidad, con las armas, los instrumentos de sílex o pedernal de que se sirvieron por siglos antes de descubrir los metales duros, tales como el cobre, el bronce, y muy tarde el hierro.

El mismo Ameghino lo establece así:

“Esas puntas de flechas, esos cuchillos y esas hachas de piedra que aún usan, con exclusión de cualquier otro instrumento de metal muchos pueblos salvajes de la actualidad, son completamente iguales a los que veréis en mis colecciones, recogidos unos en los alrededores de Buenos Aires y Montevideo, y otros en las cercanías o en el recinto mismo del soberbio París, el centro actualmente más ilustrado del mundo civilizado, el cerebro del mundo, como lo llaman con orgullo los franceses. Iguales objetos se encuentran en la misma ciudad de Londres, o debajo de los muros treinta veces seculares de Roma, de Atenas, de Siracusa o en Turquía, —en todas partes de Europa.

“¿Qué deducir de esto sino que estos centros pasados y presentes de la civilización estuvieron, en un principio, ocupados por pueblos salvajes tan sólo comparables a los pueblos más salvajes que actualmente habitan la superficie de la tierra? Y la deducción es lógica, es positiva, es cierta, e innegable, porque no tan sólo están ahí los instrumentos de piedra que se encuentran en la superficie del territorio de todas las naciones europeas que lo prueban, pero está ahí también el testimonio de los primeros escritores griegos y latinos que lo afirman de un modo positivo.

“Toda la superficie del vasto imperio chino, que se vanagloria de no haber conocido el famoso diluvio universal, está sembrada de objetos de piedra; y libros chinos que datan de 2500 a 3000 años, dicen que esas

² Discurso pronunciado por el señor Ameghino, en el “Instituto Geográfico”.

piedras eran las armas y los instrumentos de los antiguos hombres que los precedieron en la ocupación del país.

“En el Asia Menor, en Siria, en Palestina, en las cercanías de lo que fue Troya, y de Nínive y Babilonia, se encuentran depósitos enormes de piedra engastados en capas de calcáreo más duro que el mármol y que los mismos instrumentos, y entre ellos no se encuentra el más pequeño fragmento de metal.

“En Egipto, la tierra de los Faraones, en donde hace 6000 años brillaba su singular civilización en todo su esplendor, en donde hace 5000 se construían las famosas pirámides, en las capas de terreno sobre que se han elevado esos gigantescos monumentos, se encuentran instrumentos iguales.

“De un extremo a otro de Asia, de un extremo a otro de África, en América y Europa, en todas partes del mundo, se encuentran los mismos vestigios de una época de piedra. Esta ha sido general por toda la superficie del globo. Ese ha sido el principio de la industria humana, bien humilde, por cierto, en su aurora, pero que desarrollándose y perfeccionándose gradualmente, ha llegado a lo que es en el día. Veremos entonces esos primeros ensayos en la senda del progreso y de la civilización, porque sin ellos la industria no hubiera nacido”.

¿Han estado los habitantes de América en comunicación con el resto del mundo antes de cortarse toda conexión territorial entre los continentes primitivos?

El Director de nuestro Museo Antropológico, para contestarnos, toma de entre los objetos exhumados al lado de una calavera, como los escarabajos y estatuillas que acompañaban a las momias egipcias, un objeto brillante, que enseña levantándolo entre el pulgar y el índice. ¿Es un carbunclo, un rubí enorme? No, es obra humana; un esmalte de vidrio de cuatro colores fundidos, una cuenta, en fin, que no es a fe mostacilla de la fábrica de Murano, en Venecia, sino de la fabricación egipciaca del segundo imperio faraónico, allá por las dinastías XVIII o XIX.

Encontróse esta cuenta egipciaca en las Conchitas, al Sur de la ciudad de Buenos Aires, estancia del señor Pereira a dos pies de profundidad de la superficie actual. Moreno encontró en Patagonia fragmentos de otras cuentas que conserva el Museo. Llevadas a Europa, fueron confrontadas y resultaron idénticas a las que poseen varios Museos en Francia, Inglaterra, Estados Unidos; y se sabe que se han encontrado hasta en el Oriente de Asia, en Norte América y en el Perú.

Hubo un tiempo, pues, según las cuentas lo demuestran, en que el comercio de los egipcios alcanzó al Japón, a la Europa, a las Pampas y a la Patagonia.

De las pruebas comerciales que denuncian la existencia de la Atlántida, Snider da un hecho característico que indica que los americanos primitivos eran los mismos a su origen que los pueblos africanos y asiáticos, que poseían precisamente los mismos gustos y los mismos deseos.

“Los que han viajado por el interior de Africa saben que el lujo de las mujeres les hace solicitar los adornos de cuentas de vidrio que reemplazaron los antiguos collares y cinturas de conchas, dientes y piedrecillas. Cuando los españoles penetraron en la América, notaron que las mujeres llevaban adornos de la misma forma, hechos de conchillas. Las cuentas y *chaquiras* de vidrio de Venecia encontraron desde entonces la misma demanda en América que en Africa; y en los tres países se cambiaron las cuentas a peso de oro”³.

La hidrografía de nuestro globo ha debido alterarse profundamente después de habitado por los hombres, como era otra la fisonomía en los tiempos anteriores en que la Patagonia era una isla, el Amazonas un canal, según lo cree Agassiz, y no existía el istmo de Panamá uniendo las islas del Norte con las del Sur, que fueron el núcleo de estas Américas.

Entre las tinajas de arcilla, de que se encuentran tan repetidos ejemplares en el Museo Antropológico, se encuentran varias, recogidas en Catamarca, que han servido de urnas funerarias, distinguiéndose éstas por los perfiles incorrectos de un rostro humano labrado en el cuello, y a veces con unas manecillas al lado de la boca, en imitación de la momia interna sedente. En una están señaladas de relieve lágrimas, y puede decirse que es éste el embrión del genio alado, o de la plañidera que decora nuestros sepulcros griegos, llorando eternamente al deudo cuyas cenizas encierra la urna.

Entre los monumentos y vasos de arcilla extraídos por Schliemann de las ruinas superpuestas de ciudades prehistóricas, una de las cuales cree ser Troya, se encuentran y vienen diseñadas en sus colecciones fotográficas, estas mismas urnas cinerarias encontradas en varios puntos de la América, con el mismo emblema de un rostro figurado en el cuello de un cántaro, en la misma situación, para mostrar que pertenecen a un mismo culto de los muertos.

Un dinamarqués que reunía los cantos populares en América por hallarlos (los tristes) idénticos a los escandinavos, sostenía que no era casual la terminación en *marca* de las palabras que indican país, como Catamarca, Dinamarca, Cundinamarca y las marcas de Ancona que deslindaron los Longobardos daneses en aquellas comarcas italianas.

En 1866 se descubrió en Francia en un conglomerado, un esqueleto enterrado en la postura sedente de la momia de la Pampa y del Perú.

Los aztecas que civilizaron a México, están representados aquí no sólo por sus cráneos, sino por su alfarería, sus urnas cinerarias, sus símbolos religiosos, el lagarto y la culebra de dos cabezas.

Excusado es decir que por todo el territorio se encuentran los rastros recientes de la conquista Inca, y están vivos y se ven en líneas blancas, hasta perderse de vista por el horizonte, los caminos por donde transita-

³ *Atlántida*. Snider, pág. 115.

ban los ejércitos y las *pascanas* a distancias reglamentarias donde pasaban la noche.

Viven todavía en Patagonia los gigantes con cuyas exageradas noticias está lleno el mundo; pero en el Museo están muchos cráneos para no dejar embustera a la fama. Al otro lado del Estrecho se ha refugiado el fueguino que vaga por los bosques en busca de raíces, o por las orillas del mar tras de ballenas podridas que entierra para los días de absoluta carestía después de haberse comido en los días de hambruna, según Darwin, madre y abuelas.

No siente el indio fueguino fácilmente la relación que hay entre el estampido del arma de fuego, y la bala que penetra en el tronco de un árbol. Son dos hechos para su razón inconexos.

Más atrás del fueguino está el cráneo del hombre de Neanderthal, que es la forma más animal encontrada en los terrenos cuaternarios de Europa. Hay de éstos, tan raros allá, varios ejemplares aquí; y conservan aún la ganga de piedra, los cráneos petrificados, arrancados a las rocas que los envolvieron cuando la roca era de barro, y llanura la montaña donde quedaron depositados en el fango los animales muertos.

Pero lo que por demasiado sencillo y por ser de ordinario los observadores europeos que vienen de paso, no han proclamado todavía, es el grande hecho que los actuales habitantes de la América, que hallaron salvajes o semisalvajes los contemporáneos de Colón, son el mismo hombre prehistórico de que se ocupa la ciencia en Europa, estando allí extinguido y aquí presente y vivo, habiendo allá dejado desparramadas sus armas de sílex, mientras aquí las conservaba en uso exclusivo, con su arte de labrarlas, y con todas las aplicaciones que de tales instrumentos de piedra hacían. La manera de los indios de sacar astillas de obsidiana en México actualmente, sirvió a Sir John Lubbock para explicarse la manera como habían procedido los antiguos hombres prehistóricos de Europa, para elaborar el sílex, de que se encuentran fábricas por todas partes.

Al hablar, pues, de los indios, por miserable que sea su existencia y limitado su poder intelectual, no olvidemos que estamos en presencia de nuestros padres prehistóricos, a quienes hemos detenido en sus peregrinaciones e interrumpido en su marcha casi sin accidente perturbador a través de los siglos.

¿Desde cuándo pueblan estas tribus prehistóricas, los países que hoy forman la América?

En las costas del Atlántico vense con frecuencia, dice Lyell, desechos de paraderos indios, donde, de generación en generación, han pasado el verano pescando, y dejando montones de huesos, conchas y carbones, como su único epitafio. ¡Cuánto tiempo habrá necesitado una tribu de doscientas personas para acumular montones de ocho a diez pies de alto, y cien yardas de espesor de estos desechos, como es muy común, pues Lyell ha señalado uno que cubre diez acres de terreno!

¿Para qué, pues, preguntar cuándo y por quién fue poblada la América? Cuando el Capitán Cook recorrió la Oceanía, descubriéndola, halló que toda la isla habitable estaba habitada. Así encontraron Colón, Cortés y Pizarro, y todos los conquistadores, la América.

Los depósitos de desechos encontrados en Alaska, a orillas del Pacífico, se componen de conchas de moluscos, de conchas y espinas de pescado más arriba, y de estos residuos y huesos de cuadrúpedos y aves en la última capa, lo que hace la historia de los progresos de la alimentación del hombre primitivo, no sabiendo ni pescar primero, y adquiriendo mucho más tarde los medios de dar caza a los animales terrestres y a las aves.

Pero los indios de casi toda la extensión de ambas Américas, habían llegado a asegurar fácilmente la subsistencia por el cultivo del maíz como base de alimentación, pues reproduciéndose treinta veces más que el trigo, y reclamando ligeros trabajos de agricultura, era adaptable a todos los climas hasta el grado 40 de latitud, proveyendo a gran número de necesidades, incluso de bebidas espirituosas.

Ahora, sobre la antigüedad del uso del maíz, como base de la alimentación india, puede tenerse presente que los botánicos declaran que se requiere un larguísimo curso de cultura para que se altere de tal manera la forma de una planta, que no pueda identificársela con las especies silvestres; y más prolongada debe ser su propagación artificial para que llegue a perder su facultad de vida independiente, y descansar sólo en el hombre para preservarla de extinción. Ahora, ésta es exactamente la condición del tabaco, del maíz, del algodón, de la quina, de la mandioca y del palmito, todas las cuales han sido cultivadas de tiempo inmemorial por las tribus americanas y con excepción del algodón, por ninguna otra raza.

La adquisición del maíz la hicieron los indios antes de que sus progenitores se desparramaran por todo el Continente, pues en todas partes se le encuentra cultivado aún, en las islas donde la raza existe. Puede llamársele la civilización del maíz, a la que ha alcanzado la raza india; como es el arroz la base de la alimentación de la civilización chinesca, y el trigo de pan la de Europa, encontrándose con las momias egipcias de las primeras dinastías, granos intactos de este cereal. Con las momias sedentes que forman la pirámide que a los alrededores de Lima mide once mil varas cuadradas de base, superpuestas en capas hasta la cúspide, se encuentran envueltas en los sudarios de tejidos de algodón como en los canopos egipcios, espigas de un maíz de granos pequeños acabados en espina, de donde salió el cabelloso. Creemos que se llama *capi*, pues reaparece de cuando en cuando en las sementeras de maíz actuales, por degeneración quizá, o por atavismo, volviendo a su primitivo ser.

Atribúyese a la misma época inicial el llevar las mujeres indias en toda América el cabello sobre la angosta frente cortado a guisa de cerquillo a lo Tito y que es moda hoy venida de Europa. El uso general del color colorado con que se pintan los rostros y el cuerpo, revela un origen común

lo que no puede demostrarse con las armas que son diversas, y afectan formas y son de materias distintas en varios puntos.

Les es común igualmente a todos los indios marchar en hilera unos tras otros, lo que aquí en el Paraguay se llama paso de indio. El último viajero que ha penetrado en la Tierra del Fuego halló este hábito invariable en todas las circunstancias; como en Norte América se llama *paso de guerra* cuando marchando unos tras otros, el segundo pone el pie sobre la pisada del que le precede, a fin de que el enemigo no pueda inferir el número de guerreros de que se compone la banda.

La seriedad de la posición en reposo de los músculos de la cara, y la gravedad del porte, son generales a todas las tribus indígenas, como expresión de dignidad personal en los varones, y de impasibilidad, que en realidad toca en el estoicismo cuando hacen frente al dolor, al miedo, a la alegría, lo mismo que al martirio. Los negros son, por el contrario, la raza más demostrativa y bulliciosa para la expresión de los afectos, la pena, la alegría y aun sorpresa. Reyes de Africa no se contienen en soltar el llanto al romperles algún juguete o vaso regalado por un europeo aun en presencia de ellos. Uno lo hacía por un polichinela, cuyos hilos rompió por falta de destreza al hacerle hacer cabriola. Un indio las presencia en silencio sin mostrar grandes síntomas de interés.

APENDICE

I. CARTA A FRANCISCO P. MORENO

Buenos Aires, abril 9 de 1883

Señor don Francisco P. Moreno

Mi estimado amigo:

Publicada la primera división de su extensa carta, recorría la segunda parte para darla a la estampa, cuando me he encontrado con una apología, más bien que un juicio de *Conflictos y armonías*. Hubiéralo de buena gana suprimido, si no temiera que usted se equivocase sobre el motivo, más que todo porque viene de tal manera enlazada con su inútil reivindicación contra el *Standard*, que me he resuelto a darlo al público; y allá le irá.

Aprovecharé tan buena ocasión sin embargo, de hablar del libro, dando algunas explicaciones y complementos. Bien rastrea usted las ideas evolucionistas de Spencer, que he proclamado abiertamente en materia social, dejando a usted y a Ameghino las darwinistas, si de ello los convence el andar tras de su ilustre huella.

Yo no tengo ni la pretensión ni el derecho de serlo. Con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino.

He reído grandemente esta noche de saber que en Córdoba están muy indignados, creyendo que he dicho que por allá descienden de monos.

Como este es el cargo que se hace a Darwin (haberlo dicho, no de los cordobeses, sino de nuestra especie), algún malicioso habrá dicho: mire usted, Sarmiento dice que somos hijos de monos; y el oyente habrá creído que de él y no de nosotros lo dice, no obstante que de nadie digo yo nada.

Otro contaba que en la sala de Salta, un diputado, Ortiz, abominó media hora el insulto hecho por Sarmiento a los gobernadores, llamándolos "mulatos".

Esta especie salió de un hecho local, o vino por incidente de un editorial de *La Patria Argentina*. Tal frase pudo ser la flecha del parto lanzada sobre el enemigo, al emprender la retirada. Pueden vanagloriarse que esta vez hicieron el daño que intentaron. ¡Dios se los pague! Yo no dije tal.

Pero volvamos a nuestro libro. En alguna parte he reproducido la idea de Lecker (de la Escuela), de que un hombre no es el autor del giro que toman sus ideas. Estas le vienen de la sociedad; y, cuando más el autor logra darles forma sensible, y anunciarlas. Realízase con *Conflictos y armonías* esta verdad de una manera extraña. No esperamos nada de Europa, que nada tiene que ver con nuestras razas. Algo puede venirnos de los Estados Unidos, de donde nos vinieron nuestras instituciones.

No bien terminaba mi trabajo, cuando leía en una revista norteamericana el anuncio de una nueva "Historia de los Estados Unidos", en que el autor, abandonando el camino trillado, atribuye la Constitución norteamericana (la nuestra) no a Washington ni a Hamilton, sino ¡a los puritanos y a los quákeros!

Si llegan a leer *Conflictos* y dar algún valor a mis ideas, encontrarán con sorpresa, acaso con edificación, los críticos norteamericanos, que a aquellos dos elementos antiguos, añado un elemento nuevo, el que menos se imaginan los políticos norteamericanos, a saber: la clase aristocrática encargada del poder, con la larga serie de presidentes virginianos, hidalgos y caballeros.

¡Cosa singular! En este último correo viene indicado el primer candidato para la próxima presidencia. ¿Quién se imagina usted? El hijo del presidente Harrison, que, si no era virginiano, pertenecía a las familias fundadoras de las colonias. He pedido el libro y lo espero por horas. Mucho de lo que leo en el *compte rendu*, lo he escrito yo.

En este último correo anuncian la aparición de un libro nuevo, que tiene por título: *Errores populares sobre los indios americanos*. Sería imposible darle un resumen de otro resumen; pero le copiaré unas cuantas frases. "Se sigue de aquí, que en muchos respectos, los anales de la historia de los indígenas son inexactos, a punto de ser inútiles. Es erróneo todo lo que se nos ha dicho del rey Powhatam, del emperador Moctezuma, de estados formados por confederaciones de tribus, de despotismos militares,

de la casa de las monjas y de los palacios de Palenque y Copan, pues no hubo tales emperadores, ni reyes, ni estados, ni despotismos, ni monjas, ni palacios, ni cosa que lo valga”.

Puede usted cotejar este aserto con los míos.

En cuanto a ideas, oiga usted algo más al caso, ya que yo no creía en los encantamientos que creyó Prescott, ni en los versos de Ercilla. Mientras en *Conflictos* denunciaba, como una vieja alucinación de los chilenos, la cantada bravura de los araucanos, un destacamento ha tomado posesión tranquila de la Imperial, perdida dos siglos ha. Esta confirmación viene como la candidatura de Harrison.

Oiga algo más al caso: “Nadie ha pretendido demostrar, dice el nuevo historiógrafo, que la raza americana tenga defectos orgánicos que la hagan incapaz de desarrollo. . . Al mismo tiempo es imposible inocular a una nación con la civilización. Esta es la desenvuelta (*evolved*); y la evolución es un proceso de crecimiento, determinado por los accidentes que lo rodean. El progreso puede ser prevenido, retardado, acelerado, según las circunstancias. Pero aunque nuestros indios han mejorado mucho, no hay un camino real por el cual los hombres puedan pasar de un estado inferior a otro más elevado. Los pasos hacia aquel fin pueden ser facilitados; pero deben darse todos, y esto requiere mucho tiempo. Un salvaje no puede ser reconstruido por ningún procedimiento conocido. Ni el ejemplo, ni la instrucción, ni el cuidado, cambiarán de golpe un cerebro relativamente simple, en otro relativamente complejo, o deshacerse de los defectos de influencia encefálica”.

“Dondequiera y por siempre el hombre civilizado ha nacido: no es hecho”.

Me apresuro a consignar estas citas de un libro que no ha llegado a mis manos, que aún no he tenido ocasión de pedir; pero que una vez puesto en circulación, haría que *Conflicto de razas* pasase plaza de remedo, si no de plagio.

Estos libros muestran por su coetánea aparición en una y otra América la verdad de que una idea nueva es el reflejo condensado de muchos rayos de luz, venidos de otros cuerpos luminosos. No estoy solo, por lo visto, en el nuevo sendero que trazo a los pasados acontecimientos, ni ha de ser extraviado el que me siga por este nuevo camino.

Si alguna duda le quedare, le comunicaré que al mismo tiempo ha aparecido una *Historia de la raza negra en América*, a que yo he consagrado un capítulo, como uno de nuestros elementos sociales, aunque ya absorbido en su mayor parte. Aquella historia es escrita por un negro, pastor y erudito, preocupándose del porvenir de su raza en Norte América. “Si bien el autor, Mr. Williams, no es un historiador de gran fuerza, ha sabido dar, sin embargo, a su raza, una nueva aptitud para la civilización, y más elevado puesto en el concepto de los hombres. Hasta ahora había sido pasiva su existencia, como pueblo sin historia y sin un propósito definitivo”.

“Deja desde ahora de ser un incidente, para pasar a ser activo elemento de civilización. El negro no sólo tiene una historia, sino una historia llena de estímulos, y una historia en que se apercibe un cierto desarrollo aunque penosamente lento”.

Los negros han derramado su sangre con tanta profusión allá como aquí, en fundar la independencia de los blancos.

Terminada la guerra de secesión, los negros fueron emancipados, “y en lugar de mandarlos a la escuela, añade el buen negro historiador, los mandaron al Congreso”.

No los cree en estado de gobernar, y aun no hallaría a mal una especie de tutela, hasta que se fortalezcan los dos auxilios a su postración: la educación y la industria.

Excuso comunicarle más de las ideas que contienen los tres libros citados, por cuanto las apuntadas bastan para mostrar que las mismas cuestiones se presentan a los espíritus, aunque para nosotros encierren problemas más fundamentales.

Las apreciaciones del *Standard* en estas materias tienen para mí el raro mérito de no haberlas leído, ni contándome nadie lo que contenían, sino es lo que de usted y de Ameghino ensartaba. Verdad es que alguno, refiriéndome las críticas que se hacen a la sordina, me aseguraba que el *Standard* había suministrado argumento al vulgo, que quisiera maldecir, y no se atreve, como aquello de que son hijos de monos los de allá, y mulatos los de todas partes. ¿Por qué no se deduciría esto y aquello del asunto de mi libro? Acaso lo escribo para probar ambas cosas.

Espero que haga un poco de frío para ir a ocupar mi estrecha banca de escuela, como quien escribe sobre la rodilla, mientras los rayos tibios del sol me tienen confortado y dispuesto.

Puesto que estamos hablando de *Conflictos* y usted los halla a su paladar, lea lo que, al recibirlos, me escribe el viejo senador Laboulaye, autor de *París en América*, y como yo aquí, él en Francia, *americanizante*, como él lo caracteriza, pues que ambos hemos trabajado en la misma viña, sin fruto. Da pena oírlo.

CONCLUSIONES

¿Cuál ha de ser, nos hemos preguntado más de una vez, el sello especial de la literatura y de las instituciones de los pueblos que habitan la América del Sur, dado el hecho de que la nación de que se desprendieron sus padres no les ha legado ni instituciones ni letras vivas?

Los norteamericanos continuaron el gobierno representativo de la Inglaterra, y sus literatos, poetas, pensadores, son comunes a ambas naciones. Un francés lo es por sus portavoces, sus dramatisas y poetas, sus Rabelais, Lafontaine, Molière, Corneille, Dumas o Víctor Hugo; pero nosotros no

somos españoles en esto; y no consideramos ni a Dickens, Goethe, Max Müller o Thiers, extraños a nuestro ser, pues ellos indiferentemente forman nuestra razón, nuestro espíritu y nuestro gusto.

No es la procedencia la que nos interesa, sino el caudal o la pureza de las aguas que tales raudales arrastran, y vienen a formar el grande estuario del pensamiento humano que en el siglo XX tomará forma en América, más pronto al Norte que al Sur, aunque el movimiento intelectual sea por ahora menos cosmopolita allá.

El espíritu con esta preparación conserva las dotes naturales sin adquirir las curvaturas que le imprimen las peculiaridades locales y adquiriendo, por el contrario, el tono del pensamiento universal de su época, que no es francés, ni inglés, ni americano del Sur o del Norte, sino humano. Así es un instrumento apto para examinar toda clase de hechos, y encontrar la relación de causa a efecto, importa poco que se produzcan de éste o del otro lado de los Andes, a las márgenes del Sena, del Plata o del Hudson.

Acaso esta ubicuidad de teatro, porque el drama de la vida estuvo en todas partes, sucesivamente enriquece el estilo de imágenes que nos suministra la escena en cada una de ellas, según que haya llanuras, montañas, cañadas, ríos, nieves o fábricas y ciencia.

Todavía una herencia, puede decirse de sangre, que apenas pudiera nombrarse en época de la menos pura democracia. El autor fue educado, como sucedía antes en las Provincias, entre los de su familia, entre cuyos deudos contemporáneos se contaron dos Obispos, un diputado al Congreso de Tucumán que declaró la Independencia y un Capellán del N° 11 de los Andes, con quien vivió años, recibiendo diariamente en interminables monólogos, como si una alma se vaciara en otra, como un líquido generoso, en vasija nueva, todas las ideas dominantes hasta 1826, de independencia, de constitución federal o unitaria, de religión, con la historia accidental de las guerras, de los hombres, de los partidos, etc.

Sólo los herederos del título de Lord inglés, que deben sentarse a la muerte del actual en el Parlamento, son preparados para la vida pública con educación oral dada y recibida con amor cuatro años, se preparan mejor a la vida pública. Por simpatías era o debí ser federal, pues federales eran mis maestros.

Un incidente de la historia interna de nuestros países, acaso la primera chispa incendiaria de la guerra civil, lanzó al adolescente en la vida pública.

Facundo Quiroga invadió a San Juan con sus hordas de llanistas y desertores del sublevado N° 1 de los Andes. En 1864, el Gobernador de San Juan, habiendo sometido los llanos y aniquilado los últimos restos de esas mismas hordas al mando del Chacho, hizo tomar la fotografía de cien prisioneros, para conservar a la historia la fisonomía, los harapos de aquellas bandas descendidas, por la ignorancia, la ociosidad y la guerra, al último escalón a que pueden bajar los descendientes de españoles en América, porque la generalidad tienen barba, lo que constituye a mestizos o blancos. Con esas hordas, con ese traje y aquellas figuras de presidiarios, se presen-

taba a la vista del que había de escribir más tarde *Civilización y Barbarie*, respirando sangre y esparciendo el terror en torno suyo. Y el espectador de diecisiete años, preparado por simpatías a ser federal, a la vista de aquellos seres, viendo al héroe de la Federación de entonces, se recogió en sí mismo, y sin ser influido por nadie, apenas vio levantarse, para ocurrir a la Tablada, tropas que se opusieran al triunfo de aquella causa, ciñó una espada que no abandonó sino después de acabar por siempre con la montonera y los caudillos, en los Llanos, Santiago y Entre Ríos, sus últimas guaridas.

No siendo, pues, unitario, al tomar parte en la lucha de los partidos, viola por el lado de la civilización y de la cultura, formulando su idea quince años después de andar en la refriega y de sacar inspiración y aliento de la práctica diaria.

Pocos libros han logrado en el mundo arrastrar tras sí los sucesos. *Civilización y Barbarie* lo logró, dando otro título a la lucha y quitándole su carácter acerbo.

Hallaron las nuevas generaciones motivo de orgullo pelear por la civilización amenazada, mientras que los que persistieron en el bando federal, después de la separación de Viamont y los suyos, no querían aparecer como bárbaros, pues que bárbaros eran los caudillos, bárbaros sus colores, bárbaros sus suplicios, bárbara su guerra.

Andando el tiempo, abriéndose paso nuevas ideas, en aquel terreno neutro pudieron acercarse los partidos y a falta de gobierno constituido, *Argirópolis*, otra emanación del mismo espíritu sirvió de heraldo para la convocación del Congreso, aceptando la forma federal que había sido el pretexto y rótulo de la lucha.

El libro que reasume mi pensamiento de hoy es la consecuencia de pensamiento de otro libro anterior, que figura en la literatura americana hoy como contenido de algunas bellezas literarias, pero que en su época fue un acontecimiento político, *Civilización y Barbarie*, que pretendió, en medio de la más encarnizada lucha entre unitarios y federales argentinos, que no se querellaban por formas de gobierno, sino entre la parte civilizada de las ciudades y la parte bárbara de las campañas. La lucha parecía política y era social.

La teoría podía ser controvertible; pero como con los caudillos militaba la ignorancia y el arbitrario, todos los hombres cultos y honrados en los propósitos de la lucha, quisieron estar con el partido civilizado, con las formas de gobierno representativo. Aquel libro tuvo grande influencia en fijar la opinión de la Europa sobre el carácter de la terrible, obstinada y sangrienta lucha argentina, y entre los combatientes reunir en un bando a los no toman por blanco exclusivo el interés personal de un tirano, causa de la lucha, o fomentado por las necesidades de la lucha misma.

No habiendo autoridad nacional que convocase al Congreso, caído en desuso como los Estados Generales en Francia, *Argirópolis*, a guisa de heraldo, llamó a la nación a reunirse en Congreso Constituyente con la

misma autoridad que en 1848 se convocó el congreso de Francfort, precursor de la organización constituida de la Alemania.

La caída de Rosas, en 1852, la larga gestación de la Constitución federal de la República Argentina hasta 1861, dejaron al parecer allanadas las dificultades que desde 1816, época de la reunión del Congreso de Tucumán que debió constituir el gobierno, hasta 1826 que se dictó una Constitución que rechazaron los que bajo ninguna forma querían ser constituidos gobiernos regulares, representativos, responsables.

La constitución dada en 1853, reformada en parte y en general aceptada en 1861, está funcionando veinte años ha, sin que sea permitido asegurar que nuestro país es una República, representativa, federal, y que las constituciones que nos rigen pasen, no ya del papel a los hechos, sino que los hechos que se desenvuelven se sujeten a los cálculos que la Constitución les traza.

Menos podríamos abonar la aptitud del pueblo para gobernarse a sí mismo, sin hacer servir el voto de las muchedumbres ignorantes de cadena para ahrojar a las clases de ciudadanos que debieran ser *dirigentes*, y que bajo la capa de una igualdad en las inferioridades, quedarse relegada al tercer plano, como ha sucedido en épocas anormales en Europa, sino perseguida y exterminada como durante el terror de 1793, excluida, como durante el imperio de Napoleón III, cuyos enormes salarios y favores sin tasa a sus cómplices, no lograron en veinte años seducir ni vencer la taimada resistencia, con el culto "mil gracias", con que la sociedad ilustrada de Francia desechó su gobierno de advenedizos.

La votación en los comicios de nuestro país da idénticos resultados, en la Capital como en las Provincias, una unanimidad en el voto, que fuera heroico, si no fuese mecánico, porque el hombre es ser racional y desde que razona puede jurarse que no opinarán, si opinión tienen, o les dan derecho de manifestarla, mil personas de un modo, sin que haya quienes por ignorancia o error opinen según la medida de sus luces.

Danme derecho a no aceptar tales ocurrencias como naturales, cierta aptitud relativa para inquirir sus causas y peculiaridades y el estar cierto de que no son comunes y pudieran, si a algo bueno condujeran, reputarse felices.

Los hombres públicos pertenecen en sus ideas, al país, a las instituciones y a la época en que vivieron. Es raro que haya un hombre público vivido de la vida de tres naciones a un tiempo; que haya residido en diversos países, viajado por todos los que imponen su sello a las ideas; y estado siempre en el suyo propio, combatiendo las tramas, propendiendo a crear las instituciones libres e impulsando el progreso. Los demás pueden engañarse a sí mismos, por falta de términos de comparación; aquél tendrá una medida *media*, un criterio aplicable a todos los países, un sentido común que no será el de una región, sino el que se forma con el hábito de los

hechos que ocurren en grandes extensiones, ejecutados por grandes hombres, experimentados por más grandes aglomeraciones de hombres.

Con esta preparación de espíritu podemos leer en los hechos que se desarrollan.

Las páginas que siguen son acaso la cuarta visión que ha pasado delante del espíritu del autor, del espectáculo que esta parte de la América del Sur ofrece, y pudiera ser la última ilusión, si el saber y la experiencia acumuladas en los sesenta años transcurridos, sobre la cabeza de quien nació en medio de las esperanzas y creció entre las glorias de la Independencia americana, no ha traído al fin su antorcha tranquila para ver en su verdadera luz los hechos y penetrar bajo la corteza que los envuelve, hasta sus causas remotas y recónditas.

En el *Conflicto de las razas*, quiero volver a reproducir, corregida y mejorada, la teoría de *Civilización y Barbarie*, que con la ostensible biografía de un caudillo para ligar los hechos, parecióme explicar la sangrienta lucha de treinta años que terminó en Caseros y en la que, cual conscripto llegado a la edad legal, me alisté en 1828, en la división que tenía a mi frente, contra los Aldaos y Quiroga, como otros se batían a centenares de leguas, contra López, Ibarra, López, Rosas y Oribe, pues que la guerra civil ataca todo el organismo, derramando la sangre por todas las venas a un tiempo, a fin de herir más pronto en el alma que persigue y que no halla, porque está, cuando de ideas se trata, fuera del individuo que es perecedero, y las ideas no mueren.

Esta inspiración juvenil valía un credo para principiar la predicación de un evangelio; pero el autor no tenía credo político definido, y fue a buscarlo en los campos de batalla de la guerra civil, que enseñan, en esta América, sobre todo, más que los libros de historia y política europea.

El libro *Civilización y Barbarie* fue en su día una grande y noble batalla; y como sus doctrinas inoculadas en la sangre de los febricentes partidarios calmó los espíritus a guisa de un bálsamo, bueno es referir al lector de otra campaña que el mismo espíritu emprende en la vejez, contra aquella de la juventud, en que se vino preparando la que por entonces terminó en *Civilización y Barbarie*.

Treinta años duró la lucha de unitarios y federales: y sin seguir las tablas de sangre de Rivera Indarte, veinte mil hombres murieron peleando o muertos a veces por cientos y por millares después del combate. ¿Sabían todos, o alguien, por qué pelearon los de Buenos Aires con las Provincias, entre Montevideo y Buenos Aires? ¿Quiénes eran unitarios y quiénes federales? Y cuando llegan a saberlo algunos, pocos, poquísimos, ¿era esa variante en la forma de gobierno, bastante incentivo para tener sobre las armas medio millón de habitantes, derramar la sangre a torrentes y sacrificar la propiedad adquirida y estorbar por años el desarrollo de la naciente?

Y bien; el autor de *Civilización y Barbarie* no era unitario, ni sabía siquiera cuáles eran los orígenes de la lucha, cuando abandonó los senderos

de la vida ordinaria a lanzarse en los torbellinos de la pública, en que acabará sus días, cerrando el período de la gestión de su pensamiento definitivo con el *Conflicto de las Razas*, que sólo entrevió en *Civilización y Barbarie* entre aquella al parecer inmotivada lucha, de las campañas contra las ciudades.

Podría un sudamericano presentar como una capacidad propia para investigar la verdad, las variadas y extrañas vicisitudes de una larga vida, surcada su frente por los rayos del sol esplendente de la época de la lucha por la Independencia o las sangrientas de la guerra civil; viviendo tanto en las capitales de Sudamérica, como al lado de la cúpula del Capitolio de Washington; y en la vida ruda de los campos, como viajero y soldado; y en los refinamientos de la vida social más avanzada con los grandes caudillos y con los grandes escritores y hombres de Estado; y lo que es más, nacido en Provincia y viviendo en las cortes, sin perder, como se dice, el pelo de la dehesa, como se preciaba.

Poner ante los ojos del lector americano los elementos que constituyen nuestra sociedad; explicar el mal éxito parcial de las instituciones republicanas en tan grande extensión y en tan distintos ensayos por la resistencia de inercia, que al fin desenvuelve calor en lo moral como en lo físico, señalar las deficiencias y apuntar los complementos, sin salir del cuadro que trazan a la América sus propios destinos, tal es el objeto de *Conflicto de las Razas en América* que presento al público y que reclamo sea leído.

Sin ir más lejos, ¿en qué se distingue la colonización del Norte de América? En que los anglosajones no admitieron a las razas indígenas, ni como socios, ni como siervos en su constitución social.

¿En qué se distingue la colonización española? En que la hizo un monopolio de su propia raza, que no salía de la edad media al trasladarse a América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil.

¿Qué le queda a esta América para seguir los destinos prósperos y libres de la otra?

Nivelarse; y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la edad media. Nivelarse por la nivelación del nivel intelectual y mientras tanto, no admitir en el cuerpo electoral sino a los que se suponen capaces de desempeñar sus funciones.

Si se retarda desde México hasta Valdivia y Magallanes el desarrollo de cuanto elemento, ya moral, ya científico, ya industrial abraza la civilización moderna, ¿quedará probado que la raza latina está condenada a ir a la zaga de la raza sajona, puesto que al otro extremo norte de la América se acelera, en lugar de retardarse, el progreso de la especie humana?

Mirado bajo este punto de vista general, y no del punto de vista parcial de cada fracción; con relación al mundo, y no con relación a la localidad, al derecho que llamaríamos *araucano* y que otros querrían ennoblecir y generalizar un poco más llamándole el derecho *latino* en oposición al derecho anglosajón, la cuestión toma grandiosas proporciones; y resolver,

y cuando más no fuese que ilustrar los puntos que abraza, sería rendir un señalado servicio a la humanidad entera, y dar a la América, en iguales proporciones de uno o del otro lado del istmo de Panamá, el mismo rol a desempeñar en la economía del mundo moderno.

El hecho se está produciendo en proporciones tales, que es acto de estolidez o de demencia cerrar los ojos para no verlo. Bordeando anda por un millón anual de hombres los que llegan de todo el mundo a enrolarse como nacionales en las filas de los ejércitos y en las listas electorales de los Estados Unidos de Norte América; mientras que a territorio tres veces mayor, a quince compartimientos que debieran como Estados aumentar la atracción, no se dirigen menos de cien mil, pero sin adhesión, sin cohesión orgánica; o lo que es más significativo, sólo en un punto, cual si fuera el único accesible, se hace sentir una débil corriente de emigración que vacila en su marcha, sin embargo, que disminuye o aumenta sin sistema, como el crecimiento de las plantas, y como si encontrara obstáculos invisibles, acaso falta de desnivel para que se precipite en la corriente, habiendo acaso bancos y arrecifes que la detienen en su curso.

¿Por qué no es el mismo movimiento? ¿También es peculiaridad de la raza latina no atraer nuevos emigrantes de toda la Europa y marchar a paso de plomo, cuando corren los compatriotas de Fulton, Morse y Edison?

Sin preocuparnos de la generalidad de estos hechos, y tomando por punto de partida lo que ya ocurre en esta parte de América que tiene por expresión geográfica el estuario del Río de la Plata, he creído que así como la emigración se ha dirigido hacia sus costas, con cierta intensidad, lo que mostraría que entramos a participar del privilegio anglosajón puesto que anglosajona sería la atracción y la corriente de adhesiones que a su modo de ser le llegan con un millón de nuevos colonizadores, así debemos hallarnos en mejor aptitud que otras porciones de la América del Sur para juzgar sobre las causas que aceleran o retardan el progreso o la organización de gobiernos regulares, libres y representativos en esta parte de América.

Deber nuestro es ilustrar estas cuestiones, señalando las rémoras o las desviaciones.

La reproducción de la especie obedece en cada país a circunstancias peculiares, de clima, alimentación y poder físico; pero en la América del Norte, sobre todo, ha tomado tal fijeza y se aumenta el número de habitantes con tal rapidez, que la fábula de Deucalión parece realizarse en los tiempos históricos. La emigración sola bastaría de hoy en adelante para crear una nación en una generación, igual a cualquiera de las que más poder ostentan hoy en la Europa occidental. Este hecho, que es nuevo en la historia humana, si no apelamos a las emigraciones arias y pelásgicas de que no tenemos idea, debe determinar una política americana, que generalice el hecho, como las aguas fecundan por la irrigación ciertas comarcas, sin ponerse de por medio a detener o contrariar el hecho donde ya se produce espontáneamente y en aquella enorme escala.

Obrar de otro modo sería tan insensato como querer detener un río, cerrándole con una barrera el paso. El mundo, y principalmente la Europa, vaciarán constantemente el exceso de la población sobre los territorios vacíos de la América, faltándole territorio para todos sus habitantes. Es la colonización en permanencia; pero ya ha transcurrido un siglo de ensayo para mostrar que aún la dirección que toma ese traspaso y traslación de habitantes de un continente a otro, obedece a reglas.

Desde luego es el emigrante el que resuelve allá en su país a dónde habrá de dirigirse. Los Estados Unidos no han fomentado la inmigración directamente. A veces le han puesto trabas, como Nueva York, exigiendo que el inmigrante contase al desembarcar \$ 200 ante un empleado, para responder de su manutención mientras hallaba trabajo. La Inglaterra fomenta la emigración a sus colonias, pero se ve que doce mil de esos emigrantes pasan el San Lorenzo para engrosar la población norteamericana.

Si no se sabe por qué naciones como la Francia necesitan casi dos siglos para duplicarse, diremos lo mismo que no puede saberse por qué los hombres se dirigen a los Estados Unidos y no a otros territorios baldíos.

¿Llamaremos nosotros a son de pregón, carteles y almanaques noticiosos, la emigración a nuestras playas que apellidamos afortunadas? Algo podrá obtenerse con grandes sacrificios y el desenvolvimiento de otra clase de males.

¿Sintiéndose varias naciones preocupadas de la necesidad de expansión, no les ocurrirá la idea de recolonizar esta retardataria América en su provecho, aunque la humanidad de allá y los americanos de aquí duden un poco de la eficacia del remedio? ¡Qué!, ¿es colonizadora la nación que quiere tener colonias o extender sus dominios? No ha mostrado esa aptitud la Francia en América, perdiendo sus colonias, aunque más aleccionada hoy, dirija su acción sobre el Africa y el Asia; y como la España no se ha engrandecido, pues más bien se ha desangrado en la noble tentativa de poblar un mundo, no debemos concederle la palma en esta clase de negocios de Estado.

¡Oh, gloria de la especie humana! No coloniza ni funda naciones sino el pueblo que posee en su sangre, en sus instituciones, en su industria, en su ciencia, en sus costumbres y cultura todos los elementos sociales de la vida moderna. No coloniza la Turquía, sino que arruina cuanto toca. Colonizan el mundo deshabitado por las razas privilegiadas los que poseen todas aquellas dotes. La Francia ni la España tenían instituciones de gobierno que llevar a sus colonias, y han perecido los gajos de sí mismas que implantaron momentáneamente. La Australia prueba en veinte años lo que el traspaso de una mano a otra probó con California y Tejas, lo que probaron las trece colonias inglesas al mismo rey y Parlamento inglés que se olvidaron un día que el pueblo se impone a sí mismo las contribuciones por medio de sus representantes en Parlamento.

¿Qué deberíamos hacer los americanos del Sur, para no ser distanciados de tal manera que no se haga cuenta de nosotros en treinta años más, o

tener que resistir a las tentativas de recolonización de los que pretendan que está mal ocupada esta parte del continente subsidiario del europeo?

Preparar la respuesta a esta pregunta es el objeto de este libro, creyéndose el autor de este libro preparado para acumular los datos, acaso para dar la solución final, con sólo seguir el camino que le viene trazado por los antecedentes históricos de su propio país, el conocimiento del de los otros y como una iniciativa personal que le ha cabido en varios ramos accesorios de aquel conjunto de adquisiciones que constituyen la civilización de nuestro siglo.

No es indiferente al acierto de tal empresa que el autor haya participado medio siglo del movimiento político, intelectual y de transformación y desarrollo de su propio país.

Los largos viajes no dañan a los lores ingleses para conocer el continente: sus costumbres e instituciones, ya que naciendo legisladores de una isla, se expondrían sin eso a ensimismarse y separarse del resto de la humanidad. La residencia en países distintos, sin dejar de vivir de la vida del suyo propio, haría de un hombre de Estado otros tantos hombres, como creía Rousseau del que conoce varios idiomas.

¿Qué falta a esta parte de América, para recibir y aclimatar todas las fuerzas activas y los progresos intelectuales que andan como flotantes en la atmósfera y sólo piden un pico de montaña que los detenga, acumule, condense y convierta en nube y lluvia fecundante?

Una mala constitución geográfica daba una sola entrada en un puerto único al ambiente exterior y trabajó por abrir los ríos a la libre navegación. Están mezcladas a nuestro ser como nación, razas indígenas, primitivas, prehistóricas, destituidas de todo rudimento de civilización y gobierno; y sólo la escuela puede llevar al alma el germen que en la edad adulta desenvolverá la vida social: y a introducir esta vacunación, para extirpar la muerte que nos dará la barbarie insumida en nuestras venas, consagró el que esto escribe su vida entera, aunque no fuese siempre comprendido el objeto político de su empeño.

Pero como el primer censo, mandado levantar por sus previsiones, ha mostrado que ocupamos dos kilómetros de tierra por habitante, lo que nos hace el pueblo más diluido, un desierto poseído, un *souçon* de nación, pusimos desde hace cuarenta años la mano en la llaga, hasta hacer de la inmigración parte constituyente del Estado. Los que persuaden, al ver realizados ciertos resultados: la pampa taraceada por líneas de eucaliptus o de alambres, escuelas en rincones cuyo nombre ignora el geógrafo, las poblaciones del mundo desembarcando en los puertos, como en el Támesis el ganado vivo de América, se imaginan que estas cosas vienen de sí mismas y por sus pasos contados.

El año pasado, sin embargo, se ha instalado una primera colonia italiana en México, a donde pocos extranjeros penetran, y la Inglaterra acaba en este año de restablecer sus relaciones diplomáticas interrumpidas desde la muerte del emperador Maximiliano. El resto de la América está cerrado a

toda influencia exterior, salvo débiles ensayos en imitación nuestra, mientras que la educación primaria contraría resistencias invencibles de la apatía y egoísmo de la raza blanca, mientras no reconozca el principio etnológico que la masa indígena absorbe al fin al conquistador y le comunica sus cualidades e ineptitudes, si aquél no cuida de trasmitirle, como los romanos a galos y españoles, a más de su lengua, sus leyes, sus códigos, sus costumbre y hasta als preocupaciones de raza, o las creencias religiosas prevalentes.

Los políticos que quieran llegar a ser en América los representantes de la raza latina, quisieran pararse en medio de la calle donde transitan carros, animales, pasajeros y todo el ajuar del comercio de todos los pueblos del mundo. Pretenderían dividir el mundo en dos mitades y ya que el istmo de Panamá va a ser camino público, decirse que a este lado está el atraso, el despotismo de réculos ignorantes, cortados a la medida de los que ha dejado producirse aquí y allí la raza latina, sin mirar el rostro del soldado que la vigila y gobierna, que es cobrizo y tostado, llamando latino al araucano, al azteca, quichua, al guaraní, al charrúa, amos de la raza de los amos que los oprimen.

La obra de Dios es más grande, y es a la inteligencia de sus obras que para comprenderlas nos ha dado, a quien toca, como a Juan el Precursor, allanarle los caminos.

Lleguemos a enderezar las vías tortuosas en que la civilización europea vino a extraviarse en las soledades de esta América. Reconozcamos el árbol por sus frutos: son malos, amargos a veces, escasos siempre.

La América del Sur se queda atrás y perderá su misión providencial de sucursal de la civilización moderna. No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América, como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos.

II. TESTIMONIOS

JORGE LAGARRIGUE

(Chile)

TROZOS DEL DIARIO INTIMO *

Santiago, 31 de marzo de 1874

LA RELIGION DE LA HUMANIDAD

Las luces del siglo XIX nos han mostrado palpablemente que todas las religiones son de origen humano.

...debemos confesar que ese sentimiento de la religión no es enteramente extraño a nuestra naturaleza. De otro modo, no podríamos explicar la inmensa influencia que han ejercido y ejercen aún en el mundo las diversas religiones que han surgido en su seno... El completo escepticismo no puede reinar entre los mortales; necesitan estos de una creencia, que sea el guía de sus pasos en la tierra y el constante alivio de los frecuentes pesares que los abruma.

...el sentimiento de la humanidad se apodera cada vez con más fuerza de todos aquellos espíritus que se preocupan de la suerte y del destino de la civilización.

Este mismo sentimiento es el que aquí nos reúne, señores. Todos tenemos una misma fe: la fe en el progreso de la humanidad. Todos nos hemos impuesto, como el más imperioso de los deberes, el contribuir a la grandiosa obra de la civilización.

Y como hemos comprendido que las ciencias son los poderosos motores que llevan a los pueblos por la senda del progreso, nuestro primer deber es cultivarlas con ardoroso empeño, para esparcir, en seguida, su bienhechora semilla entre nuestros queridos compatriotas.

Ilustrar nuestro espíritu con la luz de la verdad y difundirla entre el pueblo, en seguida, he aquí nuestro doble y sagrado deber.

Obremos del progreso, no debemos desmayar jamás en nuestros trabajos, penosos si se quiere, pero fecundos siempre en brillantes resultados.

La Sociedad de la Ilustración nos presenta un vasto campo en qué ejercitar nuestra actividad, y un altar en qué tributar un culto bienhechor a nuestro verdadero dios, la Humanidad.

* Trabajo inédito proporcionado por Federico Lagarrigue a cargo de la Fundación Juan Enrique Lagarrigue con sede en Chile.

1º de mayo de 1874

Ayer ha sido uno de los días más grandes de mi vida. Recibí de Europa dos grandes obras, la *Filosofía Positiva* de Augusto Comte y la *Historia de la Civilización en Inglaterra* por Thomas Buckle.

3 de enero de 1875

...he estado escribiendo la primera página de la traducción que pienso hacer de dos lecciones del *Curso de Filosofía Positiva* de Augusto Comte, precedidas de un prefacio por Emilio Littré.

...Hago este trabajo porque creo un deber de mi parte propagar esa filosofía que ha alumbrado mi espíritu y porque creo que el positivismo es el punto final hacia el cual marchan las sociedades en sus constantes progresos. Las ciencias, llegadas casi todas ellas a un estado realmente positivo, preparan el camino.

...Hace pocos meses, se publicó un libro titulado *Lecciones de Política Positiva* por el señor don José Victorino Lastarria. Era la primera parte en que trata la cuestión social como preliminar de la cuestión política, que ocupará la segunda parte. Pues bien, el señor Lastarria se vio obligado a suspender estas lecciones de política positiva que daba en la Academia de Bellas Letras, porque casi nadie iba a escucharlo; y su libro, hasta el momento en que escribo, no ha merecido todavía los honores de una crítica. Ha aparecido en nuestro horizonte intelectual sin que se haya producido el más ligero ruido, la más pequeña sensación. Una indiferencia glacial ha acompañado su aparición.

...Yo quiero servir a mi país, combatiendo el error, esparciendo y defendiendo la verdad.

Creo hacer esto, propagando las grandes doctrinas de la filosofía positiva.

...he formado el firme propósito, en cuanto lo permitan mis recursos pecuniarios, de estudiar constantemente durante mi vida todos los ramos del saber humano.

Hoy he leído dos capítulos de la excelente obra de Alejandro Bain *El espíritu y el cuerpo*. Los títulos de los capítulos son: "Unión del espíritu y del cuerpo" y "De la relación entre el espíritu y el cuerpo considerada como correspondencia o variación simultánea".

13 de junio de 1875

...Ayer en la noche mandé un ejemplar de la *Filosofía Positiva* a la Academia con una carta al secretario. Lastarria leyó mi carta que fue aplaudida por la concurrencia.

...No me es posible describir la satisfacción que he experimentado al ver coronados los esfuerzos que he hecho durante más de un mes en la publicación de mi traducción.

9 de marzo de 1876

Hoy ha sido un gran día. Mis padres se han decidido ya a enviarme a Europa. Muchas vacilaciones ha habido, pero es por fin un hecho que en abril parto para el antiguo mundo.

La alegría y la tristeza se hacen equilibrio en mi espíritu. Por una parte voy a conocer el viejo mundo de donde nos viene la luz, y a ensanchar mis conocimientos científicos, por otra me alejo de lo que más quiero en el mundo: mi madre, mi padre, mi familia entera, mis amigos y mi patria.

23 de marzo de 1876

Mi viaje se ha apresurado mucho.

El 27 del presente salgo para Valparaíso, para embarcarme en el vapor el 29.

A medida que se acerca el día, mi corazón se oprime más y más. El pensamiento terrible de que tal vez no vuelva a ver más a mis padres, me persigue incesante.

Oculto cuanto puedo mi tristeza y lo confesaré, mis lágrimas, que sólo me he atrevido a derramar en el silencio y en la soledad de la noche.

...Es necesario adquirir toda la ciencia posible para ponerla al servicio de la filosofía positiva, que es la más alta expresión del progreso humano.

Es necesario adquirir toda la ciencia posible para desempeñar una profesión de tanta responsabilidad como la medicina, en cuyas manos está la vida de nuestros semejantes.

26 de mayo de 1876

No fue en la mañana sino a las doce del día que entré en la casa N° 44 de la calle de Assas. Pregunté al portero si allí vivía M. Littré. Sí, me dijo, señalándome una escalera que estaba a la izquierda, en el segundo piso a la derecha. Subí temblando y deseando que los escalones se prolongaran hasta lo infinito; pero muy pronto me encontré debajo de la puerta indicada. Tiré el cordón de la campanilla y una mujer salió a abrir. Le entregué mi tarjeta y en un instante más fui introducido a la pieza. El ilustre anciano se levantó y avanzó hacia la puerta para recibirme. Me estrechó cordialmente la mano, y me hizo sentar en un sillón en frente de él. Conversamos como veinte minutos, preguntándome él por mi viaje y por el estado de mi país. "Parece, me dijo, que Chile y el Brasil son los dos países más prósperos de América del Sur".

Le pregunté por la Sociedad de Sociología y me contestó que había concluido.

Me dio su tarjeta con la dirección de la casa de Robin, para que fuera a visitar al eminente histologista. Vive en el Boulevard Saint Germain, N° 94.

A la despedida, me dijo esperaba le hiciera frecuentes visitas.

Tal era mi emoción y la atención que puse en observar su fisonomía y en oír sus palabras, que casi nada pude ver de los libros que había en su biblioteca.

Una señora anciana, que debe ser su esposa, estaba sentada en un sofá a mi izquierda.

He visto, he hablado a uno de los hombres más notables del siglo XIX, al que ha sido mi verdadero maestro, mi segundo padre.

19 de octubre de 1876

Ayer, a las dos de la tarde, tomé mi primera inscripción en la Escuela de Medicina. Me costó 32.50 frs. Cuando recibí mi carta de estudiante, tuve una grande alegría, porque vi que ya entraba en el período de los seis años que me faltan para volver a mi patria. Tal vez el trabajo y el estudio me hagan un poco más corto este período que ahora me parece eterno.

En la noche a las ocho y media, estuve con Vicente y con los jóvenes Carrasco en la calle Monsieur le Prince N° 10. Celebraba sesión la Sociedad Positivista. Entre sus socios se encontraban muchos obreros. El número de los asistentes se elevaría a treinta. Tratan de buscar una sala más grande, para que Laffitte pueda hacer sus cursos públicos.

Después que concluyó la sesión, estuve hablando con Laffitte. Le dije que sólo conocía el curso de Filosofía y las obras de M. Littré. El me ofreció su casa, y me recomendó estudiara el Sistema de Política Positiva y asistiera al curso de Sociología que en poco tiempo iba a abrir.

...Debo confesarlo: una gran lucha se ha establecido en mi espíritu; así que es de todo punto indispensable que estudie el Sistema de Política Positiva. Siempre he estado muy inclinado a la Religión de la Humanidad. Cuando leí la obra de Stuart Mill sobre el positivismo (no había leído todavía la obra de Littré) acepté lo mismo que él, la Religión de la Humanidad, y voy a copiar aquí un artículo que escribí sobre ella y que leí en la Sociedad de la Ilustración. (El 31 de marzo de 1874).

A veces envidio a esa multitud de individuos que pasan su vida muy tranquilos sin preocuparse de las ideas que agitan al mundo intelectual.

Pero no puedo pasar así. A cada instante veo la Humanidad que en su luminosa y significativa marcha me dice: recibe mi herencia y agrándala; busca la verdad y espárcela.

Me siento miembro de esta gran familia que se llama Humanidad, y consideraría una cobardía, una falta moral, el dedicarme exclusivamente

a mi propio interés, y el abandonar por completo los grandes intereses de la Humanidad. Me parece también escuchar el justo reproche de la posteridad, si no me preocupo de la preciosa causa en que ella está tan interesada.

24 de noviembre de 1876

... Son las ocho de la noche. En este momento acabo de recibir una circular de M. Laffitte, en que pide apoyo a todos los republicanos y liberales para la fundación de una escuela positivista. Para esta empresa, dice, una suma mínima de cinco mil francos sería necesaria, siendo nuestra enseñanza, por principio, siempre pública y gratuita.

Aunque yo no participo de todas las ideas de esta escuela, la ayudaré con diez francos mensuales. Mi corazón se siente entusiasmado siempre que veo una obra grande que tiende al bien de la Humanidad. Me entristezco cuando no puedo hacer algo en provecho del progreso humano. Yo no gasto en los placeres que tiene generalmente la juventud, séame permitido gastar en lo que ha sido el constante sueño de mi vida.

31 de julio de 1877

Tú sabes, Enrique, que desde que leí el libro de Stuart Mill me sentí arrastrado hacia la Religión de la Humanidad, que este mismo gran pensador adopta en teoría y aun en la práctica, pues es conocido el culto que tributó a la memoria de su noble esposa. Después cuando entré en el estudio del Curso de Filosofía Positiva, fue tal la revolución que se verificó en mis ideas, fueron tan grandes los horizontes que se abrieron a mi espíritu, que la concepción intelectual del positivismo absorbió por completo mi pensamiento, haciéndome olvidar en gran parte la idea religiosa, que en un principio había encontrado en él. A mantenerme en este estado contribuyeron más que todo las obras de Mr. Littré, que pretende dividir la obra y la vida de Comte en dos partes: en la primera Comte se muestra un gran genio, expone con mano maestra la filosofía de cada una de las cinco primeras ciencias, crea la sociología y construye un nuevo sistema filosófico, la Filosofía Positiva; en la segunda Comte es poco menos que un loco, cae en la teología, es subyugado por el método subjetivo, y crea un sistema político y religioso, en que los errores se suceden los unos a los otros, y cuyas pocas verdades son sólo reminiscencias de la filosofía positiva. Este tema sostenido por una pluma y talento distinguidos, y sobre todo por un hombre abnegado a la filosofía positiva y que hace la valiente confesión de haber caído por algún tiempo en los errores de Comte, este tema, digo, sostenido así, toma todas las apariencias de una verdad incontestable, y es natural que sea aceptado por quien no conoce a fondo todas las lucubraciones de Augusto Comte.

Agréguese a esto que, cuando se sale del catolicismo y se entra en el período revolucionario o negativista, se tiene un profundo alejamiento por todo lo que lleva el nombre de religión, culto, sacerdocio, etc., y se comprenderá cómo he estado cerca de dos años detenido en la última página del *Curso de Filosofía Positiva*.

En esta situación de espíritu llegué a la gran ciudad, de donde han partido desde hace tiempo todos los grandes movimientos del espíritu humano.

Durante los primeros meses, mis incesantes y nuevas impresiones no me dejaban el ánimo tranquilo para ocuparme de los graves problemas de la filosofía. Pero, muy pronto, en los ratos libres que me dejaban mis estudios médicos, comencé a meditar sobre las grandes cuestiones que encierra la filosofía positiva. Lo primero que se me ofreció a la vista, al dirigir mis miradas del lado de los sucesores de Augusto Comte fue su profunda división en dos escuelas distintas: los que sostienen solamente el *Curso de Filosofía Positiva*, cuyo campeón principal es Mr. Littré, y los partidarios de la Política y de la Religión de Augusto Comte, que reconocen como jefe a Mr. Laffitte que Comte mismo instituyó como su sucesor. Los primeros me eran ya conocidos; faltábame que estudiar y conocer a los segundos, contra quienes tenía prevenciones, pues los creía demasiado fanáticos. He trabado pues, relaciones con ellos, y he asistido a los cursos de Mr. Laffitte.

Pronto la comparación entre las dos escuelas, me ha convencido de la superioridad social y moral de la segunda. La primera, limitándose a la parte intelectual de la doctrina de Comte, es incapaz de producir una verdadera unión ni la menor organización entre sus adeptos. Por lo que yo mismo he visto tampoco tiene acción alguna sobre el proletariado ni sobre la mujer.

En la segunda, que tiene un sacerdocio, un jefe reconocido, Mr. Laffitte, hay la más perfecta unión y concordia entre todos sus partidarios. Cuando estoy en sus reuniones, experimento un verdadero consuelo, porque veo que es posible que un día reine la armonía entre los hombres, y porque me convengo de que el corazón humano no está cerrado para las grandes ideas y para los sentimientos generosos y elevados. Además, su acción sobre el proletariado es manifiesta, pues una gran parte de sus más abnegados partidarios son de la clase obrera. Ya existen también varias familias positivistas en que las esposas son tan abnegadas al positivismo como sus maridos. Creo que te he dado cuenta de una fiesta positivista, en la que se celebraba la presentación (Bautismo) de dos años. Esta ceremonia no tenía otro objeto que el recordar a los padres, o a los padrinos en su lugar, sus graves deberes para con el nuevo miembro de la humanidad.

Si la doctrina de Augusto Comte, como yo creo, va a desempeñar en el futuro el mismo rol social que han desempeñado las creencias religiosas en el pasado, sus progresos y su acción serán debidos principalmente a la escuela completa de Augusto Comte, y sus partidarios serán los ver-

daderos representantes del positivismo. Estoy convencido, como Comte, de que "la primera condición de una regeneración no menos indispensable al orden que al progreso es la formación del sacerdocio positivo". Sin una institución, sin organización, no hay obra social posible. Es necesario un Sacerdocio para propagar sistemáticamente el positivismo, para dar consejos a los gobiernos, y para que el común de los hombres encuentre en él guías intelectuales y sobre todo morales. Es indispensable que ahora mismo exista, para que todos los espíritus que se sienten atraídos hacia la nueva construcción social y religiosa, encuentren en él un punto de reunión y apoyo, y se haga así más poderosa la acción de la propaganda. Y esto es tan natural en el hombre, que, no te acuerdas, Enrique, que, cuando fui iluminado por el positivismo, la primera necesidad que sentí fue la de comunicarme con los positivistas y sobre todo con el que yo conocía por maestro, Mr. Littré. Se puede decir que desde entonces reconocí un nuevo poder espiritual.

Por otra parte, Enrique, el estudio somero que he hecho de la política y de la religión positivas, me ha dado la profunda convicción de que en todas sus obras Comte ha conservado la más perfecta continuidad de ideas. Que Mr. Littré haya aceptado solamente concepciones fundamentales del curso de filosofía positiva, y que rechace las concepciones políticas de Comte, por creerlas contrarias a las primeras, está muy bien, pues es el derecho de todo pensador; pero que contra el mismo Comte sostenga que no hay completa unidad en su vida mental, he ahí una afirmación verdaderamente insostenible y atrevida, y tanto más peligrosa cuanto que es sostenida por uno que se dice partidario abnegado de Augusto Comte.

Es fácil hacer ver la inexactitud de esta afirmación. Desde sus primeros trabajos Comte ha demostrado la necesidad de la formación de un nuevo poder espiritual, lo que envuelve necesariamente la formación de una nueva doctrina equivalente a las religiones que habían sido el sostén de los antiguos poderes espirituales. Un poco más lejos te mostraré que la gran conclusión de la parte social del *Curso de Filosofía Positiva*, es la formación de un poder espiritual, y que en ella se encuentran también los gérmenes de la religión y culto positivistas.

Pero ante todo es necesario que escuchemos a Augusto Comte defendiendo la unidad de su sistema. Lee para eso sus primeros trabajos reproducidos en el apéndice del *Sistema de Política* y el prefacio que los precede.

"Este apéndice, dice, está destinado sobre todo a manifestar la perfecta armonía de los esfuerzos que caracterizaron mi juventud con los trabajos que llevé a cabo en mi madurez".

"Según los hábitos dispersivos que, en nuestros días, comprimen toda apreciación sintética, esta plena continuidad se encuentra a menudo disimulada por la extensión excepcional que debió adquirir mi elaboración total. Cuando no se percibe la relación necesaria entre la base filosófica y la construcción religiosa, las dos partes de mi carrera parecen proceder según direcciones diferentes. Conviene pues hacer sentir especialmente

que la segunda se limita a realizar la destinación preparada por la primera. Este apéndice debe inspirar espontáneamente una convicción semejante, comprobando que, desde mi principio, traté de fundar el nuevo poder espiritual que instituyo hoy día. El conjunto de mis primeros ensayos me condujo a reconocer que esta operación social exigía primeramente un trabajo intelectual sin el cual no se podría establecer sólidamente la doctrina destinada a terminar la revolución occidental. He aquí por qué consagré la primera mitad de mi carrera a construir, según los resultados científicos, una filosofía verdaderamente positiva, única base posible de la religión universal. Pero, cuando este fundamento teórico estuvo planteado suficientemente, debí dedicar directamente todo el resto de mi existencia a la destinación social que primero había supuesto inmediatamente accesible”.

“Además de la dificultad natural de concebir este vasto plan, una tendencia personal induce, a menudo, a desconocer la íntima conexidad de mi Sistema de Política Positiva con mi Sistema de Filosofía Positiva. Aunque la terminación de la revolución occidental sea generalmente deseada, la indisciplina, propia de nuestra situación anárquica, inspira aún activas simpatías, sobre todo entre los letrados. Muchas individualidades se sienten chocadas por el advenimiento directo del sacerdocio positivo, que debe hacer prevalecer universalmente, en la conducta pública y aun privada, reglas tanto más inflexibles cuanto que serán siempre demostrables. Estas repugnancias hacia mi construcción religiosa, disponen a considerarla como contradictoria con su base filosófica, cuyo atractivo mental se encontraba naturalmente exento de todo conflicto moral. Pero este apéndice mostrará la inconsecuencia de los partidarios intelectuales del positivismo, que rechazan hoy su aplicación necesaria a la destinación social directamente proclamada en su primer bosquejo. Sea que no puedan abarcar el conjunto de mi elaboración, o que sientan ver cesar el interregno religioso, su adopción especulativa de la nueva síntesis los obliga a completarse, resumirse y concluir. Mi política, lejos de ser en manera alguna opuesta a mi filosofía, constituye de tal modo su continuación natural, que ésta fue directamente instituida para servir de base a aquella, como lo prueba este apéndice”.

He leído, Enrique, algunos trozos del apéndice, citados en una obra del escritor inglés Bridges que sostiene la unidad de la vida y de la doctrina de Augusto Comte, y me he convencido de que no hay ruptura en las concepciones de Comte sino expansión y desarrollo.

En la *Filosofía Positiva* misma he encontrado los gérmenes palpables de sus últimas lucubraciones. En la página 438 del tomo sexto comienza sus consideraciones sobre *el poder espiritual futuro, primera base de una verdadera reorganización*. Ahí señala la necesidad de la división de los dos poderes: temporal y espiritual. “Mientras mejor se profundice una discusión semejante, más se sentirá que la civilización moderna debe, por su naturaleza, ofrecer el principal desarrollo de esta división fundamental de

los dos poderes, que no pudo ser más que imperfectamente bosquejada en la Edad Media, vista la doble inaptitud del estado social correspondiente y de la filosofía entonces preponderante; el vuelo creciente de nuestra sociabilidad tiende necesariamente, bajo todos respectos, a hacer el gobierno humano cada vez más moral y cada vez menos político". (Pág. 446)

Y "a la confusión de los dos poderes atribuye la tendencia general, hoy día profundamente desastrosa, de buscar siempre, en las instituciones políticas propiamente dichas, la solución exclusiva de las dificultades cualesquiera relativas a nuestra situación" (p. 452)

En la página 456 hace la comparación entre el nuevo poder espiritual y el católico, señalando la dificultad para muchos espíritus de poder hacerla. "Solamente a aquellos que, según nuestras precedentes explicaciones históricas, sabrán apartar suficientemente el punto de vista religioso, para considerar únicamente el oficio social del clero católico, podrá llegar a ser verdaderamente útil una juiciosa aplicación de este procedimiento comparativo como medio empírico de facilitar las apreciaciones y de precisarlas más; *porque es por otra parte cierto que todo lo que en la vida real, permitía en la Edad Media la acción espiritual, dará lugar de una manera parecida a una equivalente intervención del nuevo poder, cuyo ascendiente habitual será aún bajo diversos títulos, más inmediato y completo; salvo las distinciones necesarias, de modo o de grado, que corresponden a la diferencia radical de las dos filosofías y de las dos civilizaciones*".

Pasa en seguida a hablar de las atribuciones fundamentales del poder espiritual.

Y ahí es donde se encuentra el germen del culto público y privado, que más tarde desarrolló en su Política Positiva, y cuya institución es como un complemento indispensable de la función educadora del poder espiritual.

La educación (sobre todo en la parte moral y social) sin ese complemento sería enteramente insuficiente en la práctica.

Pero entremos al fondo de la cuestión. La Religión de la Humanidad, ¿es o no una verdadera y grandiosa idea, y será o no la religión futura de la Humanidad? Sobre esto, creo que estamos perfectamente de acuerdo, porque en una de tus últimas cartas me decías que aceptabas en teoría la Religión de Comte. Pero agregabas en seguida que, para que la religión positivista se estableciera, era necesario que desaparecieran todas las religiones existentes. Aquí estás profundamente equivocado, Enrique, las renovaciones y construcciones sociales son como las materiales. Cuando se trata de hacer una nueva construcción que debe reemplazar la antigua no se acostumbra a destruir ésta por completo, sino hasta que la nueva esté casi concluida, y pueda satisfacer a las necesidades que llenaba la otra. Así está sucediendo en París, con el antiguo y el nuevo Hôtel-Dieu: los dos hospitales están en servicio, y a medida que van transportando las clínicas al nuevo edificio se van destruyendo sucesivamente el viejo, ya carcomido por la mano del tiempo.

Comencemos los positivistas por establecer la Religión Positiva, para dar satisfacción a las necesidades morales de los que han salido de las creencias del pasado. Y nuestro pequeño núcleo religioso será el germen de la Iglesia Universal que más tarde se extenderá por el mundo.

El argumento más sólido en favor de lo que sostengo, lo encuentro en las enseñanzas de la historia, que son las que más debemos acatar. Cuando nació el catolicismo, ¿estaba acaso destruido completamente el politeísmo? Ciertamente que no; estaba sí en decadencia, pero tenía todavía profundas raíces en el mundo romano; y la prueba de ello está en la tremenda lucha que el catolicismo tuvo que sostener con él. Y no por eso la nueva doctrina, de pequeños principios, (como todas las grandes instituciones sociales) dejó de conquistar el grande imperio.

Lo mismo ahora, el catolicismo está ya con todos los signos de la más visible decadencia, producida por el gran movimiento metafísico-revolucionario comenzado en el siglo XIV. Nazca y propáguese la Religión Positiva y poco a poco desaparecerá el catolicismo, como desapareció el politeísmo, que lo había precedido en la historia de la Humanidad.

On ne détruit que ce qu'on remplace: he ahí una profunda máxima social, que bien meditada encierra la solución de la cuestión que tratamos.

17 de Dante del 90. (1º de agosto de 1878)

... Por la carta de Enrique, bien veo la dificultad de convertirlo por simples cartas. No se da cuenta cabal del Positivismo religioso ni del espíritu que me anima en mi escrito que publicaré en el cuarto número de la Revista.

¡Cuántos obstáculos tenemos que vencer en nuestra predicación!, ni mi mismo hermano acepta el positivismo intelectual, puede abrazar la fe positivista, cuyas admirables virtudes le pinto yo en todas mis cartas.

Pero esto no me arredra ni un momento, porque en todas mis meditaciones me veo apoyado por todo el pasado humano, cuyas puertas nos ha abierto nuestro inmortal Maestro. Al contrario, mis fuerzas redoblan para progresar en el conocimiento y en la práctica de nuestra Religión, convencido como estoy de que esta es la fuente más preciosa de la vida y del progreso de los pueblos. Mi poco éxito en la propaganda es sólo debido a la debilidad de mis fuerzas, a que mi alma no se ha elevado todavía a la altura de la Religión de la Humanidad.

Roma, 5 de Gutenberg del 90. (17 de agosto de 1878)

Estamos en la antigua capital del mundo. Llegamos ayer a las seis de la mañana. Nos alojamos en el Hotel Minerva. Después de almorzar nos dirigimos por la vía del Corso a la casa del Cónsul chileno, vía Leoncio

Nº 25; no lo encontramos. En busca de una casa amueblada fuimos hasta la plaza de España. Entramos en el Nº 31 y ahí arrendamos por 7 francos al día un regular departamento. Es una mujer la que arrienda y la que viene a hacer el servicio y la comida todos los días.

Hoy a las 10 y ½ fuimos donde el cónsul, que ha salido fuera de Roma. Pero el secretario nos trató muy bien.

Nos entregó una carta para mí. Apenas bajamos la escalera la abrí, y ¡oh alegría! Enrique comienza a convertirse a la Religión de la Humanidad. Eran las cartas que Salas me había enviado de París. En medio de la ciudad eterna, sitio de las grandes conversiones al catolicismo, recibo yo también la carta de Enrique que se siente inclinado a abrazar la nueva fe. He aquí sus palabras

“Inútil me parece decirte, Jorge, que la cuestión de la Religión de la Humanidad forma ahora mi principal preocupación. El problema es capital y de una dificultad muy grande. Hay momentos en que me siento inclinado a aceptarla en su parte práctica, es decir en su culto, pero luego tropiezo con las dificultades inmensas de su realización”.

“No tengo nada más que decirte porque estoy como ves, en un estado de lucha. ¿Triunfará al fin la Religión de la Humanidad en mi espíritu como tú lo esperas? Es muy posible”.

Leyendo esta carta nos dirigíamos a San Pedro.

Su exterior de estilo griego no tiene nada de lo imponente de las Catedrales de la Edad Media. Su interior es precioso. La cúpula maravillosa.

Nos dirigimos en seguida al Vaticano. Entramos a la cámara del divino Rafael.

15 de Descartes del 90. (22 de octubre de 1878)

...En su última carta, Enrique no se manifiesta aún decidido a aceptar el positivismo religioso. ¡Cuánto cuesta hacer una conversión!

19 de Homero del 91. (16 de febrero de 1879)

Tiempo hacía que no escribía en mi diario.

...Voy ahora a repasar todos los hechos importantes que han tenido lugar durante este mes.

...Enrique siempre contrario al positivismo religioso y yo siempre procurando convertirlo.

La crisis en el positivismo ha continuado. Separación de Mr. Congrève, de Mr. Andiffrent y de Mr. Sémérie.

...He quedado ligado a la dirección de Mr. Laffitte. Pero veo que ella tiene muchas imperfecciones. No ha tocado todavía directamente al sentimiento. Es de esperar que esta situación se modifique.

13 de Aristóteles del 91. (19 de marzo de 1879)

Enrique cada vez más en oposición con las ideas religiosas de Comte. Casi desespéro convertirlo mientras yo esté en París.

27 de Aristóteles del 91. (24 de marzo de 1879)

...Ayer conocí a Lemos, del Brasil. Ya acepta la Religión de la Humanidad; y sólo le quedan algunas dudas sobre ciertos puntos del positivismo. Vive en la rue Seine N° 16.

10 de Arquímedes del 91. (4 de abril de 1879)

El sábado pasado estuvo en nuestra reunión Miguel Lemos, y el miércoles fue conmigo a la Sociedad Positivista.

14 de Arquímedes del 91. (8 de abril de 1879)

...Esta tarde he tenido una larga conversación con Miguel Lemos, del que me hago cada vez más amigo.

22 de Arquímedes del 91. (16 de abril de 1879)

Ayer estuve casi todo el día ayudando a Miguel Lemos, en la mudanza de casa. Estaba en la rue Seine N° 16 en el departamento que está encima del "Bureau de la Philosophie Positive". Desde ayer está viviendo en el 6° piso del N° 8 de la rue des Ecoles. Tiene una vista preciosa porque es el punto donde se cruzan la rue des Ecoles y la rue Monge en frente de la Escuela Politécnica.

La similitud de ideas nos ha hecho ya amigos íntimos. Lemos es un excelente corazón. Me ha mostrado el retrato de su novia a quien ama desde hace cinco años y que lo ha de esperar otros cinco todavía, porque él ha venido aquí a estudiar medicina.

Posee una hermosa biblioteca de más de cuatrocientos volúmenes. Allí están todos los libros de la escuela positivista. Y muchos de los señalados por Augusto Comte: la Biblioteca Positivista en el siglo XIX.

Nuestro ideal es de tenerla toda completa.

En estos días he conseguido el *Catecismo* de Montpellier, las *Flegmasias* de Broussais, y las *Memorias* sobre la música de Gretry.

Desde el domingo pasado Lemos va a comer con nosotros en la casa de Mme. Lemarchal, 36 rue St André des Arts.

Ahí casi no conversamos de otra cosa sino de Positivismo.

5 de Gutenberg del 91. (17 de agosto de 1879)

... Ayer compré un pequeño impreso recientemente publicado por el Dr. Andiffrent e intitulado: "Una carta sobre el divorcio". He quedado agradablemente admirado de la elevación moral y de la elocuente claridad con que ha tratado este asunto el Dr. Andiffrent, a quien hasta ahora yo no conocía sino por sus trabajos puramente teóricos.

Este folleto está especialmente destinado a los conservadores.

¡Qué bien pinta la situación anárquica de la sociedad moderna, y la impotencia, del catolicismo para remediarla!

Lemos me obsequió un trabajo de su amigo Teixeira Mendes, intitulado "Reflexoes sobre os fundamentos da Analyse Trascendente".

3 de Aristóteles del 92. (27 de febrero de 1880)

Hoy escribo para casa. A Enrique le dije que era menester protestar contra todo proyecto que intentara quitar la independencia de una parte cualquiera del territorio peruano.

A Eduardo de la Barra le escribo lo mismo y le hago ver la necesidad de una nueva doctrina y de un nuevo sacerdocio.

He aquí la forma de la protesta que recomiendo a Enrique:

"En nombre de la Humanidad, en nombre de la América Española, el nombre del pasado y del porvenir de nuestro propio país, los abajo firmados protestamos solemnemente contra todo proyecto que atente a la integridad del territorio peruano".

12 de Aristóteles del 92. (9 de marzo de 1880)

El sábado pasado recibí cartas de mi papá y de Enrique.

... Enrique no se convierte al positivismo. Recibí también cartas de Izquierdo, de Salas y de Valentín Letelier.

... La de Letelier es contestación a la que yo le dirigí. Me expresa que tendrá placer en mantener correspondencia conmigo. Por el contenido de la carta parece un espíritu muy bien dispuesto para abrazar más tarde el positivismo religioso. Confiesa que es menester leer las últimas obras de Comte antes de condenarlas. Está muy empeñado en construir la moral positiva; ignora que Comte echó sus bases,...

... El domingo pasado escribí una carta a Leppey, profesor de anatomía, que había hablado un poco ligeramente sobre el sistema de Gall. Acabo de recibir contestación.

11 de César del 92. (2 de mayo de 1880)

... Acabo de recibir cartas de casa. Mi papá me escribe las siguientes líneas que me conmovieron dulcemente: "Con indecible placer he leído tus

amantes palabras relativas a la memoria de tu inolvidable madre; con mucha razón Augusto Comte coloca a la buena madre como el ser que merece la principal adoración del hombre, y tú como buen hijo la recuerdas sin cesar y haces de su grata memoria tu culto diario: Yo no paso un instante sin acordarme de ese ser tan querido, y a este constante pensar en ella debo sin duda la felicidad de verla en todos mis sueños”.

¡Qué mejor aprobación puedo desear y que más dulce aliento para continuar en la adoración positivista! ¡Cómo se confirma en mi buen padre la teoría positivista del sueño!

Enrique sigue siempre rechazando las soluciones del positivismo. Quiere exponer sus ideas propias.

... Voy a responderle que se fije cuán serio es el escribir para el público, cuán preparado debe estar el hombre para presentar nuevas ideas.

Tú persistes en rechazar las ideas positivistas; nada puedo decirte a ese respecto, sino mi sentimiento al ver que desconozcas la grandeza y la verdad de la nueva doctrina. Pero cuando tú me dices que *tu manera de ver la solución del problema humano es vaga aún* y agregas sin embargo: “*Déjame ser un escritor que exponga sus ideas con cierta tranquilidad de espíritu*”, no puedo menos de hablarte con toda franqueza y señalarte los graves deberes que incumben ahora al pensador. En este momento de grave anarquía mental y moral, es una falta imperdonable venir a exponer nuevas ideas cuando no se está suficientemente preparado para los difíciles estudios de la sociología y de la moral. Yo te lo digo, Enrique, tú no podrás nunca resolver un problema social ni debes pretender hacerlo. No que no tengas tus facultades mentales para eso (al contrario yo te las reconozco y siento que las pierdas), sino que no las has fortificado en el estudio de las ciencias positivas. No conociendo éstas, ¿cómo quieres descubrir leyes en sociología, en donde las ciencias positivas han desempeñado un rol tan importante?

Además Enrique, allá estás estrechado por los Andes, y tu vista no alcanza a penetrar hasta las sociedades europeas en donde el problema social se presenta con mucho mayor claridad. ¿Cómo te imaginas que de Chile ha de nacer la solución de las grandes cuestiones sociales? Creer eso es desconocer la necesidad de los antecedentes históricos de todo gran descubrimiento. A la Francia que ha marchado a la cabeza de la civilización desde la Edad Media correspondía la fundación de la doctrina final.

Ella produjo la gran revolución, que permitió entrever el nuevo porvenir de la Humanidad. Un genio que hubiera recibido su impulso era necesario para tal creación y que uniera, al mismo tiempo, un vasto y profundo saber científico. Este fue Comte...

... El grupo brasileño crece de día en día. Un joven lleno de cualidades teóricas y prácticas, Teixeira Mendes, se ha convertido ya a la Religión de la Humanidad y hace de ella una activa propaganda en Río de Janeiro.

Lemos va a celebrar el 10 de junio en casa de Augusto Comte, el centenario de Camoens, el más noble representante de la nación portuguesa.

15 de Gutenberg del 92. (27 de agosto de 1880)

... Luego va a partir para su patria el excelente joven Lemos. Probablemente irá a ser el jefe de los positivistas brasileños. Tiene un gran corazón, mucha inteligencia y una grande actividad.

22 de Gutenberg del 92. (2 de septiembre de 1880)

Ayer estuve en la reunión positivista de los miércoles. M. Nystrom asistía. Mr. Magnin fue quien habló casi durante todo el tiempo sobre los seguros, las cajas de ahorros condenándolas enteramente.

Ayer llegó M. Laffitte y hoy en la tarde Lemos y yo lo encontramos en el jardín de Luxemburgo y estuvimos conversando con él durante una hora.

Había estado a verlo un mexicano, Barreda, que conoció el positivismo por su compatriota Contreras, discípulo directo de Comte. Pero parece que su positivismo es sólo intelectual. El domingo lo veré probablemente.

Nos habló de sus relaciones con Comte en la primera visita que le hizo en 1844. "Mi emoción era grande, y aunque el deseo de verlo era mucho, me hubiera alegrado de no encontrarlo en su casa".

Vio una vez a Clotilde de Vaux, que estaba con su hermano en casa de Augusto Comte. Me dijo que era mejor que lo que estaba en el retrato.

... Voy a hacer un pequeño artículo para un almanaque positivista que va a publicarse en Sao Paulo de Brasil. Se intitulará: "Las siete acepciones de la palabra Positivo".

24 de Gutenberg del 92. (4 de septiembre de 1880)

Fui a llevar a M. Laffitte el sexto volumen de la *Filosofía Positiva* (rue de Assas, 126). Estaba con M. Bridges que debe pronunciar mañana el discurso a las dos de la tarde. Tuvimos una interesante conversación. M. Bridges me contó que tenía el *Curso de Filosofía* y la *Política Positiva* que había pertenecido a Humboldt. Había leído los cuatro primeros volúmenes del curso y no había abierto la política, tienen la dedicatoria de Comte. Humboldt que le tomó muchas ideas no lo citó nunca. Entonces dijo M. Laffitte que había una multitud de gentes que habían tomado ideas de Comte sin citarlo.

... Bridges conoce a Herbert Spencer y me dijo que era un hombre sin sentimientos, sin instinto social y que había sido muy injusto para con Comte. Le escribió para hacerle notar que su definición de la vida concordaba con la de Augusto Comte y Spencer le contestó que había leído expresamente el trozo de la Política que le cita Bridges y que en efecto encontraba parecida a la suya la de Comte. No tiene el sentimiento ni el

gusto de las bellas artes. Así cuando estuvo en Roma, en el Vaticano, no se ocupó delante de la transfiguración de Rafael, sino de criticar defectos de detalle sin admirar el divino pincel del maestro de las pinturas.

... En el capítulo de la estática social (sobre todo en las páginas 548 y 549) del *Curso de Filosofía*, Augusto Comte proclamaba ya la preponderancia natural de la vida afectiva sobre la vida intelectual. Cada vez aprecia uno mejor la unidad de su obra y de su vida.

26 de Gutenberg del 92. (6 de septiembre de 1880)

... Enrique siempre refractario a nuestras ideas. No espero ya modificarlo sino cuando vuelva yo a la patria querida. El orgullo y vanidad intelectuales están demasiado metidas de por medio para que pueda comprender la religión de la Humanidad; tan cierto es que una cierta subordinación es la primera condición de todo progreso intelectual.

1º de Shakespeare del 92. (9 de septiembre de 1880)

Anoche la reunión de la Sociedad Positivista estuvo interesantísima. M. Laffitte habló de la completa adhesión de Mendes al positivismo.

... M. Magnin leyó en seguida un documento por el cual transmite a M. Finance la presidencia de la Sociedad Positivista.

Finance contestó con un admirable discurso que debe ser publicado.

Diéronse en seguida un abrazo y un beso. Todos firmamos el acta de Magnin.

Toda esta escena nos conmovió profundamente. Ver a ese anciano venerable primer proletario que sostuvo al Maestro, transmitir su función dignamente a un joven de grandes cualidades, ha sido una prueba evidente que la tradición del Maestro continúa viviente y creciente.

22 de Shakespeare del 92. (30 de septiembre de 1880)

... En mi última carta (24 de septiembre) pedí permiso a mi padre para dedicarle mi trabajo sobre Calderón. Le copié la carta de Bridges.

A Enrique le escribí unas cuantas páginas sobre la división de los dos poderes, que él no quiere por nada admitir. Y este es el fundamento mismo del positivismo. ¡Cuánto poder tienen las preocupaciones y el orgullo revolucionario!

París, 28 de Homero del 93. (25 de febrero de 1881)

La conferencia que hice el 30 de diciembre me ocupó tanto tiempo que dejé de escribir en mi diario. En seguida se han sucedido tantos acontecimientos que no he podido prestar atención a mi diario. Los voy a resumir.

El 25 de noviembre Lemos recibió el Sacramento del aspirante al sacerdocio.

El 12 de diciembre tuve la mayor de las sorpresas que he tenido en mi vida. Enrique me anuncia desde Burdeos su venida a París. Al día siguiente lo estrecho en mis brazos.

Desde el 7 de enero del presente estamos viviendo en la rue Notre Dame de Champs N° 117.

Lemos se fue el 11 de enero para Río.

...Enrique ha leído ya los dos primeros volúmenes de la *Política Positiva* y va reconociendo la superioridad inmensa de Augusto Comte. Ya Littré en su opinión.

El curso de M. Laffitte en la Sorbona le ha gustado mucho.

Estoy preparando mi examen de primer doctorado.

21 de Aristóteles del 93. (18 de marzo de 1881)

...Enrique concluyó ya de leer el tercer volumen de la *Política Positiva*.

...Recibí carta de Lemos anunciándome su feliz llegada a Río.

1º de Dante del 93. (16 de julio de 1881)

Ayer escribimos a casa. Enrique le escribió a Luis Espejo. Le cuenta cómo todas sus prevenciones contra la Religión de la Humanidad han desaparecido; y le declara que Comte es el más gran genio que ha producido la Humanidad.

25 de Dante del 93. (9 de agosto de 1881)

...Esta mañana estuve a ver a Flores que me dio una tarjeta para Francisco Pi y Margall, con quien pienso verme en Madrid.

Enrique ha escrito dos excelentes cartas filosóficas a Benjamín Dávila y a Guillermo Puelma, contándoles su conversión e incitándolos a que estudien la *Política Positiva*.

El positivismo hace grandes progresos en Río de Janeiro, según la carta de Lemos, con quien me escribo tres veces al mes. M. Dubuisson está decidido a hacer su renuncia de secretario de la redacción de la Revista Occidental. Es la muerte de la Revista. Yo acepto plenamente su idea de fundar un boletín trimestral en que se dé cuenta del movimiento positivista en todo el mundo, sirviendo así de lazo entre los diferentes centros.

...Enrique ya está completamente cambiado en su modo de sentir y de pensar. Las buenas fibras de su corazón recibidas de nuestra Santa Madre han ya vibrado. Nuestra fe le ha tocado ya el corazón; su conversión es pues irrevocable.

4 de Aristóteles del 94. (1º de marzo de 1882)

...El Viernes 24 de febrero Enrique partió a las 8 hs. 20 mts. de la noche. Es un gran vacío para mí, pero me alegra de que vaya a acompañar a nuestro padre y preparar el terreno para el positivismo.

...El domingo en la noche después de salir de casa de Robinet, volví a conversar de este asunto a M. Laffitte. Me alabó mucho a Lemos, pero se resiste a censurar directamente a O. Y como yo le hiciera ver que este positivista había desconocido su propia autoridad el desconocer la de Lemos consagrado por él, me dijo que aquí mismo suscribían muchos que no reconocían casi absolutamente su autoridad. Y agregó que si los rechazaba tendría él mismo que retirarse de la dirección positivista.

Al oír esto, no tenía yo nada que contestar. No teniendo M. Laffitte autoridad propia sacerdotal, menos podrá apoyar la de otro.

Esto no viene sino a confirmarnos que el positivismo carece de verdadero jefe universal, y que el segundo gran sacerdote de la Humanidad no ha surgido todavía. Es triste constatarlo, pero es la verdad.

...Ayer en la noche estuvimos con Washington a visitar a Matta, Letelier y Santiago Prado. Le llevé a Letelier la "Filosofía Positiva" por Robinet y el Culto Positivista en el Brasil y la Patria Brasileña.

Estuvimos desde las ocho hasta las once discutiendo sobre el positivismo. La hidra revolucionaria, el orgullo y la vanidad, dándole la infalibilidad personal, impiden la conversión de Letelier.

Ahora es cuando uno ve el profundo mal que ha causado Littré. No ha hecho sino dar armas al negativismo, a la revolución contra la gran construcción de Augusto Comte.

...Todo se habrá hecho para que se convierta Letelier. Si no se convierte será porque no pertenece a las naturalezas verdaderamente elevadas en que la veneración concluye al fin por triunfar del orgullo y la vanidad personales.

A bordo del Patagonia.

9 de Shakespeare del 95. (18 de septiembre de 1883)
9 de la mañana.

¡Tierna y venerable Madre!

¿Cómo celebrar mejor el día de la Patria que dirigiendo mis alabanzas a ti que eres su mejor personificación?

Permite primero que, mirando hacia la gran ciudad que abandoné quizás para siempre, le tribute mi agradecimiento eterno. Ella me regeneró, me permitió comprender a nuestro incomparable Maestro y abrazar completamente la Religión final. Básteme decirte que fue ahí donde instituí tu culto y que mi residencia en ella no hizo sino unirme más y más a ti.

¡Gloria a la metrópolis humana! ¡Gloria a su hijo predilecto, Augusto Comte!

Tu amado hijo Carlos quedará todavía en ella para perfeccionarse en el arte. Gracias a ti y a nuestra Religión está ya transformado y su buena naturaleza moral queda asegurada. Yo velaré también por él para sostenerlo en buen camino.

¿Cómo expresarte ahora la inmensa alegría que siento al acercarme a la patria amada? Pronto tendré, pues, el inefable placer de abrazar a tu querido esposo, mi padre bendito, cuya tierna alma fue tan digna de comprender la tuya. Pronto estrecharé contra mi corazón a tus queridos hijos, mis hermanos que tanto tiempo he estado sin ver y para quienes te prometo ser como un segundo padre, obedeciendo a tus sagrados consejos. Pronto veré también la ciudad y la casa, a las que están ligados todos mis recuerdos de ti. Mis ojos están también fijos hacia tu tumba que visitaré en la mañana siguiente de mi llegada a Santiago.

Ahí lloraré tu ausencia que es el gran dolor que viene a amargar mi alegría. Parto de la patria y tú vivías; vuelvo y ya no tengo el consuelo de abrazarte. Con qué dolor voy a repetir tus palabras, hijas de un amor sublime: "yo quisiera no vivir todo este tiempo y despertar el día de tu llegada", "Faltan seis años, ¿los alcanzaré yo?", la esperanza de verte me sostendrá".

Mi consuelo será que con la vista de los lugares donde viviste y donde reposan tus preciosos restos, tu imagen aparecerá más viva en mi espíritu y tu culto ganará en ardor y en buenos resultados para mi perfeccionamiento moral. Ahora más que nunca necesito de tu culto continuo y ardiente. Ya voy a entrar a servir definitivamente a la Patria, va a comenzar para mí la vida práctica, cuyos choques y preocupaciones nos tienden a apartar del amor universal. Tu culto asiduo me mantendrá siempre en el camino del deber y de la abnegación social. Tu santa imagen me pondrá todos los días en presencia de la Humanidad, nuestro Ser Supremo, que debemos amar, conocer y servir.

Mañana llegamos a Punta Arenas, a la primera tierra chilena. Ahí besaré el suelo patrio, como lo tengo dicho a varios pasajeros, recordando las palabras de tu última carta: "Yo espero que tú adquirirás cuantos conocimientos puedas y no despreciarás por eso a tus compatriotas". Ya ves que, como yo te lo decía en mis cartas, gracias a la Religión de la Humanidad, mis progresos intelectuales, lejos de conducirme al desprecio de la patria, no me han hecho sino amarla cada vez más. Vivir para los demás, es decir para la Familia, la Patria y la Humanidad de ahí nuestra noble fórmula moral que concilia el amor de todos los seres dignidos en ti. Mientras más te amo y te venero y más amo y venero a mi Familia a mi Patria y a la Humanidad, mejor dispuesto estoy para servirlos.

MIGUEL LEMOS y R. TEIXEIRA BARRETO
(Brasil)

NUESTRA INICIACION EN EL POSITIVISMO *

ADVERTENCIA

“L'ouvrage que je t'envoie contient quelques traces de una liaison avec Saint Simon... Elles consistent dans le mot *élève* et dans le développement de cet mot qui se trouve au préambule. Ces traces disparaîtront dans la prochaine édition, car elles n'étaient que de complaisance... Dans la préface de la prochaine édition, je mettrai quelques mots qui exprimeront tout cela à la nuance exacte de la vérité”.

Augusto Comte. *Lettres à Valat*. p. 112.

Los epígrafes que preceden se aplican enteramente a las explicaciones que constituyen el objeto de este trabajo.

Recuerdan uno de los mayores argumentos esgrimidos contra la originalidad de la evolución filosófica que llevó a Augusto Comte a fundar el Positivismo. Los enemigos encarnizados que desde el comienzo se levantaron contra el gran Regenerador no dejaron de aprovechar el calificativo de discípulo de Saint Simon que Augusto Comte se aplicara a sí mismo, en ocasión de reimprimir su opúsculo fundamental, en 1824.

Pues bien, a pesar de un argumento que parecía resolver la cuestión a favor de los adversarios, que invocaban así el propio testimonio de Augusto Comte, está hoy probado fehacientemente que el fundador del Positivismo nada aprendió con el autor del *Nuevo Cristianismo*, y que aquel calificativo fue inspirado apenas por una concurrencia de error y generosidad.

Aplicados nosotros ahora a aclarar un equívoco semejante, si bien de menor importancia, tanto en cuanto al asunto debatido, como en cuanto a las personas involucradas en él, no podíamos dejar de recordar espontáneamente el ejemplo que nos ofrecía ese episodio de la historia del Positivismo.

¡Qué mucho es, pues, que triunfante la verdad allí donde todo parecía conspirar contra ella, aquí también consigamos hacerla patente a los ojos de todos, bastando para ello una simple y leal exposición de los hechos!

(*) Trabajo escrito con una nueva ortografía de la lengua portuguesa ideada por Miguel Lemos y que formaba parte de una tentativa de reforma lingüística, pero sin éxito. Publicada en 1889.

Sirva esta reflexión previa para prevenir desde ya al lector imparcial en favor de la facilidad con que, en las páginas siguientes, encontrará aclarados algunos errores en lo tocante a nuestra iniciación positivista; errores que semejaban otras tantas verdades, gracias a nuestro propio testimonio, fruto también de la equivocación y el desinterés.

I

En mi circular anual relativa a la evolución positivista del año 1883, anuncié una segunda edición, convenientemente rectificada, de mi *Resumen Histórico del Movimiento Positivista del Brasil*, publicado en 1882. Esta nueva edición era necesaria no sólo para expurgar mi librito de todo lo que en cuanto a apreciaciones se resentía de la funesta influencia del Sr. Laffite, sino también para corregir y ampliar los datos que allí reuní respecto a los antecedentes patrióticos de nuestra enseñanza.

Desafortunadamente, otras publicaciones más urgentes, absorbiendo nuestros escasos recursos materiales, han impedido hasta ahora la realización de mi promesa.

Entre tanto, en lo relativo a las rectificaciones que pensaba introducir en la parte que se refiere a la génesis de nuestro movimiento, hay una de carácter impostergable y que conviene ofrecer desde ya al juicio de los que acompañan con simpatía nuestro apostolado.

En efecto, en aquel opúsculo fui llevado, por concurso de circunstancias y sentimientos que ya serán señalados, a exagerar la influencia personal del Ilmo. Sr. Dr. Benjamín Constant, presentando nuestra iniciación en la filosofía positivista como una consecuencia directa de las elogiosas recomendaciones con que aquel profesor acostumbraba referirse, en sus aulas, al nombre y a algunas obras de Augusto Comte.

Los pasajes respectivos de mi *Resumen Histórico* han acreditado semejante versión, contradictoria con lo que después hemos aseverado sobre el modo en que se operó nuestra iniciación; creemos nuestro deber, sin esperar la prometida reedición de mi opúsculo, disipar desde ahora todas las dudas que puedan existir al respecto, ya sean inspiradas por inconsiderada malevolencia, ya provengan, lo que más nos importa, de la cordial inquietud de los que piensan con razón que el crédito moral de los apóstoles es elemento esencial para el progreso de una religión cualquiera.

En segundo lugar, como el afamado y talentoso profesor al que se pretende atribuir el pequeño mérito de nuestra conversión filosófica pertenece al número de los adeptos de un falso y truncado positivismo, más pernicioso que cualquier doctrina abiertamente contraria, es también nuestro deber impedir que, contra la verdad de los hechos, y por culpa nuestra, se procure establecer entre la influencia atribuida a aquel profesor y nuestros primeros pasos en el Positivismo, una filiación directa.

Tales son los motivos de interés público que se hallan ligados a esta cuestión, que a primera vista podría parecer meramente personal; ellos, y sólo ellos, nos obligan a entrar aquí en una historia minuciosa de nuestra actividad filosófica, exponiendo cada uno de nosotros, separadamente, lo que le corresponde, con el desarrollo exigido por las condiciones de cada caso.

Y cumple declararlo desde ya: después de explicados suficientemente los hechos por la doble exposición que sigue, no volveremos al asunto, salvo si el propio Sr. Dr. Benjamín Constant contesta algún punto de nuestro trabajo.

A fines de 1874, acababa de rendir examen de la cátedra de matemáticas de 2º año en la desaparecida Escuela Central, y disponíame a estudiar mecánica general en las vacaciones a fin de presentar examen en marzo del año siguiente, cuando “un amigo de la casa”, el Sr. José de Magalhães, también alumno de aquella escuela y hoy distinguido arquitecto en esta ciudad, indicóme, como lectura muy provechosa para mi nuevo estudio, la parte relativa a la mecánica contenida en el 1er. vol. del *Sistema de Filosofía Positivista* de Augusto Comte.

Acepté la sugerencia, y él mismo me prestó el ejemplar que poseía de la obra fundamental de nuestro Maestro. Como era de esperar de quien siempre subordinó sus preocupaciones científicas a sus aspiraciones sociales, comencé la lectura por la parte general del libro, y tuve entonces la alegría de encontrar en los capítulos de introducción lo que en vano había buscado hasta esa época: una filosofía positiva, esto es, dotada del mismo carácter de certeza peculiar a las ciencias ya constituidas, y que abarcaba en su organización los fenómenos políticos y morales. Proseguí con creciente avidez la lectura de los seis volúmenes del mencionado tratado, sin descuidar la preparación de mi examen de mecánica.

Fue, pues, a fines de 1874 o principios de 1875, cuando por primera vez tomé conocimiento de la doctrina de Augusto Comte, sin haber leído ni oído antes nada al respecto. Recuerdo apenas que antes de esta época, ya desengañado de las filosofías conocidas, examinando los estantes de un librero, encontré una obra en varios volúmenes, en cuyo dorso leí: *Comte. Filosofía Positiva*. Al leer este calificativo ligado a un término que para mí era sinónimo de palabrerío vacío, encogí los hombros, sin dignarme siquiera a hojear el voluminoso tratado.

Para mi desgracia, el ejemplar del *Sistema de Filosofía Positiva* que el Sr. José de Magalhães me había prestado, pertenecía a una de las ediciones patrocinadas por su seudo-discípulo Emilio Littré, quien juzgó su deber profanar el libro anteponiéndole un prefacio de su creación. La lectura de este prefacio, en la circunstancia en que me encontraba entonces, entera-

mente ajeno a la historia del Positivismo y todavía con todos los defectos y prejuicios de la etapa revolucionaria, determinó desde luego, que sin examen directo, rechazaré las últimas obras de Augusto Comte, es decir, el positivismo religioso. Para colmo de males, el mismo amigo de casa poseía también en su pequeña biblioteca, el libro biográfico de Littré sobre Augusto Comte. Terminada la lectura del *Sistema de Filosofía Positiva*, leí inmediatamente ese abominable libelo contra la vida y la construcción religiosa de nuestro Maestro, entregándome sin defensa a los sofismas y las calumnias acumuladas por el famoso lexicógrafo.

He aquí cómo, al mismo tiempo que me iniciaba en la filosofía positiva, era llevado a apartarme de la lectura de las últimas obras de Augusto Comte y a desechar, por lo tanto, la *Religión de la Humanidad*.

Llegado el mes de marzo de 1875 presenté el examen libre de mecánica general. En la prueba escrita de ese examen, desarrollé el tema, o parte de él, de acuerdo con lo que aprendí en la obra de Augusto Comte. Cuando terminé de escribir, al entregar mi prueba al examinador que se encontraba en la mesa, el fallecido Dr. Lóssio, si no me engaño, preguntóme éste si había comprendido el tema. Le respondí que sí, acotando que para desarrollarlo me había inspirado en Augusto Comte. Recuerdo que al oír esta última declaración, el examinador se sonrió irónicamente, demostrando desprecio, no sé si por el Maestro o por su discípulo¹.

Aprobado el examen libre previamente exigido, fui admitido para rendir el examen ordinario de mecánica, realizándose la prueba oral el 29 de marzo de 1875.

Desembarazado así de preocupaciones escolares inmediatas, retomé sin tardanza el modesto lugar que desde mucho tiempo atrás ocupaba en la imprenta académica, y el primer artículo que publiqué después de la fase por la cual acababa de pasar, versó justamente sobre mecánica general. Este artículo, inserto en el periódico *La Idea*², tiene fecha del 14 de abril del mismo año, revelando en su totalidad una aceptación completa de la filosofía positiva.

De lo que acabo de narrar, se concluye que de enero a marzo de 1875 tuvo lugar la evolución mental que me transformó en un ardiente discípulo de la filosofía positiva.

Antes de ese período, y durante él, nunca tuve el menor contacto con el Sr. Dr. Benjamín Constant, a quien ni de vista conocía, y ni siquiera S. S. influyó sobre mí a través de cualquiera de sus discípulos, ya que el propio Sr. José de Magalhães, que apenas se limitó a recomendarme la parte mecánica del *Sistema de Filosofía Positiva*, también era completamente extraño a semejante influencia, habiendo conocido las obras de Comte y Littré durante su viaje a Europa, algunos años atrás.

¹ Más de una vez hice alusión a este incidente, en algunos artículos míos publicados poco después.

² n.I. de 1875.

Mientras se operaba esta transformación en mi espíritu, la Escuela Central, bajo el nombre de Escuela Politécnica, inauguraba la nueva organización científica que le había sido asignada por Decreto N° 5.600 del 25 de abril de 1874, pero que recién entró en vigor en el año lectivo de 1875. Para ocupar una de las nuevas cátedras fue llamado el Sr. Dr. Benjamín Constant. El nombramiento aprobando su designación para ese cargo es del 12 de abril del mismo año. El 15 del mismo mes se iniciaron los cursos. Fue entonces cuando el Sr. Dr. Benjamín comenzó a dictar clases en la Escuela Politécnica, y a partir de ese día trabé relaciones con S. S.

Es evidente, por lo tanto, por simple comparación de fechas, que el ingreso del Sr. Dr. Benjamín Constant a la Escuela Politécnica, de la cual era yo alumno, fue bastante posterior a su iniciación en la filosofía positiva, cuando ya me proclamaba discípulo de Augusto Comte ante los amigos, en los exámenes y también en público. Mis opiniones positivistas no fueron, entonces, resultado de relaciones con el referido profesor, sino que, por el contrario, el hecho de considerarme ya positivista me llevó a aproximarme a S. S., quien venía acompañado de la fama de ser también discípulo de Augusto Comte.³

Aunque se prescinda de lo que he narrado respecto a la época de mi adhesión a la filosofía positiva y a las circunstancias exteriores que la determinaron, ahí está mi artículo sobre mecánica, fechado el 15 de abril de 1875, para probar que antes del ingreso del Sr. Dr. Benjamín Constant a la Escuela Politécnica, ya era adepto al positivismo filosófico; a menos que se quiera admitir que el mismo día en que el referido profesor entró a aquella escuela, se operó el milagro de mi conversión instantánea, y que el mismo día, arrebatado por una inspiración sobrenatural, escribiera aquel pobre artículo, indigno ciertamente de ser el resultado de un fenómeno tan portentoso.

Importa declarar, para complemento de mi demostración que, incluso después del ingreso del Sr. Dr. Benjamín Constant a la Escuela Politécnica, nunca fui alumno de las clases que S. S. dictó durante el tiempo que permanecí en ese centro de estudios, de cuyas matrículas y exámenes fui excluido por la Congregación, junto con Teixeira Mendes, el 25 de noviembre de 1876, debido a un artículo que publicamos, bajo nuestra firma, contra el director de la Escuela, entonces el Vizconde de Rio Branco.

En el año siguiente fuimos a París, y en la gran ciudad tuvo lugar mi conversión al positivismo religioso, sobre el que me abstengo de hablar aquí, porque no está en discusión, ni podía estar, cualquier influencia que pudiese haber tenido sobre esta transformación definitiva el referido profesor.

De todo cuanto acabo de exponer, resalta, con la mayor de las evidencias, la prueba de que nunca fui discípulo del Sr. Dr. Benjamín Constant,

³ Fue por esa época, o poco después, que, por los mismos motivos, me relacioné con el Dr. Oliveira Guimarães, hoy fallecido, y con dos o tres personas más que se decían discípulos de Augusto Comte.

en ningún curso, ni de matemáticas, ni de filosofía positiva, no habiendo ejercido este profesor la más mínima influencia en mi adhesión a la filosofía positiva de Augusto Comte. En las dos o tres veces que asistí como curioso a sus clases, de 1875 a 1876, y en las ocasiones más frecuentes en que tuve oportunidad de hablar con S. S., durante el mismo período, y luego a mi regreso de Europa, nada, absolutamente nada, aprendí con S. S. en el campo filosófico y tampoco en lo relacionado con las matemáticas.

Tal es la verdad de los hechos.

Me falta ahora explicar, con la misma franqueza y lealtad, la contradicción que aparece entre la conclusión que precede y algunas frases de mi *Resumen Histórico*.

Debiendo historiar en ese folleto los antecedentes de la enseñanza que fundamos en nuestra patria, no podía dejar de consignar las referencias que el Sr. Dr. Benjamín Constant acostumbraba hacer en sus conversaciones o en sus clases, al nombre y a las obras de Augusto Comte. Sabía también que S. S. había aconsejado a mi amigo Teixeira Mendes la lectura del tratado de *Geometría Analítica* del Maestro. Ignorando entonces las circunstancias particulares en que tal consejo había sido dado, supuse que el Sr. Teixeira Mendes hubiese recibido esa recomendación en la oportunidad de oír alguna clase, o seguir algún curso de matemáticas del referido profesor. De ahí resultó considerar a mi amigo entre los discípulos de matemáticas del Sr. Dr. Benjamín, y concluir que fuera esa indicación relativa a la *Geometría Analítica* de Augusto Comte, seguida tal vez de otras comunicaciones, lo que llevara a mi amigo a leer la filosofía positiva. Sin embargo, los hechos no habían ocurrido exactamente de ese modo, como lo comprobé más tarde, y como el lector apreciará en la exposición del Sr. Teixeira Mendes.

Sea como sea, en la ocasión en que escribí mi *Resumen Histórico*, esa era la idea que tenía de los hechos.

Además de los trabajos del Sr. Teixeira Mendes era forzoso, por eso, incluir en mi narración mis propios esfuerzos, que de otro modo iniciaron la enseñanza positivista entre nosotros.⁴ Fue así que para no singularizar mi iniciativa en el movimiento positivista preferí confundir mi actividad con la de mi amigo, equiparando mi caso con el que suponía ser el suyo. De ahí que escribí "discípulos" y "algunos jóvenes", incluyéndome en el número de aquellos (los cuales, de hecho, se reducían al Sr. Teixeira Mendes) que yo juzgaba habían iniciado la lectura del *Sistema de Filosofía Positiva* bajo la "influencia de esas recomendaciones".

He ahí cómo un loable sentimiento de modestia, junto al escrúpulo de no querer regatear un ápice a lo que podía ser atribuido a la influencia del

⁴ Cuando digo enseñanza positivista, entiendo una enseñanza de verdad, como dicen los niños, no un mero diletantismo de letras, o ciencias, o un simple profesionalismo científico o literario. Todo esto ha de quedar bien claro en la segunda edición de mi *Resumen histórico*.

Sr. Dr. Benjamín, me llevó, bajo una falsa hipótesis relativa a la iniciación positivista del Sr. Teixeira Mendes, a escribir semejantes frases.

Pero se dirá ¿por qué el Sr. Teixeira Mendes no disipó en seguida el engaño, y no rectificó a tiempo mis aseveraciones fundadas en esa falsa hipótesis? Porque nuestra preocupación era tan poco personal, hacíamos tan poco caudal de disminuir, a quien quiera que fuera, su parte de justicia histórica, que el Sr. Teixeira Mendes, que me oía leer el manuscrito de mi *Resumen Histórico*, antes de ser enviado a la tipografía, no se acordó de oponer la más mínima objeción, entendiendo que no valía la pena efectuar semejante enmienda.⁵

De hecho, esta cuestión de la manera en que habíamos llegado a conocer el Positivismo no revestía aún a nuestros ojos gran importancia. Sólo más tarde, cuando nuestra ruptura con el seudo continuador de Augusto Comte⁶ vino a agravar las divergencias que ya existían entre nosotros y el Sr. Dr. Benjamín y algunos otros, esta cuestión de "precedencia y procedencia" nos preocupó, en vista de la superioridad y prestigio que esos latifistas y sus parciales pretendían hacer nacer de una anterioridad ilusoria y estéril que reivindicaban para ellos. Como era natural fui llevado entonces a estudiar bien este asunto, y tuve así conocimiento de los pormenores que acompañaron la iniciación del Sr. Teixeira Mendes, de donde constaté el error en que involuntaria y generosamente incurrí en mi *Resumen Histórico*.

Disipada, como acabamos de ver, la contradicción resultante de algunas frases de mi opúsculo ya tantas veces citado, puedo ahora afirmar, con toda seguridad, la segunda conclusión a que me propongo llegar, esto es, que lejos de intentar disminuir la influencia del Sr. Dr. Benjamín, al escribir la historia del Positivismo entre nosotros, fui llevado, por el contrario, por un concurso de sentimientos y circunstancias, ya explicados, a dar mayor importancia a esa influencia, sirviendo tal equívoco de base a una supuesta filiación que nunca existió, como también quedó demostrado.

Está terminada mi tarea. Para cumplirla fui obligado a evocar recuerdos de mis primeros años de vida pública cuando apenas en el ocaso de mi adolescencia tuve la ventura, después de una fase negativa precoz y agitada, de encontrar en la doctrina de Augusto Comte la salvación moral e intelectual de mi existencia. Impelido por el ardor juvenil, me lancé a propagar entre nosotros la síntesis regeneradora, teniendo además la gran felicidad de encontrar un compañero inolvidable y un amigo sin igual en la persona de Teixeira Mendes. Desde entonces hasta ahora, no ha sido otro el objetivo de nuestra vida (ya van unos catorce años), marcado ese apostolado por la palabra y por el ejemplo, de acuerdo a las fuerzas de cada uno.

⁵ Y para que mejor se aprecie nuestra imparcialidad en este asunto, recordaré que cuando redacté mi *Resumen Histórico* ya el Dr. Benjamín, invocando divergencias, se había retirado de nuestro grupo.

⁶ Pierre Laffite.

Estoy convencido de que no hemos sido infieles a nuestra vocación y que hemos hecho todo lo que podíamos para desempeñar en la difícil empresa, que continuará siendo, mientras tengamos vida, la meta principal y preferida de nuestros esfuerzos.

26 de S. Paulo de 101

Río

15 de junio de 1889

Miguel Lemos
(6 Calle de Santa Isabel)
N. en Niterói el 25 de noviembre de 18...

II

A fines de 1874 tuve la ventura de fijar para siempre la atención en el nombre de Augusto Comte, de la manera que paso a exponer:

Preocupado por el estudio de las teorías fundamentales de la geometría, busqué en esa época al Dr. Antonio Carlos de Oliveira Guimarães, a quien conocí en el Internado Don Pedro II, y consulté sobre los resultados a que había llegado. Pienso que en esa ocasión el antiguo repetidor de matemáticas del aludido colegio, me habló por primera vez de Augusto Comte, señalándome que solamente la meditación del 1er. volumen del *Sistema de Filosofía Positiva* podría abarcar toda una vida. Menciono tal apreciación para poner en evidencia el punto de vista del más ardiente de los que se decían positivistas, antes de la enseñanza inaugurada por Miguel Lemos. Sea como fuera, semejante juicio no produjo en mí ningún resultado. Por consejo del mismo Dr. Oliveira Guimarães, o espontáneamente llevado por el prestigio de que, como matemático, gozaba el Sr. Dr. Benjamín Constant, busqué a S. S.

No era la primera vez que iba a encontrarme con el afamado profesor. El mismo Dr. Oliveira Guimarães me lo presentó en ocasión de asistir a exámenes en el Instituto de Ciegos. S. S. me habló entonces con indulgencia aludiendo con bondad a mis progresos geométricos, lo que me dejó confuso. No puedo precisar la fecha de este encuentro inicial.

Cuando lo busqué para consultarle sobre las inquietudes matemáticas arriba señaladas, encontré el más benévolo recibimiento. El juicio de S. S. fue desfavorable; pero al mismo tiempo me habló en términos elogiosos de una de mis *demostraciones* del 4º año en el Internado Don Pedro II. Ese espontáneo ejercicio colegial llegó al Instituto Politécnico, sin conocimiento mío, a través del Sr. Aarão Reis, en la sesión del 9 de junio de 1874. Versaba sobre la relación que la "Teocracia" descubriera entre los

lados del triángulo rectángulo, y que, hasta Augusto Comte, se atribuye a Pitágoras. Sobre esta *demonstración* pronunció el Sr. Dr. Benjamín Constant su parecer, como relator de la sesión de matemáticas de la mencionada sociedad, el 11 de agosto del mismo año de 1874. Esta fecha sirve para fijar la época del *único* contacto y la *única* conversación que tuve con el prestigioso profesor antes que Augusto Comte conquistara mi entusiasmo, sin hablar de las amabilidades del día en que le fui presentado.

Con su conocida indulgencia, S. S. fue a buscar el aludido parecer y lo leyó. Después se explayó en consideraciones sobre el estado de la enseñanza de las matemáticas entre nosotros, manifestándose sorprendido de que con una instrucción tan mal organizada hubiera yo conseguido aquel resultado. De inmediato, remarcó que un alumno de matemáticas, entre nosotros, no distinguía siquiera entre una cuestión de geometría antigua y otra de geometría moderna. Pero ni S. S. me dijo entonces en qué consistía esa diferencia, ni yo osé preguntárselo, receloso de que fuera una banalidad científica cuya ignorancia fuera inexcusable de mi parte. Le consulté entonces respecto al libro que debería manejar para el estudio de Geometría analítica, y me aconsejó recurrir al tratado que sobre esa materia escribiera Augusto Comte. Como observé que ese libro pasaba por ininteligible para quien desconociera el asunto, S. S. insistió en que me guiara por él.

Son de esa ocasión las palabras de S. S. que en septiembre de 1875, un año más o menos después de nuestra conversación, yo citaba, atacando el modo en que enseñaba la geometría algebraica el Sr. Dr. Américo Monteiro de Barros: —queme lo que tenga sobre geometría analítica; lea sólo la *Geometría Analítica* de Augusto Comte—. No puedo recordar quién me sugirió la prevención que manifesté sobre la inaccesibilidad de la obra aludida.

Este es el único recuerdo que guardo de esa conversación. Jamás aludí S. S. a la prodigiosa renovación mental y social a la que consagró Augusto Comte todas las fuerzas de su alma sin par, y cuya aurora fue justamente señalada por la intuición geométrica del mayor de los filósofos modernos —Descartes. Salí de la casa del elogiado catedrático, tomado de respetuosa simpatía por S. S. y prendado por su trato, pero apenas preocupado por la geometría, como entrara.

Fue su renombre, sin embargo, el que me alentó para atreverme, sin guía de ningún tipo, salvo rarísimas preguntas sobre detalles de cálculos a compañeros de la Escuela, con una debilísima preparación intelectual, y en el auge de la agitación revolucionaria que caracterizó mi adolescencia, a emprender el estudio de la *Geometría Analítica* de Augusto Comte. Cualquiera que haya meditado sobre esa obra puede imaginar la forma en que llevé a cabo tan temeraria empresa. La superioridad del Maestro era tan grande, y el programa de la escuela reducido, que un estudio realizado en situación tan desfavorable y en tan corto tiempo, distribuido además entre

el de Física y Química, me permitió sin embargo hacerme una idea exacta del objeto de la *geometría general* y presentar examen con entera seguridad. La prueba oral tuvo lugar el 1º de abril de 1875, manifestando yo en esa oportunidad mi adhesión a Augusto Comte y combatiendo con argumentos suyos el texto oficialmente adoptado. No puedo, sin embargo, decir que ya se hubiese operado entonces una conversión a la Filosofía Positiva, porque no recuerdo hechos especiales que lo demuestren, siendo todos los recuerdos que guardo de ese día relativos a la geometría general. Pero si en esa época tal asentimiento no existía, poco tiempo debe haber mediado entre mi examen de geometría algebraica y mi adhesión al modo de filosofar que presidió la obra por donde la aprendí, en vista de las circunstancias en que tal adhesión se realizó, y que voy a mencionar.

A fines de 1874 se consumió la ruina de mis creencias teológicas. A esa situación concurrieron circunstancias diversas, que sería inútil especificar aquí, bastándome señalar dos puntos: en primer lugar, el antagonismo entre la Iglesia Católica y mis aspiraciones republicanas, fue el factor preponderante de mi emancipación intelectual. Latente hasta mi 7º año en el Colegio Don Pedro II, ese antagonismo me fue entonces revelado por un libro del jesuita Ranière, cuya lectura me fuera proporcionada por el actual Revm. Sr. Obispo de Mariana, entonces vicerrector de aquel internado. A partir de esa época, el aludido conflicto se fue tornando cada vez más íntimamente sentido.

Secundariamente, influyó en el mismo *sentido* la lectura de algunas páginas de los *Primeros Principios* de Herbert Spencer, que examiné como consecuencia de un incidente ocurrido en el 1er. año de la Escuela Politécnica. Estaba al frente de la cátedra del grupo a que yo pertenecía, el Sr. Dr. Joaquim Murтинho; y a propósito de observaciones hechas por mí acerca de la identidad de las nociones de línea recta y dirección, S. S. me preguntó qué entendía por Espacio. El fin de la clase me sacó del compromiso de la respuesta. Sintiendo la necesidad de prepararme para una situación que se podría reproducir en cualquier momento, y recordando que S. S. era admirador de Herbert Spencer, según me informara el Sr. Francisco von Erven, resolví leer a ese sofista. El Sr. Dr. Murтинho, sin embargo nunca me indicó tal lectura, y solamente hablé con S. S. respecto de tal libro en ocasión de los ejercicios prácticos de mi primer año.

Felizmente la influencia del pedante inglés sobre mí se limitó a esa acción negativa, pero incompleta, sobre mi inteligencia. Luego, la impresión indescriptible que me causara el estudio de la *Geometría Analítica*, ocasionado por las circunstancias que arriba recordé provocó mi entusiasmo por el fundador del Positivismo, entusiasmo que nunca me inspirara, ni posteriormente me inspiró autor alguno.

En ese tiempo, el estudio de la mecánica general conducía a Miguel Lemos a meditar sobre el "Sistema de Filosofía Positiva", tomado por una gran admiración hacia quien llegaría a ser nuestro común padre espiritual,

y el forjador de nuestra indisoluble amistad. Nuestros contactos escolares, determinados y alimentados hasta entonces por la identidad de aspiraciones políticas, se fueron consolidando y las simpatías estrechándose por los vínculos así establecidos con el venerado pensador. De las conversaciones mantenidas entre ambos, tomé conocimiento de ciertos puntos de la nueva síntesis filosófica, aceptados los cuales no dudé en declararme positivista. La primera empresa que plancamos juntos fue la traducción de la *Geometría Analítica*, dirigiendo nuestro apelo al público para la respectiva publicación el 23 de abril de 1875.

Sólo más tarde realicé la lectura imperfecta del “Sistema de Filosofía Positiva”, condenado ya por la insuficiencia de mi instrucción científica, ya por un malestar en los ojos, *preanuncio* de enfermedad muy grave. Esa comunión de ideas me condujo a leer a Littré y Stuart Mill, y a enredarme con mi amigo en los sofismas y calumnias que ellos libraron a la ignorancia, a la presunción e irreverencia de los incautos.

De lo expuesto resulta que, entrando a la Escuela Politécnica luego del 15 de abril de 1875 —más de medio mes después de mi prueba oral de *geometría analítica*— el Sr. Dr. Benjamín Constant nos encontró, a Miguel Lemos y a mí, discípulos confesos, en grados diversos, del fundador del Positivismo, habiendo incluso confirmado en el examen nuestra adhesión al portentoso Reformador. Fue justamente por eso que nos aproximamos a S. S. Lejos de que esa relación concurriera a aproximarnos más a Augusto Comte, sirvió todavía, siento confesarlo, para perdernos más en los errores en que nos debatíamos, como lo probaré adelante.

S. S. estuvo al frente aquel año (1875) de la cátedra del curso de Ciencias Físicas y Matemáticas, a la que asistí como oyente. Me había matriculado en las asignaturas que me faltaban del 2º año del curso general y en el 1er. año del curso de ciencias naturales, lo que revela una preocupación de síntesis, que sólo el Positivismo podía inspirarme. En 1876 estuve temporalmente fuera de Río, con mi fraternal amigo, lo que no impidió que fuera suspendido el 25 de noviembre. Al agravarse los padecimientos que me habían hecho perder el año anterior, sin duda por el desequilibrio mental en que vivía, lo acompañé, aceptando su solícita invitación, a Montevideo, donde tuve la feliz oportunidad de estrechar nuestra amistad, favorecida por la simpatía que siempre me inspiró la hospitalaria familia presidida por su digna madre. Al regreso me matriculé, todavía enfermo, en la escuela de Medicina, preocupado por la idea de completar mi preparación filosófica, según el plan de Augusto Comte. Las molestias, sin embargo, me impedían estudiar regularmente, dejándome apenas cortos lapsos y obligándome a buscar fuera de Río motivos para una vida que los que me conocían juzgaban próxima a extinguirse. Fue en ese estado que partí con Miguel Lemos hacia París, gracias al generoso concurso de mis apreciados amigos, Godofredo Furtado y Manuel Pereira Reis.

Fiel al compromiso que contraí en la oportunidad de nuestra suspensión, regresé a fines de 1878 para rendir exámenes en la Escuela Politécnica. El Sr. Dr. Benjamín Constant fue, al principio del año siguiente, mi examinador en más de una ocasión; pero no fue mi maestro.

Se ve, por lo tanto, que nunca fui discípulo de S. S. En las rarísimas veces en que de 1876 a 1877 tuve la oportunidad de asistir a sus clases de cálculo, no me acuerdo de haber oído de S. S. nada que yo no conociera. Porque, fuera de lo que figura en cualquier compendio, el afamado profesor enseñaba lo que yo ya había aprendido en la *Geometría Analítica*, o en el primer volumen del *Sistema de Filosofía Positiva*. Mayores desarrollos podían resultar de las conversaciones particulares que casualmente tuve con S. S., después de su llegada a la Escuela Politécnica. Sin embargo, no ocurrió así. Esas conversaciones versaban sobre matemáticas en general. Durante ese período y en el transcurso de 1879, le mostré o le ofrecí trabajos míos sobre esa ciencia, sin que S. S. me hubiese hecho nunca siquiera la más leve observación, mostrándome la puerilidad de tan fútiles ensayos. Con la más invariable cortesía, S. S. o señalaba su aprobación o absteniase de emitir su parecer.

Esos contactos especiales sirvieron para manifestar, como lo reconocí más tarde, el atraso en que se encontraba el prestigioso profesor. En efecto, su liberalidad académica era tan imperfecta que juzgaba necesario completar el estudio de la *Geometría Analítica* de Augusto Comte con el tratado de Leroy, como después me dijo, a pesar de su primer consejo. Menospreciando las *conclusiones* del tratado normal de matemáticas, dejado por el Maestro alabado, S. S. prestaba atención a ensayos vanos de Vallés sobre la representación geométrica de las soluciones imaginarias. Desconocía, sin embargo, la memorable interpretación algebraica de los contornos discontinuos, realizada por el egregio fundador de la terminología matemática, como así también su conclusión numérica de las ecuaciones. Encargado de varias cátedras, sus programas son testimonios permanentes de lo lejos que estaba S. S. de las concepciones normales del Positivismo sobre la enseñanza de la ciencia a que consagrará su vida. No aparece en ellos el menor punto de vista social o moral; y ni siquiera introdujo, al menos, en el lenguaje algebraico las reformas que Augusto Comte demostró eran imprescindibles para erradicar denominaciones impropias, empíricamente admitidas.

Su apreciación sobre el cálculo infinitesimal circunscrito al punto en que dejara el 1er. volumen del *Sistema de Filosofía Positiva*, que S. S. ilustraba con la crítica de Freyeinet, desconociendo o abandonando la teoría definitiva dada en la *Síntesis Subjetiva*. Además S. S. que, exaltando el genio matemático de Augusto Comte, desechaba el programa detallado y desarrollado, lección por lección, que él dejara para la enseñanza, desde el cálculo aritmético hasta la mecánica general, pretendía realizar correccio

nes a las observaciones algebraicas del Maestro.⁷ Y como si esto no bastara, llegó al punto de disponer, en cierta ocasión, que de hecho Augusto Comte sufrió un regreso al período teológico, al fin de su vida, señalando que confirmaba tal parecer la institución de los números sagrados, *además* aceptados por S. S. más tarde.

Se comprende pues que no fue S. S. mi iniciador en el Positivismo. Ningún principio aprendí con S. S. Apenas S. S. me aconsejó estudiar la *Geometría Analítica*; y después de convertido al Positivismo, sólo lo oí en lo relativo a asuntos que ya conocía, y conversé sobre materias que ya estudiara.

En vista de lo expuesto, se comprende que mi conversión al Positivismo no podía dejar de ser muy imperfecta. A pesar de todo, sin embargo, el ardor político me llevó a transmitir, a mis conciudadanos, por los medios a mi alcance, el conjunto de Positivismo y revolucionarismo en que me inspiraba. Y en esta mísera situación permanecí hasta que, a finales de 1879, se realizó mi conversión a la Religión de la Humanidad, gracias al estado de ánimo en que me veía, y a la meditación de la *Política Positiva* a cuya lectura fui llevado por las solicitudes y los ejemplos de mi incomparable amigo Miguel Lemos, ya entonces convertido en París.

Acompañándolo, cediendo a las reflexiones por él hechas, ingresé al núcleo que entonces existía en el Brasil, nominalmente consagrado a la enseñanza de la Religión definitiva, y del cual formaba parte el Sr. Dr. Benjamín Constant. El estado en que me hallaba, el reciente conocimiento de la doctrina, y la poca práctica de los hombres, la actitud, finalmente, de S. S. en esa época, excusaron a mis ojos el estéril pasado del afamado catedrático. Solamente presté atención al vago rumor que él hacía en torno al nombre de Augusto Comte, y especialmente al hecho de haberme inducido a estudiar la *Geometría Analítica*. Por eso, al redactar mi discurso conmemorativo del 7 de septiembre —*A la Patria Brasileira*— evocando rápidamente el advenimiento del Positivismo entre nosotros, aludí con encomios generosamente exagerados a los servicios de S. S. en ese sentido. Por eso también, al publicar ese opúsculo, juzgué mi deber redactar la dedicatoria en los siguientes términos:

Al Dr. Benjamín Constant.

Quien primero me condujo a meditar sobre las obras de Augusto Comte.

El carácter sintético de las efusiones de esta naturaleza no permite que se entre en detalles, que sólo sirven para denunciar una mezquina gratitud. Si justamente mi propósito era señalar mi reconocimiento, ¿por qué motivo especificar *el modo por el cual el Dr. Benjamín Constant me condujo a meditar sobre las obras de Augusto Comte?* S. S. y yo sabíamos

⁷ Ver el folleto *Un pretendido error de Augusto Comte*. Carta al Sr. Dr. Benjamín Constant Botelho de Magalhães. Rio. 1885. (Distribución gratuita).

exactamente en qué consistió su ayuda y, por grande que hubiera sido, en nada podía disminuir la eficacia de los servicios que yo viniera a prestar en el apostolado de la Humanidad. Basta, no obstante, considerar que no le di en esa ocasión a S. S. el título de maestro, y que me serví de términos vagos, para que cualquier persona sensata se abstuviera de atribuir al actual profesor de la Escuela Superior de Guerra, una intervención directa en mi evolución mental.

De toda la exposición precedente resulta no sólo que el Sr. Dr. Benjamín Constant no fue nuestro iniciador en el Positivismo, sino también que S. S. no estaba en condiciones de serlo. Con los conocimientos que a tal respecto manifestó hasta hoy, y con sus hábitos didácticos, S. S. hubiera podido, es cierto, comunicarnos los panoramas iniciales de Augusto Comte en matemáticas, si hubiese llegado antes a la Escuela Politécnica, o si nosotros hubiésemos ingresado a ella más tarde. Pero igualmente en esa hipótesis, no nos habría proporcionado ningún esclarecimiento sobre el *sistema filosófico* de Augusto Comte, respecto al que jamás oímos la más insignificante exposición hecha por S. S.

La sucesión de los acontecimientos no permitió, sin embargo, que S. S. nos prestara al menos tales servicios. De modo que toda su influencia, a mi respecto, se resumió en la calurosa recomendación de la cual resultó el estudio que realicé sobre la *Geometría Analítica*, origen del santo entusiasmo que nunca más desfalleció en mi corazón. Cultivando, aunque insuficientemente, mi veneración, justo cuando me entregué del todo al revolucionarismo, semejante ardor me prestó un auxilio que sólo la Religión de la Humanidad permite aquilatar. Ojalá la evocación de un pasado tan lleno de íntimos motivos de humildad, esperanza y aliento, pueda ser útil a los que, como nosotros en otro tiempo, hoy son víctimas de las celadas que inconscientemente les arman el orgullo y la vanidad, y a las que los expone más la falta de respeto que la ignorancia, además increíble.

Por mayores que sean sus extravíos, nuestra Religión les llama la atención con estas consoladoras palabras de Clotilde de Vaux: *Nada hay en la vida de irrevocable sino la muerte.*

26 de S. Paulo de 101

Río

15 de junio de 1889

R. Teixeira Mendes
(Calle Santa Isabel, 10).
Nacido en Caxias (Maranhao), el 5 de
enero de 1855.

MIGUEL LEMOS
(Brasil)

EL POSITIVISMO Y EL SOFISTA PIERRE LAFFITTE *

I

Cuando llegué a París, en noviembre de 1877, mi adhesión al Positivismo no iba más allá del *Curso de Filosofía Positiva*. Seducido por las mentiras y las calumnias del Sr. Littré, yo había aceptado, como tantos otros, sus reservas y sus críticas sobre el sistema religioso y social derivado de esta filosofía. Pero pronto, tal como lo relaté en otro lugar, me di cuenta de la insuficiencia de la filosofía y me orienté yo mismo hacia la lectura de las obras de la segunda fase de la vida de Augusto Comte. Hacia fines de 1878, estaba ya demasiado sacudido como para intentar seguir los cursos que el Sr. Laffitte daba en la casa de la calle Monsieur-le-Prince. Algún tiempo después, mis ojos empezaron a abrirse plenamente a la luz, y me convertí entonces a la religión definitiva.

Todas las apariencias estaban a favor del Sr. Laffitte. Yo veía un grupo que se decía el continuador de la acción del Maestro, bajo la dirección de un hombre a quien todo el mundo presentaba como el jefe reconocido del Positivismo. Cuando me acerqué al Sr. Laffitte, yo ignoraba completamente que en el seno de la Iglesia naciente se hubiese producido una crisis, crisis suscitada por algunos eminentes discípulos que habían protestado en contra de las tendencias de la dirección del Sr. Laffitte, y cuyo resultado fue la separación de ellos. Yo veía al conjunto de los positivistas franceses reunidos en torno a él, en posesión de la casa de Augusto Comte, dictando allí los cursos y divulgando la doctrina. Para quien apenas acababa de liberarse de los prejuicios antirreligiosos y sacudirse del yugo del retórico banal, quien, en connivencia con la indigna viuda, trató de destruir el Positivismo y mancillar la memoria del Maestro, el Sr. Laffitte debía aparecer naturalmente como el representante legítimo de la ortodoxia positivista.

De este modo fui fatalmente arrastrado a ver en él al sucesor de Augusto Comte. Yo conocía aún bastante poco el conjunto de la doctrina y la historia interna del Positivismo, para poder escapar a esta equivocación. Cuando supe de la separación de los Sres. Congrève, Audiffrent y Sémérie, ya estaba demasiado apegado al Sr. Laffitte para ver las cosas con claridad, tanto más cuanto que la historia de la crisis me había sido relatada por los vencedores de turno y yo no conocía todas las partes del debate.

* Publicado, en francés, por el Apostolado Positivista del Brasil. Río de Janeiro, 1889.

Mi adhesión trajo consigo necesariamente la de mis amigos y compatriotas, cuya conversión yo había determinado, indirecta o directamente. Ya en Río existía, es cierto, una sociedad positivista, fundada desde 1878, que era a su vez la transformación de otra sociedad anterior, de la cual habíamos formado parte el Sr. Teixeira Mendes y yo. Pero esta sociedad positivista era puramente nominal: no tenía ninguna acción, ni siquiera se reunía y hubo que esperar la adhesión del Sr. Mendes y mi regreso para que la propaganda y la práctica de la Religión de la Humanidad tuvieran aquí un comienzo.

Yo regresaba a Río después de haber formulado, frente a la tumba del Maestro, la promesa solemne de consagrar toda mi vida a la propagación de la doctrina regeneradora¹, y después de haber recibido en París el sacramento del Destino como aspirante al sacerdocio. El primer compromiso fue totalmente espontáneo de mi parte, la resolución surgió de mí solamente, pero en cuanto al destino sacerdotal, fue el Sr. Laffitte quien me lo propuso por su propia autoridad, sin ninguna abertura, ni proposición de mi parte, y yo no lo acepté sino presionado por él, a pesar de las objeciones que me creí obligado a hacerle.

Después de mi regreso a Río, el Sr. Mendonça, quien era el presidente de la inactiva sociedad positivista, consideró que debía transmitirme la presidencia, y así fui colocado a la cabeza del movimiento positivista en el Brasil. La propaganda y la acción de nuestra doctrina comenzaron entonces efectivamente, para no detenerse más, a pesar de todos los obstáculos que surgieron, ya sea por parte de los elementos heterogéneos internos que no demoraron en dejarnos, ya sea por parte de las fuerzas hostiles, anárquicas o retrógradas, de afuera, ya sea por la insuficiencia del Sr. Laffitte.

Desde el principio, concebí mi dirigencia con un carácter de entera fidelidad a la doctrina y al Maestro. No podía ser de otra manera. No habíamos aceptado al Sr. Laffitte como jefe general sino porque lo habíamos creído un continuador fiel. Sin embargo, para demostrar sin réplica que este espíritu de entera subordinación a la doctrina y al Maestro caracterizó, desde el comienzo, mi dirección en el Brasil, no tengo sino que poner aquí bajo los ojos del lector el *post-scriptum* de una carta que dirigí al Sr. Laffitte, solamente dos meses y algunos días después de que el Sr. Mendonça me hubiese transmitido la presidencia de nuestra Sociedad Positivista.

He aquí este *post-scriptum*:

"P. Scriptum. — Entre los diversos temas sobre los cuales quería hablarle en esta carta, estaba el discurso del Sr. Beesley, publicado en el úl-

¹ Esta promesa de consagrar toda mi vida a propagar la nueva religión no estaba en mi boca como un simple ornamento oratorio, sino como la expresión de una voluntad sincera y ponderada. Fue un verdadero *voto*, en el sentido religioso del término, y al cual espero no ser nunca infiel.

timo número de la *Revue Occidentale*². Pero como la carta se me estaba volviendo excesivamente larga, había decidido aplazar esta cuestión para una próxima vez. Un hecho que ha venido a confirmar mi previsión sobre el efecto de este discurso me obliga a decirle a Ud. algunas palabras sobre él, a riesgo de alargar aún más esta carta.

La lectura de este discurso nos ha dejado una impresión muy molesta. Hay dos puntos principales sobre los cuales insistiré.

Primero, nos es imposible admitir este carácter vago que él quiere darle a la organización positivista y que tiende a autorizar todas las divagaciones, sin exceptuar inclusive el littréismo. En efecto, nos dice el Sr. Beesley: "No somos, en realidad, sino un pequeño número de laicos, unidos entre nosotros por la común adopción de los más importantes principios establecidos por Augusto Comte, y cuya aplicación deseamos seriamente proseguir, sin querer en lo más mínimo cuestionar la pretensión de cualquiera que sea a ser considerado como positivista, por el hecho de que podamos tener divergencias con él sobre algunas consecuencias secundarias de estos principios. Estamos dispuestos a reconocer que estas consecuencias no deberán ser puestas en el palmo de las verdades adquiridas, sino cuando ellas hayan estado sometidas a la prueba de la experiencia. Habría que estar dotado de una imaginación bien prosaica para suponer que Comte hubiera tenido alguna vez la idea de que una sociedad iba a tomar el cuarto volumen de su *Política Positiva* como su Levítico. El sabía bastante bien que no se compone un Levítico sino mucho tiempo después de que las reglas que él describió, se hubiesen desarrollado espontáneamente".

Creemos que este trozo, que muy gustosamente hubiera firmado el Sr. Littré, está en contradicción formal con lo que nos han enseñado Augusto Comte y su sucesor actual. En primer lugar, ¿cuáles serían estos principios importantes cuya adopción común caracterizaría a los verdaderos positivistas? Es fácil ver que cada uno escogería estos principios importantes según su fantasía. Pues, si se quiere admitir esta definición y se quiere, al mismo tiempo, jefes, o bien los jefes decidirán cuáles son estos principios y entonces para qué servirá esta facultad de escoger que tienen los individuos, o bien los jefes dejarán entera libertad con respecto a esta cuestión, y entonces ¿para qué servirán los jefes? Segundo, creemos, contrariamente a lo que parece ser la opinión del Sr. Beesley, que, sin ninguna duda, tenemos derecho a cuestionar, a cualquiera que sea, la pretensión a ser considerado como positivista, si no admite *la obra entera* de Augusto Comte y si no reconoce la organización trazada por el Maestro, pues esta misma organización *hace parte de su obra*.

Consideramos igualmente como una concesión que sobrepasa los cuidados exigidos por una sabia propaganda, el decir, *sin precisar nada*, que las

² Este discurso se titula: *Sobre algunos aspectos públicos del Positivismo*, y fue pronunciado en Londres el 1º de enero de 1881.

consecuencias secundarias sobre las cuales se diverge, no deben ser colocadas en el nivel de las verdades adquiridas sino cuando ellas hayan pasado por la prueba de la experiencia. ¿Cuáles serán estas consecuencias secundarias?

¿Es el porvenir normal construido por Augusto Comte, sí o no, una previsión científica, *deducida* del conocimiento de las leyes del Pasado? Sí, aunque debamos merecer el reproche de tener imaginaciones prosaicas, lo cual no es muy probable en los descendientes de los portugueses y los españoles, afirmamos que, para nosotros, el cuarto volumen de la *Política Positiva* es nuestro Levítico, levítico científico, tan cierto para nosotros como la geometría. Si esto no fuera así, falló Augusto Comte en la constitución de la sociología como ciencia positiva.

Un levítico teológico no puede, sin duda, escribirse sino mucho tiempo después de que las reglas que él describe se hayan desarrollado espontáneamente, pues sabemos que, aunque bajo forma de revelación divina, el descubrimiento de estas reglas ha sido el fruto de un largo y lento empirismo; pero sabemos también que la *previsión científica* ahorra justamente estos titubeos del comienzo. Por consiguiente, las reglas descritas en el cuarto volumen de la *Política* (que comprende también la *teoría del Presente*) son para nosotros rigurosamente científicas y, como tales, su aplicación debe ser continuada como se continúa la aplicación de un teorema de geometría, *del cual se posee ya la demostración*, y cuya verdad en ningún momento se comienza por poner en duda.

Esta manera peligrosamente vaga de comprender lo que es un positivista, y que justifica de antemano todas las rebeliones de la soberbia humana, está en oposición formal con la tradición y la enseñanza de Augusto Comte que Ud. desarrolla con una continuidad tan admirable. Se puede ser más o menos positivista, como hay líneas más o menos rectas, pero así como la línea recta es una cosa bien definida y precisa, así también el positivista es un tipo bien caracterizado y preciso.

El otro punto del discurso del Sr. Beesley que nos ha sugerido algunas objeciones, aunque menos capital, sigue siendo para nosotros de una gran importancia. Quiero hablar sobre las consideraciones que él presentó a propósito de nuestro culto público. No es difícil ver que la mayor parte de las precauciones que él toma a este respecto le son dictadas por las condiciones del medio inglés y por los reclamos del Sr. Congrève, —dos circunstancias demasiado especiales para tener que determinar la misma manera de ver en los países donde la población no es protestante y donde no se está preocupado por hacer regresar a los partidarios del Sr. Congrève al seno de la Iglesia.

Todo el mundo está de acuerdo, siguiendo las sabias recomendaciones de Ud., en que la institución de nuestro culto público debe ser continuada con una extrema reserva, de la cual Ud. nos da un precioso ejemplo; pero ¿quiere decir esto que *no haremos nada* en esta dirección y sobre todo, que no sacaremos partido de los elementos que existen en las diversas po-

blaciones del Occidente? En nuestras poblaciones meridionales, por ejemplo, que aman las fiestas, los discursos elocuentes, la poesía, la música ¿pondremos nosotros de lado estos medios preciosos de propaganda? Aquí, las fiestas, los bellos discursos, etc., no son el privilegio de la Iglesia Católica; esto ya está en las costumbres, es popular y laico. Nosotros aprovechamos estas disposiciones para difundir nuestra doctrina. Las fiestas de Camoens, de Turgot, de Calderón, celebradas en nuestro país, están ahí para demostrar los buenos resultados de esta excelente política.

Yo creo que una propaganda que no aprovechara prudentemente (como, por lo demás, ha hecho el catolicismo) estas disposiciones propias a cada país, para ponerlas al servicio del triunfo de la nueva religión, cometería un grave error. Se dirá: pero es preciso proceder con una extrema prudencia; sin duda: ¿se puede dirigir en cualquier grado un movimiento de este orden sin prudencia? Es una calidad previa que deben tener aquellos que se encuentran a la cabeza del movimiento.

Tales son, mi querido Maestro, las objeciones y las dudas que surgieron en nuestro espíritu a través de la lectura del discurso del Sr. Beesley y que yo le expongo lealmente, como es mi deber.

Quando terminamos de leer este discurso, nos dijimos que los falsos positivistas iban a nadar en la alegría y a disfrutar de las armas que nuestro digno cofrade de Londres les suministraba. Nuestra previsión acaba de realizarse. Ayer apareció en un diario de Río (*O Cruzeiro*) un artículo anónimo, en el que todo nos lleva a creer sin titubeos que ha sido escrito o inspirado por el Sr. Barretto.

En este artículo, el autor se apoya sobre el discurso del Sr. Beesley para negar, con cierta verosimilitud, la necesidad de una organización positivista y para descartar, hasta nueva orden, el sistema político y religioso de Augusto Comte, debiendo limitar la adhesión a la filosofía positiva. Allí se hace el elogio del Sr. Littré como el más eminente propagador del positivismo, se declara que los verdaderos jefes del positivismo son el Sr. Barretto en Brasil, el Sr. Braga en Portugal, los Sres. Beesley y Bridges en Inglaterra, y... el Sr. Laffitte en Francia, ¡como jefe supremo!... El autor del artículo, como siempre, se las da de hombre práctico, hace un llamado al buen sentido e insinúa que somos (la Sociedad Positivista de Río) unos exaltados que comprometemos por nuestra imprudencia el porvenir del Positivismo!³ Indudablemente no niego que sea más práctico querer ser rico, diputado, etc., que se muestre mejor sentido queriendo, como decimos en nuestro país, alumbrar un cirio a Dios y otro al Diablo, y, sobre todo, que sea más prudente aceptar el positivismo de modo tal, que nuestra adhesión no llegue a ser incompatible con todas las ambiciones temporales y espirituales al mismo tiempo.

³ Es siempre el lenguaje invariable de aquellos que son llamados, bajo los regímenes, los *moderados*, simple eufemismo para designar a los ambiciosos, temerosos y estrechos.

Esta divagación de periodista, en la cual todo se encuentra mezclado y que confirma de manera tan notoria las acusaciones de mi artículo de la *Revue* sobre la degeneración del Sr. Barretto⁴, no tendrá aquí ninguna influencia, pero ella es preciosa en cuanto síntoma para juzgar el alcance peligroso del discurso del Sr. Beesley.

Le ruego excusas por la extensión de este post-scriptum. Salud y respeto.

Miguel Lemos''.

Así, se ve en este extracto de mi correspondencia dos cosas a la vez: Primero, hasta qué punto estábamos imbuidos, desde el principio, de la necesidad de una subordinación completa a la obra del Maestro, y, luego, hasta qué punto estábamos ilusionados a favor del Sr. Laffitte. Todo prueba hoy que éste engañaba nuestra buena fe, y que desde hacía tiempo tenía reservas mentales sobre un montón de concepciones y de prescripciones de Augusto Comte, a pesar de lo cual nos hacía creer en su absoluta ortodoxia. Seguramente se contentó con reírse de nuestra ingenua protesta, porque no respondió nunca una palabra a mis observaciones. Así pues, todos aquellos que conocían bien nuestras disposiciones, perfectamente caracterizadas en esta carta, no podían dudar ni un solo instante que el día en que los hechos nos mostraran que el Sr. Laffitte se había hecho culpable de graves infracciones hacia la doctrina, ese mismo día lo abandonaríamos.

Pues, lo repito, no habíamos aceptado al Sr. Laffitte como jefe sino porque lo habíamos creído un verdadero y fiel continuador de Augusto Comte. Mientras que su conducta, en lo que concernía a la dirección general y, especialmente, a nuestro movimiento, no se mostraba culpable sino de una cierta debilidad que se podía esperar ver corregida poco a poco, él fue tolerado. Pero el día en que se atrevió a declarar, y esto mediante sofismas tan burdos como poco sinceros, que un precepto importante de Augusto Comte, cuya oportunidad no podía ser puesta en cuestión, puesto que las condiciones por las cuales el Maestro lo había establecido, existen todavía, debía ser puesto de lado, y cuando en seguida supimos que éste que se proclamaba el sucesor de Augusto Comte, sacerdote y gran-sacerdote de la Humanidad, había, con desprecio de todo lo que hay de más comprobado en nuestra religión, recibido una herencia de su familia e intentado un juicio contra un pariente próximo a causa de esta herencia, entonces se nos cayeron las escamas de los ojos y vimos toda la realidad.

Esa desilusión fue un golpe terrible, pues jamás ningún jefe había sido más respetado y obedecido que lo que fue el Sr. Laffitte en nuestro país. Pero como el principio mismo de esta veneración y de esta obediencia descansaba en la continuidad y la fidelidad que suponíamos que él tenía

⁴ Ver el número de enero de 1881 de la *Revue Occidentale*.

hacia Augusto Comte, una vez que reconocimos cuánto nos habíamos equivocado a este respecto, no podíamos dudar entre el Maestro y el discípulo fiel. Cambió el punto de vista en relación con el Sr. Laffitte, y una vez operado este cambio, pudimos entonces medir cuán profunda había sido nuestra ilusión. Tomamos nuestra resolución y, a pesar de todo lo que costó a nuestro corazón, cumplimos nuestro deber hasta el fin.

Pero ¿cómo un hombre tal había llegado a la dirección del Positivismo y a creerse el sucesor de Augusto Comte? Es lo que nos queda por apreciar, *colocándonos en nuestro punto de vista actual*, y ayudándonos con las informaciones completas obtenidas solamente después de nuestra separación.

II

Al morir prematuramente el 5 de septiembre de 1857, Augusto Comte no había designado un sucesor. No es porque la escogencia de un sucesor no le hubiese preocupado muchísimo antes de su muerte, sino porque las personas sobre las cuales creyó sucesivamente poder sustentar las esperanzas a este respecto, bien pronto lo desengañaron. El mismo nos lo dijo en el cuarto volumen de la *Política Positiva*, p. 542, y todo el mundo está de acuerdo en cuanto a la ausencia de un sucesor al momento de su muerte. Según el testimonio del Sr. Dr. Audiffrent, el Sr. Laffitte sería uno de esos sucesores fallidos, sobre los cuales Augusto Comte tuvo que retractar las esperanzas prematuras. En efecto, nos dice que, en su lecho de muerte, el Maestro juzgaba a su antiguo discípulo así: "Desprovisto de veneración y de iniciativa, él no será nunca más que un diletante, con justo apenas la suficiente energía para ganarse la vida". En este testamento⁵ ya había proclamado la insuficiencia de carácter de su antiguo discípulo.

Hay, pues, de qué asombrarse al ver a los discípulos de Augusto Comte, después de la muerte de éste, otorgar al Sr. Laffitte la dirección *provisional* del Positivismo, tanto más cuanto el Maestro había declarado formalmente que el Positivismo se desarrollaría mejor de acuerdo con los libres esfuerzos de sus dignos adeptos que bajo la dirección de un jefe insuficiente⁶. "Estábamos entonces, nos explica el Sr. Audiffrent, bajo el imperio de un prejuicio literario; veíamos en el Sr. Laffitte al más *instruido* de los discípulos de Augusto Comte. En calidad de tal, sobre él debía, pues, recaer la dirección; no nos preocupábamos mucho de las otras condiciones. Por lo demás, no buscábamos un jefe religioso... Sea lo que fuere, todo el mundo parece haber subestimado en esta ocasión excepcional lo que había que hacer, el Sr. Laffitte, al aceptar la dirección del Po-

⁵ Este testamento acaba de ser publicado, con las confesiones anuales y la correspondencia entre Augusto Comte y Clotilde de Vaux. Estos documentos han venido a confirmar abundantísimamente las revelaciones del Sr. Audiffrent. Volveré a esto en mi próximo informe.

⁶ *Sistema de Política Positivista*, vol. IV, p. 542.

sitivismo y el conjunto de los positivistas, al no tener absolutamente en cuenta las recomendaciones y los consejos de Augusto Comte. Más que ningún otro, yo debo asumir aquí mi parte de responsabilidad. Mis últimas conversaciones con Augusto Comte, cuando la gravedad del mal que lo aquejaba lo llevaba a pensar en la eventualidad de un fin próximo, no podían dejarme ninguna duda sobre sus intenciones en relación con su más antiguo discípulo. Ciertamente, él no había perdido nada en su afecto, pero en su pensamiento ya no aparecía más como el que podía recibir su sucesión. En agosto de 1857 comuniqué a uno de mis más honorables cofrades los resultados de mis últimas entrevistas con Augusto Comte; no temería en hacer un llamado a sus recuerdos. Fue bajo la influencia de estas últimas conversaciones, al ver las dudas del Sr. Laffitte, dudas que por lo demás no constituían sino signos de lo más honorables a su favor, pues no se sentía con fuerzas para encargarse de la sucesión de Augusto Comte, cuando propuse al Sr. Dr. Robinet la dirección vacante, a fin de mantener la agrupación positivista. El Sr. Robinet había aceptado esta pesada carga, habiendo reconocido ya la insuficiencia moral del Sr. Laffitte, cuando este último llegó. Nos arrojamos literalmente en sus brazos, como ya lo dije; creímos entonces que todo estaba a salvo. Debido a una lamentable confusión, su calidad de presidente de los ejecutores testamentarios parecía designarlo, en efecto, a la dirección general, para aquellos que no conocían ni el contenido textual del testamento, ni el pasaje de la *Política Positiva* en que se dejaba vacante, hasta nueva orden, la sucesión del fundador de la religión de la Humanidad. Se cometieron entonces grandes errores, y cada uno debe tomar la parte de responsabilidad que en ellos le corresponde”⁷.

Después de la confesión con la que termina este relato, no se nos podrá acusar de faltar el respeto a los antiguos discípulos de Augusto Comte si decimos que ellos tuvieron una terrible responsabilidad delante de la posteridad. No solamente introdujeron el Positivismo en una desviación para siempre deplorable, sino que necesariamente arrastraron a las nuevas generaciones a una serie de fracasos y de errores. En efecto, ¿cómo podíamos nosotros escapar a la fatalidad de reconocer al Sr. Laffitte como el director del Positivismo, cuando veíamos a sus más antiguos discípulos escogerlo como jefe, al día siguiente de la muerte del Maestro, y mantenerse agrupados alrededor suyo? Sin duda, también nosotros tenemos nuestra parte de responsabilidad en el error común, pero hay que confesar que esta parte es casi para no tenerse en cuenta frente a la gravedad de la falta cometida por los que nos precedieron. Ellos crearon una situación que los recién venidos al Positivismo no podían dejar de aceptar como legítima.

⁷ Carta al Sr. Richard Congrève, Marsella, 1878. Ver también, para completar estos datos sobre la escogencia del Sr. Laffitte como director, el escrito del Sr. Congrève publicado en inglés, bajo el título de: *Un capítulo de la historia de los primeros tiempos del Positivismo*.

Pero ¿qué es lo que debería haberse hecho a la muerte de Augusto Comte? Ya respondió el Sr. Audiffrent: "Cuando uno quiere tomarse la molestia de reflexionar sobre las indicaciones de la *Política Positiva* y del *Testamento* uno reconoce que la vía a seguir nos había sido totalmente trazada. La ejecución del *Testamento* confiada a trece discípulos, de los cuales desde entonces la mayoría ha demisionado o muerto, podía servir para reagruparnos y darle un objetivo a los esfuerzos comunes. Ella garantizaba el usufructo del domicilio sacerdotal, mantenía la sede de nuestras reuniones y, mediante la obligación de ciertos deberes colectivos, impedía la dispersión. La sociedad positivista, al continuar sus sesiones bajo un jefe designado por el propio Augusto Comte, que hubiera sido el único en recibir la investidura oficial, podía, en conformidad con su destino, tomar una iniciativa saludable en las cuestiones pendientes y constituirse en un verdadero centro consultivo, que habría podido aspirar a dirigir la opinión".

Pero no se tuvieron en cuenta los últimos juicios y consejos de Augusto Comte y se elevó al Sr. Laffitte a la dirección general. Sin duda, en el pensamiento de todos no se trataba de un *interin*, pero no por eso la conducta mantenida entonces dejó de ser menos irregular y peligrosa, como se demostró luego.

Sea lo que fuere, el Sr. Laffitte se puso a trabajar y pronto todo empezaría a cambiar. Mediante la lectura de las circulares anuales del presunto sucesor de Augusto Comte, se puede seguir de cerca su rápida degeneración. En las primeras se siente que todavía lo sostiene el aliento del Maestro, que todavía está bajo el influjo de los últimos recuerdos. Pero pronto cambia el corte, y entre más se avanza en la lectura, más se percibe que una desviación, conforme en todo a la naturaleza moral de su autor, va precisándose. Sin carácter y sin religiosidad, pero provisto de una gran erudición y dotado de una inteligencia notable, únicamente preocupado por su cultura intelectual, necesariamente tenía que imprimirle a la dirección positivista el sello de su naturaleza incompleta. Su falta de energía lo alejaba de toda intervención activa para modificar un medio refractario, su carencia de sentimientos y de aspiraciones religiosas le hizo descuidar o por lo menos subordinar cada vez más el lado moral y afectivo de nuestra doctrina. Así fue conducido a concentrar progresivamente toda su actividad en lo que él llamó la organización de la enseñanza positivista. Mientras la doctrina permanecía desconocida y la situación francesa no reclamaba ninguna acción más inmediata, las cosas fueron soportables. Pero tan pronto como la proclamación de la república en Francia exigió la intervención política y social del Positivismo, se sintió cada vez más intensamente la insuficiencia de la acción del Sr. Laffitte. Algunos discípulos trataron entonces de suplir la inercia del presunto jefe y recurrieron a la fundación de una revista, cuya dirección fue confiada al Sr. Sémérie. Es preciso confesar que era esta una extraña manera de regenerar la dirección positivista, puesto que se recurría a un medio formalmente condena-

do tanto por la doctrina como por las recomendaciones del Maestro. El propio Sr. Laffitte se encargó de justificar este intento de revista mediante un sofisma de su estilo que vale la pena mencionar, pues allí se ve un ejemplo característico del sistema habitual de sofisticación que él desarrollará luego cada vez más, hasta llegar finalmente a olvidar por completo toda rectitud y toda verdad.

En su segunda circular anual (1858), después de haber esbozado el programa de su dirección provisional, el Sr. Laffitte había agregado:

Pero no organizaremos ninguna publicación periódica. Así permaneceremos estrictamente sujetos a los principios establecidos por Augusto Comte, principios cuya realidad nos demuestran cada día la reflexión y la experiencia. He aquí lo que nos escribía en su octava circular: "Gradualmente desarrollada por el protestantismo, el deísmo y el escepticismo, la enfermedad occidental consiste en una continua rebelión de la razón individual contra el conjunto de los antecedentes humanos. Resultante de la necesaria decadencia de las creencias propias al medioevo, ella tiene como asiento primitivo la región especulativa del cerebro. Pero su principal gravedad proviene de su extensión espontánea a la región afectiva, que, mientras comprime la veneración, sobreexcita la soberbia y la vanidad y, como consecuencia, los otros dos instintos simpáticos. A la vez que desarrolla la presunción interior y la desconfianza exterior, ella tiene como resultados característicos, en las tres partes del cerebro, el aburrimiento, la duda y la irresolución, que solamente la fe positiva hace cesar. Lejos de limitarse a los verdaderos revolucionarios, el mal se extiende hasta a los más puros retrógrados, quienes, sin admitir el dogma de la infalibilidad personal, se ven involuntariamente conducidos a practicarlo con respecto a las principales cuestiones habituales. Ellos han manifestado especialmente esta tendencia según su participación creciente en el periodismo, el cual, como resultado del interregno religioso, tiende a perpetuarlo. Son los positivistas los únicos que se abstienen de emplear activamente, e incluso de alimentar pasivamente, una institución radicalmente anárquica, cuyos estragos intelectuales y morales miden, esforzándose en liberar de ella al Occidente, de acuerdo con un digno uso de la libertad espiritual".

¡Y bien! algunos años más tarde, al dar cuenta, en su circular de 1873, de la fundación de la revista del Sr. Sémérie, escribe lo siguiente:

"Augusto Comte ha desaprobado el periodismo, al que considera como un procedimiento anormal e irregular de propaganda. Su teoría es totalmente exacta, y, aplicada al periodismo cotidiano, no hay ninguna duda de que, salvo en caso de una crisis violenta y de poca duración, el principio debe ser absolutamente aplicado. La propaganda oral es la verdadera propaganda positivista, completada por publicaciones impresas, intermitente. Sin embargo, yo creo que había que aprobar la tentativa de una revista positivista organizada por el Sr. Eugenio Sémérie. En primer lugar, la revista había sido concebida como puramente transitoria hasta cuando pudiéramos entrar directamente en el estado normal; en segundo lugar,

siendo la situación de Francia tal, que una exposición oral verdaderamente completa y sistemática es imposible, esta publicación venía a reemplazarla de manera afortunada; en tercer lugar, ofrecía un medio de reunión para mucha gente lamentablemente dispersa y a la que no podemos llegar debido a nuestra insuficiencia material, a falta de medios cómodos de comunicación; en cuarto lugar, la revista tenía la utilidad de superar, al fin, sobre todo en Francia, la conspiración de silencio que se tenía tan bien montada contra nosotros. El Sr. Sémérie comenzó esta publicación el 16 de abril de 1872⁸. Ella contiene trabajos ingleses y franceses que ofrecen una aplicación afortunada de la doctrina a las necesidades de la situación actual”.

Me parece que no es necesario comentar este trozo; basta compararlo con el pasaje de Augusto Comte citado antes por el propio Sr. Laffitte. Pronto se verá que éste, tomando por su cuenta la idea de una revista, cuando ella pudo servirle a sus planes, llenará la medida en esta vía de sofisticación de la doctrina y de desprecio por las prescripciones de Augusto Comte.

Sea lo que sea, la revista del Sr. Sémérie no tuvo larga vida, y esta vez el Sr. Laffitte pudo continuar sin gran obstáculo su quimérico proyecto de organizar la enseñanza positivista. Puesto que su naturaleza le impedía hacer algo distinto, trató de presentar como una *visión sistemática* de su dirección lo que no era sino la consecuencia de su impotencia y de sus defectos.

Este proyecto de organizar la enseñanza positivista, cuando no se tenía ni público ni profesores, constituía una infracción formal a los principios positivistas, así como a las recomendaciones especiales de Augusto Comte.

Se sabe, en efecto, que la condición esencial establecida por Augusto Comte para regenerar la enseñanza, reside en el carácter enciclopédico de los profesores que deben guiar a los mismos alumnos durante las siete fases del noviciado teórico⁹.

Esta garantía era para él tan importante que ordenó aconsejar a la dictadura el posponer la institución de la escuela positiva de la transición, hasta cuando no estuviera dignamente llenada esta “condición fundamental”.

Cuando la ley sobre la libertad de la enseñanza fue votada en Francia, gracias a los esfuerzos del partido retrógrado, el Sr. Laffitte creyó excelente la ocasión para fundar un *establecimiento de libre enseñanza superior positivista*. Dejemos al presunto director del Positivismo exponer él mismo su infracción y su quimera:

“Siendo la enseñanza la función especial del sacerdocio positivista, como de cualquier otro sacerdocio, es preciso establecerlo sistemáticamente

⁸ *La Politique Positive, revue occidentale* aparece el primero y el 16 de cada mes. Director, E. Sémérie.

⁹ *Política Positiva*, vol. IV, p. 432. *Síntesis Subjetiva*, p. 86.

desde que esto es posible; ahora bien, ¿es esto posible hoy? En cuanto a la *oportunidad*, ella es *constante, continua, urgente*.

En Francia, la situación legal ha cambiado. De acuerdo con la ley obtenida por el partido católico, nosotros dejamos de ser solamente tolerados: la ley sobre la enseñanza superior nos permite, de ahora en adelante, constituirnos libremente, públicamente, legalmente.

¿Es necesario para esto contar con un personal completo? No lo creo. Basta que delimitemos en nuestra enseñanza los términos esenciales de la serie enciclopédica y que, bajo mi dirección, cada curso sea hecho de una manera competente, que instruya al público y prepare, para el poder espiritual, cooperadores dignos.

Si esperáramos la época en la que todo debería estar hecho de manera absolutamente sistemática, esperaríamos indefinidamente y nos colocaríamos en un verdadero círculo vicioso. Bajo el pretexto de esperar el momento de hacer completamente algo, no haríamos nada. Indudablemente que no se debe violar ninguna regla; sin embargo, se puede hacer, en una pequeña escala, lo que la falta de recursos y nuestro personal bastante poco numeroso no nos permite hacer aún a gran escala. Por lo demás, *las grandes cosas no tienen sino pequeños comienzos*.

Profundamente convencido de estas miras y de la necesidad urgente de actuar, a fin de disfrutar inmediatamente de la nueva situación legal, he constituido, junto con los señores Hadery y J. Longchampt, en conformidad con la ley sobre la enseñanza superior, una asociación para la fundación de esta enseñanza, Habiendo sido llenadas todas las formalidades, el 12 de diciembre de 1876 recibí del Sr. Rector de la academia de París el recibo según el cual, después de diez días de plazo pasados sin impugnación, me permitía fundar *un establecimiento de libre enseñanza superior positivista*, en la calle Monsieur-le-Prince, N^o 10, sede social de esta enseñanza ¹⁰.

Así, el Sr. Laffitte afirmaba, en contra de las prescripciones formales de Augusto Comte, que, para fundar la enseñanza positivista, no había necesidad de contar con un personal completo, es decir, capaz de hacer efectiva la condición enciclopédica evocada más arriba.

El descontento se manifestaba sordamente y amenazaba con explotar. Un cierto número de positivistas franceses sintieron la necesidad de corregir las desviaciones del presunto director, y de imprimir a la acción positivista un carácter más social. Naturalmente, se voltearon hacia el Sr. Congrève, quien, desde hacía tiempos, había reconocido la insuficiencia del Sr. Laffitte y le había advertido incluso, sobre la probabilidad de una crisis ¹¹. El Sr. Laffitte veía, pues, la tempestad que se anunciaba por encima de su cabeza. Para alejarla, trató de distraer al Sr. Congrève con algunas proposiciones de culto público, tan poco serias como poco sinceras.

¹⁰ Circular anual de 1877. Los cursos anunciados eran: I. Geometría Preliminar; II. Geometría Algebraica; III. Astronomía; IV. Sociología. El curso de Astronomía no fue llevado a cabo.

¹¹ Ver la circular del Sr. Congrève, del 17 de junio de 1878.

En efecto, en la misma circular en la que comunica la fundación de *un establecimiento de libre enseñanza superior positivista*, y como para hacer pasar más fácilmente lo que iba a soltar sobre la enseñanza, hace conocer que al fin ha sido conducido a una concepción cultual:

“Mi objetivo sería, dice él, instaurar una especie de preámbulo al culto público, que consistiría en una reunión semanal de una hora más o menos, los domingos en la mañana. Una parte, común y fija, se compondría de fórmulas morales, repetidas por la asamblea, bajo la dirección del jefe religioso y una parte, que variaría cada domingo, estaría compuesta por una corta y simple exhortación moral o por lecturas que terminarían con la enunciación de la fórmula sagrada del Positivismo y de algunas otras fórmulas religiosas. Teniendo en cuenta que el culto protestante, sobre todo el calvinista, y el culto islámico, se reducen a esta organización; observando además que, hasta Constantino, el culto católico se reducía esencialmente a esto; y, finalmente, tomando en consideración la profunda modificación que se ha producido así en poblaciones inmensas, un espíritu reflexivo comprenderá la gran importancia del perfeccionamiento que propongo aportar a las instituciones positivistas, y todo filósofo convendrá en dar razón de éste al meditar sobre la acción profundamente transformadora de todo ejercicio practicado con regularidad y perseverancia”.

El Sr. Laffitte agrega: “He debido primero proponer tal plan, a fin de preparar los espíritus y tender hacia una realización que exige, por lo demás, de meditaciones especiales. Una coordinación tan capital no puede ser hecha a la ligera. Estos actos religiosos podrán estar presididos, por delegación especial del sacerdocio, por simples aspirantes, o por verdaderos apóstoles unidos al poder espiritual”¹².

Es preciso decir primero que lo que el Sr. Laffitte pretende presentar aquí, con su fatuidad acostumbrada, como una concepción difícil a la cual ha sido llevado por sus meditaciones especiales, desde tiempo atrás había sido realizada en Inglaterra por el Sr. Congrève. En seguida, se ha de notar que él habla de ello como de un desarrollo que él aporta a las miras de Augusto Comte, y como de un proyecto que somete a las reflexiones de los positivistas con el fin de preparar los espíritus a una transformación tan difícil, según él. Por último, como podía ser tomado al pie de la letra, él preparó el terreno para sustraerse a tales prácticas, y por eso declaraba desde entonces que dichas reuniones podían estar presididas, mediante delegación especial por parte del sacerdocio, por simples aspirantes o por verdaderos apóstoles. En efecto, quienes conocen al Sr. Laffitte no pueden dudar de que nunca sería capaz de presidir unas prácticas de las cuales él se burlaba en lo más profundo de su corazón y que estaban tan opuestas a su naturaleza y a sus costumbres. En definitiva, todo esto no era más que un señuelo para entretener al Sr. Congrève y ganar tiempo. No habiendo podido este medio y los otros impedir la crisis y la subsiguiente separación, el Sr. Laffitte no habló más de su gran proyecto de culto pú-

¹² Circular anual de 1877.

blico. En cambio, se continuó abrumando con sarcasmos y bromas las mismas prácticas que se llevaban a cabo donde el Sr. Congrève¹³.

En estas, el Sr. Laffitte había imaginado un digno complemento para su empresa. Retomando un viejo proyecto de Augusto Comte, que éste mismo había abandonado y condenado, propuso y llevó a cabo la fundación de una compilación periódica, bajo el título de *Revue Occidentale*. Nos encontramos aquí frente a una de las más deplorables infracciones de las que se haya hecho culpable el pretendido director. Ya habíamos recordado las palabras por las cuales el Sr. Laffitte, al exponer el programa de su dirección provisional, excluía formalmente, de acuerdo con los preceptos de nuestra doctrina, toda tentativa de publicación periódica. Luego vimos sus escapatorias para justificar la revista del Sr. Sémérie. Ahora, se le va a olvidar todo, o más bien, va a falsificarlo todo para demostrar la necesidad y la legitimidad de lo que antes él mismo condenaba, apoyándose en las propias palabras de Augusto Comte.

Escuchémosle en la circular de 1877:

“No me queda más que resumir ahora lo que había expuesto el 5 de septiembre de 1876, sobre la cuestión de la *Revue Occidentale*. ¿Es preciso publicar una revista positivista? ¿Debe tener el Positivismo un órgano periódico? La opinión de Augusto Comte ha variado a este respecto. Primero partidario de una revista publicada en condiciones especiales, terminó por declarar que no era conveniente para el Positivismo fundar una institución tal. ¿Qué debemos hacer? Para nosotros, esta indicación es decisiva y debemos absolutamente inclinarnos delante de los motivos que la inspiraron. Pero, respetando absolutamente la declaración de Augusto Comte, ¿no podemos nosotros, en otras circunstancias, instituir una revista cuyo carácter tiene otro espíritu como también otro destino? Yo creo efectivamente que el estado normal exigirá una institución absoluta-

¹³ La circular precedentemente citada lleva la fecha del 28 Moisés del 89 (20 de enero de 1877), y es considerada como relativa a la evolución positivista durante el año 1876. Podrá uno asombrarse, pues, de que yo atribuya aquí al Sr. Laffitte precauciones respecto de hechos muy posteriores a la fecha de la circular, ya que las primeras manifestaciones de la crisis a la cual se alude, no se produjeron sino hacia fines de 1877. La explicación de esta especie de profecía es muy fácil, y ella nos revelará, de paso, uno de los procedimientos habituales que utiliza el Sr. Laffitte para darse aires de vidente, todo y preparando de antemano su apología sobre las cosas que han sucedido mucho tiempo después de la fecha asignada a sus circulares y sobre las cuales él se cuida de dar explicaciones claras mientras que no se vea forzado a ello. Este procedimiento consiste en dar a sus circulares una fecha falsa, muy anterior a la época en la cual han sido realmente escritas. Por la circular en cuestión, el hecho ha sido probado por el testimonio del Sr. Congrève, quien en su manifiesto del 17 de junio de 1878 se queja de esta conducta. “La fecha asignada a la primera (la circular de 1877), dice él, debe ser rechazada. La prueba de ello no me fue remitida sino el 4 Moisés del 90 (el 4 de enero de 1878). Sin embargo, ella lleva la fecha del 28 Moisés del año precedente, —lo cual es tanto más lamentable cuanto que ella había sido redactada de resultados de las mismas impresiones que la siguiente”.

Así, pues, esta circular que lleva la fecha del 28 de enero de 1877, no había sido realmente escrita sino a fines de 1877, es decir, después de que el Sr. Laffitte había sido puesto al corriente de la existencia de la crisis provocada por la insuficiencia de su dirección.

mente necesaria para el funcionamiento del poder espiritual: es esta institución la que yo quisiera preparar. A este poder le es preciso, como a todo poder temporal, un órgano especial y oficial de sus *decisiones, nominaciones, etc.*, que sea también el órgano de los *consejos generales* que él deba dar en las diversas circunstancias surgidas de la evolución sucesiva de los hechos. Poner carteles es sin duda un procedimiento precioso y necesario, pero es fácil comprobar cuántas veces dicho instrumento ha resultado insuficiente en tantos casos. Por consiguiente, en el estado normal, necesidad de un órgano especial del poder espiritual. Además, este *Diario oficial* contendrá los *consejos motivados, los proyectos generales*, tal como corresponde al sacerdocio el elaborarlos para preparar a la opinión pública, así como también la acción de los jefes temporales. ¿No habría medio de tender desde ahora hacia la realización de este ideal, teniendo en cuenta, sin embargo, las necesidades transitorias de la situación? De acuerdo con esto, he aquí el proyecto que he concebido y que espero realizar con la ayuda de los positivistas, si, como lo espero, determino, al menos entre la gran mayoría, suficientes convicciones. Sería fundada una revista bajo el nombre de *Revue Occidentale*; yo sería, en cuanto director del Positivismo, el único jefe. Este sería el órgano oficial del sacerdocio. El contendría los artículos de los diversos colaboradores, artículos que serían las aplicaciones de la doctrina positivista a todas las cuestiones cualesquiera que sean, que surgiesen de la marcha misma de los hechos; contendría, por otra parte, las decisiones oficiales del poder espiritual, y las noticias relativas al movimiento del Positivismo en todo el planeta. La revista aparecería solamente cada dos meses; así se evitaría la preocupación por los incidentes de la política corriente, tratando, sin embargo, las cuestiones verdaderamente generales que están a la orden del día. Así llegaríamos a darle gradualmente a la opinión una dirección, cuya necesidad se hace cada día más urgente y cuya ausencia se nota cada día más. Siguiendo mi costumbre, que me parece profundamente normal, he anunciado de antemano mi proyecto, a fin de preparar su realización, de la cual me ocuparé, ojalá, pronto”.

Este trozo es uno de los más completos para mostrar la *manera* del Sr. Laffitte. Primero comienza por lanzar al espíritu del lector esta idea que es favorable para lo que él quiere hacer aceptar: *Augusto Comte ha cambiado a este respecto*. Luego, él refiere que el Maestro finalmente se pronunció en contra de una institución tal. ¿Qué debemos hacer nosotros? se pregunta él. Debemos, responde, respetar su decisión e inclinarnos absolutamente delante de sus razones. Pero... hecho esto, haremos lo contrario y acumularemos una serie de sutilezas, de distinciones sofisticas, ridículas y frívolas para hacer creer a nuestros cofrades que la nueva *Revue Occidentale, concebida en otras circunstancias*, es una cosa necesaria y legítima. En verdad, cuando considero estas dobleces y estas manías de discutir, me digo que ha tenido que haber sido tan completa nuestra ceguera, y nuestra veneración por el Maestro tan endeble, como para haber tomado

en serio tales cavilaciones, y para haber creído que su autor era digno del título de sucesor de Augusto Comte.

He aquí ahora el decreto del Maestro sobre esta cuestión de una publicación periódica:

“Debo primero anunciar el fracaso total de mi tercera tentativa por fundar la *Revue Occidentale*. Al convertir esta compilación en puramente trimestral, y renunciar a toda retribución como director o colaborador, logré, en 1852, disminuir los gastos tanto como me fue posible. Sin embargo, a pesar de ello faltaron todavía garantías materiales, tanto dadas en forma colectiva, como bajo el patrocinio individual. Este nuevo revés en relación con una empresa cuya utilidad filosófica y política no fue puesta en tela de juicio por nadie, me ha llevado finalmente a abandonarla para siempre, a pesar incluso de que un digno protector estaba dispuesto a alejar todos los obstáculos financieros. El público de élite al cual me dirijo, ha sentido mejor que yo la incompatibilidad especial de una tentativa tal con la tendencia general de una doctrina que viene espontáneamente a apagar el periodismo. Aunque el compromiso de hablar en día y en grado fijos se haga menos vicioso a medida que los intervalos aumentan, una apreciación periódica no sabría nunca convenir a un espectáculo intermitente. Terminando con el interregno espiritual, la religión positiva hará naturalmente cesar la usurpación que él suscitó en los letrados occidentales. El sacerdocio de la Humanidad debe, pues, prohibirse toda participación en la institución que él deberá pronto condenar como radicalmente anárquica. De acuerdo con el culto y la enseñanza el sacerdocio podrá, tanto como en el estado normal, decir sus instrucciones orales en relación a las circunstancias. Además de los tratados generales, ya sean originales, ya sean didácticos, la propaganda y la aplicación escritas no exigen más que opúsculos especiales, cuya periodicidad llegaría a ser tan molesta como inoportuna. He aquí cómo he reconocido que la triple derrota de un proyecto empírico, en lugar de indicar una viciosa indiferencia, provenía sobre todo de un secreto instinto de su incompatibilidad natural con el espíritu y la meta del positivismo”¹⁴.

Y cuando, llevado a construir la teoría de la *transición*, el Maestro establece las condiciones para una plena libertad de prensa, he aquí lo que él agrega:

“Aparte de la indignidad de la mayoría de sus doctores actuales, la opinión no tiene necesidad, de acuerdo con la experiencia católica, sino de una instrucción semanal, para poner en relación el culto con la aplicación de los principios que resultan de la educación. Bastando este grado de periodicidad respecto al estado normal, *conviene más a la transición orgánica, cuando las convicciones deben renacer sobre todo de una meditación solitaria, perturbada habitualmente por aquellos que se obligan a hablar sin motivo*”¹⁵.

¹⁴ *Sist. de Polit. Posit.*, t. IV, prefacio, p. XI.

¹⁵ *Ibid.*, t. IV, p. 382.

Todo lector de buena fe, al comparar atentamente estas palabras de Augusto Comte con las pretendidas razones del Sr. Laffitte, sabrá hacer justicia de tales sofismas; todo positivista sincero, al releer estos juicios del Maestro, podrá calibrar la gravedad de una falta de este tipo y reconocer el deber que teníamos todos nosotros de oponernos a semejante empresa. Pero, desafortunadamente, la cegueta era entonces casi unánime.

Debo decir, sin embargo, que el Sr. Congrève protestó públicamente contra la nueva *Revue Occidentale*, aunque es preciso confesar que esta misma manifestación no estaba del todo imbuida de las decisiones de Augusto Comte, expuestas más arriba. En efecto, el Sr. Congrève declara allí que no rehusaría adherirse a alguna cosa más simple, con un carácter provisional, bajo una forma más favorable a la circulación y menos cara. En seguida agrega que está lejos de negar los buenos resultados obtenidos por nuestra participación en la literatura periódica. Ahora bien, los textos de Augusto Comte evocados más arriba, de los cuales el primero es citado por el propio Sr. Congrève, para negar su aprobación a la revista del Sr. Laffitte, no dejan ningún lugar para una publicación periódica, cualquiera que sea su forma, ni, sobre todo, para nuestra participación en periódicos y revistas. Es evidente, de acuerdo con nuestros principios, que esto debe ser así y que Augusto Comte, en los pasajes que acabamos de leer, no hace más que sacar de ello una consecuencia práctica.

Sea lo que sea, puesto que el Sr. Laffitte rehusó modificar las tendencias de su dirección y, por otra parte, no quiso dejar su puesto, a pesar de las amonestaciones especiales del Sr. Audiffrent, fue menester llegar a la separación. Esta tuvo lugar en 1878. Los Sres. Congrève, Audiffrent y Sémérie hicieron públicos los motivos que los llevaron a dar este paso y fue así como se llevó a cabo la primera protesta seria contra una dirección totalmente insuficiente¹⁶.

¹⁶ He aquí la lista más o menos completa de las publicaciones que aparecieron con ocasión de esta ruptura, lista que es indispensable conocer para hacerse un buen juicio sobre la desafortunada dirección del Sr. Laffitte: Dr. Congrève: *Circular dirigida a todos mis correligionarios, a todos los discípulos de Augusto Comte*. Londres, 17 de junio de 1878. *La Revue Occidentale*. Londres, 5 de junio de 1878. Dr. Audiffrent: *Carta al Sr. Richard Congrève*. Marsella, 12 septiembre de 1878. Dr. Sémérie: *Carta al Sr. R. Congrève*. París, 1878. Dr. Bridges: *Llamado a los Positivistas ingleses*. (*) Londres, 12 de octubre de 1878. E. S. Beesley: *Observaciones a la Circular del Dr. Congrève*. (*) Dr. Congrève: *Mi respuesta al Dr. Bridges* (*) Londres, 25 de octubre de 1878: *Un Capítulo de la historia temprana del Positivismo*. (En serie) (*); Serie N° 3, 18 de octubre de 1878. Boudeau y Monier: *Una cuestión de hecho*, París, 26 de octubre de 1878. Drs. Audiffrent y Sémérie: *Después de la leyenda la historia*, diciembre de 1878. Henry Dix Hutton: *Carta al Sr. Laffitte*. (*) Dublin, 28 de enero de 1879. Dr. Audiffrent: *Carta al Sr. Emile Laporte; Carta al Sr. Finance*. Mayo, 1879. Dr. Sémérie: *Los elementos de acción de Pierre Laffitte; La Política republicana a propósito del artículo 7. Carta al Sr. Clemenceau*. París, 1879. Dr. Congrève: *Carta al Sr. Emile Laporte*. Londres, febrero, 1880. Dr. Audiffrent: *El Positivismo de los últimos tiempos*. Discursos leídos en la calle Jacob. (Seguidos de fragmentos de cartas inéditas de Augusto Comte). París, octubre 1880. Dr. Sémérie: *Mi respuesta al Sr. Laffitte. Carta al Sr. Congrève*. 1880. Dr. Audiffrent: *Circular anual dirigida a todo cooperador en libre subsidio instituido para la propaganda del Positivismo*. París, 15 enero de 1881. (*) En inglés en el original (N. del T.).

A pesar de la separación de los Sres. Congrève, Audiffrent y Sémérie, el Sr. Laffitte permaneció a la cabeza de la mayoría de los positivistas, que no quisieron abandonarlos. Este resultado se explica por los defectos mismos de la dirección del Sr. Laffitte, defectos que la hacían más aceptable a personas que, en su mayor parte, por sus costumbres escépticas y revolucionarias, se oponían fuertemente a la reforma reclamada. Así pues, el Sr. Laffitte se mantuvo a la cabeza del grupo central y se hubiera podido creer, en los primeros tiempos que siguieron a la ruptura, que iba a tomar nuevo vuelo y que su autoridad, fortalecida para siempre, adoptaría aires más en relación con la misión que él se había atribuido. Pero pronto este primer impulso fue atenuado. El Sr. Laffitte, después de haber dado cierta esperanza de una regeneración, cayó cada vez más en la nulidad religiosa.

Hemos visto al Sr. Laffitte sacrificar todo a la pretensión de instaurar la enseñanza positivista, sin tratar de llenar las condiciones sistemáticas para semejante empresa. El resultado obtenido hasta ahora sirve bien para justificar completamente las recomendaciones del Maestro a este respecto. ¡Hace veintisiete años que el Sr. Laffitte no se ocupa prácticamente de otra cosa y todavía no ha logrado formar ni un solo teórico! El mismo, todavía no ha mostrado que es capaz de llenar la condición enciclopédica, dando sucesivamente los siete cursos teóricos. Hasta el presente, se ha limitado a charlas históricas, sociológicas y morales, asociadas a algunos cursos de matemáticas.

En la sucesión de estos diversos cursos, no ha respetado ni el orden lógico, ni las condiciones sintéticas. Es así como, después de haber expuesto el cálculo diferencial, deja de lado el cálculo integral y aborda, en el año siguiente, la mecánica general, so pretexto de que esta parte de la matemática abstracta era la más decisiva. Su curso histórico sobre el calendario, que aún no ha terminado, también ha estado hecho por pedazos, sin respetar la continuidad del tiempo, y con intervalos considerables. Últimamente, en fin, se introdujo en los procedimientos académicos, escindiendo la enseñanza, para hacer un curso especial y aislado de estática social. Dejó de lado las frecuentes infracciones que estos cursos ponen de manifiesto en relación con las miras de Augusto Comte, sin que entre ellos se exceptúe el de matemáticas, pues estos detalles nos interesan poco y no tienen ningún valor frente a infracciones mucho más graves.

Sus lecciones son charlas interminables, salpicadas de anécdotas y de rasgos más ingeniosos que edificantes. Cuando uno compara los programas tan detallados que él acostumbra publicar, con la realización efectiva de sus lecciones, no puede uno evitar reconocer que éstas difieren del programa como un bosquejo imperfecto difiere de un plan acabado. Es verdad que él se esfuerza tanto como puede por colmar con su facundia exagerada los intersticios de su esbozo, pero es siempre a costa de la armonía de las partes o bien a expensas de la dignidad del profesor. Esta última deficiencia con frecuencia es llevada tan lejos que nadie aseveraría que

este discursador tan bromista haya podido pretender al título de sacerdote de una religión cuyo dogma moral es tan imponente. Son estas imperfecciones incluso las que seducen a sus oyentes escépticos y a aquellos que no hacen todavía más que deletrear el Positivismo, como nos sucedió también a nosotros, al principio de nuestra conversión. Pero, en revancha, está dotado de un verdadero talento de exposición y nadie mejor que él sabe aclarar una cuestión difícil, a no ser que quiera embrollarla o que sus lagunas morales impidan a su intelecto ver claro en dicha cuestión, lo cual ocurre a menudo.

Así, el Sr. Laffitte, quien, según su propia confesión, no ha dado a su dirección sino un único objetivo —instaurar la enseñanza positivista—, no ha logrado nada eficaz a este respecto. No ha formado ni un solo aspirante al sacerdocio; él mismo no ha realizado, ni en el fondo ni en la forma, esta instauración. Es cierto que pretende haber construido la Moral Positiva y haber agregado otros perfeccionamientos a la obra del Maestro, pero estos no son más que cuentos en los cuales ya no creemos. Esta leyenda que ha convertido al Sr. Laffitte en un aumentador de la obra intelectual de Augusto Comte, no nos parece sino risible hoy y no merece ni siquiera el honor de una refutación formal, aunque, por otra parte, muy fácil de formular. Esto hace pensar en la pretensión del editor del *Gran diccionario del siglo XIX* (Larousse) al considerarse como continuador de la Enciclopedia de Diderot! Si bien es cierto que el Sr. Laffitte ha hecho todo lo posible por hacer aceptar esta leyenda, reclamando a su favor una cantidad de descubrimientos que pretende haber hecho o insistiendo siempre en esto o aquello, que Augusto Comte dejó por hacer, lagunas que él ha tratado de llenar, etc. Si el Sr. Laffitte supiese el griego como lo conoce el Sr. Littré, ya tendríamos el lenguaje sociológico enriquecido con un montón de palabras nuevas, más o menos barrocas, para indicar las lagunas dejadas por Augusto Comte y que él pretende haber completado. No sabiendo el griego, recurre a otras logomaquias para hacer creer, incluso en francés, que él es un sucesor intelectual del Maestro. Dejemos.

En cuanto a la pura consulta científica, a pesar de sus pretenciosas aspiraciones intelectuales, el Sr. Laffitte se ha mostrado en esto aún más deficiente. Una sola vez tuve la ocasión de consultarlo sobre cuestiones meramente científicas; se trataba de pedirle su opinión sobre un cierto número de cuestiones de filosofía química y su juicio sobre Gerhardt. El Sr. Laffitte me contestó que, encontrándose agobiado de trabajo, se ocuparía de este asunto durante el mes de reposo que iba a tomar en el campo. Pero pasó el mes de descanso sin que me hiciera llegar ninguna respuesta sobre el tema, a pesar de que para resolver la mayor parte de las consultas hubiese bastado que nos diera la opinión de Augusto Comte, que queríamos ver confirmada a través suyo, porque todo se reducía a esto. Como le recordé de nuevo mi petición, se limitó a escribirme: "Me pide Ud. mi opinión sobre Gerhardt; no he leído nunca nada de él y no lo conozco

sino por el caso muy grande en que lo convirtió tiempo atrás, el Dr. Williamson".¹⁷ En cuanto a las otras cuestiones, jamás recibí la solución.

Así, la única vez que dirigimos una consulta puramente científica al Sr. Laffitte, él fue incapaz de satisfacerla. Este, que pretendía a la sucesión intelectual del Maestro, que hacía pronunciar tan alto sus títulos científicos, la única causa aparente de su elevación, que proponía al público la instauración de la enseñanza positivista, no podía ni siquiera resolver un pequeño número de cuestiones filosóficas acerca de la química y confesaba no haber leído nunca nada sobre Gerhardt, cuyo nombre se encuentra hoy, bien o mal, mezclado a todas estas cuestiones. Verdaderamente, no valía la pena subordinarlo todo al lado científico, para mostrarse allí igualmente deficiente.

Desde el punto de vista político, tanto exterior como interior, el Sr. Laffitte no ha hecho más que desertar, uno a uno, de todos los principios positivistas. Aquí ha dado el repulsivo espectáculo de rebajar la función espiritual al papel complaciente de justificar las desviaciones del gobierno temporal. La historia de nuestra especie no presenta un espectáculo más vergonzoso que el de ver al consejero público, filósofo o sacerdote, transformarse en el adulator complaciente de aquellos que disponen de la fuerza material. Esta degradación, la más decisiva contra todo poder espiritual, no faltó al Sr. Laffitte. El ha puesto todos sus esfuerzos en llegar a ser el teórico titular del partido oportunista, ya sea aumentando en demasía el mérito de Gambetta, ya sea encargándose de buena gana de justificar todas las transgresiones gubernamentales contra los principios de la política positivista. Me contentaré con señalar dos cuestiones que resumen respectivamente todas las otras, en lo que se refiere a los asuntos interiores y exteriores de Francia.

Abordemos primero la gran cuestión de la separación de los dos poderes. Sabemos que el Sr. Gambetta, aunque proclamado por el Sr. Laffitte como el más grande de los estadistas desde Danton, desconocía por completo este principio y se oponía incluso a su realización. El quería conservar una Iglesia Católica oficial, para dominarla más fácilmente y, al lado de esta institución, se esforzaba, con su partido, en fundar un sistema de enseñanza nacional, es decir, una enseñanza privilegiada. Y sin embargo la separación de las dos potencias, mediante la abolición de los presupuestos teológico, científico y metafísico, es la primera medida aconsejada por Augusto Comte para inaugurar la transición orgánica. El consideraba esta decretación como totalmente oportuna para Francia y hacía de ella el principal carácter de la fase actual. Sin embargo, el Sr. Laffitte aprobó una política por completo contraria. Me acuerdo que una vez, en el seno de la Sociedad Positivista, al aludir el Dr. Robinet a la necesidad y a la oportunidad de pedir la abolición de la enseñanza oficial, el Sr. Laffitte se opuso

¹⁷ Para conocer el juicio de Augusto Comte acerca de este químico inglés ver las Cartas del Maestro a John Fisher (págs. 8 y 73). M. L., 1889.

de inmediato, diciendo que una medida de esa naturaleza era aún prematura. Para todos aquellos que conocen el valor de esta cuestión y de cuánto ella constituye la clave de todas las otras y la condición indispensable para el desarrollo del Positivismo, es inútil insistir.¹⁸ Agregaré un detalle, por decirlo así, inédito, que acabará de mostrar hasta qué punto el Sr. Laffitte ha estimulado el olvido de los principios fundamentales del Positivismo, especialmente en lo que atañe a la separación de las dos potencias y a la manera como él se propone ejercer la que se ha atribuido a sí mismo. He aquí lo que el Sr. Lagarrigue me escribía desde París, en fecha 23 de febrero de 1883:

“El Sr. Laffitte estaba incluso dispuesto a aceptar el curso de sociología que Gambetta se había propuesto crear en la Escuela Politécnica. . . El Sr. Laffitte me decía que él habría aceptado porque esto significaría un medio poderoso para modificar a la élite de la juventud francesa, hoy enteramente perdida a causa de la mala e incompleta educación científica que ella recibe”.

De inmediato respondí:

“El día en que el Sr. Laffitte lleve su deserción a nuestros principios y a nuestra causa hasta el punto de convertirse en un simple profesor oficial, ese día romperemos con él sin ningún titubeo”.

Me abstengo de todo comentario con relación a semejante olvido de todo el Positivismo. Haré solamente una observación. ¡El Sr. Laffitte cree todavía que la élite de la juventud francesa proviene de una burguesía degenerada y que esta élite se encuentra en la Escuela Politécnica!

En cuanto a los asuntos del planeta, el Sr. Laffitte no se ha quedado menos activo para demoler nuestros principios. Todos nuestros colegas saben lo que se entiende por esta desafortunada política colonial inaugurada en Francia por el partido del Sr. Gambetta, y que ahora arrastra la imitación de otras potencias europeas. También sabemos cuánto se ha opuesto el Positivismo a una política semejante. Está de más recordar, a este respecto, los principios establecidos por Augusto Comte, y las diversas aplicaciones que sus discípulos han hecho de ellos, especialmente en Inglaterra, siguiendo el ejemplo y el impulso del Sr. Congrève, quien, en 1856, publicaba, por instigación de Augusto Comte, un folleto memorable en el que aconsejaba a su país la restitución de Gibraltar a España. El Sr. Laffitte comenzó por justificar la expedición tunecina, y su actitud en relación con este asunto provocó de inmediato divergencias profundas en el seno mismo del grupo parisiense. Sus partidarios ingleses, aquellos que cuando la crisis de 1878, al separarse del Dr. Congrève, habían permanecido unidos a él, no fueron los menos contrariados por una conducta tan opuesta a todo lo que ellos mismos habían proclamado hasta entonces. Estas disidencias se manifestaron incluso públicamente, y vimos entonces

¹⁸ En Francia, es sobre todo el Sr. Audiffrent quien ha mantenido y desarrollado el verdadero pensamiento positivista sobre este tema. Ver especialmente su admirable opúsculo sobre *París y la situación*, 1883.

al jefe elaborar un manifiesto en el que se esforzaba en falsear nuestros principios con el fin de apoyar la expedición de Túnez, y a las Sociedades Positivistas de París y de Londres publicar otros en sentido contrario, esto es, para condenarla, de acuerdo con los mismos principios. Pero a pesar de tal escándalo, seguimos permaneciendo alrededor del Sr. Laffitte, prefiriendo mantener la apariencia de una unión, antes que romper abiertamente con una guía infiel. Escogimos, como siempre, el partido de la debilidad, al del empleo de los verdaderos remedios reclamados desde tiempo atrás. Confieso, por mi parte, que esta conducta del Sr. Laffitte, a pesar de habernos alarmado mucho, no nos inspiró la fuerza necesaria para romper con él. También nosotros creímos que había que esperar todavía y no romper la unidad que se había tratado de crear alrededor suyo. Hoy lamentamos que nuestros ojos no se hubiesen abierto entonces como lo fueron luego, aunque nuestro error sirva para mostrarnos cuán tolerantes y moderados fuimos, al contrario de lo que supusimos al atribuir nuestra ruptura posterior a una impaciencia excesiva.

Después del asunto de Túnez, el Sr. Laffitte perseveró en la misma actitud, aunque de manera más pasiva, pero no menos criminal, con respecto al desarrollo de esta política colonial. Cada vez más subordinado a los políticos oportunistas, dejó pasar en el silencio los atentados internacionales más indignantes. Bajo el engañoso pretexto de que no hay que crearle trabas a los gobiernos, él justificó el crimen y renegó nuestros principios. No se atrevió a levantar la voz para condenar, en nombre de la verdadera ciencia y de la moral humana, una política que consiste en explotar pueblos más débiles, bajo el pretexto hipócrita de civilizarlos. Es así como las expediciones francesas contra la Indochina y la China obtuvieron del Sr. Laffitte un silencio culpable. Este silencio, y el apoyo constante que él ha dado a los gobiernos que han llevado a cabo dichos atentados, bastan por sí solos para aplicarle la censura envagética contra el mal pastor que, cuando el peligro se aproxima, huye y deja que el rebaño del cual se había constituido en guardián y guía, sea destruido. Su conducta ofrece aquí un contraste contundente con los dignos esfuerzos del Sr. Dr. Robinet, quien ha sido para Francia un auténtico vocero del Positivismo en estas cuestiones, mientras que el susodicho jefe se callaba o ergotizaba para abogar en defensa de los gobernantes.

Podemos imaginar ahora lo que tal jefe debe ser en cuanto a la dirección interna de los elementos individuales y colectivos de la Iglesia positivista.

Supeditando todos los méritos solamente al mérito intelectual, siempre fue incapaz de apreciar a los hombres y de emplearlos cada uno según su vocación. Jamás ha sabido dar un consejo privado, ni reprimir cualquier desviación individual, ni siquiera cuando se trataba de las más elementales condiciones de la moral o de infracciones evidentes a nuestros principios.

Su sistema invariable, cuando se ve acorralado por dificultades que exigen energía, es el de callarse o engañar. Sus circulares están allí para pro-

bar hasta qué punto ha llevado sus tergiversaciones, sus sofismas, su silencio miedoso. Inconsistente e inestable, como todas aquellas personas desprovistas de carácter, podemos ver allí desplegarse el cuadro de sus contradicciones y de sus cambios. Si a esto se agregan los datos que nos suministran sus cartas y sus otros escritos, se podría trazar la historia de sus variaciones, suponiendo que este trabajo no fuera más curioso que útil. Creciendo más cada día en vanidad teórica y en negligencia moral, solamente por razones de forma ha mantenido los preceptos prácticos de nuestra religión, mientras que, cada vez que la ocasión le es favorable, trata de diferirlos o de demolerlos a pequeños golpes. El finge respetar a grandes rasgos lo que destruye en detalle. De allí este desarrollo extraordinario del espíritu casuístico que es, por así decirlo, el sello propio de su fisonomía moral. Por sus inclinaciones fundamentalmente burlescas y escépticas, es un hijo de Voltaire extraviado en un movimiento de reconstrucción religiosa. Su vestidura de Pontífice le incomoda, como lo ha dicho con ingenio el Sr. Sémérie, y se puede creer que él se alegraría de poder colgar los hábitos. ¿Qué se puede hacer de grande cuando no se está convencido de la grandeza de su misión?

Nacido para ser un subalterno, exageró todos sus defectos cuando, por su elevación a la cabeza de la dirección positivista, fue desviado de su sitio y se esforzó, naturalmente, en erigir como miras sistemáticas, sus lagunas personales. Estoy convencido de que bajo la tutela de un verdadero superior, él habría prestado grandes servicios a la propagación del Positivismo, gracias a su inmensa erudición y a sus maravillosas aptitudes para la exposición oral; aunque desprovisto de toda unción, ellas habrían sido aprovechadas de esta manera, al mismo tiempo que sería frenado su espíritu crítico y se le estimularía su ánimo endeble. En lugar del tipo perfecto del sofista, habríamos tenido a un laborioso sembrador de la palabra positivista; en lugar del deplorable espectáculo de una degeneración moral e incluso intelectual —pues el espíritu reacciona sobre el intelecto— habríamos tenido el cuadro beneficioso de un discípulo fiel, tan modesto como instruido.

Una única circunstancia, empero, habría bastado para impedirnos reconocer al Sr. Laffitte como sacerdote de la Humanidad, si hubiese sido mayor nuestra veneración por Augusto Comte y más completo nuestro conocimiento de la doctrina. El susodicho sucesor de Augusto Comte no se casó nunca y por consiguiente, no llenó la obligación indispensable para la función que pretende ejercer. Por lo demás, ya había dicho el Sr. Audiffrent, a propósito de tal situación, “que al aspirar más tarde al oficio sacerdotal, el Sr. Laffitte habría debido pensar en hacerse desligar de la sentencia del Maestro. En todos los casos, él estaba obligado a cumplir las condiciones morales inherentes a dicha función, condiciones de las cuales el propio Augusto Comte no creyó poder liberarse. El Sr. Laffitte habría

debido casarse".¹⁹ La obligación es clara y precisa,²⁰ y de tal importancia que su infracción debería haber bastado para separar al Sr. Laffitte de la dirección positivista e impedirnos, lo repito una vez más, reconocerlo como simple sacerdote, menos todavía como el sucesor del Maestro.

Es evidente que todo ha sido una serie de equivocaciones de un lado, de embaucadores del otro. Y cuando contemplamos el abismo de infidelidad y corrupción al cual acabamos de escapar, nos sentimos renacer a la vida religiosa, bajo los rastros del Maestro, y bendecimos las circunstancias que nos han permitido reconocer a tiempo nuestro extravío y advertir sobre él a nuestros correligionarios y al público.

Que nuestro ejemplo sirva para alentar a nuestros cofrades franceses a que el Positivismo se libere del molesto predominio de un sofista rebelde y a dejar en libertad la casa de Augusto Comte de la profanación impuesta por un usurpador semejante; porque de Francia seguimos esperando la iniciativa y la dirección de la regeneración occidental.

11

AGUSTIN ARAGON

(México)

A LA MEMORIA DEL Dr. GABINO BARREDA *

El amor por principio,
Y el orden por base;
¡El progreso por meta!

Señoras y Señores:

Esbozar la historia de la introducción y propagación del Positivismo en México, señalar la importancia relativa de los apóstoles de la nueva doctrina en mi país y los resultados alcanzados hasta el momento, son los objetivos de esta apreciación de la vida y obra del Dr. Gabino Barreda.

Yo he aceptado esta tarea, muy por encima de mis fuerzas, porque tengo la convicción de que todos los detalles de la manera como se ha instituido una propaganda filosófica son, en el más alto grado, interesantes

¹⁹ Carta al Sr. Congrève (1878).

²⁰ *V. Cat. Post.*, pág. 271; *Pol. Posit.*, vol. III, págs. 72 y 255.

* Este ensayo, en francés, fue publicado en el homenaje a Augusto Comte en el centenario de su nacimiento, con un prólogo de Pierre Laffitte, en 1898. París-México.

y preciosos y deben ser publicados por aquellos que los han visto o apreciado de cerca, no solamente para conservar muchas informaciones útiles, sino también para impedir que la leyenda tome el lugar de la realidad como ya ocurrió, incluso en Francia, en lo que se refiere a nuestra evolución positivista.

Hemos leído, en efecto, en unos escritos de algunos ejecutores testamentarios de Augusto Comte, la siguiente afirmación: "Fundador de *El Eco Hispano-americano* (1853-1872), el primero, el Sr. Flórez puso en epígrafe a esta hoja periódica la divisa política del Positivismo: *Orden y Progreso*. Augusto Comte, quien recibía esta publicación, y la leía, no dejó de destacar y de congratular al autor por esta iniciativa. Fue en el mismo periódico en donde nuestro cofrade, aún en vida del maestro y largo tiempo después de su muerte, continuó, mediante un esfuerzo considerable, fructuoso y que no se ha reconocido suficientemente, esta campaña de publicidad positivista, mediante la cual se difundió en Europa, pero sobre todo en Suramérica, y principalmente en México, Chile, La Plata y en el Brasil, el conocimiento general de la filosofía y de la política positivista, que prosperó tan vigorosamente en esos nobles países y produjo los resultados memorables que sabemos".

Yo declaro, con las debidas consideraciones, que esta afirmación no es exacta en lo que respecta a México puesto que la propaganda y difusión en este país deben ser atribuidas al sabio Dr. Gabino Barreda. El Sr. Contreras Elizalde también contribuyó, ciertamente, bastante, pero no parece que en esto el *Eco Hispano-americano* haya tenido alguna participación. Afirmación que, me parece, se desprende claramente de todo lo que diré más adelante en relación con el tema. No sabría negar, sin embargo, que el periódico del Sr. Flórez haya tenido lectores mexicanos, pues es algo que ignoro; de todos modos, puedo afirmar que su influencia no cuenta para nada en la difusión del Positivismo en México.

Además de la utilidad de fijar puntos relativos a la evolución del Positivismo, yo, como adherente completo a la doctrina de nuestro maestro común, Augusto Comte, he cedido al deseo ardiente de contribuir, por mi parte, a la celebración del centenario del hijo insigne de Montpellier, centenario que aún se prolonga, al glorificar, en la misma casa por donde él pasó, la vida y la obra de su más eminente discípulo mexicano.

Finalmente, he escogido este día, aniversario de la muerte del Dr. Barreda, porque también, en el mismo día de hoy, en México, mis compatriotas, reunidos bajo la presidencia del Sr. Fernández Leal, ministro de la Agricultura y de la Industria (Fomento), en una misma comunidad de admiración y reconocimiento, rinden homenaje a la memoria del más grande discípulo de Augusto Comte en esa parte del continente americano.

DEL ESTADO SOCIAL DE MEXICO EN 1867

Señalaré, aunque sea someramente y como preámbulo indispensable a este estudio, cuál era el estado social de México cuando la propaganda positivista fue instituida por el primero de nuestros apóstoles, el eminente Gabino Barreda. Otorgo a este preámbulo una importancia tal, que me atrevo a afirmar, apoyándome en la historia de mi país, que sin el estado social en el que se encontraba México en 1867, la difusión del Positivismo en mi patria se habría retrasado por muchos años.

Los trescientos años de régimen colonial impuestos por España desarrollaron en nosotros costumbres y necesidades, que basta con recorrer el continente americano, revelan por todas partes las trazas de los conquistadores iberos, cuya presencia aparece en las tres grandes manifestaciones de la vida: el sentimiento, la inteligencia y la actividad. Todo aquello que caracteriza a los pueblos hispanoamericanos y los distingue de los otros pueblos es esencialmente español. Y no hay nada de sorprendente en esta afirmación, si se tiene en cuenta que la eliminación de la metrópoli del dominio de las nuevas naciones del mundo de Colón, no dio lugar a la supresión, ni de las costumbres, ni de las necesidades, ni de la manera de ser, moral, intelectual y práctica, de sus habitantes. La emancipación es llevó a cabo; sin embargo, aunque dejamos de ser políticamente españoles, no dejamos de serlo, en todos los otros aspectos.

En los tres siglos de dominación pacífica durante los cuales los españoles conservaron la América, un sistema perfectamente combinado por el gobierno de la metrópoli y por sus representantes virreinales tendía a prolongar indefinidamente una situación por todas partes estacionaria, que hacía converger la educación, la religión y la política hacia el mismo objetivo, bien determinado y claro: la permanente prolongación de la sujeción y de la explotación de las colonias. No había en absoluto idea nueva, viniera ella de adentro y de afuera, que no hubiese pasado previamente por el filtro del clero secular y regular, estrechamente ligado al gobierno de España por intereses materiales considerables. La opresión ininterrumpida, cada día mayor, que se ejercía sobre los habitantes de las colonias, produjo como consecuencia inevitable, tal como lo había previsto el gran Turgot, la explosión que estalló al comienzo del siglo. Este movimiento se inspiró principalmente en la emancipación científica, religiosa y política realizada anteriormente en Europa y que se había infiltrado lentamente en el espíritu de los hispanoamericanos, a pesar de la vigilancia y de la inquisición a través de las cuales el clero y el gobierno tiranizaban las colonias. Una vez llevada a cabo la liberación de la Nueva España, el pueblo mexicano, aún joven como organismo independiente, por un fenómeno bien conocido entre todos aquellos que estudian la sociología, siguió la conducta de los niños, muy ávidos de novedades, y, en lugar de

aplicarse en seguir las huellas profundas del pasado, se apartó atolondradamente de su vía normal. De allí resultó una crisis revolucionaria que sacudió al país entero durante una larga serie de años, desde la memorable proclamación de la independencia, hecha el 16 de septiembre de 1810 por un viejo sexagenario y venerable, el cura de Dolores, Miguel Hidalgo y Costilla,¹ hasta la ejecución de Maximiliano, en el *Cerro de las Campanas*, el 19 de junio de 1867.

Los errores cometidos por todos aquellos a quienes correspondió la dirección de la sociedad mexicana después de la Independencia, por una parte, y los poderosos elementos de anarquía y de división que persistían en el seno de la nueva nacionalidad como un residuo del antiguo régimen, por otra parte, se opusieron al establecimiento de un gobierno estable; en lugar de alcanzar una paz definitiva, estalló la revolución. Desconociendo la verdadera situación creada por la ruptura de los antiguos lazos con España, yendo en contra de todas las tentativas del partido progresista, el partido retrógrado, apoyado por el clero y por el ejército, sumergió al país en una guerra civil que causó tales estragos que treinta años de orden no han bastado para repararlos.

El partido progresista, siempre preocupado en reconstruir, alcanzó en medio del trajín de guerra, a promulgar la Constitución de 1857, que puso término a las prerrogativas y preeminencias de las clases privilegiadas. Poco después, en 1859, por medio de las *leyes de reforma*, el partido progresista de México, que el gran Benito Juárez personificaba, al separar completamente la Iglesia del Estado, liberando para siempre el poder espiritual del poder temporal, hizo dar el paso más audaz que una nación haya dado nunca en el camino de la verdadera civilización y del progreso moral; esta reforma tuvo por resultado restablecer la dignidad de un clero que había alcanzado un grado inconfesable de corrupción.

Las clases retrógradas perdieron para siempre su supremacía como consecuencia de la aprobación que recibieron, de todos sus miembros, las leyes emanadas del partido progresista, y en 1861, este resultado fue consagrado por el triunfo obtenido en los campos de batalla. Los vencidos apelaron a Napoleón III para entregarle en sus manos una nacionalidad, una independencia, unas instituciones cuya conquista había costado al país medio siglo de combate y el sacrificio completo de su bienestar.

Todo el mundo conoce la actitud imponente de la nación mexicana para rechazar la inicua invasión de la que fue víctima. Su indomable resistencia hizo sombrear el presunto imperio de Maximiliano, después de una serie ininterrumpida de triunfos militares. La ejecución de ese príncipe aventurero, que fue pasado por las armas en virtud misma de las

¹ Fue Hidalgo el primer hombre político en suprimir la esclavitud en América; mediante decreto del 6 de noviembre de 1810, ordenó su abolición inmediata en todo el territorio sometido a su autoridad. Esta abolición fue sancionada por la Constitución de 1824.

leyes que él había establecido,² convirtió definitivamente en un hecho la completa emancipación de México de la tutela de todo gobierno extranjero.

El clero, después de su traición y del sometimiento al cual lo había reducido Maximiliano, una vez separado del Estado y privado, a partir de ese momento, de sus armas materiales, comprendió por fin la importancia de las leyes de reforma y protestando tardíamente, según su costumbre, contra el presunto imperio, suspiró por el régimen que había combatido.

Con la ejecución de Maximiliano, las conquistas y el triunfo del partido progresista quedaron definitivamente asegurados. También puede resumirse en pocas palabras el estado social de México en 1867: Abolición de todos los privilegios; la dirección de los asuntos públicos confiada a un partido abiertamente progresista; separación total o independencia de los poderes temporales y espirituales; supresión de las fundaciones, sustituciones y derecho de mano muerta; nacionalización de los bienes del clero; pacificación general del país; triunfo completo de las instituciones republicanas.

Una vez asegurado el gobierno de la República y establecido de nuevo el inmortal Juárez en la capital, todos los esfuerzos del partido progresista tendieron a un mismo fin, la reconstitución de los elementos nacionales. Entre los asuntos que, preferentemente a otro cualquiera, llamaron la atención del gobierno, se encuentra la reorganización de la instrucción pública. Para proceder a esto, Juárez creó una comisión y designó para presidirla al inteligente ingeniero Francisco Díaz Covarrubias. Díaz Covarrubias declinó este honor y notificó al gobierno que él conocía un hombre bastante más capaz para asumir esa misión: el doctor Barreda. Este, llamado por el presidente de la República, aceptó esta gran tarea, cuya realización iba a ligar para siempre su nombre a la regeneración de su patria.

¿Cuál plan se trazó el Sr. Barreda para cumplir bien su tarea? ¿Cuál filosofía iba a guiarlo en esa difícil empresa? Ese plan era el de Augusto Comte; esa filosofía, el Positivismo.

Antes de apreciar esta gran obra, vamos a examinar cómo el Sr. Barreda había obtenido una síntesis tan elevada, cómo había sido llevado a aceptar las doctrinas de su maestro inmortal, Augusto Comte.

II

DE LA VIDA Y DE LA OBRA DE GABINO BARREDA

I. El señor Gabino Barreda nació el 19 de febrero de 1824 en la ciudad de Puebla, de donde fue llevado, todavía niño, a México. Dotado de un

² Maximiliano, por un decreto de fecha 3 de octubre de 1865, había dado la orden de matar a todos los mexicanos hechos prisioneros. Fue en ejecución de este decreto que Arteaga, Salazar y todos los generales republicanos caídos en su poder fueron fusilados.

espíritu abierto y libre, combinando sorprendentes aptitudes mentales con eminentes cualidades morales y prácticas, el futuro filósofo se entregó, como se podía esperar, a los trabajos intelectuales. Consagró sus primeros años al estudio del Derecho, que terminó totalmente.

Aunque muy avanzado en la carrera jurídica, el Sr. Barreda renunció a los laureles de Papino y de Ulpiano para cosechar los de Hipócrates y Galeno. Siendo todavía alumno de la Escuela de derecho, asistía como aficionado a algunos cursos de la Escuela de medicina; y allí, habiendo sido interrogado muchas veces sobre problemas de difícil solución que él resolvía siempre con una rara destreza, sus profesores lo comprometieron a que siguiera la educación médica, dada la capacidad poco común que demostraba para ese tipo de estudios. Fue en la Escuela de Medicina de México donde el Sr. Barreda se inició en la ciencia espinosa de los Bichat y de los Broussais, sin que de allí haya extraído la abundancia de conocimientos biológicos que necesitaba, pues el carácter especializado que presidía los estudios en esta escuela, así como en todas las otras instituciones del país, no estaba hecho para suministrarle este tipo de enseñanza. Fue en octubre de 1843, después de haber cumplido todas las prescripciones de la ley, cuando el Sr. Barreda se inscribió como estudiante en la Facultad de Medicina de México y siguió los cursos correspondientes desde 1843 hasta 1847, con éxito raro; en los exámenes finales obtuvo siempre las notas más altas y ganó todos los premios; se presentó dos veces al concurso sobre ejercicios prácticos de anatomía y obtuvo cada vez el primer lugar; finalmente, durante los años de 1846 y 1847, el Sr. Gabino Barreda ejerció la función de ayudante-demostrador de anatomía. No le faltaba más que un año para obtener el diploma de doctor cuando, como consecuencia de sucesos infortunados para su país, decidió irse a París (18 de febrero de 1848).

En 1847, nuestro país hubo de sufrir la más inicua y la más injustificable de las agresiones. Los Estados Unidos, aprovechándose de los desórdenes ocasionados en México por las guerras civiles y las rivalidades entre los generales, invadieron nuestro territorio. El Sr. Barreda, desde el comienzo de las hostilidades, se había alistado en el *Batallón Independencia*, en el cual sirvió hasta el día en que, por una aberración funesta, la guardia nacional volvió contra sus hermanos las armas que había levantado contra el extranjero, en el preciso momento en que el suelo natal, pisoteado por la presencia del ejército enemigo, estaba amenazado en su integridad. El Sr. Barreda, afligido por la manera como la guardia nacional profanaba su misión santa, se alistó en el cuerpo médico militar, al cual perteneció hasta el final de la guerra, como cirujano del ejército;³ en calidad de tal, fue asignado a la guarnición de la capital, sin salario, como él mismo lo había pedido. Los servicios que prestó al ejército fueron muy importantes

³ Su comisión es del 11 de junio de 1847.

y le valieron más tarde una condecoración.⁴ Cuando el personal de la Escuela de Medicina se alistó para la defensa de la patria, teniendo en cuenta la experiencia adquirida por el Sr. Barreda en el manejo de las armas, durante su servicio en el *Batallón Independencia*, se le nombró instructor de la compañía, de la cual formaban parte algunos de sus maestros, que se convirtieron entonces en sus alumnos. La abnegación que mostraron resultó inútil⁵ por la impericia del general en jefe, quien, mediante marchas y contramarchas, no supo sino agotar la energía de sus tropas, enfrentándose siempre al grueso del ejército enemigo con la parte más débil de sus fuerzas. Al ser firmada la paz, sin duda desalentado, como la inmensa mayoría de los patriotas, por haber sucumbido sin combatir, nuestro joven héroe partió hacia París, a fin de completar y perfeccionar sus estudios de medicina.

Una vez llegado a la capital francesa, el Sr. Barreda reencontró al Sr. Contreras Elizalde, quien por entonces estaba en relación con Augusto Comte. Este había comenzado, en el Palacio-Cardenal, el 11 de marzo de 1849, el Curso filosófico sobre la historia general de la Humanidad, que reanudó en 1850 y en 1851; el Sr. Contreras Elizalde condujo allí a su compatriota. En qué consistían las enseñanzas del Maestro, va a decirnoslo el Dr. Robinet, su médico: "Se da uno cuenta de cuán difícil es rendir información sobre una enseñanza tan elevada, y dar una idea conveniente de esta exposición en la que el civismo más inquebrantable hacía resaltar con altura una ciencia profunda, una razón invencible, una ardiente sociabilidad. Nos falta la fuerza para evocar el ingenio de estas altas lecciones; hemos estado subyugados por su potencia, sin poder transmitir toda su grandeza. El recuerdo que tenemos de ellas no ha podido borrarse con los años, y todavía hoy, a cuarenta años de distancia, nos conmueve profundamente, en el alma, el acordarnos de esta palabra venerable, algunas veces severa e incluso terrible, siempre grave y magnánima. Sí, en esas horas excepcionales en que se anunciaban tan grandes destinos, nosotros sentimos el aliento de la Humanidad, entrevimos su grandeza, la reconocimos y el santo entusiasmo de la fe demostrada se iluminó para siempre en nuestros corazones!"⁶

No sabría decir, porque no tengo al respecto ninguna información, si el Sr. Barreda tuvo relaciones personales con Augusto Comte o si se limitó a asistir, como simple oyente, a las lecciones del fundador de la religión de la Humanidad. Lo que sí es cierto es que el Sr. Barreda, pese a sus facultades eminentes, no tenía todavía la preparación necesaria para comprender a Augusto Comte; las ideas de las que le había imbuido su

⁴ El 4 de abril de 1878, el ministro de guerra confirió al Sr. Barreda la medalla conmemorativa de la guerra norteamericana.

⁵ Como resultado de esta guerra inicua, los Estados Unidos se anexaron Texas, Alta California, el territorio indio, Arizona, Colorado, es decir, la mitad de nuestro dominio nacional. (Tratado de Guadalupe, 2 de febrero de 1848).

⁶ *Reseña sobre la obra y la vida de Augusto Comte*, por el Dr. Robinet, 3a. edición, 1891, pág. 242.

educación metafísica, combinadas con la insuficiencia de sus estudios científicos, le impidieron entonces adherirse al Positivismo. Pero, a pesar de esta falta de preparación y al mismo tiempo asombrándose de las ideas de Augusto Comte, las que hasta entonces le eran desconocidas, el Sr. Barrera fue atraído por el vasto fondo de moralidad que esta exposición le hizo descubrir en la nueva religión. Quedó deslumbrado después de haber oído las predicaciones del Palacio-Cardenal, y el interés que despertó en él la nueva doctrina fue tal, que antes de regresar a México, adquirió en París todos los escritos de Augusto Comte y un gran número de obras que figuran en la *Biblioteca positivista*. Más adelante, él se dedicó a completar esta colección y a procurarse las obras publicadas, hasta 1857, por Augusto Comte.

II. ¿Qué objetivo iba a dar a su vida el Sr. Gabino Barrera, de regreso a su patria? Después de haber obtenido, en 1851, su diploma de doctor en la Escuela de Medicina de México, ejerció la medicina, a la cual se consagró hasta 1867, con la abnegación y la asiduidad que un verdadero altruismo inspiran. Pero, sin descuidar en nada el ejercicio de la profesión que había decidido escoger, el Sr. Barrera se propuso propagar el Positivismo, después de habérselo incorporado y de haber rehecho, bajo su luz, toda íntegra su educación mental: dura y noble tarea a la cual consagró diez años de su vida. Es esta regeneración la que vamos a esbozar, siguiendo la marcha gradual y ascendente de una preparación que debía desembocar en resultados tan preciosos, para su patria y para la Humanidad.

El Sr. Barrera se entregó en cuerpo y alma a rehacer su educación bajo la inspiración de Augusto Comte. Su vida puede ser presentada en ejemplo a sus discípulos, como un modelo de constancia, aplicación y sabiduría. Comenzó su iniciación, primero, por el estudio de las matemáticas, en las cuales sobresalió, como lo indicaremos más adelante; prosiguiendo esta iniciación en conformidad con la jerarquía de las ciencias, la terminó por la moral. El se dedicó a asimilar el Positivismo mediante el estudio y la meditación de las obras combinadas de Augusto Comte y de los autores de la *Biblioteca Positivista*, asociando a ello la cultura moral, mediante la lectura de los grandes poetas, que llegaron a serle familiares. "Si alguna dificultad existe para procurarse inmediatamente la colección completa, ha dicho el Sr. Frédéric Harrison, al hablar de la *Biblioteca Positivista*, la dificultad más seria consistirá siempre, no en encontrar los libros, sino en leerlos y en digerirlos". El Sr. Barrera había superado esta dificultad, gracias a su poderosa inteligencia, gracias a la disciplina severa bajo la cual elevó su espíritu, que jamás ocupó en lecturas desordenadas. También, y de acuerdo con las pruebas incuestionables que él dio en muchísimas circunstancias, se puede decir que el Sr. Barrera había asimilado de manera completa las obras de la *Biblioteca Positivista*, así como las de Augusto Comte.

Habiendo abierto, la Escuela de Medicina, un concurso para la nominación a una cátedra de Física, el Sr. Barrera se presentó entre el número de candidatos. Sus demostraciones fueron tales, que no solamente dejó al jurado completamente satisfecho, sino que, además, provocó la admiración de todos los asistentes capaces de comprenderlo. No hay necesidad de agregar que la cátedra le fue adjudicada por unanimidad y que el gobierno se apresuró a ratificar la decisión del jurado.⁷

En 1855, el Sr. Barrera fue nombrado para la cátedra de Historia natural de la misma Escuela, la cual ocupó hasta 1868. Aprovechando los temas tratados en clase y los desarrollos que le suministraban las explicaciones orales con las que él acompañaba todas las clases, el Sr. Barrera difundió poco a poco en sus enseñanzas las nociones esenciales del Positivismo, es decir, su método y sus principios fundamentales. Esta propaganda del espíritu positivo, que iba a producir un menoscabo tan importante a la preponderancia del espíritu teológico y del espíritu metafísico, que por entonces se disputaban la dirección de la juventud, fue llevada a cabo por el Sr. Barrera con una facilidad tanto más grande cuanto que él no condenaba el pasado, sino que trataba de justificarlo, como buen positivista que era, haciendo resaltar la eficacia del método histórico aplicado a todas las investigaciones científicas. Sin embargo, no se formó sino un pequeño número de positivistas, entre los cuales el más eminente fue el Dr. Adrián Segura, pues de los alumnos de la clase de Historia natural, pocos respondieron, en razón, seguramente, del carácter puramente concreto de la enseñanza que allí se impartía y de la pereza que casi la totalidad de los alumnos debían tener para rehacer su educación, debido a que carecían de la preparación científica conveniente para iniciarse en el Positivismo.

El Sr. Barrera llegó a ser uno de los miembros más eminentes de la Academia de Medicina de México. Cuando se reorganizó esta Academia, el joven doctor recién llegado de Europa fue electo secretario, el 30 de noviembre de 1851; él se convirtió en el alma de esta asociación. Como rector de los anales de la Academia, desplegó todas sus cualidades para hacer de este órgano un medio de comunicación tan interesante como variado. De 1856 a 1858 cumplió de nuevo las funciones de secretario de la Academia, de la cual se convirtió en vicepresidente en 1871. Numerosos trabajos muy notables del Sr. Barrera sobre diferentes tópicos de la medicina, fueron publicados entre 1851 y 1858. Cuando se discutió, por primera vez en México, la cuestión del uso del cloroformo como anestésico, el Sr. Barrera destacó la gran importancia de este hecho y predijo los inmensos servicios que este producto iría a prestar a la Humanidad enferma. Fue también él, el primero en hacer conocer en México ciertas sustancias vermífugas y otros agentes terapéuticos.

⁷ El concurso tuvo lugar el 16 de abril de 1854; la nominación es del 21 del mismo mes.

En un opúsculo de 1861, titulado: *La Homeopatía o juicio crítico sobre este nuevo sistema*, el Sr. Barreda aplicó el método positivo de manera completa y eficaz. Por esta época, apenas si había dos o tres personas que, por supuesto, fuera del filósofo y del Sr. Contreras Elizalde, conocieran en México el Positivismo. Este escrito, notable por la amplitud de miras y la originalidad de las concepciones, comenzó a hacer del Sr. Barreda punto de atención. Muchas sociedades de medicina se honraron en nombrarlo como uno de sus miembros, y casi todas nuestras sociedades científicas lo llamaron a formar parte de ellas.

El Sr. Barreda publicó, en 1863, un pequeño estudio, reeditado varias veces desde entonces, sobre la *Educación moral*, que con razón llamó la atención pública, y en la que se halla una exposición sucinta, pero completa, de los fundamentos de la moral positiva. Este estudio es, de pies a cabeza, la obra de un positivista de la escuela de Augusto Comte.

De 1863 a 1867, es decir, durante la guerra de intervención, el Sr. Barreda, instalado en Guanajuato, continuó ejerciendo la medicina, siempre leyendo y meditando a Augusto Comte, completando su educación científica y filosófica. En este período, no publicó sino dos pequeños artículos relativos a una epidemia; como todos sus otros trabajos, ellos son notables por la precisión y el rigor del método. Durante este tiempo, tuvo bastantes éxitos en su práctica médica; y esto no podía ser de otra manera, pues el Sr. Barreda no era el practicante empírico y rutinario que se limita a ejecutar ciegamente lo que se le ha enseñado, sino justamente el sabio que, lleno de iniciativa, se esfuerza en hacer avanzar la teoría y la práctica de su arte bienhechor. En una época en que los médicos europeos todavía ni soñaban en hacerlo, el Sr. Barreda ponía ya en práctica entre sus clientes el precepto justificado de la alimentación de *febricitants*. Se podrían citar un montón de otros éxitos para corroborar la opinión según la cual el investigador provisto de una buena teoría es superior a cualquier otro.

El Dr. Barreda era ya conocido por sus aptitudes científicas y sus ideas altamente progresistas. Lo que prueba su notoriedad son las numerosas tentativas que hizo el susodicho imperio de Maximiliano para atraerlo a su causa. Podemos citar, entre otros, una nominación de miembro de la comisión científica de México, acompañada de una nota elogiosa, firmada por Víctor Duruy, ministro de la instrucción pública de Francia, y fechada en 1864. Pero el Sr. Barreda jamás traicionó a su patria; siempre rechazó con indignación las proposiciones de los invasores.

III. El 16 de septiembre de 1867, aniversario de la proclamación de la independencia mexicana, el Sr. Barreda pronunció en Guanajuato una Oración cívica que hasta ahora no ha sido jamás superada, ni siquiera igualada, en la cual, por una aplicación de la doctrina de Augusto Comte que en absoluto había sido hecha hasta entonces, presentó de la manera más completa posible, la teoría sociológica de México. Ese discurso encierra

todo un programa político netamente científico; por primera vez el método positivista era aplicado con éxito al examen de problemas relacionados con nuestro estado social. No es temerario afirmar que la lectura del discurso del Dr. Barreda decidió al presidente Juárez a llamarlo a su lado en calidad de colaborador. El hecho es que, poco tiempo después, el Sr. Barreda se instaló en México para allí trabajar con pleno éxito en la reorganización de la instrucción pública.

El Sr. Barreda fue encargado de la altísima función de dirigir la Escuela nacional preparatoria, creada en esa época, y fue designado para ocupar la cátedra más importante; la de lógica. En la misma época fue nombrado profesor de Patología general en la Escuela de Medicina, función que él llenó con una habilidad sobresaliente hasta cuando una lamentable disposición gubernamental le obligó a dejar esa enseñanza, que permitía a los estudiantes de medicina, que ya habían seguido los cursos de la Escuela preparatoria, perfeccionar sus conocimientos filosóficos. El hizo entonces, en un local de esta Escuela, un curso libre de Biología, que tuvo lugar los domingos durante los años 1872, 1873, 1874 y 1875; el público de México que asistió a sus luminosas lecciones no las ha olvidado todavía.

Al mismo tiempo que dirigía la Escuela que había fundado, el Sr. Barreda propagaba por escrito las ideas positivas. Fue durante los diez años de su dirección, pese a que ella le dejaba apenas tiempo libre, cuando escribió la mayor parte de los trabajos que analizaré rápidamente. El más importante y el más trascendente de todos es sin discusión ninguna su *Examen del Cálculo infinitesimal desde el punto de vista lógico o Exposición de los verdaderos fundamentos del cálculo de Leibniz, comparados a los de otras formas de cálculo trascendente*. El Sr. Barreda, que conocía todas las ciencias positivas y meditaba, ora sobre la una, ora sobre la otra, se preguntaba siempre sobre los fundamentos filosóficos del cálculo infinitesimal. Nada de lo que se había escrito hasta entonces le parecía satisfactorio; comenzó investigaciones por su propia cuenta. Con la acostumbrada superioridad de su método, llegó a comprender que si la solución no había sido hasta entonces encontrada, era porque se buscaba donde ella no existía; que aunque la Matemática sea deductiva en sus procedimientos, sus fundamentos son inductivos; que sus nociones elementales y sus axiomas no son sino vastas generalizaciones de la experiencia y que por consiguiente, es a lógica inductiva, no a la deductiva, a la que se debe pedir la justificación del cálculo infinitesimal. En ese bello trabajo, no se sabe qué se debe admirar más, si su completa exactitud o su extrema simplicidad.

La apreciación hecha por el Sr. Barreda acerca de los progresos de la astronomía física, o más bien, acerca de la física astronómica, desde el punto de vista positivo; su examen de la hipótesis de Darwin; su defensa de la clasificación de las ciencias de Augusto Comte, seguida de una crí-

tica de la de Herbert Spencer, son obras maestras en las cuales una dialéctica vigorosa se une a un conocimiento profundo del tema.

Sus otros trabajos: sus discursos, particularmente el que pronunció en honor al barón de Humboldt; sus estudios filosóficos sobre la física y la química; sus informes, denotan, para quien los ha leído, que el autor es un fiel discípulo de Augusto Comte.

En el mes de abril de 1878, el Sr. Barreda fue nombrado ministro-residente de México ante la corte alemana. Durante su estadía en Berlín, el Sr. Barreda fue designado para asistir como delegado de su gobierno al Congreso penitenciario internacional, reunido en Estocolmo el 20 de agosto de 1878, de cuyos resultados presentó un informe brillante. Fue en esta época cuando ganó un premio en Alemania⁸ por haber indicado la manera de practicar una difícil operación quirúrgica.

Si el Sr. Barreda fue, por así decirlo, apartado de su obra maestra a causa de esta función diplomática que él desempeñó hasta 1880, gracias a esta circunstancia tuvo la profunda satisfacción de volver a ver París y de entrar en relación con la Sociedad positivista y en particular con nuestro venerable y muy apreciado director, el Sr. Pierre Laffitte.

De regreso a su patria, el Sr. Barreda, que había vuelto popular la base científica de la nueva fe, comenzó a propagar la religión de la Humanidad por medio de una serie de conferencias destinadas sobre todo a mujeres, cuando una terrible enfermedad del aparato digestivo vino a quitarle la vida, hace hoy diecisiete años.

Las obras que hemos señalado bastarían para hacernos muy estimado el nombre del Sr. Barreda; pero lo que sobre todo debe inmortalizarlo, es la fundación que él llevó a cabo de la Escuela nacional preparatoria; es su apostolado positivista.

III

FUNDACION DE LA ESCUELA NACIONAL PREPARATORIA

I. Cuando el presidente de la república, Benito Juárez, llamó a nuestro sabio filósofo para colaborar en la reorganización de México, cedió a influencias entre las cuales vale la pena mencionar dos, me refiero a las relaciones del Sr. Barreda con el Sr. Contreras Elizalde y a su matrimonio con la Srta. Díaz Covarrubias.

El Sr. Contreras Elizalde ha prestado grandes servicios al Positivismo. Desde el principio, se adhirió públicamente a la nueva fe, de la que él fue el primer discípulo mexicano, pues, aunque español de origen, el Sr. Contreras consideró siempre México como a su patria. Fue él quien,

⁸ *La Escuela de Medicina* de México, N° del 1° de febrero de 1883.

habiendo entablado relación con el Sr. Barreda, lo condujo a escuchar el curso que el insigne renovador dictaba en el Palacio-Cardenal; fue él, en fin, quien, por su valor moral eminente, hizo nacer en el presidente Juárez una profunda estima por los discípulos de Augusto Comte. Debido a los servicios que prestó, es necesario resumir aquí la vida de uno de los apóstoles de mayor simpatía con que ha contado en sus inicios la doctrina renovadora.

Su padre, apasionado realista, había combatido junto con el ejército español en contra de los patriotas de Venezuela; cuando fue asegurada la libertad de este país gracias a Bolívar, emigró a México, en donde contrajo matrimonio; al conquistar este país, a su vez, la independencia, bajo el imperio de sus ideas monárquicas, regresó a Cádiz, su ciudad natal. Fue en la isla vecina de León donde nació, en 1823 o 1824, Pedro Contreras Elizalde. Su madre, al quedar viuda, regresó a México, a la provincia de Yucatán, de donde era originaria. El joven Contreras, que ya había comenzado sus estudios de medicina, los continuó primero en Cádiz y luego, hacia 1845, en París, en la Facultad de Medicina, en donde siguió los cursos de los doctores Robin y Segond, ambos discípulos de Augusto Comte. Sin duda es a estos contactos a los que debe el haberse puesto en relación con el gran filósofo. El Sr. Contreras llegó a ser miembro de la Sociedad positivista, fundada en este mismo apartamento, hace cincuenta años, el 8 de marzo de 1848; y cuando se llevó a cabo la fundación del Subsidio positivista, ocho meses más tarde, figuró como el primero y por entonces, el único suscriptor occidental en el presupuesto filosófico.⁹

Un español, el Sr. J. S. Florez, quien había sido llevado al Positivismo por el Sr. Contreras Elizalde,¹⁰ y fue fundador de una hoja periódica, *El Eco Hispano-Americano*, contrató a Contreras Elizalde como a su agente, al verse éste obligado a abandonar sus estudios por reveses de fortuna, y en calidad de tal recorrió Venezuela y México. Después de un último viaje a París en 1855, el Sr. Contreras retornó a su patria adoptiva, que nunca más habría de dejar. A fines de ese mismo año, conoció al futuro presidente de la república, Juárez, a cuya política se asoció desde entonces. A principios del año siguiente, habiendo sido elegido diputado al Congreso Constituyente por el Estado de Yucatán, contribuyó con éxito en la aprobación y ratificación del decreto relativo a la supresión de los bienes de las corporaciones civiles y religiosas, y firmó la Constitución general de la República, del 5 de febrero de 1857. Acompañó a Juárez durante la guerra de intervención, de 1863 a 1867, desde su salida de México hasta su regreso a la capital. El Sr. Contreras Elizalde, quien después del triunfo del partido progresista había sido, de 1861 a 1863, jefe de la sección de la Instrucción Pública en el Ministerio correspondiente,

⁹ El Sr. Contreras, *estudiante de medicina*, forma parte del número de doce firmantes de la circular inicial, del 12 de noviembre de 1848, que instituyó el *Subsidio positivista*. Aparece inscrito en la primera lista de suscripción por 80 francos.

¹⁰ Este hecho se extrae de la correspondencia del Sr. Florez con el Sr. Contreras.

ocupó de nuevo este cargo, para regocijo general, desde el 25 de julio de 1867 hasta su muerte, acaecida el 30 de marzo de 1875. Este apóstol ferviente de las ideas positivistas, había contraído matrimonio, en 1867, con una de las hijas del hombre de Estado de quien había sido el colaborador inquebrantable. La permanente intimidad en la que había vivido con él el presidente Juárez, la alta estima que éste le había manifestado, fueron sin duda elementos de peso en la escogencia que del Dr. Barreda hizo entonces el gobierno. Uno se explica mejor por estos detalles por qué Benito Juárez, que había comprendido el alcance de la gran doctrina renovadora, se interesa en quien fuera su digno y eminente intérprete, y en quien encontró hasta el fin un apoyo firme, constante y abnegado. Fue en brazos del Dr. Barreda, convertido en su médico, como murió, el 18 de julio de 1872, el restaurador de la República mexicana.

Una segunda influencia favorable contribuyó a acrecentar, junto con la conversión al Positivismo del Sr. Contreras Elizalde y su relación con el presidente Juárez, el ascendiente que ejercía el Dr. Barreda; me refiero a su alianza con la familia Díaz Covarrubias.

El 3 de mayo de 1862, tuvo el Dr. Barreda la satisfacción de unir su destino al de la elegida de su corazón, la señorita Adela Díaz Covarrubias, joven tan bella de alma como de cuerpo, dotada de cualidades morales y mentales superiores. De su matrimonio nacieron cuatro hijos, entre los cuales una niña; su primogénito es, como su padre, un positivista completo. La escogencia afortunada que, al casarse, hizo el Sr. Barreda, contribuyó grandemente a la constancia que puso en la lucha emprendida a favor de la difusión del Positivismo, pues la felicidad no abandonó nunca su hogar y él encontró siempre allí la calma necesaria para proseguir sus cimeras meditaciones filosóficas.

El Sr. Barreda pertenece a una familia de espíritus distinguidos, que cuenta, entre sus miembros, con Juan Díaz Covarrubias, graduado médico bastante joven y quien es conocido en México bajo el nombre de "poeta mártir", por haber sido cobardemente asesinado por el partido retrógrado. Tuvo además el Sr. Barreda dos hermanos políticos, José y Francisco, de cuya conversión al Positivismo el país obtuvo ventajas considerables, por los trabajos que publicaron y por la poderosa ayuda que prestaron a su cuñado en su actividad de propaganda.

El Sr. José Díaz Covarrubias publicó, en 1875, sobre *la Instrucción pública en México*, una obra importante, precedida por un largo prefacio, donde se exponen magistralmente las ideas de Comte sobre la educación. En el Ministerio de la Instrucción Pública, que dirigió por cuatro años, fue el único en haber defendido abiertamente el Positivismo y en haberse declarado a su favor. La desolación que en él produjo la muerte del Sr. Barreda, contribuyó en gran medida a su muerte prematura.

Su hermano, el Sr. Francisco Díaz Covarrubias, también fue un adepto de Augusto Comte.¹¹ Este famoso astrónomo mexicano, matemático y muy distinguido profesor, es el autor de un tratado verdaderamente notable sobre el *Cálculo infinitesimal*, en el cual han servido de inspiración las miras de Augusto Comte, que él difundió en sus diversas obras científicas; su *Viaje al Japón*, a donde había sido enviado en 1844, en compañía del Sr. Leal, para hacer observaciones astronómicas, coronadas de pleno éxito, tiene páginas que ponen al descubierto a un escritor que ha bien asimilado la obra de Augusto Comte. A él acudió el gobierno, en 1867, a fin de que colaborase en la obra de pacificación de México, presidiendo la comisión encargada de reorganizar la instrucción pública; pero, como dijimos, él declinó este honor proponiendo al Dr. Barreda, que Juárez tuvo el mérito de aceptar como el único hombre capaz de coordinar todos los esfuerzos y de hacer salir adelante la reforma proyectada.

II. Henos aquí vueltos al año de 1867 año dos veces memorable, tanto en la historia política de México, puesto que en ese año se llevó a cabo la restauración de la República, como en la evolución del Positivismo, puesto que este año culminó con la fundación de la Escuela nacional preparatoria.

Juárez, con la clarividencia que caracteriza a los grandes hombres de Estado, no solamente soñó en el futuro de la nación, sino que supo escoger a los hombres más capaces para lograrlo. Al mismo tiempo que recurría a un hombre dotado de talentos prácticos, para dirigir el Ministerio de la instrucción pública, el Sr. Antonio Martínez de Castro, nombró una comisión encargada de redactar un plan de reorganización de la educación. Esta comisión estuvo integrada por el Dr. Barreda, por Contreras Elizalde, por el Dr. Ignacio Alvarado, por el ingeniero Francisco Díaz Covarrubias y por el abogado Eulalio M. Ortega. Salvo este último, cuyas opiniones eran abiertamente católicas, todos los otros eran discípulos de Augusto Comte: los señores Barreda, Contreras, Díaz Covarrubias y el Dr. Ignacio Alvarado, el único que vive todavía y quien, llevado al Positivismo por el Dr. Barreda, continuó siendo un adherente entusiasta de la doctrina.

El Sr. Barreda fue el alma de esta comisión. Con su habitual sagacidad, resolvió magistralmente el problema, estableciendo, como fundamento de la regeneración gradual de las instituciones, la reorganización previa de las opiniones y de las costumbres. El Sr. Barreda, en su calidad de positivista de la escuela de Augusto Comte, sabía bastante bien que el Positivismo es una coordinación científica caracterizada por la creación y el predominio de la sociología y de la moral; el Sr. Barreda sabía admirablemente que, siendo el hombre el elemento de toda sociedad, el desarrollo de ésta exige

¹¹ El Sr. Francisco Díaz Covarrubias murió el 19 de mayo de 1889, en París, donde vivía en calidad de Cónsul General de México; fue enterrado en el Père Lachaise (6a. división).

del individuo un perfeccionamiento correspondiente, sin el cual la sociedad tendría una existencia contradictoria y se disolvería necesariamente; el Sr. Barreda sabía todo esto a la perfección; he aquí por qué escogió como texto para su enseñanza pública un libro que trata ampliamente sobre la sociología; he aquí por qué juzgó que la moral positiva, coronamiento supremo de la evolución científica, era indispensable para el estudio del hombre, considerado, no como animal, que es en este sentido del dominio de la biología, sino como un elemento de la sociedad, desarrollado a través de ella y a causa de ella. Enseñar el conjunto de las ciencias positivas, perfeccionar gradualmente esta enseñanza, caracterizarlo mediante la introducción sabia y progresiva del culto de los grandes hombres y de las grandes instituciones sociales, es ésta la obra gloriosa de nuestro coloso, Gabino Barreda.

Yo no evoco aquí este destino sino para hacer ver que el Sr. Barreda fijaba sus miradas en la posteridad y daba a esta cuestión toda la extensión que ella implica, poniéndola en estrecha relación con nuestro estado social anterior, para mejorar el presente teniendo como perspectiva el futuro.

La actividad de la comisión se centró primero en la enseñanza primaria, que fue reorganizada sobre bases estrictamente científicas. La instrucción profesional ganó mucho con esta reorganización, pues el punto de vista francamente positivo presidió en el orden y en la distribución de todos los estudios. Sin embargo, lo que constituyó la obra maestra de esta comisión, y la clave de su delicada construcción, fue la creación de una *Escuela nacional* llamada *preparatoria*, en la cual todos los estudiantes debían permanecer durante cinco años antes de poder pasar a una cualquiera de las diversas escuelas especiales. Los estudios, por su entera gratuidad, debían conservarse accesibles a todas las clases sociales, y un bien dotado sistema de exámenes finales no debía permitir el paso a las clases superiores sino a aquellos alumnos que hubiesen justificado poseer los conocimientos requeridos. Esta obra fue hecha, en su totalidad, gracias al Sr. Barreda, y su realización marca un período destacado en la historia del desarrollo mental de México.

La idea fecunda del Dr. Barreda fue la de separar el elemento científico del elemento práctico, de constituir una escuela en donde se enseñaran las diversas teorías científicas en lo que ellas tienen de general, a fin de que los alumnos pudiesen luego entrar a las escuelas profesionales y seguir con aprovechamiento los estudios especiales. El Sr. Barreda, con su acostumbrada perspicacia, recurrió al Positivismo para resolver el problema que se había planteado; pues el Positivismo, que es la expresión completa y sistemática de la evolución secular efectuada por la Humanidad, era el único que podía sustentar, sobre la base real e inquebrantable de la ciencia, un sistema universal de enseñanza que conviniera a todas las clases de la sociedad y a los dos sexos; sistema caracterizado por la coordinación general de todas las verdades abstractas, que engloba todo lo que hay de

real; desde la matemática hasta la moral, todo cuanto importa a cada uno conocer, sobre el mundo, sobre la sociedad y sobre el hombre.

Una idea prevaleció en el espíritu del Sr. Barreda, la de desarrollar la inteligencia de los alumnos, e hizo todo cuanto estuvo a su alcance para llegar a tal fin. No solamente propuso una enseñanza completamente general, sin objetivo práctico, sin aplicación inmediata, sino que sometió la exposición de las ciencias a un orden jerárquico riguroso, en conformidad con su advenimiento histórico, en conformidad con su dependencia y su subordinación reales; así, los alumnos deben estudiar en primer lugar la matemática, hasta e inclusive el cálculo infinitesimal y la mecánica racional, antes de abordar el estudio de las nociones astronómicas, al cual siguen gradualmente la física, la química, la biología y el estudio de las sociedades. Este plan fue adoptado y aplicado a la enseñanza de los dos sexos.

Así, por primera vez en el mundo, se encontró realizada, en México, la aspiración constante de Augusto Comte: la creación de un establecimiento público y gratuito en el cual se enseñara, siguiendo el orden, que tan rigurosamente él estableció, de complicación creciente y de generalidad decreciente, todas las leyes de los fenómenos, tanto del mundo exterior como del hombre, considerado desde el triple punto de vista biológico, sociológico y moral.

El Sr. Barreda introdujo en su plan de educación la lógica. Después de la importante reforma realizada por Bacon, que había dado un impulso tan vigoroso a la observación y a la experimentación, el método deductivo había caído en desuso, y Aristóteles, este príncipe eterno de los verdaderos pensadores, fue mirado con desdén. Al Positivismo le toca la gloria de haber rehabilitado la deducción, de haber demostrado que el método científico resulta de la unión, de la combinación de la forma inductiva y de la forma deductiva del razonamiento. Augusto Comte, y después de él, Stuart Mill, han tenido este mérito, entre otros, de haber presentado la deducción y la inducción como colaboradoras, no como rivales, como complementarias, no como contradictorias.

Es al venerable Sr. Barreda a quien nosotros debemos el servicio importante de haber establecido un plan de estudios en el cual la lógica tiene una preponderancia que antes nadie había todavía soñado en acordarle. Con su buen sentido habitual, sostuvo que es razonable sobre cuestiones reales como se aprende a razonar; y para alcanzar este objetivo, instituyó un curso completo de lógica, de método, primero práctico, después teórico. Para realizar su vasto programa, se prescribió que todos los alumnos harían los mismos estudios, y que dichos estudios serían organizados de manera tal que cada uno de ellos estuviera en medida de ver concretamente, con estos estudios, las mejores aplicaciones de las diversas operaciones lógicas, partiendo de las más simples, como la deducción, que se aprendía prácticamente al estudiar la matemática, y terminando por las más complejas, como la clasificación, cuyo aprendizaje se hacía estudiando la botánica y la zoología. De esta manera, y por medio de ejercicios graduales y

progresivos, se abarcaba el estudio práctico, parcial, sucesivo y concreto de la lógica. Quedaba todavía por hacer su estudio teórico, general, simultáneo y abstracto. A primera vista, parece que el Sr. Barreda se separaba aquí de las ideas de Augusto Comte, al establecer una clase de lógica abstracta; pero si se tiene en cuenta que en México no existía verdadera enseñanza filosófica, que estaba para ser instituida; que la exposición del método no formaba en absoluto, por ningún lado, parte del curso de estudios, se comprenderá fácilmente la necesidad capital, a fin de no cometer una falta grave, de mantener la unidad del plan, completando el curso de lógica concreta y puramente científica con y mediante una exposición no menos puramente científica de lógica abstracta, que viniera a coronar el sistema. Para asegurar el destino de esta creación capital, el ejecutivo de la Unión instituyó una cátedra de Lógica, y llamó para asumirla, a la única persona capaz de ocuparla, y que la ocupó, en efecto, con la aprobación general y con éxito sin ejemplo, esto es, el honorable y distinguido Barreda. El supo, con su perspicacia y su sagacidad acostumbradas, llamar la atención de los alumnos sobre los diversos aspectos del método que, en cada una de las siete ciencias abstractas, se emplea en la búsqueda de la verdad. El Sr. Barreda escogió como texto de su curso el tratado de Stuart Mill, el único que llenaba entonces la condición necesaria de abarcar la exposición abstracta y completa de todos los métodos lógicos.¹²

El Sr. Barreda fue nombrado director de la Escuela preparatoria, como el más apto para vealr sobre la ejecución de la obra que él había concebido y hecho adoptar. Cumplió sus funciones como director desde el 1º de febrero de 1868, día de su fundación, hasta el mes de abril de 1878, fecha de su nombramiento en Berlín. Esta dirección absorbía una gran parte de su tiempo, pues tenía el ojo sobre todas las clases; él se imponía como un deber el de discutir con todos los profesores sobre la mejor manera de dar sus lecciones, y de responder a todas las necesidades de los alumnos. Todas las ciencias que se enseñaban en la Escuela preparatoria habían llegado a serle familiares; de este modo los profesores se obligaban a desempeñar bien su función, puesto que su superior estaba capacitado para juzgarlos. En su época, casi todos los profesores de la Escuela preparatoria leían o estudiaban el *Curso de Filosofía positiva*, con el objeto de lograr una buena base para la enseñanza y un conocimiento claro de la meta de dicha escuela. El Sr. Barreda propuso el *Tratado filosófico de astronomía popular* de

¹² He aquí el juicio formulado por Augusto Comte sobre este tratado: "Sobre esta apreciación general acerca del espíritu y de la marcha propias al método positivo, se puede estudiar, con mucho fruto, la preciosa obra titulada: *A system of logic, ratiocinative and inductive*, recientemente publicado en Londres (1843) por mi eminente amigo, el Sr. John Stuart Mill, de esta manera asociado plenamente de ahora en adelante a la fundación directa de la nueva filosofía. Los siete últimos capítulos del primer tomo contienen una admirable exposición dogmática, tan profunda como luminosa, sobre la lógica inductiva, que no podrá nunca, me atrevo a asegurarlo, ser mejor concebida ni estar mejor caracterizada permaneciendo en el punto de vista en el cual el autor se ha colocado. *Discours sur l'esprit positif*, 2a. ed., París, 1893, en la sede de la *Sociedad positivista*."

Augusto Comte, para la enseñanza de esta ciencia; esta obra fue aceptada. El Sr. Barreda se encargó incluso de hacer de ella una traducción que sus numerosas ocupaciones como director le impidieron, creemos nosotros, terminar.

Al mismo tiempo que el ilustre fundador de la Escuela preparatoria formaba así al profesorado mexicano, obtenía, muy rápido, los más felices resultados desde el punto de vista de la disciplina moral e intelectual de los alumnos encomendados a su cuidado. "Muy pocos establecimientos, ha dicho uno de ellos,¹³ han sido el teatro de más confusión que la Escuela preparatoria el primer año de su fundación; bien pocos han estado mejor ordenados que ella tres años más tarde. La juventud, inquieta, turtulenta, sediciosa, desorientada por el cruel espectáculo de las batallas, encontró allí el puerto seguro después de la tempestad; ella había entrado a la Escuela como un torrente devastador, que, prontamente canalizado, se transformó en un manantial límpido, de corrientes apacibles, cuyas aguas fecundantes estaban destinadas a esparcirse un día sobre el territorio asolado de la República. Un resultado tan afortunado se debe a la superioridad indiscutible del eminente director de la Escuela, superioridad en todos los géneros, de carácter, de inteligencia, de moralidad, de saber; se le debe al jefe insigne de esta juventud indisciplinada, que supo despertar en ella el estímulo moral, el amor a la ciencia, la atracción por las nobles recompensas, el horror a las censuras merecidas; se le debe a Barreda, quien, gracias a su profundo conocimiento del corazón humano, a su notable sagacidad, a su palabra sugestiva, a su gravedad benevolente, gracias a mil otras cualidades que nosotros, Preparatorianos de ese tiempo, recordamos con una honda emoción, supo hacerse respetar hasta tal punto que los alumnos más incorregibles, los que se vanagloriaban de no temer a ningún castigo, habían llegado a no tener más que un temor, el de disgustar a un maestro tan respetado como apreciado. Los amotinamientos, los pronunciamientos, la insubordinación, las locas perversidades, cedieron poco a poco la plaza al hábito del estudio, al gusto por las controversias científicas, al espíritu de colaboración y de benevolencia, a los nobles propósitos de fundar publicaciones y sociedades consagradas a los objetos literarios, científicos o filantrópicos".

III. Además de los cuidados que dispensaba a la Escuela preparatoria, como profesor y como director, el Sr. Barreda tenía muchas gestiones que hacer, orales y escritas, para agrupar a los partidarios de la obra, para rechazar los ataques o disipar las calumnias a las que estaban expuestos la Preparatoria y el Positivismo, siendo aquélla la emanación directa de este último.

¹³ Porfirio Parra. Nota sobre el Dr. Gabino Barreda (*Revista de Chihuahua*, mayo de 1896).

Al principio, el Sr. Barreda se encontró con un conjunto de condiciones favorables. Tenía la alta estima y el apoyo del presidente Juárez y de su ministro de la instrucción pública, el Sr. Martínez de Castro; éstos, en las nominaciones que refrendaron, hacen el elogio de las grandes cualidades del ilustre introductor del Positivismo en México. Además, el Sr. Barreda, que había sido elegido en 1868 a la Cámara de Diputados, llenó allí las funciones de presidente de la Comisión de la instrucción pública. Así pues, él estaba al principio, más que lo que estuvo luego, en condiciones de sostener y de defender la Escuela que había creado. Pero, después de la muerte del presidente Juárez, en 1872, y del Sr. Contreras Elizalde, en 1875, el Sr. Barreda se encontró casi siempre solo, no teniendo, para resistir a los ataques, sino un apoyo oficial bien limitado, tanto en la Cámara de Diputados y en el Senado, como en el poder ejecutivo. Sin embargo, sostenido por su elevada moralidad y por su poderosa inteligencia, el Sr. Barreda, en la mayoría de los casos, obtuvo la victoria.

Entre las apoloías que el Sr. Barreda escribió para ganar a su causa a los mejores servidores de la República, señalaré, como modelo, la carta que él envió, el 10 de octubre de 1870, al gobernador del Estado de México, el Sr. Mariano Riva Palacio, quien cumplía su función con mucha sabiduría, marchando por la vía del verdadero progreso. Dicha carta tiene por objeto hacer conocer a este ilustre funcionario el sistema de enseñanza implantado en México por el Sr. Barreda. El autor señala allí, como el más protuberante entre los males que causaban tantos estragos en la sociedad mexicana, el desacuerdo práctico que se manifestó bajo su forma más desastrosa y alarmante, a través de las guerras civiles, a través de las revoluciones funestas que han inundado el país con sangre mexicana, que han agotado las fuentes de su riqueza, paralizado el comercio, obstaculizado la industria, y que, finalmente, han sido causa de que los extranjeros, en lugar de contribuir a nuestra prosperidad, nos han humillado y empobrecido organizando, ora invasiones injustas, ora intervenciones insolentes. El Sr. Barreda hace ver allí que la causa principal de este desacuerdo en la acción proviene del desacuerdo, no menos deplorable, en la manera de razonar, a lo cual Augusto Comte llamó "la anarquía intelectual", manifestada por la diversidad de opiniones que varios individuos tienen sobre un mismo tema; diversidad irremediable, porque ella resulta de la irreducibilidad de los métodos que ellos aplican para la solución de un mismo problema. Una vez indicadas con admirable justeza las causas de la anarquía intelectual, el Sr. Barreda saca como conclusión que el único remedio eficaz para combatir un mal tan grave, es una enseñanza superior científica, completa e idéntica para todos, y es el objetivo que precisamente persigue la Escuela preparatoria.

El plan propuesto por el Sr. Barreda había despertado mucha oposición. La mayor parte de estos opositores no obedecía sino a un ciego espíritu de rutina; pero la oposición sistemática, debida a los metafísicos y a los clericales, se apoyaba en los viejos prejuicios que todavía tenía la masa en

materia de educación. Si por lo menos los adversarios del Positivismo quisieran tomarse la pena de estudiarlo, pondrían término a sus declaraciones tan pueriles como desmañadas; pero la gran mayoría prefiere ahorrarse el esfuerzo mental del aprendizaje, y gusta más criticar las cosas que ella ignora y que con frecuencia están fuera de su alcance.

Las críticas han provenido sobre todo de personas que, careciendo absolutamente de la preparación necesaria para juzgar una institución científica y positiva, jamás se han tomado la molestia de estudiarla; son, propiamente dicho, unos iletrados, cuya oposición habría sido despreciable si no fuera por la acción política que continúan ejerciendo. Entre los metafísicos que más se han destacado por su encarnizamiento en contra de la Escuela preparatoria y del Positivismo, figuran, en primer plano, los legistas que, como consecuencia del estado social de México, tuvieron la suerte de elevarse hasta llegar a ser sus directores y han influido de manera poco apropiada en el destino de estas instituciones.

Veamos un hecho que vale la pena señalar por ser característico de esta situación. En 1877, el ministro de la instrucción pública, el abogado don Protasio Tagle, influido por los ataques de los clericales y de los metafísicos, se pronunció abiertamente en contra de la Escuela preparatoria; pero, antes de actuar, se dedicó a hacer sobre ella un estudio minucioso. Tan pronto como lo hubo terminado, se dio cuenta de la verdad y se convirtió; de enemigo que era, pasó a ser uno de los más ardientes defensores de la institución. Desde entonces, rompió abiertamente con todos aquellos que, presentándole la Preparatoria como un foco de vicios, lo habían engañado burdamente y puso a disposición todos los medios con que contaba para sostener la Escuela positiva de México.

Todo hacía pensar, después de la experiencia de los diez años que siguieron a su creación, que la obra del Sr. Barreda, consolidada, permanecería igualmente fecunda en resultados. El mismo también lo creía así, y, en efecto, mientras la Escuela estuvo bajo su dirección, mantuvo el plan general que se le había trazado, a despecho de las luchas encarnizadas y de los obstáculos más o menos peligrosos con los que se encontró. Tanto tiempo como el fundador estuvo a la cabeza de la Preparatoria, su prestigio, sus talentos soberanos, su elevada moralidad, su altruismo inagotable, le dieron los medios de vencer o por lo menos de apaciguar a sus enemigos. Pero apenas se había alejado el Sr. Barreda, cuando comenzó el desorden; su plan, atacado por los especialistas, terminó por sufrir lamentables mutilaciones, y la clasificación lógica y armoniosa de las ciencias, que debemos a Augusto Comte, fue adulterada. Hace pocos años, se retrocedió hasta el punto de confiar cátedras de la mayor importancia a espíritus puramente metafísicos, absolutamente desprovistos de la educación completa necesaria.

Yo no insistiré más, ya que el tema está íntimamente ligado a los incidentes de nuestra historia contemporánea, sobre las vicisitudes sufridas por el plan de estudios puesto en práctica por el Sr. Barreda en la Escuela

nacional preparatoria. Esto exigiría un trabajo especial, que sería interesante emprender. Hoy me bastará con decir que se ha corregido la alteración que había comprometido la obra, en gran perjuicio del país y de toda la juventud.

El 19 de diciembre de 1896, el gobierno mexicano, bajo la inspiración de uno de nuestros correligionarios, el abogado don Ezequiel A. Chávez, promulgó una ley reparadora. Aunque ella no esté exenta ni de defectos ni de imperfecciones, esta ley subviene a la educación completa, bajo la triple relación de la inteligencia, del sentimiento y de la voluntad, y preconiza el estudio de las ciencias, desde la matemática hasta la moral, siguiendo el orden riguroso establecido por el maestro de los maestros, Augusto Comte.

IV

RESULTADOS

I. Nos falta, antes de terminar, evaluar los resultados de esta gran fundación.

La trascendencia de la obra del Sr. Barreda puede ser fácilmente apreciada recordando aunque sea brevemente, cuál era, antes de 1867, el estado de la enseñanza en México.

Los trabajos científicos estaban dominados por el más completo y más infecundo de los empirismos; todo estaba consagrado a la incertidumbre de las concepciones, a las discusiones vagas de la teología y de la metafísica, de las cuales se hacía depender la suerte del país y que dejaban caminar en la oscuridad más completa a todos mis compatriotas.

Hasta el momento en que el Sr. Barreda fundó la Preparatoria, la lógica era estudiada, en México, como un elemento de lo que se llama los "cursos de arte"; se estudiaba como un arte, es cierto, pero limitándola a la parte deductiva del razonamiento. Los trabajos de Bacon y de sus continuadores permanecían enteramente desconocidos en nuestros colegios, donde se enseñaban como dogmas estas máximas: "La conclusión no puede contener nada que esté contenida en una de las premisas. La conclusión no puede jamás tener más amplitud que las premisas". Tales sentencias, que son la negación más categórica del método inductivo, constituían en la época que precedió a la restauración de la República, la base de la lógica que se enseñaba en nuestros colegios. La deducción había continuado siendo un fin y no un medio; los alumnos no tenían necesidad sino de una provisión suficiente de autoridades y axiomas para formar las premisas mayores de los silogismos, "para razonar".

La escuela puramente deductiva que había reinado como soberana en el mundo de la inteligencia en Occidente hasta la reforma de Bacon, había

conservado su imperio en mi patria. Es gracias al meritorio Barreda que la reforma del siglo XVII fue introducida en México: la interpretación de la naturaleza sustituyó a la de los textos y de las autoridades; la observación y la experimentación reemplazaron la pura argumentación.

Fue ese cambio radical de método y no otra cosa, lo que levantó los más violentos ataques contra la Preparatoria y contra su fundador, por parte de los ultramontanos y metafísicos, que no podían ver con buen ojo que se enseñara a la juventud que, para razonar, ella no debía partir, en modo alguno de las máximas de Hobbes, de Rousseau o de Michel Chevalier, sino de los postulados adquiridos por medio de la observación y de la experiencia. Como podía esperarse, este cambio de método suscitó un amor más fuerte que los rencores y las antipatías; puesto que él generó innumerables beneficios que no cesan de extenderse por todo México y que se extenderán un día a todas las naciones, ya que la fundación de las escuelas positivas es de una utilidad universal.

El Sr. Barreda fue el verdadero creador del profesorado mexicano. Hasta la fundación de la Preparatoria, la gran mayoría de los maestros se limitaba a proceder por preguntas y respuestas, como en el catecismo, no buscando más que inculcar doctrinas sin ninguna relación con los métodos correspondientes; no había en México profesores animados del verdadero espíritu filosófico: Es el Sr. Barreda quien los ha formado.

Las ventajas intelectuales de la Escuela preparatoria son bastante evidentes; pero sus preciosas ventajas sociales no han sido tan bien apreciadas por todos como por el Sr. Gabino Barreda. Esas ventajas se sustentan en el hecho de rendir en una escuela común a todos aquellos que más tarde seguirán las más diversas carreras de la industria y de la política, de las ciencias y de las bellas artes; ellos extraen de allí un sentimiento de fraternidad, derivado de los contactos prolongados, por más débiles que sean, entre hombres que, una vez terminados sus estudios, estarán dispersos en todo el territorio de la República, para ejercer sus funciones respectivas teóricas o prácticas.

Ellos extraen de allí sobre todo la comunidad de métodos que produce en ellos esta identidad lógica y fundamental tan preciosa para la paz pública y para el orden social: "Antes del Sr. Barreda, afirmó el Señor Parra, nuestra patria no conocía sino dos modos de filosofar: la escolástica, símbolo del partido conservador, que reducía la filosofía a no ser más que "la humilde sirvienta de la teología", y el método crítico o revolucionario, símbolo del liberalismo más o menos radical. En el orden político, la lucha de ideas se traducía por una parte ininterrumpida de guerras civiles, que destrozaron cruelmente el seno de la Patria. Entre el que afirma y el que niega, cuando no hay criterio común, cuando nadie puede demostrar a su adversario la verdad de sus creencias, la cuestión no puede ser dirimida sino por medio de los actos; la discusión degenera en disputa, ésta en luchas; de donde nacen los odios que engendran una nube de guerras civiles interminables. Es así cómo la anarquía en las opiniones, al

producir la división en los espíritus y la antipatía en los corazones, termina por separar a los hombres en partidos que no tienden sino a destruirse entre ellos. El Sr. Barreda difundió las doctrinas que han sido el remedio a tantos males. Preconizando un criterio que, aunque no particular a ninguno de los partidos adversos, era aceptable para los dos; postergando la resolución de cuestiones que más los dividían; aconsejando no tener por cierto sino aquello que había sido probado; respetando lo que en el orden práctico habían realizado las doctrinas rivales; haciendo de cada una de ellas una justa apreciación histórica y tratando con las consideraciones y la cortesía debidas todo aquello que ha sido concebido por los hombres eminentes y creído de buena fe por un gran número de nuestros semejantes. . . , él opuso el método científico, que concentra toda la fuerza mental y toda la actividad de los hombres sobre los grandes problemas sociales".¹⁴

En efecto, fue el problema de la supremacía de la fe positiva lo que fue puesto en cuestión por la fundación de la Preparatoria y por los ataques a que ella dio lugar. Desde entonces, la lucha se entabló claramente entre los positivistas, de un lado, y los metafísicos y teólogos, del otro; éstos atacando, aquéllos defendiendo la obra del Sr. Barreda. Este problema trascendente, que contiene todos los gérmenes del advenimiento del nuevo poder espiritual, dio lugar a discusiones luminosas en las cuales los positivistas obtuvieron la palma triunfal.

En el fondo, lo que estaba en cuestión era el ascendiente ejercido por el Positivismo. El estudio atento de la obra del Sr. Barreda muestra, en efecto, que él actuaba como verdadero positivista, como un servidor de la religión de la Humanidad. Es este aspecto de su vida el que nos falta por apreciar ahora.

II. Pese a su adhesión completa a las doctrinas de Comte, el Sr. Barreda no hizo propaganda religiosa de manera explícita; él la juzgaba prematura. Sabía que las reformas primordiales y definitivas son aquellas que conciernen a los cambios de método. Como él no tenía ni los ardores desconsiderados, ni las juveniles impaciencias de las almas revolucionarias, quiso primeramente establecer la base filosófica del nuevo régimen; antes de hacer conocer una religión que es del dominio de la ciencia, él enseñó la propia ciencia.

El Sr. Barreda no podía evidentemente proponerse propagar la nueva síntesis en la Escuela preparatoria, que es un establecimiento oficial, lo cual por lo demás la ley mexicana prohíbe; sin embargo, hizo ver, tanto en sus discursos, como a través de todos sus actos, que él era el verdadero discípulo del fundador de la religión de la Humanidad.

¹⁴ Porfirio Parra, *Loc. cit.*

También emprendió la tarea de propagar la religión por los medios autorizados por las libertades públicas, pero solamente una vez que, inquebrantablemente convencido de la superioridad del método y de los principios fundamentales de la verdadera filosofía, juzgó que éstos habían penetrado suficientemente en un público de élite.

Yo he dicho que el Sr. Barreda caracterizó el conjunto de la enseñanza creada por él en México por la introducción sabia y progresiva del culto de los grandes hombres y de las grandes instituciones sociales; veamos un ejemplo de ello. En 1877, un grupo de estudiantes de la Escuela de Medicina, que habían pasado por la Preparatoria, suscitaron una discusión sobre la hipótesis de Darwin, y, con el objeto de ejercer sus facultades mediante el examen de diferentes temas, aplicando para ello el método positivo, recurrieron a su maestro para constituir, bajo el nombre de "Asociación Metodofílica Gabino Barreda", y una sociedad compuesta por estudiantes y por antiguos alumnos de todas las escuelas, cuyo sobrio reglamento fue redactado por el Dr. Barreda, inspirándose en la máxima de Augusto Comte: *Vivre au grand jour*. Cada tres meses, se reemplazaba la disertación científica por la biografía de algún benefactor de la Humanidad. Fueron presentados estudios sobre Dante, por el Dr. Manuel Gómez Portugal; sobre Galileo, por el Sr. Alberto Escobar. Al cabo de un año, la Sociedad había publicado dos volúmenes, uno consagrado a sus interesantes trabajos; el otro contenía la mayor parte de los estudios del Dr. Barreda. La probidad que reinó en todas las discusiones y en todos los actos de la "Metodofilia" le ganó la simpatía general de los estudiosos. Lamentablemente, esta asociación no sobrevivió a la ida de su organizador a Berlín.

El Sr. Barreda se proponía fundar una asociación más sistemática, teniendo como mira la más alta acción social. Con el espíritu relativo que lo caracterizaba, el filósofo mexicano había emprendido la propagación del método positivo en un establecimiento del Estado, el único medio que tuvo entonces a su disposición, absteniéndose al mismo tiempo de enseñar las principales aplicaciones sociales que dicho método comporta. Pero en ello no dejaba de reconocer la imposibilidad permanente de un poder temporal para actuar con plenitud en las cuestiones de orden moral. Por lo demás, tampoco, podía en absoluto, esperar, indefinidamente, ni a llegar a hacerse comprender, ni a ser secundado, en su tarea, como lo había sido en tiempos de Juárez. También trabajó en crear un poder destinado a satisfacer las necesidades espirituales del futuro. Me parece útil citar aquí una parte del llamado que el Sr. Barreda dirigió, el primero de mayo de 1877, *A los ciudadanos profesores de las Escuelas nacionales de la República*. Después de haber recordado las medidas tomadas por el gobierno para impedir a los profesores el consagrarse totalmente a su misión social, él agregó: "Si, a esos obstáculos materiales puestos al profesorado, que no le permiten elevarse a la altura de un verdadero sacerdocio y constituir un poder espiritual, si se quiere, intelectual, sin otras armas que

la razón y la ciencia, sin otras funciones sociales que la enseñanza y el consejo, vienen a agregarse los obstáculos morales suscitados por la intolerancia política; si, olvidando su programa de separación completa de la Iglesia y del Estado, y desconociendo que esta independencia no quiere decir otra cosa que la plena libertad de conciencia, el Estado exige de los profesores una profesión de fe que degrada sin garantizar nada; si, en fin, pensamos en todo lo que yo acabo de decir, veremos que nada es más justo ni más urgente que llevar a ejecución la idea que ya germina desde hace algún tiempo en el espíritu de muchos profesores, y que está, sin duda, en la conciencia de todos, la de formar una asociación de todos aquellos que están consagrados al noble sacerdocio de la enseñanza, con el objeto de alcanzar por todos los medios lícitos y morales, a la vista de todos, pero con toda firmeza, la elevación intelectual y moral, gradual y progresiva, del profesorado, lograr su independencia espiritual e incluso material, de toda tutela extranjera y por consiguiente degradante, sin otro apoyo que la libre adhesión y el sufragio espontáneo de los verdaderos amigos del progreso, de la educación y del desarrollo intelectual”.

“El objetivo de esta asociación no sería dejar de ser atrayente tanto para toda alma generosa, cualesquiera que sean, por lo demás, sus creencias políticas, como para todo digno profesor, puesto que ella tenderá a asegurar la estabilidad necesaria a su función, ennobleciéndola al mismo tiempo; no permitiendo el acceso a la corporación sino a las personas intelectual y moralmente dignas, y protegerá a aquellos que no tienen más recurso que su capital moral, de la miseria inminente que, como consecuencia de sucesos totalmente independientes de su voluntad, los amenaza hoy, a ellos y a sus familias, así como a la misión noble y apacible a la cual están consagrados”.

La partida del filósofo para Berlín no le permitió continuar este proyecto.

III. El Sr. Barreda dejó numerosos discípulos, que en diferentes grados adhirieron a su fe positivista. Entre los que ya no están más, además de los que ya he designado, yo citaré dos,¹⁵ al Ingeniero Eduardo Garay, profesor en la Preparatoria y en la Escuela de Ingenieros, que admitía la

¹⁵ En la historia de la Preparatoria, el nombre de esos dos discípulos del Sr. Barreda recuerda dos victorias de los positivistas sobre los metafísicos. Estos, en sus ataques, buscaron primero romper la unidad del plan, proponiendo otros cursos, especialmente el de Historia de la filosofía, a fin de permitir que se hablara en la escuela de las causas finales y del Ser Supremo, temas que son dogmáticamente proscritos; la cátedra fue creada, pero confiada, por el gobierno, a un positivista, el Dr. Segura. Los metafísicos pidieron entonces el retorno al antiguo régimen. El Congreso, en conocimiento de la demanda de revisión del plan de estudios, no solamente lo mantuvo, sino que lo completó (1876) con la creación de una cátedra de Sociología, cuyo primer titular fue el diputado a quien se debía esta brillante victoria, el ingeniero Garay. Bajo la dirección del Sr. Barreda la preparatoria se volvía, tanto más positivista cuanto más atacada era.

religión de la Humanidad; al Dr. Adrián Segura, profesor de Historia de la Filosofía en la Preparatoria; sucesor del Sr. Barreda en la cátedra de Patología General en la Escuela de Medicina, publicó su curso de 1880, en el cual se muestra como un positivista ilustrado y entusiasta, como lo testimonia el siguiente pasaje extraído de su lección sobre las funciones cerebrales: "El altruismo, principio de una unidad más completa, más fácil y más durable que la que puede resultar de las preocupaciones habitualmente personales, es la fuente de la dedicación que nos empuja a satisfacer las necesidades de los demás antes que las nuestras. *El Altruismo*, he aquí, señores, la síntesis de nuestra santa misión de médicos. Aquel que no cumple con esta división sublime, *Aliis vivere*, no debe vanagloriarse de ser médico; no es más que un traficante de los sufrimientos de nuestros semejantes".

Entre los numerosos alumnos del Sr. Barreda que viven todavía,¹⁶ no hay absolutamente ninguno de ellos que haga profesión de la religión de la Humanidad: la mayoría aceptan en parte la obra de Augusto Comte; algunos siguen a Stuart Mill y a Herbert Spencer. Pero su principal discípulo, su alumno preferido, mi muy querido y muy respetable maestro, el Dr. Porfirio Parra, nacido en el seno del proletariado, es entre todos, el que más se aproxima a los positivistas completos. Es el sucesor del Sr. Barreda, el que, después de la muerte de su maestro, más ha contribuido a la difusión del Positivismo en México: en la cátedra, como profesor de lógica, de matemáticas, de patología, de zootecnia y de anatomía; en la tribuna en donde se ha mostrado como uno de los oradores más elocuentes; en sus conversaciones; y en sus escritos, científicos, filosóficos y poéticos, ya que sus Odas lo han colocado en primera fila de nuestros mejores poetas. Para ayudar a la propaganda positivista, el Sr. Parra fundó dos órganos, *El método*, en 1880, y más tarde —bajo la divisa de *Amor, Orden y Progreso— El Positivismo*, en el que publicó un gran número de artículos luminosos, o bien de exposición, o bien de polémica,¹⁷ y donde insertó dos escritos de Augusto Comte, el *Discurso sobre el espíritu positivo* y la *Filosofía de las matemáticas* tomados de la *Revue Occidentale*.

Fuera de este medio directamente positivista, numerosas personas se dicen tales, sin conocer de Comte sino el nombre; apenas si ellas han leído Herbert Spencer o Mill; a sus ojos, Taine pasa, lo cual puede parecer aquí increíble, por un filósofo positivista, por el gran historiador de la Revolución Francesa! La gran mayoría del público mira todavía a Littré como el primer discípulo y el verdadero sucesor de Augusto Comte;

¹⁶ Uno de ellos, el Dr. Manuel Flores, en su *Tratado elemental de Pedagogía*, califica de irreprochable la clasificación de las funciones del cerebro de Augusto Comte y adopta sus puntos de vista sobre la Musculación, sobre la división de los elementos del carácter, etc.

¹⁷ Señalaremos dos respuestas notables a los ataques hechos, en París, contra las doctrinas de Augusto Comte, por el Sr. Vacherot y por el padre Félix, en sus prédicas en Notre-Dame.

en este medio, el conocimiento del Positivismo no va más allá de la biografía de Comte por Littré, o de la crítica de Mill sobre el Positivismo.¹⁸ Algún día se volverá de nuevo a una apreciación más justa de la realidad de las cosas. En este sentido, seguimos, por lo demás, el impulso del Occidente europeo, puesto que aquí se publican pocas obras científicas y menos todavía obras filosóficas.

Pese a que los esfuerzos de los positivistas mexicanos no sean coordinados, su influencia se hace, sin embargo, sentir en la marcha general del país; ya que, en casi todas las regiones de México, hay alumnos del Sr. Barrera y del Sr. Parra, salidos de la Escuela preparatoria, que propagaron, con verdadera constancia, las ideas positivas. Esta propaganda, más o menos completa, se ha hecho, y se continúa haciendo todavía, principalmente gracias a la ayuda de las escuelas; pues, en efecto, desde 1867, la mayoría de los Estados de la República han fundado establecimientos de educación e instrucción en base al modelo de la Escuela preparatoria de México, de la cual han salido los directores y algunos de los profesores de esos colegios. En las escuelas profesionales, donde se encuentran hijos de la Preparatoria, éstos no cesan de propagar la doctrina del maestro.

Esta acción pública se combina con la propaganda privada; yo puedo citar mi conversión como un ejemplo de esta última. Durante las vacaciones de invierno del año 1888, estando todavía en el estado teológico, yo conversaba una tarde con uno de los médicos de Jonacatepec, mi ciudad natal, el Dr. Florencio Flores, hoy mi compadre, cuando nuestra conversación cayó en el Positivismo. Mis ideas sobre la gran creación del inmortal Comte no podían ser más erróneas, y el Dr. Flores me hizo ver cuán falsas eran. Al día siguiente, me dirigí a su casa, y él me prestó los dos volúmenes publicados por la Asociación Metodofílica, de la cual él había sido un asiduo asistente cuando hacía sus estudios de medicina en México. Uno de esos volúmenes contenía, como lo he dicho, los principales estudios del Dr. Barrera; el otro, los trabajos de la Asociación. Puedo asegurar que yo devoraba más que leía esos libros; hacía resúmenes de ellos. Esta lectura fue para mí una revelación. Fue entonces cuando conocí el examen de la hipótesis de Darwin y la defensa de la clasificación de las ciencias por el Sr. Barrera, las biografías de Dante y Galileo, el trabajo del Dr. Parra sobre las "causas primeras", el ensayo sobre "los deberes recíprocos de los superiores y de los inferiores" por el abogado Miguel S. Macedo: estos últimos dos estudios, cuyos autores iban a ser mis maestros, denotan una aceptación franca y completa de las ideas de Augusto Comte. Mi conversión al Positivismo data de esa época.

¹⁸ En el periódico *La Escuela preparatoria*, publicado en 1874 y 1875, se insertaron tres artículos extraídos de la revista *La Philosophie positive*: "La atomicidad" de Alfredo Naquet, "El origen de la idea de justicia" de Littré y la lección única que éste dio, como profesor de historia en la Escuela politécnica; en ese periódico, el lexicógrafo es visto como el sucesor de Augusto Comte.

Muchos de los vicios de criterios fueron echados por tierra, muchos de los prejuicios que existían antes, entre las clases dirigentes de México, sobre la evolución progresiva de las sociedades se desvanecieron, gracias al impulso del Dr. Barreda y de sus discípulos.

La superioridad del Positivismo sobre las otras síntesis ha recibido una rotunda confirmación, en México incluso, de parte de los teólogos. Hace algunos años, un sacerdote católico, alumno del Sr. Parra en la Escuela preparatoria, donde él había sido iniciado de manera eficaz en los estudios científicos, el Sr. Francisco Labastida, asumió la tarea de reformar el plan de estudios del seminario de México, en un sentido estrictamente científico; introdujo la enseñanza de las ciencias positivas, que no figuraban en dicho plan, y organizó su estudio siguiendo la ley tan hábilmente instituida, por Augusto Comte, para establecer la jerarquía de los fenómenos que presentan el mundo y el hombre. Esta reforma, aceptada por el Arzobispo de México, y puesta inmediatamente en práctica, subsistió durante dos o tres años; pero el cambio de rector, condujo al restablecimiento del antiguo régimen. El Sr. Labastida, quien había dejado el seminario cuando su plan fue suprimido, ha protestado siempre desde entonces contra la eliminación del espíritu científico en la enseñanza del Colegio de los ministros de la Iglesia católica de México.

En el orden político, las conquistas del Positivismo en México ofrecen también algún interés. En 1877, el Sr. Telésforo García, escritor vigoroso y adepto al Positivismo, fundó el periódico *La Libertad*, que intervino en todas las cuestiones políticas palpitantes; es la primera publicación periódica en la cual se haya aplicado el criterio positivo a los asuntos públicos de México, anatematizando las revoluciones como medios de progreso, y preconizando la justificación y no la condenación del pasado. Ese periódico, que subsistió hasta finales de 1884, contribuyó a la difusión de algunos de los aspectos del Positivismo.

El tesoro público había estado siempre sumergido en el más gran desorden hasta que un antiguo alumno de la Escuela preparatoria, discípulo del Sr. Barreda, el abogado don José Yves Limantour, hubo aceptado el cargo de ministro de finanzas, que dirige todavía, y gracias a cuya hábil gestión ha conquistado el aplauso unánime de sus compatriotas.¹⁹ Una elevada moralidad, una continua dedicación a su tarea, y la aplicación del criterio positivo para la resolución de los problemas, son estos los medios empleados por el Sr. Limantour para obtener el equilibrio del presupuesto y conservar la buena dirección de todos los asuntos relativos a la riqueza pública.

¹⁹ "La tarea emprendida por este ministro ha sido inmensa. Los resultados obtenidos son incalculables. "Reporte del general Porfirio Díaz, presidente de los Estados Unidos mexicanos, a sus compatriotas, sobre los actos de su administración, del primero de diciembre de 1884 al 30 de noviembre de 1896. Entre esos resultados debemos señalar la unificación de la deuda pública, la supresión de los impuestos, que aseguran la completa libertad de circulación de las mercancías en todo el territorio de la República.

Otro miembro del gabinete mexicano, el Sr. Manuel Fernández Leal, ingeniero, ministro de Fomento, simpatiza con el Positivismo. Colaborador del Dr. Barreda en la Preparatoria, como profesor de matemáticas, desde la fundación de la Escuela hasta 1879, el Sr. Leal estaba entre los numerosos profesores que estudiaron la *Filosofía Positiva* de Augusto Comte para desempeñarse bien en sus funciones. Hombre de ciencia, desde su juventud, y servidor de la nación, desde 1855, ha sido siempre respetado por su íntegra moralidad, por el celo que ha puesto en la realización de funciones, por la amplitud y utilidad de sus servicios. Desprendido de toda concepción teológica o metafísica, emancipado en religión así como en política, el Sr. Leal es un ciudadano que resuelve siempre los asuntos humanos con elementos puramente humanos.

En el Senado, en la Cámara de Diputados, los elementos constructivos, más o menos afiliados al Positivismo, han predominado siempre y predominan todavía.

De este examen resulta que lo que hay que hacer en el presente, en México, es continuar la obra comenzada, no solamente aprovechando los puntos de contacto para difundir las miras comunes, sino sobre todo coordinando los esfuerzos de los diferentes positivistas, mediante una propaganda sistemática de la obra completa de Augusto Comte; pues estimo que hay, en un gran número de mis compatriotas de los dos sexos, disposiciones favorables a la adopción de concepciones esenciales de la nueva fe. Esta noble tarea es una de mis esperanzas; su continuación, uno de mis mejores propósitos; me dedicaré, como corresponde a un discípulo perteneciente a la tercera generación positivista de su país, que, tanto por educación como por temperamento, ama la disciplina y no siente satisfacción sino estando de acuerdo con sus superiores. Mi acción consistirá, por consiguiente, en secundar siempre a mis maestros, al Sr. Miguel S. Macedo y a quien me ha conducido entre estas paredes sagradas cuando las contemplé por primera vez, el doctor Porfirio Parra, quien es jefe del Positivismo en la patria de Juárez y de Barreda.

V

CONCLUSION

Han visto Uds. señores, que el Sr. Barreda fue un valiente apóstol, un filósofo verdadero, un gran ciudadano. Su elevación moral respondía a su superioridad mental y social.

Cuando el Sr. Barreda se encargó, en 1868, de la dirección de la Preparatoria, él creyó un deber renunciar al ejercicio de su profesión, que hubiera podido continuar con gran beneficio, ya que era un médico distinguido, muy buscado por todas las clases, en razón de su reconocido saber y de su habilidad sin discusión; pero el Sr. Gabino Barreda tenía una

noción muy elevada de los deberes sociales: pese a lo exiguo de sus honorarios, quiso consagrarse esencialmente al servicio que demandaba de él su patria y la Humanidad.

Todas las obras del Sr. Barreda están impregnadas del más profundo amor social, del más ardiente deseo de hacer el bien subordinando siempre el progreso al orden. La afectuosa inteligencia del sabio fundador de la Escuela preparatoria palpita siempre en todos sus trabajos; ella vivirá tanto tiempo como dure su recuerdo. El actuaba de acuerdo a la ley social que prescribe la subordinación noble y voluntaria de la CIENCIA AL AMOR; subordinación que él desarrolló de una manera plenamente positiva, en el memorable discurso que pronunció en honor del Sr. Juan Cordero,²⁰ quien había pintado, para la Preparatoria, un bello cuadro alegórico que llevaba inscritas estas dos fórmulas: *CIENCIA: Saber para prever; INDUSTRIA: Prever para actuar.*

La divisa *Orden y Progreso*, que el Sr. Barreda hizo adoptar para la Escuela preparatoria, desde su fundación, se destaca en letras de oro encima de la escalera de honor. Esas divisas, como todas aquellas que él preconizó, habían sido recogidas por él de la boca misma del fundador del Positivismo; jamás se separó de ellas.

En su vida, hay un hecho muy característico, que muestra por qué lado los espíritus elevados son empujados hacia la nueva religión. El Sr. Barreda ha narrado, con frecuencia a sus mejores discípulos, cuando les contaba la historia de su iniciación al Positivismo, que, en las diversas ocasiones que tuvo de escuchar a Augusto Comte, nada llamó más su atención que esta fórmula: *Nadie posee ningún otro derecho más que el de hacer siempre su deber.* Es a esta máxima a la que el hacía remontarse totalmente la simpatía que el Positivismo le inspiró, el deseo que tuvo de conocerlo, y su conversión final. Me da gusto señalar aquí que el Sr. Barreda ajustó siempre su vida a esta regla moral. Si Augusto Comte hubiera conocido su obra y su vida, estoy seguro de que hubiera estado satisfecho, de un discípulo semejante, tan completo como digno. Es también a justo título que se han grabado sobre su tumba estas dos fórmulas positivistas:

Familia, Patria, Humanidad.
Pensar para actuar, y actuar por afecto.

Las simpatías que el Sr. Barreda había conquistado en Guanajuato, cuando ejercía la medicina, eran tan grandes, que, cuando deja esta ciudad para irse a México, un gran número de familias lo condujeron de vuelta hasta un cierto lugar del camino, algunos incluso lo acompañaron hasta la capital de la República, manifestando, por medio de ese conmovedor testimonio colectivo, la tristeza que ellos sentían por la partida de su sabio, modesto y buen doctor. Para completar ese testimonio de estima y reconocimiento, los habitantes de Guanajuato lo nombraron, poco después, di-

²⁰ La Escuela preparatoria debe al talento y a la generosidad del Sr. Cordero, el único retrato del Sr. Barreda que haya sido conservado.

putado a la Cámara de la Unión. A pesar de esta nominación, el Sr. Barreda no aspiró nunca a jugar un papel político: su acción fue siempre y en todas partes puramente científica y filosófica. Como verdadero positivista, no dejó de testimoniar la más grande deferencia por todo gobierno constituido.

El Sr. Barreda respetaba todas las opiniones y tenía consideraciones para todos; jamás practicó ese proselitismo indiscreto tan extendido entre los declamadores y los fanáticos.

La juventud estudiosa de México, orgullosa de su ilustre maestro, agradecida de los grandes favores que ella le adeuda, le manifestaba signos constantes de su veneración; en cada aniversario de su nacimiento, organizaba fiestas, en las que el entusiasmo vivo de los alumnos y de los profesores se traducía en efusión de sentimientos dirigidos al mentor de todos.

Jamás un testimonio de afecto había sido más sincero como el que le fue dado al Dr. Barreda, cuando regresó de Berlín a la capital, por las almas elevadas que piensan y sienten.²¹ Jamás, desde la tribuna o desde la cátedra, se habían producido ovaciones más grandes que las que se produjeron entonces en honor del filósofo positivista mexicano.

Jamás, desafortunadamente, manifestación de duelo había sido más profunda que la de la sociedad mexicana el 10 de mayo de 1881, día en el que la antorcha que guiaba la nación por la vía del orden, para alcanzar el progreso, se apagó para siempre. Entre los discursos pronunciados en los funerales, me permitiría señalar el del Dr. Manuel Domínguez, quien tomó la palabra en nombre de los profesores de la Escuela de Medicina, no por el mérito de este discurso, que es real, sino por el afecto que él revela, y que, viniendo de un católico completo, prueba cuánto fue amado el Dr. Barreda por todos aquellos que tuvieron la ventaja de conocerlo y de establecer contacto con él, cualesquiera que hayan sido, por lo demás, sus creencias. Para ratificar este homenaje público, en el que las condolencias se mezclaban con las manifestaciones del más justo reconocimiento, el Concejo Municipal de la ciudad de México, concedió, para la familia del Sr. Barreda, una sepultura de primera clase en el cementerio municipal de Dolores y, por determinación expresa del Presidente de la República, la nación mexicana se encargó de todos los gastos de las exequias del eminente discípulo de Augusto Comte.

Desde entonces, el aniversario de la muerte del Sr. Barreda ha sido celebrado repetidas veces. En la conmemoración del año pasado, los discursos fueron pronunciados por mis dos queridos maestros los señores Porfirio Parra y el abogado Miguel S. Macedo, actualmente presidente del Concejo Municipal de la ciudad de México, ambos discípulos del gran iniciador. Esta celebración tuvo lugar con tal solemnidad y delante de un pú-

²¹ Para dar una idea del entusiasmo público y de la alegría causados por su retorno, yo recordaría que, en la principal calle por donde el Dr. Barreda debía pasar a su regreso a la capital, se instaló en esa ocasión el alumbrado eléctrico, cuya utilización en México data de ese memorable día.

blico tan numeroso, que hemos podido comprobar claramente la simpatía que manifiesta nuestra juventud por el Positivismo. En este mismo año de hoy, dicha manifestación se está llevando a cabo en México por séptima vez. El deber de los positivistas mexicanos, al fin organizados, será el de solemnizar, cada año, la transición de nuestra filosofía a la vida subjetiva, hasta el día en que se reúnan sus compatriotas para asistir a la canonización humana del Sr. Barreda, y para oír la historia completa de su obra, cuyos resultados apenas se vislumbran. ¡Bienaventurado aquél que convoque esta reunión! Bienaventurado aquél que haya de escribir páginas tan brillantes.

Una era de orden y de progreso ha sido inaugurada en México; desde hace varios años, se está produciendo por todas partes una regeneración gradual de las opiniones. Todos los que han estudiado nuestro estado social concuerdan en opinar que esta transformación moral ha sido realizada gracias al Positivismo y que su logro debe remitirse a la acción preponderante del Dr. Barreda. El verdadero creador de la paz religiosa en México, el autor de todos nuestros progresos intelectuales y morales, es él.

La obra de don Gabino Barreda, que, como toda obra constructiva, ha comportado el apaciguamiento y la concordia, es cada vez más y mejor apreciada en su patria; y si el nombre del eminente creador del Positivismo es asociado al de su ilustre discípulo mexicano, en un mismo sentimiento de veneración y de reconocimiento, es porque todos los espíritus elevados han coincidido en apreciar la huella luminosa dejada en el pensamiento de nuestro filósofo Gabino Barreda por la inteligencia colosal y profunda del más grande de los constructores, el inmortal Augusto Comte.

Señoras, Señores,

Aunque en la gran familia positivista no haya diferencia de nacionalidad, me creo en el deber de expresar aquí públicamente, en nombre de la familia Barreda, de sus discípulos, en nombre de mis compatriotas, mis más sinceros agradecimientos: al Sr. Pierre Laffitte, director del Positivismo, quien, habiendo querido rendirle al Sr. Barreda el justo homenaje que le es debido, me confió la noble misión de presidir la ceremonia de conmemoración, en este apartamento en el cual el director ha decidido que su retrato sea colocado de ahora en adelante; a mis apreciados cofrades parisienses, que han considerado honroso asociarse a la glorificación del gran hombre a quien debo el encontrarme aquí, en medio de la simpatía de mis correligionarios, en la cuna misma de la religión de la Humanidad.²²

²² En este *Ensayo sobre la historia del Positivismo en México*, me apoyé únicamente en documentos auténticos; no he querido reportar aquí más que hechos ciertos, de los cuales pueda yo garantizar la exactitud. Mis informaciones fueron solicitadas a contemporáneos y colaboradores de don Gabino Barreda, a mis compañeros y amigos los Sres. Horacio Barreda y Manuel Contreras y Juárez, hijos de los primeros discípulos mexicanos de Augusto Comte; a todos les dirijo aquí mi público agradecimiento. No sabría olvidar al expresar mi gratitud, a mi compañero y amigo, el Sr. Ramón Guerrero, la ayuda preciosa que me brindó en la traducción de mi trabajo al francés.

J. ALFREDO PERREIRA
(Argentina)

EL ESTANCAMIENTO DEL POSITIVISMO *

CARTA A EMILE CORRA

Mi eminente amigo: Recibí la 71ª circular anual. Está muy interesante, como las anteriores, principalmente por la cuestión que usted plantea, y las diversas soluciones propuestas por los dirigentes del Positivismo, en particular por usted.

Le agradezco su referencia favorable y honrosa a mi manera de encarar esta doctrina. Esta carta confirma y amplía esa interpretación.

Leo siempre con placer y provecho lo que usted escribe, tal vez porque participo en todo de su pensamiento claro y convincente, aun del que no puede exhibir explícitamente, por su posición al frente del núcleo central.

Usted pregunta: "¿Por qué los adherentes al Positivismo integral son tan escasos?"

Aunque usted no me la hubiera pedido, yo también quiero darle mi opinión (que no repite la de ninguno de los que han contestado), amparado en el conocimiento y cariño que profeso a la gran teoría desde hace más de treinta años que la estudio en los libros del Maestro, tan poco leídos; en toda la propaganda de Laffitte *Revue Occidentale*, (1878-1906), de sus émulos y disidentes. De los sucesores, usted me ha parecido siempre de los más esclarecidos, y así lo han considerado los centros principales de París y Londres que han aceptado su autoridad.

El Positivismo sin marbete sigue triunfando sin interrupción en la ciencia, en el arte, en la política, en la industria, en la filosofía y hasta en la religión, desde su sistematización por el genio de Augusto Comte, y con toda seguridad llegará a imponerse en el mundo, cuando la emancipación de una teología milenaria (fetichista, politeísta y monoteísta), aumente en los centros civilizados, y se desbrocen las masas espesas que pululan todavía en los cinco continentes.

Empero, las adhesiones a los centros oficiales del Positivismo integral o fragmentario disminuyen. Pareciera una ocurrencia paradójica; pero el caso tiene, a mi juicio, una explicación muy razonable.

El Positivismo es una doctrina capital que abraza la vida humana, individual y colectiva, corporal y espiritual, y comprende:

1º—"La filosofía de las ciencias". Esta orientación no está en crisis. Al contrario, el progreso científico se ha acelerado cien veces más desde

* Carta abierta dirigida desde las columnas de *La Nación*, en julio de 1923, a M. Emile Corra, director del Comité Positivista Internacional, París.

Comte a nosotros, que desde Aristóteles a Comte. La filosofía fundada sobre esa ciencia relativa y progresiva, se amplía también. Todos los países cuentan con pensadores que la aplican, comentan y coordinan sus concepciones generales, como lo hizo Comte con la ciencia de su tiempo. Claudio Bernard, Charcot, Berthelot, Le Bon, Henri Poincaré, Cajal, Max Nordau, Mach, etc., son un ejemplo.

2º—“La constitución de la Sociología”. Esta ciencia nueva se consolida. Durkheim y sus veintitrés ilustres colaboradores, siguiendo las huellas del Maestro, le han dado un vigoroso impulso, haciendo conocer en su “Année sociologique” los trabajos de los pensadores de todos los países e idiomas, y escribiendo monografías como las Reglas del método sociológico, la División del trabajo social, el Suicidio, etc.

3º—La iniciativa de que la “Moral” podía llegar a la positividad de una ciencia, como las seis anteriores de la clasificación jerárquica que estudian fenómenos cada vez más complejos, de menor generalidad objetiva y de mayor proyección subjetiva. Esta memorable fundación está también en pleno crecimiento. Lévy-Bruhl, entre otros, siguiendo la orientación de Comte, ha refirmado con hechos que la realidad moral, como la realidad física, fisiológica y social, puede ser observada, y de su observación y aun de su experimentación, inducirse leyes positivas, relativas y evolutivas, como las leyes de las otras ciencias. Muchos fenómenos morales ya están estudiados científicamente, sobre base anatómica, fisiológica, psicológica y sociológica, como la pereza, la mentira, la timidez, la alegría y tristeza, el dolor, el tedio, el pudor, la castidad, la lujuria, el misticismo teológico y científico, el egoísmo y el altruismo normal y patológico, etc. Desde luego, la moral teórica debe fundar sus leyes, y la moral práctica sus preceptos sobre la naturaleza humana, individual y social, y en ningún tiempo se ha conocido mejor esa naturaleza como hoy, y sigue estudiándose desde todos los puntos de vista, con mayores elementos de laboratorio y de amplitud y penetración mental.

4º—La inducción de las leyes capitales de la sociología estática y dinámica llevó a Comte al descubrimiento de la Humanidad como el mayor y más complejo organismo que existe en nuestro planeta. Y la aplicación de la ley de los tres Estados a la Religión (Religión teológica, metafísica y positiva, como ya la conciben y sienten los espíritus emancipados), le hizo comprender que esa misma humanidad ha sido, es y será nuestra verdadera providencia material, mental y moral, creadora de la industria, de la ciencia, del derecho, de la poesía, de la filosofía, de la moral. Esa misma Humanidad ha inventado, cuando fue necesario a la evolución mental del hombre, providencias ficticias, provisionalmente útiles; ya los dioses-cosas o seres de los teologismos, ya el vago deísmo de Voltaire y Rousseau, de que Diderot se reía.

Este concepto de una religión y moral humana y humanitaria, fundada sobre la sociabilidad y solidaridad, va también en marcha, cualesquiera que sean las reacciones teológicas a la moda, que se ven obligadas, sin embargo,

a revestirse, aun en contra de sus dogmas absolutos y fuera del universo, de acción y consagración social. La última guerra ha aportado una nueva verificación positiva. Los diferentes Pontífices no tuvieron ninguna fuerza para impedirlo, ni aun para inspirar confianza como árbitros, a pesar de invocar la representación de Dios, y ningún pensador serio la ha atribuido a un flagelo divino y misericordioso, sino a factores sociales que pueden contarse y pesarse.

De modo, pues, que el Positivismo se consolida y extiende casi en la misma proporción en que disminuyen los asociados de los centros positivistas.

¿Cuál es la causa?

Creo que puede resumirse en una decisiva y general: se hace girar demasiado a la Humanidad alrededor de Augusto Comte, cuando debería ser al revés. El hombre es poco; aun el grande hombre "es una abstracción". La humanidad es el todo relativo. "La Humanidad es un hombre que constantemente crece y constantemente aprende". Ella produce los grandes hombres, síntesis de una época, y los excede y rebasa sucesivamente, al correr de un tiempo a otro; crea nuevas síntesis y representativos, para juntarlos en un Olimpo: el genio es la región de los iguales.

Los centros positivistas, aun los más progresivos, como los de París y Londres, no han incorporado paladinamente las grandes corrientes de ideas positivas producidas desde la muerte de Comte y al impulso de su filosofía¹. Se han quedado con su letra y no han tenido el coraje de perfeccionarlo y menos de corregirlo, en nombre de su espíritu. El cumplió con grandeza genial con los deberes de su época; los positivistas militantes debieran cumplir con el suyo.

¿Cuál ha sido, por ejemplo, su actitud respecto a *La evolución de las especies* (1859) y a *La descendencia del hombre* (1871), de Darwin? El descubrimiento del origen del hombre, como el del movimiento de la Tierra, ha arrojado muy grande luz sobre nuestros destinos. Así como la teoría de Galileo, basada en la más comprensiva y extensa de Copérnico, operó una profunda revolución en las concepciones humanas, haciéndolas pasar de lo absoluto a lo relativo, —la anotación de Darwin, fundada en la comprensiva y vasta de Lamarck, ha engendrado una revolución semejante, tal vez más interesante para el hombre, porque le toca más de cerca. Apreciamos más claramente desde entonces las ideas y los hechos humanos que tienen su raíz en la animalidad y evolucionan hacia una más intensa humanidad.

El positivismo actual no ha honrado suficientemente este glorioso triunfo del espíritu positivo tan magistralmente caracterizado por Comte en su célebre "Discurso", comparado con razón con el Método Cartesiano. Cuando más, alguna capilla estacionaria o retrógrada que se ha reducido a adorar al pie de la letra a Comte, venga o no a pelo, proclamó que la

¹ Comte murió en 1857.

teoría de la descendencia es metafísica, porque se remonta “¡a las causas primeras!”.

El positivismo inglés, tan independiente y racional, ha glorificado en sus fiestas culturales y culturales del año pasado a los romancistas franceses del siglo XIX: Hugo, Balzac, Sand, Flaubert, Zola, Anatole France. Se han salido del Calendario y yo los aplaudo. Es el positivista “Calendario provisorio de la civilización humana”, como lo llamó su autor, y, como tal, admite las ampliaciones del presente y del porvenir, y aun inclusiones indispensables del pasado. No he visto, sin embargo, que se glorifique a Darwin. Su fórmula de “la lucha por la existencia”, como única causa de la selección natural, ha sido con razón discutida; pero no puede negarse que tenga mucho de cierto y que admita para las sociedades humanas la del “trabajo” y aun del “concurso por la vida”, como lo enunciaron los biólogos ingleses, en contra de la brutal significación literal que le dieron los imperialistas alemanes, con su “Alemania sobre todo”. No es razón para que se mire con despego al darwinismo la circunstancia de que Comte, en la lucha de Cuvier contra Lamarck y Geofroy Saint-Hilaire, se inclinara a Cuvier. La mentalidad contemporánea no participa del error comtiano, y ha proclamado en definitiva el triunfo de Lamarck, completado y aplicado por Darwin a nuestra especie.

¿Cuál ha sido la actitud de los centros positivistas respecto a Spencer, eminente espíritu positivo, el filósofo de la evolución total: cósmica, biológica y social? No se lo ha incorporado a la corriente engrosada de ideas; no se lo recuerda, ni se le quiere. El venerable cofrade Federico Harrison, antagonista digno de él, y aun mejor orientado en ciertos aspectos, le demostró que las ideas madres de su filosofía estaban en Comte. Eso era cierto, salvo la concepción de la evolución que fue más amplia en Spencer. Comte sólo la admitió dentro de lo humano: la evolución histórica. Pero si la doctrina de Spencer es, en el fondo, la misma que la de Comte, menos su concepción metafísica de la Religión, ubicada en lo incognoscible, —¿por qué no se lo ha incorporado al Positivismo, ni suena su nombre en las conmemoraciones? Spencer murió 46 años después de Comte, y pudo aprovechar del desenvolvimiento científico y de la filosofía científica en ese lapso apreciable.

No es mejor el gesto del Positivismo oficial respecto a Pasteur, el descubridor de un nuevo mundo biológico. Algunos centros hacen una guerra irreducible a las inyecciones, a la desinfección y a la vacunación obligatoria de masas sumidas casi en el salvajismo, cuya salud hay que defender aun en contra de su voluntad e inercia, por piedad y por motivos sociales. El eminente doctor Cancalon tampoco lo saludó con demasiada cordialidad en la ocasión de su jubileo. Le llamó genio fragmentario, aludiendo a su falta de emancipación en sociología y moral. Sea. Pero casi todos los genios o todos son fragmentarios. Genios totales, en quien el poder de observación sea tan intenso como el de concepción, los Aristóteles y Comtes, son contados, y eso dentro de su tiempo, porque la Humanidad,

que no espera, los deja a todos atrasados o fragmentados. Entretanto, Pasteur en la ocasión de su centenario, es aclamado por el mundo como un excepcional bienhechor. ¿Qué eco ha tenido este grito universal en las salas positivistas? Nadie puede negar que el espíritu positivo triunfó magníficamente en los descubrimientos de Pasteur y de sus sucesores, para combatir las enfermedades infecciosas que son casi todas las enfermedades, algunas de las cuales han desaparecido de los cuadros nosológicos y otras van por el mismo camino. El Positivismo oficial está teóricamente marcando el paso en la Anatomía de Bichat, participando de su escepticismo respecto al microscopio, en medio de la sonrisa de los núcleos de investigación que adelantan todos los días "el saber útil". Confesemos, mi distinguido amigo, que los positivistas, manejando la doctrina más progresiva y relativa que los hombres hayan inventado, vamos quedando fuera de moda, puesto que desconocemos los triunfos más señalados de esa doctrina por otros hombres que no son, por supuesto, los ejecutores testamentarios.

Ha sido idéntica la conducta positivista frente a Lombroso. Nadie lo recuerda ni menos agradece su caudaloso aporte al tesoro mental y moral de la Humanidad. La ingratitud es irreligiosa. Estudió objetivamente y en vasta escala la psiquis humana, relacionándola con la vida consciente e inconsciente del animal y del vegetal, y junto con la escuela francesa de Ribot, Janet, Dumas, para no hablar de otros, constituyó definitivamente la Psicología normal y patológica. Realizaba las aspiraciones de Augusto Comte (uno de sus genios en "Genio y locura"), quien nunca tomó a lo serio la psicología literaria e introspectiva de su tiempo, asentando que llegaría a ciencia como integración de la biología, fundada en la fisiología cerebral y aun corporal. Ningún reconocimiento ni simpatía se ha demostrado a Lombroso, Ribot, Cajal y todos los que siguen investigando las funciones cerebrales. Los "positivistas integrales" se han plantado en las "localizaciones" de Gall. Para él sus alabanzas, y el presente parece que les fuera desconocido. No se honra al Maestro, despreciando los resultados de su incomparable impulsión, tanto en las ciencias llamadas naturales, como en las sociales y mentales, que también son naturales. Es un sacrilegio marcar el paso sobre concepciones que han tenido su razón de escala, y de la que ya nos separan muchos escalones.

Los darwinistas, lamarckianos, spenceristas, pasteurianos, lombrosianos, investigadores en las ciencias inferiores y superiores, forman legión, y abandonan a los positivistas oficiales, porque los positivistas los abandonan y aun los ignoran. No pueden quejarse de su soledad ni aun las más ilustres asociaciones de París y Londres.

Y no se diga que el Positivismo se ocupa en último extremo de Moral y Religión y no de ciencia. Sería una interpretación absurda e inmoral. El Positivismo se ocupa de cuanto concierne a la Humanidad. La ciencia es el dogma del Positivismo, doctrina demostrada, progresiva y relativa como la ciencia misma. Tiene "por fin el progreso", y no puede desentenderse

del desenvolvimiento continuo y completo de la vida colectiva. El progreso de la ciencia que significa transformación sucesiva de opiniones y creencias, incluye sobre la Moral que, a su vez, es ciencia y arte evolutivo. No nos es dado desentendernos de los resultados científicos, como no se desprecupan ni las religiones teológicas.

Comte ha demostrado la influencia decisiva de los descubrimientos científicos sobre las opiniones y las costumbres. Cita especialmente el caso del movimiento de la tierra que produjo una profunda revolución moral, desde que nuestro globo dejó de ser el centro del Universo y el hombre el rev de la creación. Se abatió el orgullo de lo absoluto, y se fomentó la humildad de lo relativo.

Pues el descubrimiento de que el hombre descende de especies inferiores y de que la humanidad misma es una especie zoológica, base de humanidades sucesivas y superiores, alienta la fe en el progreso moral. Nuestra moral se ha levantado con este concepto sobre la antigua teoría de una especie fija y separada de la creación terrestre y universal.

La aptitud estética del Positivismo es ilimitada, como que es una aptitud humana. Sólo los que no lo conocen ni por las tapas creen que el Positivismo, sinónimo de afirmación, de realidad objetiva y subjetiva, de certidumbre humana y no divina, significa materialismo y comercio. por más que también estudie una y otra cosa.

Comte ha escrito páginas inmortales sobre el arte. Ha dedicado tres meses de su Calendario a los poetas y artistas antiguos y modernos. Ha explicado con su profundidad habitual la evolución estética a través de la historia, desde Homero a Dante; de éste a Shakespeare y Cervantes; de éstos a Byron, Walter Scott y Goethe, "el más filósofo de los poetas después del Dante". Ha recomendado lecturas diarias de grandes poetas, como él practicaba.

Dentro de esta grande orientación, también el Positivismo actual está en mora. Pareciera que el arte en el pasado fuera sagrado y el del presente, profano, o no existiese. ¿Por qué no se conmemora a Víctor Hugo, sonoro, pero no hueco; al realista Balzac, a Verlaine, Ibsen, Wagner, etc.?

La filantropía contemporánea tampoco ha entrado en sus cuadros. Laffitte examinó magistralmente la organización caritativa del régimen católico, principalmente la de San Vicente de Paul, cuyos métodos han sido ampliados y perfeccionados mil veces por cooperativas, mutualismos, arbitraje entre empresarios y obreros, invención de trabajos públicos, acción del Estado, altruismo personal y de grupo. ¿No sería oportuno estudiar y caracterizar la filantropía de nuestro tiempo y a los filántropos, un Carnegie, por ejemplo, que después de regalar 500 millones de dólares para instituciones que durarán más que él, ha escrito en "El evangelio de la riqueza", la fórmula positiva de que la riqueza, aunque de apropiación individual, es de fuente social y debe serlo en su aplicación y destino? Los sistemas de hoy serán defectuosos, como los de todos los tiempos,

como las cosas y los hombres; pero son más amplios, más expansivos y más racionalmente eficaces.

Algunos positivistas de su encuesta se quejan de pobreza y del egoísmo de los ricos. En la eterna lucha de una clase contra la otra, suena de tanto en tanto la amenazante parábola del camello y el ojo de la aguja. ¡Quién sabe si las salas positivistas fueran menos silenciosas respecto a nuestras organizaciones altruistas, no alcanza su acción filosófica una justiciera munificencia!

El positivismo debe ser rico. Los votos de pobreza fueron una inspiración oportuna de la mendicante Edad Media, desposeída de la gran maquinaria. Hoy se produce para todos. El problema no está en la producción, sino en la equitativa distribución entre consumidores, empresarios, obreros manuales y mentales, y aun entre los apóstoles que desempeñan una elevada función. La espiritualidad descansa sobre la materialidad, como los fenómenos más nobles sobre los más groseros: las cerebraciones sobre la digestión.

El catolicismo es muy rico. Reza y gana. Las comunidades son sociedades anónimas internacionales que tienen un pie en las cinco partes del mundo. Admite en su seno variedad de temperamentos individuales y de grupo, diferenciados psicológicamente por el color y la elegancia de las sotanas: variedad en la unidad de obediencia jerarquizada. Esto es bastante sabio. Además, los superiores eligen entre ellos mismos al Papa, el cual resulta así un funcionario empapado en la tradición del gobierno eclesiástico. Los inferiores y la masa católica no tienen voto: no pueden llevar a la Cátedra de San Pedro a un cura de aldea, es decir, a un caudillo rural con que suelen obsequiarnos de cuando en cuando nuestras populacheras democracias. Con mucho dinero y con una excelente Constitución, sin Parlamentos anárquicos, haraganes e irresponsables, y con su hábil sistema electoral adaptado a su estructura, el catolicismo va viviendo su cuerpo, aunque sus dogmas hace tiempo que están muertos. ¿Qué cardenal de consistorio cree hoy en la trinidad egipcia, asiria, fenicia, alejandrina, de donde salió la cristiana? ¿Qué cardenal secretario está seguro del purgatorio, de la resurrección de la carne, ni que el dios del universo einsteniano haya delegado su poder en uno de ellos? El Positivismo llegará a ser rico, puesto que su ciencia acrece siempre; pero a condición de adaptarse a la vida sucesiva, como lo manda su credo. Su fin es el progreso material y espiritual.

Laffitte, con su espíritu amplio y evolutivo, incorporó a Gambetta y Ferry, en lo político, y ocupó una cátedra en el Colegio de Francia, desde donde hizo conocer el positivismo a la alta inteligencia francesa y mundial. Ud. analizó el "pragmatismo" de William James y antecesores, separando el grano de la paja, y acompañó a la gran guerra con profundos comentarios filosóficos, como el de "Los ejércitos invisibles" que yo traduje para la *Revista de Filosofía* de Buenos Aires. El Centro de Newton-Hall, uno de los más prestigiosos, conmemora grandes hombres fuera del Calendario; ha estudiado la filosofía de Bergson, cuestiones capitales del pasado

y del presente, y advierte al Gobierno inglés sus deberes. Marcel Boll resume las ideas esenciales de los libros de ciencia, filosofía y religión que aparecen en Europa; ha popularizado con criterio actual la filosofía de la matemática, de la física y de la química; acaba de publicar una de las monografías más claras acerca de la evolución geométrica y astronómica al través de Euclides, Galileo, Newton y Einstein. Esta es la actitud racional y altruista: que cada uno sirva a la sociedad dentro de sus aptitudes, diferenciadas de más en más en cada generación. Todos somos positivistas incompletos.

Si el positivismo no se mezcla con lo contemporáneo, lo contemporáneo no entrará en sus salas. No es una doctrina pasada; al contrario, sus postulados empiezan a esclarecer, de conjunto, la mentalidad teologizada por siglos. Y está triunfando con los discípulos que rejuvenecen al maestro, armonizando sin esfuerzo su espíritu con nuevas vistas. Hay, en cambio, discípulos que lo envejecen al otorgar valor absoluto a palabras que respondieron a una oportunidad, a una impresión personal, o a un raptó de orgullo, tan explicable y atractivo en el genio.

Comte aceptó el determinismo individual, rechazando el ilusorio y orgulloso libre albedrío. Lo físico y lo psíquico del hombre es producto de un conjunto de factores en que no interviene casi la voluntad personal: de la herencia y de la adaptación familiar, escolar, social, dentro de una región y tiempo dados, en que dominan juicios y prejuicios que caracterizan cada época, y de la que la generación correspondiente no puede libertarse.

“La doctrina positiva, dice Comte, concibe el orden universal que domina la existencia humana, para determinar nuestra relación con él; expone las leyes efectivas de los fenómenos observables, tanto internos, como exteriores, es decir, sus relaciones constantes de sucesión y similitud, que nos permiten preverlos”. “Un dogma fundamental del positivismo es la existencia de un orden más o menos inmutable al cual están sometidos todos los acontecimientos. Este orden es objetivo y subjetivo: concierne a la vez al objeto contemplado y al sujeto contemplador. En nuestros días, la extensión de las leyes naturales ha penetrado en su último dominio, rigiendo los más eminentes fenómenos de la inteligencia y la sociabilidad (psicología y sociología). Estas leyes no son inmodificables (“La evolución de las leyes”, por Poincaré). La inmodificabilidad total sería tan contraria a la noción misma de ley, desde que ésta se caracteriza por la constancia percibida en medio de la variedad. Así el orden natural constituye una fatalidad modificable. Nuestro verdadero destino se compone, pues, de resignación y de actividad. Una juiciosa sumisión a las leyes fundamentales puede prevenir la vaguedad e inestabilidad de nuestros deseos, de modo a permitirnos instituir una sabia intervención”.

“Si la libertad humana consistiese en no seguir ninguna ley, sería aún más inmoral que absurda, como que imposibilitaría un régimen cualquiera, individual o colectivo”. “No puede representarse, termina Comte, como

hostil a la libertad y dignidad del hombre el determinismo, que consolida y desenvuelve mejor la actividad, la inteligencia y el sentimiento”.

Con su profundo espíritu sociológico, Comte proclamó también el determinismo histórico y lo sintetizó en dos principios. “Todo lo que existe es necesario”, es decir, que todo fenómeno social reconoce factores de producción, independientes de quiméricas voluntades divinas y aun humanas. “El hombre se agita y la humanidad lo guía”, es decir, cada hombre, que es herencia condensada y milenaria, realiza su destino bajo la influencia absorbente de la época y de la región en que vive.

Una consecuencia primera del determinismo es la actitud de explicación y no de censura, al juzgar hombres y acontecimientos: de ahí, la tolerancia que crece como un lazo moral de hombre a hombre, de época a época. De ahí el criterio de unidad y continuidad histórica.

Hay que revocar entonces algunos fallos. Es el momento de incluir en el Calendario la Reforma y a los reformadores, cuya actitud compleja no fue del todo negativa. Ellos iniciaron la descomposición del monoteísmo cristiano, proceso de tres siglos que hizo crisis en la Revolución Francesa, la cual al romper los viejos moldes sociales, hizo posible una reconstrucción “sin dioses ni reyes”.

Debemos levantar el anatema que pesa sobre Juliano el Apóstata y Napoleón. Explicar es justificar. El primero fue un dulce y noble filósofo que cometió el pecado intelectual de reconocer y amar las bellezas de su pasado inmediato —la antigüedad ateniense y romana— y desconocer las de su presente cristiano. Es un fenómeno muy general. La mayor parte de los hombres aceptamos y admiramos las grandezas ya juzgadas, y hasta tiramos piedras a los genios desconocidos que se codean con nosotros: nadie es profeta en su tiempo.

Napoleón “existió, porque fue necesario”, para reaccionar contra la anarquía sanguinaria de la revolución, contra un espíritu crítico que no reemplazaba con nada las creencias que demolía; contra la debilidad militar de la nación que estaba obligada a derramar la semilla revolucionaria por toda Europa, demostrando objetivamente a la mentalidad de la época que los reves absolutos que se le rendían y arrodillaban, no ejercían un poder de origen divino, como ellos lo aseguraban y todavía lo proclamó la fantasmagoría de Guillermo II.

Cumplió bien esta misión, y no llenó bien otras, porque han sido muy raros los grandes hombres que hayan podido representar dos evoluciones sociales sucesivas. El más ilustre genio no puede luchar con ventaja con la ininterrumpida marcha social. La Francia quedó extenuada después de la República y del Imperio, como les pasa a todos los redentores, hombres o pueblos. No se culpe demasiado del hecho a Napoleón. La masa francesa, desangrada y perturbada, después de diez años de conmociones, se volvió más que antes del 89, realista y católica. Al aceptar Napoleón este doble carácter de la colectividad mostró, como todo hombre más de acción que de pensamiento, capacidad para sentir y representar las impulsiones de

la acción y reacción popular, y su Gobierno monárquico y clerical fue prestigioso en Francia, casi hasta el momento de su caída. Las quejas de Mme. Staël (en sus "Dix années d'exil") son un testimonio fehaciente, por lo mismo que no pecan de bondadosas. "Napoleón eligió un ministro del antiguo régimen y otro del nuevo, cuya misión era poner a su disposición los medios de los dos sistemas contrarios". Confiécese que es más fácil juzgar de la acción más simple de un hombre que de la más compleja del agregado social. Por eso, Napoleón cargó con todo el pecado de una reacción, si antipática, muy explicable y aun necesaria. Los genios políticos son índices de estas fortuosidades sociales, y se les aplaude o silba en el papel que el determinismo histórico les hace representar. Antes de censurar, el criterio contemporáneo, investiga, para explicar. De la explicación a la justificación no hay más que un paso. A todos va más o menos perdonando la historia, aun a los antipáticos coeficientes colectivos que, por desgracia para ellos mismos parece que dirigieran, cuando precisamente obedecen más que nadie las corrientes incontrastables del momento.

Hay que reintegrar a Jesús. Comte hizo bien de excluirlo de su Calendario humano, porque todavía era Dios en 1849, 50, 51 y 52, años de sus primeras ediciones. Pero después de los trabajos de Strauss, y, principalmente para el Occidente, de Renán y Guignebert, no tenemos duda de que es un personaje histórico que floreció cuatro o cinco siglos después de Sócrates; que predicó la supresión de la ley del Talión y el amor al prójimo, amigo o enemigo, adelantándose a la psiquiatría: no es dable odiar ni al criminal nato, pues que está determinado por una complejión cerebral y corporal y un medio favorable al cultivo. Fue lógico con su doctrina hasta en la hora de su martirio. Es, en parte, un personaje legendario no inferior a Prometeo, que figura en el Calendario. Ha inspirado a San Pablo, a la moral y al arte humano. Es, pues, una realidad personal y poética de que la doctrina sociológica que consagra la continuidad histórica no puede desentenderse, desde que llena una buena zona del pensamiento y de la historia.

¿Cuánto vale Jesús como valor absoluto? No lo sabemos, y el ritmo de la opinión a su respecto ha variado bastante aun dentro del cristianismo. Como lo observa Anatole France, el Cristo efebo de las Catacumbas se diferencia mucho del Cristo de nuestras catedrales. Al Cristo resplandeciente de San Pablo sucedió el Cristo de los sinópticos, judío pobre, vagamente comunista que se convierte por el Cuarto Evangelio en una especie de joven Alejandrino, discípulo muy endeble de los gnósticos. Luego aparece sucesivamente el Cristo dominador de Gregorio VII, el Cristo sanguinario de la Inquisición, el Cristo emprendedor de Julio II, el Cristo ateo y artista de León X, el Cristo insubstancial e incoloro de los jesuitas, el Cristo protector de fábricas, defensor del capital y adversario del socialismo de León XIII.

No conocemos el valor absoluto del Cristo; pero basta que haya inspirado la *Imitación*, libro de la Edad Media que se convierte en un libro del

siglo XX con sólo cambiar, en la traducción de Corneille, la palabra "Dios" por la palabra "Humanidad". Ha inspirado la *Divina Comedia*, cuyo autor, que no se recomendaba por la modestia, le llama poema sacro en que han puesto mano, cielo y tierra. Varios de sus cantos están casi especialmente dedicados a la glorificación de Jesús y de María, "hija de su hijo" (23, 28, 31, 32 y 33 del "Paraíso"). Ha inspirado la constancia y el coraje de millares de mártires; las estatuas y los cuadros del Renacimiento; las visiones de Santa Teresa, bien estudiadas por la psicología positiva; el verso y la prosa de fray Luis de León; la fundación de los Padres peregrinos; la libertad política de Inglaterra y Estados Unidos; los sermones puros y poéticos del templo protestante.

Podría citar algunos otros casos, no de renovación, sino de reajuste entre la teoría y la aplicación positiva.

No nos es dable en nombre de opiniones personales, muy respetables y oportunas en su momento, pero que no dicen con el fondo de la doctrina, contrariar el sufragio universal; la función social y política de la mujer, sobre la que usted manifestó y fundó opinión favorable; las diferentes formas que adopta el trabajo y la lucha proletaria, para conseguir su incorporación definitiva a la sociedad actual, uno de los ideales del Positivismo; la organización constitucional fundada en el libre equilibrio de las fuerzas sociales, como lo comprendió Washington, y no aceptar la conquista y el pillaje enriquecedor de Federico II, como norma de la política moderna.

El espíritu positivo que Comte tuvo la gloria de caracterizar y sistematizar, nos otorga independencia para observar con penetración creciente la realidad social en constante evolución, y para juzgar "la época Comte", como la de Aristóteles, de Santo Tomás o de Descartes, y las concepciones fundamentales que las informaron. Las teorías pueden modificarse; pero el espíritu positivo, por eso mismo, es inmortal. Viene de lejos, desde Thales y Aristóteles, y aun "desde los humildes pensadores del Africa Central, que tienen pocas, pero más claras ideas que muchos doctores alemanes", según la humorada de Comte.

Se ha dicho que la ciencia fue la religión de Renán, "alegría suprema y soberano bien, fuente única de progreso en la humanidad, sola revelación auténtica de lo divino en el sentido de lo sublime: la ciencia de la naturaleza, de la sociedad, de las concepciones del hombre: pensamiento y trabajo creador y vinculator". Es la religión de Comte.

No comulgo con los que consideran eficaces los remedios de procedimiento para resolver la crisis de los centros positivistas. La cuestión no es de forma, como la intensificación de propaganda, etc., sino de fondo.

No creo tampoco en las quejas de viejos y serviciales positivistas, para los cuales la doctrina va por un lado y "el mundo egoísta y corrompido" va por otro. Los positivistas no tienen el derecho de envejecer. El espíritu positivo no consciente que se encadenen los hechos a principios *a priori*, en vez de recibir su lección. Las teorías rotas o desmentidas deben reemplazarse. No es dable tampoco desconocer los nuevos fenómenos o sus

formas nuevas. No hay motivos de pesimismo en el seno del Positivismo optimista, cuyo fin es el progreso. Es cierto que hay clases enteras que ingresan en la vida ávidas de comer y gozar; pero llegan también aportes de energía, labor y buen sentido, que equilibran fuerzas y robustecerán la experiencia individual e histórica de que la dicha serena y permanente del espíritu se sobrepone al fin de cuentas al hartazgo de los sentidos, cuyos placeres son tan intensos como fugaces, y cuya intemperancia debilita y mata.

Es urgente, me parece, hacer concordar el espíritu positivo, más que nunca triunfante en nuestra hora, con la ortodoxia más o menos estrecha de los centros militantes, algunos de los cuales están repitiendo en frío sus fórmulas, como los judíos de la decadencia, en templos sin sacerdotes. El verlos fuera de la vida actual hace concebir a los que la ignoran que se trata de una doctrina agotada que tuvo alguna vez su razón de ser, y no de una filosofía viva y sana que sigue explicando las concepciones nuevas de la ciencia, del arte, de la industria, del derecho, de la política, de la moral.

Con esta disposición de espíritu continuaremos honrando a la humanidad, providencia inmediata del hombre. La humanidad no es una entidad envejecida, pasada de moda, sino un organismo triunfal que sigue produciendo, en medio de dolores y sangre todavía la verdad, la belleza, el bien, cuyas fuerzas cambian, para satisfacer el odio del hombre a lo monótono y uniforme, pero cuyo acervo se consolida y acrece. Así la providencia futura no será inferior a la providencia pasada, reverenciada en las capillas, sino más poderosa y resplandeciente, aunque siempre imperfecta, es decir, perfectible.

13

JOSE TORRES OROZCO
(México)

*LA CRISIS DEL POSITIVISMO EN MEXICO **

La desorientación general que las grandes agitaciones sociales han causado a nuestra patria durante los últimos años, ha revestido en los dominios de la actualidad filosófica extraordinarias proporciones. Un ferviente anhelo de renovación, suscitado por el fracaso práctico de las instituciones sociales, se hizo sentir desde que la Revolución nacional dio al traste con el orden ficticio de la autocracia porfirista. Hombres nuevos trajeron ideas nuevas

* Trabajo fechado en la Ciudad de México, 1924, que permaneció inédito, en manos de Samuel Ramos, hasta que fue publicado por Juan Hernández Luna en 1970

y todos los mecanismos sociales hubieron de sufrir transformación considerable.

Una nueva generación, llena de ímpetus demoledores y ansiosa de conmover el organismo social en sus mecanismos más íntimos, se hizo cargo de la dirección teórica y práctica de la sociedad. Bajo su influjo se crearon nuevas tendencias y orientaciones nuevas y un esnobismo bastante irreflexivo llegó a caracterizar, mientras el estado nuevo se consolidaba, el fondo de la mentalidad popular.

La Revolución, movimiento de orden político y económico, hizo revolucionar por contragolpe nuestra ideología y nuestra cultura, y las nuevas disciplinas mentales se acogieron a la bandera de la Revolución como a eficaz égida bajo cuya sombra encontrarían prosperidad muy efectiva.

Tendencias heterogéneas, disímbolas, sin ningún lazo con el fondo ideológico de la Revolución se incorporaron a ella y la Revolución las acogió sin darse cuenta que, algunas cuando menos, lejos de representar un avance y un progreso, eran el signo evidentísimo de un retroceso hacia actitudes especulativas ya definitivamente juzgadas.

Así fue como en el ardor de la crisis revolucionaria pudo realizarse extraño maridaje entre el jacobinismo rabioso de los luchadores victoriosos y el misticismo cristiano de dialécticos mañosos, que supieron acomodar su dócil pragmatismo a las afirmaciones audaces de la Revolución.

A favor de la desorientación general, la filosofía que predica Antonio Caso y que ha hecho escuela durante los años que dura el desquiciamiento social, se ha presentado como un anhelo de renovación, ya que intenta divulgar en nuestro medio novísimas doctrinas emanadas de los centros de más deslumbrante cultura espiritual.

La moda filosófica pudo imponerse sin gran dificultad. La naturaleza propia de nuestro medio intelectual, y la oportunidad del momento histórico, facilitaron la empresa a los innovadores, y aunque las gentes dedicadas a los afanes de la ciencia permanecieron indiferentes al resurgimiento del misticismo primitivo, la nueva escuela, dueña de la cultura universitaria de la ciudad de México, llegó a creer que su victoria era definitiva y su dominio universal.

Pero la infección, localizada en el centro, no irradió a la periferia. Las universidades de provincia, más cautas y menos noveleras, permanecieron fieles a las orientaciones positivas. El autor de estas líneas, desde las columnas de la revista *Minerva* y desde su cátedra de filosofía en el Colegio de San Nicolás, de Morelia, mantuvo las tesis positivas, al mismo tiempo que en otros centros de cultura un docto profesorado se mantenía firme y rechazaba con energía la forma nueva y sospechosa del misticismo pragmatista.

El Congreso de las Escuelas Preparatorias reunido en septiembre de 1922 con el fin de uniformar la instrucción secundaria y de establecer entre los planteles respectivos lazos eficientes de solidaridad, mostró un espectáculo que pocos esperaban. El positivismo de las escuelas de provincia impuso decisiva derrota al misticismo vacío y ampuloso de la Univer-

sidad Nacional, y así, después de diez años de continuas labores, encontré Caso con que su autoridad como filósofo no excedía de los límites del Distrito Federal.

Acostumbrado a no ver más allá del medio oficial en que respira, y alucinado por su aparente victoria, Caso desbordó contra las disciplinas positivas toda su ira y todo su rencor. Con saña furiosa se lanzó al ataque, y ningún medio parecióle inadecuado para lograr su fin, llegando hasta el extremo de lanzar contra el positivismo acusación que lo presenta como culpable de nuestro malestar social y de la crisis revolucionaria que hoy todavía estamos contemplando. Especulación maliciosa transformó la cuestión filosófica en bandera política y coadyuvó al triunfo de la escuela nueva, presentando la cuestión en litigio bajo una apariencia falsa y engañosa.

Esa acusación se encuentra en dos libros publicados en 1915, en plena efervescencia revolucionaria, cuando el movimiento libertario obtuvo sobre la reacción su victoria decisiva; libros de mala fe, de calumnias y de falsía, *Filósofos y doctrinas morales* y *Problemas filosóficos*, vacían todo el odio de su autor contra el positivismo en ataques los más acres y absurdos que registra la historia de la filosofía.

“El fracaso del positivismo mexicano está demostrado. Es una de las condiciones directas de la tremenda crisis moral que sufre la República” (*Filósofos y doctrinas morales*, pág. 327). “El positivismo había triunfado estableciendo el gobierno (la dictadura pacífica de Porfirio Díaz) que nunca se propuso un ideal, propio de individuos que parecían no tener ninguna” (*Filósofos y doctrinas morales*, pág. 324). Dos capítulos dedicados exclusivamente a extender estas ideas y frecuentes llamadas en el texto completan la labor con que Caso se propuso denigrar al positivismo presentándolo como causa inmediata de todas las calamidades que afligen a nuestra patria.

El señor Ramón Pardo, en su informe rendido en marzo de 1923 como director del Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, dice estas palabras que aconsejo a la meditación del señor Caso: “La enseñanza positiva no puede allegar para sí responsabilidades en relación con nuestros movimientos políticos y sociales; ni nuestras inteligencias cultivadas han tomado, en el país, la jefatura de tales movimientos, ni las masas revolucionarias y, quizá, ni muchos de sus caudillos han sido positivistas, ni han oído hablar de jerarquización de Comte, ni de supervivencia del más apto, ni de ninguno de esos principios de innegable verdad y que tachan de disolventes los detractores de la filosofía comtiana.

“Cuando, anteriormente al año 67, la jerarquización de Comte no era conocida en los colegios de la República y, estos centros de instrucción nutrían las inteligencias con los sueños de la metafísica a los dictados de la religión, nadie habría pensado en atribuir las convulsiones políticas de la época, a la instrucción positiva que les era desconocida, ni tampoco

culpar, como responsables de ellas, a los *apriorismos* de la metafísica ni a las enseñanzas de la religión.

“Una clase afortunada, hondamente conservadora y llena de los prejuicios nacidos del privilegio y de la intolerancia romana, y otra clase inferior, frustrada en su destino, oprimida y humillada, bastan para explicar esas convulsiones terribles que procuran el equilibrio y en cuyo fondo se encuentra, no una doctrina filosófica, sino un pasado histórico de incontestable poder”.

Sería completamente ocioso agregar una palabra más al docto discurso del profesor oaxaqueño; desde la consumación de nuestra independencia hemos vivido en un constante régimen revolucionario, hemos soportado malos gobiernos y afrentosas tiranías, y cuando estos hechos sociales se realizaron antes del 67, el positivismo no era conocido en la República. A la psicología de nuestra raza, a nuestra evolución social, a la lucha de clases y no a doctrinas filosóficas que nunca han penetrado en la conciencia de las multitudes, es a lo que, con toda razón debe atribuirse, según el dicho del señor Pardo, el desastre nacional.

La afirmación de Caso que califica de positivista al gobierno de Porfirio Díaz merece un momento de atención. Aunque más adelante demostraré que esta fase de la cuestión debe interponerse como un simple aspecto de una confusión muy general en que apoya Caso su prédica contra el positivismo, conviene desde ahora puntualizar si efectivamente el gobierno del general Díaz puede ser considerado como un gobierno positivista.

No existe una forma de gobierno derivada de la filosofía positiva. Todos los filósofos que han adoptado las orientaciones de Comte coinciden en el criterio filosófico del método, en sus conclusiones concretas y prácticas. Mientras que se basa en los postulados de la ciencia, muy pocos se adhieren a la política positiva que Comte presentó como natural complemento de su sistematización filosófica. Cada positivista, se llame Spencer, Stuart Mill, Taine, Renan, etc., ha elaborado por su cuenta un sistema político que en muy poco o en nada se parece al elaborado por los otros.

El señor Caso no dice en cuál de estas formas de política positivista encaja el régimen de Porfirio Díaz, pero en un lugar de su obra (*Filósofos y doctrinas morales*, pág. 319) habla de “cierto médico mexicano que había oído en París las lecciones de Augusto Comte” y a quien “el Presidente Juárez llamó para que emprendiera la obra de reconstrucción moral e intelectual de la nación”. El médico fue Gabino Barreda y el positivismo que trajo fue el de Augusto Comte. Pero, el hecho es bien sabido, la obra de Gabino Barreda no fue de político sino de educador; dedicó todos sus esfuerzos hacia la organización positiva de la cultura nacional, pero nunca abordó las cuestiones de orden meramente político. El programa completo del positivismo comtiano no fue realizado esa vez ni lo fue nunca; consciente de la dificultad insuperable que el momento histórico ofrecía para la completa realización del ideal positivo, Gabino Barreda no intentó siquiera el menor ensayo que habría exigido una absoluta transformación social.

Preciso es dar una idea, aunque sea somera, de la política de Comte para que el lector pueda palpar hasta qué grado es diversa del régimen porfiriano al que con tanta ligereza el señor Caso compara.

La política de Comte, tal como se encuentra expuesta en el *Catecismo positivista* y en la *Política positiva*, es un sistema de cooperación universal, desinteresada y libre. Su base psicológica es la continuidad asegurada por el progreso histórico que realiza la clase especulativa y la solidaridad que se afirma en la acción de los proletarios. Su base moral es el altruismo como ideal supremo de toda colectividad.

Las inclinaciones altruistas sistemáticamente cultivadas se presentan en la política de Comte como el medio esencial que realiza la convergencia de los esfuerzos sociales hacia un fin común; ese cultivo sistemático acabaría por hacer que en el hombre el altruismo fuese un impulso radicalmente natural como hoy lo son los apetitos egoístas¹ la universalización definitiva del altruismo conduciría naturalmente al comunismo. Un deseo mutuo y espontáneo de ayuda, consagrado por las colectividades como el ideal más alto, acabaría por producir la completa absorción del individuo en la sociedad; viviendo para todos, cada uno se sentiría obligado a dedicar sus esfuerzos y el producto de sus actividades al bien común y desde entonces la prosperidad individual perdería su razón de ser. El esfuerzo colectivo sería la garantía más segura del bienestar individual y la moción teológica metafísica del "derecho natural" carecería absolutamente de significado. "Las justas garantías individuales resultarían de esta unidad universal reciprocidad de obligaciones que reproduce el equivalente moral de los derechos anteriores, sin ofrecer sus grandes peligros" (*Política positiva*, I, 36). Como la armonía social quedaría basada, no en el ejercicio de derechos sino en el cumplimiento de obligaciones, la acusación que Giovanni Papini hace en su libro *X Crepuscolo dei Filosofi* a la política positiva de conducir a la holgazanería colectiva, ya que todos los individuos eludirían el trabajo esperando que otros cubrieran sus necesidades, es totalmente injusta, porque la falta de cumplimiento a la obligación general de cooperar nulificaría todo derecho para esperar ayuda de la colectividad. De este modo la política positiva establece y sanciona la divisa que hoy proclama la Revolución Rusa: "Que todo el mundo trabaje, pero que nadie trabaje para mantener holgazanes".

En la organización positiva se establece que "el ejercicio de la propiedad nunca debe ser individual; la comunidad debe intervenir en ella para subordinarla a las necesidades sociales; en el régimen normal todo pertenece al Gran Ser (la Humanidad) que confía sus tesoros a sus ministros para que éstos provoquen el sostenimiento de la colectividad" (*Política positiva*, IV, pág. 340).

Pero Comte piensa que un comunismo radical sería totalmente subversivo porque destruiría en la sociedad todo elemento de disciplina que es indispensable para el éxito de cualquiera empresa social, en la que debe

¹ Faltan renglones en el original.

haber individuos que dirijan y trabajadores que obedezcan, y porque se perdería la fuerza de interés individual como fuente de progreso económico (*Política positiva*, I. 152).

Combinando la necesidad moral de la organización comunista con los datos de la economía ortodoxa, Comte establece un régimen en que la riqueza y los medios de trabajo están socializados y sólo que sean bajo el dominio temporal de los individuos para evitar la dispersión y la disipación del capital, que deberá siempre estar destinado al progreso económico de la colectividad.

El éxito de este régimen no podría asegurarse si su ordenación y su mantenimiento no fueran encomendados a individuos de apta capacidad mental, de amplísima cultura y de acrisolada honradez. Al colocar Augusto Comte la sociología en el lugar más alto de la escala de los conocimientos humanos, admite que los fenómenos históricos y sociales en que debe basarse toda actividad política, son, por antonomasia, los hechos más complejos y, por esto mismo, aquellos en cuya natural urdimbre convergen mayor número de factores de todos los órdenes naturales. Por esto, consecuente con la enseñanza que se desprende del estudio científico de la sociedad y con el ideal moral sobre que giran sus instituciones políticas, entra el gobierno supremo de la sociedad positiva a su sacerdocio formado por filósofos y sabios, suficientemente preparados por una amplia cultura enciclopédica, por un conocimiento profundo de la sociedad y por un nivel moral elevadísimo, para que la dirección general de las colectividades se realice plena y segura dentro del orden más estricto y hacia el progreso más alto. En la organización positivista quedan irrevocablemente eliminados del gobierno militares, políticos y toda clase de aventureros y arribistas.

La dirección general que el sacerdocio imprime a la sociedad positiva es realizada, en cada uno de los órdenes de la vida social, por individuos suficientemente preparados que dirigen las empresas, las industrias y todas y cada una de las manifestaciones del trabajo colectivo. Banqueros aptos administran y manejan el capital y distribuyen equitativamente la riqueza de acuerdo con una estricta igualdad de justicia. Una jerarquía social, hecha sobre la base de la importancia y de la generalidad del trabajo de cada uno en relación con el orden de la sociedad, garantiza el orden y la disciplina al mismo tiempo que afianza los lazos de la solidaridad general.

La sucinta descripción anterior basta ya para tener cabal idea del estado especial de la evolución histórica que sería necesario para que tal régimen pudiera íntegramente realizarse. La vida efímera de los falansterios establecidos en la Unión Americana a mediados del siglo pasado, enseña con elocuencia que una organización siquiera parecida a la que Comte expuso en su *Política*, no es posible en el estado actual de la evolución humana.

Si el señor Caso afirma, pues, que el positivismo creó en México el gobierno de Porfirio Díaz y que este régimen autocrático y tiránico fue

positivista, expone un aserto falso y doloso que ninguna consideración puede disculpar.

Es interesante observar cómo la idiosincrasia de ciertos pensadores tendiendo siempre a determinados fines, no puede menos que imponer su criterio especial de interpretación a todo linaje de cuestiones por muy alejadas que se encuentren del punto de partida de sus ideas dominantes. Antonio Caso y José Vasconcelos, almas gemelas entre quienes un común misticismo no logró establecer concordia duradera, al juzgar en el tribunal de su pensamiento el valor de las doctrinas positivas, no han podido menos que mirarlas a través del prisma de la política militante, y si medir una filosofía con el cartabón de la política puede parecer enrevesado al sano juicio de las gentes, bien sabido es que nuestros ilustres metafísicos llaman pragmatismo a esta actitud y la justifican con la sanción para ellos irrefutable de la práctica.

José Vasconcelos cree como Antonio Caso en el fracaso del positivismo, y obtiene esta idea de la observación de la política mexicana. En su discurso pronunciado en el Continental Memorial Hall de Washington la noche del 9 de diciembre de 1922 (publicado en la revista *El maestro* y boletín de la Universidad Nacional del Sureste, tomo 3º, núm. 1) describe el cuadro doloroso de la cultura mexicana antes de su advenimiento a la Secretaría de Educación Pública y lo atribuye al positivismo que entonces prevaecía en los medios universitarios del país.

“Escritores y educadores del viejo tipo científico (la escuela del darwinismo social y de la sociología positivista) expresaron con frecuencia la opinión de que nuestro pueblo, particularmente el indio y la clase trabajadora, constituyan una casta irredimible... porque su ángulo facial no correspondía a tales o cuales normas propias del tipo escocés o noruego (*sic*), y afirmaron, asimismo, que toda esta población oprimida era totalmente incapaz de derrocar el despotismo militar y político de Porfirio Díaz. Y, sin embargo, sucedió que Porfirio Díaz y su ejército, y todos los aristócratas y oligarcas de su época, fueron derrotados en los campos de batalla. La Revolución y la vida misma burlaron la doctrina positivista según la cual el progreso produce fatalmente una clase afortunada que, por poseer mejores dotes, representa la selección de la especie y tiene, por lo mismo, el derecho casi sagrado de explotar y sostener a su dominio a los ineptos. La verdadera ciencia es la que sirve para la dicha de todos los hombres y no los divide en aptos e ineptos... la antigua, profunda y venerable sabiduría cristiana que proclama la igualdad de todos los hombres y el derecho pleno de todos los seres a la libertad, a la dicha y a la vida, cualesquiera que sean sus respectivas capacidades”.

La observación que escritores y educadores de cultura positiva hicieron, de que la raza indígena es irredimible porque su ángulo facial no

corresponde al de un escocés o al de un noruego, no merecía tomarse en cuenta si no fuera porque envuelve un propósito mal intencionado respecto de la ciencia positiva, porque es un exponente de la cultura científica del señor Vasconcelos.

Cuando se transcriben opiniones tan estupendas como ésta, vale la pena exponer su origen exacto para evitar discusiones inútiles. No sé que hasta hoy nadie haya tenido la ocurrencia de hacer afirmación tan peregrina ni mucho menos que "escritores y educadores" de cultura positiva la hayan "expresado con frecuencia". Equivaldría a sostener: 1º, que solamente los escoceses y los noruegos son susceptibles de civilización, y 2º, que el ángulo facial es el signo inequívoco de la aptitud de una raza para cultivarse. Ninguna de estas afirmaciones ha sido expresada ni sostenida por nadie y la frase del señor Vasconcelos no debería interpretarse sino como una indigna *boutade*.

Pero quizá el señor Vasconcelos intentó decir otra cosa. Gentes de poca cultura y de conocimientos enteramente nulos en antropología han llegado a creer que las razas civilizadas y las que no lo son están separadas por caracteres antropológicos irreductibles, y observando que nuestra raza indígena carece de esos supuestos caracteres han podido concluir que es incapaz de toda civilización.

El señor Vasconcelos no tiene derecho para tomar a quienes así opinan como legítimos representantes de la cultura positiva, porque sostener tales ideas equivale a demostrar que no se ha tenido el menor roce con la ciencia antropológica. Cierto es que entre los pueblos más civilizados y los pueblos primitivos existen características antropométricas que pueden diferenciarlos, pero (1º) ni esas características son constantes, ni (2º) se pueden interpretar como el signo inequívoco de un obstáculo para la civilización. Bordier, Broca, Monoavrier y otros más, han tenido oportunidad de medir cráneos de épocas remotas (prehistóricas y muchos del antiguo París, cementerio de los Inocentes. la Cité, etc.) y compararlos con cráneos de parisienses modernos, habiendo encontrado entre ambos grupos diferencias craniométricas de importancia. Este género de medidas comparativas, hechas en otros países ha conducido a la misma conclusión, lo cual demuestra que a pesar de existir diferencias entre el pasado físico y el presente de una raza, ésta ha podido perfectamente civilizarse. La civilización probablemente se ha encargado de realizar ese cambio antropométrico. Prueba de esto el resultado obtenido hace algunos años por el profesor Franz Boas en la ciudad de Nueva York, cuando al medir el índice cefálico de inmigrantes sicilianos dolicocefalos y judíos braquicefalos, encontró que ambos, desde la segunda generación, dan origen a individuos mesaticefalos como la generalidad de los habitantes de Nueva York.

De estos hechos se desprenden las siguientes conclusiones: primera, que los caracteres antropométricos que distinguen a una raza dotada de características antropológicas de inferioridad, puede perfectamente civili-

zarse —¡todas las razas civilizadas modernas provienen de razas antropológicamente inferiores!— y dar origen a razas superiores desprovistas de caracteres de inferioridad antropológica; y segunda, cuando menos en casos especiales las características antropométricas pueden cambiar con relativa rapidez.

Si estas consideraciones nos obligan a pensar que la raza indígena es susceptible de civilización, la práctica no hace otra cosa que confirmarlas. El indio se adapta perfectamente a la civilización moderna y en muchas ocasiones sobresale a los mestizos y a los blancos; basta para ello arrancarlo de la servidumbre y de la superstición en que los conquistadores españoles lo sumieron y en que lo han mantenido todos los gobiernos revolucionarios. Si no presenciáramos todos los días hechos que prueban esta afirmación y que sólo el interés, el egoísmo o la malicia pueden negar, bastaría pensar que el indio creó en nuestra patria una civilización brillante y personalísima cuyo espontáneo desarrollo vino a interrumpir el desastre colonial. Por último, para quienes puedan creer que nuestra raza es tan imbécil como misérrima, basta con exhibir los resultados de la naciente experimentación psicológica. Los textos o pruebas de origen francoamericano que sirven para calificar la inteligencia de los individuos, al ser aplicados a mexicanos adultos han revelado en ellos la misma capacidad intelectual media que en individuos de aquel origen; pruebas equivalentes, aplicadas a los niños parecen demostrar que el niño mexicano es más inteligente que el norteamericano y el francés: esas pruebas necesitan casi siempre, cuando se refieren a niños mexicanos, una corrección debido a que el límite inferior de inteligencia de los niños nuestros comprende, en igualdad de edades, al límite medio o superior de los niños europeos.

No se necesita, pues, salir de los dominios de la ciencia y arrojarse al misticismo para justificar el noble anhelo de redimir a la sufrida raza indígena. La investigación científica no conduce a ningún motivo serio que nos haga ver esta clase como irredimible; perspectiva dolorosa de una eterna imperfección, le ofrece el consuelo seguro y efectivo, porque se apoya en hechos demostrados, de que su redención es posible y de que alcanzará tarde o temprano los goces que hoy le veda el estado de abandono en que se encuentra.

La "ley superior del corazón", que el señor Vasconcelos invoca protestando contra "las leyes que son fruto de las argucias de la mente", encuentra en la verdadera ciencia, la ciencia positiva, la que descubre las imperfecciones de la raza y encuentra los medios para corregirlas, el apoyo fuerte y efectivo que no puede darle la "antigua, profunda y venerable sabiduría cristiana" que predica a los desposeídos, resignación y humanidad y les arrebató hasta el último guiñapo de humana dignidad, motor primero de todo impulso de progreso. La ciencia, que es grande y es humana, no puede poner obstáculos a los nobles impulsos del sentimiento

humano; muy al contrario, cuando bien se entiende, es el más eficaz de sus sostenes.

La supuesta derrota del darwinismo social que el señor Vasconcelos exhibe como una prueba del fracaso de la filosofía positiva ante las elocuentes enseñanzas de la vida, envuelve una afirmación totalmente ligera y descansa sobre una mala observación de los fenómenos sociales.

El principio de la selección natural, aplicado a las sociedades, postula simplemente que los individuos dotados de particularidades ventajosas para la lucha por la vida deben sobrevivir a expensas de los mal dotados que tienden a desaparecer. En el seno de una colectividad cualquiera, clases naturales o artificialmente formadas luchan entre sí para la conquista del mayor número de satisfacciones y de goces al mismo tiempo que dentro de cada clase los individuos luchan por sobresalir en el medio homogéneo en que sus actividades deben desarrollarse. Los caracteres ventajosos que en los casos particulares pueden capacitar a los individuos o a las clases para la victoria en la lucha por la vida, son variables al extremo; unos naturales y otros artificiales, contándose entre los primeros el talento, la buena salud, la actividad, la resistencia, etc., etc., y entre los segundos la posición social, las prerrogativas, la fácil adaptación a las conveniencias sociales, etc., etc. Estando formando el primer grupo por atributos naturales sobre los que nuestra acción es exigua, la lucha social es siempre inevitable; mientras existan individuos inteligentes e individuos torpes, hombres saludables y hombres enfermizos, diligentes y perezosos, la lucha social tendrá que realizarse y el triunfo tendrá que favorecer a los mejor dotados.

La moral debe tender siempre al mejoramiento humano y no veo por qué pueda ser inmoral que, en la lucha por la vida, el hombre que es dibujante y trabaja, que es fuerte y labora más que los otros, que es arreglado y da ejemplo de buenas costumbres y de abnegación, suplante al perezoso, al débil, al disipado y al poltrón. De esta selección depende todo progreso realizado en una sociedad cualquiera, y si fácilmente se comprende que un imbécil no puede gozar de las altas satisfacciones del espíritu, que un perverso no puede experimentar los dulces placeres de la sana moral, que un disipado no puede saborear los goces exquisitos de la inteligencia ni un criminal del desahogo de vivir libremente, no se comprende entonces en virtud de qué extraña sensiblería se invocan los principios cristianos para proclamar "la igualdad de todos los hombres y el derecho pleno de todos los seres a la libertad, a la dicha y a la vida, cualesquiera que sean sus respectivas capacidades".

Es, sin duda, perfectamente deseable que tal proceso de nivelación llegue alguna vez a borrar entre los hombres toda diferencia colocándolos al mismo nivel de inteligencia, de salud y de moralidad; que no haya más criminales de quienes la sociedad tenga que defenderse privándolos de la libertad, que deje de haber imbéciles incapaces de gustar las altas satisfacciones del espíritu, viciosos incapaces de experimentar los goces de la

sana moral y enfermos imposibilitados para los placeres físicos; pero tal nivelación, que “la antigua, profunda y venerable sabiduría cristiana” no ha podido ni siquiera iniciar en los veinte siglos que lleva de existencia, no es posible sino por el esfuerzo continuo de la selección natural que favorece la supervivencia del más apto. Esta selección, que en la serie animal se traduce por un constante perfeccionamiento de las especies, en las sociedades humanas es la condición indispensable del progreso: depura la colectividad de elementos malsanos, obliga a los lentos y a los atrasados a acelerar el paso estableciendo emulación y competencia, eleva rápidamente el nivel y la capacidad de los hombres para gozar de las satisfacciones de la vida.

La selección natural, condición indispensable del progreso, es la sana moral, y si la ciencia no puede evitar el conflicto, antecedente necesario del progreso, que nace del choque entre dos individuos desigualmente dotados que luchan por la captación de las satisfacciones de la vida, ella descubre la naturaleza intrínseca de esos conflictos, encuentra los medios para afrontarlos con buen éxito y pone sus recursos al alcance de todos aquellos que buscan su contacto.

La naturaleza y no la ciencia es quien crea aptos e ineptos, y si en la creciente complicación de la vida social, una selección viciosa permite los efectos saludables de la selección natural, ni puede culparse a la ciencia de producir efectos tales ni es el misticismo cristiano el primero en protestar contra los hechos penosos que en las sociedades crean la maldad y la poltronería de los hombres. Recuérdese en qué forma vehementemente Ernesto Haeckel, uno de los primeros darwinistas, se rebeló contra la selección artificial que prevalece en las sociedades sobre la base de prerrogativas y conveniencias que, a la postre, contrariando los efectos de la selección natural, conducen a la supervivencia y al predominio de los ineptos, de los inmorales y de los inútiles.

Ahora bien, si la selección nos ha aparecido como un factor de progreso y sus efectos como descabales para el perfeccionamiento humano, ¿es cierto que —como dice el señor Vasconcelos— la innegable verdad que entraña ese postulado darwinista haya sido burlada “por la Revolución y la vida misma” en la historia política de nuestra patria?

“Se afirmó que la población oprimida era totalmente incapaz de derrocar el despotismo militar y político de Porfirio Díaz. Y, sin embargo, sucedió que Porfirio Díaz y su ejército, y todos los oligarcas y aristócratas de la época fueron derrotados en el campo de batalla”.

Hubo indudablemente quien creyera en la indestructibilidad del régimen porfirista y que su fuerza era capaz para dominar cualquier impulso de rebeldía. Pero esto no podía impedir que tal creencia fuese totalmente falsa. Don Porfirio Díaz, rodeado por una camarilla de políticos que lo explotaban, no tenía más que un dominio puramente normal sobre el conjunto de los servidores del Estado. Ni fe, ni entusiasmo, ni ideales, ni convicción subordinaban al tirano toda la masa enorme de la burocracia

y del ejército; don Porfirio Díaz y sus émulos risibles que gobernaban los Estados, eran débiles en medio de su fuerza aparente: nadie estaba dispuesto a sacrificarse por ellos y en el momento de la lucha los militares no pelearon más que animados por el espíritu de una disciplina largo tiempo cultivada.

En cambio, contra ese régimen tiránico, la opinión pública se organizaba sobre la base de una firme convicción, cada día más robusta, que imponía la necesidad de un cambio en la política del país. El descontento general producido por la arbitrariedad de los mandatarios, el rencor latente suscitado por el despojo sistemático de la propiedad, las ideas de renovación propagadas en todos los rincones de la República por la prensa de oposición, todos estos factores, señalando a la opinión pública una orientación definida, acabaron por engendrar el movimiento unánime en que todo el país, como un solo hombre, animado por una sola voluntad, se lanzó animoso, lleno de fe y lleno de entusiasmo contra las huestes del tirano desprovistas de todo ideal y de toda convicción. Cuando la opinión pública pudo traducirse en algunos miles de hombres armados y resueltos, la tiranía de Porfirio Díaz fue aniquilada: "el ejército y todos los oligarcas y aristócratas de la época fueron derrotados en el campo de batalla aplastados por la fuerza de nobles ideales de renovación... transformados en cañones".

La selección natural impuso su ley ineludible, y el triunfo de los más aptos y de los más fuertes señaló en la historia la caída de un gobierno debilitado por la vejez y la torpeza de sus directores. El triunfo de la revolución vino una vez más a confirmar la verdad que sustenta la doctrina positiva del darwinismo social.

La Revolución se hizo gobierno. Destruído el antiguo régimen se hizo necesaria la concentración de todos los esfuerzos para lograr un efecto de estática social; la renovación producida exigía una reorganización inmediata y entonces la Revolución victoriosa hubo de ponerse en contacto directo con la sociedad. Fue preciso cambiar intereses en conflicto, transar con las normas sociales desde tiempo atrás establecidas y acomodarse a una nueva situación que exigía adaptaciones adecuadas. La selección artificial de la sociedad impuso sus cánones y sus postulados y la Revolución doblegó su altiva cerviz ante la cómoda ley de las conveniencias sociales. Una nueva plutocracia, formada por antiguos proletarios, sustituyó a la plutocracia porfirista; una nueva casta militar adquirió las prerrogativas del militarismo porfirista, y ambos grupos, dedicados a la caza de los puestos públicos, han formado una clase privilegiada que se reparte el dominio absoluto del país.

"La revolución y la vida misma" confirmaron, una vez más, "la doctrina positivista según la cual el progreso produce fatalmente una clase afortunada" que domina a las demás, sólo que en este caso la complicación de la vida social vicia el fenómeno producido y hace selecciones artificiales que desvirtúan los resultados saludables de la selección natural.

En las luchas que hoy conmueven a la sociedad, la formación de clases privilegiadas se presenta como un resultado inevitable. El diletantismo igualitario que se exhibe durante la lucha desaparece tan pronto como se alcanza la victoria; el triunfo de la Revolución rusa no condujo a la igualdad social, sino a la formación de una casta privilegiada que tiene el máximo y una casta vencida que tiene el mínimo de derechos. Las pretensiones de nuestros proletarios no tienden tampoco a la igualdad; desean superar y su eterna demanda consiste siempre en exigir mayores derechos que la burguesía, y si esta clase excitó con el uso y el abuso de sus prerrogativas el rencor de los desposeídos, nada ha podido impedir que una nueva burguesía formada por agitadores socialistas enriquecidos, disfrute hoy de las prerrogativas que ambos con tanta vehemencia condenaron.

Hasta hoy, pese a las afirmaciones del señor Vasconcelos, el darwinismo social es una verdad irrefutable, y si los efectos de las selecciones artificiales que han producido en todos tiempos regímenes odiosos excitan con justicia el general disgusto de los pensadores honrados, tales efectos no podrán desterrarse sino cuando, obedeciendo los imperativos de la naturaleza, lleguemos a favorecer el dominio absoluto y saludable de la selección natural.

La forma especial en que el positivismo ha sido atacado asume en la obra del señor Caso proporciones verdaderamente vergonzosas. Los desahogos más violentos, la calumnia más abyecta, la mistificación más descarada desbordan en furia y arrojan su veneno contra la obra cultural de las doctrinas positivas. No es labor crítica de filósofo emprendida con el noble propósito de alcanzar la verdad, es obra de mala fe que ha copiado sus procedimientos de la política militante que hiere, que insulta y que denigra. El filósofo cede su puesto al político y una cuestión de disciplina intelectual se transforma en disputa que, bajo la máscara de un supuesto pragmatismo, hace entrar en eferescencia las pasiones que las luchas políticas han suscitado entre nosotros.

El positivismo aparece como una filosofía que ahorra el pensar (*Filósofos y doctrinas morales*, pág. 321) como si la actividad metafísica fuese la única forma de pensar y como si las labores científicas y la obra de generalización que exige la síntesis positiva no implicara actividad del pensamiento; aparece como una "educación unilateral que desdeñó, sin justificación posible, la cultura artística, moral, cívica, histórica y humana", ignorando el señor Caso, o aparentando ignorar, que Augusto Comte elevó la concepción del arte dedicándolo al fin supremo de levantar la inteligencia y el sentimiento humano hacia la contemplación de la belleza; que colocó en la cima de las disciplinas humanas a la disciplina moral y sobre ella, como fin último de toda filosofía, hizo descansar el orden humano y el orden social firmemente orientados al progreso; que, al afirmar la divisa

de filosofía en “el amor como principio, el orden como base y el progreso como fin”, estableció un concepto cívico que tiende a normar en las actividades altruistas todos los esfuerzos de la sociedad; que, al fundar la nueva ciencia de la sociología, exaltó el valer del conocimiento histórico también, elaboró postulados y leyes que resumen en brillante síntesis filosófica de la evolución histórica de la especie humana, y que, por último, presentando a la vez a la inteligencia y al sentimiento el concepto comprensivo y abstracto de la Humanidad, dignificó el conocimiento y la cultura humana presentándola como el remate de toda labor intelectual y afectiva (*Filósofos y doctrinas morales*, pág. 327; véase *Catechisme Positiviste y Politique Positive*).

El señor Caso presenta la obra del positivismo como una “obra de indiferencia por el ideal” (*Filósofos y doctrinas morales*, página 327) como si el progreso hacia el cual tiende la filosofía positiva no fuese un ideal y como si los nobles propósitos científicos normando la inteligencia y el altruismo normando la moral no merecieran el nombre de ideales.

Llevando su encono hasta el extremo el señor Caso afirma que “el positivismo formó una generación de hombres ávidos de bienestar material y celosos de su prosperidad económica (*Filósofos y doctrinas morales*, pág. 326) y produjo una “vida sin teorías, ni credos, ni escrúpulos y una industria que desconoce la moral” (*Problemas filosóficos*, pág. 282) originando así el desquiciamiento social que fue causa de la Revolución y la penosa inmoralidad contemporánea caracterizada por “la condición anticristiana de los proletarios, de los humildes, de los desposeídos, y la avaricia satánica de los poderosos” (*Problemas filosóficos*, pág. 282). Erigiéndose, por último, nuestro gran metafísico, en supremo juego, concluye calificando al “positivismo práctico de producto el más doloroso del siglo pasado” (*Problemas filosóficos*, pág. 282).

Antes de fijar la connotación de un término y revelar de ese modo cuál es la base sofística en que descansa la actitud antipositivista del señor Caso, creo necesario hacer algunas consideraciones sobre la imputación de inmoralidad que el ilustre metafísico hace a la filosofía positiva.

Todo lo dicho sobre la influencia del positivismo en la política debe aquí repetirse sobre su influencia en la moral. Siempre han existido hombres ávidos de bienestar material y celosos de su prosperidad económica y antes de que el positivismo existiera no era posible atribuir su inmoralidad a esta filosofía, y llama la atención cómo el señor Caso habla de la condición anticristiana de los proletarios que se rebelan contra la desigualdad social, cuando el señor Vasconcelos invoca precisamente a la sabiduría cristiana para justificar los intentos de emancipación que hoy conmueven al proletariado universal.

Si el señor Caso atribuye constantemente la inmoralidad de la generación que hoy vive al positivismo, cabe decir que, si el positivismo, como actitud teórica ante los problemas filosóficos reviste un aspecto uniforme en todos los pensadores positivistas, no sucede lo mismo con la actitud

práctica que esa filosofía ha suscitado en los mismos individuos, de tal suerte que hablar de "positivismo práctico" sin precisar la exacta connotación de este término implica una confusión indisculpable.

Si cada filósofo de los que han adoptado la disciplina teórica de Comte, divergen en criterio moral, indebidamente se engloban en un término común un conjunto de actitudes totalmente diversas entre sí. Augusto Comte fundó un sistema dentro del cual todos los problemas y todas las soluciones están ligadas por una estrechísima solidaridad: es una filosofía que intenta realizar la unidad interior uniendo la inteligencia, el sentimiento y la acción con vínculos estrechos, y que busca, al mismo tiempo, la unificación exterior, ligando a los hombres en una comunión intelectual y efectiva sobre la base del altruismo como norma esencial de la vida en sociedad (*Cat. Post. 1er. entretien*). La fase teórica de la filosofía positiva es incompleta sin la fase práctica; es una elaboración sin sistematización; ésta no se realiza más que mediante la disciplina moral de las actividades puramente especulativas. Por esta razón los pensadores que siguen íntegro el sistema positivo califican la parte moral de esta disciplina como "el positivismo propiamente dicho".

Al separarse Stuart Mill, Spencer, etc., de este positivismo integral rompieron en realidad la unidad del sistema y por eso, cuando se habla de "positivismo práctico", resulta extraño pensar que quien así habla se refiera más bien al utilitarismo de Stuart Mill o al evolucionismo de Spencer que al humanismo de Comte, la orientación única que en realidad merece el nombre de moral positivista.

Cuando el señor Caso representa (*Problemas filosóficos*, página 281) al positivismo práctico "en la esfera de la moral teórica por la escuela clásica de economía política, la evolución del utilitarismo inglés y la concepción materialista de la historia que prohicieron Marx y sus discípulos como tesis central del socialismo contemporáneo", aplica arbitrariamente a un conjunto de doctrinas de economía política un nombre que tiene connotación precisa y que se refiere a la actitud práctica y moral de una disciplina filosófica, y no piensa que "los hombres ávidos de bienestar material y celosos de su prosperidad económica" están muy lejos de ser teorizante ocupados en las cuestiones abstractas de la economía política y el utilitarismo inglés, pues tales doctrinas nunca conmovieron a las masas populares ni llegaron a infiltrar sus máximas, buenas o malas, en los protagonistas de los movimientos sociales.

La filosofía positiva, como todas las filosofías anteriores a ella, se ha limitado a una labor puramente teórica y abstracta y no se comprende como el señor Caso ha podido creer que sus enseñanzas pudieran llegar hasta las masas populares y orientar su criterio moral, cuando bien sabido es que en nuestro país el pueblo ha vivido siempre extraño al movimiento intelectual y a las disciplinas filosóficas reinantes.

Asumiendo una actitud verdaderamente curiosa por la contradicción casi cómica que envuelve, el señor Caso afirma (*Filósofos y doctrinas mo-*

rales, pág. 321) que tratando Gabino Barreda de extender en México el positivismo se vio obligado a mutilar la obra de Comte suprimiendo de la enseñanza la religión de la humanidad, pero en la página siguiente nuestro aplaudido metafísico (p. 322) afirma que el pueblo mexicano substituyó los viejos fetiches católicos por los fetiches comtistas y que esta substitución fue casi insensible para muchos fanáticos.

Es, pues, al "fetichismo comtista" y no a "la economía política y al utilitarismo inglés" a quien debe culparse, de acuerdo con el pensamiento versátil e impreciso del docto metafísico, de la inmoralidad de la generación contemporánea. Por esta razón conviene dar una idea de la moral comtista y del idealismo que el señor Caso le atribuye. Así podrá el lector palpar de una vez la distancia que media entre ética comtista y la inmoral de la generación que vive.

La ética de Comte subordina al sentimiento el conjunto de nuestras actividades mentales. Tomando como base el orden social, Comte establece el régimen de la sociedad sobre la base del altruismo y atribuye a la religión la función nobilísima de realizar la unión y la solidaridad de los hombres orientando sus esfuerzos hacia el progreso humano como ideal supremo de la vida social. El altruismo queda doblemente consagrado, como garantía del orden social y como medio de unificación interior y exterior de las actividades humanas.

Pero el altruismo así establecido no se concibe en la forma interesada en que lo predicán las religiones deístas: éstas rebajan las inclinaciones benévolas haciéndolas caer bajo la acción imperativa de castigo eterno para lograr su mantenimiento por el miedo y ofreciendo una eternidad de dicha a cambio del sacrificio más leve. Bajo el dominio de semejantes ideas la espontaneidad moral se corrompe y el altruismo se convierte en un cálculo ruín en que se pesan las probabilidades de ganar. La ética no establece obligaciones ni sanciones ni hace depender los buenos impulsos de un premio o de un castigo. Establece un orden social que tiende a fomentar la espontaneidad moral y erige esta espontaneidad como el valor por excelencia de las acciones altruistas. El placer del bien queda en apariencia aminorado pero en realidad agigantado: la miserable satisfacción de un cálculo bien hecho es substituido por los "goces profundos, austeros y verdaderamente viriles" que engendra en los hombres altruistas la conciencia de un acto de bondad espontáneamente realizado.

Toda la moral positiva se reduce al ideal del bien, libre y desinteresadamente realizado. Comte intenta conducir al hombre hacia la finalidad imponiendo a la conducta una subordinación progresiva y consciente de los impulsos altruistas; como una subordinación se hace mediante un acto de inteligencia por la fuerza de la convicción, ni la razón ni el sentimiento pierden sus prerrogativas y queda realizada la unidad interior que evitará eficazmente cualquier desorientación moral. Por este motivo Augusto Comte afirma la necesidad de la religión para todos los espíritus subordinados a necesidades más altas que la pura satisfacción de impulsos ani-

males, y reduce toda la obra de la religión a la realización completa del ideal altruista. La concordia humana, la solidaridad universal son los fines a que tiende la religión de la humanidad; propósitos de unidad interior desarrollados sobre la base del altruismo.

“Obrar por afecto y pensar para obrar” es el principio fundamental de la ética comtista; expresa cómo, orientando la mentalidad humana hacia la acción, la hace descansar en una base afectiva afirmada por el esfuerzo de la inteligencia y produce, por este hecho, una síntesis mental que liga en un solo acto la acción total de la mente humana evitando escisiones anárquicas que conducen derecho a la más desoladora inmoralidad. Exaltando los alcances de la antigua máxima “*Vivir para saber*” que resume en un solo imperativo los ideales altruistas de su ética, el pensador de Montpellier proclama, en la plenitud heroica que solamente los grandes ideales son capaces de engendrar, el sublime apotegma de Tomás de Kempis: *Amem te plus quam me, neu me nisi propter te.* (Cat. Pos. Preface, *in fine*).

¿En donde está la inmoralidad que el señor Caso se obstina en ver en la ética comtista? ¿Por qué medio pueden derivarse de esta moral, todo amor y todo altruismo, las derivaciones que el señor Caso lamenta en la conducta de la generación contemporánea? ¿Y en dónde están los fetiches comtistas que el señor Caso pretende reemplazarnos a los fetiches católicos en el pensamiento fanático del pueblo mexicano? ¿Pretende el señor Caso aplicar el nombre de fetiches al altruismo, al bien desinteresado, a la humanidad, conceptos primordiales sobre que gira toda la ética comtista?

Una frase de Huxley que ha hecho fortuna califica a la religión positiva de “catolicismo sin cristianismo”. Harto superficial se mostró el ilustre pensador inglés al concebir de este modo la idea religiosa de Augusto Comte. El concepto comprensivo y abstracto de la humanidad que sirve a Comte para consagrar definitivamente los impulsos altruistas y para dar un objeto a la vez accesible y respetable al pensamiento religioso, no se parece en nada a los fetiches del catolicismo romano porque no implica la idea de seres o de causas sobrenaturales que a su antojo puedan modificar el orden natural que la ciencia expresa por intermedio de sus leyes. Y si Augusto Comte quiso normar en un culto adecuado las relaciones del hombre con la constitución ideológica que implica la fe positiva, este culto difiere fundamentalmente del culto que las religiones deístas rinden a sus dioses respectivos. En éstas, el culto tiene por objeto modificar el desarrollo de los hechos naturales por la intervención de la voluntad divina; es un medio por el cual los fieles tratan de sanar, de hacerse ricos, de ganarse el cielo; es un medio adaptado a un orden providencial exterior y sólo por derivación puede influir en la conversión del corazón. El positivismo, al contrario, destina el culto precisamente a la realización de la unidad interior obrando directamente sobre los sentimientos humanos. Para lograrlo, Comte determina científicamente las prácticas individuales y

sociales más eficaces con el fin único de dar bases firmes al cultivo de los sentimientos sobre la base de un conocimiento detallado de la naturaleza humana.

La asimilación que el positivismo ha realizado de elementos extraños al cuerpo cencial de su doctrina no ha sido lograda sino imprimiendo a dichos elementos una transformación radical. En realidad, del catolicismo ha tomado la religión positiva más que puras palabras. Quien haya podido pensar que los términos sacerdote, culto, sacramento, etc., tienen en el positivismo la misma connotación que en la fe católica, se encuentra en un crasísimo error. Basada la religión positiva en construcciones científicas cuya síntesis busca con los sentimientos humanos lazos de solidaridad suficientes para realizar la unidad interior y exterior de los hombres, resulta completamente ocioso agregar que el positivismo rechaza como inútiles y perturbadoras todas las ideas sectarias e ilusas que constituyen el fondo de las religiones teológicas y que siempre han servido a la humanidad como elementos de división y de discordia.

Es interesante mostrar por qué vía sofística ha llegado el señor Caso a la concepción radicalmente falsa que expone en sus obras (de la filosofía positiva). La imprecisión y la versatilidad de su lenguaje, unidos a la comprensión insuficiente y dolosa de las doctrinas que critica, dan a los libros del ilustre metafísico el sello de una confusión característica.

Todas las lucubraciones a que el señor Caso se entrega y que tienen por objeto la condenación irrevocable del positivismo, reposan en una confusión que origina la connotación imprecisa y fluctuante del término "positivismo práctico". Fijar esa connotación tendrá por resultado descubrir el sofisma que sirve de sostén a la actitud agresiva del afamado metafísico.

¿Qué debe entenderse por "positivismo práctico"? ¿Hay razón para creer que, como afirma el señor Caso, el "positivismo práctico" es el "producto más doloroso del siglo pasado" y la causa de la inmoralidad general? El término "positivismo práctico", tiene dos acepciones totalmente diversas. En la acepción vulgar que, como dice Comte, le dan las gentes ignorantes, positivismo práctico significa toda orientación fundamentalmente egoísta y utilitaria; significa la ausencia de todo ideal altruista y se aplica con razón a la conducta de la gente calculadora y convenenciera que sólo busca el propio bien sin preocuparse de ideales ni principios. Tal acepción del término "positivismo práctico" no tiene que ver con filosofía ni ética ninguna porque precisamente significa la ausencia total de principios éticos y filosóficos.

En filosofía el sentido es diverso: positivismo práctico significa la fase práctica, la interpretación en el desarrollo de la conducta humana de la disciplina filosófica que engendrara el espíritu de Comte y constituyera en la historia de la filosofía una de tantas orientaciones teóricas en la explicación del universo y de la vida. El atributo "positivo" que adopte el pensador de Montpellier significa: lo real opuesto a lo quimérico, lo re-

lativo a lo absoluto, lo útil a lo ocioso, lo cierto a lo indeciso, lo preciso a lo vago y la finalidad constructora opuesta a las actividades puramente críticas y disolventes (*Discours sur l'Esprit Positif*, págs. 63 a 69; *Cours de Philosophie Positive*, vol. 1 chap. 1).

El positivismo así considerado es la afirmación más enérgica de la ciencia; la más completa liberación intelectual que separa a la filosofía tanto del empirismo agnóstico como de las divagaciones metafísicas más agnósticas aún porque se apoyan en la negación absurda de los datos primordiales del saber.

Aludiendo al sentido vulgar y grosero del término positivismo práctico, el señor Caso deliberadamente lo confunde con la acepción filosófica correspondiente y aplica, a un criterio abstracto, consideraciones que sólo pueden referirse a una actitud práctica totalmente ajena a toda filosofía.

Por la exposición que hice anteriormente de la ética positiva se comprende la imposibilidad de hacer derivar de sus principios la actitud inmoral de quienes, como positivistas prácticos, no subordinan su conducta a ideal moral ninguno.

El señor Caso se aprovecha conscientemente de la ambigüedad de un término para referir a una de sus acepciones ataques que sólo la otra merece. Al razonar así, nuestro gran intuicionista demuestra conocer los secretos de la dialéctica que tanto impugna, y hace caer en las redes de un silogismo de cuatro términos —*fallacia quaternio terminorum*— a los lectores insuficientemente preparados; este ardid dialéctico debe interpretarse como argucia de abogados y apunta maravillosamente la mentalidad del metafísico.

El auge que la metafísica ha adquirido en los días actuales se debe, según el decir de sus principales corifeos, a la ineptitud que la ciencia ha mostrado para resolver los problemas cardinales de la filosofía. Después de un siglo de paciente elaboración científica las interrogaciones que antaño se propusiera el pensador filosófico permanecen tan irresolubles como antes. No ha bastado que la ciencia descubra el *cómo* de los fenómenos más complicados del universo y de la vida; que descifre muchos de los misterios que preocuparon la mentalidad de las generaciones pasadas y que, nada irrespetuosa, haya roto el velo hierático que ocultaba el portentoso devenir de los fenómenos mentales. Inteligencias inquietas, dominadas por la sed inagotable del misterio y arrastradas por un impulso ciego fuera de los dominios de la realidad, viven todavía dominados por la opresión invencible de las causas finales y acosadas por la bestia incansable de la causación —*das rastlose Uusachenthier!*— mentalidades así conformadas no pueden resignarse al espíritu sereno y decisivo de la ley natural y buscan sin descanso un medio para escapar del círculo de hierro en que la ciencia encierra todos los hechos del mundo material y espiritual. Peculiaridades de temperamento que engendran en los individuos horror instintivo por todo lo que es exacto, determinado, preciso, explican suficientemente esta rebeldía nata por el conocimiento científico y un anhelo siem-

pre despierto para arrojarse en alas de la fantasía en pos de los ensueños de los místicos y del delirio de los iluminados.

El orgullo humano, dice el señor Vasconcelos en su libro *El monismo estético*, pretendió fundar la ciencia del conocimiento sólo en los datos suministrados por la investigación; pero muchos fenómenos continuaron siendo inexplicables por esas teorías positivistas y volvió a quedar expedito el camino a las lucubraciones de la metafísica. "¿Que harían los filósofos con el rico caudal de la tradición rehabilitado por el fracaso especulativo de la ciencia, y cómo podrían coordinar la sabiduría antigua con ciertas conquistas definitivas del método científico? Es necesario colocarse en un punto de vista superior a la experiencia científica, más comprensivo que ella, pero no extremo ni ignorante de sus enseñanzas. La metafísica de esta edad pos-científica, necesariamente ha de ser distinta de la metafísica del pasado, puesto que debe tomar en cuenta la ciencia. La verdadera ciencia no nos dice que no hagamos más metafísica, que no hagamos más filosofía, sino que nos da elementos firmes para hacer todo eso, con método más acertado que el de nuestros antecesores".

La metafísica así entendida sería un esfuerzo de la mente para superar las condiciones de la ciencia, y obediente al método y a las enseñanzas de éstas, realizaría construcciones ciertas, seguras, positivas, puesto que sustentaría sus fundamentos en el dominio puro de la realidad.

Ni Bergson, ni Caso, ni Vasconcelos, ni metafísico alguno de los que pretenden "superar a la ciencia", da la menor importancia a las investigaciones ni al método científico. En vano se busca en sus libros algo que revele, ya no que el conocimiento científico se agote en un vigoroso esfuerzo para llegar a la verdad, pero muchas veces ni siquiera que antes de lanzarse a la empresa de resolver un problema filosófico cualquiera, se haya tenido la precaución de inquirir lo que la ciencia haya estatuido en la parte fundamental de las enseñanzas científicas que precisamente resuelvan la cuestión en sentido contrario del que postulan los dogmas metafísicos, es hecho constante en las disertaciones de quienes creen alcanzar la verdad desentendiéndose de las conclusiones de la ciencia. No se necesita una cultura científica dilatada y profunda para percatarse de la extrema ignorancia que en materia de ciencia hay en el fondo de las especulaciones metafísicas; una superficialidad extrema, un desdén temático por todo lo que es disciplina y conocimiento científico, es lo único que se descubre a través de la ampulosa fraseología metafísica.

Cómo vamos a creer que las enseñanzas de la ciencia y que sus conclusiones se realizan si estamos ignorantes de ella, si vemos al señor Vasconcelos asegurar que los hombres de ciencia han llegado a la conclusión de que se necesita tener un ángulo facial idéntico al de un escocés o un noruego para ser susceptible de civilización².

* Falta una hoja en el manuscrito.

Para comprender la amplitud y la profundidad de la cultura científica del señor Vasconcelos, esa cultura sobre la cual pretende erigir una metafísica que la supere, es interesante leer algunos capítulos de los *Estudios indostánicos*, particularmente el que lleva como título: "El yoguismo como higiene" (pág. 152) en donde resalta la extrema ignorancia científica de nuestro distinguido metafísico. Para no encontrar detalles de crítica que en este caso resulta innecesaria, me bastará copiar algunos de los pensamientos que el señor Vasconcelos opone a la ciencia occidental. "Por medio del ayuno los yoguis y los ascetas de todos los tiempos han llegado a vencer por completo las enfermedades". "Un resfriado no puede seguir adelante si dejamos de comer". "Los cultivos microbianos para curar las enfermedades infecciosas son ensayos dudosos de terapéutica, porque el único tratamiento racional y eficaz y natural para toda clase de enfermedades consiste en la abstinencia, que en caso de enfermedad debe llegar a ayuno inmediato y todo lo demás es problemático o nocivo". "El mucho comer es causa de todas las enfermedades". Un detalle curioso es el siguiente: no pudiendo explicarse cómo obran los sueros y las vacunas en el tratamiento de algunas enfermedades y cómo el injerto de ciertos órganos llega a aminorar los achaques de la vejez, el ilustre metafísico atribuye estos hechos ¡a la magia blanca! (pág. 324). No resulta, pues, extraño que quien sustenta semejantes ideas, haya emprendido en la revista *El Maestro* la tristemente célebre campaña contra la medicina científica.

III. INTERPRETACION DE LA REALIDAD

JOSE M. SAMPER
(Colombia)

ENSAYO SOBRE LAS REVOLUCIONES POLITICAS
Y LA CONDICION SOCIAL DE LAS REPUBLICAS
COLOMBIANAS
(Fragmento) *

En el curso de este Ensayo hemos procurado indicar la relación íntima que hallamos entre los elementos capitales de la naturaleza física del Nuevo Mundo y de la organización colonial, como causas generales, y los sucesos de la revolución de 1810 y de los tiempos subsiguientes, como efectos más o menos inevitables de aquellas causas. Hemos determinado sucintamente los caracteres de las luchas civiles que han atormentado a Hispano-Colombia durante el rudo período de gobierno republicano (si no en el hecho en muchos de los Estados, al menos en el nombre y las apariencias); y creemos haber expuesto con exactitud la situación general de aquellos pueblos. Es llegado el momento de indicar las necesidades que esa situación implica y los medios generales que, sin perjuicio de las diferencias en la ejecución que comporten los intereses particulares de cada país, pueden asegurar la estabilidad de las repúblicas colombianas; estabilidad, bien entendido, que no debe ser artificial, sino enteramente conforme con las condiciones propias de Hispano-Colombia, pues sólo así se puede tener confianza en la solidez de una situación y el progreso en el porvenir.

Desde luego se comprende, por ser obvio y trivial, que la necesidad suprema de Hispano-Colombia es la de aniquilar las causas mismas de sus males, creando una política verdaderamente colombiana, o en otros términos: completar pacíficamente la obra de la revolución, que las insurrecciones, los golpes de Estado y las dictaduras han perturbado y descaminado. Cualquier remedio parcial o puramente local o transitorio sería inútil; cualquier plan de reglamentación no haría más que complicar la tarea de los gobiernos y embarazar la marcha progresiva de los pueblos. Lo que se necesita es adoptar remedios decisivos, que pongan fin a la crisis permanente de las revueltas y las ambiciones; es preciso arrancar de raíz el cáncer de la violencia y los antagonismos tradicionales y artificiales.

Las repúblicas hispano-colombianas necesitan ante todo: simplificar su existencia o su organización; aniquilar el *caudillaje* político; fundar la sobe-

* Publicado en 1861.

ranía de la ley como la más conspicua fórmula de la soberanía individual y popular; poner en armonía la constitución política con la etnología colombiana; hacer efectivas las garantías del derecho y las promesas de la revolución; fundar el crédito nacional; abrir la puerta al progreso bajo todas sus formas, y consolidar de una vez, si no crear, el reinado de la tolerancia y la verdadera fraternidad; sin lo cual no será posible adquirir fuerza y respetabilidad ante el mundo. ¿De qué modo se podrán alcanzar tamaños bienes? La cuestión es muy compleja, y aparece un vasto conjunto de medidas políticas, sociales, económicas y de carácter internacional. Examinemos estos asuntos, dejando para el capítulo siguiente lo que se refiere a la política exterior.

En las repúblicas hispano-colombianas no han faltado nunca las leyes: muy al contrario, los congresos y los gobernantes han pecado por exceso, multiplicando prodigiosamente los actos legislativos y los decretos gubernamentales o reglamentarios; sin darles tiempo jamás para que produzcan sus efectos, y mostrando, como los glotones hambrientos, más interés muchas veces por la cantidad que por la calidad. Se ha creído que el remedio estaba en las formas, cuando no estaba sino en la sustancia, que el mal social era de atrofia, cuando no era sino de hipertrofia; y la intemperancia de legislar y reglamentar ha llegado hasta los extravíos de la fiebre, produciendo el caos, tanto en la legislación como en los procedimientos administrativos. El resultado de esa intemperancia legislativa y de reglamentación ha sido este: los pueblos han perdido la noción de la ley, sin adquirir por eso la del derecho; y los mandatarios y administradores se han habituado al régimen de las interpretaciones, necesario donde la legislación es caótica, contradictoria y versátil, régimen funesto, porque conduce directamente a suplantar la autoridad de la ley con la personalidad del funcionario público.

Aparte de aquel vicio político, las tradiciones hispano-colombianas han sido perniciosas, preparando a las nuevas repúblicas a la funesta monomanía reglamentaria. Los pueblos se habían habituado a vegetar, privados de toda iniciativa, a esperar todo del gobierno, y a personificar la ley, la autoridad y la justicia en los gobernantes, administradores o jueces. Semejante hábito se desarraiga muy fácilmente, y el régimen que se ha seguido en la república tiende a fortalecerla y perpetuarla. Ello es que en Hispano-Colombia los pueblos no conocen la ley sino personificada, y no la respetan sino en tanto que tienen la sanción de la fuerza, o de un nombre popular, o de un funcionario. De esa triste situación ha nacido el *caudillaje* político y administrativo en todas las esferas. Así como en religión el catolicismo de las turbas no es más que la iconolatría, en política las creencias de las multitudes se concentran en el culto por algún caudillo, sea general o dictador, gobernante o faccioso, tribuno audaz o arzobispo pretencioso. Así, mientras en la conciencia de los pueblos o de los partidos las influencias personales se han sustituido a las convicciones y al respeto austero por la ley, en la política de los gobernantes la práctica leal del

deber ha cedido el campo al deseo insaciable de popularidad y prestigio. Ninguno, al gobernar, sabe hacerse esclavo de la ley; pero todos, como ciudadanos, son esclavos de la pasión de un caudillo o del interés de un partido.

Mientras esa perversión política subsista, la libertad será una quimera, porque no hay más libertad sólida en el mundo que la que se apoya en la ley, que es la garantía del derecho de todos y de cada uno; ni habrá estabilidad ninguna, porque, por una parte, las violaciones frecuentes de la ley provocan las revueltas, y por otra, el espíritu de caudillaje y el servilismo de partido ponen a los pueblos a la merced de los ambiciosos y apasionan todas las cuestiones. El remedio está indicado por el mal mismo. Es menester legislar lo menos posible, renunciar a la manía de reglamentación e imitación. En las viejas sociedades, donde los intereses son tan complicados y tienen tan profundas raíces, la reglamentación de la vida social, sin ser justificable en sus excesos, es algo comprensible. En las sociedades nuevas, exuberantes e incorrectas, reglamentar la vida es estancarla. Lo que Hispano-Colombia necesita es una legislación sencilla, clara, sobria y al alcance de los pueblos adolescentes, inexpertos, y generalmente ignorantes; legislación que, siendo comprendida, sea respetada y cumplida, consolide los intereses y engendre en las multitudes convicciones profundas: la convicción del derecho legal, de que los principios valen más que los hombres, y que toda mejora se puede obtener por el camino de la discusión y de la ley. Un pueblo que tiene pocas y buenas leyes que estudiar y cumplir, las mira con amor y respeto y no tiene jamás interés en violarlas; y ellas son más eficaces, porque no se sustituyen con presuntuosa previsión a la previsión del interés individual y popular. Si un gobierno está siempre mejor servido con pocos empleados bien pagados, una sociedad se desarrolla mejor con pocas leyes fielmente cumplidas. La libertad, fundada en la ley, hace entonces, respecto de muchos casos, las veces de la ley misma, en cuanto ésta calla.

Así, los pueblos hispano-colombianos deben sobre todo esforzarse por simplificar su organización, suprimiendo, por substracción de materia, una multitud de problemas espinosos, de cuestiones ardientes y dificultades puramente artificiales. ¿Se quiere evitar todos los conflictos que con tanta frecuencia han ocurrido en asuntos religiosos, ya respecto de los extranjeros, ya de la corte romana, de los obispos, las corporaciones y las turbas fanatizadas? Nada más sencillo que proclamar y hacer efectiva la completa libertad de religiones y cultos, la separación absoluta del Estado y la Iglesia y la independencia del sacerdocio, alejado de las luchas políticas. ¿Se quiere conjurar los conflictos entre el gobierno y la magistratura, que provienen de las luchas de la prensa, y al mismo tiempo suavizar las costumbres, desarmar la cólera de los partidos, desembozar al hipócrita y privar de pretextos a los revoltosos? La libertad absoluta de la prensa misma producirá todas esas ventajas; puesto que ella favorece la discusión, abre camino a la verdad y obliga a los partidos a ser leales y tolerantes. Ninguna socie-

dad ha muerto por exceso de verdad y justicia; pero sí han sucumbido muchas por falta de discusión, censura y responsabilidad eficaz ante la opinión.

¿Se quiere economizar un costoso y considerable tren de empleados, evitar conflictos entre la autoridad y el ciudadano y asegurarle al gobierno una sólida popularidad? El medio más natural es la supresión de los obstáculos artificiales que hacen al ciudadano antagonista del gobierno: abolir los pasaportes y todo lo que, no siendo la justa represión de un hecho culpable y pernicioso para la sociedad, se injiere en los actos de la vida individual o colectiva, con la pretensión de reglamentarlos y someterlos a molde o medida. La manía de los gobernantes hispano-colombianos de gobernar a la europea, plagiando sistemas impropios del Nuevo Mundo, ha conducido las cosas al contraste más absurdo: la *reglamentación en la democracia*, ideas que se excluyen esencialmente. Si se quiere, pues, tener estabilidad, libertad y progreso en Hispano-Colombia, es preciso que los hombres de estado se resuelvan a gobernar lo menos posible, confiando en el buen sentido popular y en la lógica de la libertad; que se esfuercen por simplificar y despejar las situaciones, suprimiendo todas las cuestiones artificiales, que sólo sirven de embarazo.

No menos perniciosa es la tendencia reformadora llevada al exceso. En Hispano-Colombia, mientras que los gobiernos conservadores han querido gobernar demasiado, restringiendo la libertad, los radicales han pretendido llevar la reforma hasta el punto de hacer leyes para crear necesidades y situaciones artificiales, anticipándose a la opinión y al tiempo. El hombre de estado no tiene la misión de crear intereses, necesidades y opiniones, sino la de administrar del mejor modo posible los intereses creados por la sociedad, abrir el camino a los esfuerzos espontáneos y dar satisfacción a las necesidades reales y las opiniones justas y respetables. Así, el radicalismo debe abstenerse en Hispano-Colombia de iniciar demasiado, en el gobierno, tanto como el conservatismo debe abstenerse de reglamentar con exceso. En uno y otro caso se incurre en la falta de suscitar embarazos, promover cuestiones artificiales y desacreditar las instituciones.

Sin salir del terreno político, indicaremos todavía tres grandes medios de estabilidad que se refieren a la constitución de los poderes públicos, las condiciones del sufragio y la organización militar.

Nuestras constituciones, sean centralizadoras o federativas, fruto de las revoluciones triunfantes de la soberbia de los dictadores, han incurrido en el gravísimo error de imitar en sustancia, en cuanto al poder ejecutivo, las formas tradicionales de la monarquía o de los gobiernos unipersonales. En eso han revelado dos cosas: una errónea comprensión de los caracteres esenciales de la república democrática, y un olvido completo de las condiciones físicas y etnológicas de Hispano-Colombia.

La democracia —gobierno libre de todos, de cada uno y para todos—, exige forzosamente el concurso y la representación simultánea, en el gobierno, de todos los partidos y todas las opiniones, en la proporción de sus

respectivas fuerzas, y por la muy simple razón de que toda opinión (mayoría o minoría) representa un derecho y una fuerza. Por eso es que, así como la elección por *escrutinio de lista*, y no por fracciones o círculos de representación unipersonal, son verdaderas coacciones que anulan a las minorías, evitan la discusión libre y aseguran el despotismo de las mayorías, toda organización del poder ejecutivo que le dé a éste un carácter absoluto, libre de contrapeso y fiscalización y esencialmente personal, es contraria a la índole de la democracia, introduce la discordancia entre los poderes, y favorece los abusos, los golpes de Estado y el advenimiento de dictaduras más o menos odiosas. ¿Qué cosa es el poder electoral?, un jurado popular. ¿Qué el poder legislativo?, un jurado parlamentario. ¿Qué el poder judicial?, un sistema de jurados más o menos libres en su deliberación. ¿Qué el poder ejecutivo, tal como está organizado en todos los Estados del mundo, con excepción de la libre Suiza?, un poder personal, unitario, símbolo ilógico del derecho colectivo. Las repúblicas colombianas, aceptando esa forma, han puesto al gobierno en contradicción con los demás poderes y las condiciones esenciales de la sociedad democrática.

Pero hay más: nuestras sociedades tienen los defectos (que pueden un día convertirse en cualidades) inherentes a estas cuatro circunstancias: la influencia de la sangre española, la promiscuidad de castas, la índole de la democracia, y las condiciones topográficas. La raza española, por causas que no es del caso examinar, es petulante y vanidosa, en lo bueno como en lo malo; y de esa cualidad provienen muchas de las grandes cosas y de las debilidades que han hecho notable a España. Los criollos colombianos hemos heredado ese *dón*, y a veces lo hemos llevado hasta el quijotismo más risible. Nuestros mulatos son todavía más petulantes y vanidosos, ya por causa del cruzamiento mismo, ya por espíritu de imitación. La república, de por sí, predispone a los pueblos a la vanidad y el ensimismamiento, sobre todo en una sociedad mezclada y joven, porque el sentimiento de la igualdad, la idea de la libertad, y el hábito de concurrir a la obra común, con su voto, su palabra o su brazo, le inspiran a cada ciudadano la convicción de su valer, de su capacidad y de la necesidad que tienen sus conciudadanos de contar con él. Por último esos pueblos jóvenes —vanidosos como es siempre la juventud—, viven dispersos en vastísimas regiones difícilmente comunicadas, y esa situación les ha inspirado la aspiración a la autonomía y la conciencia de cierta personalidad local o seccional.

De ahí el espíritu celoso, desconfiado y petulante de los partidos políticos en Hispano-Colombia. Todos quieren tener su parte en el gobierno (muchas veces por un sentimiento de patriotismo sincero), fiscalizar los actos del gobernante, intervenir en las discusiones políticas, hacerse necesarios e importantes, si se quiere. Nada más natural y acertado que satisfacer esa aspiración legítima, ofreciendo a los partidos, en el sufragio y en la organización de los poderes activos, un campo de acción simultánea, semejante al de la prensa y la tribuna popular. Se ha dicho que la democracia es envidiosa, interpretando mal ciertas manifestaciones deplorables hechas en

Europa. No: la democracia no es la forma de las clases envidiosas, sino de los hechos desconfiados, celosos y amigos de fiscalización. Ello es que en Hispano-Colombia se ha prescindido de la necesidad de contar con el concurso de todas las opiniones y todos los partidos sinceros. Cada partido triunfante ha oprimido más o menos al vencido, procurando a todo trance perpetuarse en el poder, es decir, gobernando para sí y no para la nación, y haciendo del poder y de la ley meros instrumentos políticos. De ahí los abusos, las violencias, las insurrecciones y las dictaduras!

Si se quiere, pues, que haya estabilidad en Hispano-Colombia, es necesario buscar una combinación en el sistema electoral y en la organización de los poderes activos (legislativo y ejecutivo), que permita la coexistencia de representación de los partidos en el gobierno; la mutua fiscalización, elemento de confianza y armonía; el contentamiento de todas las ambiciones nobles, en todas las susceptibilidades legítimas; y la alternación, sin comprometer por eso la unidad de la acción gubernamental, conciliando la responsabilidad efectiva con la movilidad de las opiniones. Lo que más falta en Hispano-Colombia es: sinceridad en los gobernantes, fiscalización en la política y *responsabilidad real*.

Las luchas eleccionarias han sido muy fecundas en conflictos en Colombia, y es penoso reconocer que hasta ahora los pueblos no han hecho un aprendizaje regular de la noble institución del sufragio. Las multitudes, o no lo poseen de derecho, o no lo ejercen en realidad, porque no tienen la conciencia del valor de la votación, y apenas funcionan como ciegos instrumentos del poder o de los intrigantes ambiciosos. Las clases ilustradas no saben estimar la santidad del sufragio, y no ven en él sino un medio de explotación, de corrupción o de violencia disimulada. Y es evidente que si el sufragio no es una institución sincera, positiva y respetable, la república democrática no es más que una comedia en la que sólo medran las clases privilegiadas y las dictaduras.

Dos opuestos sistemas han sido ensayados en Colombia, teniendo sus más conspicuos representantes en Nueva Granada y Chile. El uno, obediendo a la lógica de la democracia, pero olvidando las condiciones del país, ha fundado resueltamente el sufragio directo, secreto y universal, como base del gobierno, llamando a la ciudadanía política a todos los hombres mayores de 21 años, sin distinción ninguna. El otro sistema, siguiendo la lógica de la restricción, ha limitado mucho la acción del sufragio y lo ha reducido a un círculo muy estrecho de privilegiados, haciéndolo indirecto y público. ¿Cuál de los dos sistemas ha producido mejores resultados? No podemos decirlo. El radicalismo neo-granadino, haciendo del sufragio, en definitiva, una cuestión de *boletines* y no de *opiniones*, ha puesto el poder en manos de minorías del peor carácter; y las mayorías inteligentes y respetables se han visto ahogadas por una fantasmagoría de votos que en realidad no representan sino las intrigas de los curas y de algunos pelafustanes de parroquia. El conservatismo chileno, por un camino diferente, ha llegado a un resultado muy semejante:

hacer del sufragio un artículo monopolizado por el gobierno, la policía, el clero y los ricos propietarios y capitalistas. En ninguno de los dos casos el sufragio es en realidad el instrumento de acción pacífica o gobierno de las mayorías legítimas.

En otros Estados los gobiernos se han dejado de escrúpulos. Importándoles poco las fórmulas, se han servido de todo sistema indiferente, ganando las elecciones (o farsas de elecciones) por medio de la corrupción, la violencia militar o de policía, los fraudes atrevidos y los golpes de mano a estilo dictatorial. En este género de campañas, Hispano-Colombia ha contado veteranos famosos, tales como Rosas, López¹, Belzú, Castilla, Urbina, Ospina, Monagas, Santa Anna, etc. El método es más cómodo que ninguno otro pero tiene sus inconvenientes, entre otros el de hacer caer tristemente a los gobernantes que lo emplean. De todos modos, el sufragio en Colombia peca por exageraciones y no tiene la fuerza y respetabilidad que la democracia exige.

Es, pues, necesario que los demócratas de ese continente se persuadan de que el sufragio no será una verdad, una institución fecunda, sino a condición de ser directo y secreto, y de éstas solamente confiado a los ciudadanos que sepan leer y escribir, sin consideración a la fortuna o al censo de imposición. Sólo así será el sufragio una inteligencia en acción, una *conciencia* capaz de responsabilidad, una institución fuerte y soberana, un elemento de educación política y social, un estímulo que realce el valor del derecho, y un medio de estabilidad. Sólo así tendrán los gobiernos y los partidos interés en ilustrar a las masas; las elecciones serán sinceras, y el triunfo de las causas políticas no será la obra del clero, del ejército y la policía, de la intriga interesada, la corrupción y la violencia.

En todo Hispano-Colombia reina el empirismo en la organización militar. El ejército es la personificación de la violencia, tanto por su modo de organización como por su modo de acción y sus injustificables privilegios. El reclutamiento, apasionado, brusco, ciego, salvaje y altamente odioso, es el medio universal de composición de la fuerza pública; y semejante sistema suprime la seguridad individual, destruye la libertad, hace imposible la fraternidad social, pervierte el sentimiento de la dignidad nacional y hace del ejército el enemigo permanente del pueblo. Estamos persuadidos de que se habrían evitado la mayor parte de las calamidades políticas sufridas en Hispano-Colombia, si se hubiese organizado el ejército desde temprano en armonía con el principio democrático. En las monarquías absolutas o que se les parecen, el ejército es una fuerza del soberano, un instrumento del monarca. En las repúblicas no puede ni debe ser otra cosa que la democracia armada, la nación, acuartelada o en reserva, pronta a defenderse, el ciudadano hecho soldado. Por lo mismo, la igualdad, la armonía y la justicia deben reinar en ese terreno como en el del sufragio. Elegir, administrar o combatir, son funciones de distinta forma pero de

¹ En el Paraguay.

igual naturaleza, que no modifican el derecho ni el deber del ciudadano, y por tanto no modifican su carácter.

No vacilamos, pues, en decir que las repúblicas hispano-colombianas, puesto que andan siempre a caza de modelos europeos, deben imitar el de la modesta y libre Suiza, cuya organización militar es la más sabia, la más sólida y democrática del mundo. Con un sistema que iguale a todos los ciudadanos ante el fusil del patriota; que haga del espíritu militar un sentimiento nacional confundido con el patriotismo, y no un espíritu de clase dominante y privilegiada; que permita disciplinar al pueblo para su defensa, manteniéndolo en *reserva*, y al mismo tiempo sostener con economía una pequeña fuerza activa, como elemento de instrucción y núcleo de un grande ejército nacional, necesario en momentos de peligro; y que, alejando al soldado activo de las urnas electorales y manteniéndolo sin privilegios, lo haga popular, respetable y útil, jamás amenazante para la libertad; con ese sistema, decimos, habría en Hispano-Colombia paz interior sólida y grandes elementos de fuerza para obtener el respeto de las potencias extranjeras.

Para no prolongar demasiado este capítulo, nos limitaremos a indicar brevemente las medidas generales que nos parecen conducentes, en lo social, económico y fiscal, a obtener la estabilidad, como base de progreso.

Dos sistemas de legislación se disputan en el mundo el predominio, en las cuestiones sociales, políticas, religiosas y económicas: el sistema socialista, y el de los economistas absolutos. El primero se funda en el absolutismo del Estado, pretende reglamentarlo todo, intervenir en todo y sustituir la acción del Estado a la del individuo, centralizando toda autoridad. El segundo, partiendo del principio de *dejar hacer*, aspira a fundar la autonomía individual exclusiva, limitando la acción del gobierno a la simple función de dar seguridad, reprimir la violencia contra todo derecho e impartir justicia. En Hispano-Colombia los dos sistemas han tenido también sus defensores, si bien el socialista es el que ha tenido aceptación general. La Confederación granadina es la sola república que ha ensayado el radicalismo de los economistas, aceptando estos dos principios: libertad plena para el ciudadano, en cuanto no vulnere el derecho ajeno; y abstención del gobierno nacional de injerirse en lo que corresponde principalmente a la actividad individual.

¿Cuáles han sido los resultados? El sistema socialista, aunque mucho menos exagerado que en Europa, ha producido el estancamiento. Los gobiernos ni han hecho ni han dejado hacer, dominados por mil dificultades, y ocupados principalmente en reprimir revueltas o suscitar dictaduras. Así como hay artistas que aman el arte por el arte, en Hispano-Colombia hay muchos hombres de estado que *gobiernan por gobernar* y nada más. El sistema radical, favoreciendo algunos progresos, particularmente en la instrucción pública y la agricultura, ha sido pernicioso bajo otros aspectos, sobre todo en cuanto a vías de comunicación; porque los pueblos hispano-colombianos tienen muy poco espíritu de empresa y asociación y son nota-

blemente rutineros. La libertad hará mucho por sí sola, con el tiempo; pero mientras que ella produce sus infalibles resultados, algunos grandes intereses quedan abandonados, por falta de la iniciativa oficial, y a causa de los formidables obstáculos que la naturaleza abrumadora de Colombia opone a los débiles esfuerzos de poblaciones inexpertas y muy reducidas.

Creemos, pues, que los dos sistemas son viciosos por su exageración, y que lo que conviene a las sociedades hispano-colombianas es una combinación reducida a estas dos ideas: *dejar hacer* libremente a los ciudadanos cuanto sea inocente, y *hacer con eficacia* lo que sea superior transitoriamente a los esfuerzos individuales. La libertad es perfectamente conciliable con la iniciativa oficial, siempre que los gobiernos prescindan de hacerles competencia a los particulares, sin llevar su acción más allá de lo que exija la debilidad transitoria del esfuerzo privado. Con este sistema, la intervención gubernamental será realmente útil y fecunda, y los gobiernos, asegurando la estabilidad política con la estabilidad de los intereses, simplificarán su tarea y apartarán de su vida muchos y grandes embarazos.

De lo dicho se desprende lógicamente el programa de acción gubernamental que conviene a Hispano-Colombia, y que se puede reducir a términos generales y sencillos:

Proteger del modo más eficaz, sin omitir esfuerzo ni sacrificio alguno, la propagación de la enseñanza pública, sea que se ejerza por la prensa o por las academias, los colegios, las escuelas técnicas o especiales, las primarias, los concursos estimulantes, las bibliotecas populares, los observatorios, museos, etc.

Favorecer poderosamente las inmigraciones europeas y de otras regiones, escogidas con criterio y conducidas con tino y liberalidad, a fin de fortalecer a la sociedad en su lucha contra la más formidable naturaleza, y de ilustrar, depurar y equilibrar las razas y castas, mediante la infusión de una sangre activa que lleve consigo grandes fuerzas para la civilización.

Consagrar vastísimas porciones de las tierras baldías a una distribución gratuita entre los inmigrantes, que en breve producirá su interés con grande usura, en la riqueza y el bienestar que las colonizaciones desarrollen.

Favorecer con empeño y sin ahorrar sacrificios, la multiplicación y mejora de los medios de comunicación de todo género, y de las obras públicas favorables al comercio, la agricultura y la industria. Un buen servicio de correos, un gran camino, un telégrafo, etc., son instrumentos mucho más seguros y poderosos que un ejército o una legión de gendarmes para prevenir o reprimir las revueltas de poblaciones ociosas e incomunicadas, descontentas a causa de su pobreza y malestar.

Multiplicar, con el carácter de permanentes y periódicas, las exposiciones industriales, agrícolas y artísticas, y los concursos que estimulen sus progresos.

Establecer colonizaciones en los desiertos interiores, sobre todo a orillas de los grandes ríos, a fin de evitar cuestiones sobre límites, favorecer las comunicaciones, reducir las tribus salvajes a la vida civil, etc.

Emprender o completar con inteligencia y energía toda clase de explotaciones y trabajos geográficos que permitan adquirir un pleno conocimiento de la topografía y las poblaciones, y revelar al mundo las riquezas naturales o elementos de prosperidad de las comarcas hispano-colombianas, todavía ignoradas o mal conocidas.

Fundar a todo trance el crédito nacional, por medio de arreglo con los acreedores nacionales y extranjeros, lealmente cumplidos y que inspiren confianza como garantía de orden y probidad.

Otras medidas muy importantes, igualmente aplicables a toda la Colombia española, merecen especial indicación; pero su carácter internacional exige que las reservemos para otro lugar.

Acaso se dirá que el conjunto de medidas hasta aquí indicadas exige recursos muy considerables en el erario de las repúblicas en cuestión. La objeción sería muy especiosa. Por una parte, los recursos no faltan en realidad, sino que son mal invertidos. Que se gaste menos en ejércitos ruinosos y amenazantes, y se tendrá todo lo necesario para estimular dignamente el progreso. Cada insurrección cuesta millones, mucho más de lo que costarían las obras públicas y mejoras que pueden conjutar toda revuelta. Por otra parte, si los recursos faltan, será fácil obtenerlos por medio de contribuciones o del crédito, si se les da su legítima inversión con lealtad. Los pueblos pagan siempre con placer los impuestos, cuando ven que sus sacrificios se convierten en progreso y bienestar; y los capitales buscan espontáneamente a los gobiernos, cuando éstos merecen la confianza general por su severidad en el cumplimiento del deber, su probidad y su liberalismo inteligente.

15

GABINO BARREDA
(México)

ORACION CIVICA *

Dans les douloureuses collisions nous prépare nécessairement l'anarchie actuelle, les philosophes qui les auront prévues, seront déjà préparés à y faire convenablement ressortir les grands leçons sociales qu'elles doivent offrir à tous.

A. COMTE. *Cours de Philosophie Positive*. T. VI. 622.

Conciudadanos: En presencia de la crisis revolucionaria que sacude al país entero desde la memorable proclamación del 16 de septiembre de 1810; a la vista de la inmensa conflagración producida por una chispa, al parecer

* Pronunciada en Guanajuato el 16 de septiembre del año de 1867, al triunfo de la República contra el conservadurismo mexicano y la intervención encargada en el emperador Maximiliano de Austria.

insignificante, lanzada por un anciano sexagenario en el oscuro pueblo de Dolores; al considerar que después de haberse conseguido el que parecía fin único de ese fuego de renovación que cundió por todas partes, quiero decir, la separación de México de la Metrópoli Española, el incendio ha consumido todavía dos generaciones enteras y aún humea después de cincuenta y siete años, un deber sagrado y apremiante surge para todo aquel que no vea en la historia un conjunto de hechos incoherentes y estrambóticos, propios sólo para preocupar a los novelistas y a los curiosos; una necesidad se hace sentir por todas partes, para todos aquellos que no quieren, que no pueden dejar la historia entregada al capricho de influencias providenciales, ni al azar de fortuitos accidentes, sino que trabajan por ver en ella una ciencia, más difícil sin duda, pero sujeta, como las demás, a leyes que la dominan y que hacen posible la previsión de los hechos por venir, y la explicación de los que ya han pasado. Este deber y esta necesidad, es la de hallar el hilo que pueda servirnos de guía y permitirnos recorrer, sin peligro de extraviarnos, este intrincado dédalo de luchas y de resistencias, de avances y de retrogradaciones, que se han sucedido sin tregua en este terrible pero fecundo período de nuestra vida nacional: es la de presentar esta serie de hechos, al parecer extraños y excepcionales, como un conjunto compacto y homogéneo, como el desarrollo necesario y fatal de un programa latente, si puedo expresarme así, que nadie había formulado con precisión pero que el buen sentido popular había sabido adivinar con su perspicacia y natural empirismo; es la de hacer ver que durante todo el tiempo en que parecía que navegábamos sin brújula y sin norte, el partido progresista, al través de mil escollos y de inmensas y obstinadas resistencias, ha caminado siempre en buen rumbo, hasta lograr después de la más dolorosa y la más fecunda de nuestras luchas, el grandioso resultado que hoy palpamos, admirados y sorprendidos casi de nuestra propia obra: es, en fin, la de sacar, conforme al consejo de Comte, las grandes lecciones sociales que deben ofrecer a todos esas dolorosas colisiones que la anarquía, que reina actualmente en los espíritus y en las ideas, provoca por todas partes, y que no puede cesar hasta que una doctrina verdaderamente universal reúna todas las inteligencias en una síntesis común.

El orador a quien se ha impuesto el honroso deber de dirigirnos la palabra en esta solemne ocasión, siente, como el que más, el vehemente deseo de examinar, con ese espíritu y bajo ese aspecto, el terrible período que acabamos de recorrer, y que políticos mezquinos o de mala fe, pretenden arrojarnos al rostro como un cieno infamante para mancillar así nuestro espíritu y nuestro corazón, nuestra inteligencia y nuestra moralidad, presentándolo maliciosamente como una triste excepción en la evolución progresiva de la humanidad; pero que, examinado a la luz de la razón y de la filosofía, vendrá a presentarse como un inmenso drama, cuyo desenlace será la sublime apoteosis de los gigantes de 1810, y de la continuada falan-

ge de héroes que se han sucedido, desde Hidalgo y Morelos, hasta Guerrero e Iturbide; desde Zaragoza y Ocampo, hasta Salazar y Arteaga, y desde éstos hasta los vencedores de la hiena de Tacubaya y del aventurero de Miramar.

En la rápida mirada retrospectiva que el deseo de cumplir con ese sagrado deber nos obliga a echar sobre los acontecimientos del pasado, habrá que tocar no sólo aquellos que directamente atañen a los sucesos políticos, sino también, aunque muy someramente, otros hechos que a primera vista pudieran parecer extraños a este sitio y a esta festividad. Pero en el dominio de la inteligencia y en el campo de la verdadera filosofía, nada es heterogéneo y todo es solidario. Y tan imposible es hoy que la política marche sin apoyarse en la ciencia como que la ciencia deje de comprender en su dominio a la política.

Después de tres siglos de pacífica dominación, y de un sistema perfectamente combinado para prolongar sin término una situación que por todas partes se procuraba mantener estacionaria, haciendo que la educación, las creencias religiosas, la política y la administración convergiesen hacia un mismo fin bien determinado y bien claro, la prolongación indefinida de una dominación y de una explotación continua; cuando todo se tenía dispuesto de manera que no pudiese penetrar de afuera, ni aun germinar espontáneamente dentro de ninguna idea nueva, si antes no había pasado por el tamiz formado por la estrecha malla del clero secular y regular, tendida diestramente por toda la superficie del país y enteramente consagrado al servicio de la Metrópoli, de donde en su mayor parte había salido y a la que lo ligaba íntimamente el cebo de cuantiosos intereses y de inmunidades y privilegios de suma importancia, que lo elevaban muy alto sobre el resto de la población, principalmente criolla; cuando ese clero armado a la vez con los rayos del cielo y las penas de la tierra, jefe supremo de la educación universal, parecía tener cogidas todas las avenidas para no dejar penetrar al enemigo, y en su mano todos los medios de exterminarlo si acaso llegaba a asomar; después de tres siglos, repito, de una situación semejante, imposible parece que súbitamente, y a la voz de un párroco obscuro y sin fortuna, ese pueblo, antes sumiso y aletargado, se hubiese levantado como movido por un resorte, y sin organización y sin armas, sin vestidos y sin recursos, se hubiese puesto frente a frente de un ejército valiente y disciplinado, arrancándole la victoria sin más táctica que la de presentar su pecho desnudo al plomo y al acero de sus terribles adversarios, que antes lo dominaban con la mirada.

Si tan importante acontecimiento no hubiese sido preparado de antemano por un concurso de influencias lentas y sordas, pero reales y poderosas, él sería inexplicable de todo punto, y no sería ya un hecho histórico sino un romance fabuloso; no hubiera sido una heroicidad sino un milagro el haberlo llevado a cabo, y como tal estaría fuera de nuestro punto de vista, que conforme a los preceptos de la verdadera ciencia filosófica, cuya mira es siempre la previsión, tiene que hacer a un lado toda influencia

sobrenatural, porque no estando sujeta a leyes invariables no puede ser objeto ni fundamento de explicación ni previsión racional alguna.

¿Cuáles fueron, pues, esas influencias insensibles cuya acción acumulada por el transcurso del tiempo, pudo en un momento oportuno luchar primero, y más tarde salir vencedora de resistencias que parecían incontrastables? Todas ellas pueden reducirse a una sola —pero formidable y decisiva— *la emancipación mental*, caracterizada por la gradual decadencia de las doctrinas antiguas, y su progresiva substitución por las modernas; decadencia y substitución que, marchando sin cesar y de continuo, acaban por producir una completa transformación antes que hayan podido siquiera notarse sus avances.

Emancipación científica, emancipación religiosa, emancipación política: he aquí el triple venero de ese poderoso torrente que ha ido creciendo de día en día, y aumentando su fuerza a medida que iba tropezando con las resistencias que se le oponían; resistencias que alguna vez lograron atajarlo por cierto tiempo, pero que siempre acabaron por ser arrolladas por todas partes, sin lograr otra cosa que prolongar el malestar y aumentar los estragos inherentes a una destrucción tan indispensable como inevitable.

En efecto, ¿cómo impedir que la luz que emanaba de las ciencias inferiores penetrase a su vez en las ciencias superiores? ¿Cómo lograr que los mismos para quienes los más sorprendentes fenómenos astronómicos quedaban explicados como una ley de la naturaleza, es decir, con la enunciación de un hecho general, que él mismo no es otra cosa que una propiedad inseparable de la materia, pudiese no tratar de introducir este mismo espíritu de explicaciones positivas en las demás ciencias, y por consiguiente en la política? ¿Cómo los encargados de la educación pueden, todavía hoy, llegar a creer que los que han visto encadenar el rayo, que fue por tantos siglos el arma predilecta de los dioses, haciéndolo bajar humilde e impotente al encuentro de una punta metálica elevada en la atmósfera, no hayan de buscar con avidez otros triunfos semejantes en los demás ramos del saber humano? ¿Cómo pudieron no ver que a medida que las explicaciones sobrenaturales iban siendo substituidas por leyes naturales, y la intervención humana creciendo en proporción en todas las ciencias, la ciencia de la política iría también emancipándose, cada vez más y más, de la teología? Si el clero hubiera podido ver en aquel tiempo, con la claridad que hoy percibimos nosotros, la funesta brecha que esas investigaciones científicas al parecer tan indiferentes e inofensivas iban abriendo en el complicado edificio que a tanta costa había logrado levantar, y que con tanto empeño procuraba conservar; si él hubiera llegado a comprender la íntima y necesaria relación que liga entre sí todos los progresos de la inteligencia humana, y que haciéndolos todos solidarios no permite que por una parte se avance y por otra se retroceda, o siquiera se permanezca estacionario, sino que comunicando el impulso a todas partes, hace que todas marchen a la vez, aunque con desigual velocidad según el grado de complicación de los conocimientos correspondientes; si él hubiera refle-

xionado que, estando comunicados entre sí todos los diversos departamentos del grandioso palacio del alma, la luz que se introdujese en cualquiera de ellos debía necesariamente irradiar a los demás y hacer poco a poco percibir, cada vez menos confusamente, verdades inesperadas que una impenetrable oscuridad podía sólo mantener ocultas, pero que una vez vislumbradas por algunos, irían cautivando las miradas de la multitud, a medida que nuevas luces, suscitadas por las primeras, fueran apareciendo por diversos puntos, se habría apresurado sin duda a matar esas luces dondequiera que pudieran presentarse y por inconexas que pudiesen parecer con la doctrina que se deseaba salvar. Pero este plan que, concebido sistemáticamente por las antiguas teocracias hubiera hecho justificable la ilusión de un resultado, si no permanente al menos inmensamente prolongado, no era ni racional ni disculpable en los tiempos ni en las circunstancias en que España se apoderó del Continente de Colón. En esa época, los principales gérmenes de la renovación moderna estaban en plena eferescencia en el antiguo mundo y era preciso que los conquistadores, impregnados ya de ellas, los inoculasen, aun a su pesar, en la nueva población que de la mezcla de ambas razas iba a resultar. Por otra parte, era imposible que, en continua relación con la Metrópoli, México y toda la América española no percibiese, aunque confusamente, el fuego de emancipación que ardía por todas partes, y de que en lo político España misma había dado el noble ejemplo lanzando de su seno a los moros que, siete siglos antes y en mejores circunstancias, habían intentado hacer en la península lo que ella, a su vez, se propuso en América.

La triple evolución científica, política y religiosa que debía dar por resultado la terrible crisis por que atravesamos, puede decirse, no ya que era inminente, sino que estaba efectuada en aquella época y el clero católico que, nacido él mismo de la discusión, se había propuesto después sofocarla, había visto a sus expensas lo irrealizable de sus pretensiones, pues por una dichosa fatalidad, el irresistible atractivo de lo cierto y de lo útil, de lo bueno y de lo bello, sedujo a su pesar a los mismos a quienes su propio interés aconsejaba desecharlo y, semejantes al Cervero de la fábula, se dejaron adormecer por el encanto de las nuevas ideas y dejaron penetrar en el recinto vedado al enemigo que debieran ahuyentar.

Ahora bien, una vez dado el primer paso, lo demás debía efectuarse por sí solo y todas las resistencias que se quisieran acumular, podrían alguna vez retardar y enmascarar el resultado final; pero éste fue fatal e inevitable. La ciencia, progresando y creciendo como un débil niño, debía primero ensayar y acrecentar sus fuerzas en los caminos llanos y sin obstáculos, hasta que poco a poco y a medida que ellas iban aumentando, fuese sucesivamente entrando en combate con las preocupaciones y con la superstición, de las que al fin debía salir triunfante y victoriosa después de una lucha terrible, pero decisiva.

Por su parte, la superstición, que tal vez sentía su debilidad, evitaba encontrarse con su adversario, y cediendo palmo a palmo el terreno que

no podía defender aparentaba no comprender, o de hecho no comprendía que esa retirada continua era también una continua derrota. Sólo de tiempo en tiempo y cuando la colisión era evidente, se paraba a combatir con la furia del despecho y la tenacidad de la desesperación. Yo no referiré todas esas luchas que son ajenas de este lugar y de esta ocasión; yo no me pararé siquiera a mencionar aquí las principales fases de ese gran conflicto, que son también las fases de la historia de la humanidad, porque esto me llevaría muy lejos. Yo no diré tampoco cómo la ciencia ha logrado, en fin, abrazar a la política y sujetarla a leyes, ni cómo la moral y la religión han llegado a ser de su dominio. El campo es vasto y la materia fecunda y tentadora; mas la ocasión no es favorable y apenas se presta a mencionar el hecho.

Pero no puedo menos de recordar, en pocas palabras, la famosa condenación de Galileo hecha por la Iglesia católica que, fundada en un pasaje revelado, declaró herética e inadmisibles la doctrina del movimiento de la Tierra. Aquí el texto era claro y terminante, el libro de donde se sacaba no podía ser más reverenciado; por otra parte, la doctrina que se les oponía no estaba realmente apoyada en ninguna prueba irrecusable, sino que era hasta entonces una simple hipótesis científica, con la cual la explicación de los fenómenos celestes adquiriría una notable sencillez; Galileo no había hecho otra cosa que prohibirla y allanar algunas dificultades de mecánica, que se habían opuesto hasta entonces a su generalización; pero lo repito, ninguna prueba positiva podía darse hasta entonces de la realidad del doble movimiento que se atribuía a la Tierra; la primera prueba matemática de este importante hecho no debía venir sino un siglo después, con el fenómeno de la aberración descubierta por Bradley. Y sin embargo, era ya tal el espíritu antiteológico que reinaba en tiempo de Galileo, que bastó que la hipótesis condenada explicase satisfactoriamente los hechos a que se refería y que no chocase, como en los principios se había creído, con las leyes de la física o de la mecánica, para que ella hubiese sido bien pronto universalmente admitida, a despecho del Concilio, del Texto y de la Inquisición. Más aún: el Texto mismo tuvo por fin que plegarse a sufrir una torsión, hasta ponerse él de acuerdo con la ciencia, o por lo menos, hacer cesar la evidente contradicción de que primero se había hecho justo mérito.

Es inútil insistir aquí sobre la importancia de este espléndido triunfo del espíritu de demostración sobre el espíritu de autoridad; baste saber que desde entonces los papeles se trocaron, y el que antes imperaba sin contradicción y decidía sin réplica, marcha hoy detrás de su rival, recogiendo con una avidez que indica su pobreza, la menor coincidencia que aparece entre ambas doctrinas, sin esperar siquiera a que estén demostradas, para servirse de ella como un pedestal sobre el cual se complace en apoyar su bamboleante edificio. Pero lo que sí hace a mi propósito y debo, por lo mismo, hacer notar en este punto, es que tal era el estado de la emancipación científica en Europa cuando la corporación que se encargó

aquí de la Instrucción pública por orden del gobierno de España, acometió la titánica empresa de parar el curso de este torrente que sus predecesores no habían podido contener, porque de este loco empeño debía resultar más tarde el cataclismo que, con más cordura, hubiera podido evitarse.

No sólo en sus relaciones con la ciencia, propiamente dicha, fue como los conquistadores trajeron una doctrina en decadencia incapaz de fundar, de otro modo que no fuera por la fuerza y la opresión, un gobierno estable y respetado; también entre los que habían pertenecido al propio campo había estallado la división. El famoso cisma que bien pronto dividió la Europa en dos partes irreconciliables, y que haciendo cesar la unidad y la veneración hacia los superiores espirituales, echó por tierra la obra que, fundada por San Pablo, se había elaborado lentamente en la edad media; este cisma, cuya bandera fue la del derecho del libre examen, nació precisamente en el tiempo en que los conquistadores marchaban a apoderarse de su presa. Y si bien la España había, en apariencia, quedado libre del contagio, lo cierto es que el verdadero veneno se había inoculado de tiempo atrás en todos los cerebros y de hecho, todos los llamados católicos, eran ya, y cada día se hicieron más y más protestantes, porque todos, a su vez, apelaban a su razón particular, como árbitro supremo en las cuestiones más trascendentales y se erigían en jueces competentes, en las mismas materias que antes no se hubieran atrevido a tocar. Ahora bien, nada es más contrario al verdadero espíritu católico, que esa supremacía de la razón sobre la autoridad, y nada por lo mismo puede indicar mejor su decadencia, que esa lucha en que se le obligaba a entrar, en la cual tenía que sostener con la razón o con la fuerza, lo que sólo hubiera debido apoyar con la fe. Los famosos tratados de los *regalistas* en que España abunda, no eran de hecho otra cosa que una enérgica y continua protesta contra la autoridad del Papa. Y el modo brutal con que Carlos V, a pesar de su fanatismo, trató en su propio solio al Pontífice Romano, que había querido oponerse a su voluntad, prueba lo que en aquella época había decaído una autoridad que antes disponía a su arbitrio de las coronas.

Así, del lado de la religión, que parecía ser una de las piedras angulares del edificio de la Conquista, el principal elemento disolvente vino con sus fundadores, y él no podía menos de crecer aquí, como fue creciendo en todas partes y dar, por fin, en tierra, con una construcción cuyos fundamentos estaban ya corroídos y minados de antemano.

Del lado de la política, la cosa no marchaba de otro modo.

Ya he dicho que la España misma había dado el ejemplo de la emancipación, lanzando a los moros, que durante siete siglos habían dominado y ella no debía esperar mejor suerte en la empresa análoga que acometía. Sin embargo, el espíritu de dominación que se apoderó de ella después de los brillantes sucesos de América, hizo que su poder se extendiese también en gran parte de la Europa y de esta dominación y de la necesidad de libertad, que una intolerable opresión, a su vez religiosa, política y

militar, debía producir en los puntos de Europa sujetos a la corona de España, debía nacer el formidable enemigo que, después de hacerle perder los Países Bajos, le arrancaría más tarde sus joyas del Nuevo Mundo y que acabará por derribar todos los tronos que hoy no existen ya sino de nombre.

El dogma político de la *soberanía popular*, no se formuló, en efecto, de una manera explícita y precisa, sino durante la guerra de independencia que la Holanda sostuvo, con tanto heroísmo como cordura, contra la tiranía española.

Este dogma importante que después ha venido a ser el primer artículo del credo político de todos los países civilizados, se invocó en favor de un pueblo virtuoso y oprimido y, cosa digna de notarse, fue apoyado por la Inglaterra y la Francia y por todas las monarquías, tal vez en odio a la España, o por esa fatalidad que pesa sobre las instituciones que han caducado, fatalidad que las conduce a afilar ellas mismas el puñal que debe herirlas de muerte, consumando así una especie de suicidio lento, pero inevitable, contra el cual, después y cuando ya no es tiempo, quieren en vano protestar.

El buen uso que la Holanda supo hacer de este principio, al cual puede decirse que fue en gran parte deudora de su independencia y de su libertad, a la vez política y religiosa, y la aquiescencia tácita o expresa de todos los gobiernos, hizo pasar muy pronto al dominio universal, este dogma radicalmente incompatible con el principio del derecho divino en que hasta entonces se habían fundado los gobiernos.

Así es que, cuando durante la revolución inglesa surgió la otra base de las repúblicas modernas —la igualdad de los derechos— no pudo encontrar seria contradicción, a pesar de haber abortado en esta vez su aplicación práctica, sin duda por haber sido prematura; pero este nuevo dogma era una consecuencia tan natural y un complemento tan indispensable del anterior, que no obstante su insuceso, los colonos que de Inglaterra partieron para América, lo llevaron grabado, así como su precursor, en el fondo de sus corazones y ambos dogmas sirvieron de simiente y de preparación para el desarrollo de ese coloso que hoy se llama Estados Unidos, y que en la terrible crisis por que acaba de pasar, crisis suscitada por la necesidad de deshacerse de elementos heterogéneos y deletéreos ha demostrado un vigor asombroso y una virilidad, que los que maquinaban contra ella han visto con espanto y que sus más ardientes admiradores estaban lejos de imaginar.

Pero si la soberanía popular es contraria al derecho divino de la autoridad regia y al derecho de conquista, la igualdad social es, además, incompatible con los privilegios del clero y del ejército. De suerte que con esos dos axiomas, se encontraba, en lo político, minado desde sus principios el edificio social que España venía a construir.

Ya lo veis, señores, todos los veneros de ese poderoso raudal de la insurrección estaban abiertos; todos los elementos de esa combustión ge-

neral estaban hacinados; la compresión continua y cada día mayor que se ejercía sobre éstos y el aislamiento en que se quiso siempre tener a México, para impedir la corriente de aquéllos, no podían producir y no produjeron otro resultado que el de hacer más terrible la explosión de los unos, en el instante en que la combustión comenzase por un punto cualquiera y el de aumentar los estragos del otro, luego que los diques con que quería contenerse su curso llegasen a ceder.

Una conducta más prudente, que hubiese permitido un ensanche gradual y una gradual disminución de los vínculos de dependencia entre México y la Metrópoli, de tal modo que se hubiese dejado entrever una época en que esos lazos llegasen a romperse, como la naturaleza misma parecía exigirlo, interponiendo el inmenso Océano entre ambos continentes, habría sin duda evitado la necesidad de los medios violentos que la política contraria hizo necesarios. Sería, sin embargo, injusto echar en cara a España una conducta que cualquiera otra nación en su caso habría seguido y que, la falta de una doctrina social positiva y completa, hacía tal vez necesaria en aquella época. Pero sea de ello lo que fuere, el hecho es que en la época de la insurrección, los elementos de esa combustión estaban ya reunidos y estaban además, en plena efervescencia determinada por la noticia de la independencia de los Estados Unidos y de la explosión francesa: sólo se necesitaba ya una chispa para ocasionar el incendio.

Esta chispa fue lanzada por fin la memorable noche del 15 al 16 de septiembre de 1810, por un hombre de genio y de corazón: de genio para escoger el momento en que debía dar principio a la grandiosa obra que meditaba; de corazón, para decidirse a sacrificar su vida y su reputación, en favor de una causa que su inspiración le hacía ver triunfante y gloriosa en un lejano porvenir. El conocimiento pleno que tenía de la fuerza física de los opresores, no le podía dejar ver otra cosa en el presente, que la derrota en el campo de batalla y la difamación en el de la opinión. El no podía racionalmente contar con el glorioso episodio del Monte de las Cruces; y la sangrienta escena de Chihuahua era de pronto su único porvenir. A él se lanzó resuelto y decidido, porque en la cima de esa escala de mártires, de la cual él iba a formar la primera grada, veía la redención de su querida patria, veía su libertad y su engrandecimiento; porque en la cima de esa escala de sufrimientos y de combates, de cadalsos y de persecuciones, veía aparecer radiante y venturosa una era de paz y de libertad, de orden y de progreso, en medio de la cual los mexicanos, rehabilitados a sus propios ojos y a los del mundo entero, bendecirían su nombre y el de los demás héroes que supieran imitarlo, ora sucumbiesen como él en la demanda, ora tuviesen la inefable dicha de ver coronado con el triunfo el conjunto de sus fatigas.

Once años de continua lucha y de sufrimientos sin cuento, durante los cuales las cabezas de los insurgentes rodaban por todas partes, y en que para siempre se inmortalizaran los nombres de Morelos, de Allende, de Aldana, de Mina, de Abasolo y tantos otros, dieron por resultado que en

1821, el virtuoso e infatigable Guerrero y el valiente y después mal aconsejado Iturbide, rompieran por fin la cadena que durante tres siglos había hecho de México la esclava de la España. El pabellón tricolor flameó por primera vez en el palacio de los Virreyes y la nación entera aplaudió esta transformación, que parecía augurar una paz definitiva. Pero por otra parte, los errores cometidos por los hombres en quienes recayó la dirección de los negocios públicos y, por otra, los elementos poderosos de anarquía y de división que como resto del antiguo régimen quedaban en el seno mismo de la nueva nación, se opusieron y debían fatalmente oponerse, a que tan deseado bien llegase todavía. ¡No se regenera un país, ni se cambian radicalmente sus instituciones y sus hábitos, en el corto espacio de dos lustros! ¡No se acierta del primer golpe con las verdaderas necesidades de una nación que, en medio de la insurrección no había podido aprender sino a pelear y que antes de ella sólo sabía resignarse! ¡No se apagan ni enfrían, luego que tocan la tierra, las ardientes lavas del volcán que acaba de estallar!

En el regocijo del triunfo, se creyó fácil la erección de un imperio, se creyó que las instituciones que parecían tener más analogía con las que acababan de ser derrocadas, serían las que podían convenirnos mejor. El caudillo que, halagado por el brillo del trono se dejó seducir desconociendo en esto la verdadera situación que la ruptura de todos los lazos anteriores había creado, cometió un inmenso error que pagó con la vida, y hundió a la nación en la guerra civil. Esta pudo tal vez evitarse; pero una vez iniciada, no debía esperarse que concluyese por una transacción; los elementos que se agitaban y se combatían eran demasiado contradictorios, para que una combinación fuese posible; era necesario que uno de los dos cediese radicalmente de sus pretensiones; era preciso que uno de los dos, reconociendo su impotencia, se resignase a ceder el campo a su contrario, y a seguir, aunque con trabajo y sólo pasivamente, una corriente que no podía contrarrestar.

Por una fatalidad, tan lamentable como inevitable, el partido a quien el conjunto de las leyes reales de la civilización llamaba a predominar, era entonces el más débil; pero, con la fe ardiente del porvenir, con esa fe que inspiran todas las creencias que constituyen un progreso real en la evolución humana, él se sentía fuerte para emprender y sostener la lucha, y ésta debía continuar encarnizada y a muerte.

Un partido, animado tal vez de buena fe, pero esencialmente inconsecuente, pretendió extinguir esta lucha y de hecho no logró otra cosa que prolongarla; pues, por falta de una doctrina que le sea propia, ese partido toma por sistema de conducta la inconsecuencia, y tan pronto acepta los principios retrógrados como los progresistas, para oponer constantemente unos a otros y nulificar entrambos. Proponiéndose, a su modo, conciliar el orden con el progreso, los hace en realidad aparecer incompatibles, porque jamás ha podido comprender el orden, sino con el tipo retrógrado, ni concebir el progreso, sino emanado de la anarquía, teniendo que pasar

mientras gobierna, alternativamente y sin intermedio, de unos partidos a otros. Ese partido, repito, haciendo respectivamente a cada uno de los contendientes concesiones contradictorias e inconciliables, halagaba las ilusiones de cada uno sin satisfacer sus deseos y prolongaba así el término de la contienda que quería evitar.

Por una parte el clero y el ejército, como restos del pasado régimen y por otra, las inteligencias emancipadas e impacientes por acelerar el porvenir, entraron en una lucha terrible que ha durado 47 años; lucha sembrada de sangrientas y lúgubres escenas que sería largo y doloroso referir; lucha durante la cual el partido progresista, unas veces triunfante y otras también vencido, iba cada vez creando mayor fuerza, aun después de los reveses, pero en la que su contrario, a medida que sentía desvanecerse la suya, apelaba a medios más reprobados, desde la felonía de Picaluga hasta la Sainte Barthelemy de Tacubaya, y desde allí hasta la traición en masa consumada en 1863, y premeditada muchos años antes.

Conciudadanos: la palabra *traición* ha salido involuntariamente de mis labios. Yo habría querido en este día de patrióticas reminiscencias y de cordial ovación, no traer a vuestra memoria otros recuerdos que los muy gratos de los héroes que se sacrificaron por darnos patria y libertad; yo habría querido no evocar en vuestro corazón otros sentimientos que los de la gratitud, ni otras pasiones que las del patriotismo y de la abnegación de que supieron darnos ejemplo los grandes hombres que hoy venimos a celebrar; y he visto en estos momentos pintada en vuestros rostros la indignación y he visto salir de vuestros ojos el rayo, que, quemando la frente de esos mexicanos degradados, dejará sobre ella impreso el sello de la infamia y de la execración...

Pero al salir de la espantosa crisis suscitada por su criminal error; al tocar afanosos y casi sin aliento la playa de ese piélago embravecido que ha estado a punto de sepultarnos bajo sus olas, no hemos podido menos que volver el rostro atrás para mirar, como Dante, el peligro de que nos hemos librado y tomar lecciones en ese triste pasado, que no puede menos que horrorizarnos...

Las clases privilegiadas que en 1857 se habían visto privadas de sus fueros y preeminencias, que en 1861 vieron por fin sancionada con espléndido triunfo esta conquista del siglo y ratificada irrevocablemente la medida de alta política, que arrancaba de manos de la más poderosa de dichas clases, el arma que le había siempre servido para sembrar la desunión y prolongar la anarquía, derribando, por medio de la corrupción de la tropa a los gobiernos que trataban de sustraerse a su degradante tutela: estas calses privilegiadas, repito, llegaron por fin a persuadirse de su completa impotencia, pues, por una parte, el antiguo ejército, habiéndose visto vencido y derrotado por soldados noveles y generales improvisados, perdió necesariamente el prestigio y con él la influencia que un hábito de muchos años le había sólo conservado; y por otra, el clero comprendió su desprestigio y decadencia, al ver que había hecho uso sin éxito alguno, de

todas sus armas espirituales —únicas que le quedaban— para defender a todo trance unos bienes que él aparenta creer que posee por derecho divino, y sobre los cuales le niega por lo mismo, todo derecho a la sociedad y al gobierno, que es su representante. ¡Como si algo pudiese existir dentro de la sociedad que no emanase de ella misma! ¡Como si la propiedad y demás bases de aquélla, por lo mismo que están destinadas a su conservación y no a su ruina, no debiesen estar sujetas a reglas que les hagan conservar siempre el carácter de protectoras, y no de enemigas de la sociedad! ¡Como si alguna vez el medio debiera preferirse al fin para el cual se instituye!

Acabo de decir que las armas espirituales eran las que le quedaban al clero y debo añadir también que a estas armas, el vencedor no sólo no había tocado, sino que las había aumentado en realidad, con la severa lógica que presidió a la formación de las leyes llamadas de Reforma. Porque al separar enteramente la Iglesia del Estado; al emancipar el poder espiritual de la presión degradante del poder temporal, México dio el paso más avanzado que nación alguna ha sabido dar, en el camino de la verdadera civilización y del progreso moral y ennobleció, cuanto es posible en la época actual, a ese mismo clero que sólo después de su traición y cuando Maximiliano quiso envilecerlo, a ejemplo del clero francés, comprendió la importancia moral de la separación que las Leyes de Reforma habían establecido. Y protestó, tarde como siempre, contra la tutela a que se le sujetó. Y suspiró por aquello mismo que había combatido. . .

Cuando el clero y el ejército y algunos hombres que los secundaban cegados por el fanatismo o por la sed de mando, se vieron privados de todas sus ilusiones, como el árbol que al soplo del otoño deja caer una a una las hojas que lo vestían, se acogieron con más ahínco al único medio que parecía quedarles, para prolongar aún por algún tiempo su dominación o al menos, ver a sus vencedores sepultados también en las ruinas de la nación.

Hay en Europa, para mengua y baldón de la Francia, un soberano cuyas únicas dotes son la astucia y la falsía y cuyo carácter se distingue por la constancia en proseguir los perversos designios que una vez ha formado.

Este hombre meditaba, de tiempo atrás, el exterminio de las instituciones republicanas en América, después de haberlas minado primero y derrocado por fin en Francia, por medio de un atentado inaudito, el 2 de diciembre de 1851.

A este hombre recurrieron, de este soberano advenedizo se hicieron cómplices los mexicanos extraviados que, en el vértigo del despecho, no vieron tal vez el tamaño de su crimen; en manos de ese verdugo de la República francesa entregaron una nacionalidad, una independencia y unas instituciones que habían costado ríos de sangre y medio siglo de sacrificios y de combates.

Y, el que se había introducido en Francia deslizándose como una serpiente para ahogar a su víctima; el que, cubierto con una popularidad

prestada, había logrado alucinar al pueblo y seducir al ejército, para arrancarle al uno su libertad y convertir al otro, el 2 de diciembre, en asesino de sus hermanos indefensos, aceptó gustoso esa misión de retroceso y de vandalismo, y guiado por la traición y azuzado por fraudulentos agiotistas y por su digno intérprete Saligny, se lanzó sobre su presa y con la inno-ble voracidad del buitre, se propuso hartarse de una víctima que se imaginó muerta.

Desde los primeros pasos, la actitud imponente que tomó toda la nación, aprestándose a rechazar tan inicua agresión, hizo ver a la España y a la Inglaterra el tamaño de la iniquidad que se habían prestado a secundar y la Francia quedó sola en su tenebrosa empresa.

Su primer acto como beligerante fue una villanía.

Negándose a cumplir los tratados de la Soledad y haciéndose dueña por medio de la felonía, de unas posiciones fortificadas que no se atrevió a atacar, se identificó más con la causa que venía a defender y dejó ver con toda claridad cuál sería el espíritu que debía animarla en esta inmundicia guerra, que comenzaba por conculcar un compromiso sagrado y acabaría por abandonar y vender cobardemente a sus propios cómplices.

Cuando el cuerpo expedicionario se creyó bastante fuerte, y cuando habiendo salvado, a precio de su honor, los primeros obstáculos, se proporcionó los recursos y bagajes que le faltaban, emprendió su marcha sobre la capital seguro del triunfo, lleno de pueril vanidad, llevando en los pechos de sus soldados como garantes infalibles de la victoria, esculpidos en preciosos metales, los nombres de Roma y Crimea, de Magenta y Solferino. Mientras que en las llanuras de Puebla los esperaba un puñado de patriotas armados de improvisado, bisonños en la guerra, pero resueltos a sacrificarlo todo por su independencia, y trayendo en sus pechos una condecoración que vale más que todas y que los reyes no pueden otorgar a su antojo: el amor de la patria y de la libertad, grabado en su corazón.

El jefe que mandaba a este puñado de héroes, no era un general envejecido en los campos de batalla; no llevaba sobre sus sienes el laurel de cien combates; era sólo un joven lleno de fe y de patriotismo; era un republicano de los tiempos heroicos de la Grecia que, sin contar el número ni la fuerza de los enemigos, se propuso como Temístocles, salvar a su patria y salvar con ella unas instituciones que un audaz extranjero quería destruir y que contenían en sí todo el porvenir de la humanidad!

Conciudadanos: vosotros recordáis en este momento, que el sol del 5 de mayo que había alumbrado el cadáver de Napoleón I, alumbró también la humillación de Napoleón III. Vosotros tenéis presente que, en ese glorioso día, el nombre de Zaragoza, de ese Temístocles mexicano, se ligó para siempre con la idea de independencia, de civilización, de libertad y de progreso, no sólo de su patria, sino de la humanidad. Vosotros sabéis que haciendo morder el polvo en ese día a los genzaros de Napoleón III, a esos persas de los bordes del Sena que más audaces o más ciegos que sus precursores del Eufrates, pretendieron matar la autonomía de un conti-

nente entero y restablecer en la tierra clásica de la libertad, en el mundo de Colón, el principio teocrático de las castas y de la sucesión en el mando por medio de la herencia; que venciendo, repito, esa cruzada de retroceso, los soldados de la República en Puebla, salvaron como los de Grecia en Salamina, el porvenir del mundo al salvar el principio republicano, que es la enseña moderna de la humanidad. Vosotros sabéis que la batalla del 5 de mayo fue el glorioso preludio de una lucha sangrienta y formidable que duró todavía un lustro, pero cuyo resultado final quedó marcado ya desde aquella época. ¡Los que habían alcanzado la primera victoria debían también obtener la última! ¡Y los que habían penetrado sin honor por las cumbres de Aculzingo, debían salir cubiertos de infamia por el puerto de Veracruz!

No es este el momento ni la ocasión de trazar la historia de la época de represalias y de asesinatos, que sucedió al triunfo del 5 de mayo de 1862. Una voz más robusta y caracterizada que la mía, una pluma muy más experta y elocuente, os ha hecho estremecer desde esta misma tribuna, refiriéndoos los crueles episodios y las sangrientas y devastadoras escenas de ese terrible período en que México luchó solo y sin recursos, contra un ejército formidable que de nada carecía y contra la traición que le ayudaba en todas partes.

En este conflicto entre el retroceso europeo y la civilización americana; en esta lucha del principio monárquico contra el principio republicano, en este último esfuerzo del fanatismo contra la emancipación, los republicanos de México se encontraban solos contra el orbe entero. Los que no tomaron abiertamente cartas en su contra, simpatizaron con el invasor y secundaron sus torpes miras, reconociendo y acatando el simulacro de imperio que quiso constituir; los que no imitaron a la Bélgica y a la Austria mandando sus soldados mercenarios, prestaron, por lo menos, su apoyo moral para sostener al príncipe malhadado que tuvo la debilidad, por no decir la villanía, de prestarse a hacer su papel en esta farsa, que merecería el nombre de ridícula mojiganga si no hubiera sido una espantosa tragedia.

La gran República misma se vio obligada en virtud de la guerra intestina que la devoraba, a mantenerse neutral y aun a prestar alguna vez, con mengua de su dignidad, servicios a esa misma invasión, que pretendía entrar por México a los Estados Unidos.

¿Qué extraño es, pues, que como resultado y como síntoma de ese conjunto de circunstancias adversas, los reveses se multiplicasen para los verdaderos mexicanos, en todo el ámbito de la República? ¿Qué extraño puede ser que por algún tiempo la causa de la libertad pareciese perdida y que mexicanos, tal vez de recto corazón, pero débiles e ilusos, se dejasen sobrecoger por el desaliento y creyesen que ya no quedaba otro recurso sino plegarse al hado que parecía contrario? ¿Qué mucho que el benemérito e inmaculado Juárez, que se había abrazado al pabellón nacional levantándolo siempre en alto para que, como la columna de fuego de los israel-

litas, sirviese de guía y de prenda segura de buen éxito a los dignos mexicanos que sostenían aquella lucha, tan desigual como heroica y tenaz, qué mucho, repito, que Juárez y sus dignos compañeros se viesen obligados a recorrer centenares de leguas, sin hallar un punto en que la bandera de la independencia pudiese descansar segura, ni flotar con libertad? ¿Qué mucho que nuestros más valientes adalides, se viesen por un momento obligados a buscar en la aspereza de nuestros montes, en la inmensidad de nuestros desiertos y en las mortíferas influencias climatéricas de la tierra caliente, los fieles aliados que no podían encontrar en otra parte?

Pero la tierra prometida debía aparecer alguna vez; la aurora comenzó a brillar después de aquel denso nublado; Díaz por el Oriente y Corona por el Occidente; Escobedo y Régules por el Norte y por el Sur Riva Palacio, Treviño, Jiménez y otros mil obtuvieron por todas partes victorias señaladas sobre la conquista y sobre la traición reunidas o separadas.

La horrible ley de 5 de octubre, imaginada por el general francés y sancionada cobardemente por el nefando imperio; esa ley en que se pagaba con la vida hasta el delito de respirar el aire que habían respirado los defensores de la independencia, lejos de amedrentarlos, no hizo sino enardecer su valor y aumentar su actividad.

Los millares de patriotas que caían víctimas de esa máquina infernal puesta en manos de las cortes marciales y disparada sin interrupción; los sangrientos cadáveres del inmaculado Arteaga y del heroico Salazar, se presentaban sin cesar a sus ojos, pero vivificados y resplandecientes de gloria, para animarlos al combate anunciándoles el próximo triunfo y conducirlos así a la victoria. . .

Una voz se levantó entonces en favor de México, voz poderosa y largo tiempo esperada; pero que se había tenido la dignidad de no querer mendigar.

Al tremendo estallido de millares de balas tiradas a la vez sobre centenares de prisioneros desarmados en Puruándiro y en otros puntos; a los plañideros ayes de tantas familias dejadas en la orfandad y en la miseria, el águila del Norte despertó en fin de su letargo. Los Estados Unidos pidieron cuenta a la Francia de este atentado contra las leyes de la civilización y de la humanidad, intimándole, en nombre de su propia dignidad, que hiciese cesar tan espantosa carnicería: el dictador de Francia, con el cinismo propio de los Bonaparte, dejó toda la responsabilidad de estos hechos a Maximiliano; pero las contestaciones entre Francia y los Estados Unidos se cruzaban sin cesar; las de éstos cada día más apremiantes; las de aquélla cada vez más y más flojas y plagadas de contradicciones e inconsecuencias.

Por una parte el temor de una guerra insostenible con la colosal República, a cuyo lado se encontraría todo el continente; por otra, la posición cada día más falsa y precaria del ejército expedicionario en México, que no podía ya ni defender el terreno que pisaba; y la completa impopularidad de la expedición en Francia, decidieron por fin a su autor a arran-

car esa página que, en días más felices, cuando llegó a creer que en México había muerto el amor a la patria y a la libertad, osó llamar *la más bella de su reinado*.

El abandono del imperio, que a tanta costa y por medio de tantas infamias y calumnias se había querido fundar, se decidió por fin. La grandiosa obra de reconstitución de razas y de influencias europeas en América, que con tan vivos colores se había pintado al Senado francés, se abandonó también; y la orden para la retirada del ejército y con ella la humillación de Napoleón y el desprestigio de la Francia, se firmó por fin.

Este fue el servicio que México debió a la República vecina. Servicio grande sin duda, pero que en nada rebaja el mérito de nuestra heroica defensa; y antes bien, lo pone más de manifiesto, porque sin esta indomable resistencia prolongada por cerca de seis años; sin la constancia de Juárez y de los demás jefes que, diseminados en el país, sostuvieron sin interrupción el combate, levantando en todas partes la enseña de la República, la tan demorada resolución de interponer en esta cuestión sus respetos y su influjo, o no habría tenido lugar, o habría llegado demasiado tarde, no sólo para México, sino también para los Estados Unidos, a quienes se quería asestar el tiro desde las fortalezas del imperio.

La calumnia y la maledicencia se han apoderado de este hecho, en el que si los Estados Unidos prestaron un servicio a México, también éste se lo hizo a ellos, prolongando la lucha y conservando un gobierno con quien pudiesen mantener relaciones que les permitieran, luego que hubiesen dominado su guerra civil, tomar la iniciativa en una negociación cuyo resultado debía ser: acabar con la influencia europea en América y aumentar la suya propia.

La calumnia, digo, se ha apoderado de ese hecho queriendo presentarlo como deshonesto para nosotros. Se ha supuesto que fuimos a mendigar la intervención armada de los Estados Unidos y que el gobierno nacional, personificado en Juárez, no buscaba otra cosa sino que el país cambiase de señor.

Esta infame calumnia, como las demás de que sin cesar ha sido el blanco México, ha sido desmentida con hechos irrefragables.

La nación habría tenido, sin duda, el incuestionable derecho de llamar en su auxilio, para desembarazarse de una influencia extraña y opresora, las armas de otra potencia amiga, sin comprometer con esto ni su autonomía ni su dignidad, pero la conciencia de su propia fuerza y esa clara visión del porvenir que animó siempre al Primer Magistrado de la República, y que sostuvo su valor y su constancia en aquellos aciagos días de prueba y de persecución, hizo que se desechara siempre ese medio de salvación que, lo repito, nada tenía de deshonesto ni de inusitado.

La Holanda, llamando a los ingleses para emanciparse de la tiranía española; los Estados Unidos admitiendo los servicios de la Francia para obtener su independencia; la España, lanzando de su seno con ayuda de los ingleses, a esa Francia que entonces como ahora, había logrado penetrar

en el territorio ajeno por la puerta de la felonía y de la traición; a esa Francia que entonces como ahora, pretendió hacer una colonia de una nación independiente y fundar un simulacro de trono que le sirviese de escabel para sentar su planta y de apoyo para extender su influencia y su dominación; a esa Francia que entonces como ahora, era víctima y cómplice, a la vez, de la tiranía de un Bonaparte; de un Bonaparte, señores, cuyo nombre sólo es un programa completo de usurpación y de retroceso, de guerras y de conquistas, de tronos improvisados y hundidos en la nada, de bambolla y de charlatanismo y, por último y como resultado final, de baldón y oprobio para su nación! La España, repito, los Estados Unidos y la República holandesa, no mancillaron su nombre ni comprometieron su autonomía, ni siquiera empañaron el brillo de sus heroicos esfuerzos, por haber utilizado el socorro armado de naciones amigas y que estaban interesadas en sus respectivos triunfos.

Pero la gloria de México ha sido todavía más esplendente. ¡Ni un solo sable del ejército americano se ha desnudado en favor de la República, ni un solo cañón de la Casa Blanca se ha disparado sobre el Alcázar de Chapultepec! ¡Y sin embargo, el triunfo ha sido espléndido y completo! ¡Tres meses habían pasado apenas desde que los invasores abandonaron nuestro suelo, y nada existía ya de ese imperio, que había de extinguir la democracia en América!

Todo se ensayó para sostenerlo y arraigarlo; a todas las puertas se llamó para encontrarle adictos; todo lo que la intriga, la hipocresía y la fuerza pueden sugerir, todo se puso en práctica para aclimatar una institución que el instinto popular repugna.

Al penetrar en el interior del país el ejército invasor y más tarde al venir el Archiduque a tomar posesión de su trono, no pudieron menos de reconocer que el partido que los había llamado y que fundaba en ellos sus esperanzas, era en realidad el menos numeroso, el menos ilustrado y el menos influyente de los que se disputaban en México la supremacía. Un clero ignorante y que se imagina vivir en plena Edad Media; que no comprende ni sus intereses ni los de la nación; que maldiciendo el presente y el porvenir sin comprender que son una consecuencia forzosa del pasado, no tiene otro programa que la imposible retrogradación de ocho siglos, para volver a los tiempos de Hildebrando: un clero a quien la nación nada debe sino el no haber podido constituirse; que en 1847 no tuvo siquiera el fanatismo suficiente para imitar el heroico ejemplo que 40 años antes le había dado el clero español, y que vio impasible la humillación de su patria, la profanación de sus templos y la irrisión de sus imágenes por un ejército extranjero y protestante; un clero que facilitó y contribuyó a estos mismos atentados suscitando en la capital de la República el más inmoral de los pronunciamientos, en los momentos mismos en que el enemigo desembarcaba en Veracruz, era el primero y principal elemento de ese partido que solicitó la intervención.

Los restos de un ejército desmoralizado y corrompido, acostumbrado a medrar en las revueltas políticas y a considerar el tesoro nacional como patrimonio propio y que en la invasión americana probó que si sabía ensañarse con los mexicanos indefensos, sabía mejor volver la espalda ante el extranjero armado, era el segundo elemento de los aliados de la Francia y del imperio.

Con estos y con algunos fanáticos ilusos o perversos, ayudados de ciertos capitalistas que por egoísmo o por el deseo de lucrar con los fondos de las arcas públicas se unieron a ellos, debía contar el Archiduque para fundar su soñada dinastía.

Pero él y sus tutores los franceses, al mirar de cerca a los cómplices de su crimen; al ver por sus propios ojos todo el tamaño de su abyección y de su infamia, no pudieron menos que avergonzarse de esa compañía y renegaron de ellos y les escupieron el rostro.

Toda la política, todo el ahínco de Maximiliano y de Napoleón, fue desde luego captarse la voluntad y procurarse el apoyo, o al menos la aquiescencia, del único partido nacional, del gran Partido Liberal.

Pero tanto cuanto el partido de la tiranía se había manifestado ruin y degradado, tanto se mostró grande y digno el resto de la nación: por todas partes se multiplicaban los halagos y se sucedían sin interrupción las invitaciones y las promesas, con objeto de corromper a los patriotas que habían dado pruebas de valer alguna cosa, o que habían ocupado puestos públicos de la República; no hubo género de seducción que no se emplease, no hubo medio a que no se recurriese para lograr que los buenos liberales aceptasen los empleos con que se les brindaba en todas partes. La vanidad, el orgullo, el interés y hasta el terror, todo se ensayó, de todo se echó mano para lograr un resultado al que con razón se daba tanto precio.

Todo fue inútil, sin embargo. Por todas partes se sucedían las tentadoras proposiciones y por todas también se multiplicaban las honrosas repulsas de mexicanos dignos que preferían la oscuridad, la miseria o el ostracismo, al brillo y la opulencia comprados al precio de su conciencia y de su patriotismo.

Unos cuantos indignos mexicanos, que antes habían medrado a la sombra del partido progresista, pero en cuyos criminales pechos había tal vez latido siempre el corazón de Judas, se dejaron arrastrar por la vanidad o la codicia y se prestaron a tirar del dogal que debía acabar con el aliento de la patria.

Fuera de estas tristes excepciones, más dignas de despreciarse que de sentirse, el gran partido nacional se mantuvo inflexible, y se abstuvo de toda participación que pudiera sancionar de algún modo los actos de la intervención y del gobierno intruso; causándoles con esta muda pero enérgica protesta una derrota constante que no pocas veces costó más y hubo menester, de parte de los combatientes pacíficos, más energía de carácter y un valor no menos grande y sí más sostenido que el que se ha menester para presentarse en los campos de batalla.

He aquí, señores, por qué, cuando el ejército francés huyó despavorido y abandonó su temeraria empresa, Maximiliano, que sabía por experiencia que no podía contar con el partido liberal, cualesquiera que fuesen las promesas con que quisiese atraérsele, y que no pudo tampoco resolverse a abandonar un trono que a pesar de sus espinas halagaba su vanidad y su ambición, se vio forzado a echarse en brazos de aquellos mismos a quienes poco antes había juzgado indignos de estar a su lado.

Señores: aquí tocamos con la mano los acontecimientos a que me refiero; aquí oímos aún tronar el cañón que se dispara a la vez en Querétaro y en Puebla, en México y en Veracruz; aquí asistimos a ese último combate, en que nuestra patria obtendrá por fin el complemento indispensable de su independencia, la emancipación de la tutela de todo gobierno extraño.

En efecto, no fue sólo la reacción y sus gastados generales; no fue el clero y sus desprestigiados jefes, lo que decidió al Archiduque a intentar este último esfuerzo; lo que sin duda pesó más en su ánimo, fue ese enjambre de extranjeros armados que la Francia, la Bélgica y el Austria habían enviado para defensa de su candidato; fue esa falange de ministros diplomáticos y sus respectivos gabinetes, que prontos a calumniar a México cuando para ello medía su interés, han tenido voto decisivo en nuestras cuestiones y han sido hasta aquí el padrastro de todos los gobiernos, fundados en unos tratados leoninos arrancados a nuestra inexperiencia y a nuestra vanidad y al deseo de conservar una paz que sólo para ellos existía.

Al haber triunfado del príncipe aventurero y de estos elementos con que contaba todavía para su apoyo; al haber aplicado con justicia y severidad, pero sin encono ni pasión, el condigno castigo al principal cómplice de tantos crímenes, al que no vaciló en echar sobre sus hombros todo el peso de seis años de matanzas y de incendios, de devastaciones y de ruina, México ha cortado la última cabeza a la hidra venenosa que por tantos años había emponzoñado su existencia y ha asegurado su futuro reposo.

Negando a Maximiliano el indulto que solicitó, ha podido creerse por algunos, principalmente de fuera del país, que el gobierno y la nación entera, que unánimemente aprobó su conducta, obraban con mayor severidad de la que su estricto deber exigía; ha podido sostenerse por algunos escritores más brillantes que profundos, que México pudo y debió perdonar al Archiduque, sin que por esto se comprometiese su tranquilidad, ni se diese mayor aliento al partido vencido. Sin duda, señores, el triunfo ha sido más grandioso y espléndido de lo que era preciso para que toda idea de un nuevo trono erigido en México sea desde luego desechada como una empresa de orates; sin duda, los Gutiérrez Estrada y los Almonte acabaron para siempre su infame papel y no serían ya escuchados aun cuando se propusiesen empezar de nuevo; sin duda el clero y los restos del antiguo ejército están suficientemente desarmados para que la paz pública no tenga mucho que temer de estos irreconciliables pero impotentes enemigos; sin duda el corazón de los mexicanos es bastante grande para que en él pueda

cabere, sin rebasarlo, el perdón generoso otorgado a un hijo de cien reyes, por más que éste se haya manifestado indigno de esa noble prosapia y se haya prestado a ser, si no el principal autor, por lo menos el principal instrumento de execrables atentados. Pero cuando se trata de autonomía de la nación, de su porvenir y de su independencia, cuando ha llegado el momento de sentar la clave de esa delicada construcción que se elabora hace ya 57 años, toda idea que no conduzca al fin deseado debe abandonarse, todo movimiento del corazón que nos desvíe del sendero y nos haga perder nuestro punto de mira, debe sofocarse.

¡Maximiliano humillado y perdonado por Juárez!

¡Un emperador viviendo por galardón de una República!... Es sin duda, un magnífico golpe de teatro en un melodrama; es un soberbio desenlace para una novela. Pero ni ese melodrama ni esa novela hubieran cimentado la paz de la República, ni afirmado la respetabilidad y completado la emancipación de la nación.

Maximiliano desterrado en Europa, hubiera sido con su voluntad o sin ella, la bandera de todos los descontentos, la esperanza continua de los vencidos, el amago constante de la tranquilidad pública y el pábulo que mantuviese viva la llama secreta de la rebelión, pronta a la menor oportunidad, a encender de nuevo la guerra civil, como la encendió Santa Anna después de haber caído prisionero en Jico y recibido un generoso perdón...

Maximiliano perdonado no hubiera creído jamás que debía su vida a la generosidad de México, sino al miedo a Francisco José o a la presión de los Estados Unidos.

Maximiliano perdonado, después del insolente memorándum de Widembrok y de la inoportuna intromisión de Seward, hubiera sido un perpetuo padrón de infamia para México y una prueba que se habría creído irrecusable, de que vivía siempre bajo la tutela de las otras naciones.

Maximiliano perdonado en los momentos en que, por ese memorándum y por esa intromisión de los Estados Unidos, estaba justamente sobreexcitado el sentimiento de la dignidad nacional, hubiera indudablemente provocado una escisión entre nuestros jefes y un grito de universal reprobación. Y ni México se habría rendido ni el país se habría pacificado.

Que aquellos filántropos de gabinete, que han osado dar su fallo en contra de esa inevitable ejecución, echen una mirada sobre el país un mes después de llevarla a cabo y que nos digan con el corazón en los labios, si creen que con esa generosidad tan decantada se había obtenido una pacificación tan general y tan completa.

¡Ahora bien! ¿Sería posible vacilar un momento, entre el perdón de un delincuente y la pacificación de un pueblo?

Dejemos a la Francia y a la Europa entera; dejemos, digo, a los gobiernos de la Europa que vociferen y declamen contra un acontecimiento que pone sus tronos a merced de la democracia y que da el último golpe al derecho divino de las castas, a ese resto de las instituciones teocráticas; dejemos que, en la rabia de su impotencia y en la impotencia de su rabia,

se desaten en impropiedades y calumnias contra una nación que, si ha sabido ser superior en la guerra que le obligaron a sostener, lo sabrá también ser en la paz que ha sabido conquistar.

Conciudadanos: hemos recorrido a grandes pasos toda la órbita de la emancipación de México; hemos traído a la memoria todas las luchas y dolorosas crisis por que ha tenido que pasar, desde la que lo separó de España, hasta la que lo emancipó de la tutela extranjera que lo tenía avasallado. Hemos visto que ni una sola de esas luchas, que ni una sola de esas crisis, ha dejado de eliminar alguno de los elementos deletéreos que envenenaban la constitución social. Que del conjunto de esas crisis, dolorosas pero necesarias, ha resultado también, como por un programa que se desarrolla, el conjunto de nuestra plena emancipación y que es una aserción tan malévola como irracional, la de aquellos políticos de mala ley, que demasiado miopes o demasiado perversos, no quieren ver en esas guerras de progreso y de incesante evolución, otra cosa que aberraciones criminales o delirios inexplicables.

Hemos visto que dos generaciones enteras se han sacrificado a esta obra de renovación y a la preparación indispensable de los materiales de reconstrucción.

Mas hoy esta labor está concluida, todos los elementos de la reconstrucción social están reunidos; todos los obstáculos se encuentran allanados; todas las fuerzas morales, intelectuales o políticas que deben concurrir con su cooperación, han surgido ya.

La base misma de este grandioso edificio está sentada. Tenemos esas leyes de Reforma que nos han puesto en el camino de la civilización, más adelante que ningún otro pueblo. Tenemos una Constitución que ha sido el faro luminoso al que, en medio de este tempestuoso mar de la invasión, se han vuelto todas las miradas y ha servido a la vez de consuelo y de guía a todos los patriotas que luchaban aislados y sin otro centro hacia el cual pudiesen gravitar sus esfuerzos; una Constitución que, abriendo la puerta a las innovaciones que la experiencia llegue a demostrar necesarias, hace inútil e imprudente, por no decir criminal, toda tentativa de reforma constitucional por la vía revolucionaria.

Hoy la paz y el orden, conservados por algún tiempo, harán por sí solos todo lo que resta.

Conciudadanos: que en lo de adelante sea nuestra divisa *libertad, orden y progreso*; la libertad como *medio*; el orden como *base* y el progreso como *fin*; triple lema simbolizado en el triple colorido de nuestro hermoso pabellón nacional, de ese pabellón que en 1821 fue en manos de Guerrero e Iturbide el emblema santo de nuestra independencia; y que, empuñado por Zaragoza el 5 de mayo de 1862, aseguró el porvenir de América y del mundo, salvando las instituciones republicanas.

Que en lo sucesivo una plena libertad de conciencia, una absoluta libertad de exposición y de discusión, dando espacio a todas las ideas y campo a todas las inspiraciones, deje esparcir la luz por todas partes y

haga innecesaria e imposible toda conmoción que no sea puramente espiritual, toda revolución que no sea meramente intelectual. Que el orden material, conservado a todo trance por los gobernantes y respetado por los gobernados, sea el garante cierto y el modo seguro de caminar siempre por el sendero florido del progreso y de la civilización.

16

LUIS PEREIRA BARRETO
(Brasil)

LAS TRES FILOSOFIAS
(Carta Prefacio) *

A LOS SEÑORES SENADORES
JOBIM y J. F. DE GODOY

Le doute est impuissant; le dogme ancien est faux; Leur rôle est terminé! qu'ils nous cèdent la place.

(H. Stupuy, *L'anarchie Morale*)

En el momento en el cual la sociedad brasileña deja de ser oficialmente teóloga, para entrar en pleno régimen legal de la metafísica; en el momento en el cual elogiamos esta misma sociedad por el progreso realizado y por la solemnidad con la cual afirma su completa emancipación de una tutela secular, nos incumbe, en primer lugar, el deber moral de ofrecer un testimonio leal de admiración y respeto para con los últimos representantes de las ideas tradicionales entre nosotros. Lejos de repetir, en represalia, el doloroso gesto de sarcasmo que el autor de *La Ciudad de Dios* lanzó al rostro de aquella Roma ensangrentada, no podemos, como positivistas, dejar de emitir un voto de alabanza para con el noble y digno proceder de nuestros obispos. Tal como condenamos sin reserva alguna sus pretensiones sistemáticas, así mismo veneramos sinceramente su total dedicación a la causa que defendieron. Estamos muy lejos de aplaudir el irrespeto a la ley y rendimos un profundo homenaje al criterio de nuestra suprema magistratura; pero, haciendo abstracción de este pormenor, descubrimos en su procedimiento una gran enseñanza aprovechable para el futuro. Su enérgica resistencia a las imposiciones de la veleidad temporal nos muestra una profunda escuela de civismo y virtud, a través de los saludables ejemplos que nos suministra, y todo el poder que tienen las verdaderas convicciones cuando existe el valor de defenderlas.

* Trabajo publicado en 1874 con ortografía de la época.

Por primera vez en nuestro país, vemos una clase privilegiada, de altos personajes, grandes dignatarios de la corona y príncipes famosos, preferir al bienestar material el cumplimiento del deber moral. En vez de disfrutar, en el remanso de la ociosidad y amparados por la indiferencia enervante de nuestro ambiente social, las ventajas legales de sus lucrativas diócesis, prefirieron perderlo todo, menos el honor.

Pusieron en juego fortuna, privilegios y posición social; ultrajaron con la más firme arrogancia la púrpura del poder; sacudieron profundamente el equilibrio de la economía privada y pública; iniciaron con la razón moderna un proceso inolvidable en el cual, necesariamente, la opinión nacional debía condenarlos; pero hicieron vibrar en nuestro organismo social una fibra hasta entonces dormida, la de "vivir con claridad". Nos apremiaron a confesar sin mentir un principio, que el positivismo lleva inscrito en su bandera, como la base imprescindible de todas las relaciones privadas y públicas. Obligaron así, a nuestra sociedad, a dar dos pasos adelante al mismo tiempo: uno político, que la seculariza, y otro moral, que impone a cada uno de nosotros el deber ineluctable de ser francos en todo y con todos, tanto en filosofía como en política, como también en la religión; tanto en el lar doméstico como en el público.

Ante estos grandes servicios reales, y por más ilógica que pueda parecer en un primer momento nuestra actitud filosófica, no podemos substraernos al deber, que nos impone la observación de los fenómenos sociales, de ser justos e imparciales.

Solamente inspirándose en estos principios de la filosofía orgánica es como la sociedad brasileña puede hallar el arte de extraer de un pasado condenado los materiales útiles para la construcción del futuro. Ante las ruinas de nuestra Iglesia y de nuestra Constitución, los obispos nos indican cuáles son los elementos que debemos conservar y cuáles los que debemos rechazar. En toda su actitud vemos una serie ininterrumpida de actos que revelan el valor más íntegro, la más absoluta franqueza y la más ilimitada abnegación personal: es el sacrificio por una idea.

Son precisamente éstos los elementos que ninguna sociedad puede rechazar sin perturbar gravemente las condiciones del orden y del progreso. Son precisamente estos fecundos ejemplos del sacrificio por una idea los que nos obligan a romper el silencio y a exponer abiertamente al público, por nuestra parte, la doctrina regeneradora que en estos últimos treinta años ha sido sólidamente elaborada en los más altos niveles de la ciencia y de la filosofía.

Cumplimos este deber de justicia para con la teología brasileña, precisamente porque vamos a inaugurar un análisis filosófico cuya meta es la eliminación total y definitiva de las últimas creencias en lo sobrenatural. Y estrenamos este análisis porque estamos absolutamente seguros de que la división de la Iglesia y del Estado está lejos de ser, por sí solo, el verdadero remedio al mal que nos oprime.

Los conflictos que los libres pensadores pretenden resolver, resurgirán inevitablemente, y quizás más terribles, después de la división, si no protegemos a la sociedad desde este mismo momento mediante las convicciones inquebrantables que emanan de las ciencias positivas.

La divulgación de las verdades científicas es el único dique eficaz contra la ola del "ultramontanismo". Y ya que la religión se ha convertido en una cuestión social, la solución del problema es más que nunca esencialmente filosófica.

Creemos que es oportuno el momento de hacer comprender al público que la política es un arte —y, por cierto, el más complejo de todos—, que emana fundamentalmente de la ciencia del hombre, de la ciencia de la humanidad. Y si hasta ahora ha sido cultivada empíricamente, y sólo por aberración, por los espíritus menos preparados para ello, a partir de hoy deberá marchar indisolublemente unida a la filosofía que le corresponde.

En cierto modo ya los espíritus cultivados reconocen que el momento político depende de la marcha especulativa de cada nación, y que el progreso de las reformas sociales está subordinado al ritmo previo de las ideas y las opiniones. Sin la filosofía crítica, que disolvió el politeísmo, no habría caído el imperio romano; sin las concepciones católicas, la organización feudal no habría obtenido la poderosa solidez que le conocemos; sin el renacimiento de las ciencias físicas, el feudalismo todavía hoy estuviera vivo; sin el previo escepticismo cartesiano no hubiera habido un Richelieu; y, finalmente, sin la crisis *naturalista* de Diderot, no habría podido surgir la crisis del 89.

Por otra parte, todos confiesan abiertamente que hasta el momento ha sido imposible la existencia de una política *especialmente* popular; aprovechamos, pues, esta oportunidad para demostrar de manera concreta que la nueva filosofía es la única capaz de constituirla a cabalidad.

No venimos a perturbar el orden, sino a ocupar un lugar impreciso debido a la extinción gradual y normal de las antiguas creencias.

Vemos al organismo social como a un gran enfermo, al cual le hemos aplicado toda clase de terapias, de medicamentos empíricos y racionales, de analgésicos y fortificantes, de paliativos e intempestivos, y ya que el mal continúa nos preguntamos si no será ya tiempo de substituir el empirismo y el racionalismo por el punto de vista puramente naturalista, tal como lo está haciendo con buenos resultados la medicina moderna o científica.

En otras palabras, agotados todos los recursos, gastados todos los engranajes de un mecanismo que casi durante un siglo han hecho oscilar constantemente la sociedad entre la teología, que lleva al retroceso para salvar el *orden*, y las invasiones metafísicas, cada vez más imponentes y que en el frenético afán de *progreso* sobrepasan fatalmente el objetivo hasta conducirnos a la anarquía, ¿qué haremos?

¿Intentaremos revivir un esqueleto en la fuente de Juvencio? ¿Y con qué fin?

Si hoy lográsemos revivirlo, mañana se manifestarían con más fuerza que nunca los síntomas de impotencia y decrepitud. Sería prolongar una lucha estéril y contribuir al tumulto y a la confusión.

La bella utopía de Montesquieu se convirtió en realidad: el régimen constitucional de Inglaterra fue llevado a Francia y de allí difundido en el resto de los países civilizados; la declaración de los derechos del hombre encuentra hoy, en todas partes, mil condes de Noailles para reafirmarla; la libre investigación, el libre cambio, la iglesia libre, son principios asimilados que han circulado en la sangre de las últimas generaciones.

Sin embargo, la experiencia de los últimos ochenta años nos dice que no hemos avanzado más que nuestros antepasados del último tercio del siglo pasado; y que, de las libertades que no hemos sabido defender, lo poco que nos queda todavía se lo debemos a ellos.

Ahora bien, ¿no será esta enseñanza una profunda revelación? ¿No tendremos que reflexionar con más madurez sobre los principios que se consideran la base de nuestra moderna organización social?

Si el derecho a la investigación, la libertad del pensamiento, la soberanía popular, son principios definitivos y no *puros instrumentos de transición*, ¿cómo explicar, entonces, el hecho de que desde hace casi un siglo la política, verdadera linterna mágica, ha hecho desfilar ante nuestros ojos un ejército de retóricos, de lunáticos y saltimbanquis, que vienen a hablar, a votar y a agotar nuestra paciencia?

¿No habrá en todo ello algo cierto y definitivo?

Para agradar al libre arbitrio ¿será posible que la aritmética permita que $2 + 2$ sea igual a 5?

Y en el caso de que el movimiento de la Tierra quisiera someterse a votación, ¿tendremos que aplastar a Copérnico para salvar el principio de la mayoría parlamentaria?

Nuestros insignes antepasados nos considerarían muy mediocres si hoy pudieran vernos en la pusilánime tarea, a la cual nos condenamos, de tomar eternamente los *medios* por los *finés*.

Sólo la nueva filosofía puede curarnos de esa demencia crónica, enseñándonos que los dogmas del siglo pasado, indispensables como armas y como condición fundamental del progreso, hoy se han convertido en los únicos y verdaderos obstáculos al desarrollo de ese mismo progreso.

Estamos repitiendo, simple y llanamente, un papel que sólo correspondía al siglo XVIII.

Es esta ciega obstinación la que origina todos nuestros problemas sociales, todas nuestras discordias civiles, e incluso todas las profundas perturbaciones morales que, desde la política hasta llegar al corazón de la familia, amenazan comprometer gravemente las mismas bases del cuerpo social, rompiendo los últimos lazos de nuestra vida íntima, de nuestra existencia fundamental.

No creo oportuno, señores senadores, ocupar prolijamente vuestra atención presentándoles el cuadro de nuestra situación mental, moral y política,

cuadro que pone en relieve la fisonomía fiel de todos los países llamados católicos.

Con unos cuantos trazos es fácil esbozar la pintura que muestra bien claramente el *embrollo* que constituye el fondo permanente de nuestra sociedad. Y en él vemos lo siguiente:

Al Dios Número substituyendo la divina sabiduría que en otra época dirigía los asuntos humanos y distribuía a los reyes la púrpura y la corona.

El escrutinio, que hace apoteosis de todas las mediocridades, nivelando todos los intelectos y convirtiendo a cada bípedo humano en un genio igual a Newton.

La esfera mental, campo en el cual se mezclan las fantasías, se entrecorren, desaparecen y resurgen, confusas y arrastradas por el mismo torbellino que envuelve los rudimentos de las verdades nacientes y los restos de las costumbres, que se pierden.

El Supremo Arquitecto del Universo, que quiere vivir junto al Dios de los católicos; el Dios de los católicos cuyo dogma es la invariabilidad de las leyes naturales; y la ontología, que gobierna el espíritu de los hombres, cuyo corazón pertenece totalmente a la teología.

El espíritu de tolerancia —que la ciencia pagó con sus mártires— transmutado en una verbosidad interminable donde los pedantes preparan el nido a los granujas.

La libertad, convertida en una *furiosa opinión*, donde cada ciudadano se proclama papa infalible, y que establece la tiranía de la igualdad moral de Rousseau.

El campo político —un terreno movedizo— donde los lugares ocupados son los campos de batalla que convierte a los oligarcas de hoy en los esclavos de mañana.

La enseñanza superior, mutilada y diseminada en parcelas, formando un amplio laberinto donde los hechos, laboriosamente acumulados por la ciencia, se presentan al espíritu como un montón de contradicciones sin forma alguna.

El escepticismo, que repite una función agotada ya en los dos últimos siglos y que convierte a nuestros libres pensadores en verdaderos castrados filosóficos, cuya misión se reduce a desbandar los sentimientos de moral universal, que el sentido común de nuestros antepasados nos legó.

El espíritu crítico, que enarbola, como sistema normal, la bandera de la demolición implantando en nuestro seno la semilla de la disolución.

El noble propósito de gobernar se convierte en el arte de eludir los problemas actuales y de aplazar la urgencia de las soluciones.

El amor y el deber —reducidos a textos subversivos— que el poeta ya no se atreve a cantar, y substituidos por la lucha de todos contra todos, donde el más hábil se considera el más fuerte.

Los legisladores, asfixiados bajo el peso de las ruinas que no ven, inscriben gravemente la moral en las puertas de la cárcel, cuando en ruda

y estruendosa hilaridad acogen los castigos ideales con los cuales el padre arma el brazo de su divino Constituyente.

El civismo y la dedicación al bien ajeno —fecundos campos de investigación— donde el Estado, pagando con oro o con títulos los servicios que prestamos a la miseria y a la enfermedad, nos convierte a todos en un mercado inconfesable, donde saber y virtud son artículos de venta.

En todas partes, los sentimientos en lucha contra la razón.

El antagonismo, donde se fomentan las antipatías, elevado a derecho público: cada uno está obligado a la terminante alternativa de atacar o de defenderse.

Todos asediados por la devoradora preocupación de impedir que, en la mesa del festín social común, el convidado vecino se coma todo el bocado.

Y, en medio de la destrucción, se destaca la indiferencia de *facies* arrugado y lívido, que con su aliento glacial petrifica nuestros nobles impulsos y todos los instintos generosos de la inteligencia y del corazón.

No necesitamos llevar más lejos el esbozo de este cuadro: la sociedad en pedazos necesita descanso, la impaciencia nerviosa ha llegado a su ápice. Ya no podemos soportar más el clamor de los rebeldes en la calle, quienes se escudan con la bandera poco moral de los partidos políticos.

Nuestro juicio está hecho: es el juicio de la masa de la nación.

No tenemos tradiciones, no podemos esperar otra cosa que zalamerías de los partidos europeos.

La historia patria comenzó ayer, y su primera página fue la emancipación del vientre proletario; la segunda es el problema clerical; y la guerra del Paraguay su sombrío discurso preliminar.

Por lo tanto, podemos decir que: ambicionar ávidamente el poder, conquistarlo, perderlo, retomarlo, *dictar leyes* cuando la ciencia no lo hace aun cuando las descubre, alabar eternamente una Constitución de fósil, remendar y trazar círculos en el aire como aquel paisano del Danubio, no es por cierto *conservar* la buena fe de la nación sino sorprenderla.

Por otra parte, indignarse, levantarse contra los retrógrados, maldecir todo lo que nos dejó el pasado, lanzar fuego sobre los cortesanos de la monarquía —para echarse a los pies del amo al día siguiente— no es progresar sino confesarse impotente, y deja translucir solamente el despecho.

Señores senadores, ustedes pueden hacer mucho con vuestra influencia y vuestro saber.

Sin embargo, sólo una cosa os pedimos, una sola: la reforma radical de la enseñanza oficial, con la consiguiente e inmediata supresión del presupuesto de la iglesia, que a partir de ahora podrá dedicársele.

La iglesia y la academia como tales, en todas partes, son las grandes cómplices que están dedicadas a instruirnos... embruteciéndonos. Es la

enseñanza, que emana de estas dos instituciones, lo que constituye la verdadera fuente de corrupción de nuestras costumbres sociales.

Y cuando vemos tantas inteligencias ocupadas en reclamar reformas electorales, deploramos profundamente nuestra sociedad por no percibir que los grandes vicios mortales no están en los jefecitos de aldeas, ni en los coroneles de la Guardia Nacional, sino simplemente en la ausencia total de educación social mal compensada por el privilegio poco caballeresco de nuestros diplomas académicos, que no representan nada a no ser una vanidad sin límites y mezquinos pretextos para ganarse la confianza pública.

A nuestro modo de ver, el mayor mal que hoy amenaza la sociedad, consiste en los intentos prematuros de reconstrucción política basada en una confusión empírica, cuando en realidad la urgencia de los reclamos populares indica terminantemente, como primer paso, la reconstrucción espiritual basada únicamente en la ciencia demostrable.

No es la cédula escrita por propio puño, ni el sufragio universal o indirecto, ni cualquiera de las mil combinaciones del enredo político, lo que logrará reanimar nuestro organismo exhausto. Es inútil perseguir a las masas, si no se robustecen los átomos. Saber leer, escribir y contar, no es por cierto instrucción, es un simple instrumento de adquisición.

Cualquier reforma electoral, en el estado de incultura en el cual nos hallamos, será como una carga de electricidad en un conductor previamente saturado de humedad: y su efecto será completamente nulo.

Es una cuestión de honor para el estadista captar claramente, en un momento dado de la vida social, la verdadera tendencia del movimiento colectivo. Ahora bien, la observación revela que en todos los países modernos existe la tendencia más inflexible respecto a los principios fijos y a los conocimientos positivos. Y no es posible desconocer que en las capas altas de la sociedad brasileña esta aspiración sea igualmente la más intensa. Ya estamos hartos de diplomas, y lo que hoy necesitamos es menos oropel en las frases y una mayor positividad metodológica en la doctrina. Nuestros antepasados arriesgaron su vida por las libertades que nos legaron; y el feudalismo vuelve a surgir disfrazado bajo la piel de carnero. Ya la iglesia está eliminada, o tendrá breve duración; queda la Academia con su hirsuto aspecto de terco animal.

*Das Pergament, ist das der heilige Bronnen,
Wovaus ein Trunk den Durst auf ewig stüllt?
Erquickung hast du nicht gewonnen,
Wenn sie dir nicht aus eigner Seele quillt.*

(Goethe's *Faust*)

La enseñanza oficial es y será siempre, sembradío de serviles —que con el exceso de incienso asfixian la alta administración del Estado— y, al mismo tiempo, de descontentos incurables quienes, incapaces de testi-

moniar el justo acatamiento al mérito real, dividen la sociedad y perpetúan la anarquía.

La función social de las Academias se limita a vender —salvando apenas las apariencias mentales— únicamente a quienes los pueden comprar, esos diplomas bastardos que sirven de carta de recomendación para obtener empleos lucrativos y funciones de ostentación.

Sabemos bien que en nuestras escuelas de Medicina existen altos espíritus y nobles caracteres que osan enseñar a sus discípulos que *no hay función sin órgano*. Pero, además de que la juventud ya les llega con el espíritu totalmente deteriorado, hay que añadir que, al mismo tiempo, existen otros que profesan el acuerdo entre la teología y la ciencia, y que convierten nuestras Facultades de Medicina oficiales en una sucursal servicial de los conventos y obispados.

Sabemos bien que en nuestra única Escuela de Ciencias Físicas y Matemáticas se manifiestan algunas figuras conspicuas, que osan aconsejar a las jóvenes inteligencias la lectura asidua de Comte. Pero, además de que el carácter abstracto de esta noble institución politécnica se encuentra profundamente debilitado por la presión aplastante de los detalles técnicos del arte de las construcciones, hay que añadir que, incluso en el campo de las ciencias exactas, nos encontramos con el mismo espíritu ambiguo que mezcla la ciencia con la teología. Allí todavía se enseña la geología de Beudant, el autor insigne según la aprobación de Monseñor el Arzobispo de París, quien afirma la niñería de que hasta hoy no se conoce un solo fósil humano perfectamente caracterizado. Allí se ignora que en todo el centro de Brasil, en el corazón de Minas, en las Siete Lagunas, existe un naturalista que nos honra con su presencia, el cual ha enriquecido los museos europeos con sus colecciones de fósiles humanos brasileños. Y, mientras Lund revela a Europa la existencia entre nosotros del hombre prehistórico, en Río de Janeiro, o sea en la Capital del Imperio, no se presenta a la mirada del joven que pide instrucción —y que bien cara la paga— sino la existencia del hombre de la Biblia ¡y esto en nombre de la ciencia! Es la lógica del absurdo.

Sabemos bien que en nuestras Facultades de Derecho existieron en todas las épocas intelectos eminentes, que de buen grado harían *tabula rasa* con esa filosofía versátil, incoherente y charlatana, que envenena el espíritu de la juventud, con gran detrimento de la tranquilidad social. Pero esos emancipados son un pequeño número, y lo que allí prevalece es ese pauperismo de la inteligencia, ese eclecticismo oficial que lleva a todas las causas y a todas las creencias según los intereses del momento.

Sí, señores senadores, osemos afirmarlo, con las bases actuales de nuestro sistema de enseñanza la Academia es una pomposa y continua explosión que anualmente derrama sobre el país una ola calculada de falso saber, de falsas virtudes y de verdadera anarquía. Y, si nuestras fuerzas sociales lo toleraran, pediríamos que la contemplasen en el mismo proceso de eliminación que nos libera de la iglesia.

Pero, no nos hagamos ilusiones; es axioma de nuestra filosofía el saber que *no se destruye sino aquello que se puede sustituir*; y, lamentablemente, no descubrimos por el momento en nuestro ambiente elementos capaces de sustituir la Academia de manera efectiva. Todavía durante mucho tiempo tendremos que claudicar bajo el régimen de la endeudada instrucción académica. Sin embargo, si ya que no podemos suprimirla, podemos por lo menos mejorarla mucho; es lo que nos basta. Y es lo que debemos hacer antes de pensar en reconstrucciones electorales, que no surtirán otro efecto que el de hacernos perder un tiempo altamente precioso obligándonos, quizás después de 50 años de experiencia, a volver al mismo y fatal punto de partida; el de la reorganización espiritual.

En Francia, la enseñanza pública aún no puede emanciparse del protectorado del Estado, y es en este celo de protección paternal donde reside la fuente de su rebajamiento material y moral; allí la instrucción oficial se volvió un ramo de la especulación lucrativa. En 1870, cuando Prusia gastaba diez millones de táleros para la instrucción nacional, la administración universitaria recibía del estado francés veinticinco mil francos.

El partido católico de ese país, rico y poderoso por su organización, exige que el Estado saque sus manos de la enseñanza oficial, y los liberales, con profundo discernimiento, se resisten a esta liberal medida de descentralización. La libertad, como todo lo demás, está de hecho en relación a la época y a las circunstancias. Módica, mutilada, incluso falsa como lo es, la instrucción del Estado es mil veces preferible a la de la Iglesia.

Entre nosotros, el peligro no está en que la Iglesia se apodere de la enseñanza, está en que ningún partido se quiere ocupar de ella. No podemos exceptuar la intervención del estado, aceptamos de buen grado la limosna que nos hace, y sólo pedimos que nos la haga aún más, más amplia y completamente libre de pensamiento oculto. Queremos, para la instrucción, la liberalidad soberana de las arcas públicas y ninguna intervención del poder político en la selección de los hombres de la enseñanza; al mismo tiempo pedimos que sea lealmente adoptado el plan de la reforma que esbozaremos al final de esta serie filosófica.

Si el gobierno desea sinceramente más el bien del país que el del poder; si cada ciudadano aspira más al bien común que a la vanagloria pueril de crearle problemas al gobierno, entonces todos debemos unirnos en un mismo empeño y saludar juntos esta medida esencial de reorganización, sin la cual perecería inexorablemente cualquier intento de descentralización. Es inútil fabricar espléndidos proyectos de reformas políticas, si no se le da a cada ciudadano el recurso de extraer de su propio pensamiento el arte de gobernarse a sí mismo. El vínculo social debe partir de adentro y no de afuera. Fuera de esto, todo lo que se haga será lustrar la cáscara y dejar intocado el meollo.

Señores senadores, es hora de tratar de romper con el sistema inconsistente e inmoral de jueces eclesiásticos. Basta de conciliaciones entre elementos irreconciliables, de apaciguamiento de conciencias opuestas, de pa-

liativos y filigranas imposibles, donde se pretende restaurar el viejo derecho feudal con la nueva tela de la democracia que tejió el telar de 1889. La humanidad es la augusta viajante que ya alcanzó su penúltima jornada: ayudémosla a mover su último paso.

Tengamos el valor de reconocer francamente una tendencia, la que es el resultado de la serie de nuestros antecedentes históricos, y que se hace cada vez más evidente a medida que el pueblo va sintiendo el descalabro de las doctrinas sin meta que hasta hoy lo han gobernado.

Reconozcamos que estamos en plena revolución, no desde hoy sino desde los últimos cinco siglos, y que el único y supremo remedio capaz de salvarnos de la anarquía y de la regresión es la firme y sincera decisión de encaminar los principios revolucionarios hacia sus legítimas consecuencias. Se trata, por así decirlo, de una segunda revolución.

Pero, esta segunda revolución no es una reacción contra los principios adquiridos, contra los derechos conquistados, contra los dogmas proclamados por la explosión del último siglo.

Esta segunda revolución ya no es un agente de discordia que se une a los demás: es una garantía de orden y de paz; es un fin, una terminación espontánea, un desenlace natural a la ola revolucionaria que mueve todas las sociedades modernas, sin que exista posibilidad alguna de oponerle una barrera.

Queremos sobre todo la libertad de pensamiento, no para satisfacerlos con palabras, ni como un medio cómodo de esquivar la penosa tarea de pensar; sino para hacerla efectiva, para poder utilizarla como un instrumento indispensable en la indagación de una verdad superior.

Queremos la soberanía popular, no para desvirtuarla con promesas irrealizables ni para hacerla degenerar en una demagogia irresponsable, sino para fecundarla, colocándola en sus verdaderos términos y haciéndole comprender al pueblo, francamente, que su papel de soberano es limitado, ya que su existencia social es tan sólo un momento entre los pasados y los futuros y que, por consiguiente, irrecusables deberes de solidaridad y de continuidad lo atan simultáneamente al pasado y al futuro.

Queremos la libertad de la conciencia, no para convertirla en un tonto y grosero empeño de escandalizar las conciencias honestas, sino para hacer de ella un pedestal digno y decente sobre el cual pueda asentarse la más elevada moral del futuro.

Al sustituir, en todos los asuntos humanos, lo *absoluto* por lo *relativo*, queremos ser revolucionarios no para reproducir el siglo XVIII, no para continuar la obra de demolición, sino para inaugurar la época de la reconstrucción.

Para nosotros la política es, por lo tanto, un punto de vista secundario.

Nuestra misión revolucionaria se dirige al núcleo de la sociedad, y tiene como meta convertir la agitación social en un amplio movimiento filosófico donde invariablemente, predomine el punto de vista de la moral por encima del de la política.

La iniciativa de esta magna tarea se impone, a partir de hoy, a filósofos y pensadores, a todos aquellos que se preparan durante largos años en la ardua y decisiva disciplina de las ciencias positivas. Sólo a estas ciencias la humanidad le debe todo lo que ella hoy posee de grande y glorioso en la conquista de la naturaleza. No pedimos sino que se sea justo con nosotros. Si la sociedad acepta con orgullo las artes, la industria, el bienestar, la elegancia, el lujo refinado, todo lo que se refiere a la comodidad material, mediante la existencia de ferrocarriles, telégrafos eléctricos, navegación a vapor, ingenios mecánicos, inventos químicos, quirúrgicos, etc., mientras en cambio no acepta favorablemente la opinión de esas mismas ciencias en lo que se refiere al mundo espiritual, sin duda es porque no percibió lo ilógico de su proceder y no ha alcanzado todavía su último grado de refinamiento moral. De otro modo no se comprendería este extraño espectáculo en el cual la vemos por una parte, agitarse y apegarse, con extrema insistencia, a todo lo más profano y material y, por otra parte, rechazar las más sobrias verdades que defienden las ciencias positivas desconfiando de aquellos hombres que le han dedicado generosamente una vida entera.

Corresponde a la sólida instrucción positiva convencer a la sociedad de que la ciencia es una sola y siempre la misma, ya sea manejando grandes hornos, bigornias y palancas, ya escudriñando en otro campo las leyes del entendimiento; y pretender romper su unidad es condenarse al suicidio más inútil.

Para que pueda surgir el nuevo orden es indispensable la previa eliminación de los vicios de la enseñanza oficial.

El señor senador Jobim ya está viejo; es justo que hoy viva casi exclusivamente de su pasado, tan rico en hermosas tradiciones académicas. Además, al haber inclinado poderosamente su palabra autorizada, en el actual conflicto religioso, hacia el lado de la tendencia moderna, prestó al país un servicio importante que la posteridad siempre le agradecerá.

Pero el señor senador Godoy aún está radiante de salud y juventud y, más que nadie, está pronto a convertirse en el Apolo de las nuevas ideas. Su robusto temple no le permite la inacción y, desde el punto de vista de los mejoramientos materiales, ya su energía ha hecho bastante.

Para completar su obra y su prestigio, le confiamos además un papel, el más augusto: el de representar igualmente los intereses intelectuales y morales.

Noblesse oblige.

Juventud y vigor también obligan a no perder de vista el precepto ateniense: *Mens sana in corpore sano.*

Esperamos que cualquier gobierno, no importa su color político, tendrá el cuidado de auxiliarlos en esta gran empresa de regeneración.

Suprimiendo el entumecimiento de la enseñanza oficial, se suprime al mismo tiempo a los declamadores inextinguibles, enemigos de todo gobierno.

Las constituciones políticas no se imponen, las leyes no se imponen, las costumbres no se imponen a un pueblo que no está preparado para ello.

Sólo la ciencia se impone a todas las mentes; sólo ella tiene el maravilloso don de convertir al más perfecto salvaje en un perfecto civilizado; sólo ella tiene el soberano privilegio de reunir alrededor de sí todas las opiniones.

Esta es la piedra maestra de todos los problemas.

Valor, pues, y paciencia al refrenar el entusiasmo de las reformas políticas, con gran detrimento de la solución general capaz de abarcar a todas las demás. Ya hemos combatido bastante en las tinieblas, batiéndonos por quimeras.

Señores senadores, ha llegado el momento de las grandes tareas. Es inútil intentar esconder el vacío de nuestras creencias y la puerilidad de nuestros tanteos sociales, en el insensato empeño de construir el futuro sin despejar previamente el terreno de las ruinas del pasado. La evolución del espíritu humano hoy tocó su último peldaño. Un ideal más puro y más alto, surgido en el seno de la ciencia, se coloca ante la humanidad, iluminando la senda por recorrer y señalándole su verdadero destino. Se levanta un futuro más enérgico y más fecundo para consolarnos de las esperanzas muertas, de la fe perdida en el total naufragio del antiguo símbolo. No vamos a desconfiar de las bacanales o de las saturnales que marcaron los últimos momentos del paganismo agonizante. La misma ciencia, que nos suministró las armas del ataque y disolvió el antiguo dogma, nos ofrece también su omnipotente palanca para levantar el edificio del futuro. El monoteísmo católico, que ya ultrapasó los límites de su función y que ha sobrevivido a su irreparable ruina, hoy puede expirar: le queda el supremo consuelo de extinguirse en medio de los más exuberantes síntomas de auspiciosa regeneración y vitalidad; le queda la incomparable satisfacción de ver que fue dentro de su propio seno donde se elaboró esa amplia e inquebrantable revuelta, la cual al matarlo, salvaría a la humanidad.

A él la gloria de haber escudado esa humanidad por espacio de catorce siglos; a él la honra de habernos enseñado a poner la moral por encima de la política y el deber por encima del derecho. A nosotros la tarea de echar los fundamentos de la futura sociabilidad humana; a nosotros la misión de no ofrecer como proyecto para las aspiraciones del hombre otra cosa que una meta puramente humana. A él el mérito de decir por boca de San Pablo: "ama a tu prójimo como a ti mismo"; a Comte, el precepto de "ama a tu prójimo *más* que a ti mismo". A él el mandato de amar a Dios por sobre todas las cosas; a nosotros, el de amar a la humanidad por encima de todo. A él, la providencia ficticia; a nosotros, la providencia humana. A él, la misión de preparar al hombre, inculcándole la virtud en la esperanza de una recompensa eterna; al positivismo, la de *vivir para otros*, la de practicar el bien por el bien, sin la oculta esperanza de recompensa alguna.

Pero, una transición tan profunda y radical no se lleva a cabo sin grandes dificultades. Hay que prever resistencias de todo tipo que nacen del natural apego al pasado y del interés que siempre está atado a la conservación del orden establecido. Estamos obligados a herir el amor propio de cada creencia religiosa, a molestar el orgullo de la fe que se basa en lo sobrenatural, a contrariar los intereses de todas las clases de la sociedad, y no podemos lisonjear la vanidad de nadie. Nuestra única confianza está en el cumplimiento de un deber y en el respeto que debe merecer todo aquello que se dedica al culto de verdad.

Hasta el momento los hombres de ciencia han dado las más inequívocas pruebas de atención y respeto para con las opiniones religiosas de la masa ignorante: ha habido toda suerte de concesiones con el fin de evitar herir la susceptibilidad de los prejuicios populares. La tolerancia de nuestra parte ha ido tan lejos que ya, hoy, cae sobre los hombres de ciencia la grave sospecha de deslealtad para con la sociedad. Y, efectivamente, esa tolerancia estaba plenamente justificada mientras las ciencias físicas y biológicas no habían extendido hasta la historia y los fenómenos sociales la aplicación de sus irrecusables métodos y procedimientos de investigación positiva. Esa tolerancia era disculpable, sobre todo, tomando en cuenta los grandes intereses morales que estaban unidos a las viejas creencias teológicas, en cuyo corazón estaba implantado el *orden*.

Sin embargo, hoy que se han derrumbado todas las construcciones basadas en la Biblia y en la revelación; hoy que la filosofía crítica despojó nuestra imaginación de ficciones infantiles y de fantásticas creaciones; hoy que la ciencia positiva, levantada sobre firmes cimientos, nos ofrece una moral más sana y más pura; hoy la persistencia en esa tolerancia sistemática además de ser una cobardía, sería un atentado al *progreso*. Tenemos que decirle a la sociedad que el único peligro real y grande que la amenaza, está en mantener por más tiempo esa hesitación de las convicciones, esa fluctuación de sentimientos y opiniones que caracteriza toda época de transición. Extinguido el catolicismo, nos encontramos en un "interregno" moral fuente de toda anarquía, que todo verdadero ciudadano debe tratar de eliminar cuanto antes. No tenemos solamente el deber, tenemos una verdadera necesidad orgánica de proclamar verdades filosóficas emanadas de las ciencias positivas.

A partir de este momento, es una cuestión de honor que nos incumbe resolver; es una cuestión de sinceridad frente a nuestros contemporáneos.

Sabemos rendirle homenaje a los muertos, y también instituímos el culto a los antepasados. Respetamos y admiramos cordialmente cualquier convicción sincera; pero, somos de una rigidez inflexible respecto a los planes y manejos de la incapacidad que se erige como sistema normal del gobierno humano.

Ya no nos acobardan las burlas que constantemente caen, desde lo alto del púlpito y desde el sillón de los retóricos, sobre los hombres de la ciencia física y biológica quienes buscan el bien de la humanidad. Gracias

a las luces presentes en la atmósfera que todos respiramos, ya nuestra sociedad se encuentra bastante esclarecida como para juzgar que ya no hay que prestar más obediencia a esos repartidores de agua bendita, ni a esos soberbios profesores de ignorancia que no sólo desconocen los primeros elementos de la ciencia que condenan sino que también están vinculados con juramentos a los artículos de la fe que los alimentaron en la infancia, junto a la leche de las cabras ciegas, las gatas encantadas, las vacas de tetas de oro y otras tantas cosas semejantes de la zoología del Apocalipsis.

A los supuestos apóstoles de la moral hoy podemos decirles abiertamente en la cara que la moral humana y terrestre es más noble, más fecunda y más elevada, que la moral revelada, cuyas raíces se pierden en un mundo ficticio. Podemos, con la frente alta, decirles que el crimen y la familia, si es que los hay, están por cierto del lado de aquellos que denigran de las más augustas y puras intenciones de la ciencia, cuando ésta se sacrifica en su tarea de búsqueda de la verdad y siembra, con sus mártires, el camino de la humanidad.

A los retóricos —indudablemente más emancipados— que no aceptan la revelación pero que, sin embargo, se consideran inspirados e infalibles, en nombre de la razón, en sus afirmaciones sobre la ciencia, diremos simplemente que no puede ser amigo de la verdad ni ser juez imparcial todo aquel que parte de un principio absoluto, atándose así de pies y manos y entregándose cabizbajo a las garras de una creencia soberbia que no le permite ser justo y tolerante para con las convicciones más sinceras y honestas de otros.

Todos podemos, y debemos, tener convicciones; pero deben ser convicciones que puedan ser modificadas según la marcha de las ciencias de observación, según las conquistas y el progreso de cada siglo. Tales convicciones son nobles y honran a quienes las profesan. Sin embargo, toda opinión que fuera considerada por su portador como una verdad última, ya sea en teología, ya en metafísica o en política, no puede sino apoyarse en la violencia y en el absolutismo, y tiende forzosamente a causar grave detrimento a la evolución progresiva del espíritu humano. Y por más diferentes que nos parezcan en varios aspectos las diferentes escuelas teológicas y metafísicas, todas concuerdan en un mismo punto: lanzar a los hombres de ciencia al descrédito público y decidir los conflictos internacionales con la lógica del cañón.

La función de la ciencia aplicada a los asuntos sociales, es otra; otra, la gloriosa misión de la filosofía y la política positivas.

Al lado de la historia pavorosa y oficial de los destructores y de los pedantes, tenemos que elaborar otra que la domine: la de los fundadores y los sabios. En vez del mencionado acuerdo de hechos irreconciliables, de la ciencia y de la fe, de la soberanía popular y de los derechos de la dinastía,

de la moral y de la ley, del amor de Dios y el terror de la cárcel, tenemos que fundar sobre terreno inquebrantable la libertad, el orden y la paz.

Hay que fundar una religión sin quimeras y sin mitos, donde el ideal humano sólo tenga como límite el posible bien por hacer bajo el cielo.

Debemos hacer surgir un derecho común, el único en el cual todos participen, el de que cada uno cumpla con su deber.

Tenemos que crear una nueva aristocracia que sólo tenga por principio la virtud cívica, la inteligencia y el saber.

Tenemos que reformar esas leyes arbitrarias que solamente hieren cuando el mal ya está hecho, para plantear motivos humanos los cuales, al desterrar la ignorancia, la miseria y el vicio, dejen sus tristes golpes sin efecto.

Tenemos que arrancar la instrucción de las manos avaras del Estado y, devolviéndole su carácter enciclopédico y social, terminar con la leyenda viva de Babel que divide a las clases contribuyentes, disemina las opiniones y convierte la sociedad en una mina fácil de explotar.

Tenemos que inaugurar una nueva era donde el rasgo de cada ciudadano sea la palabra de orden: *¡trabajemos!*

Tenemos que impedir que las necesidades crecientes de la pereza y de la vida disipada chupen hasta la última gota de sangre de la miseria popular.

Tenemos que concluir regenerando el brazo proletario, ennobleciendo todas las cooperaciones sociales, moralizando la riqueza y convirtiéndola en el patriciado del trabajo.

Tenemos que imponer nuestra denegación a los presupuestos inútiles, que hacen de la representación nacional un teatro de títeres, una orgía de ociosos y el oprobio del país.

Tenemos que lograr que la producción sea la única obra bella, la gloria única, de los Estados.

Tenemos que lograr que la nobleza de la industria sustituya a la de las luchas y, sin lesionar el amor patrio, elevar a cada hombre, mediante el trabajo, a la altura de la humanidad.

Tenemos que —para completar la construcción— asociar a la mujer a nuestra obra redentora, a nuestros deseos y pensamientos. Tenemos que arrancarla de los pañales de una infancia perpetua donde la mantiene el teologismo, para así, regenerada, inspirarnos en su influencia moral, fecundar nuestra misión y, juntos, caminar firmes y resueltos hacia la misma meta social.

En otras palabras, tenemos que refundir la sociedad renovando sus viejos elementos.

Sabemos bien cuán ardua es la tarea de preparar el espíritu popular mediante la sólida instrucción de las ciencias.

Sin embargo, por encima de todas las dificultades están nuestras convicciones y nuestros votos por la democracia del futuro. Tenemos una es-

peranza que es superior a la inmensidad de nuestros bajos instintos sociales, superior a la inmensidad de la ignorancia de la masa de nuestro pueblo.

Gracias a Comte, la historia se convierte en una ciencia efectiva, en una fuente perenne de rejuvenecimiento moral, donde, gracias a la savia de las primeras verdades que brotaron de la boca de los teócratas profundos, iniciadores de los mortales, también brotarán las convicciones límpidas y serenas que nos permiten prever un futuro de sabiduría, amor y virtud, de libertad, de orden y de paz, que nuestro pasado preparó para las generaciones futuras.

Augusto Comte, al condensar el pasado lo transformó en un nuevo Evangelio, en un templo sagrado, en un altar sin igual donde, con pleno derecho, tienen asiento todos los benefactores de la humanidad, todas las colaboraciones de los siglos transcurridos, todas las síntesis provisionarias, todos los sistemas religiosos. Desde Confucio, Moisés, Homero, Descartes, Danton y Mirabeau; desde Tales y Arquímedes a Diderot, Bichat y Gall; desde el fetichismo egipcio y el politeísmo griego al monoteísmo de San Pablo, de Lutero y Calvino; desde las ficciones mahometanas, católicas y protestantes al pleno predominio de la ciencia que prescinde del dogma indemostrable, el positivismo acepta los contingentes de cada generación, se incorpora a todas las doctrinas de las diferentes fases sociales y, concentrándolas todas, las resume en un solo ideal: el de gobernar al hombre sin las hipótesis celestes y sin las fantasías de la monarquía.

Es un espectáculo vigorizante para el espíritu y el corazón, éste que nos presenta la marcha de la humanidad. Jamás interrupción: siempre el mismo hilo, pasando de mano en mano como el anillo de Polycrates; siempre el mismo movimiento ascendente, siempre la misma ola que se agranda, que crece, que camina ora lenta y mansa, ora agitada y turbia, depositando en el lecho de los siglos las ideas inútiles, los dogmas exhaustos, los despojos del pensamiento viejo, las impurezas, únicamente para llevar al futuro las aguas cristalinas de una filosofía pura y rejuvenecedora.

Allí vemos, en el fondo de los tiempos, el espléndido intelecto de Grecia rechazando a las huestes asiáticas y derramando poesía a borbotones, desde su áureo trípode, sobre el mundo maravillado.

Pero, después del Estagirita, después de Tales y de Pitágoras, ella le comunica a las creaciones de la estética la sacudida crítica que libera para siempre el Olimpo y el Parnaso de sus magnas figuras. Los corazones sensibles sangran de nostalgia; los patriotas lloran sobre las ruinas de la patria; Helas oculta su rostro bajo los pliegues de luto de sus dioses.

San Pablo recoge de boca de Sócrates el programa del futuro y, mediante la más sublime de las abnegaciones personales, como también con la más hermosa serie de metáforas, se oculta ante sus compatriotas bajo la figura ideal de un divino redentor, pura creación de su espíritu.

La hija querida de Minerva sucumbe bajo la lucha viril del Júpiter del Capitolio. Pero, Roma funda el derecho que sus legisladores colocan por encima del poder; sin embargo la Roma triunfadora se hace humilde sierva

de su triunfo para inaugurar la nueva era. El Imperio se inclina bajo la voz de Pablo quien une a vencidos y a vencedores en un mismo amplexo. Y César, romanizando Francia, establece el eslabón que nos ata a Grecia transmitiéndonos su augusto papel, su antorcha.

Va a empezar la función de la iglesia.

Con el testamento de Augusto las águilas romanas quedan sorprendidas por esa noche; noche larga y sombría durante la cual cae sobre la ciudad eterna la destrucción de los bárbaros de todas las razas, de todas las lenguas, que insultan las cenizas de los héroes en su sudario. La Roma de los Catones recibe de labios de San Agustín el último dardo sangriento y el más cruel: “vuestros gansos del Capitolio dormirán para siempre. . . ¡vuestra catástrofe es el merecido flagelo del Dios sabio que os castiga por el culto impío a vuestros dioses falsos!”.

Un solo altar, una sola fe son, más que nunca, de gran urgencia. La unidad de todos los países —sueño de Pablo— encontrará en Carlos Magno su robusto ejecutor.

El feudalismo surge espontáneamente bajo la presión de las invasiones. Al lado de la voz del padre comienza a hacerse oír la voz del honor. Al lado de los castillos protegidos por altos vallados se levantan los monasterios, fecundos laboratorios de la nueva orden moral que cambiará el rostro de la humanidad.

Los monjes completan la obra de los guerreros; y, por primera vez en el mundo, bajo el impulso de la caballería, banderas victoriosas se inclinan reverentes frente a la imagen de la mujer.

Pero ya Dante levanta, con su terrible epopeya, lanza un vehemente grito de revuelta contra esos siglos de hierro y de terror. Desde el fondo de su Purgatorio sale un ravo de luz y de esperanza que nos promete una aurora más hermosa y días llenos de consuelo.

He allí, de hecho, que despunta en el horizonte el primer amanecer de la razón.

El papel de la iglesia ya está agotado.

El espíritu adormecido se levanta como el león que despierta sobresaltado. En vano Lope de Vega y Calderón levantaron otra pomposa *Iliada* a la Inquisición.

Galileo ya surgió sobre el escenario del mundo.

Gutenberg, dándole cuerpo al pensamiento, pone en las manos de Descartes, alférez de 23 años, la formidable artillería que vomitando escepticismo abrió la brecha en el pasado, barrió de la tierra a los potentados y lanzó sobre el mismo Señor de los cielos el más solemne y perentorio interdicto.

¡Poetas del Renacimiento! ahora podéis entregar al mundo vuestro canto de amor.

¡Rafael, Rubens, Rembrandt! fijad ligeros sobre la tela inmortal el mito de la virgen madre.

¡Shakespeare, Molière, Mozart! realizad sobre esta misma tierra el ideal supremo que el cristiano soñaba en la fría soledad de los cielos.

¡Goethe, Schiller y Byron! immortalizad los golpes profundos que los Bellofontes de 1889 descargaron sobre la fe; y con el fuego devorador de vuestras dudas, volved a temperar al género humano, acorazadlo contra los vagos terrores de un dogma sucumbido.

¡Chénier, De Vigny, Chateaubriand! poned en los labios inertes del mudo catolicismo su último himno de afecto y de nostalgia.

Pero que Federico, rey y filósofo, ejemplo de monarcas y sabios, reciba en nombre de la humanidad la más palpitante ovación.

Su cetro a la razón moderna no impuso las penas de la ley; pero, a todo lo que civiliza, a cada pensador, a cada Iglesia, le otorgó los privilegios de la ciudad. Y al no mezclar intempestivamente lo espiritual con lo temporal, preparó la santa alianza del orden con la liberalidad.

Bajo la inspiración de ese rey filósofo, Diderot funda la Enciclopedia, Lavoisier revela los secretos de la química, Condorcet ensancha los caminos de la historia, y Laplace recorre los del cielo. Bichat arranca a la teología el dominio de la vida, y Gall, más afortunado que Pablo, prepara la religión de la humanidad al revelar en el cerebro humano el misterio de su sabiduría y de su profunda moralidad.

Gracias a esos ciudadanos de todos los países, contemporáneos de todas las edades, podemos armarnos de valor frente al rudo descalabro de nuestros tempestuosos tiempos.

Gracias a ellos, todavía puede surgir del centro de nuestra ruina un símbolo nuevo que condense todos los votos.

Y Francia, caída desde lo alto de su historia y violentamente despojada de la imponente prominencia que le asignaba, en el conjunto de las naciones, la serie de su pasado, podrá todavía, entre los pedazos de su desgraciada destrucción, estrechar en su pecho la filosofía de Comte y, llena de orgullo y de esperanza, exclamar frente a la posteridad:

*"Viens ton règne, Humanité!
C'est à toi que vont nos hommages;
En toi nous serons tous unis,
Car tu poursuis dans les orages
La solidarité des âges,
L'union de tous les pays."*¹

UNA PALABRA A LOS POLITICOS

El orden es la condición del progreso, y el progreso el desarrollo del orden.

A. Comte

A continuación vamos a presentar a la apreciación de la intelectualidad brasileña, la filosofía teológica, la filosofía metafísica y la filosofía positiva.

¹ Foucart, *La Toussaint*, oda al Positivismo.

La primera se refiere a los conservadores, los representantes del viejo pasado; la segunda a los liberales, los representantes del pasado moderno; la tercera a los contemporáneos efectivos de la ciencia actual, los representantes del presente y del futuro. El lector deberá ver en nuestro criterio histórico, no un vano deseo de diatriba pueril contra este o aquel conjunto de ideas, sino una sincera exposición de la verdadera teoría del progreso.

Para la teología sólo hay progreso en el pasado; para la metafísica, el progreso comienza en la revolución de 1889; para la filosofía positiva, es en las fases sucesivas del desarrollo histórico donde debemos buscarlo. Para la primera, la civilización actual es una impía y criminal revuelta que necesita ser severamente castigada; para la segunda, la Edad Media es una época de tosca ignorancia y despotismo que es necesario borrar de nuestra memoria; para la tercera, el presente es simplemente un hijo del pasado, y todas nuestras ideas actuales no son sino el último término de la evolución de las ideas antiguas.

No es suficiente con poseer una noción general del progreso, es necesario saber en qué consiste, sobre todo cuando se pregona cualquier programa de política popular.

Y sólo enfrentando con una profunda mirada todo el conjunto de la historia es como podemos conseguir una noción precisa de la civilización, de esa función inmanente a la sustancia de la humanidad, y según la cual el hombre se eleva lentamente del estado salvaje a la plena posesión de sí mismo.

No se rompe un solo eslabón de la cadena de mutaciones por la que atraviesa el espíritu humano en el correr de los siglos, y vemos en el pasado un espléndido laboratorio de sociología experimental.

En el presente folleto intentamos mostrar de qué modo se puede eliminar una idea sin atraer el rencor sobre aquellos que la personifican. Para nosotros, la idea es independiente del individuo y es más importante que él. La idea persiste mucho tiempo después de que el individuo desaparece, y es susceptible de hacer la felicidad o la desgracia de generaciones enteras, según el grado de valor que tenga. La idea se transmite, y el individuo muere con sus pasiones, su grandeza o su debilidad de carácter. Y, en los tiempos modernos, es de tontos creer que las ideas en lucha son todas herencia del pasado. Además de ello, la idea nunca es hija de un solo individuo; es mucho más el producto de la acción colectiva que de la espontaneidad individual.

Encaramos la cuestión religiosa de la misma manera que un problema científico cualquiera, y la examinamos desde el punto de vista del método, de la doctrina y de la higiene social. Bajo cada uno de estos aspectos, llegamos siempre a las mismas conclusiones e, invariablemente, eliminamos la teología. Sin embargo, antes de eliminar la idea, señalamos cuidadosamente los eminentes servicios que prestó a la causa popular.

Que los libres pensadores brasileños no lo pierdan de vista: en la Edad Media, en esa edad de las tinieblas, —como la llaman los liberales— cuando

la luz brillante de la civilización romana parecía extinguirse; cuando las ciencias, las artes y la literatura estaban perdidas y el mundo parecía haber retrocedido diez siglos; cuando un escuálido barbarismo había tomado el lugar del lujo y de la elegancia de la antigua sociedad; cuando los reyes no sabían leer ni los curas escribir; cuando la agricultura y el comercio, otrora florecientes, se encontraban reducidos a la rusticidad más primitiva; cuando los hombres creían que el fin del mundo estaba próximo fue cuando nuestra raza dio su paso más decisivo. Fue en esa época de ignorancia, en esa hora oscura, cuando las masas populares, los hombres de trabajo duro, los proletarios, vieron caer de sus muñecas los hierros de la esclavitud. Paso inmenso y para siempre memorable que la filosofía positiva no se cansa de proclamar como el más alto patrón de gloria de la iglesia y de los sacerdotes católicos.

Ese gigantesco triunfo no fue obra de la inteligencia, fue obra del corazón que la iglesia cultivó; fue únicamente el resultado de la disciplina del sentimiento moral.

Nuestro programa de educación está, por consiguiente, trazado de antemano: no debemos dejar sin cultura ninguna de nuestras grandes facultades del alma, bajo el riesgo de comprometer el progreso o el orden.

La evolución estética se elaboró en Grecia; la evolución cívica en Roma; la evolución moral en la Edad Media; faltaba pues la evolución intelectual, la parte que correspondía a la ciencia; y esa fue la función de los tiempos modernos. De esta manera, cada época de la historia realiza a su manera uno de los aspectos del ideal de perfectibilidad humana; y la noción de progreso, al mismo tiempo que se hace eminentemente relativa, se reviste igualmente de una nítida precisión científica. El presente se muestra así, a nuestra vista, como el simple heredero de las conquistas del pasado y el depositario responsable para con el futuro mediante la conservación de las fuerzas sociales acumuladas. Una vez bien comprendida la idea de progreso, es un motivo de orgullo comprobar nuestra superioridad actual, y nos hallamos en condiciones favorables de espíritu y de corazón para, con clemencia y reconocimiento, juzgar las cosas del pasado.

Tal como podemos eliminar la teología sin ofender las personas del sacerdocio, igualmente podemos eliminar a la realeza sin ofender individualmente a los reyes, antes bien, por el contrario, proclamando sin dudar un momento los grandes servicios efectivos que prestaron a la causa de la humanidad. Exhortamos incluso a nuestros lectores para que mediten ampliamente sobre esta posibilidad de interpretar la historia positivamente.

El sistema de explicarlo todo, negando sinceridad a las convicciones ajenas e invocando de pronto la hipocresía, rápidamente se convierte en un arma de dos filos que tanto hiere a aquel que recibe el golpe como a aquel que lo propina.

Debemos abstenernos cautelosamente de denigrar demasiado el pasado, porque el hábito de denigrar se convierte fácilmente en una segunda na-

turalidad, cuyos efectos nocivos se harán sentir irremediabilmente sobre la sociedad contemporánea que está herida con el mismo hierro con el cual hiere a los antepasados. Después de reflexionar, reconoceremos invariablemente que las malas acciones de los hombres se deben más a la ignorancia que a la maldad. En nuestro país, ya es muy pronunciada la tendencia a recibir como sospechosas las afirmaciones de nuestros semejantes, y la ausencia entre nosotros del espíritu de asociación no tiene otro origen sino esta desconfianza permanente que todos tienen hacia todos.

Podemos ser severos, incluso inflexibles, sin exceder aun los límites de la investigación de la verdad. Aprovechamos así una inteligencia más sana respecto a las cosas, y evitamos caer en esa inclinación tan destructiva para la sociedad entera, sabiendo que la continua costumbre de ver la hipocresía en los otros nos hace igualmente hipócritas y nos lleva fatalmente a adulterar las fuentes más nobles de la vida colectiva, como tendremos ocasión de mostrarlo en el curso de este trabajo.

Que nuestros conservadores, por otra parte, no se hagan ilusiones sobre las condiciones de garantía del orden que quieren buscar en el pasado. Los días en que vivimos, ya no son los días de antes. Hoy la cuestión social pide la precedencia a las cuestiones políticas, y no podrá haber orden mientras no se satisfaga este intenso reclamo de la vida moderna. En la primera revolución francesa, la distinción entre la cuestión social y la cuestión política no ha sido bien percibida, incluso por los observadores más penetrantes, en virtud de la gran precipitación de los acontecimientos ocurridos.

Pero, si los elementos secundarios de la revolución, el desorden, la anarquía, la supresión de la legalidad, la confusión de principios, desaparecerán, no por eso el principio predominante dejó de subsistir ya que el mismo se ha hecho cada vez más enérgico y marcado de allí en adelante. Es desde 1830 hasta 1848, en el reinado de Luis Felipe, donde debemos buscar los síntomas tan equívocos de esa profunda distinción que tan radicalmente separa los tiempos modernos de los antiguos.

La revolución del 48 no fue un asunto tan tonto como se quiere creer a la ligera, no fue una insignificante parodia de la gran revolución. Sin duda, si la encaramos solamente desde el punto de vista puramente político y en la más estricta acepción de la palabra, es evidente que el 48 es inferior al 89. Pero, para aquellos que se convencieron de que, desde el inicio de la historia y, especialmente, desde Copérnico y Galileo hasta nuestros días, no ha habido más que una sola revolución, y que el año del 48 marca el pasaje de la fase política a la fase social, para éstos la última época les parecerá incluso más tormentosa que la primera.

Además, la tentativa del 48 se frustró tal como se había frustrado la explosión del 89. Pero, la historia de la revolución social no terminó en el 48, continuó ininterrumpidamente desde entonces y continúa hasta hoy

más amenazadora que nunca, estremeciendo tanto el orden como el progreso, por falta de una clara dirección.

En cambio nosotros no tenemos esos elementos efervescentes que conmovieron Europa.

Pero, entre nosotros, ya se discute mucho, incluso demasiado, sobre las necesidades del pueblo, la soberanía del pueblo, etc. No está en nuestras intenciones agitar aquí nuevamente un problema que, para honor del partido conservador brasileño, ya va en camino de solución; pero, declaramos francamente que no sabemos de qué pueblo se está hablando. Para nosotros, el pueblo es la suma de esas unidades sin nombre que sin embargo se cuentan por millones, y cuyo conjunto expresa el total del trabajo de cada nación. Si las ventajas de las reformas políticas que nos quieren conferir, no se dirigen sino a algunas clases de la nación, con completo olvido de nuestro *tercer estado*, podremos tal vez ser más curiales y más sabios si no hablamos de reformas. Vamos a limpiar el camino de la evolución brasileña de las piedras que le pone la iglesia; es una medida necesaria, incluso urgente; pero *moralmente*, continuaremos siendo inferiores a los padres analfabetos de la Edad Media...

Quisiéramos que nuestro desarrollo moral y social hubiese precedido a nuestro desarrollo intelectual; tendríamos así, a nuestro favor, toda la lógica natural de la historia, y pisaríamos el terreno del futuro con más firmeza.

También se habla mucho sobre el progreso. Pero es fácil demostrar que la fe en el progreso, sobre todo porque está implantada en el espíritu de los liberales, no descansa sobre base racional alguna.

Esta fe no pasa de ser un optimismo supersticioso que fácilmente degenera en una actitud retrógrada; es una concepción religiosa que, cuando mucho, puede llevar hasta la idea de que el mundo tiene una tendencia providencial hacia la mejoría. No es una noción, es una inspiración vaga y sentimental, que en nada aclara la puesta en práctica de los recursos para auxiliar directamente al progreso, o para remover los obstáculos que se oponen a los mismos. Con esta fe concuerda otra más ingenua aún; la de suponer que los remedios políticos son una panacea para todos los males sociales.

Una tan cándida convicción es producto de la supremacía ejercida por la imaginación, la cual combina admirablemente con esa notoria inclinación orgánica, en virtud de la cual el hombre es llevado a tener ideas exageradas sobre su importancia o su poder en general. Esta magna ilusión es el rasgo característico más sensible de la infancia de la razón humana. Su vicio radical consiste en considerar a la especie humana como algo despojado de impulso propio, como lista a recibir pasivamente cualquier dirección que un legislador armado de suficiente autoridad quiera imprimirle a su gusto. La consecuencia inmediata de esta creencia es el absoluto de las concepciones que han reinado y reinan todavía en la política teórica, igual que en las soluciones prácticas de los problemas económicos. Y es tal la

fascinación que esta doctrina ejerce sobre el espíritu contemporáneo que, hoy, liberales y conservadores son igualmente arrastrados por esta tendencia, cuyo menor defecto consiste en creerse en el más completo desacuerdo respecto a las pruebas de la observación histórica. La meta común que ambos persiguen, consiste invariablemente en tratar de establecer, cada uno a su manera, el tipo eterno de orden social más perfecto, sin tomar en cuenta ningún estado de civilización bien determinado. Poco les importa el grado de cultura mental y moral, la serie de las tradiciones, la índole, el carácter, las costumbres del pueblo, sus tendencias espontáneas, etc.; una vez delineado abstractamente el esquema del gobierno, es un molde fijo que debe adaptarse a cualquier pueblo o a las diferentes fases de progresión de un mismo pueblo. Y tanto los políticos de la escuela conservadora como los de la escuela liberal pretenden haber descubierto, *exclusivamente*, el sistema de instituciones que realiza ese ideal. La única diferencia entre una y otra escuela consiste en que, en la primera, está expresamente prohibido analizar en profundidad o introducir cualquier modificación importante en lo pre-establecido; mientras que en la segunda, ese análisis es permitido pero con la condición de que se haga en sentido favorable. En cuanto a lo demás, el espíritu y el carácter de ambas son igualmente absolutos.

Pero, no obstante todas las fantasías de la imaginación que busca crear en todos los tiempos una barrera a la marcha del progreso, la humanidad camina, y la historia de la civilización se presenta a nuestros ojos como una suma sucesiva de tres grandes épocas sociales. En la primera —la época teológica— la actividad humana es puramente militar. Un dogma indemostrable exige órdenes indiscutibles. De la obediencia pasiva depende la salvación del estado social nascente: es una necesidad ineluctable, un deber colectivo. En esta fase, las especulaciones teóricas son de tipo eminentemente sobrenatural: la imaginación juega libremente y, al impedir la sana observación de los fenómenos, inhibe el ejercicio de la razón; el derecho al análisis no existe, y todo se explica por la intervención de voluntades sobrenaturales. Es el reinado de la conquista y, por consiguiente, de la completa ausencia de la industria, lo cual exige un ambiente pacífico.

Poco a poco la situación se modifica y el espíritu va entrando paulatinamente en la segunda gran época histórica. Es la fase metafísica, fase de transición por excelencia, que se une a la primera por lo absoluto de sus concepciones y a la tercera por la adquisición de algunos frutos de la observación; época intermedia, bastarda, cuyo carácter principal consiste precisamente en no tener carácter alguno bien definido. Es el reinado de la crítica y de la argumentación interminable. Es la subversión de un estado de cosas establecidas, todavía sin el programa del nuevo orden por crearse. Es la fase de la incoherencia, de la inestabilidad de las opiniones. Es la fase que Brasil hoy atraviesa abiertamente, pero que desde hace muchos años ya estaba atravesando sordamente. Se ataca al clero pretendiendo atacar la religión; se condena a los príncipes de la iglesia ostentando profunda fe

en el cristianismo; ya no se es católico pero aún no se osa afirmar otra creencia; se exige que el jefe de la religión de los antepasados se retracte, cuando es más simple que cada uno dé su dimisión como miembro de la antigua comunión; es necesario que la iglesia clásica se reforme sin suicidarse; las personalidades del sacerdocio son cubiertas de improperios, pero todavía se comulga con hostia, se asiste a los oficios divinos y se hacen genuflexiones a los santos; aún se proclama la divinidad de Cristo, pero el deísmo es lo que de hecho prevalece, tal como lo hace sentir el decano de los prelados brasileños; finalmente, ya no se es aquello que se era ayer, pero tampoco se ve con claridad aquello que será mañana. Es el reinado de la vaguedad, de la incertidumbre y del sistema de transición, en toda la extensión de la palabra.

Sin embargo, como positivistas, estamos lejos de condenar esta fase de tergiversación del espíritu humano; es la historia quien nos dice que esta fase indecisa es indispensable y es una de las condiciones del proceso. La marcha del progreso es, de hecho, mucho más lenta de lo que suponen los progresistas; y solo fluctuando, y fluctuando mucho, es como la civilización mueve cada uno de sus pasos.

No se pasa de un régimen mental a otro sin todas estas gradaciones de la duda y de la cavilación; las hesitaciones son en realidad los verdaderos eslabones de la cadena que une una época con otra.

La misión de la metafísica está agotada, mientras que su acción revolucionaria está cumplida.

En Roma y en Grecia ella fue indispensable como instrumento para debilitar el politeísmo y para dar lugar al monoteísmo cristiano que traía un tipo de ideas más elevadas. Fue indispensable, incluso, en el umbral de los tiempos modernos, para demoler el catolicismo y entregar al escenario del mundo la ciencia que ya entonces se recomendaba por tener ideales aún más altos. Y, desde el punto de vista temporal, esta época tiene una función de extrema importancia.

Es bajo el reinado de la metafísica que de la barbarie surge la industria y comienza a asumir una posición que cada vez más se consolida y se impone a la sociedad. Esta última deja de ser abiertamente militar, aunque aún no sea definitivamente industrial. Las relaciones particulares se modifican.

La antigua esclavitud ya no es directa, sólo es posible a través de la ley. El productor, todavía esclavo legalmente, empieza a obtener algunos derechos de su señor, a pesar de todo. Con los progresos materiales viene la acumulación de la riqueza, con la riqueza surge la posibilidad de que cierta clase de individuos se consagren exclusivamente a la cultura del espíritu; y con la cultura del espíritu, finalmente, llega la total civilización que declara los derechos del hombre e inaugura la era social, después de romper todos los obstáculos políticos. Una vez operada esta profunda reforma, emancipada la clase productora, las relaciones generales a su vez se modifican. Los productores no se mueven más bajo las órdenes de un

solo jefe, sino que es la acción de las asambleas legisladoras, el arbitrio colectivo, lo que dicta la guerra y regula la industria.

Una generación más tarde, la industria es acorazada y protegida como arma de guerra; es una fuerza militar que atrae la atención y se rodea de prestigio. Aunque breve, su importancia social es aceptada y proclamada. Al final ella alcanza su cenit cuando la guerra es sistemáticamente concebida como medio de favorecer la industria.

La metafísica brasileña está lejos de haber alcanzado este punto de progreso, y esta simple consideración es suficiente para que se convenza de que no la condenamos sino desde un punto de vista relativo. El secreto de su impotencia está en obstinarse, junto a la teología, a no querer reconocer la ley del progreso, ni admitir que por encima de ella pueda existir una tercera fase, en la cual la humanidad tiende hacia su primer punto de partida.

Esta tercera fase no sólo existe sino que, además, es precisamente la más importante de todas: es la época científica o positiva, es la fase industrial, que caracteriza indefectiblemente los tiempos modernos. En este marco, todas las concepciones teóricas particulares son positivas, y aquellas generales tienden a serlo. La observación y la razón destronaron lo absoluto y la imaginación. La sociedad, tomada colectivamente, tiende a organizarse industrialmente, tomando como meta de su actividad única y permanentemente a la producción. Es la industria la que reina hoy soberanamente; ella es la más alta expresión del progreso, el poderoso agente de la civilización, la gran garantía del mantenimiento de la paz, el elocuente vehículo de la causa popular.

En resumen, la actividad humana, en un comienzo puramente ofensiva, después se va a la defensiva, para terminar definitivamente apaciguada.

Del mismo modo, la industria pasa por el abandono y el desprecio de la fase teológica, es activamente adulada y asalariada por los ostentosos poderes en la fase metafísica, hasta que alcanza su estado de plena madurez donde predomina, sin contestación ni protección, en la fase positiva o científica.

Ello es suficiente para comprender que a cada pueblo debe corresponderle una forma política especial, y a cada fase de la progresión social un orden especial de instituciones políticas adecuadas.

Sólo la ciencia, difundiendo en todas las clases opiniones uniformes, podrá traer la uniformidad de gobierno. Y no nos cansaremos de repetir que los cambios de las formas de gobierno que observamos en la historia se deben todos a la manera diferente en que, en los distintos tiempos, el espíritu humano se enfrentó al mundo y al mismo hombre.

Vistas desde la perspectiva filosófica, las revoluciones que ha atravesado el espíritu humano y que convertirán las diferentes ciencias en un solo eje de conocimientos positivos, deberán también, y por efecto general, establecer en sentido inverso el orden primitivo de nuestras ideas. Su

primero y más vigoroso efecto consiste en investir a la observación de la autoridad y supremacía de que gozaba la imaginación.

En astronomía, el hombre empezó a considerar los fenómenos celestes únicamente desde el punto de vista de su individualismo, de su interés personal, de su congénito egoísmo. Todavía hoy, entre el pueblo, persiste la creencia de que los menores movimientos de la Luna tienen relaciones íntimas y especiales con las menudencias más vulgares de nuestra vida ordinaria. El resultado constante de tal atmósfera espiritual es la convicción de que el hombre es el centro de un sistema natural: que el Sol y la Tierra existen por nuestra causa; que la naturaleza entera se embellece para nosotros: *uni-verso*. En otras palabras, que el hombre está dotado de un poder de acción ilimitado sobre los fenómenos que nos rodean, tanto cosmológicos como morales.

Fue necesario emplear todo el arsenal de las demostraciones matemáticas y astronómicas para que el hombre se resignase a ocupar la posición subordinada e imperceptible en el sistema general del antiguo universo.

Igualmente en la química, él creyó en un principio que poseía un poder ilimitado sobre la naturaleza íntima de los cuerpos y, con esta convicción, durante siglos intentó transformar el cobre en oro, el plomo en plata, hallar la piedra filosofal, etc.

También en la medicina, hasta fines del siglo pasado el hombre creyó poder, según la índole de sus fantasías, invertir indefinidamente el orden orgánico, rectificar a voluntad los desarreglos de su cuerpo y obtener un medio de prolongar la vida eternamente, como la panacea, etc.

Fue necesaria toda la genialidad de Bichat y de Broussais para disipar esos sueños de niñez de la razón humana la cual, hoy, ya adulta, acepta con obediencia más inteligente el imponente juego de la fisiología.

La política tampoco podía escapar a esta ley general y fatal, y el estado en el cual ella hoy se encuentra corresponde, con la más perfecta analogía, a lo que fue la astrología respecto a la astronomía, la alquimia respecto a la química, y la panacea respecto a la medicina. Es la imaginación lo que ha dominado soberanamente, hasta hoy, en todos los campos de la política; e incluso actualmente, tanto en Europa como en América, la gran masa de legisladores todavía cree en el poder ilimitado de sus combinaciones políticas para el perfeccionamiento del orden social. Ahora bien, la más leve observación del espectáculo histórico es suficiente para convencer al hombre, familiarizado con los procesos de las ciencias positivas, de que el progreso jamás está en la legislación, sino en el seno de la misma sociedad. Es el organismo social el que extrae de su propia interioridad, en todos los tiempos, los elementos de su fuerza y de su perfeccionamiento: y mientras mayor sea la suma de su saber, tanto más enérgica será su actividad. El papel del legislador es totalmente pasivo, y toda su acción se limita a sancionar las tendencias espontáneas de una sociedad cualquiera.

Pero si la legislación poco poder tiene en beneficio de la civilización, por el contrario, tiene mucho en su desventaja, cuando desconoce las ver-

daderas tendencias de una época, y entorpece ciegamente la marcha natural de la evolución dictando leyes intempestivas. Esto quiere decir que la política teórica, o la sociología, reclama los mismos métodos de observación que cualquiera de las ciencias naturales y, como ellas, es igualmente susceptible de gran precisión. Ningún aspecto de los conocimientos humanos puede hoy escapar a esta contingencia, y mientras esta condición no sea satisfecha será totalmente ilusorio cualquier intento por galvanizar a un pueblo ignorante; el progreso no se decreta

En política, la metafísica brasileña alcanzó su punto máximo cuando, a través de su órgano más autorizado, formuló el *Libelo del pueblo*.

Los hechos que siguieron no tardaron en demostrar que ese apocalipsis de la desesperación social, no sólo no adelantó de un paso el asunto, sino que además ayudó poderosamente al desequilibrio mental y moral de las nuevas generaciones, quienes se hallaron frente a un ejemplo de la más inaudita deserción. Sin embargo, los que verdaderamente creen en la marcha del progreso, no pierden su fe por culpa de abortos semejantes. No es un solo individuo el responsable moral del ejemplo señalado, es una doctrina, es toda una escuela, todo un sistema de concepciones que, desconociendo profundamente el carácter social de nuestros tiempos, no posee otra solución para los males del pueblo que el absolutismo de sus remedios políticos.

Este código del empirismo revolucionario, surgido en 1849, nada vio y nada comprendió de todo aquello que había ocurrido un año antes en Francia; y toda su esencia filosófica se resume en suponer que con una palabra mágica, con el simple cambio de forma del gobierno, se encuentra resuelto el problema social y queda garantizado el triunfo de la causa del progreso.

Es necesario que las nuevas generaciones se convenzan de que nada podemos esperar de las ideas absolutas, ya sea de los liberales como de los conservadores, y todos aquellos cuyo corazón palpita por la causa de la patria y que desean sinceramente una mejor forma de gobierno para sus generaciones futuras, deben comprender que hoy, por encima de los mezquinos intereses de partido, está la necesidad de la reorganización espiritual mediante la ciencia, la única capaz de impedir en el futuro la reproducción de los tristes ejemplos de cobardes transacciones.

Si se reflexiona un poco se podrá ver fácilmente que no hay más razón para condenar los obispos de la teología más que a los pontífices del liberalismo metafísico. Tanto unos como otros hoy representan un obstáculo al verdadero camino del progreso. Toda su agitación se resuelve invariablemente en una monomanía que reclama la libertad de sí mismo hacia arriba, y jamás de sí mismo hacia abajo.

Es inútil creer en el sofisma de que la ley descende sobre todos; en medio de un pueblo analfabeto las ventajas sólo recaen sobre pocos. Los proletarios, los verdaderos obreros del progreso, los que desde la cuna hasta la muerte no tienen otro proyecto sino la miseria más inclemente, ellos

no son contemplados en la gracia política, ni son admitidos para formar parte del pueblo. La libertad, pues, no es sino la aristocracia y el privilegio de la minoría.

A pesar de que Brasil ha visto brotar de su suelo una escuela de progresismo, es prudente, y todavía no nos jactamos mucho del progreso; dejemos a otros países los sonoros sustantivos y tratemos de atravesar lo más rápidamente posible nuestra pesada edad media.

No necesitamos declarar que no culpamos a partido alguno en especial por este estado de cosas; tan sólo rechazamos nuestro *placet* al título de progresistas, que asumieron particularmente los liberales brasileños cuando, hace poco, desconocieron totalmente el verdadero carácter de la evolución humana, negándose abiertamente a comprometerse a favor de la raza que nos sirve.

Sin embargo, no se olvide que nuestra filosofía no exagera. Al no cansarse jamás de lo relativo, ella nos enseña francamente que la esclavitud y la guerra fueron, en el pasado, dos poderosos agentes de la civilización, y sería pueril avergonzarse de esta triste condición del progreso. Para el hombre de las cavernas, para ese hombre primitivo, ante el cual el salvaje moderno nos parece el perfecto modelo del civilizado, para ese extremo representante humano que no conocía la flecha, ni cómo usar la piedra pulida y que sólo vivía de raíces y de groseros frutos no cultivados, sin ser auxiliado por el uso del fuego ni del instinto de protegerse construyéndose una choza, para ese hombre la vida de la esclavitud fue evidentemente en gran, un inmenso progreso. Y ello tal como la guerra, la cual al concentrar alrededor de un núcleo más avanzado y poderoso a las tribus errantes vecinas, lanzó las bases fundamentales de la sociabilidad humana, sin la cual ningún progreso es concebible.

Pero esos rudos tiempos ya están muy lejos, y las condiciones de la existencia moderna son totalmente distintas.

Jacarebí, São Paulo, 18 de César de 86 (10 de mayo de 1874).

17

JAVIER PRADO
(Perú)

ESTADO SOCIAL DEL PERU
(Fragmento) *

Explíquese por ley providencial o por evolución científica, es lo cierto que la grandeza de las naciones, por más heroicas que sean sus hazañas, por más asombroso que sea el poder que lleguen a alcanzar en determinada

* Publicado en 1894.

época histórica, viene al fin por tierra cuando ello no está levantada sobre los fundamentos del derecho, inspirado en las necesidades del medio social.

Insensatos gobiernos aquellos que, creyéndose fuertes, anulan las energías internas de las naciones, o desconociendo las leyes de la naturaleza, hacen desmembraciones en los cuerpos sociales, unidos por la historia y por la ciencia. A la larga lo único fuerte y respetable es la justicia: la justicia internacional, la justicia interna, la justicia privada; con la diferencia de que en los individuos la sanción reparadora queda envuelta, muchas veces, entre los misterios de ultratumba, mientras que en las naciones las inflexibles experiencias de la historia, nos enseñan, cómo en todo tiempo han sido abatidos los pueblos que, consciente o inconscientemente, han quebrantado las leyes naturales y necesarias que rigen la evolución de las sociedades.

El Sol no se ponía en los dominios del reino de Felipe II; Francia, Inglaterra, los Países Bajos, los turcos, los protestantes, el Papado mismo, todos temblaban cuando tomaba aquel monarca determinación de guerra. En sus delirios de grandeza hace levantar el palacio del Escorial, monumento lúgubre de gloria solitaria e imponente, donde debía perderse como en las obscuras profundidades del corazón de hierro de Felipe II, todo eco de vida humana, de libertad nacional. Bien pronto aquella gran nación, la heroica, la caballeresca, la católica España, entraba en un período de profunda decadencia política y social, cuyas fatales consecuencias en el Virreinato del Perú, he procurado señalar en este estudio.

Así hemos visto un sistema de un gobierno absoluto tan vicioso como inconveniente, desde la autoridad monárquica y el Consejo Supremo de Indias, hasta los últimos corregidores; a la vez que dominaba entre todas las autoridades, la más escandalosa inmoralidad política, social y privada. No se reconocían derechos políticos de ningún género en los individuos, y aun los más sagrados de los derechos sociales y de las garantías individuales, se hallaban coactados o eran sofocados por la imposición del gobierno. En este régimen, contrario a la libertad, el poder público español desconoció también, como ninguna otra nación, las leyes económicas más elementales y necesarias para producir el bienestar material de un país que es inmensamente rico por sus fuentes naturales.

Hemos examinado la acción del poder religioso, que íntimamente unido al monárquico, suministrando a éste un carácter teocrático, estableció un fanatismo abrumador, en lugar de propagar las verdaderas enseñanzas del Evangelio, y de elevar la condición de las diversas clases sociales. Hemos visto, también cómo la severidad y sencillez del dogma y de las costumbres cristianas, eran reemplazadas por las exigencias y ostentación mundana, sostenidas por la riqueza del sacerdocio y la pompa y suntuosidad del culto; y cómo, en medio de la bondad natural y de los sentimientos caballerescos y caritativos, y a la sombra de la religión, se propagaron las creencias y prácticas supersticiosas y la mayor relajación de costumbres, tanto en el elemento laico como en el religioso.

Hemos visto, asimismo, en el medio ambiente de la América meridional y entre el cruzamiento de tres razas, a una clase privilegiada, sin espíritu civilizador, ignorante y codiciosa, gobernando un pueblo que era vilmente explotado. Hemos contemplado, también, a los criollos, ricos, perezosos y viciosos como sus padres, odiando a éstos y despreciando a las clases inferiores, y, entre las clases intermedias, a los zambos, mulatos y mestizos, heredando y arraigando los vicios de sus razas. Y abajo, en el fondo, completamente segregados, eliminados del reparto provechoso, los negros y los indios, que, en su condición de esclavos y tributarios, representaban en aquel cuerpo una influencia negativa.

En la vida social, toda fuerza que no se aprovecha, toda sustancia que no se asimila, toda rueda que no se mueve, produce un entorpecimiento, una descomposición y un desequilibrio. Y si estos males se desarrollan en un organismo naturalmente enfermo, como lo fue el régimen español en América, toman ellos las proporciones más graves y alarmantes; a despecho de los mejores propósitos de voluntades parciales, cuyos esfuerzos, como los de algunos monarcas españoles y gobernantes, se estrellaron ante la resistencia invencible; a despecho de la conducta de ejemplares varones, especialmente eclesiásticos, que se preocuparon en el Perú en desarrollar la caridad, en moderar las vejaciones de los poderosos, en mejorar y purificar las costumbres; a despecho, en fin, de la bondad natural y caballerescas, de la inteligencia espontánea, de la riqueza de la tierra.

La primera conclusión de mi estudio tiene que ser, pues, necesariamente optimista en favor de nuestro régimen actual, al compararlo con el antiguo. *Queda nuestra vida republicana ampliamente justificada, elevándose a inmenas alturas sobre la de nuestros antepasados.* No tenemos, por cierto, el derecho de renegar de la obra de la Independencia.

El gobierno del Virreinato se hallaba completamente minado por los vicios de su organización, y tenía forzosamente que caer. El Ministro Aranda, con extraordinaria previsión política, aconsejaba a Carlos III, que se desprendiera de sus posesiones en el continente de ambas Américas, las que creía imposible conservar más tarde; mientras que en aquella época, aún podían permanecer unidas a España, estableciéndose en ellas naciones independientes gobernadas por príncipes españoles¹. El Rey Carlos IV pensó también con seriedad, y se consultó con persona de consejo, sobre el proyecto del Conde de Aranda². Después de la ley sobre el comercio libre, se promulgó la de libertad de imprenta de 11 de noviembre de 1810; cuyos primeros efectos en contra del gobierno español preocuparon la atención del Virrey Abascal³.

¹ Informe secreto del Conde de Aranda al Rey Carlos III, en la Colección de documentos literarios del Perú, de Odrizola, tomo VII.

² Véase la importante carta de Carlos IV al Arzobispo don Félix Amat, y la contestación de éste, en Barros Arana: *Historia General de Chile*, tomo VII, pág. 481 y siguientes.

³ *Relación de Abascal a su sucesor don Jaquín de la Pezuela*, en la Colección de documentos históricos del Perú, de Odrizola, tomo II, pág. 58.

Vinieron por fin, las célebres Cortes de Cádiz, que dictaron la Constitución de 1812. Respeto, gloria inmortal defenderá, siempre, la memoria de esos legisladores. Es la raza heroica de los antiguos españoles, que despertada por la alarma y el ultraje de la invasión extranjera que había ofendido a su patria y había cautivado a su Rey, se yergue, valerosa y altiva, para dar los más sorprendentes ejemplos de heroísmo y nobleza. No es posible dejar de admirar aquella famosa Constitución que, inspirándose "en la experiencia de todos los siglos, que ha demostrado hasta la evidencia, que no puede haber libertad ni seguridad y, por lo mismo, justicia ni prosperidad en un Estado, en donde el ejercicio de toda la autoridad esté reunido en una sola mano"⁴, hizo residir la soberanía en la nación (art. 3º), separó el ejercicio de los poderes públicos, limitó la autoridad del Rey (art. 172), que estaba obligado a jurar la Constitución (art. 173); declaró que la nación española era la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios (art. 1º); que ella era libre e independiente, que no podía ser patrimonio de ninguna familia ni persona (art. 2); que la nación estaba obligada a conservar y proteger por leyes sabias y justas, la libertad civil, la propiedad y los demás derechos legítimos de todos los individuos (art. 4º); y, en fin, entre un conjunto de profundas leyes sobre sistema electoral y facultades de las Cortes y de la autoridad real; sobre libertades, derechos y garantías sociales; sobre reforma del Poder Judicial, del sistema penal, de las leyes de privilegios; estableció la más perfecta igualdad entre los nacidos en la Península y en América (art. 10), reconociendo la misma base para la representación nacional en las Cortes (art. 28)⁵.

¡La Constitución de las Cortes de Cádiz debe ser el orgullo de la España del siglo XIX!⁶

Los americanos no respondieron, por cierto, con menor altura y nobleza a la llamada, asistencia y fidelidad que les pedía España, durante la crítica situación que había creado el cautiverio de Fernando VII⁷. Fue este uno de los tantos ejemplos de la generosidad de los sentimientos de los americanos, especialmente de los peruanos. Es justo reconocer, también, que

⁴ Discurso de *Exposición de motivos* de la comisión de la Constitución.

⁵ Es curiosa y notable la *Representación elevada a la Junta Central por el Cabildo de la capital de Santa Fe de Bogotá*, en el año 1810, sobre el derecho de igualdad de la América en la soberanía nacional (Edición de Lima de 1820, en 45 páginas); solicitud que fue atendida en la Constitución de Cádiz, al establecer ella la rigurosa igualdad en los representantes de ambos hemisferios.

⁶ Inconsecuencia mía sería el desconocer que la Constitución de 1812 no se hallaba en armonía con la condición social de España, y que por tanto, tenía que abortar en la práctica; pero esto no minora el mérito intrínseco de las nobles y levantadas inspiraciones que guiaron los trabajos de los legisladores de Cádiz. Tampoco desconozco que la Constitución de Cádiz, como obra humana, no comprendió la libertad de comercio en Ultramar, considerándola como la ruina de España; y que algunos de los diputados manifestaron en los términos más vulgares, su desprecio por los americanos, hiriendo así el patriotismo de éstos.

⁷ Véase *Memorias del General Miller*, tomo I, pág. 27 y siguientes.

el Virrey Abascal, Marqués de la Concordia, con el más extraordinario talento y sagacidad política, contribuyó en primer término, a captarse para su gobierno, la entusiasta lealtad de los peruanos ⁸.

Pero los vicios que anteriormente he señalado en el gobierno español eran seculares, profundísimos: se hallaban en los elementos de las razas, en lo más íntimo del sistema político, administrativo y religioso; y en tal caso, el esfuerzo de un número más o menos numeroso de individuos y la fuerza de ciertos acontecimientos históricos, de carácter transitorio, no pueden detener el curso de las leyes sociológicas.

El gobierno de Fernando VII, oponiéndose al espíritu y a los esfuerzos de los legisladores de Cádiz, y oprimiendo a la América ⁹, demostró bien pronto que los males subsistían arraigados; y que los hombres y las instituciones españolas no podían modificar, reformar ni sostener su gobierno en América. La civilización había pronunciado la sentencia de muerte de aquel gobierno y de aquel orden social.

La Revolución y luego la Independencia Americana fueron hechos necesarios, ineludibles, después de la Revolución Francesa y de la emancipación de la América del Norte. Es esta la segunda conclusión de mi trabajo.

Pero el Perú, centro del poder español, de sus fuerzas, de sus riquezas, objeto principal de la directa vigilancia de la autoridad; el país donde más se habían arraigado las costumbres y tradiciones españolas, donde se presentaba más profunda la influencia del alto clero, de la nobleza, de las clases privilegiadas, era por cierto de todas las naciones americanas la que se encontraba en peores condiciones para sostener, con éxito, la guerra de la Independencia ¹⁰. No es extraño, por tanto, la vanidosa alucinación de los españoles, que a pesar de los reveses que ya había sufrido, en la República Argentina y en Nueva Granada, la causa de los realistas por el año 1816, hablaban aún con la mayor confianza y seguridad de su triunfo mientras conservaban su gobierno en el Perú; no es extraño que San Martín y Bolívar no consideraran tampoco afianzada la independencia americana, mientras no estuviera libre nuestro país; y no es extraño, en fin, que éste no pudiera independizarse con sus propias fuerzas, al mismo tiempo que las demás naciones americanas; sino que lo hiciera mucho tiempo después, auxiliado por los esfuerzos comunes de sus hermanos de América.

Mas con las victorias de Junín y de Ayacucho, quedó completamente asegurada la independencia americana, a pesar de la resistencia de Olañeta, en el Alto Perú, que fue minada y vencida por su propia debilidad.

Un sabio e imparcial historiador, que reconoce en la batalla de Ayacucho, para la América del Sur, la misma importancia que la capitulación

⁸ Véase el notable artículo, como todos los del eminente general Mendiburu, sobre Abascal, en la pág. 3 a 53 del tomo I del *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*.

⁹ Véase el capítulo II, tomo I, de las *Memorias del General Miller*.

¹⁰ V. Gervinus: *Histoire du XIX siècle*, tomo VI, pág. 103.

del General Cornwallis, en 1781, en Yorktown, para la América del Norte, manifiesta, también, comparando las guerras de la Independencia de la América del Norte con la del Sur, la superior grandeza de ésta por la elevación de sus móviles, por el heroísmo de sus esfuerzos, por los obstáculos que se vencieron. "Jamás se ha emprendido una lucha en la que se agitara un fin más grande, con recursos más insignificantes y con menos esperanzas de llegar a un término feliz"¹¹.

El término no se había alcanzado, el Perú quedaba libre; pero en *fatales condiciones para establecer y aprovechar de la era de libertad y del régimen republicano y democrático*. Esta es mi tercera conclusión.

El gobierno republicano, el más avanzado y perfecto de todos los sistemas políticos, requiere a su vez, las más elevadas condiciones en los asociados para poderlo sostener provechosamente. Fundándose en la soberanía nacional, manifestada por el voto popular, en un sistema electivo, exige, en primer lugar, la existencia de una nación, que en todas sus clases tenga conciencia de sus deberes políticos y sociales, y sepa cumplirlos; estableciendo el principio de las mayorías, es preciso que éstas sean ilustradas y patrióticas, laboriosas y benéficas, y no que representando los instintos de masas inconscientes, ahoguen por medio del mayor número de elementos nocivos la voz de la honradez y de la inteligencia; proclamando la igualdad y la libertad en todas sus manifestaciones, demanda el régimen republicano, elevada conciencia moral, carácter severo, juicio prudente para no convertir la igualdad en ambición loca e insaciable, ni la libertad en desenfreno de pasiones desencadenadas que arrastren los fundamentos de la libertad y de todo orden social: el respeto a los derechos de los demás y al principio de autoridad; dividiéndose los poderes públicos en diversas instituciones equilibradas entre sí, se necesita un gran número de ciudadanos que reuniendo condiciones superiores, dirijan la sociedad, en armonía con los preceptos de la ley y las exigencias de la justicia y de la moral. Demanda, en fin, el régimen republicano, íntima unión de sentimientos y de ideas, entre los diversos elementos que constituyen las clases sociales; general y sólida educación moral en el pueblo, honradez, abnegación y tino en los directores y gobernantes; de manera que todos sepan hacer uso legítimo de sus derechos y cumplir sus obligaciones, servirse de la libertad, dentro de sus justos límites; respetar la ley, que debe ser expresión de la justicia y de las verdaderas necesidades sociales de la autoridad que debe serlo del sentimiento nacional.

¿Y no era por cierto el régimen español, cuyos caracteres he señalado, diametralmente opuesto al republicano? ¿Y no eran los hijos de los españoles los que, proclamando este último, tenían que gobernar con un sistema el más complicado y difícil, sistema para el que no se hallaban educados, y en el que antes jamás se habían ensayado?

El principal obstáculo ha provenido necesariamente, del que es el primer factor social: *la raza*. Rechazo la afirmación inconcebible de Le

¹¹ Gervinus: obra citada, tomo VI, pág. 137.

Bon que supone que la mezcla de la fiera y ardiente raza española del siglo XVI, con poblaciones inferiores, ha hecho nacer naciones bastardas, sin energía, sin porvenir y completamente incapaces de aportar la más débil contribución al progreso de la civilización; ¹² pero no puedo dejar de reconocer la influencia perniciosa que las razas inferiores han ejercido en el Perú con su cruzamiento con la española; habiendo impedido, por otra parte, la división profunda, establecida en la época colonial, entre los blancos, los negros y los indios que se unifican los sentimientos nacionales, los intereses de la patria. La raza india no la considera como suya; la negra no se preocupa de su suerte; quedaba solo sobre los antiguos criollos, sobre los hijos engreídos de los españoles, ignorantes de escuela de gobierno y de vida práctica; abrumados al contrario, por la carga de fatal herencia, de tradición secular, completamente contraria a las instituciones republicanas; todo el peso de la nueva nación, de su régimen, de su honra y de su progreso.

Téngase también en cuenta, que esta nación comprende un inmenso territorio, que este territorio se halla dividido en diversas zonas, que no está aún poblado, que las vías de comunicación entre extraordinarias distancias son muy difíciles y aun peligrosas, y entonces, junto con la idea de los obstáculos que la naturaleza y los hombres oponen al régimen de libertad, y a una eficaz acción política, administrativa y social, debe pensarse que de todos modos es muy meritorio y consolador, el hecho de que el gobierno democrático fundado por solo los criollos, haya establecido su soberanía en el Perú, y se haya afianzado al punto, que es insensato ya el pensar que en él pueda existir otro gobierno que el republicano.

La inercia en el mundo moral, la repulsión y resistencia al cambio, a lo nuevo, el *misonéismo*, dice la ciencia moderna, es la primera ley de las razas ¹³. Y nosotros, los sud-americanos ¹⁴, y entre ellos los peruanos, a pesar de nuestros penosos ensayos y caídas en la vida republicana, y aunque reconociendo la fuerza de esta ley, podemos probar, también, que no nos hallamos desprovistos de la aptitud para el cambio, que es la base del progreso ¹⁵.

Y nada más que el que nos hallamos desprovistos de aptitud para modificar nuestro carácter y nuestros hábitos, porque no es honrado sacrificar las lecciones de la experiencia en obsequio de halagos populares. El Perú, centro del gobierno español y del antiguo imperio incaico, se reuerce aún oprimido por las fuertes ataduras de la herencia histórica, de la herencia física y del actual medio ambiente. Es verdad que nuestros padres alcanzaron la libertad material, la independencia histórica, y que se halla establecido el régimen republicano, ¡gran conquista!; pero es preciso

¹² Le Bon: *Les premières civilisations*, pág. 161.

¹³ Lombroso y Laschi: *Le crime politique et les revolutions*, tomo I, págs. 8 a 31.

¹⁴ Los norteamericanos se hallaban preparados para el gobierno republicano. Véase Gervinus: *Histoire du XIX siècle*, tomo X, pág. 324.

¹⁵ Le Bon: *Les premières civilisations*, pág. 178.

afirmar el gobierno de la libertad, libertad política y libertad privada: la justicia, estabilidad y respeto a las instituciones, la seguridad social; el Estado fuerte, la nación patriótica e instruida, laboriosa y rica.

A la vez que el sentimiento nacional rechazó el gobierno español, la inteligencia condenaba los fundamentos en que había apoyado su autoridad el monarca absoluto, por derecho divino; pero en cambio nuestra falta de educación moral y de escuela política, nos dejaba sin guía, y el principio de autoridad ha quedado obscurecido o vacilante en nuestro régimen republicano. Nuestros hábitos políticos y sociales estaban amoldados al antiguo sistema de gobierno, al de la autoridad absoluta y arbitraria, y nuestra emancipación política proclamaba los principios democráticos; de aquí un dualismo, un choque y pérdida de fuerzas.

Conviene personificar estas observaciones en las dos figuras heroicas de la Independencia que han actuado, en primer término, imprimiendo carácter, en el movimiento de emancipación y en la suerte general del Perú republicano: San Martín y Bolívar.

El físico de San Martín revelaba una constitución vigorosa, una naturaleza equilibrada, un espíritu de ideas netas, prácticas, y reconcentradas: ¹⁶ el de Bolívar descubría una musculatura débil, un temperamento nervioso y bilioso, un carácter impresionable, impaciente, impetuoso; y en su fisonomía, sobre todo en su mirada, se veía brillar el fulgor del genio ¹⁷. El primero era hijo de un militar español; el segundo de acaudalados y nobles criollos; aquél había recibido su educación, había formado su carácter en España, y había combatido por ella 20 años; éste fue enviado a la Península en edad en que ya la impetuosidad de su carácter y el atrevimiento de sus ideas, respecto a la independencia americana, lo habían hecho sospechoso a la autoridad ¹⁸. Ambos valientes, audaces, de tenacidad inquebrantable, tremolaron y llevaron triunfante la bandera de la Independencia. En sus campañas, San Martín procedía por escuela, por meditación, mediante planes de admirable estrategia; Bolívar, por inspiración, por genio, por temeridad. De esta suerte San Martín era el hombre de las ideas concretas: la libertad y la independencia material, las campañas, el gobierno administrativo; Bolívar de las ideas vagas, generales y peligrosas: la emancipación, la ambición, la gloria, la unión de la raza y de las naciones americanas. San Martín tuvo idea de lugar, de tiempo y de condición; Bolívar, de espacio, de inmensidad, de inmortalidad. Para llegar a las ideas definidas, la herencia, el carácter y la educación, hacían inclinarse a San Martín, consecuente, hacia el poder absoluto, hacia la monarquía. Para alcanzar Bolívar sus ideales y alucinaciones, empleó todos los medios y sistemas, y fue contradictorio e inconsecuente, proclamando la libertad y la república, y gobernando por el despotismo y por un sistema monárquico. San Martín ante las ideas concretas, y sin

¹⁶ Mitre: *Historia de San Martín*, tomo I, pág. 90.

¹⁷ Samper: *Simón Bolívar*, 1884, pág. 14.

¹⁸ *Vida de Bolívar*, edición del Centenario, 1883, tomo I, pág. 7.

genio para comprender el espíritu de la Independencia Americana que exigía una transformación interna, tuvo conciencia del peligro, y se retiró, dejando el paso a Bolívar. Este, ante las ideas generales, se fascinó, desmereció y sucumbió. San Martín amoldó sus actos a cosas viciosas. Bolívar quiso transformar estas mismas cosas en ideales fantásticos. San Martín tuvo un talento común, un gran carácter, fue un hombre honrado y generalmente práctico; Bolívar fue un genio, un héroe, combatido por todas las virtudes y pasiones, jamás hubiera sido un hombre práctico, era un utopista, el verdadero criollo: débil de cuerpo, voluntarioso, ambicioso, inteligente, astuto, visionario, despótico y generoso, dado al fausto, al amor y a los placeres.

San Martín, fría, imperiosamente, dijo al Perú, en su famoso decreto de 3 de agosto de 1821, que la experiencia de diez años, el imperio de las circunstancias, le había enseñado a conocer *los males de gobernar la América por medio de la expresión de la voluntad nacional*, antes de estar asegurada la independencia; que por tanto, *asumía ante sí y por sí la suprema autoridad, y se hacía responsable de ella*. Al retirarse espontáneamente, en 1822, dijo: que había cumplido sus promesas, que se hallaba aburrido de oír decir que quería hacerse soberano, y que *temía que la monarquía viniera a devorar a los peruanos*. Durante su gobierno autocrático, había establecido la *Orden del Sol*, conservando los títulos nobiliarios españoles; había favorecido, con privilegio odioso, a sus paisanos, en los puestos de la administración, y había pensado en fundar una monarquía gobernada por un príncipe europeo.

Bolívar, profundamente emocionado y en lenguaje pomposo, dice al Congreso Constituyente peruano de 1823 —que le entregó la suprema autoridad militar y la dictadura política— que la sabiduría del Congreso será su antorcha en medio del caos de dificultades y peligros en que se halla sumergido, que le repugna el mando, y que *protegiendo la representación nacional habrá hecho al Perú el más grande de los servicios civiles que un hombre puede prestar a una nación*. Al irse Bolívar del Perú, en 1826, después de haber gobernado, dictatorial y arbitrariamente, y obligado a ausentarse por la situación de Colombia, cuyo mando quería, en su ciega ambición, conservar a todo trance; recomienda a los peruanos que obedezcan a la *autoridad suprema* que durante su ausencia quedaba a cargo del Presidente y Consejo de Gobierno. Dejaba Bolívar la Constitución boliviana “en la que se hallaba consignada su profesión de fe política”, que dividía el Poder Legislativo en tres Cámaras, con una de Censores vitalicios que recordaba el Senado Romano; que establecía igualmente, la Presidencia, mejor dicho, la dictadura legal vitalicia; que daba al Presidente el derecho de nombrar al sucesor (confirmado por el Congreso) y al Vice-presidente (aprobado por los Secretarios de Estado). En una palabra, bajo la más extraña forma, quedaba un sistema de gobierno incompatible con el régimen republicano, electivo y alternable, y una escuela y práctica escandalosa de administración pública y de hábitos militares.

Pronto el Perú anuló la Constitución boliviana, guerreó con Bolívar, con el hombre que ha ejercido mayor influencia, en todo sentido, en el Perú republicano; y se ha dado después seis Constituciones más, sin contar los Estatutos y las alternativas, durante las que esas mismas Constituciones han sido derogadas y vueltas a poner en vigencia. Y durante este tiempo se ha sucedido un número extraordinario de gobernantes, elevados generalmente por la fuerza militar y derrocados por la revolución, al extremo de que sólo tres han concluido el período legal de su mando. Y el mismo desconcierto político ha reinado en el orden administrativo social.

El militarismo, agente necesario de naciones aún no constituidas, ha sido la fuerza predominante, y como es la única que ha gobernado, es natural que haya provocado la resistencia y la reacción. No habiéndose hallado el país convenientemente educado, ni definitivamente constituido, los partidos políticos han sido personalistas; y también; olvidándose las enseñanzas de la historia y los preceptos de la ciencia —creedme, señores, que hablo con el más patriótico convencimiento— se han iniciado partidos de oposición entre las clases y los factores sociales. Los partidos deben ser de principios: republicanos, tal vez, monárquicos, conservadores, liberales o radicales; los partidos personales son funestos pero desaparecen con sus caudillos; pero los partidos que ponen en pugna las fuerzas y las clases sociales, militares y letrados, señores y plebeyos, pobres y ricos, conducen a la división de los elementos nacionales, al odio irreconciliable entre las clases, a la anarquía y al despotismo, a la debilidad interna, y lo que es peor a la debilidad externa.

Nuestro sistema político, sin representar las verdaderas necesidades sociales, que deben dar origen a las leyes, se ha inspirado en instituciones creadas en muy diverso medio; se ha formado un concepto utópico del Estado, de los poderes públicos, del sistema representativo, de libertades políticas, de garantías sociales, de restricciones civiles; concepto y sistema que, por una parte, no corresponde, por lo avanzado, a nación aún no organizada y educada, y, por otra, es retrógrado en lo que se refiere a los fundamentos en que se apoya el engrandecimiento de los países modernos ¹⁹.

Sin hábitos de trabajo, de economía, de industria, que no habíamos heredado de nuestros padres, el Perú, el hijo pródigo de la fortuna, ha visto desaparecer sus fabulosos riquezas, y se presenta hoy pobre de brazos, pobre de capitales productores, pobre de comercio ²⁰.

¹⁹ Véase la célebre obra de Alberdí: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, que comprueba mis afirmaciones y que es notable aplicación al estado actual del Perú. Nuestro sabio Decano de la Facultad de Letras y mi respetado e inolvidable maestro doctor Carlos Lissón, escribió, también, un folleto sobre *La República en el Perú*, 1865, en el que, a pesar de representar un escrito de polémica y de no hallarme conforme con todas sus opiniones, admito las observaciones profundas e intuiciones admirables que contiene.

²⁰ Lissón: *La República del Perú*, pág. 74. Con espíritu profético preveía el ilustre y honradísimo escritor la triste condición a que conducía al Perú "el funesto regalo del huano".

La antigua vida de placer y de riqueza de las clases superiores en el Perú, era defectuosa, era falsa, por la razón de que esa vida, según lo observa el primer filósofo contemporáneo, deja ociosos lados enteros de la naturaleza humana: *abandona las satisfacciones que procura la actividad provechosa y le falta la serenidad que da la conciencia de los servicios prestados* ²¹

Pero si es cierto que la adversidad es la escuela de las naciones, como lo es de los individuos, el Perú, que posee inmensos elementos, puede, aprovechando las lecciones de la experiencia, entrar aún por el camino de su regeneración, de su engrandecimiento, de su bienestar y de su gloria.

Que esto no es imposible lo demuestra la observación que he procurado comprobar en este trabajo, de cuanto hemos avanzado en los pocos años de nuestra vida republicana, en relación con lo que era el Perú, bajo su aspecto interno, social, en la época del Virreinato.

Los males han sido y son muy graves, pero hay remedios para combatirlos. Provieniendo aquellos, en primer lugar, de la influencia de la raza, *es preciso modificar ésta, renovar nuestra sangre y nuestra herencia por el cruzamiento con otras razas* que proporcionen nuevos elementos y substancias benéficas. No olvidemos las máximas profundas y experimentadas del primer publicista argentino: ²² *Es preciso aumentar el número de nuestra población, y lo que es más cambiar su condición, en sentido ventajoso a la causa del progreso. En América gobernar es poblar; y la población debe buscarse en la inmigración espontánea, atraída por la acción de las leyes, del gobierno y de los particulares, de razas superiores, fuertes, vigorosas, que, al cruzarse con la nuestra, traigan ideas prácticas, de libertad, de trabajo y de industria. No fomentemos, pongámonos a la inmigración de razas inferiores, que pueden satisfacer intereses particulares, intereses de momento; pero que sacrifican los intereses generales, el porvenir de la patria.*

La segunda condición, es elevar el *carácter moral*, es *educar*, antes que todo, antes que instruir. ¿De qué ha servido al hombre de pueblo no educado, el saber leer? —se pregunta el ilustre Alberdi—. “De motivo para verse ingerido, como instrumento en la gestión de la vida política, que no conocía, para instruirse en el veneno de la prensa electoral, que contamina y destruye en vez de ilustrar; para leer insultos, injurias, sofismas y proclamas de incendios, lo único que pica y estimula su curiosidad inculta y grosera” ²³.

Sí, es preciso, en primer lugar, educar, y educar mediante el trabajo, la industria “que es el gran medio de moralización”. No hay nada que eleve más el carácter del hombre actual, que lo haga más respetuoso de las leyes y del orden social, que lo haga interesarse más íntimamente, por

²¹ Herbert Spencer: *Introducción à la science sociale*, edición francesa de 1891, página 280.

²² Alberdi: obra citada.

²³ Alberdi: obra citada, edición de 1886, pág. 417.

el porvenir del país, que lo haga ser más práctico y prudente, que la riqueza adquirida por medio del esfuerzo personal.

¡Quiera, señores, el porvenir de la historia reservar al Perú la suerte de llegar a formar un pueblo numeroso, fuerte, unido y trabajador; que entonces brotarán de las entrañas de su tierra, los tesoros más sorprendentes, tendrá leyes sabias, organización justa y conveniente, y entonces, su grandeza y su gloria infundirán tan legítimo orgullo entre los suyos, como respeto y acatamiento por parte de los extraños!

He dicho.

18

PORFIRIO PARRA
(México)

SOCIOLOGIA DE LA REFORMA
(Fragmento) *

PERSISTENCIA DE LA ORGANIZACION COLONIAL EN LA NACION MEXICANA

1

Cuando España, después de las maravillosas hazañas de la conquista, organizó en sus nuevos y vastos dominios los gobiernos denominados virreynatos y capitanías generales, los modeló conforme a un tipo de estructura social, que venía a ser un feudalismo de nuevo cuño, erigido en el Nuevo Continente cuando ya en el viejo mundo se había desquiciado el feudalismo histórico. La propiedad territorial servía de base a ese sistema de organización social; las vastas tierras otorgadas a los conquistadores constituían verdaderos reinos tributarios de la corona de España; el Marquesado del Valle de Oaxaca, que fue el patrimonio del conquistador, superaba en extensión a muchos dominios de la monarquía española.

Aunque modificada más tarde esta primitiva organización, subsistió no obstante e imprimió su característico sello a la trisecular colonia y a la naciente nacionalidad mexicana, traducéndose por los siguientes fenómenos sociológicos: primero, el régimen de la propiedad territorial modelado sobre el tipo de la gran propiedad; segundo, la gran desigualdad de

* Trabajo premiado en el Concurso abierto sobre la Reforma Mexicana para celebrar el Centenario del nacimiento, de su realizador, Benito Juárez, el 21 de marzo de 1906, año en que fue publicado el trabajo.

condición entre los moradores, fortificada por la diferencia de castas y sancionada por las leyes; tercero, la distribución de la actividad social en gremios y corporaciones.

La propiedad territorial fue dividida en vastos, en enormes lotes, conferidos a un solo propietario; si se tiene en cuenta el factor geográfico, es decir, la extensión y configuración del suelo mexicano, ya se comprenderá qué graves consecuencias producía para la agricultura tal sistema territorial; era imposible que la heredad fuera cultivada en toda su extensión. Aun suponiendo, lo que está lejos de suceder, pues justamente lo contrario es lo cierto, que las tierras estuviesen convenientemente regadas, no podía el propietario de una vasta hacienda, equivalente a veces en extensión a un estado de Europa, no podía, decimos, cultivarla en totalidad, porque faltaban los brazos necesarios.

Por otra parte, el propietario, para la satisfacción de sus necesidades, para el fomento de su lujo y de su despilfarro, no necesitaba cultivar esmeradamente su patrimonio; éste era tan vasto que siempre le producía cuantiosas rentas para vivir con esplendor. Una propiedad rústica cualquiera tenía siempre montes que producían madera en abundancia, vastas dehesas en que apacentaban numerosos rebaños y tierras de labor que, aunque dependiesen muchas de ellas del azar de las lluvias, habían de producir siempre abundante cosecha. El propietario vivía, pues, como un gran señor en los centros poblados, y de ello resultaba, por un mecanismo análogo, un mal semejante al producido en la miserable Irlanda por el *ausentismo* o ausencia del dueño de la finca rústica confiada a un administrador o a un arrendatario.

Consecuencia de tal estado de cosas era la mísera condición del peón, o trabajador rural, sujeto al mezquino jornal llamado raya entre nosotros y encadenado a la hacienda, como en la Edad Media lo estaba el siervo al terruño, por la tienda de raya, ingenioso y cruel mecanismo destinado a explotar la vida de un hombre.

La propiedad minera conspiraba con el régimen de la desmesurada propiedad territorial a acentuar el organismo colonial del Nuevo Mundo. Según el concepto de la propiedad raíz que adoptó la corona de España, el propietario de un terreno sólo lo era de la superficie, a diferencia del modo de concebir la propiedad que tienen los ingleses, pues en Inglaterra pertenece al dueño del suelo todo lo que en el límite de la propiedad está comprendido entre el cielo y el infierno, según lo expresa la ley inglesa con desusada y casi dantesca energía.

Las minas pertenecían, pues, siempre a la corona; ésta las cedía simplemente en usufructo y con la expresa condición de trabajarlas constantemente; cuando el dueño de una mina se descuidaba, o, aunque no se descuidase, cuando no poseía los caudales suficientes y a veces enormes que requiere el laboreo, podía cualquiera denunciar la mina y obtenerla en propiedad, privando al propietario primitivo de todo lo gastado en ella. Esto, unido al elemento de azar que hay en toda explotación minera, sobre todo

explotada conforme al empirismo que reinó en el laboreo de minas durante el período colonial y que se extendió casi hasta nuestros días, hacía de la minería una empresa eminentemente aleatoria, en que en poco tiempo podían adquirirse y perderse fortunas enormes.

Es célebre en los anales mexicanos el famoso Borda, que trabajando diversas minas hizo y rehizo caudales cuantiosos. Sólo eran estimadas y explotadas las vetas ricas, y cuando se llegaba a un punto en que el rendimiento de la veta crecía en extremo, sobrevenía la llamada bonanza, buscada con ansiedad por los mineros. Esta posibilidad que las minas procuraban de adquirir en poco tiempo colosales fortunas, el elemento de azar asociado a las empresas mineras que producía en el empresario las punzantes y hondas emociones del juego, contribuyeron a hacer de la minería la primera de las industrias del país, y acaso contribuyeron también a imprimir al carácter mexicano ese sello especial de poco previsor, poco dado al ahorro y amigo de la ostentación y el despilfarro.

Efectivamente, los frutos del ahorro, aunque seguros, son muy lentos y de cosecha tardía, mientras que las minas podían en poco tiempo enriquecer fabulosamente al empresario; además, las fortunas rápidamente adquiridas incitan a sus dueños al derroche. El minero era, pues, esencialmente ostentoso, desmesuradamente pródigo, dadivoso y magnánimo: dejaba por donde iba copioso reguero de pesos fuertes.

Esta ansia de nuevas minas excitó el espíritu aventurero y dio lugar a que apenas en un siglo adquiriese enormes proporciones el virreinato de la Nueva España. Los buscadores de minas, espolcados por el punzante aguijón de adquirir cuantiosas riquezas, de vincularlas en un mayorazgo que les permitiese comprar un título de nobleza, exploraban sin cesar, remontándose siempre al Norte, las crestas de la cordillera, hasta que llegaron a las solitarias y escuetas regiones de Nuevo México. Explotadas las minas del Real del Monte y de Pachuca, las de Zacatecas y Guanajuato, se encontraron las de Sombrerete y de Fresnillo, y luego las de Catorce y Chihuahua; el encuentro de ricos minerales determinaba la locación de los centros poblados; casi todos los de la República, con excepción de la capital, Guadalajara, Puebla, los de las costas y algunos otros, debieron su existencia a ricos minerales que no siempre correspondieron a las esperanzas de los fundadores. Esto último sucedió en San Luis Potosí. El real de minas era un núcleo de población: apenas descubierto aflúan a él los mercaderes, los labradores, los artesanos, para hacerse pagar a peso de oro los efectos de su comercio o los productos de su industria.

De aquí resultó en el territorio mexicano una distribución irregular de la población y una locación, muy irregular también, de los centros poblados, lo cual, por otra parte, le es común con el resto de los dominios hispanoamericanos. Las poblaciones se fundaron a gran distancia unas de otras; entre regiones pobladas y de suelo cultivado se interpolaban comarcas solitarias, yermas e incultas; las vías de comunicación eran pocas y malas, y la mula el principal medio de transporte de las mercancías. Es-

tas particularidades han influido en extremo en la evolución histórica, política y económica de nuestra patria.

2

La desigualdad en la condición de los pobladores fue uno de los rasgos más característicos del régimen implantado por España en sus vastas posesiones del Nuevo Mundo. La riqueza estaba muy desigualmente repartida; unos cuantos mineros acaudalados, algunos comerciantes opulentos, algunos propietarios de extensos terrenos disfrutaban de una renta anual que solía llegar a un millón de pesos, y aun pasaba este límite. El resto de la población era miserable. La rural no tenía más recurso que la raya mezquina; la urbana, el servicio doméstico, el ejercicio de pequeñas industrias, el tráfico en pequeño y la arriería. En México y en algunas grandes ciudades del interior, al lado del millonario, provisto en abundancia de todo, pululaba y hervía un populacho desarraigado y soez de gente ociosa, llena de vicios, que se procuraba el precario e incierto sustento con mil astucias de mala ley. Todo el régimen colonial contribuía a mantener la desigualdad de las fortunas; el comercio era un vasto monopolio, las minas una explotación que sólo podía hacerse en grande; no había para los pequeños el menor camino, así fuese áspero y escabroso, que les hiciese salir de su mezquina condición, y giraban toda su vida en el siniestro círculo de su miseria, como por toda una eternidad giran los condenados del Dante en los círculos del infierno.

Otro muy diferente es el modo de ser de algunas naciones de Europa. En Francia, por ejemplo, la riqueza nacional proviene de un agregado de capitales de toda cuantía cuyo número está en razón inversa de su monto. Muy pocos son los milmillonarios, un poco más los multimillonarios, algo más numerosos los unimillonarios, muchos los que poseen un capital de cien mil francos, muchísimos los que disponen de diez mil e innumerables los capitalistas ínfimos que giran un capital de mil francos. Las fortunas privadas se agrupan formando una especie de tronco de pirámide, en que la base más extensa está formada por los capitales mínimos; luego viene una sección de la pirámide de menos anchura formada por los capitales pequeños; más arriba, otra más angosta de fortunas medianas, y cerca del vértice, ocupando un área estrechísima, se agrupan las fortunas colosales.

Resulta de aquí que entre los proletarios, que no cuentan con más recursos que el producto de su trabajo, y los que disponen de las fortunas más cuantiosas se interpone una escala regular que enlaza a los que nada poseen con los que lo han acopiado todo. Aunque con menos regularidad, en los Estados Unidos, desde que fueron colonia inglesa hasta nuestros días, se ha observado la misma superposición de fortunas crecientes en monto y decrecientes en número.

En México nada de esto sucedía; por una transición brusca, por una quiebra abrupta y agria, se descendía, o mejor dicho, se hundía uno y se desplomaba, desde las cimas doradas de la opulencia hasta las bajas regiones en que, entre vapores infectos, pululaba por millones la numerosa grey de los miserables.

El barón de Humboldt dice a este propósito: "México es el país de la desigualdad. En ninguna parte existe una tan espantosa en la distribución de las fortunas, de la civilización, del cultivo del suelo y de la población". Refiriéndose a la irregular distribución de pobladores, cita: "La zona de tierra comprendida entre México y Puebla, como las comarcas mejor cultivadas de la Lombardía, se encuentra cubierta de pueblos y aldeas, mientras que en otras comarcas no lejanas de ésta se encuentran con dificultad diez o doce personas en una legua cuadrada". Hace notar asimismo el insigne autor el doloroso contraste que, en los centros muy poblados, se advierte "entre la magnificencia de los edificios públicos y el refinado lujo de los ricos, y la desnudez, la ignorancia y la grosería del populacho".

3

Otro motivo de desigualdad venía a complicar el que resultaba de la distribución de las fortunas: la división de la población en castas. Existían en el país las gentes blancas, las gentes de color y las gentes de mezcla. Los blancos de procedencia española, pues a los extranjeros les estaba vedado entrar a la colonia, se dividían en españoles peninsulares o nacidos en la península, y en criollos o nacidos aquí. Aunque las leyes no establecían diferencia ninguna entre unos y otros, de hecho la condición de los criollos era muy inferior a la de los primeros. El criollo no podía aspirar ni a las dignidades eclesiásticas ni a los altos empleos, ni podía hacer fortuna por el matrimonio, pues era tan marcada la preferencia que las herederas ricas tenían por los peninsulares, que llegó a ser proverbial el siguiente dicho: "Marido y bretaña sólo de España".

De la muy distinta condición que en el orden social alcanzaban los criollos y los peninsulares surgieron entre ellos profundas antipatías que rayaban en odios y grandes diferencias de carácter. El español era sobrio, trabajador, dado al ahorro y de modales altaneros; el criollo era de inteligencia viva, aguda, mordaz, de costumbres irregulares, poco previsora, más inclinado al derroche que a la economía. Las profundas antipatías y malas voluntades, acumuladas lentamente en el alma del criollo, estallaron en la Guerra de Independencia, haciéndola cruel y sangrienta; se prolongaron durante los primeros años de nuestra vida autónoma, hasta dar por resultado la expulsión de los españoles. No cesaron aún, sino que continuaron manifestándose de diversas maneras, y cabalmente durante el

gobierno de Comonfort fueron asesinados varios españoles en una hacienda del Sur, lo que dio motivo a reclamaciones y exigencias del gobierno de España, que contribuyeron a aumentar las inquietudes y riesgos de todo género que anublaron el agitado gobierno de Comonfort.

Las gentes de color formaban la casta, y procedían de dos cepas que se mezclaban más o menos con la gente blanca: las cepas india y negra. La primera constituía la población aborigen del país, la segunda estaba formada por negros traídos de Africa para trabajar en las tierras calientes y por los hijos que procreaban; las castas de mezcla se denominaban mestizos, llamándose especialmente mulatos a los individuos que provenían de la unión de negros y blancos. El barón de Humboldt estima como sigue la población de la Nueva España en los primeros años del siglo XIX. Población total: 6.122.000; blancos, 1.107.000, o sea 18 por 100; indios, 3.676.000, o un 60 por 100; mestizos, 1.339.000, o un 22 por 100.

La ley creaba un abismo entre las castas; los negros y mulatos eran tenidos por infames; los indios eran considerados por las leyes como menores de edad que no podían contratar por más de cinco pesos; vivían separados de los blancos, congregados en rancherías, adonde el acceso del blanco estaba prohibido. He aquí cómo D. Manuel Abad y Queipo, obispo de Michoacán, se expresa en un notable escrito sobre él¹.

“Ya dijimos que la Nueva España se componía, con corta diferencia, de cuatro millones y medio de habitantes, que se pueden dividir en tres clases: españoles, indios y castas. Los españoles compondrán un décimo del total de la población, y ellos solos tienen casi toda la propiedad y riqueza del reino. Las otras dos clases, que componen los nueve décimos, se pueden dividir en dos tercios, los dos de castas y uno de indios puros. Indios y castas se agrupan en los servicios domésticos, en los trabajos de la agricultura y en los ministerios ordinarios del comercio y de las artes y oficios. Es decir, que son criados, sirvientes o jornaleros de la primera clase. Por consiguiente, resulta entre ellos y la primera clase aquella oposición de intereses y de afectos que es regular en los que nada tienen y los que lo tienen todo, entre los dependientes y los señores. La envidia, el robo, el mal servicio por parte de los unos; el desprecio, la usura, la dureza por parte de los otros. Estas resultas son comunes hasta cierto punto en todo el mundo, pero en América suben a muy alto grado, porque no hay graduaciones o medianías: son todos ricos o miserables, nobles o infames.

“En efecto, las dos clases de indios y castas se hallan en el mayor abatimiento y degradación. El color, la ignorancia y la miseria de los indios los coloca a una distancia infinita de un español. El favor de las leyes en esta parte les aprovecha poco y en todas las demás les daña mucho. Circunscritos en el círculo que forma un radio de seiscientas varas, que señala la ley a sus pueblos, no tienen propiedad individual. La de sus co-

¹ *Estado moral y político en que se hallaba la población de Nueva España en 1799.*

munidades, que cultivan apremiados y sin interés inmediato, debe ser para ellos una carga tanto más odiosa cuanto más ha ido creciendo de día en día la dificultad de aprovecharse de sus productos en las necesidades urgentes, que vienen a ser insuperables por la nueva forma de manejo que estableció el código de intendencias, como que nada se puede disponer en la materia sin recurso a la Junta Superior de Real Hacienda de México. Separados por la ley de la cohabitación y enlace con las otras castas, se hallan privados de las luces y auxilios que debían recibir por la comunicación y trato con ellas y con las demás gentes. Aislados por su idioma y por su gobierno, el más inútil y tirano, se perpetúa en sus costumbres, usos y supersticiones groseras, que procuran mantener misteriosamente en cada pueblo ocho o diez indios viejos que viven ociosos a expensas del sudor de los otros, dominándolos con el más duro despotismo. Inhabilitados por la ley de hacer un contrato subsistente de empeñarse en más de cinco pesos, y en una palabra, de tratar y contratar, es imposible que adelanten en su instrucción, que mejoren de fortuna ni que den un paso adelante para levantarse de su miseria. Solórzano, Fraso y los demás autores regnicoletas admiran la causa oculta que convierte en daño de los individuos los privilegios librados a su favor. Pero es más de admirar que unos hombres como éstos no hayan percibido que la causa de aquel daño existe en los mismos privilegios...

“Las castas se hallan infamadas por derechos como descendientes de negros esclavos. Son tributarios, y como los recuentos se ejecutan con tanta exactitud, el tributo viene a ser para ellos una marca indeleble de esclavitud, que no pueden borrar, con el tiempo, ni la mezcla de las razas en las generaciones sucesivas. Hay muchos que por su color, fisonomía y conducta se elevarían a la clase de los españoles, si no fuera éste impedimento por el cual se quedan abatidos en la misma clase. Ella está, pues, infamada por el derecho, es pobre y dependiente, no tiene educación conveniente y conserva alguna tintura de la de su origen; en estas circunstancias debe estar abatida de ánimo y dejarse arrastrar de las pasiones bastante fuertes en su temperamento fogoso y robusto. Delinque, pues, con exceso. Pero es maravilla que no delinca mucho más y que haya en esta clase las buenas costumbres que se reconocen en muchos de sus individuos”.

4

Los órganos encargados de poner en ejercicio las energías sociales, ejecutando las funciones del organismo social, eran corporaciones o gremios dotados de ciertos privilegios y sometidos a tribunales especiales. Los mineros formaban vasto y poderoso gremio, regido por las Ordenanzas de Minería, que era su código, y sometido al Tribunal de Minería, que era al mismo tiempo administrador de sus intereses y juez de sus contiendas.

Los comerciantes formaban a su vez otro potente gremio, regido por las Ordenanzas de Bilbao y sometido a la jurisdicción de los consulados de Comercio, que administraban los intereses comunes del gremio y resolvían lo contencioso. El Tribunal de Minería fundó el Colegio de este nombre, edificando el suntuoso y magnífico edificio en que se estableció. Los consulados de México y de Veracruz abrieron los dos caminos que unen ambas ciudades, habiéndose encargado el primero del que pasa por Orizaba y el segundo del que atraviesa Jalapa. Ambas fueron obras públicas muy notables, habiendo sobresalido aquél por haber hecho practicables las cumbres de Acultzingo, y éste por haber echado sobre profundísima barranca el puente llamado del Rey, hoy Puente Nacional. Aun los médicos, corporación de muy poca importancia entonces, formaban un gremio sometido al Tribunal del Protomedicato.

Entre estos gremios o corporaciones descollaba por sus riquezas, por el número de sus miembros y por el carácter de sus funciones, uno que llegó a ser verdadera y temible potestad: hablamos del clero.

El carácter religioso de la nación española, los móviles del descubrimiento de América, de su conquista y de su colonización, si por un lado fueron terrenales vinculándose en la adquisición de la riqueza, fueron espirituales por otros, y tendían a propagar la fe católica, convirtiendo a las tribus gentílicas que poblaban la América. Y a la verdad, en los primeros tiempos de la conquista, el clero fue útil, benéfico e instrumento de progreso: los nombres de fray Pedro de Gante, de fray Toribio de Benavente, de Vasco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, perduran en la memoria humana como luminosa y apacible aureola de santidad.

Pero las grandes riquezas que el clero llegó a adquirir, el celo que a toda corporación anima, induciéndole a ensanchar su influjo, a enaltecer su dignidad y a multiplicar sus prerrogativas, y que en el clero, dado el carácter de sus funciones, obró con mayor energía, hicieron pronto de esta clase de la sociedad una potestad considerable, rival de la civil, capaz de competir ventajosamente con ella y de oponer en todo caso a su ejercicio las mayores trabas. Desde el segundo siglo de la dominación española se mostró ya este espíritu del clero en las graves diferencias que engendraron grandes disturbios y que se suscitaron entre el arzobispo de México D. Juan Pérez de la Serna y el virrey marqués de Gelves.

Durante el régimen colonial, si bien el clero podía ser embarazoso a la autoridad civil, por el enorme prestigio, considerable influjo y los muy cuantiosos bienes de que disponía aquél, y por los miramientos y subterfugios de que, en caso de conflicto, tenía que servirse ésta, nunca llegó a ser la autoridad eclesiástica capaz de oprimir a la autoridad civil, de anularla, convirtiendo a la sociedad colonial en una vasta teocracia, gracias al influjo moderador del patronato.

El Papa Julio II había concedido a los reyes católicos, desde los primeros años del siglo XVI, el ejercicio de un vasto patronato sobre la Iglesia del Nuevo Mundo; por tanto, durante el régimen colonial, el clero

no pudo ser temible, no pudo anular ni subyugar a la potestad civil, porque se lo vedaban las prerrogativas o regalías de la corona, que, sancionadas por muchos papas y defendidas por la monarquía española con gran celo, mantuvieron, si no la armonía, al menos un equilibrio bien estable entre ambas potestades, que garantizaba la existencia de la autoridad civil y el ejercicio de sus útiles e indispensables atribuciones; pues si la sociología reconoce y proclama que no puede haber sociedad sin religión, proclama y reconoce asimismo que tampoco puede haber sociedad sin gobierno civil. Ambos poderes son indispensables en toda colectividad humana, corresponden al doble aspecto moral y corporal del hombre, ocupándose el poder espiritual en satisfacer las aspiraciones y necesidades del alma, ya individual, ya colectiva, y el segundo en proveer a las necesidades materiales del organismo social.

Podrán haberse confundido ambas potestades en las grandes e imperfectas teocracias, podrán haber sido ejercidas por la misma persona en la sociedad romana, y especialmente en el Imperio; pero durante la Edad Media, la organización del papado produjo, como capital y definitiva mejora en la estructura de las sociedades, la separación de ambos poderes y la locación de su ejercicio en diferentes grupos de la sociedad.

Lo repetimos: el régimen del patronato garantizaba durante el período colonial la autonomía de la potestad civil. Cuando ésta temía ser vejada por la eclesiástica, dictaba eficaces y a veces enérgicas medidas; cuando necesidades más o menos reales y bien comprendidas de la autoridad civil la inducían a dictar disposiciones más o menos vejatorias, o por lo menos onerosas a la autoridad eclesiástica, lo hacía con desembarazo, como quien ejercita un derecho, sin creerse por esto opresora o perseguidora de la Iglesia, sin ser calificada de tal por la opinión ni aun por el mismo clero que sufría el vejamen. De ello hay elocuentes ejemplos.

Cuando en el reinado de Carlos III la corona de España creyó que los jesuitas amenazaban sus prerrogativas, y acaso pretendían anular su autoridad, decretó sin vacilar el extrañamiento de esta poderosa corporación, y el decreto fue cumplido y puntualmente ejecutado. En el reinado de Carlos IV, la alianza imprudente que unía a la corona de España con Napoleón Bonaparte, las exigencias del insaciable y poderoso aliado causaban grandes apuros y estrecheces al erario español. En una de esas dificultades del tesoro, que las prodigalidades de la corona hacían más frecuentes aún, se mandó por real cédula de 26 de diciembre de 1804 que de los bienes del clero se enajenase, para la consolidación de vales reales, la cantidad que fuese necesaria, recayendo esta enajenación tanto sobre bienes raíces como sobre los capitales de capellanías impuestos a censo.

El decreto estaba sancionado por un breve del Papa, y la cantidad de bienes que habían de enajenarse era la suficiente para afianzar una renta anual de 200,000 ducados de oro de cámara o 6.460,000 reales de vellón, que corresponden muy aproximadamente a \$ 320,000; se decretó asimismo que tal cédula se ejecutara en las Américas, y nadie encontró atentatorio

el decreto ni calificó al monarca de perseguidor de la religión; lejos de eso, el eminente obispo de Michoacán, D. Manuel Abad y Queipo, representó contra la medida, mas lo hizo en tono respetuoso, no como obispo que fulmina censuras, sino razonando como el hombre de Estado que examina desde el doble punto de vista económico y social los inconvenientes de una medida. Mucho contrasta, en verdad, la representación mesurada, sensata y sabia del entonces obispo de Michoacán con las agrias y terribles censuras lanzadas el año de 1856 por su lejano sucesor, el señor D. Clemente de Jesús Munguía, contra el gobierno de Comonfort.

Durante el reinado de Carlos III, sus ilustres ministros Campomanes y Floridablanca, y antes de ellos el eximio fiscal general de la monarquía D. Melchor de Macanás, siguiendo todas las famosas doctrinas de Melchor Cano, eminente teólogo español del siglo XVI, emprendieron tenaz campaña para mantener incólumes las regalías y prerrogativas de la corona, que no vienen a ser, en suma, más que los derechos que la autoridad civil tiene para ejercer, en vista del procomún, sus importantes atribuciones, vedando que potestad de órbita distinta, por muy respetable que sea, le embarace o detenga el paso.

Con la consumación de la independencia quedó en México suspendido el ejercicio del patronato y desapareció su influjo moderador. Los primeros gobiernos mexicanos, considerándose sucesores de la corona de España, creyeron que el ejercicio del patronato recaía sobre ellos de derecho, pues representaban al soberano, es decir, a la nación, e hicieron a este efecto diversas gestiones, siendo la más conducente haber nombrado a D. Francisco Pablo Vázquez enviado cerca de la corte de Roma para celebrar un concordato, en virtud del cual el ejercicio del patronato fuese reconocido a la nación. No se alcanzaron resultados satisfactorios, sea por la falta de instrucciones precisas del enviado, sea por su mismo carácter eclesiástico, sea por la poca voluntad de la curia romana para resolver el asunto en sentido favorable a la nación; apenas se logró que se proveyesen los obispos vacantes, confiriéndose el de Puebla al mismo señor Vázquez, que sucedió en la diócesis angelopolitana al famoso D. Joaquín Antonio Pérez.

La política de la curia romana fue siempre considerar el patronato de que disfrutaron los monarcas españoles como una concesión personalísima hecha a estos soberanos, y por lo mismo, una vez que, por haberse consumado la independencia de las posesiones de España en América, los reyes de España no gobernaban ya estos reinos, el patronato que les fue concedido recaía por efecto devolutivo en la Santa Sede.

Desde entonces la autoridad del clero no reconoció ya límites; las dos potencias que, obrando en armonía, deben regir una sociedad, se encontraron frente a frente trocadas en rivales. Si la potestad civil, como sucedía durante las administraciones conservadoras, se sometía a la eclesiástica, cesaba, no el conflicto, sino lo que le hacía patente; si, como pasó en el gobierno de Comonfort, la administración mostraba tendencias liberales, renacían, rudas y exacerbadas, las manifestaciones externas de la lucha.

No había solución posible al conflicto; cada una de las potestades creía obrar con derecho, cada una caminaba a su fin, y desde el momento en que la cabeza de la Iglesia, el Papa, se negaba a toda conciliación, a todo acuerdo, la cuestión no podía resolverse más que en el ensangrentado terreno de la lucha armada.

A nada conducían las polémicas; los puntos de vista eran muy diferentes. En vano los canonistas del ministerio, sobre todo los muy entendidos Montes y Lafragua, multiplicaban citas, invocaban textos, argüían precedentes; nada de esto podía hacer mella sobre el clero. Para él la nación no era la corona; era, pues, ocioso invocar en apoyo del gobierno las regalías de la corona y las doctrinas de los regalistas; el derecho canónico no era aplicable al caso, pues faltaban las dos condiciones esenciales de la aplicación: el ejercicio del patronato reconocido en el gobierno por el Sumo Pontífice, o, a falta del reconocimiento expreso de tal prerrogativa, la existencia al menos de un concordato o convenio solemne con la corte de Roma, para que ésta consintiese que el gobierno de la nación interviniese como potestad civil en ciertos asuntos eclesiásticos.

Dos sociedades, dos poderes, dos gobiernos dividían, pues, a la nación mexicana y la regían; y estas sociedades y estos poderes no estaban en armonía, sino en abierta contradicción y pugna.

Tal estado de cosas constituía un dualismo opuesto a la buena gestión de los intereses públicos, a la unidad administrativa.

5

No eran posibles la paz, el orden ni el buen gobierno mientras el régimen colonial persistiese en la nación independiente; la estructura que aquel régimen dio a la colonia y la que el régimen moderno había de imprimir a la nación libre eran incompatibles. Cabalmente la Reforma trataba de hacer desaparecer aquélla y sustituirla con ésta, para poner a México en armonía con los pueblos modernos, que mucho antes habían roto el capullo medieval.

Las sociedades evolucionan como todo lo que vive; las naciones se transforman, cambian de instituciones, no al acaso, sino al tenor de leyes uniformes en consonancia con la naturaleza de las cosas y con la naturaleza moral del hombre. Los siglos no pasan en vano sobre las sociedades, como los años no pasan en vano sobre los individuos; éstos y aquéllas se desenvuelven, se desarrollan adaptándose sin cesar al medio ambiente, y el desenvolvimiento gradual de las naciones, que las hace pasar de un estado a otro mejor, constituye el progreso, y las leyes que rigen a éste vienen a ser su fórmula; y era, a no dudarlo, la fórmula del progreso en México salir del régimen social que nos legara España, derrocar las viejas instituciones, acabar con los gremios y las trabas, hacer la justicia igual para todos.

suprimiendo los fueros y, por tanto, las clases privilegiadas, mejorar las condiciones económicas de la nación, dividiendo la propiedad y movilizándolo la riqueza pública. Tal era el programa de la Reforma, identificado así con la fórmula del progreso en México.

El partido conservador no lo juzgaba así. Uno de sus prohombres, D. Lucas Alamán, poseído de profunda admiración por el régimen colonial, por la tranquilidad que durante tres siglos reinó en la colonia, por la habilidad con que fueron explotadas y administradas las riquezas del virreinato, por el artificioso engrane de autoridades y poderes, a lo que se debía que el mandato real que partía de Madrid fuese escuchado y obedecido en el enorme continente americano, desde las pampas argentinas hasta las yermas soledades de Nuevo México, por la hábil gestión financiera que producía un sobrante enorme, remisible año por año a la corona, después de cubiertos los gastos de la administración, el señor Alamán creía firmemente que la nación mexicana debía conservar, hasta donde fuese dable, aquel artificioso sistema de gobierno.

¡Enorme error! Admirable es sin duda como mecanismo de gobierno el régimen colonial, como es admirable el derecho romano y lo son todas aquellas obras de la inteligencia humana, que opera con perseverancia durante siglos. Pasma, en efecto, en el derecho romano, el vasto sistema de conceptos ingeniosamente trabados, enlazados con admirable lógica, y en el cual, como en sutil red, quedan prendidas las más variadas relaciones del hombre. Asimismo es admirable el régimen colonial como conjunto de medios, hábilmente escogidos, para aislar del resto del mundo a una región vastísima, para explotarla con gran provecho, para hacerse obedecer de todos sus pobladores. Pero una vez roto el vínculo de la dependencia, ¿era posible mantener ese régimen de aislamiento, sostener, no obstante lo complicado del artificio, aquella máquina de gobierno que reprimía con habilidad y fortaleza la tendencia natural de los pueblos a comunicarse y a cambiar ideas y productos?

Aun cuando la independencia no se hubiera consumado, España hubiera sido impotente para seguir sosteniendo en América el régimen que implantó. Había dejado de ser potencia de primer orden, su marina había sido destruida en Trafalgar. ¿Cómo, pues, hubiera podido España, después del año 1808, vigilar las inmensas costas americanas para impedir que naciones en alto grado emprendedoras, más poderosas que ella y con mejor marina, lograsen hacer sentir en América el influjo de sus ideas, de su comercio y de su industria?

Ya desde el siglo XVII, y especialmente durante el siglo XVIII, le costaba a España gran trabajo reservarse el goce exclusivo de sus posesiones de América y poner un valladar infranqueable a otras naciones que querían comerciar con sus colonias. Los filibusteros franceses y los piratas ingleses acechaban el paso de las flotas españolas, apresándolas a menudo y despojándolas de su rica carga. Franceses e ingleses se habían establecido en varias de las Antillas, primero fraudulentamente y luego en virtud de

tratados arrancados por la fuerza, y dominaban, como las avanzadas de un ejército, los mares que daban acceso a las más ricas colonias de España. Los piratas eran el terror de los navegantes y de las poblaciones marítimas; de varias de ellas se apoderaron, ya por la sorpresa, ya por la fuerza, entrándolas a saco.

La misma España se vio obligada, desde la paz de Utrecht, que dio fin a la guerra de sucesión, a reconocer su completa impotencia de comerciar ella sola con sus colonias, y, con el nombre de derecho de asiento, permitió a los ingleses transportar esclavos negros a América y conducir anualmente a la feria de Portobelo un buque de quinientas toneladas cargado de mercancías. Poco a poco fue cediendo en su sistema de rigor; abolió el sistema de flotas y habilitó varios puertos de la península para el comercio con América, acabando con el irritante monopolio de que exclusivamente Cádiz había disfrutado.

Mucho pudiera decirse sobre lo radicalmente injusto y anticivilizador del sistema del señor Alamán. ¿Acaso las colectividades humanas están destinadas, como los rebaños, a ser apacentadas con miras de explotación? ¿Acaso una vasta agrupación humana puede ser propiedad y patrimonio de una corona? Tales principios de derecho público fueron aceptables, y de hecho aceptados en los últimos años del siglo XV y en los primeros del XVI, cuando el Papa Alejandro VI, para dirimir y evitar contiendas entre España y Portugal, trazó al oeste de las Canarias un meridiano y adjudicó a los reyes católicos las islas y tierras firmes que se descubriesen al poniente de tal línea, y a la corona lusitana las que al oriente se encontrasen.

En esos tiempos pudieron los descubridores y colonizadores del Nuevo Mundo, entre otros, Pedrarias Dávila y Balboa en Centro América, hacer que un escribano leyese un documento en que se declaraba, conforme al derecho público de entonces, que todas aquellas tierras pertenecían a la corona de Castilla, y concluida la lectura el conquistador desenvainaba el acero en señal de toma de posesión. Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Pacífico, penetró en el mar del Sur hasta que el agua llegó cerca de su cintura, y desenvainando la espada declaró que ese mar y las tierras que bañase, y cuanto en ellas hubiese y se sostuviese, pertenecían a su soberano el rey de Castilla. Con esta sencilla ceremonia quedó declarado que el Perú, Chile, Quito, las Filipinas y cuanto baña el Pacífico con su inmensa mole líquida era propiedad y patrimonio de la corona española.

Mas al comenzar el siglo XIX otros vientos soplaban, orientando el espíritu humano hacia muy diferentes rumbos. Los Estados Unidos se habían emancipado de la corona de Inglaterra, después de resistirse a pagar un impuesto que no habían votado; la corona de España, ligada por la fuerza de los tratados diplomáticos, y en virtud de la alianza conocida con el nombre de Pacto de familia, favoreció este movimiento emancipador. La Revolución francesa, realización del contrato social y de ideas filosóficas emitidas por Hobbes en el siglo XVII, proclamó los derechos del hombre,

la soberanía de los pueblos, y Robespierre, en un discurso célebre, refiriéndose a la colonia francesa de Santo Domingo, pronunció aquella celebrísima sentencia: "Perezcan las colonias, pero sálvense los principios". Habrá quien tache de metafísica esta declaración, pero ella marca una faz nueva en el derecho natural y en el derecho público; ella proclama la superioridad del derecho sobre el hecho, la superioridad de los principios permanentes y duraderos sobre los intereses caducos, transitorios y en ocasiones efímeros; ella rehabilita a los pueblos y los llama a la vida, proclama en alto el respeto que se les debe y que ha de sobreponerse a los intereses de mayor cuantía; ella condena, en fin, todo el régimen colonial español.

6

El programa político del partido conservador, percibido con maravillosa claridad y formulado con precisión rara por su corifeo el señor Alamán, era, pues, absurdo a la luz de los nuevos ideales, y era, además, prácticamente imposible a la mitad del siglo XIX. Para restaurar el régimen colonial hubiera sido necesario poder aislar a la nación mexicana, como se aisló a la colonia en los siglos XVI y XVII.

Si después de la independencia hubo agitaciones, guerras civiles; si se perdió la paz, si se destruyeron muchas fortunas, si se menoscabó la riqueza pública, si se perdió el equilibrio financiero, si el gobierno, para atender a los gastos públicos más urgentes, se agitaba desesperadamente en busca de recursos que no encontraba, hasta asirse con desesperación, para salvarse del ahogo, de la mano despiadada del agiotista, que le sostenía por un momento, pero "como la cuerda sostiene al ahorcado", según dijo Mirabeau, el incomparable, a propósito de los asentistas, todos estos males, todos estos trastornos provinieron de que el organismo social, conformado para un ambiente viejo, no podía, sin graves sacudimientos, sin terribles convulsiones, adaptarse y acomodarse al medio ambiente nuevo.

Nada iguala a la quietud, a la perfecta tranquilidad de que disfruta el feto humano cuando está encerrado en el claustro materno; le baña un líquido que, con su perfecta elasticidad, le protege de los choques y conmociones exteriores, y con su temperatura tibia y uniforme le pone a cubierto de las variaciones térmicas; para sustentarse no tiene necesidad ni aun de abrir la boca, pues la generosa sangre materna inyecta hasta la intimidad del organismo fetal los materiales reparadores; el cerebro no se doblega aún bajo el fardo del pensamiento; goza de quietud beatífica, de reposo plácido, pues otro cerebro se encarga de velar por él. Mas llega el momento terrible del alumbramiento y cambian en un instante aquellas bienaventuradas condiciones, verificándose en el ser humano el más profundo de los cambios, el más hondo de los desequilibrios; el recién nacido se encuentra

repentinamente expuesto a la acción brusca, y vulnerante para él, del medio atmosférico, al influjo rudo de la luz y del sonido, brutales en su primer contacto, y el recién nacido se agita y saluda a la vida con su vagido de dolor.

Algo análogo pasó al consumarse la independencia de las colonias hispanoamericanas; el período colonial, por el aislamiento en que las colocó, por la tutela que ejercía sobre los pobladores, apartándolos de los cargos públicos y de los cuidados del gobierno, fue una especie de larga gestación; la independencia fue el alumbramiento doloroso y crítico, y las agitaciones que la siguieron los rudos esfuerzos, los desordenados esfuerzos del organismo que ansía vivir, pero que no se adapta al nuevo medio.

Esos trastornos públicos, ese desequilibrio financiero, esa incertidumbre del siguiente día, esas ansiedades privadas, esos desaciertos públicos que se observaron en México varias décadas después de su independencia, y que afligían tanto al señor Alamán como a cualquier mexicano de corazón sensible y hacían pensar en el período colonial como en un pasado dichoso y ya desvanecido, análogo a la edad de oro que todos los pueblos han soñado en su cuna y al paraíso terrenal que la humanidad entera forjó en su origen, esos males no habían de remediarse suspirando por la vuelta del régimen colonial, ni esforzándose afincadamente en sostener lo que de él quedaba. Por el contrario, el remedio consistía en hacer desaparecer los últimos vestigios de tal régimen, que no eran más que persistencias y supervivencias del organismo fetal, que, como el *thymus* del hombre, no tienen funciones en la vida independiente y la embarazan y estorban; que, como el agujero de Botal del corazón del feto, adecuados durante la época de la gestación, hacen imposible, en caso de persistir, la vida del organismo.

7

Hubo en el gobierno de la vieja España una especie de manía por fraccionar el cuerpo social, dividiéndole en corporaciones que atraían todas las energías, todos los recursos de la nación, produciendo un estado anárquico que debilitaba la administración, haciéndole perder su unidad, que embarazaba la acción de la justicia, hacía perder toda acción de bien público y todo concepto verdaderamente nacional. Aquellas corporaciones estaban rodeadas de exenciones y privilegios que las sustraían al fuero común; se enriquecían cuantiosamente por legados testamentarios y por donaciones *inter vivos*; eran un organismo dentro del organismo, eran un pequeño Estado en el Estado. Aun el clero y la milicia, las grandes, las gigantescas corporaciones estaban subdivididas, pues el fuero eclesiástico, además de fueros generales, comprendía los especiales de frailes y monjas, y en la milicia había los de artillería, los de marina y los de ingeniería.

A las colonias se trasladó este sistema, y hubo aquí los fueros y privilegios de los gremios, de los mayorazgos, de las cofradías, de la Casa de Moneda, de la Universidad, de la Inquisición, del Tribunal de Minería, de los consulados, del Marquesado del Valle, del Protomedicato y otros muchos. Esto creaba el espíritu de cuerpo opuesto al bien público y al libre desenvolvimiento individual, pues el gremio o la corporación ejercían sobre el individuo una presión enorme. Este estado de cosas torcía los conceptos de justicia y de moral, pues se tenía por más grave infringir los reglamentos del gremio que atentar a los intereses públicos o a los derechos de la nación; no importaba ser mal ciudadano con tal de ser buen cofrade, buen clérigo, buen doctor y mirar en todo y por todo por el auge y prosperidad del gremio. Aun graves faltas a la moral se disimulaban y encubrían por el espíritu de cuerpo, y la justicia se encontraba embarazada en su administración, no sólo por lo difícil que era deslindar las respectivas jurisdicciones, sino porque se torcía el concepto hasta invertirlo, convirtiéndose de hecho la jurisdicción excepcional en ordinaria y ésta en excepcional.

El progreso del espíritu humano, que caminó con acelerado paso durante los siglos XVII y XVIII, llegó a hacerse sentir en la misma España y a modificar su legislación. Hombres públicos y escritores insignes, como Cabarrús, Jovellanos y otros, advirtieron, desde los últimos años del siglo XVIII, el profundo mal que aquejaba a la organización civil de España, y denunciaron, como nocivos al bien y a la prosperidad públicos, como antieconómicos y de pésimos resultados, los mayorazgos, los privilegios y fueros de las corporaciones y las vinculaciones de bienes que segregaban de la circulación, inmovilizándola, una gran parte de la riqueza pública.

El terrible sacudimiento producido en España por la invasión francesa en 1808, la indignación heroicamente patriótica que suscitó el destronamiento del viejo y débil Carlos IV y del entonces muy amado Fernando VII, la execrable hipocresía con que el tirano de Europa quiso paliar su odioso atentado, ofreciendo dotar a España de instituciones libres y reformar su vetusta y viciosa organización, movieron a la flor y nata de los pensadores españoles a reformar ellos mismos las instituciones de su patria, mostrando así al mundo que no necesitaba de las lecciones del déspota francés.

A influjo de tan patriótico y liberal sentimiento surgió la Constitución de 1812, expedida en Cádiz por las memorables y dignas cortes reunidas allí. Suprimieron, en efecto, los privilegios de todas las corporaciones, menos las del clero y la milicia, que conservaron sus fueros a pesar del liberalismo del código doceañista. Mas, por desgracia, estas corporaciones, cuyos privilegios subsistieron, eran las más temibles de todas, las más opuestas a la potestad civil, las que, por la cifra de sus individuos, por su fuerte organización interior y por la naturaleza de sus funciones, eran más capaces de poner un obstáculo casi infranqueable a la marcha administrativa y al progreso de la nación.

En efecto, todo contribuye a segregar al clero de la sociedad en que vive; sus intereses son otros, otras sus aspiraciones, la autoridad a que obedece reside en Roma y se considera superior al poder civil; el clero, por su instituto, profesa el celibato; no existen, pues, entre él y la sociedad los vínculos de familia, que tan estrechamente ligan a los demás hombres de la comunidad social. Los miembros del clero no podían personalmente entregarse al comercio y a la industria; no había, pues, en ellos el poderoso incentivo de mejorar de condición por medio de la actividad, del ahorro, de las combinaciones de la inteligencia.

El clero sólo amaba su corporación, los intereses de ella, sus prerrogativas y privilegios; era frío para todo lo demás. Poco le importaba la nación, nada los intereses públicos, nada la sociedad civil; el adelanto de su orden y el engrandecimiento de su convento, si era fraile; la mejora de su parroquia, si era cura; el lustre y riqueza de su cabildo, si era capitular; la extensión de su diócesis y la colecta de sus diezmos, si era obispo. He aquí lo único que preocupaba a los miembros del clero. La patria era poca cosa para ellos; así lo demostraron durante la invasión americana, suscitando una revuelta, provocando un motín cuando los invasores se encaminaban a la capital, más bien que contribuir con una parte de sus cuantiosos bienes a la defensa de la patria hollada.

El fuero de la milicia no era menos perjudicial a la sociedad ni menos perturbador. El militar, por hábito profesional, y aun por la necesidad de su instituto, es altivo, imperioso, violento, propenso a resolver a mano armada todas las cuestiones; sólo respeta la fuerza, sólo obedece al superior jerárquico y desdeña la autoridad civil. Como su única ocupación es la guerra, la paz le aburre, condenándole a un ocio forzado en que se desarreglan sus costumbres contrayendo el vicio del juego y otros malos hábitos. El fuerte vínculo de la disciplina, el hábito en el inferior de obedecer sin réplica y en el superior de mandar sin miramientos y sin justificar sus órdenes, el hecho de que la clase militar constituye la fuerza pública, de que es dueña, o a lo menos (lo cual es equivalente) de que tiene a su alcance los pertrechos de guerra, da a la milicia un predominio tal en el Estado, que, si a todo eso se agrega un fuero legal, no habrá manera alguna de reducirla a la obediencia, y la autoridad civil se verá a cada paso vejada y oprimida por ella, pues los militares ven con menosprecio a los que no son de su clase, y de ellos puede decirse lo que el héroe manchego a sus colegas: "Son sus fueros sus bríos, y sus premáticas su voluntad".

La historia de México independiente, hasta la época de que hablamos, fue la más brillante comprobación de lo asentado. Los *pronunciamientos*, los *cuartelazos*, como los llama el ingenioso escritor Bulnes, fueron el medio constantemente empleado para inquietar y derrocar un gobierno. El jefe que había malversado fondos, el que estaba abrumado de deudas, el que quería enriquecerse pronto, no tenía más que *pronunciarse* y su suerte cambiaba, y mejoraba su condición social a expensas de la nación, que lo pagaba con su sangre y con el poco oro de sus exhaustas arcas.

Fue, pues, una gran desgracia que en la Constitución del año de 1812 subsistieran los fueros militares y eclesiásticos. Mayor desgracia fue aún que el año de 1814, al restaurarse Fernando VII, de funesta memoria, la Constitución de 1812 fuera abolida, el absolutismo se restableciera y que imperara en España la reacción más cruel y despiadada.

A principios de 1820 triunfó el movimiento liberal, proclamado por Riego en las Cabezas de San Juan, y se restableció la Constitución de 1812. Un año después se consumó nuestra independencia, y en 1824 se promulgó nuestra primera Constitución adoptando el régimen federal. Este código imitaba el de los Estados Unidos en el establecimiento de la federación, pero adoleció del pecado original de la Constitución de 1812, dejando subsistir en sus páginas la intolerancia religiosa y los fueros eclesiástico y militar. Por eso, Ignacio Ramírez, haciendo resonar en 1856 los ámbitos del Congreso Constituyente con su escéptica, cáustica e intencionada voz, estigmatizó la Constitución de 1824, que algunos constituyentes querían restablecer, diciendo que "era un tizón mal apagado de las hogueras inquisitoriales".

Nuestro primer código fundamental dejó, pues, subsistir los fueros de aquellas corporaciones que, por sí mismas y aun sin fuero alguno, son temibles para la potestad civil; así quedó embarazada en un punto capital la unidad administrativa y dificultada la concepción del bien público y del espíritu nacional; así, el principio democrático, que brillaba en la Constitución de 1824, quedó oscurecido por dos manchas negras: la intolerancia religiosa y la subsistencia de clases privilegiadas; así persistió un régimen de privilegio, y por ende anticuado, cuando el espíritu de los tiempos modernos tiende a hacer desaparecer los privilegios, cuando las necesidades materiales, el progreso económico del país y el reinado de la ley pedían que se extirpara aquella excrescencia, aquella supervivencia del régimen colonial. Excusado es decir que la Constitución de 1824 cayó asfixiada por la morbosa excrescencia que llevaba en su seno, y que las constituciones centralistas que le sucedieron, las de las Siete Leyes y la de las Bases Orgánicas, y los períodos de dictadura militar que interrumpían el régimen constitucional, no hicieron más que robustecer más y más las clases privilegiadas y oponer obstáculos cada vez mayores a la reorganización y reforma de nuestra maltrecha sociedad.

El ilustre D. Benito Juárez ejecutó un acto de la mayor trascendencia en nuestra historia cuando, durante la transitoria administración de D. Juan Alvarez y con la investidura de ministro de Justicia, expidió la inmortal ley que lleva su nombre, por la cual quedaron abolidas por primera vez las clases privilegiadas. Así mostró el gran repúblico una audacia revolucionaria, un sentido político y un criterio jurídico que no alcanzaron ni los liberales españoles del año de 1812 ni los liberales mexicanos del de 1824. Así realizó el señor Juárez la primera parte de la idea reformista,

delineada en la patriótica cabeza de José Luis Mora, y que D. Valentín Gómez Farías, el eminente patricio jalisciense, el ilustre precursor de Juárez, hubiera llevado a cabo desde 1833 a no impedirlo el cambio de rumbo que, en el vano espíritu de Santa Anna, determinaron con sus intrigas y seducciones las funestas clases privilegiadas.

La Ley Juárez proclamaba la igualdad de todos ante la ley, corolario de la libertad concedida a todos y base y condición de la democracia. La Ley Juárez extirpaba de nuestra legislación un germen funesto de revueltas y preparaba, allanando obstáculos, el camino de la reorganización social. Abolidas las clases privilegiadas, la Justicia, la Igualdad y la Democracia se abrían paso en nuestra historia. El Constituyente sancionó la Ley Juárez; su labor especial, la Constitución de 1857, proclamó los principios en que la Ley Juárez descansaba, y el débil Comonfort, no obstante sus irresoluciones y moderantismo, no pudo menos que sostenerla también.

19

ALCIDES ARGUEDAS
(Bolivia)

LA DICTADURA Y LA ANARQUIA
(Fragmento) *

BALANCE DE UN SIGLO

Una vez más, la nota baja y dolorida de una voz, se ha de mezclar al coro fervoroso y entusiasta que una generación entona celebrando la primera centuria de su patria. La voz, por fortuna, ha de perderse ahogada en el coro y sin romper la bella unidad del ritmo; mas, si se alcanzase a sorprenderla, tremante de congoja, bueno será conocer la razón de su duelo.

Nació Bolivia hace cien años, el 6 de agosto de 1825, y, al nacer, tuvo como patrimonio territorial algo así como tres millones de kilómetros cuadrados. Hoy tiene 1.332.808 kilómetros cuadrados, habiendo perdido, en menos de cien años, casi dos terceras partes de su territorio...

El hecho, brutal, es este. Ahora tratemos de explicarlo.

* Ensayo independiente, que el autor escribió y agregó al cuarto volumen de su *Historia General de Bolivia*, "que tampoco leerán con serenidad los bolivianos", dice el autor. Publicado en 1926.

Para abarcar mejor el horizonte de cien años de vida autónoma ganemos una alta cumbre. Escalemos la montaña simbólica de Potosí, y, sin profanar la huella marcada en la cima por la bota de los Libertadores, echemos una rápida ojeada en torno y fijémonos primero en el aspecto físico del país.

Este monte con entraña de plata, Potosí, se alza en el macizo mismo de la cordillera andina, a los 4.830 metros de altura sobre el nivel del mar y tiene un color rojizo oscuro, cual si a su superficie hubiese brotado toda la sangre indígena vertida en más de cuatro siglos de labores subterráneas.

La estructura del macizo es informe, caótica. Lo forman montes pelados de cima nevada erguidos como muralla frente al mar. A sus pies se tiende la costa en pequeños llanos de arena candente donde no medra ninguna vegetación porque los vientos cálidos del trópico no deshacen en lluvia su humedad: de ahí la espantosa aridez de esas playas pardas, desnudas y esqueléticas.

Las entrañas de esos montes andinos son puro metal. A veces rasga el metal las capas de tierra o rocas de la superficie arrugada y saca a lucir sus facetas al sol.

La cadena andina no corre aislada a lo largo del mar y del Continente. Se bifurca en partes y tiende sus ramificaciones hacia el interior. Aquí, en Bolivia, se abre en dos inmensos brazos dejando en medio una enorme estepa, el *altiplano*, a una altura media de 3.800 metros y con una extensión de más de 100.000 kilómetros cuadrados, siendo su parte más larga de 835 kilómetros por 128 de anchura media.

Es una vasta estepa, cerrada hacia todos los costados por montañas eternamente cubiertas de nieve, surcada por ríos formados con el deshielo de las nieves perpetuas y los cuales se reúnen en el Lago Titicaca, a 3.812 metros de altura y con una superficie quince veces mayor que el lago de Ginebra (8.300 kilómetros cuadrados).

No es una estepa uniforme, plana y regular, como la rusa o las sabanas argentinas, por ejemplo. Está interrumpida por ondulaciones, collados, oteros y serranías algunas de las cuales alcanzan a 800 metros de altura. Su aspecto es desolado, pero de inolvidable grandiosidad. Por todos lados picos y cimas negras o pardas coronadas de nieve; serranías ocre, rojas, azulinas cortando la línea horizontal de la llanada. Un sol rutilante en un cielo de divina transparencia; crepúsculos de infinita melancolía; tempestades furiosas, ásperos vientos, granizos, heladas, y, a veces, lluvia de rayos. . .

Al pie de estos montes escalonados de la real cordillera, partiendo sus flancos, se abren los valles, en bruscos tajos, por donde ruedan las aguas de las cascadas sobre lechos de piedra granítica y fecundando una tierra rica en humus, donde la vegetación se sucede en rica gama, en tonos cálidos, porque del líquen y de la paja brava que medra junto a la nieve, vibrando como cuerdas de sutiles instrumentos al empuje rudo de los

vientos, se va al humilde miosotis silvestre, después al cactus áspero y espinoso, luego al sauce llorón y doliente, para dar al fin en pomares floridos, viñedos y perfumados huertos de duraznos.

Un escalón de descenso en la pendiente y son ahora los Yungas, esas montañas de vertientes rápidas cubiertas de tupido monte, rumorosas por sus cascadas cristalinas y su incesante piar de aves. Aquí, sobre plataformas en gradiente, limpias de mala hierba y cercadas por setos vivos de café, se cultiva la coca. A su vera florecen el naranjo y el limonero entre cercos impenetrables de piña, y las palmeras levantan su grácil cimera dando sombra al jazmín y a la vainilla.

Estos cerrados montes yungueños se abren luego y sus faldas se truecan en vegas. Ahora el terreno, siendo siempre sinuoso, se aplana y se tiende cubierto de vegetación tropical. Los ríos, en su carrera, han ido recogiendo otros caudales y ruedan ya mansos, claros y profundos. El bosque de los valles y yungas se hace selva y a la aridez de los planos de la estepa se ofrece en contraste la llanura de ricos pastales, donde las reses bravas medran libres acercando con las alimañas del bosque virgen y las tribus de salvajes indómitos e indomables que viven en toda su primitividad, sin ningún contacto civilizador, nutriéndose con frutos de la selva o con productos de la pesca.

Es la parte más extensa y rica de la república, rica en productos, en calidad del suelo, en la diversidad y abundancia de ríos que cruzan esos llanos infinitos que abarcan casi dos millones de kilómetros cuadrados y que encierran en potencia la riqueza futura del país.

Pero ahora la parte viva de éste por sus rendimientos, lo componen las montañas frías y áridas de la meseta y sus adyacencias, es decir, la región minera andina donde los conquistadores fundaron ciudades y emplearon su celo para atesorar las riquezas de que se mostraban ávidos. El resto yace absolutamente desierto y las fronteras del oriente y del norte, o sea la región amazónica de los ríos navegables y de los bosques inexplorados, permanece desconocida, distante, sin vínculo ni nexo alguno con la meseta productiva y relativamente poblada.

El mismo país yace desvinculado de los otros del Continente, porque es un país montañoso, alejado del mar, pues la faja estrecha de su costa no responde al volumen de su territorio interior, y es una costa sin ningún recurso y de difícil acceso. El puerto de Cobija, creado artificialmente para las necesidades del comercio, está separado del resto de la nación por un desierto helado y estéril de 850 kilómetros que los comerciantes salvan, conduciendo sus recuas, en diez y doce días de terrible y penoso viaje. No se conocen carreteras y en Cobija no hay agua potable. La que se bebe es preciso llevarla desde 125 kilómetros de distancia y "en todo el tránsito hasta Potosí apenas se encontraban diseminados a largos trechos, chozas y miserables aldeas", cuenta un cronista.

En este territorio de estructura complicada e inmensamente vasto, vivía una población reducida, pobre de bienes, modesta de condición, de apacible carácter y escasa cultura no obstante de contar en su seno un puñado de gentes estudiosas y preparadas en la Universidad de Chuquisaca, entonces vivero de letrados en el sur de este Continente.

Era Chuquisaca en tiempos de la colonia el centro acaso más intelectual de América y su Universidad proyectaba luces a los cuatro costados del gran Virreinato y atraía a los mozos de los países vecinos, no siendo raro encontrar entre los estudiantes hijos de las capitales de Lima, Cuzco o Buenos Aires. Un moderno escritor argentino, don Adolfo P. Carranza, no vacila en escribir: "de allí salieron los más talentosos, los más decididos y los más enérgicos revolucionarios de la mayor porción territorial de Sur América".

Doctores y letrados de Chuquisaca hicieron la revolución emancipadora de comienzos del siglo pasado; pero su generación llegó mermada a la independencia porque durante quince años hubieron de sostener la más descomunal batalla con las huestes españolas, jamás superada por su indómito valor y energía ruda. Es con los restos de esta generación que se inauguraron los libres destinos de la nueva república y de ahí que desde los comienzos se echara de ver la falta de gente apta para entender en el buen manejo de la cosa pública.

Abundan testimonios a este respecto. El vencedor en Ayacucho, don Antonio José de Sucre, primer mandatario de la república, se quejaba de no encontrar el suficiente número de colaboradores competentes para la administración. Diez años después, en 1836, la cámara de representantes hubo de denunciar sin rebozo la impreparación de muchos de sus componentes. Esta queja, ya más general, se repetía a los tres años en el mismo congreso crucista lamentando que el ejecutivo arrancara de su seno a las personas de más valía para encomendarles el desempeño de funciones necesarias a la marcha normal de los negocios públicos.

Patente, pues, la falta de hombres preparados, nadie, sin embargo, ponía empeño en fomentar la necesaria multiplicación de escuelas, colegios y planteles de elevada instrucción, porque posiblemente se creía en la generación espontánea de las capacidades y competencias o con la intervención de potencias extrañas. Sólo un criterio semejante explica la poca o ninguna importancia que se concedía al fomento de la cultura para suplir con la buena calidad de elementos conductores la deficiencia de la población que entonces contaba con 1.200.000 almas.

La incultura era, por tanto, casi general y la de la mujer aterraba por su deficiencia. Rezar y vegetar en la casa era la sola ocupación de la mujer. Sabía leer, sin duda; pero poco ejercitaba la lectura. También conocía las tres operaciones fundamentales en matemáticas; mas los números le servían tan sólo para anotar en la libreta doméstica los precios del mercado o la ropa entregada a la lavandera...

Para disculpar tanta incuria, decíase entonces, año 1839, que la crisis económica del país era constante, “hasta el extremo de no poder pagarse un expreso a la ciudad de Potosí” y los males se achacaban al gobierno de la Confederación crucista; pero la verdad era que siempre había dinero para sostener ejércitos más o menos numerosos, los cuales agotaban todos los recursos, consumiendo inclusive los sueldos de los maestros de escuela...

Todas estas deficiencias —territorio vasto y despoblado, pobreza, ignorancia— ya hacían contemplar en dicho año con recelo y sobresalto los destinos de la nación y no eran pocos los que pensaban que la independencia había sido prematura. Así lo expresó sin ambages un joven tribuno al hacer el balance de la penosa situación dejada por Santa Cruz:

“Al ver el cuadro que ofrece la América —dijo Linares extendiendo con acierto su mirada a todo el Continente, a esa hora idéntico en deficiencias— parece preciso confesar que ha sido demasiado prematura nuestra independencia...” Y refiriéndose luego al propio país bajo el dominio sin control de Santa Cruz, constataba:

“Diez años constantes de despotismo han corrompido los hombres: todo es desmoralización, todo doblez...”. “Ojalá que la mayor parte de los bolivianos supiera lo que es patria, pues no tienen otra que su interés personal...”.

Es la queja que ha de oírse constantemente, hasta nuestros días; es el terrible refrán de nuestra vida común, ayer y hoy movida por los rencores de la política sin rumbo...

Naturalmente las dificultades de esa hora no se escapaban a los países aledaños, y en 1840 se pensaba que los males ya habían debilitado bastante el organismo para ensayar un esfuerzo que acabara por destruirlo.

Tales fueron los propósitos del Perú al organizar entonces su intervención bajo el pretexto de cobrar agravios por la injerencia abusiva de Santa Cruz en los negocios interiores de ese país. Mas como la intención se revelase desnuda y sin artificio, Bolivia, haciendo un esfuerzo desesperado, se pone de pie, acude a las armas o invocando su instinto supremo de conservación, reafirma en los campos de Ingavi la independencia nacional destruyendo las huestes peruanas.

La rudeza del esfuerzo ha agotado los recursos de la nación. Se hace patente, como nunca, el malestar social: mas nadie pone empeño en corregir o desviar las actividades comunes siempre dirigidas desconcertadamente a los afanes de la política y del empleo público y no al del trabajo metódico en artes o industrias, porque existiendo como artículo de fe la creencia de que no hay bajo el sol un país tan rico como Bolivia, nadie se alarmaba en ver agotarse un pueblo ocioso sobre ese suelo con entrañas de rico metal.

Es en esos momentos de agitación y agotamiento que en el territorio desnudo y árido de la costa se descubren vastas riquezas acumuladas de

huano sin que su hallazgo desvíe de la torcida ruta a las gentes del país ni determine una actitud de prudencia y previsión en los hombres públicos y de Estado, porque los hombres se suceden como personajes de una dolorosa comedia y los problemas no varían.

El de la incultura, por ejemplo, no ha cambiado.

En las escuelas faltan alumnos hacia ese año de la invasión peruana, 1840. Pero a fines del período de Ballivián las escuelas cuentan con 20.000 alumnos y la cifra la encuentran "notable" los escritores de la época, sin fijarse que representaba un porcentaje acaso del uno por ciento en la población general de la república.

En lugar de escuelas son los cuarteles que prosperan, porque se quiere ver en el ejército el alma o nervio impulsor de la nación, cuando en realidad no hace otra cosa que devorar sus entrañas, porque de ejército no tiene sino el nombre, pues en el fondo no son sino tropas pretorianas, levantadas para defender hoy a un caudillo y mañana a otro. Y esas tropas se renuevan incansablemente con la caída y nacimiento de los caudillos, los cuales, en premio a sus servicios, no encuentran otro recurso que conceder premios y jubilaciones a costa de los dineros fiscales, considerados como propios.

El sistema resulta al cabo deplorable porque en poco tiempo se llega al resultado paradójico y absurdo de contar "un general para cada 102 soldados; un jefe para 14 soldados; un oficial para cada 6 soldados...".

Visible, pues, el mal, por fuerza llega a reconocerse que los poderes públicos faltaron a sus deberes y que no se ha hecho nada en el país ni en obras materiales ni menos en progresos morales. Así lo expresaba a fines del año 48 un periódico de gobierno, *El Prisma*, con lenguaje rudo:

"Veinticuatro años hace que somos Nación, y hasta ahora ni un solo paso hemos dado en la senda del progreso: nuestra nacionalidad es aún un problema..." "Es preciso, añadía, que haya paz, es preciso que haya quietud y orden y estos dones tan apreciables sólo pueden ser los resultados de la unión".

Pero la paz social es fruto del orden, de la economía, del empleo constante de las actividades individuales, de la sana comprensión de los deberes y derechos cívicos, y este equilibrio no podía existir hacia mediados del siglo, en 1850, porque precisamente entonces gobernaba en el país un hombre ambicioso, torpe e ingenuo, pues tenía la candidez de imaginarse que le sería fácil gobernar colaborado por las masas analfabetas e indígenas. En el fondo de su ingenuidad se escondía la torpe malicia de un caudillo semibárbaro, del todo satisfecho con el placer infantil de *mandar* en el sentido de *ordenar* y *disponer* y muy ajeno de sospechar siquiera que gobernar democráticamente significa, sobre todo, prever, dirigir, disciplinar, y, particularmente, obedecer.

Ese gobierno de Belzú era, después de todo, un producto legítimo del medio, deficiente en elementos de cultura; mas la picardía del caudillo

al titularse gobierno de opinión por verse sostenido de las plebes y buscar en ellas un apoyo, no obstante su torpeza e ignorancia, hacen de él uno de los personajes más siniestros de la historia patria, porque las plebes entonces carecían de toda noción de cultura y vivían movidas sólo por apetitos bestiales de conservación.

“No sería posible encontrar entre cada 100 personas de nuestros agricultores y aun de nuestros artesanos, 5 que pudieran darnos razón de lo que significan las palabras República, Constitución, Congreso, Religión”, confesaba ingenuamente otro periódico de gobierno, *La Prensa*, refiriéndose a esas pobres plebes.

La mediocridad y pobreza de un estado social están en relación directa de la cultura, moralidad y potencia económica de las gentes. Y las gentes apenas disponían de estas fuerzas. Su único afán era divertirse, satisfaciendo, ante todo, necesidades orgánicas. No había entonces teatros, ni conciertos, ni conferencias, como no los hay todavía en las mejores aldeas de estos nuestros países; pero abundaban los jolgorios campestres, las comilonas de bodas camachescas, las pandillas de danzantes al son de orquestas de infinita tristeza.

Esta vida en las capitales un poco apartadas, llana, simple, monótona y patriarcal, adquiere caracteres interesantes. El habitante de Santa Cruz de la Sierra, por ejemplo, adormecido al influjo del clima constantemente primaveral, casi no conoce el espolón de las ambiciones ni del trabajo diligente. El campesino cruceño incendia un retazo del bosque y con un palo aguzado al fuego practica agujeros en el suelo donde planta arroz, maíz, yucas, camotes y cañas, y vive con la abundante y pródiga cosecha, para luego pasar sus días “entre los vaivenes de la blanda hamaca y las distracciones del juego y de la danza”, según testimonio de un desterrado estudioso y observador.

El incesante encumbramiento de caudillos ordinarios, el ejemplo de los éxitos militares en campañas civiles sin nobleza por la ausencia de real peligro, el triunfo de los mediocres y la irrazonada sumisión de las muchedumbres junto con el aflojamiento de ciertas virtudes cívicas, hacen posible el predominio de personajes absurdos y grotescos.

Melgarejo es el representante típico de esos gobernantes surgidos en horas de decadencia política o en aquellas que suceden a las tiranías despóticas que envilecen y amedrentan el espíritu público con abusos y castigos.

El período de Melgarejo, divertido si se quiere desde el punto de vista anecdótico, marca en realidad una época de crueles tristezas porque bajo la acción deprimente de ese caudillo bárbaro, se firman tratados que desmedran gran parte del territorio, se preparan otros leoninos que habrían de producir iguales resultados un poco más tarde, y se desquicia la vida

libre del país con la complicidad inconsciente de las gentes que egoístamente le sostienen.

Nada se puede esperar de estas gentes ni nada se hace en vista de preparar días mejores para la patria. La obra de los detentadores del poder sólo se reduce a defenderse de los desesperados asaltos que organizan los pueblos indefensos y desarmados, para arrojar a los payasos y mercaderes del gobierno y la decadencia de la instrucción llega entonces a los límites extremos. En todo el país no hay ahora ni una sola escuela para niñas, y en las de los varones faltan alumnos porque la dispersión de las familias es grande. El presupuesto de instrucción, pobre y ridículo, ahuyenta de la enseñanza a las gentes de vocación porque los sueldos que fija son de hambre. Véase algunos:

Cancelario	960 Bs. anuales
Profesores de Universidad	672 " "
Profesores de secundaria	480 " "
Profesor de francés	288 " "
Profesor de música	240 " "
Bibliotecarios	240 " "

A un bárbaro sucede otro en 1872: Morales.

Los pueblos han agotado todas sus energías para dar fin al despotismo del soldado intemperante y brutal; mas ahora, al encontrarse con otro de la misma o acaso peor catadura, se siente acobardado para comenzar la lucha.

“Anarquía, desunión, pretensiones absurdas o indecorosas, confusión y falta de juicio y patriotismo, tal es la situación del país actualmente”, dice de esta época un prócer de espíritu penetrante, Adolfo Ballivián, el sucesor inmediato de Morales en la presidencia.

Naturalmente, el atraso del país es conocido en el Continente y nadie piensa que Bolivia pudiera ofrecer ningún aporte o colaboración a una política internacional de esfuerzo en prácticas democráticas o intercambio de productos. “Todo el progreso de Bolívar en un siglo —decía un viajero— se reduce a la sustitución de la llama por la mula para la misma miserable existencia”.

Como población no había ganado nada la república. Al contrario, porque las revueltas eran causa de constante empobrecimiento. La del Litoral, por ejemplo, hacia 1874, carece de homogeneidad y no tiene nexos sentimentales con el resto del país. El puerto de Antofagasta cuenta con 6.000 habitantes escasos, casi todos extranjeros en una proporción alarmante del 95%. Son los chilenos, explotadores de las salitreras, quienes alcanzan la mayoría o casi la totalidad. El elemento industrial boliviano apenas existe

y los contados nacionales que viven en la desolada región son empleados públicos.

Es el único punto del país poblado por extranjeros. En el interior, domina el desierto. Y aquí estriba uno de los problemas más complicados, o sea la inmensidad del territorio boliviano con la escasez de una población sin hábitos de trabajo ni disciplinas morales e intelectuales, porque las clases letradas viven con y de la política, las clases medias vegetan, y las llamadas inferiores, las clases indígenas, viven al día, comiendo lo que ganan, olvidadas de su pasado, indiferentes al porvenir.

La masa social misma, en conjunto, carece de cohesión moral y de grandes estímulos, pues nada la conmueve de veras, nada tampoco la entusiasma. Las incitativas del arte no tienen fuerza, la comprensión de las manifestaciones del genio literario casi no existe y los escritores y poetas viven al margen de las preocupaciones ordinarias, o sólo se afanan en producir para obtener la anhelada notoriedad que les permitirá actuar en los campos fructuosos de la política. Y entonces crean en desorden, sin poner empeño en la perfección de la labor, al azar de las circunstancias, en constante improvisación. Naturalmente sus esfuerzos artísticos resultan estériles porque sus obras, a casi nadie interesan y los autores, luego de haber gastado tiempo y dinero, han de concluir por regalar sus libros para que las gentes se enteren de sus esfuerzos. . .

Estamos en 1876.

Otra de tantas crisis ha barrido los gobiernos legalistas de Adolfo Ballivián y don Tomás Frías y un caudillo de baja estirpe, señalado tristemente por sus hazañas en la incesante guerra civil, se ha apoderado del gobierno usando las armas comunes de la traición y el engaño.

Tristes son los momentos.

En el tesoro público escasean los fondos. La deuda externa de Bolivia alcanza a casi dos millones de libras esterlinas, y el crédito nacional está seriamente comprometido en el mundo porque habiendo contraído esa deuda plegándose, por ignorancia, a las exigencias leoninas de los prestamistas, ha debido suspender el pago de intereses y cada tenedor de bono, inglés, es un convencido propagandista de la falencia del Estado y de su mala fe internacional. . .

Honestas aunque inocentes habían sido las intenciones de los gobiernos al negociar combinaciones financieras en Europa. Pretendían nada menos que unir el rico desierto del litoral con la meseta del altiplano y ligar las ciudades y caseríos de la costa a las ciudades del interior, las más pobladas entonces, porque, al fin la amenaza que venía cerniéndose desde 1842, o sea desde el descubrimiento de guanos y salitres en el litoral, se presentaba ahora inminente con las pretensiones de Chile, incesantemente renovadas. . .

Así llegamos al año 79.

Para dar una idea remota de lo que significaron para Bolivia los incidentes de este fatal año, resumamos en breves líneas el estado político y social del país entonces.

Hasta aquí, en 54 años de vida independiente y autónoma, hemos hecho 170 revoluciones, motines, asonadas y golpes de mano, o sea algo más de tres por año. . . El número y calidad de las víctimas no se conoce con exactitud porque la vida humana, que vale dinero y representa mucho capital en un país despoblado, allí parece no alcanzar ningún precio por insignificante.

¿Se da cuenta el lector lo que significan 170 revueltas en medio siglo para un país pobre, despoblado, sin recursos y cuyos centros urbanos se hallan distantes unos de otros por cientos y hasta miles de kilómetros? . . .

Cada movimiento subversivo, cada riflazo en un cuartel, cada "gloriosa" representa no sólo un movimiento de recule en el progreso de la nación, sino un despilfarro calamitoso y criminal de sus recursos porque allí todo se hace con esfuerzos multiplicados y gastando enormes sumas de dinero. El simple viaje de un batallón de una provincia a otra, demanda afanes, gastos, contratiempos.

La guerra civil destruye riquezas privadas y públicas, crea la holganza, engendra hábitos de imprevisión y pereza porque no estando protegido el esfuerzo individual ni teniendo nadie confianza en la estabilidad de la paz pública, nadie tampoco deseaba esforzarse para crear ante la segura perspectiva de lo inútil.

"Gobernar es poblar", se decía entonces en el país de Sarmiento, con lúcida clarividencia. Y en Bolivia se obraba en sentido contrario porque las revoluciones despoblaban, aniquilaban, embrutecían y empobrecían, sobre todo, pues el destierro, la proscripción y el confinamiento son las únicas armas conocidas por los gobernantes criollos para reducir o aniquilar al adversario político, y esa arma resulta al fin desastrosa, ya que siendo Bolivia un país de gentes pobres, cada proscrito consume en el destierro parte o toda su flaca heredad, dejando en la calle a los suyos.

Pero el daño de las revoluciones no se detiene aquí, sino que va hasta el fondo del cuerpo social. Y véase cómo:

Cada caudillo surge con el apoyo de alguien. A cada capitán le sigue su mesnada. Hay, por tanto, en cada movimiento *libertador* un cambio casi completo en el personal administrativo y los negocios del Estado no tienen una orientación definida y están mal dirigidos, porque todos los adeptos al caudillo reclaman para sí premios, cargos, honores y dignidades, que se reparten no entre los mejores, sino entre los más cínicos o serviles. Y el espectáculo tórnase doloroso, porque el afán de entender en la cosa pública es tan activo, que el criterio común ha llegado a deformarse al considerar como lo único digno y honorable, el cargo o la función

pública y desdenar otra clase de labores —las agrícolas e industriales, por ejemplo—, labores de mala calidad.

Y son los indios —elemento inferior— quienes de veras trabajan en labores necesarias, porque producen, siembran, cosechan, truecan, y, sobre todo, contribuyen a soportar y mantener de pie ese edificio del Estado, pues el capítulo de rentas más saneado, más seguro y de mayor volumen son las contribuciones indígenas que comprenden casi un 80% de las rentas totales de la Nación.

Pero el indio, creado en la rutina, muere rutinario y el producto de su esfuerzo no hace avanzar al país porque es puramente mecánico, si se quiere, y falta en esa actividad la chispa de la inteligencia cultivada, del esfuerzo consciente desplegado con fines de solidaridad social... De ahí que entre el indio y el blanco no existe ninguna relación, ni afinidad. Son dos razas que, conviviendo, se ignoran profundamente. Nunca puso el blanco ningún esfuerzo en conocer a fondo al indio para saber, al fin, qué podría obtener de él y hasta dónde podía contar con su colaboración consciente. El indio jamás vio en el blanco otra cosa que al enemigo hereditario y vive temiéndole y odiándolo, por no decir despreciándolo, a su manera.

Aparentemente ambas razas tienen sus límites marcados.

Los blancos y los mestizos se atribuyen misiones elevadas. Su rol, señalado por su mayor cultura, es en verdad directivo; pero casi nunca mandan en el sentido de dirigir esfuerzos combinados o sugerir ideales. Tampoco trabajan. Medran. Quienes trabajan son los indios en labores agrícolas hechas a fuerza de herencia ancestral, si se quiere. Después de los indios y con más inteligencia que ellos, aprovechando máquinas e invenciones modernas, trabajan y comercian los *gringos*. Muchos, los más, llegan pobres, desheredados, siguiendo azares de su destino, pero con virtudes de ahorro, economía y previsión y la noción del valor del tiempo. Trabajan, ahorran, acumulan y... se van, llevándose sus riquezas, sin dejar gran cosa en el país. Y su acción resulta acaso una sangría suelta para éste, que queda siempre en malas manos, en manos de militarotes y soldados déspotas o bárbaros.

Los que nos observan se quedan espantados, porque aquello es un vértigo de inconsciencia, de salvajismo organizado, pues el más grande crimen y el más funesto en los caudillos de Bolivia, ha sido imponerse por la fuerza armada y satisfacer su baja ambición personal comprometiendo los intereses eternos del país; obrar siguiendo los impulsos de su ingenuo orgullo y con el afán de distinguirse y dominar, sin preocuparse de las generaciones futuras que luego habrían de pagar las consecuencias de ese crimen.

LAUREANO VALLENILLA LANZ
(Venezuela)

DISGREGACION E INTEGRACION (*La influencia de los viejos conceptos*) *

“Un pueblo vive siempre de tradiciones; puede tener ideas nuevas, nuevas necesidades, pero así como a nadie le es dado desligarse de sus antecedentes personales, mucho menos puede hacerlo un pueblo, que no es sino una reunión de hombres. Nosotros no podemos transformarnos bruscamente de la noche a la mañana, rompiendo nuestros vínculos con el pasado. Si examinamos en qué consiste la mayor parte de nuestras ideas, veremos que son ideas tradicionales que sirven de transición a otras nuevas. Vivimos de la sucesión de nuestros antepasados, y, como dice Leibniz, “el presente es hijo del pasado y padre del porvenir”. *E. Laboulaye.*

“Todo fenómeno histórico es invariablemente el resultado de una larga serie de fenómenos anteriores y el presente es hijo del pasado y lleva en su seno el germen del porvenir”. *G. Lebon.*

Una de las manifestaciones más características de nuestra vida nacional, ha sido la tendencia constante a las reformas institucionales: por la creencia demasiado generalizada de que las alteraciones más o menos sustanciales del sistema político que nos rige, desde la Revolución de la Independencia, podían influir en la singular y dolorosa situación en que había venido agonizando nuestro pueblo, y abrirle amplia y segura senda de bienestar y progreso.

Ante las angustias de una lucha prolongada y tenaz, en la que la sangre de varias generaciones empapó durante cien años un suelo dotado por la naturaleza de cuantos dones pueden ostentar los más ricos países; ante el largo espectáculo de desolación y muerte, donde se ven mezclados y confundidos acciones heroicas e inauditos crímenes; ante la miseria, la arbitrariedad y la relajación de costumbres, que han sido en todos los pueblos el obligado cortejo de las revueltas civiles, nuestros publicistas anduvieron siempre a caza de un remedio eficaz, y las más extrañas teorías, las más extraviadas concepciones, las reformas más incompatibles con los instintos políticos y con el organismo social de la nación, aparecían en las épocas de crisis, como específicos heroicos de tan inveterados males”¹.

* Publicado en 1930 al recordarse el Centenario de la muerte de Simón Bolívar.

¹ En toda la América y aun en Europa ha sucedido lo mismo. “El mundo durante los últimos ochenta años —dice Macaulay en la *Historia de la Revolución de Inglaterra*— ha sido notablemente fecundo en legisladores, en quienes ha predominado el elemento especulativo con exclusión del elemento práctico. A su sabiduría han debido Europa y América docenas de constituciones abortadas; constituciones que han vivido lo estrictamente necesario para hacer un mísero ruido y desaparecer en medio de convulsiones”.

Las constituciones se han sucedido unas en pos de otras, con vertiginosa rapidez; la geografía política de la república ha sido cambiada con frecuencia, contrariando las tradiciones locales; multitud de actos legislativos y dictatoriales, expedidos por las exaltaciones revolucionarias, por intereses sectarios o por el empirismo político, convirtieron la legislación patria en un intrincado laberinto... y nada estable, nada racional había surgido en cien años.

Durante una centuria de vida independiente, Venezuela había vacilado entre teorías, la sangre seguía corriendo a torrentes, el desarrollo de la riqueza se hacía cada vez más lento y trabajoso... y las actividades de este pueblo heroico, fuerte e inteligente, se perdían para la civilización y para el bien... no por las fútiles razones que se leen a cada paso en la prensa periódica y en los libros y folletos nacionales y extranjeros, en los cuales se asientan como verdades inconcusas los más crasos errores históricos y científicos, se prorrumpen en jeremiadas patrióticas o se proponen como medidas de salvación los más pueriles e impracticables procedimientos, sino por la ignorancia de las leyes que rigen el desenvolvimiento de las sociedades, cuyo estudio no puede hacerse al resplandor ofuscante de las pasiones políticas, sino a la luz pura y serena de la investigación científica.

La razón de que hasta hace poco tiempo no se haya emprendido en Venezuela la importante labor de investigar los orígenes políticos y sociales, para explicarnos con exactitud nuestra evolución histórica, debemos buscarla en los errores científicos que aún viven en nuestra atmósfera intelectual como resabios persistentes de viejas teorías metafísicas, que atribuyen a influencias extranaturales o a la voluntad libre del hombre las causas esenciales de todo fenómeno social.

Todo parece surgir en nuestra historia como por arte de magia; y la tendencia del espíritu humano, que lo induce a solicitar en las vaguedades teológicas y metafísicas la causa de los fenómenos cuya explicación no encuentra fácilmente, se halla entre nosotros de tal manera acentuada por la mezcolanza de razas, por el medio y por la educación que al más ligero examen podemos encontrar sus perniciosas influencias en cada una de nuestras manifestaciones intelectuales.

En la historia y en la política esa influencia ha sido poderosa; y así como respecto al verdadero papel de nuestros hombres dirigentes vivimos aún en completa ignorancia científica, en lo que se refiere al análisis de los acontecimientos, jamás se ha tenido en cuenta la noción de causa y de evolución que prevalece en la ciencia moderna, y con lamentable ligereza se han venido atribuyendo al azar, o a influencias puramente individuales, fenómenos que tienen sus orígenes en las fuentes primitivas de nuestra sociedad.

Las pasadas generaciones desconocieron por completo que "todo fenómeno social, político o económico, tiene su razón de ser en una o en varias causas sociales; que como en los dominios físico e intelectual, existe

una relación de igualdad y de proporcionalidad entre la causa y el efecto, y que por engañosas que puedan ser las apariencias, un hecho individual no producirá jamás un hecho social, el acto de un individuo no creará jamás por sí solo un estado social”².

A través de nuestro decantado progreso intelectual ha prevalecido en la apreciación de nuestros movimientos políticos, el concepto metafísico que apareció con la República en 1811 y que los padres de la patria aprendieron de los filósofos europeos del siglo XVIII, el cual llevaba a considerar las instituciones políticas como “moldes de fabricar pueblos”, y a creer que bastaba consignar principios abstractos en las páginas de un libro, para modificar hondamente los caracteres de una comunidad social.

Siempre y por todas partes nos tropezamos en Venezuela con el mismo criterio: del pueblo “embrutecido, esclavizado, fanatizado, ultrajado por el despotismo colonial”, brotaron los “héroes de la libertad y los defensores del derecho”; de la sociedad dividida, anarquizada por la heterogeneidad de razas y los prejuicios de castas, nació espontáneamente la democracia; de los criollos indolentes, educados en las abstracciones de la teología y en las disquisiciones del peripato, “afeminados por el lujo y la molicie”, surgieron repentinamente “los republicanos austeros y eminentes que sembraron el radicalismo liberal en toda la extensión de Sur América. . .”.

Nuestro ilustre historiador Baralt, después de contar con su brillante estilo las proezas colosales de la Conquista y exponer sucintamente el régimen político, religioso, judicial y de hacienda de la Capitanía General de Venezuela, estudia las costumbres públicas emanadas de aquella “viciosa organización”, y sintetiza en estas frases el estado de la Colonia en vísperas de la Revolución: “La ínfima clase se hallaba embrutecida y pobre; la más elevada era, con pocas excepciones, ignorante y vanidosa. Por doquiera se veía enseñoreada la superstición: en los ricos el lujo y los vicios que éste engendra”. Y continúa el eminente literato con estos otros conceptos que no son la consecuencia, sino la antítesis de aquellos, lógica y científicamente considerados: “La libertad, empero, alma de lo bueno, de lo bello y de lo grande, diosa de las naciones, brilló por fin sobre la patria nuestra; y en ese día, ¡cuánta luz no brotó de aquellas tinieblas, cuántos héroes no salieron de aquella generación de esclavos!”³

¡He allí el mismo concepto bíblico de la creación del mundo aplicado al nacimiento de la nación venezolana!

Y del mismo modo que los hombres, surgieron también las instituciones: del régimen despótico de la Colonia pasamos sin evolución a la República democrática-federativa.

Para la época en que el señor Baralt escribió su historia (1840), había muy pocos años que se había iniciado en Europa el movimiento cien-

² L. Gumplowicz. *Précis de Sociologie*, p. 141.

³ Baralt y Díaz. *Historia antigua de Venezuela*, página 400.

tífico basado en el método experimental; y los estudios sobre las constituciones, las razas, las creencias, los prejuicios, los móviles e instintos inconscientes de los pueblos... las fuentes todas de las investigaciones sociológicas que hoy nos aleccionan contra las brillantes utopías de los declamadores políticos y de los narradores de epopeyas, eran temas no solamente nuevos, sino prematuros.⁴

Pero al cabo de un siglo, cuando las nuevas generaciones debieran haber encontrado abierto y trillado el camino de las investigaciones sociológicas, vemos con dolor que todavía la historia de la Independencia sólo sirve de tema a cantos épicos y a romances heroicos; que se da el nombre de Historia a voluminosas compilaciones de documentos oficiales; que nuestras viejas luchas civiles no arrancan a la pluma sino polémicas incendiarias, o conceptos completamente erróneos; y en tanto nuestro pueblo, el pueblo que ha derrochado su valor y sus energías en las bregas sin gloria de las guerras civiles, continúa siendo un enigma para los mismos que hablan enfáticamente de su regeneración; y que cuando algunos sabios de Europa, atraídos por el ruido de esta vida desordenada de nuestra América, solicitan, inquieren y se remontan a nuestros orígenes para estudiar sus causas, los venezolanos, y los hispano-americanos en general, continúan imbuidos en el mismo criterio metafísico de nuestros abuelos, creyendo muy sinceramente, y para ser burlados una vez más por la realidad, que sólo en el implantamiento de las más avanzadas teorías liberales republicanas y democráticas puede estribar el engrandecimiento de nuestras nacionalidades⁵.

Juzgamos por ello como la más noble labor a que pueden consagrarse nuestros modernos hombres de ciencia, la de aplicar al estudio de la evolución histórica de Venezuela los fecundos métodos positivos, a fin de que ese pasado tan oscurecido por los viejos conceptos, por la literatura épica y por las pasiones banderizas, sea en realidad fuente de saludable y fecundas enseñanzas.

⁴ Augusto Comte, que fue uno de los primeros en considerar la historia y la política sometidas a las leyes naturales, lanzó sus primeras ideas en 1823, al independizarse de su maestro Saint-Simon. "No ha sido sino mucho más tarde, —dice Paul Janet, analizando la filosofía de Comte— cuando sus ideas se han expandido en los espíritus y hoy casi pueden considerarse del dominio público. Sin embargo, es todavía una novedad el afirmar que la política y la historia deben conformarse a las leyes positivas". "La Philosophie d'Auguste Comte". *Revue des Deux Mondes*. Agosto de 1891. La literatura comtiana es inmensa, como lo es la influencia universal del maestro del positivismo. Escogimos el párrafo del estudio de Janet, porque era el único que teníamos a la mano cuando hace veinticinco años escribimos lo principal de este estudio.

⁵ Siempre que hablamos de la funesta influencia de aquellas ideas, debemos recordar al Libertador, el único de los estadistas de América que vio claro en medio de la confusión que producían en el cerebro de los semi-letrados las teorías del jacobinismo francés. —"La influencia de la civilización produce una indigestión en nuestros espíritus que no tienen bastantes fuerzas para masticar el alimento nutritivo de la libertad. Lo mismo que debiera salvarnos nos hará sucumbir. Las doctrinas más puras y más perfectas, son las que envenenan nuestra existencia". O'Leary. *Memorias*. T. 31, página 23.

Por desgracia son muy contados, no sólo entre nosotros sino en casi toda Hispanoamérica, los escritores que hayan realizado trabajos de esa naturaleza; y si en otros ramos de la literatura y de las ciencias pueden señalarse progresos de bastante entidad, en lo que se refiere a las ciencias sociales y políticas, los prejuicios han sido más poderosos que los conocimientos adquiridos; y por esa razón los hechos más claros y evidentes a la luz de la observación científica, se juzgan con el viejo criterio racionalista, que "como un precipitado químico, se ha quedado fuertemente adherido a las paredes del espíritu".

Las conquistas con que Augusto Comte, Spencer, Bastian, Taine, Letourneau, Lazarus, Simmel, Wagner, Ihering, Ratzel, Gumplowitz, Loria, Bougle, Tarde, Durkheim, Worms y toda una legión de sociólogos han invadido los dominios de las antiguas teorías e impreso rumbos más ciertos al estudio de los fenómenos históricos y políticos; la ruidosa revolución que, levantando la bandera del método experimental, ha hecho de la historia y de la política dos ramas estrechamente ligadas a las ciencias positivas, no se han tomado en cuenta todavía, cuando se pretende analizar y explicar la evolución política y social de Venezuela, sin haber estudiado concienzuda y prolijamente los orígenes de la nacionalidad.

Pues es lo cierto que nadie puede lanzar hoy afirmaciones precisas respecto a las modalidades políticas, económicas y sociales de un pueblo sin haber penetrado hondamente en la observación de sus orígenes y peculiares caracteres.

"La forma social y política a que un pueblo puede llegar y hacerla permanente, no depende de su voluntad, sino que está determinada por su carácter y su pasado. Es preciso que esa forma se amolde hasta en sus menores rasgos a los rasgos vivientes sobre que se aplica: de otro modo se quebrará y caerá hecha pedazos. Por esta razón, si conseguimos hallar la nuestra, ha de ser estudiándonos a nosotros mismos, y cuanto con mayor precisión sepamos lo que somos, con tanta más seguridad distinguiremos lo que nos conviene"⁶.

Ardua y dilatada es la labor, múltiples y profundos los estudios que se requieren; pero si son contadas las inteligencias que puede emprender una obra tan complicada, el solo conocimiento de cuantos esfuerzos se necesitan para llevarla a término, debe contener en los límites de una prudente abstención a los que se dedican al estudio de la sociología y de la historia, y no pretender como los publicistas diletantes⁷, cambiar el carácter de un pueblo con artículos de periódicos y hacerlo feliz con una constitución de papel.

⁶ H. Taine: *Les Origines de la France Contemporaine*.

⁷ El diletantismo es, según Carlyle, "la hipótesis, la especulación, un género de investigar la verdad a lo amateur, jugando y coqueteando con la verdad. Este es el más deplorable de los pecados, la raíz de todos los pecados imaginables y consiste en no haber estado jamás ni el alma ni el corazón del hombre abierto a la verdad, viviendo en una vana ostentación y puro engaño". —*Los Héroes*.

Ya pasaron felizmente para la ciencia y para la humanidad aquellos tiempos en que el Abate Mably creía que “hacer un pueblo es lo mismo que fabricar una cerradura”, en los que Juan Jacobo Rousseau afirmaba que un gran legislador, un Licurgo, podía fundar una sociedad. “Si hubieran hecho estudios más profundos sobre las sociedades mismas —ha dicho Laboulaye— habrían visto que los legisladores caídos del cielo para civilizar las naciones no han existido sino en la imaginación de los poetas y que, en realidad, los pueblos no se dejan gobernar sino por leyes análogas a sus costumbres y a sus necesidades”⁸.

Pero la teoría evolucionista y el determinismo sociológico están aún muy lejos de prevalecer en nuestra educación científica.

En la mayor parte de nuestros llamados hombres de ciencia, los conocimientos modernos se han quedado en “el piso superior del espíritu”, valiéndonos de la gráfica imagen del gran historiador de “Los Orígenes”, sin fuerzas suficientes para descender al campo de aplicación.

Por eso vivimos durante cien años, destruyendo, demoliendo el pasado. “Romper con la tradición” fue el precepto sacramental de nuestras revoluciones, desde la Independencia. . . Pero la herencia psicológica más fuerte, más poderosa, con mejores títulos al predominio social, ha resistido impasible a los ataques de los teóricos y a las demoliciones revolucionarias, demostrando que las sociedades como la Naturaleza, no marchan a saltos.

En vano se han querido establecer soluciones de continuidad entre la Colonia y la República, pues a poco de detenernos a estudiar nuestra constitución orgánica, encontramos los sólidos cimientos de aquel vasto edificio secular, sobre los cuales hemos continuado viviendo casi sin darnos cuenta de ello.

En las costumbres, en las ideas, en los móviles y prejuicios inconscientes; en las cualidades como en los defectos, en todos los rasgos, en fin, que constituyen el carácter de nuestro pueblo, la herencia colonial se impone con una fuerza incontrastable y subsiste en nuestro ambiente psicológico, como subsiste en la estructura de las ciudades. Cien años de vida independiente y de demoliciones revolucionarias que no han acabado todavía con toda la obra material de la Colonia, tampoco han podido modificar los instintos políticos del pueblo venezolano.

No abrigamos una sola preocupación, no obedecemos a un solo móvil inconsciente, no existe en el espíritu de las masas populares un solo sentimiento, ni una sola inclinación, ni un solo instinto, en política, en religión, en todas las múltiples manifestaciones de la vida social, que no tenga su causa determinante en aquellos tres siglos de coloniaje, que prepararon el

⁸ Laboulaye: *Estudio sobre la Constitución de los Estados Unidos*. Es el mismo pensamiento expresado por todos los sociólogos: “Les sociétés —dice Bouglé— ne sont pas dans la main des grands hommes, comme l'argile dans la main du potier”. *Les Idées Egalitaires*, p. 83; y Grosse afirma: “Así como los organismos, las sociedades no llegan nunca a asimilar lo que repugna a su naturaleza”.

advenimiento de la nacionalidad venezolana por una evolución lógica y necesaria en todo organismo social.

Los observadores superficiales han creído ver en cada convulsión revolucionaria una ruptura radical con el pasado, y nuestros legisladores, desde los "buenos visionarios" de 1811, se han dado a la ideológica tarea de sancionar los más avanzados principios políticos, condenados necesariamente, en el terreno de los hechos, a ser anulados por las costumbres y hasta por las leyes llamadas a ponerlos en ejercicio.

Los constituyentes del año 19 en Angostura, los del 21 en el Rosario de Cúcuta; los del 30 y los del 58 en Valencia; los del 64 en Caracas. . . creyeron sinceramente que habían fundado una obra sólida y estable sobre las ruinas del pasado y convertido en abono fecundo la sangre derramada. No vieron, no quisieron ver jamás, que la influencia de las instituciones políticas es siempre nula, cuando ellas no se adaptan al estado social, y que los principios políticos son puras abstracciones, cuando las leyes que deben servirles de medios de aplicación, no corresponden al sistema establecido.

Así, por ejemplo: el régimen político del año 30, que fue una reacción contra las pretensiones antidemocráticas que precipitaron la disolución de Colombia, conservó la ley de manumisión en iguales o peores condiciones que la Gran República; y cuando sancionaba las más absolutas libertades civiles y económicas, conservaba casi en todo su vigor la legislación civil y administrativa de la Colonia, "monopolista y absolutista por esencia"⁹. Cuando en 1864, los constituyentes de la *Federación* sancionaron el más bello de cuantos códigos ha podido concebir el idealismo político, un Decreto inconsulto del caudillo vencedor destruyó de una plumada los trabajos y lentos progresos de la legislación patria, e hizo retroceder a la nación, después de cincuenta años de Independencia y de República, al

⁹ Los juristas venezolanos clamaron siempre contra aquella absoluta disparidad entre los principios de la Constitución y las leyes civiles, administrativas y fiscales. En 1845 decía el doctor Ramón Delgado: "Quince años de existencia política tiene ya Venezuela, quince veces se ha reunido su legislatura y todavía carece de las leyes más necesarias, a pesar de la multitud de volúmenes que componen la biblioteca de un jurisconsulto venezolano. . . Si yo dijera que nuestra legislación es griega, no aventuraría mi dicho, porque los romanos adoptaron las leyes de los griegos, los españoles fueron romanos y nosotros fuimos españoles. . . Colombia adoptó aquella legislación y Venezuela siguió su ejemplo. Pero si esto se hiciera con detenido examen, merecería perdón porque se tendría como un error propio del género humano. Mas no ha sido sino por medio de una plumada, en un solo artículo que contiene la Ley única, título 12 de Procedimiento. Baste saber que las leyes dictadas por Monarcas absolutos para pueblos regidos por diferente sistema político, para hombres de más o menos instrucción, para habitantes de climas diversos, son las que Venezuela ha adoptado como legislación patria". *El Agricultor*, N° 60. Caracas 24 de abril de 1845 (Biblioteca Nacional).

régimen civil de la Colonia: "y el precedente de siglos continuó gobernando nuestra vida real bajo el imperio de la República escrita" ¹⁰.

De manera que en plena conquista de los sacrosantos derechos republicano-democráticos, las *Leyes de Indias*, las *Leyes de Partidas*, la *Novísima Recopilación*, las *Ordenanzas de Bilbao*, las *Reales Cédulas* de los Monarcas absolutos, vinieron a ser de nuevo el derecho privado y administrativo que iba a regir la república restaurada por el gran partido liberal federalista, a despecho del jacobinismo, siempre imperante, de nuestros declamadores revolucionarios.

II

Para los hombres que durante un siglo se sucedieron en la dirección intelectual y política de Venezuela, jamás el pasado tuvo significación alguna. Cada nueva *etapa* de la evolución nacional, no fue en el concepto de sus prohombres sino una solución de continuidad: y fácil es descubrir en casi toda nuestra literatura histórico-política, que siempre el *caos* ha precedido al nacimiento de cada una de nuestras *transformaciones políticas*.

Del *caos* de la Colonia, nació la efímera y candorosa República de 1811: del *caos* de la Guerra Magna surgió la Gran Colombia: del "largo y tenebroso *caos* de la dominación oligarca" surgió el Partido Liberal: y cuando la "dinastía de los Monagas" volvió la República a la "nada", la obra creadora se dividió entre los Convencionales de 1858 y los guerrilleros federales, hasta que del seno de otro *caos* formado por la Dictadura y por "la guerra de cinco años", apareció la República democrático-federativa del 64.

En 1876, decía don Antonio Leocadio Guzmán, como Presidente del Congreso, contestando al Mensaje, presentado por su hijo el general Guzmán Blanco, Presidente de la República: "Yo no sé, señor, por qué se os llama Restaurador. Se restaura lo que alguna vez ha existido: pero ¿cuándo había existido en verdad la República en Venezuela? No se os puede llamar

¹⁰ Véase Aníbal Domínicí, *Comentarios al Código Civil Venezolano*. Introducción Nicomedes Zuloaga. —Datos históricos sobre la Codificación en Venezuela. Introducción al *Código Civil Concordado*.

Esta misma observación la hace el eminente argentino Alberdi, al tratar de la *Organización* de aquella República. La implantación violenta al mismo tiempo, de ciertas leyes, consideradas entonces ultraliberales, como la de 10 de abril de 1834, sobre libertad de contratos y que vino a chocar abiertamente contra toda la legislación colonial en materia de crédito "produjo en su ejecución, asonadas y motines" como lo afirma el doctor Nicomedes Zuloaga. *Op. cit.* El principio de *laissez faire*, del *laissez passer*, o de la no intervención en que se basó aquella ley, está hoy considerado por la ciencia como una doctrina anárquica, que aplicada al conjunto de la vida social, revive, transformándola y bajo una nueva faz científica la vieja teoría de Hobbes de la lucha de todos contra todos. V. Tanon, *L'Evolution du Droit*. Spencer en su libro *El Individuo contra el Estado*, considera que los resultados de esa ley "esclarecida y bienhechora" traen sin embargo, como consecuencia la pobreza de los incapaces, el abatimiento de los imprudentes, la desnudez de los perezosos y ese aplastamiento de los débiles por los fuertes que deja en el abismo y en la miseria un número incalculable de desgraciados".

creador porque ese atributo pertenece de manera exclusiva al Omnipotente, pero si no habéis sacado la República de la nada, es indudable que la habéis desprendido del caos. Caos era la existencia en que gemía Venezuela!"¹¹

Y quien así habla es el mismo que preconiza la existencia de la "verdadera República" en 1840 y el mismo que nueve años más tarde, como Ministro de lo Interior y Justicia del gobierno de Monagas, decía al Congreso Nacional: "El hombre que como yo ha tenido la fortuna de crear la razón pública y de constituir las doctrinas de la libertad de una inmensa mayoría"¹².

Por manera que aquella "mayoridad" del pueblo de Venezuela, que tanto había decantado el señor Guzmán al constituirse la República en 1830 y cuando cuatro años más tarde fue electo el doctor Vargas para la Primera Magistratura¹³, aquel pueblo consciente que sabía ejercer sus derechos en 1846 en virtud de la *razón pública creada* por el Redactor de *El Venezolano*, había vuelto a la ignorancia y a la abyección en el cortísimo espacio de veinticuatro años, ya que para 1870 el general Antonio Guzmán Blanco sólo encontró un *caos* de donde al *fiat* del Regenerador, apareció, como la luz en medio del caos bíblico, la verdadera República de Venezuela.

No vaya a creerse que esos conceptos fueran únicamente producidos por el histrionismo característico del señor Guzmán. Basta recorrer los documentos y periódicos de todas las épocas, para comprobar que en esos mismos errores incurrieran inconscientemente multitud de hombres de talento no sólo en Venezuela sino en todas las naciones hispanoamericanas; pues no debemos olvidar la preponderancia del criterio metafísico, del error tradicional profundamente arraigado en la mentalidad de aquellas generaciones, de revestir a los "hombres superiores" de la facultad creadora, de la acción divina (*Deum-pati*), de la virtud misteriosa, que durante largos años redujo la historia humana a influencias extranaturales, o simplemente "a un drama en el que la Providencia tiraba de los hilos a sus personajes".

Todavía existen, no sólo entre nosotros sino en la América entera, muchas mentalidades encasilladas en las viejas teorías teológicas, metafísicas y racionalistas que desconocen por completo las leyes fundamentales de la evolución y del determinismo sociológico: todavía hay quienes creen en el imperio absoluto de la razón y del libre albedrío, y en la posibilidad de reformar la sociedad según el método especulativo y deductivo cuyo natural desenvolvimiento conduce forzosamente a apartarse de la observación de los hechos históricos, como bases positivas de toda la evolución

¹¹ A. L. Guzmán: *Datos Históricos Sud-Americanos*, tomo 2º p. 279.

¹² A. L. Guzmán: *Id. íd.*, tomo 1º, págs. 4 y 5.

¹³ A. L. Guzmán: "Para esta fecha Venezuela probó tener ya conciencia de su propia mayoría. La Constitución de 1830 es una prueba solemne"... "Resultó en su elección de 1834, la justificación más espléndida de la administración que terminaba. La opinión pública tenía conciencia de sus derechos, de su independencia, de su mayoría". —*Datos Históricos*, tomo 1º (*passim*).

social¹⁴. De allí el nombre de escuela antihistórica con que bautizó Savigny a los filósofos de la pura razón y del derecho natural, para quienes “cada generación, cada edad —como afirma Tanon—¹⁵ crea su mundo, libre y arbitrariamente, bueno o malo, feliz o desgraciado, en la medida de su inteligencia y de su fuerza. Esta manera de ver las cosas conduce a considerar los tiempos pasados como si nada tuvieran que enseñarnos para la constitución del estado presente. La historia se reduce entonces a una compilación de ejemplos político-morales”. Doctrina absolutamente disolvente en sus consecuencias, y de efectos tan desastrosos para la humanidad, que aún es ella la que están invocando los energúmenos y los revolucionarios, para trastornar el orden social e interrumpir la evolución normal de las naciones.

Ningún otro origen tiene, en nuestro concepto, la arraigada tendencia que en cada nueva conmovición pretendía destruir, demoler, dar la espalda al pasado, volver, en fin, a la *nada*, en la fe absoluta de que era fácil tarea hacer una nueva República, crear otra alma nacional, otro carácter nacional, hacer otro pueblo, de acuerdo con sus doctrinas idealistas.

Obsérvese además que cada generación, cada partido, cada revolución, no abrigó nunca otro propósito sino el de *destruir* para *crear*. La tradición era completamente desconocida; y nuestros Grandes Hombres desde Simón Bolívar, fueron considerados por la historia como enviados o representantes de la *Omnipotencia Divina*, y no como son en realidad, exponentes genuinos del medio y del momento, sometidos a las leyes de la evolución y del determinismo psicológico.

Las pasadas generaciones han desconocido que “ese conjunto de sentimientos que se llama carácter y que son los verdaderos móviles de la conducta, el hombre los posee cuando viene al mundo; pues como están compuestos por la herencia de sus antepasados, influyen en él con un peso del cual nadie es capaz de libertarlo, y desde el seno de la tumba todo un pueblo de muertos le dicta imperiosamente su conducta”¹⁶.

Repetimos que esos principios científicos no fueron jamás tomados en cuenta, en la apreciación de nuestros fenómenos sociales ni en el análisis de nuestros hombres de gobierno.

Toda nuestra literatura histórica, y lo que ha sido aún más funesto por su influencia en la vida práctica de la Nación, las convicciones y proceder de nuestros intelectuales, han estado sometidos ciegamente, inconscientemente, a los prejuicios teológico-metafísicos que, con cándida sencillez bíblica, creían transformar a los hombres y a los pueblos despertando en

¹⁴ En la faz teológico-metafísica, los astros han sido considerados como teniendo una influencia inmediata sobre los destinos humanos; en química el hombre se cree con el poder de transformar la materia; en medicina aspira a descubrir la panacea universal; del mismo modo que en política llega a creer ciegamente en la acción ilimitada de las constituciones y en la omnipotencia de los legisladores. —Paul Janet—. “La Philosophie d’Auguste Comte”. *Revue de Deux Mondes*, 1º de agosto de 1887.

¹⁵ Tanon. *L’Evolution du Droit et la Conscience Sociale*, p. 11.

¹⁶ G. Le Bon: *La Civilización de los Arabes*.

nuestras masas ignaras ilusiones momentáneas que dejaban al desaparecer, ante la fatal realidad de los hechos, los más crueles y amargos desengaños ¹⁷.

El estudio sereno de muchos libros de historia patria, de colecciones de documentos y de periódicos, folletos políticos, programas de gobierno, mensajes presidenciales, memorias de los ministerios, proclamas revolucionarias, diarios de debates, correspondencias privadas y de una multitud de documentos inéditos que hemos estudiado en nuestros archivos nos induce a afirmar de manera absoluta, que al través de toda nuestra vida nacional, hasta épocas muy recientes, había prevalecido en el criterio de historiadores y publicistas y servido de norma a nuestras instituciones políticas, el mismo concepto de los ideólogos de la Revolución francesa que creían ciegamente que los pueblos podían transformarse a *coups de decrets*.

III

La Independencia de Venezuela, como la de toda Hispanoamérica ha sido y es considerada todavía por muchos historiadores, como el súbito despertar de un Continente esclavizado y envilecido por el régimen absolutista de la Colonia. Aquellos pueblos de ilotas, sacudidos violentamente de su letargo secular por la espantosa algarada de la Revolución francesa, se levantaron en masa para sacudir el ominoso yugo, transformándose repentinamente, como por un soplo divino, en los más fervorosos apóstoles y mártires de la Libertad y de la Democracia.

Esta manera trivialísima de apreciar el fenómeno inicial de la Revolución Hispanoamericana, nos hace el mismo efecto que la admiración con que un niño, ignorante de las ocultas transformaciones de la oruga, mira como un milagro la aparición brillante de su forma alada.

El hecho de que a un mismo tiempo, en las dos extremidades del Continente, sin acuerdo ni preparación posible estallara la rebelión revistiendo en todas los mismos caracteres y fundándose en las mismas razones, no se toma en cuenta ni nada significa ante el criterio de aquellos historiadores.

¿Cuál fue la causa de que los hombres de la más elevada clase social fuesen en todas las colonias los iniciadores del movimiento? ¿Cómo se explica que la manera de proceder, los fundamentos en que basaron la destitución de las autoridades españolas, los términos mismos de los documentos revolucionarios, que parecen como acordados de antemano, la evolución del organismo municipal constituyéndose en juntas, del mismo modo que en España para conservar los derechos del Monarca en desgracia, fueran exactamente iguales en todas las colonias? ¿Qué significa esa sorprendente similitud en las ideas y en los procedimientos, sin haber podido mediar acuerdo alguno entre los grupos revolucionarios, separados por

¹⁷ "A partir de la época de Augusto Comte —dice Stuart Mill— todo pensador político que no sea capaz de apreciar en conjunto los grandes hechos de la historia considerándolos como un encadenamiento de causas y efectos debe ser mirado como muy por debajo del nivel de su siglo". *Augusto Comte et le positivisme*.

inmensas distancias? ¿Pudo ser aquella obra de causas accidentales o de la libre voluntad de los iniciadores?

La sola consideración de esos hechos demuestra claramente, que unas mismas causas desarrollándose en el transcurso de las generaciones debían producir los mismos efectos, en un momento dado, siendo semejante el organismo social, político y administrativo de todas las colonias. Esos hechos comprueban el cumplimiento necesario y fatal de las leyes sociales, y basta observarlos detenidamente para que el criterio teológico, el libero-racionalista y el individualista, sean desechados en la explicación exacta de las causas que produjeron nuestra revolución.

Ante el movimiento general realizado en América, del mismo modo que en España, y por las mismas causas inmediatas, desaparecen las iniciativas individuales o de grupos aislados. En la acción simultánea de las colectividades sociales en que no se destaca el "hombre-providencia" a quien atribuir el *fiat* de aquella transformación, sólo ha sido posible a los historiadores superficiales atribuirle una acción demasiado poderosa a la influencia de las ideas y los principios de la Revolución francesa¹⁸.

De la Gran Colombia sí puede decirse, en cierto modo, que fue una *creación* del Libertador Simón Bolívar.

Pero aquel estado militar constituido por las necesidades de la guerra, ¿llegó a ser jamás una verdadera nacionalidad?

Todo el poder deslumbrador y absorbente del caudillo, todas las glorias conquistadas por los ejércitos de la Gran República fuera de su territorio, fueron ineficaces para estrechar con los lazos de la unidad nacional a pueblos profundamente separados por la tradición y por la naturaleza. La Nación colombiana no fue verdad un solo instante; los Constituyentes del Rosario de Cúcuta no obtuvieron otro resultado sino el de ahondar la división y fomentar las rivalidades que de antaño existían entre los pueblos que había pretendido unificar¹⁹.

¹⁸ Ultimamente el eminente escritor argentino Ricardo Rojas, atropellando hasta el orden cronológico, ha pretendido atribuir a Buenos Aires, donde la revolución estalló un mes después que en Caracas, el movimiento inicial de la Independencia de América, que él llama *La Argentinidad* y que fue seguido por todos los pueblos del Continente. Véase nuestro libro *Crítica de Sinceridad y Exactitud*, páginas 39 y siguientes.

¹⁹ Dice el general Páez en su *Autobiografía* T. 1º, p. 171, que en una carta interceptada al general Santander en 1818, éste decía al general granadino Pedro Fortoul: "Es preciso que nos reunamos en Casanare todos los granadinos para libertar a *nuestra patria*, y para abatir el orgullo de esos malandrines follones venezolanos". El mismo general Santander escribía en 1827, refiriéndose a la sublevación militar que le destituyó del mando supremo en la Trinidad de Arichuna en 1818, "reprimida esta tentativa, yo no podía continuar mandando unos hombres propensos a la rebelión y en un país donde se creía deshonoroso que un granadino mandase a venezolanos". El historiador Restrepo dice que "era sumamente difícil legislar en los Congresos de la Gran Colombia, porque muy pocas veces una misma ley podía convenir a Venezuela, Nueva Granada o Ecuador". *Hist. de Colombia*, t. 3º, p. 655, nota 54. Lo cual comprueba que la Colombia de Bolívar, no fue jamás una nación sino un Estado militar, cuyo tipo está tan admirablemente descrito por Spencer. Ya veremos más adelante cómo el mismo Bolívar consideraba imposible que Colombia llegara a unificarse jamás y opinó muchas veces, después de la guerra, porque se disolviera. Terminada la guerra, Colombia no respondía a la imperiosa necesidad que la creó.

El general Carlos Soubllette, uno de los hombres más pensadores de su época, decía en 1872: "El nombre de colombiano entre nosotros es la cosa más destituida de significación, porque nos hemos quedado tan *venezolanos, granadinos y quiteños* como lo éramos antes y quizás con mayores enconos"²⁰.

Pero no ya en las ardientes controversias partidarias, sino en el concepto de los historiadores, la *disolución* de la Gran República ha sido considerada como un gran crimen, cometido por hombres, que siguiendo el impulso espontáneo e incontenible de los acontecimientos, se pusieron al frente de un movimiento espontáneo de los pueblos, para quienes aquella nacionalidad de artificio no tuvo jamás significación precisa ni respondió nunca al sentimiento concreto de una Patria²¹.

Mas hasta hoy, casi todos los que han escrito sobre la disolución de la Gran República prescinden del estudio de los antecedentes para atribuir a meros accidentes o a causas aisladas e individuales, los hechos que necesariamente debían realizarse, a despecho de fútiles razones político-morales, y de la libre voluntad de los hombres a quienes tocó, en las tres secciones de la antigua Colombia, presidir el movimiento separatista²².

Y del mismo modo que no puede juzgarse la disolución de la Gran Colombia como la "obra de la deslealtad de Páez", ni "del odio de Miguel

²⁰ O'Leary: *Correspondencia* t. VIII. Cartas del general Carlos Soubllette. La unión colombiana, así lo demostramos en otros estudios, tuvo como resultado solidificar en cada uno de los tres países que la constituyeron, la conciencia de una nacionalidad distinta.

²¹ Para la mayoría de los venezolanos que habían sido realistas o *godos*, la Gran Colombia no respondía a ningún sentimiento, a ninguna idea, ni al recuerdo de un solo sacrificio, ni al amor a ninguna gloria. Aquella era la obra de Bolívar y de sus conmlitones, y Bolívar era para los realistas, el Jefe del bando contrario, que los había vencido en una lucha sangrienta, despiadada, inhumana; y para los indiferentes, para los mediocres, para los espíritus prácticos, que por incapaces de ofender un solo sacrificio a la defensa de una u otra causa se habían ido al extranjero, de donde contemplaban tranquilamente la lucha —según la expresión de Baralt— la Gran República tenía aún menos significación; así como para muchos hombres de la nueva generación que no habían tomado parte en la lucha. La Constitución del Rosario de Cúcuta que ligaba el país venezolano a una tierra extraña y transformaba a Caracas, cuna de la revolución y antigua capital de la Capitanía General en ciudad subalterna, inferior a Bogotá, no podía tener arraigos de ninguna especie en nuestros pueblos. Tenía perfecta razón el general Soubllette cuando escribía al general José Tadeo Monagas, dándole cuenta de los primeros movimientos de la revolución separatista: "El general Páez y todos nos hemos puesto del partido del pueblo y nos tiene Ud. en la empresa de llevar adelante sus votos, manteniendo el orden, moderando la exaltación y procurando por todos los medios salvar el país de la guerra civil y de la anarquía". O'Leary, Id.

²² El general José Gregorio Monagas, que fue enemigo de Páez, opinaba de un modo análogo respecto a la unión colombiana, a pesar de que sus correligionarios liberales le echaban siempre en cara al Héroe de las Queseras, como una inaudita traición, la disolución de la Gran República. En 1857 se promovía la Confederación Colombiana, por una de esas interesadas combinaciones políticas de que se echa mano en las épocas de crisis: el general José Gregorio Monagas le escribe desde Barcelona a su hermano el general José Tadeo que se hallaba en los últimos días de su gobierno: "Y no se diga que Peña fue el promotor de la disolución de Colombia, porque la generalidad la apetecía, la época la reclamaba y Colombia no podía marchar". Gil Fortoul. *Historia Constitucional de Venezuela*, t. 2º, p. 311.

Peña", ni del *maquiavelismo* de Santander, ni como la consecuencia inmediata del asesinato jurídico del coronel venezolano Leonardo Infante perpetrado por el Vice-Presidente, la reconstitución de la República de Venezuela no debe verse sino como la sanción legal de un hecho preparado ya por el medio geográfico; consumado por la tradición y por la guerra, y consagrado en la Historia por las glorias continentales de sus hijos.

¿Pero no se ha dicho y se está repitiendo todavía que la República de 1830 fue *creada* por el general José Antonio Páez?

IV

Con ese mismo criterio baladí, estudiando los hechos históricos a la opaca luz de las viejas teorías, se repite aún como un axioma, que aquel gran movimiento político que condensó la oposición al gobierno de Páez bajo la denominación de *Partido Liberal*, en 1840, y que no era en el fondo sino la continuación de la lucha civil de la Independencia, entre patriotas o liberales y realistas o *godos*, fue la obra de un solo hombre, que tuvo el poder sobrenatural de conmover una sociedad y de fundar un partido político en algunos años de propaganda periodística.

Es en la apreciación de esos hechos más recientes, pero más oscurecidos por las pasiones de partido, donde resalta con mayor claridad el absurdo fetichismo de pretender explicar la evolución social y política de un pueblo por la teoría puramente individualista.

Los partidos políticos no se forman, ni las sociedades se conmueven por la sola voluntad de un hombre. Y no sólo los liberales, sino sus propios adversarios llamados *oligarcas* o *godos*, han incurrido en el error de referir todos los sucesos de la época a la iniciativa personal, benéfica o perniciosa —según sea el criterio partidario— del señor Antonio Leocadio Guzmán²³.

El título de "fundador" del Partido Liberal, que muchos años después se dio a sí mismo el redactor de *El Venezolano* es simplemente un absurdo.

Cuando en 1840 el señor Guzmán, que había sido hasta entonces un partidario y favorito del general Páez, fue según sus propias palabras, *arrojado de la casa de Gobierno*, por su rivalidad con el doctor Angel Quintero, el Partido Liberal compuesto en su gran mayoría por los antiguos patriotas fieles amigos del Libertador, estaba ya constituido por las necesidades, los intereses, las pasiones y los principios proclamados por el

²³ Respecto a la formación del Partido Liberal, hemos leído una afirmación muy peregrina del celebrado escritor *godo* Luis Ruiz (Domingo A. Olavarría): "Dio origen a aquel partido de oposición —dice— el discurso que pronunció el general Soubllette con motivo de la celebración de una fiesta nacional, en el cual empleaba frases halagadoras para los militares allí presentes que asistían al banquete de riguroso uniforme". ¡No puede darse un criterio sociológico más simplista que el del señor Olavarría! Véase *Décimo Estudio Histórico-Político* pág. 55.

liberalismo doctrinario y sancionados por el constitucionalismo abstracto desde 1811.

Para el estudioso que desee sacar a la luz de la historia las verdaderas causas del largo proceso de luchas y de azares en que ha vivido este país durante cien años, el movimiento político y revolucionario de 1840 a 46 no es otra cosa que la continuación de la lucha social y económica iniciada desde la guerra civil de la Independencia, la manifestación, principalmente, del gran desequilibrio producido por la heterogeneidad de razas y cuyo problema no se resolvió sino por los medios violentos de las revoluciones, porque no de otro modo pudieron romperse las vallas que los prejuicios de casta, fuertes y poderosos, oponían a la evolución igualitaria.

Examínese el estado social de Venezuela para aquella época, tómense en cuenta la supervivencia de los antagonismos de castas y de clases, que nos legó la Colonia, las rivalidades parroquiales, el bandolerismo de las llanuras, los odios engendrados por la guerra civil de la Independencia, la miseria y la desmoralización del pueblo, la tiranía ejercida por la clase militar habituada al despotismo, la opresión de las leyes económicas protectoras del capital y las exacciones que a su amparo se cometían, el fisco colonial en casi todo su antiguo vigor, las leyes penales opuestas a los preceptos de la constitución y a los hábitos de impunidad de las poblaciones llaneras, las persecuciones a que daba lugar la recolección de esclavos, emancipados por patriotas y realistas durante la guerra y sometidos de nuevo por la ley de manumisión al dominio de sus antiguos amos; analícese en fin, la multitud de otros gérmenes anárquicos legados por la organización colonial y por la guerra, y que nosotros hemos de pormenorizar en el curso de estos estudios, y se verá cómo coincidía con los instintos de la gran masa popular, la propaganda de aquellos hombres que hablaban de igualdad, de libertad, de reformas legislativas, de abundancia, de distribución de bienes, de abolición de la esclavitud y de la pena de muerte, y por último, de sustituir con hombres nuevos a los "godos opresores del pueblo".

Y cómo los miserables, los proscritos de los goces sociales, los adeudados por el alto interés del capital y arruinados y perseguidos por las leyes de crédito, los militares desposeídos del fuero y sin pensión de retiro, los llaneros habituados al abigeato y castigados ahora con la pena de azotes, los esclavos y manumisos que habían saboreado el goce de la libertad y hasta conquistado grados y honores en la guerra, perseguidos por sus amos con el apoyo de las autoridades; todos esos grupos sociales para quienes la vida era un tormento, y cuyos cerebros eran incapaces de concebir las verdaderas causas de aquel "profundo malestar social" tenían que ver con odio a los hombres del Gobierno y considerar como "redentores" a quienes les hacían promesas de bienestar.

Igual cosa ocurre en todos los pueblos anarquizados: mientras más audaces son los propagandistas y mayor la violencia de sus palabras y de sus actos, más fácilmente arrastran a las multitudes. Esa y no otra fue la

causa de la incuestionable pero fugaz popularidad que llegó a conquistar Antonio Leocadio Guzmán, por sobre multitud de hombres superiores a él en inteligencia, en autoridad moral y en servicios eminentes a la República²⁴.

Por lo demás es bien sabido que cuando un hombre, cualquiera que sea el nivel de sus facultades, imprime movimiento a su generación, es necesario que haya encontrado en torno suyo las fuerzas necesarias para emprender su obra; de tal manera, que el observador puede discernir en medio de la multiplicidad y aparente confusión de circunstancias, dónde comienza la acción colectiva y hasta dónde se extiende la influencia individual.

¡Crear una nación! ¡Crear un partido político!

Bendita época la nuestra en que la ciencia ha echado por tierra los ídolos y humanizado los "providenciales". Ya los conductores de pueblos, los creadores de nacionalidades, los fundadores de religiones, no suben al cielo ni "habitan una región aparte entre los hombres y Dios", sino que caen bajo el análisis científico y sólo pueden ser considerados como los exponentes del estado típico de su época, algo así como el *diapasón*, el *lá*, que pone al unísono las aspiraciones, los anhelos, las necesidades, los instintos, las pasiones y las ideas de su grupo en un momento dado de su evolución —egún el concepto de Lamprecht—²⁵ lo cual no excluye de ningún modo la existencia del "hombre de genio" como un producto superior de la humanidad: "Flor de una raza", que dice Le Bon.

V

Para casi todos nuestros publicistas, la adopción del sistema federal, cuyas doctrinas han agitado a nuestra América desde el día mismo en que se inició la Revolución de Independencia, no obedeció sino a un espíritu de inconsciente imitación al régimen político de los Estados Unidos, y no fue más tarde sino una bandera justificativa en manos de los agitadores.

Ninguno de los mismos apóstoles del federalismo llegó entre nosotros a penetrar en los orígenes históricos y sociológicos de aquella tendencia instintiva, poderosa y persistente de casi todos los pueblos hispano-americanos hacia la disgregación política y administrativa; ninguno de ellos llevó a la prensa ni a los parlamentos en los días de la lucha, otros argumentos en favor de la doctrina federal que los expuestos por los tratadistas extranjeros, desconociendo en absoluto las tradiciones españolas, la formación

²⁴ De la misma Revolución francesa a pesar de todas sus teorías políticas, se ha dicho que no fue en el fondo sino un profundo malestar económico explotado por ambiciosos y energúmenos. J. Bourdeau: *Les Maitres*, página 50.

²⁵ Ernesto Quesada. *La Enseñanza de la Historia en las Universidades Alemanas*. —"Lamprecht y su Instituto". pág. 819.

histórica de la colonia y la disgregación que se produjo necesariamente por la desaparición del poder de España en América.

Hace pocos años que un improvisado profesor y tratadista de sociología lanzó la peregrina especie de que “la serie de inconvenientes que se presentan para la práctica del sistema federal en Venezuela son debidos a que sus fundadores (?), como se observa en la Constitución de 1864, declararon Estados independientes a las provincias que desde su descubrimiento habían venido unidas formando una sola agrupación política”.

Semejante afirmación que denota un completo desconocimiento no sólo de nuestro pasado histórico, sino de las leyes sociológicas más fundamentales, es la demostración más evidente de la ligereza con que se juzgan aún nuestros fenómenos sociales y políticos; y vamos a decir sencillamente al autor de ese postulado simplista y a todos los que como él piensan, que las gobernaciones que en 1810 integraban la Capitanía General de Venezuela, habían vivido independientes unas de otras con sujeción únicamente a las lejanas audiencias de Santo Domingo o Santa Fe, hasta 1777, es decir, hasta treinta y tres años antes de la Revolución, a lo que aún debe agregarse la autonomía de que gozaron nuestras ciudades-cabildos por espacio de siglos.

Para quienes estudien en todos sus pormenores la Conquista y la Colonización de Venezuela tomando en cuenta las influencias mesológicas, la organización de las tribus indígenas, el régimen municipal trasladado de España por los conquistadores, el aislamiento geográfico y económico en que vivieron los diversos grupos de población, sin ninguna especie de relaciones entre sí y separados por las barreras opuestas por el fisco español a la libre circulación, no sólo entre las provincias sino entre las ciudades capitulares, al mismo tiempo que las limitadísimas facultades que las leyes pautaban a las autoridades superiores; para quienes excluyendo prejuicios puedan analizar, guiados exclusivamente por la doctrina evolucionista, todo ese pasado de cuyo seno surgió la nación venezolana, la inclinación de nuestro pueblo hacia la disgregación anárquica, bautizada desde 1810 con el nombre de *federación* o de *confederación*, fue un móvil inconsciente perfectamente lógico en agregados sociales que tienden a constituirse y por eso mismo más poderoso y vivaz que si hubiera sido el resultado de una ilustrada convicción: porque el autonomismo municipal era entonces la única forma posible de gobierno capaz de “amoldarse hasta en sus menores rasgos a los rasgos vivientes” del organismo colonial.

En cambio, no sólo los diletantes, los que investigan la verdad a lo “amateur”, sino historiadores eminentes afirman, que “el establecimiento del sistema federal en nuestra América sólo obedeció a simple imitación a la Constitución de los Estados Unidos”.

Ofuscados por la pura teoría, ignorantes de las aproximaciones biológicas que tanta luz reflejan sobre los hechos sociales, nuestros historiadores y publicistas no se han detenido a observar que el federalismo fue también en América la expresión más evidente de la herencia española y de la

descentralización a que estaban habituados estos pueblos; por eso dijo el Libertador que “la federación no era otra cosa que la anarquía sistemática”. En América, como en la Europa medioeval, la ausencia completa de intereses colectivos que se puso de relieve con la desmembración del imperio romano, trajo como consecuencia el desmigajamiento feudal: y “el feudalismo general —como lo observa Guizot— era una verdadera federación; descansaba sobre los mismos principios en que se funda hoy día, por ejemplo, la federación de los Estados Unidos de América”. En aquella época como en nuestra rápida edad feudal, existía “la imposibilidad de establecer un sistema semejante en medio de la ignorancia, de las pasiones brutales, en una palabra del estado moral de los hombres, tan imperfecto bajo el feudalismo”²⁶. Pero tampoco el gran historiador francés, toma en cuenta, que aquella tendencia disgregativa emanaba de la naturaleza misma de una sociedad en que no se habían definido aún las diversas agrupaciones que debían constituir más tarde las nacionalidades europeas, como se han ido constituyendo, al través de vicisitudes semejantes pero más rápidamente, las naciones americanas.

Sin embargo, se sigue diciendo todavía, que los Constituyentes de 1811, obraron sólo por afán de imitar la Constitución de los Estados Unidos y por *ardid político* los de 1864. Y para cimentar el argumento de que aquel sistema no correspondía a nuestras tradiciones españolas y coloniales, ni a una tendencia instintiva de las masas populares, invocan a cada paso uno de tantos conceptos oportunistas producidos por la fecunda imaginación de don Antonio Leocadio Guzmán: “No sé de dónde han sacado —decía en 1867 porque así convenía entonces a sus intereses— que el pueblo de Venezuela le tenga amor a la Federación, cuando no sabe ni lo que esta palabra significa. Esta idea salió de mí y de otros que nos dijimos: supuesto que toda revolución necesita bandera, ya que la Convención de Valencia (en 1858) no quiso bautizar la constitución con el nombre de federal, invoquemos nosotros esa idea; porque si los contrarios hubieran dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho “Centralismo”. Nada más falso ni más contrario a los hechos históricos. No sólo en Venezuela, sino en casi toda la América española, se habló de *federación* y de *confederación* mucho antes de hablarse abiertamente de Independencia; y a la voz sonora de federación, que en la mentalidad rudimentaria de nuestros pueblos se confundía con una tendencia igualitaria y comunista, casi toda la América, desde México hasta el Plata, arrojó con aquella bandera los impulsos disgregativos, el parroquialismo bárbaro de masas primitivas en las cuales no había podido surgir aún la idea de Patria, el sentimiento nacional, que no ha sido en toda la historia del género humano sino el resultado de un lento proceso de integración y de solidaridad social y económica.

Los hombres de mentalidad superior que imbuidos en la pura doctrina pretendieron implantar aquel sistema de Gobierno, no se daban cuenta

²⁶ *Historia General de la Civilización en Europa*. Pág. 88.

de que contrariaban la evolución lógica de estos países hacia la consolidación nacional.

Cegados por su ideología y deslumbrados por el ejemplo de los anglo-americanos, no pudieron ver que el sistema federal ha sido en los Estados Unidos como en todas partes un régimen transitorio, cuyos caracteres originales se han ido modificando a medida que un rápido y enorme desarrollo creaba y fortalecía los órganos de integración nacional, sociales, económicos y políticos²⁷. Lo que nuestros teóricos del federalismo consideraban ingenuamente como una novedad, no tendía a otro resultado sino al de cubrir con un ropaje republicano las formas disgregativas y rudimentarias de la colonia, dándole el nombre pomposo de Estados o Entidades Federales a las Ciudades-cabildos o Distritos Capitulares, que eran entonces lo que casi son todavía: pequeñas ciudades con extensas y desiertas jurisdicciones territoriales. Presumiendo de revolucionarios, reformadores, innovadores, estadistas avanzadísimos, los federalistas de Venezuela como los de toda Hispanoamérica, no resultaban ser otra cosa que empecinados tradicionalistas. El hecho de que el federalismo fuera tan popular en casi todo nuestro continente, es la más elocuente comprobación de que correspondía a un sentimiento instintivo, cuyas raíces se hundían no sólo en las tradiciones coloniales y autóctonas, contra las cuales no hemos reaccionado todavía, sino en las propias tradiciones de la Madre Patria.

Cuando Simón Bolívar, desde 1812, criticaba el sistema federal adoptado por los Constituyentes del 5 de Julio "para satisfacer las ambiciones de los magnates de la provincia", motejándolo más tarde de "anarquía sistematizada", no obedecía únicamente a sus impulsos autocráticos —como se ha dicho— sino a la ilustrada convicción, de que sin unificar aquellos elementos dispersos, disgregados por el derrumbamiento del imperio español, el triunfo de la revolución y la constitución de las nacionalidades sería punto menos que imposible; y cuando en todo el curso de su carrera pública, como militar y como político, luchaba por imponer la Unidad, los ideólogos gritaban Federación, que no venía a ser en definitiva sino la sanción constitucional de la disgregación, del desmigajamiento feudal de nuestra América.

Pero ya es tiempo de que nuestros historiadores y publicistas, abandonando los viejos conceptos, comiencen a tomar en cuenta, al estudiar nuestra evolución nacional, las aproximaciones biológicas que tanta luz

²⁷ Los Estados Unidos han marchado rápidamente hacia la centralización. En provecho de la autoridad central, se han ido olvidando las cláusulas de aquel tratado entre Estados que sirvió de base a la constitución de Filadelfia. Ya están muy lejanos los tiempos en que Jefferson decía, que el gobierno federal no era para los Estados Unidos sino el departamento de Relaciones Exteriores. A la centralización gubernativa "que es tan fuerte como en muchas monarquías europeas" ha seguido en el curso de este siglo la centralización administrativa más estricta, en menoscabo del viejo concepto de *la Libertad*. "La centralización no es popular en América, —decía Tocqueville. Hoy, responde Tipton, el pueblo mira el poder federal como el único poder". Jannet. *Les Etats-Unis contemporains*, I. pág. 92. Boutmy. *Droit constitutionnel*, páginas 300-330. Bouglé. *Les idées égalitaires*. pág. 218-219.

arrojan sobre los hechos históricos. Así se llega a la conclusión de que el federalismo en toda Hispanoamérica no obedeció exclusivamente a un espíritu de candorosa y simple imitación en los hombres dirigentes, ni mucho menos respecto a Venezuela una idea nacida del fértil cerebro de don Antonio Leocadio Guzmán, sino que fue la manifestación más explícita de la disgregación colonial producida por la revolución y característica al mismo tiempo en agregados sociales cuya constitución está en vías de definirse.

Nada es más contrario a la verdad histórica y a las leyes que presiden el desenvolvimiento de las sociedades, como la creencia, tan generalizada hasta nuestros días, de que las diversas nacionalidades que iban definiéndose en América en el curso de la Revolución, hubieran sido entidades autonómicas que habían estado sometidas por siglos al despotismo de España, organismos perfectamente preparados para constituirse en naciones, con lo cual se llega a la conclusión de que la obra de nuestros Próceres se redujo a independizar aquellas Patrias del yugo extranjero, las cuales asumieron inmediatamente y por una consecuencia lógica de sus antecedentes particularistas, el carácter y la personalidad de naciones soberanas, tal así como ha resurgido Polonia de la Guerra Mundial. El nombre de *Libertadores de la Patria* con que aparecen en la Historia los hombres que lucharon contra España hasta alcanzar la Independencia, da lugar al gravísimo error de desconocer todo el proceso de evolución interna que necesariamente hubieron de realizar cada una de las antiguas, y constantemente modificadas, jurisdicciones coloniales, hasta llegar a constituirse en verdaderos organismos nacionales, en Patrias efectivas, tomando esta palabra no únicamente en el sentido de Estado, de acuerdo con las Constituciones dictadas por sus Congresos constituyentes, sino en el concepto preciso de Nación, perfectamente definido hoy por los sociólogos. Los que parten de aquel error, toman la palabra Patria en la genuina significación que hoy tiene, después de un proceso secular, y no en el concepto continental que tuvo en los días de gestación.

VI

La Revolución de la Independencia de América fue en realidad un hecho colectivo. Todas las Colonias se insurreccionaron casi al mismo tiempo y por las mismas causas que se había insurreccionado la Península. Por eso se ha dicho, con mucha razón, que los primeros movimientos revolucionarios de la América en 1810 fueron puramente españoles y tradicionalistas. La doctrina invocada por las Juntas americanas fue la misma que habían invocado las Juntas de España: doctrina basada en el antiguo derecho que sustentó la hegemonía de los Reyes de Castilla, y por la cual se consideró siempre la Monarquía, no como un todo homogéneo sino como una confederación de reinos y provincias cuyo único lazo de unión era

el Monarca, no obstante el movimiento centralizador iniciado por los reyes austriacos y que continuaron los Borbones, implantando un despotismo desconocido hasta entonces en toda la Península Ibérica. “Desaparecido el Rey, centro común de la Monarquía —se dijeron las Juntas— todos los cuerpos políticos que la integraban han reasumido por consecuencia sus primitivos derechos autonómicos (su soberanía primitiva) permaneciendo independientes unos de otros hasta tanto sea el Monarca restaurado en el trono, y proveyendo cada una por sí a su mejor conservación y defensa”. Pero ¿cuáles eran estos cuerpos políticos que reclamaban sus derechos autonómicos tradicionales, considerándose provisionalmente independientes unos de otros? Si en las colonias, según una ley de biología social, se reproduce abreviadamente toda la evolución de las madres patrias, imprescindible es estudiar la constitución orgánica de España para inquirir las causas que determinaron aquel movimiento inicial y la similitud con que se realizó allá como aquí, al ocurrir el hecho insólito de la abdicación de Bayona, *impuesta a un monarca legítimo por un soldado de fortuna que rompía y pisoteaba la tradición monárquica de Europa.*

“Antes de ser una nación —escribe Cherbuliez—, España no era sino una colección de Estados pequeños e independientes y en lucha constante los unos con los otros. Ocho siglos de guerra civil constituyen toda su historia medioeval. Después de Fernando e Isabel que comenzaron la obra de pacificación y de unificación, vino la casa de Austria que sustituyó el despotismo al caos. Pero en el pensamiento de Carlos V y de sus sucesores, el más seguro garante de la unidad nacional era la unidad religiosa, sin cuidarse, como se practicaba en otros países, de establecer en las provincias la unidad civil y administrativa. Les pareció a aquellos monarcas, que cortando a todas las conciencias españolas por el mismo patrón, podían tolerarse sin ningún inconveniente las diferencias de costumbres, de usos, de prácticas y hasta de lengua, y que los mejores agentes del orden público eran los Obispos e inquisidores nombrados por el Rey. Al lado de un inquisidor, un corregidor o cualquier otro agente de la corte era un ser insignificante. Aragoneses, gallegos, andaluces, condenados todos a la ortodoxia perpetua, se hallaban constreñidos a llevar sus conciencias ante el Santo Oficio. . . . Pero si el Estado disponía de su alma, era en cambio de tolerarles las costumbres tradicionales que les eran tan caras; resultando así, que bajo el gobierno más comprensivo, más despótico, las provincias conservaron su carácter peculiar, al punto de que hoy mismo gallegos, andaluces y catalanes sean casi extranjeros los unos para los otros. Al desaparecer el Santo Oficio, que los retenía a todos bajo la misma regla, fue como si al caer un gran árbol, los arbustos que vegetaban y se ahogaban a su sombra hubiesen crecido libre y repentinamente”. Entonces apareció la enfermedad orgánica que por largos años había de dificultar la evolución natural y ordenada de la nacionalidad española y de las que de ella surgieron en el Nuevo Mundo a causa de los mismos sucesos. La diátesis de la madre se transmitió a las hijas; y el mismo occidente puso de manifiesto la incli-

nación al individualismo, al localismo, a la anarquía y al desmigajamiento político de que tantas notaciones habían dado estos pueblos en el curso de su historia. Aquí como en España llegó a tal extremo aquella tendencia, que “no sólo cada provincia sino cada ciudadano si no se le contenía, terminaba por convertirse en una entidad federal”²⁸.

“En España —dice el mismo escritor— cuando desaparece el Gobierno central, la nación misma está en peligro de desaparecer, porque aquél arrastra en su caída toda la administración pública. ¿Qué es una revolución en Málaga? Un día de fiesta en que el pueblo se da el placer de expulsar a los aduaneros. ¿Qué es una revolución en Sevilla? Un día de embriaguez en que se suprime el papel sellado y la alcabala. Y esto mismo sucede en toda la Península. Desde el momento en que un motín victorioso derroca el poder central, cada ciudad elige su Junta revolucionaria, que inmediatamente nombra las autoridades locales, renueva todo el personal de los empleados, deroga los impuestos, crea nuevas contribuciones, levanta regimientos de voluntarios, promulga decretos, ordena prisiones y procede en fin, como si ella sola existiera en España y en el mundo entero”. En 1868 a la caída de la Reina Isabel II, se repite el mismo movimiento disgregativo de 1808. Sesenta años más de alternativas de despotismo, de inquisición y de luchas civiles, no habían modificado el organismo político de la Madre Patria. Ni el ferrocarril ni el telégrafo habían hecho casi nada en el sentido de la unidad nacional. Por esta causa, refiriéndose el mismo Cherbuliez a cualquiera de las ciudades en revolución, dice que “con frecuencia ella misma corta los hilos del telégrafo o destruye los rieles para tener seguridad de que nadie venga a molestarla en el ejercicio de su soberanía y evitar toda comunicación desagradable con el *exterior*. Empresa magna para el poder central, al reconstituirse, la de someter a todas esas autonomías municipales”.

En 1808, a pesar de esta enfermedad orgánica, España dio al mundo el más alto ejemplo de heroísmo que recuerda la Historia. Ninguna acción más osada, ninguna resolución más viril. “El reto lanzado por una nación sin ejércitos, sin generales, sin dinero, al Gran Capitán que tenía a Europa entera bajo el tacón de su bota, será por siempre uno de los más sorprendentes espectáculos de la Historia. Semejante locura tuvo razón contra la razón misma; y de desgracia en desgracia se llegó hasta fatigar la derrota. Pero sus consecuencias sociales fueron tan enormes como imprevistas. Durante cinco años la España insurreccionada vivió sin gobierno, y las repercusiones que aquella situación singular tuvo necesariamente en los dominios de América, explican el cambio de rumbo que tuvo la revolución de 1810, hasta llegarse a proclamar la Independencia absoluta. “La Junta Central y las Cortes de Cádiz no tuvieron sino un poder sumamente circunscrito; en todo el resto del país cada villa, cada pueblo, que por su propia cuenta y en su propio nombre había declarado la guerra a Napoleón I, no se valía sino de sí mismo para organizar la resistencia, procurarse recursos,

²⁸ Víctor Cherbuliez: *L'Espagne Politique 1868-1873*. Páginas 30 y siguientes.

reclutar sus guerrillas y ordenar sus planes de campaña. El gobierno estaba en todas partes y no estaba en ninguna; y en esta anarquía organizada, no contando cada quien sino consigo mismo, no se sentía obligado a dar a nadie cuenta de sus actos. Nada es tan peligroso para una nación como prescindir del Estado durante algún tiempo, porque es natural que surja la tentación de prescindir de él para siempre como institución perfectamente inútil, y la guerra de Independencia causó en la sociedad española tan profunda perturbación, que por muchos años continuó resintiéndose de ella, hasta el punto de que en cada revolución posterior se veía en peligro de dislocarse". Careciendo la propia Península de un Gobierno capaz de dominar la anarquía localista y reconstituir la nación, fácil es deducir que en sus lejanos dominios de América, abandonados a su propia suerte durante aquellos años, hasta la caída de Napoleón en 1815, la Revolución se convirtiera en una contienda civil, en una lucha encarnizada y feroz entre los propios criollos, divididos por intereses y pasiones puramente domésticas²⁹.

En la encuesta promovida por el eminente Joaquín Costa en 1902, sobre el tema *Oligarquía y Caciquismo, etc.*, nos encontramos en la contestación del renombrado político y profesor de Legislación don Gumerindo Azcárate, con estos conceptos, que sin ahondar en la etiología del fenómeno, demuestran cómo se han perpetuado en la Madre Patria el cantonalismo político de los siglos pasados: "Hay algo peculiar y propio en el carácter español que explica la existencia del caciquismo, no sólo en nuestro siglo, sino también en los anteriores... Esa característica de la raza a que aludo, —yo no sé si remediable, o si solamente mitigable— es la exaltación del sentimiento de independencia y de individualismo por el cual es España el país de los guerrilleros, el país de las behetrías, el país de los descubridores y aventureros por propia cuenta, y con el cual no pudieron la centralización de Roma, ni el sentido unitario de la Iglesia, ni el absolutismo de la Monarquía. Consecuencia de esa condición de nuestra raza: el caciquismo, porque todo individuo quiere ser un rey, y el cantonalismo, porque toda población quiere ser un estado"³⁰.

VII

Los escritores que imbuidos en los viejos conceptos, partiendo del erróneo principio de que "cada generación crea su época", afirman todavía que

²⁹ Respecto a la Nueva Granada, por ejemplo, el general don Pablo Morillo escribía al Ministro de la Guerra desde Bogotá el 3 de agosto de 1816: "Es muy importante que S. M. esté enterado de que en este virreinato ha habido tres insurrecciones con el nombre y en favor del Rey, pero en la esencia era la disputa entre federalistas y centralistas". Rodríguez Villa. *El Teniente General Don Pablo Morillo, etc.*, Tomo III, página 197. En Argentina, donde la guerra de Independencia no asumió el mismo carácter que en Venezuela, la lucha se desarrolló entre *federales* y *unitarios*, y fue bajo el despotismo de Rosas, que años más tarde se unificó la Nación.

³⁰ *Oligarquía y Caciquismo*. Página 589.

la Revolución de la Independencia hispanoamericana fue una ruptura radical con la tradición española y colonial, es porque no se han detenido a estudiar los antecedentes que produjeron la misma explosión del espíritu localista, la profunda anarquía, que a pesar de los principios liberales profesados en España por muchos hombres superiores y que habrían debido tener repercusiones trascendentales en el pueblo más altivo, más heroico y más igualitario del mundo entero, trajo como consecuencia fatal de todo estado anárquico, la restauración del despotismo de Fernando VII y de la Inquisición, únicos medios de contener la dislocación completa del organismo nacional. Ese poder, ungido por la tradición, reconocido por el pueblo, considerado por el derecho histórico como el lazo y el centro común de los cuerpos políticos que integraban la Monarquía, reconstituyó el organismo de la nación española; mientras que en América, desconocida ya por la Revolución la autoridad del Monarca, demasiado lejano y débil además para imponer su predominio, y arrastradas las clases dirigentes por las nuevas ideas liberales y republicanas, el despotismo capaz de contener la anarquía, el localismo, el cantonalismo tradicional y unificarlos para constituir las nacionalidades, estaba por crearse; y ha sido este el móvil más poderoso de la evolución política de todas las naciones hispanoamericanas en su primer siglo de existencia; solicitando una forma de gobierno capaz de establecer el orden y la disciplina que destruyó la revolución, y como necesidad ineludible de mantener la independencia y consolidar la nacionalidad. Lo que España encontró inmediatamente en el imperio tradicional y despótico de la monarquía, después de algunos años de desgobierno, las naciones hispanoamericanas lo solicitaron en el implantamiento de los más avanzados principios republicanos y democráticos, cuando las leyes de la Historia tenían que cumplirse inexorablemente. La América, emancipada del Imperio español, como Europa a la caída del Imperio Romano, entraba también en su Edad Media; y el feudalismo se establecía a pesar de los ideólogos, con las variantes impuestas por los distintos medios geográficos y por las vicisitudes históricas³¹.

Pero España, no podía continuar sustraída al empuje de las nuevas ideas, que a pesar de los propósitos reaccionarios de la Santa Alianza,

³¹ "La América —dice en sus *Memorias Histórico-Políticas* el grande escritor colombiano, Prócer de la Independencia general Joaquín Posada Gutiérrez— la América está corriendo ahora su Edad Media y así tiene que ser forzosamente porque los pueblos no aprenden nada en lo pasado, y necesitan sufrir para ver claro. Por todas partes el feudalismo democrático, bajo el nombre de *federación*, se establece o pretenden establecerlo; la antigua anarquía feudal, las luchas de los barones unos con otros, o contra el señor feudal, o de éste contra aquéllos se repiten en América con otros nombres". Tomo 3º pág. 223. El autor no ahonda en la etiología del fenómeno, pero por eso mismo su observación, fundada en los hechos, asume mayor importancia. Ya el Libertador desde 1815 en su célebre Carta de Jamaica había comparado la emancipación de la América con la caída del Imperio Romano, previendo con su genial penetración que la América seguiría la misma evolución de Europa en la constitución de sus nacionalidades. Véase nuestro libro *Críticas de Sinceridad y Exactitud*. Páginas 130 y siguientes.

arrastraban a todos los pueblos de Europa. La insurrección de las colonias y los principios proclamados por los llamados insurgentes, penetraban en aquellos países caídos de nuevo bajo el despotismo de los Reyes, y el nombre de Simón Bolívar, el *Libertador* de la América del Sur, era entonces para el mundo como "el símbolo del ideal republicano".

Ni la Inquisición, ni la unidad de la Iglesia, ni el despotismo de los Reyes, podían tener ya los mismos arraigos que en los tiempos pasados; y al correr de los años, tras una larga serie de vicisitudes y de luchas sangrientas, España llegó al extremo inaudito de proclamar la República. Entonces se vio surgir de nuevo y con mayor fuerza el mismo espíritu de desintegración: el particularismo, el localismo... y la Madre al igual de las hijas, pretendió cubrir con el manto estrellado de la *Federación*, los alfoques, las merindades y behetrías que reclamaban en pleno siglo XIX —contra la tendencia unificadora que prevalecía en Europa— el derecho de continuar viviendo en el mismo aislamiento geográfico, político, social y económico de los tiempos más remotos de su Historia, cuando "cada villa, cada alfoz, cada comunidad —como dice Marina— era una pequeña república independiente, con diferentes leyes, opuestos intereses y distintas costumbres; y los miembros de cada comunidad miraban como extraños y a veces como enemigos a los de las otras"³².

Ya se ve cómo en España, del mismo modo que en América —sobre todo en aquellos países donde por los antecedentes indígenas, el medio geográfico y la imprecisa organización colonial existía menos coordinación entre los diferentes núcleos pobladores— *Federación*, significó también separación, antagonismo, disgregación del cuerpo social. En Venezuela el movimiento disgregativo, que en 1810 tuvo el mismo carácter de *Federación de las Ciudades*, se transformó por circunstancias particulares, en *Federación Caudillesca* hasta el reconocimiento de la autoridad del Libertador, que comenzó a hacer efectiva la República decretada en 1811, estableciendo por primera vez en nuestra historia, la solidaridad mecánica bajo las banderas de la Independencia, dejándonos una fuerte tradición de unidad política, y echando las bases del sentimiento nacional, al punto de que aún en medio de las más encarnizadas luchas partidistas no hayamos tenido que lamentar en ninguna época, ni la más leve tendencia hacia las desmembraciones territoriales que desgraciadamente han sufrido otras naciones de América.

³² *Teoría de las Cortes.*

Es curioso observar, por otra parte, que si en América el movimiento federalista se atribuye todavía a una simple imitación de las instituciones de los Estados Unidos, en España se dijo entonces y se repite aún que el federalismo fue una quimera de Proudhon traducida al castellano por Pi y Margall. "Los sueños que se apoderan de la imaginación de todo un pueblo, no tienen nunca, un origen tan literario, ni nacen en el gabinete de un pensador". Si la inmensa mayoría de los federalistas españoles no sabían leer a Pi y Margall, casi la totalidad de los federalistas hispanoamericanos ignoraban lo que era la Constitución de los Estados Unidos.

VIII

El Libertador es también en este sentido el creador de la nacionalidad venezolana. Porque al someter a su autoridad las montoneras de Páez, Monagas, Zaraza, Cedefío y a la multitud de caudillejos menudos que andaban bregando por cuenta propia, regados en las inmensas soledades de nuestras llanuras, y concentrarlas para dar frente al Ejército Expedicionario, economizó a Venezuela largos años de aquella anarquía provincial y caudillesca que azotó a la República Argentina, por ejemplo, desde la caída del Régimen llamado presidencial en 1827³³ hasta cuando el déspota necesario y unificador, surgido por generación espontánea de aquel estado inorgánico, no solo logró unificar las Provincias que hoy constituyen la gran nación del Plata, sino que pretendió darle por límites los del antiguo Virreinato de Buenos Aires.

En la comparación que alguna vez hemos iniciado entre los dos países de llanuras de la América española, tomando en cuenta la influencia poderosa del medio geográfico en la evolución de los pueblos, surge la deducción de que fue un mal para la consolidación inmediata de la nacionalidad argentina, la corta duración de la guerra de Independencia y su relativa benignidad, así como la ausencia de un verdadero ejército peninsular, que no atribió nunca a las regiones del Plata; circunstancias que no hicieron necesaria la presencia y por consiguiente la preponderancia de un gran Caudillo de las altas dotes del general San Martín, quien no hallando ambiente a sus sueños de redención dentro de los límites de su Patria, la dejó entregada a la anarquía caudillesca y tramontó los Andes para llevar a Chile y al Perú las banderas de la Independencia. Lo que hubiera podido realizar aquel grande hombre en Argentina, lo realizó Bolívar en Venezuela, constituyendo con aquellas fuerzas dispersas una sinergia poderosa puesta al servicio de la Causa de América. El Libertador no solo unificó a Venezuela donde existían muchos Artigas y Francias en agraz, sino que pasando sobre el *Utis possidetis juris* de 1810, unió la antigua Capitanía General, que sobre aquella base del derecho público de la Revolución, se había constituido en nación independiente, al Virreinato de la Nueva Granada, comprendiendo la Presidencia de Quito, y extendió los límites de la Gran Colombia hasta las mismas márgenes del Guayas; en tanto que el Virreinato de Buenos Aires, llamado por el mismo principio fundamental a constituir una sola nación, se desmembraba en la más espantosa anarquía, para dar nacimiento a cuatro Estados independientes y dificultar por largos años la integración de las propias provincias que hoy constituyen la República Argentina. Bolívar creó su Patria dejando una tradición de unidad que cobró mayor fuerza cuando los venezolanos pasaron las fronteras para ir a librar las batallas finales de la Independencia de

³³ V. F. López: *Manual de Historia Argentina*. II, pág. 315.

América; al general San Martín, que poseyó en el más alto grado las dotes necesarias, le faltó desgraciadamente la ocasión y con la ocasión el poder y la autoridad para crear la suya.

En 1859 estalla en Venezuela casi al mismo tiempo que en Nueva Granada la revolución federalista, que allá termina con la Constitución de Río Negro y aquí con la del año 64 que fue casi una copia de aquella. Y para que se observe con toda precisión la diferencia orgánica de dos pueblos del mismo origen y casi de la misma composición étnica, pero de diversa estructura geográfica, baste considerar que uno y otro con instituciones idénticas, reaccionaron de modo distinto, como reaccionan dos organismos de diversa idiosincracia bajo la acción de una misma droga. Mientras que en Colombia se reprodujo la misma anarquía de las ciudades que en 1810, al estallar la Revolución de la Independencia, estableciéndose una *Federación monstruosa* —como la calificó don Marco Fidel Suárez— con familias preponderantes en cada localidad y que llevó el país al borde de la disolución, en Venezuela la Federación fue caudillesca, individualista y hasta comunista, pudiera decirse. En cada localidad, del mismo modo que después del año 14, en que los llaneros destruyeron por completo las oligarquías municipales, hasta el reconocimiento de la Autoridad Suprema del Libertador después de Boyacá, en cada localidad surgió de nuevo un mandón, un jefe de prestigio, un señor feudal, pero obligado por la tradición que imponía el reconocimiento y la lealtad al Jefe Supremo, a obedecer sus órdenes como en el campamento, so pena de traición, y a mantener la unidad nacional. La autonomía de las provincias o Estados Federales, estuvo siempre en razón directa de la falta de autoridad del Caudillo Central, como sucedió con el Mariscal Falcón. Pero jamás, debemos repetirlo, ninguno de aquellos caudillos regionales, por más rudos e ignorantes que se les quiera suponer, pensó en desmembrar la nación, comprobando así la característica de los pueblos pastores, “donde la potencia nacional reposa esencialmente sobre *el prestigio personal de los jefes*”³⁴.

Surgida de una de las guerras más sangrientas de la Historia, nuestra patria es hija del heroísmo y la lealtad. La revolución que nos emancipó políticamente de España, emancipó al mismo tiempo las clases populares de la sumisión a que estaban sometidas bajo el antiguo régimen; pues mientras en la mayor parte de las Repúblicas hispanoamericanas el pueblo, la gran masa indígena y mestiza se halla más o menos en la misma condición social y económica que durante la colonia, en Venezuela la guerra revolvió hasta el fondo de nuestras más bajas clases populares; y sobre la ruina y la desaparición de las aristocracias municipales, surgió el igualitarismo característico de los pueblos pastores, y la llanura con todas sus consecuencias políticas, sociales y económicas impuso el sistema de gobierno,

³⁴ Edmond Demolins. *Les Grandes Routes des Peuples. Essai de Géographie Sociale*. II. pág. 165.

el régimen efectivo, venezolano, bajo el cual hemos ido realizando la integración de la Patria ³⁵.

IX

En esta rápida ojeada a los más importantes sucesos de nuestra historia, hemos querido demostrar el empirismo con que generalmente se ha venido estudiando la evolución social y política del país, y encarecer al mismo tiempo la necesidad en que se hallan las nuevas generaciones, libertándose de rancios y erróneos conceptos, de ver en la Historia la verdadera fuente de los conocimientos que puedan sacarnos de la espesa maraña en que por tantos años se ha extraviado el criterio positivista, que ha debido prevalecer en la dirección política e intelectual del país.

En el estado actual de las ciencias sociales toda afirmación que no se base en hechos positivos es inconducente y errónea. La política no puede tener otro fundamento que la evolución histórica de cada país, porque "sencilla o complicada, estable o mudable, bárbara o civilizada, la sociedad tiene en sí misma su razón de ser. Se puede explicar su estructura por extraña que sea, sus instituciones por contradictorias que parezcan. Ni la prosperidad, ni la decadencia, ni el despotismo, ni la libertad, son jugadas de dados producidas por las vicisitudes de la suerte, ni golpes teatrales improvisados por la arbitrariedad o el capricho de un hombre. Obedecen a condiciones a las que no podemos sustraernos. En todo caso nos conviene conocer esas condiciones, sea para mejorar nuestro estado, sea para verlo con paciencia, unas veces para ejecutar reformas oportunas, otras para renunciar a las impracticables; ya para la habilidad que da el triunfo, o ya para adquirir la prudencia de abstenerse" ³⁶.

La Venezuela del presente tiene su razón de ser en todo ese pasado que las abstracciones políticas y la historia romántica, literaria y declamatoria han impedido estudiar científicamente.

³⁵ Muchos han sido los escritores de otros países de América y sobre todo de nuestra vecina Colombia, que sin darse cuenta de que los pueblos pacíficos y sedentarios no producen caudillos militares, se envanece de su *civilismo* e ignorando las leyes de la continuidad histórica, pretenden humillarnos a los venezolanos exhibiendo como una mácula nuestros instintos guerreros. Olvidan que en la guerra de Independencia Venezuela, según lo afirmó el general Morillo, fue "la que dio a todas las otras provincias Jefes y Oficiales, pues son más osados e instruidos que los de los demás países". E ignoran que en 1827 un oficial granadino de nombre Bonifacio Rodríguez, encareciendo la necesidad de dividir la Gran Colombia decía al general Santander: "Conocen mis paisanos lo necesario que es la separación absoluta de los granadinos con los venezolanos en cuanto a gobierno, para vivir tranquilos y porque no pueden ver con indiferencia y frialdad que de más de 80 (ochenta) generales que tiene Colombia apenas se enumeran seis de los primeros (granadinos); que casi todos los coroneles son venezolanos, los empleados, venezolanos, los que se apropian la voz del pueblo y la opinión, venezolanos, los dueños de la prensa, venezolanos, y en fin, que nosotros somos el patrimonio de los venezolanos". *Archivo Santander*. — Tomo 1º, páginas 319-22.

³⁶ H. Taine: *Les Origines - L'Ancien Régime*. L. III. Ch. I.

Durante una centuria, del mismo modo que todas las otras naciones hispanoamericanas, no hemos hecho otra cosa que evolucionar hacia la integración de los elementos que necesariamente debían formar la nacionalidad, tras una lucha incesante, fatalmente impuesta a todo organismo que tiende a constituirse, para dejar de ser una simple ficción oficial y convertirse en una entidad real y efectiva.

Estudiar y exponer con criterio libre de prejuicios los caracteres de esa lucha, es en nuestro concepto el único medio de elevarnos por sobre los odios, las pasiones y los errores emanados de las viejas teorías metafísicas que han inspirado hasta ahora nuestra historia y servido de guía a nuestros hombres políticos.

Es este el propósito que nos ha guiado desde que hace ya largos años emprendimos estos modestos ensayos de sociología venezolana; bien convencidos, de que "son demasiado complejos los factores que entran en la evolución de un pueblo, para que un solo hombre pueda considerarlos todos a la vez sin peligro de equivocarse".

Este peligro es mucho mayor tratándose de un autodidacta, que es el primero en comprender las deficiencias y las grandes lagunas de que adolece su educación científica. Nosotros podríamos adoptar como propios los siguientes conceptos de Georges Sorel en la Introducción de su libro *Réflexions sur la violence*:

"Yo no soy ni profesor, ni vulgarizador, ni aspirante a jefe de partido; soy simplemente un autodidacta que presenta a algunas personas las anotaciones que le han servido para su propia instrucción. He trabajado durante veinte años en libertarme de lo que había retenido de mi primera educación; y si he paseado mi curiosidad a través de los libros, ha sido menos para aprender, que para limpiar mi memoria de las ideas que le habían impuesto. Desde hace unos quince años he trabajado verdaderamente en aprender, pero jamás he encontrado a nadie que me enseñara lo que yo quería saber: por eso me ha sido necesario convertirme en mi propio maestro y en cierto modo darme yo mismo las clases".

IV. LA TEORIA

RAFAEL VILLAVICENCIO
(Venezuela)

DISCURSO *

Dignísimo señor Rector; Ilustre cuerpo académico; juventud estudiosa; respetable auditorio:

Empezaré, señores, dando las gracias al señor Rector de esta Academia por el honor que me ha discernido eligiéndome para dirigiros la palabra en tan solemne festividad. Cumplido este deber, paso a llenar el segundo, obedeciendo a sus órdenes.

Yo sé que hay en mi auditorio muchas personas que no encontrarán novedad en mi discurso; pero como él debe dirigirse especialmente a esa brillante juventud que impulsada por el amor de la gloria, corre presurosa a recoger la inmarcesible guirnalda que la ilustre Universidad teje de flores cultivadas en el hermoso campo de las ciencias, para colocarla sobre las sienes de los que con sus méritos hayan conquistado estos laureles, he hecho elección del tema cuyo desarrollo ocupará por algunos instantes vuestra atención.

He encontrado en obras de escritores autorizados y he oído con frecuencia a personas ilustradas sostener la doctrina, que no vacilo en calificar de fatal, de las contradicciones humanas. "Cuando el hombre llega al apogeo de la civilización, se ha dicho, hállase en el último escalón de la moral: si es libre, es grosero y rudo; si suaviza sus costumbres, se forja pesadas cadenas". Doctrina, señores, que llena el alma de desconsuelo y que la arroja en el insondable abismo de la duda, corriendo el peligro de ir a estrellarse contra el horrible escollo del escepticismo; doctrina que debe espantar a la juventud al solo nombre de ciencia, que presenta cual letal ponzoña destilando gota a gota de los labios de sus maestros, para infiltrarse en su seno y desgarrarle el corazón; doctrina, que, como dice un célebre economista¹, conduce a la irreligión, a la impiedad, a la

* Pronunciado en la Universidad en el acto de repartición de premios. Caracas, 8 de diciembre de 1886.

¹ Bastiat.

maldición, a la blasfemia, en una palabra, a la desesperación absoluta, porque presenta al hombre sometido a la ley del progreso intelectual que, según aquella desoladora teoría, envuelve la decadencia de las costumbres y la corrupción en el mundo moral.

Y no se diga que creo fantasmas para combatirlos; estas ideas han tenido defensores en los tiempos antiguos y modernos; unos, porque despreciando la verdadera ciencia social, han querido modelar la sociedad según teorías fabricadas en su gabinete sin el auxilio de la observación; otros, porque observaciones incompletas los han conducido a leyes absurdas. Homero se duele en sus cantos de que sus contemporáneos hubiesen degenerado de los héroes que militaron en el sitio de Troya, y Plinio asegura que los hombres recrecen constantemente.

Hay entre los modernos una numerosa falange que en diversos escritos sostienen el mismo pensamiento. Rousseau, Benjamín Constant, Montlosier, Belart, Marchangi, el barón de Chateaubriand y varios otros. Una falsa noción de la propiedad territorial ha sido causa de que muchos economistas creyesen necesaria la injusticia. La ley de Ricardo sobre la renta conduciría a la desigualdad progresiva de los hombres; la de Malthus sobre la población los llevaría inevitablemente a la miseria; la de Tocqueville sobre la herencia produciría la esterilización de las tierras, y las cuatro empujarían de consuno a la humanidad en el triste camino del mal, mal irremediable a que se vería condenada la especie humana.

Protesto, señores, con todas mis fuerzas contra tan ruïnosa teoría, y lo hago en nombre de la importante autoridad de la razón y de los hechos; y no dejarán de concurrir a sostenerme en mi protesta los hombres de verdadera ciencia, Dunoyer, Cobden, Bastiat, Augusto Comte, Littré, etc. Tal aserción es lo más absurdo que pueda concebirse y me esforzaré por demostraros que la civilización es tan favorable a la religión y a la moral como lo es a las ciencias y a las artes; a la libertad como el orden; o lo que tanto vale, que al paso que el hombre ilustra su entendimiento, que se proporciona bienestar con las riquezas adquiridas por la industria, que procura mantener el orden social, suaviza sus costumbres, depura su moral, y se hace verdaderamente libre.

En efecto, señores, según el sentir de muy buenos autores, y según la etimología, la palabra civilización envuelve la idea del progreso en general, y los que la toman como sinónima de adelantos intelectuales y materiales, la sacan de su verdadero significado; ni aun puede concebirse este progreso parcial, porque desenvolviéndose en el hombre las facultades intelectuales, debe perfeccionar el conocimiento de lo bueno, de lo justo y de lo bello como todos los otros conocimientos, y estas ideas arrastran con fuerza irresistible nuestros afectos, toda vez que se las ha comprendido de lleno; el desarrollo de la industria, libertándola de todo monopolio, de toda ganancia ilegítima, y acostumbRANDO al hombre al trabajo, a la economía y a la justicia, mejora sus costumbres y sus relaciones sociales.

La libertad, o sea el poder que tiene el hombre de usar de sus facultades, aumenta en la misma proporción que éstas se desarrollan. El hombre no es libre de obrar sino sujeto a las leyes infranqueables de su organización, y dentro de esta misma esfera, no puede emplear una facultad cuyo uso, o no posee o no conoce. ¿Será libre de moverse un parálítico? ¿Será libre de ver el ciego? Uno y otro son tristes esclavos, el primero de los asistentes, el segundo de su lazareto. ¿Será libre de ser juez el que no ha estudiado las leyes? Irá a ser siervo de su secretario o de sus escribientes. La libertad del hombre está, pues, limitada por su ignorancia e inexperiencia, y a proporción que aprenda a servirse de un número mayor de facultades gozará de más amplia libertad. Es verdad que la civilización como que amengua a veces nuestros sentidos externos; pero aumenta, en cambio, considerablemente los internos que, por su inventiva, suplen con superabundancia la falta. El salvaje tiene la vista más de lince; el hombre civilizado ha inventado el telescopio. El salvaje corre con más velocidad; el hombre civilizado ha domado el caballo, y dispone del vapor. El hombre puede ejercer su actividad sobre sí mismo, sobre sus semejantes o sobre las cosas que le rodean; y para que esta actividad adquiera su mayor extensión, debe hacer de ella un uso sabio y moral. Somos libres de ejecutar acciones que nos sean perjudiciales; pero no lo somos de que éstas no traigan, por consecuencia, la limitación de la verdadera libertad. ¿El que inconsultamente traspasa las reglas de la higiene, no se condena a la enfermedad y a la inacción? Para disponer libremente de nuestras fuerzas debemos servirnos de ellas de modo que no perjudiquen a nuestros semejantes. Somos dueños de entregarnos al crimen; mas no lo somos de no disminuir proporcionalmente nuestra facultad de obrar. El que ataca la vida de su prójimo, se expone a perder la propia; y el que arrebata la hacienda ajena vive en continua zozobra por temor de represalias. Con respecto a las cosas, ninguno es libre de obrar contra las leyes naturales sin correr graves peligros. Sería ilógico que el arquitecto que construyese un edificio sin conocer las leyes de la gravedad, se salvase de sus ruinas. Por tanto, el hombre que se despoja de su ignorancia, que sacrifica sus vicios, sus violencias y sus debilidades en aras de la civilización ilustrándose, lejos de disminuir su libertad, anula precisamente lo que impide su desarrollo. El orden, la seguridad, la propiedad y la igualdad, efectos necesarios de la civilización, constituyen la libertad, y crecen con aquélla prestándose mutuo y poderoso apoyo. Dondequiera que unos hombres pretendan oprimir a otros, hay desorden y causa de desórdenes; donde nadie afecte pretensiones ilegítimas, hay reposo y certeza de orden. El despotismo es turbulento; la libertad pacífica. La seguridad es la libertad de disponer de nuestra persona; la propiedad la de disponer de nuestra fortuna; la igualdad la de elevarse cada cual en proporción a sus méritos. En consecuencia, mientras más ilustrado y moral sea el hombre, y más respete el uso legítimo de las facultades de sus semejantes, será más libre. En una palabra, la medida de la libertad es la civilización.

Pero hay naciones, se dice, que han perecido por exceso de cultura; ¿pero cuál es la nación que ha merecido el nombre de civilizada con exceso? ¿Y si la historia nos presenta ejemplos de naciones arrasadas, no debe atribuirse esto a la preponderancia en esos tiempos del elemento bárbaro? Grecia sucumbió al vendaval de las hordas macedonias; y Roma se doblegó bajo los hachazos de los bárbaros del Norte. ¿Y de dónde surgirán hoy los bárbaros que puedan apagar la antorcha de la civilización después que se ha hecho un incendio que cunde por doquiera?

Además, señores, la naturaleza del hombre es tal, que satisfechas sus necesidades actuales surgen en su ser otras que, cumplidas a su vez, dejan el campo a otras nuevas sin que se colmen jamás sus aspiraciones, y la que ha llegado último es siempre de un orden más elevado que las anteriores. He aquí la causa del progreso indefinido. La civilización nos proporciona los medios de satisfacer todas las necesidades, desarrollando en virtud de las leyes de nuestra organización, nuevas y superiores de acuerdo con la mayor extensión y actividad de nuestras facultades, y éstas, dirigiéndose a la consecución de fines más grandiosos, se ejercen de una manera más pura y elevada. Esta sola consideración basta para demostrar el progreso; expondré, sin embargo, algunas otras.

Si se observa atentamente la organización social, se encontrará la más perfecta regularidad en sus evoluciones, el acuerdo más completo en todos los intereses; y el individuo que busca su propio bienestar, contribuye a la felicidad común: así, el mal físico da severas lecciones que impiden el desarrollo del moral, poniendo al hombre en capacidad de remediarlo. Hermosísima armonía que hace brotar en nuestras almas esa fuente de agua viva que llamamos fe; que nos adormece deliciosamente al arrullo consolador de la esperanza y que mostrándonos a la sociedad avanzando con paso firme en el camino del bien por los avisos del mal, y a los miembros de la familia humana estrechamente unidos entre sí para la consecución de tan grande obra, nos hace ver a los hombres como hermanos ligados por los lazos de la caridad y de los intereses. Bellísima armonía que en nada difiere del orden inmutable que la astronomía demuestra en los movimientos que ejecutan en el espacio esos inmensos globos celestes; de los procesos regulares de la vida que la biología ha sorprendido introduciéndose en el secreto de los órganos; de la maravillosa transformación de la materia y su paso permanente del estado inorgánico al organizado y viceversa; y que arrebatando al sabio de admiración y de entusiasmo le hace sumergir las sienes en el polvo, y exclamar poseído de profunda reverencia y fervoroso arrobamiento: *Digitus Dei est hic*.

Pero el mejor medio, señores, para demostrar mi tesis es el examen de los hechos, porque si el hombre es perfectible se perfecciona, y el espíritu científico aplicado a los sucesos que nos refiere la historia, hará brotar de ellos las leyes que rigen las grandes evoluciones de la humanidad, y nos manifestará a ésta en continuo ascenso hacia la civilización. Suplícoco continuéis dispensándome vuestra atención.

Encontrándose el espíritu humano al principio de su carrera científica en presencia de los numerosos y variados fenómenos de la naturaleza, y no hallando en ellos la razón de su existencia, se lanzó en investigaciones atrevidas sobre la esencia de las cosas, y pretendió conocer la causa primera y la razón última de la creación: así, desde la más remota antigüedad, se agitan las grandes concepciones metafísicas que, hasta poco tiempo ha, tenían en efervescencia los espíritus.

Pero lo absoluto es inaccesible al espíritu humano que, siendo limitado, no puede dar solución sino a cuestiones que tengan este carácter, y si en los tiempos primitivos las ciencias estaban confundidas con la metafísica, según se ve por los escritos de Anaxágoras, Jenófanes y Parménides, ya en el siglo V antes de Jesucristo se habían acumulado bastantes observaciones de la naturaleza, y Sócrates satisfizo una necesidad apremiante separando la filosofía de las ciencias. De entonces acá, cada una ha seguido su camino: la metafísica agitando eternamente las mismas cuestiones sin hallarles jamás una solución que obtenga el asentimiento de todos los espíritus, porque sus principios son indemostrables, como que están fuera de la experiencia. La antigüedad ha visto las luchas de la Academia, del peripatetismo, del epicureísmo, del estoicismo, del escepticismo; y cuando estas grandes concepciones comenzaron a menguarse, el neoplatonismo adquirió el ascendiente sobre los espíritus. Pero la filosofía antigua desapareció con la sociedad antigua, y la metafísica pagana con la religión pagana; entonces comienza la metafísica de la época cristiana y los mismos problemas son agitados en las escuelas: la Edad Media los discute bajo los nombres de nominalismo, de realismo y de conceptualismo; surgen después las doctrinas de Descartes, de Spinoza, de Locke y de Condillac, la crítica de Kant, las especulaciones de Fichte, de Schelling y de Hegel. ¡Tantas y tantas doctrinas disputando sobre la base misma de sus concepciones! Construcciones nuevas que se levantan sobre las ruinas de las antiguas.

El papel de la metafísica ha sido, en verdad, esencialmente crítico; aspirando a hallar solución a las cuestiones absolutas por las solas luces de la razón, ha sido enemiga constante de los poderes religiosos y de todo orden político y moral; ha hecho gestiones repetidas para destruir lo existente, y sustituirlo con teorías que, desprovistas de sólido fundamento, se desvanecen como el humo y más de una vez ha conducido los filósofos al materialismo. La metafísica antigua minó las bases mentales del politeísmo; la metafísica moderna ha asestado crudos golpes al establecimiento católico; y de su seno han salido tantos factores de doctrinas socialistas. Por eso los sabios de estos tiempos la han suprimido del número de las ciencias, relegándola al inútil cuadro de las especulaciones del espíritu en su impotente esfuerzo por alcanzar lo imposible.

Las ciencias, por el contrario, nos ofrecen un sello del todo diferente: sus verdades son eternas, su marcha ascendente, su carácter positivo, su dominio universal. Los problemas matemáticos, astronómicos, o físicos,

los resuelven igualmente los sabios de todos los países; los problemas metafísicos tienen una solución muy diversa en París y en San Petersburgo, en Londres y en Berlín. Todos los físicos y astrónomos están de acuerdo en que los cuerpos se atraen en razón directa de las masas e inversa de los cuadrados de las distancias. Los metafísicos sitúan el alma, unos, en el átomo; otros, en todo el cuerpo; otros, en la glándula pineal y, otros, más atrevidos, la niegan totalmente. ¿Quién puede entenderlos en medio de tanta algarabía?

Mientras que cuando la inteligencia ha llegado a conquistar una verdad científica entra definitivamente a formar parte de su dominio, y la menor ojeada basta para comprender que el estado actual es superior al estado pasado.

Las matemáticas son la más antigua de las ciencias, por ser la más simple; siendo su objeto la extensión y los números, y encontrando la mayoría de sus leyes en la razón humana, sólo le bastan muy pocos datos experimentales para construir, por la deducción, el vastísimo edificio de los conocimientos que encierra.

La astronomía, conocida desde la antigüedad en sus condiciones estáticas, y sólo en los tiempos modernos en sus condiciones dinámicas, ocupa el segundo lugar jerárquico y cronológico: ella toma más de la experiencia, y para llegar al conocimiento de las leyes que rigen los movimientos planetarios, necesita como auxilio obligado de las matemáticas.

Dejando las especulaciones sobre la extensión y el movimiento, y sobre los cuerpos celestes, aparece un nuevo orden de fenómenos naturales que pertenece a la física: la pesantez, el sonido, el calor, la luz, la electricidad y el magnetismo. Ciencia más compleja que las anteriores, porque toma más de la experiencia, y que necesita de las matemáticas para penetrar por la teoría en las reglas de las cosas, y de la astronomía, a la que está ligada por los fenómenos de la pesantez, modo de ser de la gravitación universal. Bosquejada por Arquímedes, ha recibido después sus brillantes desarrollos.

Llegando a fenómenos más particulares hallamos la ciencia que estudia los elementos en sus acciones moleculares: la química viene después de la física, sin cuyos conocimientos no puede dar un paso; la luz, el calor y la electricidad desempeñan un importante papel en los fenómenos químicos. En ella termina la influencia directa de las matemáticas; así, sus teorías, desprovistas de este poderoso socorro, son más restringidas en su alcance y en su previsión, carácter que se marca más en las ciencias subyacentes. Los alquimistas, empeñados en buscar la piedra filosofal y el elixir de larga vida, dejaron una multitud de hechos de que apoderado el espíritu sintético, construyó la ciencia que nació a fines del siglo último.

La química es el lazo de unión entre el mundo inorgánico y el organizado; es necesaria al desenvolvimiento de la gran ciencia de los seres vivos, o sea la biología, a la que enseña que estos cuerpos están compuestos de elementos inorgánicos; que la materia se cambia constantemente

entre los dos reinos; que la nutrición y la reproducción, funciones que constituyen la vida entera del vegetal y una gran parte de la del animal, no son sino un inmenso trabajo de composiciones moleculares.

Se nos presenta aquí una anomalía aparente en el orden cronológico: Aristóteles, Hipócrates, Herófilo, Erasístrato y Galeno hicieron trabajos positivos en biología, porque ella podía ser alcanzada por sus condiciones estáticas, o sea la anatomía y la biotaxia; pero no hizo progresos en sus condiciones dinámicas, sino después de los inmortales descubrimientos de Bichat, y la respiración, la nutrición y otras funciones, no han sido mejor conocidas, sino cuando lo han permitido los adelantos de la química.

Ocupa el sexto rango la ciencia social, estrechamente ligada con la biología y dependiente de ella. El estudio del hombre en sociedad tiene por fundamento el del hombre individual, y las leyes generales de la vida son el término en que deben ser confrontadas las teorías sociales. El hombre influye en la sociedad, y la sociedad en el hombre, en virtud de las relaciones de los seres con los medios. La invención de la sociología, nacida de la apreciación de los hechos históricos bien filiados y conexiados, cierra el círculo del saber humano, trae definitivamente la ciencia al terreno del positivismo, y permite la reunión en un cuerpo de doctrina de las nociones abstractas o generales que comprenden las seis grandes secciones de los conocimientos humanos, satisfaciendo la necesidad irresistible que de la unidad tiene nuestra razón y conduciendo naturalmente el espíritu a la filosofía positiva, creación del genio de M. Augusto Comte.

De lo expuesto se deduce que es imposible negar el progreso de las ciencias; no lo es menos dudar del de la industria, las artes y la libertad.

La sociología ha demostrado con el carácter de certeza que distingue a las nociones científicas, que toda época histórica es el resultado de la época anterior, y que si retrogradamos en el curso de los siglos hallaremos el estado primitivo de la humanidad, bien que la historia se detenga en los imperios de Egipto, de la India y de China. Ha probado, igualmente, que la humanidad pasa por transformaciones graduales del salvajismo a la vida nómada, a la de pueblos sedentarios que se sostienen por esclavos, al régimen feudal y la servidumbre, a los privilegios de las clases y corporaciones, a la preponderancia del poder central y, finalmente, a la libre concurrencia debida al régimen industrial. ¿Y quién no ve en esta marcha a la humanidad ascendiendo y mejorando en ciencias, artes, moral y libertad?

Al hablaros, señores, del salvaje, no he querido referirme al que algunos soñadores como Rousseau, Raynal, etc., se han complacido en describir: el hombre aislado está condenado a perecer, porque sus necesidades exceden con mucho al alcance de sus facultades; hablo del salvaje cual lo concibe la razón; cual existe todavía en muchos puntos del globo; cual lo han descrito Peron, Cook, el barón de Humboldt y todos los viajeros que le han observado. El hombre en este estado se reúne en tribus que se mantienen de la caza y de la pesca, y como para conseguirlas nece-

sita una vasta extensión de terreno para sus correrías, hace la guerra a las tribus vecinas; guerra a muerte, porque es para suprimir bocas que le disputan el sustento.

Logra al fin domar algunos animales que le suministran en parte el alimento y pasa al segundo estado, o sea al de pastor. Ya no hace la guerra tan sólo para destruir, sino que conserva algunos prisioneros que utiliza como esclavos en el cuidado de los rebaños.

Agobiado todavía de fatiga, pone en juego su inteligencia para salir del malestar, principia a dedicarse al cultivo de la tierra y descubre el cereal, grano que puede llamarse civilizador por excelencia. El hombre se radica al terreno, entra en la vida sedentaria, y se hace agricultor. Asegurada la subsistencia por la fácil conservación de sus abundantes cosechas, puede disponer de algún tiempo y observar mejor los hechos y fenómenos que le rodean, entregándose a ensayos y experiencias que dan por resultado la creación de las demás industrias y, luego, de las ciencias en el orden cronológico que dejamos apuntado. Hace entonces la guerra, no ya para exterminar a su enemigo, sino para esclavizar los numerosos brazos que requieren las industrias, especialmente la agrícola. Pero el esclavo condenado bajo el foete de su señor al ejercicio de los conocimientos adquiridos, se apropia la industria y el saber, al paso que aquél, ocupado tan sólo de la carrera de las armas, y depravado por los botines del saqueo, y por las riquezas, productos de cosechas que ningún esfuerzo le han costado, se abandona al ocio y degrada sus facultades intelectuales. Numerosos esclavos dueños del saber práctico, morales y acostumbrados al trabajo, al frente de pocos señores encenagados en los vicios de la ociosidad, tuvo, por consecuencia, las insurrecciones que, si fracasaron al principio, alcanzaron poco a poco en las luchas sucesivas las franquicias de los derechos del hombre. No de otro modo es que el esclavo ha pasado a la condición de siervo, y de ésta, de siglo en siglo, a la de vasallo, súbdito y proletario, y se esfuerza por llegar a la de ciudadano, lo que principia a conseguirse en los países más adelantados.

Echando una ojeada comprensiva de todos estos estados, ¿no se ve al hombre mejorando al cambiarse de pueblos cazadores en pastores, después en agricultores y, finalmente, por la redención paulatina del esclavo, hacerse todos más industriales, más sabios, más morales y más libres?

La humanidad en estas luchas aspiraba al goce de los derechos políticos, que no llegó a poseer sino cuando en el estado de vasallos los reyes y señores hubieron de convenir en las asociaciones comunales. Aumentando estos derechos en los estados sucesivos, ha llegado el pueblo hasta poner individuos de su seno en los tronos europeos y, sobre todo, bajo el solio pontificio. Existen, sin embargo, muchos privilegios, patrimonios exclusivos de la autoridad central; pero el progreso de las luces va haciendo decaer estos sistemas para sustituirlos con el dominio de las ciencias positivas y del régimen industrial que es su consecuencia.

Hemos visto, señores, en esta marcha de la humanidad, a la clase trabajadora aprendiendo en la esclavitud y en medio de las penas que le proporcionan los modos de ser sucesivos, para poder llegar a constituir la masa de los hombres útiles de hoy. Nueva prueba de la intervención divina en los sucesos de la historia. Todo hecho, por inicuo que parezca, tiene su razón de ser, que no llega a comprenderse, sino cuando terminada una evolución la podemos ver en todas sus fases. Estas mutaciones preparan el imperio de la ciencia y de la industria, sistema más moral, y en el que domina la más amplia libertad.

Pero se acusa a la industria, o sea la acción de las facultades humanas aplicadas a alguna útil y honrosa ocupación, y a la vida industrial, o sea aquella en que las profesiones están libres en derecho de fraude y de violencia, se las acusa, repito, de ser materialistas, antipoéticas, anticientíficas y antisociales.

¡Qué absurdo, señores! Es bajo el régimen industrial que nuestras facultades toman el vuelo más poéticamente animado, más sabiamente dirigido, más moral y socialmente regulares de que sean susceptibles.

¿Y qué significa que la vida industrial es antipoética? ¿Acaso el sentimiento de lo justo, no envuelve en sí el sentimiento de lo bello? ¿Y no son las bellas artes uno de los primeros ramos de la industria?

¿Y dónde está el prosaísmo de que se acusa a los progresos actuales de la industria? ¿Por ventura nos olvidamos de la exaltación y el entusiasmo con que hoy se acoge en los países más industriosos a las artes que hablan a la imaginación y al sentimiento? ¿Y los brillantes triunfos que han obtenido en el mundo industrial los Talma, los Malibrán, los Mario, los Verne, los Dumas, los Lamartine y los Hugo, no manifiestan espléndidamente el favor que se dispensa a las artes liberales? Platón quería que se echase a los poetas de su república cubriéndolos de flores; nosotros los adornamos con ellas y los retenemos en nuestra esfera.

Nada hay tan poético como las obras de la industria. “¡Cuán bella es —exclamaba Buffon— esta naturaleza animada! ¡Cuán brillante y pomposamente adornada está por las manos del hombre!” “Hay más verdadera poesía —ha dicho uno de los mayores poetas de Francia, M. de Lamartine— en este movimiento febril del mundo industrial que hace al hierro, al agua, al fuego y a todos los elementos servidores animados del hombre, que en la inercia de la ignorancia y de la esterilidad, y en el reposo contemplativo de una naturaleza inactiva”. ¿Cuáles son las fantásticas creaciones de *Las Mil y Una Noches* que no haya realizado la industria? ¿Qué cosa hay más prodigiosa que el poder de evocar las fuerzas de la naturaleza, dominarlas y hacerlas a la vez las más sumisas esclavas, y las más poderosas auxiliares del hombre? ¿Pueden compararse las tristes ciudades antiguas, con las modernas capitales de calles rectas y embaldosadas, suntuosos edificios, grandiosos monumentos, espaciosas plazas, magníficos paseos, risueños y embalsamados jardines? ¿Qué agente de iluminación podría oponer la antigüedad al deslumbrante gas que el genio

del hombre ha ido a sacar de las tenebrosas minas de hulla? ¿Qué corceles habrían podido conducir al gran rey con la impetuosidad, la precisión y la seguridad de esas máquinas milagrosas, hoy a la disposición de todo el mundo, que arrastran no sólo un hombre, sino poblaciones enteras con la velocidad media de diez leguas por hora? ¿Y en qué es más poético el mezquino barquichuelo que condujo a los Argonautas a la Cólchide, que el navío de vapor que franquea en doce días el Atlántico? ¿Y qué hay de más maravilloso en la navegación débil que canta el autor de *La Odisea*, que en nuestras circunnavegaciones y excursiones atrevidas a los hielos polares? ¿Y por qué enternecerse ante los miserables bajeles que combatieron en Salamina y Accio, y permanecer de hielo ante nuestros soberbios navíos de guerra, empavesados y lujosamente adornados con pabellones y gallardetes, velados con la nube de su velamen, y haciendo fuego con todos sus cañones a la vez? ¿Y no son encantadores esos miles de millones de obras artísticas en que se ha vencido la fragilidad del cristal, la dureza del oro y de la plata, para hacerlos entrar en tejidos, adornos y otra multitud de objetos, cada uno de los cuales encierra más poesía que todo lo que haya podido soñar la antigüedad? ¿Y cuál habría sido el pasmo del sublime Homero, del divino Platón, del lírico Horacio, del dulcísimo Virgilio, del enamorado Ovidio, y de tantos otros poetas y filósofos antiguos si se hubieran encontrado de improviso ante la estupenda maravilla del Palacio de Cristal de la Exposición de Londres? ¿Y no parece pasar el límite de las facultades humanas el ver conversar a dos personas, la una en Inglaterra, la otra en los Estados Unidos? “La naturaleza inculta —ha dicho Buffon— es fría y moribunda”. Son bellas las maravillas de la creación; pero es más bello ver la mano del hombre continuando las obras de la divinidad.

¿Y qué quiere decir que la industria perjudica al desarrollo de la ciencia? En los pueblos libres e industrioses el estudio es el trabajo serio de hombres que viven todos de las conquistas que hacen a la naturaleza, y que se empeñan en encontrar sus leyes para plegarlas al servicio de la humanidad: el sabio trabaja para ser útil al artista; éste pone en práctica los descubrimientos del sabio.

Las artes, se dice, nos materializan porque nos separan de las especulaciones sobre la esencia de las cosas, la causa primera y la razón última de todo; pero ¿no es tiempo perdido el que empleamos en buscar lo que no podemos comprender?

Si la industria es favorable al desarrollo de las ciencias y las artes, no lo es menos al de las buenas costumbres. El inmoderado deseo del oro, el fausto, la personalidad, vicios que se atribuyen a la industria, son por desgracia inherentes al corazón humano y han dado nacimiento a los monopolios y privilegios que el régimen industrial se esfuerza en hacer desaparecer. ¿Y no es insensato echar en cara la avaricia a un régimen en que la libre concurrencia es la ley inflexible del trabajo, en que la abolición de los privilegios restringe las ganancias? El fausto es el vicio de los

países en que las fortunas se levantan de la noche a la mañana; ¿cómo atribuirlo a un sistema en que el hombre necesita actividad y economía para alcanzar la riqueza? Allí en donde el ardor de una ganancia inmoderada cierra el corazón a la justicia, se comprende el egoísmo, y el que conculca lo justo mal puede ser benevolente; acostumbrados, por el contrario, a la justicia los hombres industriosos son, necesariamente, caritativos, porque las virtudes se enlazan y se fortifican recíprocamente. En fin, señores, la industria que hoy se afecta presentar como la fuente de todos los vicios es la madre de las buenas costumbres.

La industria perfecciona también las relaciones sociales. Desde el momento que se ha probado que todos los intereses son armónicos, el régimen de la libre concurrencia debe necesariamente conducir a la paz; y si todavía la guerra comparte con aquélla el dominio del mundo, es porque no se han extinguido los privilegios; pero la sociología nos deja ver por el pasado, el porvenir, y a través de las nubes de humo y sangre que surgen todavía de los campos de batalla, divisamos la risueña aurora del hermoso día de la paz; y en el horizonte de la humanidad en que aún se agrupan algunos nubarrones, columbramos los albores que preceden al radiante astro que ha de iluminar los días felices de la especie humana; días en que el positivismo se haya adueñado de todas las inteligencias; en que el régimen industrial gobierne al mundo; en que el hombre sea libre porque habrá separado los obstáculos que se oponen al ejercicio de sus facultades; y en que cada uno será juzgado por sus méritos.

Creo, señores, haber demostrado la armonía en el progreso de las ideas cuyo conjunto constituye la civilización por las leyes del espíritu humano, por las leyes sociológicas, y por la filiación de los hechos históricos.

Vosotros, jóvenes que os dedicáis a la noble carrera del saber, no desmayéis en la gloriosa jornada que habéis comenzado. Vosotros, los unos en el poder, los otros en la opinión pública, tendréis mañana en vuestras manos los destinos de la patria; no olvidéis que las ciencias y las artes han importado definitivamente la idea del progreso al lado de la del orden sólo conocida de los antiguos. La sociedad tiene dos necesidades igualmente imperiosas, el orden y el progreso; es uno tan anárquico cuando pone trabas al progreso, como cuando perturba el orden. Dos grandes partidos se han dividido la dirección de la humanidad: el partido del orden y el partido del progreso. En sus perennes luchas han dejado asomar la cabeza a un tercero, el conservador, que niega los principios en nombre de las consecuencias, y las consecuencias en el de los principios. Todos han hecho muchos males; porque es tan imposible el lanzar prematuramente a un pueblo en una civilización demasiado avanzada, como el rechazarlo intempestivamente en una civilización abandonada. En todo fenómeno natural, y la sociedad es uno, la intervención humana no es eficaz sino a condición de conocer la ley; no hay, pues, gobierno verdaderamente sólido sino el que satisface al orden y al progreso: para la conciliación de los dos partidos es necesario que el del orden deje de ser retrógrado, y el del pro-

greso deje de ser revolucionario. Creer que es posible el orden por la restauración de las antiguas cosas, es un error; creer que baste a la sociedad las continuas luchas para la destrucción de lo antiguo y de lo actual es otro error; pero pedir que las mutaciones necesarias se cumplan sin desorden, o que la conservación del orden no se oponga al cumplimiento de las mutaciones necesarias, es, bajo dos fórmulas equivalentes, asentar el problema político en su totalidad.

Pero tales mutaciones necesarias no se realizan al acaso y de una manera desordenada: ha aguardado el Supremo Hacedor, someter las evoluciones sociales a leyes tan invariables como las que rigen la naturaleza física, y como dichas leyes llevan consigo su sanción inevitable, el obrar en desacuerdo con ellas es emplearlas contra sí. Por tanto, por más que oigáis decir que las cuestiones sociales se resuelven, sobre todo en América, por la intuición y el sentimiento, estad seguros que son vanas palabras que no suenan tanto sino por el vacío que encierran. A cada paso oiréis pronosticar lides y cruzadas, olvidando que la filiación histórica ha puesto en completo descrédito tales ideas, cuando nos muestra a todas las naciones tendiendo por el progreso social, al par que por el intelectual y material, a la unidad de la gran familia humana.

¿Y no se ha hecho de moda el dejarse arrastrar por el ardor de la juventud, y en cuestiones de tanta trascendencia como las en que se cruzan los intereses de las naciones, abandonar el campo del raciocinio y de la ciencia, para elevarse en las alas de la fantasía y perderse en las regiones del ideal? ¿Y no nos sucede con frecuencia que, llevados por un exceso de patriotismo, faltemos a la gratitud y al respeto debidos a nuestros antepasados, y exponiéndonos a causar mayores males que los que tratamos de remediar, nos deslicemos hasta el punto de soltar injustas invectivas contra Europa de quien hemos recibido toda nuestra civilización? Maldigamos, sí, maldigamos las inicuas pretensiones de algunos gabinetes colocados a retaguardía en el progreso europeo, pero no involvamos en nuestra execración a Europa entera, ni arrojemos a la faz de las naciones hechos criminales que ellas no autorizan.

América, jóvenes, está llamada a grandes destinos en el porvenir de la humanidad, y sois vosotros del número de los obreros que han de realizar tan magna obra; pero no será, ciertamente, por inspiración, ni por luchas fratricidas, ni por las que yo llamaría parricidas con naciones que hoy sirven de tipo al mundo, como modelos de progreso intelectual y material, de buenas costumbres, de relaciones sociales y de verdadera libertad.

Elevaos, pues, por vuestra ilustración y moralidad a la altura de vuestra misión; tened siempre presente que el triunfo más seguro es el triunfo de la verdad; no olvidéis que es de la cabeza del hombre ilustrado y que ha tenido tiempo de conocer el mundo, que salen juicios rectos sobre todas las cosas; despreciad a los declamadores que, como dijo uno de nuestros oradores sagrados², "lisonjean hoy a la multitud, como adorarán mañana

² Doctor José M. Alegría.

la tiranía"; infiltrad los conocimientos en todas las condiciones sociales; honrad el trabajo, y procurad el desarrollo de la industria; empeñaos en buscar la verdadera fuente de riqueza del país, para que explotándola, os hagáis felices siendo justos; cultivad una buena amistad con naciones que más adelantadas que nosotros en razón de su edad, ni tienen, ni pueden tener aspiraciones de conquista; y seremos libres, y habremos merecido ser llamados en el mundo civilizado *Venezuela*.

A vosotros, dignísimo rector e ilustres profesores, que con laudable constancia consagrais vuestros afanes y desvelos a la ilustración de la estu-
diosa juventud, a vosotros dirigiré mis últimas palabras. Sois vosotros las robustas columnas de este templo de la sabiduría; vosotros, los padres de la ciencia; vosotros, los mentores de esta numerosa juventud; en vosotros están vinculadas las esperanzas de Venezuela. En cada uno de estos tiernos pechos arde y brilla la llama del saber; sopladla para que no se extinga, que en ese fuego sagrado enciende sus antorchas la civilización. Haced de este antiguo plantel de la enseñanza un semillero inagotable de ciencia y de virtud para la República. Continúad, continuad infatigables, ¡oh ilustres maestros!, la obra meritoria a que consagró toda su vida *el patriota, el humanitario, el sabio, el modesto Vargas*.

He dicho.

22

JORGE LAGARRIGUE
(Chile)

POSITIVISMO Y CATOLICISMO *

Señores:

Antes de separarnos, debo resumir esta larga exposición, indicando los principales caracteres de la gran doctrina que viene a establecer una armonía completa y definitiva en el individuo, en la familia, en la patria, y en la Humanidad. Más que ninguna de las doctrinas que la han precedido y preparado, ella merece el bello título de Religión, porque ella sola ha abrazado y coordinado en toda su plenitud, las tres partes constitutivas de nuestra existencia individual y social: el sentimiento, la inteligencia y la actividad. Indispensable al orden y al progreso de toda sociedad, la *Religión*, como lo indica esa palabra admirablemente construida, no tiene, en efecto, otro fin que realizar en nuestra vida personal y social un estado de completa unidad, de plena armonía, haciendo converger todas sus partes

* Con esta conferencia terminó la exposición sobre la Religión de la Humanidad según el Catecismo Positivista de Augusto Comte. 1884.

hacia un destino común. Siempre ha empleado para llenar su objeto estos dos modos de acción: *Reglar* por una parte, cada naturaleza individual por medio de un Ser, cuya bondad y superioridad reconocidas reclamen al mismo tiempo nuestro amor y nuestra sumisión; y *ligar*, por otra, todas las individualidades entre sí, reuniéndolas en torno del mismo Ser Supremo, a quien todas deban igualmente amar, conocer y servir. Tal ha sido el glorioso y sublime oficio de las religiones del pasado; todas han tendido a fundar la unidad humana, combatiendo el egoísmo que nos divide, y desarrollando el altruismo que nos une. A los esfuerzos provisorios de las religiones teológicas, sucede hoy la acción sistemática y definitiva de la religión demostrable, para continuar la grande obra del progreso humano: la subordinación del egoísmo al altruismo, o el triunfo del amor universal. Dejando de la mano a sus antiguos tutores los dioses, que tanto la sirvieron, la Humanidad toma en fin la dirección de sus propios destinos, pues, gracias al genio del más grande de sus hijos, sabe ya claramente de dónde viene y a dónde va.

Naturalmente destinada a reglar y coordinar todos los aspectos de nuestra existencia, la Religión de la Humanidad se compone de tres partes fundamentales: el Culto, el Dogma y el Régimen, que reglan respectivamente nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestros actos. Antes de entrar en el estudio de cada una de ellas, os mostré el Gran Ser real, la Humanidad, centro inmutable de la unidad final, a cuyo alrededor vendrán a agruparse todos sus hijos movidos por un mismo amor, guiados por una misma fe, y dedicados a una misma actividad. Todo lo que somos, todo lo que poseemos, bienestar, riquezas, lenguaje, ciencias, artes, moralidad lo debemos enteramente a la Humanidad, a ese conjunto de seres convergentes, que, con sus trabajos, su abnegación, sus sufrimientos aún, han contribuido al perfeccionamiento físico, intelectual y moral de nuestra especie. Una larga serie de siglos de continuada labor, ha sido menester para elevarnos de la miseria y del egoísmo de las edades primitivas hasta los esplendores de la civilización moderna, cuyos beneficios, sin embargo, no podemos todavía gozar plenamente, colocados como estamos en medio de la necesaria, pero dolorosa transición, que ha de conducirnos al régimen de la paz y de la armonía universales. Reconozcamos, pues, con gratitud filial el poder supremo de la Humanidad, su bondad infinita, que no cesa de aliviarnos en nuestros trabajos, de consolarnos en nuestros dolores, de purificar nuestras bajas pasiones, de iluminar nuestra inteligencia, de exaltar nuestros instintos generosos, y de guiarnos por el camino del bien a la verdadera felicidad, la virtud. Amar, conocer y servir a la Humanidad, tal es la ley sagrada del deber, y el ingrato que la desconozca, ni aun mereció haber nacido. La paz y la unidad del alma humana no pueden obtenerse sino por la consagración continua de sus facultades afectivas, intelectuales y activas, al servicio del Gran Ser que nos domina, protege, educa y perfecciona.

Tener nuestra alma siempre elevada hacia lo bello y lo bueno, hacia el ideal de la perfección moral, en una palabra, hacia la Humanidad, he ahí el gran fin del Culto positivista. El amor, única fuente de las buenas acciones, no puede mantenerse vivo y crecer en nuestro corazón, sino por un perseverante cultivo de todos los días; y, después de la práctica del bien, la mejor manera de cultivarlo es expresar nuestros sentimientos de amor y reconocimiento hacia los seres queridos, a quienes debemos todo lo que somos, y que son para nosotros verdaderas personificaciones de la Humanidad. Representante de la bondad del Gran Ser, la mujer, como madre, como esposa y como hija, despierta y desarrolla los sentimientos generosos en el corazón del hombre: ella es nuestra verdadera providencia moral. Nuestro culto íntimo, dirigido a esos tres ángeles guardianes, fortifica y engrandece esa benéfica influencia de la mujer sobre el hombre, pues nos recuerda los beneficios que les debemos, y nos hace vivir con esos admirables modelos de ternura y de pureza. Preparados por este santo culto de la mujer, nos elevaremos hasta la adoración colectiva de la Humanidad, celebrando, con toda pompa, en sus templos públicos, sus incomparables servicios. Reunidos por una común simpatía en estas fiestas solemnes, los servidores del Gran Ser sentirán crecer su veneración y su amor por El, y volverán, a sus labores respectivas, mejor dispuestos para aliviar la suerte de las generaciones presentes y futuras. Amar y servir, orar y trabajar, he ahí las dos nobles ocupaciones de toda digna vida, y que, en nuestra religión, se confunden en una sola: porque la oración o la expresión de nuestras mejores emociones, es un verdadero trabajo por el cual perfeccionamos nuestra propia naturaleza moral, y nos preparamos así para el servicio de nuestros semejantes; y el trabajo, por su parte, no es sino un acto de adoración, cuando está dirigido por el amor de la Humanidad y se ejecuta en beneficio suyo.

Otra sería nuestra suerte, si el mundo exterior presentara menos obstáculos a la satisfacción de nuestras necesidades materiales, pues el triunfo del amor habría sido más fácil, y la Religión se habría encontrado casi reducida al culto. Pero colocados en un mundo lleno de dificultades materiales, que crean otras dificultades en el orden social y moral, estamos obligados a estudiar continuamente el orden universal, sea para someternos, con una humilde resignación, a sus condiciones inmutables, sea para modificar sabiamente sus disposiciones modificables. Así se explica la necesidad del Dogma, o conocimiento del orden universal, base indispensable de la Religión, y fuente esencial de las variaciones que ella ha experimentado al través de los siglos. Concluye, en el nuestro, la era de esas variaciones, pues a los dogmas ficticios e indemostrables de las religiones teológicas, sucede hoy el dogma real y demostrable de la Religión de la Humanidad. Indicada esta diferencia fundamental, conviene señalar la analogía característica de nuestro dogma con los de todas las religiones del pasado, en cuanto proclama, como ellos, que la moral es la primera de las ciencias, y en cuanto resume los conocimientos humanos en el famo-

so lema de la sabiduría antigua, completándolo: *Conócete a ti mismo para mejorarte*. Obra de genio fue el encontrar esa escala admirable de las ciencias, que nos lleva por grados insensibles desde los más sencillos problemas de la matemática hasta las más sublimes concepciones de la moral, pasando sucesivamente por las cinco ciencias intermediarias: astronomía, física, química, biología y sociología; pero fue obra de profundo amor y de verdadera religión, el decir con plena autoridad y justicia, a las ciencias que preceden la moral: Vosotras no sois sino ciencias preparatorias; nada valéis si vuestros estudios no convergen hacia el estudio y mejoramiento del hombre; separadas de la moral no sois sino ciencias inútiles o perjudiciales a la inteligencia y al corazón. Ninguna religión, sino ésta, ha conseguido reglar la razón humana y darle, al mismo tiempo, entera satisfacción en sus aspiraciones a la realidad, desarrollar el espíritu y subordinarlo, sin embargo, al corazón, en una palabra, conciliar plenamente el amor y la ciencia.

Nunca el Catolicismo pudo abrazar y consagrar convenientemente, en su síntesis, la existencia práctica, preocupado como estaba ante todo, del fin extraterrestre de la vida humana. Otro título de gloria, otro carácter distintivo del Positivismo es la institución social y altruista de su régimen: no vivimos, no trabajamos para nosotros, para nuestra salvación personal, sino para una obra colectiva, inmensa, eterna, que, legada gratuitamente a nosotros por nuestros predecesores, debemos transmitir, mejorada y aumentada, a nuestros descendientes. Bello espectáculo y noble alimento ofrece al corazón y al espíritu esa admirable concepción del Positivismo sobre la vida social; cada individuo, cada familia sienten así crecer su dignidad y felicidad, al considerarse cooperadores necesarios del perfeccionamiento material, intelectual y moral de nuestra especie. La máxima moral, *Vivir para los demás: la Familia, la Patria y la Humanidad*, regla toda nuestra existencia individual; pues ella nos exige la comprensión habitual de los instintos egoístas y el desarrollo continuo de los afectos altruistas o simpáticos, para hacernos así cada vez más aptos al servicio social. El Positivismo consolida y engrandece también la existencia doméstica, dándole un carácter altruista, pues proclama que la familia no es sino una institución social, destinada a preparar el hombre a la vida cívica, por la dulce influencia que sin cesar ejercen sobre él la ternura y la moralidad femeninas. Sólo ahí se adquieren las dos virtudes fundamentales que forman la base de todo civismo: el respeto o veneración que nos conduce a la obediencia voluntaria a nuestros superiores, y la abnegación o bondad que nos hace dignos de mandar a nuestros inferiores. De ahí surge la gran máxima, sobre la cual reposa el régimen público: *abnegación de los fuertes por los débiles; veneración de los débiles hacia los fuertes*.

Indicados ya brevemente los caracteres esenciales del culto, del dogma y del régimen positivista, que están contenidos en nuestra fórmula sagrada,

—*El amor por principio, y el orden por base; el progreso por fin*—, réstame resumir la historia de las preparaciones que exigía la fundación de la religión final. La Humanidad no podía comenzar por el positivismo, es decir, por el régimen de la actividad industrial dirigida por una doctrina demostrable, porque, en sus principios, ni conocía las leyes del mundo que la rodeaba, ni tenía casi acción sobre él. Falto de nociones reales sobre el mundo exterior, el hombre supuso, como era natural, que todos sus fenómenos eran producidos por voluntades análogas a las suyas; y de ahí el nacimiento del teologismo. Del mismo modo, repugnándole desde luego todo trabajo regular, escaso de recursos materiales, y cediendo a la incitación, tan poderosa entonces, del instinto destructor, buscó en la guerra lo que el trabajo no podía proporcionarle todavía. El teologismo y la guerra se encuentran siempre en los orígenes de todas las sociedades humanas, y han presidido por largo tiempo a su desarrollo progresivo.

A impulso de los progresos del entendimiento humano, el fetichismo primordial, que da a todos los seres los atributos de la vida, se transforma gradualmente en politeísmo, que supone que la actividad de la materia o los fenómenos observados en los cuerpos, son producidos por seres invisibles, que tienen absoluto poder sobre ellos. Bajo el dominio de las creencias politeístas, fúndase el régimen teocrático, el único que haya establecido una armonía estable y duradera entre las tres grandes fuerzas humanas: el sentimiento, la inteligencia y la actividad. Pero esta coordinación era prematura, porque esas fuerzas no estaban suficientemente desarrolladas, y en ella se sacrificaban las condiciones del progreso a las condiciones del orden, dando así el sello de la inmovilidad a las sociedades antiguas. Menester fue, pues, romper con el orden teocrático, y comenzar una incomparable evolución que, desarrollando cada una de las fuerzas humanas, preparase al mismo tiempo la síntesis final, que ha de coordinarlas definitivamente, respetando y conciliando las dos condiciones fundamentales de toda sociedad: el orden y el progreso. La Grecia abre la marcha, independizando y cultivando la inteligencia con un éxito que nos sorprende aún; la sigue Roma, que da un admirable vuelo a la actividad social, destinándola a imponer la paz al mundo. Ambas cultivaron una sola de nuestras fuerzas, descuidando el sentimiento, fuente de la armonía y de la moralización de esas fuerzas; pero ambas contribuyeron a formar el régimen católico feudal: Grecia, disponiendo los espíritus al monoteísmo; Roma, preparando, por su conquista temporal, la conquista espiritual del catolicismo. La decadencia y la corrupción de Grecia y Roma vinieron a mostrar la necesidad de fundar en el sentimiento la base indestructible de la moralidad humana: tal fue el noble destino de la transición católico-feudal.

Después de varios siglos de esplendor, el régimen de la Edad Media comenzó a disolverse por el choque de sus propios elementos. Cumplió su misión, proclamando la supremacía de la moral sobre la política, elevando a la mujer en dignidad e influencia sociales, y emancipando a las clases laboriosas. Ese régimen hizo así surgir los elementos de la sociabilidad

moderna, y de él datan los inmensos progresos materiales e intelectuales que caracterizan la civilización occidental de la Europa. Pero esta ardiente actividad científica, filosófica, estética e industrial, manifestó muy pronto su absoluta incompatibilidad con el teologismo, pues mientras éste se preocupaba sólo de los intereses celestes, aquélla, despreciando cada vez más esa destinación quimérica y egoísta, se dedicaba, con celo creciente, al mejoramiento real de las condiciones físicas y sociales de la Humanidad. Este gran movimiento progresista presentaba, sin embargo, un carácter anárquico, que dura aún; porque en su ataque al catolicismo, desconocía la supremacía del sentimiento y la preeminencia del progreso moral. Falta-ba a los elementos científico e industrial, el elemento afectivo y moral que debe dirigirlos, reglarlos y armonizarlos. La ciencia misma se encargó de suministrarlo, elevándose hasta el estudio de los fenómenos sociales y morales, y transformándose en una verdadera religión, por la construcción del dogma de la Humanidad.

Este dogma positivo, término final de la sabiduría humana, satisface y concilia plenamente los tres elementos de nuestra naturaleza, la inteligencia, la actividad y el sentimiento, sucesivamente cultivados por Grecia, Roma y la Edad Media. De hoy más nuestros afectos, nuestros pensamientos, y nuestros actos no pueden encontrar nobleza, dignidad, grandeza, y armonía mutua, sino dirigiéndose a la Humanidad, ese ser inmenso y real, a cuyo pasado lo debemos todo, en cuyo presente vivimos, y cuyo porvenir ha de juzgarnos necesariamente. Ella se ocultaba, hasta aquí, a nuestra vista, detrás de esos seres ideales que ella misma creó para dirigirse en sus primeros pasos. Ella se nos aparece hoy en toda su espléndida realidad, mostrando su suprema bondad y su supremo poder, y pidiendo justamente para sí el tributo de adoración, por tan largo tiempo rendido a sus representantes imaginarios. Tachará de impío o de obstinados ignorantes a los que persistieren en desconocerla como al único ser supremo real. El ingrato que niegue la Humanidad y sus incontestables servicios, no puede aún proferir esa blasfemia, sin emplear un instrumento que no debe sino a ella: el lenguaje, esa obra colectiva en la que han participado todas las generaciones pasadas. El hombre solo, nada es, nada puede en presencia del mundo exterior; sin un auxiliar, quedaría siempre reducido a la simple animalidad; todo nos prueba que *entre el Hombre y el Mundo es necesaria la Humanidad*. Ella sola es nuestra verdadera providencia física, intelectual y moral.

La rápida y sumaria exposición que acabo de hacer de nuestra doctrina, está únicamente destinada a mostraros, una vez más, su carácter fundamental. El Positivismo, como veis, no es una obra de negación, de ataque, de destrucción; es exclusivamente una obra de afirmación, de concordia, de construcción. Siguiendo las huellas de las religiones pasadas y apropián-

dose sus resultados esenciales, viene a organizar, sobre bases positivas, nuestra vida moral y social. En nombre de la Humanidad, continúa el perfeccionamiento y la redención del hombre, perseguidos hasta aquí sólo en nombre de Dios. Todos los deberes humanos, todas las instituciones fundamentales de la sociedad, insuficientemente defendidas ya por un teologismo en disolución, adquieren una consistencia inquebrantable y una autoridad irresistible, bajo el manto sagrado de la Religión demostrable.

Cesa en adelante todo pretexto para la persistencia del negativismo revolucionario, cuya pasajera utilidad no se justifica sino por la necesidad de preparar y de fundar la religión final. El plano sublime del eterno edificio religioso, que ha de abrigar en su seno a la raza humana toda entera, está ya trazado, con mano maestra, por el genio incomparable de Augusto Comte. Los nobles corazones, las inteligencias elevadas, los grandes caracteres, en una palabra, las almas escogidas, a cualquiera clase social que pertenezcan, no pueden vacilar un momento, en cooperar a esta inmensa construcción, que ha de realizar la felicidad del género humano. Sólo los egoístas, los ignorantes y los caracteres pusilánimes permanecerán fríos y mudos, delante de los llamados de la Humanidad, para que la ayuden en su última, difícil y gloriosa transformación. Los que persistan en la fácil tarea de ensañarse contra el cadáver del teologismo, y queden indiferentes u hostiles al Positivismo naciente, manifestarán, con esta conducta, que sólo desean libertarse de toda regla, de todo deber, y que no poseen el menor interés real por los destinos de la Humanidad. La única manera de enterrar dignamente al teologismo, es reemplazarlo por una doctrina superior en grandeza moral, en aptitud mental y en eficacia social. Si nosotros llamamos a nuestras filas a los partidarios sinceros del catolicismo, es para conducirlos a una creencia más religiosa, es decir, más apta para reglar y perfeccionar al hombre, y para ligar a los hombres entre sí, realizando la unidad mental y moral de nuestra especie.

Antes de comenzar la comparación entre el Catolicismo y el Positivismo, que pondrá de manifiesto la superioridad incontestable de éste sobre aquél, debo aún insistir en nuestra actitud respecto de la gran doctrina que nos ha precedido en la historia, y que en vano intenta detenerse hoy, en su inevitable disolución. Lejos de maldecirla, como hizo ella con sus antecedentes greco-romanos, nosotros la proclamamos respetuosamente nuestra precursora indispensable, y la glorificamos por los eternos servicios que ha prestado a la Humanidad. Nos reconocemos sus herederos en la grande obra del progreso humano, y venimos a realizar el programa social que ella sólo pudo plantear: la separación de los dos poderes, temporal y espiritual, y la supremacía de la moral sobre la política. Nuestras simpatías por el venerable pasado del catolicismo, se extienden justamente a sus sinceros representantes actuales, que, por incompetentes que sean para resolver los graves problemas que ofrece hoy la sociedad, mantienen, sin embargo, en medio de la irreligiosidad moderna, el sentimiento y los hábitos religiosos, hasta que el Positivismo venga a darles una dirección

más elevada, más santa, más social. La permanencia del catolicismo en el seno de nuestra civilización, a pesar de su incompatibilidad manifiesta con la ciencia positiva y con la actividad industrial, está además demostrando, aun a los más ciegos revolucionarios, que la sociedad no puede vivir sin religión, y que, sólo aceptando la Religión de la Humanidad, dejará de perpetuarse indefinidamente el teologismo.

Más respeto y simpatía nos inspira el catolicismo, cuando consideramos que su principal apoyo es la mejor porción de la humanidad, la que representa su bondad: la Mujer. En vano el negativismo y el materialismo científico se han agitado en torno suyo, durante siglos; ella permanece siempre fiel a la doctrina católica, que sabe hablar al corazón, centro de la existencia femenina. Ella, que no vive sino por el sentimiento, por los afectos tiernos y delicados, da un precio infinito a esas prácticas religiosas que, como el rezo, tienden a cultivarlos y perfeccionarlos, y no las abandonará jamás, obligándonos felizmente así, a darle esas mismas prácticas, purificadas y engrandecidas por una religión superior. Angel guardián del santuario doméstico, encargada de velar, ante todo, por la moralidad de la familia, la mujer buscará siempre una religión que consagre su autoridad, y que le suministre los principios y los medios eficaces para mantener al hombre en el camino de la virtud. La mujer católica merece doblemente nuestra gratitud, por habernos conservado y transmitido incólumes, al través de la anarquía revolucionaria, los nobles hábitos morales de la Edad Media y por servir al hombre emancipado, de perpetuo recuerdo de la necesidad de una religión.

Pero no sólo abrigamos sinceras simpatías por el catolicismo, sino que estamos, además, convencidos de que del medio católico han de surgir muy pronto los mejores fieles de la religión final. Los católicos poseen, en efecto los hábitos de religiosidad, de cultura moral, que el Positivismo exige de sus fieles, y que son tan difíciles y, a veces, imposibles de adquirir para aquellos que han abandonado y mirado con desprecio, desde largo tiempo, toda religión. Por eso Augusto Comte decía admirablemente: "El catolicismo debe constituir hoy en la mayor parte de las evoluciones individuales, la mejor preparación al positivismo; y es necesario desear, para el bien público y para la felicidad privada, que las almas permanezcan católicas hasta que se hagan positivistas, evitando todo escepticismo". Los católicos honrados e inteligentes, los que se preocupan, sobre todo, de los intereses morales de la sociedad, aceptarán el Positivismo, cuando se les muestre que solamente él puede salvar esos sagrados intereses, tan comprometidos hoy por el grosero materialismo científico-industrial. La mujer y el sacerdocio católicos, por la naturaleza misma de sus funciones, serán los primeros en sentir la necesidad y la oportunidad de la más completa y de la más santa de las religiones.

O el clero católico ha perdido toda noción y sentimiento de sus altas funciones morales y sociales, y no se preocupa sino de vivir, o el Positivismo, que restituye al poder espiritual su antigua dignidad y esplendor,

no tardará mucho en despertar profundas simpatías en él, si no las ha despertado ya. ¿Cuántas abnegadas naturalezas sacerdotales no habrá, que sufren al contemplar la poca influencia social que poseen, al ver que sus consejos son desoídos, y no pesan, en manera alguna, en la marcha de los negocios humanos? Muy penoso debe serles el presenciar, con frecuencia, que sus mejores discípulos se emancipan de su dirección espiritual, apenas entran en las tareas activas de la vida. Tales naturalezas no pueden menos de mirar hoy con simpatía, y de abrazar aún la gran doctrina, que viene a reconstruir el sacerdocio sobre bases indestructibles, a darle la fuerza mental, y la social indispensables para moralizar la fuerza material. Con la Religión de la Humanidad volverán a ejercer dignamente las cuatro grandes funciones de todo poder espiritual completo: dar a todos los hombres una educación común; servir de reguladores e intermediarios entre los individuos, entre las clases sociales, y entre las diversas patrias; consagrar todas las funciones sociales, por modestas que sean y, por último, juzgar y conmemorar a los hombres según los servicios prestados a la Humanidad. El oficio esencial del sacerdote es dirigir al hombre por el camino del bien, hacer triunfar siempre la moral en todas las relaciones humanas. Los sacerdotes inteligentes, sinceros y entusiastas, viendo en el teologismo un instrumento gastado ya, e insuficiente para llenar ese santo oficio, están moralmente obligados a aceptar el Positivismo, que dispone de mayores fuerzas para hacer predominar el altruismo sobre el egoísmo.

Si las almas elevadas del sacerdocio católico, por el carácter de sus funciones, se encuentran en aptitud de comprender la verdad y la grandeza de la nueva fe, mejor dispuestas para abrazarla deben estar las nobles naturalezas femeninas. La mujer, cuya ternura tiende siempre a la fusión completa de las almas, siente más que nadie el inmenso vacío que existe entre ella y el hombre por la decadencia del catolicismo. El desprecia y ataca lo que ella adora y defiende.

Las madres y las esposas pierden cada vez más su dulce y benéfica autoridad moral, pues sus mejores consejos son ordinariamente considerados como simples preocupaciones de una religión caduca. La experiencia les prueba que los hombres no volverán a la antigua fe. Aceptarán, pues, con reconocimiento, la única doctrina que concilia definitivamente el amor y la ciencia, que conviene tanto a la ternura femenina como a la razón y energía masculina, y que inviste a la mujer de una suprema y santa influencia, proclamándola la providencia moral de nuestra especie.

Inspirándose en el verdadero fin social de la religión, y viendo la marcha siempre creciente de la anarquía irreligiosa, los partidarios sinceros del catolicismo vendrán a engrosar las filas del Positivismo. No habrá ningún sacrificio en esta transformación, porque pasarán a una religión que, conservando y mejorando sus bellas tradiciones, los conduce a una vida religiosa más estable, más pura y más elevada. Fácil es, en efecto, mostrarles la incontestable superioridad mental, afectiva y social de la Religión de la Humanidad sobre la religión de Dios.

Muy poco necesito insistir sobre la evidente inferioridad de la base mental del catolicismo. La duda y la herejía acompañaron, desde el principio, a casi todos sus dogmas, como que eran construcciones esencialmente subjetivas. Hoy, delante de los progresos de la razón humana, hasta los mejores corazones sienten vacilar su fe. Ya casi no existen verdaderos católicos, exclamaba un predicador desde lo alto de la cátedra de San Sulpicio, en París, es decir, fieles que dirijan en todos los momentos de su vida, sus afectos, sus pensamientos y sus acciones hacia Dios. En efecto, la creencia y el sentimiento de la intervención divina en los fenómenos del mundo y de la sociedad, disminuyen rápidamente en presencia de la imponente regularidad que descubre en ellos la ciencia positiva, y del poder creciente que ejerce sobre ellos el arte humano. El Positivismo espontáneo penetra hoy de tal manera los hábitos, que cada día se hace más difícil al catolicismo implantar, en la práctica de la vida, el ideal que siempre ha perseguido: establecer una relación exclusiva y continua del hombre con Dios. En vano se intenta hacer revivir el teologismo; ya no tiene raíces en nuestra inteligencia.

Por el contrario, todo anuncia que ha llegado, por fin, el eterno imperio del Positivismo sistemático. Aunque construido subjetivamente, es decir con una destinación humana, su base y sus materiales son esencialmente objetivos, reales, y resultan de una lenta y difícil elaboración científica que viene desde Tales hasta Augusto Comte. Sus dogmas demostrables se imponen necesariamente a la razón humana, y sólo el egoísmo, ciego perturbador del entendimiento, se negará por algún tiempo a reconocerlos. La existencia de la Humanidad, lejos de temer la reflexión y el estudio, recibirá de ellos una perpetua confirmación, pues todo, a nuestro alrededor y en nosotros mismos, nos está hablando de sus incansables beneficios. Vivimos realmente por la Humanidad, en ella y para ella; nos falta solamente tener plena conciencia de esta gran verdad. Con la educación sistemática del positivismo, la Familia y la Patria, cuya noción y sentimientos son casi espontáneos en nosotros, pasarán a ser simples miembros y representantes de la Humanidad. Así directa o indirectamente, nuestra vida se concentrará en el Gran Ser real; hacia él convergerán naturalmente nuestros sentimientos para amarlo, nuestros pensamientos para conocerlo, y nuestros actos para servirlo.

Altamente superior al catolicismo por su base intelectual, el positivismo no conseguiría, sin embargo, reemplazarlo, si no satisficiera, mejor que él, a los dulces afectos, a los nobles sentimientos del corazón humano, que forman el dominio esencial de la religión. Pues bien, es ante todo, en nombre de un amor más puro y desinteresado, en nombre de una moral más humana, más social, más simpática, que nosotros venimos a tomar la dirección religiosa de la Humanidad. La principal fuerza del Positivismo,

su más bello título de gloria, su verdadera superioridad sobre el catolicismo, consiste precisamente en conducir al hombre y la sociedad, a un mayor grado de perfección.

Toda doctrina religiosa señala un fin a la vida humana. El catolicismo lo hace consistir en la salvación personal, en merecer la felicidad eterna en el paraíso celeste. Sin duda consiguió de ese modo, por largo tiempo, reglar nuestra existencia, comprimiendo sobre todo los malos instintos. Pero ese fin envuelve una preocupación esencialmente egoísta; hay en él un llamamiento continuo a la personalidad, al cuidado de sí mismo, sin ninguna estimulación directa al sentimiento social, al servicio de los demás. Las buenas obras del católico, su amor a Dios, sus oraciones, su culto, van siempre empañados por la sombra egoísta de la esperanza en las recompensas de la otra vida, o del temor a las penas futuras. De ahí que las mejores almas del catolicismo lucharan, sin cesar, por desprenderse del egoísmo cristiano, y aspiraran a la plenitud de la abnegación pura y desinteresada. Conocidos son esos sublimes arranques del más elevado altruismo, atribuidos con justicia al amante corazón de Santa Teresa:

*No me mueve, mi Dios, para quererte,
El cielo que me tienes prometido.*

.....
Aunque no hubiera cielo yo te amara.

Y este mismo amor a Dios por grande influencia que haya ejercido sobre el alma del católico, apartaba de las simpatías humanas y tendía a separar al hombre de la Humanidad. Mirando la tierra como un triste lugar de destierro, y considerando las afecciones terrestres como un obstáculo en su marcha hacia el cielo, el católico ferviente no puede tomar un vivo interés por los destinos progresivos de nuestra especie. Hasta en la fórmula moral del catolicismo, aparece ese carácter personal, pues sanciona el egoísmo, presentando el amor de sí mismo como tipo del amor a los demás: *Ama a tu prójimo como a ti mismo.*

Agotados ya los servicios provisorios de la moral teológica, se alza hoy, en toda su pureza y majestad, la moral positiva. Su superioridad deriva del fin social que asigna a la existencia humana. No nos destina a salvarnos personalmente sino a abnegarnos socialmente, a *vivir para los demás.* Nos pide concentrar gratuitamente nuestros afectos, nuestra vida, en la Humanidad, en el Ser que nos ama y protege, y que necesita, al mismo tiempo, de nosotros. Reconociendo en nuestra alma las afecciones benévolas, sabe que ella es capaz de consagrarse al servicio de los demás, sin la esperanza de una recompensa cualquiera, por la sola satisfacción que procuran el ejercicio del bien y el sentimiento del deber cumplido. En el Positivismo llegamos, por fin, a la plenitud del amor, que sólo busca el bien de la persona amada, y que dispone al absoluto sacrificio de sí mismo. *Vale más amar que ser amado, vale más dar que recibir:* he ahí las fórmulas características del verdadero corazón positivista.

Esta diferencia entre las dos morales, se explica por la concepción que cada una se forma sobre la naturaleza humana. La católica supone al hombre exclusivamente egoísta, dotado sólo de malas pasiones. En él no existen, según ella, los buenos sentimientos, ni los ímpetus generosos que lo llevan al bien; estos son únicamente los dones gratuitos de la divinidad, que constituyen la *Gracia*. La lucha permanente entre la *Naturaleza* y la *Gracia* sirven de base fundamental a la religión de San Pablo. Teniendo tal concepto del alma humana, es natural que el catolicismo crea indispensable, para llamarla al bien, el aliciente de la recompensa y el temor del castigo, en una vida futura y perdurable.

Sobre una base más real y más noble, reposa la concepción positiva de la naturaleza humana, pues, desde fines del siglo pasado, quedó demostrada la existencia de los instintos simpáticos o altruistas, en el hombre, a saber: el *apego*, la *veneración* y la *bondad*, que nos ligan respectivamente a nuestros iguales, a nuestros superiores y a nuestros inferiores, y, por ellos, al presente, al pasado y al porvenir de la Humanidad. La lucha entre la *Naturaleza* y la *Gracia* se reduce, pues, al combate incesante entre el egoísmo y el altruismo, entre los instintos personales y los instintos sociales. Subordinar el egoísmo al altruismo, la personalidad a la sociabilidad, he ahí el eterno problema de la vida individual y colectiva. Sabemos que la unidad, la paz y la felicidad del alma residen en el triunfo del altruismo, en el ejercicio y desarrollo continuo de los buenos sentimientos; y por eso, para obrar bien, no necesitamos de la promesa de una recompensa futura, que no haría sino excitar nuestro egoísmo. En el amor, la adoración y el servicio de la Humanidad, encontramos nosotros el verdadero cielo prometido a los católicos.

El amor de la Humanidad es santo, noble, puro y desinteresado. Eleva, purifica y engrandece nuestra vida individual y pasajera, ligándola a los eternos destinos del género humano. La veneración, la virtud religiosa por excelencia, recibe de la religión positiva un desarrollo desconocido hasta ahora; porque, estableciendo una plena continuidad entre las épocas sucesivas de la historia, nos hace venerar todo el conjunto de nuestros predecesores, las grandes naturalezas de todos los tiempos y lugares. Nuestra bondad, la suprema facultad del amor, adquiere, asimismo, una grandeza incomparable, extendiéndose no sólo a todos los pueblos en el presente, sino también a la inmensa serie de las generaciones venideras, cuya suerte está hoy confiada a nuestras manos. Por el amor y el culto a la Humanidad, viviremos, cada vez en mayor comunión de simpatía, con las nobles almas que fueron y con las que están por venir, recibiendo de ellas las dulces y enérgicas inspiraciones que nos alejan del mal y nos conducen al bien. Lejos de separarnos de la Familia y de la Patria, el amor de la Humanidad nos une más estrechamente a ellas, pues esas dos asociaciones fundamentales no son sino los elementos y los órganos necesarios del Gran Ser. El amor de la Patria y el amor de la Familia son las dos alas indispensables para elevarse dignamente hasta el amor de la Humanidad.

En todo, nuestra religión, es superior al catolicismo, por el fin altruista que asigna a la vida humana. El rezo no es ya, como en la teología cristiana, una petición interesada, sino lo que ha sido siempre para las almas superiores, una expansión afectuosa del corazón, un puro canto de amor y de reconocimiento. Tres veces al día, recuerda el positivista los inmensos beneficios, los solícitos cuidados materiales y morales de que lo rodea continuamente el Gran Ser, por medio de su mejor representante, la mujer; y, avivada así su sincera gratitud, la expresa con ardiente afecto e inspirado acento. El rezo es para el positivista el ideal de la vida: en él reúne y embellece sus más puras afecciones; en él busca y engrandece las inspiraciones de su inteligencia, y en él perfecciona sin cesar la más noble porción de su alma, el corazón. Ahí, en la contemplación de los mejores tipos de pureza y de bondad, que le ha sido dado conocer, retempla sus fuerzas morales para refrenar las bajas pasiones, y mantener siempre viva la llama del altruismo, o de la gracia, según la expresión católica.

Estas santas efusiones de nuestra alma, van dirigidas, sobre todo, a los ángeles guardianes, a quienes la Humanidad ha confiado nuestro principal perfeccionamiento, el perfeccionamiento moral. El culto de la mujer, instituido, por primera vez, por el Positivismo, bastaría para mostrar su inmensa superioridad moral sobre el catolicismo. Si bien es cierto que éste elevó a la mujer en dignidad, recomendando la pureza, fueron solamente los caballeros de la Edad Media, los que, impulsados por la ternura, bosquejaron, aunque de una manera pasajera, el bello culto femenino. Aun en medio de los más graves peligros, la dama de su amor triunfaba a menudo, en el corazón del caballero, sobre el Dios de su fe. Esta lucha dolorosa no existe para el corazón del positivista; ve, en la mujer amada, la imagen más perfecta del Gran Ser, la que representa sus mejores cualidades: la ternura y la pureza. En la madre, la esposa y la hija, en esos tres ángeles que embellecen y mejoran nuestra existencia, el positivista reconoce y adora el pasado, el presente y el porvenir de la Humanidad. Bajo sus suaves y amorosas alas, siente crecer su altruismo, y marcha siempre alegre por los senderos del bien.

Realzando la dignidad y la influencia femenina, el Positivismo perfecciona los lazos fundamentales de la familia, principalmente el del matrimonio. Para acordar el sacramento que consagra religiosamente esta unión, exige la promesa de la viudez eterna, completando así la monogamia, convertida hasta ahora en poligamia sucesiva por las segundas nupcias. Esta nueva condición se deriva naturalmente de la sublime teoría positivista del matrimonio. Según ella, esta unión está destinada, sobre todo, al perfeccionamiento mutuo de los dos sexos, en beneficio de la sociedad, y no a la propagación de la especie, como lo sostenían las doctrinas anteriores. Ese noble fin no puede terminar por la muerte de uno de los esposos; al contrario, su memoria idealizada entonces, debe seguir mejorando, con mayor eficacia, el corazón del que sobrevive. Las bellas naturalezas no

mueren jamás; viven para siempre en el alma de los que las amaron y conocieron.

No puedo, en este corto resumen, insistir en todas las demás instituciones y preceptos morales en que el Positivismo se muestra muy superior al Catolicismo. Réstame señalaros su manifiesta superioridad para organizar y dirigir la sociedad moderna.

A nadie se le oculta la insuficiencia actual del catolicismo para resolver las graves cuestiones sociales que se levantan en el seno de cada país, y las que surgen de las relaciones continuas de los diferentes países entre sí. En un tiempo, en los siglos de la Edad Media, el sacerdocio católico supo favorecer admirablemente el desarrollo de la Humanidad, porque, tratándose entonces, como lo he dicho, de cultivar sobre todo el sentimiento, la destinación futura de su doctrina, le permitía llenar ese grande oficio. Pero hoy, en presencia de esas inmensas fuerzas industriales e intelectuales, cuyo nacimiento favoreció y cuyos progresos quiso al fin detener, en presencia de las nuevas necesidades sociales, permanece impotente, y se encierra en el cuidado exclusivo de su propia existencia, cada día más amenazada por la creciente anarquía moderna. Creada para una situación transitoria de la Humanidad, y aspirando siempre a la otra vida, la doctrina católica nada puede decir y nada dice, en efecto cuando ha llegado la época de organizar finalmente nuestra vida terrestre. Ante las justas y enérgicas reclamaciones de los proletarios, ante los abusos y extravíos de los poseedores de las riquezas materiales e intelectuales, no tienen ya ni valor ni eficacia los consuelos prometidos a los primeros en una vida mejor ni los vagos preceptos de la caridad cristiana dados a los segundos. Ha perdido de tal modo su poder el sacerdocio católico, que ya no procura intervenir enérgicamente para impedir las guerras; se contenta con entonar *Te Deum* en honor de los vencedores. Ha abdicado, pues, por completo, su antiguo rol de consejero y regulador en la dirección general de los negocios humanos.

El Positivismo, por el contrario, está en aptitud de reorganizar definitivamente la sociedad moderna, porque se apoya en el estudio más profundo que se haya hecho hasta ahora del organismo social. De ahí que prescriba, con irresistible autoridad, los deberes de todas las funciones sociales, para que puedan concurrir en armoniosa síntesis al mayor bien de la sociedad. A los poseedores de la fortuna les encarga la conservación de los bienes materiales que nos legó gratuitamente el pasado, para transmitirlos mejorados a nuestros descendientes. Ellos son los directores necesarios de la industria humana, y tienen, por consiguiente, el deber sagrado de asegurar la existencia y la felicidad de los obreros, que ellos dirigen, y que son, en realidad, los creadores de todas nuestras riquezas. El patriado industrial, bajo la influencia de la Religión de la Humanidad, hará consistir su felicidad en velar por la suerte del proletariado, que forma la inmensa mayoría de la sociedad; en suministrarle, por el salario, los medios de sustentar modestamente su familia y de desarrollar así su vida

moral. Los proletarios, a su vez, reconocerán, por la enseñanza positivista, la necesidad de las grandes concentraciones de fortuna, indispensables a los progresos industriales, y se sentirán más felices, gozando, sin cuidado, de los dulces placeres de la familia, que los ricos, continuamente preocupados de los inmensos intereses que están bajo su responsabilidad. Así quedará realizado el programa social que nos legó el régimen católico-feudal: incorporar el proletariado, libertado por él, a la sociedad moderna; así quedará fundado el régimen de la sociocracia final, en que todas las fuerzas humanas estarán dirigidas al bienestar común.

A la noción clara y precisa de los deberes que la armonía y cooperación sociales requieren, el Positivismo une, al mismo tiempo, el medio eficaz de hacerlos imperar en la práctica: la existencia de un sacerdocio que eduque, coordine y represente la opinión pública. Esta, atributo esencial de la sociabilidad moderna, existe actualmente, aunque muy debilitada por la ausencia de una doctrina común, y por la incompetencia intelectual y moral de sus directores habituales: los diaristas, los simples literatos. Pero ella adquirirá una fuerza, a la cual nadie osará resistir, cuando se unifique y consolide por medio de las convicciones profundas y universales que engendrará el Positivismo, y cuando esté dignamente representada por órganos competentes, cual serán los sacerdotes positivistas. Estos, condensadores necesarios de los capitales intelectuales de la Humanidad, y representantes públicos de la moral, después de haber dado a todos los hombres, en la educación, los principios generales de la conducta pública y privada, se los recordarán con frecuencia, cuando, entrados en la vida activa, tienden a olvidarlos. Con voz autorizada y unánimemente respetada, en el nombre sagrado de la Humanidad, llamarán a los fuertes y a los débiles, a gobernantes y gobernados, al exacto cumplimiento de sus deberes recíprocos. Si el culpable resistiere a los llamados del sentimiento y de la razón, el sacerdocio apelará entonces a la fuerza coercitiva, pero puramente moral, de la opinión pública. En los casos extremos, el rebelde, bajo el peso de la excomunión sacerdotal, se vería abandonado hasta del último de sus servidores.

Aunque puesta, en sobrada evidencia, la inmensa superioridad del Positivismo sobre el catolicismo, bajo todos sus aspectos, mental, afectivo y social, ella resaltará aún más, si comparamos los nombres y los fundadores de ambas doctrinas.

Católica quiere decir universal, y ese bello calificativo es, al mismo tiempo, el mejor título de gloria de la doctrina que lo lleva y la mejor prueba de su condenación. El catolicismo, en efecto, introdujo por primera vez, en los espíritus, la noble aspiración de unificar toda la raza humana bajo una creencia común. Desde entonces quedó impresa para siempre, en las almas superiores, la santa idea de que la verdadera religión, como el

verdadero amor, debe abrazar a la Humanidad entera. Pero ¿ha realizado acaso, o está siquiera en camino de realizar el catolicismo su sublime propósito? Responda por mí la historia con su imparcial e inapelable justicia.

Después de dieciocho siglos de existencia, el catolicismo sólo impera sobre una mínima porción de nuestra especie. Obtenidos sus primeros y rápidos triunfos, una serie de defecciones y derrotas han manifestado después su impotencia para llegar a la universalidad. El cisma griego se apodera muy pronto del oriente europeo, que no ha vuelto ni volverá jamás a la unidad católica. El mahometismo le arrebató el África y hasta los lugares de su nacimiento, y después de varios siglos de lucha, el catolicismo siente la imposibilidad de convertir a los mahometanos, como lo experimentó el propio San Francisco de Asís, que, en su inagotable celo apostólico, intentó en vano esa conversión¹. El protestantismo vino, en fin, a romper la unidad católica en el seno mismo de la civilización occidental, destruyendo la autoridad pontificia en el norte de la Europa.

No es esto todo. Después de la revolución protestante, la incredulidad y el escepticismo siguieron haciendo su camino en los países católicos, sobre todo en Francia, y el siglo XVIII representa el reinado de la emancipación y del libre pensamiento. Verdad es que los excesos de la Revolución francesa, y la incompetencia de las doctrinas negativas para dirigir la sociedad, provocaron una fuerte reacción católica a principios del presente siglo, y pudo creerse, por un momento, que el catolicismo iba a reconquistar su imperio sobre los espíritus. ¡Vana ilusión! A pesar de los laudables esfuerzos y del talento incontestable que desplegaron en su defensa, De Maistre, Bonald, Lamennais, Chateaubriand, Balmes, Lacordaire y varios otros ilustres pensadores y escritores católicos, su decadencia se ha acentuado cada vez más, y su antiguo poder se encuentra ya, por todas partes, enteramente aniquilado. Y si su fe no puede mantenerse ni siquiera en los países en que ha dominado por tantos siglos ¿cómo puede pretender todavía al dominio de toda la tierra? Delante de este fallo inexorable de la historia, los espíritus elevados y los nobles corazones, que aspiran a la unidad del género humano en el amor y en la fe, están en el deber de buscar, fuera del teologismo, la doctrina universal.

El Positivismo no tuvo necesidad de manifestar, en su nombre, su aspiración a la universalidad, porque su carácter real y demostrable le ase-

¹ Dante, glorificando a San Francisco de Asís, en el undécimo canto de su Paraíso, dice así:

E poi che, per la sete del martiro,
nella presenza del Soldan superba
predicó Cristo, e gli altri ch'el seguirono,
ei, per trovare a conversione acerba
troppo la gente, e per non stare indarno
reddisi al fruto dell'italica erba.

guraba el predominio definitivo sobre todos los espíritus. La creencia en el doble movimiento de la Tierra, llegará a ser necesariamente una creencia universal, aunque habrá siempre pocos hombres en estado de demostrarla. Lo mismo sucederá con los demás dogmas del Positivismo, sea que se refieran al orden material, o al orden social y moral.

Gracias al genio de Augusto Comte la palabra *positivo*, tiene hoy siete significados, a saber: *real, útil, cierto, preciso, orgánico, relativo, simpático*, cuya íntima combinación basta para caracterizar convenientemente la síntesis positiva. Al carácter primitivo de *realidad*, sus verdades deben también unir el de *utilidad*, quedando así condenadas las que engendra solamente una vana curiosidad científica, sin destinación social. Igualmente *ciertas* todas las concepciones positivas son también *precisas*, pero más o menos según el grado de su complicación. El espíritu positivo es además, por naturaleza, esencialmente constructor, *orgánico*, y afirma que, en el orden social, *no se destruye sino lo que se reemplaza*. La *relatividad* del Positivismo brilla, sobre todo, en su apreciación histórica de las diferentes doctrinas religiosas, que juzga verdaderas y útiles con relación al momento de la evolución humana en que florecieron; y desde sus primeros trabajos, Augusto Comte había proclamado que no existe otra verdad absoluta sino que todo es relativo. La simpatía constituye el último y principal atributo de la síntesis final, pues, para ella, no hay nada más positivo, ni más real que el amor, única fuente de nuestra felicidad, principio y fin de nuestra sabiduría. En adelante, la palabra *positivo* será sinónima de bueno y verdadero, porque el Positivismo desecha completamente la ciencia que no conduce al amor, como una ciencia vana e inútil.

Hijo exclusivo del sentimiento, el catolicismo tuvo por fundador al gran San Pablo, cuya eminente cualidad consistió en su infinita bondad, en su ardiente altruismo, que no ha sido jamás sobrepasado. Llevado de su inagotable sociabilidad, se hacía todo a todos para ganarlos a todos al bien y a la verdad. Fruto de la santa unión entre el amor y la ciencia, el Positivismo fue fundado por la más grande de las existencias que la Humanidad haya producido hasta ahora, pues Augusto Comte reunió al mismo tiempo, en su alma, el genio de Aristóteles y el corazón de San Pablo, fortificados por una incomparable energía. Y carácter distintivo de esta fundación: en ella ejerció una influencia decisiva el sexo amante, dignamente representado por una joven adornada de las más bellas cualidades morales e intelectuales, Clotilde de Vaux. Fue ella la que, iluminando con su ternura el espíritu del Maestro, le condujo, de los áridos dominios de la filosofía, al santuario de la religión final. Esta consagración femenina vino a poner el último sello a la superioridad de la Religión de la Humanidad sobre la Religión de Dios.

Si en vista de esta irrefragable superioridad, los católicos están en el deber de abandonar su doctrina y venir a la nuestra, esta transformación puede

ser considerablemente facilitada por el sacerdocio católico, si sabe colocarse a la altura de la gran misión que le asigna hoy el Positivismo. Hay un punto capital en que las dos doctrinas se tocan y se abrazan, por decirlo así: la concepción y el culto de la Virgen Madre. Bajo la acción de la ternura caballeresca y del sentimiento creciente de la Humanidad, el bello culto de la Virgen María ha tomado una preponderancia cada vez mayor en los pueblos católicos, en Italia y España, sobre todo. Esa suave creación de la Edad Media, que reúne en sí lo que hay de más grande y noble en la naturaleza humana, la ternura y la pureza femeninas, la bondad materna y la castidad virginal, es para el Positivismo la sublime Utopía que reúne su culto, su Dogma y su Régimen. La Humanidad, es decir, el gran Ser, real e ideal a la vez, que nos conduce a la perfección moral, será siempre adorado y reconocido bajo la forma de una virgen, teniendo en sus brazos el fruto y el objeto de su amor. Esa Utopía nos recuerda también cuál debe ser nuestra principal actividad: el perfeccionamiento moral, esto es, la purificación continua de nuestros instintos egoístas, especialmente del más perturbador de entre ellos, el instinto sexual, y el desarrollo indefinido y constante de nuestras inclinaciones altruistas. La conciliación completa de la ternura y de la pureza es el término ideal del progreso humano; ella significa el triunfo definitivo del bien sobre el mal, del altruismo sobre el egoísmo.

El teologismo, acercándose progresivamente a la realidad, humanizó cada vez más su tipo ideal e imaginario. El culto de Dios se transformó primero en el culto del Cristo, en el que estaban íntimamente combinadas la divinidad y la humanidad. Por último, la parte preponderante del culto católico ha pasado a ser la adoración de la Virgen Madre, en la que sólo existe la pura humanidad. "Nadie se salva sino por ti, oh Virgen María", ha dicho finalmente el catolicismo por la boca de sus más grandes santos. El Positivismo, en su idealización progresiva de la realidad, llega también a la concepción de la Virgen Madre. Constata primero que la mujer es la fuente de nuestra salud moral y ve en ella la mejor personificación de la Humanidad; pero, para que su influencia sobre nosotros se haga enteramente pura y santa, desprovista de toda excitación de nuestros bajos instintos, es necesario que la procreación humana llegue a efectuarse independientemente del hombre, por una simple reacción del moral sobre el físico, en las más nobles naturalezas femeninas. La Mujer, alcanzando así su último grado de perfección, la Virgen Madre, es la sublime Utopía positivista que debe dirigir y concentrar nuestros esfuerzos de perfeccionamiento moral; y lo que el catolicismo supuso obra del poder divino, la Humanidad lo realizará quizás un día en su continua ascensión hacia el bien.

San Bernardo, el más amante de los adoradores de la Virgen, decía a los católicos: "Si no queréis vivir sumergidos en los tormentos de la tentación, no apartéis los ojos de la estrella de salud, la Virgen María". Augusto Comte dice también a los positivistas: Si queréis elevaros hasta el puro altruismo, hasta la paz completa del alma, fijad vuestra mirada en la Uto-

pía de la Virgen Madre. No se puede subir en el camino de la perfección, si no se mira siempre más alto, si no se tienen los ojos fijos en un sublime ideal, inaccesible a los sofismas de las bajas pasiones.

El sacerdocio católico, obedeciendo a la voz sagrada de la Humanidad, debe hoy despojar y purificar al catolicismo de todo lo que tiene de teológico y egoísta, y reducir más y más su culto a la adoración de la Virgen. Que gradualmente la presente a los fieles como una verdadera idealización de la Humanidad, como el tipo de todas las perfecciones humanas, que debieran venerar e imitar. Que muestre a los hombres, en sus madres, en sus esposas y en sus hijas, las mejores aproximaciones de ese tipo, los ángeles de que la Humanidad nos rodea, para elevarnos hasta Ella. Así, el hombre, lejos de ver en la mujer la fuente del mal, como la teología lo enseñaba, buscará en ella la fuente de todo bien. Es a la mujer casta, pura y bondadosa, que irá siempre a pedir dulce aliento para continuar en el camino del bien, y reparador consuelo en medio de las desgracias inevitables de la vida. En ella concentrará entonces el culto de amor y de reconocimiento, que por tantos siglos dirigió a los seres imaginarios, realizando así las aspiraciones y presentimientos de la poesía moderna. Hace más de tres siglos, un poeta español proclamaba a la mujer nuestra provi-
dencia moral, en estos sentidos versos:

*¿Qué valemos?
¿Qué somos? ¿qué merecemos,
si la mujer nos faltase,
a la cual se enderezase,
el fin de lo que hacemos
y pensamos?*

.....
*De ellas mana
cuanto bien el hombre gana,
y ellas son la gloria de ello,
la guarda, firmeza y sello
de nuestra natura humana.*

Tal es la transformación necesaria que los dignos sacerdotes católicos están llamados a operar en el corazón y en el espíritu de sus fieles, para prepararlos a la conversión positivista. Por el culto de la Virgen Madre, de la Humanidad divinizada, ha de efectuarse la absorción espontánea y sistemática del Catolicismo en el Positivismo. La mujer, madre, esposa e hija, concluirá por revelar a todos la existencia de la Humanidad, nuestro único Dios verdadero.

Pero aun antes de esta transformación, el Positivismo debe formar bajo su supremacía reconocida, una santa alianza entre todas las almas religiosas, para destruir la anarquía moderna, siempre creciente. Subordinando las diferencias de dogma a la igualdad de fin, positivistas y cató-

licos nos uniremos en defensa del sentimiento religioso, cada día más amenazado. Tenemos un enemigo común, la irreligión, el vicio; combatimos por una misma causa, la moralidad, la virtud.

Los momentos por que atravesamos son solemnes, terribles, para todo el que siente latir en su pecho un corazón generoso, que ama y busca el bien. La ola de la corrupción sube de día en día, de momento en momento; los caracteres se apocan y envilecen; las inteligencias se estrechan; la vanidad y el orgullo muestran erguidas y triunfantes sus cabezas; la veneración y el respeto se pierden; la ternura y la pureza se van de las almas; sécanse todas las fuentes del amor, bajo el pestilente soplo de un egoísmo que no se avergüenza ya ni de su nombre.

Delante de la inmensidad del mal que avanza, los verdaderos partidarios del bien se acercarán y se darán la mano, cualesquiera que sean sus creencias.

A los apóstoles de la Humanidad, corresponde naturalmente la iniciativa y la dirección suprema de esta noble liga de todas las almas religiosas contra los instintos irreligiosos. No sólo representamos el porvenir, el fin a donde irán a converger esos esfuerzos reunidos, sino que somos también los más fuertes delante del enemigo, a quien hemos quitado su única arma: la ciencia. Sólo nosotros podemos penetrar en el campo de los libres pensadores, y convertir a la religión a aquellos que conservan todavía el sentimiento de la veneración y el amor del bien, pero cuya razón emancipada no se someterá jamás a los dogmas indemostrables de la antigua fe. Por otra parte, las diferentes sectas teológicas, en su carácter absoluto, se atacan y condenan mutuamente, y no consentirán nunca en reunirse bajo la supremacía de ninguna de ellas. La convergencia necesaria de sus esfuerzos deberá, pues, verificarse, bajo la dirección de la única doctrina religiosa que mira a todas las demás con profunda simpatía, porque las considera como sus precursores indispensables.

Los católicos, sintiéndose cada día con menos fuerzas para detener la anarquía, que los invade a ellos mismos, serán los primeros en reconocer nuestra superioridad para conjurar el peligro. Entramos en la lucha, protegidos por las armas invencibles del amor y de la ciencia, y sostenidos por el conjunto de nuestros predecesores, por todo lo bello, lo verdadero y lo bueno que ha producido la Humanidad. Los católicos encontrarán en nosotros los protectores más sinceros y poderosos de su culto y de sus hábitos religiosos, pues mostraremos los innegables servicios que éstos prestan todavía a la sociedad. Consideramos el catolicismo muy superior al protestantismo, que no hizo despojar a aquél de sus instituciones más bellas y eficaces, como el dogma del purgatorio, el culto de la Virgen y de los santos, y el régimen de la confesión. Los pueblos católicos son los mejor preparados moral y socialmente, para comprender y abrazar la Religión de la Humanidad.

Esta santa alianza, que se realizará con mayor fuerza, el día en que la separación de la Iglesia y el Estado devuelva al catolicismo su dignidad

e independencia perdidas, sacará a nuestra sociedad del letargo moral y del frío escepticismo en que yace. El progreso moral, el problema religioso, pasarán a ser la principal preocupación de los espíritus. Todos los corazones, fuera de aquellos cuya perversión es incurable, estarán obligados a decidirse entre el Catolicismo y el Positivismo, entre la religión que nos encamina al bien por la esperanza de la recompensa eterna, y la religión que nos pide una pura y sencilla abnegación, encontrando en ella la dignidad, la nobleza y la felicidad de la vida humana.

Señores:

En la belleza de su Culto, en la realidad de su Dogma y en la santidad de su Régimen, reconoceréis los caracteres decisivos de la única religión completa y definitiva, la Religión de la Humanidad. En su actitud para con las religiones del pasado, veréis que es la única que establece una plena continuidad en la marcha de los destinos humanos. Moisés, Confucio, San Pablo, y Mahoma presidieron a los progresos parciales y provisorios de ciertas razas y determinados pueblos; Augusto Comte, desde la altura de su genio y la grandeza de su corazón, preside hoy a la unión de todas las naciones, y presidirá para siempre a los eternos progresos del género humano.

Santiago de Chile, Gutenberg 2 de 96 (Agosto 13 de 1884).

23

MARTIN C. MARTINEZ
(Uruguay)

IDEALES POSITIVISTAS *

Un positivista hablando del ideal. *Positivamente* eso es una contradicción.

Ha entrado de moda, señores, un patriotismo barato, que consiste en ascender *in cathedra*, revestido de pontifical, para anatematizar al evolucionismo como doctrina corruptora que solivianta las bases de toda moral y seca las fuentes de la inspiración y el arte.

Las togas de armiño de estos noveles censores se sienten más manchadas por el supuesto vicio doctrinario que por el vicio real; y por eso una tentativa de soñar con ideales, será juzgada benévolamente como inconsecuencia burda por los que tienen averiguado que no se puede ser positivista de buena ley sin arrodillarse contrito ante el becerro de oro, tentador, desgraciadamente, hasta de cartujos y catones en estos pecaminosísimos tiempos que alcanzamos.

* *Anales del Ateneo*. T. VII. pp. 292 y ss. Montevideo, 1884.

Molière ha descrito de mano maestra esta tendencia de todo sistema, batiendo en brecha a los pronósticos lúgubres.

El gran crítico, ¡quién no lo sabe!, era enemigo acérrimo de los médicos y hasta agregaba ser hereditario en su familia el horror a los galenos, en la que jamás, decía, había logrado penetrar uno. Os acordaréis de aquel terrible doctor Pourgon, del *Enfermo imaginario*. A la primera tentativa de insubordinación contra su método de emplastos y sangrías, el doctor lanzaba su terrible predicción: “pasaréis de la bradipepsia a la dispepsia, de la dispepsia a la apepsia, de la apepsia a la disentería, de la disentería a la hidropesía y de la hidropesía a la locura y a la muerte”. Como lo dice un autor, ¿no están ya en el mismo caso los Sangredos de la ciencia moderna, que no pueden ver un progreso realizarse sin amenazarnos con caer del evolucionismo en el epicureísmo, del epicureísmo en el despotismo, del despotismo al liberticismo, del liberticismo al nihilismo y demás ismos?

Pero, por si todavía no les ha llegado esa hora, curémonos en salud, como el enfermo imaginario; preguntémonos si conservamos los instintos de la bestia, según se acaba de aplaudir estrepitosamente en seráfica asamblea; si el evolucionismo ha suplantado el precepto evangélico por un grito gutural, feroz, de caníbal hambriento, coméos los unos a los otros.

Bello es, sin duda, como todo lo grandioso, ese Dios rodeado de nubes de oro, emanando efluvios de luz, que crea los mundos por acto de su voluntad deliberada; pero más bello que ese Dios, al que nada ha costado producir el Universo y que ha podido hacerlo mejor con sólo quererlo, es sin duda esa gestación laboriosa del Cosmos que dura millones de años, cuyos elementos todos trabajan incesantemente, pasando de las nubes de vapores incandescentes a la solidificación de los astros, a la formación de las capas de la tierra por el sedimento elaborado en las ondas, agitado y recalentado por el fuego de los volcanes y los rayos del sol.

Bella es esa paternal solicitud con que el séptimo día el hombre es llamado a presidir la Creación; pero me inspira más admiración piadosa la lucha por la vida, el esfuerzo por el perfeccionamiento que en miríadas de siglos engendra desde la mónera hasta el hombre.

¡Qué madre ha sufrido ese dolor de los dolores en la gestación de su hijo predilecto; y qué vale la epopeya del génesis o el paraíso perdido, al lado de ese poema en que el Universo se debe a sí mismo el paraíso conquistado!

Bella es la figura de Hércules o Teseo ejecutando por sí solos obras imposibles para los demás mortales; y aun comprendo la decepción sufrida la primera vez que la reflexión revela al niño que no hay tales seres prodigiosos, que la humanidad se ha complacido en no hacer justicia distributiva, acumulando en un hombre los méritos de todos sus contemporáneos.

Cuando contemplo a Mirabeau en la Constituyente, o a Vergniaud en la cúspide de esa llanura histórica, mil veces más alta que la montaña, me siento tentado de atribuir a aquella pléyade ilustre todo el mérito de

la revolución; y necesito hacer enérgico llamado a mis sentimientos de justicia por todos los hombres para reconocer su inmensa parte de honor a los que prepararon el movimiento, desde los grandes escritores del siglo XVIII hasta los expositores oscuros de Platón y Aristóteles, perdidos en las cátedras escolásticas del Renacimiento.

Como en el Cosmos ha sido suplantada la acción omnipotente de un Dios por la acción lenta de todos los elementos, en los dominios de la sociedad el transformismo ha disminuido la importancia de los directores de su evolución y debe comunicarles un sentimiento supremo de modestia en presencia de la limitada extensión en que a ellos mismos les es dado modificar el curso de la historia.

La teoría no suprime nada de su grandeza a la humanidad: simplemente hace buena justicia revelando la importancia esencial, en la Creación, de esos fenómenos pequeños que sólo hieren la imaginación del sabio y que en definitiva explican las condensaciones de los mundos, su gravitación, la elaboración de las especies; en la sociedad, la influencia de las masas del pueblo, condenadas por la historia a un eterno olvido en homenaje a los que han sintetizado sus esfuerzos y aspiraciones incansables, la influencia del maestro perdida en la soledad, del sacrificio de la madre en el hogar, del soldado en la pelea, del obrero rendido de fatiga en la jornada sin nombre.

Yo no sé que esa exaltación de la virtud modesta que sublima al hombre superior disminuyendo su inmenso orgullo y a la individualidad perdida en la multitud mostrándole que es un agente de valor inapreciable en el progreso social, pueda retardar a ningún corazón bien templado en la tarea, borrando de su espíritu la visión del ideal.

Se nos dice que tal o cual adepto se hace de la teoría de un *modus vivendi*, menos aceptable sin duda que el admitido por el Derecho de Gentes.

Cuento al caso. Un sacerdote inglés, con esa loable constancia sajona, de la que tanta falta nos hace siquiera una porción congrua, emprendió a lo serio evangelizar una tribu de gitanos. Para ello se adaptó a su modo de ser, que Montevideo ha tenido ocasión de ver que no es precisamente el más confortable e higiénico posible, y hasta les tradujo la Sagrada Escritura. Los gitanos aceptaron con toda religiosidad el libro santo, y el pobre sacerdote comprendió recién que había perdido tiempo y saliva cuando supo que lo llevaban como talismán precioso cuando se dirigían a robar.

Si hay positivistas que usen la doctrina como talismán, esos son gitanos del evangelio nuevo.

El gran Molière los ha denunciado también para siempre, y a la vez eximió de toda necesidad de vindicación a las doctrinas explotadas. En adelante las pequeñas tartuferías de los que invoquen una doctrina para dar color a la concupiscencia o la glotonería, no necesitan de ningún Molière para ser puestos de relieve.

No es una conducta que se ajusta a una doctrina; es una doctrina que se violenta para justificar una conducta. . .

Su proceder es semejante (y va de cuentos de frailes), al de aquel piadoso benedictino que tentado por un apetitoso gallináceo en día de cuaresma, salió de apuros con su conciencia bautizándolo previamente como pescado.

Si hay buen apetito que les aproveche; pero para eso no se necesita remontar el origen de las especies más allá del plato.

Pasemos otra vez de lo ridículo a lo grandioso.

Releía ha poco la preciosa tradición de Mitre sobre un pobre negro del Ejército de los Andes que se hizo fusilar el día de la traición del Callao antes de arriar la bandera argentina, exclamando que prefería morir a ser traidor a la patria.

Arroja enseñanza más alta el martirio santo del oscuro centinela que todas las biografías de nuestros héroes, vacilantes los más sobre el porvenir de la América; porque Falucho encarnaba en ese momento la causa eficiente del triunfo, el entusiasmo y la fe del pueblo en la obra de su emancipación.

Ahí está toda nuestra filosofía.

El evolucionismo se ha limitado a levantar a los pequeños, a ensalzar las virtudes modestas, a demostrar la influencia de las causas generales. Quizás ha aminorado la talla de los héroes, pero ha levantado la de los pueblos democratizando la historia al par de la naturaleza.

En su último precioso libro, Darwin ha demostrado cómo el humus de la tierra ha sido elaborado en el estómago de míseros gusanos; y la zoología nos enseña hace tiempo que las rocas más empinadas de los Alpes y las pirámides egipcias no son sino la acumulación de carapachos de animales microscópicos.

Análoga demostración hace la historia: los directores de la sociedad que soberbiamente pretenden debérseles todo el progreso social, que desprecian la influencia de los sacrificios ignorados y tienen palabras de elogio altísimo para los héroes de parada, sólo son los intérpretes de la evolución, cuando lo son.

La ascensión al ideal resulta más difícil, porque debe ser la obra de la acción colectiva; pero si esa dificultad puede quitar bríos a los que estiman en poco el bien cuando no es aparatoso, alienta a los servidores desinteresados del progreso, porque saben que toda ventaja obtenida, aunque pequeña y diminuta, es adquisición perdurable, y porque todo bien, según la palabra de un maestro, por pequeño que sea, vale la pena de ser hecho, sin lo cual el porvenir mismo de la humanidad nos sería indiferente, pues al cabo no es sino un átomo de un átomo invisible perdido entre los soles que pueblan la infinitud del espacio.

JAVIER PRADO
(Perú)

EL METODO POSITIVISTA EN EL DERECHO
PENAL (Fragmento) *

Señor Decano, Señores:

Las luchas en la esfera de la inteligencia, por medio del libro y de la cátedra, son más terribles que las sostenidas por los ejércitos en los campos de batalla. Estas, apoyadas en la fuerza, son, como el elemento en que se fundan, brutales y pasajeras; las luchas de las ideas, teniendo por arma el principio superior del hombre, la razón, son, por lo general, lentas y sordas, pero de fecundas y permanentes consecuencias.

Si esto es así, nuestro siglo presenta un aspecto grandioso, pero sumamente desconsolador: es el siglo de las grandes convulsiones y contradicciones del pensamiento humano. Asistimos a una terrible crisis intelectual cuyo resultado nadie puede atinadamente prever. El ideal de los hombres del siglo XIX es contrario con su ciencia y con su filosofía. De aquí un profundo desequilibrio en las ideas, que se traduce en la duda cruel, en el desgarrador escepticismo, la tristeza y el abatimiento, las nostalgias de la vida, que sigilosa y traidoramente, corroen nuestras sociedades.

Espíritus ligeros, al ver torrentes de agua sustituyéndose a inmensas montañas, acercando así el genio del hombre continentes que se hallaban separados por la naturaleza; al observar máquinas a vapor cruzando la tierra y los mares; al asistir a las espléndidas Exposiciones de Europa, en las que el ánimo se encuentra anonadado, en frente de los innumerables descubrimientos que aumentan el bienestar material de la vida; supondrán, quizá, que el hombre del siglo XIX es feliz, porque cuenta con todos los medios para serlo; y que la humanidad, rebotando de orgullo, entra en plena edad de oro.

¡De cuán distinta manera piensa el médico observador y el filósofo consagrado al estudio de los problemas sociales! Aquél, aleccionado por el trato diario de los enfermos, en las casas particulares, asilos, hospitales, y manicomios, nos enseñará, hondamente conmovido, el progreso aterrador de las perturbaciones del sistema nervioso, las que han resentido, de tal manera, el organismo, que ya hasta las mismas funciones fisiológicas no pueden realizarse sin producir graves alteraciones, sensaciones dolorosas, sufrimiento más o menos intensos.

La desgraciada familia de los neurópatas, en los siglos pasados, era muy reducida, presentándose siempre la enfermedad bajo una forma ais-

* Publicado en 1889.

lada y violenta; ahora ésta ha tomado un carácter, sin duda, más benigno, pero inmensamente más peligroso, por su variedad y generalidad, a tal extremo que nadie puede vanagloriarse, de una manera absoluta, de no sufrir su influencia. Las neurosis son el mal que caracteriza tristemente a la época actual: nuestra sangre se halla tan empobrecida, nuestra naturaleza tan débil y sensible, que para sostener el febril movimiento que demanda el siglo de la electricidad, necesitamos envenenar nuestro organismo por medio de toda clase de excitantes, a los cuales exigimos momentos de fuerza y vida ficticia, aun a trueque del consiguiente desfallecimiento o ruina de nuestro ser.

Este mal, cuya acción más implacable se ejercita en las pomposas ciudades de la vieja Europa, va transformando, de tal modo, el carácter de los individuos, que los hombres día por día se vuelven melancólicos.

La universalidad de las enfermedades del sistema nervioso en nuestro siglo es ocasionada especialmente por causas morales, las que pueden resumirse todas en una ley sociológica: el doloroso esfuerzo de la inteligencia para adaptarse al nuevo medio social. Ella, en su vasta síntesis, comprende la lucha por la vida, que nunca se ha presentado tan feroz como al presente, a causa de la grandísima competencia abierta en todas las carreras por los principios de libertad; la emancipación del pensamiento, que ha permitido estudiar y criticar todas las ideas, teorías y dogmas; los placeres y sufrimientos vivísimos, que la misma complejidad de nuestras sociedades centuplica vertiginosamente, "haciendo que el hombre de nuestros días, en la edad en que sus antepasados comenzaban a serlo, no solamente haya desenvuelto más esfuerzos, realizado más trabajos, sostenido más luchas, sino que ha gustado más placeres, sufrido más vicisitudes, experimentado más penas y pesares".

Bajo este aspecto, pues, el mundo no se presenta tan risueño, ni ofrece un porvenir lleno de tan halagüeñas promesas, como, a primer golpe de vista, puede imaginar el incauto que lo observe por la superficie.

No son, sin duda, más consoladoras las palabras que arrancamos al filósofo, que sabe interpretar los fenómenos sociales. Lo primero que atrae, tristemente, su atención es el encono rabioso del combate intelectual sostenido entre el viejo Espiritualismo y el Materialismo contemporáneo; combate en el que cada contendiente representa una idea negativa: aquél el oscurantismo, éste el nihilismo; aquél ordenando al pensamiento humano que retroceda, ¡cómo si fuera posible a unos pocos hombres, con el solo esfuerzo de sus brazos, hacer retroceder a una potente máquina que marcha hacia adelante impelida por toda la presión del vapor; éste proclamando la negación de todo principio religioso, filosófico y político, ¡como si fuera posible a la inteligencia desarrollarse entre cadáveres y escombros!

Y al observar luego el filósofo, las consecuencias prácticas de esta implacable antinomia: ante el derrumbe de los antiguos ideales e instituciones; en presencia del socialismo incendiario, del desarrollo de las aso-

ciaciones de criminales, del aumento de los delitos y de los suicidios, verá algo más que simples fenómenos sin ninguna trascendencia: oirá los roncocos y amenazadores ruidos interiores de las materias calcinantes que el volcán elabora en su seno, y que, muy pronto, convertidas en hirviente lava, envolverán a los pueblos, si es que los hombres no combaten, con pronto y eficaz remedio, a las enfermedades sociales. Como todavía éstas no se han dejado sentir fuertemente en nuestro suelo, tal vez piense alguno que es tiempo inútil el que se emplee aquí en estudiarlas; creyéndose bastante lejos de los lugares infestados, se dejan arrullar tranquilos por el estéril egoísmo, sin preocuparse del mal contagioso que aqueja a las naciones de Europa. ¡Fatal confianza! Los pueblos americanos, a pesar de la protección y aparente riqueza de su suelo, la juventud y fuerza de sus razas, viven, sin embargo, esclavizados por la corriente irresistible de la actividad intelectual de las sociedades del viejo Continente. No es, pues, sensato que descuidemos el estudio de los trascendentales problemas religiosos, filosóficos, sociales y políticos que en éste se desarrollan. Ellos interesan, especialmente, a las naciones que, como la nuestra, siendo una mezcla informe de elementos heterogéneos; y no poseyendo, por tanto, el nivelado desarrollo intelectual, que requieren las instituciones políticas más avanzadas de la Europa para aclimatarse, crecer y dar lozanos frutos; al trasplantarlas, imprevistos, a nuestro suelo, nos hemos condenado nosotros mismos, a ser víctimas de la más desconsoladora anarquía, a revolcarnos en el repugnante lecho donde se retuerce nuestra política confusa y versátil.

La gangrena que consume nuestro cuerpo político tiene ya raíces en nuestro cuerpo social.

Impresionado yo vivamente por estos problemas, al tener que presentarme, ante vosotros, a cumplir un deber reglamentario, he querido, olvidándome de las cuestiones de Derecho práctico, tratar una filosófica y de muy graves consecuencias positivas que corresponde, especialmente, a la Ciencia Criminal.

Al resolverme a emplear largas vigiliass en este trabajo, me he guiado por la idea de que no sólo es legítimo presentar ante esta ilustre corporación tesis, sosteniendo la bondad, error, insuficiencia u oscuridad de tal o cual título o artículo de nuestros códigos, sino que también tiene importancia para el abogado y para la sociedad estudiar esas legislaciones, en sí mismas, en su origen, y en sus fundamentos, ver, en conjunto, si el espíritu que las informa, corresponde con los adelantos de nuestra civilización.

Si no contara de antemano con vuestra benevolencia no hubiera escogido el tema de que voy a ocuparme, pues naturalmente tiene que ser mi estudio defectuoso, dada mi inexperiencia y mis conocimientos. Sírvame de disculpa mi buena voluntad.

Es tan íntima la relación, que el notable desarrollo intelectual de nuestro siglo ha descubierto entre los diversos ramos del saber humano, que es ya imposible avanzar en el estudio de alguno de ellos, prescindiendo de la ayuda de los otros. La Ciencia Penal, por las difíciles y variadas materias que comprende, es una de las que más plenamente comprueba la exactitud de esta observación. Así la Filosofía (Psicología, Moral, Metafísica, Derecho Natural) ejerce sobre ella tan decidida influencia, que conforme a la solución que se dé a los problemas, que de ésta corresponden también a la Ciencia Criminal, se imprimirá el carácter a la obra, fijándose la escuela en la que se ha de colocar inmediatamente al escritor, que de tan importantísima materia trate. Por eso, reconociendo yo la estrecha unión de estas dos ciencias, me veo obligado a dividir mi trabajo en dos partes:

En la primera me ocuparé de algunos conceptos filosóficos y del método experimental en general, ideas que considero absolutamente indispensables para resolver el tema de mi disertación. En la segunda procuraré hacer ver la necesidad del método positivo en la Ciencia Penal, apoyándome en lo anteriormente expuesto, y en las consecuencias prácticas que aquí deduciré.

De la apremiante necesidad de precisar y separar los diversos partidos, ha nacido en la ciencia del Derecho, en estos últimos tiempos, la denominación genérica de Escuela Clásica, para comprender bajo su bandera a todos los jurisconsultos que defienden la existencia de un Derecho absoluto y eterno, conocido *a priori*; y que, empleando luego el método deductivo, derivan de aquél las leyes que han de regir a los pueblos, leyes a las que se debe exigir, sean manifestaciones de la justicia absoluta e intrínseca. Se ha dado a esta teoría el título de Escuela Clásica por su exclusivo remoto origen, y por gozar, expresándome en términos escolásticos, del prestigio de la prueba de autoridad.

Como se observa a primer golpe de vista, la Escuela Clásica parte de una afirmación: el conocimiento que tiene el hombre de un conjunto de verdades absolutas. Este concepto trascendental no es sino la solución metafísica del problema que planteó magistralmente el filósofo de Königsberg. Séame, sin embargo, permitido rechazarlo, apoyándome en las conquistas de la filosofía contemporánea, que proclama como principio director en todas sus investigaciones, la relatividad de nuestros conocimientos.

La Escuela Clásica al sostener teorías *a priori*, abstractas e invariables, sobre el Derecho se pone en pugna con la Ciencia y la Historia; al volverse esencialmente metafísica e idealista riñe con la práctica y la experiencia. Ella se imagina poseer la verdad absoluta e inmutable. ¡Vana quimera! Nuestra limitada inteligencia sólo puede conocer lo fenomenal, no lo esencial. Los *nóúmenos* de Kant se hallan fuera del alcance de nuestra

mezquina razón. La verdad, definida por la Metafísica, como “la conformidad de la idea con el objeto” no existe para el hombre. La verdad para nosotros, no es sino la correspondencia exacta entre el orden de las ideas y el orden de las cosas de manera que el movimiento del pensamiento se adapte y coincida con el movimiento de los fenómenos. Nuestras percepciones no nos enseñan los objetos tales como ellos son, sino en relación con nosotros; su verdad no es de semejanza sino de correspondencia. Cuando las relaciones subjetivas internas se adaptan exactamente a las relaciones objetivas externas, entonces hay verdad; en caso que no coinciden hay error. A la inteligencia humana, por más que se le alambique, sólo le es dado percibir cosas simultáneas y consecutivas: coexistencias y sucesiones; sólo puede conocer lo finito y lo relativo. Pensar es condicionar, si se eliminan las condiciones no hay pensamiento.

“Todo lo que sabemos de sujeto y objeto, espíritu y materia, dice el primer filósofo contemporáneo, Herbert Spencer, no es más que lo que cada uno de esos términos contiene de particular, de múltiplo, de diferente, de fenomenal”¹. Así ya la ciencia ha rechazado, como prejuicio vulgar, la suposición de que el Universo es tal como lo percibimos. Si nuestra naturaleza cambiara nuestras percepciones serían del todo distintas. “La luz con sus miríadas de formas y de colores, el sonido con sus miles de aspectos son el ropaje con que nosotros vestimos el mundo; la naturaleza en su soledad insensible es eterno silencio y tinieblas eternas”².

El conocimiento que tenemos de los seres, tanto físicos como morales, no es sino un conocimiento de relaciones, de referencias, como diría Bernard; y siendo éstas variables, aquél también lo es. El metafísico que, creyendo haber descubierto principios abstractos, deduce de ellos consecuencias, que proclama necesarias e invariables, es digno de lástima por su funesta obcecación: las causas y las verdades primeras, la realidad objetiva, el principio y el fin de las cosas, la razón y las leyes esenciales de ellas serán siempre una eterna incógnita que atormentará el insensato orgullo del hombre.

La única ciencia cuyas leyes revisten un carácter de certidumbre absoluta son las matemáticas. La razón es obvia: Las matemáticas tienen por objeto el estudio de principios ideales, no reales; las condiciones que aquéllas establecen son únicamente lógicas; no necesitando del mundo fenomenal, la inteligencia, cuando descubre o reconoce un axioma matemático, representa las relaciones de las cosas en condiciones de simplicidad ideal; así al decir un matemático: 3 y 2 son 5, los tres ángulos de un triángulo son iguales a dos rectos, A es igual a A, ha establecido principios verdaderos absolutos, porque, apartándose de la realidad, compleja y relativa, contienen ellos leyes lógicas de sencillez perfecta. Si nuestra razón pudiera concebir la unidad intrínseca de las ciencias naturales y

¹ Herbert Spencer: *Los primeros principios*. Trad. esp. de D. J. A. Frueste, 1887.

² Georges Lewes: *Psicología Inglesa contemporánea por Th. Ribot*. Trad. esp. del Dr. M. Arés 1877.

morales, entonces los principios que sobre éstas ella enseñara serían también absolutos. Pero tal cosa es desgraciadamente imposible. Así nos dice la autorizada voz del gran Bernard: "Cuando hacemos una teoría general de nuestras Ciencias, la única cosa de que estamos ciertos es, que todas estas teorías son falsas absolutamente hablando. No son más que verdades parciales y provisionales, que nos son necesarias como gradas sobre las que descansamos para avanzar en la investigación; no representan sino el estado actual de nuestros conocimientos. . ."³.

Este carácter relativo de nuestras ideas se observa aún más ostensible en las ciencias morales, a causa de la compleja variabilidad de los fenómenos que éstas comprenden. Sabido es que el estudio del hombre moral, en sus diversas manifestaciones, se funda en la observación interna y subjetiva. Cuando algunas inteligencias superiores, como la de Comte o Broussais, cegadas por ideas sistemáticas, han llegado a negar este principio evidente, debemos reconocer, una vez más, la falibilidad de la razón humana. No, la condición absoluta para descubrir y juzgar los hechos del espíritu es la Conciencia. La Materia será siempre impotente para descifrar los misterios del Pensamiento. Así lo enseñan, no sólo profundos filósofos científicos como Herbert Spencer, Bain, Levvres, Lotze, Ribot y Fouillée, sino fisiólogos tan notables como Bernard, Ferrier, Dubois-Raymond, patólogos como Virchow y sabios naturalistas del peso de un Tindall. "Ninguna investigación objetiva psicofísica, ningún escalpelo del anatomista, ningún microscopio del histólogo, ningún alambique del químico, ningún aparato del fisiólogo, por más maravillosamente que pueda ser para escudriñar un hecho psicológico por su lado externo y fisiológico, no nos enseñará jamás, dice el reputado escritor Pedro Siciliani, lo que es un sentimiento, una emoción, una sensación, un deseo, una pasión, una representación, un recuerdo, un juicio, un acto deliberativo y así consecutivamente⁴.

A la observación psicológica tienen pues que recurrir todas las ciencias que, como el Derecho, procuran interpretar y reglar los fenómenos sociales. Pero ¿de qué modo se debe proceder en esta observación? ¿Qué valor encierran sus afirmaciones? Veámoslo.

La conciencia es verdadera al darnos cuenta, intuitivamente, de los fenómenos de nuestro espíritu; así cuando nos dice, que sentimos, que pensamos, que queremos, se convierte en criterio infalible; reviste igual fuerza y certidumbre cuando nos manifiesta los objetos del mundo exterior en relación con las sensaciones que nos han producido. Pero, si, queriendo hacerla salir de su carácter individual, tratamos de convertir el sentido íntimo, según la expresión de la Escuela Escocesa, en criterio científico evidente, y, apoyándose sólo en su testimonio subjetivo, formulamos reglas

³ Claudio Bernard: *Introducción al estudio de la medicina experimental*. Trad. esp. del Dr. A. Espina y Capo, 1880.

⁴ P. Siciliani: *Prolegomènes à la psychogénie moderne*. Trad. franc. de A. Herzen, 1880.

y principios objetivos y generales, entonces ella entra en un terreno escabroso y movedizo, en el que casi forzosamente tiene que tropezar y caer.

Los partidarios del método introspectivo en la ciencia del Derecho, para explicar el tránsito de la observación particular al principio universal y absoluto, razonan del modo siguiente: Todos los seres tienen un fin que llenar, y por tanto están sujetos a una ley. Esta ley será la misma para seres de igual naturaleza. Ahora bien, replegándonos en nuestra conciencia, observamos, que en ella se hallan grabadas las ideas del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, del mérito y del demérito, del premio y del castigo; y como las mismas causas producen los mismos efectos, poseyendo los hombres igual naturaleza, por la ley de la analogía se deduce, que todos tienen inculcados idénticos principios, y por tanto que aquellas ideas son universales. Y, continuando el razonamiento, concluyen, que no sólo son universales, sino también invariables, puesto que la naturaleza humana ha sido siempre la misma.

Pero no bastaba esto, era preciso, aún, justificar la verdad y justicia que encerraban aquellas leyes. En parte se alcanzaba tal intento, manifestando que se hallan en relación necesaria con nuestro fin, o sea con nuestro bien; pero como este concepto, aunque teóricamente exacto, es de difícil interpretación positiva, se recurrió a un verdadero *Deus ex machina*, y aparece el Scr Supremo imprimiendo en la conciencia de cada hombre los principios inmutables del bien y del mal, del derecho y del delito.

¡He aquí el modo como se ha llegado a dar una forma de verdad y de justicia intrínseca a los preceptos de los hombres! Merced, pues, al procedimiento *a priori*, esencialmente subjetivo, aparece el Derecho natural o filosófico proclamando dogmáticamente sus teorías como verdaderas y justas en sí mismas; sobre estas concepciones ontológicas, sobre estos entes jurídicos, han levantado luego los juriconsultos clásicos todo el edificio de la ciencia del Derecho.

Naturalmente al afiliarse a semejante teoría, inteligencias tan eminentes, como las que registra la bibliografía de la Escuela, el principio fundamental ha tomado diversos aspectos, y se ha robustecido por originales y sutilísimas especulaciones.

Pero, por más grande que sea el respeto que se merezcan estos distinguidos juriconsultos, es necesario decir, con toda la franqueza que da la firme convicción, que sus sistemas han caducado, porque la Filosofía y la Ciencia contemporánea han dado ya por tierra con la base que los sustentaba.

Según las prescripciones de la lógica, toda investigación para ser legítima tiene que recorrer tres términos: una observación, una hipótesis o conjetura y una comprobación o verificación. El método introspectivo, como lo han reparado notables filósofos, se detiene en el segundo grado. Los subjetivistas, llegando a la hipótesis, con tal que ella sea racional, y por tanto verosímil, creen haber descubierto la ley; y entonces, subyugados por ella, en lugar de convencerse de la pureza de su temple, hacién-

dola soportar el rudo experimento de los hechos, la formulan *a priori* de un modo absoluto, encadenando así dogmáticamente a la rebelde realidad la que, a su vez, la desmiente con su brutal lógica. Los metafísicos en su modo de ver las cosas se parecen a los antiguos astrólogos: éstos se imaginaban hacer girar todo el vastísimo sistema celeste alrededor de nuestro mezquino planeta, de la misma manera y con igual resultado con el que aquéllos pretenden encerrar la exuberante y complejísima realidad en unas cuantas estrechas leyes *a priori*.

Antes de pasar adelante, creo de mi deber hacer una aclaración. Completamente lejos de mi ánimo se halla desconocer el valor general y necesario de algunas verdades. Así considero tan ciertas las leyes de la unidad, de la causalidad y de la finalidad que rigen a todos los seres, que sin ellas no concibo la existencia del Universo; pero cuando la metafísica amolda la Naturaleza a sus concepciones ontológicas *a priori*, en lugar de deducir esas leyes del estudio de la Naturaleza, cambiando así el carácter inmanente y experimental de ellas, en un sentido trascendental y abstracto, se convierte en una hipótesis falaz. La metafísica, no como la ciencia que comprende la mayor generalidad de nuestros conocimientos, tendiendo a la unificación científica de ellos, sino como el sistema filosófico de las razones últimas de las cosas, de las ideas absolutas, de las causas trascendentales, es, permitidme señores la crudeza de la frase, la más engañosa teoría sustentada por la soberbia humana. ¿Sabe ella, por ventura, algo cierto de lo que es el Ser y la Esencia, el Espíritu y la Materia, la Vida y el Movimiento? ¿Cómo nos prueban su verdad todas las gigantescas y opuestas concepciones, que desde los viejos Indios hasta Hegel y Schopenhauer, han tratado de interpretar el origen y naturaleza de las cosas? ¿No nos enseña, acaso, la Historia, que hay tantas metafísicas como filósofos, viniendo a convertirse aquella ciencia en un continuo proceso de suicidios, según la gráfica expresión de Herbert Spencer? Concluyamos: La metafísica trascendental⁵ significando la satisfacción de la necesidad imperiosa en todo hombre, de querer explicarse lo desconocido y misterioso, representa, sin duda, una aspiración legítima de nuestra naturaleza racional. Esta curiosidad y anhelo natural hará que ella, como creencia subjetiva, nunca muera; pero al querer la vanidad del hombre transformar la intuición, más o menos fundada, en sistema filosófico, de verdad absoluta, crea un puro dogmatismo sin ninguna consistencia.

Hecha esta salvedad, y concretándome a la ciencia del Derecho, tropezamos a los pocos pasos con lo efímero de los principios abstractos, deducidos únicamente por la investigación subjetiva. Se dice: observando nuestra conciencia, notamos que en ella se hallan impresas las ideas de lo

⁵ Hasta hace poco hubiera parecido un absurdo lógico el unir a la idea de metafísica la de trascendental, cuando no se podía concebir una metafísica que no tuviera este carácter; pero habiéndose formado en estos últimos tiempos una metafísica inmanente y experimental, de la que me parece ser el más legítimo representante el ilustre filósofo Mr. Alfredo Fouillée, se hace ya necesario dar a aquella ese significado para distinguirla de la nueva dirección científica.

bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, del mérito y del demérito, del premio y del castigo. De la observación se pasa luego a la hipótesis de que todos los hombres tienen grabados los mismos principios porque todos poseemos igual naturaleza; y satisfechos los que proclaman el método subjetivo con su ley de la analogía, se detienen ante ella: suponiéndola evidente, de valor metafísico, no se preocupan de comprobarla prácticamente. Pero al formular el fundamento de su hipótesis, la escuela clásica ha incurrido en una lamentable confusión. La unidad de la naturaleza humana no se encuentra en el criterio moral, sino en la racionalidad de nuestro ser. He aquí el único verdadero punto que enlaza a todos los hombres, a través de la grandísima diversidad de constituciones físicas, de sensaciones y de sentimientos, de desarrollo intelectual, de criterio moral, de fuerza voluntaria, diversidades todas, separadas aún más, por la labor incesante del progreso, de la civilización.

¿Cómo podemos decir por un momento que todos los hombres tienen las mismas ideas morales contra el testimonio irrecusable de la Historia? Son, acaso, iguales los principios del bien y del mal reconocidos por los asirios, por los griegos, por los romanos, a los admitidos en la Edad Media, en los siglos XVI y XVII? Pero ¿para qué irnos a tiempos remotos? En las actuales sociedades es, no idéntico, sino semejante siquiera, el sentido moral del orgulloso europeo al del resignado fatalista indio, al del feroz salvaje africano? Aún más, ¿en las naciones de la culta Europa, piensa del mismo modo sobre las ideas de lo justo y de lo injusto, el ortodoxo católico, el filósofo y el jurisconsulto espiritualista, que el implacable ateo, el obcecado materialista, el socialista intransigente? Por último, debido a las investigaciones de una ciencia muy reciente y ya muy fecunda, la Antropología Criminal, se ha venido a comprobar plenamente, que aquello que suponíamos nosotros lo más íntimo e imposible de sofocar, el fallo inexorable de la conciencia, los remordimientos, no existen en lo menor, cabalmente, en muchos de los autores de los crímenes más horrorosos.

Si los preceptos de la moral y de la justicia son impresos por Dios en la conciencia del hombre, ¿cómo es, que la Eterna Verdad y Armonía puede haber enseñado principios, que no sólo varían de siglo en siglo, sino de pueblo en pueblo, de individuo a individuo? Si creemos, señores, en un Dios, no lo convirtamos en un monstruoso ser miserable causante y justificador de todas las maldades y aberraciones de los hombres...!

Los preceptos de la conciencia humana no son sino el resultado de los sentimientos, ideas, creencias de las generaciones que nos han precedido, transformadas lentamente y amoldadas a la constitución especial de cada individuo y al medio físico y social en que éste se desarrolla. La persistencia y generalidad de muchas de sus prescripciones se explica fácilmente: Las leyes que rigen el mundo moral y social, a semejanza de las leyes biológicas, están sujetas a mayor o menor duración y autoridad, según sean más o menos importantes los hechos a que se refieren. De modo que

cuando una institución jurídica representa una condición imperiosa para la existencia y desenvolvimiento de nuestra naturaleza, puede ya desafiar orgullosa por largo tiempo el terrible y destructor embate de los siglos.

Presentaré un caso práctico de la mayor importancia que comprobará plenamente mi aserto:

La propiedad, según se halla reconocido en todas las legislaciones, de acuerdo con los dictados de la conciencia, es una institución que satisface una exigente necesidad para la existencia y desenvolvimiento de la sociedad actual. Habiéndose ella identificado tanto con nuestro modo de ser individual y con la organización de los pueblos cultos, podemos prever igualmente que tendrá vida prolongada. Pero no contentos con reconocer su importancia y trascendencia positiva y filosófica también, han procurado los filósofos y jurisconsultos elevarla a un dogma de Derecho Natural, de justicia absoluta y eterna. Y al querer justificar esta institución en sí misma, olvidándose de su valor real y práctico, han incurrido en error, pues despreciando las únicas armas con que podían defenderla con seguro resultado, entregan el cuerpo completamente descubierto a los terribles ataques de las doctrinas disociadoras contemporáneas, que desencadenadas se precipitan violentamente por abierta brecha, que en vano procuran los metafísicos, con sus estériles dogmatismos, cerrar. En efecto, señores, si se nos quiere llevar a los principios, el socialismo científico, no el de Proudhon sino, por ejemplo, el de Laveleye es más bueno y más justo y es más conforme con la moral y con la doctrina cristiana⁶, que el derecho de propiedad tal cual se halla reconocido actualmente.

¿Podemos decir, por un momento, que es natural y equitativo, que desenfrenado derroche un miserable en sus vicios los millones que, sin ningún trabajo heredó de su padre, a quien aborrecía, y cuya muerte esperaba con ansia, o que adquirió de un golpe en aquellos garitos legales que se llaman la Bolsa, mientras que otro hombre que siente bullir en su frente el hervidero de genio, y que oye en su corazón los generosos latidos de la virtud y del trabajo, tiene que mendigar, hincado en el suelo, a aquel aborto de perversidad, un mendrugo de pan, que lo quiere, no para fortalecer su organismo atrofiado, sino para dejarlo devorar por las bocas secas y afiebradas de sus hijos escuálidos, ateridos por el frío y el hambre?

Me sería fácil continuar presentando ejemplos que robustecieran mi argumentación; pero como de este modo me apartaría demasiado del objeto de mi trabajo renuncio a ello, encerrando en pocas palabras mi pensamiento que ya se encuentra contenido en todo lo que he expuesto.

El Derecho Natural, como expresión de una justicia absoluta y abstracta, conocida por el hombre, por el esfuerzo de su razón o por la reve-

⁶ Antiguo y Nuevo Testamento, San Ambrosio, San Clemente, San Juan Crisóstomo, Bossuet, Mgr. Ketteler, Obispo de Mayence, Cardenal Gibbons, Cardenal Manning, Obispo Derby, Francisco Huet —nombres y citas de la obra *Le socialisme contemporain* por E. de Laveleye, 4ª Edición aumentada 1888.

lación divina, es un concepto quimérico. Esto no importa, sin embargo, la negación de una filosofía del Derecho que dé unidad y fuerza a esta ciencia social. No, ella tiene que existir, pero tomando un aspecto y una tendencia diversa. Ella debe comprender el estudio de los principios fundamentales del Derecho, basados en la experiencia universal, que han sido admitidos por los pueblos civilizados por corresponder a la satisfacción de las necesidades positivas y de las verdaderas aspiraciones de la sociedad. Tales principios no tienen nada de metafísico, no representan sino las condiciones de existencia de la vida social, no son sino las consecuencias necesarias que se derivan de la naturaleza misma de las cosas. Se les puede calificar de inmutables e imperativos, pero no tomando estas palabras, como dice Ribot, refiriéndose a la moral "en el sentido vago, trascendente, inseparable que se les da por lo común, sino en un sentido preciso, positivo, incontestable, porque ellos significan que su estabilidad es la de la naturaleza y su necesidad la de lógica"⁷.

No ignoro, señores, que el afán de la ciencia moderna por impedir que Dios continúe siendo un manoseado expediente mecánico que solucione todas las dificultades; por separar el Derecho Natural de la metafísica telógica de las ideas absolutas; por que se reconozca en las ciencias sociales el gran principio científico de la relatividad de nuestros conocimientos, ha sido y es aún hoy mismo blanco de los más duros ataques. Sin embargo, este principio, es para mi modo de ver, la única base racional del Derecho: Al limitar nuestro pensamiento limita también nuestra actividad en presencia de los otros hombres, y nos impone restricciones cuya regla es la justicia derivada de la naturaleza misma de nuestras relaciones. "La condición racional que necesita la justicia, dice el célebre escritor contemporáneo, el Sr. Alfredo Fouillée, es una restricción de la libertad individual que pueda llegar a ser recíproca e igual para todos. Para fundar científicamente el derecho como tal, es decir como regla común y limitación mutua de las libertades, es preciso, pues, un principio coactivo "Abstente, Absteneos". Ved aquí la fórmula propia del Derecho estricto, que es como tal una disciplina, una idea reguladora, y que envuelve también el *Sustine* de los estoicos. De este modo la limitación de nuestra libertad práctica por la voluntad de otro, es la expresión legítima, la figura exterior de nuestra limitación científica. No obres en frente de los otros hombres como si tú supieras el fondo de las cosas y el fondo de los hombres, como si tú supieras que el fondo de todo es tu placer, tu interés, tu egoísmo. No te erijas en absoluto, es decir, en Dios. Ser que no posees de ningún modo la ciencia absoluta, no practiques el absolutismo con tus semejantes: no dogmatice ni en pensamientos ni en actos. La violación del Derecho ideal en nombre de la fuerza y del interés material o espiritual es el dogmatismo en acción, sea materialista, panteísta o teológico. Abstenerme de violar la voluntad de otro en tanto que ella no viola la mía, es la

⁷ Ribot: *L'hérédité psychologique*. 4ª Edición, 1890.

actitud que conviene a aquel que no pretende resolver la X, ni en pura materia, ni en sustancia única y necesaria, ni en voluntad absoluta y trascendente, a aquel que no quiere un dogmatismo materialista, ni panteísta, ni espiritualista, a aquel que rehúsa, en general, dogmatizar, y se abstiene de ello". . . "En otros términos, dice el mismo filósofo, puesto que nuestros pensamientos conscientes son igualmente limitados, en cuanto que ellos no pueden alcanzar el último fondo hipotético del ser o del bien, o si no hay este fondo, la infinidad de la serie fenomenal, expresamos este límite interior limitando nuestras libertades por la igual libertad del otro, expresamos la común limitación de nuestras conciencias individuales, de nuestra ciencia, por la limitación recíproca de nuestras voluntades. Ved aquí el derecho y la justicia, ved el solo liberalismo verdadero, por el cual se evita a la vez el dogmatismo metafísico y el dogmatismo moral"⁸.

El método científico que humilde, pero noblemente, reconociendo la verdadera condición de nuestra inteligencia, pone como divisa en todas sus investigaciones, este principio de la relatividad de nuestros conocimientos, y que renunciando, por lo tanto, a establecer leyes absolutas sobre las cosas en sí, se consagra exclusivamente al estudio de las relaciones del mundo finito, condicionado, deducidas de la observación atenta de los fenómenos de la realidad, se conoce con el nombre de *método positivo* o *experimental*. Considerado así este método, sin querer significar con él un empirismo vulgar, ni hacerlo instrumento de una determinada secta científica, representa la única dirección legítima aplicable a todas las ciencias.

Aunque en el siglo XIX es cuando el método experimental ha recibido cumplida aplicación, no se puede, por esto, negar, que él haya sido empleado con muy feliz éxito, por algunas ciencias, en épocas pasadas. Así, debido a este fiel e infatigable guía, convirtieron los genios de Copérnico, Kepler y Laplace la empírica, grosera astrología dogmática en la ciencia astronómica. El gran Galileo, el ilustre discípulo de Copérnico, generalizó el método de su maestro a todas las ciencias naturales, especialmente a la física.

Siguiendo la misma dirección, Lavoisier, aquel sublime mártir, cuya colosal inteligencia no pudieron soportar los hombres de la Revolución Francesa, transformó la alquimia en química.

A fines del siglo XVIII y principios del presente, luchaba igualmente la medicina por adquirir unidad y fijeza. El principio de la combustión de Lavoisier, los descubrimientos en anatomía general de Bichat, los estudios físico-químicos de Laplace, las localizaciones de Flourens no eran sino grandiosos elementos dispersos que no bastaban para dar fundamento estable a la ciencia médica. Pero aparece Claudio Bernard, precedido por Broussais, Magendie y aun por el mismo ilustre octogenario que ahora le ha sucedido en la Academia Francesa, el venerable Brown Sequart, proclamando el método experimental; a su llamada, como a la voz de un

⁸ Fouillée: *Critique des Systèmes de morale contemporains*, 2ª Edición, 1887.

conjuro mágico, vienen a él todas las observaciones y descubrimientos de sus antecesores, para encadenarse y prestarse recíproco apoyo, formando un seguro y armónico cuerpo científico. Valiéndose de su método, hizo el gran Bernard asombrosos descubrimientos, especialmente en la fisiología, como la acción de las glándulas digestivas, los nervios vaso-motores, la teoría del calor animal. Abierto por él el camino, le han seguido los médicos con entusiasmo, y merced a esta nueva dirección, la medicina actual adelanta rápidamente explorando terrenos que antes le habían sido del todo desconocidos. Era la medicina de las diversas ramas de la ciencia biológica la que hasta entonces no se había asociado bajo la bandera experimental; unida ella a sus compañeras avanzan hoy, orgullosas, todas juntas por el ancho y firme sendero de la observación y de la experiencia.

Después de terribles oposiciones, y escuchándose aún los anatemas, que, con débil y lastimada voz, lanzan todavía los filósofos soñadores, los poetas de la vieja y ya estéril metafísica; osténtase también espléndida, con la hermosura de la fuerza y de la fecundidad la psicología experimental contemporánea. Qué fútil y qué pobre se presenta, comparándola con esta escuela, la antigua, pero aún subsistente psicología dogmática, con su teoría de las facultades, en la que aparece el espíritu, según la bella y exacta metáfora de Bailey: "como si fuera un campo en el que la percepción, la memoria, la imaginación, la razón, la voluntad, la conciencia y las pasiones ejecutaran sus maniobras, como otras tantas potencias aliadas entre sí unas veces y en abierta hostilidad otras"⁹.

La nueva escuela ha demostrado que aquellas entidades que venía a convertir el espíritu en una verdadera república con diversos e independientes ministros y empleados subalternos, no son sino meras concepciones abstractas, cuya subsistencia sólo se puede tolerar, con tal que se les considere desempeñando el mismo papel, que aquellos nombres de las ciencias naturales, que como calor, magnetismo, luz, sirven para reunir hechos semejantes y designar causas desconocidas de fenómenos conocidos¹⁰. Imitando el ejemplo de las ciencias naturales, la psicología experimental se consagra de una manera exclusiva a la investigación de los fenómenos psicológicos, para llegar así por medio de la doble observación interna y externa, subjetiva y objetiva, al conocimiento de las leyes y de las causas eficientes que rigen a éstos, abandonando el orgulloso e irrealizable empeño de querer descubrir lo que es la esencia del alma humana. La vaciedad de la vieja psicología y la necesidad e importancia de la nueva escuela se comprueba plenamente al ver, que mientras aquella, en su parte metafísica, no ha adelantado en lo menor desde Aristóteles hasta el día, ésta en pocos años ha producido numerosísimas obras llenas de datos y leyes desconocidas, convirtiéndose, según la bosquejan los directores de las nuevas tendencias, en una ciencia de incalculable atractivo y valor, no exclusivamente para el filósofo consagrado a los estudios especu-

⁹ Bailey, Psicología inglesa por Ribot, obra citada.

¹⁰ Ribot: *id.*

lativos, sino en general para el común de la gente, que puede aprender en ella muy fecundos conocimientos para su conducta en la vida práctica: Por la psicología experimental descubrimos la íntima relación del tejido nervioso con la vida psíquica, las leyes mecánicas invariables que rigen la intensidad y duración de las sensaciones, desde la simple y débil sensibilidad orgánica hasta la más viva del placer y del dolor; la acción del movimiento molecular afarente y eferente, del simple acto reflejo, la actividad inconsciente del alma, que conducida por la corriente nerviosa, se nos presenta cual tenebroso laboratorio en el que se forjan los elementos rudimentarios, que han de servir luego de condición imprescindible para la existencia y desenvolvimiento del espíritu humano, asistimos a la admirable embriología de la inteligencia, que, partiendo de la percepción de una sucesión y de una simultaneidad, llega en virtud de la universal ley psicológica, la asociación de ideas, sostenida por la memoria, a la creación de todos los órganos, funciones y nociones del entendimiento, condicionado por la herencia y la educación; presenciamos el origen y la evolución del poder voluntario; para observar, luego, después de este vastísimo campo descriptivo, en conjunto, al hombre adulto en su estado normal y patológico, en comparación con los seres inferiores, con el niño, con el salvaje y el criminal. La nueva escuela, empleando terrible e incesante martilleo, ha hecho pedazos la tradicional estatua del hombre ideal, con sus facultades innatas, existiendo cada una por sí, con su cerebro, órgano independiente, perfecto y único del espíritu, con su voluntad caprichosamente absoluta, para reemplazarlo por el hombre vivo, por el verdadero ser racional, cuya inteligencia, a manera de un Kaleidoscopio, aparece iluminada ya por los resplandores sublimes del genio, ya por la fosforescencia morbosa del alucinado, ya por la tétrica luz que lanza el homicida y el incendiario.

Inútil es seguir citando otras ciencias que como la Economía Política, la Historia y en general la Sociología, han abrazado, con decidido empeño y halagüeños resultados, el método positivo. Basta creo, lo expuesto, para hacer ver la generalidad de su aplicación en nuestro siglo y la urgencia de que las otras ramas del saber humano que se manifiestan aún reacias, lo adopten inmediatamente, bajo pena de quedarse rezagadas y olvidadas en el escabroso y elevado camino ascendente por el que suben, orgullosas, las demás sostenidas e impulsadas por el mismo suelo que pisan. En aquella condición se encuentra la ciencia del Derecho, muy especialmente la Penal, por la índole y trascendencia de los estudios que ésta comprende.

VICTOR MERCANTE
(Argentina)

EL POSITIVISMO COMTIANO
(Fragmentos) *

Comte aparece como el áncora de salvación en medio de la borrasca, como un astro de primera magnitud en medio de la noche oscura.

El siglo XIX comenzó sin dirección; anarquizado por las sectas metafísicas, el militarismo tentó en vano organizarlo sobre manes de sangre, que parecían haber agotado su vitalidad, su energía, el inmenso poder creador del hombre.

Carlos Jundzill saluda con estrofas magníficas los albores de la nueva era:

*Quand de toutes parts le sol tremble,
sans les débris amoncelés,
quand le jour finit, et que tout semble
périr sous des coups redoublés;
effrayé notre esprit s'arrête,
et reportant sa vue inquiète
sur ce monde près de finir,
il cherche, en ce vaste naufrage,
quelle esperance après l'orage
reste encore pour l'avenir.*

Con Aquino y Descartes forma la trinidad directriz del pensamiento humano en su eterna evolución hacia lo perfecto.

Del genio más extraordinario de las épocas históricas, la misión de su potente cerebro fue crear sin descanso.

Fundó el *Positivismo* o *Filosofía natural* y a sus métodos se afiliaron todos los procedimientos humanos de investigación, la organización de las ideas, todas las ciencias desde la Matemática de rigurosas fórmulas hasta la Política de estados inestables.

La Historia de los fenómenos humanos explica la aparición de estos seres excepcionales, de estas grandes inteligencias que todo lo abarcan en sus poderosas síntesis y todo lo regeneran con el hálito divino de sus grandes inspiraciones.

Los pueblos morirían de inanición o vegetarían como la China, si de tiempo en tiempo no renovaran el espíritu para abrir nuevos horizontes a su actividad. Esto mismo prueba la virilidad que poseen, su aptitud para vivir.

* Publicado en 1897.

Europa, embargada por el régimen metafísico, reacia a las doctrinas científicas, hubiera significado la decadencia, el estacionarismo, la decrepitud que tienen postrados a los pueblos de Oriente.

No es posible explicarse cómo un espíritu que murió en la flor de su vida filosófica haya podido emprender y dar fin a una obra trascendental, sin antecedentes en el mundo; haya podido remover y dominar todas las ciencias hasta en sus detalles, para jerarquizarlas, unirlas y darles nueva vitalidad; fundar una rama del saber hasta entonces desconocida: la *Sociología* cuyo nombre surgía por vez primera. Sintetiza al saber en todas sus edades y manifestaciones, analizado, juzgado, sistematizado y sometido a las leyes del movimiento humano descubiertas o ampliadas por él mismo. Sólo en Aristóteles puede tener un símile. Son inteligencias que aparecen solas con resplandores de sol y que llenada su misión, desaparecen como los cometas de curvas parabólicas.

La vida de Comte, a pesar de su admirable unidad, presenta tres fases: en la primera concibe y proclama la necesidad de restaurar el espíritu humano (período revolucionario); en la segunda, sistematiza los conocimientos; (construye y organiza); en la tercera, instituye el culto científico, funda una nueva religión. (Crea las nuevas fórmulas de las relaciones humanas).

En 1822 descubre la ley de los tres estados y sus derivados que toma por base de una nueva autoridad espiritual destinada a establecer el orden moral y mental en todo el Occidente. En 1831 da comienzo a la inmensa sistematización del dogma positivo (las ciencias) que hasta entonces carecía de unidad y relación y en esta elaboración fundamental emplea diez y seis años, produciendo el *Sistema de Filosofía Positiva* (seis tomos), donde todo el saber humano se encuentra condensado bajo el punto de vista de las quince grandes leyes por él descubiertas o generalizadas.

El verdadero y único propósito de Comte, desde que comenzó a pensar, fue *dar una nueva religión a la Humanidad* que la dirigiera y diese, por su liberalidad y fundamentos, nuevos rumbos al progreso. Vio que las teológicas ya no satisfacían, ni podían satisfacer; que la Metafísica era un estado de transición y muy díscola y superficial para establecer doctrinas que aventajaran a las anteriores; que por tanto, sólo la ciencia, dado el adelanto intelectual que los hombres habían alcanzado a las tendencias del espíritu, sólo la ciencia podía salvarnos de la anarquía, amar las fuerzas y lanzarnos a la prosecución de un solo fin. Esta admirable concepción se llevó rigurosamente a cabo y Comte murió cuando todo estaba casi hecho, teóricamente, se entiende.

No comprendo cómo pueda decirse que el filósofo de Montpellier sufrió crisis intelectuales que convirtieron en teólogo al pensador positivista de 1831 o que su vigor intelectual había decaído después de 1850 o que sus teorías en esta época eran un mentis a las que había proclamado quince

años antes. Encuentro una maravillosa unidad en todos sus escritos que se explican los unos a los otros. El catecismo positivista es una consecuencia de su *filosofía científica*, su calendario, de la universalidad de su religión. Es que el mundo sediento de cosas nuevas siente después repugnancia por ellas.

En el *Sistema de Política Positiva* (cuarto tomo) funda el sacerdocio encargado de propagar los dogmas y reglamentar la conducta humana según una creencia común.

La muerte nos ha privado de su tratado de Moral.

Quedan demasiadas pruebas de su grandeza intelectual, monumentos imponentes de su genio y memoria imborrable, de su corazón magnánimo, de su inimitable bondad y de su amantísimo espíritu, retratados en su rostro sacerdotal.

Poseía vastos conocimientos sobre las artes técnicas y liberales, de historia natural, sobre las teorías teológicas y metafísicas; dominio profundo de la Historia y una cultura estética excepcional; poseía a fondo todas las ciencias abstractas: matemática, astronomía, física, química y teología. Ninguna ciencia tuvo para él secretos. Su poder de asimilación era asombroso y más asombroso el de abstraer y sintetizar. Tenía una capacidad enciclopédica, una universalidad de instrucción, admirablemente raras.

Comte era de un alma esencialmente altruista guiada por los más sublimes sentimientos de ternura. En sus innumerables escritos no se encuentra reproche, ni palabras duras, ni críticas que tan propias de los filósofos son. Todo lo halla natural y explicable, gustando ocuparse de las personas a quienes el progreso les adeuda su concurso.

Tan caritativo y abnegado de espíritu, que dividía con el indigente sus últimos recursos. Era un Cristo que no poseía el don del milagro.

La mujer era para A. Comte un ser de profundo respeto, que tenía destinos sagrados en la tierra, lamentando que la ley del más fuerte hiciese valer el hombre para usar de ella como si fuera un mueble de casa.

Desgraciado en la familia, abandonado y pobre, las desdichas del mundo ni la opresión ni la ruina, quebrantaron un momento la firmeza de su carácter.

Muchos de sus discípulos y admiradores han hecho conocer la vida austera de Comte, consagrado por entero a sus semejantes.

Robinet, Audiffrent, Sofía Thomás, Lonchampt, Toucart, P. Laffitte, Littré han acumulado infinidad de documentos y datos sobre el filósofo. Los ejecutores testamentarios que residen en París propagan, por otra parte, sus teorías y dan a conocer las cualidades de su carácter, sus actos íntimos que son un modelo de virtud y consagración al trabajo.

El *Apostolado Positivista* del Brasil edita los documentos inéditos que legó a la posteridad.

Su madre se llamó Rosalía Boyer y de ella heredó el corazón; era ferviente católica y pertenecía a los medios de ese nombre. El padre era tesorero. Vivían modestamente, más bien en la pobreza.

A los catorce años, Comte, era ateo y republicano. Alumno del liceo de Montpellier, fue rebelde a la disciplina escolar pero amantísimo del estudio. Lamenta no haber gozado en su infancia, de las dulzuras del hogar ni educado su corazón bajo la influencia materna. Aún pequeño se le extrajo un tumor del cuello, dando pruebas de firmeza durante la operación.

A los doce años, había cursado la escuela primaria y sintió una pasión irresistible por el estudio de la Matemática. A los 16, ganaba por concurso, la cátedra de Cálculo Superior en la Escuela Politécnica de París. Daniel Encontre profesor del liceo, ejerció una influencia decisiva sobre el espíritu de Comte.

Pero a la inteligencia vigorosa del joven filósofo, no bastaba una ciencia para satisfacer su sed insaciable de conocimientos y dedicó todo su tiempo, fuera de la cátedra, a las lecturas filosóficas y políticas; sin duda, la Revolución del 89 y sus consecuencias, Robespierre sobre todo, hizo concebir la *Religión demostrada* a la que Comte debía consagrarse entero. Aparecía en plena época de descomposición, en que era necesario reconstruirlo todo.

Por sus condiscípulos y profesores era considerado como una naturaleza excepcional; admirado por su talento y respetado por su juicio.

No se avenía, sin embargo, con la disciplina impuesta y protestó contra ella por vía de hechos. Por eso en 1818 se le destituyó y además, como propalador de doctrinas falsas y como revolucionario. Por mucho tiempo estuvo alejado de los puestos públicos.

De vuelta a Montpellier, estudió medicina algún tiempo. Pero París le atraía, le fascinaba. Conservaba la simpatía de dos hombres que habían ensalzado su inteligencia: Poinson y Blainville. De los demás, el vencer la envidia y el odio, por su carácter emancipado. Esos dos sabios le ayudaron y defendieron contra los ataques de la Academia de Ciencias, cuyo paladín era Arago.

Perseguido y sin recursos hubo de aceptar los ofrecimientos de Bernard y trasladarse a Norteamérica; pero el destino quiso que en esos momentos trabara relación con Saint-Simon desistiendo entonces de su partida (1818). Saint-Simon le había seducido por su carácter y sus ideas, sin descubrir en el fondo de su alma al mercader. El joven confió al *gran heredero* del siglo XVIII las teorías que Saint-Simon había de beneficiar en su provecho, explotándolo y apropiándose de sus primeros trabajos perjudicando su reputación y su independencia intelectual. Algunos le llamaron su discípulo. Nunca lo fue; sus doctrinas son el extremo opuesto.

El opúsculo titulado: *Plan de los trabajos científicos para reorganizar la sociedad* publicado en 1822 por Saint-Simon como propio, era de A. Comte. Apercebido del espíritu que animaba a quien había llamado maestro, se separó de él para siempre en 1824. Los primeros trabajos del joven filósofo, *Catecismo de los industriales* y artículos publicados en *El Produc-*

tor a objeto de dirigir las masas e instruirlas en sus funciones sociales, tuvieron un éxito inmenso y se impuso al mundo intelectual de aquel tiempo.

El éxito estimuló a Comte. Popular y conocido, fue a los 26 años, maestro y jefe de la escuela científica. Su nombre, aplaudido por gentes de todas las clases; pero tuvo más admiradores entre los obreros, que en él veían a un nuevo salvador. Vivía de los subsidios que le proporcionaban sus discípulos, pues su enseñanza, su prédica, las lecciones populares de Astronomía y Política eran gratuitos.

A los 24 años descubrió la ley de los tres estados, trabajando su sistema de política positiva, durante cinco noches consecutivas de 7 p.m. a 10 a.m.

Los trabajos que Comte publicara hasta su crisis intelectual son:

- 1º *Separación entre las opiniones y los deseos*—1819.
- 2º *Apreciación sumaria del pasado moderno*—1820.
- 3º *Plan de los trabajos científicos nec. para reorganizar la sociedad*—1822.
- 4º *Consideraciones filosóficas sobre la ciencia y los sabios*—1825.
- 5º *Consideraciones sobre el poder espiritual*—1826.
- 6º *Examen del tratado de Broussais sobre la irritación y la locura*—1828.

Estos opúsculos no son más que el esquema, anunciando sus grandes elaboraciones de la segunda época que principia en 1830. Había echado la semilla de donde germinaría el gran árbol de la verdad.

Escribió numerosas cartas a sus amigos sinceros Valat y Blainville y a personas que tenían por él alta estima, como A. Humboldt, J. B. Say, Tournier, Audiffrent y otros.

Tuvo relación con Guizot y Lamonicière; pero nunca protección del gobierno.

La vida agitada y de lucha a que había sometido su joven cerebro y la incubación de un sistema de dimensiones monstruas le trajeron la crisis intelectual de 1826.

A los 27 años de edad contrajo el matrimonio que le ocasionó tantas penas morales. Pero a él mismo se atribuyó la culpa porque, contrariando los consejos de sus padres y entregado a la energía de sus instintos, obró como el bruto y no como el hombre que cumple un destino social. Es una carta bellísima, la que sobre la mujer, dirigió el 24 de septiembre de 1819, a Valat.

En 1824, escribía al mismo: “Me caso con una mujer de 22 años que no tiene más dotes que la de ser cómica, de buen corazón, graciosa, amable

y de un carácter alegre". Carolina Massin, hija de comediantes, tuvo una educación moral pésima, entregada a los hombres desde temprana edad, a quienes buscaba para explotar.

Hábil, sedujo al filósofo, conquistó su corazón, para hacerle después su esposo.

Mujer de vida airada, no podía advenirse con la tranquila y virtuosa del hogar y quiso conservar sus amantes profanando el hogar, súpolo el filósofo; se apenó tanto, y tanto se avergonzó que un acceso de locura le condujo al manicomio, de Esquirol, creyéndose con pesar, que tan poderosa inteligencia se había perdido para siempre.—(1826).

Gracias a los esfuerzos de Lamennais y Blainville que interesaron a Esquirol, y a los solfíctos cuidados de su piadosa madre que, alejada de su hijo durante muchos años corrió, transido el corazón de dolor a protegerle en la desgracia, Comte estuvo de alta en noviembre del mismo año yendo a convalecer a Montpellier. ¡Convalecencia larga! ¡dos años!

Jamás se reconcilió con la Massin a pesar de los deseos y esfuerzos de ésta: no quería absolutamente verla jamás. Comte, en el hogar, fue un desgraciado.

A E. Littré se le culpa de haber contribuido a amargar su vida.

Después de 17 años de íntimos sufrimientos, absorbido por un trabajo excesivo y tormentos cotidianos, sus gustos estéticos habían vuelto a despertar tan luego como abordó el estudio de la Sociología. Su alma generosa y tierna, renaciendo después de la calma, hacía entrever un período próximo de felicidad. En 1845, visitando a una familia burguesa, encontró a Clotilde de Vaux que ofrecía una singular conformidad de situación con él.

Para ella también, el matrimonio había sido una prueba terrible.

Esta fraternidad en la desgracia, un mismo aislamiento y una misma necesidad de afección, aproximaron estas nobles víctimas en un sublime amor de ternura y pureza que ejerció una influencia decisiva en las concepciones de Comte, trazando desde entonces, con mano segura, el cuadro de la fe positiva en el que la mujer juega un rol esencialísimo: Ninguno como Comte, supo agradecer y ser reconocido a sus protectores o amigos.

Comte escribió en la segunda época de su vida intelectual:

- 1º *Sistema de Filosofía Positiva.*
- 2º *Sistema de Política Positiva.*
- 3º *Catecismo Positivista.*
- 4º *Calendario de la Humanidad.*
- 5º *Curso popular de astronomía.*
- 6º *Síntesis subjetiva.*
- 7º *Cartas de A. Comte a Stuart Mill.*
- 8º *Circulares a los pueblos de Occidente.*

Fundó la Sociedad Positivista de propaganda, la que tuvo numerosos prosélitos, instalada hoy en la casa en que expiró, consagrada por él como el San Pedro de la nueva religión.

En los últimos años vivió de la subvención proporcionada por sus adeptos; de Inglaterra enviaban sumas mensuales Grote, Moleswarth, Currie y Mill.

Un artista de mérito, Antonio Etex, llevado por una profunda simpatía a las ideas positivistas, ofreció espontáneamente hacer el retrato y busto del filósofo, entregándose los con afectuoso desinterés una vez que los hubo acabado.

Se levantaba invariablemente a las cinco de la mañana y se recogía a las diez.

Había renunciado al café, al tabaco y al vino. En el orden espiritual se había sustraído a las lecturas críticas y dispersivas de la prensa contemporánea para entregarse al estudio de las grandes obras.

El excesivo trabajo, la vida sedentaria y una alimentación frugal, le debilitaron sobremedida y el cinco de septiembre de 1857 después de hacer su testamento, legando a la Humanidad concepciones en vez de onzas, expiró de una úlcera al estómago.

Sus discípulos más caros, casi todos médicos, no pudieron salvarle.

He aquí a grandes rasgos la vida de un genio que ha llenado el siglo con su nombre y ha conmovido la Humanidad con sus ideas, dejando como Cristo, apóstoles y templos.

IDEAS GENERALES

Me propongo escribir una serie de capítulos sobre la filosofía que según mi parecer, está destinada a verificar un completo cambio en la vida intelectual de la especie humana abriendo caminos nuevos y fáciles a su actividad para realizar debidamente los fines prescritos por la moral científica.

Las tendencias actuales de todas las manifestaciones del hombre, son a consolidar más y más el concepto de su importancia y las ciencias sacan de ella un real provecho; la filosofía positiva, edificada sobre el cimiento de las ciencias, las ha reunido sistemáticamente, formando de ellas un verdadero *árbol genealógico*.

Es muy difícil resumir y dar una idea exacta, en pocas páginas de un conjunto tan considerable como la filosofía de Comte; pero el deseo de vulgarizar la concepción más vasta y verdadera del siglo, me inducen a escribir algo sobre este punto.

Para formarse una idea clara del dominio positivo, es necesario observar primero la marcha evolutiva del espíritu humano y luego, considerarlo

en su conjunto; la única fuente de información en este caso es la Historia. El espíritu humano ha marchado, primeramente, al amparo del teologismo que ha llevado su dirección, llegando a su mayor apogeo en la Edad Media, con Santo Tomás de Aquino, después de haber pasado sucesivamente por los estados secundarios de Fetichismo, Politeísmo y Monoteísmo que representaban las diversas religiones aparecidas desde que la humanidad existe, marcando su mayor o menor perfección, el desarrollo intelectual de cada pueblo, y el dominio general de una de ellas, el grado de civilización humana.

Con el Renacimiento, toma otra forma, se ampara bajo otras maneras de ser, la inteligencia toma otros rumbos que le colocan en un período más avanzado de civilización, período al que se le ha llamado *Estado Metafísico*, que, patrocinado por el *Estado Teológico* primero, domina luego señalando la decadencia de éste, para dar campo a la acción de aquél.

Este nuevo estado llega a su apogeo con Descartes, Leibniz y Krause, viéndose por fin obligado a ceder ante los nuevos rumbos que toman las manifestaciones humanas, no ya al peso de fantasías creadas por la imaginación o de concepciones nacidas sin base, sino al peso de las ciencias y sus métodos que han engendrado un nuevo estado del espíritu humano, estado al que A. Comte ha llamado *Positivo* o *Científico*, el estado final de las grandes evoluciones humanas, porque su acción cada vez más dominante sólo cesará cuando las ciencias dejen de ser ciencias.

LEY DE LOS TRES ESTADOS

Con esta simple observación que la historia ha suministrado, observación de inapreciable valor, Comte ha formulado una gran ley que ha generalizado y aplicado a todos los fenómenos sociales, al desarrollo de la inteligencia y actividad humanas. Esta ley comprobada por la observación directa de innumerables hechos sin ninguno en contradicción, forma con la de la gravitación universal (Newton) y la de selección (Darwin), la verdadera Trinidad que rige al mundo y sus fenómenos.

Así, dice Comte: "Estudiando el desarrollo total de la inteligencia humana en sus diversas esferas de actividad desde su primera manifestación (desde que pudo ser considerado como ente social) más simple hasta nuestros días, creo haber descubierto una gran ley fundamental a la cual está invariablemente sujeta, ley que puede ser establecida sólidamente ya sea por las pruebas suministradas por el conocimiento de nuestra organización o ya sea por las verificaciones históricas que suministra el examen del pasado. Esta ley consiste en que cada una de nuestras concepciones principales, cada rama de nuestros conocimientos, pasan sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico, o ficticio; el estado metafísico o abstracto; el estado científico o positivo".

“En otros términos, el espíritu humano, por su naturaleza, emplea sucesivamente en cada una de sus investigaciones, tres métodos diferentes para filosofar, cuyos caracteres son completamente diversos y aún más, radicalmente opuestos: primeramente el método teológico, en seguida el metafísico y por último el positivo. De aquí tres sistemas generales de concepciones sobre el conjunto total de los fenómenos naturales, que se excluyen el uno al otro; el primero es el punto de arranque necesario de la inteligencia humana; el tercero su estado fijo y definitivo, sirviendo el segundo, de transición”.

En el estado teológico, el espíritu humano, dirigiendo sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de los seres, las causas primeras y finales de todos los efectos que le hieren, se representa los fenómenos como productos de la acción directa y continua de agentes sobrenaturales más o menos numerosos, cuya intervención arbitraria explica todas las anomalías aparentes del Universo.

En el estado metafísico, que no es en realidad sino una simple modificación del primero, los agentes sobrenaturales están reemplazados por fuerzas abstractas, verdaderas entidades inherentes a los diversos seres del mundo y concebidos como capaces de engendrar por sí mismos todos los fenómenos observados, cuya explicación consiste en asignar a cada uno, su entidad correspondiente.

En fin, en el estado positivo, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y destino del universo y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para ocuparse únicamente en descubrir, por el uso bien combinado de la observación y la razón, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y de similitud. La explicación de los hechos, reducidos entonces a sus términos reales, no es sino la unión establecida entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales, cuyo número tiende a reducir el progreso de las ciencias.

Con esta ley se indica pues, claramente la posición y naturaleza del positivismo fundado y organizado como sistema, por el sabio profesor de la escuela Politécnica, Augusto Comte. No vale esto decir, único constitutor; pues, como toda idea nueva, ha tenido sus precursores y luego sus conservadores y propagandistas.

Esta filosofía, diferentemente de todas las demás, sistematiza las ciencias, las jerarquiza, las estudia, establece sus leyes propias y de relación, establece los principios generales en que deben sentarse, confraterniza con ellas sin excluir a ninguna, desde la matemática hasta la moral, con ellas nace y con su conjunto acaba. Ahora, tomad a Balmes y a Janet, ¿encontráis algo de esto? ¿y con tales textos puede un cerebro forjarse una guía segura para sus conocimientos, pensar como debe pensar, sujetar sus ideas a un sistema que los unifique?

Daremos varios hechos que comprueban la ley de los tres estados, para pasar luego al dominio, a lo que abarca y comprende la filosofía científica, estudiando los métodos de investigación que le son propios.

COMPROBACION DE LA LEY DE LOS TRES ESTADOS

La observación directa de la inteligencia humana y de sus variados productos, demuestra de un modo práctico, la veracidad de la ley anteriormente enunciada. Teorizando luego se llega a la misma conclusión por principios fáciles de explicar.

Ninguna ley fundamental ha sido establecida *a priori*, es decir, sin haberse deducido de una larga y detenida observación de los hechos, que sirvieron de primera comprobación, confirmada por la *razón abstracta*, para tomar luego el carácter de verdad generalizada. Todas las leyes astronómicas han tenido por fundamento, la observación detenida de los movimientos planetarios y de las conclusiones particulares de estos hechos se ha deducido una conclusión general que conviene a todos los de la misma especie; solamente las leyes formuladas y comprobadas de esta manera son estables. De aquí pues y debido a su exactitud, la generalización del procedimiento para todas las ciencias.

Si examinamos con detención la historia de la humanidad veremos que la civilización de cada pueblo ha comenzado por el primer estado y si no ha permanecido en éste ha pasado al segundo forzosamente, preparándose para pasar al tercero, marcando cada etapa, una faz mayor de progreso. Así la civilización asiática y egipcia, la griega y romana, donde tuvo origen la que se llamó occidental, se caracterizan por el dominio prepotente del teologismo, ya en forma de Fetichismo avanzado como en Persia y Egipto, ya en forma de Politeísmo idealizado, como en Grecia y Roma o ya en forma de Monoteísmo, como en las civilizaciones árabe y cristiana que tuvieron ocho siglos de vida floreciente en sus respectivas regiones.

Se nota pues, en este avance, la tendencia constante a eliminar las causas sobrenaturales y perfeccionar las que más se acomodan a una explicación natural de los fenómenos. La marcha del progreso colectivo es paralela a la de la inteligencia del hombre. Pero esta marcha, durante toda la Edad Media se rige por el dogma y la fe.

La Edad Moderna, reacciona contra este orden de cosas y busca explicación de los fenómenos en la Naturaleza; la fe no satisface; se duda ante la evidencia de los hechos, se busca la existencia de ese Dios teológico, de incognoscible, de lo infinito para hallar entidades metafísicas que jamás llegaron a colmar nuestros deseos. Es el carácter que toma la civilización europea, gracias al movimiento iniciado por Descartes, Leibniz y Newton.

La educación y los gobiernos actuales, se hallan bajo ese estado; la insuficiencia de ese nuevo método, de esa nueva doctrina para explicarlo

todo, ha conducido a errores; de aquí que hayan tomado otro camino los métodos científicos y en el cual se habían ya iniciado las categorías más perfectas de fenómenos.

El nuevo método consiste en seguir un doble camino para buscar la verdad, primero el de la *razón concreta* es decir, el de la observación detenida de los hechos; y luego el de la *razón abstracta* que coordina y elabora interiormente, las observaciones adquiridas. En este estado se encuentran las ciencias más perfectas y por tanto las personas que la cultivan, formando por cierto, una colectividad reducida con relación a todos los hombres del mundo. Las ciencias más complejas están lejos de seguir en sus aplicaciones esta marcha. Se ve cuánto cuesta a las teorías de Lombroso penetrar en los dominios del derecho penal; sólo Italia y Francia, gracias a los esfuerzos de distinguidos prosélitos pudieron luchar contra las preocupaciones metafísicas que lo invaden aunque de una manera incompleta todavía. . .

El examen, pues de la humanidad en sus diversas épocas de existencia, nos muestra el dominio sucesivo de los tres estados que comprende la ley.

La aparición de un nuevo estado no implica la desaparición completa del anterior.

Es explicable esta evolución sucesiva de la Humanidad. Rodeado el hombre en su principio, de tantos fenómenos y careciendo completamente de medios para estudiarlos, atribúyelos a poderes superiores que no pudiendo figurárselos abstractamente los personificó en animales, en astros poseídos de ciertas propiedades que imponían respeto por serles incomprendibles a su mente ruda. Pero con su perfeccionamiento intelectual fue conociendo estas personificaciones y sus errores; de aquí que modificase la manera de considerarlos.

Es de notar que estas personificaciones divinizadas, fueron cambiando según el estado de civilización de quien las adoraba; así: primero fueron plantas, luego ciertos animales, más tarde el Sol, la Luna, etc.

Convencido el hombre de que tales objetos no podían ser omnipotentes, no podían ser causa general de los fenómenos, vióse obligado a atribuir esa omnipotencia a algo incógnito, a una fuerza inexplicable que dogmatizó. Mas, el descubrimiento continuo de las leyes de la naturaleza, fue desalojando la idea de esa fuerza omnipotente, puesto que los atributos que se creía encarnarse eran del exclusivo dominio de esas leyes. He aquí la evolución de la humanidad.

Las ciencias, según lo veremos más adelante, también han sufrido esta evolución sucesiva. Citaremos un hecho como ejemplo: El rayo se atribuyó primeramente a un poder divino, poder que evolucionó según los teísmos esa causa primera, mediante un intrincado raciocinio y se cree encontrarlo pero más ideal e incógnito en su esencia. La mente asimila estas nuevas ideas, sustituye la fe por la razón abstracta, explora los campos de lo dominantes; luego a una entidad metafísica; recién a fines del siglo pasado,

se atribuyó a la causa natural y verdadera. Se ve pues, la ley aplicada en este simple conocimiento.

El organismo humano pasa a su vez por esos tres estados evolutivos. En la infancia se explica todo, mediante causas sobrenaturales: si perfecciona sus conocimientos con el estudio, entra en el dominio de la duda, para después, si continúa su perfeccionamiento, creer en la verdad obtenida positivamente. En el estado teológico es cuando predomina el sentimiento; la razón abstracta durante el metafísico y en el positivo, la creencia.

DE LA ABSTRACCION Y SU NATURALEZA

En los capítulos precedentes hemos explicado, aunque de un modo general y breve, el grado positivo de los conocimientos.

La manera de ser considerado el *rayo* por el teólogo, como el efecto de una voluntad divina, por el sabio como una consecuencia inevitable de una propiedad de las nubes electrizadas y por el metafísico como la acción de los *fluidos eléctricos*, de los cuales concibe su existencia esencial, separada distintamente de los cuerpos y poseídos de cualidades completamente propias, nos ha dado una idea de la sucesiva evolución de los conocimientos; el detenido estudio de estos hechos históricos nos ha mostrado cómo el positivismo ha llegado a formarse un método propio de investigación cuya base fundamental es: *observar y razonar*, método de todas las ciencias.

La primera concepción fundamental de la filosofía positiva, consiste en la distinción que establece, para el estudio de los cuerpos, entre los *objetos* y los *fenómenos*, es decir entre las cosas y sus propiedades.

Esta distinción es de suma importancia, porque las ciencias en resumen no estudian sino *objetos y fenómenos*.

Entre la multitud de objetos que el mundo ofrece a la contemplación del hombre, éste no distingue al principio, más que cuerpos, individuos que producen actos simples. Solamente después de un largo tiempo llega a descomponer los objetos que observa y sus acciones, separando a éstas para generalizarlas y clasificarlas, mediante una operación mental muy delicada, que se llama *abstracción*.

Observar en diversos seres una propiedad común y concebir luego esta propiedad independiente, es verificar una *abstracción*. El platino, el oro, la paja, dan idea del peso para quien los ha tenido en la mano; pero es una idea concreta hasta tanto no sea separada de los objetos más o menos pesados. Esta observación continuada en muchos objetos nos hace considerar a todos los seres como poseídos de esa propiedad, es decir que se ha generalizado lo que se cree una verdad, porque así lo ha demostrado una serie numerosa de hechos sin que haya habido ninguno en contra, y desde entonces hablamos de esa propiedad sin considerarla adjunta a tal o

cual objeto sino como una propiedad general e independiente que permanece constantemente en lo que es y que encontramos en cualquier parte donde existe un ser: esto es lo que constituye la idea abstracta de *peso*. Demostrando luego que no es sino una consecuencia de la ley de la gravitación, viene a confirmar la generalización que de ella se ha hecho.

La aptitud a abstraer, común al hombre y a los animales de organización superior, consiste pues en reconocer propiedades comunes a los diferentes cuerpos, fijar esas ideas en nuestro cerebro, para poder en seguida razonar sobre ellas.

Debemos hacer constar que *propiedad*, *atributo*, *fenómeno*, son términos más o menos sinónimos para el positivismo.

Nuestra inteligencia pasa pues por dos fases lógicas y sucesivas para abstraer; el estudio primeramente de un fenómeno dado en varios objetos, considerándole aislado de todos los demás fenómenos que poseen esos mismos objetos; en seguida, el estudio de ese fenómeno considerado separadamente de los objetos particulares, para darle un carácter general y deducir las leyes naturales.

Estas operaciones de abstracción nos hacen observar, en muchos de ellos ciertas semejanzas, que las agrupamos en un conjunto que denominamos *categoría* y nos llevan al estudio de esas *categorías* o *existencias*, que toman diferentes nombres, según la naturaleza de los fenómenos.

Así el movimiento, la extensión, el peso, la temperatura, el sonido, la luz, la electricidad, el olor, el sabor y tantas otras abstracciones, deducidas por la contemplación de los diversos fenómenos de los cuerpos, nos lleva a formar una categoría de ellos, por la semejanza que tienen esos fenómenos al verificarse en los cuerpos sin que se altere su naturaleza; esta categoría, constituye la *existencia física*.

Los fenómenos de la vida vegetativa y animal, la herencia, la adopción, la selección, la lucha por la vida, etc., forman una nueva categoría de fenómenos y abstracciones que se asemejan, por verificarse en seres orgánicos; esta categoría constituye la *existencia biológica*.

Y es siguiendo este camino general invariable y constante, como se establecen siete categorías diferentes de fenómenos, siete existencias especiales; matemática, astronómica, física, química, biológica, sociológica y moral, cuyo debido estudio inductivo y deductivo instituye finalmente las grandes construcciones positivas que representan el *orden universal*.

La simple consideración del procedimiento general positivo de investigación, se verá que no admite conocimiento que no haya pasado primeramente por los sentidos y luego sido comprobado por el estudio razonado de las abstracciones hechas.

Hay pues una *razón concreta* y otra *abstracta*, una manera de comprender las cosas, considerando los seres en sí; otra manera de comprender las cosas, estudiando los fenómenos generalizados; las circunstancias que los producen, y las relaciones que entre ellos existen. Ambas sirven para conquistar la verdad y el positivismo se sirve de los dos para deducir sus

verdades, siguiendo así, un doble camino. *El peso*, (idea), es obtenido como verdad general, considerado en cada objeto y primero abstraído; luego, la primera noción que nos da la observación del fenómeno (razón concreta), es la idea de *peso*, se convierte en verdad, cuando se demuestra que es una consecuencia de la ley de Newton (razón abstracta); por ese doble camino investiga el positivismo. De aquí que consideremos cada ciencia, dos partes; una *concreta* y otra *abstracta*, íntimamente relacionadas la una con la otra.

Es pues, la abstracción la que nos revela el orden fundamental del universo, su unidad mecánica, coordinando las leyes naturales de todas las *categorías de existencia*, para que de este modo nuestro espíritu obre de una manera sistemática y segura.

NOCION DE LEY

Hemos caracterizado la *abstracción*, operación tan necesaria para la organización positiva de los conocimientos; ahora tócanos explicar el significado de *ley natural*, tal como se comprende en filosofía científica.

La *ley natural* no tiene semejanza alguna con las leyes dictadas en los parlamentos o asociaciones, cuyo conjunto, destinado a regirlos, es algo como un convenio escrito, que constituye su validez, la *legalidad artificial* de los hechos; no tiene fijeza y varían si una mayoría consiente en ello. En su confección se eliminan la razón concreta, empleando solamente la abstracta más o menos bien dirigida.

Toda ley natural se obtiene por una inducción y una deducción y explica invariablemente, la producción de un fenómeno.

Las leyes primordiales son siempre obtenidas por la observación continua de un mismo hecho verificado en muchos casos experimentales; cuando se muestra un mismo fenómeno en todos los casos posibles, se hace abstracción de él, se generaliza y la ley queda establecida.

Una ley física dice: "Todos los cuerpos caen en el vacío con igual velocidad", para obtenerla se ha hecho el vacío en un tubo y en él se han puesto sustancias diversas por su naturaleza, como ser: corcho, plomo, paja, lana, etc. Se ha observado en seguida, que estas sustancias caen con igual velocidad porque recorren un dado espacio en un mismo tiempo; entonces se obtienen una serie de verdades particulares e idénticas como ser: el corcho recorre en el vacío un metro en un segundo; el plomo recorre un metro en un segundo; la paja recorre un metro en un segundo; observamos la identidad de movimiento; nos hallamos en el caso de abstraer esas verdades singularizadas y hacerlas comunes a todos los cuerpos, pluralizando sin distinción de cuerpos, obteniéndose así la expresión de una ley.

Esta ley es invariable; a no ser así, admitiríamos la variabilidad de los fenómenos; admitiríamos que el corcho no cae en el vacío con igual velo-

cidad que el plomo. Más adelante demostraremos la irreductibilidad de los fenómenos y leyes naturales, una de las concepciones o principios fundamentales del positivismo.

Las leyes primordiales dan generalmente origen a otras que se obtienen por deducción, destinadas a regir otras categorías de fenómenos o a establecer relación entre ellas; estas leyes, son más vastas y generales que las primordiales, pues que no vienen sino de una serie de leyes particulares cuya similitud lleva por inducción, a formular una ley más general que las abarca a todas. Así, por ejemplo: la ley de Newton fue inducida por la observación de otras leyes particulares y la similitud que existía entre ellas: la caída de los cuerpos en el espacio, las leyes del peso; las leyes de Kepler. Del estudio de las consecuencias es como puede llegarse a sus causas; esas leyes secundarias, no son sino consecuencias de la ley de Newton.

Las particulares no rigen sino a un conjunto de fenómenos iguales y son las más numerosas. Hay otras leyes que no expresan sino una relación invariable entre dos fenómenos distintos; estas leyes son comunes en matemática, astronomía, física y química. Así, v. gr. la ley del péndulo que se enuncia: *En diferentes latitudes la duración de las oscilaciones, en péndulos de igual lentitud, está en razón inversa de la raíz cuadrada de la intensidad de la gravedad*, expresa la relación invariable entre dos fenómenos que se verifican correlativamente: la duración de las oscilaciones y la intensidad de la gravedad.

Otro ejemplo: hay una ley geométrica (teorema) que dice: El volumen de la esfera dividido por el cubo de su radio, es igual a $4/3$ de π ; esto expresa la relación invariable entre dos hechos que se verifican mediante una relación constante que establece su mutua dependencia; el volumen y radio de ese mismo volumen.

La noción de ley natural, fue introducida por la escuela pitagórica, punto de partida de la evolución científica. Nació en Grecia con el descubrimiento del primer teorema de geometría hecho por Tales de Mileto. Estos descubrimientos continuaron con Pitágoras, al que sucedió Arquímedes que descubrió las primeras leyes físicas. Estos sabios aplicaron el régimen de las leyes naturales a los números y a la extensión. Con Hiparco, el catálogo de las leyes naturales aumenta, aplicándolas al estudio del cielo y echando los cimientos de la astronomía, que terreno tan fecundo encontró en la escuela de Alejandría.

En la Edad Media las ciencias durmieron, gracias a los esforzados y valerosos padres del cristianismo que dieron en el *quid* cuando vieron en el cultivo de esas cosas, la herejía pagana y la profanación de los edictos evangélicos.

Recién cuando llegó Copérnico, el sacerdote eminentísimo tan perseguido por el Vaticano, despertaron del letargo aquellos libros por tanto tiempo archivados; Descartes continuó la geometría y Leibniz el Cálculo Trascendental; Galileo, fundó la Física, descubriendo las leyes del peso

y del péndulo; con la ley descubierta por Newton, se establece el orden mecánico del mundo inorgánico; con Kepler, la armonía de los cuerpos celestes; Lavoisier y Berthollet fundan la química, descubriendo sus más importantes leyes. Con Bichat, Gall y Darwin se establecen las bases de la Biología descubriendo las leyes que las rigen y con Haeckel, la unidad mecánica del mundo orgánico; por fin, A. Comte, precedido de Vico, Montesquieu, Herder y Condorcet como precursores, acabó con el fárrago de las entidades teológicas y metafísicas, sometiendo al dominio de las ciencias el estudio y explicación de los hechos y fenómenos naturales desde los números hasta la política.

Como puede observarse las primeras leyes fueron las que trataron de establecer las relaciones numéricas. La matemática tiene la ventaja sobre las demás ciencias, de llegar a sus verdades, sin necesidad de la razón concreta, supliendo completamente, la razón abstracta; tienen además, los fenómenos de esta naturaleza, una íntima relación entre sí, una verdadera unidad de procedencia. Lo mismo no sucede en las demás ciencias, que cuanto más superior es su lugar jerárquico, más se hace sentir la necesidad del doble procedimiento de investigación, debido a su imperfección.

Es de notarse, que las leyes nunca se han formulado siguiendo un orden teológico de investigación, ni tampoco un orden metafísico, sino un orden científico, un orden natural, empezando por la observación de los hechos.

LAS LEYES GENERALES DEL POSITIVISMO

El positivismo no es sino una ciencia general, *ciencia de las ciencias* como le llama Littré, que abarca todo lo que constituye el saber humano, sistematizándolo en un orden inmutable.

En tal carácter, ha estudiado las relaciones generales que unen a todas las categorías de fenómenos y ha investigado las leyes que las rigen.

La diferencia entre la ley constitucional y la ley científica, es la de ser esta última, fija, inmutable. Formulada no al acaso, no por el dictado de una imaginación más o menos cultivada sino por la observación de los fenómenos naturales, no siendo más que un fiel reflejo de lo que en éstos pasa; admitir la variabilidad de ellas sería admitir la mutabilidad de los fenómenos de que depende o de los cuales ha surgido. Si la ley de la caída de los cuerpos no fuese fija, una simple modificación haría suponer que los fenómenos de la caída del hierro, del plomo, del corcho, siendo primero de una manera, pueden ser luego de otra; estas modificaciones serían inexplicables y habría que conceder la intervención de un poder sobrenatural; la ley de Newton sería inestable, inverosímil; el orden mecánico interrumpido, el Universo hecho un caos! Las leyes son inmutables.

Hemos ya llegado a un punto donde se puede comprender el positivismo; los capítulos anteriores forman una introducción que prepara al espíritu para abordar el estudio de la ciencia universal, y a la que A. Comte denomina *filosofía segunda*.

La doctrina positiva se basa sobre quince leyes naturales clasificadas en tres grupos sucesivos; estas leyes, algunas descubiertas desde hace tiempo y aplicadas a casos particulares, han sido ordenadas y aplicadas en general por A. Comte; son *principios universales*, comunes a cada una de las grandes categorías de fenómenos que forman el saber real.

Primer grupo. — Se compone de tres leyes:

I *Formar la hipótesis más simple y más simpática sobre la observación de un conjunto de hechos*. Esta ley marca una línea de conducta para nuestra inteligencia. Descubierta por A. Comte.

II *Concebir inmutables las leyes que rigen a los seres según sus fenómenos*. Es una ley objetiva que concierne sobre todo al mundo externo. Descubierta por A. Comte.

III *Las modificaciones del orden universal, son relativas únicamente a la intensidad de los fenómenos, cuyo arreglo permanece inalterable*. Es también una ley objetiva que completa la precedente. Descubierta por A. Comte.

Significa lo siguiente: la ley de los tres estados establece que la evolución intelectual pasa sucesivamente en el individuo por tres fases; esto es inalterable; lo que puede variar es la prontitud con que se puede verificar el paso de una fase a otra; así, en ciertos individuos la evolución del estado teológico al metafísico se verifica en menos tiempo que en otros.

Segundo grupo — Comprende seis leyes:

IV *Subordinar las construcciones subjetivas a los conocimientos objetivos, es decir la meditación a la observación*. Fundada y confirmada sucesivamente por Aristóteles, Leibniz, Kant y Comte.

V *Las imágenes interiores son siempre menos vivas y claras que las impresiones exteriores, es decir nuestros recuerdos que nuestras sensaciones inmediatas*. Descubierta por A. Comte.

VI *Toda imagen normal debe predominar sobre aquellas que la agitación cerebral hace nacer simultáneamente*, la imagen normal, es decir la representación interna que más se aproxima a la realidad externa (A. Comte).

VII *Toda inteligencia pasa por tres estados sucesivos: ficticio, abstracto y positivo, en el dominio de sus concepciones, con una ligereza proporcional a la generalidad de los fenómenos correspondientes* (A. Comte).

VIII *La actividad es primero conquistadora, luego defensiva y por último industrial* (A. Comte).

IX *La sociabilidad es primeramente doméstica, en seguida cívica y por fin universal, siguiendo la naturaleza que caracteriza a cada uno de los tres instintos simpáticos* (Amor, veneración y bondad. A. Comte).

Tercer grupo —Esencialmente objetivo; comprende:

X *Todo estado estático o dinámico tiende a persistir espontáneamente sin ninguna alteración, resistiendo a las perturbaciones exteriores* (Kepler). Esta ley puede constatarse tanto en Física, como en Biología y en Sociología. Así cuando un cometa pasa cerca de la masa de un gran planeta, ésta tiende a desviarlo de su curva dada la fuerza de atracción; pero el cometa resiste hasta continuar su marcha. La resistencia y la acción es mutua; caso que no puedan permanecer independientes resultaría la aparición de un estado que representaría una refundición completa de ambas fuerzas.

XI *Un sistema cualquiera mantiene su constitución, activa o pasiva, cuando sus elementos experimentan mutaciones simultáneas y exactamente comunes* (Galileo). Como el caso de varias personas arrastradas por un vehículo, quienes conservan sus posiciones relativas.

XII *La acción y la reacción son siempre equivalentes, si la intensidad es medida conforme a la naturaleza de cada conflicto* (Huyghens, Newton, A. Comte).

XIII *Subordinar siempre la teoría del movimiento a la de la existencia, concibiendo todo progreso como el desarrollo del orden correspondiente, cuyas condiciones, rigen las mutaciones que constituyen la evolución* (A. Comte).

XIV *Toda clasificación positiva debe proceder según la generalidad creciente o decreciente ya sea subjetiva u objetivamente* (A. Comte). Es decir siguiendo la sucesiva complicación o simplicidad de los fenómenos presentados por los seres.

XV *Todo punto medio debe ser normalmente subordinado a los dos extremos que une* (A. Comte).

XVI *El mundo exterior suministra los materiales objetivos para las construcciones subjetivas* (Hipócrates, Aristóteles, Comte).

Estas son las leyes de la doctrina positivista.

Considerada en conjunto, no es más que la sistematización científica de las ideas humanas o la explicación real del mundo y del hombre según el régimen de las leyes naturales en sustitución al reinado de las voluntades divinas. Consiste pues en la aplicación de la noción de ley a todos los fenómenos reales, objetivos y subjetivos o en la concepción científica del orden universal cosmológico, vital y social. Sustituye por completo lo absoluto por lo relativo y renuncia a la síntesis objetiva según una causa primera, única y omnigeneratriz, para no admitir sino leyes múltiples cuya coordinación puede ser hecha sólo subjetivamente, con relación al Gran ser o Humanidad.

LO QUE ABARCA EL POSITIVISMO

Jerarquía teórica de la ciencia o síntesis del orden universal.

Con el conjunto de cosas y hechos observados hasta hoy, el positivismo ha formado grupos, categorías, series, relacionadas entre sí y regidas por leyes que han servido de base a las diversas construcciones científicas del espíritu humano, sintetizadas por la *ciencia universal* resumen enciclopédico de todas ellas.

Cada una de estas categorías, con su conjunto de leyes, patrocinan una ciencia; son siete y están colocadas en un orden de clasificación incontrovertible.

La Matemática ha sido elaborada lentamente, como ciencia positiva, por Tales, Pitágoras, Arquímedes, Newton, Descartes, Leibniz, D'Alembert, Monge y Lagrange; la Astronomía ha sido elaborada por Eudoxio, Ptolomeo, Hiparco, Kepler, Copérnico, Huyghens, Laplace y Secchi; la Física, mucho más tarde, por Galileo, Bradley, Roemer, Watt, Volta, Lavoisier, Joule, Tyndall, etc.; la Química por Lavoisier, Schele, Priestley, Berthollet, Berzelius, Liebig, Berthelot, etc.; la Biología por Jussieu, Harvey, Vicg-d'Azir, Richart, Gall, Lamarck, Broussais, Blainville, Darwin, Haeckel, Pasteur. Todas estas ciencias constituyen lo que se llama la *Filosofía natural*.

A. Comte completó la construcción del orden universal creando otra ciencia. Apoyándose en los trabajos hechos anteriormente por Aristóteles, San Pablo, Hobbes, Bossuet, Montesquieu, Hume, Vico, Turgot, Condorcet y de Maistre, fundó la Sociología; Leroy, Gall, Cabanis y Spurzheim avanzaron el estudio del individuo sentando los principios de su conducta; la Sociología y la Moral son las dos ciencias que completan la jerarquía de los conocimientos humanos. De 1819 a 1854 fundó la primera y de 1852 a 1857 la segunda, impidiéndole continuar, una muerte prematura en momento que elaboraba su *Tratado de Educación*. Pero Spencer dio fin a la obra.

Habiendo sabido Comte asimilarse el conjunto del saber humano, a pesar de su amor especial a la matemática, la noción precisa de todo lo que es observable y demostrable, pudo unir tantos fragmentos aislados, tantos trozos de ciencias esparcidos sin conexión, para formar un *sistema único*, la serie enciclopédica de las ciencias según el camino marcado por los grandes principios enumerados en el capítulo anterior. De estos genios la humanidad cuenta muy pocos: uno después de muchos siglos; no hay sino un Aristóteles y luego un Comte.

De esta manera concluyó el mar de confusiones introducidas por tantos sistemas y por tantos charlatanes. Las ciencias investigan y explican; la filosofía coordina, sistematiza y sintetiza.

Estúdiense la filosofía positiva en su evolución y se verá que en su estado embrionario, merece únicamente el calificativo de matemática, porque ella ha nacido, se ha formado, merced a esa clase de investigación. De

aquí que, desconociendo las verdades matemáticas es imposible entrar al estudio de las otras ciencias.

Comte divide a la Matemática en Cálculo o Análisis Matemático, Geometría y Mecánica, subdividiéndose el primero en Aritmética y Álgebra, o "*cálculo de los valores y cálculo de las funciones*". El cálculo algebraico es por su naturaleza, rigurosamente indefinido; el de la aritmética infinitivamente restringido. El cálculo de las funciones comprende el análisis general y el análisis trascendental; el primero o cálculo de las funciones directas, tiene por objeto definitivo, la resolución propiamente dicha de las ecuaciones, es decir, el descubrimiento de la manera de formación de las cantidades desconocidas por las conocidas, según sus relaciones. El cálculo de las funciones indirectas se verifica por tres métodos generales: de Leibniz, de Newton y de Lagrange.

Terminadas las consideraciones sobre la matemática abstracta, comienzan las que corresponden a la concreta con el estudio de la geometría. Esta debe considerarse como una verdadera ciencia natural, la más simple, y por consiguiente la más perfecta, por considerarse los fenómenos más simples y universales.

Todos los cuerpos de la naturaleza pueden dar lugar a investigaciones geométricas, así como también a investigaciones mecánicas; pero los fenómenos geométricos subsistirían aun cuando todos los objetos del universo permanecieran inmóviles y fijos en un punto, de aquí que sea más general que la mecánica.

Para conocer el verdadero carácter de la ciencia geométrica deben establecerse dos nociones fundamentales: la primera es la noción de espacio y la segunda la de extensión. El punto de partida de la geometría lo constituye el estudio de una sola dimensión, siguiendo luego la consideración de dos y tres dimensiones.

La geometría general o analítica, por decirlo así, trata la transformación de las consideraciones geométricas en consideraciones analíticas y equivalentes; a Descartes se debe la posibilidad constante de una tal correlación. Además de su valor por la nueva fase con que caracteriza a la geometría, tiene otro de mayor cuantía que establece el método general a emplearse para organizar las relaciones de lo concreto y de lo abstracto, para transformar las nociones geométricas en nociones numéricas y algebraicas, reduciéndolas a tres categorías universales; tamaño, forma y posición de los cuerpos; reduciendo el tamaño en equivalentes numéricos; resolviendo la forma por la posición y ésta en tamaño, cuya difícil operación se plantea y ejecuta según la fórmula que contiene la concepción preliminar de Descartes.

Los fenómenos mecánicos son por su naturaleza, más particulares, más complicados y más concretos que los fenómenos geométricos, razón por la cual Comte los había colocado después de la geometría.

Se echa de ver en todas las nociones fundamentales de esta ciencia, una confusión continua entre el punto de vista concreto y abstracto que

impide distinguir claramente lo que es realmente *físico* de lo que es puramente *lógico*.

La mecánica no investiga las causas primeras del movimiento, cuestión que el positivismo *excluye de las ciencias*, ni tampoco atiende a las circunstancias de su producción, las que forman un objeto especial de estudio en las ciencias físicas y no pertenecen al dominio de la mecánica, pues ésta se limita a considerar el movimiento, haciendo abstracción de la manera como se determina.

La fuerza en mecánica no es más que el movimiento producido o a producirse.

El problema general de la mecánica racional, consiste en determinar el efecto que experimentará un cuerpo sobre el cual obrarán simultáneamente varias fuerzas, conocido que sea el movimiento simple que resultaría de la acción aislada de cada uno de ellos; o a la inversa: determinar los movimientos simples, cuya combinación daría lugar a un movimiento compuesto, conocido de antemano.

La mecánica distingue dos órdenes distintos de fenómenos con los cuales se relaciona el de las condiciones de equilibrio de las leyes del movimiento, abstracción, del tiempo, es decir que el fenómeno que se estudia, debe ser necesariamente instantáneo y el de las variaciones a que las fuerzas puedan dar lugar en diversos instantes sucesivos.

SOCIOLOGIA

DOMINIO, DIVISION, JERARQUIA, METODO

La concepción más grande de Comte es sin duda la de esta nueva ciencia presentida por los filósofos del siglo XVIII, a través de las brumas que anunciaban un nuevo día, pero la gloria de constituirlo, de darle forma y nombre era reservada al genio inmortal de Montpellier.

El fruto de esta última elaboración ha sido una idea trascendental que hoy flota en el ambiente de las más modestas aulas, como una verdad común: la sociedad, es un organismo en formación que siente, piensa y obra, que ejerce funciones de la vida vegetativa y de relación propias al individuo, como éste, sujeta a la acción de los tres factores: físico, antropológico, social y político. A esta semejanza se debe la denominación que los positivistas le han dado de *Gran ser*, ser que nace, crece, produce y aun muere, evolucionando en su todo o en sus partes, como han evolucionado y siguen evolucionando sus elementos desde los trotistas hasta el hombre civilizado. La humanidad puede considerarse hoy en el reino de las sociedades como una medusa de gigantescas proporciones.

Comte, es cierto, ha tenido sus precursores: Vico, Pascal, Herder, Condorcet.

Comte, es cierto, no ha hecho una obra perfecta y la Sociología, que la están elaborando los Darwin, los Spencer y los Lombroso, es, como dice Lefevre, una ciencia abierta cuyas leyes concluirá de formular el último hombre; pero la concepción es suya, él echó las bases, él indicó el método, él le dio un lugar, él le dio un nombre, el estableció la relación de sus fenómenos con los demás del mundo y él, una vez más, confirmó la unidad del Universo. Comte, que diferentemente del filósofo inglés, no solamente explica las condiciones del presente sino determina también las del futuro, no necesitó de Darwin para que su vista escudriñara, penetrara los arcanos de la evolución continua, del progreso que se detendrá, sólo cuando se detenga el movimiento. Esta evolución, al dirigirse a un punto determinado, se manifiesta por tres hechos que constituyen tres estados tanto en el orden intelectual de la persona como en el objetivo y psicológico de la Humanidad: *el teológico o el de la fe dogmática; el metafísico o el de la duda escéptica; el positivo o el de la verdad demostrada*; esto, que constituye la ley de los tres estados es fundamental y todos los fenómenos humanos (costumbres, instituciones, gobiernos, religiones, arte, ciencia, literatura) pueden analizarse con ese reactivo que el gran filósofo ha puesto en manos de los investigadores de la verdad.

Estableciendo el principio de que los muertos gobiernan a los vivos, de que la experiencia del pasado guía la conducta del presente y prevé la del futuro, se entrega a la observación de los hechos históricos y practicando el método de la *filiación*, acumula los elementos con que construye luego su gran síntesis subjetiva. Había por consiguiente, material objetivo y a través de cuatro mil años de luchas y sacudimientos pudo ver un orden, pudo constatar una forma, pudo descubrir leyes, pudo desentrañar una ciencia.

La Sociología estudia la existencia del conjunto humano; las leyes naturales que rigen los fenómenos políticos, explican la evolución.

Lo dicho sugiere naturalmente, su división en *estática* y *dinámica*, la primera que trata la Anatomía del Gran ser; la segunda, su fisiología, usando los procedimientos, que para las demás hemos indicado, junto con el que le es propio.

“La observación directa, el material concreto, toda clase de documentos que la historia de los pueblos ha recogido, los conocimientos geográficos y etnológicos, forman el substrátum indispensable de sus concepciones”.

Inútil sería detenernos para justificar el lugar que ocupa en el cuadro de las jerarquías, cuando sin las nociones que puede suministrarlos la Biología, cuando sin conocer la Naturaleza Humana, trabajaríamos sobre un terreno completamente desconocido y nos expondríamos a cometer los más peligrosos errores que evitan el estudio de la Botánica, de la Zoología, de la Anatomía comparada, de la Psicología, de la Antropología, en fin, con tanta más razón cuanto que los naturalistas han constatado hoy el paralelismo de dos evoluciones; la del individuo con la de la Humanidad.

La mente elabora materiales y sólo con ellos puede construir: los adquiere, analizando con el ejercicio de la investigación, los elementos del gran complexus: el individuo, la familia, el lenguaje, la propiedad, el gobierno, las industrias, la religión.

Sin duda, en todos los tiempos, la gran cuestión social ha sido la económica, causa ingénita del ataque y la defensa, de donde se derivan todas las manifestaciones del mundo viviente cuyo resultado palpable es el progreso, la diferenciación constante, la complicación cada vez mayor, de las formas y los movimientos. Los historiadores y políticos por lo común, apreciando erróneamente los hechos, han atribuido un falso origen a la lucha y se han dedicado a corregir los males aplicando remedios que no pasaron nunca de simples paliativos, de calmantes temporarios. El positivismo, penetrando con su lógica las entrañas del problema, descubre el *primum movens* del gran organismo y lo aborda antes de entrar en consideraciones sobre lo que no puede ser sino un efecto del desarrollo, de la alimentación continua. La sociedad como el hombre, se nutre primero, trata de conservarse después y luego produce.

Los programas políticos, v. g. de la República Argentina, fallan por su base: de todo tratan menos de lo que afecta directamente la vida del pueblo, de lo único que puede servir de bandera, el problema fundamental de la existencia, que impelen con frecuencia a la revolución, porque los éxodos y saqueos, siembran la miseria por todas partes y cubren de llagas a la especie.

Siendo el interés, la falta de equilibrio entre el que trabaja y el que consume, la única causa de la guerra, Comte cree posible un estado de paz y bienestar y se funda en tres principios: 1º el mejoramiento continuo de la raza que elimina los malos elementos; 2º Que todo individuo puede producir más de lo que consume y 3º Que los productos pueden durar más tiempo de lo que se necesita para reemplazarlos.

“Son estas disposiciones fundamentales que permiten la formación del *capital*, es decir acumular el excedente de lo que se produce, para transmitirlo a las generaciones futuras, lo que permite a la sociedad, dispensar de la producción inmediata, a algunos de sus miembros, lo que favorece el advenimiento de la clase contemplativa, dedicada a la cultura de la inteligencia”.

El capital debe ser de naturaleza esencialmente comunista y llenar un destino social asegurando la independencia a los gremios, al individuo de esos gremios que constituye la célula y constituye los órganos de la gran Medusa. La propiedad individual es un peligro para la existencia del hombre y un obstáculo al cumplimiento de su misión.

El trabajo puede encuadrarse en el marco de estas dos fórmulas:

La *generación* actual recibe de las *generaciones* pasadas, para satisfacer sus necesidades, un capital que debe aumentar y transmitir a las futuras. La riqueza, social en su origen, debe también serla en su aplicación. La sociología, establece de este modo, que no es un derecho divino, ni

metafísico; que de carácter relativo, es un factor completamente común, al servicio del interés general o del bien público (Política Positiva—tomo II).

Resuelto el punto más escabroso de la vida, la satisfacción del *instinto nutritivo del gran ser*, penetra Comte, con su admirable lógica, el problema de la propagación de la especie, el *instinto sexual* de la Medusa. La aproximación del hombre y la mujer, es el principio fundamental de este inmenso organismo y el desarrollo de un sentimiento más elevado que el sexual; la simpatía materna, sirve de base al primer ensayo de agrupación, que se denomina familia y que surgida de la promiscuidad se eleva hasta la forma de monogamia de la cual nacen las aptitudes más nobles de nuestra especie que vienen a consolidar la primitiva unión ya no con un objeto procreatriz solamente, sino de mutuo perfeccionamiento por la armonía entre el hombre que representa la fuerza y la mujer la afección. Facilita esta afinidad, el lenguaje, medio indispensable de comunicación para cultivar los sentimientos y las aptitudes cuyo ejercicio asegura el éxito en las operaciones económicas de la vida.

El ansia de perfeccionamiento, las necesidades guerreras e industriales de individuos cuyos deseos jamás se encuentran colmados, empujan espontáneamente a la asociación en familias, para fines defensivos, comerciales o de beneficencia.

Estas asociaciones necesitan dividir sus fuerzas, ordenar la actividad, organizar el trabajo, la reacción, en fin, de un centro que denominamos gobierno y que como el cerebro, asegura al cuerpo la estabilidad de sus principales funciones, evitando el concurso ruinoso, la emulación aniquilante, la lucha por el trabajo, mediante la distribución acertada de las grandes funciones y la justa recompensa a la fatiga.

De este modo el positivismo echa las bases de la cooperación universal, de la constitución gremial, de la armonía entre los órganos destinados a mantener íntegro un inmenso ser. Así como en el hombre, el corazón preside los fenómenos de la circulación, la médula los del movimiento, el estómago los de la digestión, los pulmones, los de la purificación de la sangre, así también en la sociedad, cada gremio tendrá una cabeza directora y encargada de relacionarlo con los demás a fin de proveer a la existencia del conjunto estimulada espiritualmente por el sacerdocio, único que caracterizaría la República universal.

La organización en naciones, es puramente transitoria y está destinada a desaparecer. Es necesario concebir a nuestra especie, a la humanidad, constituida de la misma manera que cada uno de los individuos que la componen, dirigida por los sentimientos, alumbrada por la inteligencia y sostenida por la actividad: por la mujer, el sacerdocio y los industriales o prácticos.

El positivismo suprime la multiplicidad de funciones en manos de un solo individuo y crea especialidades para cada una: quien explota una industria no puede a la vez ser gobernante político.

El capital pertenece a la asociación industrial que mantiene a la mujer y al sacerdocio, quienes para ejercer ascendente afectivo e intelectual renuncian a los intereses materiales.

Para el beneficiamiento y explotación instituye Comte, el patriciado o poder administrador y el proletariado o poder productor, indispensables a la buena marcha de cada gremio. Entiéndase que siendo la propiedad, común, no hay desheredados; los nombres sólo indican funciones dentro de una colectividad, división de trabajo para mejorar los efectos y asegurar los resultados.

Los elementos de la asociación humana son, pues, la mujer o influencia moral; el sacerdocio o influencia intelectual (universal); el patriciado o potencia material administrativa y el proletariado o potencia productora (parcial).

La sociedad, bajo la acción del medio ambiente, como el hombre, hereda, se adapta, cambia, evoluciona en el sentido siempre de la perfección, porque donde hay movimiento hay progreso y una forma origina siempre otra más compleja, nunca más simple.

Comte ha señalado tres estados en esta marcha helicoidal de la muchedumbre humana, que representan, a su vez, el dominio sucesivo de tres fases del espíritu: primero la de los instintos; segundo la de la razón pura y tercero la de la actividad científica e industrial.

El estado teológico del gran ser es propio de su infancia y se manifiesta fetichista al principio, politeísta luego y por fin monoteísta.

En la dinámica o evolución de la colectividad humana se notan dos hechos: la lentitud y la constancia del movimiento, aunque las revoluciones aparentan precipitarlo, y la Gran Medusa formando órganos más y más complicados, va cambiando poco a poco de forma hasta que se asemejará a alguno de esos seres con que la creación nos deja a cada momento maravillados.

26

JOSE GIL FORTOUL
(Venezuela)

*FILOSOFIA CONSTITUCIONAL (Capítulo) **

I

Dos sistemas: el sistema teológico, encarnado para el mundo occidental en la mitología judaico-cristiana, y el sistema racionalista, especie de tran-

* Publicado en 1906.

sacción entre la teología y la ciencia, han querido explicar el origen de las sociedades humanas, no buscando su base en la observación directa del hombre individual y del hombre colectivo cuando apenas empiezan a desarrollarse aquellas necesidades que originan instituciones permanentes, sino amoldando el hombre real a un ente metafísico forjado previamente por la fantasía.

El sistema teológico, principiando por el mito del paraíso, considera como origen de las sociedades las relaciones entre los dos seres primitivos, y como origen del gobierno el poder que desde el primer día tuvo el hombre sobre la mujer. Y como ve a los dos seres primitivos en estado de perfección y bajo la influencia directa del Creador, da a la sociedad un origen divino y le fija como objeto el cumplimiento de leyes providenciales.

El sistema racionalista, si bien no da esencial importancia al origen divino del hombre, cae en el mismo error disfrazando la influencia directa del Creador bajo la influencia de otro mito llamado la Naturaleza. Considera también al hombre primitivo como ente perfecto que en el transcurso de los siglos ha venido degenerando de todas las excelencias originales; y aun cuando no vea en el pacto social un fenómeno absolutamente consciente, sino más bien una resultante de convenciones tácitas, coincide con el sistema teológico en la imposibilidad de explicar el progreso.

Una vez aplicado el método de observación al hombre y a los grupos étnicos, los sistemas expuestos, simples esfuerzos ideológicos, han pasado a archivarse en la historia de las aberraciones del espíritu. Si el hombre no es más que una forma, siquiera la menos imperfecta hoy, en la escala animal, está sometido, como los otros seres, a las leyes naturales; y de consiguiente, en la esfera científica no pueden tener valor alguno ni los mitos teológicos en cuanto a la creación, ni las paradojas de Rousseau y su escuela en lo referente al pacto social, ni las brillantes síntesis poéticas a la manera del discurso de Bossuet sobre la historia universal.

II

La perfección del hombre es perfección de grado y no de esencia. Lo mismo las manifestaciones psíquicas que las organizaciones sociales tienen su génesis en grupos de animales anteriores al hombre. La simpatía, el amor maternal, la previsión, hasta el sentimiento de religiosidad de donde los metafísicos han pretendido deducir una característica del hombre, son sentimientos que encontramos esbozados en organismos que nacieron y empezaron a desarrollarse en remotos períodos de la evolución zoológica; e igual cosa sucede con las variadas y complejas manifestaciones étnicas.

Considerada la familia como conjunto de las relaciones entre los padres, entre éstos y los hijos, y entre los últimos, ella no establece ninguna diferencia esencial entre el hombre y los animales anteriores. Los dos tipos principales de la familia humana: el patriarcado y el matriarcado, y además, todas nuestras formas de unión sexual, desde la promiscuidad hasta la monogamia, los encontramos realizados en la escala animal. Las abejas y hormigas viven en una familia matriarcal: los epinoches, en una familia patriarcal. Casi todos los rapaces son monógamos. La unión conyugal del águila de cabeza blanca dura hasta la muerte de uno de los esposos. El macho y la hembra de los panuros viven tan íntimamente unidos, dice Brehm, que la muerte de uno causa fatalmente la muerte de su compañero. En los monos existe la misma diversidad de uniones sexuales que en el hombre —el *Macacus silenus* no tiene más que una hembra y le es fiel hasta su muerte—, ¡ideal del indisoluble matrimonio moderno! El *Gorila gina* forma pequeñas hordas dirigidas por un solo macho adulto, como sucede en los primeros rebaños de hombres.

La familia humana, bajo su aspecto patriarcal, es efecto de una larga evolución social. “Mucho antes, dice Letourneau, no sólo de la familia paterna, sino también de la familia materna que ordinariamente la precede, encontramos la ganga social de donde ambas han salido. Esta fuente verdaderamente primitiva es el *clan*, pequeño grupo consanguíneo donde el parentesco es todavía muy confuso. El padre no se desprende como personaje principal sobre el fondo del clan familiar, ni tiene siquiera existencia social reconocida en el pequeño grupo. En la unidad social primitiva, el padre fisiológico no tenía parentesco comprobado con sus hijos; las mujeres tenían varios maridos y los maridos varias mujeres: de suerte que los grados de parentesco no eran individuales, sino de clases de individuos. No distinguiéndose lo real y lo posible, la consanguinidad ficticia y la consanguinidad real, cada cual tenía grupos de padres, hermanos y hermanas”¹. Entre el clan étnico y el idilio del paraíso hay un abismo insondable.

Si se da el nombre de sociedad al agrupamiento de seres de una misma especie, en un medio dado, con una dirección reconocida y con propósitos de antemano determinados, esto sucede en la colmena de abejas, en el nido de hormigas y en la aldea de castores. El hombre primitivo no aparece nunca en tales organizaciones sociales. Como los lobos y los simios, el hombre primitivo vaga en rebaños, en lucha desesperada con los elementos de la naturaleza, con sus enemigos y con sus propias necesidades; sin más armas que las que en la misma lucha ha podido conseguir, sin otro aguijón que sus apetitos materiales, sin más ideal que el de encontrar cada día cómo adormecer su hambre y cada noche dónde dormir en seguro abrigo.

¹ Letourneau: *L'Evolution du Mariage et de la Famille*.

La etnografía y la prehistoria nos demuestran que el hombre civilizado es descendiente directo del hombre salvaje. Lo que hoy sucede en el papua, en el bosquimano, en el botocudo, sucedió de igual modo en las razas indoeuropeas cuando éstas pasaban por los primeros períodos de su evolución. La misma hacha de sílex, la misma habitación rudimentaria, el mismo monumento consagrado a los muertos o a los dioses, caracterizan a los antepasados de los griegos, egipcios y orientales, de igual suerte que caracterizan a los antepasados del hombre que se ha desarrollado en el occidente de Europa y en América, de igual suerte que caracterizan al hombre primitivo que habita hoy Australia y el interior de África.

III

Determinar en qué momento la última forma de los primates merece ya el calificativo de hombre es problema insoluble para el antropólogo, como lo es para el geólogo precisar dónde termina un terreno y empieza el que le sucede, y para el biólogo clasificar definitivamente las formas intermedias. La naturaleza no da saltos, decía Linneo. Todas las transformaciones vitales van verificándose por grados insensibles.

Los antropólogos escogen habitualmente un punto de partida convencional: el instante en que el hombre aparece dotado de la facultad de la palabra ².

“¿Cómo, se pregunta Haeckel, el hombre más pitecoideo ha salido del mono más antropomorfo? Este hecho evolutivo resultó principalmente de dos aptitudes del mono antropomorfo; a saber: la aptitud para la estación vertical y la aptitud para el lenguaje articulado. Estas dos importantes funciones fisiológicas coincidieron necesariamente con dos modificaciones morfológicas que les son conexas: la diferenciación, par a par, de las extremidades y la diferenciación de la laringe. Y a la vez, este perfeccionamiento orgánico debía necesariamente reaccionar sobre la diferenciación del cerebro y de las facultades intelectuales, que le son inherentes” ³.

La misma dificultad de clasificación encontramos al querer determinar el origen de la sociedad. La evolución de la sociedad es un aspecto especial de la evolución de la vida al través de las épocas de la evolución terrestre.

La asociación empieza desde los organismos microscópicos. Ejemplo de ello el *Myxodictium sociale*: las móneras asociadas se unen entre sí por medio de sus pseudopodios para formar una masa de seres que viven una vida

² El lenguaje tiene también su génesis en los animales inferiores. Muchas especies expresan diversos estados del ánimo. El *Cebus azarae*, del Paraguay, puede emitir hasta seis sonidos distintos que despiertan en los otros simios sensaciones correspondientes. (Darwin: *The Descent of Man*). El perro, una vez domesticado, ha aprendido a ladrar por lo menos en cinco o seis modos diversos, que corresponden a otros tantos estados del ánimo. (Darwin: *Variation of Animals and Plants under Domestication*).

³ Haeckel: *Generelle Morphologie der organismen*.

común, sin ninguna especialización de funciones. En el pólipo hidrario, asociación de varias hidras unidas sobre un pedículo común, los elementos se especializan y tomando formas adecuadas, los unos para pescar, los otros para digerir y los otros para reproducirse. El polimorfismo funcional continúa desarrollándose lentamente hasta llegar a la admirable organización de las sociedades de hormigas y abejas.

¿Qué fuerza origina estos cambios sucesivos en la manera de agruparse los organismos? “Así como el químico explica, dice el doctor Bordier, todas las combinaciones de los cuerpos por la acción de una fuerza llamada afinidad, asimismo la tendencia de todos los seres vivos, incluso el hombre, al entrar en una serie evolutiva de combinaciones sociales más y más avanzadas, puede explicarse por una afinidad especial que toma aquí el nombre de sociabilidad”⁴.

La afinidad social es resultante al propio tiempo del medio físico y biológico, de la lucha por la existencia y de la selección natural. La evolución social es tanto más rápida cuanto más favorable son las condiciones internas y externas en que vive la raza. Los fueganos, bosquimanos, botocudos, etc., permanecen en el estado más imperfecto, en la fase nutritiva de las sociedades. Su capacidad craneal no pasa en las mujeres, según las observaciones de Quatrefages y Hamy, de 1.215 centímetros cúbicos, y el peso de su cerebro sólo alcanza un término medio de 974 gramos, datos que los ponen casi en contacto con los monos antropomorfos. Como otros animales salvajes, son esencialmente pantófaos: comen lo que pueden y lo que encuentran. Sus únicos principios de gobierno son la fuerza y la astucia; su inteligencia es incapaz de toda concepción abstracta, de toda clasificación moral.

Del estado anárquico primitivo los grupos humanos se elevan por grados sucesivos, pasando por los estados despótico, teocrático, monárquico, hasta llegar al estado constitucional. Desde aquel envilecimiento hasta la cima de la civilización, dice Buckle, hay una larga serie de grados consecutivos, en cada uno de los cuales se desprende algo del imperio de la fuerza para entrar en la autoridad del pensamiento.

IV

El primer esbozo de la sociedad humana es el rebaño, del mismo modo que en los demás mamíferos. Los individuos que viven en una localidad se unen con fines muy determinados y efímeros; por ejemplo, para hacer juntos una caza, una emigración o una guerra. El rebaño es siempre temporal. Su duración depende de la necesidad ocasional que lo origina⁵.

Las necesidades ocasionales hacen el instinto social. Como el hombre obra siempre, sobre todo el hombre salvaje, empujado por el egoísmo indi-

⁴ A. Bordier: *La Vie des Sociétés*.

⁵ Análogas asociaciones temporales observamos en otros animales. El lobo de las praderas, *Canis latrans*, se asocia a veinte o treinta de sus semejantes para vencer a un ciervo o a un búfalo. Las aves de paso se asocian para hacer sus migraciones.

vidual, los agrupamientos efímeros van acostumbrándose a unir sus fuerzas con las de sus semejantes, para conseguir mayores comodidades en la vida y más segura protección contra sus enemigos.

La persistencia del rebaño da origen a la tribu, anárquica, aristocrática o monárquica, la cual, si bien no puede siempre diferenciarse esencialmente del rebaño, presenta ciertos caracteres peculiares que la distinguen como un progreso. La tribu vive fija en un territorio o peregrina continuamente, ora combatiendo con las tribus enemigas, ora buscando otro territorio más favorable. Los individuos que la componen están unidos por lazos permanentes, sobre todo el parentesco, ya sea real, ya ficticio como en el clan familiar. El gobierno conserva su esencia despótica, siquiera principie ya a aparecer cierta división de poderes. Para emprender una guerra o una emigración, los ancianos de la tribu, guardadores del tesoro de la experiencia, y los guerreros más afamados, que representan las fuerzas vivas del grupo, deliberan sobre la utilidad de la empresa y medios más eficaces de practicarlas, constituyendo así un embrión de poder legislativo. El jefe supremo, a quien obedece la tribu en sus guerras o viajes, representa ya el poder ejecutivo.

Cuando la tribu se fija en un territorio, construye habitaciones, se dedica a una actividad constante y reproductora, ya sea la pesca o la caza, ya sea la cría de animales útiles o el cultivo de la tierra, según el medio físico en que vive; y además, se fijan por la costumbre y la herencia las relaciones de los individuos entre sí y con sus jefes, relaciones que son el origen de las leyes, la sociedad, con su conjunto de instituciones generalmente aceptadas, se eleva a la categoría de Estado.

El desarrollo de los Estados se verifica en plena civilización cuando se han constituido las nacionalidades, esas grandes armonías de los intereses humanos, análogas en la sociología a lo que son las razas en la antropología.

En el rebaño domina la necesidad del momento; en la tribu se fija el lazo de parentesco; el Estado se constituye por la unidad de territorio y la analogía de instituciones; la nacionalidad se caracteriza por la comunidad de historia y la armonía de tendencias intelectuales y morales.

V

Así como en las sociedades primitivas todas las funciones se ejercen a la vez por todos los individuos, en el gobierno primitivo todos los poderes están unidos en un solo individuo. Los revolucionarios de 1893 declaraban solemnemente que "el gobierno es instituido para garantizar al hombre el goce de sus derechos naturales e imprescriptibles". La etnografía y la historia nos revelan como únicas bases originales del gobierno la necesidad y la fuerza. La forma primitiva del gobierno es el despotismo absoluto.

Las funciones sociales empiezan a especializarse cuando la vida en conjunto se complica de tal suerte que todos los individuos no pueden dedicarse al propio tiempo a la misma actividad y cuando los progresos de la ciencia, el arte y la industria fundan la libertad del trabajo y la relativa independencia de las corporaciones. En este estado el gobierno no puede ser unipersonal, tanto por la imposibilidad material de que una sola persona aprecie y resuelva todos los problemas referentes a los intereses públicos, como porque la civilización política consiste en someter la acción del gobierno a la resultante de los intereses y voluntades individuales. Cada función gubernamental es designada entonces a los que mejor pueden ejercerla. La función legislativa se reconcentra en una o varias corporaciones, la función ejecutiva en uno o varios individuos y la función judicial en tribunales creados con el solo fin de ejercerla. Cuando los ciudadanos han llegado a la plenitud de sus derechos en sus relaciones con el Estado y el gobierno, formas políticas de la sociedad, las tres funciones se especializan aún más y nacen directamente de la función madre: la función electoral.

27

MARIANO H. CORNEJO
(Perú)

*LA SOLIDARIDAD, SINTESIS DEL FENOMENO SOCIAL **

He creído que el alto honor de haber sido aceptado como asociado del Instituto Internacional de Sociología, exigía de mí que tomase una pequeña parte en la labor de su Congreso. No pudiendo darle otro mérito, he dado el de la brevedad a mi trabajo.

I. El tema propuesto tiene el inconveniente y la ventaja de ser demasiado vasto porque concentra en realidad toda la Sociología. Por esto sólo puede ser tratado o en uno de sus aspectos o bajo un punto de vista general y sintético. He elegido la segunda forma, dejando los estudios especiales para más altas competencias.

Precisamente el carácter sociológico de los fenómenos se deriva de sus relaciones con la solidaridad, que en su acepción general es la conciencia que tiene el individuo de que forma parte de un todo, al cual está unido por afectos más o menos intensos y por intereses más o menos manifiestos.

La limitación de nuestros sentidos, que apenas nos permite percibir los procesos en ciertos momentos decisivos, nos ha impuesto la noción de

* Trabajo presentado en el Congreso Internacional de Sociología reunido en Berna en julio de 1909.

que la realidad tiene dos formas, una pasiva y otra activa. Para explicarse esta diferencia, recurrió la conciencia primitiva a los demonios y a los dioses. La ciencia los ha sustituido con el nombre impersonal de *fuerzas*, que designan las causas perpetuamente desconocidas de la actividad universal.

Aparte del número infinito de fuerzas especiales que se crean según las necesidades que la explicación de los fenómenos impone, hay fuerzas principales, especie de dioses mayores, que presiden a un orden general de fenómenos y a los cuales atribuimos su segregación de la homogeneidad o por lo menos de la indiferenciación que suponemos en el todo.

Con la hipótesis de la atracción y de la gravedad, pretendemos explicar el mecanismo sideral; con la afinidad, la unidad de las moléculas, y con la cohesión, la unidad de las masas; llamamos vida, a las relaciones que mantienen la coordinación de cierta especie de agregados; conciencia, a las conexiones que ligan a los fenómenos psíquicos en un organismo, y por fin, solidaridad, a la fuerza que une a los miembros de un grupo.

La gravedad, la cohesión, la afinidad, la vida, se derivan de propiedades de la materia en general; la conciencia y la solidaridad, de propiedades especiales del sistema nervioso; unas y otras son inexplicables en su naturaleza y origen, como todas las propiedades de las cosas.

La relación que une la sensación al movimiento reflejo, o sea la conexión original entre el proceso nervioso y el proceso muscular, no es esencialmente diversa de las relaciones y conexiones entre varias conciencias, originadas por la convivencia dentro de un grupo o círculo social. Lo mismo el egoísmo, el sentimiento de sí mismo, que la simpatía, el sentimiento de los otros, junto con los conceptos que los acompañan, no son sino especialización de las reacciones generales que adaptan la vida al medio para conservarla y propagarla. La supuesta prioridad del egoísmo sobre la simpatía sólo se funda en que aquélla es la explicación más común de los actos humanos.

Para explicar el movimiento y la acción, resulta tan fundada la suposición de dos principios, grata al análisis, como la hipótesis de un solo principio, grata a la síntesis.

La solidaridad es egoísmo en el grupo y altruismo o simpatía en el individuo; así como la vida es egoísmo en el animal y concurso en la célula o en el órgano; como la cohesión es fuerza centrípeta en el cuerpo y centrífuga en la molécula. Pero al mismo tiempo la resistencia que oponen los cuerpos a la compresión no puede ser diversa de la que oponen a la separación de sus partes; en la vida del protozoo se confunde la nutrición con la propagación por escisiparidad. Lo mismo la simpatía, el principio moral que lleva al individuo hasta el sacrificio en bien del grupo, no ha encontrado otra explicación que el interés exclusivo del individuo, a pesar de la contradicción de establecer el egoísmo como base del altruismo, cuando los modos de sentir y pensar en favor de *otro*, se desenvuelven

a expensas de los instintos puramente individuales y mantienen con ellos una constante oposición.

La solidaridad se distingue del principio puramente moral y altruista, porque es un mixto de egoísmo y simpatía. Es simpatía por el grupo, pero incluyendo el interés propio; es amor de sí mismo, pero dentro del todo. Se le puede considerar lo mismo producto complejo de los dos sentimientos que fuente original de que se deriva el egoísmo puramente individual y el altruismo puramente social. De las dos hipótesis de un dualismo o de un monismo original, que trascienda hasta la conciencia humana, ninguna tiene título bastante para excluir a la otra. Parece, sin embargo, más en armonía con la experiencia psicológica y con los datos etnológicos, que si el hombre nunca vivió aislado, la primera forma de su egoísmo y de su altruismo fuese la solidaridad. Un cierto grado de solidaridad existe en todas las especies animales, que tienen diferenciados los sexos, y los grupos que parecen más primitivos tienen costumbres, en lo que se refiere a las relaciones de sus miembros, relativamente suaves. La ausencia de solidaridad en el grupo primitivo es inconcebible desde que el instinto de protección es fatal en las especies con débiles medios naturales de defensa como la especie humana. Podemos, pues, decir que la solidaridad es tan antigua como sus componentes, el egoísmo y la simpatía, y que la evolución de la vida colectiva sobrepone según sus condiciones uno u otro sentimiento.

La solidaridad es un sentimiento y un concepto; una inclinación afectiva hacia el grupo, y, a la vez, una idea de su personalidad, de su utilidad y de su superioridad. El altruismo prescinde de esta última concepción del *todo*, en el cual se incluye el propio interés. En los primeros grados de la vida social predomina la forma sentimental de la solidaridad, y la forma conceptual, en los últimos. Como sentimiento, está sujeto al proceso de intensidad; como concepto, al proceso de extensión. Gracias al equilibrio necesario de todas las fuerzas existe una proporción inversa entre la intensidad y la extensión de la solidaridad. En un grupo pequeño, en que son simples los intereses, es mayor la intensidad del sentimiento solidario. En un grupo extenso, en que son muy complejas las relaciones, el sentimiento se debilita; pero el concepto se esclarece.

En su calidad de sentimiento, la solidaridad es una forma de la adaptación del individuo al medio social. Los mismos procesos que produce la adaptación orgánica, se reproducen en la adaptación social. Hay una acción directa como la descrita por Lamarck, mediante la cual la sociedad crea tendencias y hábitos y modos de ser que vinculan al individuo con su grupo. Hay una acción indirecta, como la selección de Darwin, que elimina a quienes resisten a las condiciones impuestas por la convivencia. El grupo, por su parte, mediante esos dos procesos internos, reacciona con relación a los otros grupos, conservando sus tradiciones y sus condiciones peculiares en un proceso semejante al descubierto por Quinton. Precisamente esta igualdad de condiciones, que nos presenta a la solidaridad como un grado de adaptación de la vida colectiva a las exigencias del medio, hace

suponer su precedencia en las sociedades humanas sobre el simple egoísmo individual, que llega hasta devorar los propios hijos, y el ideal moral, que sacrifica al individuo en beneficio exclusivo de otro.

En su condición de concepto, la solidaridad constituye la conciencia de la especie; es la noción de las ideas y de los intereses que son comunes, de la semejanza que existe entre los miembros de un mismo grupo.

Si en su naturaleza de fuerza la solidaridad no puede ser explicada, pueden ser conocidos los elementos que la desenvuelven y las relaciones que determina. Estos elementos y relaciones son exactamente los mismos que nos presenta el fenómeno social.

Los elementos físicos de la solidaridad se derivan de las relaciones entre el territorio, la población y los medios de comunicación. Un grupo social de número reducido se disuelve en un territorio extenso o muy accidentado, a no ser que los medios de comunicación mantengan el contacto. Los factores físicos en general determinan la extensión de la solidaridad. El territorio es un vínculo permanente de solidaridad. Lejos de la tierra natal, la intensidad del afecto entre paisanos crece. Este vínculo se manifiesta sobre todo dentro de la comunidad nacional; porque en el extranjero predomina el lazo político.

Los factores biológicos, la raza y la herencia, que tienden a la unidad orgánica, se relacionan con la intensidad del sentimiento solidario; pero sus efectos para manifestarse requieren del concurso de otros intereses nacidos de la vida común.

Tratándose de los factores propiamente sociales, yo los he dividido en dos grupos, uno formado por las fuerzas generales de asimilación y diferenciación que obran en el proceso social, y otro, por los elementos psíquicos que se manifiestan en un orden coordinado y sistemático. En la primera sección he incluido como fuerzas de asimilación a la imitación y a la educación, y como fuerzas de diferenciación a la división del trabajo y a la lucha de grupos. En la segunda he considerado los productos de la psicología colectiva, el lenguaje, el mito y la moral.

Todos estos factores son sociales precisamente por su acción sobre la solidaridad de los grupos. La imitación y la educación tienen un efecto extensivo, transmitiendo ideas y modos de acción, dilatan el sentimiento solidario a un número cada vez mayor de individuos y grupos. La división del trabajo que aumenta los intereses especiales que separan las profesiones y la lucha de grupos que los diferencia y los opone, influyen sobre la intensidad del sentimiento que une al individuo con el grupo, dentro del cual actúa su profesión o círculo. El trabajo especializado no se concibe sin el cambio, y el cambio vincula la subsistencia individual a la actividad del grupo entero. Lo mismo la lucha estimula por una reacción del odio al enemigo, el amor a la propia comunidad. Precisamente la personalidad de los grupos primitivos y los Estados modernos se crea en la guerra. Todavía en los últimos tiempos hemos visto por ese medio definirse la unidad del Imperio alemán. Los intereses económicos, traducidos por la

economía nacional, son el factor más poderoso del espíritu solidario en la nacionalidad americana y en la Commonwealth de Australia. Pero el grupo profesional cuando se desenvuelve establece una solidaridad de intereses o fines que tiende a sobreponerse a la misma solidaridad nacional, como lo revelan las asociaciones internacionales de obreros y capitalistas, de artistas y sabios.

Entre los factores psíquicos, el lenguaje representa los conceptos, el mito los sentimientos, y la moral las voliciones del alma social. Todos tres forman elementos intensivos y extensivos del sentimiento y del concepto solidario. El lenguaje revela las conexiones conceptuales que se forman en un grupo, y en este sentido no concebimos sin él la solidaridad social, que tiene por base la comunicación de las conciencias. La lengua representa la unidad moral que sobrevive a la unidad material; guarda toda la historia del espíritu de un pueblo aun después que éste desaparece. La unidad política es siempre artificial, mientras no llega a la unidad de lengua como lo demuestra el Imperio austro-húngaro.

El mito favorece sobre todo la intensidad del sentimiento, y en este sentido su eficacia, decisiva hasta los últimos tiempos, ha disminuido grandemente con la primacía de la solidaridad, concepto cuya complejidad excluye la simplicidad absorbente de la comunidad cultural. La primera forma en que el grupo se sobrepone a la unidad puramente biológica es la sociedad cultural. Los dioses determinan la unidad de los primeros grupos. Parece indudable que las religiones que simbolizan la unidad nacional en un solo Dios tienen más fuerza solidaria que las que disuelven sus elementos en un Consejo de dioses. "El Dios que libró a Israel de Egipto" mantiene hasta ahora la unidad de un pueblo que ha sobrevivido a la desaparición de su unidad tópica. El islamismo ha logrado constituir y conservar grandes unidades sociales. El democrático consejo de dioses helénicos no pudo resistir al imperialismo de los dioses únicos. La solidaridad religiosa forma agrupaciones que vencen las fronteras, y si no llega a sobreponerse a las unidades políticas, es porque sus efectos se derivan más del sentimiento que del concepto y porque en el mundo moderno chocan con la acción de otros círculos, en especial de los profesionales.

La moral comienza por actos necesariamente repetidos que se cristalizan en las costumbres; pero que pronto se unen al concepto del bien del grupo, y en ese grado llega a confundirse con la solidaridad. El idealismo moral que se eleva sobre el concepto solidario es, como concepto filosófico, un producto individual, y como sentimiento, un estímulo que combate el egoísmo animal, y cuyos efectos, en vez de traducirse en abnegaciones de puro altruismo, sólo alcanzan, en lo general, actos solidarios. Pero si el ideal moral puede subsistir independiente, aunque sólo sea en la región de las ideas, la sanción social, la única eficaz, está unida al interés de la comunidad, a la solidaridad, que llama inmoral lo que daña a todos; lo que viola la costumbre y atenta contra la unidad moral del grupo.

La moral tiene la más alta de sus derivaciones en el derecho, en aquella parte de sus prescripciones definidas y garantizadas por el Estado. El derecho es la expresión más perfecta del concepto solidario. Define y defiende las condiciones de la existencia de los grupos, y dentro de ellos, las relaciones de sus miembros; exterioriza la idea que de la vida social se forma cada época. El derecho individual crea la propiedad que solidariza los medios de subsistencia, y la represión que solidariza la personalidad; mientras el derecho social define la coordinación de los grupos.

La propiedad es la objetivación, la materialización del concepto solidario. La propiedad, como institución social, está constituida, no por los sentimientos del propietario en relación a la cosa, sino por los sentimientos de la comunidad que reconoce y respeta la propiedad, lo que supone un gran desenvolvimiento del concepto solidario, que no se limita como el sentimiento a los efectos inmediatos, sino a las consecuencias lejanas. La propiedad, creada por la fuerza, se mantiene porque resulta útil para la comunidad que la sanciona con sus costumbres primero, y después con sus leyes. Entonces la propiedad tiene por límites la extensión del grupo. El extranjero puede ser despojado y la guerra tiene ese objeto. Cuando el concepto solidario se extiende a la especie entera, se respeta la propiedad universal. Por eso en una sociedad en que existe la propiedad individual, la solidaridad es más extensa que en una sociedad comunista. Puede entre los comuneros ser más intenso el sentimiento solidario, pero está limitado forzosamente en su extensión. Así se explica que las sociedades, habiendo progresado en solidaridad, hayan pasado de la propiedad colectiva a la individual. Esto no quiere decir que la individualización haya de extenderse a todas las cosas. El concepto claro de la solidaridad conciliará en el porvenir ambas formas.

Lo mismo la represión penal sobre los individuos y la defensa de los grupos es una forma directa del concepto solidario. La venganza está inspirada por el sentimiento; pero el castigo o la corrección nace de la idea. El mismo efecto moderador que el concepto solidario ejerce sobre la venganza individual, se extiende también a la lucha de grupos, a la guerra. La coordinación de todos los intereses con sus derechos y sanciones, será la expresión decisiva de la solidaridad de la especie.

El fenómeno social, así como se revela en fuerzas generales de asimilación y diferenciación y en elementos psíquicos, también se coordina y se limita en formas, o sea en agregados concretos. Las formas generales de la solidaridad son la familia y el Estado. Las asociaciones son sus formas especiales.

En la familia, en el grupo biológico, la solidaridad es, ante todo, un sentimiento, un instinto de protección. El amor materno es tan mecánico como el descenso de la leche. El padre protege a la mujer y al niño, como consecuencia del instinto sexual. En este grupo el lazo principal de unión está constituido por la comunidad e identidad de los sentimientos. Por

eso la solidaridad familiar se desarrolla en una dirección intensiva hacia la raza y hacia la especie humana.

En el Estado la solidaridad es un concepto. El Estado es una unidad demasiado extensa para que el sentimiento específico sea suficiente. El vínculo solidario del Estado se deriva de la fuerza y de los intereses económicos. La solidaridad del Estado no subsiste sin el elemento coercitivo, que se manifiesta en la obligación de ciertos servicios prestados a la comunidad, y en el interés económico, que se traduce en la economía nacional. Es preciso una serie de ideas y de hechos como la comunidad de la lengua, la unidad de territorio, de religión, de costumbres y de gobierno, y sobre todo la comunidad de tradiciones, que ligan en el tiempo al grupo humano, para que la solidaridad política del Estado se convierta en la solidaridad integral de la Nación.

El desarrollo del concepto solidario guiado sobre todo por el interés, toma en el Estado una dirección extensiva, distinta de la solidaridad sentimental. Así como ha unido los pequeños grupos en las grandes nacionalidades, está destinada a establecer los vínculos del derecho en la sociedad internacional, cuando coincida con la solidaridad intensiva que liga a la familia humana.

Aparte de las dos grandes formas generales en que se expresa la solidaridad: la familia y el Estado, todos los fines particulares, en un grado de alta cultura, se traducen en asociaciones que crean vínculos especiales. Ese desenvolvimiento de la asociación es progresivo. Comenzada con las sociedades culturales, continuada con las asociaciones territoriales y profesionales, comprende todos los fines de la vida, desde la ciencia hasta el placer.

El número creciente de asociaciones tiene un resultado que en cierto modo se opone al principio mismo del sentimiento solidario, cuya tendencia es sobreponer el amor del grupo sobre el egoísmo, porque la supremacía del grupo está en razón inversa con el número de asociaciones a que pertenece un mismo individuo. Comprendido éste en una sola asociación, es por completo absorbido por ella. Por eso cuando la familia, la asociación política, religiosa y profesional constituyen una sola unidad en el clan, no existe la individualidad. Dentro de una sola unidad, el individuo es la célula de un organismo: piensa, existe, siente y obra con su grupo; no puede vivir fuera de él. La separación de la familia de la sociedad política y más tarde de la religión y de la profesión, oponiendo los deberes anexos a esos círculos, desenvuelven la individualidad que llega a su plenitud con la multitud de asociaciones que hace nacer la cultura. En medio de todas ellas crece la personalidad del individuo que, lejos de ser absorbido por ninguna, las toma como medio de los fines propios que persigue.

De este modo en la relatividad humana, así como el egoísmo biológico está limitado por el sentimiento solidario, a su vez el pleno desenvolvimiento de la tendencia solidaria fortifica la individualidad. El ejemplo más saliente de este resultado es la democracia americana. En ningún pueblo abun-

dan tanto las asociaciones, y en ninguno es tan fuerte la individualidad. Pero ese crecimiento de la individualidad no debilita al Estado como creyó Spencer, sino que cambia la naturaleza de su actividad, extendiéndola de los individuos a las asociaciones, de cuyas competencias y oposiciones se deriva la necesidad de una intervención directa.

La vida en general podría definirse como un equilibrio constante entre las fuerzas de conservación y propagación, que se influyen mutuamente. Ese mecanismo, a través de todos los grados de la vida y de la sociedad, despierta emociones egoístas y altruistas, cuya síntesis social son los conceptos de libertad y solidaridad que se limitan recíprocamente. Cuando la solidaridad sentimiento y concepto llegue a abrazar a toda la humanidad, y a considerar dentro de ese fin supremo como medios las demás asociaciones, entonces la vida social habrá alcanzado la fórmula del equilibrio más alto entre el individuo y la especie. La evolución social nacida del grupo biológico, de la familia, terminará con la socialización de la especie entera. El derecho, o sea la solidaridad definida y obligatoria, habrá entonces dominado toda la extensión de la vida.

II. Estudiar las manifestaciones de la solidaridad en un pueblo determinado, según esto, es determinar el grado de su evolución.

En el Perú la solidaridad se resiente de sus condiciones físicas, étnicas y sociales.

Su territorio de 1.500.000 kilómetros cuadrados, dividido por los Andes, es singularmente accidentado; su población escasa de poco más de 4 millones de habitantes, se concentra en los valles de la costa y en las mesetas de la sierra, con medios de comunicación deficientes, 2.500 kilómetros de ferrocarriles. Conviven dos razas: la blanca, formada de elemento europeo a la que se unen los mestizos, y la indígena que habita las mesetas de los Andes, 2 millones de indios, que si bien están incluidos en la unidad política, pagan las contribuciones y sirven en el ejército, mantienen el sentimiento de una solidaridad separada. Aparte de las autoridades comunes, conservan sus autoridades indígenas, viviendo todavía en especie de clanes llamados *ayllus*, en que la solidaridad se deriva de la propiedad común de la tierra, aunque gradualmente aumentan las partes restadas por la propiedad individual.

La solidaridad nacional no ha logrado aún sobreponerse a la solidaridad étnica de la raza aborígen. El idioma oficial, el castellano, tampoco ha llegado a desterrar el quichua y el aimará, que dominan exclusivamente entre los indígenas. Precisamente la difusión del español será el medio más eficaz para incluirlos íntegramente en la unidad nacional. Aparte del lazo político mantenido por el Estado, el vínculo de solidaridad entre ambas razas está reducido al interés económico de los servicios más o menos subordinados, que presta el indígena como obrero en la agricultura y en el pastoreo, y al lazo religioso de un catolicismo común, si bien mezclado, en la mentalidad del aborígen, con viejos conceptos anímicos, y, en su culto, con prácticas de brujería. A este respecto se cumple el principio sociológico de la per-

sistencia del animismo sobre los mitos naturales. Los mitos solares del antiguo Imperio incaico han desaparecido ante el cristianismo; pero han quedado los primitivos conceptos anímicos y las prácticas mágicas.

En los 2 millones de blancos, las manifestaciones de la solidaridad son las mismas que en Europa, aunque naturalmente en grado menos intenso y variado. Los medios generales de educación pública y privada están ampliamente desenvueltos. Las cajas de ahorro aumentan gradualmente lo mismo que la legislación sobre el trabajo. Como las formas modernas del concepto solidario no han penetrado en la clase popular, las asociaciones económicas son escasas, se reducen a las asociaciones profesionales de protección mutua, sin que hayan alcanzado formas sindicales. En cambio son numerosas las Asociaciones literarias y simplemente sociales de la clase culta.

Una manifestación de la solidaridad, notable en el Perú y en las Repúblicas americanas, es la que se deriva de los vínculos locales. En la capital del Estado, todos los naturales de cada departamento se consideran ligados por un vínculo estrecho y forman sociedades de mutua protección, demostrando que en el desenvolvimiento del espíritu solidario, al vínculo de la sangre, sigue el del territorio precediendo a los demás fines sociales. Igualmente las colonias extranjeras forman sociedades de la misma clase que mantienen escuelas, hospitales y clubes propios.

La solidaridad política, la más fácil de imitarse, es la que se encuentra más desenvuelta en los países nuevos bajo la forma de partidos políticos. Los intereses vinculados al goce del poder, que aviva el desarrollo de la burocracia militar y civil, determina la formación de agrupaciones numerosas que se combaten muchas veces en largas guerras civiles.

En América existe una forma especial de solidaridad desconocida en Europa, la solidaridad continental. En Europa en la Edad Media se inició un sentimiento semejante, aunque no unido al continente sino a la idea cristiana; pero en los tiempos modernos la llamada Cristiandad, por falta de un enemigo poderoso que combatir, apenas si ha sido reemplazada por la inteligencia eventual y parcial de lo que se llama el Concierto europeo.

En América, independizada en una misma época, el temor a la reconquista europea, al principio, y después el interés político de los Estados Unidos, han creado, sobre la base de la doctrina de Monroe, una solidaridad, que ha pasado ya de su faz negativa a una forma positiva, y que cuenta con dos órganos: primero un Comité permanente en Washington de carácter informativo, y que en el año pasado recibió de M. Carnegie el regalo de un palacio, y un Congreso continental que se reúne cada cinco años y cuyas atribuciones se irán desenvolviendo lenta, pero seguramente. Este hecho permite suponer que la solidaridad internacional probablemente se afianzará primero que en Europa en América, donde la enorme desigualdad entre el poder de los Estados Unidos y el de las otras repúblicas impide que las rivalidades de estas últimas se perpetúen por las

necesidades de un equilibrio político, forzosamente inestable, como el que resulta del poder más o menos igual de las grandes potencias europeas.

En general el espíritu del Perú y de todos los pueblos americanos está singularmente abierto al sentimiento solidario en su mayor amplitud. En América es desconocido el sentimiento xenófobo del Africa y del Asia. El extranjero forma inmediatamente parte principal de todas las asociaciones, sin excluir las políticas. Entra en las municipalidades y en las asambleas departamentales, y sobre todo, ocupa una posición privilegiada en todas las asociaciones sociales. Existe el sentimiento y la creencia de que el desenvolvimiento nacional sólo puede ser obra de una solidaridad amplia en su concepto y activa en sus manifestaciones.

III. La exposición anterior revela la trascendencia del tema propuesto. La solidaridad de un sello propio al fenómeno social que autoriza la existencia de la Sociología, para estudiar sus elementos, sus factores y sus formas.

La vida orgánica progresa mediante la selección: la lucha simple de los egoísmos. En oposición a ellos la inteligencia humana ha concebido la fraternidad como un ideal de abnegación. El concepto solidario une ambas ideas en la realidad social, que tiene sus raíces en la vida orgánica, y su cima en la concepción ideal de un todo, que gradualmente se realiza integrando, una después de otra, las manifestaciones de la vida humana.

Berna, julio 23 de 1909.

28

JUAN B. JUSTO
(Argentina)

TEORIA Y PRACTICA DE LA HISTORIA
(Fragmentos) *

Marchamos sin descanso por el camino de la Historia. La Humanidad está siempre en vías de crecimiento y transformación.

Puede algún pueblo aletargarse en su vida social, pero, dentro de él mismo o en otra parte, están ya acumulándose latentes las fuerzas que han de sacudirlo e impulsarlo.

Para el campesino egipcio la vida era tan uniforme como el aspecto de los vetustos monumentos de su país, conservados al través de los siglos gracias a la sequedad del clima. Pasaban los imperios que sucesiva-

* Publicado en 1909.

mente conquistaron el antiguo reino de Faraón, y, si alguna vez cambiaron el idioma y los ídolos del indígena, el mismo toscó arado surcaba siempre la estrecha faja de tierra fecundada por el Nilo en su creciente anual. He aquí, sin embargo, nuevos dominadores, ingleses, que resuelven y dirigen la construcción del colosal dique de Asuán, para almacenar las aguas del sagrado río, hacer el riego permanente y ensanchar la verde cinta de cultivo a lo largo de sus orillas. Ahora las cosechas son más abundantes y seguras, y tan grandes los beneficios de la obra, que ya está elevándose la represa diez metros más, para triplicar su embalse y fertilizar todavía centenares de miles de hectáreas de arenal. Con esta revolución agrícola, mudan las costumbres e ideas del pueblo egipcio, y la inveterada sumisión al jefe extranjero desaparece, junto con las ruinas de los famosos templos de Filae, sepultados bajo las aguas por el dique de Asuán. Fermentan ya en el moderno Egipto aspiraciones nacionales de independencia.

¡Ay de los ilusos que suponen al mundo quieto porque no tienen ganas de andar! Lento o impetuoso, encubierto o visible, el progreso histórico es continuo.

El presente es un momento fugaz. Salimos continuamente del pasado, entramos a cada instante en el porvenir.

Y en este incesante movimiento, ¿será la Humanidad inerte como las masas que van por el espacio en inconsciente carrera? ¿Jugarán siempre con nosotros las fuerzas históricas como caprichosas ráfagas con granos de polvo? ¡Problemas que, para el pueblo, antes no se planteaban!

Mientras los hombres explican las cosas por la acción de entes sobrenaturales y los reyes se dicen de origen divino, también la Historia aparece, como un perpetuo milagro y se la narra como una mitología. Es el mundo impresionante y caótico de la leyenda, en que sólo hay lugar para las guerras, las pestes, las hambres, los príncipes, los héroes y los santos.

¿Cabe alguna idea de previsión y dirección intencional de los sucesos mientras se los mira como el pasatiempo de dioses y semidioses? ¿Cómo relacionar el pasado con el futuro si apenas se le conecta con la actualidad?

Los hombres se pasean entonces por la Historia como por ciudad extraña viajeros sin objeto. Buscan lo teatral, lo aparatoso, dejando inadvertido todo lo ordinario y corriente. Miran las suntuosas mansiones del barrio principal, y no pierden la ocasión de ver al emperador o al presidente; distraídos por la música y los colores del batallón que pasa, no se preguntan si esos soldados saben leer; en la catedral les interesan la riqueza de los altares, el estilo gótico o romano del edificio. Pero ¿cuántos van, quiénes van y para qué van a esa iglesia? ¿Cómo vive ese pueblo? ¿Cómo trabaja?

Curiosidades semejantes no nacen en quien sólo ve en la Historia los sucesos memorables, pasto de la crónica que, como la comedia, como la tragedia, tiene en el Parnaso su musa propia, la musa Clío, y cuyos cultores brillan en el arte de describir combates y fiestas y poner en boca de príncipes y generales elocuentes arengas.

Pero en el curso de la evolución humana, y en el grado en que nuestro concepto del mundo se desarrolla, cambia también el concepto de la Historia.

Después de una experiencia muchas veces milenaria, formulamos así nuestra verdad más elemental: todo lo que sucede sigue un orden regular, hay entre las cosas relaciones que podemos descubrir y hacer valer en nuestro bien. A medida que el hombre se extiende sobre el mundo, esta idea de ley se hace más clara y más intensa, porque nuevos hechos sufren el análisis y dejan descubrir el secreto de su producción, porque nuevas leyes se correlacionan y coordinan en otras de dominio más general. Hay fenómenos refractarios a nuestros presentes medios de análisis, hay monstruosidades, hay cataclismos, pero también ellos deben tener sus leyes. Estas existen en el volcán en erupción, como en el grano que germina.

Se impone para la Historia el mismo criterio. ¿Cómo podría abstraerse la evolución humana al orden que descubrimos en el desarrollo entero del Universo?

Bien que más de un gran rey antiguo creyera haber llevado su dominio hasta los límites del mundo, las grandes expediciones de los siglos 16, 17 y 18 de la era actual abrieron a la penetración de la raza blanca continentes enteros, ignorados hasta entonces por ella. En América, Asia, África y Oceanía, entró el mundo europeo en contacto y conflicto con mundos históricos, diferentes, hordas salvajes, tribus bárbaras, viejas sociedades establecidas, cuyos mitos y leyendas no inspiraban a aquél ningún respeto, y que ofrecían a la observación de costumbres y formas sociales enorme material.

Dentro de las sociedades europeas, desarrollábase, entretanto, la lucha de clases cuyo punto culminante fue la Revolución francesa de fines de siglo 18. El levantamiento burgués, que negó a los dioses, decapitó a los reyes y vigiló de cerca a sus generales, ha sido una poderosa contribución a la inteligencia de la Historia.

La rápida evolución de los Estados Unidos de Norte América, constituidos en formas políticas nuevas, se ha hecho toda ante los ojos del mundo moderno, llenándolo a la vez de asombro y de información.

En los principales países las necesidades del gobierno han creado la estadística, que registra en cifras las manifestaciones de la vida colectiva.

Al estudio de los pueblos primitivos aún existentes, se han agregado las investigaciones de la prehistoria, sobre las reliquias materiales de las actividades humanas remotas, en épocas de las cuales no queda ni leyenda, la Historia sin dioses ni héroes que la perturben, sin tradiciones ni documentos que falsifiquen la realidad, y el descubrimiento de esos hechos descarnados ha aportado no poco a la comprensión de la Historia toda.

Desde que el método científico hubo alcanzado cierta consistencia y difusión, los historiógrafos empezaron a comprender que poco nos dicen de una época y de un país la enumeración de sus dioses y sus dinastías, y que para su conocimiento nos importa menos la magnífica vestidura del

rey que el abrigo usual de la masa del pueblo. En el cuadro de las edades pasadas, empezaron a hacer lugar para las formas generales de la actividad humana, la organización de la familia, la industria y el comercio, las ciencias y las artes, dejando ya entrever, tras las infladas figuras del primer plano, la vida laboriosa y fecunda de la población entera.

Y ahora el cúmulo de datos sobre la evolución humana es ya imposible de registrar sin una teoría que los coordine, sin una idea general de cómo los hechos se entrelazan y suceden en la Historia, necesidades que se ha creído llenar creando una ciencia nueva, la sociología. Pero, si bien Comte, su iniciador, fue movido por el deseo de poner orden en los acontecimientos, los sociólogos han creído después necesario y posible, para estudiar las sociedades humanas, ponerse fuera de ellas, en frente de ellas, como los zoólogos ante las ostras o los pájaros. Ven la Historia como un cuadro cinematográfico, y, para explicarlo, no se les ocurre sino sacar de él fotografías instantáneas. Reniegan de toda solidaridad de clase o de partido, ponen el más pueril empeño en ignorar los preceptos que, a pesar suyo, pudieran resultar de los dogmas de su ciencia immaculada, y, proclamando su social intención de no tener ninguna, reiteran su propósito de no entrometerse en la práctica. ¿Hipocresía o ilusión? Todos estamos dentro de la sociedad, inclusive los sociólogos, y si alguien realmente prefiriera sus teoremas sociológicos a la vida de la comunidad, sería tan estéril en la teoría como en la práctica.

¡Cuánto más importante que la aparición de esta nueva categoría de doctrinarios es la alborada de la conciencia histórica del pueblo! El progreso técnico de los últimos 150 años, el desarrollo del comercio mundial y la acumulación de la riqueza ha originado los grandes problemas sociales de la actualidad. En defensa de sus condiciones elementales de vida, amenazadas por los rigores de la competencia capitalista, la clase trabajadora se ha puesto colectivamente en movimiento, y, una vez impelida a la acción, lleva su crítica hasta los fundamentos de la sociedad y se traza grandiosos planes de creación histórica.

Empeñados ya en la lucha por su realización, los pueblos más fuertes de la Tierra empiezan a ver que también la Historia está regida por leyes y dan un carácter cada vez más inteligente y deliberado a los actos de su vida social. Para ellas, los dioses no son autores sino productos de la Historia. Cuanto a los hombres, sólo influyen conscientemente en ella tanto como comprenden las leyes que la gobiernan, y poniendo sus ideas, que nacen también y se desarrollan en condiciones definidas, al servicio de los sentimientos soberanos que los dominan. El mundo de la Historia es una masa de hombres y cosas movidos y moldeados por fuerzas tan regulares como las que mueven el sistema solar y han moldeado la corteza terrestre. Los fenómenos históricos son también lógicos y necesarios, consecuencias fatales de combinaciones dadas de circunstancias. Una neoformación social, una revolución, la expansión o la decadencia de una raza, deben producirse

en condiciones tan regulares y determinables, como la cristalización de un mineral, una descarga eléctrica, la evolución de una especie.

Más que una simple deducción, impuesta al raciocinio por la regularidad que descubrimos en los fenómenos de otro orden, ésta es una inducción directa de los hechos, cuya base se extiende a medida que conocemos mejor el pasado de la Humanidad y dedicamos más atención a su desarrollo presente.

Descendiente de los héroes anónimos de todos los tiempos, herido por las diferencias de clase más que por las diferencias de raza, el pueblo trabajador moderno tiene que ver en la Historia un proceso universal y continuo, cuya teoría es la teoría general de las actividades humanas.

¿Cómo llegar al conocimiento de las leyes históricas? ¿Cómo guiarnos hacia el porvenir? Para ello necesario es ante todo querer andar, querer dirigir las actividades humanas en algún sentido.

Se habla de leyes experimentales y de los experimentos del legislador. ¿Por qué no los experimentos de todo el que en la Historia tenga una intención? ¿Acaso únicamente las leyes escritas son experimentos? Lo son también, y a veces mucho más instructivos, la iniciativa extraparlamentaria de una ley, la propaganda en pro y en contra, aun las leyes que no llegan a escribirse. Ni la experimentación histórica se hace toda en el campo de la política. El inventor que comprende todo el alcance de su obra, el artista que con sus símbolos quiere engendrar o reforzar un sentimiento colectivo, los hombres que intentan establecer entre sí relaciones económicas nuevas, hacen experimentos históricos de la mayor trascendencia.

Esa intención práctica es lo propio del método para indagar las leyes de la Historia.

Son los prácticos, los militantes, quienes más saben de las fuerzas del mundo social. Lejos de poder comprenderse la actualidad mediante los datos que la historiografía nos proporciona acerca del pasado, no concebimos el pasado sino refiriéndolo al presente, y éste no se revela en su complejidad sino a quienes, movidos por necesidades o aspiraciones, preparan intencionalmente un futuro distinto.

No sabríamos siquiera qué preguntar al pasado sin nuestros anhelos para el porvenir. Hay, por supuesto, trabajos de especialista, que se hacen en las bibliotecas y en los museos, pero estos mismos estudios son en última instancia inspirados por los hombres que agitan y resuelven las cuestiones palpitantes del día, quienes también sugieren y ordenan las investigaciones de la estadística.

¿Vamos por eso a creer en lo que cualquier gobernante o ambicioso nos presente como la verdad histórica? En política se miente, en política se mistifica, se oculta la verdad, y aun se simula el error, cuando se tienen privilegios que defender o apetitos que puedan satisfacerse merced a la ignorancia y el engaño de los otros.

Al politicastro cuya meta es el gobierno de un pueblo que desprecia, bástale tal vez conocer los vicios que ha de alimentar, los prejuicios que

ha de adular, los fraudes y violencias que ha de cometer. Esta es la ciencia histórica necesaria para sus fines mezquinos y efímeros.

Para llegar a la verdad histórica preciso es querer descubrirla en toda su desnudez, militar del lado donde no hay privilegios que disimular ni defender. Nadie como el pueblo trabajador necesita conocer la verdad en materia social; nadie como él puede proclamarla sin ambages; nadie como él sufre de sus propios errores, por lo mismo que son sinceros.

Para comprender la Historia hay que hacerla, defendiendo al pueblo con inteligencia y con amor. La verdad así descubierta nace con enorme fuerza expansiva. A igualdad de inteligencia y energía, quien menos impone su persona es quien más impone sus ideas.

Mientras haya partidos, la ciencia de la Historia, a diferencia de las matemáticas, será ante todo una ciencia de partido.

Como previo acto de contrición, los sociólogos mutilan su personalidad alejándose aparentemente de toda tendencia, y se declaran puros y limpios de todo fin práctico. Nada de extraño entonces que, embanderados en escuelas, pierdan su tiempo en discutir muy seriamente si lo que reina en la sociedad es la simpatía o la imitación, si el curso de la Historia es circular o espiral.

¿Cómo podríamos en cambio infatuarnos por vanas fórmulas los que en la teoría de la Historia buscamos el método para elevar el bienestar mensurable del pueblo? Dispuestos estamos a sacrificar toda palabra, a desprendernos de toda denominación, siempre que el contenido real de la teoría se enriquezca y aumente su eficacia para la acción.

El progreso histórico, visto por algunos como una malhadada perturbación de su beatífico quietismo y soñado por otros como la realización repentina y completa de su ideal de perfección social, tiene que ser comprendido como la realización inmediata y necesaria del desarrollo posible, como la condición normal de existencia de la sociedad.

Los pueblos han hecho siempre su historia, pero más bien puede decirse que la han sufrido; han marchado al acaso, obedeciendo a impulsos ciegos, por un camino lleno de eventualidades y de riesgos.

Con el conocimiento de las leyes de la Historia, pierde ésta su carácter a la vez rutinario y catastrófico, para convertirse en un desarrollo ordenado, en una práctica calculada y metódica.

BASE BIOLÓGICA DE LA HISTORIA

Desde que el hombre es bastante inteligente para considerarse un animal, tiene que ver en la biología la base de su historia.

Las actividades inconscientes son el prólogo de toda actividad voluntaria y consciente. Las leyes de la vida son las leyes más generales de la Historia.

Tardamos, sin embargo, en reconocer nuestra situación dentro del mundo de los seres vivos. Al error que veía en la Tierra el centro del Universo, sobrevivió el de mirar al hombre como un ser aparte, creado a imagen de Dios, del mismo dios que la fantasía de los hombres había creado a su semejanza. ¿Qué otro concepto podíamos tener de nosotros mismos cuando veíamos en los diversos animales y plantas otras tantas obras caprichosas de un supremo hacedor?

Ahora conocemos especies extintas y vivas, ignoradas por los libros sagrados; al catalogar los seres, comprendemos su íntima y recíproca vinculación; sabemos transformar para nuestros fines, los animales y las plantas; descubrimos siempre nuevos eslabones de la cadena que une a la especie humana con las otras especies, y concebimos que todas se han formado por una lenta y gradual evolución.

En el protoplasma, substancia fundamental de todo lo vivo, que forma los seres más simples y los elementos anatómicos de los organismos más complicados, la vida elemental se manifiesta en la absorción y asimilación de las substancias nutritivas del medio ambiente, en los movimientos tendentes a tomarlas, a acercarse a la luz, a buscar el calor, fenómenos que convergen todos a la conservación y el crecimiento de la materia organizada. Con el alcohol y el amoníaco del caldo en que se le cultiva, fabrica albúmina el hongo de la levadura; alrededor del granito de fécula lanza el amíba sus prolongaciones, lo envuelve y acaba por absorberlo. Así viven y se multiplican el microbio, el infusorio, la célula. "El objeto de la vida es crecer", decimos nosotros, sin superar al autor bíblico que, hace dos mil seiscientos años, ponía el "creced y multiplicaos" como primer precepto en boca de su dios.

Pero en esos seres ínfimos, por grande que sea su capacidad de reproducción, la vida es muy precaria frente a las acciones destructivas del medio. Las células se asocian, pues, para formar vegetales y animales de tipos gradualmente ascendentes, en los cuales, junto con la diferenciación anatómica, aparece la división del trabajo fisiológico. Grupos de células, llamados órganos, se encargan cada uno de una función especial. La sensibilidad adquiere modalidades a que corresponden órganos sensoriales diversos, y las impresiones así recibidas se reflejan en actos coordinados por un sistema nervioso. Fórmanse órganos especiales de absorción y de generación, de sostén y de locomoción. Las diversas funciones se subdividen y especializan, los diversos órganos van transformándose en sistemas de órganos o aparatos, y así, del amorfismo de la masa protoplasmática, que todo ella siente, toda absorbe, toda digiere, toda crece, toda se contrae y se mueve, salen los animales superiores, con su delicada y compleja organización.

En la cumbre de la escala se encuentra el hombre, clasificado por primera vez por Buffon entre los animales, como vertebrado y mamífero. Como el de una águila o el de una serpiente, el eje de nuestro cuerpo es una columna vertebral. Nuestros pequeños maman de los pechos de las madres, como los cachorros. Los huesos de nuestro esqueleto y los músculos que los mueven, nuestro corazón y nuestros pulmones, el tubo que digiere y absorbe nuestro alimento, los vasos y las glándulas de nuestro cuerpo son como los de un león o de un murciélago. La sangre que mancha este cuchillo ¿es de hombre o de carnero? —cuestión que los jueces someten a un experto. En el cerebro del orangután se encuentran las principales circunvoluciones y cisuras de nuestros sesos. Vistos con el microscopio los tejidos que forman nuestro cuerpo son como los del cerdo, y las reacciones de nuestros nervios son tan poco propias de nosotros que, por comodidad, los estudiamos en la rana o el conejo. A cierta altura de la vida, apenas si un embriólogo distingue el embrión de un hijo suyo del de un perro. No tenemos cola, pero nuestro coxis rudimentario dice que la hemos tenido. Como a las ovejas, nos ataca la hidátide; como a las gallinas, la difteria; nuestros perros nos transmiten la rabia; las vacas, el carbunco; los caballos, el tétano y el muermo.

¿Y no son el hambre y el amor, los apetitos de la animalidad, nuestros móviles más fuertes? ¿No amamos la madre tierra como los animales la querencia? ¿No sentimos como ellos la alegría de vivir? ¿Nos asombra acaso que los hombres reclamen medios materiales de existencia, aun con la más brutal energía, y se rebelen cuando se les niega un sitio al sol?

¡País muerto!, dicen algunos, mortificados en su vanidad de casta gubernamental y de hombres de letras. Pero ningún pueblo muere mientras se conserva la fecundidad de sus mujeres. ¿Podía dudar del porvenir de su raza la india americana requerida de amores por el invasor europeo? Y al trabajador que en las minas de Vizcaya o en las viñas de Andalucía se afana por el pan de sus hijos, ¿se le ocurre acaso que España sea un país muerto?

Entidad culminante del mundo vivo, el hombre es el más alto resultado de la evolución orgánica. ¿En qué consiste ésta? ¿Cuáles son sus factores esenciales?

El primer dato es que los seres vivos en general transmiten sus caracteres a su prole; así como de un grano de trigo sin barbas no nace una planta de trigo barbudo, del gran artista sevillano Herrera el Viejo sacaron Herrera el Rubio y Herrera el Mozo su talento pictórico.

Pero nuestros padres son dos individuos distintos, que se combinan con desigualdad en cada uno de nosotros. A un hijo le tocan los ojos claros del padre, a otro, los negros de la madre; al tercero, transmiten ésta o aquél caracteres hereditarios latentes que lo asemejan a alguno de sus abuelos. Mul-

tiplican así al infinito, al través de las generaciones pasadas, los orígenes de nuestra herencia biológica, y del sinnúmero de combinaciones hereditarias posibles resulta que no nacen dos hombres iguales, ni aun en la misma familia.

Esta variación natural, el hecho vulgar de que somos cada uno distinto de los demás, ha sido numéricamente comprobada en la más vasta escala, respecto de los caracteres externos, por la medición de los hombres hecha con fines de identificación policial. Combinando la talla, el largo y el ancho del cráneo, el ancho de la cara, el largo del dedo medio de una mano, el de un pie, el color de los ojos y algún otro dato, se distingue con facilidad a una persona entre muchos miles. No menos acentuada es la variación de los órganos internos. Del peso total del cuerpo, el corazón tiene de 1/158 a 1/178 en los hombres y de 1/149 a 1/176 en las mujeres; el encéfalo varía de 1/44 a 1/48 en éstas y de 1/46 a 1/50 en aquéllos. Así varía también de un individuo a otro la capacidad del estómago. Y como todos los otros órganos también varían, como esas variaciones se combinan de mil maneras y a ellas corresponden otras tantas variaciones de las funciones, resulta la infinita diversidad de los individuos, entre los cuales no hay dos que sean orgánicamente iguales, ni tampoco que tengan la misma fuerza muscular, la misma sensibilidad ni la misma inteligencia.

Viene ahora otro dato de la ciencia de la vida, reconocido en las sociedades humanas antes de ser incorporado a la teoría del mundo orgánico en general.

La teoría de la población había sido ya bosquejada por algunos escritores del siglo 18 cuando Malthus, en 1789, formuló su ley, según la cual la población tiende a crecer en progresión geométrica, mientras que los medios de subsistencia apenas crecen en progresión aritmética. En último resultado, dice Malthus, el obstáculo a la población es la falta de alimentos; pero ésta no actúa de una manera inmediata sino en tiempo de carestía. Los ordinarios obstáculos inmediatos son las costumbres y los vicios que nacen de la escasez de los medios de subsistencia, y todas las causas físicas y morales tendentes a acortar la vida; los primeros son preventivos, los últimos, destructivos. El principal obstáculo preventivo es la abstinencia temporaria o permanente de la unión sexual fisiológica en vista de no engendrar una familia cuya subsistencia sería difícil; en muchos casos el vicio es la consecuencia de la abstención, que no deja por eso de ser preventiva. Las ocupaciones malsanas, los trabajos excesivos, la miseria, la mala alimentación de los niños, las enfermedades, las epidemias, el hambre, son los obstáculos destructivos.

Cuando Malthus escribió su ensayo, la revolución industrial debida al maquinismo pesaba como una calamidad sobre la clase trabajadora de In-

glaterra. La demanda de obreros era grande; pero no había ley alguna reglamentaria del trabajo, y las fábricas preferían las mujeres y los niños, sometidos entonces, sin restricción alguna, a la más bárbara explotación. El pauperismo alcanzaba proporciones colosales; los salarios habían subido un poco en los últimos años, pero los precios de los artículos de consumo mucho más. Del registro de los precios pagados en Greenwich de 1800 a 1820, se ha calculado que en Inglaterra durante ese período el monto de los salarios era al costo de los alimentos como 55,25 es a 232,5. No es extraño, pues, que, sin profundizar mucho el análisis, llegara Malthus a conclusiones tan oportunas para calmar la ansiedad de las clases privilegiadas, quitando toda apariencia de razón a los anhelos populares de bienestar y justicia social suscitados por la Revolución Francesa, y expresados en Inglaterra en los elocuentes panfletos de Guillermo Godwin.

Crecía entretanto enormemente el poder de los medios de producción; la agricultura tomaba en América un inmenso vuelo; el comercio, cada día más extenso y seguro, hacía que no faltara en una parte lo que sobraba en otra, y, en fin, empezó a comprenderse que el desenfrenado capitalismo era, para la masa trabajadora una gran causa de miseria. Pudo creerse que, gracias a su industria, el hombre se substraía a toda ley de población, y explicarse todos los males sociales por la falta de justicia o de caridad. Filántropos y moralistas de pocos alcances, admiradores sempiternos del "Creador", y reformadores utopistas se coligaron contra Malthus. Para que se reconozca la verdad que, bajo una forma pedantesca, encierra su doctrina, ha sido necesaria la obra de Darwin.

Porque la teoría de la lucha por la existencia y la selección natural es la combinación de la ley de la variación y de la ley de Malthus aplicada a los reinos animal y vegetal enteros.

"No hay excepción", dice Darwin, "a la regla de que todo ser orgánico se multiplica naturalmente en proporción tan elevada que, si no fuera destruido, la Tierra sería pronto cubierta por la prole de una sola pareja. . . Se considera al elefante como el animal que cría más despacio de todos los conocidos, y me he tomado el trabajo de calcular su proporción mínima probable de aumento natural: lo más seguro es admitir que principie a dar crías a los treinta años de edad y continúe dándolas hasta los noventa, produciendo seis hijos en ese intervalo y viviendo después diez años más; si es así, después de un período de setecientos a setecientos cincuenta años, habría aproximadamente 19 millones de elefantes vivos, descendientes del primer par. Se han visto pueblos civilizados en condiciones favorables, como en los Estados Unidos, duplicar su número en veinticinco años, y según un cálculo de Euler, esto podría suceder en poco más de doce años. En la primera proporción, la presente población de los Estados Unidos (30 millones) cubriría en seiscientos cincuenta y siete años tan

densamente todo el globo terráqueo, que en cada yarda cuadrada de superficie estarían de pie cuatro hombres”.

De esa rápida multiplicación resulta la ruda lucha por la vida a que están obligados todos los seres vivos, de la cual dependen tanto la vida del individuo, como la formación y la subsistencia de su prole; lucha con el medio físico para extender y defender el propio campo de desarrollo, como la del árbol que invade la pampa y lucha contra el viento, la del hombre que en Holanda pone diques al mar y encauza las aguas del Escalda; lucha con otras especies, como la del hombre con las fieras que extermina, con los árboles del campo que desmonta, con la langosta que devora sus cultivos, con los microbios que invaden sus órganos; lucha entre los individuos y en el seno de las agrupaciones de la misma especie, como la de dos perros por un hueso, la de dos gallos que cortejan a la misma gallina, la de los hombres entre sí, entre las hordas, entre las tribus.

En esa lucha vencen los individuos y los grupos mejor dotados por la herencia y la variación para las circunstancias del momento y del lugar, sobreviven los más aptos, y dejan una prole a la cual transmiten los caracteres anatómo-fisiológicos que les dieron el triunfo en el riguroso proceso de la selección natural.

Y acumulándose en las generaciones sucesivas los efectos de la herencia de las variaciones favorables, los seres vivos se transforman, y se adaptan sin cesar al medio físico-biológico, que siempre cambia. Así se ha convertido en caballo el *orobippus* de cuatro dedos, así se han cubierto de abrigada piel los animales de los países fríos, así ha echado sus cuernos el ciervo y el cardo sus espinas.

Así también se ha hecho bípedo el cuadrumano antecesor del hombre, en una evolución impuesta por las condiciones de vida de la especie. Gradual y simultáneamente adaptóse su espinazo a la estación vertical, y se diferenciaron sus extremidades en dos pies que lo sostienen firmemente, y dos manos que, libres de la carga del cuerpo, se han perfeccionado como órganos de la prensión y del tacto. Y las manos son un momento decisivo en la superioridad mental del hombre, que, al tenerse erguido y usarlas libremente para tocar y agarrar, acrecienta y afina en alto grado sus impresiones del medio y su dominio sobre éste.

Todo concurre en los seres vivos a la conservación y propagación de la vida, a que no quede vacante puesto alguno que un ser vivo pueda ocupar. La misma lucha por la vida implica la armonía entre animales y plantas, entre especies distintas, animales o vegetales, que prosperan juntas más que separadas, entre seres de una misma especie que, para ser más fuerte en la lucha, adquieren hábitos de asociación.

De ahí nacen las sociedades animales, cuyo fin primordial es la satisfacción de las primeras necesidades de la vida: la nutrición y la generación.

Las colonias de pólipos tienen un vaso central común que sirve a todos los individuos de aparato digestivo y circulatorio.

En las especies más elevadas fórmanse las asociaciones de familia, cuyo fin es el cuidado de la prole. A este tipo de sociedades, menos dependiente ya de las relaciones orgánicas directas y en que desempeñan cierto papel las relaciones psíquicas, pertenecen las aglomeraciones de abejas y hormigas, que no son sino inmensas familias.

Las especies superiores, cuyos individuos pueden alimentarse separadamente y multiplicarse en familia, se asocian en bandadas u hordas, verdaderos pueblos que buscan su alimento y se defienden en común, para lo cual cuentan con la capacidad de comunicarse por gritos o signos. Las bandadas de loros y gorriones, las jaurías de lobos, las hordas de guanacos, son ejemplares de esta forma más elevada de sociedad animal. Los monos, cuya voz comprende toda una octava y cuya fisonomía es tan expresiva, forman las sociedades animales más parecidas a las del hombre; unos a otros se sacan los parásitos y las espinas, varios se unen si es necesario para levantar un peso, los mayores defienden a todos los jóvenes indistintamente; entre los machos que hacen la guerra, el jefe da sus órdenes de viva voz y responde a la confianza que en él depositan sus compañeros, ejerciendo una vigilancia estricta.

A medida que ascendemos en la escala de las sociedades animales, tanto más se basan éstas en relaciones mentales de los individuos, que, gracias a su mayor aptitud psíquica, llenan mejor los fines vegetativos fundamentales de la nutrición y la generación.

El hombre, individualmente débil e indefenso, no ha podido vencer en la lucha con el medio físico-biológico sino en sociedad. Tan lejos como retrocedamos en la Historia, lo encontramos ya en grupos y vinculado a sus semejantes por un lenguaje articulado, que evidencia su mayor aptitud psíquica para la asociación. Y el lenguaje da enorme impulso a su vez al desarrollo mental de la especie, permitiendo a cada hombre ver, oír y tocar con los ojos, los oídos y las manos de todos los otros hombres capaces de comunicarle sus impresiones mediante la palabra.

Las más altas y desarrolladas sociedades humanas son sociedades animales, agrupaciones de individuos de la especie *homo sapiens*.

Esta noción clara y elemental ha sido oscurecida por algunos sociólogos, para quienes debemos ver en cada animal la miniatura de una sociedad humana, confusión grosera que ha venido a resucitar antiguos mitos.

Los teólogos de la India enseñan que Brahma, dios supremo, ha creado cuatro clases: de su boca, sacó a los brahmanes o sacerdotes, de su brazo a los guerreros, del muslo a los agricultores y comerciantes, mientras que del pie del dios salieron los esclavos. De origen tan sagrado y distinto, ¿cómo esos hombres pueden mezclarse? Es necesario que el hijo del guerrero sea guerrero y esclavo el hijo del esclavo; es preciso ante todo conservar en toda su pureza la casta de los brahmanes, que, mantenidos por los demás hombres, pasan su tiempo estudiando los libros santos.

Según otra leyenda, como la plebe romana, irritada contra los señores, abandonara la ciudad, enviaron aquéllos para calmarla al patricio Menenio Agripa, quien persuadió a los plebeyos con el cuento del estómago y los miembros.

—Un día —les dijo—, los brazos y las piernas encontraron que bastaba ya de trabajar para ese perezoso de estómago que no hacía más que comer; pero así que cesaron en su tarea y que el estómago no recibió más alimento, debilitóse todo el cuerpo, sufriendo los miembros el castigo de su revuelta.

Fábulas semejantes han ocultado a ciertos ojos la homología real entre las sociedades humanas y las de los otros seres vivos.

“Si las sociedades humanas no son organismos, ¿qué son, pues?”, se pregunta muy perplejo un autor a quien, para justificar el título de uno de sus libros, le hace falta que cada sociedad tenga un cerebro.

Según Spencer, “las figuras de lenguaje que a menudo nos engañan, haciéndonos creer en una identidad completa donde no existen sino ligeras semejanzas, nos engañan también algunas veces haciéndonos considerar una correlación verdadera como una pura fantasía... Es lo que sucede con las expresiones “cuerpo político”, “organización política”, etc., que asimilan tácitamente una sociedad a un ser vivo; se las toma por expresiones que tienen su razón de ser, pero que no corresponden a una realidad y tendentes más bien a mantener una ficción. Las metáforas son aquí, sin embargo, más que metáforas en el sentido ordinario de la palabra... Hay analogía real entre el organismo individual y el organismo social”.

Para probar esto, que llama “paralelismo fundamental”, establece Spencer una serie de parangones; las tribus primitivas son, para él, el protoplasma social en cuyo seno, al civilizarse, desarróllanse órganos de la circulación y un sistema nervioso bajo la forma de comercio y de centros de gobierno, general y locales.

Este modo de ver no tiene fundamento real. Sería ingenuo dedicar muchas páginas a señalar diferencias substanciales entre un organismo individual y un organismo social. Este no tiene límites regulares en el espacio ni en el tiempo; una sociedad puede desaparecer, como puede perpetuarse, transformándose; puede unirse con otra u otras sociedades, hasta confundirse todas. Por las raíces de nuestra lengua, vivimos los habitantes del Plata en el mundo ariano, por las principales leyes que nos rigen en la sociedad romana, en el mundo semita por los dogmas religiosos vulgares, y en el incásico, porque cultivamos el maíz y decimos chacra.

Concebimos que los habitantes de la Tierra lleguen algún día a formar un solo conglomerado, lo que está ya realizado en parte por el comercio universal; apenas hay necesidad de decir que nada análogo sucede ni puede suceder en el mundo biológico. Hay en la sociedad un aparato de la circulación metafóricamente semejante al de un animal, sólo que difiere substancialmente de éste en que lo forman mares, ríos, canales, caminos, ferrocarriles, vehículos, elementos todos del mundo inorgánico que los hombres utilizan. Cuando el sistema que asocia las sensaciones y coordina las acciones de los individuos, tiene un armazón inorgánico, el correo, el telégrafo la prensa etc., del que se sirve su parte viva, la sensibilidad y la inteligencia de toda la población, para comunicarse y asociarse.

La asimilación de la sociedad humana a un organismo individual es una doctrina infecunda, buena para reemplazar con ficciones y palabras las nociones que faltan. Se explica, por otra parte, que sea muy cara a toda clase privilegiada pues es la consagración de las castas. Así como en el animal hay células cerebrales, vellosidades intestinales, fibras musculares y palancas óseas, en el mundo social habría una clase de hombres originaria y definitivamente gobernantes, una clase rentista, encargada de absorber las substancias nutritivas, y una clase trabajadora, alimentada y dirigida por las otras dos. Y si fuera realmente así, no sería del todo malo. Sólo que los hombres son menos concienzudos que las células en el desempeño de sus funciones, y para mal de la comparación, vemos gobernantes que se ahítan de alimento como vulgares vellosidades, propietarios que retienen para sí lo que hace falta a las otras partes del cuerpo social, contando con el apoyo de los repletos gobernantes, y, en consecuencia, alzamientos de trabajadores explotados que pugnan por satisfacer sus necesidades de absorción y de autonomía.

Como toda especie, la humana es un conjunto de individuos capaces de fecundarse entre sí y generar una prole prolífica. Los naturalistas buscan todavía un cruzamiento de razas humanas cuyo producto sea híbrido. La América hispano-portuguesa es un inmenso criadero de mestizos, presentado por Darwin como una prueba contra los que pretenden dividir a los hombres en grupos inconfundibles. No ha habido en el Brasil gente más vigorosa que los paulistas, procedentes de la mezcla de indios y portugueses. En los Estados Unidos, a pesar del bárbaro conflicto entre negros y blancos, hay más de un millón de mulatos.

Ni en las islas más pequeñas y solitarias se ha encontrado un tipo de raza sin mezcla. ¿Cuál será entonces su pureza en los continentes? ¿En qué grado un español es íbero o celta? ¿Cuánto tiene de romano, de godo o de vándalo? ¿No quedan en él vestigios del contacto con los mercaderes fenicios, griegos y cartagineses? ¿No fecundaron a muchas españolas los conquistadores árabes?

En Suecia, donde los pregoneros de la raza rubia de cabeza larga encuentran su asiento más puro, se han encontrado entre soldados 13 por ciento de cabeza corta y 22,4 por ciento de pelo negro. En la alemana Baden sólo el 11 por ciento de las cabezas eran largas en 1899, y el 43 por ciento rubias. Y los europeos del Sudoeste y sus descendientes ¿vamos a envanecernos porque tenemos el cráneo largo y a avergonzarnos de nuestro cabello oscuro? La cuestión de la superioridad de la raza germánica ha perdido mucho de su interés desde que el reciente choque entre rusos y japoneses ha puesto en tela de juicio la superioridad de la raza blanca.

Para tal etnólogo no hay más que 2 razas humanas, para tal otro, ¡ellas son por lo menos 63! No se puede basar nada sólido sobre arenas tan movedizas.

Y si el tipo se conserva en algunos individuos al través de muchas generaciones, si es cierto que en Baden y en el departamento francés de Doubs la medición de los hombres ha revelado que existen dos estaturas de frecuencia máxima, como si en la población de esos países, a pesar de la convivencia secular, se mantuviera el tipo de dos pueblos distintos, ¿es ese un resultado necesario o deseable? ¿Vamos a variar de conducta o a tratar a los otros de distinta manera según seamos, o ellos sean, dolicocefalos o braquicefalos, rubios o morenos?

Una repulsión ciega e instintiva de raza, como la que sienten en los Estados Unidos los blancos por los negros, es un conflicto biológico, y, por eso mismo, fundamental, que debilita la sociedad humana en sus cimientos y se agrava proporcionalmente a la vitalidad que cada una de las razas antagonicas tiene por separado. En el Sur de los Estados Unidos de Norte América, donde, a pesar del odio inveterado de los blancos, la población negra aumenta rápidamente, sólo la inmigración de pueblos que se crucen con las dos razas existentes puede preparar un porvenir mejor.

¿Para qué hablar de razas? No puede conducirnos sino a un orgullo insensato o a una deprimente humillación. Todo pueblo físicamente sano tiene en sí los gérmenes de las más altas aptitudes, cuyo desarrollo es sólo cuestión de tiempo y oportunidad. Desconfiemos de toda doctrina política basada en las diferencias de sangre, uno de los últimos disfraces científicos de que se han revestido los defensores del privilegio. Ellos dicen, por supuesto, que la clase trabajadora es de una raza inferior a la de los señores. Pero la unión sexual es también fecunda entre individuos de clases diferentes, de distintos peldaños de la escala social. "Ese hombre no es como los otros", dice del obrero Braa el patrón Holger en un drama de Bionstjerne Björnson. "El y Pedro Stua... me parece cada vez que me hablan tener delante a mis iguales. Tienen sangre nuestra en las venas. ¡Cruzamiento imprudente, Halden!, porque éstos tendrían la audacia de la revuelta". En su novela *Trabajo*, Zola pone en juego la misma fuerza, uniendo por los lazos de la simpatía a niños de todas las clases sociales, que más tarde se unen por los vínculos del amor.

Si la vida consiste esencialmente en la nutrición y el crecimiento; si la rápida multiplicación y la lucha por la existencia, la adaptación al medio y la evolución responden a este objeto; si a los fines vegetativos los animales se desarrollan en sociedades; si los hombres obedecen a los mismos primeros impulsos que los seres vivos en general, ¿cómo no creer que las condiciones de nutrición y multiplicación sean fundamentales para las sociedades humanas?

“La producción y reproducción de la vida real es, en última instancia, el elemento determinante de la Historia”, ha dicho Engels, fórmula que podemos aceptar como expresión del fundamento biológico de las sociedades humanas. Comprenderla es perder toda ilusión de un origen o destino idealmente superior de nuestra especie y tener al mismo tiempo la visión clara de su fuerza como la más alta y potente manifestación de la vida.

Pero por su misma universalidad y su misma grandeza, esa ley es vaga, y expresa sólo el aspecto más general de la Historia, sin señalar lo que ésta tiene de característico y particular. Las nociones de la zoología están muy lejos de bastarnos para interpretar una época histórica determinada y en la política práctica.

¿En qué grado y forma se cumplen las grandes leyes biológicas en las sociedades humanas?

Desde luego que el cuerpo del hombre evoluciona mucho menos que su técnica, sus medios y métodos de trabajo. Nuestra aptitud para adaptar intencionalmente el medio físico-biológico a nuestras necesidades nos permite extender e intensificar la vida humana sin que se transformen nuestros órganos. Hemos adquirido el poder de salvar rápidamente grandes distancias sin que para ello hayamos echado alas ni se hayan modificado la estructura ni las funciones de nuestras piernas. No necesitamos huesos y músculos especialmente fuertes para desarrollar la fuerza enorme de una máquina de vapor, ni nuestro ojo ha evolucionado para ver, con el microscopio las cosas muy pequeñas. El cerebro, órgano de la inteligencia, donde las impresiones del mundo exterior se reflejan como impulsos iniciales de los actos que constituyen la técnica, es el órgano de nuestro cuerpo que más evoluciona, adquiriendo una estructura y funciones cada vez más complejas.

Por otra parte, la división del trabajo entre los hombres los coloca en tan diversos círculos de vida que permite a individuos muy distintos una adaptación suficiente. Los salvajes, todos cazadores y guerreros, necesitan todos sentidos muy agudos y robustos miembros; una sociedad civilizada, que ocupa a los individuos por partes, utiliza lo bueno de cada uno y anula en cierto grado sus defectos, ofrece campo para la lucha por la vida a los ojos del sordo y a las manos del rengo. Diversificando así las condiciones de vida y de trabajo, la civilización exagera la variación en la especie humana, como la de los animales y las plantas la domesticación y el cultivo.

Inmensa superioridad para la lucha por la vida dan al hombre la técnica y la cooperación. No hay especie que lleve tan lejos su dominio, que viva en ambientes tan variados que se multiplique y crezca como la humana. Pero no hemos alcanzado estas posibilidades infinitas para la especie sino mediante instituciones que limitan artificialmente el desarrollo y la vida de grandes grupos de individuos.

Porque en las sociedades modernas la técnica y la cooperación estriban en la propiedad privada de los elementos naturales de vida y de los medios de producción creados por el hombre, y ese dominio exclusivo de cierta clase de personas sobre el medio físico biológico y los útiles y materiales de trabajo trastorna las condiciones de la lucha por la vida.

Los socialistas alemanes suelen llamar al proletariado *vogelfrei*, libre como los pájaros; en realidad, lo es mucho menos. ¿No se atribuyen a Jesús las palabras: "los zorros tienen sus cuevas, las aves del cielo sus nidos; sólo el hijo del hombre no tiene donde reposar su cabeza"?

Despojados del suelo, desprovistos de los principales elementos y materiales de trabajo, los proletarios tienen que afrontar la lucha por la existencia en condiciones muy desventajosas, y no alcanzan, en general, sino a una vida corta y un desarrollo individual incompleto.

En cada clase social la mortalidad infantil es inversamente proporcional a sus recursos. En todas las ciudades, en todos los países, a la madre pobre, por grande que sea su cariño, la muerte le arrebató más hijos. Las estadísticas que lo prueban han sido levantadas principalmente en país alemán.

En el primer distrito de Viena, habitado por ricos, la mortalidad de los niños de pecho fue en el año 1891 de 14 por ciento, mientras que en los distritos pobres 10 y 11 se elevó a 40,7 y 42,9, es decir, casi al triple. Durante los años 1876-1885, en los barrios obreros de Berlín murieron de 34,1 a 36,2 por ciento de los niños menores de un año y en los barrios ricos de 22 a 24,4 por ciento. En los años sucesivos, las condiciones de vida han mejorado en aquella ciudad para la primera infancia, pero subsiste una gran diferencia en favor de los ricos. En 1904, en los barrios elegantes Friedrichstadt y Thiergarten murieron respectivamente 157 y 159 de cada mil nacidos vivos, mientras que en los distritos Gesundbrunnen y Wedding, de gente trabajadora, perecieron 273 y 274.

Una investigación de Pfeiffer en la ciudad renana de Colonia ha encontrado que de cada cien nacidos vivos morían en el primer año 15 en las familias cuyas entradas anuales pasaban de 3000 marcos, 18 en las familias de 1500 a 3000 marcos, 25 cuando los recursos pecuniarios eran de 600 a 1500 marcos al año, y 29 en las familias cuya entrada anual no llegaba a 600 marcos.

En cambio, durante los años 1850-70, los príncipes de las familias soberanas alemanas no murieron durante la lactancia sino en la proporción

de 7,8 por ciento, aunque sus padres estaban lejos de ser físicamente perfectos, y en ciertas familias, como la casa real e imperial de Habsburg, llevaban consigo más de una tara hereditaria funesta.

Se puede afirmar que la mortalidad infantil aumenta o disminuye según se prolonga o abrevia el trabajo diario de las madres, proposición que no es fácil demostrar numéricamente. Las cifras estadísticas prueban en cambio con toda evidencia, que la mortalidad infantil baja donde y cuando los salarios suben y sube donde y cuando los salarios bajan. Dos puertos alemanes, Danzig y Geestemunde, donde el salario diario medio es de 1 a 1,80 y de 2 a 3 marcos respectivamente, dan una mortalidad infantil de 29,5 por ciento el primero y el 16,1 por ciento el segundo. Dos centros metalúrgicos, Pirna, de Sajonia, y Hagen, de Westfalia, donde los niños de pecho mueren respectivamente en la proporción de 33,5 y 13,7 por ciento, dan un salario diario medio de 0,80 a 1,50 y de 1,40 a 2,50. En Lagenbielau, donde tomó Hauptmann los datos para su drama "Los Tejedores", el tejedor de hilo no recibe más que 0,90 a 1,10 marcos por día y la mortalidad de la primera infancia es de 36,6 por ciento, mientras que ésta baja a 14,4 por ciento en Bielefeld, donde el salario es de 1,50 a 2 marcos para la misma categoría de obreros.

Se cuenta que en Esparta así que nacía un niño, era presentado a los ancianos, que, si lo encontraban débil o deforme, lo llevaban, para abandonarlo, al helado monte Taigetes. Se ha presentado la altísima mortalidad infantil en la clase pobre en la primera infancia como un proceso de selección natural, que, eliminando desde un principio los niños congénitamente débiles o mal conformados, mejora las condiciones de la raza, y reemplaza la selección artificial que con tanto rigor hiciera en su propia descendencia aquel austero pueblo griego. De ser realmente así, la mortalidad de la segunda infancia y la tuberculosis de los adolescentes y adultos deberían ser menores donde más alta es la mortalidad de los niños de pecho, lo que no se observa. En España, que durante los años 1893-1902 de cada mil niños que nacieron perdió 190 antes de que cumplieran un año, la mortalidad de los niños de 1 a 5 años de edad es también mucho más alta que en Noruega, donde no murieron sino 94 por mil de los niños de pecho. Lo mismo resulta de la comparación de las diversas partes de un país. Las ciudades Stettin, Breslau y Liegnitz, que dan en Prusia la más alta mortalidad de lactantes, tienen también muy elevada mortalidad de niños de 1 a 5 años, mientras que la ciudad de Aurich tiene la menor mortalidad en ambos períodos de la vida. Estudios hechos en Suiza y en Bohemia, muestran que los distritos que dan mayor mortalidad infantil sufren también la más alta mortalidad tuberculosa de las personas de 15 a 60 años de edad.

Menos que un proceso de selección natural, la elevada mortalidad infantil de la clase pobre es, pues, consecuencia de la mala alimentación y de la falta de higiene y de cuidados, conjunto de circunstancias que en todas las edades hacen precaria la vida del proletario.

Y así como en la cría y el cultivo, la cantidad y la calidad de los alimentos parecen ser las causas más poderosas de variación para los animales y las plantas, en las sociedades humanas el exceso y la falta de alimento dan respectivamente a los unos, abultados abdómenes, y a otros, formas enclenques.

Pagliani ha estudiado en una gran ciudad italiana el desarrollo físico de los jóvenes varones, ricos y pobres, de 8 a 19 años de edad. Estos son sus resultados:

EDAD en años	Peso en kilos		Estatura en metros		Fuerza muscular en kilos	
	Pobres	Ricos	Pobres	Ricos	Pobres	Ricos
8	20,5	22,7	1,15	1,22	28	35
9	21,8	25,7	1,20	1,254	32	45
10	24,4	27,5	1,266	1,285	46	55
11	26,	30,7	1,285	1,336	46	65
12	28,	33,	1,32	1,37	61	69
13	31,5	35,5	1,386	1,426	65	74
14	32,3	41,7	1,40	1,506	68	88
15	39,	46,4	1,486	1,575	82	100
16	41,5	51,5	1,512	1,638	—	114
17	43,2	55,	1,514	1,64	—	125
18	45,	57,	1,543	1,645	—	130
19	46,7	57,5	1,56	1,68	—	140

Los niños y los jóvenes que trabajan en las minas de azufre de Sicilia y los de las escuelas elementales de Palermo, capital de esa isla, han dado, medidos por Giordano, las magnitudes siguientes:

EDAD en años	Niños de las minas de azufre	Alumnos de las escuelas elementales
	Peso medio en kilos	Peso medio en kilos
9	20,586	22,307
10	22,422	24,545
11	24,789	24,851
12	27,982	29,064
13	30,644	32,300
14	32,109	35,851
15	33,071	40,300
16	37,947	46,900
17	38,083	50,066

CIRCUNFERENCIA TORACICA MEDIA

Azufreiros	0,673 m. m.
Alumnos	0,708 m. m.

En general, las fatigas tempranas y excesivas, el mal ambiente de vida y de trabajo, la alimentación mala o escasa, estrechan el campo del desarrollo posible de los individuos, como lo han probado una vez más los estudios de Nicéforo en las clases pobres de Italia.

Luchan los proletarios hasta el fin con circunstancias históricas adversas, que nada tienen que ver con su propia y originaria aptitud biológica, y, debilitada su resistencia a los agentes de enfermedades y muerte, para ellos más asiduos y numerosos, sucumben más pronto. Según lo que se tiene y lo que se hace, así es la duración media de la vida.

En Hungría durante el período 1874-81 estudiado por Körösi, la edad media de los muertos de más de 5 años fue de 41 años y 7 meses para los pobres e indigentes, de 46 años y 1 mes para la clase media, y de 52 años para los ricos.

De una investigación estadística hecha en Inglaterra en los años 1880-82, resulta que de cada mil personas de las ocupaciones siguientes murieron:

	De 25 a 45 años	De 45 a 65 años
Varones en general	10,16	25,27
Clérigos	4,64	15,98
Agricultores	6,09	16,53
Maestros	6,41	19,08
Abogados	7,54	23,13
Médicos	11,57	28,03
Obreros en limas	15,29	45,14
Cerámica	13,70	51,39
Mineros de Cornwallis	14,77	53,69
Trabajadores en general	20,62	50,85
Empleados de hoteles y fondas	22,63	55,30

Concuerdan con estos datos los del estudio comparativo de la mortalidad en los barrios ricos y pobres de las ciudades.

En 1904 la ciudad de Buenos Aires dio una mortalidad de 16,73 por mil, comprendidos los nacidos-muertos, sobre los 944,742 habitantes contados en el censo de ese año. Ahora bien, si calculamos por una parte la mortalidad de las circunscripciones 1, 2, 3, 4, 6, 7, 8, 9, 15, 17 y 18, que comprenden los barrios obreros y pobres del Sur y del Oeste, y por otra la de las circunscripciones 5, 10, 11, 12, 13, 14, 16, 19 y 20 que abarcan todos los barrios ricos y elegantes encontraremos que la primera serie dio 9.665 muertos o nacidos-muertos sobre 503.111 habitantes, y la

segunda 6.144 sobre una población de 441.631, cifras que corresponden a una mortalidad de 19,21 y 13,91 por mil respectivamente. Podría objetarse que en los distritos pobres está la mayor parte de los hospitales, a donde van a morir enfermos de todos los barrios y aun de otras partes del país, abultando las cifras de la mortalidad. La zona de residencia de la clase rica y acomodada, en su continuo ensanche hacia el Norte, ha rodeado, sin embargo, varios hospitales situados antes en las afueras de la ciudad, encontrándose cuatro dentro de la circunscripción 19ª (Pilar), y habiendo también uno en la 5ª (Flores) y otro en la 16ª (Belgrano). Respetemos asimismo esa consideración, y comparemos solamente distritos sin hospitales. Encontramos que en la circunscripción 15ª la mortalidad es de 17,61 por mil, que no baja de 14,01 por mil en la 4ª (Boca), que es de 13,55 en el barrio pobre de San Carlos (Sur), mientras que en las circunscripciones 14ª y 13ª, distritos ricos del Centro, la mortalidad desciende a 10,59 y 10,33 por mil respectivamente, y no pasa de 9,75 por mil en el aristocrático barrio del Socorro (20ª circunscripción).

¿Vamos a creer que la excesiva mortalidad de la clase trabajadora resulta del choque continuo y fatal de la población con los límites que le asignan los medios de alimentarse?

Todavía en China, a cada sequía en la cuenca del río Amarillo y a cada desborde del río Azul, millones de seres humanos perecen de hambre. A uno y otro lado del Canal Imperial, al Noroeste de Shangai, donde con una técnica anticuada, casi sin ferrocarriles, los habitantes se hacinan a razón de unos 200 por kilómetro cuadrado, la pérdida de las sementeras de trigo a consecuencia de la inundación, trajo en el invierno de 1906-07 una carestía espantosa. No había literalmente qué comer, sino hojas de árbol y yerbas y raíces del campo; vendíanse a alto precio, para alimento los tallos y hojas de plantas de papas; podía comprarse un niño por un plato de arroz; en distritos enteros la población hábil se refugió en masa en las ciudades más próximas, abandonando a su suerte, a los débiles y los ancianos.

Al mismo tiempo el hambre desolaba la región rusa del Volga. Por falta de lluvias, en 25 provincias la cosecha había sido muy escasa y en 8 ó 10 no había habido cosecha alguna. Ya en el otoño, la población tuvo que alimentarse con bellotas, mientras el ganado devoraba los techos de paja. Cuando apretó el frío, varias familias se amontonaban en una choza y demolían las otras para, con sus maderos, hacer fuego. ¿Con qué iban a comprar combustible, ellos que vendían sus abrigo para comprar alimento? Para que durara más, mezclaban con afrecho, cáscaras y paja su última provisión de harina de centeno. En Samara, donde no se había recogido ni la mitad del grano sembrado, epidemias de tifus y escorbuto se aliaron al hambre.

Ante este cuadro, nos parece presenciar el cumplimiento de una ley de exterminio inexorable. Pero ya algunos de sus rasgos son peculiares. En Kazán, los campesinos tártaros, acosados por la necesidad, vendían sus hijas para el harén; por todas partes bandas de paisanos hambrientos asaltaban y saqueaban depósitos de granos, de propiedad particular o del Estado. Y más peculiar que todo esto: millones de toneladas de trigo, centeno, avena, maíz, cebada y harina eran exportadas de Rusia al mismo tiempo que 20 millones de rusos perecían de hambre, como en los horribles años de 1891-92, cuando sólo en la provincia de Samara 60,000 personas sucumbieron por falta de alimento, se exportaron de Rusia respectivamente, 6.411.312 y 3.217.392 toneladas de harinas y cereales.

De Irlanda, cuyas desgracias han sido atribuidas a exceso de población, dice George:

“Aun durante el hambre, los granos y la carne y la manteca y el queso eran acarreados para la exportación a lo largo de caminos llenos de hambrientos y por encima de fosos llenos de muertos”. Para esas exportaciones de alimentos, o a lo menos para una gran parte de ellas, no había retorno. En lo que se refiere al pueblo de Irlanda, el alimento así exportado lo mismo podía quemarse, o ser arrojado al mar, o no haber sido nunca producido. No iba como un camino, sino como un tributo para pagar la renta de los ausentes señores territoriales”.

¿Cómo no referir entonces la miseria del pueblo al despojo que sufre del producto de su trabajo? Cuando la reciente carestía hacía estragos en Rusia, el subsecretario del interior Gourko tuvo entrafías para defraudar, en complicidad de un empresario, los fondos de auxilio a los hambrientos que le habían sido confiados. Ordinariamente, cuando el hambre no es tan aguda, ¿serán rentistas, ministros y empresarios más respetuosos de los bienes del pueblo? ¿Cómo creer que el crecimiento de las sociedades humanas sólo está limitado por los medios de subsistencia, cuando vemos en ellas el único ejemplo de parasitismo social que nos ofrece el mundo vivo?

Ciertas especies inferiores viven como parásitos de otras especies. La gran lombriz intestinal, o tenia, se baña constantemente en los alimentos ya digeridos por el hombre, listos para la absorción; el ácaro de la sarna se hace un alojamiento en la piel del huésped, del que chupa jugos nutritivos. No necesitan, pues, los parásitos órganos complicados de sensibilidad ni de movimiento; para vivir en esa forma sedentaria, aprovechando el trabajo fisiológico del organismo que los sustenta, bástales prenderse firmemente de su víctima con poderosos instrumentos de fijación. A este fin desarrollan fuertes ventosas y garfios, al mismo tiempo que se atrofian sus órganos de los sentidos y de locomoción. Toda su actividad se concentra en las funciones puramente vegetativas, la nutrición y la reproducción.

Pero ningún ser vivo inferior al hombre vive como parásito de individuos de su propia especie. Dentro de ninguna de las sociedades animales

inferiores descubrimos el parasitismo, jamás un animal medra a expensas de sus compañeros de sociedad, sin prestarles servicio alguno. Alimentados por las abejas neutras u obreras, los zánganos no trabajan en la colmena; son empero de capital importancia para la especie, porque, junto con las hembras o reinas, se ocupan de la reproducción, y cuando han terminado su papel de machos, desaparecen de la escena. La especie humana es la única que practica y sufre el parasitismo en su propio seno; es preciso elevarse hasta ella para encontrar clases enteras de individuos que substraen a los otros los medios de subsistencia, sin servir para nada a ellos ni a la especie. Su prototipo, el propietario ocioso que vive de rentas, hospeda muy cómodamente lacayos, como parásitos secundarios.

Si para muchos hombres no hay asiento en el "banquete de la vida" es porque otros ocupan en la mesa demasiado lugar.

Nunca se patentiza tanto el despojo como cuando lo hace una colectividad extranjera, que vive fuera del país despojado.

La India, con sus hambres periódicas a pesar de su gran fertilidad, pasa por un ejemplo típico del país cuya población choca contra infranqueables límites físico-naturales. Se olvida que la mísera población hindú ha pasado de la bárbara dominación musulmana a la rapaz administración inglesa.

Refiriéndose a los príncipes que en Bengala los ingleses coronaban o destronaban, según convenía a sus designios, dice Macaulay: "La inmensa población de sus dominios era entregada como presa a los que lo habían hecho soberano y podían deshacerlo. Los empleados de la Compañía obtenían, no para sus empleadores, sino para sí mismos, el monopolio de casi todo el comercio interno. Obligaban a los nativos a comprar caro y vender barato. Insultaban con impunidad a los tribunales, la policía y las autoridades fiscales del país. Cubrían con su protección a una clase de subalternos nativos que se cernían sobre las provincias, esparciendo el terror y la desolación doquier aparecían. . . Enormes fortunas se acumulaban en Calcuta, mientras treinta millones de seres humanos eran reducidos a la más extrema miseria. Estaban acostumbrados a vivir bajo tiranía; pero nunca bajo una tiranía como ésta. . . Bajo sus antiguos amos tenían a lo menos un recurso: cuando el mal se hacía insoportable, el pueblo se levantaba y derribaba al gobierno. Pero el gobierno inglés no podía ser sacudido así. Este gobierno, tan opresor como la forma más opresora de despotismo bárbaro, era fuerte de toda la fuerza de la civilización".

Semejante estado político explica, tanto como la ley de la población, que una sequía produjera hambres como la de 1770, cuyas víctimas se contaron por millones. Si hoy el sistema se ha suavizado en la forma, en el fondo es siempre el mismo. El pueblo indio sufre de hambre crónica, pero la India casi no exporta sino productos agrícolas; lo que allá falta no es alimento, sino dinero a los indígenas para comprarlo. En seguida de un

hambre en que seis millones de seres humanos perecieron, se ha visto al gobierno inglés elevar 44 por 100 el ya muy alto impuesto sobre la sal, que, después del arroz, es el principal objeto de consumo de la población del país. En un artículo, reproducido por toda la prensa europea decía Hyndman, a propósito de la última hambre y las revueltas subsiguientes: "No hay duda de que los ingleses tienen la culpa del hambre en la India británica. La mejor prueba de esto es que en los grandes Estados indos vasallos, con una población total de 50 millones, no hay hambre. Todos esos Estados tienen las mismas condiciones climáticas y geográficas que los territorios circunvecinos que están bajo el dominio británico. ¿Por qué no sufren hambre esos Estados a pesar de la sequía y de las malas cosechas? Porque sus pobladores aunque pagan más impuestos locales que los súbditos ingleses, están en una situación mucho mejor que éstos. Seguramente porque no están expuestos a las perniciosas exigencias de la *euro-peización* de toda la administración pública, como tienen que sufrirla los habitantes del territorio británico". En la forma de letras de cambio, pensiones, gastos del gobierno indo en Inglaterra, dividendos, etc., los ingleses sacan de la India un tributo anual de 30 millones de libras esterlinas. Toda la copiosa maquinaria militar y administrativa está en manos de ingleses que miran a la India como un país de lucrativo destierro temporario, como los oficiales españoles miraban a Filipinas, como "país de cucaña". Agrega Hyndman: "Se nos dice que hemos construido los ferrocarriles de la India, y que eso es un gran beneficio. Pero, bajo el sistema reinante, esos ferrocarriles sólo son grandes bombas para absorber las riquezas del país e impelerlas en los bolsillos de los ingleses".

Aún en los países más civilizados, muchas vidas humanas tienen un fin prematuro, lo que no falta quien explique por el exceso de población. ¡Y al mismo tiempo se habla en ellos de exceso de producción!

¿Por qué Chile, con unos 4 habitantes por kilómetro cuadrado y un clima benigno, perdía en 1905 durante el primer año de la vida 352 por mil de los niños, mientras Nueva Zelanda con una población casi igual, conservaba en los suyos 929?

Una reciente publicación oficial de Venezuela muestra que su territorio es igual al de Alemania, Francia, Italia, Holanda, Bélgica, Suiza e Irlanda juntas, lo que, sin pasar de 97 habitantes por kilómetro cuadrado, le permitiría abrigar una población de 150 millones. Pero no dice el documento venezolano, si bien trae como portada el retrato del general Cipriano Castro, por qué la población de Venezuela, que no pasa de 2.600.000, aumenta tan despacio. De 1881 a 1904 su incremento ha sido, según cálculos oficiales, de poco más de medio millón de habitantes, mientras que la población de Sajonia, pequeño país alemán, más densa que la de China, ha aumentado en más de un millón en los últimos 20 años. A pesar de su inmenso y rico territorio, la exigua población de Venezuela no ha llegado al aumento anual

de 125 por 10.000 que ha tenido durante las dos últimas décadas del siglo 19 la población de Alemania, la cual, cien veces más apretada en un suelo no especialmente favorecido, ha podido al mismo tiempo destacar a otras partes del mundo a cientos de miles de alemanes.

En la cuenca del Río de la Plata hay por cada habitante medio kilómetro cuadrado poblado de vacas y ovejas, cuando no cubierto de mieses, lo que no impide que en la región la mortalidad infantil sea grande, frecuentes los conflictos armados, las enfermedades evitables y el vicio, bien conocidos.

Como en el Congreso médico latino-americano de 1904 se observara al delegado de México cuán alta es todavía la mortalidad en su país, contestó que cerca del 70 por ciento de esas defunciones correspondían a individuos que carecen de los medios indispensables para su bienestar, siendo tan baja como en las ciudades de condiciones higiénicas ideales la mortalidad de las personas de buena posición social. ¡Cuánta miseria en un país a donde los extranjeros acuden a enriquecerse!

Desde que en 1896 se diagnosticó en Bombay la peste bubónica, han sucumbido a ella en la India Inglesa más de 5 millones de personas, la más terrible devastación después de la epidemia que desoló a Europa en el siglo 14. Los ingleses dicen que no basta para explicar la propagación de la plaga la pobreza de la población. Y, en efecto: transmítase la peste al hombre por las pulgas de las ratas y son muchos los hindúes a quienes sus creencias religiosas les prohíben matar las pulgas y las ratas.

En último término, toda miseria colectiva puede ser explicada por la incapacidad del pueblo para la lucha colectiva por la vida, para aumentar sus medios de subsistencia en proporción a las crecientes necesidades, organizando el trabajo de modo productivo y librándose de toda explotación nacional o extranjera. Así entendida, la ley de la población se reduce a enunciar el hecho muy real de un exceso relativo de población, relativo no tanto a la cantidad de alimento, como al conjunto de los medios de vida social en general, comprendiendo entre ellos las costumbres del trabajo y de la política.

No pudiendo castrar a los proletarios como a los animales domésticos, se les presenta a veces la ley de Malthus como una fórmula absoluta y fatídica que basta para explicar su miseria. Rechacémosla en ese sentido, como una impostura perniciosa, hecha para enervar el esfuerzo del pueblo hacia una vida mejor. Rechacémosla por absurda, sobre todo en Sur América donde el acaparamiento del suelo por ineptas oligarquías de terratenientes y la falta de educación del pueblo mantienen secuestradas y dejan perderse estériles fuentes copiosísimas de vida.

En su lucha por la existencia, no necesita el hombre destruir seres humanos.

Empeñado en presentar la Historia como una serie interminable de luchas de razas, Gumpłowicz hace depender de motivos cósmicos la fatalidad

de la lucha por la vida entre los hombres. "La masa de los organismos en la superficie del globo —dice— no puede menos que permanecer invariable, y se determina por las condiciones cósmicas de este globo... que las especies humanas retroceden y desaparecen ante el hombre, y que ciertas razas están en camino de desaparecer, mientras que otras se extienden ganando terreno. No pudiendo el globo terrestre cambiar de peso, se diría que en su viaje a través de los espacios celestes no puede llevar más que cierto número de pasajeros. Mientras que unos se multiplican, es necesario que los otros perezcan".

¡Colosal desatino! Gumpłowicz parece creer que los cuerpos orgánicos se forman de la nada, e ignora que un nuevo peso de materia viva representa necesariamente un peso igual abstraído al mundo inorgánico. La planta transforma y vivifica los cuerpos que toma del suelo y del aire. El hombre se multiplica sobre el suelo exhausto de Europa abonándolo con el guano y el salitre de las costas del Pacífico, y alimentándose del trigo en que se transforma el humus de las praderas americanas.

Lejos de tender a aumentar más pronto que los medios de alimentarse, la población puede crecer menos que la riqueza, como ha sucedido en Europa y América durante el siglo pasado. Debido a la selección artificial, las plantas cultivadas y los animales domésticos son más fecundos que las mismas especies en estado salvaje. En el hombre, la civilización obra en el sentido inverso. Parece que la mayor tensión intelectual que impone al individuo y el consiguiente desarrollo del sistema nervioso se acompañan de la moderación del poder prolífico, antagonismo entre la expansión individual y la capacidad de reproducción que ha sido presentado como una ley biológica general.

Al contacto de la civilización europea, que trastorna todas sus costumbres y creencias, les impone nuevos artículos de comercio y nuevos modos de comerciar, y les da el ejemplo de extrañas normas de conducta, los pueblos primitivos del Pacífico han sufrido tan grande conmoción mental, que han dejado de procrear, y, sin ser directamente maltratados, se extinguen rápidamente. Así han desaparecido los indígenas de Tasmania, así los isleños de Tahití, de Hawaii y los maoríes de Nueva Zelanda caminan rápidamente a su total extinción.

¿No podríamos atribuir la disminución de la natalidad en los pueblos cultos a una inhibición análoga del poder prolífico, determinada por el choque continuo con las nuevas condiciones de vida que resultan de su rápida evolución?

Ello es que se observa más alta natalidad en los países atrasados, de costumbres más estables, en Rusia más que en Alemania, en México y Cuba más que en los Estados Unidos, en la Argentina más que en Australia; y en los países donde la estadística ha registrado el movimiento en la población, ha habido durante el último medio siglo un descenso del número pro-

porcional de nacimientos, como si el rápido progreso de las últimas décadas hubiera embargado el sentido genésico de los pueblos.

Nótese esta baja de la natalidad en España y Portugal como en los países escandinavos, en Servia y Rumania como en Bélgica y Holanda, en las ciudades como en los distritos rurales de Inglaterra, en Norte América como en Europa, como una tendencia sostenida y universal, que si no se traduce en una detención del aumento de la población es porque se acompaña en general de un descenso de la mortalidad.

Acentuándose con la aceleración del progreso económico, la disminución del número proporcional de nacimientos se explica en parte por la creciente proporción de mujeres ocupadas en la industria, el comercio y las diversas profesiones.

Y forzoso es reconocer que se debe también a la regulación artificiosa de las relaciones sexuales en la vida matrimonial. Ya lo hacía comprender la costumbre de no tener más de dos hijos, tan común en la población urbana y rural de Francia. Una reciente investigación lo ha establecido ahora numéricamente para la Gran Bretaña.

La Sociedad Fabiana, agrupación que profesa el bien del pueblo y se ocupa de cuestiones sociales, distribuyó a sus socios entre los cuales hay tanto obreros como rentistas, un cuestionario acerca de su matrimonio, en que les preguntaba si éste era "limitado" o "ilimitado", entendiéndose por lo primero la limitación de la familia a dos niños o los artificios impeditivos de toda fecundidad, y por ilimitados los matrimonios que dejan a la fecundidad seguir su curso natural. De 316 matrimonios que contestaron, 242 se declararon limitados, y 74 ilimitados. Los motivos más generalmente invocados para justificar la "limitación" eran de orden pecuniario.

Planteábase entonces el problema de si no sería especialmente acentuado el descenso de la natalidad en la parte más previsora y ahorrativa de la población toda, punto que se ha resuelto por la afirmativa estudiando el movimiento de la natalidad en la más grande sociedad británica de socorros mutuos.

Esta es la de los Corazones de Roble, que tenía en 1906 más de 272.000 socios varones adultos, diseminados en toda la extensión del Reino Unido, y que con sus familias representaban el 3% de la población total. Sólo se admiten en esta sociedad personas de buena conducta cuyo salario no baje de 24 chelines por semana, lo que desde luego excluye a los trabajadores agrícolas, o sin oficio determinado, y, fuera de Londres, aun a los obreros adiestrados de categoría inferior. Artesanos, obreros adiestrados y cierto número de pequeños comerciantes y gentes de las capas inferiores de la clase media forman, pues, la asociación, que asegura al socio un subsidio de 30 chelines en cada parto de su esposa. Con este

motivo, de unos 40 años a esta parte la sociedad ha registrado los nacimientos acaecidos en las familias de los socios y, aunque no dicen los registros la proporción de los socios casados, no hay motivo de pensar que esa proporción haya variado. Cuanto a la edad media de las esposas, que tampoco se registra, puede admitirse que se ha elevado proporcionalmente a la de los socios en general, que durante el período estudiado ha pasado, según parece, de 33 a 37,52 años envejecimiento medio de las esposas que explicaría a lo sumo una baja de 15 por ciento en la natalidad. Pues bien, de 1866 a 1880 las solicitudes de subsidio por parto se elevaron de 2170 a 2472 por 10.000, y de 1881 a 1904 bajaron continuamente, hasta no pasar de 1165 por 10.000 asociados en este último año. Entre los Corazones de Roble, millón y cuarto de personas que sólo se distinguen del resto de la población por la práctica más regular del ahorro, la natalidad ha bajado, pues, durante el último período 52 por ciento, descenso tres veces mayor que el observado en la población total de Inglaterra y Gales. En otra sociedad más pequeña, de 8225 socios, la proporción de éstos que ha solicitado el subsidio por parto ha bajado 56 por ciento en el período 1881-1901.

¿Degeneración física o suicidio de raza?, titúlense los artículos del *Times*, en que se exponen estos hechos. No es posible substraerse a la idea de que esta baja de la natalidad responde por lo menos en parte, a la práctica que, en forma atenuada, representan lo que entre los salvajes el infanticidio sistemático, sobre todo de las niñas mujeres, horrible costumbre que, suprimiendo violentamente en algunas tribus hasta dos de cada tres recién nacidas, ha contribuido a mantener el número de individuos de ciertos pueblos primitivos y miserables dentro de los límites que no se sentían capaces de pasar. ¿No es también doloroso y bárbaro el vano funcionamiento sin objeto, el desperdicio de energías humanas denunciado por la actual baja de la natalidad en algunos de sus aspectos? Distráiganse en buena hora hombres y mujeres de las funciones meramente vegetativas, aplicando su influjo nervioso a elevar su vida y la de los demás; pero no se agoten en el vacío, asediados por preocupaciones sórdidas, que, por singular aberración, estrechan sobre todo la vida de los ricos.

En todas partes, en efecto, en un mismo país, en una misma ciudad, quienes menos se multiplican son los que viven en la abundancia.

En Nápoles, de 1881 a 1892, el elegante barrio de San Fernando dio una natalidad de 25,9 por mil de la población, mientras que ella fue de 42,7 por mil en el barrio pobre de San Lorenzo. El siguiente cuadro numérico presentado en 1897 al Congreso Estadístico de San Petersburgo, por Bertillon, evidencia el mismo fenómeno para cuatro de las más grandes ciudades europeas:

NUMERO ANUAL DE NACIMIENTOS POR CADA MILLAR
DE MUJERES DE 15 A 50 AÑOS, EN:

	París	Londres	Berlín	Viena
Barrios muy pobres	108	147	157	200
Barrios pobres	95	140	129	164
Barrios acomodados	72	107	114	155
Barrios muy acomodados	65	107	96	153
Barrios ricos	53	87	63	107
Barrios muy ricos	34	63	47	71

Para la ciudad de Buenos Aires no hay estadística corregida de la natalidad, que relacione el número de nacimientos con el de mujeres en edad de concebir; sólo se conoce el número de nacimientos de la ciudad y de cada una de sus circunscripciones. Relacionándolo con la población en el año del censo de 1904, encontramos una natalidad muy diferente en los barrios pobres y en los ricos. Los once distritos que agrupamos como relativamente pobres al ocuparnos de la mortalidad, dieron ese año 18.785 nacimientos sobre 503.111 habitantes, lo que es una proporción de 37,33 por mil, mientras que los nueve distritos relativamente ricos sobre 441.631 habitantes no dieron más que 13.877 nacimientos, esto es 31.42 por mil. El contraste se acentúa si comparamos en particular ciertos distritos, tomándolos, para evitar error, entre los que no tienen dentro de sus límites salas hospitalarias de partos. La circunscripción 15ª (San Bernardo), una de las más pobres, da una natalidad de 42,03 por mil, el barrio obrero de la Boca, 38,68 por mil; en cambio la circunscripción 13ª, de gente acomodada, tuvo sólo 27,59 nacimientos por cada mil habitantes, no llegando tampoco la natalidad sino a 27,63 por mil en el distrito del Socorro, ya mencionado como el centro de las más ricas residencias.

La clase rica se distingue en todas partes por su débil natalidad. Donde hay una gran inmigración obrera la población inmigrada contrasta por su alta natalidad con la población nativa, en la cual hay más personas de buena posición. Así en Boston, en el año 1900, la natalidad fue de 18,20 por mil entre los nativos y de 31,06 por mil entre los inmigrados; en 1901, la natalidad fue de 16 por mil entre los nativos y de 31,08 entre los inmigrados de Providence, capital del Estado norteamericano de Rhode Island, siendo en el Estado entero 17,01 y 30,96 para nativos e inmigrados, respectivamente.

El estadígrafo Bertillon ha calculado la natalidad en los departamentos de Francia, relacionándola con el monto de lo recolectado a título de impuestos mobiliario y de puertas y ventanas. He aquí sus resultados:

DEPARTAMENTOS	Impuesto percibido por cabeza de la población (en francos)	Nacimientos legítimos por cada 100 mujeres casadas
10	0,75 a 1,21	23,63
9	1,29 " 1,41	21,88
11	1,46 " 1,59	18,06
8	1,65 " 1,73	16,06
9	1,80 " 1,93	15,84
10	1,98 " 2,06	16,33
10	2,13 " 2,42	15,94
9	2,52 " 2,82	17,77
10	2,98 " 4,34	14,73
1 (Sena)	6,73	13,24

A medida que en este cuadro sube la cifra del impuesto, baja en general la natalidad, que se muestra así inversamente proporcional a la riqueza. En el departamento del Sena, donde está París y la comodidad y el lujo llegan a su máximo, el número de nacimientos es ínfimo.

¡Explíquese entonces la pobreza de los trabajadores por su excesiva reproducción! Tanto valdría decir que se multiplican demasiado porque no son ricos.

Los lugares habitados por gente rica son también los que dan, respecto de la población total, el más alto porcentaje de sirvientes domésticos, cuya forzada esterilidad contribuye no poco a la disminución del número de nacimientos.

La relativa esterilidad de las clases altas depende en parte de que sus matrimonios son tardíos.

En Inglaterra se ha encontrado que la edad media de casamiento de diferentes clases sociales es como sigue:

	Hombres	Mujeres
Mineros	24,06 años	22,46 años
Tejedores	24,38 "	23,43 "
Altas profesiones y rentistas	31,22 "	26,42 "

He aquí, según Fircks, la edad media a que se casaron en Prusia los hombres de diferentes ocupaciones durante los años 1881-1886:

Empleados públicos	33,4 años
Empleados eclesiásticos	32,5 "
Hoteleros	32,0 "
Comercio y tráfico	30,0 "
Agricultores	29,6 "
Industria del vestido	29,0 "
Mecánicos y metalúrgicos	28,0 "
Obreros fabriles	27,7 "
Miñeros	27,5 "

Estudiando los 18.000 matrimonios producidos en Copenhague en los años 1878-82, se ha encontrado que los trabajadores se casaron en término medio a los 28,8 años de edad, y los altos empleados, los fabricantes y grandes comerciantes esperaron hasta los 33,9 años para contraer matrimonio.

Y no siempre se llega sin taras a un matrimonio tardío. Las enfermedades adquiridas por los hombres durante su prolongado celibato, contagiadas a sus esposas, condenan a no pocas a una completa esterilidad; 65 por ciento de los matrimonios tienen hijos en los arrabales berlineses Wedding y Moabit, mientras que en la magnífica Friedrichstrasse sólo son fecundas 45 por ciento de las uniones matrimoniales. Su morbilidad venérea indica que la débil procreación de las clases altas es consecuencia de la corrupción y del vicio, si bien puede depender en parte de la mayor cultura y de más altas funciones mentales. La prostitución florece allí donde los pudientes reducen su prole hasta el punto de no cubrir siquiera la merma de hombres debida a la mortalidad, como si de la exuberancia de medios de vida resultara la degeneración física de la especie. Y la prostitución, tributo impuesto a la belleza plebeya por el poder del dinero para que las mujeres de la clase alta puedan conservar su calculada castidad, se venga de éstas enviándoles por la vía de sus maridos en retardo los gérmenes de la esterilidad y de la muerte.

Si las clases sociales mejor colocadas tienen en mayor proporción hombres inteligentes y mujeres hermosas, ¿no es su infecundidad una doble pérdida para el porvenir de la especie?

Hasta la selección sexual es trastornada o impedida por la desigual distribución de la riqueza. Para seducir a las hembras despliegan los pájaros sus plumas de brillantes colores, y pasan por verdaderos certámenes de canto y de piruetas. Los que triunfan en la lucha, por el amor transmiten a su prole los caracteres que los han hecho vencedores, y así se desarrolla el tipo de belleza de la especie. De este proceso de selección sexual que no aniquila a los individuos menos favorecidos, pero los excluye en mayor o menor grado de la propagación, han resultado los caracteres sexuales

secundarios del hombre y de la mujer, la barba en aquél, la redondez y delicadeza de formas en ésta.

En la especie humana, la creciente individualización se manifiesta en el amor sexual específico, que hace la selección sexual cada vez más rigurosa, inclinando a cada individuo hacia una persona determinada del otro sexo, en quien concentra, más o menos duradera y exclusivamente, toda su afección. Esta forma superior del amor, idealizada por la poesía, sobreponiéndose al ordinario instinto sexual, lo hace más delicado en las condiciones de su satisfacción, y, en consecuencia, menos fecundo.

En el grado en que la especie humana modera por la cultura su poder de reproducción, y atenúa dentro de sí misma la lucha por la existencia y la selección natural, haciendo posible la vida aun para individuos muy imperfectos, mayor importancia adquiere para ella la selección sexual, como proceso de conservación y refinamiento del tipo de la especie.

Pero si el faisán deslumbra a la hembra con su espléndido plumaje y el ruiseñor la encanta con sus gorjeos, para triunfar en la selección sexual el hombre cuenta ahora, en primer lugar, con un elemento extrínseco: el dinero. Cualquiera que sea el origen del que llena la bolsa, ésta es actualmente en los países comerciales el carácter sexual secundario más apreciado, con la particularidad de que lo mismo adorna a uno que otro sexo, pues, así como el degenerado, rico y disoluto suele malograr para la especie lindas doncellas, la rica fea es más solicitada que la hermosa sin dote o sin futura herencia.

Encontramos, pues, condicionada la acción de los principios biológicos en la especie humana por las actividades intencionales del hombre, que obediendo a las leyes generales de la vida, al mismo tiempo las altera, y, en bien o en mal, les imprime un sello peculiar.

El predominio de las funciones vegetativas toma en la Humanidad una forma superior, en relación con la altura mental del hombre, y se manifiesta en fenómenos sociales de un orden propio, que no reflejan sino mediata e indirectamente las leyes de la biología.

¿Es acaso por inferioridad étnica que se extinguen el fuerte iroqués y el noble araucano, mientras sobreviven las poblaciones indígenas de México y del Perú? Sí, donde compiten libremente, el trabajador chino desaloja al blanco y obtiene a su modo el triunfo de los más aptos, ¿es por superioridad biológica o por su mayor aptitud para vegetar en determinadas condiciones sociales?

En la complejidad de su desarrollo, las sociedades humanas se dividen en clases antagónicas, y la lucha dentro de la especie toma así una forma completamente propia de la Historia.

Crecen desmesuradamente en la evolución humana el cúmulo de cosas y costumbres que se transmiten de una a otra época, y los sentimientos e

ideas ligados a esas prácticas. Y esos elementos, materiales e ideales, recibidos por tradición pueden pesar sobre lo biológico y generativo del hombre hasta aniquilarlo.

¿No vemos en las sociedades modernas la riqueza acompañarse de esterilidad? ¿No ha disminuido en la última época la natalidad en los países donde más han subido los salarios?

Si la mortalidad baja más que el número de nacimientos, y la población no interrumpe su crecimiento, siempre es el triunfo de la vida, y un triunfo más inteligente.

Pero en Francia la población ya no se mantiene sino gracias a la inmigración, y pronto puede suceder lo mismo en otros pueblos factores del progreso.

En otras épocas históricas, civilizaciones decadentes han dejado disminuir la población hasta el punto de preparar el camino a la dominación de los pueblos bárbaros de mayor energía vital, que las subyugaron.

Los 9000 espartanos de los legendarios tiempos de Licurgo se habían reducido a 1900 en tiempo de Aristóteles y de la conquista macedónica. Algunos siglos más tarde, cuando todos los países helénicos estaban ya bajo la dominación romana, Grecia entera según Plutarco, no podía suministrar 3000 hoplitas, soldados a pie, tantos como la ciudad de Megara mandó a Platea a pelear con los persas.

Próximo a su derrumbe, el Imperio Romano se había despoblado por la ruina de los campesinos y agricultores libres, substituidos por esclavos en los inmensos latifundios que concentraban en pocas manos la propiedad del suelo. No pudo entonces resistir el embate de los pueblos germanos, que procreaban libremente y pasaban por una rigurosa selección natural.

La vida está siempre en acecho de nuevas oportunidades. Como aquellas corruptas aristocracias de la antigüedad, los pueblos que hoy son más dueños de la tierra perderán su predominio si persisten en su tendencia demográfica actual. Las grandes aglomeraciones asiáticas, una vez asimilados por ellas los principales elementos de la técnica europeo-americana, desbordarán de sus dominios actuales y llenarán los vacíos que encuentren en el mundo, si conservan su poderosa natalidad. Tanto peor para las sociedades impotentes, sin fuerza para poblar la tierra que les brinda la vida en ricos filones.

¿No es concebible mayor armonía entre las fuerzas tradicionales y las fuerzas generativas que se transmiten de una a otra edad?

¿Será siempre necesaria la destrucción intencional de seres humanos para el triunfo eterno de la vida?

No.

Concebimos que la vida humana, sin perder nada de su fuerza expansiva, sea objeto de un cultivo cada vez más perfecto.

La riqueza no es aniquiladora de vida sino por la inconsciencia con que la acumulamos y manejamos.

LUIS RAZETTI
(Venezuela)

DISCURSO EN EL CENTENARIO DE DARWIN *

*Señor Ministro de Instrucción Pública;
Honorables colegas;
Señoras; señores:*

La Academia Nacional de Medicina al dispensarme el alto honor de confiar a mis escasas facultades el discurso de orden de esta fiesta solemne, consagrada por ella a glorificar la memoria de Carlos Darwin en el primer centenario de su nacimiento, no pudo ver en mí el orador brillante que sabe convertir la palabra de la elocuencia en manojos de luz fascinadora, ni el hombre de ciencia, erudito, y sabio, que penetra hasta el fondo de los misterios de la naturaleza para descubrir la verdad y hacerla tangible; porque son ésas cualidades excelentes que sólo las poseen los espíritus selectos de la reducida familia de los hombres superiores.

Para presentarme hoy ante vosotros, como vocero de la Academia de Medicina, no puedo exhibir como méritos que disculpen mi insuficiencia, sino ser respetuoso admirador de la grande obra científica de Darwin y haber sido el escritor que con más fe ha defendido en Venezuela las doctrinas biológicas que se derivan de la alta concepción darwinista del mundo.

Vengo, pues, a esta tribuna en cumplimiento de un doble deber: para con la Academia, cuyas decisiones todos estamos obligados a respetar; y para conmigo mismo, porque la posición que ocupo en nuestro humilde mundo científico, no me permite excusarme de rendir hoy el sincero homenaje de mi respeto al ilustre sabio que mejor enseñó a los hombres a amar la verdad.

En el momento histórico en que hablo, cuando Darwin entra triunfador en el templo de la inmortalidad, la gran doctrina científica por él proclamada desde las alturas de la más elevada concepción filosófica del universo, la consagran con su asentimiento unánime todos los espíritus cultivados.

Ya pasaron los tiempos de la lucha encarnizada entre creacionistas y transformistas: todas las escuelas aceptan la descendencia como el principio fundamental de la biología: "Sólo el catolicismo ultramontano, como dice el profesor Plate, procede como enemigo de la cultura, se exhibe como un obstáculo manifiesto en el camino de la obra más elevada de la humanidad: el adelanto de las ciencias y de las artes; o al menos no procede

* Pronunciado por Razetti el 12 de febrero de 1909, y publicado ese mismo año en folleto por la Academia Nacional de Medicina, Caracas.

como debería en el desenvolvimiento de esos ideales en la extensión que les corresponde”.

Sin embargo, como la ciencia es la única poseedora de la verdad, y la ciencia se impone y triunfa, del seno mismo del catolicismo filosófico surge hoy una escuela poderosa, que después de haber revisado cuidadosamente, página a página, el histórico libro origen y fundamento de las tres grandes religiones occidentales, y haber sometido al criterio de la crítica histórico-científica las narraciones del texto sagrado, concluye declarando falsos los orígenes bíblicos de la humanidad al mismo tiempo que proclama la necesidad de la “evolución del dogma”, como la única tabla de salvación del catolicismo en el actual naufragio del sentimiento religioso.

“El Génesis basta para saber cómo es que ha comenzado el mundo”, exclamaba el católico conde De Maistre en 1810; y en 1830, el protestante Cuvier clavó triunfante la bandera del creacionismo científico en la alta tribuna de la Academia de París, bajo el amparo de su vastísima ilustración y de su esclarecido talento. La inmutabilidad de las especies orgánicas y los cataclismos periódicos del globo, fueron durante treinta años los dos polos que sostenían el eje sobre el cual giró toda la ciencia de la naturaleza.

Lamarck, el ilustre fundador del transformismo; Goethe, el sabio poeta; Sainte Hillaire, el eminente vencido de 1830, y todos los representantes de la filosofía positiva de principios del siglo XIX, quedaron olvidados en espera de tiempos mejores para la ciencia.

Al fin sonó la hora de la verdad, y de la obra de Cuvier, sólo quedó en pie lo que en ella era verdaderamente grande: su paleontología y su anatomía comparada. Lyell demostró la imposibilidad de los cataclismos periódicos del globo; Darwin destruyó el principio de la inmutabilidad de las especies, y Spencer, el más grande de los pensadores modernos, dilató la evolución orgánica hasta los dominios de la filosofía y creó una nueva y grandiosa ciencia del espíritu humano.

Al propio tiempo que en el campo de las ciencias biológicas se operaba la completa transformación de la escuela antigua, y al finalizar el último siglo todos los naturalistas de Europa proclamaban ya como doctrinas legítimas la evolución lenta e incesante del planeta y la transformación sucesiva de las especies orgánicas, en los dominios de la exégesis bíblica y de la apologética cristiana se realizaba una verdadera revolución, que para el momento actual, ha alcanzado las proporciones de una grande herejía religiosa.

El “Modernismo” será una escuela herética porque va contra el dogmatismo tradicional de la Iglesia romana; pero en realidad es una poderosa escuela científica que investiga la verdad a la luz de la crítica histórica moderna. “Ya no se trata de saber si la Biblia contiene errores —dicen los modernistas—, se trata de averiguar qué es lo que la Biblia contiene de verdad”.

Al postulado del conde De Maistre, que como síntesis de la exégesis tradicional parecía indiscutible, o pone hoy el abate Loisy, el más sabio e

ilustre de los exégetas contemporáneos, este principio absolutamente ajustado a la teoría científica del mundo: "Los primeros capítulos del Génesis no contienen una historia exacta y real de los orígenes de la humanidad".

Durante todo el siglo XIX existió la lucha entre la exégesis ortodoxa, que defiende la tradición bíblica como expresión de la verdad, no sólo religiosa, sino histórica y científica, y la exégesis liberal, que, inspirada en la crítica moderna, tiende a separar de la obra hexamérica la parte religiosa y dogmática de la histórica y científica.

En esa lucha, la ortodoxia, obligada por la crítica científica, ha perdido una parte considerable de su secular prestigio. En 1838 concedió a la geología la teoría de los días-épocas de Serres; en 1896 aplaudió el discurso del padre Lagrange en el Congreso Católico de Friburgo; y hoy los católicos pueden aceptar la *Evolución moderada* sin detrimento de su fe.

El último poderoso esfuerzo de la escuela conservadora, por armonizar la tradición filosófica judaico-cristiana con los hechos comprobados por la observación científica después de la aparición de la doctrina de Darwin, acaba de hacerlo el naturalista Wassemann, de la Compañía de Jesús, en la conocida discusión sostenida el año pasado en Berlín, entre el sabio jesuita y los representantes de la escuela transformista alemana.

La bandera del creacionismo, habilísimamente sostenida por el ilustre naturalista católico, cayó al fin del debate, rota y sin prestigio, a los pies del eminente profesor Plate. Y digo sin prestigio, porque el padre Wassemann no apareció ante sus contendores como un legítimo creacionista ortodoxo, sino como un transformista moderado, que acepta la descendencia en principio y no cree que la evolución conduzca necesariamente al ateísmo... El padre Wassemann es un verdadero sabio; no puede aceptar la invariabilidad de las especies.

La religión y la ciencia tienen sus límites, cada una de ellas debe girar en su esfera. Pero como no es la religión sino la ciencia la dueña y señora de los destinos humanos, porque no es la religión sino la ciencia la encargada de dirigir el progreso, cada vez que la religión pone un obstáculo a la obra del progreso, la ciencia, en nombre de los derechos humanos, está en el deber de oponerse a la acción retrógrada de la religión.

Esto fue lo que sucedió con la obra genial de Darwin. La idea de que las especies orgánicas no son inmutables, sino que varían, y que los seres organizados hoy presentes en la superficie del planeta, son la descendencia de formas anteriores aparecidas en el origen por generación espontánea en un momento adecuado de la evolución del globo, fue una idea que impulsó el progreso intelectual por nuevos y amplísimos caminos capaces de conducirnos a la solución del gran problema de la naturaleza humana.

Pero esa concepción es opuesta al dogma de la creación especial del hombre por acción directa de la divinidad, fundamento de la tradición religiosa judaico-cristiana, origen del catolicismo. Y el catolicismo que nada de común tiene con la ciencia, sacrifica el progreso, sacrifica el porvenir de la humanidad, detiene la marcha de la civilización, paraliza el

desarrollo natural de las sociedades, y hasta impide que el hombre averigüe la esencia de su propia naturaleza para defenderse de las asechanzas de la muerte, porque esa concepción es contraria a un dogma tradicional inventado por los hombres mismos, cuando el hombre no tenía ni la más remota noción de que la ciencia pudiera surgir un día de su cerebro.

La ciencia tiene necesariamente que oponerse a esas ilegítimas invasiones de la religión en sus dominios, y de aquí la lucha que ha existido y existirá siempre entre la teología ortodoxa y la ciencia positiva, entre los detentores del progreso y los representantes de la civilización.

Por mi parte repetiré con una ilustre doctora de la ciencia moderna: "Mi profesión de fe está hecha: yo creo en el progreso". Y porque creo en el progreso y en la verdad, y estoy convencido de que la ciencia es el único factor de la civilización, es que he venido hoy a esta tribuna en representación de la Academia Nacional de Medicina, a rendir el homenaje de mi respeto a la memoria de Carlos Darwin, el día que se abre para su obra el templo de la gloria y la justicia coloca su nombre en el reducido catálogo de los pocos sabios indiscutibles que han pasado por el mundo.

La paz se ha firmado en Berlín: el tiempo de la lucha ha terminado. Ocupémonos ahora en aplicar los principios fecundos, que en beneficio de la felicidad humana, objeto único de la ciencia, podemos deducir de la hermosa doctrina creada por Darwin y desarrollada por sus sucesores hasta elevarla a la grandiosa concepción unitaria del universo.

Si me propusiera recorrer la obra magistral de Darwin, para recordar aquí todos los beneficios que las ciencias han derivado de aquella labor titánica encauzada siempre por el camino de la honradez y de la buena fe, con el único altruista fin de descubrir las leyes que presidieron la aparición de los seres vivos en la superficie de la tierra, para de ellos deducir la solución del gran problema de la naturaleza humana, traspasaría los límites que vuestra galante benevolencia puede asignar a este discurso.

Todos vosotros conocéis el célebre libro de Darwin titulado *El Origen de las Especies*; un volumen de 506 páginas en dieciseisavo y cuya primera edición fue publicada en el mes de noviembre de 1859. En ese libro, de tan reducidas dimensiones, se contiene todo el evangelio de la ciencia moderna, que anunció a los hombres el nuevo reino de la verdad.

Oíd lo que dice el sabio en la última página de su libro inmortal:

"Autores eminentes parece que se encuentran plenamente satisfechos con la hipótesis de que cada especie ha sido creada independientemente. En mi sentir, lo que conocemos de las leyes impuestas a la materia por el Creador se acuerda mejor con la suposición que los seres presentes y pasados son producidos y destruidos por causas segundas, semejantes a las que determinan el nacimiento y la muerte de los individuos. Cuando considero todos los seres, no ya como creaciones especiales, sino como la posteridad en línea directa, de seres que existieron mucho tiempo antes de que las primeras capas del sistema cambriano fuesen depositadas, me

aparecen completamente ennoblecidos. Prejuzgando el porvenir del pasado, podemos predecir con seguridad que ninguna especie viviente transmitirá su semejanza inalterada a las edades futuras; y que sólo un pequeño número de entre ellas tendrá herederos hasta épocas muy lejanas; porque el modo de agruparse los seres organizados nos demuestra que el mayor número de las especies de cada género no ha dejado ningún descendiente, sino que se han extinguido completamente. Podemos, además, dirigir una mirada profética hacia el porvenir, y predecir que son las especies, hoy comunes y muy esparcidas, que pertenecen a los grupos más numerosos de cada clase, las que prevalecerán ulteriormente y darán nacimiento a nuevas especies dominantes. Como todas las formas vivas actuales son la posteridad lineal de las que existieron mucho tiempo antes de la época cambriana, podemos estar ciertos de que la sucesión regular de las generaciones no ha sido jamás interrumpida y que, por consiguiente, jamás ningún cataclismo ha desolado el mundo entero. También podemos concluir, con cierta confianza, que nos está permitido contar con un porvenir de incalculable duración. Y como la selección natural sólo obra en beneficio de cada individuo, todo don físico o intelectual tenderá a progresar hacia la perfección.

“¡Cuán interesante es contemplar una playa lujuriente, cubierta de numerosas plantas pertenecientes a numerosas especies, con pájaros que cantan en las enramadas, insectos diversos que volotean alrededor, lombrices que se arrastran sobre el suelo húmedo; si se piensa al mismo tiempo, que todas esas formas elaboradas con tanto cuidado, paciencia, habilidad y que dependen las unas de las otras por una serie de relaciones tan complicadas, todas han sido producidas por leyes que continuamente obran alrededor de nosotros! Estas leyes, tomadas en su más lato sentido, las enumeramos así: *ley de crecimiento y de reproducción*; *ley de herencia*, casi comprendida en la precedente; *ley de variabilidad* bajo la acción directa o indirecta de las condiciones exteriores de la vida y del uso o desuso de los órganos; *ley de multiplicación de las especies en razón geométrica*, que tiene como consecuencia *la competencia vital y la selección natural*, de donde se derivan *la divergencia de los caracteres y la extinción de las formas inferiores*.

“Es así que de la guerra natural, del hambre y de la muerte resulta directamente el efecto más admirable que podemos concebir: la formación lenta de los seres superiores. Hay grandeza en semejante manera de considerar la vida y sus diversas potencias, animando en el origen algunas formas o una forma única al soplo del Creador. Y en tanto que nuestro planeta ha seguido describiendo sus ciclos perpetuos, según las leyes fijas de la gravitación, de un tan pequeño principio, formas innumerables, más y más hermosas, más y más maravillosas, se han desarrollado y se desarrollarán por una evolución sin fin”.

Y si hay grandeza en esa concepción del mundo, mayor aún es la grandeza del genio poderoso, que en tan sencillas palabras, compendió la más

vasta y más fecunda de las doctrinas científicas que ha producido la mente humana, en su nobilísimo empeño por arrancar a la naturaleza sus secretos, en provecho de la felicidad y del porvenir de la humanidad.

La doctrina proclamada por Darwin en 1859 ha penetrado tanto en los dominios de la investigación científica, que hoy todas las ciencias, desde las naturales hasta las sociales, reconocen el "principio de la evolución", como un guía imprescindible en el estudio de los fenómenos naturales, que es el objeto supremo de toda ciencia.

Desearía disponer de tiempo suficiente para recordaros todas las ventajas que de la concepción darwiniana del mundo ha derivado la medicina moderna, porque al fin me sería fácil concluir que todos nuestros actuales conocimientos sobre el hombre sano o enfermo, derivan directa o indirectamente de las leyes biológicas establecidas por Darwin y su escuela.

En efecto, la medicina no hubiera podido penetrar nunca en el misterio de la enfermedad y de la muerte, con la seguridad que lo ha hecho en estos últimos tiempos, si no hubiera estado en posesión perfecta de la esencia de la naturaleza humana, que es semejante en un todo a la naturaleza de los animales inferiores, de los cuales deriva el hombre, como la última manifestación de la no interrumpida serie de transformaciones que ha sufrido la materia viviente en la superficie del planeta, desde la aparición de las primeras móneras hasta nuestros días.

La idea de enfermedad ha estado siempre sometida al concepto que el hombre se ha formado de la vida. Si el hombre fuera en realidad, como lo creyeron todos los filósofos espiritualistas desde Platón hasta Stahl, "un alma servida por órganos", y no como lo demuestra hoy la ciencia positiva, "un organismo que determina una inteligencia", el estudio de las modificaciones producidas por la enfermedad en la estructura de los órganos y en el mecanismo de sus funciones, quedaría estrechamente reducido a un arte y el médico rebajado a la triste condición de un artesano.

Si la vida fuera, como creían Barthez y Bichat, el resultado de la acción inmediata y permanente de un "principio" o de una "fuerza vital", distinta y superior a las fuerzas físico-químicas, que como manifestaciones o modalidades de la energía universal, obran sobre los compuestos del carbono en los cuerpos llamados vivos, toda la fisiología moderna, que se funda en las leyes de la conservación de la energía, pasaría de un solo golpe a la categoría de una quimera fantástica.

Si el hombre fuera, como creían Linneo y Cuvier, el resultado de un acto especial de creación, y si lazos de íntimo parentesco de consaguinidad no lo unieran a los animales inferiores, que aparecieron antes que él en el desarrollo evolutivo de los seres organizados, la anatomía moderna, que se funda en la identidad de estructura y de origen en todo el reino orgánico, caería en un solo instante de la altura de dignidad científica en que la colocó el genio de Gegenbaur, a la condición del arte de disecar cadáveres, para conocer las relaciones de los órganos.

Si la nutrición fuera el resultado de una potencia extraña a la energía, si en la destrucción y reconstrucción de la molécula de albúmina interviera alguna fuerza desconocida para la física o para la química, esa doctrina de la inmunidad elevada por el sabio Metchnikof a la altura de una grandiosa concepción científica, que amplía majestuosamente los dominios de la higiene y ha salvado ya muchos millares de seres humanos, se convertiría en la más grosera de las hipótesis, en la más vulgar de las mentiras.

Si el hombre no fuera, como lo demostró Darwin, el resultado natural del desarrollo de la tierra; si el hombre fuera, como lo creía Agassiz, un ente aparte, extraño a la armonía de las cosas, esas grandes ciencias que se llaman la filogenia y la ontogenia perderían hasta su razón de ser, las leyes de la generación y de la herencia serían hipótesis pueriles, la patología experimental, que fecunda a diario la ciencia médica, apenas sería el sueño de imaginaciones poéticas y la grande obra de la medicina moderna, con sus insignes sabios y sus escuelas famosas, con sus hospitales, sus bibliotecas, sus museos y sus laboratorios, maravilla y orgullo de la edad presente, una mascarada grotesca en medio de la solemne procesión del progreso.

Y si a la anatomía y a la fisiología las despojamos del carácter de ciencias positivas que les imprimieron las leyes establecidas por Darwin, y las llevamos a la época en que predominaron las doctrinas animistas y vitalistas, la patología general, fuente de todos nuestros conocimientos médicos, volvería a ser lo que fue en la época anterior a Glisson y a Haller: el patrimonio de los charlatanes y la esclava de la escolástica.

Cuando Spencer, erguido sobre el pedestal de la ciencia positiva y en nombre del gran principio de la indestructibilidad de la materia, dijo que la vida era el acomodo de las reacciones internas y de las relaciones externas, compendió en una frase el programa de la fisiología del porvenir y arruinó de un solo golpe todas las doctrinas antiguas.

El "pneuma" de Platón, el "alma" de Stahl, las "almas" de Van Helmont, la "fuerza vital" de Barthez, el "principio de la vida" de Bichat, la "irritabilidad" de Haller, el "principio de la inteligencia" de Flourens, y hasta el ecléctico "organismo" cartesiano de Claudio Bernard y de Müller, desaparecieron de la biología, para permitir la entrada triunfante de la "teoría mecánica de la vida" en los laboratorios y en los hospitales. Reducidas las manifestaciones de los cuerpos llamados vivos a simples fenómenos de reacción físico química, el concepto de salud y la teoría de la enfermedad salieron del *mare magnum* de la metafísica médica, para entrar en la era del positivismo científico, creador de la medicina moderna, la más humana de las ciencias, que en el desarrollo de sus doctrinas ha alcanzado triunfos tan hermosos como la asepsia y la sueroterapia, y conquistas tan altas como las teorías de la fagocitosis y de los anticuerpos.

Decimos hoy que la salud existe cuando hay un acomodo perfecto entre las reacciones internas de las células y las relaciones externas del medio;

y cuando ese acomodo no es perfecto, cuando hay desequilibrio entre las reacciones internas y la acción del medio, decimos que existe la enfermedad. Sea cual fuere la naturaleza de la acción físico química capaz de romper el equilibrio, la noción de enfermedad será siempre la misma, porque la esencia del fenómeno es siempre la misma.

“El carácter esencial de la materia viviente —dice un eminente patólogo francés—, es la propiedad de organización que ella posee, es decir, el poder de absorber los elementos inorgánicos y transformarlos en sustancia orgánica. La materia viva no crea fuerzas nuevas; ella no hace sino almacenar, por un proceso de síntesis orgánica, fuentes de energía que sustituye bajo la forma de manifestaciones de su actividad. Constantemente existen en la materia viviente dos procesos en actividad: uno de síntesis, la asimilación; otro de destrucción, la desasimilación, que termina con un desprendimiento de fuerzas. Para que la vida se mantenga, es necesario que exista correspondencia entre estos dos actos. Se le podría representar por una ecuación, en la cual el primer miembro representa la acción de las fuerzas cósmicas y el segundo la reacción de la materia. A acciones externas corresponden reacciones internas, es decir, funciones fisiológicas, a veces bastante poderosas hasta para cambiar la forma de la materia y crear el órgano que manifiesta las funciones”. (Chantemesse y Podwysotsky).

Este es el lenguaje sencillo, claro y positivo, que hoy se usa en las escuelas de medicina, para poder desarrollar consecutivamente la doctrina científica de la enfermedad, reflejo del resultado armónico de la observación clínica y la experimentación biológica, bases de todo el edificio de la patología.

Pero si los fisiólogos modernos han llegado a esa hermosa concepción de la vida, que tan poderosas armas pone en manos del médico para luchar contra la enfermedad y la muerte, es porque la doctrina de la evolución les había preparado un terreno firme para sus investigaciones, al demostrar que los seres organizados, desde la mónera hasta el hombre, no son sino las formas de una misma cosa, la materia, y que los fenómenos vitales no son sino la manifestación de una misma cosa, la energía; porque en el universo sólo existen la materia y la energía consustanciales, infinitas y eternas.

El fin supremo de la ciencia es el conocimiento de la verdad; pero el hombre investiga la verdad para explotarla en beneficio de la felicidad común. El conocimiento de sí mismo es el primer deber del hombre y el objeto principal de sus esfuerzos. Así lo comprendió el genio de la Grecia antigua, y por eso escribió en el frontispicio del templo de Apolo: *Conócete a ti mismo*. Así lo entiende también la filosofía moderna, que dirige todos sus propósitos hacia el estudio íntimo de nuestra propia naturaleza.

Y ¿quién mejor que Darwin, colocó la investigación científica en camino más amplio para llegar a ese supremo fin de la humanidad? ¿Quién, con mayor acierto que él, interrogó la naturaleza para arrancarle el secreto

de nuestro origen? ¿Quién con más genio que él, penetró más hondamente en los misterios del génesis de la vida para averiguar su esencia?

La suprema importancia de la obra de Darwin, para nosotros los médicos, consiste precisamente en que las leyes por él establecidas sobre los orígenes del hombre, colocaron el problema capital de la medicina —el conocimiento de la naturaleza humana— en el terreno de la ciencia experimental.

Darwin colmó el abismo que la metafísica había abierto entre el hombre y la naturaleza; y al hacernos consustanciales con el universo, estableció en la biología el principio de la unidad y de la solidaridad que existe entre el mundo orgánico y el inorgánico, unidad inquebrantable, que la química ha demostrado con la prueba evidente de las síntesis orgánicas, mil y mil veces repetidas, tanto en los laboratorios de la naturaleza, como en los laboratorios de la ciencia.

En el gran cosmos se cumple con matemática precisión, la ley monista de la sustancia, establecida por Hæckel, como consecuencia fatal del principio físico de la conservación de la materia y de la energía; y en el microcosmo humano, compuesto de microscópicos organismos celulares, no encontramos sino un movimiento perpetuo de destrucción y reconstrucción de unidades fisiológicas y una no interrumpida transformación de energía.

En esa pequeñísima partícula de materia viviente que se llama el núcleo celular, y que en realidad es la base física de la vida, es adonde la ciencia va a buscar la solución del gran problema de la existencia humana. Y allí lo encontramos todo... hasta los determinantes de la herencia.

La teoría celular fue un poderoso foco de luz prendido en el camino de la investigación biológica.

Así, cuando Schwann y Schleider demostraron que todos los seres organizados, comprendido el hombre, eran o células aisladas o compuestos de células, echaron las bases de la anatomía, de la fisiología y de la patología del porvenir. Pero cuando Spencer, fundado en las leyes del crecimiento, de reproducción y de herencia establecidas por Darwin, dijo: La célula no es la más pequeña partícula de materia viviente que puede existir; la célula es un organismo complicado; la unidad biológica está más allá de la célula, veló con su hipótesis de "las unidades fisiológicas", el inmenso foco de luz de la teoría celular y señaló nuevos rumbos al estudio de los orígenes de la vida.

Todos vosotros, señores académicos, sabéis que la generación y la herencia eran indescifrables enigmas antes de la aparición de la doctrina de Darwin; conocéis los magistrales trabajos de los sabios para interpretar esos fenómenos por medio del estudio de la íntima estructura del protoplasma celular; no ignoráis cuánta luz han arrojado en el difícil problema de la transmisión hereditaria las teorías de los micromeristas, y sabéis muy bien la influencia que esas teorías han ejercido en el criterio de la patología moderna.

Todos sabemos hoy que el poder de desenvolvimiento del individuo depende de la estructura del nucleoplasma germinativo transmitido por herencia; todos los caracteres innatos y adquiridos, individuales, de familia y de raza son susceptibles de ser transmitidos a los descendientes. Estos dos principios, que hoy dominan todo el estudio de las enfermedades y de los estados constitucionales hereditarios, no podrían figurar en la patología general, si antes no se hubiese reconocido como legítima la descendencia orgánica.

Las ciencias médicas han alcanzado en nuestra época la alta jerarquía de ciencias verdaderas y positivas, porque desecharon resueltamente el oscuro camino del dualismo metafísico, callejón sin salida para el progreso intelectual, y establecieron la nueva doctrina sobre la base del estudio directo de la naturaleza humana, a la luz de los principios del determinismo filosófico, que reconoce como guía único e infalible, el criterio empírico de la observación y de la experiencia.

La medicina científica moderna ha triunfado, en primer término, merced a la obra de Darwin, porque fue él quien nos enseñó a interpretar los fenómenos naturales con un método y un criterio de imparcialidad hasta entonces desconocidos en la ciencia; porque fue él quien, al rasgar el velo que cubría los orígenes del hombre, colocó la humanidad bajo el imperio de la ciencia; porque fue él quien nos enseñó a estudiar el hombre sin ocurrir a hipótesis contrarias a la razón, inventadas por los filósofos místicos, quienes en cambio de conservar la autoridad tradicional de una leyenda, sacrificaban sin escrúpulo el porvenir de la ciencia, y junto con él, el porvenir de la humanidad.

Sí, señores, esta es la verdad: la medicina científica que se proclama en las aulas universitarias, que brilla con luz propia en los laboratorios de biología y que se aplica a la cabecera del enfermo por el médico ilustrado; esa medicina positiva que es el orgullo de nuestra época y la gran benefactora de la sociedad, no podría existir si no existieran las leyes biológicas establecidas por Darwin y su escuela.

Y porque hablo ante un auditorio selecto, compuesto de hombres de estudio y de saber; porque me dirijo a espíritus cultivados e independientes; y porque tengo en esta tribuna la representación de una Academia doctrinaria, progresista y liberal, que tiene conciencia de la misión que le está encomendada de contribuir al adelanto y desarrollo de las ciencias biológicas en nuestra patria, es que ni dudo ni temo emplear este lenguaje de categóricas afirmaciones.

Gratitud, admiración y respeto, son los sentimientos que la obra científica de Carlos Darwin inspira a los hombres ilustrados y a las almas justas.

Todos, los que son grandes y los que somos pequeños, debemos inclinar la frente ante la venerable figura del gran maestro que concentró en su poderoso cerebro el curso infinito de la evolución de la vida, iluminó con la luz blanca de su genial inteligencia el oscuro enigma de nuestro origen, y profetizó, con palabra de vidente, el porvenir lejano de la sociedad humana.

La gloria de Darwin permanecerá inmaculada, mientras en el mundo se rinda culto a la ciencia, haya espíritus superiores capaces de comprender la verdad, hombres honrados que tengan conciencia de la justicia y almas independientes que crean en el perfeccionamiento del hombre por el hombre mismo.

Señores:

Dejaría de cumplir un deber sagrado, si antes de abandonar esta tribuna no pronunciaran mis labios los nombres venerables de los dos maestros que en Venezuela fundaron la enseñanza de la ciencia positiva: Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio.

En el acto de la glorificación de Darwin, el recuerdo de estos dos sabios se impone, porque es a ellos a quienes Venezuela científica debe la introducción de la doctrina darwiniana sobre los orígenes del mundo orgánico en sus aulas universitarias.

Ernst, en su magistral cátedra de historia natural, y Villavicencio en su memorable curso de filosofía de la historia, fueron los primeros que, rompiendo la tradición de nuestra escuela conservadora, abrieron una nueva era a la ciencia nacional y colocaron la enseñanza científica a una altura de sabiduría que jamás había alcanzado antes.

El doctor Ernst, poseedor de una vastísima erudición literaria y de un conocimiento profundo de todas las ciencias, al fundar el estudio metódico de la historia natural, proclamó en su aula la legitimidad de la descendencia y sus admirables lecciones se inspiraron siempre en la doctrina darwiniana, que él exponía ante sus alumnos con todo el brillo que a la verdad imprimen los profesores de su talla.

El doctor Villavicencio, espíritu superior, capaz de abarcar en su poderoso cerebro las más encumbradas doctrinas de la ciencia y guardar en su prodigiosa memoria las enseñanzas de los siglos, fundó en la misma época la única cátedra de filosofía crítica que ha tenido nuestra universidad. En aquellas inolvidables lecciones, sus discípulos nos creíamos transportados a una aula del Colegio de Francia, tal era la altura desde la cual el profesor insigne nos hacía asistir a la evolución del espíritu filosófico a través de los tiempos.

Y más tarde, cuando en 1896 tuvo el doctor Villavicencio la gloria de fundar en nuestra universidad la cátedra de antropología, volvió a derramar

en el alma de la juventud venezolana el inagotable caudal de su saber profundo.

Amamos y respetamos a los hombres por la suma de beneficios que hacen a la humanidad y a la patria. Ernst y Villavicencio fueron en Venezuela apóstoles máximos de la ciencia positiva, infatigables sembradores de la semilla de la verdad en los blandos surcos del cerebro nacional, faros de luz muy intensa que iluminaron nuevos derroteros a la juventud y le señalaron el verdadero camino de la perfección intelectual. Por eso son acreedores al homenaje de la historia y a la gratitud de la patria; por eso sus nombres pasarán a la posteridad envueltos en la atmósfera de respeto con que la justicia protege a los hombres que ilustraron su tiempo con el brillo de su saber.

Señoras y señoritas:

Vuestra presencia en esta fiesta es una demostración elocuente de la cultura intelectual de nuestra sociedad. Habéis venido a iluminar con la luz de vuestros hermosos ojos este recinto sagrado de la ciencia y a aplaudir con vuestras manos de rosa la apoteosis de un sabio. Habéis hecho bien. Es por vosotras que el hombre interroga la naturaleza para descifrar los enigmas del universo, porque sois las inspiradoras sublimes del pensamiento humano y en vuestras almas vive la *psiquis* inmortal como en un blando nido de amores.

Venid siempre a estos torneos de la inteligencia, venid siempre a perfumar con el aroma de vuestros encantos este santuario de la ciencia nacional, porque la presencia de la mujer en las lides de la idea, es el más poderoso estímulo del hombre que lucha por el triunfo de la verdad. El laurel que vuestras manos cultivan está perfumado por el beso cálido del amor.

Antes de poner punto final a mi discurso, permitidme señor Ministro de Instrucción Pública, que os dirija una palabra de gratitud en nombre de la Academia de Medicina, por el apoyo que le habéis prestado a fin de poder realizar este acto de justicia, y por el carácter moral que vuestra presencia imprime a esta fiesta en vuestra dualidad de representante del gobierno y de hombre de ciencia, capaz de comprender la majestuosa grandeza de la obra de Darwin.

Deseamos que llevéis a las altas esferas del gobierno, como un recuerdo grato de este acto, que en Venezuela existe una sociedad de hombres que aman el estudio, que desean adelantar en el camino del perfeccionamiento intelectual y que su grande y único anhelo es ser útiles a la patria. *Dixi.*

JULIO ENDARA
(Ecuador)

NOTAS ACERCA DE LA EVOLUCION DE LA PERSONALIDAD *

Desde el comienzo de los estudios psicológicos, el problema de la personalidad humana ha sido uno de los más discutidos. A los métodos introspectivos, sujetos a la interpretación particular, siempre variable y errónea, por lo mismo que están condicionados según la capacidad de cada uno, que voluntaria o involuntariamente los utiliza, han sucedido la observación y la experimentación.

En los últimos tiempos se ha efectuado una aplicación amplia y a la vez muy severa de estos, siguiendo la formación del individuo desde sus oscuras manifestaciones dentro del claustro materno, y constituyéndose así el método genético.

Sin embargo, para que llegue a ser aplicado con utilidad, se ha tenido en cuenta todo estudio que considera alguna utilidad vital. La Psicología, elevada a la categoría de "historia natural de los fenómenos psíquicos", la morfología, que ha considerado las más elementales manifestaciones orgánicas, la Psicología animal, etc., han aportado su contingente para afirmar la naturaleza biológica del fenómeno psíquico.

Así es como el problema del pensamiento ha evolucionado de la antigua concepción *mecanicista*, a la concepción *dinámica*. "Para ella consiste esta manifestación orgánica en una *amalgamación creadora* entre el contenido de la experiencia individual (formada por la serie de reacciones senso-afectivas-volitivas", almacenadas en el sistema nervioso central) y de la experiencia colectiva (considerada en forma orgánica, lenguaje y tradición) y su aplicación y utilización (dirigida por impulsión, ejercicio y enseñanza) en proceso del individuo, raza, especie. Resultaría así el pensamiento un proceso energético enteramente análogo a la "asimilación orgánica material", la cual, integrando su constitución físico-química, hereditariamente engendrada por nuevo material extraindividual, previa asimilación, asegura así estabilidad material del sistema estacionario vital. El pensamiento sería también una asimilación que garantiza la "estabilidad dinámica, y así como la asimilación excedente ("exceso orgánico" designamos la cantidad asimilada, que excede a los gastos, o sea la "ganancia orgánica") representa la base para todo desarrollo físico ulterior, el pensamiento, esa asimilación de experiencia, condiciona análogamente la seguridad de tal proceso evolutivo individual y social, aumentando su radio de acción en el espacio y tiempo, sirviendo así el pensamiento, de "estabilizador dinámico" del sistema vital, en medio de la abrumadora dispersidad de los elementos

* Publicado en la *Revista de la Sociedad Juridico-Literaria*. Julio-Diciembre de 1922.

militante, del ambiente perivital; y la elasticidad de ese principio dinámico permite una adaptación continua a los cambios exteriores, una correlación biocósmica siempre más perfecta ¹.

Y, por lo mismo que el pensamiento es la concreción, la más alta, de la personalidad humana, ésta nunca puede considerarse sino es con el *criterio dinámico*. El pensamiento ha sido estudiado como la energía que irradia a todo el conjunto orgánico individual, en función, para mantener el ritmo de las manifestaciones sociales; de allí que la personalidad, como lo ha expresado Ribot, venga a ser la "unidad del yo". Pero no como producción vital estática, sino dinámica; sin agotar ni un momento su actividad manifestada en movimiento, la personalidad viene a ser, a su vez, una manifestación de la *conciencia*.

¿Qué es la conciencia?

Antes de pasar adelante, debemos tener en cuenta que la antigua manera de comprender el fenómeno psíquico —como exteriorización de un espíritu divino— concibió a la conciencia como una facultad hereditaria, siempre la misma y siempre inalterable. El gran progreso de la ciencia ha conseguido eliminar una interpretación tan *apriorística* de un fenómeno que, a pesar de sus oscilaciones evolutivas, se manifestaba con una perenne armonía.

Debía tener origen en la estructura misma del individuo.

Iniciado así el estudio de la conciencia, hubo la tendencia a localizarla en órganos determinados, como si esa hubiera sido la gran solución del problema. Pronto los experimentadores y observadores, se dieron cuenta de la correlación funcional que existía entre los diversos órganos y comprendieron, por lo tanto, la imposibilidad de construir barreras teóricas, donde había continuidad fisiológica constante e indestructible.

La circulación sanguínea y linfática, conduciendo los elementos indispensables para la vida, no dejaba lugar alguno del cuerpo aislado ni desconocido. Y el sistema nervioso, como supremo regulador, presidiendo las correlaciones funcionales, afirmaba la imposibilidad de localizar en un órgano determinado el fenómeno consciente.

Pero hasta la época en que se verificaban tales intentonas, el concepto de conciencia, demasiado simplista, puede decirse que se acomodaba a dicha tendencia. Mas, ¿sería la conciencia uno de los tantos fenómenos psíquicos, que la psicología, en su fervor metodológico, ha clasificado y diferenciado, para mejor comprensión del estudio, o más bien sería el conjunto de ellos? Ante el problema, y a pesar de que en la actualidad se ha logrado encarrilarlo hacia una concepción legítima, no faltan elementos que se enredan en las antiguas interpretaciones, a cual más errónea y falsa.

"Todo examen será imposible, mientras el término *conciencia* se emplee para designar cosas diferentes. Ningún vocablo puede usarse con significaciones más variadas, en la terminología filosófica, aunque etimo-

¹ Chr. Jacob: "Del Mecanismo al Dinamismo del Pensamiento". En los *Anales de la Universidad de Buenos Aires*. Tomo XVIII. 1920. Págs. 197-198.

lógicamente (conciencia, de *conscire* conocimiento, conocimiento conjunto, o conocer conjuntamente) sólo designa el conocimiento concordante y de varios, extendido por analogía, a la concordancia o unificación establecida por un mismo individuo, entre los datos de su experiencia pasada y los de su experiencia actual”².

Largo y acaso inútil sería seguir las vicisitudes históricas del término *conciencia*. Creemos que en este lugar, basta recordar las interpretaciones científicas actuales, más justas y serias.

La más decisiva, la más significativa, la más lógica, ha sido esta: “La conciencia, como fenómeno aislado, como realidad en “sí misma”, no existe”. (Ingenieros).

Pero es lógico figurarse que por lo mismo que el conjunto de características de la personalidad humana, iniciándose y evolucionando mediante las relaciones entre la realidad ambiente y la morfología orgánica, es innegable, lo mismo que su uniformidad evolutiva, de alguna manera, con algún término debía designarse este conjunto de fenómenos; y el escogido ha sido el término “conciencia”.

Ahora bien, ¿será posible que equivalga la *conciencia* a una resultante de los fenómenos nerviosos, donde mayor superficie tienen los fenómenos psíquicos? Evidentemente que no. Las conclusiones de la psico-física, en su afán de mantener el distinguo entre órgano y función, y entre las funciones en particular, fracasó en su intento de explicar la “conciencia”, gracias a tales distinguos que no tenían base real. Hacer del fenómeno psíquico una función del sistema nervioso tan sólo, y restringirlo todavía al cerebro, equivalía a reanudar las antiguas intentonas de limitaciones teóricas entre los diversos sistemas orgánicos ya mencionados.

En la actualidad, —y no ha contribuido con poco la patología— se concibe un sistema de asociaciones entre los componentes del cuerpo. Los estudios relativos a las glándulas de secreción interna, a las cenestésias, etc., han venido a confirmar que no hay elemento alguno en el organismo que no envíe su aporte, como es lógico, al equilibrio funcional. Y el conjunto de todas las asociaciones viene a ser entonces la *conciencia*.

Es claro que en todo sistema debe existir un punto céntrico, encargado de regular y presidir el conjunto asociativo. Ese papel le corresponde al sistema nervioso. Y conforme al escalonamiento del valor de los elementos que componen el sistema nervioso, o mejor de sus concentraciones, la experiencia ha demostrado que era la corteza cerebral el elemento más perfeccionado, más apto para aprovechar la influencia de los factores externos, y por lo mismo, para manifestar su energía en el hombre, por medio de la personalidad.

“El concepto de conciencia no designa, pues, ninguna cosa que exista más allá y fuera de los procesos psíquicos; no se refiere *solamente* a la suma de estos procesos, sin ninguna consideración a sus relaciones, sino que verdaderamente expresa la combinación general de los procesos psí-

² José Ingenieros: *Principios de Psicología*. 6ª edición. Pág. 213.

quicos, en la cual resaltan las formaciones psíquicas especiales, como composiciones más extensas”³.

Las variaciones de la materia viva, bajo la influencia de los factores externos sobre sus elementos, ha ido excitando la formación de nuevas adecuaciones estructurales y funcionales. “A medida que estos órganos y funciones se van perfeccionando, aumenta la capacidad de los seres vivos para constituir su experiencia”⁴. Los organismos provistos de sistema nervioso, que en su origen no ha sido sino una diferenciación de la economía orgánica, han establecido especiales relaciones que han dado por resultado la evolución constante y muy particular de ellos. El sistema nervioso, pues, ha llegado a ser el intermediario indispensable entre el mundo exterior y el organismo.

La filogenia demuestra que aún antes de la diferenciación del tejido nervioso, hay ciertas manifestaciones energéticas equivalentes (*tropismos, p. e.*) que más tarde, es decir, en los organismos superiores, se han organizado mejor, mediante un *substrátum* propio. Parece como que esa energía dinámica dispersa fuera encauzándose, hasta ser perceptible por el individuo, y en cierta forma, hasta caer bajo el dominio de la observación. “La sistematización energética es un principio cósmico, que observamos en los sistemas lácteos y solares; en los sistemas biomoleculares, aparece el mismo principio, y los sistemas biomoleculares representan la última etapa capaz de asimilar la misma sistematización cósmica entera, y debido a tal relación asimiladora, que vuelve otra vez hacia el universo, y a tal contacto entre los dos puntos más distantes de la curva, ésta se cierra para formar un círculo; la sistematización evolutiva crónica representa por eso una curva cerrada que vuelve otra vez a sí misma”⁵.

Y es así como Jacob ha sistematizado la especialización de energías y calidades, dependientes de cantidades y relaciones de los elementos energéticos componentes, fijando cuatro etapas al fenómeno psíquico:

1ª etapa: arco periférico (circuito periférico espinal) acto reflejo.

2ª etapa: arco intermediario (circuito espino-subcortical) acto impulsivo.

3ª etapa: arco cortical (arco subcortico-cortical) acto volitivo simple.

4ª etapa: arco intercortical (arco córtico-cortical) actos asociativos conscientes.

Además, hay una multiplicación progresiva de las corrientes, en dirección centrípeta, debido a que cada arco periférico es representado por múltiples arcos correspondientes, en los centros superiores y eso permite combinaciones energéticas múltiples, corticales, tanto más rico de combinaciones es el sistema central⁶.

³ G. Wundt: *Compendio de Psicología*. Pág. 277.

⁴ J. Ingenieros. *Loc. cit.*

⁵ Jacob. *Los problemas biogénéticos en sus relaciones con la filosofía moderna*. Pág. 552.

⁶ La corteza humana cerebral alberga mil millones de elementos neuro-celulares, que entran en tales combinaciones; la corteza de los monos antropomorfos, sólo diez millones. (V. *Cerebros de la fauna argentina*). Jacob.

Tanto más variadas son las tonalidades y matices, tanto más profunda y extensiva es la intensidad de la energética psíquica, y menos que otra vez, las calidades se resuelven, por último, en forma de cantidades⁷.

Los datos proporcionados por la histología, en especial del cerebro, afirman que, además de las fibras de proyección, no hay un solo sitio en que no se encuentren fibras de asociación (comisurales, intercomisurales, interhemisféricas, etc.). Fácil es comprender, por esto, que a pesar de la existencia de centros funcionales, más o menos limitados, formados en el curso de la ontogenia, cada uno ejerza su influencia tanto en las regiones inmediatas como en las más distantes.

Los centros funcionales, por consiguiente, son el resultado de la experiencia, la memoria de todas las excitaciones que se han ejercido sobre el organismo; no son otra cosa que la manifestación de excitaciones anteriores que han dejado su huella en la corteza cerebral, mediante procesos biológicos. Mas tarde, la experiencia acumulada y fortificada por las asociaciones, forma el "Conocimiento".

Quien, apartándose de las teorías más vulgarizadas, analice con criterio lógico la adquisición de los elementos de la experiencia, verá que aun la misma sensación pura no es el factor causante de ella, sino tan sólo una manera de conducirse, en la corteza cerebral, las excitaciones periféricas, tal como lo explica Turró.

Nos parece mejor, por si no se comprende claro la idea, recordar las palabras del maestro catalán: "Por ciego que sea el niño en los comienzos de la vida, es indudable que la repetición de los colores del techo, de las paredes, del menaje, o de la luz del ambiente, le dejan en los centros ópticos superiores un rastro permanente de su paso por la retina. No es que se graben imágenes, como antes se decía; la imagen es el color encuadrado y la retina, como órgano de perfección, da la continuidad de los colores, sin que se fije los límites donde acaba uno o principia otro, sin completar la forma; pero aun sucediendo así, las mismas impresiones se repiten y lo que periféricamente es transitorio y dura en tanto dura la excitación, permanecen vivas en los centros. Es muy distinto producir un *estado* central que "reproducirlo". Uno y otro implican la acción periférica, pero el hecho de la reproducción presupone la persistencia de las impresiones pasadas⁸.

"La cualidad de la sensación se halla vinculada a la reacción nerviosa y no a la excitación, como la reacción nerviosa lo está a la excitación, constituyendo una sensación fenoménica, estrictamente ligada. No viene impuesta, pues, la nota sensorial, de un modo arbitrario; tan incomprensible sería que el sonido dejase de responder a las reacciones de la sensibilidad acústica, como que el agua no descendiera por una pendiente.

"Y notad que nosotros decimos que la sensación sucede a la reacción y no que la hace o es su causa eficiente; esta sería una frase metafísica,

⁷ Jacob: *Loc. cit.*

⁸ Ramón Turró: *Filosofía Crítica*. Pág. 203.

de la más pobre de la metafísica: la materialista. Así como el físico no dice que el desnivel sea la causa eficiente del movimiento, sino la condición, el dato que ha de tenerse en cuenta para prever que el agua caerá a cierta altura, calculable por este desnivel, así tampoco decimos nosotros que la reacción nerviosa produce la sensación; decimos que sucede a la reacción, siendo la condición que nos permitirá prever cuándo aparecerá la sensación”⁹.

Conclusiones semejantes a ésta nos aseguran cuán inmenso es el valor de las excitaciones externas, para la experiencia orgánica y hasta qué punto son las que condicionan la personalidad.

Desde la infancia hasta la edad madura hay un continuo acúmulo de materiales que serán utilizados por el hombre para conseguir la uniformidad del yo. Tan segura y definitiva es la huella de las excitaciones sobre la masa cerebral, que sólo así podemos comprender cómo, a pesar de las oscilaciones sufridas en el curso de la evolución, se mantiene la uniformidad, y por lo mismo, que la evolución no viene a ser sino la multiplicidad de asociaciones despertadas por los estímulos externos.

Lo que podemos llamar la experiencia ontogénica, puede ser identificada con la filogenética, tanto más que al hablar del valor de los factores externos en la experiencia individual, de hecho consideramos al hombre en funciones de sociabilidad; de aquí que sea justa la ley sentada por psicólogos y sociólogos: “el hombre pertenece a una especie animal social, vive en un medio poblado de representaciones psíquicas colectivas; el desarrollo mental de cada individuo, tiende a plasmarse en el ambiente mental de la sociedad en que vive. No conocemos al individuo humano sino viviendo en sociedad; la experiencia individual se forma en la experiencia social”¹⁰.

Ni aun durante la permanencia del ser humano dentro del claustro uterino puede considerársele desligado del ambiente exterior, pues los fenómenos de asimilación que se verifican a nivel de la placenta, no son otra cosa que relaciones entre él y los excitantes cósmicos, entre los cuales sirve de intermedio la madre. Muchos fenómenos patológicos observados a diario por los tocólogos, en el feto, no son sino la repercusión de alteraciones más o menos profundas que ha sufrido la madre, y producidas por dichos excitantes, ya sea bajo la forma de microorganismos, alimentos, variaciones del medio físico, etc.

El hombre depende del medio, o mejor, siempre guarda relaciones “sociales”, en el sentido exacto de la palabra. Mal podría sustraerse a las diversas influencias consecutivas a tal estado.

Así pues, son dos los factores que originan la personalidad humana: la experiencia de la especie y la experiencia individual. La primera la he-

⁹ R. Turró: *Loc. cit.* Pág. 201.

¹⁰ Ingenieros: *Loc. cit.* Pág. 174.

mos considerado al revisar las teorías evolutivas; se perpetúa en la especie indefinidamente; y la segunda, si bien se podría decir que deja en los descendientes una aptitud para modificarse, gracias al medio, muere, en gran parte, con cada individuo. De tal manera que ellos están obligados a comenzar nuevamente el trabajo de adquisición, con el cual repiten y perfeccionan el ciclo recorrido por los antecesores.

Las relaciones del individuo con el ambiente pueden, en último término, reducirse a cambios físico-químicos, mediante los cuales se realizan todas las manifestaciones vegetativas: nutrición y consecutivamente asimilación.

Se ve claro que la experiencia individual es la resultante de esos cambios, que aumentando en complejidad, dan, como último resultado, los fenómenos psíquicos.

La célula, ese admirable "microcosmos", necesita de la nutrición para desarrollarse: parte de los alimentos introducidos en ella, sirven para la asimilación, determinando el desarrollo, previas ciertas adaptaciones o mejor transformaciones y parte para el mantenimiento de su existencia, arrojando, eso sí, los materiales de desecho (desasimilación).

Gracias al desarrollo de los organismos (conjuntos de células) y por lo tanto del hombre, las influencias extrañas a ellos tienen un campo de acción mayor, con cada día que pasa, de lo cual resulta que el nuevo organismo va progresando en experiencia. Al conjunto de necesidades asimilativas se ha denominado "trofismo". Y sobre él se construyen el gran edificio de la vida psíquica, que culmina en el hombre.

Aún antes de establecerse la comunicación entre los sentidos y el mundo exterior, se forman, —en el subsuelo de la mente, como la base sobre la que se alza el sentimiento de necesidades electivas, que requieren la asimilación de sustancias determinadas— las sensaciones más elementales.

Desligado el sentimiento puro de esas sustancias del reconocimiento de los cuerpos del mundo exterior que virtualmente las contengan, a los que llamamos alimentos, se nos presenta bajo la forma de una necesidad sustancial definida, concreta, especificada, en cada una de las sensaciones, por manera tan clara y tan distinta, que nunca se confunden las unas con las otras. Así la sed es la necesidad de una sustancia, que en nada se parece al hambre de la cal, como al especializarse el hambre por las grasas, se presenta con una impulsión distinta de la necesidad de hidratos de carbono. En ese estado primitivo y elemental, las sensaciones tróficas acusan la necesidad de una pluralidad de sustancias; mas, como esas sustancias no son todavía representables por medio de signos sensoriales, nos es absolutamente imposible reconocer la presencia de los cuerpos que las contengan, bien directamente como el agua, la sal, la cal, bien virtualmente, como ocurre con los garbanzos, la carne o la manteca. Ese proceso de reconocimiento es de formación ulterior; es la obra de una suma de experiencias complejísimas, mediante las cuales nos enteramos de que tal cuerpo como la sal, se denuncia al paladar por un sabor y a la visión por un

color, y tal otro como el azúcar por otro sabor y por otro aspecto visual. Ese trabajo es muy costoso y muy arduo; nos absorbe casi por completo durante los primeros años de la vida, que dedicamos a percibir cuáles son los objetos del mundo exterior, que contienen lo que nos hace falta. Con la organización de estos procesos, empieza la organización básica de la inteligencia. El punto de partida y la condición de la formación ulterior de estos procesos, radica en la preexistencia necesaria de las sensaciones tróficas, ya que el mundo no viene a nosotros con las impresiones que fulgura en los sentidos, sino que somos nosotros los que salimos al encuentro del medio, movidos por un resorte interno, con la finalidad de incorporar y transformar en plasmas de nuestros plasmas y en humor de nuestros humores, cuanto de él nos hace falta, utilizando al efecto los sentidos para reconocer su presencia, y el movimiento para saber dónde está¹¹.

Poco a poco, a medida que se desarrollan los centros funcionales y las fibras nerviosas van mielinizándose y asociándose con más abundancia, la representación de las necesidades tróficas va subiendo del subsuelo de la conciencia hasta la etapa superior, conforme a las etapas que sigue todo fenómeno psíquico, hasta que la inteligencia pueda analizarlo, o en otras palabras, ya que es necesario recurrir a la terminología psicológica usual, hasta que sean percibidas por la conciencia.

Esto sucede durante todo el período de *organización* de la personalidad, cuando el individuo debe dedicarse necesariamente a reunir los materiales que más tarde serán la base de la personalidad definida o del *equilibrio dinámico*.

Enfocada así la cuestión, se ve cuán distantes nos encontramos hoy de las creencias, más que *hipótesis* animistas, para las cuales las facultades del alma venían ya completas en el embrión y podían manifestarse sin necesidad del concurso exterior. Mientras que el mecanismo animista afirmaba que el alma, con todas sus facultades, era nueva en cada ser nuevo, ahora resulta "una función adquirida en el desarrollo ontogenético y filogenético", común a todos los animales, y en especial a los dotados de sistema nervioso, pero que en el hombre ha llegado a mayor perfeccionamiento. *El "Alma" no es algo que preexiste, sino que se forma.*

Se comprende cómo el estudio de la formación, o más bien dicho de la evolución de la personalidad, resulta uno de los problemas más complejos que se plantean en el campo de la psicología.

Tanto por facilidad de método, como por estar más en conformidad con los datos científicos, adoptaremos la clasificación, propuesta por Ingenieros, de las etapas por las cuales atraviesa la evolución de la personalidad, bien entendido que ella será sólo una base para ampliar y discutir varios conceptos.

Las funciones psíquicas, durante su evolución, pueden considerarse en tres períodos: 1º de *organización* (adquisitivo); 2º de *perfeccionamiento* (intensificativo) y 3º de *involución* (disolutivo).

¹¹ Ramón Turró: *Base trófica de la Inteligencia*. Págs. 66-68.

PRIMER PERIODO: ORGANIZACION

Duración: niñez, adolescencia, pubertad y juventud (hasta los 30 años).

“La evolución mental del recién nacido no se diferencia, al principio, de la observada en ciertos grados de la filogenia animal. Movimientos elementales, ligeros grados de conciencia, manifestaciones afectivas elementales.

“La acción de los agentes, del medio físico, el ejercicio de las funciones vegetativas, estimulan la progresiva mielinización de las fibras nerviosas que conduce a la sintetización de las sensibilidades orgánicas” (cenestésias). (Ingenieros).

Gracias al método genético, se ha podido fijar las características evolutivas del niño; teniendo en cuenta, sobre todo, el desarrollo de los factores afectivos, se ha dado al período de organización humana alcances inesperados. Los psiquiatras y educadores, en su empeño por conocer los detalles mas imperceptibles de la formación de la personalidad, han acabado, con Freud a la cabeza, formando una verdadera historia de los fenómenos emocionales el psicoanálisis. Para quienes se ocupan de este estudio y sus diversas aplicaciones, no son desconocidas las refriegas que con este motivo se han provocado. Pero el hecho de haber despertado tanto interés, y sobre todo, de haberlo afirmado en la experiencia, hace que se le estudie con detención, aunque no se acepten todos sus postulados.

Stanley Hill ha dividido en cuatro subperíodos la época de la organización de la personalidad. Vamos a examinarlos sintéticamente ¹².

1º—La infancia (hasta los dos años). Correspondería filogenéticamente al período “simio” y sus características son muchísimo más marcadas de lo que se cree; emotividad intensa, reacciones súbitas, y previsibles constituidas o acompañadas por lágrimas y risas. Experiencia especialmente subjetiva, “autística”. El mundo exterior casi no significa nada para el niño. La escala emocional tiene por polos el placer y el dolor. Lo que alcanza su personalidad le hiere o le halaga. Comienza a formarse y a diferenciarse la sensibilidad, en sus aspectos emocionales y sensoriales ¹³.

2º—La niñez (de los 2 a los 8 años). Caracteres: el alma, saliendo del subjetivismo, abandonando las opacidades del indiferenciado mundo interior, sólo sentimental, se dirige al exterior, a las cosas: es la época de la voluntad. Se interesa marcadamente por el mundo exterior y objetivo y trata de ponerse en relación activa con él; trata de mirar, de sentir, de mover, de hurgarlo todo.

¹² Para la redacción de estos párrafos nos han sido de gran utilidad los estudios del eminente psiquiatra peruano Dr. Honorio F. Delgado.

¹³ En cuanto al análisis del lenguaje, recordaremos a Wundt: “Existe una propensión especial a considerar el lenguaje infantil como una causa de su particularidad, como una creación del niño: parte es una creación del ambiente en el cual solamente esta creación se adapta al conjunto de los sonidos infantiles y en lo posible también al estado de conciencia del niño”. Wundt: *Comp. de Psicología*. Pág. 397. Ed. Española.

Su mentalidad conserva un tinte particular de la etapa anterior: como el salvaje, no sabe separar bien los atributos de los seres de los atributos de las cosas, dota a los objetos de alma, de espontaneidad, de personalidad. Tiene conciencia de su personalidad, pues comienza a diferenciar el yo del no yo. De allí esa inquietud perenne que le impulsa al análisis de los objetos y de las palabras. Diríase que quiere comprobar por medio de sus capacidades la existencia real de las cosas.

Sus reacciones motrices y afectivas, en perpetua manifestación, resultan a veces contradictorias, como si el niño fuera por todos los lados en busca de una posibilidad de equilibrio, tanto más remoto cuando más buscado. Surge, como el centro de semejante actividad, el conocimiento de su valor personal y el alcance de sus facultades. Los comprueba a cada instante, como queriendo afirmarse en ellos, por una parte, y como en cumplimiento de un imperativo emocional. "Esa misma estimación de los propios poderes reafirma el egoísmo innato; de ahí la conducta interesada del niño, egocéntrica, su relativa prescindencia afectiva de los demás, su propensión al individualismo"¹⁴.

La imaginación cultiva con fervor las exaltaciones y del mismo modo la credulidad. Renovando el período crítico de la filogenia y desprovisto aún de un criterio de medida, cree en fantasmagorías imposibles, o por lo menos, juzga aceptables las fábulas e historias más ilógicas. De allí esa frecuente equívocación entre lo real y lo ficticio, la tendencia a la mentira involuntaria. Y en los comienzos de la edad escolar: movilidad de atención, que sigue al placer instantáneo, facilidad para distraerse, imaginación viva, curiosidad insaciable; manía imitativa, memoria de retención, superior al poder de evocación, desarrollo del sentido de la realidad del espacio y no del tiempo, facilidad para la adquisición verbal, en lo relativo al nombre de las cosas y de las personas; es fácilmente sugestionable; cultiva hasta cierto punto el sentimiento del respeto, acaso por su capacidad para apreciar el espacio, sintiéndose pequeño, y tal vez para darse cuenta del valor de su personalidad¹⁵.

3º—La juventud (duración: de los 8 a 12 años). Correspondería al progreso del estado salvaje. Relativo equilibrio de la acción y de manera especial, orientación práctica y hábil de ella, adecuando la conducta a los propósitos. La inteligencia ha sustituido a la voluntad, en la jerarquía de la personalidad.

El joven distingue lo que hasta entonces había considerado como un solo espectáculo: el mundo de la realidad y el mundo del juego. Y ante esta experiencia relativamente dolorosa, comienzan a cultivarse los propósitos de lucha y de imposición; se alienta la voluntad de vencer. Las acti-

¹⁴ Honorario F. Delgado: "El desarrollo psíquico del niño". *Revista de Psiquiatría y disciplinas conexas*. Lima. Nº 2. Pág. 138.

¹⁵ A propósito de la afectividad es muy interesante la observación del Prof. Rodolfo Senet: La afectividad, en la segunda infancia, está circunscrita a los objetos, más a los animados, que a los inanimados. (Véase: *Psicología Infantil*).

vidades mentales se encuentran tensas, como en espera de una hábil educación para producir con disciplina y abundancia. En esa inquietud que más bien tiende a la orientación, parece como si atisbara la próxima crisis de la pubertad; pero pronto viene un tranquilo dominio, más aprovechable para el trabajo. La gesta de los instintos es poco perceptible. Pero hay bajo la aparente tranquilidad algo como un acúmulo de energías destinadas a las luchas futuras. La inteligencia trabaja, la palabra se torna fácil y abundante; diríase que se ejercitan las disciplinas mentales, amenazadas por cercanas conmociones.

4º—Adolescencia (de los 12 ó 13 años a los 25 ó 30). Tanto las variaciones, tanto las fluctuaciones, se suceden en este período, que por fuerza debemos considerarlo como el más complejo. Se lleva a cabo, durante su transcurso, algo como la repetición de las tres etapas anteriores: predominio emocional, predominio volitivo y predominio intelectual. Parece que el hombre tratara de confrontar el valor, la potencia, de cada uno, para lo cual la experiencia le somete a pruebas variadas, tentando las posibles combinaciones que darán por resultado el carácter. De allí que los psicólogos que han querido efectuar cálculos matemáticos sobre los procesos psíquicos no tengan, cuando se trata de determinar el carácter, datos seguros para sus esquemas y deban, por lo tanto, reunir los datos referentes a diversas operaciones mentales, que en último término, representan la riqueza asociativa ¹⁶.

Del conflicto de la experiencia anterior del sujeto nace, especialmente caracterizada, la orientación social. Parece que el valor de sí propio se olvidara por el momento, lo mismo que las tendencias egoístas, para conseguir la adaptación al ambiente. Lo que hay de notable es la *socialización* del individuo, unida directamente a la sexualidad.

Agresivo en los comienzos, cual si el acervo emocional hubiera llegado a la cúspide donde se exterioriza, se *drena*, diríamos, mediante deseos y sentimientos nuevos. “El amor y la cólera, que rara vez se convierte en odio, la esperanza y el amor, la ternura y la aversión pasajeras, la generosidad y la ambición, la simpatía y la envidia, la sinceridad y la vanidad”, (Delgado) pero todos fugaces y transitorios.

Por lo mismo que priva el amor al hombre, al adulto, sobre el amor a la naturaleza, se corren los graves riesgos del fracaso, la desesperanza, el desengaño, la duda. Hay, además, una marcada tendencia hacia la uniformización de la calidad de todas las personas ante las cuales no les detiene un especial interés. Se forma una contraposición entre el *yo* del adolescente y las personas por quienes se interesa.

Es así como los resultados de esta *conflagración afectiva* de la pubertad pueden ser decisivos para el futuro.

El ambiente es apreciado sólo por su aptitud sentimental, en cuanto puede contribuir a embellecer la realización de los deseos. Acaso debe bus-

¹⁶ *Technique de Psychologie Experimentale*, por Toulouse, Vaschide, Piéron. Pág. 257. Ed. española.

carse aquí el primitivo excitante de las actividades artísticas; el esfuerzo constante por armonizar las relaciones entre las personas y la naturaleza. Ayuda al símil, a la comparación y aun al contraste.

“En la mujer, el carácter romanesco de los motivos; el ser ellos sobre la primavera, la tarde, la noche de luna, las flores, el pájaro que vuela, los sueños, expresan ese psiquismo soñador que arrebató a la niña a los trece años, para no dejarla hasta el día del matrimonio. Sus sentimientos no se intelectualizan como en el varón; se esparcen en fantasías afectivas, hasta materializarse. Por otra parte, el ansia de viajes y paseos, que estalla en forma repentina a los trece años, explica una vida anterior absolutamente distinta de lo que hasta entonces era la nota bella de su candor e inocencia. Antes era confiada, sin malicia, risueña, tierna a las caricias, aceptaba el beso sin sonrojo, y lo prodigaba con placer, sin percatarse de quien lo recibía. Ahora es recatada, desconfía de los ojos, la mirada tiene un significado. Disimula, es sensible al doble sentido de las palabras, cuida de su persona; la idea fija de un amor que le haga feliz se adueña de su espíritu y es casi el centro de sus actividades. Una fuerza irresistible le incita a salir, pero ya no por la exigencia de los músculos, sino por mandato de su corazón, en busca del joven que ha de resolver un día esa inquietud que le atormenta y le ilusiona. Desea agradar y consagra su tiempo al tocado, a veces al canto, a la pintura, a la declamación, al piano, para producir efectos llamativos en reuniones públicas. Desde los trece años el amor ofrece esas extrañas perversiones, que se inician en forma de amistades exaltadas y pueden terminar en el uranismo. Los internados y colegios urbanos arrojan altos porcentajes de estos casos y los darían más altos las niñas que no frecuentan la escuela, si nos fuera posible observarlas”¹⁷.

Los psicólogos han estudiado, además de estas numerosas características de la pubertad, que no pueden ser tratadas sino en estudios especiales: el vagabundaje, la tendencia a la megalomanía, la grafomanía, las tendencias belicosas, las amistades, el miedo, etc.

La crisis de la pubertad, por más que no se presente de idéntica manera en todos los adolescentes, y por más que en algunos la tonalidad sentimental sea muy baja, no puede, no debe considerarse solamente como la aparición de tendencias ancestrales. Por lo mismo que se constata la multifuncionalidad funcional, debe tenerse en cuenta que en buena parte son los resultados, las manifestaciones perceptibles de la experiencia individual y de la imitación.

Observadores concienzudos y clínicos atentos buscan y encuentran los orígenes del placer; comprenden la adición lenta y continuada que desde la primera infancia va compenetrándose con la personalidad humana.

Aunque sean numerosas las objeciones sustentadas contra las teorías psicoanalíticas de Freud y sus discípulos, sería suficiente su estudio de la

¹⁷ Víctor Mercante: “La crisis de la pubertad”. *Revista de Filosofía*. Buenos Aires. Págs. 23 y 54. Julio de 1918.

crisis de la pubertad para comprender las grandes verdades que ellas encierran, por lo mismo que su método de estudio es el genético. Muchos de los procesos psíquicos (hábitos, gustos, etc.) cuyo estudio ha sido aislado lógicamente por la escuela psicológica clásica, no son sino exteriorizaciones del hedonismo despertado y acumulado en el curso de la evolución infantil. Y los resultados terapéuticos obtenidos por el psicoanálisis no son otra cosa que la comprensión clara de los fenómenos psíquicos y sobre todo de su evolución.

Lo inconsciente, en el hombre, es uno de los campos más ricos para la investigación. Y aunque se argumente conforme a la lógica alarmista, no es posible hoy por hoy, negar la realidad de los planos mentales. El mismo concepto energético de las representaciones, al sentar que para la percepción del fenómeno psíquico es necesario que éste haya llegado a cierto desarrollo, es decir haya conseguido potencia suficiente, confirma las interpretaciones del psicoanálisis.

Toda la riqueza emocional de la pubertad puede ocultarse ante la presión del ambiente y quedar fuera del "campo de la conciencia"; y si tal cosa dura indefinidamente, bien puede dar origen a manifestaciones patológicas. Algunos de esos caracteres misteriosos, incomprensibles, de la personalidad humana, no pueden ser explicados sin las emociones escondidas. Lo veremos más adelante. Y perdónesenos esta digresión.

Pasada la época de crisis, es decir de los 16 a los 18 años, la actividad que mejor se marca es la volitiva. El esfuerzo, en todos sus aspectos, la curiosidad y la impulsión hacia lo desconocido. El joven trata de emprender aventuras, viajes largos, etc. Es la época de comprobar la fuerza y las capacidades. ¿Y cuál otro campo mejor que la acción? —Más que el conflicto moral, surge el conflicto físico; el individuo desafía, mide sus fuerzas con los demás, y trata, desde entonces, de ejercitar algún dominio sobre el medio. La iniciativa busca cómo realizar los hechos más difíciles, más complicados, aquellos cuya solución proporciona con más seguridad la fuerza.

"Los sentimientos de rivalidad, de combatividad, de orgullo, alcanzan gran expansión. Y si no hay vigilancia, el sujeto puede llegar a la criminalidad" (Delgado). Esto es lo que se observa en el hombre.

La mujer cultiva durante este período su imaginación. El ideal dominante es la espera o el cultivo de un amor, que resolverá acaso todo el problema de su vida. Para expresar con una imagen gráfica, podríamos decir que la evolución de la mujer, hasta esta época, ha sido como dos rectas convergentes, las cuales una vez en contacto, se funden en una sola, para continuarse con una relativa uniformidad.

Al hombre, al contrario, llegado a esta época, podría representarsele como habiendo llegado a una encrucijada, desde donde reparte sus actividades en distintas direcciones.

Desde los 18 años, el individuo sistematiza sus facultades; ya sea labor manual, ya mental, dedica sus esfuerzos al aprendizaje, de aquella que

más conformidad guarda con sus capacidades. Para el porvenir de su vida, tiene este período gran importancia; al mismo tiempo es de mucho interés para los padres y maestros. El problema de la vocación, que en resumen no es sino el estudio de las características mentales más visibles en esta época, y de las vicisitudes evolutivas, necesita pues, en este caso, una solución hábil. Es un apoyo de especial valor para ella, el que la fogosidad anterior se aplaca y los conocimientos se presentan en un conjunto armónico, señalando por sí mismos las rutas más convenientes para su desarrollo.

Comienza aquí la formación de ideales, los grandes distintivos del hombre, los que le confieren el lugar más alto en la escala de los seres vivientes. En consecuencia, el individuo reconcentra sus fuerzas; tal es el origen de su independencia. No puede ya prodigarse ciegamente y de hecho se verifica un fenómeno, que bien pudiera dominarse *selección sociable*.

Íntima con aquellos que, ya sea por su carácter, ya por su posición, pueden apoyarle en sus trabajos o pueden ser para él más provechosos.

Es aquí donde puede apreciarse la riqueza experimental del individuo. Aunque se ha descrito el tipo normal, o mejor dicho, los fenómenos más frecuentes en cada período, no en todos los sujetos se presentan en la misma forma, ni por lo tanto, dejan la misma huella. La experiencia de la especie, manifestada en forma de tendencias, de predisposiciones, lucha con la experiencia individual, unas veces, y otras colabora con ella. El medio, a pesar de todo, da la norma decisiva; ayuda al desarrollo de la energía y aptitudes heredadas y si en la mayor parte de los casos, es un factor determinante de progreso, en otros no hace sino acelerar la marcha hacia la degeneración o la desaparición (selección natural).

Lo que diferencia a los individuos entre sí, a pesar de haber actuado en el mismo medio y haber recogido una experiencia biológica semejante, son las diferentes combinaciones que se han verificado entre tales elementos, a través de la existencia. Lo mismo que en Química orgánica se conocen las sustancias isómeras, caracterizadas por la combinación de los mismos elementos, en igual cantidad, y sin embargo, diversas en sus propiedades gracias a la diferente agrupación atómica, los individuos, a pesar de disponer en una época de los mismos elementos para la formación de la personalidad, pronto se distinguen y diferencian. El factor hereditario es, con frecuencia, el que proporciona la solución.

Más fácilmente comprensibles son los casos en que la experiencia individual ha sido diferente.

“Las diferencias de aptitudes mentales dependen de la estructura del organismo, y especialmente de los órganos de las funciones psíquicas. Desde el monstruo anencéfalo, el idiota, el imbécil, pasando por el hombre mediocre, hasta llegar al hombre ingenioso y al genio, hay variadísimas escalas de aptitudes originariamente distintas. La educación puede desenvolverlas, cuando existen, pero no puede crearlas cuando faltan.

Las diferencias de educación de las aptitudes originarias determinan desigualdades no menos pronunciadas. Un hombre de escasas aptitudes,

desprovisto de toda educación, sería un fronterizo de la imbecilidad; si, en cambio, recibe una educación hábil y paciente, puede llegar a adaptarse bien en su medio social y hasta pasar por un hombre inteligente, hecho que se observa con frecuencia en las clases privilegiadas. Una mediana inteligencia oscilará desde la tontería hasta el talento asimilador, según que sus mediocres aptitudes sean o no cultivadas; el ignorante y el erudito son dos productos distintos por su cultura, pero pueden constituirse sobre la misma medianía. La agudeza de espíritu, el ingenio propiamente dicho, es susceptible de caer en la frivolidad o de rayar en el talento, según desarrolle sus actividades congénitas. El mismo hombre de genio, por fin, necesita encontrar en el medio ciertas condiciones favorables a su desarrollo; el rumbo e importancia de sus producciones varía con la mentalidad colectiva del grupo en que aparecen”¹⁸.

Es fácil comprender cómo la influencia pedagógica en este período, puede ser y es enorme. Desde la cultura de los hábitos, hasta la de los sentimientos, el educador puede ejercer una verdadera *ortopedia* mental. Puede facilitarles un curso normal, libre y al mismo tiempo preciso, evitando toda clase de *shocks* que más tarde pudieran originar múltiples alteraciones patológicas. Y de allí que el psicoanálisis concluya: “Se comprende cuán intrincado debe ser el proceso de la determinación del carácter de las personas, pues son tan múltiples y complicados los factores que entran en juego, en cada momento del desarrollo del niño. Complicación que se comprende mejor si se toma en cuenta que en cada etapa, los factores libidinosos y represivos en acción, pueden modificar sus aptitudes mentales plasmadas por los equilibrios libidinosos-represivos de las etapas precedentes”¹⁹.

PERIODO DE PERFECCIONAMIENTO DE LA PERSONALIDAD

Una vez que el hombre, en función del medio, ha adquirido la experiencia suficiente para marcar sus distintivos, se mantiene en un relativo estado de equilibrio. “Durante el período de perfeccionamiento, el individuo mantiene cierta unidad de carácter; su personalidad, ya definida, como resultado de sus tendencias congénitas (herencia) y bajo la influencia de la educación (experiencia), se conserva idéntico a sí mismo” (Ingenieros).

Es la época de la plenitud. Orientadas las actividades por medio de la vocación, han llegado a realizarse *in extenso*.

Pero este período, a pesar de lo que a primera vista parece, no es estático; acaso el *dinamismo* es más marcado que en los otros períodos, pues el imperativo social exige de él muchísimo. Si durante el primer pe-

¹⁸ Ingenieros: *Psicología*. Págs. 182 y 183.

¹⁹ H. F. Delgado: *Loc. cit.*

ríodo atesoraba emociones y la personalidad se consideraba un tanto aislada de las relaciones ambientales, resaltando por eso su individualismo, el campo de su actividad ahora se presenta menos amplio.

Por lo mismo que sus aspiraciones abarcan ideales, en los que el factor principal para realizarlos es la sociedad, el hombre se ve obligado a progresar, más bien en calidad que en cantidad. Los elementos recogidos por la experiencia anterior caen bajo la crítica de muchos, y entonces comienza la depuración, la adaptación, el perfeccionamiento, en el tipo normal. Surgen reacciones múltiples, ante la ofensiva o la defensiva, según los casos, y según que las condiciones de la personalidad estén en armonía o en contradicción con el ambiente.

Las exigencias emotivas, que sustituían con ilusiones, o mejor ocultaban con ellas la realidad, abarcan un campo menor, pues deben llevarse a cabo sólo algunas veces. El perjuicio que pueden provocar a los demás, es una barrera, no siempre muy fuerte, por desgracia, para el temperamento emotivo. De allí que las actividades intelectuales y manuales tomen cuerpo, ya sea en interés directo del individuo que las ejerce, ya sea en el de sus semejantes.

Aquí aparecen ya, innegables, las predisposiciones o aptitudes psíquicas y hereditarias. El individuo añade la propia experiencia a la de los antecesores; la herencia ancestral, aunque no pueda juzgársele bajo los actuales medios de investigación, y por lo mismo, aunque no esté representada por cambios morfológicos, se manifiesta y llega a imponerse.

Cierto que aún no nos es dable conocer el mecanismo de la herencia de los caracteres psíquicos. Mas los hechos se encargan de comprobarla. Los investigadores que sin aceptar la hipótesis de un espíritu, del *alma*, —puesto que los fenómenos psíquicos caen bajo el dominio de la biología, complejos, eso sí, pero sujetos por tanto al funcionamiento orgánico—, han emigrado de la antigua teoría mecanicista, que estableció la distinción entre el órgano y la función, al criterio dinámico, ante el cual ambos se confunden. Natural es que, de conformidad con este criterio, no puedan responder los cambios estructurales, por sí solos, a todas nuestras curiosas interrogantes.

Aún la humanidad no dispone de todos los medios de observación, y en aumentarlos, precisamente, estriba su progreso. El que a la luz de una lógica severa trate de medir o conocer la barrera hipotética entre órgano y función, no podrá concebir el uno sin que tenga que recurrir al otro. Si pues, existe una imposibilidad real para separarlas, es porque se trata de una sola cosa, deformada eso sí, ante las necesidades metodológicas constantes.

Así, la herencia de los caracteres psíquicos, aunque no pueda explicarse de un modo definitivo, acepta como hipótesis científicas más lógicas aquellas del dinamismo. Véase, por ejemplo, una interpretación: "No se puede afirmar ni negar la transmisión hereditaria de caracteres adquiridos, por el individuo, en sus relaciones con el medio ambiente. Pero hay presun-

ción de que esta transformación se realiza por una serie de modificaciones permanentes, llevadas al equilibrio orgánico, psico-físico del individuo, en lo que será su norma y germen. Esta transmisión, especie de inducción nerviosa y vital, análoga a inducción eléctrica, sería la verdadera palanca de la evolución, y el progreso de la humanidad se haría con la colaboración del espíritu de todos los hombres que respetan las leyes de la vida, que con ellas pueden conformarse, para alcanzar el triunfo progresivo del espíritu”²⁰.

El período de perfeccionamiento de la personalidad no puede explicarse únicamente con los datos de la psicología. Es necesario recurrir a la biología, a la sociología, a las ciencias físicas, etc.

Los órganos, igual que toda concreción de la materia tienen sus límites de resistencia. Los fenómenos de asimilación, en la primera época, no hacen otra cosa que dirigir el crecimiento. Pero viene un momento en que la capacidad para el desarrollo se agota, porque la elasticidad de la ontogenia tiene sus límites; entonces llega para el funcionalismo animal un período durante el cual se mantiene en *stato quo*; aunque movedizo y cambiante ante las excitaciones externas, sus reacciones ofensivas y defensivas no pueden ir más allá de lo que el desarrollo orgánico les permite.

Se mantiene lo que pudiera llamarse un *renovado ideal de equilibrio*; en espera de fracasos, el organismo selecciona su material asimilativo, tanto en lo físico como en lo intelectual; puesto que no puede ya desarrollarse, aplica sus energías al perfeccionamiento. Y entonces, la correlación funcional cuida de que, si los gastos son muy exagerados, se adquieran materiales útiles para la reconstrucción orgánica.

El estudio de las secreciones, en el adulto, siempre constante, mientras no actúe ningún factor patológico, da la medida del equilibrio funcional. Todo aumento o disminución de ellas, en último término, o es una tendencia a la involución o a la muerte, o es la exteriorización de un proceso defensivo que lucha por recuperar el equilibrio perdido. Y sabido es que mientras más perfecto el mecanismo funcional oscila menos, y, en cambio, guarda una evidente uniformidad, pero también corre más peligro, por cuanto se ve amenazado por agentes exteriores muy perjudiciales y por la energía condensada que hace transitorio su perfeccionamiento.

En el estado adulto, más abundantes son los procesos defensivos, debido al riesgo de la pérdida del equilibrio. Las glándulas de secreción interna, encargadas, en gran parte, de mantener la correlación funcional, conservan por consiguiente, el equilibrio de los fenómenos psíquicos²¹.

²⁰ A. D. Ferrière: *La herencia de los caracteres adquiridos*. Arch. de Ped. y Cienc. Af. Buenos Aires, mayo 1913. Pág. 398.

²¹ Los actuales estudios opoterápicos, fundados en la gran importancia de las secreciones internas, consideran éstas no sólo en las glándulas citadas, sino en casi todos los órganos.

Si éste es el estado del organismo adulto, su personalidad, del mismo modo, a pesar de las constantes y variadas oscilaciones, se distingue por el equilibrio, o de otro modo, por el carácter. "Nos conocemos como cuerpo antes de conocernos como persona". El niño de dos o tres años ya sabe dirigirse entre las cosas que obran sobre su medio, pero es incapaz de decir *yo*, hablando de él. El argumento es indiscutible: se puede ignorar el sentido y el empleo de una palabra, pero se tiene la experiencia de ella. Y por otra parte es innegable, es esencial, que la individualidad se desenvuelve paralelamente al organismo y que el sentimiento de la personalidad crece normalmente con la edad. Así la conciencia de cuerpo aparece como un *yo* primario, para emplear el lenguaje de Meynert, como el núcleo fundamental de la personalidad entera; el sentimiento del *yo* no es sino la consecuencia del estrecho, del íntimo agrupamiento de todas las impresiones orgánicas y de sus imágenes, en la vasta noción de nuestro cuerpo.

Conciencia del cuerpo, conciencia del *yo*, voluntad consciente, no son cosas opuestas sino tan sólo diversas maneras de expresar la misma cosa ²².

De tal exposición es necesario concluir que la conciencia del *yo* llega a su apogeo cuando se ha recogido todo el material necesario, cuando no puedan quedar vacíos debidos a la falta de una parte de la experiencia personal, es decir, en el período de perfeccionamiento.

Así como el aritmético no podría hacer combinaciones numéricas a voluntad si suprimiera una cifra, la personalidad no puede sentirse *llena*, no puede prepararse para sus "combinaciones", sino cuando ha pasado del período de organización, es decir, cuando disfruta de todos los materiales, cuando la formación de su experiencia elemental ha terminado.

Pero ¿querrá decir esto que sólo en segundo período se puede conocer el carácter de una persona? De ninguna manera. Aun empíricamente y al alcance de cualquiera, se aprecian ciertos distintivos dominantes en la juventud, muchas veces suficientes para construir en nuestra imaginación la futura personalidad. Y es que la experiencia individual, mientras más antigua, más probabilidades tiene de dar los tonos dominantes en el porvenir.

Además, como las manifestaciones emocionales, en especial las motoras, se diría, ponen la nota discordante dentro del silencioso funcionalismo mental, se diferencian desde el principio los tipos en quienes predomina la acción, y aquellos en los cuales se manifiesta poco. El tipo medio, combinación equilibrada de los dos tipos, podría decirse que se encuentra en un estado de *ecuanimidad funcional*.

Mas, se preguntará ¿puede identificarse, en vista de estos datos, el concepto de personalidad con el de carácter? En realidad, aunque se encuentran confundidos y formando un todo, se puede distinguir el carácter como una resultante de la herencia y la personalidad, como la resultante de las influencias del ambiente sobre el acervo hereditario. De aquí que nos

²² Ch. Blondel: "La Personnalité".

parezca justa la definición de Honorio Delgado: la personalidad es un sistema de disposiciones, en parte condicionadas por factores biológicos y en parte activamente adquiridas por las estimulaciones del medio en que se ha desarrollado el sujeto; el carácter es su modo de reaccionar ante las estimulaciones actuales, y constituye, pues, el conjunto de aptitudes y de actitudes posibles en el curso de la vida”.

Aquí, lo mismo que en todos los dominios de la psicología evolutiva, debemos apelar a las concepciones dinámicas. Ni el carácter ni la personalidad, aun con la base de la herencia, son en totalidad fatales, inevitables. Para que la “vibración”, ese *estado de eretismo celular* —cuando las células han especializado su funcionalismo ante los factores externos— pueda manifestarse en los descendientes, se necesita el concurso del ambiente.

El caso especial de la herencia de las aptitudes, en verdad, no es otra cosa que la actuación de los agentes externos sobre el organismo. Las generaciones de músicos (Bach), de escritores (Dumas), de naturalistas (Darwin), han podido sustentar su distintivo al través de varias generaciones, porque además del dinamismo celular (y no localización) hereditario, el ambiente, constituido por el recuerdo de la obra de los antecesores, y el tono consecutivo del medio familiar y social, supieron cultivar esas disposiciones que de otro modo habrían desaparecido.

Como estas aptitudes se manifiestan, por lo general, en la edad adulta y especialmente en el período de perfeccionamiento, algunos filósofos y biólogos dieron como regla matemática el que la herencia psicológica se manifestaba en los descendientes en la misma época en que aparecieron en los antecesores. Y así, Le Dantec decía: la serie de caracteres individuales aparece en el mismo orden que la serie de caracteres ancestrales correspondientes. Es un hecho la observación corriente el de que si un carácter ha aparecido en un padre a cierta edad, el mismo carácter aparece en el hijo en edad correspondiente, es decir, según otros caracteres cuya preexistencia en el padre han concurrido a la formación del carácter considerado ²³.

Se apoya en el principio de Fritz Müller que dice:

Siendo $a_1, a_2 \dots a_n$ los patrimonios hereditarios *iniciales* de sucesivas generaciones y $b_1, b_2 \dots b_n$, las educaciones totales de cada vida individual, podemos representar por la fórmula simbólica $(a_n \times b_n)$ el conjunto de *todo* el funcionalismo vital del individuo, que es el mismo de la serie; escribiremos, por lo tanto, la siguiente serie de ecuaciones simbólicas:

$$\begin{array}{l} a_1 (a_1 \times b_1) a_2 \\ a_2 (a_2 \times b_2) b_3 \\ \dots \dots \dots \\ a_n (a_n^1 + b_n^1) a_n \end{array}$$

²³ F. Le Dantec: *Filosofía Biológica*.— Pág. 304.

cuya serie representará la evolución específica, como la serie correspondiente representaba hace poco la evolución individual.

Una complicación ocurrirá con frecuencia: (¿por qué no siempre si se trata de individuos provenientes de la fecundación?), la de que cada hijo proviene de dos padres; el patrimonio hereditario de N ésima generación no será a_n , sino un término medio entre dos distintos y que pueden representarse simbólicamente por

$$\frac{a_n \quad n \quad a'_n}{2}$$

siempre lo común a a_n y a'_n , se transmitirá al nuevo resultante de la unión entre dos padres y fatalmente comprenderá los caracteres adquiridos por adaptación de individuos de la misma especie, colocados en el mismo medio. Se puede, pues, desdeñar la complicación de la reproducción sexual, para usar el lenguaje lamarckiano, sobre la evolución progresiva de los animales.

Respecto a la primera parte de la fórmula, la formación de la personalidad no presenta objeciones, pero no así la segunda.

Ella está en abiertas contradicciones con las leyes de Mendel y Galton, en lo que a la herencia física se refiere, sobre todo porque no considera la ley de "dominancia"; en iguales condiciones se encuentra con las "variaciones". Y en cuanto a la herencia psicológica misma, el principio de Fritz Müller no está de acuerdo con los cálculos de Galton y sobre todo, de Pearson, quien establece un coeficiente de 1 a 10 para calcular la herencia de los caracteres intelectuales y morales.

Mayor diferencia puede observarse aún en los resultados obtenidos por el método de los *tests* de Starch. Este, midiendo las capacidades intelectuales en muchos descendientes de los mismos padres y rodeados del mismo ambiente, ha constatado marcadísimas diferencias intelectuales entre ellos, lo cual afirma, a nuestro parecer, que no es posible sujetar a fórmulas matemáticas invariables, el hecho de la herencia psicológica²⁴.

Y lo mismo en cuanto a la herencia de los caracteres adquiridos.

De la revisión de estas teorías, como se ve, no queda más recurso que aceptar la teoría dinámica de la herencia. En el caso particular de la herencia de las aptitudes adquiridas, debemos dar gran importancia al ambiente (ya sea que éste se haya manifestado por el estímulo, el interés, la imitación, etc.). Pero esto no quiere decir que los únicos factores determinantes sean el individuo y el ambiente, sino otro, aunque no claramente diferenciado en el espacio, lo está mejor en el tiempo: el estado de los progenitores en el momento de la concepción. En la actualidad, y mientras no

²⁴ V. Aníbal N. Ponce: "Los problemas de la herencia psicológica" *Rev. de Filosofía*.— Bs. As.—Enero de 1922.

haya una hipótesis más precisa, las diferencias constatadas en las investigaciones de Starch, no pueden explicarse de otra manera²⁵.

Y como es sabido que el individuo *nunca es el mismo*²⁶, tanto en lo moral como en lo físico, debido a constantes y multiformes influencias del medio, por lo mismo que transcurre cierto lapso entre la procreación de los varios descendientes de unos mismos progenitores, nunca será idéntico, ni en un solo caso, el estado dinámico de dichos progenitores.

Discúlpesenos haber tocado de paso este punto, al cual por derecho le correspondía estar en el capítulo dedicado a resumir la historia de las teorías evolutivas, pero nos eran necesarios estos recuerdos para afirmar una vez más un hecho constatado por los psicólogos: la imposibilidad de hacer una clasificación de los caracteres durante el período de perfeccionamiento de la personalidad, así como también para constatar la imposibilidad científica que hay para imponer fórmulas invariables en la herencia de los caracteres psicológicos.

Ya se ve que la personalidad, en la época en que mejor se define, está condicionada por el hasta hoy misterioso mecanismo de la herencia²⁷, por la época de la fecundación, lo cual modifica tanto los caracteres hereditarios, físicos y psicológicos —para valernos de la terminología usual— por el ambiente, que tampoco conserva identidad absoluta a través del tiempo.

Así ha podido concluir Ingenieros: “Los hombres, llegados al supremo desarrollo mental, actúan en la sociedad de dos maneras bien diferenciadas: los unos consiguen afirmar su propia personalidad en la lucha por la vida, haciéndola gravitar sobre el medio en que se desenvuelven; los otros no

²⁵ “No puede, pues, comprobarse, y probablemente no existe, una transmisión hereditaria de los caracteres morfológicos adquiridos, esto es, de las dismorfias; pero sí existe, en cambio, una transmisión hereditaria de los caracteres bioquímicos en cuanto atañe al metabolismo y al equilibrio endocrino, esto es, de las distrofias.

Esta conclusión, que tiene, a nuestro entender, un gran alcance en Biología, puede someterse a comprobación, cotejando su contenido teórico genérico con los hechos concretos que atañen a grupos determinados de procesos morbosos, y precisamente de alteraciones del equilibrio endocrino y de enfermedades de la sangre, entre ellas, principalmente, las que yo he indicado y describo hace tiempo con el nombre de hemodistrofias.

La teoría de De Vries sobre las mutaciones nos interesa en extremo desde el punto de vista de la Patología humana, porque, como indicaré más adelante, yo tengo por evidente que en la determinación de las variaciones individuales y aun colectivas, de la especie humana, ha tenido históricamente una gran importancia el ataque de los virus, y que la especie humana ha visto desviar su tipo normal como consecuencia de las alteraciones bioquímicas determinadas en los organismos vivientes por las enfermedades infecciosas (que, naturalmente, hemos de considerar como mutaciones, en el sentido de De Vries), fijadas luego por las leyes de la herencia en lesiones anatómo-patológicas, en modificaciones estructurales o somáticas”.

“Contestación al discurso de recepción del Sr. Dr. Gregorio Marañón y Posadillo, en la Real Academia de Medicina, por el Dr. Gustavo Pittaluga”. La Medicina Ibera. N.º 245.—Julio de 1922 Pág. 45.

²⁶ Comprendiendo por esto la identidad absoluta en el tiempo.

²⁷ Sabido es el muy justo aforismo médico. Un fenómeno que necesita, para ser explicado, de muchas teorías, corre riesgo de aparecer progresivamente más oscuro.

consiguen salir del casillero de la vulgaridad. Habría, pues, en la sociedad hombres *característicos* y hombres *indiferentes*".

Todo nos hace suponer, que la evolución de la personalidad, atravesando el período de organización, durante el transcurso del cual recoge los materiales necesarios para su formación, y el de perfeccionamiento, organiza esos elementos hasta darles, dentro de las oscilaciones vitales, un carácter definido.

Es claro que para llegar a este resultado hemos de considerar la calidad del factor hereditario: unas veces estará *dinamizado* hacia el progreso, y otras condenado a la *degeneración*, bajo la influencia de diversos agentes patógenos.

La personalidad, caracterizada por el sentimiento de identidad y de unidad y por el esfuerzo y la voluntad del individuo, será uniforme en sus líneas generales. Sólo que algunas veces el hombre, a causa de los múltiples factores citados, no podrá alcanzar el grado máximo de su desarrollo y tendrá que contentarse con seguir los dictados de los mejores.

Pero en todo caso, la personalidad humana tiene sus caracteres propios, distintivos de ella.

"La unidad del yo implica una multiplicidad cambiante y original, que no es por otra parte el resultado de la descomposición de la unidad, según un sistema arbitrariamente escogido, sino que hace cuerpo, por así decirlo, con ella y sin la cual no sería lo que es. Al contrario de la unidad aritmética, que concebida previamente como indivisible, adicionándose a sí misma constituye la serie de números, la unidad del yo, parece, ante la conciencia, resumir la suma de sus estados". —"Lo mismo, la identidad del yo comporta un cambio continuo. Por restringida que sea la porción de conciencia que pongamos en la observación, el yo aparece siempre igual: a la vez que cambia, queda idéntico. Unidad en la multiplicidad, identidad en el cambio, tal es, en todo caso, la paradoja del yo, que se impone a la conciencia. En el individuo normal, los "volte-faces" morales y sociales, inesperados, la evolución psicológica, con las profundas modificaciones que provoca, el olvido en que caen prácticamente largos períodos de la vida, el recuerdo progresivo del pasado, son importantes para romper el sentimiento de esta identidad y esta unidad"²⁸.

Puesto que tal uniformidad se conserva, dentro de las variadas condiciones vitales, la hipótesis más plausible para su explicación sería esta:

Primer período: formación de la personalidad: adición.

Segundo período: perfeccionamiento de la personalidad: combinación.

A la combinación perpetua y uniforme de la experiencia la hemos denominado *estado de equilibrio dinámico*. "Humanizando" más el lenguaje, podríamos decir: "equilibrio sociable". Tal es el gran distintivo del período de perfeccionamiento.

²⁸ Ch. Blondel: "La Personalité". *Journal de Psychologie*. París. XVII année. N° 4.—Pág. 313.

Creernos superiores a lo que en realidad somos es practicar el "bovarismo", es creer en la posibilidad de la supresión de los lazos sociales.

Cualquier graduación del talento está sujeta a ellos. Aun el hombre más individualista, el genio, a quien equivocadamente se le caracteriza como un inadaptado, como un extraño al medio, se encuentra ligado a él acaso tanto o más que los otros. Si el hombre medio se adapta a las costumbres generales y no manifiesta rebeldías ni un solo momento, el genio es un producto, aunque negativo, del mismo medio. Representa el impulso de la reacción contra el estado social contemporáneo a él. Y el hecho de reaccionar demuestra hasta qué punto es un producto de la misma sociedad que no le comprende ni le aplaude.

Las relaciones entre el individuo y la sociedad constituyen un verdadero ciclo, pues sus influjos son recíprocos. Y dentro del término sociedad comprendemos muchos de los factores físicos que, gracias a la iniciativa de la personalidad humana pueden ser utilizados o evitados, según sean provechosos o perjudiciales.

Por un lado debemos considerar al individuo ejerciendo su influencia sobre la sociedad y por otro a ésta obrando sobre el individuo.

Es muy conocida la frase: el hombre es un animal sociable. Todas las excitaciones que recibe forman parte de su conciencia. Solidaridad material, provocada por las necesidades vegetativas y solidaridad ideal, que es el alimento de su vida inteligente. Y desde que esta solidaridad existe, el medio impone al individuo exigencias inevitables, ineludibles en su fondo, incesantemente variables en su forma, según el tiempo, la raza, el país, la educación y la familia. El sentimiento de nuestro yo depende del medio en que vivimos, nuestro individualismo tiene susceptibilidades que ignoraban Date o Jacques Bonhom. Por otra parte, toda sociedad está surcada en todo sentido por líneas de demarcación más o menos precisas, que la subdividen en grupos más restringidos. Cada uno de estos grupos tiene sus exigencias a las cuales obedecemos, tanto como *un hombre, tanto como un yo social*. Pero de estos grupos ninguno deja huella más honda en nosotros como aquel del cual formamos parte. Somos lo que quiere nuestra situación social y lo somos inmediatamente; su importancia es nuestra importancia y su carácter el nuestro. Hay mucha verdad y sutileza en el viejo cuento según el cual un artesano se despierta transformado en comendador de los creyentes, lo mismo que en el episodio donde Cervantes nos muestra a Sancho convertido en Gobernador. El hábito no hace tal vez al monje, pero hay pocos monjes sin hábito. Nuestra carrera es un lecho de Procasto, a medida del cual nuestro yo modela su forma y del cual nos olvidamos pronto que no ha sido hecho para nosotros ²⁹.

Y es que nos entregamos a la sociedad como una escultura apenas esbozada, que necesita del buril y del martillo para manifestar toda su

²⁹ Ch. Blondel.— Loc. cit. Pág. 320.

belleza y particularidades. Sólo que la sociedad no puede tallarla a capricho, pues debe considerar nuestra estructura, debe saber utilizarla, adaptarla a las exigencias reinantes: hay, eso sí, gradaciones³⁰.

¿Será posible creer en la existencia de un hombre desligado de las necesidades sociales? ¿Podrán, los llamados individualistas, presentarnos un solo ejemplo? “Cuando muchas personas huyen para vivir *fuera del mundo, lejos del siglo, como ciertas comunidades religiosas*, salen de una sociedad, para crear otra, más estrecha, eso sí. Sacrifican una parte de sus relaciones con los hombres con el propósito de multiplicar y reforzar aquellas que les une con *algunos* hombres”³¹.

A su vez, el individuo, la personalidad humana, está encargada de dirigir a la sociedad. Si genéticamente la sociedad es un conglomerado sujeto por los lazos del común interés, es natural que las inteligencias más avanzadas, aquellas que mejor han aprovechado su experiencia individual, deban señalar el camino. Sobre el pensamiento común, sujeto a las exigencias ambientes y cuya actividad se evidencia por una tácita conformidad, hay personalidades más perfectas, manifestaciones superiores de la energía, que buscan la solución de las dificultades contemporáneas, o se anticipan en prever las futuras.

Ya lo hemos repetido varias veces: el período de perfeccionamiento de la personalidad, sujeto al condicionalismo combinado de la herencia y la experiencia, tiene sus leyes y el estado *equilibrio dinámico* cae bajo el dominio de la ciencia. Las siguientes palabras de Ribot conservan todo su valor: El problema de la unidad del yo, bajo su forma última, es un problema biológico³².

PERIODO DE LA INVOLUCION

Producto del funcionalismo orgánico total, en relación con el medio, la personalidad está sujeta al agotamiento de sus energías, a la involución, con sus distintivos inconfundibles. Todos los órganos están destinados a una más o menos próxima caducidad, una vez que terminado su desarrollo, defienden su equilibrio, su estabilidad en el tiempo, contra los factores externos que incesantemente le atacan y contra la relativamente corta duración de la existencia individual.

³⁰ “El influjo de la herencia social, en un amplio sentido, está en proporción inversa de la importancia y de la determinación de la herencia natural. Lo que significa que cuando crece una persona o un animal, está destinada a aprender más en su vida, mientras menos provista se halla, al nacer, de instintos y de adaptaciones orgánicas especiales”. J. M. Baldwin. “Interpretaciones sociales y éticas del desenvolvimiento mental”.—1907. Pág. 76.

³¹ M. Halwachs: “Matière et Societé” *Rev. Philosoph.* Paris 43 *année* N° 7-8. Pág. 91.

³² Th. Ribot: *Enfermedades de la Personalidad*.

Organo y función son dos términos sinónimos de mecanismo; por lo tanto, no pueden tener duración indefinida. Si antes no se altera su normalidad, tienen una duración más o menos fija. Hay, pues, un momento en que su resistencia, sus capacidades disminuyen, unas veces tarde, otras temprano. Las reservas orgánicas no pueden hacer frente a la influencia constante del medio, y se debilita: cada día que pasa deja una huella que al cabo de un tiempo ocasionará manifestaciones patológicas. Y si no se observa una entidad clínica diferenciada, por lo menos se constata el agotamiento, la insuficiencia, que en último término no son sino la manifestación de las huellas dejadas por las excitaciones exteriores, que no han descansado ni un solo momento.

La personalidad, fiel trasunto del complejo funcional, involuciona paralelamente, por lo menos en el tipo medio, al *surmenage* de los órganos, representado por el agotamiento glandular, por la atrofia de los elementos anatómicos, por las fallas de correlación. "Sigue los falsos pasos de la personalidad", con los cuales se inician los fenómenos involutivos, hasta el momento en que "pasa a la vida conceptual, incipiente, del espíritu humano, que sin embargo, no está entonces tan alejada de la inteligencia de los animales inferiores, que de lo que en el curso de la evolución subsiguiente está destinado a ser"³³.

La decadencia funcional comienza por lo general de los 45 a 60 años.

"Es evidente que ningún individuo (o muy pocos) tienen conciencia de su propia involución mental; los viejos no admiten que su capacidad mental ha disminuído. Pero objetivamente considerado, el hecho es indiscutible, aunque hubiera discrepancias al señalar la edad en que comienza el período involutivo; para esta función como para todas las demás del organismo, los períodos involutivos difieren de individuo a individuo, y los sistemas orgánicos en que se inicia la involución, son distintos en cada caso. Hay quien envejece antes por sus órganos digestivos, sexuales, circulatorios o psíquicos, y hay quien conserva incólume algunas de sus funciones, hasta más allá de los límites comunes. La mayor prueba de involución (que los ignorantes suelen citar contra la ciencia), la encontramos en los hombres de gran desarrollo mental y de experiencia bien disciplinada; es frecuente observar en ellos un cambio radical de sus opiniones sobre los más altos problemas filosóficos, a medida que decaen las aptitudes originales de su personalidad. Comienzan por adherirse a las creencias vulgares y acaban por volver a las supersticiones de la niñez" (Ingenieros).

Anatómicamente, el período de la involución se caracteriza por un conflicto entre los elementos celulares más diferenciados y los elementos primitivos, representados por el tejido conjuntivo, cuya proliferación termina en los procesos esclerósicos. Vísceras, glándulas, vasos, etc., sufren esa degeneración conjuntiva y conforme progresa ella, van agotando más y más sus funciones. En el cerebro, las células nerviosas, cuya contextura

³³ G. J. Romanes: *La evolución mental humana*. Madrid 1909.—Pág. 259.

es tan delicada, sufren ataques precoces. Van desapareciendo poco a poco ante la invasión de las células neuróglícas³⁴.

Se han perfeccionado los esquemas explicativos de la involución. "Primero desaparece la mentalidad individual, luego la mentalidad social, luego la mentalidad de la especie" (Ingenieros). Mientras más recientes han sido los datos de la experiencia, más pronto desaparecen. Comienza perdiendo el individuo sus últimos progresos, aquellos que no han disfrutado del tiempo necesario para marcar en la corteza cerebral una huella honda y durable.

De allí que las aptitudes mecánicas, que se han ejercitado durante largos años, si no hay una imposibilidad física especial, tardan en desaparecer.

En cambio la cultura intelectual, adquirida recientemente, se desarmoniza en sus componentes, y el hombre, antes dueño de criterios definidos, comienza a mostrar cierta incertidumbre en sus conocimientos básicos, ciertas dudas respecto a la autenticidad de hechos comprobados; ya no puede sustentar sus opiniones con *seguridad y finalidad progresista* y menos con la fogosidad acostumbrada durante los períodos de organización o de perfeccionamiento. Se nota que la correlación entre las diversas manifestaciones psíquicas está debilitada cuando no interrumpida. Sus aptitudes, por globales y sintéticas que hayan sido, en años anteriores, se vuelven monofásicas y progresivamente difíciles.

La comprensión, antes rápida, es ahora lenta. Parece como que las excitaciones del lenguaje hablado o escrito necesitaran un tiempo de reacción mayor para llegar a la corteza, y más aún, que fueran repetidas para comprenderlas.

Los actos verificados no tienen ya, ante su mentalidad, el valor de ser fruto del esfuerzo, de sus más ricas actividades. El período activo de su vida intelectual es considerado como algo episódico, secundario; se diría que no fue vivido por él, sino por alguna persona extraña a sus ideas. El aprecio por sí mismo se hipertrofia y quiere la vida, no por el placer que pudiera proporcionarle, sino por el temor a la muerte. "La verdadera vejez es, pues, un estado de la existencia en el que las fuerzas disminuyen para no levantar jamás"³⁵.

La ruta del descenso, llena de egoísmo, de temor ante las ideas que no fueron conocidas por él, la desconfianza de los demás, llevan al viejo a un egocentrismo del cual es difícil sustraerle; sus necesidades son las más inmediatas y su cultura queda reducida a prejuicios y a opiniones inflexibles, por las cuales combatió o contra las cuales luchó, tornando a ellas,

³⁴ Debe tenerse en cuenta que en los últimos tiempos se ha querido asignar a los elementos neuróglícos (Achúcarro) las funciones de glándulas de secreción interna, pero tal hipótesis no ha logrado aclimatarse entre los entendidos. No intentaremos sintetizar los datos referentes a este particular, acumulados por los histólogos, por lo mismo que ante el criterio filosófico actual, las lesiones aparentes no son las causas de la vejez, sino tan sólo una de sus manifestaciones.

³⁵ E. Metchnikoff: *Etudes sur la nature humaine*.—Pág. 300.

en esta época, cuando todo el valor y la seguridad en sí mismo se ha agotado.

No comprende cómo una generación que fue educada con su concurso, a la cual le indicara con todo fervor y con preparación, ciertas orientaciones y que a su parecer debió modelarse conforme a sus ideales, sustente otros, desconocidos por él; como consecuencia, en raras ocasiones la cree buena.

En cuanto a los conocimientos técnicos, no los olvida sino muy despacio, pero ya no saca de ellos conclusiones generales, cuyos alcances filosóficos sean más o menos valientes, sino que disocia los conocimientos de las creencias. De allí ese retorno mudo e inexplicable al parecer, a las creencias antiguamente combatidas. Parece algo como una satisfacción de ofensas lanzas, pero en el fondo no es sino la vuelta a la edad infantil. Hay una relativa abundancia de emociones, y casi todas cubiertas por el velo del temor.

El carácter se vuelve tornadizo; unas veces es un tesoro de bondad y otras un pozo de desabrimientos y desengaños. Es la huella de toda una vida la que resalta en la ancianidad.

Pero este cuadro esquemático no es aplicable en todos los casos. Así como se ha acostumbrado decir en medicina no hay enfermedades sino enfermos, no hay tampoco una personalidad constante e invariable, a través de las etapas que recorre. Ya hemos dicho que en el estudio de la involución de la personalidad, es necesario diferenciar varios tipos. La involución es uno de los períodos inconfundibles, que pueden servir para la mencionada clasificación.

Los hombres superiores, cuyo criterio dirigió algunas veces el movimiento mental de una época, están más amenazados por una dolorosa regresión. Tienden, como ha expuesto, en admirables páginas el profesor Ingenieros, a nivelarse con el pensar medio, con la mediocridad y si avanza hasta la ancianidad máxima, presenta caracteres de decrepitud más tristes que en los demás.

Los grandes hombres llegan a ser algo peor que la caricatura de sus mejores tiempos. Niegan sus creencias científicas, filosóficas, etc., en un conato de salvamento, para el cual utilizan las creencias religiosas, los prejuicios más absurdos, etc.

La siguiente es una curiosa interpretación de la vejez: "Tal vez se puede explicar la conversión de los viejos sabios de un modo tan natural y científico, que con él quede anulado, desde luego, el triunfo que se pretende atribuir a la religión, cuando un viejo descreído hace acto de fervorosa presencia en los lugares santos, después de haberlo negado todo. Y es que con los años se adquiere la pereza sensorial: el oído hácese indolente a la percepción de las vibraciones sonoras, el ojo a las ondas de luz, la membrana de Schneider no distingue bien las sustancias olientes y la mucosa lingual aprecia indistintamente la variedad de los sabores; la piel se esclerosa y trasmite con dificultad la impresión cutánea. . . Así se inicia la vejez: en virtud de un proceso de autointoxicación, las células sanguíneas

se envenenan y se hacen crueles en el organismo; son impulsadas a penetrar en las celdillas del encéfalo, donde años antes se conservaba la fe científica, para destruir, junto con la sustancia que vigoriza el nervio, la materia que era base para que estas células nerviosas profesaran un credo de sabiduría. Aquella intoxicación hace que enfermen las arterias, la nutrición se realiza imperfectamente; los venenos no se desasimilan y las neuronas detienen sus propios desechos. De modo semejante podríanse explicar las modificaciones de la memoria y de todos los actos intelectivos observados en los ancianos. En éstos, la arterioesclerosis invade de somnolencias a las facultades, que al fin desaparecen casi expulsadas por los venenos de la sangre senil. . . ”³⁶.

Todo, pues, nos conduce a interpretar la involución como el debilitamiento de varios funcionalismos, entre los cuales seguramente sufre más el nervioso, y particularmente, el mental. Primero desaparecen las síntesis avanzadas, contrapuestas, o por lo menos inaccesibles al pensar general; luego los datos más recientes, quedando la personalidad reducida a las opiniones y creencias generales; se lleva a cabo cierta reconciliación mental a menudo manifiesta por la conversión.

Numerosos son los hechos que afirman el fondo orgánico de la vida pensante y por lo tanto de las grandes síntesis denominadas doctrinas, ideales, etc. La conocida carta de Thorel indica cuántos alcances puede tener esta afirmación: “Debo felicitar a la apoplejía que me atacó, pues que ella ha sido si no la causa, por lo menos la ocasión para un retorno completo a la fe, que yo creía haberla perdido desde hace treinta años y que he tenido la felicidad de encontrarla de golpe”³⁷.

En estos últimos tiempos, como una aplicación del concepto de secreción interna, a la cual se le da tanta o mayor importancia que al sistema nervioso, en el mantenimiento de las *correlaciones funcionales*, se tiende a sostener la creencia de que la insuficiencia de las mal llamadas glándulas vasculares sanguíneas, sobre todo, es la causa de la senilidad.

Las experiencias llevadas a cabo, con atención y escurpulosidad, el injerto, repetidamente intentado, los datos de la clínica interna y quirúrgica, demuestran hasta qué punto pueden avanzar los trastornos mentales por lesión de las citadas glándulas³⁸.

Como es natural, los resultados no son aún definitivos, pero parecen confirmar la posibilidad del rejuvenecimiento físico y mental, renovando así las esperanzas del vidente Metchnikoff³⁹.

Tales hechos han dado lugar a numerosos comentarios filosóficos, no siempre exactos; la sugestión de los hechos ha sido el asidero hasta para

³⁶ Diego Carbonell: “La fe de los ancianos y la ciencia de los jóvenes”. *Cuba Contemporánea*. Febrero de 1915.—Pág. 212.

³⁷ J. Segond: Le problème psychologique de la grâce et de la conversión”. *Journal de Psychologie*. París.—15 de mayo de 1920. N° 5.—Pág. 446.

³⁸ *Injerto de órganos sexuales* por el Prof. Kammerer de Viena. *Vox Medical Berlin*.—Julio de 1920. Pág. 5.

³⁹ “Les travaux récents sur le rajeunissement” par M. Nathan. *La Presse Médicale*.—París.—Mars. 1920.—N°22.—

tentativas de reconstrucción de antiguos principios metafísicos. Pero también se ha abordado el problema con sutileza máxima.

Uno de los espíritus contemporáneos más comprensivos se expresa así: "Alguna claridad obtendremos si decimos que este pulso psíquico, o llamándolo impropriamente, este sentimiento de vitalidad, es en unos hombres, de tonalidad ascendente, en otros, de tonalidad descendente. Hay quien siente brotar su torrente experimental de un torrente pleno de energía, que no percibe su propia limitación, que parece saturada de sí mismo. Todo eso nace en ese tipo con la plenitud magnánima de un lujo, como un rebotamiento de interna abundancia. En este clima vital, no se dan por lo menos, con carácter normal, las envidias, los pequeños rencores, los remordimientos. Hay, por el contrario, en otros hombres, un impulso vital descendente, una constante impresión de debilidad constitutiva, de insuficiencia y de desconfianza en sí mismos.

"No necesitan temperamentos tales compararse con otros individuos para encontrarse menguados. Lo típico de este fenómeno es que el sujeto, siéntese vivir como inferior a sí mismo, como falta de su propia saturación. La fauna y flora internas de este clima vital decadente llevan el estigma de su origen, todo en ellas será pequeño, canijo, reptante, temblón y torvo. Es la atmósfera en que la envidia fructifica y el resentimiento sustituye a la actividad amorosa, la suspicacia a la generosidad"⁴⁰. Esta sería la obra de las secreciones internas insuficientes. La vejez no sería sino la prolongación de este estado.

Así se manifiestan, según los hechos y teorías en la actualidad conocidas, la normalidad o anormalidad de las glándulas de secreción interna; así se explican muchas senilidades prematuras, ocurridas en pleno período de perfeccionamiento y aún antes; así se interpreta la conservación de las energías vitales, frescas y amorosas, hasta el período involutivo.

Y mientras no se citen hechos más precisos, debemos contentarnos con esta conclusión, pero sin olvidar ni por un momento los llamados por Pi y Suñer "mecanismos de correlación funcional".

CONCLUSIONES

Las doctrinas evolutivas, lo mismo que los datos de la Antropología, y la Paleontología, aseguran que la formación de la personalidad humana se debe a las influencias recíprocas entre el individuo y el medio.

Ante la ciencia, es indiscutible que el hombre es la superior resultante de un conjunto de transformaciones biológicas verificadas en el transcurso de miles de años.

Es natural creer que una vez perfeccionado, relativamente, el individuo físico, vino el desenvolvimiento mental y luego se perfeccionó ante las exigencias sociales, cada día más intensas. Y puesto que el sistema nervioso

⁴⁰ José Ortega y Gasset: "Pedagogía de Secreciones Internas" *Revista de la Universidad de Córdoba*.—Julio-Agosto.—1920.—Pág. 114.

era el principal encargado de la correlación funcional, debió adaptarse, lenta, pero seguramente, para esta nueva función: el pensamiento. Y como éste se había originado, en gran parte, en las excitaciones ambientales, intensificó su armoniosa evolución, hasta llegar a constituir la personalidad.

Y estando ella caracterizada por un "estado de equilibrio dinámico" ha seguido y seguirá perfeccionándose, pues la constitución social, siempre renovada, da nuevas tonalidades a las influencias exteriores al individuo, radicando en tal hecho el perpetuo ascenso de la personalidad.

Si las sociedades humanas, lo mismo que el individuo, están obligadas a pasar por los períodos de organización, perfeccionamiento e involución, no por eso el potencial energético del pensamiento desaparece.

Queda siempre íntegro este potencial, malgrado la involución de la sociedad y del individuo, en el acervo hereditario de la especie, para surgir más tarde, más pujante que nunca.

Ante el espectáculo alarmante de los fracasos sociales, la personalidad humana va preparando la realización de progresos inesperados.

La ciencia, que ha constatado la verdad de la evolución, no ha intentado, ni intentará probar que ésta se termine o se terminará. Sólo cabe que algún cataclismo físico, acabando con la especie humana, imposibilite su evolución ulterior.

Mientras ello no suceda, estamos seguros de que como consecuencia de las influencias recíprocas entre el hombre y el medio, el progreso de la personalidad humana será incontenible, sin que para realizarse necesite, como no lo ha necesitado hasta hoy, del concurso de las fantásticas influencias divinas, preconizadas por las religiones.

El alma, la personalidad, es el producto de la evolución y de ninguna manera la revelación de un espíritu divino; la ontogenia y la filogenia lo afirman.

31

BELISARIO QUEVEDO
(Ecuador)

SOCIOLOGIA, POLITICA Y MORAL
(Fragmento) *

GENESIS DE LAS IDEAS

Las ideas se producen en nosotros por la reunión y fusión de varias imágenes individuales; tal como las fotografías compuestas de Galton, reci-

* Publicado en 1932.

biendo las imágenes de seis personas, por ejemplo, en la idea fotográfica, durante un sexto del tiempo necesario para un solo retrato. Este retrato genérico está formado por los elementos comunes de los retratos específicos. Lógicamente hay tres operaciones: comparación de las percepciones particulares, abstracción de las desemejanzas individuales, generalización de los caracteres comunes. Sin embargo, este trabajo para la mayor parte de los casos es abreviado por el *lenguaje*. Si el niño oye decir *fruta* de la manzana, de la pera, etc., llega a comprender que aquella palabra indica lo común entre lo diverso. Al enseñar un nombre para cada objeto y otro para cada clase de objetos, abreviamos el trabajo de comparación, abstracción y generalización: damos hecha la unidad de concepto aplicable a todos y cada uno de los individuos.

De igual modo se han formado los conceptos intuitivos: han nacido, ya que no de las experiencias de cada hombre en particular, a lo menos de las experiencias comunes de la raza. Por ejemplo, no podemos afirmar inductivamente que dos líneas rectas no puedan cerrar un espacio porque es imposible prolongar las líneas hasta lo infinito, al efecto de observar lo que ocurrirá en el espacio que queda dentro de ellas. Pero como en la experiencia de todos los tiempos y de todos los hombres no se ha visto ni una sola vez un espacio cerrado por sólo dos líneas rectas, vienen a asociarse indisolublemente estos dos elementos: espacio cerrado y tres o más líneas. Esa experimentación perpetua y jamás desmentida tenía que dejar huellas en el sistema nervioso y traducirse con el tiempo en necesidades del pensamiento. Las verdades intuitivas difieren, por consiguiente, de las inductivas en que son el producto de las experiencias que han llegado, modificando el sistema nervioso, a transmitirse hereditariamente: las más nacen de las experiencias individuales, las otras de las experiencias de la raza.

Por igual procedimiento llegamos a poseer las ideas morales. El niño apetece y llama buenas las acciones que le producen placer y rechaza calificando de malas las que le traen dolor. Pero después son buenas las que aprueban el padre, el maestro, el ayo, etc., las que traen consigo aprobación y premios. Luego vienen las experiencias de la vida pública y vemos como buenas las acciones que aprueban las leyes, las costumbres públicas, la opinión social, etc. De la suma genérica de estas múltiples y variadas experiencias individuales relativas a la bondad o maldad de todas las acciones, un espíritu altamente desarrollado puede llegar por síntesis a la noción abstracta de bondad y maldad y a la noción todavía más abstracta de *ley moral*. Que el contenido de la ley moral es hijo de las experiencias individuales lo prueba el hecho de que varía de una clase social a otra en una misma sociedad y en mismo tiempo para otro, dentro de una misma sociedad y una misma clase, y de un pueblo a otro en un mismo tiempo. Y si se afirma que prescindiendo del contenido formal debido a la experiencia, tenemos intuitivamente el concepto de ley moral, podemos decir que, como en todos los tiempos y todos los países, ha estado el hombre

sujeto a una ley de conducta de carácter obligatorio, ha venido modificándose su sistema nervioso de un modo más particular e intenso, puesto que las experiencias venían acompañadas de premios y castigos. El hombre que perpetuamente está adaptándose a las condiciones de la vida, tenía que comenzar por adaptarse a esa condición tan infalible, tan característica y rigurosa de una norma de conducta, prescindiendo del contenido de ella de suyo variable y contingente. Esta adaptación tenía que producir modificaciones orgánicas, ellas transmitirse hereditariamente y ratificarse más y definirse mejor cada día, gracias al incesante caudal de experiencias con que contribuye cada generación, y llegar por último a revelarse en forma de intuiciones o concepciones a priori de una ley moral abstracta. Por lo demás ni los mismos defensores del intuicionismo podrán decir que el mundo se gobierna por las deducciones de un principio intuitivo y no por las inducciones de la experiencia diaria.

GENESIS DE LOS HABITOS E INSTINTOS ¹

Las percepciones van dejando una huella en el espíritu gracias a la cual las percepciones subsiguientes se facilitan y avivan. Wundt ha hecho este experimento: ilumina un dibujo desconocido por una serie de chispas eléctricas y observa que la percepción muy confusa con las primeras chispas se aclara sucesivamente, no obstante ser la impresión en la retina siempre la misma. Las excitaciones para ir de la periferia al centro nervioso o viceversa, recorren determinado rumbo impresionando ciertos grupos de células, que quedan de tal suerte modificadas que si vuelven a recibir la misma excitación la transmiten con mayor facilidad tal como si se educasen y adiestrasen por el ejercicio. Así un individuo que vive en el campo, distingue más fácilmente los objetos lejanos que quien vive en el reducido horizonte de la vida urbana, un matemático puede hacer cada vez cálculos mentales más y más complicados, un cazador de profesión dispara sobre la presa, mientras un novicio está tanteando por poner la mira, y cualquiera que sabe leer, puede estar a la vez paseando, sosteniendo el libro con las manos, dando la vuelta la página al llegar al final, pronunciando en alta voz la lectura, recorriendo de un lado a otro las líneas, mientras la actividad consciente está únicamente reconcentrada en el fondo de la lectura. Por efecto del ejercicio conseguimos, pues, desarrollar el órgano, eliminar todo impedimento, volver ágil y enérgica la función, engendrar el automatismo y producir conexiones entre varios órganos y actividades, efectos todos que se sintetizan en un verdadero *poder* acumulado, almacenado, que facilita en el porvenir toda acción en el mismo sentido. Cuando se llega a obtener este resultado, decimos que el espíritu posee un hábito. El hábito en formación llamamos costumbre. Y así como la idea adquirimos por la repe-

¹ V. Bunge "La Educación contemporánea"—I—párrafo VI.

tición de percepciones, el hábito nace en nosotros por la repetición de acciones. La repetición continuada de actos psíquicos va modificando lentamente la anatomía del sistema nervioso. Si esa modificación producida por el hábito llega a transmitirse hereditariamente, tendremos hábitos innatos, es decir, instintos. Los pájaros que viven en las islas que el hombre no ha visitado nunca, no manifiestan ningún temor cuando alguien se les avecina, mientras los pájaros de nuestros bosques temen al hombre en seguida que dejan el nido. Sea por la transmisión hereditaria de las modificaciones engendrada por el hábito de huir de los hombres, hábito engendrado por las experiencias repetidas de los daños que éstos les causaban, sea por la supervivencia y mejor propagación de los individuos que adquirieron la huida como manera de conservar la vida, sea por la desaparición de los que no se adaptaron a ese nuevo medio hostil creado por el hombre, ha venido formándose gradualmente la tendencia instintiva de la huida. Podemos también comprobar por la diaria observación que los hábitos profundos de los padres se reflejan en los hijos si no en forma de instintos perfectos, a lo menos como predisposiciones más o menos vagas e indefinidas, si suponemos que los hijos perfeccionan esas predisposiciones con la adquisición del hábito correspondiente, y si esto mismo pasa en una serie inmensa de generaciones cada una de las cuales va acumulando los efectos de su experiencia al cúmulo de las experiencias pasadas, debemos concluir que así como la repetición de acciones crea al hábito, la transmisión hereditaria del hábito organizado crea el instinto. Es pues el instinto una forma orgánica adaptada perfectamente a la función, consolidada por la repetición de experiencias y transmitida por herencia a los individuos.

Si el hábito es como dijimos una facilidad, una tendencia, un poder de producir, en ciertas circunstancias, ciertos actos, ese mismo carácter llevado a un grado más alto e imperioso encontramos en el instinto, en ese impulso ciego pronto a despertar y traducirse en acciones en esa necesidad de obrar irreflexiva al mero contacto del estímulo. De aquí que la satisfacción de un instinto acarrea mayor placer que la de un hábito o costumbre, y tratándose de un mismo instinto, en diferentes casos, el placer es mayor o menor según sea más o menos completa la satisfacción.

GENESIS DE LOS SENTIMIENTOS

También es la experiencia donde hallaremos la génesis de los sentimientos. En primer lugar notemos que toda costumbre, hábito o instinto va acompañado del sentimiento correspondiente; mas podría objetarse que el sentimiento es anterior a ellos, puesto que no ejecutaríamos las primeras acciones que sirven de punto de partida a la costumbre sino porque tendríamos el sentimiento agradable inherente a cada una de esas acciones. Pero aun concediendo esto no se podrá negar que el sentimiento inherente a una acción determinada, crece cuando llegamos a tener costumbre de ejecutar

esas mismas acciones y aumenta más cuando esa costumbre se ha convertido en hábito. No es igual el sentimiento del dolor cuando se nos impide salir una sola vez a la calle que cuando se nos impide salir uno, dos o más días. En el primer caso se nos impide una sola acción, en el segundo se coarta la costumbre o hábito. Así podemos afirmar que cuando por repeticiones sucesivas hemos llegado a asociar a una impresión determinada la acción correspondiente, tenemos placer cuando obedecemos a esa asociación y pena cuando la violamos. Por ejemplo, si por sostener la vida nos consagramos a un trabajo desagradable, llega a suceder, por la experiencia repetida, que ese trabajo se vuelve por sí mismo agradable aun prescindiendo de que sea un medio para sostener la vida. Para el niño al principio es repugnante el estudio que no lo hace sino por el temor, por la emulación, etc. y andando el tiempo puede llegar a tener placer en el estudio por el estudio mismo. En general podemos comprobar experimentalmente que, dado el instinto de conservación y su consiguiente el egoísmo, todos los sentimientos nacen de él, aun los que no se refieren a la propia conservación, mediante el fenómeno psicológico denominado *sustitución de motivos* en que el sentimiento que teníamos con relación al fin llega a asociarse al medio que empleábamos para alcanzar ese fin. Así han nacido la simpatía, los sentimientos estéticos, la avaricia, el odio, el amor al trabajo, etc. Originariamente el hombre no ama sino su propia conservación y, en razón de ese amor, busca los medios adecuados y rechaza los adversos sin sentimientos especialmente determinados con relación a ellos; mas la experiencia incesante y prolongada va asociando a esos medios adecuados el placer que por ellos se conseguía y a los adversos el odio al dolor que ellos acarreaban, asociación que, modificando el sistema nervioso, se transmite si no concreta y definitivamente, en forma a lo menos de una tonalidad vaga de sentimientos sociables, piadosos, crueles, artísticos, ambiciosos, etc. Además los sentimientos se desenvuelven paralelamente a las concepciones. El niño al principio no puede desear sino la leche del pecho de su madre o nodriza, después podrá su sentimiento referirse al pan en general y luego a la concepción más general de alimentos sabrosos. En los estados primitivos el amor a la propiedad se satisface sólo con la posesión de los alimentos, de un abrigo y más adelante de los vestidos; después aprecia sucesivamente, la satisfacción de poseer las armas y los útiles con ayuda de los cuales se procura la moneda con que los compra, así como compra otros objetos; las promesas de pago reembolsables en moneda y por fin el cheque pagadero en un banco: luego la propiedad artística, literaria, científica o industrial. En resumen: el sentimiento se une al principio a los resultados de experiencias concretas y avanza elevándose a nociones cada vez más generales.

SELECCION PSIQUICA

Mientras más complicadamente vario es el ambiente en que vive un espíritu, es mayor el campo de las sensaciones que provocan las experien-

cias, y mayor por consiguiente el conjunto de ideas, hábitos y sentimientos que posee ese espíritu. Desde el habitante del campo que pocas y sencillas relaciones tiene con su escaso vecindario, hasta el hombre de Estado en cuyas manos están los hilos de mil problemas, vemos una escala ascendente que de una conducta correspondiente a un corto número de ideas sencillas y poco relacionadas entre sí, llega a la conducta que supone un cúmulo de altas ideas complicadamente organizadas. Lo mismo se observa en el desarrollo individual de un espíritu. Ahora bien, mientras más complicado es el medio ambiente, más variadas son las impresiones que recaen sobre el espíritu, provocando en este procedimiento diversos y a veces contradictorios sentimientos. Impresiones nuevas contradicen ideas, costumbres y hábitos antiguos. La lucha por la vida se ve también entre los diferentes elementos del espíritu. A veces los cambios bruscos del medio patentizan luchas psicológicas violentas. Un credo antiguo y otro nuevo, una manera de conducta antigua y otra nueva entran en pugna. Y también aquí triunfa el más fuerte, es decir el que mejor desarrolla la vida. Si parcialmente triunfa un instinto, un hábito desfavorable para la vida, agotándose esa vida individual, se agota también el instinto o hábito nocivos a la vida. Es un suicidio más o menos violento. Si el espíritu ha ganado en aptitudes al través de los tiempos, queremos decir que es más poderoso, que ha aumentado las maneras de manifestar su actividad y ha aumentado también la intensidad de cada una de esas maneras. Mejor se consolidan las maneras de conducta mientras más necesarias son para la vida. El sentimiento de respeto a la vida ajena por ejemplo ha prevalecido sobre los instintos de odio, venganza, envidia, etc., que podían engendrar el sentimiento contrario; por eso reprobamos el asesinato. Si hubiese prevalecido el sentimiento de aprobación del asesinato ¿qué habría sucedido?: que la vida hubiera decaído, se habría agotado quizá. Luego si la vida ha aumentado como efectivamente la vemos aumentada en cantidad e intensidad es porque en definitiva, así como en la lucha de las especies y los individuos triunfa el más fuerte, en la lucha de los sentimientos, hábitos y maneras de pensar triunfa el que es más favorable a la vida o lo que es lo mismo, si una manera de conducta es más fuerte o más persistente que otra es porque aquella favorece peor la conservación y expansión de la vida. Así vemos que la importancia concedida a tal o cual virtud, en tal o cual tiempo o lugar es siempre proporcional a la importancia de esta virtud como condición de la existencia para el grupo social en cuyo seno es ejercida.

LIBERTAD MORAL

Al aseverar, como acabamos de hacerlo, que la conducta humana está determinada por los motivos más favorables a la vida, negamos implícitamente esa facultad de nuestra voluntad llamada *libre albedrío* que consiste al decir de Taparelli, en poder, sin que cambien los motivos, determinarse en tal o cual sentido o aun suspender la acción, o, como dice Kant,

en el poder de empezar por sí mismo una serie de modificaciones, o también, la facultad de *querer* una cosa u otra indiferentemente de tal manera que si este momento mi voluntad apetece el acto A, puede, sin que varíen las condiciones objetivas de los actos, querer el acto B contrario de A. Pero contra este concepto de la libertad está la creencia unánime de los hombres que jamás ha tenido por absurda esta pregunta. ¿Por qué quiere Ud. esto?, pregunta que implica que la voluntad en sus *quereres* es determinada por alguna causa o motivo y a esa pregunta siempre respondemos o dando el porqué del querer o diciendo "porque me dio la gana" que, como dice Voltaire, es la suprema razón de los necios, dando a entender que por falta de un análisis de los estados síquicos nos es imposible determinar con toda claridad cuál, entre mil motivos, es el que se ha impuesto a la voluntad. De otra manera una voluntad libre en determinarse al *querer* sería una voluntad cuyos actos brotasen al acaso, sin sollicitación alguna de razones o motivos; una voluntad que haría inútiles la educación, la lógica y las artes que no hacen sino crear o presentar en sus reglas y procedimientos motivos para determinar a la voluntad. Este concepto pues de la libertad, como una propiedad anterior al *querer* y que nos facilita para querer una cosa u otra sin razón o motivo suficiente de ninguna clase, parece inaceptable, pudiendo aseverarse que si en algunos casos hay asomos de esta indiferencia, ella no implica sino, como dice Spinoza, la conciencia de la voluntad y la ignorancia de las causas que la determinan. Y que esta ignorancia es altamente posible lo comprueba la observación de los mil resortes complicados que ora se neutralizan, ora se combinan antes de obrar sobre la voluntad. El calor, el frío, el viento, la humedad, la electricidad terrestre y atmosférica, la luminosidad, la geología, la orografía, la vegetación, etc., circunstancias que constituyen el medio cósmico; la nutrición, asimilación, alteraciones físicas y químicas del organismo, el estado de salud, la constitución orgánica heredada en tales o cuales condiciones, etc., circunstancias que forman el medio individual en que obra la voluntad; los hábitos, las costumbres, tradiciones, monumentos, profesiones, estado civil, clase social, forma de gobierno, leyes, instituciones, la educación, la instrucción etc., circunstancias que forman el medio social y que junto con las otras proporcionan a la voluntad motivos y razones para determinarla, son de tal manera numerosas y complicadas que no es fácil determinar su actuación sobre un individuo, mas sí, a lo menos aproximadamente, con relación a las multitudes en virtud de la ley estadística denominada *ley de los grandes números*, en virtud de la cual podemos ver cómo ciertas causas producen ciertas determinaciones en la voluntad. Vista la relación que hay entre el *querer* y su antecedente el *motivo*, veamos la que existe entre el *querer* y su consiguiente la *acción*. Quiero ir a pasear y efectivamente voy; quiero no ir a pasear y con todo voy por prescripción médica; por ejemplo quiero comer y como de hecho; quiero comer y no como por falta de alimento por ejemplo; en estos y otros ejemplos vemos cómo el *querer* es independiente de acti-

vidad, porque podemos *querer* una cosa y la actividad estar contradiciendo ese *querer*. Luego los actos queridos se distinguen en dos grupos: actos traducidos en acciones y actos no traducidos en acciones; los últimos se diferencian a su vez en actos queridos y no traducidos en acción por impedimentos físicos y en actos queridos y no traducidos en acción por impedimentos morales. Por ejemplo: quiero ir a Europa y no voy por falta de dinero, quiero pasear y no lo hago por lesión, o quiero matar y no lo hago por impedirme la moral, quiero no firmar un documento y lo hago por imponerme un saltador. Luego pues la libertad es la facultad de hacer lo que queremos, cuando queremos lo que física y moralmente es posible. Cuando más estrecho es el círculo de la física y moralmente posible, menor es nuestra libertad y viceversa. El sujeto de la libertad no es pues la voluntad en cuanto *quiere*, sino la voluntad en cuanto *obra*; el querer está determinado por motivos, mas el obrar no está infaliblemente determinado por el querer; si obramos queriendo hacemos uso de la voluntad libre, si obramos sin querer hay violencia a nuestra voluntad libre. Esta independencia íntima del querer que no puede ser destruida ni alterada, a pesar de las violencias físicas y morales que nos lleven a obrar de manera distinta o tal vez contraria a ese *querer* es lo subsistente frente al necesario determinismo con que la voluntad llega al fenómeno *querer*; y se llama libertad moral o facultad de *querer* únicamente por motivos adecuados o facultad de *querer* a pesar de la violencia de motivos inadecuados.

SOCIABILIDAD Y MORAL

Este problema podría plantearse así:

¿Somos morales porque somos sociables,
O somos sociables porque somos morales?
La ciencia responde que la sociabilidad
es antecedente a la moralidad.

Aun cuanto no es hora de definir la conciencia moral, bien está dar siquiera una idea de ella diciendo que es una imposición de nuestra conciencia respecto a ejecutar unos actos que se los llama buenos y evitar otros que se los llama malos, sin consideración a las consecuencias placenteras o dolorosas de ellos y cuyo obedecimiento trae satisfacción a la misma conciencia o cuyo desobedecimiento acarrea remordimiento. Si una conciencia no tiene todavía más norma de conducta que los placeres y dolores sensibles como el niño, el animal, el idiota, no hay todavía allí el elemento moral. Los dictados de la conciencia moral y las indicaciones de la sensibilidad siguen por naturaleza en camino paralelo; pero ese paralelismo no es absoluto y necesario. De allí la dificultad de la distinción, la cual se hace palpable en casos extremos en que el deber nos lleva al

dolor y la violación del deber al placer. Entre la conciencia moral y el placer tomada esta palabra en su más amplio sentido, hay un ligamen final; pero puede haber y efectivamente hay discordias entre una orden especial de la conciencia y los dictámenes inmediatos de la sensibilidad. Ahora bien, la experiencia ha venido a probar que un hombre que no ha tenido conducta social de ninguna clase, carece absolutamente de una norma de conducta que se eleve más allá del placer y dolor sensible. La base indispensable del sentimiento moral es el instinto de sociabilidad, por eso es que vemos algo como el remedio del sentimiento moral en los animales sociables que nos dan muestras de sacrificio del placer y el interés del agente en aras del bien de otro. Si no hay simpatía mal puede haber sacrificio; si no hay sociabilidad, mal puede haber moral. La moralidad supone que a tan alto grado de desarrollo han llegado la concepción de la necesidad que tenemos de la vida en sociedad, y el sentimiento de esa necesidad, en una palabra que tan profundamente se ha impuesto en nosotros la vida en común, que en muchos casos de pugna entre nuestro interés y el de los demás, sacrificamos el nuestro antes que renunciar a la vida social. Entrando en pugna mi interés con el de los demás, o sacrificio los intereses de los demás en aras del mío, y entonces soy insociable e inmoral; si abandono la vida social antes que someterme a ese sacrificio soy asociable y amoral, si sacrifico mi interés soy sociable y moral. Fuera de la sociedad no hay pugna de intereses, por consiguiente no existen los datos para plantear el problema moral; fuera de la sociedad no hay experiencias morales y como sólo de resultado de experiencias morales se forma la conciencia, faltando aquéllas faltará ésta. Por otra parte, entre los dictados de la conciencia moral y las leyes fundamentales de la vida hay perfecto acuerdo o, más bien dicho, son las mismas. La moral y la vida dicen: cuida de tu descendencia, no mates a tus semejantes, aliméntate, etc. Y si no hubiese habido este acuerdo, habría sucedido que por selección natural, si hubiesen prevalecido las leyes de la vida, habría ido en decrecimiento la fuerza de la conciencia moral hasta desaparecer o si hubiese prevalecido la conciencia moral la vida habría seguido el camino contrario; pero el hecho es que tanto la vida como la conciencia van ganando terreno en cantidad y calidad. Pero es así que la vida tal cual la vemos es un producto de la sociedad, luego la moral es cosa idéntica; el estado actual de la vida y de la conciencia moral son, pues, en definitiva productos sociales. Sabemos ya *por qué* la conciencia moral nace de la vida social; el *cómo* esa conciencia nace de esa vida, lo hemos visto en uno de los párrafos anteriores.

MORAL RELATIVA

En la conciencia moral podemos distinguir lo que se llama *forma* y *materia*. Forma es el carácter imperativo de los conceptos y materia son los

preceptos en sí mismos. Toda conciencia manda categóricamente; pero manda algo. Este algo es la materia de la conciencia. La forma es común a todos los hombres pero no la materia. Pueblos hay donde la conciencia dice: robarás y otros donde dice lo contrario. La conciencia moral es pues, comprendiendo materia y forma, una norma imperativa de conducta amoldada al estado de asociación. Así hemos visto *cómo* y *por qué* el individuo por experiencias sociales repetidas, acumuladas y heredadas, llega a adquirir la materia y la forma de la conciencia moral. Ahora veamos *por qué* una sociedad llega a tener y sentir unos actos como buenos y otros como malos. El individuo es moral como la sociedad quiere que sea según lo hemos demostrado; ahora veamos por qué la sociedad es moralmente tal como es; por qué en unos pueblos se aprueban y en otros se condenan el robo, el adulterio, el infanticidio, (Esparta) etc. Vamos en definitiva a buscar cuál es la piedra de toque que tienen los pueblos para aceptar unos actos como buenos y rechazar otros como malos. Así como según vimos antes, es el principio de la conservación de la vida, lo que determina qué hábitos y tendencias del espíritu han de prevalecer sobre otros, de igual modo el instinto de conservación social o del mayor número es lo que determina qué forma de conducta ha de prevalecer sobre otra. Las que favorecen la conservación y el desarrollo de la vida son calificadas y exigidas como buenas, las contrarias son calificadas y prohibidas como malas. Las que se hallan entre estos extremos participan de un tinte intermedio de moralidad: son condenados tolerantemente porque sólo indirectamente hieren la vida social procedimientos contrarios por ejemplo a la castidad. Pero esas acciones que favorecen o contrarían la vida salvo un reducido grupo de carácter fundamental varían de un pueblo a otro, en razón de que las circunstancias y condiciones en que los pueblos viven, también varían de un pueblo a otro o de un tiempo a otro. El fin perseguido es siempre el mismo: conservar la vida social; mas los medios varían porque lo que en un pueblo es adecuado a ese fin en otro no lo es. Un pueblo agrícola tendrá como mejor una forma de conducta que no la tiene por tal un pueblo comerciante; un pueblo rodeado de enemigos tiene que, para conservar la vida, aprobar ciertas formas de conducta que no aprueba un pueblo pacífico; un pueblo que tiene abundancia de alimentos no llegará a las mismas conclusiones que un pueblo que vive en un país pobre; la vida en zona tórrida indica diferencias de conducta respecto de la vida en la zona fría; un pueblo que tiene necesidad de los comerciantes extranjeros que van a él no tiene la misma conducta respecto de ellos que otro que no los necesita. Si los hombres hubiesen aprobado los actos contrarios a la vida social, ésta habría desaparecido ya. Mas como la vida existe y existen también ciertas formas de conducta practicadas por los diferentes pueblos, es claro que estas formas y la vida están de acuerdo. Si las sociedades proyectando lo resultante de los instintos individuales, poseen un instinto de conservación, no pueden al probar las formas de conducta ir contra el principio de la conservación de la vida. Las condicio-

nes indispensables a cualquier forma de vida social, forman un grupo de verdades morales universales, nacidas como consecuencias necesarias de la naturaleza de las cosas y no podrían dejar de ser sino variando toda esta naturaleza; verdades que son tenidas como normas imprescindibles de conducta en las relaciones de los asociados entre sí y sobre las cuales se levantan los tan variados modos de conducta de los diferentes pueblos. La moral se parece a una serie de edificios diferentes entre sí en razón del diferente objeto de cada uno de ellos, como un hospital, una Universidad, una casa particular, etc.; pero que tuviesen todos cimientos de una misma manera de construcción.

MORAL ABSOLUTA

Entre las morales de los diferentes pueblos hay algunas que sancionan la destrucción de la vida, no la vida dentro del mismo pueblo porque entonces esos pueblos ya no habrían existido, sino la vida de sus vecinos. Es decir sancionan el estado de guerra. Ahora bien, entre los sentimientos exigidos por la vida social interna y los sentimientos que desarrolla la guerra externa hay pugna y verdadera lucha. En el estado de guerra es preciso efectuar iniquidades, destruir la vida, irse por el camino de las agresiones, del pillaje, venganza, la mentira, el desdén al trabajo y a todas las virtudes sociales. ¿Cuál de estas dos tendencias debía haber prevalecido si es que la vida se conserva y cuál efectivamente ha prevalecido? Si hubiesen prevalecido definitivamente los sentimientos guerreros habría sido imposible la vida, luego tenían que los sentimientos pacíficos y sociales ir ganando terreno y comprendiendo no sólo las relaciones de los individuos de una misma sociedad, sino también las relaciones de individuos de sociedades diferentes. Así que si por las necesidades de la vida se crea la vida social entre los individuos, por las mismas necesidades se crea la vida social entre los pueblos. Los instintos guerreros si aparentemente tienden a desarrollar la vida de la sociedad, efectivamente la destruyen, porque crean, fomentan y desarrollan sentimientos contrarios a la simpatía social. Si esos sentimientos hubiesen triunfado la vida habría desaparecido ya. Así es como la vida social entre unos pueblos y otros va extendiéndose cada día y haciéndose cada vez más intensa. Y tal como esa paz relativa interna de cada pueblo, ha nacido la moral relativa a proteger las condiciones de vida especiales a cada pueblo, también cuando la convivencia universal sea perfecta, cuando la paz no sea relativa a la vida interna de cada agrupación sino absoluta, la forma de conducta adaptable a esa vida sería también absoluta. Hoy nos regimos todavía por la moral de compromiso entre la paz y la guerra, entre la vida para los de la propia asociación y la muerte para los de las otras asociaciones. En este conflicto van ganando cada día más terreno la paz y la vida. Al principio se decía: no matarás a los de tu tribu, pero sí a los de la tribu vecina; ahora pensamos que si debemos respetar la

vida de nuestros coasociados, debemos alabanza y aprobación a nuestros ejércitos que vienen destruyendo mil vidas enemigas. Pero estos sentimientos duros y crueles que tenemos para con las sociedades distintas, tienden a endurecer los sentimientos para con nuestros propios coasociados. Pero como más necesaria e imperiosa para la vida es la cooperación interna, los sentimientos que nacen de esta cooperación prevalecen sobre los sentimientos que son a la vez causa y efecto de las guerras externas. De aquí que la paz, la cooperación, la vida social entre los diferentes pueblos crece cada día. Si suponemos una paz absoluta y universal tendremos la forma de conducta absoluta y universalmente moral. Y que los pueblos se encaminan a esa paz, a esa moral lo comprueba la historia. Toda la Europa, toda la América, gran parte de Asia y Australia y una siquiera pequeña parte del Africa, tienden a la paz y la vida social. De allí que igualándose las condiciones de vida, ésta se rige por leyes cada vez más uniformes. Es decir la moral va dejando de ser relativa a cada pueblo como las condiciones de vida van dejando de ser relativas a cada pueblo. La evolución social y la individual reobran pues incesantemente la una sobre la otra: van paralelas a la paz y la moralidad: dos aspectos de la vida. Y la vida, la sociabilidad, la moral interna influyen favorablemente en lo exterior de donde parten reacciones hacia aquella. Si la conducta se valoriza por la cantidad de vida que produce y si la vida ha aumentado en cantidad y calidad quiere decir que la conducta se va perfeccionando, es decir, evolucionando.

CONCIENCIA SOCIAL

Sabemos ya el *por qué* una sociedad prefiere una conducta más bien que otra. Ahora es preciso saber la manera como se realiza esa preferencia, es decir, el procedimiento social por el cual las formas de conducta más favorables a las condiciones de vida de cada sociedad llegan a ser adoptadas por esa sociedad. Debemos distinguir en la conducta las formas indispensables para la vida, y las formas secundarias, aunque entre unas y otras no se pueda trazar una línea de demarcación precisa, puesto que se unen por insensibles matices. Las formas indispensables para la vida no son anteriores ni posteriores al hecho de la asociación: nacen con él. Todos los individuos sin previo convenio ni acuerdo, aprueban ciertas formas de conducta sin las cuales la vida sería imposible. Estas formas no están sujetas a discusión, y quien nos las impone no es la sociedad precisamente sino el instinto de conservación. Este instinto dicta fundamentalmente las mismas normas a todos los individuos. La sociedad y esas formas de conducta se compenetran necesariamente: vacilar en aceptar esas formas de conducta habría sido la muerte. La sociedad aun la más sencilla no puede vivir sino en condiciones determinadas. Supongamos una sociedad cuyos miembros consideren meritorio matarse entre sí: es claro que

una sociedad así no podría subsistir, dejaría de existir como una monstruosidad de la naturaleza. Estos y otros principios son sociables por sí mismos y no podemos decir que lleguen a ser sociables, que la sociedad los adopta, ni que para llegar a ellos ha habido necesidad de una preferencia o selección social. Esta clase de principios forman pues una especie de credo moral fundamental de la sociedad que se impone inexorablemente a los individuos. Pero hay otras formas de conducta que no atacan ni favorecen tan directa y claramente la vida. ¿Cómo pues la sociedad se decide por unas y rechaza otras de esas formas? ¿Cómo ciertas formas de conducta llegan a ser sociables? Por la imitación recíproca de los individuos de una sociedad; por la selección entre imitaciones en caso de lucha; por la acumulación de esas normas de conducta en lo que llamamos conciencia social. Efectivamente: todo acto o expresión es un estimulante para los centros nerviosos que lo perciben o lo comprendan y provocan movimientos que tienden a copiar más o menos los originales. Así un individuo imita a otro y otros imitan a estos y así sucesivamente hasta chocar contra una manera de proceder contraria. Esto, sin embargo, no ocurrirá normalmente si la acción imita en desagradable o conduce de un modo manifiesto al aniquilamiento y la muerte. La imitación de ejemplos notables o imitaciones más beneficiosas tienden siempre a dominar o a combinarse a imitaciones de menor importancia. Es una lucha por la existencia entre las imitaciones. Del mismo modo ciertos cortes y colores de vestidos, cierto procedimiento de edificación, ciertas formas de lenguaje, ciertas diversiones, creencias y usos y hasta ciertos delitos peculiares presentan un gran poder fascinador y persisten y se extienden, mientras otras formas se olvidan rápidamente. En toda sociedad se puede observar siempre una aproximación general hacia ciertos tipos persistentes de acción, de expresión y de carácter. Tal es el procedimiento de *socialización*. Y éste es el que en último término crea una lengua común, ideas y modas comunes, así como formas de conducta comunes o sociales. Y así como en cada espíritu en cada sociedad hay un conflicto de imitaciones. Unas prevalecen sobre otras o combinándose forman una tercera. Una nueva idea, una nueva práctica nacen por fusión de ideas antiguas o de prácticas establecidas. Las experiencias de estas imitaciones van dejando tras sí un cierto residuo común a todos los individuos y en cierta manera impersonal, pertenece a todos, es obra de todos, está en todos, y se impone a todos. Cada nueva generación nace en este medio social y tiene que adaptarse a las formas establecidas. La sociedad aunque constituida por individuos ejerce una poderosa reacción sobre cada individuo. Al principio dice Montesquieu, en el nacimiento de los pueblos el individuo modela a la sociedad; en su madurez la sociedad modela a los individuos. De igual manera la experiencia colectiva de la raza moldea la experiencia de los individuos. Hace a un hombre aceptar lo que no puede comprender y le hace obedecer aunque no crea. Sus pensamientos son suyos sólo parcialmente; son también pensamientos de los demás. Sus acciones van guiadas

por la voluntad de los otros. Si se rebela, si no siente lo que todos sienten se prescindirá de él, se le eliminará, se le contará entre los anormales o locos. Siendo la experiencia limitada y débil la espontaneidad individuales, nos enriquecemos y asimilamos las experiencias ajenas: así sabemos por ejemplo que el alcoholismo mata, que la prostitución degenera. Una nación, una tribu, una secta, son el medio del espíritu individual al modo como el río, el mar, el estanque son el medio del pez; sólo al través de él conocemos el mundo. ¿Qué ciencia tendría el individuo si la sociedad no la proporcionase? La nación afecta a la tribu, la tribu a la secta, ésta al individuo. Mas, esto no quiere decir que el individuo sea enteramente pasivo, reobra sobre la sociedad a su vez ayudando a crear la conciencia social de la cual participa. Y no debemos tomar como simple figura del lenguaje las expresiones del espíritu social del cual es parte la conciencia moral social. El espíritu social es más que todo espíritu individual y domina toda voluntad individual. Existe en los espíritus individuales, y en toda institución, en toda creación social. Tal es el carácter de las legislaciones, de los libros religiosos, de las máximas vulgares, de las reglas de la moda, de las expresiones del lenguaje. En suma, la existencia de cada hombre está dominada por *imperativos* sociales que tienden a realizarse aun a pesar del individuo. Se puede pues decir que tienen una existencia independiente de sus manifestaciones particulares, que es lo que les da su carácter social. Las ideas, los sentimientos sociales existen de alguna manera independientemente de las conciencias individuales, y cuando se traducen en hechos, cuando se realizan, los llamamos hechos sociales, y revelan más que la personalidad del que los ejecuta las características del tipo social. Así pues el fenómeno moralidad, el hecho moral es eminentemente un *hecho social*, un *fenómeno social*. Cuando obramos moralmente hay en nosotros algo más que nuestro *yo*, hay el yo social asimilado a nosotros, compenetrado en nosotros. En el acto inmoral se sobrepone nuestro yo al yo social; por eso la sociedad lo condena.

METODO PARA LA CIENCIA MORAL

Concluidos estos prolegómenos que nos hacen conocer cómo y por qué constituyen la conciencia individual y la conciencia social, podemos entrar más resueltamente en el estudio de la moralidad.

Provisionalmente diremos que por moralidad entendemos la adaptación de la conciencia y la conducta a las leyes de la vida. Esta sea la conclusión que se desprenda de la primera parte de nuestro estudio. Para llegar a ella emplearemos el método inductivo. En la segunda parte deduciremos de esa noción las conclusiones que ella encierra para los casos prácticos de la vida. Pues para que una ciencia se constituya se necesita una gran masa de hechos de los cuales se pasa a las generalizaciones de los mismos hechos; una vez generalizados hay que descubrir el principio

único a que obedecen, el hecho fundamental del cual son manifestaciones los hechos observados. Conocer este hecho fundamental quiere decir conocer el cómo y el porqué de él, es decir las leyes de su ser. Luego después, mediante la deducción, aplicaremos esas leyes a casos particulares. De la observación de las actividades humanas descubriremos cuál es la causa final de esas actividades y luego podremos determinar en cada caso concreto la manera de conseguir ese fin. Los hombres no tienen necesidad de que se les enseñe cuál es el fin específico de su conducta: la ciencia no hace sino descubrirlo. Pero cómo y por qué medios podemos conseguir ese fin es lo que enseña la ciencia de la moralidad y para enseñar esto tiene que estudiar la naturaleza de ese fin y darse cuenta de las leyes por las cuales él se produce. Otros sistemas proceden exclusivamente por deducción. Presumen no tener necesidad de buscar en la experiencia y en la realidad de las cosas el principio moral. El agente moral encuentra en sí mismo por mera introspección ese principio fundamental. Tienen como dato primero...

FIN MORAL U OBJETO DE LA ACTIVIDAD

Lo que hay de común en los diversos significados de un término es lo esencial de él y puede más fácilmente notarse si comparamos dos aplicaciones de ese término lo más diferentes entre sí. Busquemos así el significado de las palabras bueno y malo. Un cuchillo, un fusil, una casa y en general todas las cosas animadas son buenas cuando son adecuadas a alcanzar fines determinados; un día, una estación etc., decimos buenos si nos han permitido satisfacer algún fin deseado; de la misma manera un ser vivo llamamos bueno con relación al fin determinado a que se adapta y un acto humano es bueno cuando se adapta con éxito al fin propio del acto. Lo bueno y lo malo no es pues un carácter intrínseco de las cosas, sino enteramente relativo al fin: así una cosa buena puede cambiarse en mala perdiendo suma adaptabilidad al fin; una misma cosa puede ser mala con relación a un fin y buena con relación a otro. Por este motivo podemos decir que el objeto de la voluntad es *lo bueno* o el bien. Si la voluntad se propone un fin tiene que desear o querer los medios adecuados a ese fin, es decir *lo bueno*. Y esos medios son queridos en razón de ser considerados como buenos, aunque objetivamente resulten inadecuados al fin. Concebir que la voluntad queriendo un fin, busca los medios inadecuados a él, es decir, quiere lo malo, es un absurdo. Querer lo malo, es decir, querer los medios inadecuados al fin, es querer y no querer, ser y no ser. La voluntad quiere las cosas o acciones en razón de ser *buenas*. ¿Cuándo llamaremos pues a la conducta humana, buena o mala? Ante todo diremos que conducta se llama al conjunto de actos humanos encaminados a un fin. Debemos pues ante todo conocer ese fin, si se adapta a él la conducta será buena y mala en caso contrario. ¿Cuál es el fin últi-

mo de la actividad humana; cuál es el criterio, el principio para juzgar de la bondad de la conducta? Este principio es la vida; ella es causa y al mismo tiempo fin de la actividad; causa universal de nuestros actos y fin universal de ellos; prescindiendo de la vida no podemos pensar en la actividad humana; y esa actividad a su vez tiene como efecto constante la vida. Entre las múltiples y variadas formas de efectos que produce la actividad, hay algo de común; ese algo común es lo que especifica, determina el carácter propio de la finalidad que persigue la actividad.

“La vida en general es o no un *desiderátum* de la conducta. Si lo es, todos los modos de conducta que contribuyen a su plenitud, deben moralmente aprobarse; y si no lo es, se acata la cuestión: no hay que preocuparse de la vida y todos los problemas que a ella se refieren incluso los morales, desaparecen. Spencer”.

Lo que hay de común entre las diferentes formas de una función constituye el carácter o fin específico de esa función. La vida es deseada universalmente y todo lo que se desea es siempre alguna forma o alguna función de la vida: la satisfacción de la inteligencia por ejemplo es satisfacción de la vida en su función más elevada, en su tendencia más propiamente humana. Ahora bien el fondo común de todo deseo, lo esencialmente deseado, es lo que se llama lo *deseable*. La vida es pues causa y fin, unidad, síntesis del deseo y de lo deseable: es la trama general de la actividad ya sea ésta consciente o inconsciente. Y si la actividad no tuviese como fin último la vida, la resultante de cualquiera o alguna forma de la actividad sería la muerte; es decir, la cesación de la actividad: sería la actividad causando la muerte por función natural. Pero así como repugna al entendimiento que una cosa sea y no al mismo tiempo, repugna también que la función de un organismo consista en dejar de funcionar: esto implica afirmar la función y negarla al mismo tiempo.

“Véase Hoffding, Psicología págs. 426 y sgts. Importancia biológica del sentimiento”.

No podemos concebir la existencia de una entidad que tenga por objeto dejar de ser; ser la negación de su propio ser, de su misma existencia. No podemos concebir un medio cuya esencia sea no servir de medio. El fin de la actividad es, en definitiva, la vida: una actividad que mata deja de ser actividad. Y mientras más complicada es la actividad más alta es la suma de vida; hay un perfecto paralelismo entre una y otra. Cuanto más inferior es un organismo más a merced está de las circunstancias: no hay adaptación de actos afines; un infusorio nada bajo la influencia de las energías externas; un rotífero agita circularmente sus pestañas para atraer presas, fijándose en los objetos con su cola aprehensiva y contrayéndose para defenderse y prolongar su existencia; un cefalópodo se arrastra en el litoral, explora las grietas, nada, ataca a los peces, se envuelve en un licor venenoso para librarse de sus enemigos, usa de sus tentáculos para apresar o para adherirse a los objetos; un elefante descubre su alimento en un radio; inmenso, huye con rapidez; quiebra ramas cargadas de

frutos para comerlos; ataca con trompa, colmillos y patas, se espanta las moscas con una varita, lanza gritos de advertencia a los otros elefantes, se agrupa para la defensa, pone centinelas para el descanso, envía individuos de descubierta cuando viaja; un hombre civilizado adapta mejor su conducta que un salvaje para producir la nutrición, la fabricación de útiles y casas, combina series de actos para obtener bienes lejanos, es más dueño de la naturaleza y menos esclavo de las influencias exteriores, de suerte que así se aumenta la duración y la intensidad de la vida. A mayor suma de actividad corresponde pues mayor vida y a la inversa. De todas maneras venimos a parar en que el fin remoto de la voluntad es la vida; en que el instinto de conservación es el fondo latente de toda actividad; en que la conducta humana es la adaptación de medios más o menos próximos o remotos a la conservación del ser. Si procedemos deductivamente comprobaremos el resultado de las inducciones anteriores. Efectivamente: El principio de la persistencia de la fuerza se impone necesariamente al pensamiento; no podemos demostrarlo, pero su negación es la negación de la conciencia, de la observación, de la ciencia. Lo que llamamos leyes del universo, principio de causalidad son aspectos de ese principio. Este es el principio también de la psicología, puesto que la persistencia de la fuerza se nos manifiesta inmediatamente como la persistencia de la conciencia. Si la fuerza no puede comenzar ni dejar de ser, toda manifestación nueva de una fuerza, debe ser interpretada como el efecto de una fuerza antecedente. De aquí se deriva la transformación y correlación de las fuerzas que es una verdad así en las fuerzas sociables como en cualesquiera otras. Ninguna existencia viene de la nada; ninguna existencia termina en la nada. Toda modificación sufre una fuerza modificante. Ahora bien, la actividad que produzca la vida en un momento, no puede dejarla de producir en otro mientras permanezca ella misma. La vida tiende a conservarse mientras no haya una fuerza incidente que la modifique; el ser tiende a perseverar en el ser porque los elementos que se han confinado en él no pueden producir otro ser o modificarse sino con intervención de una nueva fuerza o elemento cuya aparición supone la variación del ser. El ser tiende a perseverar en él mismo, porque no puede ser y no ser al mismo tiempo. Venimos pues a parar en que el ser vivo tiende a perseverar en sí, esto se llama el instinto de conservación. Las inducciones y la deducción están, pues, acordes en afirmar que la vida es la finalidad suprema, última de la actividad, y la conducta será buena cuando se adapta a ese fin, mala en caso contrario.

CRITERIOS DE LA MORALIDAD

Estudiemos ahora los diferentes criterios que han inventado los autores para juzgar de la moralidad. Esos criterios se derivan de los fines que han asignado a la actividad humana. Unos juzgan buena la conducta que pro-

duce placer y mala la que produce dolor: son los hedonistas, epicureístas y utilitarios; otros asignan como término supremo deseable la felicidad o la dicha o posesión del bien y según eso llaman buena o mala la conducta según encamine o separe de ese término; otros por último determinan como fin de la voluntad la beatitud o sea la vida ultraterrena en contemplación o compenetración de la divinidad. En todas tres concepciones va envuelta la noción de la conservación de la vida, y lo que hay de común y permanente en las diferentes concepciones de una cosa es lo que constituye la verdad de esa cosa. En la doctrina del placer viene sobreentendida la del vitalismo, puesto que por regla general el placer indica un aumento de vida y el dolor una disminución de ella. El dolor sirve en la naturaleza para indicarnos cuando la vida está en peligro. Y si hay placeres que llevan a la muerte y dolores que conducen a la vida, eso no quiere decir que el dolor y el placer, al momento mismo de experimentarlos y no en sus consecuencias, dejen de ser una expresión de disminución o aumento de vida. Luego quien sigue la regla del placer sigue al fondo la misma regla de la vida. Las nociones de dicha, felicidad, posesión del bien suponen necesariamente la conservación del ser para el goce de la dicha o felicidad; la posesión del bien implica la conservación del poseedor: no puede haber atributo sin sujeto. La doctrina de la beatitud supone, más claramente que las anteriores, la conservación del ser, aun cuando las condiciones de esa conservación las entienda de muy diferente manera. Todas las teorías están en definitiva acordes en juzgar que es buena la conducta favorable a la perseverancia en el ser aun cuando a este concepto vengan agregadas ideas de segundo orden que no implican la finalidad última de la voluntad.

EL VITALISMO O LA VIDA COMO CRITERIO MORAL

Pasemos ahora a analizar "la fórmula de la vida" a fin de darnos cuenta de todo su valor y alcance. Por instinto de conservación, por perseverancia en el ser y la vida no debemos entender la tan estrecha concepción de la satisfacción de las necesidades nutritivas y el mantenimiento ileso del organismo. La vida es algo más, es mucho más. Desde luego desde el punto de vista puramente fisiológico vivir es no sólo nutrirse sino también reproducirse: no sólo es consumo sino también fecundidad: no sólo es la vida del individuo sino también la de la especie; sofocar la reproducción de la especie es mermar la vida del individuo. Cuántas nuevas fases de sentimiento, de penetración, de actividad, de voluntad de carácter aparecen en el individuo cuando ha reproducido la especie! La personalidad individual se continúa, se prolonga, se muestra en nuevas formas. No podemos pues concebir sino como íntimamente compenetradas la conservación de la vida individual y la de la especie. Más aún, la vida no es, no puede ser puramente física; es vida humana, esto es, de razón,

de sentimiento, de voluntad. La razón vive conociendo más y mejor la naturaleza, el sentimiento más profundo y más vastamente la naturaleza; la voluntad cooperando más activamente en ella para totalizar la vida. Pero todavía parece que la fórmula de la vida gira exclusivamente sobre la conservación individual y con todo no es así. La fórmula de la vida comprende así lo individual como lo social: son dos círculos concéntricos: más se amaría uno a sí mismo si no amase a los demás: el egoísmo supone necesariamente el altruismo y recíprocamente. En efecto: la plenitud de las satisfacciones egoístas en el estado de sociedad exige que se nos deje gozar de los beneficios producidos por nuestros esfuerzos, en lo cual va envuelto el altruista reconocimiento de que los beneficios producidos por los otros los gocen ellos. Al reclamar nuestros derechos hacemos implícitamente una demarcación más allá de la cual nada se nos debe: el egoísmo está trayendo en sí altruismo. Además, para que se nos administre justicia debemos cuidar de que los órganos que la administren se perfeccionen; para que nos presten mejores servicios debemos querer que los demás se vigoricen, adiestren y agilicen; para conservar mejor nuestra salud debemos preocuparnos de lo que contribuye a la salud de todos; para librarnos de la torpeza o ignorancia de los otros debe interesarnos la instrucción de los otros; para librarnos de la falta de conciencia de los que nos rodean nos interesa que se eleve el carácter moral. Así el perfeccionamiento de los otros así físico, intelectual y moral importa personalmente a cada uno. Enajenándonos la simpatía perdemos la ayuda gratuita que tantas veces necesitamos en la vida, perdemos un vasto dominio de goces sociales, perdemos esas exaltaciones de la alegría y las dulcificaciones del dolor que proceden de la simpatía humana. Por otra parte la sensibilidad para los placeres egoístas se mantiene mejor si éstos se alteran con placeres altruistas, porque, como se sabe, las funciones producen un gasto y exigen una repartición: la persistencia de la sensación agradable amengua la percepción de ella. La fórmula de la vida no se reduce a vivir para sí, tenemos también que vivir para los otros. Al centro de la vida está necesariamente el individuo; pero la vida no se reduce a ese centro; es asimismo necesariamente una radiación alrededor de ese centro. Analizando el objeto de la actividad no podemos distinguir que una parte de ésta se adapta al fin que consiste en obtener la más perfecta vida individual; otra al fin que consiste en obtener la más perfecta vida de la especie, y otra por último al fin que consiste en obtener la más perfecta vida social: la síntesis de estos tres fines obtenida por subordinación de causa a efecto, de antecedente a consiguiente, es el objeto final de la voluntad.

MORAL ABSOLUTA Y MORAL RELATIVA

Si queremos vivir, como efectivamente lo queremos de tan irresistible manera, debemos querer los medios adecuados a conseguir ese objeto. Mas

la apreciación de esos medios será un asunto puramente subjetivo para cada individuo; o habrá ciertas formas de conducta que necesariamente lleven a la vida y otras que no... Todos los hombres quieren la vida; cada hombre sigue la conducta que cree adecuada a ese fin; pero entre *el creer adecuada una cosa* y que esa cosa sea *efectivamente adecuada*, hay diferencia. Dos cultivadores de maíz pueden obtener resultados muy diferentes según que el uno aplique al cultivo los medios que por *sí mismos* son buenos, y el otro los procedimientos que aun cuando él los tiene por completamente buenos y adecuados en un todo, no son los que enseña la misma naturaleza del maíz. No es, pues, lo mismo que el agente conciba una cosa como medio adecuado a un fin, que efectivamente dada la naturaleza de las cosas, ese sea el medio adecuado. Todos los hombres quieren la vida, pero no todos conocen la línea recta de las leyes de la vida; se encaminan a ella poniendo medios que no la consiguen por completo. Unos en su conducta sacrifican algo de la vida individual; otros algo de la vida de la especie, y muchos sacrifican gran parte de la vida social. Pero como la vida es una, nadie que sacrifique algo bajo un aspecto, deja también de perder bajo los otros aspectos. La ciencia moral tiene por objeto señalar las leyes fundamentales de la vida y deducir la conducta que esas leyes implican; esta sería la moral absoluta porque produciendo la vida nada traería en contra de ella. Todos los hombres han querido y buscado la vida, pero han divagado en el desierto, no han conocido la línea recta; la ciencia moral tiene por objeto mostrar esa línea recta. Todos los pueblos han buscado la vida y han ido acercándose a ella, pero por caminos extraviados, produciendo siempre una dosis de vida con un tanto de muerte: las guerras, las injusticias, las violencias, la depravación de las costumbres, la crianza deficiente de la prole más o menos sancionadas o toleradas por los pueblos hacen que esas morales sean una mezcla de vida y muerte; por eso esas conductas son una moral relativa. No han conocido los pueblos hasta hoy la moral absoluta, la conducta que produce sólo vida sin nada de muerte. Algunos pueblos han errado tanto que sólo conocían una conducta que paulatinamente les ha llevado a la desaparición y la muerte. De modo que hay una manera de vivir, una conducta que absolutamente conduce a la vida y otra u otras que sólo parcialmente conducen a ella. Las reglas en que podemos expresar esas maneras de vivir llamamos moral. Las que se desprenden de las leyes de la vida son la moral absoluta; las que se desprenden de la manera de vivir de un pueblo determinado en tal tiempo, en tal espacio forman una moral relativa, que puede ser más o menos buena según que más o menos se acerque a la moral absoluta, según sea más o menos adecuada a producir la vida y desarrollarla. Por antiguas, repetidas y groseras experiencias se ha llegado inductivamente a nociones vagas, pero verdaderas en parte, relativas a la conducta y esas nociones sirven de dirección en la práctica. Extendiéndose el campo de las experiencias, y agregándose las inducciones de éstas a las antiguas, esas nociones vienen a ser más nume-

rosas, más precisas y más generales. Si por último hacemos abstracción de las condiciones de los fenómenos que están en contradicción los unos con los otros atendiendo únicamente a los factores fundamentales; si estos factores los estudiamos de una manera abstracta, no como presentes en los fenómenos actuales, descubriremos las leyes generales de un sistema absoluto de moral. Este sistema que expresa lo que es absolutamente bueno, será aplicable a cualquier estado de transacción teniendo en cuenta las causas de perturbación, las condiciones incompletas, la imperfección de los seres actuales, etc. En cuya virtud lo absoluto se ha vuelto relativo al acomodarse a las circunstancias. Del dato general sacado por inducción, de que cada uno quiere vivir, siguiendo aquel procedimiento se infiere 1.—que quieren vivir todos; 2.—que la vida no se conserva sino gracias a la actividad; 3.—que debiendo vivir todos las actividades tienen que limitarse; 4.—que los límites de esas actividades tienen que ser iguales para todos. Estas son las más amplias generalizaciones que nos proporciona la vida humana, abstracción hecha de toda circunstancia variable y concreta que no entre necesariamente en la idea de vida humana. Podría decirse que los límites no deben ser iguales, sino adecuados a la actividad de cada cual; pero esto implica introducir en las ideas de vida y de hombre conceptos de fenómenos variables. Podría también decirse que a esos factores fundamentales habría que añadir el de la intromisión de unos individuos para favorecer la vida de otros, mediante actos de beneficencia; pero esto también implica que se toma como parte integrante de la idea la vida, la idea de no vida, porque la beneficencia de unos supone que los otros no se han adaptado aún a la vida. Si suponemos al individuo adaptado a la sociedad y la sociedad adaptada al individuo, tenemos que convenir en las cuatro conclusiones arriba anotadas, que son el núcleo y la base de la moral absoluta. Mas si estos principios los aplicamos parcialmente teniendo presentes las circunstancias perturbadoras, hacemos una moral relativa a las imperfecciones sociales que nos rodean.

Si es la vida lo que se busca hay que obrar conformándose a las leyes de la misma vida. No está a nuestro arbitrio producir la vida de un modo o de otro. Nuestra conducta tiene que estar dominada por relaciones fijas de causa y efecto, y así aunque el fin último de la voluntad es la vida, aunque el fondo de todo lo deseable es la vida; pero un fin más próximo de la voluntad y el deseo son las leyes de la vida y el método que hay que seguir para producirla. De manera que la moralidad propiamente dicha, la ciencia de la recta conducta tiene por objeto determinar *cómo* y *por qué* ciertos modos de conducta son favorables a la vida y otros no. Estos buenos y malos efectos no pueden ser accidentales; pues la vida como cualquier otra cosa de la naturaleza no puede ser efecto indiferente de cualquier causa; la vida debe tener sus causas y sus leyes para producirse. Deducir de estas leyes la forma de conducta es lo que se propone la ciencia moral. La primera ley de la vida como de todo otro ser es la ley de su conservación. De este principio fundamental se desprenden inmedia-

tamente estos otros que deben servir de pauta a toda conducta racional: que la vida consiste en el ejercicio de ciertas actividades por las cuales se sostiene; y que siendo necesario que estas actividades se limiten recíprocamente entre los hombres reunidos en sociedad, su ejercicio no debe cohibirse más allá de los límites naturalmente creados.

Excluyendo pues la moral absoluta, todo acto contrario a la vida, esto es todo acto de agresión, supone la perfecta paz interna en la cual no haya homicidio, heridas, robos, difamaciones, enemistades, falta a los contratos; en fin, estos que directa o indirectamente ataquen la vida de los asociados, supone así mismo la paz externa ya porque la guerra trae la muerte de los beligerantes, ya porque la moral de la guerra influye sobre la moralidad interna endureciendo los sentimientos que rigen la conducta de los asociados entre sí. Sin embargo además de la falta de agresión se necesita para la vida completa el auxilio mutuo que puede ser positivo mediante actos gratuitos en pro de los demás o mediante actos coordinadamente ejecutados por varios en provecho de todos ellos; o negativo que consiste en no impedir que los demás realicen su vida completa. Y las morales relativas de los diferentes pueblos evolucionan, es decir se van al transcurso del tiempo acercando a la moral absoluta: cada vez se respetan mejor los derechos propios y los ajenos; cada vez se auxilia mejor a los otros y se es más celoso de la dignidad de uno mismo; aumenta el bienestar personal con las exigencias de los trabajadores y los políticos y aumenta el bienestar social con la instrucción, la beneficencia y la igualdad; al mismo tiempo aumenta el respeto internacional: las guerras son más raras y más cortas, ya no se conquista sino muy rara vez todo un territorio, ni se esclaviza a pueblos enteros y las naciones se ayudan en caso de inundaciones, incendios, terremotos, y hambres; ni aun en las relaciones con los salvajes los pueblos civilizados arrasan poblaciones enteras, ni matan a los indefensos, ni torturan a los inocentes, ni esclavizan a los prisioneros, ni aprisionan mujeres y niños: la humanidad se vuelve civilizada y pacífica, es decir más moral. Podemos concluir con estas palabras de Kant: "La naturaleza se encamina al establecimiento de la sociedad universal en que se reúnen la justicia internacional, la justicia política, y la justicia privada completadas por la filantropía humana".

CONCIENCIA MORAL, GENESIS Y TRANSMISION DE ELLA

Un ser no es agente moral sino en cuanto posee una conciencia moral o conciencia del deber.

"Por violentas que puedan ser las relaciones de los individuos de una misma tribu, entre sí, su acción combinada sobre otras tribus sería irrealizable sin cierta confianza mutua basada en testimonios de amistad y lealtad. Y como una conducta que favorece la cooperación armoniosa dentro de la tribu, conduce a su prosperidad, a su crecimiento y por consi-

guiente a su victoria sobre las otras, la supervivencia de los más aptos da por resultado la adopción de esa conducta como característica general. La autoridad de los gobernantes presta a la moral de la amistad un nuevo apoyo. Reconociendo los jefes que la discordia es una fuente de debilidad para la tribu, se reprueban los actos susceptibles de engendrarla; y una vez muertos y divinizados, el recuerdo de sus órdenes viene rodeado de sanción sobrenatural. He aquí el origen de lo que se llaman códigos morales. La obediencia tradicional a ciertas reglas de conducta ha engendrado sentimientos apropiados a esas reglas. La disciplina de la vida social produce en el hombre concepciones y emociones que determinan cierto grado de simpatía por la conducta favorable al bien social y de antipatía por la contraria". Spencer.

En la conciencia moral podemos distinguir dos elementos: su forma imperativa que consigo trae placer o dolor morales según se la obedezca o no y que a su vez tiene carácter de universalidad común a todos los hombres; y en segundo lugar su materia o contenido es decir el acto mismo que viene envuelto en esa forma obligatoria y que no tiene carácter de universalidad ni en el tiempo ni en el espacio. Lo que caracteriza un ser moral es ese sentimiento placentero o doloroso unido a la memoria y la reflexión: la memoria de las consecuencias moralmente placenteras o dolorosas de los actos pasados y la previsión de las consecuencias de los actos futuros; lo que consigo trae la aprobación de unos actos (los placenteros) y la reprobación de otros (los dolorosos). La satisfacción de un instinto es un placer tanto más intenso, cuanto que el instinto es más fuerte; luego en general, el instinto social es enérgico porque es eminentemente útil a la conservación de la vida, y como tal, gracias a la ley de la selección, tiende a desenvolverse. Si consideramos que a más del instinto entran en la cuestión la reflexión y la memoria y suponemos que los instintos sociales entran en lucha con algún deseo súbito como el hambre o con una pasión como el odio satisfecho, el placer nacido de esta satisfacción se disipa; los instintos sociales quedan persistentes y vivos; tienen para sí todo el pasado, todas las tendencias, todos los hábitos acumulados lentamente por la herencia y la educación; no tienen en contra más que un momento de placer ya desaparecido y lejano. Cuando entonces la reflexión recogiendo de la memoria el acto realizado y sus consecuencias, los compara a las exigencias del instinto social, siempre vivo, presente, toma horror a ese acto y el recuerdo de la derrota sufrida por el instinto social, toma la forma de remordimiento; el hombre se encuentra descontento de sí y toma la resolución con más o menos vigor de obrar de otra manera en el porvenir. En general, todo instinto que continuamente es más fuerte que otro o más persistente, da origen a un sentimiento que expresamos diciendo que se *debe obedecer*. Y como para servir al instinto de conservación, no hay instinto más fuerte y persistente que el instinto social, a él se agrega ese carácter obligatorio que lo transforma en conciencia moral, de aquí que la conciencia moral en cada pueblo y en cada tiempo sanciona como buenas

las formas de vida adecuadas a ese tiempo y ese pueblo. Existe una conciencia moral universal; pero no ha existido una moral universal; los preceptos están condicionados por la forma interior de los instintos sociales: a tales condiciones sociales, tal moral; a diferentes condiciones sociales una moral diferente.

A la fuerza propia del instinto social tan intenso en el hombre y cuyo origen no nos corresponde estudiar, viene a unirse la aprobación o censura de la conciencia social cuando ejecutamos un acto favorable o no al bien común. Es un factor de mucha importancia para formar la conciencia. Los hombres tratan de evitar el menosprecio y la censura y de obtener la estimación y el elogio, lo cual lleva a la práctica de la conducta favorable a obtener estos resultados y evitar aquellos. Hay además otro elemento social que viene a imponernos la ejecución de una clase de actos e impedirnos otra de una manera obligatoria, tal es la autoridad del Estado, que en los grados primeros de su establecimiento no despertaba sino el sentimiento del temor a los castigos que imponía. El instinto de sociabilidad, el temor a la reprobación social, y el temor a los castigos de la autoridad han sido los moldes de la conducta y así los hombres han podido ejecutar actos en sí mismos desagradables o evitar actos en sí mismos placenteros sólo en consideración a esos tres frenos sociales; esos actos no tenían sino valor de medios con relación a estos fines de la voluntad; y la conciencia todavía no puede llamarse verdaderamente moral, sino premoral, porque el dolor moral no está todavía unido al acto mismo sino a las consecuencias desagradables de él. Pero el espíritu está sujeto a la ley de *sustitución de motivos*, en cuya virtud y a fuerza de experiencias repetidas las acciones habitualmente realizadas por nosotros en calidad de medios respecto a un fin son asociadas a la idea que nosotros nos hacemos del fin mismo; a esta asociación de ideas corresponde una igual de sentimientos, de manera que el placer o el dolor en vez de permanecer más allá de la acción, en las consecuencias de ella se compenetra, se confunde con ella. Así han nacido el placer y el dolor moral. Al principio, se hace o deja de hacer un acto por temor a las reacciones exteriores contra ese acto; mas, después se las hace o deja de hacer por sí mismo. Esta asociación de placer y dolor a tal o cual conducta tiene que modificar el sistema nervioso y transmitirse hereditariamente. Si por los progresos de la especie y por las experiencias que se han adquirido de los efectos de su conducta los hombres no hubiesen formado poco a poco generalizaciones y principios de moral; si estos principios no hubiesen sido de generación en generación inculcados por los padres a sus hijos, proclamados por la opinión pública, santificados por la religión, ensalzados por la poesía, interpretados por las artes, sancionados por el poder; si bajo la influencia de estos motivos poderosos los hábitos no se hubiesen modelado y si los sentimientos correspondientes no hubiesen venido a surgir; en una palabra, si no se hubiese adaptado la constitución orgánica del hombre a las formas de conducta llamadas morales y no se transmitiesen hereditariamente esas adaptaciones, nosotros no habríamos

nacido con esa intuición innata del bien primero y fundamental elemento de la conciencia moral. Cada impresión produce su correspondiente modificación nerviosa: a una persistente serie de impresiones corresponde una asimismo persistente serie de modificaciones que acaban por adaptar el órgano a la función. Ahora, nada más persistente que la disciplina social imponiendo o prohibiendo en cada momento de la vida ciertos modos de conducta, esa disciplina ha formado la conciencia que es su órgano. El espíritu va haciéndose a imagen de la realidad externa. La adaptación producida directa o indirectamente y de ambas maneras a la vez rige la estructura cerebral, así como rige las estructuras del resto del cuerpo; como las funciones físicas, las mentales tienden a adaptarse a las necesidades ambientales. Las experiencias organizadas y consolidadas a través de todas las generaciones pasadas de la especie humana han producido modificaciones correspondientes que por transmisión y acumulación continuas han llegado a convertirse en nosotros en ciertas facultades de intuición moral, en ciertos sentimientos que responden a una conducta buena o mala que no tienen base aparente en las experiencias individuales. Si las experiencias personales pueden modificar, como en efecto modifican el sistema nervioso ¿hemos de negar la fuerza de experiencias acumuladas y siempre reforzadas de millares de generaciones...? Cuando los actos cotidianos exigidos por la vida social están en desacuerdo con los sentimientos, estos sentimientos continuamente reprimidos disminuyen; y los sentimientos antagónicos continuamente alentados crecen, hasta que el promedio de los sentimientos se pone al unísono con las exigencias de la vida social, de manera que se establece una compenetración entre la conducta que se estima necesaria para la vida propia y la que se tiene por buena. A este amoldamiento de la naturaleza humana ha contribuido manifiestamente la supervivencia de los más aptos, porque claro es que en igualdad de circunstancias, los grupos de los hombres cuyos sentimientos se acomodasen mejor a las necesidades sociales, han tenido que ceder el puesto a los grupos de los hombres cuyos sentimientos se amoldan mejor a esas necesidades. Por el mismo motivo de adaptación que se ha formado al través de la raza la conciencia de lo bueno y de lo malo, es decir en forma obligatoria del deber, por esa misma ley de adaptación, decimos, el contenido de esa forma obligatoria, la materia del deber, el mandato concreto de la conciencia no lo adquirimos sino por el conjunto de experiencias individuales, por esa acción del medio ambiente sobre el individuo, que llamamos *educación*. La herencia nos da la intuición de alguna norma de lo bueno y malo; la educación determina los actos cuyo conjunto ha de formar esa norma. No heredamos, no tenemos innato un código perfecto que fije de antemano nuestra conducta cualquiera que sea el medio social en que aparezcan las manifestaciones de nuestro desenvolvimiento psíquico; heredaremos más bien un sentimiento general más o menos intenso que será en todo caso el fondo de nuestro carácter moral; pero sólo en el desenvolvimiento de nuestra vida iremos haciendo nuestro el código de moral que profese la sociedad en cuyo medio nos haya tocado nacer. Así

como un individuo nace con disposición hacia una ciencia sin que por ello nazca conocedor de los teoremas de ella, la disposición innata nos lleva hacia una forma más o menos profunda de moralidad, pero el contenido de ella lo adquirimos al través de la vida. La herencia y la educación completan al ser moral: individuos de distinta herencia (ingleses y salvajes) colocados en un mismo medio ambiente, siempre se han diferenciado en una cierta delicadeza moral mayor o menor; lo mismo pasa con individuos de igual herencia desenvueltos en diverso medio ambiente: hay entre ellos una forma de sensibilidad moral común. La educación es impotente para destruir las creaciones de la herencia; así como ésta es incapaz de dictar una norma moral completa.

OBLIGACION, SANCION, RESPONSABILIDAD

Siendo la conciencia moral un producto de la vida social y la moralidad un fenómeno social de tal importancia que sin ella no es posible la vida social; así como sin ésta es imposible satisfacer el fundamental instinto de conservación y del instinto de sociabilidad, nada hay más imperioso para el individuo que la conciencia moral, que es un medio necesarísimo para fines que se imponen necesariamente a la voluntad. Por eso vemos que después de los instintos de sociabilidad y conservación nada es más extendido entre los hombres como el sentimiento del bien y del mal; y espíritus groseros e incultos para otras fases de la actividad humana forman juicios morales muy atinados y con una prontitud muy sorprendente. Esta conciencia se presenta, pues, bajo la forma de una imposición, de un poder que se impone y nos obliga, bajo la forma de una necesidad que es necesario satisfacerla, necesidad, poder, o imposición que expresamos diciendo que es preciso obedecerla. Esta es la obligación moral que podemos definirla como la conciencia de una dirección impuesta a nuestra voluntad por la disciplina de la vida social. El principio de obligación o imperativo no es distinto de la conciencia moral, sin la forma característica de ella. Cualquiera que sea la teoría que se tenga sobre el origen y naturaleza de la conciencia moral, la característica de ella es su principio obligatorio, que cuando es desobedecido produce la sanción interna que llamamos remordimiento, esto es, un dolor más o menos intenso que en las naturalezas bien formadas se eleva a punto de hacerlas retroceder en presencia de una violencia de la conciencia como delante de una imposibilidad. No debemos confundir la idea de sanción con la idea de responsabilidad. Sanción es la consecuencia placentera o dolorosa de un acto realizado por nosotros consciente o inconscientemente. Si ignorando acerca la mano al fuego, la quemadura es una sanción natural; si yo quiero ejecutar un acto que me dicta un instinto y no lo ejecuto por cualquier impedimento, el dolor consiguiente es una sanción moral. Si yo por satisfacer un apetito pasajero dejo de dar una

limosna que periódicamente acostumbro dar siento dolor, este dolor es una sanción moral.

“La sanción se divide en: natural, como el quebranto de la salud que viene tras la intemperancia; legal, de la opinión pública, e interna o moral”.

En fin, la consecuencia agradable o dolorosa de la satisfacción o no satisfacción de un instinto o tendencia, cualquiera que sea la causa de la no satisfacción se llama sanción; y sanción interna el placer o dolor moral que se sigue a un acto conforme o no a la conciencia. La idea de responsabilidad implica la idea de que el agente responde del acto como causa propia de él; responder de un acto quiere decir atribuirse a sí el acto. El problema de la responsabilidad moral va unido, es una consecuencia del problema de la libertad moral. Si el hombre es causa libre de sus actos, tiene que responder moralmente de ellos; mas si la voluntad es un eslabón en la cadena de la causalidad universal, no cabe otra responsabilidad que la social fundada en el principio de la *defensa*. Y la idea de la responsabilidad ha ido restringiendo al andar de los tiempos. Antiguamente se consideraba responsables a los seres inorgánicos, a los animales, a los cadáveres; ahora no se juzga responsable ni al niño, ni al idiota, ni al loco, ni al sonámbulo. La escuela criminológica moderna excluye al criminalato, al loco moral y aun al criminal ocasional, viendo en todo crimen un efecto imprescindible de los antecedentes antropológicos y psíquicos del individuo y de las circunstancias sociales circundantes. Mas no se olvide que aun cuando la conciencia desconoce la responsabilidad moral, la sanción interna y la externa no pierden su fuerza: la primera es el efecto de la no satisfacción de una necesidad, la segunda es el efecto de la defensa social.

CLASIFICACIONES Y DISTINCIONES

El objeto de la conducta es la vida; la norma suprema de la conducta las leyes de la vida; pero estas leyes no pueden ser la norma de la conducta sino en tanto que forman la conciencia social; y todavía es necesario para que nos sean obligatorias, que sean conocidas por nosotros y hagan parte de nuestra conciencia. Por tanto la autoridad inmediata en el terreno de la actividad práctica, corresponde a la conciencia, de aquí la regla fundamental: obra según dictados de tu conciencia. Por una parte la conciencia *dicta* lo que es preciso hacer y por otra juzga lo ya hecho. Bajo este concepto ella es la condición del cumplimiento de todos nuestros deberes; pues aunque el principio fundamental y constitutivo del deber es la ley de la vida tal cual es en sí, pero en el terreno práctico esa ley no nos obliga sino en cuanto está incrustada en nuestra conciencia por la trasmisión hereditaria y los efectos del medio social. La conciencia bien puede pues en mayor o menor parte adquirirse o perderse. Un individuo que de un medio social inferior pasa a otro superior, puede encontrarse en éste sin la conciencia

moral que este medio impone a sus miembros. O por degeneración moral un individuo puede nacer con una conciencia inferior a la conciencia social; de manera que su conciencia puede ver como buenos o indiferentes actos que la conciencia social reprueba. Cuando decimos que un individuo *no tiene conciencia* decimos una verdad, porque queremos decir que él no siente como malo un acto que para nosotros lo es, no tiene sanción dolorosa para un acto que en nosotros nos acarrearía remordimiento. Aun cuando al momento de la acción no hay otra regla que la de la conciencia, con todo puede ser ésta *recta, errónea, ignorante, dudosa*, etc., para la sociedad en cuyo medio actúa según se conforme, yerre, ignore o dude de los dictados de la conciencia social; y también la conciencia social, para el científico, ya sabemos que puede ser más o menos buena según mejor o peor interprete las leyes de la vida. De aquí que la regla fundamental de la vida práctica se descompone en estos dos preceptos: infórmate lo mejor que puedas de lo que en cada circunstancia es tu deber, es decir de lo que te impone la sociedad; o lo que dictan las leyes racionales de la vida, si la sociedad les desconoce en esa parte, y si tú tienes valor suficiente para sobreponer a la conciencia social; y una vez conocido ello cúmplelo sin consideración alguna. El duelo nos presenta un ejemplo muy claro de esto. Si he recibido una tarjeta de desafío, puedo dudar tal vez del partido que debo tomar entre aceptar o no; consulto la conciencia social manifestada en las costumbres generalmente seguidas y en los juicios que uniformemente se forman sobre ciertos actos y puedo encontrar que estoy en el deber de aceptar el desafío porque la sociedad aprueba los duelos y juzga de cobarde al que los evita; mas si consulto las leyes de la vida y tengo valor moral suficiente para arrostrar la reprobación de una conciencia social errónea entonces debo desechar el desafío porque las leyes de la vida condenan el duelo. En este ejemplo se ven claro el papel de las leyes de la vida; de la conciencia social; de la conciencia individual; así como la diferencia entre la moral absoluta y relativa. La conciencia no constituye la moral en sí sino para el individuo y en un momento dado y si la conciencia tiene alguna autoridad es porque encarna más o menos bien y lo mejor que es posible en el momento dado de la acción una necesidad de la vida. La conciencia moral, es pues, más o menos perfecta y buena en una sociedad dada según más o menos compenetrada esté de la conciencia social, y lo será absolutamente cuando esté adaptada a la sociedad perfecta, es decir, cuando se realicen plenamente las leyes de la vida. La conciencia moral debemos también distinguir del sentimiento moral: conciencia es el discernimiento del bien y del mal sobre acciones reales y precisas ejecutadas o capaces de ser ejecutadas por nosotros o por otros; se le ha llamado también sentido moral porque su función de percepción inmediata sobre la bondad o maldad de los actos se parece a la intuición de las cosas sensibles que nos dan los sentidos. Y quizá esta denominación es más adecuada ya para no confundir la conciencia moral con la conciencia general de la personalidad o la actividad opuesta a la inconciencia; ya porque efectivamente las modificaciones

nerviosas ocasionadas por la génesis de la moralidad deben producir algo como un órgano de percepción moral; ya porque acostumbramos decir que un hombre está falto de sentido moral cuando carece de moralidad y practica el mal sin escrúpulos ni remordimientos; pues hay algunos hombres que bajo este concepto parecen como ciegos y sordos a quienes la naturaleza hubiese negado todo discernimiento del bien y del mal (criminales natos y locos morales). Sentimiento moral llamamos el placer o dolor que acompaña a la ejecución de los actos buenos o malos. Entre el sentimiento moral y la conciencia hay completa fusión: son dos aspectos del mismo fenómeno: es un mismo hecho según lo consideramos en el entendimiento o en la sensibilidad. Al placer de haber ejecutado un acto que la conciencia nos da por bueno se llama satisfacción moral o satisfacción del bien o del deber; al dolor de haber ejecutado un acto malo o no haber ejecutado un acto bueno llamamos remordimiento cuando sólo se refiere al acto pasado; mas cuando también gracias a la reflexión se une el propósito o deseo de no volver a caer en el acto malo, se llama arrepentimiento.

LA VIRTUD

Ahora podemos preguntarnos qué es y qué papel desempeña la *virtud* dentro del sistema de moral que hemos adoptado. La virtud es el hábito de hacer el bien en un grado más alto que el medio social en que se vive. No llamamos virtuoso al hombre que sólo ocasionalmente ejecuta actos de virtud; ni tampoco llamamos virtuoso al hombre que exclusivamente se acomoda a los dictados de la conciencia general: el virtuoso tiene que ser mejor que la generalidad y serlo habitualmente. De manera que la virtud es un término relativo a la sociedad en que se practica: lo que para una sociedad es virtud para otra será un acto normal y común. Y así mismo en virtud de la evolución que acerca incesantemente, gracias a la selección de los mejores, las morales relativas a la absoluta, lo que ayer fue virtud porque estaba por sobre el nivel común, mañana entra a ser parte del patrimonio general en cambio de nuevos esfuerzos individuales que constituirán nuevas virtudes. Por ejemplo en tiempos de barbarie cuando no sólo la esclavitud sino cuando los tratamientos crueles a los esclavos no eran tenidos por malos, podía ser virtud el tratar a ellos con equidad y dulzura. Cuando se los trataba generalmente de un modo algo humano, la virtud podía consistir en educarlos en lo posible, libertarlos y volverlos libres. Ahora que todos son libres la virtud ha ido un grado más allá y puede consistir en consagrarse a la formación de los hombres para las libertades morales y políticas. La virtud es pues la moral del porvenir entrevista por la sociedad y practicada por algunos individuos de constitución moral privilegiada. No debemos por lo tanto llamar virtud esas aberraciones en que caen algunos hombres y que consisten no en acercarse

a la moral absoluta, a la moral de la plena vida, sino en alejarse de ella renegando de la vida y de los racionales placeres que son signo de vida. Semejante concepción de la virtud indica un estado patológico del espíritu social, nace de concepciones erradas acerca del hombre, de la vida y de la moral. La virtud para merecer ese nombre, debe encarnar lo que será la moralidad de la conciencia social de mañana; debe ser un esforzado y seguro paso hacia el porvenir; debe ser el ideal social hecho carne y realidad en la vida de un individuo; debe ser un punto de mira para las generaciones presentes, y una firme respuesta a las interrogaciones del porvenir. El hombre virtuoso es el educador de su pueblo, de su tiempo, y mal puede educar si al título de virtuoso empieza por herir las tendencias fundamentales del hombre, de la sociedad y de la vida. La práctica habitual del mal o sea la conducta inferior al medio ambiente social se llama vicio o criminalidad: vicio cuando se refiere a actos que atañen a la moral especial y criminalidad cuando se refiere a la justicia. Vicioso es por ejemplo el meramente jugador o mentiroso y criminoso el ladrón habitual.

JUSTICIA, DERECHO

Entre las diferentes formas que puede optar la conducta de un individuo, la sociedad no se pronuncia con igual fuerza y claridad. Hay ciertas formas de conducta que son indispensables para la vida social; otras que son favorables a ella, pero no indispensables en el momento histórico que se considere; otras que aun cuando desfavorables a la vida social no se hallan tan en pugna con ella que la destruyan por completo; y otras por último que destruyen las mismas bases de la vida social. La crianza de los hijos, el respeto de los contratos, etc., pertenecen a la primera categoría y la sociedad exige de sus miembros el cumplimiento irremisible de esa clase de actos sin los cuales sería imposible la vida social. La templanza, la castidad, la benevolencia pertenecen al segundo grupo y la sociedad los sanciona y los aplaude aun cuando no los exige imperiosamente; el duelo, la prostitución, la usura pertenecen al tercer grupo y la sociedad se pronuncia respecto de ellos sólo con mera tolerancia, mirándolos como males por de pronto necesarios o cuya supresión acarrearía mayores males; el asesinato, el robo, el perjurio, etc., pertenecen al cuarto grupo y esta clase de conducta no es sino el reverso de la conducta de la primera forma; porque si exige la sociedad imperiosamente la ejecución de un acto es porque de igual manera impide la no ejecución de él; si la sociedad dice no matarás, dice a la vez, respeta la vida de tus semejantes; el uno es el aspecto positivo, y el otro el negativo de un mismo mandato. De manera que se reducen a tres las categorías de conducta: exigida necesariamente por la sociedad; aprobada y aplaudida por ella; y meramente tolerada; pero a su vez las dos últimas formas de conducta se reducen como las otras que acabamos de ver a una

sola presentándose como dos formas sólo en cuanto las consideramos bajo el aspecto positivo o negativo: si la ejecución de un acto es imperiosamente exigida, la no ejecución de él es imperiosamente condenada y viceversa; si la ejecución de un acto que no es exigible, es mirado como bueno, la no ejecución de él es mirada como malo. La moral comprende tanto los actos indispensables como los actos aprobables; pero a los primeros se les da una denominación especial: se los llama derechos y el hábito de cumplirlos se llama justicia. El derecho está constituido por ciertas formas de conducta sin las cuales la asociación sería imposible; pero estas formas son de dos clases: la primera es común a toda sociedad y la otra es especial y característica de cada sociedad según el medio ambiente suyo. A la primera forma se la llama *derecho natural* y a la segunda, *derecho positivo*. La sociedad, aun la más sencilla, no puede vivir sino en condiciones determinadas; la existencia de toda vida social implica ciertas condiciones ineludibles. Supongamos una sociedad cuyos miembros consideren como bueno o simplemente indiferente matarse, robar, abandonar las madres a sus hijos, etc., es claro que no podría subsistir, moriría por un vicio inherente a su constitución. Ahora bien, la moral reducida a lo que tiene de esencial, a lo que se llama *derecho natural* consiste en aquellas condiciones de existencia sin las cuales el hombre y la sociedad desaparecen. Esa parte de la moral es pues un derecho porque es exigible imperiosamente y es *natural* porque es una consecuencia necesaria de la naturaleza de las cosas. Se puede por lo mismo decir que es necesaria, imperativa, inmutable, universal, no tomando estas palabras en un sentido trascendental y metafísico como independiente y dominador de la naturaleza, sino en un sentido preciso, positivo, incontestable, pues significa que su estabilidad es la de la naturaleza, su universalidad la de las características esenciales del hombre y la sociedad y su necesidad la de la causación universal. Mas también hay ciertas condiciones de vida indispensables para una sociedad en razón de las condiciones especiales en que vive: estas condiciones secundarias, superpuestas al derecho natural, existen en todo pueblo medianamente desarrollado, pero no son las mismas para todo pueblo. Y así como el derecho natural está sancionado por la misma necesidad de las cosas, que se impone a toda conciencia normal, estas condiciones secundarias están sancionadas por la sociedad en forma de derecho positivo o escrito. La forma de conducta meramente aprobable y no exigible se llama puramente conducta buena, virtuosa o moral.

ESTUDIO ESPECIAL DE LA GENESIS DE LA JUSTICIA

Siendo la justicia una parte de la conciencia moral, al estudiar el origen y desenvolvimiento de ésta, hemos hecho el estudio de aquélla; mas como la justicia es la base de la vida social bien se merece precisar respecto de

ella los conceptos generales asentados más arriba. El problema es éste. . . : ¿de qué manera ciertas formas de conducta no solamente son miradas como buenas y dignas de aprobación, sino exigidas imperioamente y cumplidas de igual manera? . . . Ya sabemos que los sentimientos y la conducta son hijos de experiencia: la conducta es susceptible de ser determinada por las conexiones mentales y emocionales que se forman en el curso de la vida: si las circunstancias ambientes, acostumbra a una especie a ciertas relaciones entre la conducta y la consecuencia de ella, los sentimientos adecuados que se refieren a ella pueden llegar a caracterizar a dicha especie. Ya por la transmisión hereditaria de las modificaciones engendradas por el hábito, ya por la supervivencia más numerosa de los individuos cuya estructura nerviosa se hubiera modificado en un sentido dado, fórmanse gradualmente tendencias directas que determinan una conducta apropiada y evitan la conducta impropia. Así se han formado los hábitos y sentimientos apropiados a la vida social entre los cuales la justicia es de capital importancia. Examinemos su naturaleza. El sentimiento de la justicia como todo otro tiene su base en el instinto de conservación. Ante todo tenemos el sentimiento de que se respeten nuestra persona y nuestra actividad; de que no se nos haga daño y se nos deje gozar los efectos de nuestro trabajo: ante todo exigimos justicia para nosotros. Mas, como esto podría llevarnos a herir a los otros y perjudicarlos, el primer obstáculo que impide la agresión es el temor a las represalias, a la venganza que se seguirá al acto de apoderarse de algún objeto de otro. En los estados remotos de la vida social este temor es la más poderosa fuerza educadora, gracias a él se asegura amplia libertad en las actividades individuales y el goce de los bienes que proporcionan. Otro freno resulta del temor a la reprobación probable de los miembros desinteresados del grupo; gracias al recuerdo y la previsión, el pensamiento del desprecio social constituye un freno más contra los atentados de hombre a hombre. A estos sentimientos que obran anteriormente a toda organización social, vienen luego a juntarse los sentimientos que nacen después del establecimiento de la autoridad política. Cuando un jefe vencedor que en la guerra ha adquirido la soberanía permanente, toma a pecho mantener su poder, comienza a experimentar la necesidad de prevenir los atentados de sus subordinados unos contra otros, porque tales sentimientos debilitan a la tribu. De ahí la restricción del derecho de venganza personal, y en la época feudal de las guerras privadas, al mismo tiempo que la prohibición de los actos que las suscitan. El miedo a las penas que siguen a tales infracciones, viene a constituir un freno adicional. Estas tres especies de temores concurren a formar un cuerpo de sentimientos que sin destruir los sentimientos de conservación y actividad individuales, al contrario garantizándolos para más seguros éxitos, hacen posible la vida social sobre la base del respeto mutuo. Esta conducta y ese grupo de sentimientos no son todavía la justicia. Estos son todavía sentimientos promorales, están apoyados únicamente en el temor. Pero la perpetua disciplina del constante respeto a los derechos ajenos, va a los

hombres acostumbrando a ese respeto, sin consideración al temor que originariamente les servía de apoyo. Sólo entonces nace la justicia propiamente dicha. Al principio no se juzga que el acto es malo o bueno por sí mismo: sólo se atiende a las consecuencias perniciosas que pudiera tener; pero por amor a las consecuencias nos habituamos a ciertas maneras de conducta que con el tiempo las mantenemos por sí mismas sin atención a sus consecuencias que caen en olvido. Y la conducta va acompañada de los correspondientes sentimientos: si dejamos de ejecutar ciertos actos placenteros por temor a sus consecuencias dolorosas, la disciplina de la vida hace que el acto se vuelva por sí mismo doloroso aun prescindiendo de sus consecuencias. Así una conciencia moral elevada aun cuando ningún castigo pueda venirle, ni ninguna venganza por cierto acto malo, no lo ejecuta en atención a su sola maldad, y si lo ejecutase por la fuerza de un motivo pasajero, su conciencia reaccionaría dolorosamente. Así como del temor u otros motivos egoístas nace la conducta justa; así como de la conducta justa nace el sentimiento de justicia; del sentimiento cuando la reflexión está altamente desarrollada, capaz de estudiar analíticamente y sintéticamente esa conducta y ese sentimiento, gracias a comparaciones de los fenómenos que llamamos justos, abstracción de los elementos que llamamos accidentales, acumulación de los elementos permanentes, inducciones generales y sintetización de las inducciones en un solo concepto, podremos llegar a la idea de la justicia. En efecto podemos realizar la justicia, podemos sentir lo que ella es; pero sólo facultades superiores podrán darnos cuenta de lo que ella es.

INDICE

I. LOS PRECURSORES

1. *José María Luis Mora* (México): Revista política de las diversas administraciones que la República Mexicana ha tenido hasta 1837 (Fragmentos) 3
2. *Justo Arosemena* (Panamá): Apuntamientos para la introducción a las ciencias morales y políticas (Fragmento) 26
3. *Juan Bautista Alberdi* (Argentina): Ideas para presidir a la confección del curso de filosofía contemporánea 61
4. *Domingo Faustino Sarmiento* (Argentina): Argirópolis o la Capital de los Estados Confederados del Río de la Plata (Fragmento) 68
5. *Juan Bautista Alberdi* (Argentina): Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina (Fragmento) 79
6. *José Victorino Lastarria* (Chile): Lecciones de política positiva (Fragmentos) 88
7. *Domingo Faustino Sarmiento* (Argentina): Conflictos y armonías de las razas en América (Fragmentos) 106

II. TESTIMONIOS

8. *Jorge Lagarrigue* (Chile): Trozos del diario íntimo 143
9. *Miguel Lemos* y *R. Teixeira Barreto* (Brasil): Nuestra iniciación en el positivismo 162

- | | | |
|-----|---|-----|
| 10. | <i>Miguel Lemos</i> (Brasil): El positivismo y el sofista Pierre Laffitte | 176 |
| 11. | <i>Agustín Aragón</i> (México): A la memoria del Dr. Gabino Barreda | 199 |
| 12. | <i>J. Alfredo Perreira</i> (Argentina): El estancamiento del positivismo | 232 |
| 13. | <i>José Torres Orozco</i> (México): La crisis del positivismo en México | 243 |

III. INTERPRETACION DE LA REALIDAD

- | | | |
|-----|---|-----|
| 14. | <i>José M. Samper</i> (Colombia): Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las Repúblicas Colombianas (Fragmento) | 267 |
| 15. | <i>Gabino Barreda</i> (México): Oración cívica | 276 |
| 16. | <i>Luis Pereira Barreto</i> (Brasil): Las tres filosofías | 297 |
| 17. | <i>Javier Prado</i> (Perú): Estado social del Perú (Fragmento) | 324 |
| 18. | <i>Porfirio Parra</i> (México): Sociología de la reforma (Fragmento) | 335 |
| 19. | <i>Alcides Arguedas</i> (Bolivia): La dictadura y la anarquía (Fragmento) | 353 |
| 20. | <i>Laureano Vallenilla Lanz</i> (Venezuela): Disgregación e integración (La influencia de los viejos conceptos) | 364 |

IV. LA TEORIA

- | | | |
|-----|---|-----|
| 21. | <i>Rafael Villavicencio</i> (Venezuela): Discurso | 395 |
| 22. | <i>Jorge Lagarrigue</i> (Chile): Positivismo y catolicismo | 407 |
| 23. | <i>Martín C. Martínez</i> (Uruguay): Ideales positivistas | 427 |
| 24. | <i>Javier Prado</i> (Perú): El método positivista en el Derecho Penal (Fragmento) | 431 |
| 25. | <i>Victor Mercante</i> (Argentina): El positivismo comtiano (Fragmento) | 445 |
| 26. | <i>José Gil Fortoul</i> (Venezuela): Filosofía constitucional (Capítulo) | 469 |
| 27. | <i>Mariano H. Cornejo</i> (Perú): La solidaridad, síntesis del fenómeno social | 475 |
| 28. | <i>Juan B. Justo</i> (Argentina): Teoría y práctica de la Historia | 484 |
| 29. | <i>Luis Razetti</i> (Venezuela): Discurso en el centenario de Darwin | 517 |
| 30. | <i>Julio Endara</i> (Ecuador): Notas sobre la evolución de la personalidad | 529 |
| 31. | <i>Belisario Quevedo</i> (Ecuador): Sociología, política y moral (Fragmento) | 558 |